



SE 3-10-11



1122

1122

1122









COLECCION  
DE  
**TROZOS ESCOGIDOS.**

201  
31 C.  
33





BESANZON. — IMPRENTA DE ROBLLOT.



# ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

---

COLECCIÓN

DE

## TROZOS ESCOGIDOS

DE LOS MEJORES HABLISTAS, EN PROSA Y VERSO,

DESDE EL SIGLO XV HASTA NUESTROS DIAS,

POR

DON CARLOS DE OCHOA.



PARIS,

CH. FOURAUT ET FILS, EDITOR,

CALLE SAINT-ANDRÉ-DES-ARTS, 47.

1872



## PRÓLOGO.

---

La presente coleccion de trozos escogidos, extractados de los mejores prosistas desde el siglo xv hasta nuestros dias, á que hemos dado el titulo de *Antologia española*, tiene un objeto muy diverso del que se han propuesto los autores de las demás. Don Antonio de Capmany quiso mostrar, en su *Teatro histórico critico de la elocuencia española*, los progresos sucesivos del habla castellana desde el estado de su primitiva rudeza hasta el de su perfeccion. La coleccion del *Parnaso español*, la de Fernandez y la de Don Manuel José Quintana se hicieron para formar un cuerpo de nuestra poesia clásica; objeto de que se separó enteramente la primera, que cumplió muy imperfectamente la segunda, y al cual se ha aproximado mucho la tercera. La coleccion de Marchena se dirige á manifestar los conocimientos de nuestros buenos autores en moral, política y literatura; y la de los señores Mendibil y Silvela está destinada á reunir en una sola obra la utilidad de la de Capmany y Quintana. La *coleccion de trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos, en verso y prosa*, hecha por el sabio y profundo maestro Don Alberto Lista, debe considerarse exclusivamente, segun dice su mismo autor en el prólogo, como un libro destinado para las escuelas de primeras letras. En una palabra, cuantas colecciones de este género han llegado á nuestras manos tienen un objeto muy diverso del que nos hemos propuesto con la presente *Antologia*, aun incluyendo en dichas colecciones trabajos apreciables

que sobre nuestra literatura se han llevado á cabo en Italia, Francia, Alemania y otras muchas naciones.

Nuestro principal objeto, al formar la presente *Antología*, ha sido facilitar al público para quien escribimos, compuesto principalmente de extranjeros, el conocimiento, completo en cuanto cabe, de la literatura prosáica española, no menos rica que la poética en obras de ingenio dignas de ser conocidas y estudiadas. Nos proponemos al mismo tiempo que el lector se forme con esta obra una idea clara y cabal en lo posible, de los progresos sucesivos de la hermosa lengua española, desde principios del siglo xv hasta el estado en que actualmente se halla : á este fin hemos dividido nuestra *Antología* por orden de siglos, ciñéndonos, en la colocacion de los trozos que presentamos como muestra del estilo de cada escritor, al orden cronológico. Las ventajas que ofrece este método son demasiado evidentes, para que creamos necesario insistir en su abono : bástenos decir que solo por este método puede el lector abrazar de una sola ojeada la índole peculiar del lenguaje castellano en sus diferentes edades y seguir con muy poco trabajo al ingenio español en su carrera de cinco siglos.

Digamos ahora algunas palabras acerca del origen de la lengua española, para concluir estos ligeros renglones. Oigamos sobre esto al reverendo P. Sarmiento : « Del idioma, pues, castellano puro y vulgar, han dudado algunos de su origen, siendo palmario que es una lengua resultante de la corrupcion de la lengua latina ó romana ; y que por eso se llama *romance*. Algunos han querido que no el romance del latin, sino el latin del romance nuestro, habia tomado su origen. . . . » A esta extraña opinion se inclina el erudito Pellicer, y no es menos singular la que apunta Aldrete de que ya en tiempo de los apóstoles existia en libros el idioma vulgar castellano, no porque se hablase, sino en profecía de que se habia de hablar andando los tiempos. Contra estas vanas hipótesis, y en apoyo del



origen latino de nuestra lengua, pueden citarse entre otras dos autoridades muy respetables, las de Marineo Sículo y el P. Mariana. Dice el primero: *Sermo vero quo nunc utuntur Hispani latinus est, quem a Romanis acceperunt, ideoque romancium vocatur*; — y el segundo: *Ex latine degenerantis corruptione conflata*. — Prosigue el P. Sarmiento: « Es pues Aldrete el que mejor ha escrito así en su Origen como en sus Antigüedades el modo como se fué formando el vulgar idioma castellano. A él se podrán añadir otros tratadillos sobre el mismo asunto que recogió é imprimió en sus Orígenes de la lengua española Don Gregorio Mayans; y para las voces, Antonio Nebrija, y para etimologías el Tesoro de Covarrubias, y para todo, el Diccionario de la lengua castellana. » A estas autoridades pueden añadirse la *Primitiva poblacion y lengua de España*, de Pellicer, y los trabajos posteriores de Sanchez en su *Coleccion de poesias anteriores al siglo XV*, de Capmany en su citado *Teatro histórico critico*, y de Don Agustín Durán en el prólogo de su *Romancero*. El siglo x es la época que señalan estos autores á la formacion del romance.

El monumento mas antiguo que conocemos del uso del romance castellano, en prosa, es la version del Fuero-Juzgo (*Forum Judicum*) hecha en tiempo del santo rey Don Fernando III, que preparó la grande obra de las *Partidas*, la cual inspiró á Capmany estas notables palabras: « Es tanta la riqueza de nuestra lengua, que cuanto mas se estudia, mas da que estudiar, y cuanto mas se profundiza, mas tesoros descubre. » ¡Qué riqueza, en efecto, la de nuestra hermosa lengua! ¡Qué flexibilidad y qué nervio al mismo tiempo! ¡Qué valentía en los giros, qué grata combinacion de fuerza y de dulzura en los sonidos! — Júzguenlo nuestros lectores despues de leer los trozos que presentamos mas adelante sacados de las obras de Quevedo, Mariana, santa Teresa, Cervantes y Granada.



# ANTOLOGÍA ESPAÑOLA.

## SIGLO XV.

GUTIERRE DIAZ DE GAMEZ.

Consejos que daba al conde Don Pero Niño el ayo encargado de su crianza.

Quando Pero Niño ovo diez años fué dado á criar é á enseñar á un ome sabio é entendido, para que le enseñase é doctrinase en todas las buenas costumbres é maneras que pertenescen á fidalgo buono é noble : é enseñábale en esta guisa :

« Fijo, parad mientes como sois de muy honrado é grand linago, é como aquella rueda del mundo que nunca está queda, niu dexa ser siempre las cosas en buen estado, le abaxó, é de los grandes fizo pequeños, é de los altos fizo bajos é pobres : é que á vos conviene pugar é trabajar por tornar en aquel estado, é aun por pasar de grandeza é de nobleza aquellos donde vos venides ; cá non es maravilla parescer el ome á su padre en mantener aquel estado que le dexó, porque aquello ganado lo falló ; mas es mucho de loar pasar á todos aquellos donde él viene, é cobrar mayor lugar.

» Fijo, parad bien mientes en mis palabras, apercibid vuestro corazon en nis dichos, é retenedlos en él, que adolante los entenderedes. El que ha de aprender á usar arte de caballeria non conviene despende luengo tiempo en escuela de letras : cúplevos lo que ya dello sabedes : lo que agora dello vos queda el tiempo lo clará, usando algo dello.

» Ante todas cosas conoced á Dios, é despues conoced á vos, é despues á los otros. Conosced á Dios por fe. ¿Qué es fe? Fe es certidumbre muy firme de la cosa non vista. Conosced la sustancia por los accidentes. Conosced que él vos crió, é vos dió ser. Conosced á Dios en sus criaturas, é on las maravillas que él fizo. Entended conosced el su grand poder, que fizo los cielos, é la

tierra, é la mar, é todas las cosas que en ellos son. Él crió los ángeles en la luz, é ornó é afermosó el cielo de tantas é de tan fermosas estrellas. Él crió el sol é la luna, é mandó al sol que alumbrase por el dia, é á la luna que alumbrase por la noche : é ornó é cumplió la tierra de tantas é tan diversas plantas de árboles é hierbas, é la pobló de animalias de tantas y tan diversas figuras : é crió en la mar las grandes ballenas, é muchos é diversos pescados : é crió las aves, é las puso en el aire. É catad como puso término á la mar, que non pase de un lugar, porque non empeciese á la tierra. Mi fijo, catad como el sol nasce en oriente, é se pone en occidente, é torna por donde ante vino : é como así los cielos, como la mar, é como la tierra, la qual está afirmada sobre la mar, é todas las cosas quo él fizo todas le obedescen, é non pasan de su mandado é curso que las él puso primero. Parad mientes como crió el ome á la su imágen, é como le puso en el paraíso de la folganza, é como le mandó que le sierviese é amase, é temiese é fuese obediente al su mandado, é viviria siempre en alegría é cumplido placer, é nunca moriria, nin habria dolor ni trabajo. Como puso al su mandado é poderio del ome todas las cosas que crió en la mar é en la tierra. É catad como el mezquino del ome fué engañado, é pecó por su flaqueza; cá pasó el mandamiento de Dios, por lo qual la divinal justicia ovo lugar, é le condenó á muerte del cuerpo é del alma, é fué echado del paraíso en el desierto deste mundo á morir é lacerar. Donde era libre fizos : subjeto é cautivo de la muerte, é dejó á nos sus fijos en eso mesmo cautiverio obligados al pecado. Fijo, amad é temed á aquel que al ángel tan excelente é fermoso é lleno de gloria, que por su soberbia dixo, *sobre el cielo porné la mi silla en la parte de Aquilon, seré igual al muy alto Criador*, le lanzó de la altura de los cielos en la profundidad de los abismos, é le puso de gloria en pena, de claridad en oscuridad é en tinieblas perpetuas, donde se tornó diablo é príncipe de muerte. Amad á aquel que tanto nos amó, que non tan solamente ordenó de tomar nuestra carne, mas fizose humilde en forma de servidor, é padesció por nos, é tomó la nuestra carga sobre sus hombros, é librónos é sacónos del poder del diablo, é del señorio cruel cuyos éramos por subjecion del pecado.

• Fijo muy amado, creed é tened muy firmemente lo que cree é tiene la sancta Iglesia : non sea cosa que vos della arredre nin vos mueva. ¿Qué vos diré? En la sancta fe sois nascido, é otra vos regenerado en agua de Spíritu sancto. Si te conviniere de pelear por tu solo cuerpo contra qualquier que dixese la sancta fe católica non ser así, obligado eres á ello : esta es buena caballeria, la mejor que ningun caballero puede facer, pelear por su ley é fe, quanto mas teniendo la verdad. É si por ventura cayeses entre

enemigos de la sancta fe católica, é te la quisiesen facer denegar, tú débete aparejar á sofrir todos los tormentos quantos te venir pudiesen : é teniendo é confesando la sancta fe de Jesu Christo fasta la muerte, en esta batalla tan sancta, como suso dixe, al muerto llaman vencedor, é al matador llaman vencido. Toma exemplo de Santiago el caballero, que fué tajado todo por miembros desde los dedos de las manos é de los pies, todos uno á uno, fasta los otros miembros é coyunturas quantas en él ovo ; é nunca le pudieron facer negar á Jesu Christo ; antes estuvo firme como buen caballero. Esta es buena caballeria triunfante : alli se gana la corona auréola que Dios promete á los vencedores. Non diga nenguno en tal estante, ¡ oh qué dura cosa es la muerte ! Denegaré agora, é faré las cosas que me mandan ; que pues no lo fago de voluntad, despues yo me tornaré quando lugar oviere. Digo vos que el que se rinde non finca vencedor : nin el que mete el pie en la red, non le saca quando quiere. En el tiempo de la fortuna se conocen los amigos. Teniendo fe, é esperando en el galardón, las penas son dulces. Catad que mas dura es la pena infernal que la corporal. Esta pena aina pasa ; mas la del infierno para siempre dura. »

« Fijo, endinad vuestra oreja á lá peticion del pobre, oidle, respondedle pacíficamente é con mansedumbre, facedle limosna : delibrad al que padece injuria de mano del soberbio : faced á Dios dignas oraciones : leed libros : habed en miente los sus fechos : catad que quando oramos fablamos con Dios, é quando leemos fabla él con nos.

» Fijo, non creades aquellos que vos dirán que vos farán ver é saber vuestra ventura : decirvos han que habedes de ser muy grande, é alcanzar esto é aquello ; é de quanto vos dixeren non será ninguna cosa. Si los creyeredes, usando de fucias vanas, rebaxaredes el tiempo en las cosas que vos farian menester á vuestra honra é facienda. É creed que Dios sin vos vos fizo é sin vos vos delibrará. Guardadvos non creades falsas profecias, nin ayades fucia en ellas, así como son las de Merlin, é otras : que verdad vos digo, que estas cosas fueron engeniadas é sacadas por entiles omes é cabilosos para privar é alcanzar con los reyes, é grandes señores, é ganar dellos, é tenerlos á su voluntad con aquellas vanas fucias, en tanto que ellos facen de sus provechos. E si bien paras mientes, como viene rey nuevo, luego facen Merlin nuevo : dicen que aquel rey ha de pasar la mar, é destruir toda la morisma, é ganar la casa sancta, é ser emperador ; é despues vemos que se face como á Dios place. Así dixeron de los pasados, é diran de los por venir. Lo que Dios no quiso mostrar á los sus escogidos, enfigen de saber los pecadores : cá todos los verdaderos profetas non hablaron sinón á fin de los dos avènements

de Jesu Christo, del primero con omildad é pobredad, del postrero con poderio é magestad. De allí adelante callaron todos; cá despues de la venida de Jesu Christo non son ya menester. Merlin fué un buen ome, é muy sabio. Non fué fijo del diablo, como algunos dicen; cá el diablo que es esprito non puede engendrar; provocar puede cosas que sean de pecado, cá este es su oficio...

« ¿Quién es aquel que sabe la voluntad de Dios en las cosas que son por venir? ¿O sabe el ome mas que Dios? Esto es falso. Nota que muchas cosas fizo Dios: mas no fizo ninguna que fuose contra el su poder. Ved que respondió Jesu Christo á sus discipulos quando le preguntaron de algunas cosas por venir: « Non es vuestro de saber la hora, nin el momento que Dios puso en el su poderio. » De tanto podedes ser cierto, é saber de lo que es por venir, que en pos del verano vien el invierno: é que vos apercibades de casas abrigadas é calientes, é leña, é vituallas para el tiempo fuerte é menguado on que las non podiades aver; é que durante el invierno vos apercibades de las cosas convenientes al verano. Parad mientes al marinero, que durante el buen tiempo se apareja para el malo; é durante el tiempo malo se apareja é está en esperanza del bueno. Este es buen adivinar, é saber con provecho.

« Otrosi, fijo, guardadvos de los engaños de los omes quo de una dobla vos farán dos, é que de la piedra vos farán plata, é quo del cobre vos farán oro, é que así fará pujar el vuestro haber á gran quantia, é que así podedes ser el mayor ome quo nunca ovo en vuestro linage; é que podedes dar, é franquear, é sobrar, é pujar sobre vuestros contrarios; é facervos han muestra engañosa, porque lo creades: é si dello usaredes, á fin fallarvos-iados pobre, é gastado todo lo vuestro. Digovos que para esto buscan ellos omes cobdiciosos é livianos do seso, que pierden lo suyo, é viven denostados é profazados entre las gentes.

« Llegadvos á la compañía de los buenos, é seredes uno dellos. Guardadvos de la compañía de los malos: que la vuestra natura furtará de la suya en poridad. Sed atemperado en el vuestro comer, é en beber, é en dormir. Non sigades vuestra voluntad en las cosas quo vos pueden traer daño. Asaz es torpe el que non sabe que la voluntad es enemiga del seso. É non andemos siempre con nuestra voluntad; mas contra nuestra voluntad: cá estonce el cuerpo es tenido é regido é enderezado por el alma, é fermoséalo con ayunos é oraciones é castidad, é con buenas costumbres. Si el cuerpo es dejado é dado á su voluntad, dase á conversaciones, é á luxurias, é á avaricias, é á sobervias, é á otros pecados que son de natura de la tierra, que gobierna el cuerpo, con los otros elementos: donde dice Platon, que así es el alma con el cuerpo como el juglar con su estrumento, que quando es

desacordado, non puede en él facer son acordante; é si mucho desacordante fuere, habrá á dexarlo: é que si bien temprado le toviere, que estonce en su órgano lo finge de fermosura, é face son apacible é acabado.

» Fijo, non enclinedes la vuestra noble persona al ayuntamiento de las malas mugeres; cá ellas non aman é quieren ser amadas: porquo el uso dellas es abreviamento de la vida, corrupcion de las virtudes, traspasamiento de la ley de Dios.

» Fijo, quando ovieredes á hablar ante los omes, primero lo pasad por la lima del seso, ante que venga á la lengua. Parad mientes que la lengua es un árbol é tiene las raices en el corazon, é la lengua lo muestra de fuera. Catad que mientras vos hablaredes, los otros esmeran vuestra palabra, como esmerades vos la suya quando ellos fablan. Puos decid cosas con razon; si non mejor será que vos callodes. En la lengua se conoce la ciencia: en el seso la sapiencia: en la palabra la vordad é la doctrina; é la firmeza en las obras. Si callase el que non debia hablar, é si fablase el que non debia callar, nunca la verdad seria contradicha.

» Fijo, guárdate de la avaricia, si quieres haber poder en ti; si non, siervo serás: cá como cresce el amontonamiento de los algos, cresce la muchedumbre de los cuidados. Nota, si quieres haber lo quo deseas, desea lo que puedes. Non tengas á ningun ome por lo que obró en la su fortuna; mas tenlo por lo que es en su seso, é en sus virtudes. Non tengas vasallos tan solamente por lo quo has de haber dellos; mas tenlos todos por amigos, é sirvante con lo que has de haber de derecho. Con la palabra blanda dura el amor en los corazones: la dulco palabra multiplica los amigos, é mitiga los enemigos: la lengua graciosa en el buen ome abonda. Nota que el tiempo de la tu prosperidad, muchos se te omillarán. El tu consejero sea uno entro mil. Si tienes amigo del tiempo, tenle; mas non le creas de ligero, nin tan aina, porque su amistad es segun el tiempo. Si el amigo permaneciére contigo firme, serte ha así como otro tí. Apartate de tus enemigos, non te asegures dellos. Faz tal vida con los omes, que si to murieres lloren por ti: é si te alongares, hayan deseo de tí. Quando vieres el enfermo menguado de seso, non escarnezcas dél, mas pregunta á tí si eres de aquella misma natura. Si te vieres sano, da gracias á Dios. Si ovieres tiempo malo, súfrele, que todos los tiempos buenos é malos has de pasar. El que dico á los omes con quo tes peso, dicen ellos á él con que non le placo. Sé avenido con los omes en el mundo. Non hay mas noble cosa que el corazon del omo: nunca rescibe señorío de grado; é mas omes ganarás por amor, que por fuerza, nin por temor. Non es cortesia decir de omo detras, lo que avrias vergüenza de lo decir delante. Fijo, notad quatro yerros, é guardavos dellos, que son precio, porfia, presuramiento, pereza.

Precio su fruto es aborrescimiento : porfia su fruto es baraja : presuramiento su fruto es arrepentimiento : pereza su fruto es perdimiento. Porquo todos los extremos son viciosos, guardadvos dellos : porque temor teme todas cosas ; é atrevimiento atrévase á todas las cosas.

» Fijo, servid al rey é guardadvos dél ; que es como el leon que jugando mata , é burlando destruye. Guardadvos de ontrar en la casa del rey, quando sus fechos anduvieren turbados ; cá el que entra en la mar quando está alterada , será maravilla si escapará : ¿ cuánto mas fará si entrare quando está airada ? Fijo, non temades la muerte en su ser ; cá es cosa tan cierta que se non puede escusar : porque con esta condicion venimos al mundo , de nacer é morir. Non debe temer la muerte sinon aquel que fizo mucho tuerto , é poco derecho. La muerte es buena al bueno , por ir rescebir galardón de su bondad ; é al malo porque fuelga la tierra de su maldad. Non vos quiero mas detener, porque ya se vos acorca el tiempo en que avedes de mostrar quién sois , é dónde venis , é dónde esperades ir. »

Asi fué criado este doncel , é le crió é dotrinó este buen ome fasta el tiempo que ovo catorce años.

(*Crónica del conde Don Pero Niño*, cap. iv, 1.ª parte.)

#### HERNAN GOMEZ DE CIUDAD REAL.

##### I.

Epístola al doctor Franco, del consejo del rey, escrita en Valladolid en 1434.

Todos los que andamos sobre la tierra , andamos en peligros : vuestra merced en los peligros de prision anda , é otros en los de la cuenta postrimera, como se halla el noble é manífico adelantado Diego de Ribera : cá el rey ha sabido hoy que combatiendo la villa de Mora, fue muerto de un pasador. É tambien se supo ser muerto Juan Faxardo, fijo del adelantado Alonso Yañez. É de todo el rey mucho sentimiento fizo , cá era el adelantado de Andalucía el mas temido cabdillo de los moros : é todo lo quél habia del rey , su señoría se lo pasó en sus libros á Perafán su fijo , é lo dió el adelantamiento , aunque mozo es , é algunos lo mofarán , que lo querrian para si. É dixo su señoría una sentencia como de Agésilao á Pirro : que el tiempo faria al fijo del adelantado ser viejo , é que el cielo le habia fecho fijo de su padre...



## II.

Epístola al poeta Juan de Mena, escrita en Madrid en 1434.

No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morir-se; ni tampoco le bastó ser tío del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al rey el tanto de su muerte : é la conclusion que vos puedo dar será , que asaz don Enrique era sabio de lo que á los otros cumplia , é nada supo en lo que lo cumplia á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó , que al rey le han traído : é porque diz que son mágicos é de artes no cumplideras de leer , el rey mandó que á la posada de Fr. Lope Barrientos fuesen llevados : é Fr. Lope , que mas se cura de andar del príncipe , que de ser revisor de nigromancias , fizo quemar mas de cien libros , que no los vió él mas que el rey de Marroecos , ni mas los entiende que el dean de Cidá Rodrigo ; cá son muchos los que en este tiempo se fan dotos , haciendo á otros insipientes é magos : é peor es , que se fazan beatos haciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no habia gustado del hado este bueno é mani-fico señor...

## III.

Epístola al arzobispo de Sevilla, escrita en Roa á fines de febrero de 1438.

De acá no se puede narrar lo que de presente pasa , cá será meter el mar en un pozo... Un faraute del almirante , con un seguro que ovo , que pensára el rey que otro mensago traera , traxo á su señoria una carta del almirante Pedro Manrique , que aunque sea de palabras polidas é humildes compuesta , el tuétano era soberbio é no cosas para el rey dichas ; en que postrimeramente le ruegan que arriedre de sí al condestable , é le señalan , como á un pupilo ó á home sin mando , aquellos que á su lado han de estar : é le dicen que asi lo deben facer los grandes de su reyno , é lo hicieron los de sus pasados quando vieron que el rey se meto dentro de los daños á ciegas. Su señoria arrojó flamas por la boca , é bien creo que si su real fuera lleno de gente , andaria de corridá á los topar para combatir...

## IV.

Epístola á don Pedro de Stuñiga, conde de Ledesma, escrita  
sin lugar de fecha en 1438.

El can de buena raza siempre ha mientes del pan é la casa. Este proverbio me atañe á mí, que la casa de vuestra merced é el pan que mi señor é yo é mi hermano comimos de vuestra merced, siempre está haciendo sangre quo bulle é punza á la fidelidad é amor que le tonemos é á los suyos, que bien es sabido en la casa del rey. Deste exordio vuestra merced podrá conocer lo que le querré ajuntar, quo esto bastaba; mas diré mas, porque no me quede nada en ol trascuero de lo que yo me imagino que de pro al honor é hacienda de vuestra merced puede ser. Vos, señor, que del rey aveis recebido honra mas quo vuestro padre la ovo de otro rey, é aunque vuestra merced es tan grando por su abo-lengo en sangre noble, os ha fecho el rey mas grande con estados é alcaydías é juros; no deviades andar en compañía de los que á su señoría son tan agrios é disgustosos. É mirad, señor, que facer mal á uno, é decir que se face por le facer bien, solo á mí é á los do mi arte atañe, que punzamos el cuerpo á un febrático é lo levamos la sangre é el pan é el agua, con dolor que padece é so lamenta; é todo es por meterle la salud en el cuerpo, aunque sea con dolor suyo. Mas vuestra merced no será abastanza poderoso para facer creer que andar contra del rey es por facer servicio á su señoría. Fágale vuestra merced servicio como el rey lo querrá, é su honra no avrá menester andar á facer argumentaciones é silogismos. É demas de la honra, veda vuestra merced otros tantos altos como vos, que muertos son en castillos aprisionados, é sus bienes derramados á otros, é sus fijos son mendigos; é que si el roy face una buena vegada, vos é los que de consuno andais, podredes caer en una carcaba como la que so face á los osos, que tarde os recobrariades... Vos, señor, que en años el mayor de los grandes sois, menos el conde de Benavente, é que podiades ganar una loa sin acabamiento metiendo á esos grandes é caballeros en lo justo é en la obediencia del rey, é facer por humildad é por christiandad lo que con guerras civiles buscais en daño de los viejos é pobres é criaturas é dueñas é doncellas de los pueblos: que el afan sobre ellos cae. É librando á vuestos naturales, parientes é amigos, é criados, é de vuestro rando é de los otros que ofendido nos han, de derramamientos de sangre, é de muertes, é de dolores; gran loa se os seguirir desto, é en el pecho del rey, que piadoso é amoroso es, meteriades un buen porque de amor é de obligacion para mas ensalzamiento vuestro é de vuestros fijos

é de vuestros nietos. Catad no os fagades aborrrir de todos. Parad mientes que han de haber paradero estas guerras ceviles, é que por bien que en paz queden todos, é asegurados de la vida é de la hacienda, la loa de los que andarán con el rey será asaz aventajosa en lo venidero de aquellos que del rey serán divisos é apartados. Si sobrado ando en lo contenido en esta epistola, no lo llamades con otro vocablo que con sobramiento de amor é voluntad é buena fidelidad con vos é con los vuestros...

## V.

Epistola á don Pedro Alvarez Osorio, señor de Cabrera, escrita en Medina del Campo en 1439.

A vuestra merced me lamento de que siendo tanto honrado é tanto debidor á los de quien viene para ser una peña do fidelidad al rey nuestro señor, é de todo este reyno, é habiendo su señoria acogida á vuestra merced por la puerta del huerto, é yo sido el faraute é vuestra merced tanto asegurado del rey, é su señoria tanto asegurado de lo que le prometistes, ayades ahora sido uno de los ciento que en Tordesillas entrastes con los que á guisa do vasallos de otro rey ficiéron pleitesias con el rey suyo legitimo, con una mancha que de aceyte no cundiera mas en un capote do velarte, que cundirá en vuestros linages *in sæcula sæculorum*. Yo que fijo soy de un hombre bueno, pero christiano sin mácula, antes matarme dexára, que componer capitulos que ordenan quel rey natural entre en su villa con compañía tasada, é levarles las armas á los suyos, é que otro tal se ficiese con los vasallos do aquellos que con el rey contienden, en manera que del rey al vasallo no hay disparidad. ¿Qué avemos dicho de los padres é hermanos de los que en estas andaban con el rey don Enrique? ¿Qué han dicho de aquellos nobles de Francia que andaban en pactos é capitulos con su rey?... Mas, pues vuestra nobleza no ha errado (cá esta siempre leal es, que vuestros juicios son los que errado han solamente), é á toda hora quel pecador se muestra arrepiso, Dios le asuelva; así el rey nuestro señor, que de Dios la semblanza representa, é de misericordia abunda, os perdonará á todos. É vuestra merced fará una empresa de religioso é de noble, como lo es, si á esos grandes los meterá en freno, é les dará carrera para desfacer honorablemente lo que han fecho con mengua.

## VI.

Epístola á don Juan de Zerezueta, arzobispo de Toledo, escrita sin lugar de fecha en 1441.

Contra el condestable se ha dado la sentencia : cá no lo pueden sufrir los grandes á par del rey. É el conde de Castro, que es la malilla despues quo el adelantado Pedro Manrique finó, ahora con hervor trata de casar al rey de Navarra con hija del almirante, é al infante don Enrique con-hermana del conde de Benavente : cá será bien atar bien estos grandes, é no ser vencible la parte de los que al condestable buscan daño. Vuestra merced es sabio, é lo pensará. Yo le digo que el condestable debe facer lo quo el villano, que no pudo arrancar la cola del rocin enteramente, é pelo á pelo se la quitó sin afan. No se tome con todos á fuerza; mas con maña uno á uno los apañe... (Centon epistolario.)

## EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Al illustre señor don Pedro, muy magnífico condestable de Portugal, el marqués de Santillana, conde del Real, salud, paz é debida recomendacion.

En estos dias pasados Alvar Gonzalez de Alcántara, familiar é servidor de la casa del señor infante don Pedro, muy inclito duque de Coimbra vuestro padre, de parte vuestra, señor, me rogó que los decires é canciones mias enviase á la vuestra magnificencia. En verdad, señor, en otros fechos de mayor importancia, aunque á mi mas trabajosos, quisiera yo complacer á la vuestra nobleza; porque estas obras, ó alomenos las mas dellas, non son de tales materias, nin asi bien formadas é artizadas que de memorable registro dignas parezcan. Porque, señor, asi como el Apóstol dice : *Cum essem parvulus, cogitabam ut parvulus, loquerbar ut parvulus*. Cá estas tales cosas alegres é jocosas andan é concurren con el tiempo de la nueva edad de juventud, es á saber, con el vestir, con el justar, é con otros tales cortesianos exercicios : é asi, señor, muchas cosas placen agora á vos, que ya non placen ó non deben placer á mí. Pero, muy virtuoso señor, protestando que la voluntad mia sea ó fuese no otra de la que digo, porque la vuestra sin impedimento haya lugar, é vuestro mandado se faga, de unas é de otras partes é por los libros é

canciones agenas fice buscar é escrebir por órden, segunt que las yo fice, las que en este pequeño volúmen vos envío.

Mas como quiera que de tanta insuficiencia estas obretas mias, que vos, señor, demandades, sean, ó por ventura mas de cuanto las yo estimo é reputo, vos quiero certificar me place mucho que todas cosas que entren ó anden so esta regla de poetál canto, vos plegan : de lo qual me facen cierto asi vuestras graciosas demandas, como algunas gentiles cosas de tales que yo he visto compuestas de la vuestra prudencia; como es cierto este sea un celo celeste, una afeccion diyina, un insaciable cibo del ánimo : el qual asi como la materia busca la forma é lo imperfecto la perfeccion; nunca esta sciencia de poesia é gaya sciencia se fallaron si non en los ánimos gentiles é elevados espíritus.

¿É qué cosa es la poesia que en nuestro vulgar *gaya sciencia* llamamos, si non un fingimiento de cosas útiles cubiertas, ó veladas con muy fermosa cobertura, compuestas, distinguidas, é scandidas por cierto cuento, peso, é medida? É ciertamente, muy virtuoso señor, yerran aquellos que pensar quieren ó decir que solamente las tales cosas consistan ó tiendan á cosas vanas é lascivas. Que bien como los fructíferos huertos abundan é dan convenientes frutos para todos los tiempos del año; asi los hombres bien nascidos é doctos, á quien estas sciencias de arriba son infusas, usan de aquellas é del tal exercicio segunt las edades. É si por ventura las sciencias son descables, asi como Tullio quiere, ¿quál de todas es mas prestante, mas noble, ó mas digna del hombre; ó cuál mas estensa á todas especies de humanitat? Cá las obscuridades é cerramientos dellas ¿quién las demuestra é face patentes sinon la eloqüencia dulco é fermosa fabla, sea metro, sea prosa?

Quanta mas sea la excellencia é prerrogativa de los rimos. é metro que de la soluta prosa, si non solamente á aquellos que de las porfias injustas se cuidan adquirir soberbios honores, manifestá cosa es. É asi faciendo la vía de los stoycos, los quales con grant diligencia inquirieron el origine é causas de las cosas, me esfuerzo á decir el metro ser antes en tiempo é de mayor perfeccion é de mas autoritat que la soluta prosa. Isidoro Cartagines, santo arzobispo hispalense, asi lo aprueba é testifica; é quiere que el primero que fizo rimos, ó cantó en metro haya seido Moysen : cá en metro cantó é profetizó la venida del Mesias : é despues dél Josué en loor del vencimiento de Gabaon. David cantó en metro la victoria de los Filisteos, é la restitution del arca del Testamento, é todos los cinco libros del Psalterio. É aun por tanto los Hebraycos osan afirmar que nosotros no asi bien como ellos podemos sentir el gusto de la su dulceza. É Salomon metrificados fizo los sus Proverbios, é ciertas cosas de Job son escritas en

rino, en especial las palabras de conorte que sus amigos le respondian á sus vexaciones.

De los Griegos quieren sean los primeros Achatesio, Millesio, é apres dél Ferocides Tiro, é Ilomero, non obstante que Dante soberano poeta lo llama. De los Latinos Enio fue el primero, ya sea que Virgilio quieran que de la lengua latina haya tenido y tenga la monarquia; é aun asi place á Dante alli donde dice en nombre de Sordello Mantuano :

O gloria del latin suolo, per cui  
Mostrò ciò cho potea la lingua nostra!  
O precio eterno del loco ove io fui!

É asi concluyo, cá esta sciencia por tal es accepta principalmente á Dios, é despues á todo linage ó especie de gentes. Afírmalo Casiodoro en el libro de varias causas, diciendo : Todo resplandor de eloqüencia, é todo modo ó manera de poesia ó poetal locucion é fabla, toda variedat ovo é ovieron comenzamiento de las divinas Escrituras. Esta en los deíficos templos se canta, é en las cortes é palacios imperiales é reales graciosamente es rescebida. Las plazas, las lonjas, las fiestas, los convites opulentos sin ella asi como sordos é en silencio se fallan.

¿É qué son ó cuáles aquellas cosas á donde, oso decir, esta arte asi como necesaria no intervenga, é non sirva? En metro las epitalamias, que son cantares, que en loor de los novios en las bodas se cantaban, son compuestos. É de unos en otros grados aun á los pastores en cierta manera sirven; é son aquellos dictados á que los poetas *bucólicos* llamaron. En otros tiempos á las cenizas é defunciones de los muertos metros elegiacos se cantaban, é aun agora en algunas partes dura, los cuales son llamados *endechas*. En esta forma Jeremias cantó la destruicion de Jerusalem, Gayo César, Octaviano Augusto, Tiberio, é Tito, emperadores, marabillosamente metrificaron, é les plugo toda manera de metro.

Mas dexemos ya las historias antiguas por allegarnos mas cerca de los nuestros tiempos. El rey Roberto de Napol, claro é virtuoso príncipe, tanto esta sciencia le plugo, que como en esta misma sazón Micer Francisco Petrarca poeta laureado floresciese, es cierto grant tiempo le tuvo consigo en el Castil-novo de Napol, con quien él muy ainenudo conferia é practicaba destas artes, en tal manera que mucho fué avido por accepto á él é grant privado suyo : é alli se dice haber él fecho muchas de sus obras asi latinas como vulgares : é entre las otras el libro de *Rerum memorandarum*, é las sus églolas, é muchos sonetos, en especial aquel que

fizo á la muerte deste nuestro rey, que comienza : *Rota el alta columna, é el verde lauro*, etc. (1).

Johan Bocacio, poeta excelente, é orador insigne, afirma el rey Juan de Chipre averse dado mas á los estudios desta graciosa sciencia que á ningunas otras; é asi paresce que lo amuestra en la entrada proemial del su libro de la *Genealogia ó linage de los Dioses gentiles*, hablando con el señor de Parma mensagero ó embajador suyo.

Como pues ó por qual manera, señor muy virtuoso, estas sciencias ayan primeramente venido en manos de los romancistas ó vulgares, creo seria difícil inquisicion, é una trabajosa pesquisa. Pero dexadas agora las regiones, tierras é comarcas mas longinicas é mas separadas de nos, no es de dubdar que universalmente en todas de siempre estas sciencias se hayan acostumbrado ó acostumbran, é aun en muchas dellas en estos tres grados, es á saber, *Sublime, Mediocre, Infimo*. Sublime se podria decir por aquellos que las sus obras escribieron en lengua griega ó latina, digo metrificando. Mediocre usaron aquellos que en vulgar escribieron, asi como Guido Januncello, Boloñes, é Arnaldo Daniel, Proenzal. É como quier que destos yo no he visto obra alguna; pero quieren algunos haber ellos sido los primeros que escribieron tercio rimo é sonetos en *romance*. É asi como dice el filósofo, de los primeros, primera es la especulacion. Infimos son aquellos que sin ningunt órden, regla, ni cuento, facen estos romances é cantares, de que la gente baja é de servil condicion se alegra. Despues de Guido é Arnaldo Daniel, Dante escribió en tercio rimo elegantemente las sus tres comedias *Infierno, Purgatorio, Paraíso*. Micer Francisco Petrarca sus *Triunfos*. Checo Dáscoli el libro de *Proprietatibus rerum*. Johan Bocacio el libro que *Ninfa* se intitula, aunque ayuntó á él prosas de grand eloqüencia, á la manra del Boecio Consolatorio. Estos é muchos otros escribieron en otra forma de metros en lengua itálica, que *Sonetos é Canciones morales* se llaman.

Estendiéronse, creo, de aquellas tierras é comarcas de los Lemosines estas artes á los Gállicos, é á esta postrimera é occidental parte, que es la nuestra España, donde asaz prudente é fermosamente se han usado. Los Gállicos é Franceses escribieron en diversas maneras rimos é versos que en el cuento de los pies é bordones discrepan; pero el peso é cuento de las silabas de tercio rimo, é de los sonetos é de las canciones morales, iguales son de las baladas; aunque en algunos asi de las unas como de las otras hay algunos pies truncados que nosotros llamamos medios pies é los Lemosins, Franceses, é aun Catalanes, *biogs*.

(1) Cancion y soneto en la muerte de M. Laura. *Rota è l'alta colonna e 'l verde lauro*.

De entre estos ovo hombres muy doctos é señalados en estas artes : cá Maestro Johan Lorris fizo el *Roman de la Rosa*, donde, como ellos dicen, *el arte de amor es toda enclosa* : é acabólo Maestro Johan Copinete, natural do la villa do Mun. Michauto escribió asimismo un grant libro do *baladas, canciones, rondeles, lays, virolais*, é asonó muchos dellos. Micer Otho de Grantson, caballero estrenuo é muy virtuoso, so ovo alta é dulcemente en esta arte. Alen Charrotier, muy claro poeta moderno, secretario desto rey don Luis do Francia, on grant elegancia compuso é cantó en metro, é escribió : *El debate de las quatro damas : la bella dama Samersi : el reveille matin : la grant pastora : el breviario de nobles, é el hospital de amores*, por cierto cosas asaz fermosas é plascientes de oír.

Los Itálicos prefiero yo so enmienda de quien mas sabrá, á los Franceses, solamente cá las sus obras se muestran de mas altos ingenios, é adórnannlas é compónennlas do fermosas é peregrinas historias : ó á los Franceses de los Itálicos en el guardar del arto : de lo cual los Itálicos sino solamente en el peso é consonar, non se facen mencion alguna. Ponon sones (1) asimismo á las sus obras, é cántannlas por dulces é diversas maneras : é tanto han familiar é por manos la música, quo parece que entro ellos hayan nascido aquellos grandes filósofos, Orfeo, Pitágoras, é Empédocles : los cuales así como algunos describen, non solamente las iras do los hombres, mas aun á las furias infernales con las sonoras melodias é dulces modulaciones de los sus cantos aplacaban. ¿É quién dubda quo así como las verdes fojas en el tiempo de la primavera guarnescen é acompañan los desnudos árboles, las dulces voces é fermosos sones no apuesten é acompañen todo rimo, todo metro, todo verso, sea do qualquier arto, peso é medida ?

Los Catalanes, Valencianos y aun algunos del reino de Aragon fueron é son grandes oficiales desta arte. Escribieron primeramente en trovas rimadas, que son pies ó bordones largos de sílabas, é algunos consonaban é otros non. Después destos usaron el decir en coplas de diez sílabas á la manera de los Lemosis. Ovo entre ellos de señalados hombres así en las invenciones como en el metrificar. Guillen de Berguedá, generoso é noblo caballero, é Pao de Benlibre adquirieron entre estos grant fama. Mosen Pero March el viejo, valiente é noble caballero, fizo asaz gentiles cosas : é entre las otras escribió proverbios do grant moralidad. En estos nuestros tiempos floreció Mosen Jorde de Sant Jorde, caballero prudente : el cual ciertamente compuso asaz formosas cosas, las quales él mismo asonaba : cá fué músico excelente : é

(1) Poner sones y asonar era poner en música.



fizo entre otras una cancion de opósitos, que comienza : *tosions aprench é desaprench ensems*. Fizo la *Pasion de amor*, on la qual copiló muchas buenas canciones antiguas, así deste que ya dixe, como de otros. Mosen Febler fizo obras nobles : é algunos afirman haya traído el Dante de lengua flerentina on catalan, non menguando punto en la órden de metrificar, é consonar. Mosen Ausias March, el qual aun vive, es grant trovador, é hombre de asaz elevado espíritu.

Entre nosotros usóse primeramente el metro en asaz formas : así como el libro de *Alexandre*, los *votos del Paxon*, é aun el libro del Areipreste do Hita. Aun de esta guisa escribió Pero Lopez de Ayala el viejo un libro que fizo de *las maneras de palacio*, é llamáronlo *Rimos*. É despues fallaron esta arte que mayor se llama, ó el arte comun, creo, en los reynos de Galicia é Portugal ; dando non es de dubdar que el exercicio destas sciencias mas que en ningunas otras regiones ni provincias de la España se acostumbrió ; en tanto grade que non ha mucho tiempe qualesquier decidores é trovadores destas partes, agora fuesen Castellanos, Andaluces, ó de la Estremadura, todas sus obras componian en lengua gallega ó portuguesa. É aun destos es cierto reseebimos los nombres del arte, así como *Maestria mayor é menor : encadenados, lexapren é mansobre*.

Acuérdome, señor muy magnífico, siendo yo en edat no proveya, mas asaz mozo pequeño, en poder do mi abuela doña Mencia de Cisneros, entre otros libros aver visto un grant volúmen do cántigas, sorranas, é decires portugueses é gallegos ; de los quales la mayor parte eran del rey don Dionis de Portugal : creo, señor, fué vuestro bisabuelo : cuyas obras aquellos que las leian, loaban de invenciones sutiles, é de graciosas é dulces palabras. Avia otras do Johan Soarez de Pavia, el qual so dice aver muerto en Galicia por amores do una infanta de Portugal. É de otro Fernant Gonzalez de Sanabria. Despues destos vinieron Basco Perez de Camoes é Fernant Casquicio é aquel grant enamorado Macias del qual non so fallan sino quatro canciones, pero ciertamente amorosas é do muy fermosas sentencias, convieno á saber :

1. Cativo de miña tristura :
2. Amor cruel é brioso :
3. Señor en quien flanéé :
4. Probé de buscar mesura.

En esto reyno de Castilla dixo bien el rey don Alonso el Sabio é yo vi quien vió decires suyes ; é aun se dice metrificaba altamente en lengua latina. Vinieron despues destos don Juan de la Cerda é Pero Gonzalez do Mendeza mi abuelo : fizo buenas canciones, é entre otras *Pero te sirvo sin arte* : é etra á las Monjas de la Zay-

dia quando el rey don Pedro tenia el sitio contra Valencia : comienza : *A las riberas de un rio*. Usó una manera de decir cantares asi como cénicos, plautinos, y terencianos, tambien en estrambotes como en serranas. Concurrió en estos tiempos un Judio que se llamó Rabi Santo é escribió muy buenas cosas, é entre las otras *Proverbios morales* de asaz, en verdad, recomendables sentencias. Púsele en cuento de tan nobles gentes por grant trovador ; que asi como él dice :

Non vale el azor menos  
Por nacer en vil nio,  
Nin los enxiemplos buenos  
Por los decir Judio.

Alfonso Gonzalez de Castro, natural desta villa de Guadalajara, dixo asaz bien, é fizo estas canciones :

Con tan alto poderio.  
Vedes que descortesía.

Despues destos en tiempo del rey don Juan fué el Arcediano de Toro. Este fizo, *crueidad é trocamento : de quien cuido, é cuidé* : é Garci Fernandez de Gerena. Desde el tiempo del rey don Enrique de gloriosa memoria, padre del rey nuestro señor, é fasta estos nuestros tiempos se comenzó á elevar mas esta sciencia é con mayor elegancia : é ha habido hombres muy doctos en esta arte, principalmente Alfonso Alvarez de Illiescas, gran decidor ; del qual se podria decir aquello que en loor de Ovidio un grant historiador describe, conviene á saber, que todos sus motes é palabras eran metro. Fizo tantas canciones é decires que seria bien largo é difuso nuestro proceso, si por estenso, aun solamente los principios dellas á recontar se oviesen. É asi por esto como por ser tanto conocidas é esparcidas á todas partes sus obras pasaremos á Micer Francisco Imperial, al qual yo no llamaria decidor, ó trovador, mas poeta ; como sea cierto que si alguno en estas partes del Ocaso mereció premio de aquesta triunfal é laurea guirlanda loando á todos los otros, este fué. Fizo al nascimiento del rey nuestro señor aquel decir famoso : *En dos setecientos*, é muy muchas otras cosas graciosas é loables.

Fernant Sanchez Talavera, comendador de la órden de Calatrava, compuso asaz buenos decires. Don Pedro Velez de Guevara mi tio, gracioso é noble caballero, asimismo escribió gentiles decires é canciones. Fernant Perez de Guzman mi tio, caballero docto en toda buena doctrina, ha compuesto muchas cosas metrificadas : é entre las otras aquel epitafio de la sepultura de mi señor el almirante don Diego Furtado que comienza :

Hombre que vienes aqui de presente.

Fizo otros muchos decires é cántigas de amores, é aun agora bien poco tiempo ha escribió *Proverbios* de grandes sentencias: é otra obra asaz útil é bien compuesta, *de las quatro virtudes cardinales*.

Al muy magnífico duque don Fadrique mi señor é mi hermano plogo mucho esta sciencia, é fizo asaz gentiles canciones é decires: é tenia en su casa grandes trovadores, especialmente á Fernant Rodriguez Puerto Carrero é Juan de Gayoso, é Alonso Gayoso de Morana. Fernant Manuel de Lando, honorable caballero, escribió muchas buenas cosas de poesia: imitó mas que á ningun otro á Micer Francisco Imperial: fizo de buenas canciones en loor de Nuestra Señora: fizo asimismo algunas invectivas contra Alonso Alvarez, de diversas materias é bien ordenadas.

Los que despues dellos en estos nuestros tiempos han escrito, ó escriben, ceso de los nombrar: porque de todos me tengo por dicho que dellos, muy noble señor, tengades noticia é conosciimiento. É non vos marabilledes, señor, si en este proemio haya tan estensa y largamente narrado estos tan antiguos, é despues nuestros autores, é algunos decires é canciones dellos, como parezca haber procedido de una manera de ociosidad, lo qual de todo punto niegan non menos la edad mia, que la turbacion de los tiempos. Pero es asi que como á la nueva edad me pluguiesen, fallélos agora quando me pareció ser necesarios. Cá asi como Oracio poeta dice:

Quem nova concepit olla servabit odorem.

Pero de todos estos, muy magnífico señor, asi Itálicos como Provenzales, Lemosis, Catalanes, Castellanos, Portugueses é Gallegos, é aun de qualesquier otras naciones se adelantaron é antepusieron los Galllicos Cesalpinos é de la provincia de Equitania en solemnizar é dar honor á estas artes. La forma é manera como, dexo agora de contar: por quanto ya en el prólogo de los mis proverbios se ha mencionado. Por las quales cosas, é aun por otras muchas, que por mi, é mas por quien mas sopiese, se podrian ampliar é decir, podrá sentir vuestra magnificencia en quanta reputacion, estina é comendacion estas sciencias averso deben; é quanto vos, señor virtuoso, debedes estimar que aquellas dueñas que en torno de la fuente Elicon incesantemente danzan, en tan nueva edad non inmeritamente á la su compañía vos hayan rescebido. Por tanto, señor, quanto yo puedo exorto é amonesto á la vuestra magnificencia que asi en la inquisicion de los fermosos poemas como en la polida órden y regla de aquellos, en tanto que Cloto filare la estambre, vuestro muy elevado sentido é pluma no cesen, por tal que quando Atropos cortare la tela, non menos délficos que marciales honores é glorias obtengades.

(*Prôemio al condestable de Portugal sobre sus obras.*)

## MOSEN DIEGO DE VALERA.

A don Juan Pacheco, marqués de Villena.

Acuérdome, magnífico señor, haber leído un dicho de Séneca, que dice: estonce los consejos saludables busca quanto la fortuna mas riente se te muestra: que la fortuna es de vidrio, y quanto mas resplandece, entonce se quebranta. Con esta doctrina concuerda Caton, diciendo: Quando fueres bienaventurado, guárdate de las cosas contrarias: quo non por ese curso las cosas postrimeras responden á las primeras. É el Psalmista: El hombre, como fuese en honor, non entendió; é comparado es á las bestias non sabias, é fecho es semejable á ellas.

É sin dubda, señor, esta es discreta doctrina: que mas necesario es el consejo en el tiempo próspero que en el advorso: que la próspera fortuna ciega é turba los corazones humanos; é la adversa con su adversidad da consejo. Porque, señor, á los hombres discretos convieno facer lo que el sabio marinero face, el qual en el tiempo de la bonanza se apercibe é arma contra la fortuna: cá sabe ser cosa natural despues de bonanza tormenta, é despues de tormenta bonanza; cá la fortuna non dexa ninguna cosa lnengamente permanecer en un ser. Asi lo dice Boécio en persona de la fortuna hablando en tales palabras: Las cosas altas en baxas, é las baxas en altas nos gozamos mudar: este juego continuo jugamos: todas las cosas en rueda volante tenemos.

Para esto provar non son necesarias autoridades, ni menos historias estrañas buscar; pues que abundamos en exemplos domésticos, acaecidos en nuestros tiempos. Pues con esvelado estudio catad las cosas pasadas para ordenanza de las presentes é providencia de las venideras: que quien á las cosas pasadas no mira, la vida pierde; é el que en las venideras no provee, entra en todas como non sabio: cá el que proveido es, non dice: non pensé que esto se ficiera; que non dubda, mas espera; non sospecha, mas aguarda: ó los daños ante vistos menos suelen empecer. É bienaventurado es aquel á quien los agenos peligros facen salvo: é quanto los estados son mas altos, tanto á peligro son mas sujetos; que el quo en llano se asienta, non tiene donde caya. É la mayor mengua que los grandes han es de consejo: porque á los tales muy pocos dicen verdad, porquo la verdad engendra mal: é cerca de los señores mas suelen usar lisonja quo verdadero amor nin consejo...

Onde, señor, pues conocéis quan peligroso es este mar en quo navegamos, tanto que el viento próspero dura avelad el navio

con tales amarras, que si la fortuna volviera la cara, el lema prudente gobierne la nao, aquella levando á puerto seguro. É como sin Dios ningun trabaxo en el mundo aproveche; á este dad gloria, honor é servicio, aviendo en él perfecta esperanza, é él vos será ayuda é consejo. Asi lo amonesta el Psalmista, diciendo: Pon tu corazon en Dios, é él te gobernará. É el santo Evangelio: Primero buscad el reino de Dios é la justicia, é todas las cosas so vos ofrecerán. É el apóstol: A los que temen á Dios todas las cosas se les convierten en bien. Porque, señor, segund dice san Bernardo: Como quiera que el estado do las cosas mundanas debaxo de la fortuna trabaxe, nin por eso la regla del vivir es de dexar: que muy atarde el infortunio con diligencia se acompañan, é muy mas atardo el infortunio de la pcreza se aparta. Asi un hombre quo á cierto dia oviese á otro de combatir, procura do armarse con diligencia, muchas veces provoyendo su arnes. ¿Quánto mas procurararlo debe quien no sabe quando sorá combatido de un tan grande é fiero enemigo, como os la fortuna? pues con todo estudio convieno buscar así duras armas, que sean bastantes á resistir tan grande adversario.

Onde, muy virtuoso señor, las armas contra la fortuna á los grandes señores, despues de sorvir á nuestro Señor, son cinco principales, conviene saber: primera amar, querer, vivir, temer, é honrar de todo corazon su rey. Cá los reyes tienen el lugar do Dios en la tierra, segund es escripto por Salomon en persona de nuestro Señor, diciendo: Los reyes por mi reynan, é por mi los príncipes mandan: é el apóstol: Honrad al rey como á muy excelente. Segunda, amor de los súbditos, cá dice Séneca: Esto solo es inestimable muro el amor de los cibdadanos. Por cierto los cuerdos mas deben procurar ser amados que tomidos: que dice Terencio: Mucho yerra, segund mi sentencia, el que piensa el imperio sor mas estable el que por fuerza so gana, que aquel que por amistad es ayuntado. Tercera: riquezas, sin las quales no so puede luengamente conservar grand estado, ni dar fin á cosa magnífica. Cá el alto corazon, si caroce do bienes do fortuna, su virtud mostrar no se puede: cá bien podria ser un hombre pobro asi de grand corazon quanto Alexandre; mas ¿cómo podria ser en aucto su virtud reducida, careciendo de bienes exteriores? Quarto: fortalezas: las quales muchas veces leimos é vimos avcr aplacado la ira de la adversa fortuna.

De la primera, convieno saber, amar ó servir al rey, quantos bienes se sigan, no convieno larga escriptura: cá en lo tal nuestro Señor es servido, los bienes temporales se acrecientan, é los estados son sublimados. É por el contrario, es Dios deservido, é las riquezas se consumen é gastan, é los estados é dignidades se pierden...



De la segunda, es á saber, amor de los súbditos : este se gana con rostro alegre é mano liberal, pues destas dos cosas la primera poco cuesta : de la segunda dad gracias á Dios, que pocos pueden asi bien usar como vos. Pues cerca desta tened tal manera, que dedes antes que vos demanden, con cara alegre é mano ligera : que propia cosa es, segund dice Tulio, del que face algo de grado, hacerlo aina : é no esperes á ser muy rogado, que no es cosa tan caramamente comprada como la que por ruegos se alcanza.

De la tercera, es á saber, riquezas : trabaxad con grand diligencia de las alcanzar tanto que sean bien ganadas é sin gemidos de pobres personas : cá proverbio antiguo es, que se pierde lo bien ganado ; é lo malo, ello é su dueño. Y el Psalmista dice : Vi al justo ensalzado asi como los cedros del Libano : pasé, é luego no era : busquéle, é no fué fallado su lugar. É Séneca : Quien por torpes maneras sube á lo alto, mas aina cae que subió. É Aristóteles : El nombre del soberbio é cobdicioso será tirado de sobre la tierra. Por ende mucho son de emendar los tales pecados : cá por la sobervia el ángel del cielo cayó, el hombre del paraíso fué echado, la torre de Babilonia derribada, las lenguas divisas, Golias muerto. É por eso decia Salomon : El comienzo de toda maldad es la sobervia. É el apóstol : Raiz es de todos males la cobdicia : esta los homicidios comete, los robos é rapiñas exerce, las batallas levanta é exercita, las cosas sagradas por simonía compra é vende. Para lo qual conseguir, es de acatar lo que san Bernardo dice : que donde la data é receta son iguales, el tal estado es en peligro : é por consiguiente en mayor peligro será donde el gasto sobrepuja á la renta. Porque á todo hombre discreto conviene considerar su renta, en tal manera que sea mayor que su gasto ; porque si caso sobreviniere, haya de que sostenerse pueda. É si esto á toda persona conviene, mayormente á los grandes señores, los quales á mayores cosas son obligados, é mayores necesidades han.

De la quarta, es á saber, de las fortalezas, conviene notar que el mayor é mas principal bastimento é que mas tarde se halla, es virtuoso corazon para las guardas, pues debédes confiar vuestras fortalezas de hombres fijos-dalgos, que hayan avido esperiencia de fechos de guerra, á quien ayádes fecho mercedes : que á los virtuosos é buenos, mucho es grand carga la memoria de los beneficios recibidos...

De la quinta é postrimera, que es el consejo, devédes mucho trabaxar de aver tres ó quatro personas fieles con quien todo el fe ho comuniquéis. Cá Salomon : Todas las cosas faz con consejo, é non te arrepentirás despues de fechas. É Séneca : Ninguna cosa es tan dulce como aver con quien todas las cosas oses fablar asi

contigo. É san Bernardo : No quieras mucho confiar de tí mismo, porque sin dubda en los propios fechos todo hombre se engaña por discreto que sea, é naturalmente toda persona aconseja mejor en los fechos agenos que en los propios suyos : lo qual se face porque en las cosas nuestras, ó somos empachados por gozo, ó por tristeza. Cerca del consejo en las cosas arduas é graves, muy devotamente rogad á nuestro Señor : é aun faced rogar á devotas personas que vos demuestre la vía de verdad, cá dice san Agustín : que el buen consejo es gracia por Dios dada. É destos asi escogidos recebid estrecho juramento que guardarán vuestros secretos ; é tened con ellos tal orden, que en las cosas grandes, é apartadamente de cada uno, sepais su voto : é contra todos argüid asi vivamente quanto vuestro juicio abastare. É despues, todos juntos ante vos, mandad que digan sus opiniones, é la determinacion quede á vos en ausencia suya ; cá dice el Señor : La mi gloria no la daré á otro. Los quales son de escoger con grand diligencia que sean discretos é de buenas intenciones, é que hayan seido leales á los señores que ante sirvieron : que non espereis que á vos sea leal el que á otro fuera traydor...

É de los amigos, aquellos aved por verdaderos que en vuestra primera fortuna vos amaron : cá el que amigo es, en todo tiempo ama ; é segund dice Boëcio : Aquel que la próspera fortuna fizo amigo, la adversa lo fará enemigo. É por cierto, señor : una de las cosas de mayor yerro es la poca diferencia que entre los hombres se face, como no sea cosa en que tan grande facerse deva : lo qual conociendo Aristótilés, decia : Asi como el mas noble de los animales es el hombre sujeto á la razon ; asi el peor es el hombre apartado de aquella. É Séneca : Ninguno animal es tan peligroso, ninguno con mayor arte de tractar, como el hombre á razon non sujeto. É si entre los caballos tan grand diferencia se face, que uno vale cien doblas é otro non diez : ¿ cuánta vergüenza sea todos los hombres valer por un precio? Cada uno lo puede juzgar, como uno de balde sea caro, é otro non puede por precio comprarse. É la perfeccion de la criatura razonable, segund dice san Agustín, es cada cosa tener su precio. É Séneca : Ninguna cosa es tan necesaria como poner precio á las cosas ; pues con mucha solitud examinad á los amigos é servidores : é de los virtuosos fidalgos é buenos faced tesoro : que un corazon de un leal amigo é fiel servidor, non se puede por precio comprar.

(*Tratado de Providencia contra Fortuna.*)

## FERNAN PEREZ DE GUZMAN.

## I.

## Don Enrique III.

Quando llegó á los diez é siete años, uvo muchas y grandes enfermedades que le enflaquecieron el cuerpo, é le dañaron la complexion, é por consiguiente se le dañó é afeó el semblante, no quedando en el primero parecer: é aun le fueron causa de grandes alteraciones en la condición: cá con el trabaxo é la afliccion de la lengua enfermedad, hizose mucho triste y enojoso. Era muy grave de ver é de muy áspera conversacion, así que la mayor parte del tiempo estaba solo é malenconioso: é al juicio de muchos, si lo causaba la enfermedad ó su natural condicion, mas declinaba á liviandad que á graveza ni madurez. Pero aunque la discrecion tanta no fuese, avia algunas condiciones con que trahía su hacienda bien ordenada é su reyno razonablemente regido: cá él presumia de si que era suficiente para regir é gobernar. É como á los reyes menos seso y esfuerso les basta para regir que á otros hombres, porque de muchos sabios pueden aver consejo, é su poder es tan grande, especialmente de los reyes de Castilla, que con poca hombredad que tengan, serán muy temidos, tanto que ellos hayan presuncion é no se dexen gobernar de otros; así el fué muy temido. É junto con esto él era muy apartado; cá así como la mucha familiaridad é llaneza causa menosprecio, así el apartamiento é la poca conversacion hace al príncipe ser temido. El avia gran voluntad de ordenar su hacienda y crecer sus rentas, é tener el royno en justicia: é qualquier hombre que se da mucho á una cosa, necesario es que alcance algo della; quanto mas el rey, que nunca le fallecen buenos ministros é oficiales para aquel oficio en que él se deleyta... Lo que negar no se puede, alcanzó discrecion para conocer y elegir buenas personas para el su consejo: lo qual no es pequeña virtud para el príncipe.

## II.

## El infante don Fernando de Castilla (1).

Fué príncipe muy hermoso de gesto, sosegado, é benigno, casto y honesto, muy católico y devoto christiano: la habla

(1) Llamado de *Sancho el Fuerte*, fue luego fué elegido rey de Aragon, despues de haber sido tutor de don Juan II.



vagarosa é floxa; é aun en todos sus autos era tardío é vagaroso : tanto paciente é sofrido, que parecia que no avia en él turbacion de saña ni de ira. Pero fué príncipe de gran discrecion, y quo siempre hizo sus hechos con bueno é maduro consejo. A los que le sirvieron fué asaz franco. Pero entre todas sus virtudes, las que mas fueron en él de loar, fueron la grande humildad é obediencia que siempre guardó al rey su hermano, é la lealtad é amor que ovo al rey don Juan su hijo... É como quiera quo por algunos grandes del reyno fuese tentado é requerido, que pues el rey su hermano por ser apasionado (enfermizo) no podia bien regir é gobernar, que él tomase la carga de la gobernacion; nunca lo quiso hacer, dexando á la voluntad é disposicion do Nuestro Señor así el regimiento del reyno como lo quo á su persona tocaba : queriendo mas esperar el remedio que Dios daria en lo uno y en lo otro, que no la provision que él pudiera hacer, la qual fuera con escándalo é rigor. É así Nuestro Señor, que muchas veces, aun en esto mundo, respondo á las buenas voluntades, catando la humildad é inocencia de este príncipe, guardóle de la sospecha de su hermano. É aquella gobernacion del reyno, que él no aceptó quando inoportunamente é á sin razon le era ofrecida, dióglala con voluntad del rey é placer de todo el royno : quo, como dicho es, el rey su hermano á su fin le dexó por tutor del rey su hijo, é regidor de sus reynos : claro exemplo y noble doctrina, en que todos los príncipes quo son en subjecion é señorío de los reyes, como en un espejo se deben mirar, porque con avaricia é cobdicia desordenada de regir é mandar ni de otra utilidad propia no se entremetan de turbar ni ocupar el señorío real, ni moverse contra él; mas con toda obediencia é lealtad estar so aquel yugo en quo Dios los puso.

### III.

Don Lorenzo Suarez de Figueroa, maestre de la Orden de Santiago (1).

Fué muy callado, de pocas palabras, pero do buen seso é ouen entendimiento, é de gran regimiento ó regla en su casa é hacienda, é por eso de algunos era avido por escaso é cobdicioso; pero aquello que él daba era en tal manera, que la forma suplia el defecto de la materia, porquo era luego dado en dineros contados é muy secretamente, que son autos quo honran é afeytan mucho los dones, é los hacen mas graciosos : cá con tales

(1) Padre de doña Catalina de Figueroa, que casó con don Inigo Lopez de Mendoza.

maneras el que lo recibe no tema trabaxo, y el que lo da muestra no querer vanagloria. De su esfuerzò nunca oi, salvo que en las guerras era diligente é de buena ordenanza, lo qual no podia ser esfuerzo.

## IV.

Don Pedro Manrique, adelantado de Leon, que murió en el año de 1440 (1).

Fué hombre de gran corazon, asaz esforzado. Algunos lo razonaban por holcioso, é ambicioso de mandar é regir. Yo no lo sé cierto; pero si lo fué, no lo avria á maravilla: porque todos los que se sienten dispuestos é suficientes á alguna obra é auto, su propia virtud los punge é estimula al exercitar é usar dello: cá apenas verá el hombre á alguno bien dispuesto á un oficio que no se deleyte en lo usar. É así este gran caballero, porque su gran discrecion era bastante á regir é gobernar, veyendo un tiempo tan confuso é tan suelto, que quien mas tomaba de las cosas mas avia dellas, no es mucho de maravillar si se entremetia en ello. La verdad es esta, que en tiempo del rey don Juan el Segundo, en el qual ovo grandes é diversos mudamientos, no fué alguno en que él no fuese: no per deservir al rey ni procurar daño del reyno, mas por valer é aver poder: de lo qual muchas veces se siguen escándalos y males. É así en tales autos pasó por diversas fortunas prósperas ó adversas: cá algunas veces ovo gran lugar en el regimiento del reyno, é acrescentó su casa y estado; y otras veces pasó por grandes trabaxos, cá fué una vez desterrado, é otra vez preso.

## V.

El condestable de Castilla don Alvaro de Luna.

Tanta y tan singular fué la fianza que el rey hizo del condestable, é tan grande é tan excesiva su potencia, que apenas se podia saber de ningun rey ó príncipe que muy temido é obedecido fuese en su reyno, que mas lo fuese que él en Castilla, ni que mas libremente oviese la gobernacion y el regimiento... A tanto se extendió su poder, é tanto se encogió la virtud del rey, que del mayer oficio del reyno hasta la mas pequeña merced, muy pocos llegaban á la demandar al rey, ni le hacian gracias della; mas al condestable se demandaba, é á él se regraciaba... En conclusion sen aquí de notar dos puntos muy maravillosos: el pri-

(1) Abuelo paterno de Jorge Manrique.

mero, un rey comunalmente entendido en muchas cosas, é ser de todo punto negligente é remiso en la gobernacion de su reyno, no le moviendo ni estimulando á ello la discrecion, ni las experiencias de muchos trabaxos que pasó en las contiendas é revueltas que ovo en su reyno, ni las amonestaciones é avisamientos de grandes, caballeros é religiosos que dello le hablaban, ni lo que es mas, la inclinacion natural pudo en él aver tanto vigor ó fuerza, que de todo punto, sin ningun medio, no se sometiese á la ordenanza y consejo del condestable con mas obediencia que nunca un hijo humilde lo fué á padre, ni un obediente religioso á su abad ó prior... El segundo punto, que un caballero sin parientes, y con tan pobre comienzo, en reyno tan grande, ó donde tantos é tan poderosos caballeros avia, y en tiempo de un rey tan poco obedecido é temido, oviese tan singular poder. Cá, puesto que queramos decir, que esto era en virtud del rey, ¿ cómo podia dar poder á otro el que para sí no lo tenia? ¿ ó cómo es obedecido el lugarteniente, quando el que lo pone en su lugar no halla obediencia? Verdaderamente yo cuido que desto no se podiese dar clara razon, salvo si la diere aquel que hizo la condicion del rey tan extraña. Ni se puede dar razon del poder del condestable: que yo no sé qual de estas dos cosas es de mayor admiracion, ó la condicion del rey, ó el poder del condestable. Y en el tiempo de este rey don Juan el Segundo acaecieron en Castilla muchos autos, mas grandes y estraños que buenos ni dignos de memoria, ni útiles ni provechosos al reyno. Cá asi fué, que ausente de esta vida el rey don Fernando de Aragon, por consiguiente se ausentaron del reyno de Castilla la paz ó la concordia...

El miércoles de las echavas de Pasqua florida, queriendo Nuestro Señor hacer obra nueva, el dia que debia ser resurreccion, fué pasion del dicho condestable. Con gran admiracion ó quasi increíble á todo el reyno, el rey lo mandó prender á don Alvaro de Stúñiga, que fué despues conde de Plasencia, é tomó lo que allí halló; é partiendo de Burgos, llevólo consigo á Valladolid, é hizolo poner en Portillo en fierro, en una jaula de madera. ¿ Qué podemos aqui decir, sino obedecer y temer los oscuros juicios de Dios sin alguna interpretacion, que un rey, que hasta los quarenta y siete años fué en poder de este condestable con tan grandísima paciencia ó obediencia que solamente el semblante no movia contra él, que ahora súbitamente con tan grande rigor le hiciese prender é poner en fierro? É aun es de notar aqui que aquellos principes reales, el rey de Navarra y el infante don Enrique, con acuerdo é favor de todos los grandes del reyno, muchas veces se trabaxaron de lo apartar del rey y destruirlo; é no solamente no lo acabaron, mas todos los mas

dellos se perdieron en aquella demanda : por ventura porque se movian, no con intencion buena , mas con interese. É si quoremos decir quo el rey hizo esta obra , parece al contrario ; porque muerto el condestable , el rey se quedó en aquella misma remision y negligencia que primero : ni hizo auto alguno de virtud ni fortaleza en que so mostrase mas ser hombre que primero. É así resta que debamos creer que esta fué obra de solo Dios , que segun la Escritura , él solo hace grandes maravillas... Fué llevado de Portillo á Valladolid , é allí públicamente y en forma de justicia , le fué cortada la cabeza en la plaza pública. A la qual muerte , segun se dice , él se dispuso á la sufrir mas esforzada que devotamente ; cá , segun los autos que aquel dia hizo é las palabras que dixo , mas portenecian á fama que á devocion.

(*Generaciones y Semblanzas.*)

## EL BACHILLER ALFONSO DE LA TORRE.

### I.

#### La Prudencia.

Era la Prudencia vestida del paño é del traje é vestiduras de las otras hermanas ; porque por ventura si sobre excediera , cayera en odio de las otras , y no traia aparato menor por no venir en menosprecio : tal era el vestido qual convenia á la edad , y al estado , y al tiempo. Tenia acutísimo ol entendimiento , y grand aplicacion á lo particular ; y eso mismo tenia grand memoria de lo pasado , é grand providencia on lo por venir : cá avia visto muchas esperiencias en el mundo , é avia fecho conclusiones á las contingentes cosas. El Entendimiento lo rogó que por merced , pues ella era la principal que las pasiones moderaba que le quisiese dar algunas informaciones de la vida.

La Prudencia respondió : Qualquier que quisiere ser mi amigo , ha de seguir las reglas siguientes : — Ila de examinar por consejo lo que ha de facer : é si él bien entendiero , no perderá nada por demandar consejo á otros : cá muchas veces ocurre á un simple lo quo non ocurre á un sabio : é ¿ quanto mas ha menester consejo el que no sabe ? — No se mover por informacion dubdosa ni por credulidad ligera : cá muchos iacen por las semejantes cosas de quo se arrepienten. — Las cosas de la fortuna , si quiere gozar dellas , que non las tenga así como suyas , y quo

esté presto á las perder ; mas quando las toviero , non las guarde así como ajenas. — El que quiera ser prudente ha monester que non sea solitario, mas que sea conforme al tiempo é á la gento : cá en otra manera vorná á murmuracion, é á perseguirlo, é aborrecerlo. Y si non se pudiere con toda gento conformar el corazon , conforme la cara si la plática és necesaria. — No difinir ni determinar en mala parte las cosas dubdosas. — No afirmar recio la cosa no experimentada ; cá toda cosa verisemblante no es verdadera : así como toda piedra que pareco preciosa, no es preciosa. — Tener memoria de las cosas y esperiencias ; cá en las cosas contingentes y electivas, comb diferencien las cosas pasadas ó por venir , é las unas se parecen á las otras , bueno es tomar castigo on cabeza del lobo. — Tener prudencia en las cosas por venir : é todas las cosas que son posibles, imaginar quo scrán. El que tiene estado, riquezas, ó fijos, pienso que los puede perder : cá loco es el que entra en la mar , é non considera que ha de pasar alguna fortuna : é así non vorná al tal hombre cosa súbita que le haga mal aventurado ; cá los dardos que veemos venir, poco peligro hay en ellos. Quando fallaren los comienzos, imaginen los fines. — Non comienen las cosas si non se pueden acabar sinon á grand danno ó deficultad, si el su valor no exceda en infinito de los tales trabaxos : mas en algunas ha de perseverar porque las comenzó, é porquo non parezca mudable ; é otras no comenzar, en las quales el perseverar es dañoso. — Sus opiniones sean juicios en que convengan los hombres razonables : cá imprudencia es afirmar opinion, é que pocos convengan de los que han razon. — Los pensamientos vanos é dificultosos é quasi imposibles, arriédrelos de si, cá locura sería imaginar el bucy que volaria : é tan grande sería quo pensase la gallina que podría arar ó levar el carro. El pensamiento ha de convenir con la posibilidad é con la conveniencia de la persona ; y el otro es pared en el ayre sin fundamento, é yervas que no han rayces. Deve hombre pensar segund el tiempo, el caso y el modo ; ó non segund su sueño : cá el dedo no es tan gordo como parece en el espejo de acero. É por tanto hay un espejo, quo es el de la razon, y otro, que es el de la imaginacion fantástica ó dilusiva. — La palabra del prudente, ó amoneste, ó enseñe, ó alegre en tal manera, quo non sea vano. — Alabarás tempradamente, é no tornes á vituperar al que fuertemente has alabado, cá significaría en tí mal conocimiento ; ó si el prudente engañar no quiere, engañado no puede ser. Ha principio alabar tempradamente, mas vituperar muy mas atemperado : cá con la una se suele mezclar la lisonje, é con la otra la invidia. — El testimonio sea dado á la verdad , é nunca á la amistad : prometer con consideracion, é dar mas de lo prometido. — Busca lo que puedes

fallar : deprendo lo que puedes saber : comienza lo que puedes acabar : subo donde non sea peligroso el estar ó el descender : entra donde puedes salir. Aquello desca que non sea vergüenza publicarlo. — Es de tener medio en las acciones ; cá lo que á uno facer es cordura , á otro es grand ignorancia : é lo que á uno es largueza é virtud , á otro es exceso é prodigalidad : é lo que es en un tiempo virtud , en otro es vicio.

El que quiere ser prudente , debe elegir con quien toma amistad ; é debo tener muchos afables á los quales sea benévolo. Mas han de ser pocos los intimos y secretos : é tarde se fallan amigos fieles que duren fuera de la prosperidad. É el que quisiere ser prudente deve sepelir en su corazon las palabras , de las quales él solo es testigo. Vana es la condicion de los hombres , que quieren quo lo que ellos callar non pueden con imprudencia , que lo callen los otros prudentemente. — Y en el buscar de las honores ha de aver grand prudencia : que muchos buscando las pierden é deseándolas inmoderadamente...

## II.

### Razonamiento de la Justicia al Entendimiento.

¿Cómo va en el mundo despues que sali dél ? ¿é en especial las leyes cómo so guardan ? A questo respondió el Entendimiento : Guardan las leyes aquellos que temen ; é los quo no temen quebrántanlas. Dixo la Justicia : ¿Cómo va en el executar de la justicia ? El Entendimiento respondió : No hay medio ninguno , ó todo lo perdonan con misericordia , ó todo lo punen con crueldad. É los que allegan á la justicia , é la administran , ¿ qué hombres son ? Respondió el Entendimiento : Tantas son las leyes y los entendimientos , que non está el derecho sinon en sus falacias é allegaciones engañosas... Mas hay tan mala para el mundo , dixo la Justicia , que quando avia trece leyes , moraba yo entre los sabidores dellas ; y mas me desterró del mundo la multitud de las leyes que non la tiranía de los tiranos , ni la disolucion de la gente. É dixo mas : Veamos á lo menos en la honra cómo se han : ¿ honran á los virtuosos é á los menos ? Respondo el Entendimiento : Toda la virtud é todo el bien de la gente es convertido en tener dineros , y aquellos honran , é aquellos siguen , é aquellos aman. Respondiendo , dixo la Justicia : ¡Ay tristes dellos ! que dan beneficio por maleficio !...

É dixo mas la Justicia : Ansi como la prudencia es directiva del entendimiento , ansi yo soy benificativa de la voluntad : cá non aprovecharia nada entender aquello que conviene , si la voluntad no amase aquello mesmo. Y aquel amor de la cosa buena é

verdadera es llamado justicia; y muchos facen las obras de hombre justo, é non son justos: porque les fallece aquel amorio ó conformidad de voluntad. Y ¿qué cosa es justicia, sinon una tácita é secreta convencion é ligamiento de natura fallada en adjutorio de muchos, y un vínculo de la humana amistad é compañía?... Mas el principio de ser justiciero un hombre muy familiar, es el amor de Dios glorioso; y si le amáres, parecerle has en aquesto, que aprovecharás á los que puedes, y no dañarás á ninguno. Non está la justicia en las palabras de la ley: cá los actos de los hombres infinitos son, é non se pudieron comprehendir de yuso una regla cierta; pero yo moro en la voluntad constante, y conformada con la recta é derechurera razon.

Algunas cosas castigarás porque en sí son malas; las otras porque dan enxemplo é causa de maldad: y despues pensar que donde quicra que traten de la verdad, quo has fecho juramento por defender aquella: cá aquesta es la ley de la virtud... Si contociere quo la fidelidad se redima con mentira, ya entonces no es mentira: y los injustos son vencidos de los males, é los males son vencidos del justo. Y el que quiere ser justo, non ha de ser inclinado por la reverencia de la persona, ni por la multitud de los dones, ni por la violencia de los amigos, ni por el temor de los potentes. Mas el justo ha de ser tan duro que parzca cruel é á todos aterrezca, é parezca tan feroce, que despoje la buena condicion. Ni ha de ser tan blando, que non le tema ninguno: cá entre estos dos extremos viciosos está el medio de la virtud. El que justo es, él mesmo es regla é balanza é medida á donde conviene é á lo que conviene: y de las honores tome lo que es conveniente á su estado ó manos por miedo del error... Universalmente en todas las cosas el justo guarda el medio. É ¿qué pionsas tú que son los reynos, si no hay justicia en ellos, sino tiranías é ladronicios é homicidios?

É dixo mas la Justicia: Acuérdate siempre que el mi principio es amor é temor de Dios: cá non solamente Dios dió é ayudó á aquellos que lo amaban é creian en él verdaderamente; mas aun ayudó á aquéllos que tenian la religion de los idolos: é por el contrario destruia á aquellos que contra los tales se facian tiranos. ¿Y piensas tú por ventura; que si yo oviera estado en el mundo, que Júpiter oviera espelido á su padre Saturno del royno? ó se oviera seguido la gran batalla de Creta? O ¿piensas quo la cobdicia de los dos hermanos ovieran destruido la cibdad de Thebas? ¿Y crecs que oviera seydo desraygada la nobleza de Troya? ¿Y crecs que Alexandre oviera dannado las ultramarinas tierras? ó que Annibal tan cruelmente oviera destruido á Morviedro? ó que Hércules, que fué mucho primero que aquesto, oviera robado los ganados de Girion? ó que Enéas oviera precudido la esposa de

Turno? ó que los romanos ovieran sojulgado tan injustamente las naciones? ni comenzado las primeras africanas batallas?... Non oviera mal particular ni universal en el mundo : cá si los hombres fueran justos, ficieran aquello que quisieren que les ficiesen...

### III.

#### Discurso de la Fortaleza al Entendimiento.

¿Cómo va en el mundo de fortaleza en pugnar por la virtud é morir por aquella? y pugnar por la vida de las cosas honestas, é destruir las cosas inhonestas y malas? Dixo el Entendimiento : En el mundo se hallan hombres fuertes en una de seis maneras. Unos son fuertes civiles, que pugnan por la honra é por la vergüenza entre aquellos que son cognocidos, porque ven que los fuertes son honrados, é los temerosos son increpados. Otros son fuertes por temor, así como los que facen pelear en el mar por fuerza. Otros tienen fortaleza militar, esto es, que ya tienen el arte de batallar : así como los que entran en el agua confiándose en el arte de nadar. La quarta fortaleza es furiosa : que muchos con saña facen cosas que son juzgadas fuertes. Otros son fuertes por costumbre, que por ventura han seydo en muchas batallas, é se han avido muy bien en ellas : é con aquella confianza cometen las cosas arduas. Otros tienen fortaleza bestial, non sabiendo la fuerza de su adversario...

Respondió la Fortaleza : Los primeros que pelean por la honra ó por la vergüenza, semejan a los virtuosos ; mas ellos non lo son del todo : cá muchos dellos son fuertes donde los conocen, que serian temerosos donde fuesen ignotos. Los segundos que por temor son fuertes, peores son que aquestos : cá la virtud ha de ser libre é con amor, y no ha de ser constreñida ni temerosa. La tercera, que es del arte militar, non es propia fortaleza : comunmente tales son los caballeros stipendiarios é alongados : é aquestos quando ven los grandes peligros, fuyen. É ya vimos los civiles aturar mas que aquestos en los tales peligros. Los quartos, de la furia, non son verdaderos fuertes, antes son audaces : é comunmente los tales facen como las estopas, que luego se encienden, é luego son muertas... Los quintos, de la experiencia, non son verdaderos fuertes : porque la virtud de la fortaleza es firme en el corazon, y no es al caso encomendada ni á la fortuna. Los sextos non son fuertes ; antes son como bestias, porque non preveen con quien han contienda : pues la fortaleza verdadera es un medio entre la audacia y el temor. Y la mayor fortaleza que pueda ser en el hombre, é la mayor tranquilidad para vivir



bien aventurado, es vencer á sí mesmo ó sujudgar las pasiones : cá ¿ qué monta á un hombre aver sujudgado los indios é los méditerráneos septentrionales, y ser vencido de la ira é do las otras pasiones ? Pues la primera fortaleza es supeditar é enseñorear las pasiones propias : é grand virtud es non ser hombre vencido do las cosas tristes, ni ser mudado por los infortunios ó adversidades ; pero mayor fortaleza os é mayor virtud tener la rienda y el freno de no se altorar en las prosperidades ; cá mas fácilmente venco al hombre la buena fortuna que la mala...

El magnánimo escogo do morir por la virtud : é mas quiere la honesta muerte que la deshonesta é vituperable vida : al qual, si vive, se siguen las honras é la fama, que son premios do la virtud : y si muriere, ha reposo en la otra vida é fama en aquesto mundo... Cá no emprende de facer sino aquellas cosas quo la prudencia manda ; y aconseja las quo la justicia endereza, y lo quo la grandeza del corazon é virtud do fortaleza quiero, aquesta es grand parte do la bienaventuranza del hombre...

#### IV.

Dice la Templanza al Entendimiento.

No trabaxes cómo allegues riquezas superfluas, quo son causa de tristezas é trabaxos ; mas trabaxa como no seas mendigo ni puesto en necesidad grande : que la pobreza extrema aborrecida es de la condicion humana. É así, seyendo contento de lo tuyo, no avrás envidia ni procurarás lo ageno. No fuyas todas las deleccaciones como insensible é rústico, ni las persigas así como intemperado. De las palabras torpes abstenerte has : cá el su uso intemperancia engendra. Ama las palabras honestas é verdaderas mas que apartadas é afeytadas ; mira lo que dices é la manera del decir. Lo quo sabes enséñalo sin jactancia ; é lo que no sabes, confíesalo sin vergüenza... Guárdate de lisonjeros, ni quieras por lisonjas merecer la amistad de ninguno. Guárdate de la compañía de los viles : alégrate quando desplaces á los malos ; y piensa que es tan malo alabarte los torpes como si te alabasen de torpeza. Amostrará de grado : reprehonderás con paciencia. Non seas audaz nin presumtuoso. Si alguno to reprehende debidamente, piensa que aprovechó ; si indebidamente, sabe quo pensó aprovechar. Fuyé los tus vicios, é non seas curioso inquiridor de los agenos, ni áspero reprehendedor. Al quo yerra perdona de grado. No ensalces sobre mesura á ninguno, ni lo abaxes... Al quo to llama, óyle, é respóndele de grado : al que contiendo déxalo luego. No soas modesto en las plazas, é intemperado en tu casa. Sey movable é non ligero : sey constante, é no pertinaz ó por-

fioso. A todo hombre serás igual. No menospreciarás á los menores con soberbia, ni temerás á los mayores con la rectitud de la vida... A todos sey benigno; á pocos familiar, no á ninguno doblado. Sey mas profundo en el juicio que aparente en la palabra: y mejor en la vida que en la cara. Sey amador de la clemencia, é perseguidor de la crueldad. No seas sembrador de tu fama, ni detrahedor de la ajena: no creas las suspiciones ni los crimines, ni las nuevas vanas. Sey tardo á la ira, é á la misericordia fácil: en las adversidades firme, y en las prosperidades cauto é humilde. Sey honrador de las virtudes; seanlo otros de los vicios...

(*La Vision deleitable.*)

## FERNÁNDO DEL PULGAR.

### I.

#### Don Enrique IV de Castilla.

Este rey, seyendo principe, estovo en la ciudad de Segovia apartado del rey su padre los mas dias de su menor edad, en los quales se dió á algunos deleytes que la mocedad suele demandar, y la honestidad debe negar. Fizo hábito dellos; porque ni la edad flaca los sabia refrenar, ni la libertad que tenia los sofria castigar... Era hombre piadoso, é no tenia ánimo de facer mal, ni ver padecer á ninguno: é tan humano era, que con dificultad mandaba executar la justicia criminal; y en la execucion de la civil, y en las otras cosas necesarias á la gobernacion de sus reynos, algunas veces era negligente, é con dificultad entendia en cosa ajena de su delectacion, porque el apetito le señoreaba la razon. No se vido en él jamas punto de soberbia ni en dicho ni en fecho, ni por cobdicia de aver grandes señorios le vieron facer cosa fea ni deshonesta: é si algunas veces avia ira, durábalo poco, y no le señoreaba tanto que dañase á él ni á otro... Era gran músico, é tenia buena gracia en cantar é tañer é en hablar cosas generales; pero en la excucion de las particulares é necesarias, algunas veces era flaco, porque ocupaba su pensamiento en aquellos deleytes de que estaba acostumbrado, los quales impiden el oficio de la prudencia á qualquier que dellos esté ocupado. É ciertamente vemos algunos hombres hablar muy bien, loando generalmente las virtudes é vituperando los vicios; pero quando se les ofrecio caso particular que les toque, entonces, vencidos del intereso ó del deleyte, no han lugar de permanecer en la virtud que loaron, ni resistir al vicio que vituperaron...

Los reyes comarcanos temian tanto su grand poder, que ninguno osaba facer el contrario de su voluntad, é todas las cosas le acarreaba la fortuna como él las queria, é algunas mucho mejor de lo que pensaba, como suele facer á los bien afortunados: é los de sus reynos, todo aquel tiempo que estovieron en su obediencia, gozaban de paz é de los otros bienes que della se siguen. Fenecidos los diez años primeros de su señorio, la fortuna, envidiosa de los grandes estados, mudó como suele la cara próspera, é comenzó á mostrar la adversa. De la qual mudanza muchos veo queixarse, y á mi ver sin causa: porque segund pienso, allí hay mudanza de prosperidad donde hay corrupcion de costumbres...

En esta division (de los dos bandos quando fué proclamado por un partido el infante don Alonso) se despertó la cobdicia, é creció la avaricia, cayó la justicia, é señoreó la fuerza, reynó la rapiña, é disolvióse la luxuria, é ovo mayor lugar la cruel tentacion de la sobervia que la humilde persuasion de la obediencia, é las costumbres por la mayor parte fueron corrompidas é disolutas; de tal manera, que muchos, olvidada la lealtad é amor que debian á su rey é su tierra, é siguiendo sus intereses particulares, dexaron caer el bien general de tal forma, que el general y el particular perecia. É Nuestro Señor, que algunas veces permite males en las tierras generalmente, para que cada uno sea punido particularmente segund la medida de su yerro, permitió que oviese tantas guerras en todo el reyno, que ninguno puede decir ser eximido de los males que dellas se siguieron: y especialmente aquellos que fueron causa de las principiar se vieron en tales peligros, que quisieran dexar gran parte de lo que primero tenian, con seguridad de lo que les quedase; é ser ya salidos de las alteraciones que á fin de acrecentar sus estados inventaron: é así quisieron saber con la verdadera experiencia lo que no les dexó conocer la ciega cobdicia. É por cierto así acaece, que los hombres antes que sientan el mal futuro, non conocen el bien presente; pero quando se ven envueltos en las necesidades peligrosas, en que su desordenada cobdicia los mete, entonces querrian é no pueden facer aquello que con menor daño pudieran haber fecho.

## II.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana.

Era hombre agudo é discreto, é de tan gran corazon, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placia entender. En la continencia de su persona é en el razonar de fable mostraba

ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien, é nunca le oían decir palabra, que no fuese de notar, quien para doctrina, quien para placer. Era cortés, é honrador de todos los que á él venían, especialmente de los hombres de ciencia. Como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad, que despierta el buen entendimiento, é el corazon grandito, que no dexa caer sus cosas, le hicieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos sus bienes... Era caballero esforzado, é ante de la hacienda cuerdo é templado, é puesto en ella era ardido é osado; é ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamas punto de cobardia... Gobernaba asimismo con gran prudencia las gentes de armas de su capitania, é sabia ser con ellos señor é compañero. É ni era altivo con el señorio, ni raez en la compañía; porque dentro de sí tenia una humildad que lo hacia amigo de Dios, é fuera guardaba tal autoridad, que lo hacia estimado entre los hombres... É guardando su continencia con graciosa liberalidad, las gentes de su capitania le amaban; é temiendo de le enojar, no salían de su órden en las batallas...

Loan muchas de las historias romanas el caso de Manlio Torquato... que viniendo su hijo como vencedor á se presentar con los despojos del vencido ante el cónsul su padre, le hizo atar, é contra voluntad de toda la hueste romana le mandó degollar, porque fuese exemplo á otros, que no osasen ir contra los mandamientos de su capitan... Dura debiera ser por cierto é muy pertinaz la rebelion de los romanos, pues tan cruel exemplo les era necesario para que fuesen obedientes á su capitan, é por cierto yo no sé qué mayor venganza pudo aver el padre del latino vencido, do la que le dió el padre del latino vencedor... Bien podemos decir que hizo este capitan crueldad digna de memoria, pero no doctrina digna de exemplo, ni mucho menos digna de loor: pues los mismos loadores dicen que fué triste por la muerte del hijo, é aborrecido de la juventud romana todo el tiempo de su vida: é no puedo entender como el triste aborrecido puede ser loado.

Este claro varon en las huestes que gobernó, con mayor loor por cierto é mejor exemplo de doctrina se puede facer memoria dél; pues sin matar hijo ni facer crueldad inhumana, mas con la autoridad de su persona é no con el miedo de su cuchillo, gobernó sus gentes, amado de todos, é no odioso á ninguno... Tenia gran fama é claro renombre en muchos reynos fuera de España; pero reputaba muy mucho mas la estimacion entre los sabios que la fama entre los muchos. É porque muchas veces vemos responder la condicion de los hombres á su complexion, é tener sinietras inclinaciones aquellos que no tienen buenas complexiones, podemos sin duda creer que este caballero fué en grand cargo á

Dios por le aver compuesto la natura de tan igual complexion, que fué hábil para recebir todo uso de virtud, é refrenar sin grand pena qualquier tentacion de pecado.

### III.

Don Rodrigo Manrique, conde de Paredes, y maestre de la Orden de Santiago (1).

Este varón gozó de dos singulares virtudes : de la prudencia, conociendo los tiempos, los lugares, las personas, é las otras cosas que en la guerra conviene que sepa el buen capitan. Fué asimismo dotado de la virtud de la fortaleza; no por aquellas vias en que se muestran fuertes los que fingida y no verdaderamente lo son; mas así por su buena composicion natural, como por los muchos actos que fizo en el exercicio de las armas, asentó tan perfectamente en su ánimo el hábito de la fortaleza, que se deleytaba quando le ocurría lugar en que la debiese exercitar. Esperaba con buen esfuerzo los peligros, é acometia las faañas con grande osadía, é ningun trabaxo de guerra á él ni á los suyos era nuevo... En las batallas é muchos encuentros que ovo con moros é con christianos, este caballero fué el que mostrando grand esfuerzo á los suyos, feria primero en los contrarios : é las gentes de su compañía, visto el esfuerzo de este su capitan, todos le seguian é cobraban osadía de pelear... Era varon de altos pensamientos, é inclinado á acometer grandes é peligrosas faañas, é no podia sufrir cosa que le pareciese no sufridera, é desta condicion se le siguieron grandes peligros é molestias. É ciertamente por experiencia vemos pasar por grandes infortunios á muchos que presumen forzar la fuerza del tiempo : los quales por no sufrir una sola cosa, les acaece sufrir muchas, é á muchos, á quien do fuerza han de tener contentos, para conseguir su poco sofrimiento.

(*Claros Varones de Castilla.*)

(1) Hijo de don Pedro Manrique, y padre de Jorge.

## SIGLO XVI.

FRAY DON ANTONIO DE GUEVARA.

## I.

Un rústico de Germania al senado romano.

Los tristes hados lo permitiendo, y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fué tal nuestra desdicha, y mostróse á vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas á nuestra tierra de Germania : y no sin razón digo que á la sazón estaban de nosotros nuestros dioses sañudos ; porque si nosotros tuviéramos á nuestros dioses aplacados, escusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria, ¡ó romanos! por las victorias que habeis habido, por los triunfos que de muchos reinos habeis triunfado ; pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades que habeis hecho : porque os hago saber, si no lo sabeis, que al tiempo que los truhanes van delante los carros triunfales diciendo *viva, viva la invencible Roma*; por otra parte los pobres captivos van en sus corazones diciendo á los dioses *justicia, justicia...*

Ha sido, romanos, tan grande vuestra codicia de tomar bienes ajenos, y fué tan desordenada vuestra soberbia de mandar en tierras estrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo asegurar en sus campos. ¡Oh qué gran consolacion es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto que hay dioses justos, los cuales les hará... justicia de los hombres injustos! Porque de otra manera, si los atribulados no tuviesen por cierto, que de sus enemigos los dioses no tomasen venganza, ellos mismos á sí mismos quitarían la vida... Yo espero en los justos dioses, que como vosotros á sin razon fuisteis á echarnos de nuestras casas y tierra, otros vernán que con razon os echen á vosotros de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Germania tenemos por infalible regla, que el hombre que toma por fuerza lo ajeno, pierde el derecho que tiene á lo suyo propio : y espero en los dioses que esto que tenemos por proverbio en aquella patria, teneis por esperiencia acá en Roma.

Oid, romanos, oid esto que vos quiero decir, y plega á los

dioses que lo sopais entender; porque de otra manera yo perderia mi trabajo, y vosotros no sacariades de mi plática algun fruto. Yo veo que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre : todos condenan el adulterio, y ninguno veo continente : todos maldicen la intemperancia, y á ninguno veo templado : todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido : todos reniegan de la pereza, y á todos veo que huelgan : todos blasfeman de la avaricia, y á todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas lo digo públicamente en este senado, y es que con la lengua todos los mas blasonan de virtudes; y despues con todos sus miembros sirven á los vicios...

Pregúntoos, romanos, ¿qué accion teniades, vosotros siendo criados cabe el rio Tiberin, á nosotros que nos estábamos en paz á las riberas del Danubio? ¿Por ventura vistenos de vuestros enemigos ser amigos, ó á nosotros declararnos por vuestros onenigos? ¿Por ventura oistes acá en Roma decir, que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos á conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura fuistes avisados, que levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia á los indómitos bárbaros? ¿Por ventura enviásteisnos algun embajador que nos convidase á ser vuestros amigos, ó vino alguno de nuestra patria á Roma á desafiarnos como á nuestros enemigos? ¿Por ventura murió algun rey en nuestros reinos, que en su testamento vos dejase por herederos, para que con aquel título nos constriniesedes á ser vuestros vasallos? ¿Por ventura hallastes alguna ley antigua ó alguna costumbre moderna en la cual se aclarase que la generosa Germania de necesidad ha de ser sujeta á Roma la superba? ¿Por ventura destruimos vuestros ejércitos, talamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor á vuestros enemigos, para que por ocasion de vengar estas injurias destruyésedes nuestras tierras? Si vosotros de nosotros, ó nosotros de vosotros hubiésemos sido vecinos, no fuera maravilla que unos á otros nos destruyéramos : porque muchas veces acontece que por ocasion de partir una pobre tierra, se levanta entre dos pueblos una prolija contienda.

No por cierto hubo cosa destas entre vosotros los romanos y nosotros los germanos : porque allá en Alomania tan aína sentimos vuestra tirania como oimos vuestra fama. Si os enojais desto que he dicho, yo os ruego que os desenojeis con esto que os diré, y es : que el nombre de romanos y las crueldades de tiranos en un dia llegaron á nuestros pueblos. Yo no sé que me diga, romanos, del descuido de los dioses, y del atrevimiento de los hombres : porque veo que el quo tiene mucho tiraniza al que tiene poco; y el que tiene poco sirve, aunque no quiera, al que tiene mucho, y la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta : y la

malicia secreta da lugar al robo público : y al robo público no hay quien le vaya á la mano : y de aquí viene á resultar despues, que la codicia de un hombre maligno se ha de cumplir en perjuicio de todo un pueblo... No penseis vosotros los romanos, que si tomastes y os enseñoreastes de nuestra Germania, que fué por alguna industria de guerra : cá ni sois mas belicosos, ni mas animosos, ni mas osados, ni aun mas esforzados que nosotros; sino que como nosotros teniamos ofendidos á nuestros dioses, ordenaron ellos en sus secretos juicios, que para castigar á nuestros desordenados vicios, fuédeses vosotros nuestros desordenados verdugos... Si me decís, romanos, que no por mas fué Germania conquistada de Roma sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Germania, tambien es esto vanidad y locura, porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados, y tener los corazones de los vecinos perdidos. Si decís que por esto conquistastes á Germania por ampliar y ensanchar los términos de Roma, tambien me parece esa una muy frívola causa, porque no es de hombres cuerdos aumentar en tierra y disminuir en honra. Si decís que nos enviastes á conquistar á fin que no fuésemos bárbaros ni viviésemos como tiranos, sino que nos queríades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa así sucediera : porque ¿cómo es posible que vosotros deis orden de vivir á los extranjeros, pues quebrantais las leyes de vuestros antepasados?...

Pues fué vuestra dicha y cupo en nuestra desdicha que la superba Roma fuese señora de nuestra Germania, ¿es verdad que nos guardais justicia, y teneis en paz y tranquilidad la tierra? No por cierto : sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estais acá nos robais la fama, diciendo : que, pues somos una gente sin ley, sin razon, y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivís en este caso, romanos; cá no me parece que con razon nos pueden llamar gente sin razon, pues tales cuales nos criaron nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras ajenas. Con mucha mas razon podemos decir ser vosotros gente sin razon, pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andais derramando sangre por la tierra. Que digais nosotros merecer ser esclavos á causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; á esto os respondo que, pues no teniamos enemigos, no curábamos de ejércitos; y que, pues era cada uno contento con su suerte, no teniamos necesidad de superbo senado que gobernase; que siendo, como éramos, todos iguales, no consentiamos haber entre nosotros príncipes : porque el oficio de los príncipes es suprimir á los tiranos, y conservar en paz á los pueblos...



Bien pensareis que he dicho todo lo que habia de decir, y por cierto no es así; antes me quedan que decir algunas cosas, de las cuales tomareis mucho espanto en oirlas : y sed ciertos que yo no terné miedo de decirlas, pues vosotros no teneis vergüenza en hacerlas... No lo habiades de hacer así, romanos, sino que la tierra tomada por fuerza, aquella habia de ser muy mejor regida, porque los miseros captivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarian la tiranía pasada y domeñarían sus corazones á la servidumbre perpetua... ¡O crudos romanos! no sé si sentis algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo que lo digo vereis como lo siento, pues solo de traerlo á la memoria, mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi corazón se desmaya, mis entrañas se abren, mis carnes se consumen, ¿qué scrá allá, decidme, en mi tierra verlo con los ojos, oirlo con los oidos y tocarlo con las manos? ¡O secretos juicios de los dioses! y si como soy obligado á loar vuestras obras, tuviese licencia de condenarlas, osaria decir que nos haceis mucho agravio en querernos perseguir por manos de tales jueces, los cuales si justicia hubiese en el mundo, cuando nos castigan con sus manos, no merecian tener las cabezas sobre sus hombros.

## II.

Reprende el emperador Marco Aurelio el estrago que los vicios habian hecho en su tiempo en las costumbres de los romanos.

¿Qué cosa fué ver antiguamente la policia de Roma antes que Sila y Mario la amotinassen, antes que Catilina y Catulo la perturbasen, antes que Julio y Pompeyo la escandalizassen, antes que Augusto y M. Antonio la destruyesen, antes que Tiberio y Caligula la infamasen, antes que Nero y Domiciano la corrompiesen? Porque los mas de los principes, aunque fueron muy valerosos y nos ganaron muchos reinos, todavia fueron mas los vicios que nos trajeron que no los reinos que ganaron : y lo que es peor de todo, que hemos perdido los reinos y habemos quedado con los vicios.

Si Livio y los otros escritores no nos engañan, antiguamente vieron en el sacro sonado unos romanos tan antiguos, unas canas tan honradas, unos hombres tan espertos, unos viejos tan maduros, que era gloria de ver lo que representaban, y era descanso oír lo que decian... Pero harto mal aventurada es la tierra, y de muchas angustias debe de estar cercada, do es tan malo el regimiento de los mozos, que todos suspiran porque resuciten los viejos. Si damos fe á lo que los antiguos dicen, no podemos negar sino que Roma fué madre de todas las buenas obras. como

la antigua Grecia fué origen de todas las ciencias : de manera que el hecho de los griegos era hablar, y la gloria de los romanos era obrar...

Ya por nuestros tristes hados todo lo vemos contrario en nuestros tristes tiempos : de manera que no sé cuál lloro primero, las virtudes y grandezas de los pasados, ó los vicios y poquedades de los presentes : porque la bondad de los buenos nunca se habia de acabar de loar, y la maldad de los malos nunca habiamos de acabar de la reprender. ¡ Oh qué cosa fuera ver aquellos siglos gloriosos tan gloriosos ancianos y sabios gozar ! Y por contrario, ¡ qué lástima y afrenta es ahora ver tantos sabios disolutos, y tantos mozos desmandados, los cuales tienen á toda Roma perdida, y á toda Italia escandalizada !

### III.

#### El Siglo de Oro.

En aquella prima edad y en aquel siglo dorado todos vivian en paz, cada uno cultivaba sus tierras, plantaba sus olivos, cogia sus frutos, vendimiaba sus viñas, segaba sus panes y criaba sus hijos : finalmente, como no comian sino de su sudor propio, vivian sin perjuicio ageno. ¡ O malicia humana ! ¡ O mundo traidor y maldito, que jamas dejas las cosas permanccer en un estado ! Y si to llamo traidor, no te maravilles : porque al tiempo que nos es mas favorable la fortuna, entonces nos haces cruda ejecucion de la vida... ¡ Oh cuánta desventura tiene la criatura, no por mas de haber desobedecido á su Criador ! en que, si el hombre guardara su mãdamiento, Dios conservara en el mundo su señorio ; pero las criaturas que él crió para su servicio, aquellas le son ocasion de mayor enojo... ¡ O principes ! cargaos de brocados, acumulad muchos tesoros, juntad muchos ejércitos, inventad muchas justas, buscad grandes pasatiempos, vengaos de vuestros encmigos, servios de vuestros vasallos, casad en altos reinos á vuestros hijos, haceos temer de todos los tiranos, emplead los cuerpos en muchos regalos, dejad muchos reinos á vuestros herederos, levantad para dejar memoria superbos edificios : que yo juro por aquel que me ha de juzgar, tengo mas compasion á vuestras ánimas pecadoras, que no invidia á vuestras vidas regaladas, porque en muy breve tiempo se os acabarán los pasatiempos, y muy en breve os entregarán á los hambrientos gusanos. ¡ Oh si pensasen los principes, aunque nazcan principes, y se hayan criado en grandes estados, como el dia que nacen del vientre de su madre, luego empos dellos sale la muerte en busca de su vida, y aqui toma y alli toma, cuando sanos,

cuando enfermos, ora cayendo, ora levantando : jamas los deja una hora hasta encerrarlos en la sepultura ! Pues es verdad quo lo quo poseen los principes en esta vida es poco, y lo que esperan en la otra es mucho ; por cierto yo estoy maravillado, y aun escandalizado, porque los principes, quo han de estar tan estrechos en la sepultura, osan vivir con tantas larguezas en esta vida,

## IV.

Carta de Cornelia á sus dos hijos los Gracos sobre la corrupcion de Roma.

No hay persona quo en los tiempos pasados vió ú oyó decir de Roma, quo no tome lástima de ver agora á Roma : porquo los corazones como son piadosos, y los ojos como son tiernos, no pueden mirar sin mucha lástima lo que en otro tiempo vieron con mucha gloria. ¡ Oh si viédeses, hijos míos, y cuán trocada está Roma ! porque leer lo que leemos della, ver lo quo vemos agora, ó es burla lo que escribieron los antiguos, ó la miramos entro sueños. No hay otra cosa quo ver agora en Roma, sino ver la justicia opresa, ver la república tiranizada, ver la montira suelta, ver la verdad escondida, ver los satíricos que callan, ver los lisonjeros quo hablan, vor á los escandalosos ser señores, vor á los pacíficos ser siervos : sobre todo, y peor que todo, viven los malos contentos y los buenos descontentos.

Renegad, hijos míos, de la tierra do los buenos tienen ocasion do llorar, y los malos tienen libertad do reir. No sé en esto caso cómo lo haya do decir, segun lo mucho quo tengo que decir. A la verdad está hoy tal esta tristo república, que toda persona sabia sin comparacion torná mas invidia á la guerra do Africa que no á la paz do Roma : porque en la buena guerra vo el hombre do quien so ha de guardar ; pero en la mala paz no sabe do quien so fiar... Hágoos saber que las vírgenes vestales ya son disolutas, la honra do los dioses ya es olvidada, el bien de la república no hay quien entienda, del ejercicio de las armas ya no hay memoria, por los huérfanos y viudas no hay quien responda, la disolución do los mancebos no tiene medida. Finalmente Roma, quo fué en otro tiempo receptáculo de todos los buenos, es agora hecha una cueva do ladrones... ¡ Oh triste de nuestra madre Roma ! Cuanto mas va, menos tieno de los muros antiguos, y mas se puebla do los vicios nuevos.

Por ventura, como estéis, hijos míos, en esa frontera de Africa, ternéis gana de ver á los parientes que teneis acá en Roma ; y desto no me maravillo, porquo el amor quo nos dió naturaleza, no nos lo puedo quitar la tierra estraña... El hombre deseoso do

fama perpetua, aunque no le destierren, él se debe desterrar de su tierra propia. Mucho os ruego, hijos míos, siempre os alleguéis á compañía de buenos, y de los buenos á los mas ancianos; y de los mas ancianos á los de mejores consejos y mas espertos, y de los mas espertos á los mas sufridos, y de los mas sufridos á los que han visto mas mundo; y no entendais mas mundo por los que han visto mas reinos: porque no procede el maduro consejo del hombre que ha pasado por muchas tierras, sino del que se ha visto en grave fortuna.

## EL MAESTRO FERNAN PEREZ DE OLIVA.

### I.

Encarece Aurelio las miserias del hombre.

Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad: pero quien bien considerare los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos, como ellas son malas, con mayor voluntad deseáramos la muerte, que amamos la vida. Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad, ni sintiérades la fortuna su atormentadora.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que dél nos cabe, veremos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes: donde ni hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; mas antes todo lo que en el cielo hay, persevera en un ser constante y libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos que reciben pura lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad, entre las bestias, cubierta de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas... Nace el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él halla el frio y el calor, es la carne... Todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre: do parece que el mundo como por fuerza lo recibe, y naturaleza, casi como importunada de los que al hombre crían, le da lugar en la vida...

A los otros animales, si naturaleza no los apartó á mejores lugares, armólos á lo menos contra los peligros de este suelo... Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños : perczosos en huir, y desarmados para esperar. Y aun sobre todo esto, naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales quo al hombro matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud... ¿Qué diré de la misera composicion y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué diré? sino que fuimos con tanto artificio hechos, porquo tuviesemos mas partes do poder ser ofendidos. Y aun en esta miserable condicion que podemos alcanzar, vivimos por fuerza : pues comemos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y fuerza, porque nos lo dó: vestimos por fuerza que á los otros animales hacemos con despojo de sus lanas y pieles, robándoles su vestido; cubrimonos de los frios y las tempestades con fuerza quo hacemos á las plantas y á las piedras, sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirvo ni aprovecha de su gana : ni podemos nosotros vivir sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza : aves, peces, y bestias de la tierra; árboles, piedras, y todas las otras cosas perecen para mantener nuestra miserable vida : tanto es violenta cosa y de gran dificultad podella sostener...

Consideremos quanto valo el entendimiento, que es el sol del alma, que da lumbre á todas sus obras. Esto, si bien mirais, aunque es alabado, y suele por él ser ensalzado el hombre, mas los fué dado para ver nuestras miserias, quo para ayudarnos contra ellas. Esto nos pone delante los trabajos por do habemos pasado : este nos muestra los males presentes, y nos amenaza con los venideros antes do ser llegados. Mejor fuera, me parece, carecer do aquesta lumbre quo tenella para hallar nuestro dolor en ella : principalmente pues tan poco vale para enseñarnos los remedios de nuestras faltas... Aunque yo no sé porque me quejo, en tan pequeños daños, de nuestro entendimiento : pues siendo aquel á quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras do traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas do la tierra? quién hizo dél cuchillo para romper nuestras carnes? quién hizo saetas? quién fué el que hizo lanzas? quién lombardas? quién halló tantas artes do quitarnos la vida, sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló do traernos la salud? Este es el que mostró deshacer las defensas quo las gentes ponen contra sus peligros; este halló los engaños; este halló los venenos y todos los otros males, por los cuales dicen quo es el hombre el mayor daño del hombre...

¿Qué diré de la razon y apetito, contrarios de la voluntad?

Está la voluntad entre dos contrarios enemigos, que siempre pelean por ganarla: estos son la razón y el apetito natural. La razón de una parte llama la voluntad á que siga la virtud, y le muestra á tomar fuerza y vigor para acometer cosas difíciles; y de otra parte el apetito natural con doloite la ablanda y la adiestra. Agora, pues, ved cuál es mas fácil cosa, ¿apartarse ella de su natural á mantener perpetua guerra en obediencia de cosa tan áspera como es la razón y sus mandamientos, ó seguir lo que naturaleza nos aconseja, yendo tras nuestras inclinaciones? Las cuales detener es obra de mayor fuerza que nosotros podemos alcanzar, principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dejan de combatirnos, y la razón muchas veces deja de defendernos. A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites; mas no siempre está la razón con nosotros para amonestarnos y defendernos de ella: porque no solo este cuidado tiene el entendimiento sino tambien los otros de la vida, por donde repartiéndose segun las varias necesidades que se ofrecen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad, y la deje en medio de los que la combaten, sin que nadie la enseñe como se ha de defender: donde es necesario que alguna vez, ó por flaqueza ó por error, sea presa de los vicios.

## II.

Loa Antonio la esclencia de la gente de guerra.

Si mirais la gente de guerra, que guarda la república, verlos heis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar y temores de ser muertos, andando en continua mudanza, do los llama la fortuna, con iguales trabajos en la noche y en el dia. Así que todos estos y los demas estados de los hombres no son sino diversos modos de pensar, de ningún descanso tienen ni seguridad en alguno de ellos: porque la fortuna todos los confunde y revuelve con vanas esperanzas y vanos semblantes de honras y riquezas, en las cuales cosas mostrando cuan fácil es y cuan incierta, á todos mete en deseos de valer, tan desordenados, que no hay lugar tan alto de los queramos dejar. Con estos escarnios de fortuna cada uno aborrece su estado con cobdicia de los otros, do si llega, no halla aquel reposo que pensaba: porque todos los bienes de fortuna al desear parecen hermosos, y al gozar llenos de pena.

Agora considera, Aurelio, como no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que puedo haber en la república, estos lo guardan: ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren, venir á pertur-

barnos : ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio, por no sufrir el yugo de los enemigos. Han por mejor padecer aquellas cosas, que padecer vergüenza ; y sudar en los campos sirviendo á la virtud, que sudar aprisionados en servicio de los enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos, y si mueren siendo vencidos, no han menester la vida, pues en ella no tenían libertad. Cuanto mas que estos espantos de hombres flacos son los deleites de hombres fuertes : sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros, ó combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra, no son pena de los animosos sino ejercicio de virtud, en los cuales se deleitan y gozan del escelento don que en su pecho tienen. Las heridas no las sienten con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras. Entonces se juzgan bienaventurados cuando han hecho lo que la virtud amonesta : no tienen en nada por sus cuerpos llagados ó dispuestos á morir si el ánima tiene vida sin lesión alguna.

*(Diálogo de la dignidad del hombre.)*

## EL DOCTOR FRANCISCO DE VILLALOBOS.

### I.

#### De los avaros.

Claro está que ellos no gozan de la riqueza en vida ni en muerte. En vida nunca tocan en olla, antes adoran y creen en ella como en Dios verdadero, y se mancepan á ella como esclavos ofreciéndose á todo trabajo y peligro por su servicio : y como sirven con grandísimo amor, háconlo con gran vigilancia y diligencia... No gozan dolla despues de muertos : esto todos lo von, porque comunmente la llevan y distribuyen sus onemigos. Y ya que fuesen sus amigos, ¿qué se le da al hombro despues de muerto?...

Pasan tormentos en adquirir : porque nunca duermen, nunca descansan, nunca tienen conversacion de placer con los otros hombres ni con ellos : ¿Cuántas madrugadas y trasnochadas en tiempos de grandes rigores y frios ? ¿cuántas sierras nevadas y resbaladeros peligrosos ? ¿cuántos rios dubdosos y mares bravos y tempestuosos experimentan ? ¿ Quién deja la una India y la otra ? el un polo ni el otro ? el un estrecho ni el otro ?

.....

Allá murieron malas muertes, y los que escapan vienen tales, que ó mueren en descansando, ó están plagados y tullidos de bubas : y cuanto mas oro traen, en mayor estima le tienen y mayor hambre tienen dél. Dejo ya los peligros que han pasado en la mar, y las hambres mortales, y la sed rabiosa, y mil veces invocada y deseada la muerte. Pues tomando acá el avaro en tierra llana, no deja feria ni mercado, ni perdona noches ni dias, ni holadas ni siestas : y los que parece que están holgando en sus casas, aquellos pasan mayores aflicciones del espíritu, estando siempre suspensos en lo que viene por la mar y por la tierra, y en el otro que quebró, y en los hurtos que se les hacen por allá, y de sus puertas adentro... Y pasan tormentos en la hora de la muerte, en pensar que se van y lo dejan todo, y que nunca mas lo han de ver ; y que han de gozar otros lo que ellos han trabajado con tantos dolores y sudores...

*(Glosa de la copla XXII de la Cancion sobre la muerte.)*

## II.

### De la gran porfia.

Las causas morales que tiene esta pasion comunmente son dos : la una es necesidad, la otra es la confianza que tienen de sí mismos los necios. Abrázanse mucho con lo que ellos alcanzan ; porque si lo sueltan, no les queda nada. Tienen los estómagos de la razon tan angustos, que no cabe dentro de ellos sino aquello que dicen : aquello digieren y muelen, y con ello muelen á toda la compañía. Son tan cortos de vista, que no ven sino lo que tienen á par de sí. Lo que estuviere detras de aquello, ó un paso mas lejos, no lo podrán devisar ; y por eso traban de aquello que una vez asieron, que no se lo harán soltar cient hombres de armas.

Mucho mayor torpedad es la del entendimiento que la de los ojos corporales : porque un hombre corto de vista conoce que lo es, y no traba porfia sobre las colores con otro que tenga clara la vista, antes se rendirá luego á la primera contienda ; y un necio nunca se rinde, porque el entendimiento que ha de conocer que es necio, es él mismo necio. Y los que no conocen la gran confianza que tienen de sí mismos, es una labor de jactancia bordada sobre campo de necesidad, porque piensan que no se pueden mas saber de lo que ellos saben : que por necios que ellos fuesen verian lo que dejan de saber ; y así estimarian en poco lo que saben...

*(Tratado de las tres grandes.)*



## III.

## De la risa fingida.

La risa falsa es una simulacion de risa y de gozo, quo fingen unos hombres para engañar á otros, y para darles á entender lo que no es... Esta risa es pasion y propiedad de una alimaña que se llama la corte. Este es un animal que siempre se anda riendo, sin haber gana de reir. Tiene dos ó tres mil bocas todas muertas de risa : unas desdentadas como bocas de máscaras : otras colmilludas como de perros : otras grandes como calaveras que descubren de oreja á oído : otras fruncidas como ojales de botones : otras barbudas, y otras rasas ; otras masculinas, otras femininas : otras vocingleras, y otras roncacas : otras gruñidoras, y otras gomitonas : otras á boca cerrada, y otras regañosas : otras enrubriadas, y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres, sino muchos miembros de un animal.

No tiene causas naturales ; ni procede de humor ninguno ; antes es puramente pasion moral. Porque los hombres de corte, como son mas conversables y mas ociosos que la otra gente, tienen en gran precio ser donosos, y es lisonja entre ellos reirse los unos de lo que dicen los otros, con condicion que se lo pague en el mismo. Y algunos hay que quando no hallan quien acuda con risa á lo quo ellos dijeron, rienselo ellos. Otros hay que antes que comiencen á contar el donaire, se rien antemano ; y otros que en tanto que lo dicen, se caen de risa. Esto es convidar á risa á los oyentes, como si dijessen yo bebo á vos, y para que sepan quo es cosa de reir, y quo no sean necios.

Estos por la mayor parte quedan despues del donaire tristes y frios ; salvo si son principios ó grandes privados : porque estos on comenzando á reir, hacen á todos los otros caerse de risa, unos sobre las arcas, y otros sobre los bancos, otros sobre los hombres de sus compañeros, otros llorando de risa, que sus ojos se tornan fuentes perennales ; otros juran que les duelen las arcas, otros se les desoncajan las quijadas : y créolo, porque las baten por fuerza y contra su voluntad... (Problemas.)

## PEDRO MEJIA.

## I.

## Julio César.

Entro los grandes hechos que de Julio César se pueden contar, á mi parecer, el mayor de todos y el quo mas admiracion me poue, es que tuviese este hombre ánimo y atrevimiento para pensar, y despues acometer, y al cabo salir con hacerse señor del pueblo y república romana, señora y domadora de lo mas y mejor del mundo, y de quanto ella en setecientos años atras habia podido domar y sojuzgar... Harto breve espacio, por cierto, para constituir y conquistar tan grande imperio...

Pasadas las cosas de Sila y quedando dellas muy estimado Gneyo Pompeyo y M. Craso porque habian seguido aquella parcialidad, queriendo despues cada uno de los dos ser mas parte que el otro en mandar y gobernar, creció entre ellos siempre la emulacion y competencia que desde vida de Sila se habia comenzado. El M. Craso hizose muy poderoso, allende de su prudencia y linage y elocuencia, y victorias alcanzadas, principalmente por las grandes riquezas que habia adquirido, que eran mayores que las de otro alguno de su tiempo. Pompeyo vino á hacerse muy claro y estimado, y alcanzar grande poder, sin el que heredó de Sila, por sus grandes victorias de armas en tiempo de Sila, y despues por mar y por tierra en Africa y en Asia, que fueron tales y tantas, que no las oso contar. Estando los hechos destos dos grandes hombres tan encumbrados, y creciendo las diferencias entre ellos como cabezas de bandos, puesto que en el mismo tiempo Caton y Ciceron y Léntulo y otros eran muy principales, hubo de venir Julio César de España, donde habia sido pretor, á Roma : cuya estimacion era ya tambien muy grande, y él tenia mayores los pensamientos por muchas causas, así por su grande linage, que por parte del padre era de familia patricia y muy antigua, y de la madre venia de los reyes romanos, que procedieron de Eneas el troyano, como por los grandes deudos y amigos que tenia, y tambien por su singular ingenio y elocuencia.

Venido pues á Roma César con estas calidades, y con presuncion y pensamiento, aunque secreto, de mandar mas que todos, cada uno de los dos, Craso y Pompeyo, procuró su amistad para contra el otro. Pero César, de sabio y valeroso no quiso seguir el bando de ninguno, por no se hacer sujeto ni valcador; antes

mostrándose neutral, procuró hacerlos amigos, entendiendo que porque no se declarase por el otro, ambos harían lo que él quisiese : y esta mañana solo Marco Craso la entendió. Hízose, pues, y concertóse la paz entre ellos por su mano, quedándole ambos por ello obligados : y como entre sí andaban sospechosos, por no lo perder ambos procuraban agradarle : y desta manera se hizo igual á cualquiera de los dos, y vino á partirse entre tres el poder que dos tenían, y al cabo él solo quedó con él.

Acabada esta liga, César pidió el consulado, que era la suprema dignidad ordinaria, y fué hecho cónsul : el cual magistrado administró con tanta autoridad, que ninguna parte fué su compañero con él... Acabado el consulado, escogió por provincia las Galias, y fué con un ejército á ellas. En las cuales, las cosas que hizo, las batallas y victorias que hubo, las tierras y gentes que domó, los ardides, los avisos, los actos de ánimo y fortaleza que usó en poco menos de diez años que duró esta guerra, no es posible ser contadas por mí que siga brevedad y compendio : él dejó comentarios elegantísimos y verdaderos dellas, aprobados despues por sus mismos enemigos... Ganó en esta guerra tal estimacion y nombre de capitán, que vino á ser tenido por el mejor de su tiempo y aun de los pasados.

Habíase hecho asimismo muy quisto y amado de la gente de guerra dando á sus soldados sueldos y pagas dobles, y haciéndoles otras honras y favores : con las cuales cosas, sin advertirlo Pompeyo, creció tanto la potencia y autoridad de Julio César, que vino á comenzar á temerla cuando ya no pudo resistirla. Y el amistad y amor de los dos comenzó á aflojar y hacerse sospechosa, porque comenzaron á faltar las prendas y ligas que la sostenían : lo primero fué morir Julia, hija de César, muger de Pompeyo, que era grande eslabon y cadena desta amistad : lo segundo fué la muerte de Marco Craso, tercero de esta compañía, á quien mataron los partos en Asia, donde era ido á hacer la guerra, segun escriben, mas con codicia de riquezas que de gloria ni fama, cuya autoridad sostenia tambien la concordia.

Cesando pues, y quitadas del medio las principales causas en que estribaba la amistad, siguióse la discordia y guerra entre ellos, que fué la mas general y grande que ha habido en el mundo. Porque entendieron y metieron las manos en ella todo el senado y milicia romana, y todos los amigos y súbditos suyos, reyes y ciudadanos, por la una parte y la otra. Tratóronla once legiones de la una parte y diez y ocho de la otra, de milites romanos y italianos, toda la fuerza de Roma, sin las ayudas y compañeros de todas las provincias. Ejecutóse en Italia, en Francia, en España, en Epiro, en Tesalia, en Egipto, en Asia, en Africa, por ellos y por sus capitanes ; y al fin vino á rematarse en España

despues de haber durado cinco años. Las causas desta mas que civil guerra ponen algunos autores; y aunque varian algo, la verdad es que la causa fué invidia y ambicion, y deseo de mandar, y vanagloria de que ambos eran tocados. A Pompeyo comenzó á ser sospechoso el poder de César; á César pesada la autoridad y dignidad de Pompeyo. El Pompeyo no quiso sufrir igual, ni César superior : como si en el imperio romano no hubiera harto para dos. Así se mataron por haberlo cada unos dellos.

## II.

### Augusto.

Como ya no quedase quien competir con Octaviano César, y él fuese tan amado de todos, luego el pueblo y senado romano le dió por nuevo y nunca oido nombre, *Augusto*, y así se llamó despues César Augusto : nombre que tenian por santo y venerable y de alta magestad, y competia á solos sus dioses y templos dellos... En todo se hizo su tiempo felicisimo, pacífico y quieto : y así lo fué todo el tiempo que vivió. Y tanto encarece esto Veleyo Patérculo, que hablando como gentil, dice : que ninguna cosa pudieron los hombres desear ni pedir á los dioses, ni imaginarla, ni pensarla, ni los dioses darla á los hombres, que Octaviano César Augusto, despues de sus victorias y venido á Roma, no diese y trujese al pueblo romano y á todo el imperio. Pero, puesto caso que esto se sentia entonces, como los grandes ánimos naturalmente presumen de ser libres, atreviéronse en este tiempo tan próspero algunas gentes y naciones animosas á echar de sí el yugo romano, y aun á molestar ó inquietar el imperio...

Pasadas muchas victorias muy señaladas, y domadas las unas gentes y las otras, y compelidas á pedir paz, tornó Octaviano á mandar cerrar el templo de Jano : y de ahí adelante todas las cosas le sucedieron felicisimamente. Estábanle los súbditos del imperio muy obedientes, y todos los demas le enviaban sus embajadores, procurando su gracia y amistad, y ofreciéndose á su servicio. Los indios, remotisima gente de oriente, y tambien los scitas que habitan al setentrion, y los partos, gente feroz é indomable, enviaron embajadores, dando seguridad de guardar paz, y le entregaron los estandartes y águilas ganadas en la batalla donde Marco Craso fué muerto. Venian asimismo muchos reyes, amigos y subyectos al imperio, á Roma á le hacer reverencia como sus familiares, quitadas las insignias y ropas reales.

Alcanzadas tantas prosperidades y vonturas por Octaviano, no fueron causa que su condicion y natural se estragase, como en otros príncipes ha acacido ; antes se hizo mas manso, justo y

afable, mas humano y liberal, y mas templado... Mostrábase muy llano y conversable con sus privados y amigos, y honrábalos y amábalos mucho. Las conjuraciones, que algunas se descubrieron contra él, castigó con muy poco rigor, mas perdonando que ejecutando. De las murmuraciones y libelos infamatorios nunca quiso ni procuró saber los autores; sino respondia con gran cuidado, satisfaciendo y purgándose de lo que le oponian. Fué Octaviano muy dado y aficionado á las letras y doctrina, é muy docto y elocuente: é compuso libros y obras nobles. Fué asimismo muy honrador y remunerador de los sabios y hombres de letras de su tiempo... Pero en todas estas virtudes y habilidades, y otras que por abreviar no escribo, no dejó de ser notado de algunos vicios que la flaqueza humana é la grande licencia causaron: principalmente de ser mucho dado á mugeres; como quiera que fuese muy templado en comer y beber, y en sus vestidos y aderezos muy honesto y moderado.. Y aunque en muchas cosas fué dichoso é bienaventurado, todavía, allende de los trabajos y peligros contados, fué infelice y desdichado en hijos y sucesion...

Murió Octaviano en la ciudad de Nola muy reposada y quieta muerte. Fué su fallecimiento generalmente llorado, y hubo universal tristeza en todo el imperio por él: porque cierto acertó á gobernar prudente y justamente lo que por fuerza y mañas habia alcanzado. Fué Octaviano de mediana estatura, y de muy buen tallo y proporcion de miembros, estremadamente hermoso de gesto con honestidad y gravedad. Tenia los ojos en extremo claros y resplandecientes: fué muy avisado y amigo de decir aguda y brevemente...

### III.

#### Tiberio.

Al escelente y buen emperador Octaviano sucedió el triste y perverso Tiberio Neron, su entenado é hijo adoptivo: indigno por cierto de su sucesion y del imperio, porque fué uno de los mas crueles y malos hombres que ha habido en el mundo, aunque en vida de Octaviano hizo en Alemania y en otras partes, grandes y señaladas cosas en armas. En el principio de su imperio dió muestras de buen principe, é hizo obras dello: despues, como esto era fingido, descubrió sus maldades, y gobernó cruel y avara y deshonestamente... Quanto á los nombres y títulos honoríficos que le fueron ofrecidos por el senado, y asimismo las honras y cerimonias, desechó muchas. No consintió que le hiciesen ni edificasen templos: vedó que no le pusiesen estatuas sin su espreso mandado; y si alguna vez lo permitió, fué con tanto

quo no se pusiesen entre las imágenes de los dioses. Mostraba asimismo que lo pesaba de ser alabado, atravesando palabras y estorbando á quien lo hacia... Fingió asimismo paciencia y mansedumbre, porquo, aunque se pasaba en el senado alguna cosa contra su voto y parecer, y aunquo lo contradecian en los otros negocios, no mostraba enojo ni sentimiento. Sabido asimismo que algunos decian dél mal, y lo murmuraban y aun con palabras injuriosas, no mostró indignacion ni alteracion por ello; antes decia que en la ciudad libres habian de ser las lenguas... Con estas cosas no solamente encubrió su crueldad y soberbia y ambicion, pero fué tan doblado y falso, que hasta su avaricia, que sucle ser la mas aparente pasion de todas, y su lujuria y deshonestidad supo tener algun tiempo encubiertas y disfrazadas. Mostró no ser codicioso, cuando dándole aviso los gobernadores de las provincias de algunas maneras como acrecentaria las rentas y derechos, él respondia que el buen pastor no debia pelar las ovejas sino trasquilarlas: y asimismo en que quitó algunos derechos ó hizo mercedes á algunas personas particulares. Quiso disimular su deshonestidad con hacer que hubiese acusador público contra las impúdicas adúlteras matronas romanas: parece que lo hizo porque no hubiese otro adúltero sino él. Otras cosas hizo en este propósito y en los ya dichos, quo parecen nacer de buena raiz; pero no pareció al fin sino que halagaba para morder, y que se retraia para mas saltar...

En este mismo año se alzaron muchas ciudades en la Galia no pudiendo sufrir los tributos grandes de Tiberio que de nuevo les imponia... Pero á Tiberio no puso pena ninguna esto: tanto estaba olvidado de todo bien y virtud, entendiendo en vicios y deshonestidades en su vejez... Sus mayores ocupaciones eran en lujurias y deshonestidades nefandas: las cuales fueron tales y tantas, que con gran pena las orejas cristianas las podrian oir, y no sin ella escribir la cristiana mano... Baste entender desto, que fueron abominables y nefandas, no contentándose el mal aventurado con las cometer él, sino con inducir y atraer á los otros á ellas, dando premios y joyas á los inventores y perpetradores destas fealdades. Andando pues el triste viejo emperador en pecados deshonestos, no olvidó la crueldad y avaricia, á que era no menos aficionado...

De crueldad no se podrán traer todos los ejemplos que hubo, segun fueron en grande esceso. A los mejores y mas principales hombres de Roma condenó á muerte, confiscóles los bienes por muy livianas causas, y muchas fingidas... Y estas muertes que así mandaba hacer, porque la crueldad fuese mas subida en punto, no eran por via ordinaria, sino precediendo á la muerte hambres, tormentos y afrentas que las calificasen. Finalmente

fueron tantas y tan temidas , que muchos de los acusados se mataban ellos propios con ponzoñas y hierro de miedo : porque Tiberio ejecutaba con tanta crueldad estas fierezas , que tenia por piedad darles la muerte... El resto de su vida hasta su muerte ocupó Tiberio en diabólicos ejercicios : la cual le sobrevino muy deseada de todo el mundo en una casa de placer cerca de Nápoles... Se creyó y presumió que Tiberio escogió á Cayo Calígula por sucesor suyo , porque conocia sus perniciosas costumbres y condiciones , esperando que con sus vicios y maldades se olvidarian las suyas ; y porque creia que habia de apocar y matar la nobleza romana : tan malo y cruel era , que quisiera que todo se acabara con su vida. Y así solia él decir algunas veces : que despues de su muerte se hundiese el cielo y la tierra. Pero él no mereció ver el cielo ; y toda la tierra se alegró cuando él murió.

#### IV.

##### Calígula.

A Tiberio César sucedió en el imperio Calígula , hijo de Germanico : el cual fué tan estremado hombre el tiempo que imperó en todo género de maldades , y sus dichos y hechos tan perniciosos y detestables , que en verdad parece cosa vergonzosa é indigna , habiendo escrito las vidas de tan valerosos hombres , como fueron Julio César y Octaviano , y sus hechos tan heróicos , descender agora al abismo y hondura de pecados , crueldades y desatinos de Calígula. Porque , aunque no faltó que doler y abominar en Tiberio , alguna parte de su imperio fué bueno , y antes dél habia sido excelente capitan y aumentado el imperio : por lo cual con alguna paciencia se pudieron tratar sus malos hechos. Pero , faltando esto en Cayo Calígula , aunque tambien en el principio engañó con algunas buenas apariencias , hace su memoria mas detestable , y la mano del que escribe mas perezosa...

Entrado en Roma con grande solemnidad , le fué dada la obediencia con mucha alegría y voluntad , concediéndole y dándole nuevos nombres y epítetos , significadores de grande acatamiento y amor. Era Calígula hombre muy alto de cuerpo , muy corpudo y osudo , pero tenia las piernas y garganta muy delgadas y muy desconformes de lo demas. Era de gesto horrible y feo , y preciábase despues que imperó de poner temor y horror con su vista : y para este efecto , escriben , que mirándose en un espejo , estudiaba qué postura de rostro seria mas fiera. Tenia los ojos y cejas muy sumidas , la frente muy ancha , la color amarilla , y muy calvo... Fué hombre mal sano , y que en su mocedad padeció

gota coral y otras indisposiciones : y despues del cuerpo y del alma fué muy enfermo y muy triste, mudando con el imperio las costumbres, porque antes siempre fué tenido en buena posesion, por lo cual se dijo dél : que habia sido el mejor siervo, y el mas mal señor del mundo...

En materia de deshonestidades cierto hay tanto quo decir, quo no se puedo ni debe hacer entera relacion dello : porquo la fealdad suya en este propósito no aseo nuestra historia. Es cierto quo él fué tan sucio y abominable como Tiberio su predecesor ; y si mas no, menos en otros vicios, era en estraña manera apasionado : siendo estremado en un extremo contrario á otro, porque él era avariento y codicioso en todo estromo; y por otra parte pródigo y dissipador sobro manera. Para hartar su codicia, inventó caminos de cohechar y robar la tierra y los hombres : y ningun género hubo ni se pudo pensar de pechos y empréstitos que no los hiciese, hasta de las públicas y deshonestas mugeres, y de los pleitos que se trataban... Y habiendo ayuntado infinita suma de oro por vias buenas y malas, se echaba á revolcar encima recreándose en su avaricia... Por una parte menospreciaba á Dios, y presumia él serlo si pudiera; y por otra habia tanto miedo de un trueno, quo huyendo so metia debajo de una cama. Unas veces estaba conversable, y buscaba y llamaba gentes que estuviesen con él, y mostraba grande delectacion con la conversacion y compañía; y otras buia do los hombres, y se retraia en sus bechos y obras. Hacia á veces las cosas con tanta priesa y diligencia, quo parecia el mas agudo y colérico del mundo; y otras con tanta flojedad y espacio, que no parecia el de antes. A muchos quo habian hecho graves delitos no castigaba; y á otros muchos mandaba matar sin culpa ninguna... Finalmente estas sus mudanzas eran tan grandos y tantas, quo no sabian los hombres qué so hacer ni decir : tan dudosa y variable era la condicion suya...

Con ser Cayo Calígula tan vario ó inconstante, como tenemos dicho, en sola la crueldad y aspereza tuvo constancia, usando della con todos, no teniendo respeto á deudo ni amistad... Calificaba sus crueldades con las formas do las muertes que mandaba dar, teniendo fin á que fuese mayor el tormento. De manera quo era tanto el temor que desto tenían, que muchos, si lo podian hacer, se mataban antes de esperar la sentencia... Estaba el malaventurado do Calígula tan ciego y encarnizado, que deseaba mucho que todo el pueblo romano no tuviera mas de una cabeza, por poderse la cortar de una vez. Tenia, y así lo decia, por desdichados sus tiempos, y quejábase de la infelicidad dellos, porque en sus dias no habia pestilencias, hambres, terremotos, diluvios, incendios, ni otros infortunios... Usando pues do estas crueldades y do otras iguales ó mayores, se hizo en pocos dias



tan malquisto, que luego le fué deseada la muerte por todos, y procurada por algunos. Pero descubiertas dos conjuraciones que contra él se hicieron, dilató su muerte, aunque poco tiempo, la cual fué como él merecía... Y teniendo en propósito de hacer cosas mayores, no pudiéndolo ya sufrir el mundo ni los hombres, conjuraron contra él muchos, siendo el que mas hizo en ello y el primero que lo comenzó, un tribuno de las cohortes pretorias, llamado Querea : y fué muerto á hierro por ellos de treinta heridas que le fueron dadas...

## V.

## Neron.

Tal sucesor tuvo Claudio cual él lo mereció y supo escoger. Este fué Neron, el mas famoso cruel de todo el mundo : porque, aunque tuvo otras grandes iniquidades, fué en crueldad tan estremado, que nunca oiréis decir *Neron*, que no oigais tambien *el cruel*, como quiera que tuvo el mas sabio y mas virtuoso preceptor que hubo en su tiempo, que fué nuestro Séneca, del cual aprendió en su niñez las artes liberales, no faltándole ingenio para ello. Pudieron los consejos y preceptos de Séneca reprimir sus perversas inclinaciones algun tiempo, y fueron causa que en los principios de su imperio hizo muchas cosas de buen príncipe, tanto que decia Trajano : que á los cinco años de Neron ninguno igualaba. Pero pasado este tiempo, perdiendo la vergüenza y creciendo las ocasiones con el poder y licencia, hizo cosas que afearon tanto y deshicieron lo bueno pasado, que no quedó señal ni rastro de cosa buena en él...

Grande fué la alegría con que se comenzó el imperio de Neron, así por el descontento que se tenia del pasado, como porque las mudanzas agradan siempre, y el deseo comunmente suele dar buenas esperanzas : las cuales se confirmaron con sus buenas muestras y principios... Comenzó en los hechos y palabras á mostrarse, ó por mejor decir, fingirse liberal, clemente, justo, fácil y tractable, haciendo mercedes, y moderando los tributos de las provincias... y mostrando grande clemencia y piedad en la justicia y castigos : tanto que trayéndole á firmar una sentencia de muerte, significando gran pesar dello, dijo : que pluguiera á Dios que no supiera escrebir : la cual palabra, como si saliera de manso corazon, encomienda y alaba mucho Séneca su maestro. Trataba asimismo amorosa y amigablemente á todos, y á sus ejercicios y pasatiempos permitia estar presentes todos los del pueblo : de manera que á todos parecia que Dios les habia dado lo que deseaban. Sobre todo él honró al principio y acató á su madre

en gran manera, y lo dió mas poder y mano en la gobernacion quo debiera, porque es cierto quo ella ora muger cruel, soberbia, y arrogante...

En estos dias el emperador Neron, creciendo en edad, comenzó á crecer en vicios y liviandades, y á descubrir sus malas inclinaciones... Habiendo acabado tan buena jornada, como fué matar á su madre (son los príncipes tan ofendidos y engañados siempre de lisonjas y adulaciones), aunque todos habian entendido esto hecho como habia pasado, los mas en su presencia lo aprobaban y alababan, y se hicieron algunos votos y sacrificios por haberle Dios escapado de la traicion, y por se haber descubierto, dando á entender que la tenia por verdadera. Y con esta falsa color de su maldad se vino á Roma, y le fué hecho solemnísimo recibimiento : donde viéndose librado de la autoridad y gravedad de su madre, que nunca dejó de ser grande acerca dél, acabó de perder la vergüenza al mundo, y soltó la rienda á sus bestiales apetitos, y sin resistencia ninguna se dió á todo género de torpezas y nefandisimas lujurias... Finalmente Neron, olvidado de la autoridad y dignidad de su estado, se dió á tan bajos y viles vicios y ejercicios, que por ser tales no se cuentan todos : los cuales lo trujeron despues al abismo de pecados y crueldades que diremos. Y como las costumbres de los príncipes y señores por la mayor parte las imitan los súbditos, luego en Roma y fuera della se comenzaron á usar los vicios y ejercicios en quo Neron se ocupaba, y las leyes y buenas costumbres, y las ciencias y artes, á corromperse y olvidarse. Por lo qual él acabó de hacerse enemigo y aborrecido de todos los buenos, y aun de los que tales no eran, como suele acontecer...

Este maldito hombre ningun vicio hubo en que no quiso ser estremado : y así lo quiso ser en gastar y disipar, como en robar y despechar las gentes : la qual prodigalidad, como el pueblo es aficionado y amigo della, presumo yo que fué la principal causa de poderse sufrir el tiempo que se sufrió la crueldad y tiranía y nefarias costumbres de Neron. Pero como estas fuesen insupportables, pasado el oncenno año de su imperio, conjuraron contra él muchos de los mas principales varones de Roma, la cabeza y principal caudillo de los cuales fué Cayo Pison, el mas señalado en virtud que en aquel tiempo habia en Roma, y por él fué llamada esta conjuracion pisoniana. Pero fué descubierta, y on lugar del remedio que se esperaba, fué abrir camino á la creldad del emperador Neron : porquo mató con esta ocasion tanta gente principal, así de los culpados como por sospechosos, que fué una cosa sin cuento : entre los cuales fueron muertos el escelente poeta Lucano y Séneca su maestro. Y pudo tanto la adulacion y miedo, que son cosas quo muchas veces se conciertan, que doter-

minó el senado que se hiciesen muchos sacrificios y gracias muy solemnes á sus dioses por la salud de Neron...

(*Historia imperial y cesárea.*)

LUIS MEJIA.

## I.

### La Hipocresía.

La Hipocresía, muger anciana, muy reverenda, de gran autoridad, honesta, callada, astuta, y bien sabida; visto que todos vacilaban, se levantó, y hecha señal de que todos callasen, se subió en lugar donde de todos pudiese ser vista, y en voz que de todos pudiese ser oída, dijo: Si no fuera por lo mucho que á la señora *Ocia* debo, y por el grande amor que á todos vosotros, señores y hermanos míos, tengo; ni me atreviera á romper el silencio que á mi religion tengo votado, ni menos me oviera puesto en fatiga de dar consejo á quien por ventura no lo habia menester... Lo cual si así hiciérades y guardárades, prometo en fe de mi profesion, que siempre sereis de mí ayudados, socorridos, y favorecidos... Mi nombre, señores, en lengua griega quiere decir *sobredorado*, es á saber, que mi consejo y industria vale mas que oro: porque, aunque me vedes así, considerad que uno es lo que muestro por el gesto, y otro lo que traigo en el pecho. En la guerra troyana mas provecho sintió la república griega del consejo de Ulises que de las fuerzas de Aquiles... Pues para fundamento de todo lo que tengo de decir, habeis de considerar que los que en la milicia de la señora *Ocia* habeis hecho profesion, no menos teneis necesidad de ánimo, discrecion y astucia, que los que navegan por el mar... La primera regla ó principio que habeis de tener, es que todas las obras y acciones vuestras exteriores sean enderezadas en vuestro corazon á ganancia y provecho de cada uno. Pero conviene que las sepais dorar por fuera con una humildad simulada, con fingida devocion, con honestidad vulpina.

Esta doctrina entendieron bien todos los que desearon tener oficios y magistrados en la república, porque dando á entender que trabajaban por ella, como es verdad, se aprovechaban de los erarios, tesoros y depósitos habidos de sangre de pobres. Esta doctrina entendió muy bien aquel tan nombrado Hércules, y Jason con toda aquella flota de mancebos griegos que tomaron la

empresa de ir á ganar el vellocino dorado : á los cuales yo fui aquella Medea tanto alabada, tanto entonada, tanto por los poetas puesta en la cumbre. Yo les mostré, yo les di, yo fabriqué medicamentos para adormir los ojos que nunca supieron dormir. Yo les di con mis artes industria para que, so color de ganar fama, tornasen ricos á sus casas. Esto ¿para qué pensais? sino para mejor poder curar este carísimo y delicado cuerpo que ha tiempo tenemos en poder, por el cual en este mundo sentimos, valemos y sabemos : de donde toda gracia, toda cortesía y crianza procede y mana; por el cual tanto la vida es tenida, deseada, y procurada. El segundo principio es que habeis de desterrar de vuestra compañía hombres duros, severos, graves, difíciles, y los que el vulgo llama sabios, los cuales son enemigos de todo placer y descanso... El tercero y último punto, si bien es considerado, basta para deshacer todos los portrechos de la rabiosa *Necesidad* : y es que con todo silencio y destreza so procure de poner espías, enviando escuchas de noche y de día por todas las partidas del mundo, para saber como quiera lo público y lo secreto... Y para que mas autoridad tengais, cada uno tome su máscara, truequo su gesto, tenga gravedad, severidad y aspereza en sus razones, teniendo siempre uno en el pecho y otro en la frente...

¡ Oh quién tuviera agora bastante anhélito para proseguir lo que al presente á la memoria me ocurre !... Mas agora el pulmon se me cansa, la voz se me va enflaqueciendo , el órgano tengo ya débil y ronco. Acrecientan mi fatiga el enojo quo tengo de algunos de los que aquí están mormurando , mas quo do los fieros quo la desventurada *Necesidad* envió á decir con su trompeta al *Temor*. El remedio de todo es en breves palabras, que cada uno tome de mí lo que mas á su propósito le fuere sabroso para salir de este trance...

Destá suerte la señora *Ocia* por consejo de la *Hipocresia* , andando por todo el mundo, dió de coces á la *Necesidad*, y desterró de su corte hambre y verdadera pobreza.

## II.

### De la felicidad.

Las cosas fueron criadas para el servicio del hombre, y el hombre para servir á Dios, porque este es último fin y sumo bien : y así no hay ninguno, por ignorante que sea, que no conoce y tiene por su último fin la bienaventuranza : y por esta razon todos naturalmente desean allegarse el bien y huir del mal. Mas ninguna cosa es cobdiada por el hombre, escepto aquella que tiene alguna especie de bondad ó aparente ó existente. Y por

cobdicia de alcanzar esta bondad, diversos trabajos reciben los hombres, unos por mar, y otros por tierra; unos pescando, y otros robando; unos en peligrosos oficios, y otros en viles ejercicios... Pero esta felicidad muchos entendieron que habia de ser acá, y tal que el entendimiento humano la pudiese entender: y andándola á buscar desta manera, no todos entendieron que consistiese en sola una cosa. De donde nació el error: que unos lo ponian en el deleite de comer, como fueron los epicúreos y los que su secta siguieron... Otros buscaban esta felicidad en carnalidades: y por estas se cometen adulterios, homicidios y latrocinios: por estas los hombres se someten á malas ganancias y se tornan histriones. Y en fin si bien queremos considerar, toda su vida pasan en dar materia para que dellos se escriba una linda tragedia, en la cual se cuenten sus pocos placeres, sus continuas pasiones, sus infinitos trabajos, sus tristes y desesperadas muertes. Otros toman su felicidad en allegar dineros. Estos, usando así de lo que tienen como de lo que no tienen, précianse do sufrir necesidades, précianse sufrir injurias, précianse ser deshonrados y vituperados. Estos no tienen fe ni ley sino con el dinero: rompen juramentos, cometen crueldades y escesos infinitos. Otros se beben el seso por adquirir un poco de fama, ó de sabios, ó de valientes: y por cobdicia desta gloria, muchos han sufrido crudelísimas muertes ofreciéndose de grado á ellas... Otros piensan que no hay otra bienaventuranza sino ser de gran linage: y no miran cuanta carga tienen á costas si no hacen lo que son obligados á quien son y á la generosa estirpe de donde descenden... Todas estas diversidades, porque los hombres las conocen, las aman, y porque les parece que en ellas ó en alguna dellas hay apariencia de bien.

Pero los que mas han especulado en esto, hallaron que la felicidad humana que estotros andaban á buscar, no es otra cosa sino un estrecho camino de bien obrar en esta vida, para poder merecer alcanzar en fin de la jornada la verdadera felicidad, que es la eterna fruición de los dioses inmortales, la cual muchos varones heróicos y virtuosos merecieron alcanzar: cuyas vidas y hechos notables hoy dia son muy estimados: cuyas imágenes merecieron ser puestas en los templos, no para que fuesen adoradas como dioses, como el vulgo de los ignorantes hacia; mas para que fuesen dechado de costumbres: cuyas escelentes hazañas merecieron renombre de inmortalidad...

*(Apólogo de la ociosidad y el trabajo.)*

## DON LUIS DE AVILA Y ZÚÑIGA.

## La batalla de Elba.

A este tiempo el duque de Alba, conociendo tan buena ocasion, envió á decir al emperador que él cargaba, y así lo hizo por una parte con la gente de armas de Nápoles, y el duque Mauricio con sus arcabuceros por la otra : y luego su gente de armas y nuestra batalla, que ya habia tornado á ganar la mano derecha, movieron contra los enemigos con tanto ímpetu, que súbito comenzaron á dar la vuelta ; y apretaron los nuestros de manera, que á ninguna otra cosa les dieron lugar sino de huir, y comenzaron á dejar la infantería, la cual al principio hizo un poco de resistencia para recogerse al bosque. Mas ya toda nuestra caballería andaba tan dentro de la suya y de sus infantes, que en un momento fueron todos rotos. Los húngaros y los caballos ligeros, tomando un lado, acometieron por un costado ; y con una presteza maravillosa comenzaron á ejecutar la victoria, para lo cual estos húngaros tienen grandísima industria, los cuales arremetieron diciendo *España* : porque á la verdad, el nombre del imperio, por la antigua enemistad, no les es muy agradable.

De esta manera se llegó al bosque, por el cual eran tantas las armas derramadas por el suelo, que daban grandísimo estorbo á los que ejecutaban la victoria. Los muertos y heridos eran muchos, unos muertos de encuentro, otros de cuchilladas grandísimas, otros de arcabuzazos : de manera que era una la muerte, y los géneros della muy diversos. Eran tantos los prisioneros, que habia muchos de los nuestros que traian quince y veinte soldados rodeados de sí. Habia muchos hombres, que parecian ser de mas arte que los otros muertos en el campo : otros que aun no acababan de morir, gimiendo y revolviéndose en su misma sangre : otros, se veia que se les ofrecia su fortuna como era la voluntad del vencedor ; porque á unos mataban, y á otros prendian, sin haber para ello mas eleccion de la voluntad del que los seguia. Estaban los muertos en muchas partes amontonados, y en otras esparcidos : y esto era como les tomaba la muerte, huyendo ó resistiendo. El emperador siguió el alcance una legua : toda la caballería ligera y mucha parte de la tudesca y de los hombres de armas del reino le siguieron tres leguas. Ya estábamos en medio del bosque, quando el emperador, que allí estaba, paró y mandó recoger alguna gente de armas allí, porque toda andaba ya tan esparcida, que tan sin orden andaban los vencedores como los vencidos... Esta victoria tan grande el emperador

la atribuyó á Dios, como cosa dada por su mano : y así dijo aquellas tres palabras de César , trocando la tercera , como un príncipe cristiano debe hacer reconociendo el bien que Dios lo hace : así dijo *vine, vi, y Dios venció*. Pareció bien á todos la moderacion de ánimo que el emperador usó con el duque de Sajonia ; porque otro vencedor , pudiera ser , que contra quien le oviera ofendido como este le ofendió , no templara su ira como el emperador lo hizo : la cual es mas dificultosa de vencer algunas veces que al enemigo.

(Comentario de la guerra de Alemania.)

#### FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR.

##### I.

De la fama y de los provechos que suele traer á los hombres para grandes y arduas empresas.

La fama es de tanto precio entre los mortales, que con razon no se puede aborrecer; pues es medio seguro para emprender grandes hechos de virtud... Y así por esto conoceremos ser la fama cierto género de virtud; pues nadie la procura, que no sea bueno, y de cosa buena. Por esta son conocidos y estimados los virtuosos : por esta se incitan á la virtud los presentes : por esta holgamos de leer hechos de los antepasados, y con su memoria procuramos hacernos á ellos semejantes : por esta finalmente con alegre ánimo se pasan los trabajos y deprenenden las ciencias...

En bestia se transforma el quo menosprecia la fama, pues ningun varon ha habido, así santo como profano, que della no se le haya dado mucho; y tanto, que la tenga por la principal pieza de su arnes : que cierto de su naturaleza convida á todos los hombres á ser esclarecidos por la virtud. De aquí viene, que á los tales, por la gran fama que dejaron, llamamos *afamados*, y por el contrario *disfamados* á los que, no habiendo hecho cosa digna de memoria, se ocupan en los vicios, donde como puercos encenagados viven sin cuidado della... Lo cual no es de agora, pues vemos que la reina Sabá anduvo tantas leguas por la fama del saber y riquezas de Salomon; y que era tanta la fama de Tito Livio, que á los que la grandeza de Roma no habia podido traer á sí, la fama de un solo hombre llevó á ella...

Finalmente por la fama vienen á ser los hombres inmortales : esta sigue á los que no la quieren, y huye de los que la procu-

ran : esta á los vivos honra , y á los muertos hace claros y aun divinos. Ninguno jamas fué de virtud guarnecido , que luego no fuese afamado. Esta á los que muy solos están acompaña , á los no conocidos publica ; y tiene tantas fuerzas , que á la muerte , que aun todas las otras cosas mata , ella sola vence. Pues aunque al magno Alejandro y al invencible César quitó las vidas , no les pudo matar la fama , que agora tienen mas viva que entonces. Esta echa de si rayos , que son las hazañas que de si produce : las cuales se publican por los oradores , se cuentan por los poetas , se ilustran por los historiadores...

## II.

Del hombre echado del paraíso terrenal por el pecado , y de las miserias que á los hombres vinieron despues de esta desgracia.

De ahí adelante los hombres por justicia descendieron á vida mortal sujeta á mil miserias , y trocaron los deleites del paraíso por la morada de la tierra condenada por divina maldición. De ahí adelante los descendientes de Adam fueron derramados por la tierra , mas á manera de fieras que de criaturas racionales. Ni curaron de poblar ciudades para su morada , ni de buenas costumbres para su honestidad , ni de leyes para conservacion de justicia. Pues de artes , de ciencias , ni aun el nombre se oía entre ellos ; mas como salvages solitarios discurrían por los desiertos. Y si por la clemencia divina brotaba en sus corazones alguna raiz de la natural inclinacion á virtud , dejábanla sin labor y cubierta de espigas de los vicios , en que eran ejercitados : y creciendo sus maldades abominables , unos á otros se destruían y mataban , y comían sus carnes vivas...

Despues de haber sido el primer hombre privado del sumo bien que poseía , luego como se trocó el estado de gracia por el de malicia , la vida por la muerte , la gloria por la pena , el sosiego por el trabajo , el bien por el mal , sobraron las obras de malicia , como por el general diluvio pareció... ¡O misero linaje humano ! y quién sin lágrimas podrá contar tus miserias y decir tus grandes trabajos : que solo un hombre con sus hijos , para el origen de los que despues vinieron , se salvase del general castigo que tanto número de malos merecieron !... Tras esto vino la guerra , en la cual ya veis cuantos males hay. Los capitanes desta al principio fueron *mío y tuyo* : y trabajando el uno hacerse señor del otro , han puesto al hombre en tanto trabajo , que le han hecho descascar lo que sobrándole le fatiga , como á chica nao la gran carga. Estos dos capitanes de discordia , queriendo ser señores , quebrantaron la ley de naturaleza , haciendo de lo que era comun



particular, y de lo ageno propio. Estos engendraron la guerra, la mas señalada miseria.

El principio desta es la desenfrenada cobdicia de lo ageno; por la cual ni entre padre y hijo, ni entre hermano y hermano, ni entre amigo y amigo se guarda amistad. Por esta se inventaron las armas y instrumentos para quitar la vida... No bastó para nuestra miseria que los hombres, por hacerse señores de lo que no era suyo, matasen á los otros; sino que los que en batallas son vencedores captivan á los vencidos, cuando queriendo usar de misericordia, no les quitan la vida. El que una hora antes era libre y señor de sí, ya es esclavo de otro: y tanto que como se vende un caballo, así se vende un hombre... ¡Qué mayor mal se puede pensar, sino que haya venido la miseria del hombre á ser tanta, que quebrantada la ley de naturaleza, la cual ninguna de las bestias quebranta, haya de servir el hombre á otro, no con menos sujecion que el buey con el yugo á su señor!... Solo el hombre con el hombre tiene guerra; el hombre al hombre desea mal; el hombre al hombre fatiga y sujeta...

### III.

De la creacion del hombre, y del modo maravilloso como el Divino Hacedor le hizo partícipe de todas las otras cosas, dotándole á él solo con el libre albedrío.

Despues que el Sumo Padre, autor de todas las cosas, hizo este mundo que veis, escelente templo de su divinidad, adornándole de animales, aves, y peces y frutos de la tierra; y despues que con espíritus celestes adornó el cielo dándole perpetuos movimientos y influencias para criar en la tierra lo sensible y lo insensible; acabada ya tan grande obra, deseaba el Sumo Artífice que hubiese alguno, que con tan maravillosa obra tuviese cuenta, amando su hermosura y admirándose de su grandeza. Por esto, acabadas todas las cosas, determinó de criar al hombre. Mas no habia ya donde se criase esta nueva generacion, ni habia en los tesoros que dejar por herencia al nuevo hijo, ni en los asientos del mundo donde este contemplador del universo anduviere, por estar ya todo lleno y distribuido entre las grandes, medianas, y pequeñas criaturas. Junto con esto no era de paternal poder faltar en el criar, ni era de su sabiduría faltar en cosa tan necesaria, ni era de su amor, que habiendo sido en las otras cosas liberal, dejase de serlo en esta: y así ordenó, que al que ninguna cosa propia se podia dar, todo lo que en cada uno de los otros era particular, le fuese á él comun. Criando, pues, al hombre á su imagen y semejanza, y haciéndole señor de todas las cosas, como

aquel que mas que todas representaba el sumo poder de su criador, no le dió cierto asiento ni propia casa, ni particular don porque pudiese á su parecer vivir donde quisiese, y tener el don que descase.

A todas las criaturas puso leyes, de las cuales salir no pueden : á solo el hombre dejó en su libre poder para que de sí hiciese lo que le pareciese... No le crió celestial ni terreno, mortal ni inmortal, para que tomase la forma que le pluguiese, pudiéndose hacer divino siendo bueno, y peor que bestia siendo malo. ¡O suma liberalidad de Dios Padre! ¡O inmensa y admirable felicidad del hombre, al cual es concedido que tenga lo que desea, y que vea lo que quisiere!... ¿Quién no se admirará de tan gran don, que habiendo Dios hecho al hombre semejante á sí, le diese libre albedrío, con el cual se salvase ó condenase, y con que por sí y por todas las cosas criadas diese gracias á Dios? El sol, muy resplandeciente lámpara del mundo, por su gran luz no sabe dar gracias á su criador, porque siendo para el servicio del hombre, el hombre, que solo tiene entendimiento, las ha de dar por él. La tierra, madre y apacentadora de los animales, dedicada con todos ellos al hombre, se descarga de reconocer el bien recibido de su producir, dejando el cargo dello al hombre, para cuyo servicio ella fué criada. Los animales por su fortaleza, ligereza, sanidad, no saben ser agradecidos, porque criados para el hombre, le dejan el cuidado dello.

#### IV.

De los provechos que traen la guerra y la milicia, comparados con los males que acarrearía el desórden sin una fuerza que lo reprimiese.

Por la guerra se conserva seguramente lo que se posee : por ella se vive mas en sosiego : por ella se han hecho infinitos hombres claros y ilustres, como podeis entender de las historias. Esta pone miedo al contrario para no venir á quitarme lo que es mio : esta hace la paz segura... Con la guerra los hombres deprenden á menospreciar la vida y sus deleites, cuyo deseo acobarda mucho á los hombres, y los haco emprender cosas con que viven deshonrados. Tambien so deprendo en ella á tener en poco la fortuna próspera ó adversa; porque el que hoy captiva al otro, mañana es captivo del mismo, y enseña los hombres á ser agradecidos, y estimar las cosas en lo que son. Por esta los hombres, mas que por ninguna otra cosa, se hicieron afamados : y si los quo los hechos destos escribieron fueron dignos de loa, ¿cuánta mayor la merecen los que dieron que escrebir?... El que la guerra quitara do entre los hombres, quitara la causa do muchas

virtudes : porque ella hace á los hombres amigos del trabajo para el cual nacieron, y emplearse de tal manera en hazañas ilustres, que sean ejemplo de imitacion á otros, y gloria de sí mismos...

*(Diálogo de la dignidad del hombre.)*

#### FLORIAN DE OCAMPO.

##### Muerte de Cornelio Escipion.

Por aquellos dias mesmos que Gneyo Scipion se retraia del capitan Asdrubal tan fatigado, el otro Cornelio Scipion hermano suyo, despues que llegó cerca de los otros adversarios, no padecia menores congojas y confusion. Masinisa, capitan de ginetes berberuzes, acudió luego para revolverse con él : y como fuese mancebo diligente, gran trabajador en la guerra, deseoso de llevar adelante su reputacion por no disminuir acá la buena fama que cobró contra Syface, dábale rebatos cada momento... Llegaba súbitamente sobre las puertas del real : procuraba de cegar fosas, romper vallados, y meterse por ellos. Las voces, las peleas, las heridas y golpes eran tan bravas con él, que ni dejaba lugar, ni tiempo vacío de cuidados ó de temor á los romanos : tanto, que retraidos en sus defensas, sin osarse desmandar ni salir á buscar mantenimientos, pareció claro tenerlos cerrados en todas partes; y tan de veras, que si mucho durase, padecerian cada dia mayores aprietos y peligros... Cornelio Scipion, fatigado de tanta necesidad, como quiera que fuese capitan sagaz y discreto, quiso tentar un acometimiento que por ventura no fuera justo do lo probar á tal tiempo : donde podemos colegir en los juicios prudentes de los hombres, dado que las mas veces aprovechen para venir desastres y trabajos cuando suceden, ó para salir dellos haciendo salidas, ó para los pasar con mejor ánimo. Pero ya pueden acudir tales y tan continuos ó de tan grave dependencia, que no baste saber contra su terribilidad...

Puestos en vista, como se reconocieron unos á otros, sin ordenar escuadrones ni deshacer el paraje que traian, arremetieron así como llegaban en el sitio donde se halló cada cual : y comenzaron su pelea por lugares discrepantes, algo confusos y derramados á la verdad. Parecian mas combatir las banderas en desafio sobre sí, que no ser cuestion junta ni determinada. Con todo esto morian asaz hombres valientes en ambas partes, y crecia la crueldad allendo lo que suele crocer en reencuentros apresurados y súbitos, no siendo batalla campal ó trabada sobre

deliberacion... Cornelio Scipion andaba, como quien él era, metiendo su persona donde sentia mayores trabajos : esforzaba las banderas, animábalas, sosteníalas, hablábales palabras honrosas. Deciales cuán buena sazón habia para mostrar su valor y bondad, y que las otras victorias pasadas mas eran debidas á la fortuna favorable que no á su denuedo ni valentia : la cual fortuna siempre les trajo los enemigos tan atemorizados y confusos, que no bien llegaban á ellos cuando los despedazaban y rompian. Agora parecia salirseles afuera, despojándolos de las ayudas estranjeras por los dejar á solas con estos adversarios, para que gradaciesen á su propia virtud y no mas, lo que ganasen y venciesen, y para reconocer en sí mismos cuánto valian y podian. No les turbase la multitud de los enemigos, pues mayor ventaja les llevaban ellos en bondad y reziura que los otros tenian en el número de gente para que diesen en ellos como solian : aquellos eran tantas veces destrozados y hollados y deshechos. Y quien allí por desastre moriese, procurase caer así vengado, quo los españoles presentes y las naciones estrañas hablasen y tuviesen memoria perpétua de muerte tan venturosa...

*(Crónica general de España.)*

#### EL MAESTRO ALEJO VENEGAS.

El qué dirán.

Demas de todos estos idolos particulares que andan solapados debajo de buena color, hay un ídolo mayor que hace la guerra contra el ejercicio de las virtudes á escala vista : porque confia tanto de su poder, quo no tiene necesidad de venir encubierto como los otros ; abiertamente entra de rondon por los suyos nombrando su nombre, y á grandes voces diciendo : Viva, viva el gran **QUÉ DIRAN**, ídolo mayor de todos los idolos. Este ídolo entonces tendrá nombre de ídolo cuando tuviere competencia contra alguna de las virtudes, contra las cuales á veces está tan aposeionado, y tiene tan buen crédito con los suyos, que no hay pleito homenaje tan firme hecho á principe de la tierra, como es la fo que se guarda al ídolo mayor **QUÉ DIRAN**.

Si asoma por acullá la humildad, alegando de su derecho : humillaos, hermanos, debajo de la poderosa mano de Dios, porque os ensalce cuando os viniere á tomar cuenta. Apenas acaba su razonamiento, cuando salta de través el arriscado del **QUÉ DIRAN**, diciendo : ¿ qué dirán si llevo la cruz en la procesion de-

lante del Sacramento? Dirán que soy sacristan, y junto con esto harán lo que hizo Micol cuando dijo David: Bailaré y apocarme he delante del Señor... ¿Qué dirán si primero hago la cortesía que me la hagan? Dirán que de abatimiento lo hago, que me someto á todos los ruines. Por otra parte asema la liberalidad, diciendo: Empréstaos unos á otros sin logro, dad de lo que teneis, y daros han mas. Mas luego sale al camino el avariento del QUÉ DIRAN, y plañendo por lo flautado dice: ¿y qué noramala dirán mis hijos y mi muger, sino que sin tener oficio ni beneficio les gasto la hacienda, y los quiero dejar á puertas? ¿Qué dirán mis parientes, sino que con los estraños me muestro yo liberal, y con ellos soy ventero? con los míos quiero yo paz y dejarme de mal ruido. En esto viene la castidad, diciendo: Huid la fornicacion. Y sátele de traves el encenagado del QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si no me convido á llevar de la mano, y hablar en el corro donde hablan los otros? Dirán que soy marimaricas, que nunca soy para nada. Entra la mansedumbre diciendo: Bienaventurados los mansos, porque ellos verán á Dios. Y atájale la palabra el rufinazo del QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si perdono, si no vengo la injuria? Dirán que no soy hombre, ni tengo sangre en el ojo, que lo hago de cobardía: finalmente dirán que tengo mas do doncel que de capitán. Entra por otra parte la abstinencia, diciendo: No gasteis la vida en banquetes y embriagueces. Y sobúrcala de través el engullon epicureo QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si no pongo mesa ordinaria con estraordinarios manjares? Dirán que lo hago de escaso por no gastar y por despedir á los convidados. Viene luego la caridad diciendo: El amor no anda sobre puntillos. Y no tarda un punto el botijon reventado del QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si quedo atras do los otros? Dirán que soy como el herrero, que dicen de Arganda, que usando del oficio se le olvidó el martillar, y por dar en la yunque, dábase en la rodilla. Dirán que ruin sea quien por ruin se tiene. Dirán que el otro es su gallo, y que yo soy la retaguarda. Echa la firma la diligencia, diciendo: En tus trabajos comerás el fruto de la tierra todos los dias que vivieres. Y aparece luego á la hora el hobachon bracitendido del QUÉ DIRAN bestezando por una parto, y emperezándose por el resto, y con un tono muy soñoliento dice: ¿Qué dirán si soy oficial? Dirán que mal haya quien á los suyos deshoura, en especial tal linage, que todos á una mano han sido hombres de cuenta, y ninguno ha sido oficial. Dirán que mal imito á mi bisabuelo que se halló en la de Aljubarrota, y á mi abuelo que fué teniente sargento en el nombrado cerco de Salsas. Dirán que igual y guruloso lo hizo mi padre, que mató el atambor en la refriega de Ravena, y aun yo me hallé en la de Argel, y un medio hermano que Dios me dió, hizo diabluras en

la Goleta de Tunez. Pues si con tanta genealogia no pusiese á aprender oficio, ¿qué dirán los que me conocen, sino que por tales como yo so deshonran los linages y las alcuñas?

Finalmento venga quien viniere, con razon ó sin ella, que no mudará mas al vasallo del QUÉ DIRAN de la obediencia de su señor que la llave de los dineros del seno del avariento. Por lo cual será grande triunfo el que hará razon, si con la fuerza de la verdad probare el contrario, y como dice el refran, calla callando, prendiero al tirano cosario salteador y banderizo del QUÉ DIRAN; y diere el cetro del mando al noble y virtuoso QUÉ DIRAN del que no anda conforme á la honestidad de su estado. Y ¿qué dirán sobre todo, si discuerda la vida de cada uno del cargo quo con el oficio profesa? Este tal QUÉ DIRAN es virtuoso y loable, porque no nace de la filauia, que es el desordenado amor que los que no so conocen se tienen; mas nace de la virtud y obligacion quo cada uno tiene á hacer buenamente lo que debe, y cumplir con la reputacion quo so debe y se suele tener de los buenos.

*(Diferencia de libros que hay en el universo.)*

#### EL V. MAESTRO JUAN DE AVILA.

##### I.

Carta dirigida á una señora monja atribulada con grandes trabajos.

Recibida vuestra carta, di gracias á nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano, y la señal es que habeis padecido trabajos. No debeis alegraros poco, pues que el Señor os ama, ni debeis descuidaros, pues estais en peligro. Mirando al que os llamó con tan grande amor, debeis cobrar mucho esfuerzo, porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el cielo su faz. No se duerma en vos la fe de Cristo ni el amor, que él no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son estas quo él suelo hacer con quien ama, para probar si lo aman entro los trabajos, y confian en él entro los poligros....

Bástaos, herinana, haber conocido por experiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos á su conocimiento. No lo pidais mas señales de amor; mas, certificada de ello, aunque os azote y parezca quo de vos so olvida y estraña, no os turbeis, mas decid: probarmo quiere, no atribularme. Amad al Señor aunque él os azote, confiad en él aunque no le gustéis; buscádle

aunque se os asconda; no lo dejéis reposar hasta que recuerde y responda: que si sois fiel en su ausencia, verlo heis venir á vos con tanta ganancia, quo gozando de su presencia deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzaos á padecer, que á la medida de los trabajos os darán los consuelos. No seais amadora de vos, y soreis amadora de Dios: pordéos, y hallaros heis... De la poca fiúcia nace la helada turbacion, y por eso decia nuestro Señor: No se turbe vuestro corazon ni tema: creéis en Dios, pues creed en mí. De manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazon...

Muchas y grandes pruebas os hará Dios, grandes tribulaciones se os levatarán de donde no pensais, mas si de esta fe con amor estais armada, todo lo venceréis... Sepamos que se aplaca Dios en los que le temen y esperan en su misericordia, y so enoja con los que no. Él os sacó del captiverio de Egipto cuando inspiró en vuestro corazon deseo de ser suya, y os lleva por este desierto tan desabrido, donde unas veces falta el pan do la doctrina por no haber quien lo reparta, otras, compañía que hable de Dios para que no se sienta el camino, otras, árboles de alegría, y en su lugar mil desconsuelos. Ya se levantan tentaciones de dentro, ya de fuera, ya de estraños, ya de conjuntos: mas á esto solo atonded, que quien hizo lo mas, hará lo menos. Quien de enemiga os hizo amiga, mejor os guardará siendo amiga. Quien no os desamparó desamparándole vos, no os dejará queriéndolo vos. ¿Quién habrá que con verdad diga: que buscando á Dios, no le ayudó Dios?

No os espanten grandes gigantes y fuertes ciudades, las que habeis de combatir, porque no sois la que habeis de pelear; mas vos callaréis, y el Señor poleará por vos. No huyais vos de la guerra, ni os deis por vencida. Estad constante, y veréis el favor de Dios sobre vos: que en esta guerra aquel solo pierde la corona, quo da á huir de la guerra. Flaca sois; mas en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud. Poco sabeis; mas Dios será vuestra guia: en vuestras miserias enseñará Dios sus misericordias. ¿Quién sois vos para pasar tales trances? Mas decid con David: en mi Dios pasaré yo el muro. ¿Quién vos para pelear? Mas decid: si se levantan contra mí millares de enemigos, no temerá mi corazon. Creed, hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios ligero: así desconfiad de vuestra flaqueza, que no desconfiéis de su fortaleza...

¿Paréceos que se han de estimar por trabajos los que se pasan por confesar á Cristo? Pues tal galardón se les dará, que Cristo con mucha honra el día del Juicio nos ha de confesar delante del Padre. ¡Bienaventurado padecer, y deshonor y pobreza, á la cual tanta honra ha de succeder! ¿Qué será, hermana, oír de la

boca de Cristo dolanto el mundo universo: Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado? ¿Qué será cuando los ángeles canten á la que aqui hubiera sido fiel al rey celestial: Ven, esposa de Cristo, recibo la corona que el Señor to tiene aparejada, no para un día, mas para siempre? ¿Qué sentirán las esposas de Cristo, cuando pasado el mar de este mundo, quedando los onemigos que nos perturban en él ahogados, con gran alegria por haber pasado este peligroso mundo sin habernos ahogado en sus vicios, cantemos con gozo: El lazo no se ha quebrado, y nosotros hemos sido librados: nuestro favor en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra?...

¡Bienaventurada vos, si fuéredes fiel al esposo que os escogió! ¡Bienaventurada vos, si os atroviérades á porder lo presente debajo de la promesa certísima de Cristo! Fiad, hormana, de tan cierta palabra: que no sois vos la primera á quien la ha dado y cumplido, ni sereis vos á quien su palabra falte. Dióla á Caterina, Inés, Bárbara, y Lucía, con otras innumerables doncellas: mas decidmo cuan por entero se la cumplió. Atreviéronse á despreciar lo presente: veislas que agora reinan con Dios. Vivieron acá con trabajos, y agora para siempre reinan y descansan. ¡Cuántos combates pasaron: y agora reinan en las coronas del vencimiento! Huyeron los esposos de la tierra, y agradaron al roy de los cielos. Si este mundo hubieran seguido, ya fueran sus placeres pasados, y sus memorias en olvido puestas; mas amaron el Eterno, y por eso ni su bien acabará, ni su memoria se envejecerá. Fueron escritas en el libro de Dios, y por eso ni agua, ni viento, ni fuego, ni tiempo las podrá envejecer, porque aquel libro es incorruptible, y así lo es quien en él está escrito.

Hermana, pues, esforzaos en Dios vuestra salud, y no penseis que os vende caro su cielo: que aun no habeis derramado la sangre por él, como aquellos la derramaron. Trátaos nuestro Señor como á flaca, y habiades os do afrentar do ollo. Si mas fo y confianza tuviésedes para confiar, y mayor amor para padecer, mas peleas os procuraria el Señor para que mayores coronas ganásedes. No os contentéis con padecer poco, pues tan grande será vuestro galardón... Amad, y desearéis padecer: dóblonse vuestros amores, y sufriréis doblados dolores. El amor de Cristo hace á sus poseedores mas codiciosos de padecer, que el amor de sí mismos de descansar...

No son, hermana, grandes nuestros trabajos; mas es pequeño nuestro amor... Amad, y no trabajaréis, mas iréis sobro los trabajos como señora, bendiciendo á aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena, para gozar de la vida: si con destierro, que adonde quiera estais desterrada hasta que veais á Dios, y poco se os da ir al cielo desde la una



parte de la tierra ó desde la otra. Si á Dios teneis, donde quiera os irá bien; y si no, en vuestra tierra os irá mal... ¿Qué cosa podrá haber que os espante, si os ha herido el amor de Cristo? Hollaréis los demonios, reiros heis de las amenazas, pasaréis con osadía entre los enemigos. Confiad de aquel que ama á los que le aman.... Si á todos conviene tener amor, ¿cuánto mas á la que Cristo tomó por esposa? Al siervo conviene temer, al hijo honrar á su padre; mas á la esposa amar á su esposo.

Amad, hermana, á nuestro Señor, y no tengais reposo hasta que él este don os conceda. Amadle, y con reverencia, que esto es el amor que le agrada. No le tengais en menos porque se os comunique, mas admiraos, ¿cómo una alteza tan grande se abaja á una tan profunda vileza?... Amad, pues, adorad, servid al Señor en gozo, mas gozáos con temblor; no que os haga temblar como esclava por miedo de los tormentos, mas como verdadera hija que tiembla de dar un enojo á su padre...

## II.

### Carta dirigida á un caballero.

Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, rio abajo y rio arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prenda de todo el anzuelo. Por lo cual, no so maraville vuestra merced si tantos golpes nuestro Señor le dá contradiciendo á lo que llova pensado y deseado, que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar, y rebeldes á morir, y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en vuestra merced sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor.

Entienda vuestra merced la sofrenada y las señas que lo hace su Señor, porque así como es alabado y aceptó á Dios el ministro inteligente, así es vituperado quien no entiende, no solo las palabras, mas ni aun los azotes del Señor. Entienda que no hay cosa que tanto le cumpla como ser desatinado de su propio tino. ¿Qué idolatría mas dañosa, que fiarse un hombre de su parecer? y qué casamiento mas monstruoso, que estar el hombre casado con su propia voluntad?...

Tenga por muy acertado lo que le viene contrario á su voluntad, porque tal es la de los hijos de los hombres, que por solo desear una cosa, tienen resabio y sospecha que no es buena: porque lo que agrada al malo, ¿cómo nos fiaremos de ello? Tenga vuestra merced cuidado en el tino como Dios le guía, y de esto se lo ha de pedir cuenta. Y cuando esta ciencia supiere, será sabio delante de Dios: de suerte, que no le enamore cosa que

debajo del cielo haya por preciosa que le parezca, sino en todo buscar el contentamiento de Dios. Y cuando este es que no alcanzemos cosa alguna, aquello es toda la riqueza del mundo y del cielo : pues el contento de Dios es el mismo Dios, y quien esto ama, ama á Dios ; y quien este tiene, á Dios tiene.

En cuantas quejas dé vuestra merced de sí, creo que tiene razon por ser hombre y no estar en el cielo : y hago vuestra merced bien en quejarse, quo por así se suelen quitar las que nuestro Señor tiene contra nosotros, que serán, cierto, mas de las que nosotros entendemos. Porque ¿quién entenderá las riquezas de bondad de Dios, y las faltas de nuestras miserias? Pleguo al Señor nos dé luz para ver estos dos abismos tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmayo confortada con la del Señor...

No sé qué hacemos con este miserable de nos : ni para qué lo queremos tener por nuestro, ni á nuestro cargo. Démoselo á quien tiene bondad para lo sufrir, y sabiduría para lo curar y regir, que, cierto, él irá cargado de una cosa harto pesada é insufrible, si no fuere su amor incomprensible. Gran ayuda es para negarnos, vernos tan enemigos de nosotros mismos : y ser tan miserables, sirve para no haber codicia de nosotros, sino darnos y echarnos de casa, aunque mucho nos costase. Y con todo esto sucna el pregon de la divinal bondad : Que David sale al campo perseguido sin culpa, y que se llegan á él los adeudados, y quo tienen angustia y amargura de corazon. ¡Bendito sea Dios, que tan rico es en paciencia y bondad, que el Padre fió de sus manos tan donosas ovejas como somos : y lo que peor es, quo estemos tan ciegos, que rogándonos que á trueco de ser nuestro él, seamos nosotros suyos, ¡ay de nos! todavía buscamos á nos!...

### III.

Carta dirigida á una abadesa, consolándola en la muerte de su hermano.

Desde acá veo cual está el corazon de vuestra merced con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para la herir, y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazon algo de la pena de vuestra merced, y lo demas sacho por lo que el deudo tan cercano y el amor tan entrañable, juntos á una, atormentan ese corazon. Menester es medicina del cielo : y plega al Señor se la quiera enviar, pues él ha enviado la llaga. Señora, no sé en trabajo tan grande otro mejor consuelo que mirar que esto fué á provecho del cardenal el señor quo es en gloria, pues, aunque dejó

su cuerpo acá en la tierra, debemos confiar en la misericordia de Jesucristo, que llevó su ánima al cielo...

¡O válgame Dios! y si cuando estaba en esta vida, tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo apegaba á quien lo miraba, ¡qué tal estará agora en el cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir á nuestro Señor con mayor aparato que él deseaba! Muy alegre está, Señor, aquel á quien amamos; en ninguna manera quiere estar acá. Y si nos viese llorar, nos lo reprenderia; aunque si ve y si reprende, y por eso es razon que se ponga templanza en ello...

¡O Señora! y si nunca saliéramos de esta habla que tan dulce era, trayendo á la memoria como nuestro buen padre y pastor está reynando con Cristo en la gloria! ¡O si no fuera menester hablar para mas que para alegrarnos de su bien, pues que lo amamos! Mas volviendo á la plática de nuestra pérdida, témplesenos el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. Bendito sea Dios, que así lo ordenó, que si á nuestro amado padre le habia de ir bien gozando de su Dios en el cielo, nos costase á nosotros tan gran soledad en la tierra, y tan verdadero dolor en el corazon. Señora, recio trance no es este, carecer de quien así nos amaba, y así nos aprovechaba en uno y en otro. Cayósenos el árbol á cuya sombra descansábamos; no puede ser menos sino quemarnos el calor del sol, y la reza del frio que nos dará en descubierto. Qué harémos, ó qué dirémos?...

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo : alzemos los ojos al que es padre de ellos, y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos mas menester, y nos llevó consigo á quien nos solia ayudar. Ya no escribirá á vuestra merced su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo. Pidale á nuestro Señor que le envíe en el corazon lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos, desamparados y desconsolados : y quiso parar á vuestra merced tal para mas particularmente tener cuenta con ella, segun dice David : A ti es dejado el pobre, y al huér-fano tú serás ayudador.

Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe, mas no se desmayar : pues, así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que á nuestro Señor se le debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que él manda tener en medio de los trabajos. Dios llevó á nuestro pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al pastor de todos... Solamente sepa vuestra merced entender las obras de Dios, que no vienen de corazon airado sino amador : y si es ira, es ira de padre que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza. Sépale responder con amor á este castigo de

amor. Sepa humillarse á la vara del Omnipotente, y abra su boca y beba esta purga con paciencia quo el celestial médico le ha enviado, no para que muera sino para que sane... No so nos paso el tiempo en llorar como muerto al vivo; sino entendamos en vivir como él para ir á reynar con él... No tenemos, señora, porque quejarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado, y si es justo, es probado para ser coronado. Entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto sin carga do ellos volemós al Señor, donde estan descansando los que tuvieron cruz. En compañía de estos han metido á vuestra merced, y señaládola han con señal de cruz. Trabajo por dar cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos como fué puesto en ella, y la madre de él cuán cerca estuvo de ella segun el cuerpo, y cuán en ella segun el corazon.

#### IV.

##### Carta á un sacerdote.

Si las flores de los buenos principios, que Dios en el ánima de vuesa merced ha producido por su misericordia, le consuelan y dan contentamiento, ¿qué sería si Vm. se atreviese á andar un poco mas ligero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasion de; como ha producido flores, producir frutos? Creo encontraria Vm. con tales cosas, que dejaría el cántaro como la Samaritana, por gozar del agua viva que Cristo da, de la cual quien bebe nunca mas ha sed: porque se hace en el vientro una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna. Entonces, Señor, se quitarían de gana los deseos de las prosperidades de esta vida: y antes mas serían aborrecidas que amadas, como cosa que estorva el gusto de las cosas divinales, y cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios... Entonces vienen al hombre juntamente gozo y dolor: porque aquel nuevo vino que Dios le da á beber, le embriaga con su dulcedumbre, y le hace despreciar todo lo visible: y considerando quanto tiempo ha carecido de él, y bebido de los rios de Babilonia y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar como san Agustín; ay del tiempo quando no te amaba!...

Este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el ánima, porque con la luz se ven las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana... Si Vm. quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima, si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del rio de deleite de Dios, si quiere llegarse á ver la vision de como Dios está en la zarza, y

no se quema la zarza aunque arda, no aguza tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para lo purificar. Mas valen para esto anargos gemidos salidos del corazon, que sutiles razones ni libros. Arrójeso á los pies del Señor crucificado, como hombre culpado, ignorante, y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalze cuanto pudiero la divina bondad, y cuente uno por uno los beneficios que le ha hecho en cuerpo y ánima desde que lo crió...

## V.

## Carta á un religioso, su discípulo.

Días ha que recibí una carta do Vm. en que decia haber menester regalos. Yo no los he enviado, ni enviaré en esta, porque no lo puedo creer, ni es razon que lo crea; porque el alma que conoce y ama al crucificado, no solo no busca ser regalada, mas huye de ello, y busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores y espinas, por no verse de otro trage vestida de aquel á quien ama. Confúndase mucho, y no ose mirar á su Señor, cuando mirándose á sí, se halla en consuelo; y á su Señor tan sin él, que no tiene adonde reclinar la cabeza. Y pídale con gran instancia que le ponga dondo él está, pues desea ser uno con él: y en esta soledad y angustia no se le apoque la fe; mas crézcale esfuerzo do verse solo, porque sabe que su Señor es compañía de solos, y pono sus ojos sobre desamparados, de los cuales es muy amigo...

## VI.

## Carta á un predicador.

El espíritu consolador y virtud de lo alto more en V. R. y obre en él el premio de la gloria de Cristo, pues el oficio suyo es aquesto, segun el Señor le dijo. Para lo cual conviene vivir con cuidado, porque el limpisimo espiritu limpia morada requiere, y la Deidad muy alta pide revorencia profunda; y la Bondad infinita es muy zelosa si vo que en otra parte se pone un poco de amor. Lo cual considerado, tenemos mucha razon de temer y angustiararnos: porque no es pequeño negocio querer un hombre, criado del limo de la tierra, tratar con Dios, y ofrecerle digua morada, y así vivir que agrade á los ojos de tan grande Magestad... Espero yo en él que uno do ellos es V. R. para perpétua obra de este Señor. Esto es el que hace de los lobos corderos, y de los perseguidores devotos, y de los quo volvian las espaldas

hace continuos contempladores de su hermosura : este defenderá esa su ánima, como la ha defendido. Mas peleando Dios, segun su promesa, él hará desaparecer nuestros enemigos así como humo.

San Bernardo, siendo molestado algunas veces de esta sabrosa ponzoña, hacia cuenta que estaba ausente de la muchedumbre del pueblo que le daba henra : y así escapaba del canto engañoso de esta sirena... Y con mucha razon, porque ¿ qué cosa mas para huir que el robe de la henra de Dios? y diciendo con la boca que miren á Dios, querer con el corazon que quiten sus ojos dél, y los pongan en una vileza? Voees con las cosas erriadas, que cantan la henra y gloria de Dios : imágenes ó pisadas para traer en enoimimiento del Criador. ¿ Qué cosa mas al revés se puede pensár, que lo que es ordenado para otro, se ordene contra él? y se quiera hacer de camino término, y de medio fin?...  
(*Epistolario-espiritual.*)

#### DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

##### I.

##### Muerte de Aben Humeya.

El principio fué descontentamiento de los turcos, mostrados á mandar á su rey en Berbería, temor que dél tenían sus amigos ; poca seguridad de las personas y haciendas, sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fué tal luego que le eligieron, que ninguno en su compañía tuviese morisca por amiga, sino por legitima muger : y guardábase esto generalmente. Mas habia entre las mugeres una viuda, muger que fuera de Vicente de Rojas, pariente de Rojas suegro de Aben Humeya : muger igualmente hermosa y de linage, buena gracia, buena razon en cualquiera propósito, alaviada con mas elegancia que honestidad, diestra en tocar un laud, cantar, baylar á su manera y á la nuestra ; amiga de recoger voluntades, y conservallas.

Llegó Diego Alguacil, ballando confuso y maravillado á Abenabó. Dijole como traia la gente consigo, mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados dél, y ellos puesto la vida por sus haciendas, por su libertad, por sus vidas : cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿ qué podian esperar sino lo mismo ? Bueno de palabras, mas de ánimo male y perverso :

que no habia mugeres, no haciendas, no vidas con que hartar el apetito, la sed de dinero y de sangre.

Entendiendo el hecho (los turcos), resolvieron entre sí de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por robarle, persuadiéndose que tenia gran tesoro, y hacer á Abenabó cabeza. Juntaron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax donde Aben Humeya estaba: aseguraron la centinela como personas conocidas, y que sabia habellos enviado á llamar. Pasaron el cuerpo de guardia, entraron en la casa, quebraron las puertas del aposento: halláronle desnudo, medio dormido, y vilmente, entre el miedo y el sueño y dos mugeres. Embarazado dellas, especialmente de la viuda, amiga de Diego Alguacil, que se abrazó con él, fué preso en presencia de los que él trataba familiarmente: hombres hajos, que á tales tenia mayor inclinacion y daba crédito, criados suyos... Teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, y mil seiscientos alojados en el lugar, no hizo resistencia: ninguno hubo que tomase las armas, ni volviese de palabra por él. Mas, como solo el que es rey puede mostrar á ser rey un hombre, así solo el que es hombre, puede enseñar á ser hombre un rey. Faltó maestro á Aben Humeya para lo uno y lo otro: porque ni supo proveer ni mandar como rey, ni resistir como hombre. Atáronle las manos con un almaizar. Juntáronse Abenabó, los capitanes, y Diego Alguacil, delante de la muger, á tratar del delito y pena en su presencia. Leyéronle y mostráronle la carta, que él como inocente y maravillado negó. Conoció la letra del pariente de Diego Alguacil: dijo que era su enemigo, que los turcos no tenian autoridad para juzgalle. Protestóles de parte de Mahoma, del emperador de los turcos y del rey de Argel, que le tuviesen preso dando noticia de ello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados y prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes. Saqueáronle la casa; repartieronse las mugeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los capitanes y soldados; y otro dia de mañana determinaron su muerte.

Eligieron á Abenabó por cabeza en público, segun lo habian acordado en secreto; aunque mostró sentimiento y rehusallo, todo en presencia de Aben Humeya, el cual dijo: que nunca su intencion habia sido ser moro; mas que habia aceptado el reino por vengarse de las injurias que á él y á su padre habian hecho los jueces del rey D. Felipe, especialmente quitándole un puñal, y tratándole como á un villano siendo caballero de tan gran casta: pero que él estaba vengado y satisfecho, lo mismo de sus enemigos, de los amigos y parientes dellos, de los quo le habian acusado y atestiguado contra él y su padre, ahorcándolos, cor-

tándoles las cabezas, quitándoles las mugeres y haciendas : que , pues habia cumplido su voluntad , cumpliesen ellos la suya. Cuanto á la eleccion de Abenabó , que iba contento , porque sabia que haria presto el mismo fin : que moria en la ley de los cristianos , on quo habia tenido intencion de vivir si la muerte no lo previniera. Ahogáronle dos hombres , uno tirando de una parte y otro de otra de la cuerda que lo cruzaron en la garganta. El mismo se dió la vuelta para que lo hiciesen menos mal : concortó la ropa ; cubrióse el rostro.

Tal fin hizo Aben Humeya , en quien despues de tantos años revivió la memoria de aquel linago , que fué uno de los en cuya mano estuvo la mayor parte de lo que entonces se sabia en el mundo. La ocasion convida á considerar , que como todo lo que en él vemos se mantenga por partes , que juntas le dan el ser , y una dellas sea las castas ó linages de los hombres ; estas , como en unos parece estan acabadas hasta venir á pobres labradores , así en otros salen y suben hasta venir á grandes reyes. Pero muchas veces el llacedor de todo , no hallando sugeto aparejado , produco de cosas diminuidas semejantes á las grandes , como fruto en tierra cansada ó olvidada ; ó como queriendo hacer hombre , hace enano por falta de sugeto , de tiempo , de lugar. No habia en el pueblo de Granada moriscos , fuerzas , ocasion , ni aparejo para crear y mantener rey : salió de un comun consentimiento de muchas voluntades juntas (hombres que se tenian por agraviados y ofendidos) hecho un tirano con sombra y nombre de rey ; y este , descendiente de casta olvidada , mas quo tanto tiempo habia señoreado...

*(Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.)*

## II.

### Vanidad y Pobreza.

De esta manera estuvo con mi tercero y pobro amo , quo fué este Escudero , algunos dias , y en todos desoando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra , porque desde el primer dia quo con él aconté , le conocí ser extranjero por el poco conocimiento y trato que con los naturales de ella tenia. Al cabo se cumplió mi deseo , y supe lo quo deseaba ; porque un dia que habiamos comido razonablemente y estaba algo contento , contóme su hacienda , y dijome ser de Castilla la Vieja , y quo habia dejado su tierra , no mas que por no quitar el honete á un caballero , su vecino. Señor , dijo yo , si él era lo quo decis y tenia mas quo vos , no errabais en quitárselo primero , pues decis que él tambien os lo quitaba. Si es , y si tiene : y tambien me lo quitaba



él á mí; mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirso él alguna y ganarme por la mano. Pareceme, señor, lo dijo yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y quo tienen mas. Eres muchado, mo respondió, y no sieutes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal do los hombres de bien. Pues hágote saber, quo yo soy, como vos, un Escudero : mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no mo quita muy bien quitado del todo el bonete, quo otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay antes que llegue á mí, por no quitárselo : quo un Hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto do tener en mucho su persona. Acuérdome que un día deshouuré en mi tierra á un oficial (1), y quiso poner en él las manos, porquo cada vez que le topaba, me decia : Mantenga Dios á vuestra merced. Vos, don villano ruin, le dije yo, ¿porqué no sois bien criado? manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fueso quien quiera? De allí adelante, de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. ¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dijo yo, decirle que le mantenga Dios? Mira mucho do en hora mala, dijo él, á los hombres do poca arte dicen eso : mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de, *bese las manos de vuestra merced* : ó por lo menos, *béseos, señor, las manos*, si el que me habla es caballero; y así de aquel do mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca mas quise sufrir ni sufriria á hombre del mundo del rey abajo, que *manténgaos Dios* me diga. Pecador de mí, dijo yo, por eso tiene, tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie so lo ruegue. Mayormente, dijo, quo no soy tan pobre que no tenga en mi tierra un solar de casas, quo á estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas do donde nací, en aquella costanilla do Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedis, segun so podrian hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar, que á no estar derribado, como está, daria cada año mas doscientos palominos; y otras cosas que me callo, quo dejé por lo que tocaba á mi honra : y vino á esta ciudad, peusando quo hallaria un buen asiento; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no les sacara de su paso todo el mundo. Caballeros do media talla tambien me ruegan; mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y sino, anda con Dios os dicen : y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y los mas

ciertos, comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su lazeria; pues por ventura ¿no hay en mi habilidad para servir y contentar á estos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentirle tan bien como otro, y agradarle á las mil maravillas; reirlo hia mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo: nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese: ser muy diligente en su persona en dicho y hecho: no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir, donde él lo oyese con la gente de su servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba: si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para lo encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado: decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador: malsinar á los de casa y á los de afuera: pesquisar y procurar de saber vidas ajenas, para contárselas; y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores de él parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; ántes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar. Y con esto los astutos usan, como digo, ol dia de hoy, de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que lo halle.

### III.

#### La publicacion de la bula.

Por mi ventura di en el quinto amo, que fué un buldero, el mas desenvuelto y desvorgonzado, y el mayor echador de ellas que jamas yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió, porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sutiles invenciones... Y porque todos los artificios que le veia hacer serian largos de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver, tenian intencion de so la tomar: y él estaba dado al diablo con aquello. Y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo á otro dia de mañana, para despedir la bula. Y esa noche, despues de cenar, pusiéronse á jugar la coñacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber

malas palabras. El llamó al alguacil ladrón, y el otro á él falsario. Sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada, quo en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban para se matar. Ellos, como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena de ella, viendo quo no podian afrontarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas. Finalmente, los del pueblo, viendo que no bastaban para ponerlos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte, y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado quo perdiese ol enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la Iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula : y el pueblo se juntó ; el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñiendo lo habia descubierto ; de manera que, tras que tenían mala gana do tomarla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito, y comionza su sermon... Estando en lo mejor, entra por la puerta do la Iglesia el alguacil, y con voz alta y pausada comonzó á decir : « Buenos hombres, oidme una palabra. Yo vine aquí con esto echacuervos quo os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoreciese en esto negocio, y que partiríamos la ganacia. Y ahora, visto el daño que hacia á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro que las bulas que predica son falsas, y que no lo creais, ni las tomeis... y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, quo vosotros me scais testigos como no soy con él, ni lo doy á ello ayuda, antes os desengañó, y declaro su maldad ; » y acabó su razonamiento. Como calló, mi amo le preguntó, ¿ si queria decir mas ? quo lo dijese. El alguacil dijo : « Harto mas hay qué decir do vos y do vuestra falsedad ; mas por ahora basta. El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo, dijo así : « Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, tú sabes la vordad, y cuan injustamente soy afrentado. En lo que á mi toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones ; mas la injuria á tí hecha, to suplico, y por justicia to pido no disimules, porque alguno que está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues es tanto perjuizio del prójimo, to suplico, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera. Que si es verdad lo que aquel dice,

este púlpito se hunda conmigo, do él ni yo jamas parezcamos; y si es verdad lo que yo digo, y aquel, persuadido del demonio, dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia. »

Apenas habia acabado su oracion, cuando el negro alguacil cae, y da tan gran golpe en el suelo, que la Iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y hacer visajes con el gesto, dando do pie y de mano, revolviéndose por aquellos suelos á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gento era tan grande, que no se oian unos á otros. Unos decian: El Señor le socorra y valga. Otros: Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia. Algunos buenos hombres llegaron á él, y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo... El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente, y muy pausadamente les dijo: « Pues Dios nos manda que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, vamos todos á suplicarle. » Y así bajó del púlpito... y todos se hincaron do rodillas... y viniendo con la cruz y agua bendita el señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que dovota... Y esto hecho, mandó traher la bula, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y desque fué vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio; lo uno, por hacer á él daño, y vengarse del enojo: lo otro y mas principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hacia en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin olla: marido y muger, hijos ó hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y quando á ellos llegábamos, á la posada la venian á buscar, como si fueran peras de balde: de manera, que en diez ó doce lugares donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Quando hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fui de ello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burlas que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí cómo habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡Cuán-

tas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!

(*Lazarillo de Tormes.*)

## FRAY LUIS DE GRANADA.

### I.

#### La Pasion del Salvador.

Acabados los discursos y el oficio de la predicacion del Evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel grande sacrificio de la Pasion, quiso el Cordero sin mancilla llegar al lugar donde habia de dar cabo á la redencion del género humano. Y porque se viese con cuanta caridad y alegría de ánimo iba á beber por nosotros este caliz, quiso ser recibido este dia con gran fiesta, saliéndole á recebir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivas y palmas en las manos, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos á una voz, y diciendo: Bendito sea el que viene en nombre del Señor: sálvanos en las alturas. Junta, pues, hermano mio, tus voces con estas voces, y tus alabanzas con estas alabanzas; y da gracias al Señor por este tan grande beneficio como aquí te hace, y por el amor con que lo ha hecho. Porque, aunque le debes mucho por lo que por tí padeció, mucho mas le debes por el amor con que lo padeció. Y aunque fueron tan grandes los tormentos de su Pasion, mucho mayor fué el amor de su corazon: y así amó mas que padeció...

Aquí tambien tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos escesos. ¿Quieres, pues, ver en que se puede estimar esta gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás, que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco dias le tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dió contra él voces, diciendo: *Crucificalo, crucificalo*. De manera, que al que hoy predicaba por hijo de David, que es por el mas santo de santos, mañana lo tiene por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo mas claro para ver lo que es la gloria del mundo y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa mas liviana, mas antojadiza, mas ciega, mas desleal, y mas inconstante en sus pareceres que el juicio de este mundo?... ¿O mundo

perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto; en los principios dulce, en los dejes amargo; en la cara blando, en las manos cruel; en las dádivas escaso, en los dolores pródigo; al parecer algo, dentro vacío; por de fuera floridor, y por debajo de la flor, espinoso!

O buen Jesus! ¿qué es eso que haces? ¡O dulce Jesus! ¿porqué tanto se humilla tu magestad? ¿Qué no sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres, y ante los pies de Judas? ¡O cruel! ¿cómo no te ablanda el corazón esta tan grande humildad? cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¡Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo cordero! es posible que no to hayas ahora compungido con este ejemplo! ¡O hermosas manos! ¿cómo podeis tocar pies tan sucios y abominables? ¡O purísimas manos! ¿cómo no teneis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡O apóstoles bienaventurados! ¿cómo no temblais, viendo esta tan grande humildad? Pedro ¿qué haces? por ventura consentirás que el Señor de la magestad te lave los pies? Maravillado y atónito san Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir: *¿Tú, Señor, lavas á mi los pies?* ¿No eres tú hijo de Dios vivo? no ores tú el Criador del mundo? la hermosura del cielo? el paraíso de los ángeles? el remedio de los hombres? el resplandor de la gloria del Padre? la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues ¿tú me quieres lavar á mi los pies? Tú Señor de tanta magestad y gloria ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza?...

Caminó, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndolo mucha gente, y muchas piadosas mugeres que con sus lágrimas le acompañaban... Entro tanto, ánima mia, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos camina para el palacio de la Virgen; y cuando allá llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡O Señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia, y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mia! ¿para qué se ha guardado mi vida para esta hora? cómo puedo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que ví? para qué son mas palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz áuestas para ser en ella ajusticiado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor

á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerto, que bastara para acabarle la vida, si la dispensacion divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona. Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiene sus ojos escurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡O amor y temor del corazon de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, miranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviéanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas; mas al corazon de la Madre habla el del Hijo dulcísimo, y le decia: ¿Para qué veniste aquí, paloma mia, y madre mia? Tu dolor acrecienta el mio, y tus tormentos atormentan á mi. Vuélvete, madre mia, vuélvete á tu posada: que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones...

Considera, pues, aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece. Mira como aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras... ¡O Salvador y Redentor mio! ¿qué corazon habrá tan de piedra, que no se parta de dolor, pues en este dia se partieron las piedras, considerando lo que padeces en esa cruz? Cereado te han dolores de muerte, embestido han sobre tí todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado: ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita; los amigos te quiebran el corazon; tu ánima está afligida, y no admite consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, rey mio, cosido con un madero: no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro: de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio... ¡O cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, santísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz...

Creeieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre: con los cuales no menos estaba su corazon crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí, ó buen Jesus, en este dia: una para el cuerpo, y otra para el ánima; la una es de pasion, la otra de compasion; la una tras-

pasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, ¡ó buen Jesus! declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabias estar contigo crucificada? cuando veias aquel piadoso corazon traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? cuando tendias los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto do amarillcz de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya mas quo muerta, y aquellos rios de lágrimas que de sus purísimos ojos salian; y oias los gemidos que se arrancaban do aquel sagrado pecho, esprimidos con el peso do tan gran dolor?... Pues, ¡ó piadosísima Virgen! ¿porqué, Señora, quisisteis acrescentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿porqué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parcer en lugares públicos; no es de corazon de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama: ¿y vos venis á ver al hijo morir por justicia, y entre ladrones en una cruz? Ya que determinais vencer el corazon de madre, y quereis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os poncis tan cerca de ella, que hayais de llevar en vuestro manto perpetua memoria de este dolor? Remedio no se lo podeis dar, sino con vuestra presencia acrescentar su tormento: porque solo esto lo faltaba para acrescentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados, y os viese al pie de la cruz. Y porque, estando al fin do la vida, enflaquecidos los sentidos y escurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no podia divisar de lejos, os pusiste tan cerca, para que claramente os conociese, y viese esos brazos, en que fué recebido y llevado á Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales, con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor.

Mirad, ángeles, estas dos figuras ¿si por ventura las conoceis? Mirad, cielos, esta crueldad, y cubríos do luto por la muerte de vuestro Señor. Escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡O cielos, que tan serenos fuisteis criados; ó tierra de tanta variedad y hermosura vestida! si vosotros escurecisteis vuestra gloria en esta pena: si vosotros, que érades insensibles, la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harian las entrañas y pechos virginales de la Madre?...

Cuando la Virgen lo tuvo en sus brazos ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? O ángeles de la paz, llorad con esta sagrada Virgen. Llorad, cielos, y llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Abrázase la



Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos, para esto solo le quedaban fuerzas : mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tiñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡O dulce Madre! ¿es este por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿es ese el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿dónde está aquel espejo de hermosura en que os miráades?

Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mugeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía : ¡O buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿á quién iré con mis dudas? ¿en cuyos pechos descansaré? ¿quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan estraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida; y ¡ahora to pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los mios muerto! ¿Este es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? esta aquella figura mas clara que el sol de medio día? Lloraba tambien aquella santa pecadora; y abrazada con los pies del Salvador, decía : ¡O lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! si me viore fatigada ¿quién me recibirá? quién curará mis llagas? quién responderá por mí? quién me defenderá de los Fariseos? ¡O cuán de otra manera tuvo yo estos piés y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡O amado de mis entrañas : quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡O vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que to amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto? De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.

(Meditaciones.)

## II.

### Exhortacion á la virtud.

En este santo ejercicio (la oracion) señaladamente alogra el Señor á sus escogidos... Allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, y lloran y gozanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo, y gozan con la caridad. Entonces conocen por experiencia ser verdad lo que dijis-

teis : mi gozo será cumplido en ellos... Entonces (ol ánima) maravillándose de sí misma como tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo quo todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres, y decir : ¡O locos ! ó desvariados ! ¿en qué andais ? qué buscáis ? cómo no os dais prisa por gozar de tan grande bien ? Gustad, y ved cuán suave es el Señor : bienaventurado el varon que espera en él. A quien gusta ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, y la soledad tiene por paraíso, y sus deleites son estar con el Señor que ama...

El día lo es enojoso, cuando amaneco con sus cuidados ; y desea la noche quieta para gastarla con Dios. Ninguna noche tiene por larga ; antes la mas larga le pareco la mejor. Y si la noche fuera serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y las estrellas : y mira estas cosas con otros difoerentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Miralas como unas muestras de la hermosura de su Criador ; como á unos espejos de su gloria ; como á unos intérpretes y mensageros que le traen nuevas do él ; como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones quo el esposo envia á la esposa para enamorarla y entretenerla, hasta el día que se hayan de tomar las manos, y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le pareco habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado lo envia, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano, las noches de los amados de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonia de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador, de quien se dice : Yo duermo y vela mi corazon... ¿Pues qué tales te parecen estas noches, hermano ? Cuáles son mayores : estas, ó las de los hijos de este siglo, que andan á estas horas asechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, do temores y sospechas, trayendo las ánimas en peligro, y atesorando ira para el día do su perdicion ?

Vemos que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras provechosas, otras agradables, y otras con otras perfecciones : entro las cuales, tanto suele una ser mas perfecta y mas digna de ser amada, cuanto mas de estas perfecciones participa. Pues, segun esto ; ¿ cuánto merece ser amada la virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan ? Porque, si por honestidad va, ¿ qué cosa mas honesta que la virtud, que es la raiz y fuente do toda honestidad ? Si por honra va, ¿ á quién se debo la honra y el acatamiento sino á la virtud ? Si por hermo-

sura va, ¿qué cosa mas hermosa que la imagen de la virtud?... Si por utilidad va, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien? La longura de los dias con los bienes de la eternidad estan en su diestra; y en su siniestra riquezas y gloria. Pues si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espíritu Santo: lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si desea fama y memoria; en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparecerá...

Este es aquel bien, que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene de mal. Por donde, con grandísima razon envió Dios al justo aquella tan magnífica embajada, la mas breve en palabras y la mas larga en mercedes que se pudiera enviar: *Decid al justo que bien.* Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que despues de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien; en los placeres, y en los pesares; en los trabajos, y en los descansos; en las honras, y en las deshonras: porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos, y se cayan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino porque levantar la cabeza: porque entonces se llega el dia de su redencion. Decidle que bien: pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios; y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanás. Decidle que bien: pues su nombre está escrito en el libro de la vida, y Dios Padre lo ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Santo por su templo vivo. Decidle que bien: pues el camino que ha tomado, y el partido que ha seguido, por todas partes le viene bien; bien para el ánima, y bien para el cuerpo; bien para con Dios, y bien para con los hombres; bien para esta vida, y bien para la otra: pues á los que buscan el reino de Dios, todo lo demás será concedido. Y si para alguna cosa temporal no viniere bien, esta llevada con paciencia, es mayor bien: porque á los que tienen paciencia las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merecimientos, y las batallas en coronas...

### III.

En la fiesta de la Natividad de nuestro Señor.

*Salid, pues, ahora, hijas de Sion (dice la esposa en los cantares) y mirad al rey Salomon con la corona con que le coronó su madre*

*en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su croazon.* ¡O ánimas religiosas, amadoras de Cristo, salid ahora de todos los cuidados y negocios del mundo; y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, ponéos á contemplar á vuestro Salomon, pacificador de los cielos y tierra; no con la corona que lo coronó su padre cuando le engendró eternamente y se lo comunicó todo; sino con la que le coronó su madre cuando le parió temporalmente, y lo vistió de nuestra humanidad! Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la magestad en las alturas, sino reclinado en un pesebro de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo. Venid á celebrar este día de su desposorio, donde salió ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerto se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redentor.

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado: por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos. Era la media noche, mas clara que el medio día, cuando todas las cosas estan en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta. Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, y apareció vestida de nuestra carne... ¡O venerable misterio, mas para sentir que para decir; no para explicarse con palabras, sino para adorarlo con admiracion en silencio! ¿Qué cosa mas admirable, que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana; aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies es la tierra; que haya querido bajar á tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar mas cómodo?...

Grando humildad es nacer en un establo; mas grandio gloria es resplandecer en el cielo. Grando humildad estar entre estas bestias; mas grandio gloria es ser cantado y alabado por los ángeles. Grande humildad es ser circuncidado como pecador; pero es

grande gloria el nombre de Salvador. Grande humildad es venir al bautismo entre publicanos y pecadores ; mas grandísima es la gloria de abrirse los cielos , sonar la voz del Padre , y verse sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma , y los pregones y temores de san Juan Bautista. Finalmente , grandísima humildad fué padecer y morir en una cruz ; pero grandísima gloria fué escurecerse el cielo , tembar la tierra , despedazarse las piedras , abrirse las sepulturás , aparecer los difuntos , hacer sentimiento todos los elementos. Todo esto era razon que así fuese : porque lo uno convenia para curar la grandeza de nuestra soberbia , y lo otro convenia á la dignidad de la persona que la curaba...

Y puesto caso que lo uno pertenece á su gloria , y lo otro para nuestro ejemplo ; si bien lo miras , verás que así lo uno como lo otro era todo para nuestro bien , porque en lo uno se edifican nuestras costumbres , y con lo otro se confirma nuestra fe. Y por esto , si te escandaliza la humildad de Cristo para no creer que es Dios el que ves tan humillado ; mira la gloria que acompaña á esa humildad , y verás qué no es indigna cosa de la magestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa parece el nacer Dios de muger ; mas no lo es , si miras la gloria con que nace. Indigna cosa parece morir ; mas no el morir con tan gloriosas señales. El morir descubrió la grandeza de su bondad ; y el morir con tales señales descubre la gloria de su poder. Y por eso no es menos hermoso este Señor , á los ojos de quien lo sabe mirar , en su bajeza que en su gloria. Hermosísimo es en el cielo , y hermosísimo en el establo ; hermosísimo en el trono de su gloria , y hermosísimo en el pesebre de Belén ; hermosísimo entre los coros de los ángeles , y hermosísimo entre los brutos animales.

Considera mas , que si los ángeles en tal día cantaron y solemnizaron este ministerio con glorias y alabanzas , dando gracias por la redemcion que nos vino del cielo , no siendo ellos los redemidos ; ¿ qué deben hacer los redemidos ? Si ellos así dan gracias por la gracia y misericordia agena ; ¿ qué deben hacer los que fueron redemidos y reparados por ella ? (Sermones.)

## SANTA TERESA DE JESUS.

## I.

Carta escrita á sor Leonor de la Misericordia, carmelita descalza en el convento de Soria.

¡ O cómo quisiera no tener mas cartas que escribir sino esta !... Créame, mi hija, que cada vez que veo carta de Vm. me es particular consuelo : por eso no la ponga el demonio tentaciones para dejarme de escribir. En la que Vm. trae de parecerle anda desaprovechada ; ha de sacar grandísimo aprovechamiento. El tiempo le doy por testigo, porque la lleva Dios como á quien tiene ya en su palacio, que sabe no se ha ya de ir ; y quíerela ir dando mas y mas que merecer. Hasta ahora puede ser que tuviese mas ternuritas, como la quería Dios ya desasir de todo ; y era menester.

Héme acordado de una santa que conocí en Avila : que cierto se entiende que lo fué su vida de tal. Habíalo dado todo por Dios cuanto tenia ; y habíale quedado una manta con que se cubria, y dióla tambien. Y luego dale Dios un tiempo de grandísimos trabajos interiores y sequedades ; y despues quejábale mucho, y decíale : Donoso sois, Señor, ¿ despues que me habeis dejado sin nada, os me vais ? Así que, hija, de esto es su magestad, que paga los grandes servicios con trabajos, y no puede ser mejor paga : porque la de ellos es el amor de Dios.

Yo le alabo : que en las virtudes va Vm. aprovechada en lo interior. Deje á Dios en su alma y esposa ; que él dará cuenta de ella, y la llevará por donde mas la conviene. Y tambien la novedad de la vida y ejercicios parece hacer huir esa paz ; mas despues viene por junto. Ninguna pena tenga. Préciése de ayudar á llevar á Dios la cruz, y no haga peso en los regalos : que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de balde como hacen los grandes al rey. El del cielo sea con ella...

## II.

Carta escrita á un caballero, afligido con la muerte de su muger.

La gracia del Espíritu Santo sea con Vm., y le dé fuerzas espirituales y corporales para llevar tan gran golpe como ha sido este trabajo : que á no ser dado de tan piadosa y justa mano, no supiera con que consolar á Vm. segun á mí me ha lastimado. Mas,

como entiendo cuan verdaderamente nos ama este gran Dios, y sé que Vm. tiene bien entendida la miseria y poca estabilidad de esta miserable vida, espero en su magestad dará á Vm. mas y mas luz para que entienda la merced que hace nuestro Señor á quien saca de ella, conociéndole: en especial pudiendo estar cierto, segun nuestra fe, que esta alma está adonde recibirá el premio conforme á los muchos trabajos que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia.

Esto he yo suplicado á nuestro Señor muy de veras, y he hecho que lo hagan estas hermanas, y que dé á Vm. consuelo y salud, para que comience á pelear de nuevo en este miserable mundo. Bienaventurados los que estan ya en seguridad. No me parece ahora tiempo para alargarme mas, sino es con nuestro Señor en suplicarle consuele á Vm.: que las criaturas valen poco para semejante pena cuanto mas tan ruines como yo. Su magestad haga como poderoso, y sea en compañía de Vm. de aquí adelante, de manera que no eche menos la muy buena que ha perdido.

### III.

Carta al padre fray Juan de Jesus Roca, carmelita descalzo, escrita desde la cárcel en que se hallaba la santa.

Recbí la carta de V. R. en esta cárcel, á donde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi religion. Lo que me da pena, mi padre, es la que VV. RR. tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mio, no tenga pena, ni los demas la tengan; que como otro Pablo (aunque no en santidad) puedo decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religion, son regalos y mercedes para mí.

Nunca me he visto mas aliviada de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos y encarcelados con su ayuda y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos por la merced que me hace en esta cárcel. ¡Ay, mi hijo y padre! ¿hay mayor gusto, ni mas regalo ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios? ¿Cuándo estuvieron los santos en su centro y gozo, sino cuando padecian por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios, y el mas cierto: pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, padre mio, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos: y el día que nos faltaren; ay de la religion descalza! ¡ay de nosotros!

## IV.

Carta que escribió la santa á su hermano Lorenzo de Cepeda.

Ya he escrito á Vm. cuan á buen tiempo hizo la merced á mi hermana : que yo me he espantado de los trabajos de necesidad que la ha dado el Señor ; y hálo llevado tan bien , que así la quiera dar ya alivio. Yo no le tengo de nada , sino que me sobra todo : y así lo que Vm. me envia en limosna , de ello se gastará con mi hermana , y lo demas en buenas obras , y será por Vm... Y así me fué harto alivio (los dineros) por no los tomar de nadie , que no faltaria : mas gusto tener libertad con estos señores , para decirles mi parecer. Y está el mundo tal de intereses , que en forma tengo aborrecido este tener. Y así no tendré yo nada sino con dar á la misma órden algo , quedará con libertad : que yo daré con este intento...

Es tanta la ceguedad que tienen en tener crédito de mí , que yo no sé como , y tanto el que yo tengo , para fiarme mil y dos mil ducados. Así que , á tiempo que tenia aborrecidos dineros y negocios , quiere el Señor que no trate en otra cosa , que no es pequeña cruz.

En forma me parece lo de tener alivio con tener á Vm. acá ; que es tan poco el que me dan las cosas de toda la tierra , que por ventura quiero nuestro Señor tenga ese , y que nos juntemos entrambos para procurar mas su honra y gloria , y algun provecho de las almas : que esto es lo que mucho me lastima , ver tantas pérdidas , y esos indios no me cuestan poco. Dios les dé luz : que acá y allá hay harta desventura. Como ando en tantas partes , y me hablan muchas personas , no sé muchas veces que decir , sino que somos peóres que bestias , pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma , y como la apocamos en cosas tan apocadas como son las de la tierra...

Mucho me alegra decirme que tenia dada órden para , si pudiese , venir de aquí á algunos años , y querria , si pudiese , no dejase allá sus hijos ; sino que juntemos acá y nos ayudemos , para juntarnos para siempre...

## V.

Carta al padre Gonzalo de Avila , de la compañía de Jesus y confesor de la santa.

Dias ha que no me he mortificado tanto como hoy con la letra de Vm. : porque no soy tan humilde , que quiera ser tenida por



tan soberbia, ni ha de querer Vm. mostrar su humildad tan á mi costa. Nunca letras de Vm. pensé romper de tan buena gana. Yo le digo que sabe bien mortificar, y darme á entender lo que soy, pues le parece á Vm. que puedo de mi enseñar. Dios me libre: no querria se me acordase. Ya veo que tengo la culpa, aunque no só si la tiene mas el deseo que tengo de ver á Vm. bueno: que de esta flaqueza puedo ser proceda tanta boberia como á Vm. digo; y del amor que le tengo, que me hace liablar con libertad, sin mirar lo que digo. Que aun despues quedé con escrúpulo de algunas cosas que traté con Vm.; y á no me quedar el de inobediencia, no respondiera á lo que Vm. manda, porque me haco liarta contradiccion: Dios lo reciba.

Una de las grandes faltas que tengo, es juzgar por mí en estas cosas de oracion; y así no tiene Vm. que hacer caso de lo que dijere, porque le dará Dios otro talento que á una mugercilla como yo...

## VI.

Carta que la santa escribe á su hermano Lorenzo de Cepeda.

En lo de dormir Vm. digo, y aun mando, que no sean menos do seis horas. Mire que es menester, los que hemos ya edad, llevar estos cuerpos, para que no derruequen el espiritu, que es terrible trabajo. No puede creer el disgusto que me da estos dias, que ni oso rezar ni leer, aunque estoy ya mejor: mas quedaré escarmentada. Yo se lo digo: y así haga lo que le mandan, que con eso cumple con Dios. ¿Qué bobo es! ¿Qué piensa que es esa oracion como la que á mi no me dejaba dormir? No tiene que ver; que harto mas hacia yo para dormir, que por estar despierta. Por cierto que me hace alabar harto á nuestro Señor las mercedes que le hace, y con los efectos que queda. Aquí verá cuan grande es, pues le deja con virtudes que no acabará de alcanzárilas con mucho ejercicio.

Mucha caridad me parece querer tomar los trabajos, y dar los regalos: y harta merced de Dios, que pueda aun pensar en hacerlo. Mas por otra parte es mucha boberia, y poca humildad, que piense él que podrá pasar con tener las virtudes que tiene Francisco de Salcedo, ó las que dió á Vm., sin oracion. Créame, y dejen hacer al Señor de la viña, que sabe lo que cada uno ha menester. Jamas le pedí trabajos interiores, aunque él me ha dado hartos y bien recios en esta vida. Mucho hace la condicion natural y los humores para estas aflicciones...

## VII.

Carta escrita en 1562 por la santa á uno de sus confesores.

En lo de la pobreza me parece me ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no quorría tener si no fuera de limosna : y así deseo en extremo estar donde no se coma de otra cosa. Paréceme á mí que estar adonde estoy, cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfeccion el voto ni el consejo de Cristo, como adonde no hay renta, que alguna vez faltará : y los bienes que con la verdadera pobreza se ganan, parécenme muchos, y no los quisiera perder...

Paréceme que tengo mucha mas piedad de los pobres que solia. Entiendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos : que si mirase á mi voluntad, les daria lo que traigo vestido. Ningun asco tengo de ellos aunque los trato y llegue á las manos : y esto veo es agora don de Dios, que aunque por amor dél hacia la limosna, piedad natural no la tenia. Bien conocida mejoría siento en esto:

En cosas que dicen de mi murmuracion (que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos) tambien me siento mejorada. No parece me hace casi impresion mas que á un bobo : y paréceme algunas veces tienen razón, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo esperiencia que gana mi alma mucho; antes me parece me hacen bien. Y ninguna enemistad me queda con ellos en llegándome la primera vez á la oracion...

Algunas cosas que en oracion he sido aconsejada, me han salido muy verdaderas. Así que, de parte de hacerme Dios merced, hállome muy mas mejorada de servirle, yo de mi parte harto mas ruin; porque el regalo he tenido mas que se ha ofrecido, aunque hartas veces me da harta pena. La penitencia, poca; la honra que me hacen, mucha; bien contra mi voluntad hartas veces...

Hasta agora, parecíame habia monester á otros, y tenia mas confianzas en ayudas del mundo. Agora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose á ellos no hay seguridad : que en habiendo algun peso de contradicciones ó murmuraciones, se quiebran. Y así tengo esperiencia, que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la cruz, y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero : y hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir á todo el mundo...

En muy grandes trabajos y persecuciones, y contradicciones que he tenido estos meses, hame dado Dios gran ánimo; y

cuando mayores mayor, sin cansarme en padecer. Y con las personas que decían mal de mí, no solo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo. No sé como era esto: bien dado de la mano del Señor. De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla. Agora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos, aun no entiendo si me huelgo: que pesar y placer, si no es en cosas de oracion, todo va templado, que parezco boba, y como tal ando algunos dias...

Peréceme que, aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría; ni veo como pudiese pensar que ninguna de estás virtudes es mia, porque ha poco que me vi sin ninguna muchos años; y agora de mi parte no hago mas de recibir mercedes, sin servir sino como la cosa mas sin provecho del mundo. Y así es, que considero algunas veces, como todos aprovechan sino yo, que para mí ninguna cosa valgo. Esto no es, cierto, humildad sino verdad; y conocerme tan sin provecho, me trae con temores algunas veces de pensar no sea engañada...

Vienen dias en que me acuerdo infinitas veces lo que dice San Pablo (aunque á buen seguro que no sea así en mí) que ni me pareco vivo yo, ni hablo, ni tengo querer; sino que está en mí quien me gobierna, y da fuerza, y ando como casi fuera de mí: y así me es grandísima pena la vida. Y la mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio, es, como siéndome tan penoso estar apartada dél, por su amor quiero vivir. Esto querria yo fueso en grandes persecuciones: ya que no soy para aprovechar, querria ser para sufrir...

(*Cartas.*)

## VIII.

Padre nuestro que estás en los cielos.

*Padre nuestro que estás en los cielos.* ; O Señor mio, cómo pareis padro de tal hijo, y cómo parece vuestro hijo, hijo de tal padro! Bendito seáis vos para siempre. No fuera al fin de la oracion esta merced, Señor, tan grande: en comenzando nos henchis las manos, y haceis tan gran merced, que seria harto bien henchirse el entendimiento para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh, qué bien vonia aquí, hijas, contemplacion perfecta! ¡Oh con cuánta razon entraria el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí misma á que le diese este Santo Hijo á entender qué cosa es el lugar donde dice que está su Padre, que es en los cielos!

Salgamos de la tierra, hijas mias; que tal merced como esta

no es razon se tenga en poco, quo despues que entendamos cuan grande es, no quedemos en la tierra.

Oh Hijo de Dios, y Señor mio, ¿cómo dais tanto junto á la primera palabra? ¿y á qué os humillais á vos con estremo tan grande, en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable? Como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que quereis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligaisle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á él como el hijo pródigo. Háenos de perdonar, háenos de consolar en nuestros trabajos, háenos de sustentar, como lo ha de hacer un tal padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en él no puede haber sino todo bien cumplido... Mirad que vuestro Padre está en el cielo; vos lo decís: es razon que mireis por su honra. Ya que estais vos ofrecido á ser deshonrado por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar mala gracia. ¡O buen Jesus! qué claro habeis mostrado ser una cosa con él! Y vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra. ¿Qué confesion tan clara, Señor mio, qué cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando, y encubriendo al demonio quo sois hijo de Dios, y con el gran deseo que teneis de nuestro bien, no se os pone cosa delante por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podia hacer, sino vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesus, que habeis hablado, como hijo regalado, por vos y por nosotros; y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que vos decís en la tierra...

Pues ¿paréceos, hijas, qué es buen maestro este? para aficionarnos á que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced. Pues, ¿paréceos agora que será razon que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazon con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo, que no procura saber quién es su padre, quando le tiene bueno, y de tanta magestad y señorío! Aun si no lo fuera, no mo espantara; no nos quisiéramos conocer por sus hijos: porque anda el mundo tal, que si el padre es mas bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plegue á Dios haya acuerdo de cosas destas (seria infierno); sino la que fuere mas, tome menos á su padre en la boca; todas han de ser iguales. ¡O colegio de Cristo! que tenia mas mando San Pedro, con ser un pescador (y lo quiso así el Señor) que San Bartolomé, que era hijo do rey. Sabia su magestad lo que habia de pasar en el mundo, sobre cual era de

mejor tierra : que no es otra cosa sino debatir, si era buena para adobes, ó para tapias...

(Camino de perfeccion.)

## FRAY DIEGO DE ESTELLA.

### I.

#### Exhortacion á la pobreza y á la virtud.

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dice el sabio. Vi todo lo que se hace debajo del sol, y todo era vanidad. Con razon este mundo en la Escritura es llamado hipócrita ; pues, teniendo buena apariencia, es de dentro lleno de corrupcion y vanidad. En estos bienes sensibles parece bueno ; siendo, segun verdad, lleno de falsedad y mentira.

No pongas en su amor fija el áncora de tu corazon. Las verdes cañas alegran la vista, y los ojos se deleitan en su frescura y muestra de fuera ; pero si las quiebras, hallarás dentro ser huecas y vanas. No te engañe el mundo, ni se coben tus ojos de esa ver-  
dura y hermosura que parece ; porque, cierto, si quieres considerar lo que debajo está escondido, hallarás que es todo vanidad. Si el mundo con el cuchillo de la verdad fuere abierto, seria visto ser falso y vano. Porque, cuanto hay en él, es pasado, presente, ó futuro. Lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es inestable y momentáneo. Vanidad es esperar en él ; y vanidad muy grande hacer caso de sus favores. Vanidad desear sus honras, y mayor vanidad amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios ; y vanidad es por cierto tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas humanas... Todo finalmente es vanidad, sino á solo Dios amar y servir. Breve y engañosa es toda la gloria deste mundo ; y vanos son los que se gozan en las riquezas, honras, y deleites desta vida, despues de las cuales cosas se siguen perpetuos lloros. Dichosos aquellos que dejaron todas las cosas por Cristo, y caminaron por el camino estrecho del cielo. Vano es el vivir, vanos son los bienes mundanos, vana la hermosura, y todo contentamiento desta vida... El santo rey David se llamó pobre y necesitado, no porque le faltasen honra y riquezas, sino porque entendia que era todo vanidad, y que le faltaba su Dios.

Bienaventurado aquel que del mundo es olvidado : este tal vivirá consolado, no habrá quion lo quite do sus espirituales ejerci-

cios, gozará de la suavidad y quietud del espíritu. Mas vale ser pobre que rico; mejor es ser pequeño que grande; y mejor es ser idiota y humilde, que letrado vano y soberbio. La ciencia y habilidades que Dios te dió para mas te obligar á le servir con mayor fervor y humildad, tomas por ocasion para ser mas relajado que los otros, y mas vano y arrogante.

Cuanto mejor sea ser pequeño que grande, el dia último lo demostrará. En aquel estrecho y riguroso juicio final, donde los libros de nuestras conciencias serán abiertos y leídos delante de todo el mundo, mas querremos haber amado á Dios que haber disputado muy altas y muy sutiles cuestiones. Mas valdrá la limpia conciencia, que haber predicado grandes y profundos sermones. No nos será preguntado por lo que dijimos, sino por lo que hicimos. Mas valdrá haber despreciado la vanidad del mundo, que seguir sus engañosos halagos y falsos prometimientos...

Pasan los dias de la vida sin los echar de ver, andando la muerte en el alcance. ¿Qué tienes de cuanto has hecho? En los amigos no hallaste amistad: en aquellos á quien hiciste bien, hallaste ingratitud: y en los hombres muchos engaños y cumplimientos. Pues mira como has perdido cuanto has hecho. Ese poco conocimiento de los hombres, y todas las cosas de que te quejas, to están diciendo: que á solo Dios debes amar y servir. Permite el Señor para tu provecho, que halles desagradecimiento en el mundo, porque te vuelvas á solo él... Si muy bien consideras la ingratitud de los hombres, y que gastaste lo mejor de tu vida en los contentar, llorarás por el tiempo pasado, y procurarás de servir á tu Criador en el tiempo por venir. Pluguiese á Dios que la cuenta que lanzas al cabo de tu vida sin poder recuperar los años pasados, que la echases en tu mocedad para que con tiempo comenzases á servir á Dios, y le dices los buenos años de tu vida... Lo invisible, que es eterno, con pocas ocasiones lo olvidamos; y por eso es menester abrir los ojos para que no nos perdamos en el camino, haciendo del desierto propia tierra...

## II.

### Exhortacion al desprecio del mundo.

Viles son las cosas del mundo, y dignas de ser estimadas en nada, pues las compara el Apóstol al muladar y estiércol. ¡O suma perversidad y ceguedad terrible de los hijos de Adán!... Menosprecia las riquezas, y serás rico; menosprecia la honra, y serás honrado; menosprecia las injurias, y alcanzarás victoria de tus enemigos; menosprecia el descanso, y poseerás perpetua holganza... El Señor dice: ninguno puede servir á dos señores.

Pues hemos de servir, mejor es servir al quo por nosotros so hizo siervo.

Para servir á Cristo, menester es tener por estiércol todo lo quo él quiso quo fuese reputado por tal. Aquellos quo comieron el pan de Jesucristo en el desierto, sentáronse on el suelo : no debian tener vestiduras preciosas, pues así las maltrataban. Era gente pobre y plebeya : y si en ellos hubo algunos ricos, despreciando la pompa y fausto mundano, humildemente se sentaron en el suelo.

Has de ser pobre, ó si eres rico, debes tener en poco estas riquezas quo posees, si quieres gozar dol delicado manjar de Jesucristo. Humillense los grandes, menosprecien los deleites y vanidades en que viven, y asiéntenso en el lugar postrero, si quieren sor de Dios apacentados. Para gozar de la dulce conversacion del Señor, requiéreso esta modestia del ánimo, que es, creer do tí que no eres digno do mas alto lugar quo la tierra humilde. Aquella obediencia has de tener á la voluntad de Dios, que si te mandare descender del trono real al polvo do la tierra, liberalmente obedezcas...

Gastamos esta breve vida en ganar un poco de estiércol, y un engaño manifesto, que nos dojará mañana. Sueño es fantástico y ongañoso, y de celebros turbados, el que duermen los varones do las riquezas ; y que cuando despertaron en la muerto, se hallarán vacíos, y su arrepentimiento sin provecho. Juntaseles la verdadera y sempitorna muerte tras el sueño desta vida : como á Sisara, que lo despertó Jael dol sueño que le causó el dulce beber de la leche, atravesando sus sienes con clavo pungitivo. Bebiendo los mundanos deleites deste siglo, son arrebatadamente punidos con muerte temporal y eterna, durmiendo en sus vanidades...

Deja esas vanidades en que vives ; menosprecia esto mundo ciego y malaventurado, y pasa por la angostura de las piedras, como hace la culebra, dejando la piel vieja de las malas costumbres, juntamente con las honras y riquezas deste mundo cautivo...

### III.

Al mismo asunto.

El fin do los que aman el mundo, dice San Pablo, es muerto y perdimiento. No echés mano de lo que el mundo te representa, porque luego se seguirá la verdad de sus engaños : los contentamientos que te envia, correos son de la muerto... Sé diligento en correr con el pensamiento al remate del pecado ; y teniendo lo

futuro como presente, aborrecerás los deleites y vanidades que el mundo te ofrece.

Nuestras vidas son como ríos, que corren al mar de la muerte : las aguas de los ríos son dulces, pero su fin es entrar en las amargas aguas del mar. Dulce es esta vida á sus amadores, mas será amarga euando llegare á la muerte. El paradero de los sabrosos aguas de los ríos es amargo, y el fin de la vida del hombre es acedia. Las vanidades que aman los mundanos, sin falta ninguna vienen á rematarse en tristezas y pesares : comienzan en bien, y acaban en mal : la entrada es alegre, y muy triste la salida. Si quieres pensar cuanto mas gaande es el tormento que el deleito, de grado renunciarás semejantes vanidades : no te verás caído en la culpa, ni en la tristeza que muerde tu conciencia. Breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta. No te eebes de las vanidades que el falso mundo te da; antes pon tus ojos en lo que han de parar. Dios dice : Convertiré vuestra fiesta en llanto, y vuestro gozo en lloro. La risa será mezclada de dolor; y los estremos del gozo ocupan las lágrimas...

Piensa en el fin sin fin, y vivirás para siempre sin fin : no mires á lo que ahora eres, sino á lo que has de ser : no mires á la hermosura presente, sino á la fealdad en que ha de venir á parar toda esa hermosura... Créeme, quo todo tu mal depende on no te acordar del fin del pecado, euando estás en los principios. Aun no has comenzado á probar sus bienes, cuando te está zahiriendo y dando on rostro con sus abominaciones.

Llorabá, y con mucha razon, el profeta Jeremias sobre Jerusalem, diciendo : Sus inmundicias están en sus piés, y no se acordó de su fin. En los piés, que era el último de los vicios, tenia sus inmundicias. El alma desatinada olvidóse del fin, y acordóse del principio. Teniendo ojos para ver la afeitada y compuesta cabeza, no ocupó la vista en la consideracion de los fines del mundo. La causa porque nuestro Redentor lloró sobre Jerusalem, era porque conocia los males que habian de venir sobre ella...

No pueda en tí mas el apetito que la razon : falso es todo parecer, que se recibe primero de la voluntad quo del entendimiento. Pues conoces euán amargos son los fines del mundo, no hagas caso de sus bienes; no pueda mas la codicia que lo que entiendes. Comunmente los hombres tienen mas cuenta con lo pasado, que con lo por venir. Tras el bien viene el mal; y á los mundanos contentamientos succeden amargos disgustos...

*(De la vanidad del mundo.)*



## FRAY LUIS DE LEON.

## I.

Máximas y pensamientos sacados de la Exposicion del libro de Job.

## 1.

Las cosas con que los malos mas se engrandecen, que son las injusticias y despojos ajenos, y los robos, y las tiranías, y el estilo profano y vicioso, les gastan las raíces en que so sustentan, y so las enflaquecen sin que ellos lo sientan. Porque para con Dios, los hacen mas dignos de ser derrocados; y para con los hombres, crián envidia en unos, y enemistades en otros: con que se multiplican los que los han de derrocar.

## 2.

*Malos* son los hipócritas puestos en gobierno y poder: porque con título de justicia, ejecutan su violencia; y llamándose gobernadores, destruyen; y profesándose guardas de la comunidad y su ley, negocian solo sus intereses.

## 3.

Como el tronido viene sin pensar, y estremece los corazones sonando, y cria en ellos pavor y maravilla de Dios, así la voz del evangelio, no pensada, luego que sonó, se pasaron las gontes... Y ver tanta virtud en una palabra tan simple, quo llegada al oído penetrase á lo secreto del alma, y entrada en ella, la desnudase de sí, y de sus mas asidos deseos, y la sacase del ser de la tierra, y le dieso espíritu, ingenio y semblantes divinos, y hollando sobre cuanto se precia, viese moradora del cielo, maravilló estrañamiento sin duda á los que la oyeron, puso á los que lo vieron en espanto grandísimo, crió admiración de Dios, y de contino la cria en los que la esperimentan en sí.

## 4.

La virtud no temo la luz; antes desea siempre venir á ella: porque es hija de ella, y criada para resplandecer y ser vista.

## 5.

Dos tiempos hay en que los hombres se arrogan mas autoridad de la que merecen, y procuran parecer mas y mejores de lo que son, dorando sus culpas: uno, cuando se ven muy estimados de todos, que por no caer de su opinion la ayudan con apariencias fingidas; otro, cuando los acusan otros y los menosprecian, que por volver por su honra no solo niegan y encubren lo mal hecho, mas se atribuyen lo bueno que nunca hicieron.

## 6.

Hay maldad, que por ley pertenece á juicio, esto es, de quier los jueces, segun lo establecido por derecho, conocen para condenarla á castigo. Porque, aunque todos los pecados son malos, la justicia de la ciudad no conoce de todos; sino de aquellos señaladamente que deshacen su unidad, y destruyen la paz comun, y se hacen con injuria de otros.

## 7.

Como por la corrupcion de nuestras costumbres se han hecho compraderas todas las cosas, parécete á quien tiene oro, que alli lo tiene todo, y que es fuerte, sabio, y discreto, y bien afortunado, y finalmente señor poderoso cualquiera que es señor del dinero: de que la altivez, y la presuncion, y desvanecimiento, y vana confianza, y engaño, comen de ordinario con los ricos y duermen. El cual es vicio necio, no solo por su ser instable del oro, sino por ser desleal y traidor: porque sin duda la posesion del tesoro no alléga amigos sino envidiosos, y no nos hace en la apariencia tan amados de algunos, cuanto en la verdad aborrecidos y malquistos de todos. Pues poner la esperanza de mi defensa en lo que de secreto me hago guerra, y llama gente contra mí, necesidad es muy conocida.

## 8.

Como al que en el campo y de noche el turbion le arrebatá, que ni ve persona que le ayudo, ni camino que lo guie, ni árbol do se esconda, ni suelo cierto adonde afirme su paso, y el trueno lo espanta, y la lluvia le traspasa, y la avenida le trabaça y anega envuelto en horror y desesperacion; así, cuando muero el malo, no ve sobre sí sino horror y tiniebla, todo lo que ve es espanto, y lo que imagina temor.

## 9.

Nuestro bien no solamente nace de Dios, sino que para hacerle nos asiste de diversas maneras, como á Job haciéndole presencia de sí, para remedio desta soledad y destierro: por donde decía bien, que *estaba el Abastado y Poderoso consigo*. Porquo, ciertamente, entonces está abastada el alma, y libre de toda mengua, entonces es reina, entonces es esposa, entonces es amiga dulcísima, y entonces señora de todo, y emperatriz sobre sí mas alta mucho que el cielo, de donde con desprecio mira el suelo sujeto á sus piés.

## 10.

Como cuando uno es goloso de algun manjar, ó halla particular gusto en algo que come, se detiene en ello, y lo endura, y lo encubre á los otros porque le quepa mas parte, y so saborea en él trayéndolo por el gusto para alargar el sabor, y finalmente lo traga; así el logrero, y el violento, y el que con artificios esquisitos y injustos trae á su casa lo agono, y se hace rico á sí haciendo pobres á muchos; luego que descubren, ó con su ingenio intentan la presa, luego que ven algun secreto interes, lo callan porque nadie lo entienda, y como manjar dulce lo dan á la boca, que lo encubre sobre la lengua, y lo encomienda á los dientes, y lo pasa con codicia al estómago.

## 11.

Perseguir á un miserable, y dar pena al que nada en ella, y al caido y al dolorido acrecentarle mas el dolor, es caso vilísimo y de corazones bajos, y villanos, y desnudos de toda humanidad y virtud... Dios nos libre de un necio tocado de religioso y con celo imprudente, que no hay enemigo peor.

## 12.

El golpe con que Dios derriba y despeña á los malos hace pasmo con su mucho ruido. *Dia* llama dellos la sagrada Escritura el de su calamidad y miseria; como en los buenos su día es cuando se descubriere su gloria, porque entonces sale á luz cada uno, y es sin error conocido. Como al reves, están en noche, el bueno mientras padece, y el malo mientras reina y florece, porque no se ve, ni puede entonces, lo que es cada uno.

## 13.

De los malos es y de los hipócritas que se les muera la luz. Y llámase luz la felicidad y lo próspero de los sucesos, porque hacen claro al hombre, así en los ojos ajenos que le reconocen y estiman, como en su sentido mismo, porque le esclarecen el corazón y le alegran. Y como la claridad despierta los hombres al hacer, y los encamina en sus obras, y los dispone para ellas, y los favorece, y aviva, y la noche, por el contrario, los entorpece y encoge; así los miserables y mal afortunados están como impedidos y aprisionados en todo, sin ejecutar sus designios, ni hallar salida en ellos. Y como la noche ata las manos, y deja al discurso del pensamiento mas libre, así la calamidad y miseria aviva el deseo y la imaginación de las cosas, y pone prisiones á las manos para no conseguirlas.

## 14.

Pecado gravísimo es el del hipócrita, que siendo malo hace significaciones de bueno con apariencias de religion y oración: preséntase á Dios religioso, y tiene al ánimo muy alejado de Dios; muéstrase por defuera siervo suyo, y aborrécele en el pecho; gotean las manos sangre inocente, y álzalas á él como limpias.

## 15.

Quien mucho se enoja, lo primero recoge la ira en sí, y advirtiéndolo y allegando las causas del enojo, pone leña á la cólera, que bien encendida bulle luego con amenazas, y regaña los dientes, y aguza los ojos, y los enclava en el que padece, y casi le traspasa con ellos, y le turba y le espanta. Como la ira embravece al corazón del enojado, así tambien le pone fiera la cara.

## 16.

Dos son los caminos principales para mitigar el dolor, ó la razón que les disminuye á los afligidos la causa, ó el sentir que tienen quien se conduela: que lo primero disminuye la pena, en cuanto deshace la causa della; y lo segundo repártela con otros, y así queda menos.

## 17.

Como acontece á aquellos que esgrimen, si acaso en ellos crece el enojo y les desfallece el brazo y el arte, que sin guardar

tiempo ni órden tiran y redoblan golpes á ciegas, así hacen los que, encendidos con la disputa, y cegándose con la tema y onjo, ni ven lo propio de su propósito por estar ciegos, ni pueden contenerse de hablar sin propósito por estar enojados y corajosos.

## 18.

Como suele acontecer muchas veces á la viña y á la oliva que comienza á florecer, que estando ellas como alegres desplegando al sol puro sus hojas, de improviso se levanta un violento aire, y turba el cielo, y envia una muchedumbre de piedra y granizo, que les derrueca al suelo toda aquella hermosura, quedando en un punto perdidas y pobres las que poco antes estaban frescas y hermosas; así acontece á los malos (impíos), que no creyendo otra vida, tienen por cierto que este deleite y mando y riqueza de que agora gozan, no se les trocará despues en miseria; mas presto ven la falsedad de su pensamiento, cuando *en dia no suyo serán acabados*, es decir, cuando estando mas para vivir, y confiando mas en su fuerza y poder, revolviendo Dios en un momento los tiempos, por un desastre no pensado perecen. Porque aquel dia no era *suyo*, esto es, no era de la muerte al parecer, ni dia que prometiese calamidad y desastre, sino muy al revés.

## 19.

En un pecho que no pone limite á sus deseos y antojos, un Perú ó un océano de oro que entre se desagua luego, y se consume y desaparece. Y debajo desta pena pública se entiende otra secreta, y tambien de pobreza de alma y de razon: porque, como crece el vigor del apetito desordenado, y segun que se va haciendo señor del hombre, así descrece y se amengua el uso de la razon, y su clara y limpia luz.

## 20.

Las razones malas y blasfemas de la boca salidas pregonan y condenan al malo: porque nunca nace la blasfemia sino de grandes acogidas de mala y viciosa vida... Y cuando calla la boca, sus ojos y el ardor de su rostro dan voces, y nos dicen su desesperada razon; porque lo que el corazon siente, y la lengua lo calla, lo vocea y pregonan el semblante corajoso y de soberbia lleno.

## II.

## Elogio del matrimonio.

De las sagradas letras sabemos que este estado es el primero y mas antiguo de todos los estados; y sabemos que es vivienda no inventada despues que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado, y fué condenada á la muerte, sino ordenada luego en el principio, cuando estaban los hombres enteros y bienaventuradamente perfectos en el paraíso. Ellas mismas nos enseñan, que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados y los bendijo, y fué juntamente, como si dijésemos, el casamentero y el sacerdote. Allí vemos que la primera verdad que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca, fué la aprobacion de este ayuntamiento, diciendo: *no es bueno que el hombre esté solo*. Y no solo en los libros del viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldicion, sino tambien en los del nuevo, en los cuales se aconseja y como apregona generalmente, y como á son de trompeta, la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores.

Cristo nuestro bien, con ser la flor de la virginidad, y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado á unas bodas, y se halla presente á ellas y come en ellas, y las santifica no solamente con la majestad de su presencia, sino con uno de sus primeros y señalados milagros. El mismo, habiéndose enflaquecido la ley conyugal, y como alojándose en cierta manera el estrecho nudo del matrimonio, y habiendo dado entrada los hombres á muchas cosas ajenas de la limpieza, y firmeza, y unidad que so debe, así que, habiéndose hecho el tomar un hombre muger poco mas que recibir una moza de servicio á soldada por el tiempo que bien le estuviese, el mismo Cristo, entre las principales partes de su doctrina, y entro las cosas para cuyo remedio habia sido enviado de su Padre, puso tambien el reparo deste vínculo santo, y así le restituyó en el antiguo y primero grado. Y lo que sobre todo es, hizo del casamiento que tratan los hombres entre sí, significacion y sacramento santísimo del lazo de amor con que él se ayunta á las almas: y quiso que la ley matrimonial del hombre con la muger fuese como retrato y imágen viva de la dulcísima y estrechísima que hay entre él y su Iglesia...

## III.

## Elogio de la costumbre de madrugar.

El madrugar es tan saludable, que la razon sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligacion de la casa, habia de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demas, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno, en que aquello á que nos obliga es lo mismo que mas conviene á nuestra naturaleza, y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que, no solo la casa, sino tambien la salud, pide á la buena muger que madrugue : porque cierto es, que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la orden que guarda la naturaleza para el bien y conservacion de los demas, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues ¿quién no ve que á aquella hora despierta el mundo todo junto, y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza, que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquivo y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, no rompiera tan presto el velo de las tinieblas que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol? ó si los sacara, no les diera tantas fuerzas para nos despertar? Porque, si nos despierta naturalmente la luz, no le cerrarian las ventanas tan diligentemente los que abrazan el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envia la luz, quiere sin duda que nos despierte : y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos.

Y no contradice á esto el uso de las personas que agora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del dia. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual ya por nuestros pecados, ó por sus pecados dellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en cosa digna de admiracion, que siendo estos señores en todo lo demas grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto solo se olvidan dél, y pierden por un vicioso dormir lo mas deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz, como viene despues de las tinieblas, y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra cosa, y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría : y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay, sino que suena

entonces mas dulcemente? y las flores y las yerbas y el campo todo despiden de sí un tesoro de olor. Y como, cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosa toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas, así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermocean y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas. Porque, no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos : porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo. Pues el frescor del aire de entonces templá con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazón; y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día.

Pero, si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor dellas, que aun del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho son poderosos para les hacer levantar; Vm., que es hija de la luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriere sus rayos el sol; y con pecho puro levante sus manos limpias al dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradecidas palabras su corazón...

*(La perfecta Casada.)*

#### FRAY DIEGO DE YEPES.

Vida de la santa madre Teresa de Jesus.

Glorioso es Dios en su magestad, y maravilloso en sus santos, y aunque en ellos se muestra su bondad y grandeza, no es para todos igual su amor y misericordia. Que, como en las casas de los reyes suele haber unos criados mas favorecidos, y en las de los padres unos hijos mas regalados que otros, así en la de Dios en esta edad y siglo postrero, fué con grandísima particularidad en gracias y dones aventajada á muchas la bienaventurada madre Teresa de Jesus, cuya vida, virtudes y milagros yo determino escribir...



Materia ciertamente admirable, por las cosas tan altas y divinas que nos ofrece; y no menos provechosa, por estar llena de vivos ejemplos y notable doctrina para los que desean seguir el camino de la santidad y virtud. En la cual me pareció tomar de atras la corriente, y tejer esta historia desde sus primeros principios, descubriendo primero los fines, que á nuestro corto entender, se puede conjeturar que Dios tuvo en formar en nuestros tiempos una santa tan grande; que con ser de carne y sangre, de tal manera vivió en ella el espíritu divino, que no se pueden mirar ni contar sus cosas, sino como verdaderamente celestiales, angélicas, y divinas.

Y como no puede dejar de causar admiracion ver en tiempos tan miserables, y en los siglos mas infelices de la Iglesia, nacer un nuevo y resplandeciente sol, así no puede quietarse la condicion humana, hasta averiguar (en cuanto á su flaqueza é ignorancia se le permite) qué fines tuvo Dios en dar á su Iglesia en nuestra era esta tan preciosa joya y tesoro. Que, como un hombre prudente y sabio no hace obras grandes sin grande consejo, y sin que tenga respeto á otros intentos grandes; así Dios, que es la misma discrecion y prudencia, en tanta grandeza como en esta santa mostró, no pudo carecer de grandes y levantados fines. Y aunque algunos lo scrán tanto, que no se dejen tocar de nuestra pequeñez y bajeza, pero otros se descubren mas de cerca, para nuestro provecho, y su gloria...

No es de menor consideracion el haber Dios descubierto en esta edad un tan grande espectáculo de santidad, en el cual se muestran cosas tan prodigiosas y raras; y no solo de admirables virtudes y obras maravillosas, sino de extraordinarias revelaciones, visiones, arrobamientos, hablas, y trato con Dios: para que cuando el mundo, por su poca fe, ó por los muchos engaños que cada dia experimentaba de alguna gente engañosa y fingida, miraba desde lejos las revelaciones, visiones, arrobamientos, y otros dones y virtudes de los santos, pareciéndole que todo aquello habia cesado, vea delante de sus ojos, que no es menos poderosa ahora que entonces la mano del Señor; y que, si la hipocresía se ha cubierto con la capa de la virtud, procurando fingirse cual ella, no por eso se ha de dar menos crédito á lo que es virtud y obra de Dios, aunque venga debajo de la flaqueza de una muger.

Gran desventura ha sido la de estos tiempos, grandes los embustes y tramas que el demonio y la hipocresía han inventado, dañando, no solo á los autores de estos engaños, sino tambien desacreditando á la virtud. Porque es tal la condicion del vulgo y gente ignorante, que sin discrecion alguna hace reglas de casos particulares para sentir mal de la virtud: y para ver la verdad, no

se aprovecha de los muchos ejemplos que hay en la Iglesia, antes toma ocasion de una caida para escurecerla si pudiese. Y verdaderamente mas fruto saca el demonio de este comun sentimiento y concepto que las caidas causan en los ignorantes, que de los mismos que en ellas fueron engañadores ó engañados; porque, por aquí la virtud queda sin valedores, y apenas hay quien en público la mire ó vuelva por ella; y así se arrincona, y da franca la entrada á mil angañosas opiniones y vicios. . . . .

Teresa es lo mismo que *Tharasia*, nombre antiguo de mugeres, y griego, que quiere decir milagrosa. Y ciertamente tal nombre cuadraba bien á la que habia de ser un prodigio de naturaleza, una estrella milagrosa de la gracia, y un espectáculo de santidad y perfeccion al mundo. Que no lo es pequeño, que una muger flaca haya emprendido hazañas mas que de varones; y á la que tocaba por ser muger, ser ignorante y ruda, haya sido maestra y doctora de la filosofía mas alta, y mas escondidos secretos de la contemplacion.

Como nacia la bienaventurada madre Teresa de Jesus para traer muchos á la virtud, y ser ejemplo y dechado de muchos, tomó Dios de atras la corriente; para levantar edificio tan alto, fabricóle desde las primeras piedras. Así le dió un natural hábil y conveniente para este propósito: generoso, y no soberbio; amoroso, y no pegajoso; apacible, agradecido, y agradable á todos; lleno de una discrecion tan admirable, que cuando se descubrió con la edad, atraia y cautivaba cuantos corazones trataba...

El buen parecer de su persona, y discrecion de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condicion, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de mas y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debia á si misma, quedaban como presos y cautivos de su trato. Pues en estos naturales, como en tierra fértil yazonada, prendió luego con firmes y hondas raices la gracia que recibió en el bautismo: de manera, que en los primeros años de su niñez, dió claras muestras de lo que despues pareció en ella; y dió en su tiempo el fruto de lo que al principio Dios habia plantado en su alma.

Inclinábase desde los primeros años de su niñez á cosas mayores, no siendo sus ejercicios miñerías, como ni menos lo eran sus pensamientos... Apetecia soledad y silencio; y en la manera que aquellos años sufrían, despreciando lo temporal aspiraba á lo eterno; y lo que es de maravillar, antes aun de comenzar á gozar de la vida, deseaba ya padecer muerte por Cristo. Encendíase su corazon leyendo los martirios de los santos; y pareciéndole que erau mucho menores sus trabajos que el premio que gozaban,

deseaba ella morir así por ganar lo que ellos habian alcanzado. Y con esta orden y deseo, con mas esfuerzo y generosidad que su edad pedia, comenzó á tratarlo luego con su hermano, que era casi de sus mismos años, cómo podrian poner por obra tan dichosos deseos... Estos fueron sus deseos, y debieron de ser bien de veras, pues todos los vió cumplidos : porque, aunque no fué mártir de sangre y cuchillo, fuélo de espíritu, y los trabajos labraron en ella la corona que en otros labra la espada...

Por este medio el espíritu de Dios, que en su corazon se escondia, aprovechándose de la oracion, comenzó á desnudarla, y abrirlle los ojos, y á resucitar en ella aquellos buenos y primeros deseos. Iba de dia en dia, con las palabras santas de esta religiosa, el buen espíritu echando raices en su alma ; y el que antes estaba como caido y rendido, ya se levantaba y reinaba en su corazon, y hacia rostro y guerra á lo que el sentido y la vida seglar pedia ; y la hacia concebir en sí deseos de abrazar el estado de vida religiosa.

Con esta determinacion sentia dentro de sí una reñida y sangrienta pelea ; porque el espíritu le pedia ser monja, y la llamaba y estimulaba á renunciar todas las cosas del mundo, poniendo delante los muchos lazos y peligros de ellas ; y el sentido le contradecia y apartaba de esto. Decíale que en la vida de los casados serviria muy bien á Dios, y representábale muchas comodidades en ella : y así pelcaban en su pecho, como en estacada, estos guerreros. Pero con los buenos ejemplos que delante tenia, y con la gran fuerza del espíritu, prevalecian mas los buenos deseos ; y así trató muy de veras consigo misma de mudar la vida, y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto mas cierto y mas seguro que hasta allí, y destejer la tela que habia tejido la vanidad y engaños del mundo... . . . . .

Aunque todos los caminos de Dios son seguros, pero no son unos mesmos para los que lleva y encamina sus santos. De ordinario suelen ser los principios de grandes llantos, grandes rigores y penitencias ; y por aquí sabemos ha caminado el mayor número de los que ahora reinan en el ciclo. Porque el castigar el cuerpo, es necesario para sujetarlo al espíritu, para satisfacer por los pecados, para conservar y acrecentar la gracia, y para alcanzar de Dios lo que pedimos : y es cierto que el que por esta puerta no entra, no va por el camino real por donde los santos han caminado, que es el mal tratamiento y odio de su propia carne.

Pero otras veces el Señor toma la mano, y como mas experimentado y entendido maestro, labra con mejores labores las piedras que ha de ascantar en el edificio de su Iglesia, y en la

ciudad celestial de Jerusalem : estas suelen ser dolores y enfermedades corporales, que cuando son gaves y los dolores agudos, y se reciben de parte del enfermo con resignacion y paciencia, es la mayor penalidad que hay, y un gran medio para grangear un alma, y aventajarla en la perfeccion y merecimiento : que al fin, como en la penitencia hay algo de nuestra voluntad y accion, parece que se entremete no sé qué deleite y gusto. Acá todo es padecer, no lo que queremos, sino lo que nos envian; y como Dios sabe bien nuestros gustos, hiere en las coyunturas donde mas duele... . . . . .

Entre otras virtudes, singularmente se vió en ella siempre un ánimo real, generoso, invencible, y cuerdamente atrevido para emprender cosas grandes, arduas, y al parecer de muchos, imposibles...

De su grandeza de ánimo le venia el no tener vanagloria de las obras heróicas y grandes que hacia : porque como las miraba todas con aquella generosidad y grandeza de ánimo, y con aquellos deseos tan encendidos y tan grandes de hacer algo por Dios, solo veia de sus obras las faltas, que á su parecer ponía ella de su parte.

Todo lo que era menos que Dios no cabia en su ánimo : despreciaba las honras, hollaba el oro y los deleites, y no hacia caso de los dichos vanos de los hombres; y con una igualdad de ánimo, mayor que la que los estóicos imaginaron, hacia cara á todos los sucesos y fortuna de esta vida. Y como en otra region y hemisferio de esta mortalidad, no le llegaban ni tocaban las adversidades ni prosperidades de ella, porque ni el miedo la atemorizaba, ni la aficion, por buena que fuese, la inquietaba, ni la alegría ni tristeza jamas, despues que llegó á este estado, la sacaban de sus quicios y paso ordinario.

Jamas la vieron llorar por caso alguno, ni decir palabras de afliccion, ó hacer otras demostraciones de dolor propias de las mugeres, y no ajenas de hombres afligidos. Y como ella escribe, la habia llegado el Señor á tal punto de tranquilidad y igualdad de ánimo, que ni el placer, ni el pesar, ni el gozo, ni la pena, no parecen hallaba cabida en su ánimo.

La virtud de la fortaleza tiene dos partes. La una es el acometer con cuerda osadia y con generosidad de ánimo las dificultades y peligros que se ofrecen. La otra es, esperar con paciencia los golpes de los contrarios, que necesariamente se han de ofrecer en el camino de la virtud, principalmente en la ejecucion de cosas arduas y grandes.

Estas dos partes son como dos brazos en los cuales esta virtud trae sus armas ofensivas y defensivas. Al uno arma con la espada

para acometer, al otro con el escudo para esperar y recibir los encuentros de sus enemigos. Esta tiene por nombre paciencia. Este escudo abrazó la bienaventurada madre Teresa de Jesus desde sus primeros años; y en él puso una divisa, la mas gloriosa que jamas capitán y emperador, por esforzado y animoso que fuese, pensó ni se atrevió á imaginar, que fué : *ó morir, ó padecer*.

Esta era su continuo pensamiento, este su deseo, y este el único consuelo que tenia en esta vida, y con que acallaba y detenía los grandes ímpetus y deseos que tenia de morir por ver á Dios. El padecer le hacia agradable vida tan enojosa, y peregrinacion tan larga y prolija, y segura navegacion tan peligrosa. Por él (como otro san Pablo) sufria, y deseaba el ser privada por el tiempo que la vida durase, de la clara vista y abrazos dulces de su esposo Jesucristo... No solo no la cansaban las tribulaciones y trabajos, sino antes le eran particular alivio y regalo; y lo que otros tienen por pena ó castigo, lo tenia ella por deleite y premio de sus trabajos.

#### FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE.

##### Tratado de la conversion de la gloriosa Maria Magdalena.

Cuando el gran monarca y padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor de donde nace todo el bien á las criaturas, para hacerlas bienaventuradas á cada una en su tanto; viendo que fuera dél no podia haber felicidad alguna, determinó de hacerse fin de todas ellas, y que así como nacen de Dios, así tambien fuesen á parar en Dios; y hasta llegar á este punto, ninguna de todas ellas tuviese perfeccion, y por el mismo caso, ni reposo ni bienaventuranza...

La figura esférica ó circular es tenuta en geometría por la mas perfecta, porque acaba en el punto donde comenzó : y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capitulo del Apocalipsi. Para alcanzar este fin dió Dios el cargo al amor, el cual como gran artífice, poniendo las manos en la obra, y mirando las criaturas que Dios habia criado, vió entre ellas dos que eran las mas nobles y escelentes : la una era espiritual del todo, y la otra metalada, que es el hombre. Las primeras són los espíritus angélicos de todas las bienaventuradas hierarquías; los cuales habia Dios criado para pages de su casa. Las segundas son los hombres, para que despues de una larga guerra de dias y años vividos en Dios, recibiesen el triunfo y corona entre los ángeles en la

gloria. Vió tambien que así los ángeles como los hombres tenían dos piezas de gran valor, por donde él podia salir con lo que so le habia encomendado, quo son, entendimiento y voluntad. Por el entendimiento conocemos : por la voluntad amamos. El amor está en duda por cual destos caminos guiará este negocio; y halla por su cuenta, que si por el entendimiento lo lleva, no sale con lo que pretendo. Porque esta es la diferencia que hay, entre otras, entre estas dos potencias : quo la voluntad es potencia unitiva, esto es, que hace unos al amante con el amado, lo cual no tieno el entendimiento. Esto hace la voluntad saliendo fuera de si, y pasando á lo que ama; y dejando su propio ser, toma el del amado. El entendimiento ejercita sus actos, recibiendo dentro de si las especies ó semejanzas de lo que ha de entender, y ajustándolo á su talle. De aquí es, que las cosas que valen mas que nosotros, mejor es entendellas que amallas, porque con amallas nos hacemos de mas bajo ser, pues cobramos el quo tienen, y perdemos el nuestro; y entendiéndolas, las mejoramos. Por esto dijo el glorioso padre san Agustin : Si tierra amas, tierra eres : si cielo amas, cielo eres; y si á Dios amas, Dios eres. Conforme á lo que dijo el Apóstol : El que se une con el Señor, hácese una cosa con él, y vivo una vida misma y del mismo espíritu : así como vuestro brazo vive la misma vida de vuestro cuerpo, porquo lo vivifica el mismo espíritu que á vuestro cuerpo...

Volviendo, pues, á nuestro propósito, quédese el entendimiento, dice el amor; pues por él no puedo yo unir las criaturas con su fin, que es Dios; y afiérrese y apodérase de la voluntad. Y porquo ninguna cosa puede amarse sin que preceda primero el conocella, porque la voluntad, aunquo es señora, empero es ciega, y el entendimiento es su gomezillo y page que la adiestra, y así el conocimiento ha de proceder al amor; por esto el amor representa el fin, que es Dios, á los espíritus celestiales, quo vueltos á mirar aquella fuente de amor dulcísimo, arden con un sabroso fuego. Adonde ¿quién podrá decir lo menos de lo que gozan? Están rendidos á aquella divina, pura, antiquísima hermosura de Dios. Lléalos el amor enlazados y presos de un dulce y libre lazo de amor, para que tornen á la fuente y principio donde salieron. Y como ven aquel sol de infinita belleza, amanto eterno de sí mismo, vanse aquellas mentes angélicas, atónitas, enagenadas de sí, libres sin libertad, presas sin prision, como las mariposas á la llama. Allí se encienden, y no so queman; arden, y no so consumen; apúranse, y no se gastan.

¡O sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¿Quién podrá decir lo que sienten los que te gozan? ¡O ricas moradas de la celestial Hierusalén, adondo no se sabe qué cosa es noche, porque el cordero es tu sol, que jamas se traspone!

¡Qué hermosas son, Señor, vuestras moradas! ¡Qué dignas de ser amadas y deseadas de todos! Desmaya, Señor, mi alma con el deseo de verme en ellas. Mi corazón y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente con acordarse de mi Dios, que como el corazón sea su principal asiento, y el cuerpo se gobierne por el corazón, al alegrarse el alma, el corazón no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate el alegría por el cuerpo. No queda potencia en mi alma, ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria... ¡O pueblo! ó alma! que deseais la casa de Dios, ensanchad ese deseo, abrid ese corazón: que casa rica tiene Dios para henchiros de bienes; y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas, ni con el espacioso mar oceánico, ni confina con reinos extraños! ¡O casa, ó ciudad, donde todos aman! adonde el amor jamás tiene fin, porque el amado Dios caroce de fin!

Y como el amor es infinito, la hermosura es de otro linage; la belleza ante toda belleza, es flor y fuerza de toda hermosura, principio y fin de toda belleza, que hermosa todo aquello de quien es principio. De aquí descende el amor á mezclarse entre los espíritus bienaventurados, y anda de pecho en pecho tomando la posesion de todos ellos, y hace que se amen unos á otros: y no pueden dejar de amarse, porque así como muchas piedras preciosas puestas al rayo del sol, cada una representa otro sol, que deslumbra poco menos que el del cielo, así en cada serafín y en los demás espíritus bienaventurados, heridos y rayados con aquella inmensa fuerza del amado eterno Dios, se parece otra fragua de amor divino, y cada uno parece un Dios, digno de ser amado. Por esto mirándose unos á otros, y viendo en cada uno aquel Dios que tan dulcemente aman, no pueden dejar de amarse entre sí. ¡O ciudad enamorada, quién se viese en ti!

Es el amor un círculo bueno, que perpetuamente se revuelve del bien al bien. Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues naciendo del bien, vuelve otra vez á parar en el mismo bien donde nació: porque el mismo Dios es aquel cuya hermosura desean todas las criaturas, y en cuya posesion hallan su descanso. La razón desto es, porque lo que nace de la hermosura de Dios se dice amor: que imposible es que aquella infinita belleza no cause amor. Cuando viene á nosotros, enciende el apetito, y llámase deseo. Cuando, sacando el alma de sí, la arrebatada, y la lleva y une con Dios, se llama deleite: de suerte, que todo el círculo consta de amor en la hermosura de Dios, de deseo en nuestro apetito, y de deleite en la union divina: y cuando decimos *amor*, todas estas tres cosas encerramos en su nombre.

Por esto se llama perfectísimo, porque por sí solo encierra los efectos de todas las virtudes y los frutos dellas; y sin él ninguna merece el nombre de virtud. Sino, preguntaselo á aquel gran amador san Pablo, que dice: Quiero enseñaros un camino mas cierto, y un atajo mas alto, por donde podais llegar mas presto á la cumbre de la perfeccion cristiana. ¿Cuál es? Es el atajo del amor. Porque si yo tuviese mas suelta lengua que los ángeles del cielo, y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la torre de Babilonia, y fuese mas mi facundia y destreza en hablarlos que la de Tulio en latin, y Platon y Demóstenes en griego; si con esto me falta amor, seré un bacin de barbero, ó campana que retiñe en el aire. Mas os digo: que si me diera Dios cuanto de profeta dió á Moisen y á David, y á todos los santos profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad, y toda la ciencia que saben los querubines, y tuviera tanta fé, que mandara arrancar los montes de su asiento, y lo hiciesen así; si con todas estas grandezas me falta el amor, no soy nada. Poco digo: si fuese mas rico que Creso, y mas liberal que Alejandro, y en hacer hospitales, y edificar iglesias, y en casar huérfanas, y mantener pobres, gastase toda mi riqueza, y cuanta tienen los emperadores de Roma y los reyes del Perú y toda la India: y mas, que es pcco esto, si me hiciesen mas martirios que á todos los mártires juntos, que me apedreasen como á san Estéban, me asasen como á san Lorenzo, me aspasen como á san Andres y me desollasen como á san Bartolomé; si me falta el amor, nada me aprovecha.

Pues, volved agora á mirar lo que hace el amor, y como él solo es toda virtud, y escluye por sí todo mal. Añade el Apóstol: « El amor no es envidioso, no es hinchado, ni entonado y altivo; no es ambicioso, no es enojadizo; jamas piensa mal, no le dan contento los dobleces y malicias de los malos. » Veis aquí como escluye: pues mirad agora como encierra todo bien. « La caridad y amor, sigue el Apóstol, es sufrido, es benigno, huélgase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo lleva bien. » He aquí como encierra en sí todas las virtudes: si uno ama, cree á quien ama, fíale las cosas de precio, perdónale los yerros de buena gana, no le envidia los buenos sucesos, no le roba la hacienda, no le quita la honra. Dadme que ame, que yo os daré que cumpla todo cuanto dico san Pablo. Y así no halló el sabio con quien igualarlo, sino con la muerte. El amor es fuerte como la muerte, y aun mucho mas, pues venció á la muerte: que por amar tanto el Señor á María resucitó á Lázaro.

¡O amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! Eres lo mas fuerte: pues no vences ejércitos armados, no sujetas



reinos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes; mas rindes los corazones humanos, no con hierro y mano armada, mas con dulzura, con regalo, con suavidad, con blandura. Eres, ó amor, lo mejor del cielo y de la tierra, y lo mejor que Dios puede dar. Pida sabiduría el necio, pídate honra el ambicioso soberbio, pida hacienda el avariento cruel, pídate deleites el hombre sensual; que yo, Señor, tu amor te pido. No quiero, Señor, á tus cosas, sino á ti, dice san Agustín : si tu amor me niegas, á ti me niegas; y si tu amor me das, á ti me das. Todas las otras cosas que tienes, comunes son á buenos y á malos : pero tu amor solo es para los buenos, solo para tus amigos : con el amor lo tengo todo; sin el amor no tengo nada... . . . . .

Estan corta la carrera de los años deste animalejo del hombre, que apenas la comienza, cuando ya se halla al cabo della : pues parece que nacer y morir, entrambos llegan juntos. Y aun esto seria tolerable, si ya que los dias son cortos y pocos, á lo menos fuesen descansados : mas son mas los desastres que en ellos nos suceden que las horas que vivimos. ¿Qué de persecuciones de enemigos ? qué de fingimientos de amigos ? qué de muertes de deudos ? qué de afrontas ? qué de contingencias de la honra ? qué de enfermedades del cuerpo ? qué de congojas del alma ? qué de recelos de malos sucesos ? qué de peligros de caminos ? Y finalmente, qué de miedos, temores, asombros, espantos, tristezas, lágrimas, caídas, y reveses de fortuna que experimentamos en la tragedia de la vida, que aunque para vivir es muy corta, para padecer es muy larga ? Al fin es la vida del hombre tan llena de trabajos y miserias, que lo menos que hay en ella es el serlo, y mejor se llama larga muerte que breve vida : cuyas experiencias nos desengañan y muestran que estos que llamamos largos años son para ver largos trabajos, y que los cuerpos ancianos son una materia de anatomías de fortuna, donde hace las pruebas de lo mucho que un cuerpo y corazon humano puede sufrir.

Y así, es merced que le hace á quien ataja la corriente de las desventuras, que en la vejez suele descargar sin duelo y á manos llenas... ¿Hay vidrio mas frágil, mas deleznable anguilla, ni mas quebradizo hielo, que este gusanillo ? Hoy está fresco y sano, y mañana en la sepultura... Y no corre ni va en posta, sino que huye y vuela la vida de los hombres : vase, y se desvanece como sombra. Vemos á la puesta del sol las sombras de los montes tendidas por los llanos, y las de los árboles larguísimas, y así aun las de cada matilla, que parece que son de algunos altísimos cedros : y si volvemos á mirar quién hace tan larga sombra, veremos que es un tomillo ó un romero ; y luego dentro de un momento desaparece y se acaba, y no sabéis qué se hizo. Así, ni

mas ni menos, veréis un hombre levantado sobre las estrellas, y empinado en la privanza de los reyes, lleno de oficios, de cargos, y mando y señorío, y que á su sombra viven muchos pretendientes, que esperan que les dé la mano para subir adonde él está; y si volveis á ver cuya es tan larga sombra, hallaréis que es de un hombrecillo, que ayer de bajo no se via entre el polvo; y cuando mas encumbrado, entonces se desvanece mas presto, y en un punto so os va de los ojos... Pues desta manera huyen nuestros breves y cansados dias...

## SAN JUAN DE LA CRUZ.

### I.

#### Invocacion á Dios.

¡O Dios mio, dulzura y alegría de mi corazon! mirad como mi alma pretende por vuestro amor ocuparse en estas máximas de amor y de luz. Porque, aunque tengo palabras, virtud no ni obras, que son las que os agradan mas que los términos y la noticia de ellos. Sin embargo, puede ser, Señor, que los demas, movidos por este medio á servir y amaros, sacarán frutos donde yo hago mas faltas; y tendré algun consuelo de quo pueda ser causa ú ocasion que halleis en los otros lo que en mí no hay.

Amas tú, Señor mio, la discrecion, amas la luz, amas el amor sobre todas las demas operaciones del ánima: y así estas sentencias y máximas darán discrecion al caminante, le alumbrarán en su camino, y le proveerán de motivos de amor para su viaje. Apártese, pues, de aquí la retórica del mundo, quédonse lejos las parlerías, y elocuencia seca de la humana sabiduría, flaca y engañosa, que nunca habeis aprobado. Hablemos palabras al corazon, bañadas en dulzor y amor, de que tú bien gustas. En esto, Dios mio, tomaréis sin duda gusto, y puedo ser que por este medio quiteis los obstáculos y las piedras del tropiezo de muchas almas que caen por ignorancia y que por falta de luz se apartan de la senda verdadera, aunque creen andar por ella; y de seguir en todo las pisadas de tu dulcísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y hacerse semejante á él en vida, condicion y virtudes, segun la regla de la desnudez y pobreza de espíritu. Mas vos, oh Padre do inisericordia, concédenos esta gracia; porque sin vos no haremos nada, Señor.

(Avisos y sentencias espirituales.)

## II.

**Carta escrita desde Granada en 22 de noviembre de 1587 á las religiosas del nuevó convento de Veas.**

Jesus y Maria sean en sus almas, hijas mias en Cristo. Mucho me consolé con su carta : págueselo nuestro Señor. El no haber escrito no ha sido falta de voluntad, porque de veras deseo su gran bion; sino parecerme que harto está ya dicho para obrar lo que importa, y que lo que falta, si algo falta, no es el escribir ó el hablar, que esto antes ordinariamente sobra, sino el callar y obrar. Porque, demas de esto, el hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu : y así, luego que la persona sabe lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no ha menester oir ni hablar mas; sino obrarlo de veras con silencio y cuidado, en humildad y caridad y desprecio de sí; y no andar luego á buscar nuevas cosas, que no sirve sino de satisfacer el apetito en lo do fuera, y aun sin poderlo satisfacer, y dejar el apetito flaco y vacío, sin virtud interior. Y de aquí es que ni lo primero ni lo postrero aprovecha, como el que come sobre lo indigesto, que porque el calor natural se reparte en lo uno y en lo otro, no tiene fuerza para todo convertirlo en sustancia, y engéndrase enfermedad. Mucho es menester, hijas mias, saber hurtar el cuerpo del espíritu al demonio y á nuestra sensualidad; porque si no, sin entender, nos hallarémos muy desaprovechados, y muy ajenos de las virtudes de Cristo, y despues amanecerémos con nuestro trabajo y obra hecha al reves; y pensando que llevamos la lámpara encendida, parecerá muerta, porque los soplos que, á nuestro parecer, dábamos para encenderla, quizá era mas para apagarla. Digo, pues, que para que esto no sea, y para guardar el espíritu, no hay mejor remedio que padecer, y hacer, y cerrar los sentidos con uso é inclinacion de soledad, y olvido do toda criatura; y de todos los acatamientos, aunque se hunda el mundo. Nunca por bueno ni malo, dejar do quietar su corazon con entrañas de amor, para padecer en todas las cosas que se ofrecieren. Porque la perfeccion es de tan alto momento, y el deíto del espíritu de tan rico precio, que aun todo esto quiera Dios que baste : porque es imposible ir aprovechando, sino es haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio. Esto ho entendido, hijas, « quo el alma que presto advierte en hablar y tratar, muy poco advertida está en Dios; porque, cuando lo está, luego con fuerza la tiran de dentro á callar y huir de qualquiera conversacion; porque mas quiere Dios que el alma se goce con él que con otra alguna criatura, por mas avon-

tajada que sea y por mas al caso que le haga. » En las oraciones de vuestras caridades me encomiendo; y tengan por cierto que, con ser mi caridad tan poca, está tan recogida hácia allá, que no me olvido de á quien tanto debo en el Señor; el cual sea con todos nosotros. Amen.

### III.

Carta escrita desde Segovia en 28 de julio de 1589 á la priora del convento de carmelitas descalzas de Córdoba, recién fundado.

Jesús sea en su alma. Obligadas están á responder al Señor, conforme al aplauso con que ahí las han recibido, que cierto que me he consolado de ver la relacion; y qué hayan entrado en casas tan pobres y con tantos calores ha sido ordenacion de Dios, porque hagan alguna edificacion y dén á entender lo que profesan, que es á Cristo desnudamente, para que las que se movieren sepan con qué espíritu han de venir. Ahí le envío todas las licencias; miren mucho lo que reciben al principio, porque conforme á eso será lo demás; y miren que conserven el espíritu de pobreza y desprecio de todo; si no, sepan que caerán en mil necesidades espirituales y temporales, queriéndose contentar con solo Dios; y sepan que no tendrán ni sentirán mas necesidades que á las que quisieren sujetar el corazon; porque el pobre de espíritu en las menguas está mas contento y alegre, porque ha puesto su todo en no nada y nada; y así, halla en todo anchura. Dichosa nada y dichoso escondrijo de corazon, que tiene tanto valor, que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí, y perdiendo cuidados por poder arder mas en amor. A todas las hermanas de mi parte salud en el Señor; digales que, pues nuestro Señor las ha tomado por primeras piedras, que miren cuales deben ser, pues como en mas fuertes han de fundar las otras; que se aprovechen de este primer espíritu que da Dios en estos principios para tomar muy de nuevo el camino de perfeccion en toda humildad y desasimiento de dentro y de fuera, no con ánimo aniñado, mas con voluntad robusta, segun la mortificacion y penitencia; queriendo que les cueste algo este Cristo, y no siendo como las que buscan su acomodamiento y consuelo ó en Dios ó fuera de él, sino el padecer en Dios ó fuera de él por el silencio y esperanza y amorosa memoria. Diga á Gabriela esto y á las hijas de Málaga, que á las demás escribo. Déle Dios su gracia. Amen.

(*Cartas espirituales.*)

## FRAY FERNANDO DE ZÁRATE.

## De las excelencias y prerogativas de la paciencia.

Una de las mayores escelencias desta soberana y celestial virtud, es que solo ella es el toque de hombre virtuoso y siervo de Dios, y del que se puede llamar devoto y buen cristiano; de suerte, que aunque un hombre, de sí ó de otro, tenga las prendas que quisiere, no se puede prometer ni asegurar que es sufrido... Una de las mayores y mas ciertas señales, es la paciencia en las adversidades y trabajos: porque, aunque un hombre sea ayunador, rezador, linosnero, recogido, compuesto y mortificado, todas estas cosas juntas no hacen tanta fé de la virtud del alma como la paciencia en un trabajo.

Decia Moisen al pueblo: Hate Dios traído por el desierto cuarenta años, para alligirte, tentarte, y probarte, para descubrir todo lo que hay en el secreto de tu corazon, y si guardabas su ley ó no. Así se prueba la espada cuando la doblan, juntando la punta con la guarnicion, si luego torna á la primera derecha; si no, no vale nada. Así se prueba el oro en el fuego, y el mesmo fuego con el viento: que el pequeño con un soplo se apaga, y el grande con mucho viento se sustenta y esfuerza mas. Así se prueban en el horno los vasos de barro; que el malo se quiebra, y el bueno se esfuerza. Y á esto compara el sabio la tribulacion, diciendo: Los vasos del ollero el fuego los prueba; pero á los hombres justos, cuáles son, sola la tentacion de la tribulacion. Y de aquí es lo que san Pablo dice: Yo me glorio y me recreo con las tribulaciones, porque la tribulacion es causa de paciencia, y esta es prueba del buen cristiano; y la prueba ó provocacion es causa de la esperanza, y tal esperanza, que no deja burlados ni avergonzados.

El ayuno, la pobreza de vestidos, la mortificacion, la oracion, la limosna, la disciplina, buenas obras son, y señales de hombre virtuoso y buen cristiano; pero no son tan ciertas, como cuando alega el sufrimiento en las injurias y trabajos, que no puede falsarse tan fácilmente como esotras obras, y muchas veces se halla quien fácilmente y con liberalidad las obra; y estos, llegados al padecer, descubren el pelo que estaba escondido en el corazon... Acaece hablar algun hombre santas palabras y espirituales razones, mostrar profunda humildad y mortificacion, pobreza de espíritu, y ardentissima caridad; y en tocándole, por poco que sea, en la honra, ó hacienda, ó contento, ó persona, dejar aquellas muestras de espíritu, y convertirse súbitamente á palabras colé-

ricas, furiosas, y impacientes : argumento que lo demas era positivo, fingido, y estudiado; y esto lo natural, y ordinario, y asentado en su corazon : de manera que aquel pequeño trabajo fué la prueba y el toque de quien era, y de los quilates de su virtud y espíritu...

Esto entendia bien Satanas quando, oyendo alabar á Job por boca del mesmo Dios, de sencillo, recto, y temeroso de su Dios, y apartado de todo mal, respondió el demonio : Ni grado ni gracias que tenga todo eso, pues vives sin adversidad ni trabajo. Sino, tocadle un poco, y vereis como con una blasfemia descubre lo que hay en el corazon; y se os atreverá á las barbas : así que este tuvo el demonio por principal toque del corazon. Lo mesmo se colige de Tobías, á quien dice el ángel : Y porque eras acepto y amigo de Dios, fué necesario que el trabajo de tu ceguera te probase, esto es para que fueses conocido, y te conocieses. Podíasele decir á Rafael : Veamos, ángel de Dios, ¿no basta, para prueba de la santidad deste siervo de Dios, ser tan limosnero con vivos y muertos? tan recatado y temeroso, que el cabrito que oía en su casa balar, temia no fuese hurtado? tan medido en sus palabras, tan recto en sus obras, tan piadoso con los difuntos, á quien con tanto peligro de su persona y casa enterraba en la cautividad? tan buen padre para con su hijo, á quien tan ordinariamente predicaba y aconsejaba la virtud y religion con su Dios, y caridad con los pobres? Pero con todo le ciega, dirá el ángel, para dar á entender que todo no era bastante, hasta que tuvo paciencia en tan gran tentacion y adversidad...

Si me dijeran que hay hombres, y no pocos, que con igualdad de ánimo padecen cualquiera injuria y trabajo, en eso quedan diferenciados de los hipócritas, porque es el toque con que se examinan y prueban ser siervos de Dios, y virtuosos con sus quilates. Nadie puede conocer cuanto ha aprovechado, sino entre las adversidades y trabajos, dice san Gregorio : porque, aunque las gracias y dones se reciban en la quietud y paz del alma, pero, cuanto aprovecha con ella, en sola la tribulacion se conoce.

(Discursos de la paciencia cristiana. — Libro I, Discurso IV.)

## FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA.

## Vida de san Gerónimo.

La vida de un tan gran varon (san Gerónimo) es mi intento escribir en lengua castellana, mas copiosamente que en ella ni en la latina hasta ahora se ha visto. Obra llena de mucha dificultad, por ser historia, por la lengua, y por el sugeto vario y gráve: honrosa empresa, dificultosa salida. La historia, pocos hasta hoy son los que la han acertado; historias de santos muchos las han emprendido: si han salido con el intento, dificultoso es juzgarlo, si no es admitiendo leyes nuevas, de los antiguos nunca conocidas. La lengua castellana, si es llana, se desprecia; si con cuidado, parece afectacion: poco usada, cultivada de pocos, y los que piensan que la saben, piensan tambien que el hablarla consiste en vocablos nuevos, no conocidos de nuestros padres. El sugeto grave y alto, lleno de estrañas diferencias, que apenas hallaremos á quien imitar en ellas.

Veráse aquí una fé viva y constantísima en unos tiempos muertos y variables; una obediencia estremada al papa y á la Iglesia (cosa para todos tiempos, y mas para estos, importantísima); peregrinaciones varias, tentaciones de demonios, castigos milagrosos, y pruebas de Dios en su santo; y una renunciacion do patria, de padres, de hermanos, amigos, y parientes; con un olvido de toda la comodidad de la vida grandísimo, y en todo esto un nuevo dechado de Abrahan. Tras esto, mucha variedad de lenguas, erudicion de lenguajes peregrinos, no solo griego y hebreo mas aun caldeo, arábigo, y siro: cosas en aquellos tiempos, y aun en estos, conocidas de pocos, de unos menospreciadas, de otros tenidas por sospechosas. Tanto pudo siempre la ignorancia, y mas quando está en sugetos calificados por el mundo, que se atreve á blasfemar lo que ignora. Interpretaciones de la santa Escritura, traslaciones varias. cuestion muchas veces reñida, y mal averiguada por su dificultad, y por las muchas opiniones, negocio en que muchos, ó hablan á tiento, ó por boca de otros que saben poco mas que ellos. Descripciones de tierras, y principalmente de la santa, dificiles de atinarse por la distancia, y por la mudanza que han hecho con los tiempos, con las gentes, con los sitios, y con los nombres.

Y porquo no sea todo bueno (aunque lo es todo para los buenos), veránso malos y ruines tratos y grandes desagradocimientos contra el sauto; falsos testimonios, malicias, mentiras, y motines de amigos y enemigos; en que será casi para todo necesario re-

tratar toda una vida de Moisen, que fuera como imposible, si no tuviera ya quitado el velo el asiento y el orden de los oficios de la iglesia y culto divino, el cantar de los salmos, con otros adornos y pulcias de santas ceremonias. La asistencia á los negocios del papa, y responder en las causas de la fé y determinaciones de concilios : cosas todas de mucha dificultad y oscuridad, que para deslindarse no se hallan á mano los caminos. Tras esto, mostrar la sinceridad y verdad con que trata un hombre solo tantas cosas, el mal agradecimiento de los que se aprovechaban de ellas, el poco interese que de los hombres esperaba el santo ; el mostrar de piés á cabeza un Samuel, que pasó por todo esto con el pueblo, no mas ingrato para él, que para Gerónimo Roma desagradecida.

Tambien se ha de descubrir un pecho libre, lleno de fortaleza evangélica, fundado en la seguridad de la propia conciencia : un no perdonar linage de gente, de estado, de oficio, ni de vicio : dar reglas, reprensiones, consejos á tantas diferencias de personas, clérigos, monges, obispos, caballeros, doncellas, viudas, religiosas, casadas, á padres, á hijos, á señores, á siervos : estimar en mucho los pequeños, si son santos ; hollar la soberbia de los grandes, si son malos : deseo, y aun ejercicio, de oficios humildes : ánimo largo para desechar lo que el mundo llama tan sin razon grandezas. Todo es mostrar la vida de Elias y san Juan, de nuevo tornada al mundo...

Todo esto dice una imposibilidad grande, y que es menester como milagro para salir de tantos particulares. Ayuda y ánimo mucho (dejada á parte la razon de la obediencia que puede cuanto se atreve) que el santo en ocasiones casi forzosas escribió muchas de sus cosas, y fué tan estremado en decirlas como en hacerlas. Podemos decir dél lo que se dijo de César : que escribiendo el comentario de sus hazañas, no mas de para dejar materia á los escritores, les quitó la materia de las manos, porque ninguno las dirá mejor que él. Vieno esto aquí mucho mejor, porque aunque cuanto á la pureza de la lengua, pocos igualarán con César, cuanto á la fidelidad, no se podrá comparar con Gerónimo.

Lo principal, pues, que en esta historia se dijere, será suyo, trasladado con fidelidad segun las mas recibidas reglas de traducir, ayudándome tambien de autores graves ; haciendo poco caso de otros, que á costa de venderse por agudos, no los compran, porque dieron en maliciosos, y aun en impíos, queriendo quitar en muchas ocasiones gran parte de la gloria de tan gran padre, á quien la Iglesia con voz pública ha querido entre todos sus doctores llamar *grande*. Porque si Roma tuvo sus Fabios y Valerios, Grecia su Alejandro, y Francia su Carlos, á quien dieron el renom-



bre de grandes por la escelencia de la pluma ó de la espada; con mas razon se lo da la Iglesia á su Gerónimo por mil victorias contra herejes, y otras tantas por la grandeza de su pluma. El órden de proceder será el mismo con que corrió toda la vida del santo, pues se la dió Dios tan larga, que pasó todas las edades en que se divide la vida de los hombres: donde se nos da tambien á conocer, cuán importante debia de ser al mundo.

*(Vida de san Gerónimo, doctor máximo de la Iglesia.)*

## EL PADRE JUAN DE MARIANA.

### I.

Razonamiento de don Pelayo á los Asturianos, ántes de levantarse contra los moros.

Conviene usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios en el esfuerzo... Con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon: que esta es buena ocasión para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religion, por los hijos, mugeres, parientes, y aliados, que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron, y hicieron caer en tantos males; las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten... ¡O grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos... ¡Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y quando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra, estéril y menguada de todo, sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debéis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables

de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino es los esforzados... Estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere mostrarme enemigo, no mas á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que mas deben temer.

## II.

### Destruccion de Numancia.

El año luego adelante que se contó de la fundacion de Roma seiscientos y veinte y uno, siendo cónsules Publio Mucio Scevola y Lucio Calpurnio Pison, á Scipion alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenia: traza con que Numancia fué de todo punto asolada, ca pasado el invierno, y con varias escaramuzas quitado ya el miedo que los soldados tenían cobrado, con intencion de apretar el cerco de Numancia de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos partes. El regimiento de los unos encomendó á Q. Fabio Máximo su hermano, los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenia. Quien dice que eran sesenta mil hombres, quien que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como antes ganaran, aunque eran mucho menos en número porque los que mas ponen, dicen que eran ocho mil combatientes, y otros deste número quitan la mitad, sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo, resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo. Scipion tenia propósito de escusar por cuanto pudiese el trance de la batalla, como prudente capitan, y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento, que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecia conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimiento de los cercados. Demas desto mandó á las ciudades confederadas enviasen nuevos socorros de gente, municiones y vituallas para la guerra. Hízose un foso el rededor de la ciudad. y

levantóse un valladar de nuova manera, que tenia diez plés en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saotías á ciertos trechos, de suerte que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el rio Duero se podia entrar en la ciudad y salir; pero tambien esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenian puertos de guarda. Para remedio de esto los búzanos zabulléndose en el agua, debajo della sin ser sentidos pasaban cuanto era necesario de la una parte á la otra. Otros con barcas por la ligereza de los remeros, ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados los tiraban; y por esta manera se podia meter alguna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolacion tal cual era, porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del rio con vigas que le atravesaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase. Los numantinos sin perder por esto ánimo no dejaban de acometer las centinelas y cuerpos de guarda de los romanos; mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad: que á sabiendas no los querian matar para que gastasen mas presto cuanto mas fuesen las vituallas, y forzados de la hambre y extrema necesidad se entregasen. En esta coyuntura un hombre de grande ánimo y osadía llamado Retogenes Caravino, con otros cuatro, por aquella parte que los reparos de los romanos eran mas flacos y tenian menos guarda, escalado el valladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados arévacos: donde en una junta de los principales que para esto se convocó, les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que encendido en corage y en deseo de vengarse no tenia olvidadas las injurias que ellos le habian hecho. Considerasen que aquella ciudad solia ser el refugio y reparo comun de todos, y al presente por la adversidad de la fortuna y por la astucia de los que la cercaban, mas que por valor y esfuerzo, se hallaba puesta en extremo riesgo y cuita: «¿Porqué, dice, en tanto que las fuerzas están enteras, y los romanos por tantas pérdidas rehusan la pefea, y por malas mañas y astucias pretenden apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos juntadas las fuerzas no quitáreis el yugo desta servidumbre, y echáreis de vuestra tierra esta peste comun? ¿Aguardais por ventura hasta tanto que cunda este mal, y de unos á otros pase y llegue á vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo que se le pone delante, será forzoso que todo lo asuele. ¿Por ventura no conoceis la ambicion de los romanos, sus robos y sus crueldades? los cuales

muchas veces habeis visto y oído que sin causa alguna, solo con deseo de estender su señorío ponen asechanzas á la libertad y riqueza de toda España. Direis que teneis hecho concierto con ellos y con esto os asegurais. En que si no hobiera muchos ejemplos frescos y puestos delante de los ojos de la deslealtad, codicia y fiera de los romanos, la destruición poco ha de Caucia, y ahora la confederación de los numantinos con Mancino quebrantada injustamente, son bastante muestra como ninguna cosa tienen por santa por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponeis ahora vuestro reposo particular á la salud comun, la cual en gran parte depende del valor y esfuerzo de Numancia, no seais en algun tiempo forzados á quejaros por demas, ojalá yo me engañe, de haber perdido y desamparado lo uno y lo otro. Afuera pues toda tardanza y cobardía; en tanto que hay tiempo, y que las cosas están en término que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamientos á procurar la salud de la patria. Junta armas y fuerzas, cargad sobre el enemigo que está descuidado, cercándole los vuestros por una parte y los nuestros por la otra, por frente y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corre riesgo la salud, la libertad y las riquezas de toda España. » Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los piés de cada uno tenia ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caídos todos les falten, prevaleció el voto de los que sentían que no convenia enojar á los romanos, antes decían que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen y hiciesen cargo de haber oído en su junta aquella embajada. Lo que despues desto hizo Retogences, no se sabe; solo consta que la gente moza de Lucia, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados, pero fué rebatida su osadía por la diligencia de Scipion, y con cortar las manos derechas por mandato del mismo á cuatrocientos dellos, los demas quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos, y por el largo cerco quebrantados del hambre, movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipion una embajada: el principal por nombre Aluro, dada que le fué audiencia, se dice habló en esta manera: « Quiénes sean los ciudadanos de Numancia, de qué lealtad, de qué constancia, no hay para que traerlo á la memoria, pues tú con la larga esperiencia que tienes lo puedes tener entendido. Y no está bien á los miserables hacer alarde de sus alabanzas. Solo diré que te será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos, y á nos no será del todo afrentoso, ya que así habia de ser, ser vencidos de tan gran capitán. Lo que la presente fortuna pide, y á lo que nos fuerzan

los males deste cerco, confesámonos por vencidos; pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y emienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdon, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y no das lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las ajenas: que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de tí así de presente como en el tiempo adelante. » Maravillóse Scipion por este razonamiento que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados, y que perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto respondió á los embajadores, que no habia quo tratar de concierto, si no fueso entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta los numantinos como fuera de si matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenian? pero quando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad.

Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla: acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse con cierto brebaje que hacian de trigo, y le llamaban celia: con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se le ponen delante, hasta que sobreviniendo mayor número de soldados, y sosegada algun tanto la borrachez, les fué forzoso retirarse á la ciudad. Despues de esta pelea dicen que por algunos dias se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demas desto probaron á huir y salvarse; como tampoco esto les sucediese, por conclusion, perdida del todo la esperanza de remedio, se determinaron á acometer una memorable hazaña, esto es, que se mataron á si y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiéndose las espadas por el cuerpo: algunos pelearon en desafio unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera quo para esto tenian encendida, echaban al que era muerto y luego tras él le seguia el que le quitaba la vida. Por esta manera fué destruida Numancia pasados un año y tres meses despues que Scipion vino á España. Grande fué su ostinacion, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Appiano dice que entrada la ciudad hallaron algunos vivos: contradicen á esto los demas autores; y es cosa averiguada quo Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, quo tenian entre si y con sus comarcas, y pereció por la discordia de los mismos; demas desto que, vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, quo no les pusieron fuego, fueron

por mandado de Scipion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos. Hechas todas estas cosas, y fundada la paz de España, se volvió Scipion á Roma á gozar el triunfo que le era muy debido por hazañas tan señaladas; por las cuales demas de los otros títulos y blasones le fué dado y tuvo adelante el renombre de Numantino. Triunfó otrosí Decio Bruto poco antes en Roma por dejar vencidos y sujetos los gallegos, con que ganó asimismo sobrenombre de Calaico.

*(Historia general de España.)*

ANTONIO PEREZ.

# I.

A doña Juana Coello, su muger.

Si de allá no se puede escribir, ni gozar desta respiración de ausentes, acá no hay pena por estos actos naturales. Yo respondo á lo que oigo en espíritu, de quejas de virtud, y de esos hijos inocentes desde eso asilo de tinieblas, desde esa sombra de la muerte. Y aun efecto es natural para haberlas podido oír sensiblemente: pues las voces y los gritos, desde las cuevas hondas y escondrijos de la tierra, retumban y resuenan mas fuertes.

¿Débele de haber parecido á Vm. que yo he peregrinado por jardines ó reposado en camas de flores? Digo que no he hecho otra cosa que andar de puerta en puerta pidiendo el pan de mi alma, favor y ayuda al rescate de esas almas captivas; no con otra fuerza, sino con la ofensa de la honra de Dios, de que se le haga nadie compañero en la tierra, y de que se usurpe su jurisdiccion; y con el privilegio de la naturaleza en la mano, como pobres que piden limosna con licencia; y con sus quejas de que la hagan tirana, y rebelde á su Criador, captivando, contra todas sus leyes, las almas que no están debajo de su distrito. En esto he andado, en esto me he ocupado, y si sin provecho visible hasta agora, quizá está el provecho en no haber aprovechado, para que Dios arrebatase el juicio desta causa, y que remueva á los hombres con las demostraciones que él sabe y suele, la memoria de ley natural, del limite del poder humano, de que él solo es el Señor absoluto, y que no hay otro Dios sino él en la tierra, como ni en el cielo.

## II.

A doña Gregoria, su hija.

Hija mía : quisiera yo poderos enviar, por la prenda que me ha dicho uno de vuestra parte, un pedazo del corazon material, en señal de que vivo, como le envio todo en espiritu : que, segun le traigo hecho pedazos, pudiera muy bien, sin miedo de dolor nuevo, partirle para otro.

Esta es la prenda que os envio, hija, si se acostumbra vivir sin alma, como yo sin vosotros. Vivid vos, amiga, y esforzaos á esto : que os importa mucho, porque no rompais á Dios, con rendiros, el hilo y camino que lleva trazado, que él se entiende : que, pues da vida á los sepultados vivos contra la ley natural antes que nacidos, para que vean el reparo y el desagravio de tantos daños y miserias, se ha de creer que les da la vida.

Mas os ruego, que alenteis y sustentéis á esa señora vuestra madre : obligacion que le debeis, demas de por los nueve meses que os sustentó en su vientre, por los nueve años que os ha sustentado en el vientre de la tierra entre prisiones.

## III.

A don Gonzalo, su hijo mayor.

Cuanto me cuentan de vuestra parte, hijo, otra y mil veces hijo, de lo que habeis padecido y estais padeciendo, lo oigo con consuelo. Mirad ¡qué gentil manera de agradecimiento! Con consuelo, pues, digo : porque la prenda que podemos tener del cielo, despues de la palabra de Dios, acá abajo mas cierta del desagravio, y la tabla de no haberme hundido á mí tales tormentos ; son vuestros agravios. Y porque no penseis que es mio solo el beneficio de vuestras prisiones, á la parte entraís vosotros ; pues todo ello ha sido y es para todo el mundo ejecutoria de padecer violencia vuestro padre : y este beneficio es vuestro, si daño vuestro mis agravios.

Animo, pues, hijo, á lo que queda por pasar ; y no perdáis el premio al fin de la carrera, ni os anegueis á la orilla : que yo acá no he dormido en camas de flores con la memoria de vuestros tormentos, ni olvidádome de vosotros, y de vos particularmente. Con testimonio de promesas de un rey muy grande os afirmo esto. Así lo probará el tiempo, como yo desta mano, que soy vuestro padre, que como á sí os ama.

## IV.

A don Antonio Rafael, su hijo.

Dicenme que no os firmáis sino *Antonio*. No quiero que olvideis el nombre de *Rafael*: que lo estimo yo en mucho, y os dí por devocion al señor san Rafael. Y hay mas en ello: que si os oyen llamar solo *Antonio Perez*, quizá os perseguirán por el nombre, porque el nombre de lo que se aborrece remueve el cuajo á la compasion.

¡Ay hijo mio! quiero imitaros en el modo de hablar, que así me dicen que decís vos; y no es de los menores cargos que ante Dios claman por vosotros: que, habiendo entrado en prision niños, salgais della de diez y ocho años tan niños en el lenguaje, por haber estado en aquel silo privados de enseñanza, que habéis on todo vuestro entendimiento: *ay padre mio, padre de mi alma*, y que me enviéis á pedir un caballo en todo vuestro juicio, con tenerle tan bueno por vuestra edad. ¿Pensáis que es pequeña señal del favor de Dios? Quiero yo pensar que es permission suya, que aun el lenguaje de niño dure en tal edad, para mas testimonio de vuestro agravio, y para mas movimiento de su justicia.

¡Ah hijo mio! cuánto quisiera yo lo que vos, y ver asidas esas ramas de su tronco! Tronco solo, cual me ha dejado, desgajado y desnudo de ramas y hojas, esa ventisca do furor y ira. Dios lo hará: que no sufre tal golpe de gemidos, sin moverse. Pues á fé, que si se mueve á gritos, que suele dejar señal de su poder; pero no le pidamos el poder on castigo de nuestros agravios, sino su piedad en nuestro consuelo y desagravio; que así suele él acudir con lo uno y lo otro.

(*Cartas.*)



## SIGLO XVII.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

## I.

## Aventura de los molinos de viento.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como don Quijote los vió, dijo á su escudero : la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer : que esta es buena guerra, y es gran servicio Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de a tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras : ellos son gigantes, y si tienes miedo quitate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en llera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran ; antes iba diciendo en voces altas : no fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo : pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance lo socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre arremetió á

todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí el caballo y al caballero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear : tal fue el golpe que dió con él Rocinante. ¡ Várame Dios! dijo Sancho; ¿ no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevaše otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió don Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras estan sujetas á continua mudanza : cuanto mas que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento : tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, porque alli decia don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo : yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca (1). Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar,

(1) *Vargas y Machuca.* Alude á la batalla de Jerez, donde don Diego Perez de Vargas, habiéndosele roto la lanza, rompió una rama de olivo y se metió en lo mas grueso del combate, haciendo en los sarracenos horrible matanza. De este hecho se hizo un *Romance*, que es de los mas antiguos que contienen nuestros *Romanceros*.

respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara, cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leído cosa en contrario en la órden de caballería. Dijo Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda; y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del día le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras: mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es licito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado

caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias : bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona , no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

## II.

Acogen los cabreros á don Quijote en su cabaña. — Razonamiento del ingenioso hidalgo sobre la edad de oro.

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo; y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban. Y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo : porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere ; porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pié y á mis solas como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, lim-

piarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballeria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho : que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza ; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajos como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifiesto. Despues que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones : ¡ Dichosa edad (1) y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de tuvo y mio ! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin intereses alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes aleornques despedian de sí, sin otro artificio que el de su corteza, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia : aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas

(1) *Dichosa edad.* Cervantes recordó sin duda en este pasaje las descripciones que hacen Virgilio y Ovidio de la edad de oro, aquel en el libro I de las *Geórgicas*, y esto en el I de sus *Metamorfosis*.

las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces si que andaban las simples y hermosas zagalejas do valle en vallo y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos do aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas do verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concobia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládoso con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interes, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunquo la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Crotá : porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita sollicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden do los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero : que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros osta obligacion me acogisteis y regalásteis, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron, le trujeron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin responderlo palabra, enibobados y suspensos lo estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba, y comia bellotas y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoquo.

## III.

## Descripción de los imaginados ejércitos de Alifanfaron de Trapobana y Pentapolin de Garamanta.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos que en los libros de caballerias se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo don Quijote: favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla de Trapobana (1); este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas (2) Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana; y su

(1) *Trapobana*. Isla de Ceilan, llamada por los antiguos *Taprobana*.(2) *Garamantas*. Pueblos de lo interior del Africa.

padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hago muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiero. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo don Quijote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿dónde pondremos á este asno que estemos ciertos de hallarle, despues de pasada la rofrega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora. Así es verdad, dijo don Quijote: lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á quel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se veian bien las dos manadas que á don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban, no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolombo, gran duque de Quirocía: el otro de los miembros gigantes que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es fama, es una de las del templo que dorribó Samson, quando con su muerto se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás adelante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, principio de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprimo los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique: el otro que bate las hijidas con los herrados carcanos á aquella pintada y ligera



cobra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafiledo del Bosquo, que trae por empresa en el escudo una osparraguera con una letra en castellano que dice así : *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escudron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y mote de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo : á este escudron frontero forman y hacen gente de diversas naciones. Aquí estan los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos, que pisan los masilicos campos; los que criban el finisimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo; los númeras, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos y los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los escitas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escudron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes : los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válamo Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubria á ninguno, le dijo : señor, encomiando al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto, á lo menos yo no los veo : quizá todo dobe de ser oncantamento como los fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros : y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

El miedo que tienes, dijo don Quijote, te hago, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que ¡voto á Dios! que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase: ¡desdichado del padre que me engendró! ¡Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereis cuán fácilmente lo doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos.

#### IV.

##### Razonamiento de don Quijote sobre la excelencia de la profesion de las armas:

Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Lucinda y Zorayda, y frontero de ellas don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara, y de la suerte que estamos no viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de

la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quitense de delante los que dijeron que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen : porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento : ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas : y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden : fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza ; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida ; y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires : *gloria sea en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad* : y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fue decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijese : *paz sea en esta casa* ; y otras muchas veces les dijo : *mi paz os doy ; mi paz os dejo ; paz sea con vosotros* : bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra.

Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; antes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambro, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero ó chimenea, que si no calienta, á lo menos entibie su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, convieno á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantando acullá, tornando á caer acá, llegar al grado que desean; el cual, alzando á muchos, hemos visto que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atendido á la miseria de su paga, que viene, ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como salo de lugar vacío tengo por averiguado que debe de salir frio contra

toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio; lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó lo dejará ostropeado do brazo ó pierna : y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro recencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion; ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto os al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse : así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras : materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega : y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son lotras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquias, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas : y es razon averiguada que aquello que mas cuesta se estima y debo de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigi-

lias, hambre, desnudez, vaguido de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos estan mirando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarso quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si esto parece pequeño peligro, veamos si se le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artilleria se asentan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza; y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pono á ser blanco de tanta arcabuceria, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario: y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentia y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se lo está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aun-

que á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el ciclo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

## V.

Refiere don Quijote quanto ha visto en la cueva de Montesinos.

Las cuatro de la tarde serian quando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente:

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad de esta mazmorra, á la derecha mano, se hizo una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo, á tiempo quando ya iba cansado y mo-hino de verme pendiente y colgado de la sogá caminar por aquella oscura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces, pidiéndooos que no descolgáseis mas sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debisteis de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábais, y haciendo de ella una rosca ó rímero, me senté sobre él pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en esto pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me saltó un sueño profundísimo, y quando menos lo pensaba, sin saber cómo, ni cómo no, desperté de él, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémoslos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrabecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora.

Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de trasparente y claro cristal fabricados; del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que

por ellas salia y hacía mí se venia un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba : ceñiale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde : cubriale la cabeza una gorra milanese negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura : no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los díeces asimismo como huevos medianos de avestruz : el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme : luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos : hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcáido y guarda mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos (1), de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte (2) y llevádole á la señora Belerma, como él solo mandó al punto de su muerte. Respondíome que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió don Quijote; pero no sería de ese puñalero, porque Ramon de Hoces fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo; prosiga vuesa merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió don Quijote; y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un se-

(1) *Montesinos*. Este parece ser el Montesinos de aquel romance en que la condesa de Grimaltos entrega al conde su hijo, nacido en mitad de un monte, diciéndole :

Tomes este niño, conde,  
y llévselo á cristianar;  
llamédesle Montesinos,  
Montesinos le llamad.

(2) *Durandarte*. Primo de Montesinos y hermano del conde Dirlos.



pulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suelo haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: esto es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo: tiénele aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlin, aquel francés encantador que dicen que fue hijo el diablo, y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no estan muy lejos, segun imagino. Lo que á mí me admira es que sé tan cierto, como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto, le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que debía de pesar dos libras; porque, segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentia que el que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmento murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira do cuando en cuando como si estuviese vivo? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

Oh mi primo Montesinos,  
lo posero que os rogaba,  
que cuando yo fuere muerto  
y mi ánima arrancada,  
que lleveis mi corazon  
adonde Belerma estaba,  
sacándomele del pecho,  
ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandásteis en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo mejor que pudo, sin que os dejase una minima parto en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo parti con él de carrera para Francia, habiéndoo primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarmo las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Be-

lerma, la cual con vos, conmigo, con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando por compasión que debió de tener Merlin de ellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañiendo asimismo vuestra desgracia, fue convertido en un río, llamado de su mismo nombre; el cual, cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanlo administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiora que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que ahora os digo, oh primo mío, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os lo aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel don Quijoto de la Mancha, digo que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería; por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombros estan guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Duarandarte con voz desmayada y baya, cuando así no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar, y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras vonia una señora, que en la gravedad lo pa-

recia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tondidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazón de carne momia, segun venia seco y amojamado. Dijome Montesinos cómo toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados; y que la última, que traia el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por meyor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo; y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las inlas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradizo. . . . .

. . . . . del dolor que siente su corazón por el que do continuo tione en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quodos, dije yo entonces, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabo que toda comparacion es odiosa, y así no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quédese aquí. A lo quo él me respondió: señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduvo mal y no dije bien en decir quo apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mi haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfaccion que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y lo molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió don Quijote; no me estaba á mi bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y estan encantados: yo sé bien quo no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y res-

puestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo : yo no sé, señor don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto há que bajé? preguntó don Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debo de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres dias con sus noches.

(*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.*)

#### MATEO ALEMAN.

##### El Amor.

Si lo quisiésemos definir (el amor), habiendo tantos dicho tanto, sería volver á repetir lo millares de veces repetido. Es el amor tan todo en todo, tan contrario en sus efectos, que aunque mas dél se diga, quedará menos entendido; empero dirémos dél algo con los muchos. Es el amor una prision de locura, nacida de ocio, criada con voluntad y dineros, y curada con torpeza. Es un esceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazon, como la yerba del ballestero, que hasta llegar á él como á su centro, no para. Huésped que con gusto convidamos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo aun es dificultoso echarlo della. Es niño antojadizo, y desvaria : es viejo, y caduca : es hijo que á sus padres no perdona, y padre que á sus hijos maltrata : es Dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo, y como la muerte fuerte. No tiene ley, ni guarda razon : es impaciente, sospechoso, vengativo, y dulce tirano. Pintante ciego, porque no tiene medio, ni medo, ni distincion, ó eleccion, orden, consojo, firmeza, ni vergüenza, y siempre yerra. Tiene alas por su ligereza en aprender lo que se ama, y con que nos lleva en desdichado fin, de manera, que solo aquello que á ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecucion dellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policia en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar, y considera-

cion en los peligros. Amé con mirar, y tanta fué su fuerza contra mí, que me rindió en un punto. No fué necesario transcurso de tiempo, como algunos afirman, y yerran.

(*Aventuras y vida de Guzman de Alfarache.*)

## BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

### I.

Del fabuloso origen de los reyes de Ternate.

De los catorce príncipes mas poderosos, que con nombre de Reyes ocupan la tiranía del archipiélago Maluco, los de Ternate y Tidore se precian de origen divino : tanta licencia usurpan los hombres, ó la atribuyen á la oscura antigüedad...

Es tradicion de aquellas gentes, venerada por religion, que las gobernó un tiempo ciorto antiquísimo príncipe llamado Bicocigara : el cual navegando un dia en la costa de Bacam, vió que entre lo fragoso de los peñascos habian crecido muchas cañas : agradólo la lozania dellas... Mandólas cortár; y comenzando la obra, comenzó tambien á correr sangro de las cañas cortadas. Admirado del prodigio, descubrió junto á las raices cuatro huevos que parecian de culebra, y oyó al mismo tiempo una voz salida por lo hueco de las cañas heridas, que decia : *guarda estos huevos, porque dellos han de nacer cuatro gobernadores escelentes*. Levantó con religion aquellos huevos fatales, y llevólos á su casa, y guardólos en lo mejor della. Nacieron en breve tiempo de las cuatro yemas los cuatro pollos racionales, tres varones y una muger : los cuales reinaron, el primero en Bacam, el segundo en Butam, el último en las islas Papúas ; y la muger casó con el príncipe Laloda, que dió nombre á la tierra de Batochina.

Ha cobrado esta fábula tanta autoridad, que honran como á héroe á Bicocigara, veneran los peñascos, y adoran los cuatro huevos. La verdad es que aquel hombre prudente consagró su linage con esta prodigiosa supersticion, y adquirió reinos y veneracion á sus cuatro hijos. Así fingió, ó creyó Grecia haber parido Leda del cisne adúltero los huevos de que nacieron Cáster y Pelux, y Helena. En todos los principios de soberbia, Fortuna persuade á los que quiere coronar, que para introducir en los ánimos opinion divina, funden la magestad en fábulas que imiten á los misterios.

## II.

Del carácter, origen, y leyes de los naturales de las islas Molucas.

La gente se diforencia entro sí al parecer por milagrosa benignidad de la naturaleza : las mugores formó blancas y hermosas, y los hombres de color algo mas ofuscado que membrillo. El cabello llano, y muchos lo ungen con aceite oloroso. Tienen ojos grandes, largas pestañas, las cuales y las cejas traen alcoholadas : cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y para cualquier otro ejercicio perezosos. Viven mucho tiempo, encanecen temprano, y siempre ligeros por mar, no menos que en la tierra. Oficiosos y benignos con los huéspedes ; y entrando en familiaridad, importunos y pesados en sus ruegos. Su trato interesal, hierven de celos, fraudes, mentiras. Son pobres, y por esto soberbios; y por juntar muchos vicios en solo uno, ingratos.

Ocuparon estas islas los chinos cuando sojuzgaron todo aquel oriente; despues los javos y malayos, últimamente los persas y árabes, los cuales por medio del comercio introdujeron la supersticion de Mahoma entro la adoracion de sus dioses, do los cuáles se preciaron algunas familias como de progenitores.

Sus leyes son bárbaras. No ponen número á los matrimonios : la esposa superior del rey, llamada Putriz en su lengua, da nobleza y derecho á la sucesion. En ella son preferidos sus hijos, aunque de menor edad que los de otras madres. El hurto no por mínimo se perdona; el adulterio fácilmente. Cuando apunta el alba, ministros deste oficio tocan en los poblados, por ley, panderos grandes por las calles para despertar los lechos conyugales, que por la propagacion humana los miran dignos de cuidado político. La mayor parte do los delitos se castigan con muerte : en lo demas obedecen á la tiranía ó arbitrio del vencedor.

(*Conquista de las Molucas.*)

### DON CÁRLOS COLOMA.

Muerte del conde de Varas.

Otras de las cosas que movieron á S. A. Mauricio de Nassau á ordenar que invernase allí este golpe de gente, fué el impedir á las dol enemigo el cobrar las contribuciones del pais de campiña. Aflicta esto grandemente al conde Mauricio, por hallarse imposi-

bilitado de entretener sus presidios de Brabante sin este socorro : de lo que tenia ordinarias quejas, no menos por parto de ellos, que por la de los estados generales de las islas, hallándose faltos de dineros á causa de los escesivos gastos quo traen consigo la rebelion y la pertinacia. Esto, y el deseo de quitarse de delante de los ojos la vergüenza de la pérdida de Hulst, movieron á Mauricio á procurar recompensarlo, maquinando contra aquella gente... Juntando el conde de Varas las cabezas, les declaró los avisos que tenia, y como el enemigo venia marchando con resolucion do pelear. Tres partidos se propusieron, si no honrados todos, á lo menos seguros : el primero fué salir en busca del enemigo, y dalle batalla sin mostrar flaqueza; el segundo fortificarso al rededor del castillo, y enviar por socorros; y el tercero retirarse con tiempo y con orden hasta debajo de las murallas de Herentales. Las dificultades que traia consigo cada una de estas tres opiniones hicieron que no se pusiese alguna de ellas en ejecucion, escogiendo la mas dañosa, que era no hacer nada, antes aquella nocho la pasaron con mas reposo de lo quo pedia la estrechez del tiempo. Resolvióso al fin el conde á retirarse, y hacerlo á la barba del enemigo... No hizo aquí su acostumbrada prueba nuestra infantería walona; antes, siendo la primera en descubrir los escuadrones contrarios, lo fué tambien en desordenarse; y atropellada al fin con la carga del enemigo, al momento, arrojadas las armas, se rindieron al enemigo. Lo mismo, tras bien poca resistencia, hicieron los alemanes; los italianos se defendieron mejor; y el conde de Varas, aunque dudoso en todo lo demas, resuelto on morir valerosamente en defensa de su honra y obligaciones, se puso en la primera hilera de los capitanes, donde cayó de un mosquetazo, cediendo ellos con lo demas á la adversidad.

*(Guerras de los Estados-Bajos.)*

## DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

### I.

#### Marco Bruto.

Era M. Bruto varon severo, y tal que reprendia los vicios agenos con la virtud propia, y no con palabras. Tonia el silencio eloquente, y las razones vivas. No rehusaba la conversacion, por no ser desapacible; ni la buscaba, por no ser entrometido : en su semblante resplandecia mas la honestidad quo la hermosura. Su

risa era muda y sin voz : juzgábanla los ojos , no los oídos : era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinacion era el estudio perpetuo , su entendimiento judicioso , y su voluntad siempre enamorada de lo lícito , y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras , y inducidas de Casio y de sus amigos , que poniendo nombre de celo á su venganza , se la presentaron decente , y se la persuadieron por leal.

## II.

### De la muerte voluntaria.

Matarse por no morir , es ser igualmente necio y cobarde : es la accion mas infame del entendimiento , por ser hija de tan ruines padres como son ignorancia y miedo : dos vicios en cuyo matrimonio no se ha visto divorcio , pues quien tiene miedo ignora , y quien ignora tiene miedo. Solo desco saber ¿dónde halla el valor para matarse quien no lo tiene para aguardar que lo maten? Sospecho que esta es hazaña del temor , que tambien sabe dar heridas , y ensangrentarse. Mas son los que han muerte en las batallas á miedo que á hierro ; y no son pocas victorias las que ha alcanzado el temor por desesperado , no por valiente : esto con la esperiencia avisó á la sagacidad del victorioso á contentarse con la fuga del contrario. De aquí se puede colegir que el miedo se hace temer... Mejor se puede disculpar el que se muere de miedo , que el que de miedo se mata , porque allí obra sin culpa la naturaleza , y en este con delito y culpa del discurso vil y apocado. Contra toda razon celebran por gloriosos á los que se dieron muerte por no venir á poder de sus enemigos , sin ver que su pusilanimidad hace en ellos cuanto pudiera hacer la insolencia del contrario : necio ahorro es del miedo. Dase Caton la muerte porque César no se la dé : si fué por esto , él fué en sí propio vencido , justiciado , verdugo , venganza y vengador de César...

Julio César , viéndose combatido de sueños , advertencias , pronósticos y agüeros , se dejó al peligro , queriendo mas padecerlo una vez , que temerle muchas ; sin advertir que muchos receles , antes estorban la muerte , que la ocasionan. Dictábale estas palabras á César la persuasion de su conciencia por usurpador del imperio : mas se condenaba por lo que sabia de sí , que por lo que sabia de otros. Tratábase como á tirano ; y el no querer que le acompañase la guarda de los españoles no fué temeridad , sino conocimiento de que al delincuente no le defiende la guardia sino la enmienda...



## III.

Marco Bruto al senado romano.

Ciudadanos de Roma : las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano de vasallos os vuelve compañeros. La libertad que os dió Junio Bruto contra Tarquino, os da M. Bruto contra Julio César : de este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. Yo nunca fui enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidores de mi intencion la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía, por su sangre, y su eminencia en la arte militar y en las letras, mereció que lo diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas tambien afirmo que mereció la muerte porquo quiso; antes tomarlos con el poder de darlos, que merecerlos : por esto no le he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí, que fué la lealtad á vosotros, y la obediencia á los padres. Pompeyo dió la muerte á mi padre, y aborreciéndole como á homicida suyo, luego quo contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios á todos. He querido traerlos estos dos sucesos á la memoria para que veais que, ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me grangearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha; vivió César por vuestra ruina; matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito, con vanidad lo confieso; si por beneficio, con humildad os lo propongo. No temo el morir por mi patria : quo primero decreté mi muerte quo la de César. Juntos estais, y yo en vuestro poder : quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal, que á mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan á compasion las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y vereis como por él habeis degollado vuestros linages; y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres habeis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto que no pude estorbar, y procuré defender, he castigado. Si me haceis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos : si merezco pena, no me la perdoncis; si premio, yo os lo perdono.

(Vida de Marco Bruto.)

## IV.

## La vida.

Es pues la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que poner al jornalero; que no tiene descanso, desde que empieza, si no es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir, y no es en tu mano detener las horas, y si fueras cuerdo, no lo habias de desear; si fueras bueno, no lo habias de temer. Antes empiezas á morir, que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razon. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, ó de tu sustento, abrigo, reposo ú hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y miseria, la que con muertes de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias, como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que á tu parecer, sustentas el cuerpo, en su decoccion por otra parte gastan el calor natural que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto mas aprisa arde, mas aprisa te acabarás.

Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado: un jarro de agua, si sudas: el baño: la comida, si es demasiada: el vino: el movimiento, si te cansas: el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necedad buscarla; pues no puede dejar de estar enfermo, quien siempre, en su misma vida, tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives, y de él mueres. Dejo de contar los venenos y cosas, que la naturaleza creó contra tu vida. Y estas cosas que no estan en tu mano, no las debias sentir, ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es, sino que entre todos los animales, tú solo naciste contra tí mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud, que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda de espacio, te enfadas: si habla mucho, te enojas: si le suceden desdichas, te deshaces en lástima: si tiene prosperidad, te carcomes con envidia: si te dicen una mala palabra, ó te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de coraje; y toda la vida te mueres de

miedo de morirte, ó vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo, como si no fueras mortal, y esta vida perecedera.

*(La cuna y la sepultura.)*

## DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

### I.

#### Principio y vínculo de la sociedad civil.

En la primera edad, ni fué menester la pena, porque la ley no conocía culpa, ni el premio, porque se amaba por sí mismo lo honesto y glorioso. Pero creció con la edad del mundo la malicia, y hizo recatada la virtud, que antes sencilla é inadvertida vivía por los campos. Desestimóse la igualdad, perdióse la modestia y la vergüenza, é introducida la ambición y la fuerza, se introdujeron también las dominaciones: porque, obligada de la necesidad la prudencia, y despierta con la luz natural, redujo los hombres á la compañía civil, donde ejercitasen las virtudes á que les inclina la razón, y donde se valiesen de la voz articulada que les dió la naturaleza, para que unos á otros explicando sus conceptos, y manifestando sus sentimientos y necesidades, se enseñasen, aconsejasen, y defendiesen.

### II.

#### La niñez.

Ninguna edad mas á propósito para observar y advertir sus naturales que la infancia, en que, desconocida á la naturaleza la malicia y la disimulación, obra sencillamente, y descubre en la frente, en los ojos, en la risa, en las manos y en los demás movimientos sus afectos é inclinaciones...

Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojuelos, y risueño oye las alabanzas; y los retira entristeciéndose si se le afea algo. Si es animoso, afirma el rostro, y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos; si liberal, desprecia los juguetes, y los reparte; si vengativo, dura en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfacción; si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo, y levanta las manecillas; si benigno, con la risa y los ojos grangea las voluntades; si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es

obstinado en el llanto, y difícil en la risa, siempre cubierta con nubecillas de tristeza la frente; si alegre ya levanta las cejas, y adelantando los ojos, vierte por ellos luces de regocijo, ya los retira, y plegados los párpados en graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo: así las demás virtudes ó vicios traslada el corazón al rostro y ademanes del cuerpo, hasta que mas advertida la edad los retira y cela... Pero no siempre estos juicios salen ciertos, porque la naturaleza tal vez burla la curiosidad humana que investiga sus obras, y se retira de su curso ordinario... Otras veces la naturaleza se esfuerza por escederse á sí misma, y junta monstruosamente grandes virtudes y grandes vicios, como se vió en Alcibiades... Así obra la naturaleza desconocida á sí misma; pero la razón y el arte corrigen y pulen sus obras...  
(*Empresas políticas.*)

### III.

#### Retratos de varios historiadores.

Este que camina con pasos graves y circunspectos es **TUCÍDIDES**, á quien la emulación á la gloria de Herodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponezo.

Aquel de profundo semblante es **POLIBIO**, que en cuarenta libros escribió las historias romanas, de que solamente han quedado cinco, á los cuales perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastian Maecio que ignorantemente le maltrata; sin considerar que es tan docto, que enseña mas que refiere.

El que con la toga lisa y llana, y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es **PLUTARCO**, tan versado en las artes políticas y militares, que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae á sí los ánimos, es **JENOFONTE**, á quien Diógenes Laercio llamó *Musa ática* y otros con mas propiedad *Abeja ática*.

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es **C. SALUSTIO**, gran enemigo de Ciceron, en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque á Séneca y á Asinio Polion parece oscuro, atrevido en las translaciones, y que deja cortadas las sentencias.

Aquel de las cejas caídas, y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan mas tierra que los demás, es **CORNELIO TÁCITO**. Por el veneno que so ha sacado de esta fuente, dijo Budeo que era el mas facineroso de los escritores. A este peligro se esponen los que escriben en

tiempo de príncipes tiranos : que, si los alaban, son lisonjeros; y si los reprenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos.

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de este, que parecen que destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores, porque es **TITO LIVIO** Patavino; da no menos gloria á los romanos que la grandeza de su imperio. Huyó de la impiedad de Polibio, y dió en la supersticion : así, por librarnos de un vicio, damos alguna vez en el opuesto.

No menos debes considerar la garnacha de **CAYO SUETONIO** que viene despues de él, tan perfectamente acabada, que quien la quisiere mejorar la estragaría. En su semblanto conocerás la impaciencia de su condicion, que no puede acomodarse á la lisonja, ni tolerar los vicios de los príncipes aunque sean ligeros.

El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos, que con la elegancia á los que quisieren imitarle, es **JULIO CÉSAR**, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio, tan industrioso que supo descubrir sus aciertos, y disimular sus errores.

El vestido á lo cortesano, aunque llana y sencillamente, sin arreo ni joyas, es **FELIPE DE COMINES**, cuya frente, en quien obra la naturaleza sin ayuda del arto, tendida descubro su buen juicio : y el otro de prolija barba, mal ceñido y flojo, es **GUICHARDINO**, gran enemigo de la casa de Urbino. El que va á su lado con un ropón de martas que apenas puedo darle bastante calor, es **PAULO JOVIO**, adulador del marques del Vasto y de los Médicis, enemigo declarado de los españoles.

El otro de largas y tendidas vestiduras, es **ZURITA**, á quien acompaña **D. DIEGO DE MENDOZA**, advertido y vivo en sus movimientos, y **MARIANA**, cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demas naciones, no perdona á la suya, y la condena en lo dudoso : afecta la antigüedad, y como otros se tienen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.

(*República literaria.*)

#### **DON FRANCISCO DE MONCADA.**

Asesinato de Roger de Flor en un convite. — Su retrato.

Llamado Roger de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni advertido lo temió. Muchas veces por mas avisos que un hombre tenga, no puede escapar de la muerte y fines desastrados.

y aunque Dios nos advierta con señales manifiestas y claras, puede tanto una loca confianza, que nos quita el discurso porque no veamos los peligros donde está determinado nuestro fin y castigo. En este caso de Roger, ni su buen discurso, ni el conocimiento grande de la naturaleza de los griegos, ni los avisos do su mujer, ni los ruegos de los suyos, pudieron detenerlo para que voluntariamente no se entregase á la muerte.

Estando comiendo con el emperador Miguel y la emperatriz María, gozando de la honra que sus príncipes le hacian, entraron en la pieza George Alano y Gregorio. El primero cerró con Roger, y despues de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del príncipe, que se presumia habia de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida á un capitan amigo y de tantos y tan señalados servicios, huesped suyo, pariente suyo, y como tal honrado en su casa, en su mesa, y en su presencia.

No se pudieron juntar á mi parecer mayores circunstancias para acrecentar la infamia de este caso : hecho por cierto indigno de lo que tiene nombre y obligaciones del príncipe, que las mas principales son las que mas se apartan de parecer ingrato y cruel. Aunque es verdad que los príncipes raras veces se reconocen por obligados, y aun quando se reconocen por tales, aborrecen la persona de quien les tiene obligados ; por esto no llega á tanto, que perdiendo de todo punto el miedo á la fama, descubiertamente la acaben y destruyan. Lo cierto es que comunmente puede mas en un príncipe un pequeño disgusto parar castigar, que grandes y señalados servicios para perdonar ó disimular algunas ofensas de poca ó ninguna consideracion. Pero ¿qué maldad hay que no cometa un príncipe injusto, si se le antoja que importa para su conservacion? Porque el juicio y castigo de Dios, á quien solo se sujetan y temen, le miran tan lejos que apenas le descubren : no acordándose por cuán flacos medios vienen tambien á ser castigados, pues la mano de un hombre resuelto suele quitar reinos y vidas.

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor á los treinta y siete años ; hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos, y desdichado con sus amigos, porque los unos le hicieron señalado y famoso capitan, y los otros le quitaron la vida. Fue de semblante áspero, de corazon ardiente, y diligentísimo en ejecutar lo que determinaba, magnífico y liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente.

( *Expedicion de los catalanes y aragoneses.* )

## DON LUIS VELEZ DE GUEVARA.

## La casa de locos.

Con esto salieron del soñado, al parecer, edificio, y enfrente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos : pandorga prodigiosa de la vida. Y preguntó don Cleofas á su amigo, qué casa era aquella, que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento? Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que ha poco se instituyó en la corte entro unas obras pias que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habian parecido. Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguiillo que está abierto, y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguan, donde estaban los convalécientes, pidiendo limosna para los que estaban furiosos. Llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. A la puerta de una de ellas, estaba un hombre muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla, y sentado en una banqueta sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo : Aquel es un loco arbitrista, que ha dado en decir, que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso mas hojas de papel, que tuvo el pleito de don Alvaro do Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos mas perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Conjuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que lo ha escrito como si pudiera ver lo uno, ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oidos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramático que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel que está á la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traído porque siendo cochero, que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pié. Esotro que está en esotro de mas arriba con un halcon en la mano, es un caballero, que habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la ceñrería, y no le ha quedado mas que aquel halcon en las manos, que se las come de hambre. Allí está un criado de un

señor, que teniendo qué comer, se puso á servir. Allí está un bailarín, que so ha quedado sin son bailando en seco. Mas adelante está un historiador, que so volvió loco de sentimiento de haber perdido tres decadas de Tito Livio. Mas adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor; porque dió en docir quo había do ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado, que se desvaneci6 en pretender plaza de ropa; y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de do-  
blones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero, y no comiendo mas que un pastel de á cuatro, ni cenando mas que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula, es un músico sinzonte, que remeda los demas pájaros, y vuelve de cada pasajo como de un parasismo. Está prosa en esta cárcel de los delitos del juicio, porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo, se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás, si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres; que, queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas; y está atada allí en una cadena, porque, como Narciso, anamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo enfrente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado que se volvió loco con la condicion de su muger. Entonces don Cleofas le dijo al compañero, que lo enseñaba todo este retablo de duelos: Vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque on el mundo todos somos locos, los unos de los otros.

(*El Diablo cojuelo.*)

#### EL PADRE JUAN EUSEBIO DE NIEREMBERG.

##### Máximas.

##### 1.

Quien quisiere aprender prudencia sin que se la enseñen, acú-  
sese á sí primero en lo que hubiere de reprender á otros. Maestro



de sí mismo será quien las faltas ajenas tomare por espejo, para evitar ó reformar las propias.

El secreto es llave de la cordura : no se puede quejar se haya publicado á todos quien no le calló á uno. Lo que no quieres sepan muchos, no lo digas á nadie. ¿Cómo puedes confiar de vecino lo que con tu misma confianza quebrantas?

## 2.

Mas vale una injuria que una lisonja. ¿Quién mas te puede injuriar, que quien te engaña, ó te priva de juicio? Cierra igualmente los oídos á los aduladores tuyos que á los mormuradores de otros.

## 3.

Del que engañó una vez con ruin término, quien se confiare otras, no tendrá excusa de su daño; pero disimúlese la confianza, no haga mas astuta á la malicia ajena, y multiplique trazas para vengarse del desconfiado quien engañó al confidente.

A buenas palabras poco crédito se debe, si no es cuando le han ganado las obras : de muchos es no tener palabra mala, ni obra buena. Débense adivinar las lisonjas que traen el escarmiento consigo, pagando al pié de la obra el crédito que se les dió.

## 4.

Costosa es la injuria del que mas puede; ni se recompensará un agravio con muchos servicios. La honra cada uno tiene por debida, el agravio por repugnante; y mas se siente una injuria, que gradan muchas cortesías.

Gran arte de vivir es el sufrimiento, hondo cimiento de la virtud es la paciencia. No será grande quien no tuviere grande tolerancia : mas valor es sufrir que acometer. El vencedor mas valiente es quien se vence á sí. Ajenos brazos rinden las fortalezas á los príncipes : vencerse á sí, hecho es del propio corazón.

Hacer injuria, el mas ruin puede; sufrirla, es de ánimo generoso. No hay cosa mas fácil que hacer mal; ni cosa mas dificultosa que sufrirla.

Suele doblar las armas al enemigo quien es mal sufrido; porque quien se da por ofendido, enseña por donde le han de ofender, y en cierta manera la ocasion. Así como el que hizo bien, suele amar al beneficiado; así se suele aborrecer al ofendido.

## 5.

Pocos hay mas para temer que á los hombres temerosos, poca

se arman de traicion por lo que les falta de valor. Y mas peligrosa es una asechanza escondida que dos enemistades sabidas.

Suelen ser los que mucho temen viles de ánimo, sospechosos, crédulos, crueles. El temor les escita á la prevencion del peligro, la prevencion despierta las sospechas, estas engendran odios contra los inocentes, el odio les impele á la venganza ó á la atrocidad para la seguridad del riesgo.

## 6.

Si te acuerdas que eres hombre, no te parecerán nuevas tus calamidades; y si atiendes las ajenas, no te parecerán grandes las tuyas.

Pocos son los desdichados si no es comparándose con los mas dichosos. La desdicha comun, ó es consuelo, ó no es miseria; y la miseria que ve otra mayor, pierde el nombre de desdicha...

No darse por entendido del agravio es una inocente venganza. Dar pena pretende el émulo; y el agraviado que la encubre, se la da, privándole de la esperanza de su ánimo dañado, y juntamente penándole en su mismo gusto.

Por la parte mas flaca se acomete un castillo. No es cordura descubrir las flaquezas del ánimo; que por allí te herirá. Procura que no reconozcan las cosas que mas sientes.

## 7.

Necio es quien, por volver por la reputacion, la pierde, lo cual suele suceder cuando se defiende con palabras: que si las asiste pasion, aunque con amparo de la razon, se escede fácilmente, y pierde uno mas autoridad por querer defenderla, que otro le quitó ofendiéndole.

Polilla de la fortuna es la envidia; pero de las dos suertes mejor es ser envidiado que envidioso: esto es torpe vicio; aquello riesgo honrado. (*Centurias de dictámenes prudentes y reales.*)

## DON ANTONIO DE SOLIS.

## Batalla de Otumba.

Al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista, último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de

varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese al obedecer sus órdenes la presencia de los ojos. Traia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no so fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño : su forma una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores : vistosa confusion de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés á examinar los semblantes de los suyos con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos mas cerca de la ira que de la turbacion : « llegó el caso, dijo, de morir ó vencer : la causa » de nuestro Dios milita por nosotros. » Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion; y apellidando como solia unas veces á Santiago y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer alcance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando primero á los que parecian capitanes; pero los indios pelcaban con obstinacion, acudiendo menos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morian, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gento de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército cuando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia, las bocas de fuego y volvía con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parto y otra la muchedumbre, con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos, llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo : pero le traia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion; y discurriendo en los partidos que podria tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demas que asistian á su persona : y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecia mas flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo como solian el choque de los caballos; y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al parage donde asistia el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los piés á su caballo Hernan Cortés y cerró con el capitan general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habiaule ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad; y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitan lo hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demas insignias, y arrojando las armas se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales : cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar, y mandaba

la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas le rompió la primera túnica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusion. Dejóse á los soldados el despojo, y fue considerable, porque los mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo.

(*Conquista de Méjico.*)

#### DON FRANCISCO MANUEL DE MELO.

Introduccion á la Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, en tiempo de Felipe IV.

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no mas del deleite y policia, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañé.

Ni el arte, ni la lisonja han sido parciales á mi escritura: aqui no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos, todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurre por la naturaleza de estos sucesos: entonces será tuyo el útil, como el trabajo mio, sacando de mis letras doctrina por tí mismo; y ambos así nos llamaremos autores, yo con lo que te refiero, tú con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo que les puede servir á estos, aquellos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi Historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fábulas de Plauto jamas se sirvieron ó representaron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonia de las razones, certifícote que en nada entró el artificio, sino que la materia entonces mas deleitable la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes principes y otros hombres de superior estado: lo primero se escusa siempre que se puede, y cuando se llega á hablar de los reyes, es con suma reverencia á la púrpura; pero es condicion de las llagas, no dejarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos, no lo han sido á mi inteligencia: ninguno juzga temerariamente, sino aquel que afirma lo que no sabe: no es secreto lo que está entre pocos; de estos escribo.

Llamo á los soldados del ejército del rey don Felipe algunas veces católicos como á su rey : no se quejen los mas de esta separacion, siga la voz de historiadores. Otras veces los nombro españoles, castellanos ó reales ; siempre entiendo la misma gente : para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitacion de los sugetos quando hablo por ellos, ni á la semejanza quando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos, pocos han sido mas cuidadosos ; si lo he conseguido, dicha ha sido de la esperiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos, no los vestidos de seda, lana, ó pieles, sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años, estimado en el mundo.

Si en algo te he servido, pidoto que no te entrometas á saber de mi mas de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio, como le he recibido en suerte : no te ofrezco mi persona, que no es dol caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme ; y se te obligo, perdónote el agradecimiento : no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia : otra vez nos toparemos, ya me conocerás por la voz, yo á ti por la censura.

*(Historia de los movimientos, separacion y guerra. de Cataluña, en tiempo de Felipe IV.)*

## SIGLO XVIII.

EL PADRE FRAY BENITO GERÓNIMO FEIJOO.

## El firmamento.

Para ver en este espejo la grandeza, la sabiduría, y aun la hermosura del Criador, no es menester mirarle como le mira el contemplativo en los raptos de la oracion, y mucho menos como lo registra el filósofo, examinando sus maravillas en su estuudio retiro; basta verle como le ve el mas sencillo y rústico aldeano, ó la mas ignorante pastorcilla en cualquiera tiempo; pero con mucha especialidad en una noche serena, clara y limpia de la primavera ó del estio. Este es un objeto que me llena el corazon de un suavisimo deleite.

¡Qué espectáculo tan ilustre, tan magnífico, tan hermoso! ¡Cuánta copia de luces, y qué brillantes en ese espacioso campo del firmamento! Y el mismo campo, ¡qué agradable por aquel hechicero color azul, verdaderamente celeste, de que todo él está vestido! ¡Qué comparacion tienen con aquella tela, y con aquellos brillantes sobrepuestos, las galas con que se adornan las mayores princesas de la tierra, no siendo la vestidura que las cubre, mas que un áspero tejido, y sus ponderados diamantes, chinas robadas á una peña? Allí miro la luna, y parece está en el goce de toda su plenitud. ¡Qué rueda tan vistosa! ¡Qué candor tan amable! ¡Qué resplandor tan benigno! ¡Con qué majestad tan agradable se pasea por aquel círculo asignado á su movimiento! Hacia aquella parte se me presenta una prolongada faja como de color de leche, esta debe de ser la que llaman *vía láctea* los astrónomos. Tambien imita, aunque débilmente, la luz de los astros, y acaso no es otra cosa que una coleccion de astros menores, ó estrellas, que se representan mas pequeñas, por ser mayor la distancia. Asi lo conjeturo, porque tambien en la multitud de esotras, que sin disimular que son estrellas, estan derramadas por tan dilatados espacios, observo bastante desigualdad, asi en la magnitud como en la brillantez. Pero esa misma disminucion de luz en algunas partes aumenta con su hermosa variedad el lucimiento del todo. ¡Válgame Dios! ¡Qué grande será el que fabricó un cielo tan grande! ¡Qué hermoso será el que hizo tantos luminare tan hermosos!

Dime ahora tú, enamorado habitador de la corte, que á todo forastero fastuosamente ponderas como el mas ostentoso objeto de los ojos, y el mas hechicero atractivo de las almas, cuando logra la pompa de iluminarse su frecuentada plaza : dime, repito, ¿quó comparacion tiene esa iluminacion con estotra, que yo te recuerdo? ¿Qué proporcion hay de esas miseras perecederas luces, que en el breve espacio de dos horas se encienden y se apagan, á ostotras inextinguibles antorchas, que seis mil años há estan alumbrando, y alumbrarán cuanto dure el mundo? Si quieres creermme, pues, sal al campo, y levanta los ojos al cielo, para co-tejar lo quo dejas con lo que logras. Esa quo ves, es la casa del Señor, el palacio de la deidad, templo del Santo de los santos, y habitacion eterna de los justos: Mira la augusta espaciosa bóveda de ese templo, con las innumerables lucidísimas lámparas que la adornan, sostenidas como milagrosamente por la misma invisible mano, quo las colocó en oso sitio. *(Cartas eruditas.)*

#### DON GREGORIO MAYANS Y SISCAR.

##### Exhortacion al ejercicio de la elocuencia española.

Si hubo tiempo en que se haya escrito en España con algun acierto, como ciertamente lo ha habido, ninguno mas á propósito que el que hoy logramos, para poder escribir con la mayor perfeccion. España, siempre fecundísima de los mayores talentos, los produce hoy iguales á los quo en otro tiempo, esto es, iguales á los mayores del mundo. La quo dió maestros á Roma, cuando fué mas sabia y elocuente, los pudiera hoy dar á todo el orbo, si sus ingenios se instruyesen y cultivasen debidamente. Con razon me duelo de quo on el arte del decir no procuremos, no solo igualar, sino tambien esceder á las demas naciones; y mas, siendo tan notoria la ventaja que nuestro lenguaje hace á los extraños. Tenemos una lengua espresiva, en extremo grave, majestuosa, suavísima y sumamente copiosa. Fuera de todo esto, llegaron ya las ciencias en Europa al mayor auge quo nunca. Todas tuvieron sus veces : todas nos dejaron sus ideas en varios siglos, para que fueso el nuestro mas sabio. El que medió entre Orleo y Pitágoras, fué poético; entre Pitágoras y Alejandro, filosófico; entre Alejandro y Augusto, oratorio; entre Augusto y Constantino, juridico; entre Constantino y san Bernardo y Leon X, escolástico; entre Leon X y nosotros, físico y crítico : de suerte, que en nuestra edad se manifiesta la naturaleza y la antigüedad. Siendo, pues,



certísimo que la fuente del escribir es el saber, para escribir ¿qué tiempo hay mas á propósito que este, en que mejor se puede saber? ¿Pues qué embarazo hay que nos impida adelantar el paso hácia la verdadera elocuencia? Ea, procuremos lograrla, así por la propia estimación, como por no pasar por la ignominia de ser inferiores en tan excelente calidad á las naciones extrañas. Cierta es la competencia con las mas cultas de Europa : superiores son nuestras armas, quiero decir, nuestra lengua, si la manejamos tan bien como nuestros mayores la espada. No es muy incierta la esperanza de conseguir la victoria, como á la diligencia de los extraños corresponda la nuestra. Fué elocuentísima Atenas : quiso competirle Roma ; pero no la pudo igualar, así porque no fué tan sabia, como porque la lengua no era tan expresiva y copiosa. La nuestra lleva una gran ventaja á las europeas todas. ¿Qué falta, pues, sino superar á los extraños, ó á lo menos, igualarlos en el saber y uso? Esto se podrá conseguir, si parte del tiempo que se gasta en espinosas cuestiones que antes lastiman que mejoran el entendimiento humano, honestamente se emplea en mas fructuosos asuntos : si solamente se imitan los que supieron hablar : si se procura imitar con intencion de vencer, como con grand acierto imitó Platon á Cratilo y Arquitas ; Ciceron á Craso y Antonio : si se procura, digo, imitar, fijando mas la mente en la perfeccion universal que quiero el arte, que en la particular observacion del artificio de alguno : de suerte, que el orador no haga lo que el ignorante zapatero, que por diestro que sea, no sabe trabajar sin horma ; sino lo que el ingeniosísimo Zeuxis, que habiendo de pintar la imagen de la bellísima Helena, no quiso escoger por ejemplar una sola niña, aunque muy hermosa ; sino que, secundando su idea con la hermosura de cinco las mas bellas vírgenes que á la sazón habia en la ciudad de Croton, logró ser émulo de la naturaleza misma, con tanta gloria suya, que me persuado que casi hubiera habido tanto número de Paris, cuantos fueron á ver aquella segunda Helena, á no robar sus potencias un tan extraño prodigio. Así, pues, el que desee formar una perfectísima idea de la verdadera elocuencia, con juicio atienda á la invencion de Gracian, agudeza de Vieira, erudicion de Vanegas, juicio de Saavedra, discrecion de Solis, decoro de Cervantes, pureza de Quevedo, facilidad de Granada, número de Hortensio, hermosura de Manero ; y así en otros muchos, considere bien las perfecciones que en sus obras brillan mas, y tenga bien entendido que la composicion simétrica de todas ellas es la idea única de la verdadera elocuencia. Aspiremos pues á esta.

*(Oracion en que se exhorta á seguir la verdadera idea de la elocuencia española.)*

## EL PADRE JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

## Retrato de Fray Gerundio de Campazas.

Hallábase el padre predicador mayor en lo mas florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta : miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados : muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo, y ostudiosamente arremolinado : hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa : obra toda de ciertas beatas, que se desvivian por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de cerceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamas de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes, y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

Era de aquellos cultisimos predicadores, que jamas citaban á los santos padres, ni aun á los sagrados evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A san Mateo lo llamaba *el Angel Historiador* : á san Marcos *el evangélico Toro* : á san Lucas *el mas divino Pincel* : á san Juan *el Aguila de Patmos* : á san Jerónimo *la Púrpura de Belen* : á san Ambrosio *el Panal de los doctores* : á san Gregorio *la alegórica Tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermon, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente : *Joannes capite decimo tertio : Matthæi capite decimo quarto*, eso era cuento, y le parecia que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino; ya se sabia que siempre habia de decir : *Ex evangelicâ lectione Matthæi vel Joannis capite quarto decimo*; y otras veces, para que saliese mas rumbosa la colocacion : *Quarto decimo ex capite*. ¡Pues qué! dejar de meter los dos deditos de la mano derecha con garbosa pulidez entro el cuello y el tapa-cuello de la capilla, on ademán de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema : y al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados : y como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desden á

una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural entre estornudo y relincho. Esto, afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pié en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas mas que aire, volverle á meter en la manga á compas y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de *sea ante todas cosas bendito, alabado, y glorificado*; concluyendo con lo otro de *en el primitivo instantáneo ser de su natural animacion*; no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo san Pablo le predicara, que todos ellos eran, por lo menos, otras tantas evidencias de que allí no habia, ni migaja de juicio, ni asomo de sínéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

(*Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas.*)

#### DON ANTONIO DE CAPMANI.

El padre Juan de Mariana.

Nació Juan de Mariana en Talavera, villa insigne del reino de Toledo, en el año de 1536, hijo de ilegítimo matrimonio: llamóse su padre Juan Martinez de Mariana, que despues fué dean y canónigo de la iglesia colegial de aquella villa; y su madre Bernardina Rodriguez.

Desde muy temprana edad amaneció en Mariana una maravillosa memoria junto con una perspicacia y discernimiento superior á sus años. Fué enviado á la entonces célebre universidad de Alcalá á cursar las artes y teología. Allí bebió el buen gusto, elocuencia y precision que forman el principal carácter de sus escritos, frecuentando entre las de otros sabios la escuela de Fr. Cipriano de Huerga, catedrático de escritura, monge cisterciense, y varon de vastísima erudicion en todo género de letras, y do gran pericia en las lenguas orientales.

Tocado su corazon de la vida devota laboriosa y mortificada del P. Nadal, y de otros compañeros que san Ignacio habia enviado á las provincias de Castilla para establecer sus nuevas constituciones, abrazó el instituto de la compañía de Jesus cuando no contaba mas de diez y siete años de edad. Fenecidos los dos años

do probacion en el noviciado de Simancas, le enviaron sus superiores á la universidad de Alcalá, donde acabó de madurar su robusto juicio y fecundo ingenio con la sublime investigacion de las ciencias sagradas, y cultivo de las demas facultades y conocimientos humanos.

Los adelantamientos y buen nombre que allí adquirió movieron á su general Diego Leynez, cuando trataba de establecer la enseñanza del gran colegio romano, buscándolo á este fin los mas sobresalientes maestros y estudiantes entre todas las naciones donde estaba fundada su congregacion, á escoger á Mariana, mozo aun de veinticuatro años, para la cátedra de teología, que leyó por espacio de cuatro años en aquella capital, contando entre sus discípulos al célebre cardenal Belarmino. De allí fué trasladado á Sicilia á dar principio tambien á los estudios de la teología que se planteaban en aquella isla, donde permaneció dos años, hasta que fué enviado á Paris con igual encargo de enseñar las ciencias sagradas. Aquella famosa universidad le admitió luego en su gremio, confiriéndolo el grado de doctor teólogo, y el empleo de profesor, que ejercitó por mas de cinco años esplicando á santo Tomas.

El temple de Paris poco favorable á su complexion, y mas que todo las continuas tareas de la cátedra y su infatigable aplicacion, le acarrearón graves dolencias, de cuyas resultas, cortando la carrera á sus estudios teológicos, tuvo que retirarse á España en 1574, fijando su residencia en la casa profesa de Toledo, despues de haber gastado trece años en los paises extranjeros ocupado en la enseñanza pública.

En la quietud de su nuevo domicilio dedicóse al conocimiento de otras facultades amenas, y á la predicacion, para cuyo ejercicio estaba dotado de grandes talentos; sin embargo de las graves comisiones de examinador sinodal, consultor del santo oficio, y del arzobispo de Toledo D. Gaspar de Quiroga, que se sirvió de sus luces para las censuras de varios libros (sin contar la del ruidoso proceso contra el célebre Arias Montano), para el *Manual de los Sacramentos*, para la estension de las *Actas del Concilio provincial de Toledo de 1582*, y para disponer el *catálogo de los libros prohibidos*, y el *índice espurgatorio* publicado en 1584. Tambien concurrió con otros sabios españoles á la edicion de las obras de san Isidoro.

Mariana con su maravillosa lectura se habia internado en el conocimiento de todo género de letras; sin que por esto dejase la teología de ser el principal asunto de sus tareas y atencion. Mucho tiempo habia que meditaba escribir la *Historia general de España*; y entre tanto que le ocupaban los continuos encargos de sus superiores, iba delineando el plan de este grandioso edificio.

Empeñólo á esta empresa la falta que padecia la nacion de una obra de esta naturaleza : y Mariana prometiése un feliz suceso, fiado en el caudal de su ingenio y erudicion. Valióse para este trabajo de todo cuanto los cronistas, historiadores, analistas y anticuarios habian publicado antes de él, así en latin como en romance : de la suerte que se aprovecha un arquitecto de los materiales y ruinas de otros edificios. Compuso su historia on latin, para que la fama de los hechos de los españoles se estendiese á las demas naciones : y la imprimió la primera vez en Toledo en 1592 constando de solos veinte libros. Estos se aumentaron hasta treinta en dos posteriores ediciones, siendo la tercera la de Maguncia de 1603, que salió completa de todas las adiciones.

El aprecio con que fué generalmente recibida la historia latina, las repetidas instancias que de varias partes hicieron al autor, y el recelo de que alguno la tradujese con poco acierto, le obligaron á verterla en castellano, é imprimirla en Toledo en 1601 : cuyas ediciones hechas en vida del autor, cada una con nuevas enmiendas, aumentos y correcciones, se repitieron hasta cuarta vez, siendo la última la del año 1625. Por manera que en vista de las adiciones y mejoras que recibia sucesivamente su historia, se ha dado sobrada materia á algunos criticos para decir : que Mariana, ó por reconocimiento propio, ó por advertencia en los avisos de sus amigos, y censuras de sus émulos, iba perfeccionando su obra ; y que aprendia y estudiaba la historia al paso que la escribia, á costa de la verdad y de la instruccion de sus doctores.

Las demas obras que escribió Mariana son : — 1º. El famoso tratado *De Rege et Regis institutione*, impreso en 1598 : obra condonada á las llamas por sediciosa de orden del Parlamento de Paris, á los once años despues de su publicacion, cuya doctrina le acarreó no pocos disgustos en España. 2º. *De ponderibus et mensuris*, quo publicó en Toledo. — 3º. *Los siete tratados*, coleccion impresa en Colonia en 1609 en un tomo en fol. y comprende los siguientes : 1º. *De la venida de Santiago á España*; 2º. *De la edicion de la Vulgata de los libros sagrados*; 3º. *De los espectáculos*, que tradujo despues en castellano bajo del titulo de Mariana contra las representaciones al Roy N. S. memorial; 4º. *De los años de los árabes cotejados con los nuestros*; 5º. *Del dia y año de la muerte de Cristo*; 6º. *De la muerte, y de la inmortalidad*; 7º. *De la alteracion de la moneda*.

Este último tratado, en que hallaron los políticos intenciones sediciosas y subversivas del buen orden y obediencia de los pueblos, le suscitó un famoso proceso y fuertes sinsabores con privacion de su libertad; la que no recobró hasta al cabo de un año de reclusion en San Francisco de Madrid. En las diligencias de esta causa se le encontró entre sus papeles uno con este titulo :

*De las enfermedades de la Compañía, y de sus remedios*, del cual se sacó luego una copia que después fué impresa en Burdeos en 1623 en 8°. Esta obra lo hizo odioso y sospechoso á su misma orden, en la cual jamas obtuvo cargo ni oficio alguno.

Restituido á su casa de Toledo, volvió á dedicarse á los libros y ejercicios de piedad. Allí escribió el *Epítome de la biblioteca de Phocio*; la traduccion de algunas homilias de S. Cirilo, y de la homilia de Eustaquio, obispo de Antioquia, sobre el *Hexamero*. La principal ocupacion de Mariana en los últimos años de su vida fué la obra de los *Escolios sobre el Viejo y Nuevo Testamento*, que no le permitieron concluir sus achaques y avanzada edad; pero los imprimió sin embargo en Madrid en 1619 : y se hicieron de ellos al siguiente año dos reimpressiones, una en Paris, y otra en Amberes.

Poco tiempo sobrevivió Mariana á las últimas ediciones de sus obras, pues falleció on 16 de febrero de 1623 en la casa profesa de Toledo, á los 87 años cumplidos de su edad. Dejó, además de las publicadas, muchas obras mss. que aseguran escedian al doble á todo lo impreso.

El número y naturaleza de las obras de que acabamos de dar puntual noticia, acreditan plenamente el estraordinario talento, fecundo ingenio, sólido juicio, universalidad de conocimientos, é infatigable aplicacion del P. Mariana, que fué su dominante deleito hasta su postrer aliento...

(*Teatro histórico-crítico de la elocuencia española.*)

#### DON MELCHOR GASPARD DE JOVELLANOS.

##### Elogio de Carlos III.

El elogio de Carlos III pronunciado en esta morada del patriotismo, no debe ser una ofrenda de la adulacion sino un tributo del reconocimiento. Si la tímida antigüedad inventó los panegíricos de los soberanos, no para celebrar á los que profesaban la virtud, sino para acallar á los que la perseguían, nosotros hemos mejorado esta institucion, convirtiéndola á la alabanza de aquellos buenos príncipes, cuyas virtudes han tenido por objeto el bien de los hombres que gobernaron. Así es, que mientras la elocuencia, instigada por el temor, se desentona en otras partes para divinizar á los opresores de los pueblos, aquí libre y desinteresada se consagrará perpetuamente á la recomendacion de las benéficas virtudes en que su alivio y su felicidad estan cifrados.

Tal es, señores, la obligacion que nos impone nuestro instituto : y mi lengua, consagrada tanto tiempo há á un ministerio de verdad y justicia, no tendrá que profanarle por la primera vez para decir las alabanzas de Carlos III. Considerándole como padre de sus vasallos, solo ensalzaré aquellas providencias suyas que le han dado un derecho cierto á tan glorioso titulo; y entonces este elogio, modesto como su virtud, y sencillo como su carácter, sonará en vuestro oído á la manera de aquellos himnos con que la inocencia de los antiguos pueblos ofrecia sus loores á la divinidad, tanto mas agradables cuanto eran mas sinceros, y cantados sin otro entusiasmo que el de la gratitud.

¡ Ah ! cuando los soberanos no han sentido en su pecho el placer de la beneficencia : cuando no han oído de la boca de sus pueblos las bendiciones del reconocimiento, ¿ do qué les servirá esta gloria vana y estéril que buscan con tanto afán para saciar su ambición, y contentar el orgullo de las naciones? También España pudiera sacar de sus anales los títulos pomposos en que se cifra este funesto esplendor. Pudiera presentar sus banderas llevadas á las últimas regiones del ocaso para medir con la del mundo la extensión de su imperio : sus naves cruzando desde el Mediterráneo al mar Pacífico, y rodeando las primeras la tierra para circunscribir los límites de la ambición humana : sus doctores defendiendo la iglesia, sus leyes ilustrando la Europa, y sus artistas compitiendo con los mas célebres de la antigüedad. Pudiera en fin amontonar ejemplos de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría. Pero con tantos y tan gloriosos timbres, ¿ qué bienes puede preséntar añadidos á la suma de su felicidad?

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos mas preciosos lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes, á cuya posesion los arrastraba el voto general de la naturaleza. ¡ O príncipes! vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente en medio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aquí vuestra primera obligacion. Guardaos de atender á los que os distraen de su cumplimiento : cerrad cuidadosamente el oído á las sugestiones de la lisonja y á los encantos de vuestra propia vanidad, y no os dejéis deslumbrar del esplendor que continuamente os rodea, ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Mientras los pueblos afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira de lejos, observa vuestra conducta, escribo en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido, ó la execración de los siglos venideros.

Parece que este precepto de la filosofía resonaba en el corazón

de Cárlos III cuando venia de Nápoles á Madrid traido por la Providencia á ocupar el trono de sus padres. Un largo ensayo en el arte de reinar le enseñara que la mayor gloria de un soberano es la que se apoya sobre el amor de sus súbditos; y que nunca este amor es mas sincero, mas durable, mas glorioso que cuando es inspirado por el reconocimiento. Esta leccion tantas veces repetida en la administracion de un reino, que habia conquistado por si mismo, no podia serlo menos en el que venia á poseer como una dádiva del cielo.

Vosotros, señores, vosotros que cooperais con tanto celo al logro de sus paternales designios, no desconocereis cuál era el espíritu que faltaba á la nacion. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustración: ved aquí lo que España deberá al reinado de Cárlos III.

Si dudais que en estos medios se cifra la felicidad de un estado, volved los ojos á aquellas tristes épocas en que España vivió entregada á la supersticion y la ignorancia. ¡Qué espectáculo de horror y de lástima! La religion enviada desde el cielo á ilustrar y consolar al hombre, pero forzada por el interés á entristecerlo y eludirle: la anarquía establecida en lugar del orden: el jefe del estado tirano ó víctima de la nobleza: los pueblos, como otros rebaños, entregados á la codicia de sus señores: la indigencia agobiada con las cargas públicas: la opulencia libre enteramente de ellas, y autorizada á agravar su peso: abiertamente resistidas ó atropelladas las leyes: menospreciada la justicia: roto el freno de las costumbres, y abismados en la confusion y el desorden todos los objetos del bien y el orden público; ¿dónde, dónde residia entonces aquel espíritu, á quien debieron despues las naciones su prosperidad?

España tardó algunos siglos en salir de este abismo; pero cuando rayó el diez y seis, la soberanía habia recobrado ya su autoridad, la nobleza sufrido la reduccion de sus prerogativas, el pueblo asegurado su representacion, los tribunales hacian respetar la voz de las leyes y la accion de la justicia; y la agricultura, la industria, el comercio prosperaban á impulsos de la proteccion y el orden. ¿Qué humano poder hubiera sido capaz de derrocar á España del ápice de grandeza á que entonces subió, si el espíritu de verdadera ilustracion le hubiese enseñado á conservar lo que tan rápidamente habia adquirido?

No desdeñó España las letras, no: antes aspiró tambien por este rumbo á la celebridad. Pero, ¡ah! ¿cuáles son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigiliass de sus sabios? ¿De qué le sirvieron los estudios eclesiásticos, despues que la sutileza escolástica le robó toda la atencion que debía á la moral y al dogma? ¿De qué la jurisprudencia, obstinada por una parte en



multiplicar leyes, y por otra en someter su sentido al arbitrio de la interpretacion? ¿Do qué las ciencias naturales, solo conocidas por el ridículo abuso que hicieron de ellas la astrologia y la química? ¿De qué por fin las matemáticas cultivadas solo especulativamente, y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio, ¿cuál so deberá á tantos nombres como se nos citan á cada paso, para lisonjar nuestra pereza y nuestro orgullo?

Entre tantos estudios no tuvo entonces lugar la economía civil, ciencia que enseña á gobernar, cuyos principios no ha corrompido todavía el interés, como los de la política; y cuyos progresos se deben enteramente á la filosofía de la presente edad. Las miserias públicas debian despertar alguna vez al patriotismo, y conducirle á la indagacion de la causa y al remedio de tantos males; pero esta época se hallaba todavía muy distante. Entre tanto que el abandono de los campos, la ruina de las fábricas y el desaliento del comercio sobresaltaba los corazones, las guerras extranjeras, el fausto de la corte, la codicia del ministerio, y la hidropesia del erario abortaban enjambres de miserables arbitristas, que reduciendo á sistema el arte de estrujar los pueblos, hicieron consumir en dos reinados la sustancia de muchas generaciones.

Entonces fue cuando el espectro de la miseria, volando sobre los campos incultos, sobre los talleres desiertos, y sobre los pueblos desamparados difundió por todas partes el horror y la lástima. Entonces fue cuando el patriotismo inflamó el celo de algunos generosos españoles, que tanto meditaron sobre los males públicos, y tan vigorosamente clamaron por su reforma: entonces cuando se pensó por primera vez que habia una ciencia que enseñaba á gobernar los hombres y hacerlos felices: entonces finalmente cuando del seno mismo de la ignorancia y el desórden nació el estudio de la economía civil.

¿Pero cuál era la suma de verdades y conocimientos que contenia entonces nuestra ciencia económica? ¿Por ventura podremos honrarla con tan apreciable nombre? Vacilante en sus principios, absurda en sus consecuencias, equivocada en sus cálculos y tan deslumbrada en el conocimiento de los males como en la eleccion de los remedios, apenas nos ofrece una máxima de buen gobierno. Cada economista formaba un sistema peculiar, cada uno le derivaba de diferente origen; y sin convenir jamás en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda.

Estaba reservado á Carlos III aprovechar los rayos de luz que estos dignos ciudadanos habian depositado en sus obras. Estábale reservado el placer de difundirlos por su reino, y la gloria de convertir sus vasallos al estudio de la economía. Si, buen rey,

ve aquí la gloria que mas distinguirá tu nombre en la posteridad. El santuario de las ciencias se abre solamente á una pequeña porcion de ciudadanos, dedicados á investigar en silencio los misterios de la naturaleza para declararlos á la nación. Tuyo es el cargo de recoger sus oráculos : tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones : tuyo el de aplicarla á beneficio de tus súbditos. La ciencia económica te pertenece exclusivamente á ti y á los depositarios de tu autoridad. Los ministros que rodean tu trono constituidos órganos de tu suprema voluntad : los altos magistradas que la deben intimar al pueblo, y elevar á tu oído sus derechos y necesidades : los que presiden al gobierno interior de tu reino : los que velan sobre tus provincias : los que dirigen inmediatamente tus vasallos deben ostuviarla, deben saberla, ó caer derrocados á las clases destinadas á trabajar y obedecer. Tus decretos deben emanar de sus principios y sus ejecutores deben respetarlos. Ve aquí la fuente de la prosperidad ó la desgracia de los vastos imperios que la Providencia puso en tus manos. No hay en ellos mal, no hay vicio, no hay abuso, que no se derivo de alguna contravencion á estos principios. Un error, un descuido, un falso cálculo en economía llena de confusion las provincias, do lágrimas los pueblos, y aleja de ellos para siempre la felicidad. Tú, señor, has promovido tan importante estudio : haz que se estremsen los que debiendo ilustrarse con él lo desprecien ó insulten.

Apenas sube Cárlos al trono, cuando el espíritu de exámen y reforma repasa todos los objetos de la economía pública. La accion del gobierno despierta la curiosidad de los ciudadanos, renace entonces el estudio de esta ciencia, que ya per aquel tiempo se llevaba en Europa la principal atencion de la filosofía. España lee sus mas célebres escritores, examina sus principios, analiza sus obras : se habla, se disputa, se escribo; y la nacion empieza á tener economistas.

Pero á ti, ó buen Cárlos, á ti se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu proteccion, sin tu generosidad, sin el ardiente amor que profesas á tus pueblos; estas preciosas semillas hubieran perecido. Caidas en una tierra estéril la cizaña de la contradiccion las hubiera sofocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que germinaron; tú vas ya á recoger su fruto; y este fruto de ilustracion y verdad será la prenda mas cierta de la felicidad de tu pueblo.

Si, españoles, ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Cárlos III. Sembró en la nacion las semillas de luz que han de ilustraros y desembarazó los senderos de la sabiduria. Las inspiraciones del vigilante ministro, que encargado de la pública instruccion sabe promover con tan noble y

constante afán las artes y las ciencias y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad, como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulación, en ninguna tan firmes sus defensores, en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entre tanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reune, se extiende, y muy presto bañará nuestro horizonte. Si, mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios del futuro ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad sentado sobre el trono de Carlos; la sabiduría y el patriotismo la acompañan; innumerables generaciones la reverencian y se le postran en derredor; los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido, con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento, y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

O vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolución, mientras la mano bienhechora de Carlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría; mientras los hijos de Minerva, congregados en él, rompen los senos de la naturaleza, descubren sus íntimos arcanos y abren á los pueblos industriados un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y día el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afán, este vuestro deseo y única ambición. Y si quereis hacer á Carlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nación para hacerla dichosa.

#### DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

##### Heroicidad de Guzman el Bueno en Tarifa.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse el infante Don Juan, uno de los hermanos del rey (1); inquieto, turbulento, sin lealtad y sin

(1) Sucedió el heroico lance que aquí se refiere en el reinado de D Sancho

constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el einado de Sancho fue siempre uno de los alizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen : ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision, á que lo condenó en Alfaro, cuando la muerte del Señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alhorotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, do donde aquel rey lo mandó salir por respeto á D. Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos Aben Jacob, que pensaba entonces hacer la guerra al rey de Castilla. Lo recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fue desechada con indignacion. Atácanla despues con todos los artificios bélicos, que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el dosamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro, descercarian la villa. « *Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria.* » Furiosos los inoros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, lo llevó al Africa, y lo trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se lo presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya

el IV, llamado el *Bravo*, en los últimos años del siglo décimotercio, poco despues de la guerra civil que suscitó contra su padre D. Alonso el *Sabio*.

en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbario era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver el hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fé jurada al rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna.

« No engendré yo hijo, prorumpió, para quo fuese contra mi » tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra » todos los onemigos do ella. Si D. Juan le diese muerte, á mi » dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en » el mundo, y condenacion eterna despues do muerto. Y para que » vean cuán lejos estoy de rendir la plaza, y faltar á mi deber, » allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su » atrocidad. » Dicho estó, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, lo arrojó al campo, y so retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho, para que no saliese al rostro. Entretanto el infante, desesperado y rabioso hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro, prurupieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de dónde nacia, volvió á la mesa diciendo : « cuidé quo los enemigos entraban en Tarifa. » De allí á poco los mōros, desconfiados do allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco quo habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del rey, enfermo á la sazón en Alcalá de Henares; desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho do Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el ronombre de *Bueno*, que ya el público lo daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose do no ir á buscarle en persona por su dolencia. D. Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes, que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos : señalábanle con el dedo por las calles : hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viotdo á aquel

varon insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del rey, y Sancho al recibirle, dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes : « Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad ; cerca teneis el dechado. » A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos ; y entonces fue cuando le hizo donacion para si y sus descendientes, de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete. (*Vidas de Españoles célebres.*)

#### DON FELIX JOSÉ REINOSO.

Cómo de la fuerza pueda resultar un deber.

Rousseau examina cuál es el derecho del mas fuerte, y hace ver que la fuerza no puede constituir derecho alguno (1). Nada tendríamos que oponer á sus reflexiones, si no infiriese de ellas, que no hay obligacion de ceder á la fuerza. « La fuerza, dice, es » una potencia fisica : yo no entiendo, pues, qué moralidad pueda » resultar de sus efectos. Ceder á la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad : es quando mas un acto de prudencia. » ¿En qué sentido podrá ser un deber? pregunto yo : y si fuese un deber ceder á la fuerza, ¿resultaria moralidad de los efectos de la fuerza? Parece que sí, segun el contexto en el qual la prudencia de esta cesion se contrapone al deber, para probar que de la fuerza no resulta moralidad. Mas yo creo que del mismo modo resulta moralidad, siendo el ceder un acto de prudencia, que si fuese de obligacion. Unos y otros actos, los de prudencia y los de deber, estan igualmente en la clase de actos morales : unos y otros son voluntarios. Son por lo tanto contradictorias estas dos proposiciones : de los efectos de la fuerza no puede resultar moralidad ; de los efectos de la fuerza resulta un acto de prudencia. Lo son estotras igualmente : ceder á la fuerza no es un acto de voluntad ; ceder á la fuerza es un acto de prudencia.

Entiendo bien, que una potencia fisica no puede imprimir á los actos el carácter de moralidad ; esto es, la razon de bondad ó de maldad que da solamente la ley. Por manera que nunca será el principio que produce la moralidad de la accion ; mas podrá ser la causa que produce la situacion ó circunstancias en que tal accion

(1) *Du Contrat social*, liv. I, chap. III.

debo practicarse. La potencia física en este caso no es el origen, sino la ocasion del acto moral; así como los tormentos corporales son la ocasion de la paciencia, y las neccesidades físicas el motivo de la misericordia.

Contraygámonos al asunto de la cuestión. ¿Podrá ser un deber el ceder á la fuerza? Yo digo que sí. La fuerza no impone esto deber; pero lo impone la ley natural de la propia conservacion. Quando la fuerza es tal, que, resistiéndola, voy á perecer, estoy obligado por esta suprema ley á ceder á ella. « Si un bandido me » sorpreheando en un bosque, es preciso darle la bolsa por » fuerza, » dice el mismo autor: y yo añado que aquella *precision* incluye un deber moral, no porque el salteador tenga algun derecho sobre mi bolsa, sino porque yo tengo una obligacion natural de conservar mi vida con pérdida de la bolsa; y si, por no entregar esta, consintiese en perder la vida, cometeria un crimen de suicidio y otro de avaricia. Así pues, obedecer á la fuerza del conquistador, en cuyas manos está mi persona y mis bienes, por conservar la existencia de ambos, es un deber de la naturaleza. La fuerza no es la que me impone este deber, ni la que produce la bondad de la sumision; pero es la ocasion de que yo ejerza este acto, á que me obliga la ley de mi conservacion, de la que él recibe su bondad moral. Esto basta para que yo esté obligado á ceder á la fuerza, y para que el conquistador diga con verdad: Tú debes obedecerme.

Decir que este solo es un acto de prudencia en el sentido de que no es obligatorio, es falso, como acabamos de ver: y solamente podrá llamarse así, entendiendo por la prudencia una virtud universal, que regula y modera la práctica de todos los deberes, determinando las circunstancias y los límites de su cumplimiento. En este concepto puede decirse que la prudencia inspira el acto de ceder; como quicra que ella, vista la impotencia de repeler la fuerza, y teniendo presente la ley suprema de la conservacion, declara que se está en el caso en que prevalece la obligacion de esta ley, para cuya observancia es necesario sucumbir.

Explicado así el influxo de la fuerza sobre el deber, no son absurdas, como lo parecen á Rousseau, las consecuencias de que cesará el deber, quando la fuerza cese; de que la obligacion de obedecer variará de objeto, quando otra fuerza mayor supere á la primera. Todos los deberes tienen sus casos de aplicacion, los quales cesando, cesa el deber. Quando cesa la indigencia del próximo, que es el caso en que debo ejercer con él la beneficencia, cesa mi deber de socorrerle: si se presenta otro en mas extrema neccesidad, mi primera obligacion varia de objeto, y debo socorrer á esotro con preferencia. Vese pues, que cesa el deber

de obedecer, luego que cesa el motivo; que varía esto deber, quando varía la ocasion de practicarle : pues, aunque no cesa ni varía la ley de mi conservacion , falta ó se muda el caso de su observancia.

Mas « ceder á la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad..... El precepto de obedecer á las potestades, entendido así, es bueno, pero superfluo; porque yo aseguro que jamas será quebrantado. » Es muy inexacta esta reflexion de Rousseau : confunde la fuerza física, que se hace al cuerpo, con el miedo que de ella resulta, ó la fuerza moral que obra en el espíritu. Aquella quita del todo la voluntad, y no se puede resistir : respecto de ella, seria inútil el precepto de ceder ; mas el miedo, por grave que sea, no quita la voluntad, aunque la disminuye. Al que arrastran de un lugar á otro violentamente, no puede permanecer en su puesto : en vano será mandarle que ande; pero al que amenazan de quitar la vida si no anda, puede estarse quieto y sacrificar su vida. Está es el caso y la utilidad del precepto : la ley natural le manda que se mueva, para no perecer. Y ¿este precepto jamas será violado? ; Quántos han muerto victimas de un capricho, de una imprudencia, de la obstinacion, de la temeridad ! « Convengamos, concluye el filósofo de Ginebra, » en que la fuerza no causa derecho, y que no hay obligacion de obedecer, sino á las legítimas potestades. » Desde luego hemos convenido en lo primero : la fuerza no da un derecho al quo la posee; mas nunca convendremos en la consecuencia, de que el que padece la fuerza no tiene por otro principio una obligacion de ceder. Si este resultado es cierto, la cuestión metafísica de si la fuerza produce el derecho, es absolutamente inútil en la práctica. La conclusion final es que se debe obedecer.

*(Exámen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los españoles sometidos bajo la dominacion francesa.)*



## SIGLO XIX.

DON ALBERTO LISTA.

## Introduccion á la Historia moderna.

Hemos concluido la historia de los pueblos de la antigüedad. En la caída del imperio romano acabó enteramente *la vida del foro, la religion de los sentidos* y el sistema de la libertad política ilimitada, no porque algunos siglos antes no se hubiesen casi extinguido de hecho estos tres caracteres de la organizacion social de los pueblos antiguos, sino porque solo bajo el dominio de los bárbaros dejaron de ser *instituciones*, y dieron lugar á nuevas costumbres é ideas.

En el grande intervalo que hemos recorrido desde la ley escrita hasta la conquista de Italia por Odoacre, se notan las siguientes revoluciones principales : 1<sup>a</sup>. la conquista del Asia y el Egipto por los persas; último esfuerzo del principio despótico de la antigüedad : 2<sup>a</sup>. el esplendor de Atenas y Esparta; último esfuerzo del principio democrático : 3<sup>a</sup>. la conquista del Asia por los macedonios; triunfo definitivo del valor y la disciplina contra el número : 4<sup>a</sup>. la subyugacion del mundo por los romanos; victoria del gobierno misto sobre las simples democracias y monarquías : 5<sup>a</sup>. la ruina de la república romana y fundacion del imperio; efecto ordinario de la opulencia producida por las conquistas : 6<sup>a</sup>. la ruina del imperio por la invasion de los bárbaros del Norte; grande catástrofe que dió origen á las sociedades ó monarquías modernas. Hemos procurado, siguiendo el texto de nuestro original, manifestar las causas y efectos de estas revoluciones políticas.

No nos hemos olvidado de la gran revolucion moral que produjo en el mundo la predicacion del cristianismo. El Evangelio, proclamando una doctrina pura é interior, y buscando en lo mas profundo de los corazones los vicios para debelarlos, estableció un nuevo elemento de sociedad; es decir, la comunicacion del hombre con Dios, en la cual, y por la cual adquirieron nuevo vigor las virtudes fuertes, nueva delicadeza las suaves; y el mortal cumplió los deberes de padre de familia, de ciudadano y de magistrado por un motivo mas sublime y activo que los de la

ambicion individual ó nacional que hasta entonces fueron la única regla de su conducta. La igualdad de todos los hombres ante Dios; la sumision á las potestades legales, salvo el imperio de la conciencia; la ruina de la esclavitud doméstica; la emancipacion del bello sexo, en fin, una política mas humana fueron los resultados sociales del principio cristiano.

A la verdad estos resultados no se conocieron de una vez, ni pudieron lograrse sino paulatinamente bajo los emperadores de Roma, desde Constantino que dió la paz á la Iglesia, ni en el imperio griego. Como la autoridad imperial se componia de las diversas magistraturas de la república, siendo una de ellas nada de sumo pontífice, los emperadores cristianos, sucesores de Constantino, se creyeron en virtud de esta dignidad con la facultad de inspeccion sobre los asuntos religiosos: inspeccion que algunos pretendieron estender hasta el dogma, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia, que siempre insistió en que la proteccion del principio no destruyese la santa libertad del Evangelio. Nobien deslindados los limites entre la autoridad temporal del emperador, y la espiritual de los ministros de la Iglesia, debió suceder y efectivamente sucedió que la intervencion de los emperadores impidiese al principio cristiano desenvolverse y producir sus efectos con la rapidez descable, y aun, que degenerase adulterado en las herejías y cismas que han afligido la Iglesia de Oriente desde Arrio hasta nuestros dias. Pero la observacion mas importante y que caracteriza esencialmente el cristianismo del imperio de Constantinopla, es que jamás llegó á ser en él *un principio político*. El sacerdocio estuvo sometido á los emperadores, como alórá lo está á los sultanes, aunque de diferente religion; y aunque en tiempo de príncipes cristianos era respetado, nunca tuvo una influencia *legal* y pública en los negocios del imperio. Al contrario los emperadores intervinieron mas de lo justo en los negocios de la Iglesia. La causa de este fenómeno fué la parte de autoridad que los emperadores se atribuian desde la paz dada á la Iglesia por Constantino en los asuntos religiosos; y sus efectos, el gran número de herejías favorecidas y castigadas alternativamente por el príncipe secular, y sobre todo *las penas eclesiásticas*, usadas exclusivamente contra los dogmatizantes. Las crueldades ó castigos temporales impuestos por los emperadores eran mas bien actos de arbitrariedad, que consecuencias de un sistema de legislacion; y la prueba es que en tiempo de príncipes adictos á la heregia solian recaer estas persecuciones sobre los ortodoxos.

Muy de otro modo pasaron las cosas en el occidente europeo. Destruído el imperio romano, y establecidas las naciones bárbaras del Norte en sus diferentes provincias, no hubo, rigurosamente hablando, ninguna organizacion social. Los vencedores

fueron dueños de la mayor parte de las tierras, y quedaron obligados por ello al servicio militar : los antiguos habitantes, reducidos á cierta especie de esclavitud : las leyes eran favorables á los conquistadores : no se reconocian ni mas juicios ni mas derecho que el de la espada. Los reyes eran generales de los ejércitos y nada mas. Una aristocracia, opresora de los vencidos, y turbulenta contra su monarca, no permitia que se oyese en ninguna parte la voz de la justicia ni de la razon. La luz de las artes y ciencias romanas se habia sumergido en las mas densas tinieblas : los crímenes mas horrendos se cometian con la mayor serenidad si el poder favorecia al delincuente. La monarquía electiva, la aristocracia tiránica á un tiempo y republicana, el pueblo esclavo, las costumbres feroces y corrompidas, la falta completa de administracion y órden en todos los ramos ; y en fin, las continuas guerras civiles manifestaban bien á las claras la ausencia absoluta de todo *principio político*, de *toda máxima comun* que ligase entre sí las diferentes clases de las naciones.

Pero como no hay individuo ni sociedad alguna que no posea el instinto segurísimo de su conservacion, fué necesario que los pueblos, por no volver al caos de la monarquía, en defecto de los *lazos materiales* que unen hoy día á los individuos y los unieron antiguamente en Grecia é Italia, adoptasen el único principio *comun* á reyes y vasallos, á conquistadores y á conquistados : esta era en aquella época la religion cristiana que profesaban los pueblos sometidos y que adoptaron sus feroces conquistadores. *Erigióse, pues, el cristianismo en poder político y visible*. De aquí la autoridad temporal de los obispos y abades : de aquí la sumision de los reyes al sacerdocio : de aquí el derecho de asilo abierto en los monasterios á las artes útiles y á las letras : de aquí las *treguas de Dios* : de aquí la terminacion de muchas guerras sangrientas y devastadoras por la interposicion de un varon respetado por su santidad. Toda la influencia del principio *religioso* durante la edad media se explica por la fuerza política que los reyes, grandes y naciones le dieron, no teniendo otras máximas ni otro motivo de union que las doctrinas del Evangelio.

El principio religioso fué el que sostuvo en España la larga lid de ocho siglos contra los mahometanos : él fué quien armó toda la Francia bajo Carlos Martel para la batalla de Tours : él, quien libertó la Sicilia y la Italia del poder de los Sarracenos : él, quien civilizó las provincias del Norte de Europa y del Nuevo Mundo : él, quien dió la primera idea de los parlamentos modelados al principio por los sinodos, en que los obispos representaban sus iglesias y que en varios países tomaron, como en España, el mismo nombre de concilios : él, quien difundió el estudio y aplicacion del derecho romano : él, quien creó la supremacia de los sumos

pontífices sobre los reyes : él, en fin, quien impelió toda la Europa contra el Asia en las memorables expediciones de las Cruzadas y quien descubrió á los pueblos de Occidente los elementos de la antigua civilización en los mismos países donde la piedad los llovaba á morir en defensa de su religion.

Es posible, pues, desconocer esta verdad; á saber, que en el Occidente europeo, invadido por los bárbaros, la religion fué una potencia política cuando faltaban todos los demás principios protectores de la sociedad. Pues ahora bien, es imposible concebir una *fuerza política sin poder coercitivo*. Fué preciso promulgar leyes contra los transgresores de la religion, y estas leyes fueron severas; porque el delito de heregia, fué un delito de la alta traición contra la primera autoridad del Estado. Fué un deber hacer guerra á los hereges y á los idólatras por la misma razon que una potencia hace la guerra á sus enemigos. Estas hostilidades no las hacia por sí mismo el cristianismo, que no reconoce mas armas que la persuasión; sino las naciones y los poderes civiles que tenían que defender en él el primero y el único vínculo de la sociedad.

Meditando sobre estas reflexiones, se podrá valuar el aprecio que merecen las diatribas y sarcasmos de los filósofos del siglo XVIII contra la supuesta intolerancia y fanatismo á que atribuyen las guerras religiosas y los suplicios, destrozos y matanzas por delito de heregia. Si hubieran ascendido á la verdadera causa de esos tristes efectos, hubieran visto que fueron una consecuencia natural de haber elegido por principio político el único que existia en la época en que se fundaron las sociedades modernas de Europa. El despotismo en Oriente, la libertad en la antigua Grecia, la ambicion de los magnates en Roma, la autoridad militar de los sucesores de Augusto; y en fin las querellas de los reyes han hecho dorramar mucha mas sangre.

Cuando al renacer las luces, la misma religion cristiana indicó las verdaderas bases del órden social en la justicia de los gobernantes, en el bienestar de los súbditos, en la fuerza protectora de los príncipes y en los progresos de las ciencias y de la industria, fué poco á poco abdicando la autoridad temporal que habia ejercido como una dictadura necesaria, y reduciéndose á la mision divina que recibió de su legislador, es decir, á ser el grande agente moral de las sociedades civiles.

Nos hemos estendido tanto en estas observaciones porque ellas esplican el uso que las naciones modernas de Europa han hecho en sus principios del cristianismo, y porque ellas solas bastan para destruir las calumnias con que una filosofía ó superficial ó mal intencionada, ha denigrado la religion y el sacerdocio. Mandaron el mundo cuando nadie sino ellos podia mandarlo, y se sostuvie-

ron en el mundo con el mismo medio que se sostiene toda autoridad política, esto es, con las leyes y con la fuerza. Esta observación es dominante en toda la historia de los siglos medios.

En la antigua hemos podido seguir los sucesos sin gran dificultad por la correlación que llevan unos con otros. Las antiguas monarquías de Egipto y Asia, luego Grecia, y últimamente Roma, fueron los grandes centros de poder y cada uno atrajo así todo el mundo civilizado de su tiempo. Así que no hemos tenido que hacer adiciones en esta gran división de la historia. No podremos seguir un orden análogo en la moderna: 1º. porque en esta no ha habido ningún pueblo dominador; 2º. porque la historia de cada nación merece una atención particular; 3º. porque si bien el imperio griego y la Francia han sido dos centros de acción muy considerables, sin embargo casi todas las naciones en algunas épocas y con independencia de otros centros, han tenido una influencia, ya mas, ya menos directa en los negocios del mundo; y es indispensable que en una historia universal se fije la atención sobre ellas en sus períodos gloriosos (1).

*(Historia universal del Conde de Segur.)*

#### EL DOCTOR DON SEBASTIAN DE MIÑANO.

Carta de un Pobrecito Holgazán á don Servando Mazculla.

Amigo D. Servando: ¡Cuánta va á ser la sorpresa de usted al encontrarse con esta mi carta después de haberme rozado tantos responsos y padrenuestros, creído de las falsas nuevas que corrieron de mi muerte! No faltaron motivos en verdad para que muchos la tuviesen por cierta, y hasta yo mismo hube de contribuir con mi silencio á que pareciese mas verosímil y probable. ¿Ni qué muerte mas terrible para mí, que haber llegado á ver por mis propios ojos la temida reunión del Congreso nacional del año veinte, sin que hubiesen bastado á impedirlo cuantas maniobras y embarazos procuramos oponer los verdaderos amigos y protectores del altar y del trono? ¿Ni quién habia de resistir la ceguera de ese pueblo insensato, que sin dar oídos á aquellas justas prevenciones, que otros llaman intrigas, votó sin mas ni mas, y como por instinto, en favor de los mayores enemigos de nuestras ideas?

Cosa increíble parece, si no lo hubiéramos visto; pero ni si-

(1) Esta introducción es original del Sr. Lista.

quiera por descuido hubo aquel año entre los diputados ningun ex-inquisidor que hubiese podido sacar la cara en favor de tan extinguido cuerpo; y ya vo usted que una exclusion tan injusta cerraba enteramente la puerta á las mas remotas esperanzas. Fuéme pues indispensable hacerme la mortecina y taparme como dicen por el golpe, sin que me hiciesen salir de mi agujero, ni los desmerecidos ologios, ni las injustas recriminaciones, ni los estúpidos imitadores, ni los malhadados criticos, ni la suplantacion de mi testamento, ni los fingidos sollozos y campanadas por mi muerte. Quise tambien hacerme sordo á los gritos de la amistad y del parentesco, pues ni siquiera me determiné á contestar á ninguna de las veinte cartas que me escribió *mi compadre*, aunque las recibí todas; tal fué el estado de abatimiento en quo me dejó la inesperada reunion de Cortes.

Verdad es que, como ya lo dije á usted en una de mis cartas, yo nunca habia podido hincar el diente á esa decantada Constitucion, ni habia podido recabar de mí mas que tararearla mal y de mala manera, lo cual me daba mucha desventaja para poder impugnarla segun eran mis deseos. Con este santo objeto me aproveché de la voluntaria oscuridad de mi vida, no solo para leerla, sino para estudiarla y perifrassoarla de mil maneras, amplificando y sustituyendo muchas de sus palabras, para poder argüir con ellas á los que en adelante se propusiesen defenderla. Mas ya que con usted puedo hablar con toda confianza, no encontré en esto estudio todos los auxilios que yo me habia figurado, porque en efecto la Constitucion en sí misma contiene ciertas cosas que podrian contentar no solo á usted y á mí, que la aborreciamos solo por el sonido, sino tambien á los que con mas ahinco se habian propuesto contrariarla.

Este triste convencimiento apagó todas las esperanzas que yo habia concebido por esta parte, y ya me vi tentado á creer que nos habiamos quedado absolutamente solos en la palestra. Figúrese usted cuál sería mi pesadumbre y desconsuelo al ver á la España toda convertida en constitucional, aun sin saber lo que era constitucion; asi como un enfermo, cansado de un largo padecer, se entrega con alegría y confianza al médico que le prescribe un método contrario, sin pararse á investigar las razones quo motivan esta mudanza. Sin embargo, mi corazon me decia que no habia motivo para desesperar, y que convenia dejar al auxilio del tiempo, el remedio de lo quo parecia del todo irremediable. Resuelto pues á sufrir el chubasco y á guardar la persona de cualquiera malandanza, de estas que son tan frecuentes en las revoluciones políticas, lo primero que resolví fué hacer una novena á santa Rita, abogada de los imposibles, sepultar en lo mas hondo del cofre la casaca y chupa de paño negro con que me

adornaba en tiempos mas dichosos, y mudarmo de barrio; lo cual equivale en Madrid á una trasmigracion pitagórica.

Dije á usted que notaba una especie de presentimiento en mi alma, de que esta fogarata constitucional habia de ser de cortisima duracion; pero hablando de par en par, no me haga usted tan crédulo ó tan supersticioso quo suponga quo hay esos movimientos espontáneos, bien sean de esperanza ó de temor, que no estén fundados en algunas razones que sirven como de señales ó anuncios del suceso. Eran tantas las que yo veia allá en mis adentros, sin contar las que los demas veian y palpaban por do fuera, que se hubiera necesitado gran torpeza para no calcular casi con exactitud el fin, término y remate que debian tener estas cosas. Verdad es que todavia no se ha verificado ni uno ni otro, y que por lo tanto es indispensable que ahora mas que nunca tenga usted sumo cuidado de que nadio huela nuestra correspondencia, porque podria suceder, que así como en otro tiempo nuestros lamentos sirvieron, aunque contra nuestra intencion, de aviso para indicar las reformas que mas podian incomodarnos, sirviesen ahora nuestras promaturas alegrías, para que volviesen sobre sí algunos de los que tanto han contribuido á hacerlas odiosas y perjudiciales á los demas.

Sé muy bien que usted me replicará que no hay el menor recelo de que so corrijan los hombres que no han tenido otro norte en su carrera política, que la satisfaccion de sus pasiones; pero con todo y con eso, yo sé tambien que hay muchos entre ellos que de buena fe han hecho tales y tales disparates, que como ellos so llegaran á persuadir de que lo eran en efecto, no dejarian do procurar enmendarlos, y entónces habríamos contribuido involuntariamente á nuestro propio daño. De todos modos bueno será que usted lo calle, hasta que ya no tenga remedio, siguiendo la moda acostumbrada entre los escritores de partido.

Decia, pues, que me he acordado muchas veces de lo que usted me decia en su última carta, cuando me podia albricias, al ver lo mucho que contribuian á nuestras miras los mismos que mas afectaban contrariarlas; y aunque desde entónces no me quedó la menor duda de que esto se lo llevaba la trampa, nunca me persuadí á que fuese tan de prisa, ni por unos medios tan vulgares y repetidos. Porquo si bien se considera, ¿quién habia de imaginarse, que siendo la holgazaneria y el deseo de vivir á costa ajena los que habian hecho necesario el restablecimiento de una constitucion, fuesen estos mismos afectos los que lograsen destruirla en un período tan corto como el de dos años? ¿Quién se hubiera atrevido á esperar que aquel mismo D. Antonio, que con tanto fervor escribia y peroraba en todas partes contra las escandalosas riquezas do lo que llaman alto clero, y contra la ociosidad y lujo

sibarítico de las dignidades eclesiásticas, se hubiese abalanzado, como un perro hambriento, á la primera vacante, sin otra previa diligencia ni exámen, mas que averiguar cuál era la valuacion quo antiguamente tenia en la Cámara? ¿Quién podia prometerse tampoco que aquel abogado de guardilla que tanto se burlaba entro los suyos de los que salian provistos para alguna audiencia ó chancilleria, y quo tanto se mofaba de los tratamientos anejos á aquellos destinos, habia do haberse encaramado do un salto constitucional al último escalon de su carrera? Pues el militarillo aquel do la charretera raida, mire usted si le ha impedido la severidad de un gobierno representativo para igualarse y aun sobreponerse á sus jefes.

¡ Dichoso una y mil veces el impertérrito D. Serapio, y cuánta razon tuvo en seguir pretendiendo lo mismo y en la misma forma quo lo habia hecho de tiempo inmémorial! « No seais simples, nos decia, ni soñeis con perfecciones imaginarias, quo ó no caben en la naturaleza humana, ó á lo ménos no pueden lograrse sino despues de muchos años de buena educacion, de buenas leyes y do un trastorno general en las costumbres. Aun cuando la Constitucion española hubiese sido dictada inmediatamente por el mismo Dios y no tuviese la mas lijera sombra de imperfeccion, bastarian y aun sobrarian las pasiones de los hombres para crearla, no solo descontentos, sino tambien enemigos declarados. ¿No veis aquel de torvo ceño quo trae contados los dias y aun las horas que ha pasado en su destierro, y que mira hácia todos lados para ver si divisa á algunos de los que él cree que contribuyeron á su desgracia? ¿No observais aquel otro, cómo recuerda y aun repito entre sus camaradas el juramento que tantas veces pronunció á sus solas de no perder medio para vengarse de los que labraron su ruina? ¿No estais notando el ansia con quo aquel de los ojos dosencajados va sumando hasta por maravedises lo que dejó de percibir durante los seis años de ausencia, y los intereses, anti-güedad y ascensos quo él cre quo lo correspondian de derecho? ¿Pues cómo dudais de que esos solos bastan para arruinar todas las constituciones del mundo? Si los viéseis presentarse con aquella moderacion y desinterés que tanto realce da á la situacion de un desgraciado, si los observaseis que afectaban siquiera el olvido de sus agravios, y que abrian los brazos á sus mas encarnizados enemigos, entónces os aconsejaria quo temblaseis, ó que renunciaseis á lo ménos á vuestras quiméricas esperanzas. Pero miéntras los veais hinchados de orgullo y de furor imitar los mismos errores á que ellos han debido su regreso, bien podais tranquilizaros y aun cantar de seguro con que ellos sabrán cambiar en desprecio y aun en odio la compasion con que actualmente se los mira. »



No dejaban de hacerme fuerza estas razones, porque aunque yo no sabia expresarlas con la energía que Don Sorapio, bien habia conocido este mismo en las pocas conversaciones á que habia pedido arrimarme, y en otras expresiones sueltas que solia recoger al vuelo; pero como por otra parte sabia de buena tinta que no todos estaban animados de estas mismas ideas, sino que habia algunos mas modestos ó mas avisados que clamaban por elvite y por moderacion, llegué á temer que prevaleciese este dictámen, y me di por muerto con sobrada precipitacion. Confieso, querido amigo, que me engañé en esto como en todo, y veo cada vez mas, que la divina Providencia sabe aprovecharse para sus fines hasta de aquellos medios que á primera vista parecian deber alejarlos mas. Para uno que se penetrase de la necesidad de contemporizar con algunas cosas y con ciertas personas, habia ciento que querian llevarlo todo, como dicen, á fuego y sangre, y pretendian que hasta el aire que se respiraba se reconociese como un singular beneficio de su generosidad.

¡Qué buen rato hubiera usted tenido al oir á D. Petardos ponerse en medio de la calle á referir sus padecimientos y sus tragedias, por haber estado privado durante algun tiempo de asistir á los besamanes, y púestosele en la dura precision de pagar algunas de las infinitas deudas que le agobiaban, y que fueron la única y verdadera causa de que fuese conocido su nombre! Allí le veria usted centrarse siempre en docena y hablar de su liberalismo, como si fuese de alguna nueva corbata recién llegada de Paris. Viérale usted luego irse á su casa, y repasar las tarjetas de bienvenida que le habian enviado, y colear en los espejos aquellas mas histéricas y altisonantes, poniendo las otras sobre una mesa, como otros tantos trofeos de su triunfo popular. Era ciertamente un encanto oírle expresar sus temores de que las próximas elecciones le impidiesen repasar el archivo de su casa, dándole recelaba que le hubiesen extraído algunos privilegios apreciables. Bien es verdad, añadia, que ya hemos dado una prueba de que lo que no se quiere por buenas se lo sabemos hacer tragar por malas; y ahora verémos si se me da lo que de derecho me compete. Lleva la cabeza de estas ideas, volvia luego á salir muy de prisa á ayudar á coser unas enaguas á la marquesita de tal.

Yo me regocijaba, y otros muchos conmigo, de oír á estos ecos de los corifeos principales, porque venia á ser lo mismo que recoger otras tantas prouas de que no se serian largas nuestras privaciones; pero aun hubo otra señal mas segura y mas caracterizada de que el cheque se avivaria extraordinariamente, pues se pusieron en movimiento los deseos de adquirir, en unos, juntamente con los temores de otros, de no desprenderse de lo mala-

mente adquirido. Fué el caso quo no sé si se acordará usted de aquel periódico de que yo le daba noticia en mi carta octava pidiéndole suscripciones, y cuyo título habia de ser *el Destructor*; no me pareció conveniente por entónces comunicar á usted todo el secreto del fin con que se publicaba, porque hubiera sido expuesto á inutilizarle si se llegaba á divulgar; pero ya que surtió una parte de su efecto, no hay reparo alguno en que usted sepa el verdadero móvil de aquella ingeniosa maniobra. Bien pudo usted sospechar que acomodándome yo á servir de escribiente en un periódico que sonaba á liberal, no podia menos de ocultarse algun misterio, y misterio de importancia; sin que por eso se entienda que me fuesen indiferentes los diez realitos diarios que me ganaba con poquisimo trabajo. Es de advertir que habia corrido la voz, muy fundada por cierto, de que la mayor parte de los diputados á Cortes venian resueltos á conceder una amnistia franca y generosa á todos los perseguidos por errores de opinion; y como á ella era consiguiente que se les restituyesen sus bienes, ya se deja discurrir cuán importuna y perjudicial pareceria á muchos honradísimos patriotas que los estaban poseyendo de buena fe. Entre estos últimos habia uno que como mas celoso de las libertades patrias se habia apoderado de unos cuantos millones pertenecientes á los herederos de un señor, que aunque no fuese afrancesado, debia inferirse quo pudiera haberlo sido por ciertas razones y circunloquios que no son de este lugar. Inmediatamente conoció este benemérito ciudadano el gravísimo error y la mortal herida que se le iba á abrir á su patriótico bolsillo, de que se abrigasen estas viboras que lo primero quo harian seria hacerlo vomitar sangre metálica con que él se hallaba tan bien alimentado. Determinó pues buscar cuatro ó cinco escritorzuélos, de estos que llevan la infamia colgada como venera, y que aspirando ollos mismos á que se encubrieran otros rasgos patrióticos de menor consideracion, trabajarian con doble ahinco para que nadie pudiese venir á reclamar lo suyo.

En efecto, desde nuestros primeros números ompezamos á desatarnos como furias contra aquella pobre gente; y como yo sabia muy bien quo en efecto ellos eran mucho mas enemigos de lo que usted y yo queremos, que los mismos que los calumniaban, léjos de suavizar algo los articulos que se me mandaban copiar, les añadia yo de mi cosecha algunos adjetivos y adverbios que les daban un realce maravilloso. So hubiera usted reido ciertamente al ver las graciosas escenas que pasaban algunos dias en la redaccion del tal periódico. Habia entre los colaboradores un estudianton muy flaco y un si es no es hambriento, que despues de rodar por cuantas porterías de conventos hay en los diferentes barrios de Madrid, se habia introducido de comensal perpetuo de

un pobre señor de título, á quien durante muchos años están sosteniendo la mesa entre sus criados y sus acreedores. Este titulado pobreton habia tenido la caridad de vender por su cuenta una considerable porcion de cuadros y de libros que le habia dejado en depósito uno de los ausentes, solo por no denunciarlos á la comision de secuestros; y como ya se vé, esto de la vergüencilla labra tanto en las almas bien nacidas, no dejaba todos los dias de recomendar al *pauper* quo apretase de firme sobre la necesidad de quo se exceptuase de la amnistia á todos los que tenian casa puesta. — Nada ménos que eso, decia un aspirante á empleo; lo que nos conviene es que no venga ninguno de los quo necesiten pretender, porque entónces nos vamos á ver perdidos una porcion de patriotas que no hemos tenido á bien dedicarnos al estudio en estos últimos doce años. — Ni unos ni otros, replicaba el abogado que hacia de director de aquella empresa; pero lo que sobre todo debe impedirse á toda costa, es que vuelvan esos letradillos que tenian á su cargo casi todos los negocios de Madrid, porque con solo quo se asomen por las puertas, de necesidad tendré que tabicar mi bufete, y no siempre han de durar los treinta y dos reales al dia que nos está dando el propietario. El caso es que todas estas conversaciones pasaban en presencia de un famoso apóstata de todos los partidos, y á quien por consiguiente lo cogian de rabo á cabo todos los anatemas que sucesivamente iba oyendo pronunciar. Era este uno de los muchos quo en los últimos dias del mes de febrero del año 20 sentaron plaza de liberales, aunquo estuviesen sirviendo en las banderas contrarias, y que colándose de arrimon con un guerrillero muy nombrado, venia con el piadosísimo objeto de cobrar de sopeton unos ciertos créditos que él se figuraba tener. Por desgracia suya y fortuna nuestra no fué necesaria la guerrillería en la provincia que él traia entre cejas, y cambiando de norte so vino por acá á ver si en lugar de sus soñados créditos podia acreditar el magnífico sistema del *terrorismo*, de que él habia sido partícipe allá en la revolucion de Francia.

Esto pues es el que so oponia á todas las excepciones parciales, diciendo: que no solo no se debia permitir la entrada á nadio, sino que era indispensable arrojar de la nacion á todos los que habian tenido empleo desde la época del Príncipe de la Paz *inclusive*, y degollar luego á las nueve décimas partes de los quo quedasen; porquo de otro modo no era posible hacer amable la libertad. ¡Qué de autoridades citaba él de la historia moderna, y cómo le escuchaban con la boca abierta los demas de la cuadrilla, que ya se figuraban estar haciendo un papel brillante, y que circulaban por el mundo los retratos de sus democráticas personas! Yo por mi parte confieso á usted que me arrimaba cuanto podia

á sostener sus opiniones, no solo por si llegaba á cobrar los créditos, cosa que á veces no es imposible, sino porque desde luego vi que si pegaba lo del terrorismo, era el auxiliar mas poderoso que yo podia proporeionar á nuestra santa Inquisieion. En efecto, me dediqué á hacerle la corte, y le ayudé á poner tales artículos, que yo mismo me admiraba de que hubiese quien, al leerlos, pudiera lisonjearse de que se plantearia la Constitucion.

En estas y las otras se juntó el Congreso, y á pesar de la noble entereza de unos cuantos aficionados á la lectura del *Destructor*, que nunca pasaron de tres docenas, se decretó una cosa así, á manera de amnistia, que ni satisfizo á los interesados en ella, ni quitó el susto de los que temian con mucha razon el momento fatal de las restituciones. Mas lo peor de todo fué para mí, porque sin irme ni venirme, se me acabó la plaza de escribiente, habiendo cesado la publicacion de aquel papel.

Entónces fué euando me desanimé del todo y maldije mi estrella, al ver que todavía preponderaba la maldita ceguera en favor de la Constitueion, sobre tantos elementos como conspiraban á destruirla. Pero me retiré con la esperanza de que serian tantas y tales las pretensiones de unos y otros, que acabarian por volverse enemigos los que se daban el título de compañeros. En otra carta me extenderé sobre las causas mas inmediatas de esta fiera enemistad, de que tanto partido hemos sacado los secuaces de las santas ideas, contentándome por ahora con pedir á Dios que les dé fuerzas para continuar despedazándose unos á otros, medio segurísimo de que nos entronicemos sobre sus ruinas, y de que les hagamos pagar con las setenas sus prematuras burlas y sus chistes á deshora. Cuide usted de la persona, y procure no morirse ni aun en chanza, como su afectísimo

EL HOLGAZAN.

DON JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

## MACHIAVELLI.

Sus obras y su carácter.

Quizás no hay en la historia literaria de los siglos modernos un nombre mas detestado y odioso que el del secretario florentino Nicolás Machiavelli. Este nombre ha llegado á ser el emblema de la

mas refinada perfidia, y del mas descarado cinismo político. Los términos con que lo caracterizan los escritores de todas las naciones europeas, parece que solo debian ser aplicables al ángel decaído, al inventor del perjurio, al instigador y padre de todos los crímenes. Sostienen autores muy graves que todas las maldades que ha cometido la política moderna tuvieron su origen en la lectura de sus obras, y que los turcos eran los hombres mas honrados de la tierra, hasta que aquellos escritos fueron traducidos en su idioma. Y en verdad, es imposible leer su famoso tratado *El Príncipe*, sin un sentimiento de horror y de escándalo. Tal alarde de consumada protervia, presentada en toda su desnudez, sin disfraz ni paliativo; tan fria, tan razonada, tan científica atrocidad, parecen mas bien obra del genio del mal que del mas depravado de los hombres. No es extraño, pues, que la mayoría de los lectores califique con aquel dictado al que profesa descaradamente unos principios que el mas endurecido malhechor osaría apenas confiar á los cómplices de sus atentados. Sin embargo, los sabios suelen mirar con sospecha los monstruos y los ángeles del vulgo, y en el caso presente no ha faltado quien haya protestado contra la opinion comun. Machiavelli fué toda su vida un celoso republicano. El mismo año en que compuso aquel manual de reyes, estuvo preso y sufrió el tormento, en castigo de su adhesión á la causa de la libertad. Parece inexplicable que el que fué víctima de estas doctrinas, se erigiese al mismo tiempo en apóstol del poder absoluto. Algunos eminentes escritores han procurado conciliar estos extremos, investigando en aquella extraordinaria produccion algun sentido oculto, compatible con el notorio temple y con la biografía del autor. Unos suponen que su intento fué pervertir las ideas morales del jóven gran duque de Toscana, Lorenzo de Médicis, para hacerlo aborrecible al pueblo, y acelerar de este modo la emancipacion de su patria. El canciller Bacon opina que toda la obra es una larga ironía encaminada á que los pueblos se precaviesen de los hombres ambiciosos, promotores y sostenedores del despotismo. Fácil seria demostrar que ninguna de estas soluciones está de acuerdo con muchos pasages de *El Príncipe*. Pero su mas elocuente refutacion es la que se encuentra en todas las obras de la misma mano. En sus comedias, escritas para diversion de la muchedumbre; en sus Comentarios de Tito Livio; en su Historia, dedicada á un pontífice romano tan amable como digno de veneracion; en su correspondencia de oficio, y hasta en sus memorias y apuntes privados, se descubre la misma laxitud de principios morales. Quizás no se encuentre en todos sus escritos una sola línea de censura contra la traicion, el disimulo y la perfidia.

Despues de esto, parecerá ridiculo decir que en pocas obras de

la literatura moderna se encuentran sentimientos tan elevados, un celo tan puro y ardiente en favor del bien público, un conocimiento tan profundo de los derechos y obligaciones del buen ciudadano, como en los escritos de Machiavelli. Y sin embargo, es así; aun en *El Príncipe* mismo podríamos indicar pasajes en apoyo de esta observación. En nuestro siglo nos confunde tan monstruosa inconsecuencia. El autor es para nosotros un inesplicable enigma; un conjunto absurdo de las cualidades mas opuestas; egoismo y generosidad, crueldad y benevolencia, astucia y sencillez, abyecta villanía y heroísmo exaltado. Todo esto parece inconcebible: pero todavía hay datos que lo son mas en todo lo relativo á este hombre extraordinario. No hay el menor motivo para creer que los hombres de su tiempo notasen ese contraste de doctrinas en la misma persona. Sobran pruebas auténticas de la alta estimación que profesaban á sus escritos y á su persona los hombres mas respetables de su siglo. Clemente VII favorció y promovió la publicación de las mismas obras de Machiavelli, que fueron miradas con recelo por los padres del Concilio de Trento; algunos miembros del partido democrático lo censuraron por haber dedicado su obra á un príncipe que llevaba el nombre impopular de Médicis: pero nadie alzó la voz contra la inmoralidad de sus opiniones. La primera que se alzó en este sentido estalló mas acá de los Alpes. El autor del *Anti-Machiavelli*, fué un protestante francés. ¿Dónde hallaremos la llave de tan hondos misterios? Un ominente publicista inglés, el elocuente historiador y orador Macauley cree haberla descubierto en el temple de los sentimientos morales que formaban el carácter nacional de los italianos de aquellos tiempos. Nosotros vamos á resumir en breves páginas las ingeniosas razones y los datos tan curiosos como instructivos en que funda su interpretación.

Durante los tenebrosos siglos que siguieron á la caída del imperio romano, la península italiana conservó en mayor grado que ningun otro de los países occidentales de Europa, los restos de la antigua civilización. Notorias son la ignorancia y la ferocidad que dominaban en Inglaterra y Francia durante los reinados de la Heptarquía y de la dinastía Merovingiana. Y entretanto las provincias napolitanas sometidas al imperio bizantino, participaban de la cultura y del pulimento de las ideas y de las costumbres del Oriente. Roma, protegida por el carácter sagrado de sus pontífices, gozaba de reposo y seguridad, y aun en las regiones en que los sanguinarios lombardos habian fijado su monarquía, habia mas riqueza, mas saber y el pueblo gozaba de mas comodidades que en todas las naciones de origen germánico. Pero lo que mas distinguía á la Italia de los países vecinos era la importancia que habia adquirido la población de las ciudades: algunas

de ellas fundadas en comarcas ásperas y remotas, por los que huían del furor de los bárbaros, conservaron su independencia á favor de su oscuridad, hasta que adquirieron bastante poder para defenderla con la fuerza de las armas. Así fué como se iba formando poco á poco un enérgico espíritu democrático. Los monarcas Carlovingianos eran demasiado imbéciles para estinguirlo. Adquirió todo su vigor á mediados del siglo XII, y despues de un largo conflicto, triunfó del talento y del valor de los principes de Suabia.

Entretanto, se observaba en Italia una estraña anomalía. Todas las naciones cristianas miraban á los papas con la mas profunda veneracion, como cabezas de la Iglesia y vicarios y representantes de Jesucristo. Solo en Italia tenian censores, perseguidores y enemigos. Muchas veces tomó las armas la poblacion de Roma contra sus pastores: hubo papas depuestos, asesinados y perseguidos. Los poetas escribian contra ellos las sátiras mas punzantes, como lo hicieron el Dante y el Petrarca. Hubo un papa que tuvo bastante poder para mandar azotar á un rey de Inglaterra en el sepulcro de un mártir, y él mismo estaba desterrado de Roma.

En todos los otros reinos de Europa habia una clase poderosa que humillaba al pueblo y arrostraba la autoridad de los reyes; pero en los Estados mas florecientes de Italia, los señores feudales estaban muy lejos de tener tanta importancia. En algunos distritos se acogian á la sombra de las poderosas repúblicas enriquecidas por el comercio, y se iban amalgamando gradualmente con la masa de los ciudadanos. En otros poseian grande influjo; pero no como el de que gozaban los señores en los reinos transalpinos. No eran principes en pequeña escala, sino ciudadanos eminentes. En lugar de fortificar sus castillos en las montañas, hermoseaban sus palacios en las plazas públicas. Este era uno de los muchos sintomas que anunciaban la existencia de la libertad en Italia, y la libertad trajo consigo el comercio, la aficion al saber y la proteccion de las artes. Desde entonces, la admiracion de la sabiduría y del genio llegaron á convertirse en una especie de idolatria. Los reyes, las repúblicas, los cardenales y los dogos rivalizaban en honrar y adular al Petrarca. Los Estados rivales le enviaban embajadores; su coronacion como poeta agitó á las poblaciones de Roma y Nápoles, á la manera que podria haberlo hecho un gran suceso político. Los hombres ricos empleaban inmensas sumas en libros impresos, manuscritos, medallas, bustos y estatuas. Se prodigaban magníficas recompensas á pintores, escultores y arquitectos. La ciencia y la prosperidad pública caminaban de frente, y llegaron á su zenit bajo el mando de Lorenzo el Magnífico.

Pero en los Estados italianos, como en muchos cuerpos naturales, la decrepitud precoz fué el castigo del desarrollo prematuro. La grandeza temprana de Italia y su temprana decadencia, tuvieron el mismo origen, á saber, la preponderancia que adquirieron las ciudades en el sistema político. En una nación de pastores ó cazadores, cada hombre se convierte en soldado. El labrador, aunque apegado al suelo de que saca su subsistencia, sabe defenderlo en caso necesario, y, como la labranza tiene tantas interrupciones en las diversas estaciones del año, ha sucedido muchas veces que el labrador haya aprovechado aquellos intervalos para adiestrarse en el ejercicio de las armas. Así fué como se formaron los primeros soldados de Roma. Pero todo esto cambia cuando empiezan á florecer el comercio y las manufacturas. Las ocupaciones sedentarias del escritorio y del telar son incompatibles, y hacen odiosos la vida, los peligros y los hábitos de la milicia. En semejantes poblaciones no hay tiempo que perder; pero hay dinero que gastar, y lo que se hace en ocasiones de peligro, es asalariar hombres fuertes y diestros en el uso de las armas, para que defiendan á los que trabajan y se enriquecen. En este caso se vieron y de esto arbitrio echaron mano las repúblicas italianas. Pero cometieron un error gravísimo. En lugar de formar con aquellas tropas mercenarias ejércitos permanentes, las despedían cuando no las necesitaban, y así se formaron numerosas bandas de aventureros, que se consideraban como propiedad común, y que estaban siempre dispuestas á servir al que mejor las pagaba. Estos principios produjeron sus consecuencias naturales. El servicio militar se convirtió en tráfico. Los guerreros no estaban apegados por ninguna consideración de respeto, de amor, de patriotismo ni de convicción á la causa que defendían. El interés y la igualdad de miras y de profesión concurrían á mitigar las hostilidades de los que habían sido compañeros de armas y que podrían volver á serlo. Así es que la historia militar de Italia en aquellos tiempos se compone de marchas y contramarchas, expediciones de saqueo, bloqueos prolongados, combates inocentes y otras inútiles operaciones. Grandes ejércitos peleaban desde la aurora hasta el anochecer; se ganaban grandes victorias; se hacían millares de prisioneros, y apenas quedaban algunos muertos en el campo de batalla. Para esta clase de guerras no se necesitaba valor. Los hombres envejecían en las filas; adquirían fama y riquezas sin haberse expuesto jamás al menor peligro. De estas costumbres nacieron dos clases de moralidad de un carácter opuesto. En la mayor parte de Europa se miraban con desprecio los vicios propios de las disposiciones tímidas y pusilánimes: la flaqueza, el fraude y la hipocresía; y con indulgencia y aun con respeto los excesos del



orgullo y de la altivez. Pero en Italia habia una disposicion, que llegó á ser nacional, á perdonar y aun á aplaudir los crímenes que suponian sangre fria, astucia, fertilidad de inventiva y profundo conocimiento del corazon humano. Propagóse este espíritu en todas las clases de la sociedad, y sobre todo en los hombres públicos. El estadista italiano de aquellos tiempos era un conjunto de contradicciones, un verdadero enigma. Sus palabras no estaban de acuerdo con sus pensamientos. No vacilaba en afianzar sus promesas con juramento, cuando queria seducir; ni carecia de pretestos cuando queria hacer traicion. Era cruel, no por temperamento, sino por cálculo. Sus pasiones estaban disciplinadas, y hasta en sus mas impetuosos estallidos habia orden, método y segundas intenciones. Todas las fuerzas de su alma se empleaban en vastos y complicados planes de ambicion, y sin embargo, en su aspecto y en su lenguaje se notaba constantemente la mas inalterable apacibilidad. Devoraban su corazon el ódio y la venganza, y cada mirada era una sonrisa cordial, y cada gesto un signo de benevolencia. Jamás descubria á su adversario el lado flaco por donde pudiese herirlo: su propósito no se dejaba ver sino cuando estaba consumado. Huia del peligro, porque en la sociedad en que vivia, la timidez habia dejado de ser deshonrosa. Para él los medios mas plausibles eran los mas cortos, los mas fáciles y los mas tenebrosos. No comprendia cómo podia escrupulizarse en engañar al hombre que se deseaba ó que convenia destruir. Tenia por locura declararse en hostilidad abierta contra el hombre á quien queria herir en un abrazo fraternal, ó envenenar en la alegría de un banquete. Y sin embargo, este mismo hombre no carecia de las virtudes que suponen una cierta elevacion de alma. En valor civil, en presencia de espíritu y en perseverancia, le eran inferiores los mas acreditados caudillos de las naciones germánicas. En la enemistad era peligroso; pero benéfico y justo en el mando. Fuera de la escena política, era humano y condescendiente. Tal es el fiel retrato de los principales y mas famosos hombres de estado italianos de aquellos tiempos.

Cada siglo y cada nacion tiene ciertos vicios característicos que prevalecen casi universalmente, que se ostentan sin empacho, y que aun los hombres mas rígidos ó toleran ó censuran con tibieza. Las generaciones sucesivas cambian de modas en la moral, como en muebles y vestidos. Se patronizan otras flaquezas, y se habla con acritud de la depravacion de los antepesados. No es esto todo. La posteridad obra como obraba el dictador romano para castigar un motin militar: escoge un reo para que pague por todos, y todos quedan absueltos, y solo aquel castigado. En la ocasion de que vamos hablando, Machiavelli fué la víctima designada, sobre la cual debia recaer la execracion que toda su generacion merecia.

No fueron mejores que él los Sforzas, los Viscontis, los Borgheses, los Catruccios, los Dorias y los Falieros; pero los principios que estos hombres profesaban solo se manifestaron en sus acciones, cuya memoria ha borrado, ó ha hecho menos odiosa el trascurso de los tiempos; mas los principios de Machiavelli quedaron consignados en un libro, y este libro ha servido de acta de acusacion contra un hombre solo, como si no hubiera tenido por cómplices á todos sus contemporáneos. Y lo mas extraño de todo es que no hubo realmente semejante complicidad; porque Machiavelli fué recto y justo en su conducta; su moralidad era muy distinta de la de los que lo rodeaban. Su gran error fué presentar al mundo como teórica general las prácticas generalmente admitidas en su tiempo, de modo que el público ha podido tomar por una profesion de fe de sus creencias morales, lo que no es mas que una especie de código observado en un siglo por todos los que manejaban negocios públicos.

Habiendo bosquejado tan cumplidamente el carácter del hombre cuanto nos ha sido posible, pasamos ahora al exámen de sus escritos. Como poeta no es acreedor á un lugar muy distinguido. Sus *Decennali* no son mas que fragmentos históricos de los sucesos de su época. Fué un imitador servil del Dante, tanto en la estructura del verso, como en el plan de la composicion.

Mas particular atencion merecen sus comedias. La intitulada *Mandrágora*, es superior á la mejor de las de Goldoni, y solo inferior á la mejor de las de Moliere. Es obra de un hombre que, si se hubiera dedicado esclusivamente á la composicion dramática, probablemente habria llegado á la mas alta eminencia, y producido un saludable efecto en el gusto nacional. La pieza abunda en caracteres perfectamente delineados; los del confesor hipócrita y del bufon Nicias, son modelos acabados de *vis comica*. La pieza interesa sin el socorro de una intriga complicada ni de grandes incidentes. El lenguaje es culto sin afectacion, y familiar sin bajeza; el diálogo animado, vigoroso, y sembrado de chistes de buen gusto. Por último, la *Mandrágora* fué la comedia que abrió el camino al verdadero arte moderno, y puede considerarse como un paso inmenso en la carrera de la perfeccion literaria. Representóse en Florencia con asombroso éxito, y el papa Leon X fué uno de sus mas ardientes admiradores. La *Clicia* es una imitacion de la *Casina*, de Plauto, la mejor de las comedias de este autor, y la que mas fácilmente puede adaptarse á otros tiempos y á otras costumbres. El imitador desempeñó su tarea con singular acierto. Poco diremos de la novela *Belfegor*, inspirada por las desazones que experimentó el autor en su matrimonio, y que lo condujeron á exagerar los inconvenientes de aquel estado. Es obra

del despecho y del desco do venganza, aunque de un estilo muy correcto y lleno de excelentes narraciones.

La correspondencia política de Machiavelli, publicada por primera vez en 1767, es obra de gran precio. Las deplorables circunstancias en que se halló colocada la Toscana durante la mayor parte de la vida pública del diestro secretario, dieron extraordinario estímulo á los talentos diplomáticos. Desde el momento en que Carlos VIII descendió de los Alpes, debió cambiar enteramente de aspecto la política italiana. Los gobiernos de la península dejaron de formar un sistema independiente, y se convirtieron en satélites de Francia y de España. Bajo el influjo de estas circunstancias, la prosperidad y el reposo de aquellos países dependia mas de la habilidad de sus agentes diplomáticos, que de la accion directa de sus gobiernos respectivos. El embajador era el abogado de los intereses, no solo del gabinete que representaba, sino de la nacion á que pertenecia; era ademas un espía de carácter inviolable. Su mas importante deber era penetrar en las intrigas de la corte en que residia; descubrir y sacar partido de las flaquezas y preocupaciones de sus hombres públicos, del favorito que dominaba al príncipe, y del ayuda de cámara que gobernaba al favorito. Tenia que estar bien con la querida del uno, y sobornar al confesor del otro; acomodarse á las costumbres y aun á los caprichos de aquellos con quienes negociaba; vivir en continuo recelo, y no perder de vista la menor circunstancia que pudiese dar lugar á una observacion útil. Machiavelli fué muchas veces empleado en estas árduas misiones: una, cerca del rey de los romanos y del duque de Valentinois; dos, como embajador en Roma, y tres en Francia. En estos y otros encargos de la misma clase, aunque de inferior orden, ostentó incomparable destreza y fertilidad de recursos. Sus despachos forman una de las colecciones mas curiosas de la diplomacia moderna. No están redactados con esa fraseología pedantesca y al mismo tiempo insignificante, recurso trivial de nuestros modernos diplomáticos, sino con la sencillez y la verdad propias de un hombre que observa bien y sabe expresar lo que observa. Sus narraciones son claras y elegantes; sus juicios sobre hombres y negocios, sensatos y pensados con calma y madurez. Refiere las conversaciones de un modo animado y característico, dándoles todo el interés de un drama. El lector de estos curiosos documentos se halla de pronto iniciado en una sociedad de personajes que allí aparecen de un modo muy diverso que en la historia: penetra la insignificante turbulencia de Maximiliano, la altanera energía y pomposa dignidad del papa Julio, y los suaves y graciosos modales bajo los cuales se ocultaba la insaciable ambicion sanguinaria de Borja.

No podemos pasar adelante, sin detenernos en el hombre que,

por sí solo, personificaba la moralidad política de Italia, parcialmente ligada en él con los severos lineamientos del temple castellano. En dos importantes ocasiones fué admitido Machiavelli á su sociedad: una en el momento en que Borja acababa de triunfar de sus mas formidables enemigos por medio de las mas diabólicas asechanzas, y de los amañes mas astutos y pérfidos, y otra, cuando agobiado de males físicos y asediado de infortunios que la mas consumada prudencia no habria podido evitar, se hallaba prisionero del mas encarnizado adversario de su familia. Estas dos entrevistas de los dos hombres mas diestros en la política italiana, el uno como teórico y el otro como práctico, están plenamente consignadas en la correspondencia, y forman una de sus partes mas curiosas. De algunos pasajes de *El Principe*, y de algunas tradiciones vagamente conservadas, se ha querido inferir que existian entro Borja y Machiavelli relaciones mas intimas que las que se manifestaban al público; que el enviado inspiraba y dirigia los crímenes que el tirano perpetraba. Pero los documentos de oficio demuestran de un modo irresistible que, lejos de ser amistosas aquellas relaciones, eran realmente hostiles. No puedo, sin embargo, dudarse que la imaginacion de Machiavelli y sus opiniones en materia de gobierno se habian dejado impresionar por las observaciones que tuvo ocasion de hacer sobre el carácter singular, y las no menos singulares aventuras de un hombre que, luchando con tan formidables obstáculos, habia podido consumir tan inauditas bazañas; que, saciado de los mas refinados goces de la sensualidad, halló estímulos mas poderosos y durables en la sed de dominio y de venganza; que, de cardenal inactivo y voluptuoso, se trasformó de pronto en el primer general de su siglo; que, despues de haber adquirido la soberania para destruir á sus enemigos, adquirió popularidad para destruir á sus cómplices: hombre, en fin, que sucumbió en medio de las maldiciones de su pueblo, sin embargo de que este mismo pueblo confesaba que no habia ni podia haber quien lo reemplazase en el mando. Machiavelli se muestra en sus obras harto indulgente con aquel compuesto de vicios y de crímenes: y hay dos poderosas razones que lo esplican: en primer lugar, la opinion general estaba ya estraviada por los mismos excesos, que se repetian sin cesar en todas las córtes grandes y chicas de la península, y por mas severos que soan los principios de un hombre, por muy arreglada que sea su conducta, es imposible que se preserve enteramente de un contagio que le comunican todos sus sentidos, y de que están impregnadas todas sus impresiones. ¿Quién ignora el detestable vicio que inficionó la sociedad griega, en los bellos dias de su ilustracion, cuando Platon enseñaba la mas pura de las filosofías, cuando la oratoria, la ciencia y el gobierno, y las

bellas artes habian llegado al mas alto grado de perfeccion? ¿No asistian en Roma, á los sangrientos juegos del Circo, los mas graves senadores, las matronas mas respetables y los emperadores mas justos y sabios? Y si Juliano declara su repugnancia á estos espectáculos, en sus cartas familiares ¿funda acaso aquel sentimiento en motivos de compasion y de humanidad? No por cierto: los detestaba, no porque eran crueles, sino porque eran asquerosos. Ademäs de esto, aunque Borja era uno de los hombres mas perversos de que hace mencion la historia, se consideraba como el único que podia libertar á Italia del yugo extranjero, y restituirle la independencia que perdió para siempre, desde que se forzó la liga de Cambray, y Carlos VIII pasó los Alpes. Esta era la pasion dominante de todos los italianos, y especialmente de los hombres públicos. El amor propio nacional estaba cruelmente ofendido por la sensualidad grosera de los suizos, por la ambicion y predominio de los españoles, y por la frivolidad y tono despreciativo de los franceses. Los italianos veian desaparecer rápidamente los tesoros acumulados durante largos siglos de prosperidad mercantil y de juiciosa economia. La superioridad intelectual del pueblo oprimido, le hacía mas odioso el yugo que le imponia el opresor. Machiavelli deploraba los infortunios de su pais, y, una vez muerto el hombre que habria podido vengar los males de la patria, concibió el proyecto de esterminarlos en su raiz, por medio de una institucion que chocaba de frente con el orden de cosas establecido, y que debia oponer una incontrastable barrera al poder de los invasores. El sistema militar de los pueblos italianos era, como ya hemos indicado, el que habia estinguido en ellos el valor y la disciplina, dejándolos sin defensa contra la ambicion y la codicia de los extranjeros. El secretario florentino proyectó la abolicion del servicio militar mercenario, y la formacion de un grande ejército nacional. Los esfuerzos que hizo para realizar tan vasto y noble designio, deberian haber bastado para preservar su nombre de las amargas censuras con que lo ha rebajado la posteridad. Aunque su profesion y sus hábitos eran pacíficos, se puso á estudiar asiduamente la teoria de la guerra, y sobre todo, los pormenores y el mecanismo del servicio. El gobierno adoptó sus miras; se formó un consejo de guerra; se decretó una leva general, y el infatigable ministro andaba de pueblo en pueblo, inspeccionando y vigilando la ejecucion de aquel designio. A los principios, el ensayo salió mejor de lo que podia esperarse. Las nuevas tropas sostuvieron el honor nacional en el campo de batalla, y Machiavelli contempló estas primicias de su creacion, como un padre contempla los primeros lucimientos de su hijo. Ya concebía esperanzas de que las armas italianas perseguirian á sus

enemigos hasta las orillas del Sena, del Rhin y del Tajo. Pero el torrente de la mala fortuna se desencadenó antes que estuviesen consolidadas las barreras que debian reprimirlo. Es verdad que Florencia se preservó algun tiempo de las calamidades que afligian á los estados comarcanos. El hambre, la invasion y la peste asolaban las fértiles llanuras de Lombardía. Todas las maldiciones denunciadas por los profetas contra Tiro parecian conjuradas contra la infeliz Venecia, cuyos opulentos habitantes lamentaban en tierra estraña la pérdida, que parecia inevitable, de la reina del Adriático. Nápoles habia sido cuatro veces conquistada, saqueada y oprimida. Al fin le tocó la vez á Toscana. Los Médicis volvieron de su largo destierro, apoyados por armas estrangeras. Las instituciones políticas y militares desaparecieron al influjo de aquellos mal disfrazados opresores. Se deshizo la obra de Machiavelli, y sus ilustres servicios fueron recompensados con la pobreza, la cárcel y la tortura.

No por esto se entibió su celo ni abandonó su idea favorita. Con el objeto de vindicarla de algunas objeciones vulgares, y de refutar algunos errores predominantes sobre el servicio militar, dió á luz sus siete libros del *Arte de la guerra*, obra excelente, escrita en forma de diálogo, á la manera de los antiguos. El autor pone sus opiniones en boca de Fabricio Colona, personaje de la alta nobleza de los Estados Pontificios, y oficial de gran mérito al servicio del rey de España. Al pasar por Florencia, en su jornada á Lombardía, asiste á un convite que le ofrece Cosme Rucellui, jóven do bellisimas prendas, cuya temprana muerte deplora Machiavelli en bien sentidas frases. Despues del banquete, los convidados se retiran á un bosque sombrío, para guarecerse del calor del verano. Fabricio fija su atencion en algunas plantas que lo son desconocidas, y su huésped le informa que, aunque raras en los tiempos modernos, eran muy comunes en la antigüedad, y que su abuelo, como otros muchos nobles italianos, se recreaba en el cultivo de los campos, á ejemplo de los Cincinatos y de los Fabricios de la antigua Roma. De aqui toma pie Colona para censurar las costumbres modernas de los italianos, los cuales solo imitaban á sus predecesores en lujo y frivolidades, y pasa á disertar sobre la antigua disciplina de los tiempos de la república y sobre los medios de restablecerla. En esta conversacion se introduce una elocuente defensa de la milicia florentina y se proponen varios medios de perfeccionarla.

A la sazón, los suizos y los españoles eran los mejores soldados de Europa. El batallon suizo se componia de alabarderos, y su organizacion tenia algo de la falange griega. Los españoles, como los soldados de Roma, preferian la espada y el broquel. Las victorias de Flaminio y de Emilio, en Macedonia, demostraron la

superioridad del armamento de las legiones, y mas tarde confirmó estas ventajas la memorable batalla de Ravena, una de las mas destructoras de cuantas ensangrentaron el suelo de Italia. En aquel terrible conflicto, la infantería de Aragon, compuesta de los valientes compañeros de Gonzalo de Córdoba, abandonada por todos sus aliados, y circundada de fuerzas enemigas muy superiores en número, se abrió calle por una selva espesa de alabardas y lanzas, retirándose con la mayor union y valentia, á vista de los gendarmes de Foix y de la artillería de Este. Fabricio propone la combinacion de ambos sistemas, armando la primera fila con alabardas para resistir á la caballería, y las otras con espada y broquel para empeñar mas seriamente el combate. El autor se muestra en toda la obra admirador entusiasta de la ciencia militar de los antiguos romanos, y censor severo de las máximas militares adoptadas por los guerreros italianos de la última generacion. Prefiere la infantería á la caballería, y los campos fortificados á las fortalezas y castillos. Recomienda los movimientos rápidos y los empeños decisivos, mas bien que las operaciones lánguidas y dilatadas que se usaban en su tiempo. No da mucha importancia á la invencion de la pólvora, y esta opinion se justifica por la suma imperfeccion de las armas de fuego en aquella poca. La obra es apreciable por los datos que contiene sobre el arte militar moderno, como se hallaba en sus principios; y la gracia, la claridad y la elegancia del estilo, hacen muy agradable su lectura, aun para los profanos al asunto de que trata.

*El Principe* y los *Discursos* sobre Tito Livio se escribieron despues de la caída del gobierno republicano en Florencia. La primera de estas obras está dedicada al joven Lorenzo de Médicis, y se consideró generalmente como un acto de apostasía política. Lo cierto es que Machiavelli, viendo destruida para siempre la libertad de su patria, trabajaba por conservar su independencia, y nadie podia sostener esta causa con tantas probabilidades de buen éxito, como un miembro de aquella ilustre familia. La noble y patética peroracion con que termina aquella obra, demuestra cuán fuertemente palpitaban estos sentimientos en el corazon de su autor.

El hombre ambicioso está retratado al natural en *El Principe*; el pueblo ambicioso en los *Discursos*. Los mismos principios que, en la primera de aquellas obras esplican la elevacion de un individuo, se aplican en la segunda á la mas larga duracion y á los complicados intereses de una sociedad. Los lectores modernos pueden calificar de pueril la forma de los *Discursos*. Ciertamente Tito Livio no es un historiador que pueda inspirar mucha confianza, aun en aquellos asuntos en que debemos creerlo bien in-

formado, y la primera de sus *Decadas*, que es la única que sirvió de texto á Machiavelli, no es mas digna de crédito que un cronicón de la edad media. Pero el comentador no ha sacado del texto sino algunos pasages breves y aislados, quo podria haber encontrado en otros muchos autores de la misma época. Todo el cuerpo de la obra es original, y Tito Livio no hizo mas quo suministrarle pretextos para esplayar las opiniones que sus meditaciones y su experiencia lo habian suministrado.

Sobre la inmoralidad refinada que ha dado al *Príncipe* una impopularidad tan merecida, y que no deja de percibirse tambien en los *Discursos*, hemos espresado ya nuestra opinion, procurando demostrar que pertenecia mas bien á la época que al hombre. Esta consideracion no lo absuelvo, sin embargo, del escándalo que han producido sus doctrinas, y disminuye en gran parte, la satisfaccion que la lectura de aquellas obras proporciona á todo hombre inteligente. Porque es imposible concebir una reunion de dotes mentales superiores en alcance y elevacion á las que aquellos escritos revelan. Parece haber reunido Machiavelli con rara y esquisita armonia, las cualidades que pocas veces concurren en el mismo hombre de estado : la aptitud á concebir planes grandiosos, y la facilidad de su ejecucion, en todos sus pormenores. Es un hombre eminentemente práctico, y al mismo tiempo, profundo en sus síntesis, y diestro en la mas razonada y lógica argumentacion. Hay errores en sus obras; pero errores que aponas podia evitar un hombre situado como él lo estaba. La mayor parto de ellos provienen de un defecto, quo se descubre no menos en todo el sistema de su doctrina que en su conducta pública y diplomática, á saber, su propension á fijar toda su atencion, y concretar todos sus estudios mas bien en los medios que en los fines. Escribió sobre negocios públicos, sobre combinaciones políticas, sobre manejo de intereses de los Estados, perdiendo enteramente de vista el gran principio que las sociedades y las leyes solo existen para aumentar la felicidad de los individuos. Consideró el cuerpo social como una idea abstracta; como un todo homogéneo y dotado de una existencia independiente y propia, sin echar de ver que ese todo no es mas que lo que es cada una de las partes que lo componen. El objeto que se propone es lo que suele llamarse, en el idioma de la política tortuosa de los partidos, el *bien público*, el cual muchas veces es incompatible con el bien de los ciudadanos y de las familias. Es fácil entender como se arraiga esta preocupacion en la cabeza del hombre mas inteligente y mejor intencionado. Las continuas relaciones con los personajes que se disputan el poder, la asistencia diaria á los gabinetes de los príncipes, á las conferencias de los ministros, á las consultas de los repúblicos, á las juntas de



los partidarios; la lectura asidua de protocolos, memorias, manifestos y correspondencias de oficio, forman en torno del hombre político una atmósfera que oscurece la perspectiva mucho mas interesante y preciosa de los campos, de los talleres y de los escritorios. En este grave error cayó el ilustre florentino, y se mantuvo en él, con la mejor fé posible, y sinceramente convencido de la rectitud de sus miras. Nunca defiende una opinion errada por parecerle nueva ó seductora, ó porque le presente ocasion favorable de esplayar un ingenioso sofisma, sino porque la cree verdadera y sólida, y se propone comunicar á otros la conviccion de que está penetrado. No buscó el error : lo encontró en el camino y no pudo evitarlo.

La última obra importante de Machiavelli fué la Historia de la ciudad de su nacimiento. Es obra inexacta como narrativa; mas como composicion literaria, ninguna de las de su tiempo se lo aventaja en belleza de estilo, elegancia de formas, lucidez de ideas y pureza de diction. Fué escrita por orden del papa, que, como cabeza de la familia de los Médicis, era á la sazón soberano de Florencia. Esta obra no parece escrita muy esmeradamente con respecto á la verdad histórica; ni se notan en ella las consecuencias de una investigacion laboriosa. Sin embargo, los grandes hechos históricos están trazados con fidelidad, y, en general, la historia de Florencia puede compararse á las pinturas que hacen gran efecto vistas á cierta distancia, pero cuyos pormenores no están en armonia con la grandeza de la composicion.

El autor vivió lo bastante para presenciar los últimos esfuerzos de los florentinos para recobrar su libertad. Poco despues de su muerte se estableció finalmente la inonarquía : no como la que Cosme de Médicis habia fundado en una constitucion bien concebida, y en los sentimientos de sus conciudadanos; no como la que despues hermoseó Lorenzo de Médicis con las luces de la ciencia y los primores del arte : sino una tiranía degradada y al mismo tiempo altanera; débil y sanguinaria; supersticiosa y lasciva. Bajo este odioso régimen, la memoria del patriota, del sabio y del literato, debia ser odiada y escarnecida, y lo fué en efecto. Sus obras fueron desfiguradas por los escritores satélites del poder, mal interpretadas por los lectores vulgares; condenadas por la Iglesia, y atacadas con todo el furor del fanatismo y de la sensualidad por los partidarios de la nueva tiranía. Cubrióse de infamia el nombre del ciudadano ilustre que habia introducido la luz en los mas tenebrosos misterios de una politica bastarda, y á cuya sabiduría y patriotismo debió un pueblo oprimido sus últimas esperanzas de emancipacion y de venganza. Por espacio de 200 años estuvieron sus huesos confundidos con otros en un abandonado cementerio. Un noble inglés los sacó de

la oscuridad, y ahora los custodia, en la mas hermosa iglesia de Florencia, un magnifico sepulcro, al cual se acercan con respeto todos los que saben dar su verdadero precio á las grandes cualidades del ánimo, y, con penosas reflexiones, cuantos echen una mirada en torno, y contemplen el espectáculo que les ofrece en el dia aquella region privilegiada, tan digna de mejor suerte que la que por espacio de tantas generaciones la ha perseguido y despojado de sus antiguas glorias.

## EL CONDE DE TORENO.

### I.

#### Floridablanca.

A los ochenta años cumplidos de su edad, don José Moñino, conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin en Murcia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del Estado. Fiscal del Consejo Real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas, se le honró con el cargo de embajador cerca de la Santa Sede, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de Estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fué desde entonces hasta la muerte de Carlos III, ocurrida en 1788, árbitro, por decirlo así, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior casi todos los ramos, construyó caminos y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España, si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demás la dignidad de la nacion. Censurósele, y con justa causa, el haber introducido

una política suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada afición á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías, hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo poco sufrido : ninguna de ellas fué mas tachada que la junta llamada de Estado, y por la que los ministros debian, de comun acuerdo, resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo, la medida en sí y los motivos en que la fundó, no solo le justificaban, sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Carlos III, continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entonces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satiricos contra su persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza régia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad invención en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los límites de la potestad real, rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la Central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

## II.

### Jovellanos.

Atento á ellas y formado en muy diversa escuela, seguia en su conducta la vereda opuesta don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la Audiencia de Sevilla: ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de Órdenes, desempeñó estos cargos y otros no menos importantes con integridad, celo y atinada ilustracion. Elevado en 1797 al ministerio de Gracia y Justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de Maria

Luisa, recibió bien pronto su exoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á Don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del ministro y sus amigos. Desterrado primero á Jijon, pueblo de su naturaleza; confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin, atropelladamente y con crueldad encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez; y ya hemos visto cuán dignamente al salir de ella desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito, le eligió Asturias para que fuese en la Central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores, si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras, fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su Instituto Asturiano, de que fué fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opinion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que, de ánimo candoroso y recto, solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente, que (como decia Ciceron su autor predilecto) « difícilísimamente cae en sospecha de la perversidad de los otros. » Tal fué Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España.

*(Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.)*

## DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

## Reinado de Carlos I.

A fines del siglo 15 habia fallecido el príncipe D. Juan, primogénito de los Reyes Católicos y heredero de sus estados, sin dejar descendencia; pero el dolor que debió causar tamaña pérdida se templó en parte al ver pasar los derechos de sucesion á la reina de Portugal, que debia transmitirlos, despues de su muerte, á su hijo don Miguel, heredero de una y otra corona. Hubiérase verificado de esta suerte, y de un modo llano, legal, sin oposicion ni violencia, la reunion de ambos reinos de la Península bajo un mismo cetro; formando la monarquia mas poderosa de Europa, y con inmensas posesiones en todas partes del mundo.

No lo quiso así la mala estrella de España: despues de muerto el príncipe D. Juan, fallaron las esperanzas concebidas de que dejaba sucesion; murió tras él la reina de Portugal, murió tambien su hijo, los siguió al sepulcro Isabel la Católica; y recayeron, por lo tanto, los derechos al cetro de Castilla en la princesa doña Juana, de escasa capacidad y juicio, desposada de antemano con un príncipe extranjero, sin que se hubiesen calculado, cual era justo, las consecuencias que podrian resultar de semejante enlace.

En los países como Francia, en que la ley fundamental prohibe que reinen las hembras, esta exclusion aleja hasta lo sumo el peligro de que pase el cetro á manos extranjeras; pero en los estados como España, en que las mujeres no están excluidas del trono, es necesario tomar las mayores precauciones políticas para evitar aquel caso; así como lo hicieron de muy antiguo los portugueses en sus famosas Cortes de Lamego, y despues al elevar al trono á la casa de Braganza.

A falta de iguales precauciones, que tantos males hubieran evitado á España, sus leyes fundamentales, no menos que la antigua práctica y los usos del reino, exigian la intervencion de las Cortes en todos los asuntos graves de la monarquía, como lo era indudablemente el casamiento de una infanta, pues que podia llegar el caso, como llegó en efecto, de que recayese en ella la corona, pero no se tuvo prevision bastante para pesar las resultas que podian sobrevenir de tamaña falta; y á la vuelta de poco tiempo se encontró la nacion española regida por monarcas que trajeron como primicias la guerra civil y extranjera, y nos dejaron la guerra civil y extranjera como postrer legado.

Desde la muerte de la reina doña Isabel empezaron ya los disturbios y parcialidades en Castilla, con motivo de la incapacidad de su sucesora doña Juana, de las pretensiones del archiduque su esposo, y de la repugnancia que mostraba á desasirse del mando don Fernando el Católico: ocurrieren con este motivo graves disensiones; pero como el archiduque residió certe tiempo en Castilla, y apenas si la gobernó pocos meses, no se sintió el influjo de la dominación estraña, hasta quo, por muerte del rey Fernando, apertó á las playas españolas el príncipe don Carlos impaciente por regir el estado en vida de su madre.

Era el príncipe de aventajadas partes, de entendimiento claro y ánimo generoso; pero escase de años, falte de experiencia, ignorante de las leyes, de los usos y hasta del habla de la nación que iba á gobernar; dándole con esto lugar á que los dañados consejos de la gente de afuera, que lo habia seguido sedienta de mando y de riqueza, le precipitasen en tan desacertados pasos, con violación de sus recientes juramentos que una gran parte de la nación se alzó en defensa de sus fueros, apoló á las armas y quedó vencida; acabando las libertades de Castilla á los pocos años de haber ascendido al trono un monarca estrangero.

Acaeció, pues, que desde los principios de su reinado faltaren, por una parte las barreras que hubieran pedido contener los extravíos de su ambición, y que, por el extremo opuesto, la política de España se complicó extraordinariamente, primero, con la adquisición de los Países-Bajos, patrimonio de aquel príncipe: segundo, con los asuntos de Alemania así que hubo sucedido en la corona imperial á su abuelo Maximiliano; y por último, con los derechos y pretensiones que, como tal emperador, reclama sobre varios estados de Italia.

La posesión de los Países-Bajos, provincias lejanas, inútiles á la prosperidad de España, y tal vez necivas al desarrollo de su industria, la obligaban necesariamente á continuos gastos y desembolsos; la condenaban á mantener en pié crecidos ejércitos, la presentaban como vulnerable á los tiros de otras provincias, y la reducían á una posición casi hostil respecto de la Francia, la cual tenía siempre, y á sus mismas puertas, ocasión de distraer poderosamente la atención y las fuerzas de España, en tanto que esta se arruinaba con sus reveses y hasta con sus victorias.

También tenía que pagar sebrado cara la estéril gloria de ver á su monarca ceñido con la corona imperial. A poco tiempo estallaren en Alemania encarnizadas guerras; el amor á la independencia y el deseo de libertad se aunaren despues con el anhelo de reforma religiosa, que despuntaba ya por todas partes; y como consecuencia necesaria de su situación misma, tuvo Carlos que

oponerse al espíritu que manifestaban los príncipes y los pueblos, aspirando á fundar su propia dominacion en una sumision absoluta así política como religiosa.

Yo tengo para mí (sin quo sea ahora ocasion oportuna de desentrañar este pensamiento) que la situacion en que se halló el emperador don Cárlos, así como despues su hijo, respecto de los estados estrangeros que regian, contribuyó de rechazo, tal vez mas de lo que se imagina, á que estableciesen con tanta dureza en España el despotismo y la intolerancia; siendo poco probable que unos monarcas de estirpe española, que no hubiesen posoido estados fuera del reino, y sin tener ocasion ni motivo de entrometerse en las disensiones políticas y religiosas, que traian desasosogada á la Europa, hubiesen mostrado tal empeño en remachar los grillos de su propia nacion.

Con solo hallarse el monarca de Castilla en posesion del reino de Nápoles, y el rey de Francia apoderado del ducado de Milan, al ascender uno y otro al trono era difícil que ambos príncipes, mancebos, osados, ambiciosos, no viniesen muy pronto á las manos; pero cuando hubo recaido en Cárlos la corona imperial se agregó una nueva causa de enemistad, cuyas resultas tenian que ser no menos gratas que terribles. El emperador alegaba, en virtud de este titulo, su derecho de supremacia sobre varios estados de Italia, y principalmente sobre el ducado de Milan, considerado desde muy antiguo como feudo del imperio, y ahora en poder del rey de Francia, siendo imposible que este, por su parto, reconociese la supremacia de su rival, y abandonase en sus manos el cetro de Italia. Do donde nacieron principalmente las guerras encarnizadas entre uno y otro soberano, interrumpidas apenas con brevisimas paces, si es que tal nombre merecen las que encerraban en su seno el gérmen de otras guerras.

Así habia cambiado totalmente la situacion política de la monarquia española; tenia esta por bases naturales la posicion aislada del territorio, las escasas fronteras, y esas fáciles de defender; ningun motivo-perenne de desavenencia con otras naciones; y ahora se veia España empeñada por necesidad en las mas de las contiendas europeas, tocando por mil puntos á distintos estados; dueña de unos, amagando á otros, afanándose por asegurar con las armas su dilatada dominacion.

Complázcase en buen hora la altivez nacional, al contemplar la magnitud de la empresa, los esfuerzos gigantescos para conseguirla, los triunfos que la coronaron; pero la razon y la sana política piden estrecha cuenta de las ventajas conseguidas, y las comparan con los males y pérdidas, antes de pronunciar el fallo.

Dé los tres fines principales que parece haberse propuesto

Cárlos V, durante su largo y afanoso reinado, quizá no hubo mas que uno solo que importase realmente á España; tal fué el contener á los turcos en la cumbre entonces de su poder, y que antes de cumplirse un siglo de haber penetrado en Europa, la amenazaban ya con su pesado yugo. Dueños de Constantinopla, apoderados de la Moldavia y de gran parte de la Hungría, y tocando ya con sus huestes á las puertas mismas de Viena se hallaban en el corazon del continente, en tanto que sus posesiones en Morea, la reciente conquista del Egipto y el establecimiento de las Regencias Berberiscas en las costas del Africa, los hacian casi dueños del Mediterráneo. España, pues, tenia el interés, comun á todas las naciones civilizadas, de atajar esta nueva avenida de pueblos bárbaros, intolerantes, feroces, y ademas el interés propio y peculiar de no dejar establecerse en el Mediterráneo naciones enemigas, difíciles de avenir con los pueblos cristianos, despreciadoras de las leyes que arreglan el trato recíproco entre naciones cultas, y que amenazaban la navegacion y el comercio de todas ellas, con las plagas que traen consigo la piratería y la esclavitud.

Mas lo que importa observar es que, aun cuando se propusieso el emperador un fin no menos justo que glorioso, contrarestando el poderío de los turcos y guerreando contra las Regencias Berberiscas, lo distrajo lastimosamente de tal empresa el cuidado en que le traian los asuntos de Alemania y de Italia; los cuales debilitaron sus fuerzas, obligándole á repartirlas en varios y apartados puntos, impidieron que se formase una liga general de las potencias cristianas contra la Puerta, y hasta dieron ocasion á que hallase esta un apoyo en la alianza de Francia, que buscaba por todas partes barreras y obstáculos quo oponer al engrandecimiento de la casa de Austria.

El desasosiego de los ánimos, y las alteraciones y disturbios á que dió lugar en Alemania el nacimiento de la reforma, llamaron tambien muy poderosamente la atencion del emperador; ora le estimulase el celo religioso en favor de la unidad de creencia, ora juzgase de buena fe, ora columbrase, con exquisita sagacidad, que el espíritu de independencia y de exámen, á que daban márgen las controversias religiosas, se avenian mal con las exorbitantes pretensiones del jefe del Imperio. Impulsado por una y otra causa, y tal vez por todas ellas juntas á contrarestrar la propagacion de las nuevas doctrinas, protegidas por varios príncipes y difundidas en los pueblos, tuvo Cárlos que extraviarse en un laberinto sin salida de dietas, de concilios, de negociaciones; siendo muy digno de notar que si su cualidad de emperador habia complicado en sumo grado los asuntos de Italia, hasta el punto de desvanecer toda esperanza de una paz duradera, su



anhelo de dominar en aquella provincia, y de tener para ello á su devocion á la corte de Roma enredó mas y mas los asuntos de Alemania, hasta que, cerradas todas las vias de reconciliacion, estalló al fin el rompimiento entre el partido protestante y el católico.

Triunfó Cárlos al pronto y á medida de su deseo, pero aconteció lo que suele cuando pasiones políticas ó religiosas ya muy propagadas son las que encienden la hoguera y hacen que se crucen las armas; el partido vencedor quiere á su autojo dictar la ley; el partido subyugado, mas no vencido, vuelve á tentar fortuna sin que se establezca entre ellos ni sosiego ni paz hasta tanto que se hagan concesiones mutuas y se den para adelante prendas y fianzas.

A pesar del inmenso poder de un Cárlos V, y de la cooperacion eficaz de gran parte de la Alemania, tuvo que consentir en una especie de tregua con los estados protestantes; y antes de la abdicacion de aquel príncipe, acostumbrado á no hallar obstáculo ni cortapisa á su voluntad, y apenas transcurridos pocos años de haber ambos partidos descuidado el acero, se celebró en Augsburgo la paz de religion, que zanjaba ya los cimientos á un sistema futuro de independencia y tolerancia.

Resulta pues, examinando imparcialmente los hechos, y no dejándose deslumbrar por el reflejo de la gloria, que el emperador D. Cárlos habia llegado al término de su carrera sin preservar el continente ni los mares de la dominacion amenazadora de los pueblos bárbaros, y sin asegurar en Alemania el sistema político y religioso que con tanto afan habia sostenido; dejando pendiente una y otra cuestion, para que se decidiesen en lo venidero tras larga y reñida contienda.

Mas propicia le fué la fortuna en las cosas de Italia: continuaba en (continuaba) tranquila posesion del reino de Nápoles, veia á los Franceses expulsos del ducado de Milan, daba la investidura de él, para quitarles toda esperanza, á su propio hijo, heredero de sus estados; tomaba bajo su proteccion á las repúblicas de Florencia y de Génova, en cuyo nuevo régimen habia influido tanto; inspiraba respeto y temor á la corte de Roma; tenia á raya la política inquieta de Venecia; ejercia, en suma, un influjo casi exclusivo en aquella península, demasiado desunida y débil para oponerse á su preponente voluntad.

Mas no por eso permitió el destino que estuviese tranquilo el ánimo del emperador respecto de la suerte futura de Italia, á tiempo que deponia con sus propias manos el peso de tantas coronas; pues si habia logrado poner término á su postrera lucha contra la Francia (en que ya se le mostró menos constante la fortuna), solo habia sido por medio de una tregua y á condicion de

dejar á Enrique II, con un pié ya en Italia, sin soltar las posesiones que habia conquistado en el Piamonte.

Por espacio de cuarenta años habia regido Carlos I la monarquía española, sin dejar descansar un punto la política ni las armas, combatiendo casi siempre, triunfando las mas veces, extendiendo sin límites su dominacion, su influjo, el terror de sus armas : pero ¿no será lícito preguntar al fin qué provecho real y efectivo habia resultado á la nacion de tan próspero y glorioso reinado? Poseia los tesoros del Nuevo Mundo, y ya empezaba á empobrecerse; envia á todas las regiones sus aguerridos ejércitos, y apenas si podia sustentarlos; la adquisicion del ducado de Milán era casi el único fruto que habia sacado de tantos combates, y dejaba á la Francia lo que habia conquistado en el Piamonte; veia sublevadas contra si cuantas potencias se sentian oprimidas ó amenazadas; habia ahogado primero la libertad doméstica, y forcejeaba por ahogar despues la de otras naciones; y lejos de haber afianzado consus triunfos una paz sólida y permanente, veia brotar por todas partes las semillas de interminables guerras.

La prepotencia de la casa de Austria, sus inmensas posesiones, y sus pretensiones, mas grandes todavia, debieron naturalmente excitar los recelos y la enemistad de Europa; abriendo la valla á una porfiada contienda, que no podia tener término (como efectivamente no le tuvo) hasta que se pusiese coto á un poder tan exorbitante.

España, por su posicion geográfica y política, debiera haber permanecido espectadora imparcial de tan larga lucha, ó mediar como árbitra para una transaccion útil y honrosa, ó inclinarse al lado mas débil para restablecer el equilibrio. Empero, unida con la casa de Austria por el entroque de sus príncipes, y queriendo extender demasiado su dominacion propia, se vió condenada á ser el blanco de la enemiga de un sinnúmero de naciones, y á prodigar sin tasa sus tesoros, y á derramar á rios la sangre de sus hijos, ó por defender intereses ajenos, ó por empeñarse en conservar estados gravosos, que se escaparon despues, unos tras otros, de sus manos desfallecidas.

*(Bosquejo histórico de la política de España, desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días.)*

## DON ANTONIO ALCALÁ GALLIANO.

## De las doctrinas críticas en España en lo relativo á la composicion poética.

Cuando va á tratarse someramente y de paso en el artículo que sigue del estado de la critica literaria en España y en el dia presente, el intento del autor es hablar de las doctrinas dominantes, y no de las aplicaciones que de ellas suelen hacer los críticos juzgando los trabajos de sus contemporáneos. En estas últimas, por razones que no es del caso examinar ahora, está dado al olvido todo principio de justicia, reduciéndose los fallos á elogios triviales y exagerados de que por fuerza han de reirse en su interior los mismos que los pronuncian. Con suministrar tan abundantemente el manjar de la alabanza á tal punto está escitado el apetido voraz de los autores, que al recibir dosis razonables las miran como una cantidad mezquina comparada con la que se les debe. Ni se hable de mezclar la desaprobacion con el elogio, ni de dar al segundo cierta índole y formas por donde, si bien aparece un meditado juicio, pierde gran parte de sus extremos de lisonja; porque aun esto último disuena al elogiado, y en cuanto á lo primero, lo juzga nacido de negra envidia ó de enemigo personal, no concibiendo posible que puedan acompañar tachas fundadas á alabanzas justas, dándoles realce y mas valor verdadero. Así en la rara ocasion en que un critico se arroja á dar su fallo un tanto severo, no sobre el todo sino sobre parte de una composicion, aun señalando en ella perfecciones á la par con lunares, pasa por envidioso, maligno y mordaz, ó cuando menos por descontentadizo y desabrido. Algunos, con todo, arrostran los inconvenientes de esta empresa, pero pagan la faena de su atrevimiento; y sin contar al autor de estos renglones, que mas de una vez ha oido calificar de amarga censura juicios suyos donde no escaseaba el elogio, si bien no sin mezcla de desaprobacion, podria citar algun otro contemporáneo á quien acarrea odios acerbos su loable empeño en no alabar á bulto.

Dejando aparte estas miserias de nuestra situacion, las cuales son las de la humana naturaleza, en vez de contenida, avivada y estimulada en sus malos apetitos, bien será pasar á la materia, que lo es del presente breve y superficial trabajo.

En cierto modo puede decirse, que en el siglo XVIII nació en España la critica literaria, y poco antes habia nacido ó llegado á verdadera vida en otras naciones. Bien es verdad que en los

siglos **xvi** y **xvii**, cuando habia quienes escribiesen bien, no faltaban quienes tratasen de juzgar sus escritos; pero se hacia con harto menos feliz fortuna lo segundo que lo primero. Los modernos sevillanos, guiados por un amor apasionado á las glorias de su provincia ó de su ciudad, han pretendido dar á los comentarios de Hernando de Herrera sobre Garcilaso el valor de una buena obra crítica, la primera de su clase en nuestra lengua. Ciertó es que en los comentarios hay algunas observaciones atinadas y tal cual tacha puesta á las palabras usadas por el autor comentado, como tambien indicaciones de imitaciones hechas por Garcilaso de poetas de la antigüedad; pero todo ello mas tiene de erudito que de crítico, segun costumbre de aquellos dias. Menos encarecimiento ha merecido el comentario de García Coronel del Polifemo de Góngora, y menos merece en realidad, aun no tomando en cuenta el precio inferiorísimo de la composicion á que está destinado: pero si se queda bastantes puntos mas abajo del de Herrera, bien mirado, es trabajo de la misma clase. De ella hay algunos mas en nuestra literatura antigua, á la par con otros juicios á los cuales mal puede honrarse con el título de críticos, aunque en cierto modo aspiren á juzgar las obras al encomiarlas. Las aprobaciones de que van precedidos nuestros libros antiguos, casi todas ellas ridiculas, aun las de la mejor edad de la literatura castellana, y las que no ridiculas secas y vagas, juicios son en algun modo, si bien su nombre declara que aprobar y no otra cosa es su objeto.

No así cuando Don Ignacio de Luzan escribió su arte poética, donde ya es otro el criterio y la crítica, pretende reconocer leyes á las cuales ajusta sus fallos. Poco despues, era crítico á menudo muy atinado Feijóo; pero como de literatura dijo muy poco y esto con escaso acierto, solo sirvió á los principios literarios en cuanto promovió el espíritu de exámen cuya jurisdiccion á todo alcanza. Luzan es francés puro segun la escuela del siglo de Luis XIV llamada clásica y solo en algo digna de su nombre; pero así y en todo, señaladamente en sus juicios sobre las comedias antiguas castellanas, mostró un tanto de sutileza y bastante de buen juicio, todo ello con arreglo á los dogmas de su fe literaria, no la mejor pero mas distante aun de ser mala del todo.

Crítico de la misma escuela fué D. Agustín Montiano y Luyando en los prólogos antepuestos á sus malas tragedias. En el diario de los literatos y en una ú otra obrilla de mediados del siglo **xviii** se leen juicios dados, ajustándose á las leyes entonces dominantes.

El reinado de Carlos III vió los famosos periódicos titulados

*El Censor y El Apologista Universal*, donde si mas se trataba de otros asuntos que de los puramente literarios, á estos se prestaba atencion asimismo. Aunque la fe de estos periódicos en materias filosóficas no era la francesa del siglo de Luis XIV, sino la de la Francia filosófica de los dias en que iban saliendo á luz, poco ó nada innovaron en punto á literatura, porque Voltaire y sus discípulos acertaron á viciar el gusto clásico y no á sentar la critica en la teórica ó en la práctica sobre fundamentos nuevos.

Reinando Carlos IV, si hubo alguna decadencia en los escritores, no así en los criticos. Entonces varios periódicos contenian artículos donde se juzgaban las obras antiguas y modernas con mas que mediano acierto. Pero seguia la costumbre de juzgar en la composicion las formas mucho mas que el alma, y de dar por sentado que no habia de las primeras sino unas que otras buenas y adaptables á todo tiempo y país, á toda religion, á todo gobierno, á todo clima; en una palabra, á los hombres todos, los cuales sin embargo difieren entre sí tanto cuanto se diferencian la tierra en que viven, los usos á que se forman, lo que oyen en la niñez, lo que en la edad adulta conciben, el efecto que en ellos hacen los objetos externos cuya contemplacion, sintiéndolo ellos, ó no, los ocupa; en suma, sus pensamientos y afectos, no solo bebidos en el estudio de la literatura sino sacados de todo cuanto los rodea y va penetrando por donde quiera en su mente.

Notábase entonces una diferoncia entre la critica científica y el juicio del vulgo en cosas en que este último tiene alguno y no liviano peso. Sirva de prueba de lo que acaba de decirse el teatro. Cuando segun los dogmas dominantes, eran nuestras comedias antiguas composiciones monstruosas donde tal cual aciorto mal redimia ó apenas compensaba el capital defecto de la forma dada á la composicion entera, acudia numerosa concurrencia á ver y celebrar las mismas piezas representadas, cosa que hoy no sucede á pesar de haber recobrado Calderon y aun los dramáticos sus secuaces, un altísimo grado de estima en el concepto de los criticos de mas valimiento. Así discordaban el voto del público y el de los doctos en el ramo mas popular de la poesia.

Entonces cabalmente Quintana en sus juicios criticos, publicados así en las *Variedades de ciencias, literatura y artes* como en su introduccion á las poesías selectas castellanas por él recopiladas y dadas á luz, y otros ligeros trabajos, se distinguia como critico eminente para su tiempo y su patria. Éralo en efecto, si bien respetando aun la fe antigua y no lanzándose á la region apellidada trascendental; pero sin embargo, á veces á algo mas que á las formas miraba al examinar y juzgar las producciones literarias, y

tambien se hacia cargo de la existencia de una poesia popular distinta de la academica ó científica; do todo lo cual dan testimonio su juicio de las poesias publicadas con el nombro del bachiller Francisco de la Torre puestas en cotejo con las de Quevedo y el que hace de los romances antiguos, entre otros no tan notables.

Anduvo el tiempo y mudó de faz el horizonte literario de Europa. Apareció la critica alemana con su novedad y con sus rarezas, pero introducian en la region de las ideas muchas, así como nuevas y sutiles, ciertas quanto serlo cabe. En Francia, Barante, con cierto encogimiento y mesura, y Madame de Stael y Benjamin Constant con algun mas atrevimiento, se declaraban cismáticos si ya no heresiarcas en la Francia literaria cuya fe era clásica tan pura. La Revista de Edimburgo, muy leida tambien, abogaba por doctrinas poéticas de las cuales resultaba no ser las mismas críticas llamadas clásicas reglas infalibles é inflexibles.

Corria el año de 1818 quando en España un aleman eruditísimo en nuestras letras castellanas y además ingenioso y nutrido en la filosofía y el gusto de su tierra propia, promulgó en nuestra patria las máximas críticas de los alemanes, tan estremadas quanto en sí lo son, y con arreglo á ellas dió á Calderon excesivos elogios. Salieron contra él á sustentar la causa de la fe clásica francesa y española moderna, D. José Joaquin de Mora, de grande ingenio y vasta instruccion, y el autor de estos renglones. Riñóse bien la disputa, cantando cada uno victoria por su parte, si bien ha sucedido despues á quien este artículo escribo convertirse de la causa que entonces defendia á otra diferente, aunquo no del todo contraria; linaje inocente de apostasia en que no pudiendo suponerse la conversion hija del interés, se admite lo que en la politica y en la religion suele negarse; á saber, que el hombre convencido por ciertas razones puedo llegar á creer idolos vanos los mismos que algun dia miraba como imágenes de la doidad verdadera.

Al cabo Francia misma llegó á admitir con gusto bueno aquello que poco antes repugnaba calificándolo de corrupcion abominable. Lamartine componiendo, Víctor Hugo haciendo lo mismo y á la par dogmatizando, y otros siguiendo sus huellas, cambió á tal punto, la faz del mundo poético y critico, que entre el mayor número de autores y jueces, sino entre todos, llegó con el nombre de romanticismo á pasar por verdad sagrada la antes reputada mentira abominable, por hermosura lo antes apellidado fealdad y por regularidad insulsa lo antes declarado único puro tipo de belleza.

Esto pasaba allende los Pirineos, y sin embargo de comunicarse de allí á España los usos y las creencias con pasmosa rapidez,

pasaron días antes que autor alguno español siquiera hiciese mención de las novedades que fuera de su patria corrían con aceptación nueva. Martínez de la Rosa publicó sus obras sin que en las notas á su Arte poética se diese cuenta, ni aun para refutarlas de las doctrinas que en lo demás del mundo iban privando. Hermosilla en su Arte de hablar se mostró aferrado á la escuela antigua, sin dignarse de honrar á la nueva con una desaprobación donde se viese tenerla en algo. Igual conducta seguían Reinoso y Lista en sus opúsculos críticos.

Vino de súbito á cambiarse esta situación. El prólogo del *Mozo expósito* del Duque de Rivas sentando una teoría nueva; el poeta mismo poniéndola en práctica; el *Don Alvaro* ó la *fuerza del sino* del autor acabado de citar, producción de la novel ó renovada forma oída al principio con extrañeza, y recibida al fin con justo aplauso; El *Trovador* de García Gutiérrez, desde luego aplaudido, y otras varias composiciones que siguieron, así dramáticas como cortas, y entre estas últimas varias á las cuales no cuadra término alguno de los de la antigua nomenclatura, completaron la mudanza empezada en cierto modo por Martínez de la Rosa en su *Conjuración de Venecia*, recibida por el público con aceptación suma, obra de innovación tímida al modo de las del francés Casimiro Delavigne, parto de la mente de un natural conciliador empeñado en hallar entre opuestos extremos un punto de justa avenencia.

La crítica entonces pasó en España á aplaudir con frenesí el gusto nuevo. Pero este ¿en qué consistía? ¿Eran las formas ó el alma de los escritos lo variado, y lo que generalmente se aprobaba que se variase? ¿Hasta qué punto fueron nuevas las formas que usaban los autores y que los críticos aplaudían? ¿Se adaptaban bien á un espíritu nuevo, ó servían de que en ellas se encarnase y tomase vida y se espresase el antiguo? Por último ¿dura la mudanza entonces hecha en los preceptos para la composición, ó se ha alterado hasta llegar la variación novísima á ser completa vuelta al punto donde antes estaba?

La mudanza á quo se hace ahora referencia consistía en declararse otra la poesía de nuestra época que la de la clásica antigüedad, y engañosa imitación la hecha de esta última, cuando se le copiaban las formas, si con pretensiones y hasta realidades de hacerlo fielmente, no sin alterarlas.

Por esto vuelta la vista á las edades medias hubo de considerarse que, viniendo en gran parte de ellas la cultura europea, la composición debía tomar algo de la índole de aquellos tiempos, y de sus costumbres y religión, en vez de copiarlo todo de Grecia

y Roma paganas, cuyo sistema social nada tenia semejante al moderno.

Por esto volvieron los españoles á adorar á sus autores de romances y comedias en vez de tributar exclusivos cultos á los escritores de odas, canciones y églogas, al gusto griego, ó diciéndolo con mas propiedad al latino ó al italiano, ó á los poetas dramáticos, que seguian las reglas dadas por Aristóteles, Horacio, Boileau y sus varios comentadores, y al aplicarlas tomaban por norma las no del todo exactas aplicaciones que de ellas habian hecho los críticos y dramáticos franceses.

Pero este movimiento se efectuó en España recibíendose el impulso de Francia, clavada en ella la vista para admirar é imitar, y no solo tomando de alli la fe y el culto sino adorando á las deidades estrañas que en aquel pais se remontaban á serlo, no sin contestárseles la legitimidad del carácter altísimo que se arrogaban ellas ó que les reconocian sus secuaces y devotos; y adorándolas con sinceridad y fervor, nada comunes en la tierra misma donde habian aparecido ni aun entre sus discípulos y elogiadores mas celosos.

Víctor Hugo fué el dios de los españoles. Tambien compartia el inglés Byron el culto que al francés se tributaba; pero se le veia por lo comun vestido á la francesa.

Lamartine tenia adoradores, y no menos Walter Scott; pero este último solo como novelista; habiendo en este punto españoles que intentaron imitarle, si bien salian de su empeño con infelicitísima fortuna.

Beranguer asimismo gozó del alto valimiento á que es acreedor, y fué copiado; pero en general, mas por razones políticas que por empaparse en los principios que sirven de base y norma á su composicion, obra de grande arte aunque sencilla.

Dos clases de innovaciones prevalecieron ontre los críticos, la una en el espíritu de las obras y la otra en las formas: y al decir esto entendemos por doctrina critica lo que se deduco del carácter de las composiciones publicadas y á la sazón acogidas con mas valimiento.

El espíritu de las composiciones aspiró en general á ser religioso, anti-materialista, patriótico apasionado, mas intenso á la paz que vehemente en los afectos, arrimado á la verdad efectiva mas quo á la ideal, desviado de la concepcion poética antigua con su mitología, con sus perifrases, y con sus ideas melindrosas, á las cuales repugnaba cuanto se salia un punto de cierta region á que los preceptistas tenian reducidos á los poetas. Algunas excepciones de estas cualidades se mostraban en los escritos y se apro-



haban por los lectores y jueces; pero eran excepciones de una de las calidades acabadas aquí de enumerar, y no ciertamente de todas. Así hubo quien imitando á Byron hiciese alarde de duda burlona, de misantropía amarga; pero los que así procedían aun burlándose de toda fe, no por eso pensaban ó se expresaban como creyentes en la fo literaria ó crítica de sus padres. La duda de Byron es altamente poética, la de Voltaire todo lo contrario, y si con algo de poesía, con aquella donde reluce el ingenio y no se ven la fantasía ni la pasión, prendas las primeras del ilustre poeta de la Gran Bretaña.

El espíritu de las composiciones aspiró asimismo á ser melancólico y tierno, teniendo presente que la melancolía había sido con harta razón señalada como una de las mejores fuentes de la inspiración por una insigno autora y crítica moderna.

Las mudanzas en las formas correspondieron á las hechas ó recomendadas ó aprobadas en el espíritu de las composiciones.

En la lírica volvieron á privar y á tener auge los romances, nunca del todo abandonados por nuestros poetas, ni despreciados por nuestros críticos, pues hasta los había celebrado Quintana, y hacían papel en las obras de Meléndez y Lista, habiéndolos aun en las de Cienfuegos.

Como nuestros poetas líricos de los siglos *xvi* y *xvii* eran de la escuela clásica imitadora de Italia, desecháronse las formas por ellos dadas á sus canciones ú odas, y tomóse de Francia, y principalmente de Víctor Hugo, el uso de variar de metros en una composición, empleando los de la novel poesía francesa, no muy adaptables ni con gran acierto adaptados á la castellana.

En el teatro mudada la forma entera del drama, quedaron desechadas las unidades de lugar y tiempo, sin seguir muy respetada la de acción, y además empezó á emplearse en un drama gran variedad de metros, según hacían nuestros autores antiguos do comedias; costumbre esta última no abandonada ni aun en la época del clasicismo por Rodríguez de Arellano y Enciso Castañón, poetas los dos escasos en mérito y fama, y renovada después por Gorostiza, no sin aplauso en gran parte merecido.

Sin duda alguna, esta renovación de la poesía y de la crítica era sobremedida saludable; pero pecó entre nosotros cabalmente por lo que habían pecado en su aplicación y hasta en su teoría, si bien mucho mas en lo primero que en lo segundo, las doctrinas erróneamente llamadas clásicas, esto es, por ser planta de tierra extraña traída á nuestro suelo con poca inteligencia y plantada en él para dar frutos forzados, pobres, mustios en color, escasos en fuerza y para el gusto de muy corto regalo, si ya no amargos ó

desabridos. Esto va dicho en otros lugares y aun por quien escribe los presentes renglones; pero esto se debe repetir, aun á costa de hacerse fastidioso, siendo conveniente y necesario ser cansado en la predicacion cuando no se nota, y por otro lado se cree indispensable y posible de conseguir, la enmienda.

La melancolía fingida es de las cosas mas ridiculas que cabe imaginar, así como todo lo estremado, que siendo real y verdadero, es sublime; así como toda hipérbole sacada de quicio; así como la espresion de fortaleza heróica, convertida en hueca jactancia.

La melancolía misantrópica de Byron era en él una rareza á que dan realce las de su carácter y situacion, y su fantasía vivísima, y su modo de sentir con vehemencia é intensidad estrordinarias.

La melancolía de los meditadores y sensibles hijos y habitantes de las regiones septentrionales cuadra mal, y solo por ficcion puede cuadrar á los naturales y moradores de tierras alumbradas por un sol casi de continuo resplandeciente, donde todo brinda al regocijo, ó á una muelle inercia, en la cual hasta el pensamiento poco ó nada trabaja, haciéndose la existencia en gran manera vegetativa y sensible sobre todo á los deleites materiales.

En las formas de la composicion lo que mas agrada y debe agradar es lo creado por los escritores, cuyas obras han formado nuestro gusto. Así la crítica y poesia modernas en España acertaban recomendando ó empleando gran parte de los metros y de la diction de que hicieron uso nuestros mejores hablistas y versificadores, y erraban acomodando la novísima versificacion francesa á nuestro idioma.

Las doctrinas innovadoras tomaron el nombre de romanticismo; nombre puesto á cierta clase de máximas críticas y á las obras donde eran aplicadas por insignes autores alemanes, nombre adoptado por los franceses para bautizar las novedades introducidas en su literatura; llevado asimismo á Italia y allí acogido: y por algun plazo dominante traído tambien á nuestra España, donde privó con el carácter de cosa de moda, la cual estiende á la region literaria su jurisdiccion omnipotente.

El romanticismo pasó ya, y ha venido á ser hasta ridiculo; gracias á las extravagancias á que ha servido de capa y abogado; gracias á haberse hecho voz del vulgo, entendiéndose por ella mil cosas diversas é incoherentes; y gracias, mas que á lo antes dicho, á su carácter equívoco, en virtud del cual siendo género tan falso cuanto el que se vendia por clásico, mal ha podido con-

servar su aceptacion despues de haber dejado de patrocinarle la moda.

Además en Francia, nuestra maestra, van queriendo autores y críticos volver á la escuela clásica de su nacion, despues de haberla abandonado y vilipendiado. Quieren y no lo consiguen, y es fortuna que se les malogre su intento, si bien debe considerarse que lograrlo de todo punto era imposible. Cierta cadena de tradiciones sigue mientras no se quiebra con engañosa apariencia de solidez, y respetada, aunque mal observada; pero si se llega á quebrar, no hay fuerzas humanas bastantes á restituirle su ser antiguo ni en la práctica ni en una teórica cuerda.

La critica novísima en España va estando por el renacimiento de la escuela clásica, pero es de notar que logrará, si esto pretende, menos todavía que la francesa contemporánea, y sobre todo por una razon, y es, porque lo clásico en España no es lo que por tal pasaba á mediados y fines del siglo próximo pasado y á principios del presente, sino una cosa muy diversa.

El romanticismo español, bien entendido, deberia ser así en la escensea como en el nombre, clasicismo. Tal ha sido en verdad dictado por juiciosos críticos ó reducido á práctica por entendidos escritores. Ha sido su desdicha, mas que en otras partes servir de título á composiciones informes: parto de hombres en quienes solia ser escaso el ingenio y era con frecuencia el saber casi ninguno. Habiendo los españoles venido á una época en que invertido el orden se pasa á escribir antes que á leer, y se acostumbra seguir escribiendo sin dedicarse á la menos cómoda y provechosa tarea de la lectura, ha llegado á suceder que en las composiciones, en las reglas que á estas sirven de norma y en los juicios criticos, una ignorancia supina, empleando un lenguaje incorrecto con afectacion de brillante, donde se equivocan con ideas frases peregrinas que ninguna encierran, ha prevalecido, pasando por imaginacion, por ingenio, por ternura, por filosofia, por muestra, en suma, del adelantamiento de la edad presente. ¡Oh! á cuántos trozos bien sonantes, ó por decirlo con propiedad, altisonantes, á cuántas frases con pretensiones de novedad ingeniosa á censuras con humos de consideraciones filosóficas podrian con cabal justicia aplicarse, si fuese á averiguárseles el sentido, los tan famosos versos con que concluye el repetidísimo soneto de nuestro Burguillos ó Lope!

¿Entiendes Fabio lo que voy diciendo?  
y ¿cómo si lo entiendo! Mientes Fabio  
que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

Pero la indignacion contra los desvarios, ó llámense culpas, no debe sacar al juez de los límites de la razon y justicia para llevarle á anatematizar máximas ciertas y sanas cuyo abuso ha producido graves daños, si bien es cierto que debe meditar bien si son ciertas ó sanas las máximas que llevadas á ejecucion dan con frecuencia lo que parece abuso, y rara vez lo que pueda ser calificado de uso saludable.

En sentir de quien escribe estos renglones, dos cosas son ciertas, á saber: que la escuela clásica es la única que debe ser seguida por críticos y autores, y que la escuela clásica no es la que pasaba por tal en España al comenzar el siglo presente, y no lo es, sobre todo para los españoles, porque la verdadera tiene doctrinas propias para todos los pueblos y tiempos, y otras al revés, que deben variar segun sean las naciones ó las épocas en que las doctrinas han de ser predicadas y obedecidas.

Clásicos llaman los ingleses á varios de sus autores en colecciones que de sus obras hacen, donde van comprendidas las producciones de Shakespeare, las de Milton y aun las de Addison.

Clásicos son para los franceses Corneille, Racine y Molière con alguno de los escritores antes olvidados y ya un tanto vueltos á estimar del siglo xvi y varios posteriores.

Clásicos son en Italia así Dante como Tasso y Ariosto, aunque los nomencladores modernos hayan pretendido dar la calificación de romántico al poema del Orlando furioso, y la de clásico al de la Jerusalén libertada, no pudiendo determinar cuál de las dos conviene más al portento de la « Divina Comedia. »

Por último, como clásicos habrán de ser mirados en Alemania sus Schiller y sus Goethe, ya huyan del drama griego como el primero en su Wallenstein y demás obras, ya le copien como el segundo en su Ifigenia.

Y clásicos serán entre nosotros nuestros grandes escritores de los siglos pasados, entre los cuales ocupará Calderon un lugar preferente, no cabiendo poco distinguido puesto á Rojas, á Alarcon, á Tirso y á Moreto.

Porque bien mirado, el clasicismo francés distaba bastante de ser fiel reproduccion del griego, y la verdadera escuela clásica es la que toma ciertos principios de belleza, y luego hace en ellos variaciones, y los adapta á las costumbres, á la historia así política como literaria, y al gusto de cada nacion, acompañando á estas mudanzas las que dicta el buen juicio hacer aun en el mismo pueblo en cada época respectiva.

Vuelvan en hora buena los franceses á mirar como dioses de su Olimpo literario á los grandes autores de la edad de Luis XIV el

Grande. Dignos son en verdad de admiracion, hayan dicho cuanto quieran sus detractores. Pero si merecen alabanza no es solo por haber imitado á los griegos, de los cuales se desvian no poco, si en gran parte por otro lado los siguen. Fundieron en su manera la imitacion con la obediencia á las ideas de su siglo, y, conservando mucho del tiempo de la belleza antigua, lo ataviaron con las galas de su tiempo, desfigurándolo en algo, conservándolo en otros puntos, y aun variándole, sino con mejora, sin menoscabo la hermosura, y por último, en otros rebajándole no poco de sus perfecciones.

Vuelvan á su culto y á imitar lo que de nuevo admiran, si bien de tal manera imitándole que bien se nota en las renovadas imitaciones haber mudado bastante en la copia, no ya, como las antes hechas, servil, encogida y mustia, sino libre, valiente, y con colores vivos por lo mismo que están variados. La aplaudida tragedia de Lucrecia por Mr. Ponsard, ensalzada en calidad de obra correspondiente á la escuela clásica antigua francesa, dista no poco del tono y aun algo de las formas de la tragedia de Corneille, Racine, Crevillon y Voltaire, y dista infinito de ser lo que eran las producciones inferiores con las mismas formas así las del siglo XVIII como las del XIX de Chenier, Briffaut, Joni y Arnault, recibidas no há muchos años con aceptacion suma en Francia; Bruto, haciendo de loco y contando fabulillas, habla conforme á la historia, pero se aparta de la tiesa dignidad de que no era lícito á los trágicos franceses desviarse una sola línea.

Prosigan los ingleses, aunque en lo general con nada feliz suerte copiando las formas de Shakespeare y de otros dramáticos célebres y de no corto mérito del reinado de Isabel y de Jacobo I y aun de los de Carlos I y II como Massinger y Otway que, al hacer así, clásicos ingleses son como clásicos franceses los que siguen con las alteraciones convenientes las huellas de los autores del siglo de Luis XIV.

Tome la poesia suelta en ambas naciones el tono en parte antiguo y en parte nuevo que cuadra con la situacion presente de los pensamientos y afectos de autores y lectores y con la veneracion debida á los grandes maestros y al giro por ellos dado á su lengua y aun estilo.

Hagan lo mismo los alemanes para quienes es clásica la literatura de principios del siglo XIX y fines del XVIII por mas que romántica se apellide.

Fluctúen los italianos entre las formas llamadas clásicas y las románticas, y usen de ellas mezcladas; porque en su tierra, donde la edad media algo conservó de la antigüedad, y donde Ariosto

tiene mucho de clásico y Tasso no poco de romántico, y donde son hoy venerados Alfieri y Manzoni, hay lugar para todos los géneros sin salirse de una region tan espaciosa cuanto varia.

Pero entre tanto, ¿qué doctrinas prevalecen en nuestra España, y cuáles, en sentir del autor de estas páginas, conviene que prevalezcan?

Bien puede decirse que nuestra crítica actual apenas sabe lo que aprueba ó condena, ó á qué aspira. Y no porque falten claros, agudos y sanos ingenios que á ella se dediquen, ni conocimiento en quienes tal obra emprenden, sino porque domina aun en los entendidos é instruidos cierta confusion de ideas nacida de varias causas.

Mucho ha adelantado en novísimos tiempos la crítica, que, tomando el título de trascendental, ha remontado el vuelo y penetrado en regiones á donde los antiguos críticos no osaban alzarse ni lo pretendian siquiera, contentos con ceñirse al exámen de las formas así en sus hechos como en sus preceptos.

Pero á grandes atrevimientos van anejos no menores peligros, y es muy fácil perderse en las nubes quien se aleja de regiones inferiores, no llevando consigo suficiente lastre. En la crítica filosófica que intenta juzgar algo superior á las formas suelen ir hermanados los desbarros con los aciertos, unos y otros en calidad y cantidad mayores que los que se cometen ó logran en empeño mas humilde; lo vago y lo confuso con lo sutil y penetrante, y las consideraciones filosóficas tan ciertas cuanto nuevas con el alambicar del pensamiento hasta evaporarle. Comun es que digan ó cosas muy falsas ú otras que nada significan aun en los mejores ingenios, cuando, yendo á caza de novedades á mucha altura, pierden el rumbo y el tino.

Esto acontece á infinitos críticos así extranjeros como españoles, de varias de cuyas páginas escritas con brillo de estilo y gala de diction si bien se puede sacar alguna idea nueva y otras exactas, es frecuente no ser posible estraer mas que voces cuyo sentido es ó ninguno, ó trivial ó falso.

Sin querer quien esto escribe rebajar el mérito á la crítica nueva á la cual reputa y declara preferible á la antigua, se ve forzado á preguntar cuál es la doctrina que puede reconocerse ó colegirse dominante hoy en nuestra España.

Si siguiendo á los franceses de los siglos xvii y xviii, apostatamos hasta cierto punto de la literatura castellana antigua. Siguiéndolos doce ó trece años há, renegamos de nuestra fe literaria moderna: siguiéndolos ó no siguiéndolos, escandalizados y justamente de errores novísimos, propendemos á trocarlos por otros como inten-

tando reponer las cosas en el estado en que estaban á principios del siglo presente, ó á perdernos en un laberinto, donde con censuras cuales fundadas, cuales injustas de lo recien pasado y de nuestros dias, van jústos preceptos no siempre hijos de la prudencia y del tino, y casi nunca claros.

¿Qué significa, por ejemplo, declamar contra el teatro francés irregular de Dumas y Hugo, y pretender que se le sustituya el nuestro? ¿Acaso no se conforma nuestro gusto mas con el de estos autores franceses, aun siendo sus obras de no gran valor, que con el de Corneille y Racine, á pesar de su mérito altísimo é indudable?

Y ¿puede tal vez renovarse puntualmente nuestra literatura de otros siglos? ¿Y seria renovacion puntual la que así pareciese? ¿Puede haber comedias de capa y espada, cuando la una y la otra están ya casi fuera de uso? ¿Imitaria bien quien hiciese, en vez de como hicieron, lo que hicieron nuestros mayores? ¿Quién seria un segundo Velazquez, si haberle pudiese, el que pintase personajes contemporáneos con el peinado y traje de los del dia de Felipe IV, ó el que diese al ropaje y corte de pelo de nuestros dias la verdad y el brillo con que el gran pintor trasladaba al lienzo los accidentes de las figuras que reproducia, á fuer de exacto y animado copiante de la naturaleza?

Sean críticos y escritores, aconsejando los unos y ejecutando los otros, abservantes de ciertas máximas cuya verdad parece evidente al autor de estos renglones.

Supuesto que España es España y no Francia, ó Italia ó Alemania, ó Inglaterra, pero que la España del siglo XIX no es la de las edades pasadas, atempérense, para no remedar ó hacer una servil imitacion de los extraños, al gusto literario castellano, y para no intentar hacer ajustadas y no por eso fieles copias de los antiguos, al gusto del tiempo presente.

Venéresela clásica antigüedad é imítesela, pero entendiéndola, pero imitándola en lo imitable, porque nace la equivocacion del gusto clásico de la mala inteligencia del que reinaba en los pueblos de la antigüedad y de copiarlos con poco acierto, sobre todo en gran parte de sus formas.

Grecia fué el pais donde la literatura tuvo el carácter de sencillez, espontaneidad y verdadera belleza que debe servir á todos de modelo para admirado y seguido. Pero al seguirle debe cada pueblo hacer como hicieron los griegos, esto es, que la composicion y concepcion sean productos de su fe, de su historia y de sus costumbres.

Dése culto á lo bello, pero no se tome por tal lo afectado. Bús-

quese la belleza en el natural mejorado, como hacen los pintores, y no en lo que entre ellos se llama la *manera*.

A quien con demasiado rigor afee ó la mezcla de lo humilde con lo elevado, ó la pintura de lo feo y aun lo grotesco, recuérdese que entre los mismos griegos, maestros de la belleza ideal, los poetas trágicos no desdenaban usar imágenes ó pintar personajes vulgares hasta con grosería, y que Homero puso como cosa de reir en el Olimpo á Vulcano y en la tierra á Tereites.

Convéngase en que la índole de cada pueblo y de cada lengua dicta ciertas modificaciones en el gusto, modificaciones tales que sin variarle del todo en no poco le alteran.

Proclámese no ser insignificantes las formas, pero sí que se dan por bellezas ó por necesarias muchas, cuya belleza depende de ciertas circunstancias, y desapareciendo estas, deja de serlo, ó cuya necesidad dista infinito de ser cierta.

Por último, promúlguese por la crítica la necesidad del estudio. Si en él hay privilegiados ingenios que se elevan á la mas sublime altura, pero las escepciones prueban la verdad de las reglas en vez de desacreditarlas, y además bien será tener presente que los ingenios privilegiados á que se alude suelen carecer de toda literatura en sus principios y no tener siquiera ni una instruccion superficial y escasa.

Y, contrayéndonos á nuestra España, entiéndase que del estudio reflexivo de la literatura, castellana, poniéndola en cotejo con la antigua clásica de Grecia y Roma, y mas con la de la primera que con la de la segunda, y atendiendo además á las consideraciones filosóficas de la edad presente, que buscan en todo cuanto constituye la vida de un pueblo en todas épocas la regla de lo que es y debe ser literariamente considerado, deben nacer las doctrinas críticas que sirvan á los ingenios de freno y guia, pero no de primer impulso motor en la composicion, y á los censores de leyes con ilustrado espíritu entendidas, y con imparcialidad aplicadas en sus sentencias y predicaciones.



## DON AGUSTIN DURÁN.

## Observaciones generales sobre los romances históricos.

En extremo interesante es esta serie de romances, considerándolos como origen de la poesia popular, si no es que se la ponga en prelacion á las composiciones caballerescas. Los romances históricos importan mucho para el estudio de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros mas remotos tiempos, pues apenas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Hubo uno en que los romances viejos obra del pueblo, ó de los juglares por su espíritu inspirados, sirvieron de comprobantes y de texto á las crónicas, tanto que en la *general de España* atribuida á Alfonso X, el Sabio, en la del Cid, en la del rey don Rodrigo y en otras se hallan débilmente convertidos en prosa; y hubo otro en quo las crónicas dieron el asunto y fueron el modelo á los poetas. En ambos casos, pero mas que en aquel, estas composiciones, ya originales ó imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecian y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les influia. Faltos de color, de brillo de imaginacion, de facilidad en el lenguaje, de orden lógico en la expresion de las ideas y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho á los originales de esta clase que les servian de pauta, ó en que solo algunas variantes so introdujeron, tienen un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa, propia de los tiempos rudos en que nacieron, y el sello de una fe ciega, de una idea fija que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute, porque se cree; que se defiende hasta el martirio, porque se ama; y en fin, que mas que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances de toda pretension literaria, rimados solo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado á nosotros cuales fueron en su primitiva redaccion, ni existen en ningun códice, que sepamos, anterior al siglo XVI. Los romances viejos, reformas de los primitivos, tales como los poseemos, pocos parecen anteriores á la segunda mitad del siglo XV, aunque es de presumir, que muchos de ellos tienen su origen en otros de tradicion oral, mucho mas antiguos. Sin embargo la presuncion no pasa de serlo, pues no puede documentarse, aunque el sentimiento íntimo que deja el

análisis de los pensamientos, formas y estilo de estas composiciones lo puedan moralmente persuadir, y mas si se atiende á las muchas locuciones y palabras y aun fragmentos que allí se conservan de un lenguaje y de un tipo mas antiguo que el que corresponde á la época en que se presume hecha la supuesta reforma. Transmitidos á nosotros de memoria, y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones propias de cuanto se confia á ella. El juglar ú hombre del pueblo, inventor ó improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba, ó lo añadía, ó lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oían, al repetirlo lo cambiaban á su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba á la memoria, como Dios ó su ingenio les daban á entender. Tal sucedió sin duda con esta clase de composiciones, que, pasando de boca en boca, hubieron de modificarse mas ó menos prontamente, segun las costumbres y el idioma se alteraban. ¿Y cómo no habia de ser así, si aun despues de escritas ó impresas, al copiarse ó reimprimirse, cada copiante ó editor, á pretesto de corregirlas ó completarlas, se creia autorizado á glosarlas, ó á lo menos á modernizarlas? No igual fué la suerte de los romances sobre asuntos de las crónicas, los cuales se escribían ó imprimían desde luego. Esta moda de romedar los viejos cuando ya el pueblo, falto del espíritu vivificador que le animaba, y separado de los intereses públicos, ni los hacia para sí, ni tenia sus poetas peculiares que lo hiciesen: esta moda, decimos, nació á mediados del siglo XVI, y los autores de tales composiciones afectaban, sí, el estilo, lenguaje y ruda expresion de los romances primitivos y de los viejos de tradicion oral, exageraban sus barbarismos y solecismos, pero los despojaban de la sencilla espontaneidad propia de los originales. A pesar de todo, los romances de que vamos tratando, por mas que hayan sido alterados presentau medios muy á propósito para penetrar y discernir, mejor que en las historias oficiales, el carácter moral y social del pueblo que los creó y transmitió y que luego los aceptó, reformados y alterados segun lo exigia el espíritu progresivo de la civilizacion que alcanzaba. Los romances viejos populares, y sus imitaciones popularizadas, debieran ser los elementos de nuestra epopeya nacional, si nos fuese posible alcanzarla, porque allí se contenia, como dijimos en otra parte, toda la ciencia, la fe, los hábitos y costumbres del pais, formadas on el trascurso de muchos siglos y arraigadas en los corazones; porque allí se veia el pueblo pintado á sí mismo, y retratados en los hechos sus sentimientos y sus glorias; porque allí se le presentaba su civilizacion, y porque era el medio único que tuvo de conservar en la memoria, con lenguaje y formas al alcance de su inteligencia, aquellos hechos y virtudes que amaba recordar y aquellos vicios

que deseaba contener ó castigar. Estos elementos de un gran poema, cuyos semejantes formaron los de otros países y naciones, comenzaron á germinar desde los primeros tiempos de la semi-monarquía asturiana, y se completaron en el último tercio del siglo XVI, en cuya época, en vez de una epopeya, produjeron el teatro nacional, que Lope de Vega adivinó y realizó por el pueblo y para el pueblo. El instinto y el ingenio de este gran poeta abrieron el camino que tenían obstruido los eruditos y los trovadores que imitaban una literatura de origen extraño, y la inspiración popular se apoderó del arte, de la riqueza de la lengua, del colorido poético, y de todos los adelantos y modificaciones que habíamos adquirido y experimentado en nuestra sociedad. Desde entonces los romances reconquistaron su tipo característico, y se convirtieron en drama, como las rapsodias de los griegos se hicieron epopeyas; desde entonces los juglares y cantores se cambiaron en comediantes, y corrieron las ciudades, villas, lugares y aldeas, representando farsas y dramas, cual habían recitado y cantado los romances.

Pasemos á exponer el método y orden adoptado en el *Romancero de los históricos*.

Se han dividido, según los asuntos de que tratan, en secciones, y estas en épocas históricas, cuando lo admiten.

Comprende la primera sección los romances referentes á la historia sagrada. Es muy escaso el número de los viejos tradicionales que aquí se hallan.

La segunda es la de los tiempos mitológicos. Está dividida en la época griega y la romana: las composiciones pertenecen casi todas al último tercio del siglo XVI, es decir á la época artística.

La tercera sección contiene los romances concernientes á la historia de Asia y las dos Grecias, con los que versan sobre dichos y hechos de algunos filósofos: igualmente corresponden sus composiciones á la misma época que las de la anterior.

La cuarta concierne á la historia de Roma, y está subdividida en estas épocas: la de los primeros reyes romanos, la de la república hasta las guerras Púnicas, la de dichas guerras hasta la destrucción de Numancia, la de las guerras civiles hasta su fin y la del imperio romano. Poquísimos romances viejos existen en ella. Los imitados ó formados por poetas de la última mitad del siglo XVI, son casi todos malos ó hinchados, sin que por eso dejen de ser útiles á nuestro plan, pues conservan tradiciones populares. Los romances de esta y de la segunda y tercera sección son en general tan viciosos, tan faltos de buen gusto y tan pedantescos, que á no ser porque entraba en nuestro plan el documentar todas las fases por donde pasó nuestra literatura popular ó popularizada, se deberían haber omitido del todo. Nos pesa grave-

mento la culpa de haberlos prodigado en demasía, sin mas motivo que el de ser raros y escasos los libros donde se hallan.

La quinta seccion, relativa á la historia de España, desde los godos hasta despues de mediar el siglo XVII, está dividida en tantas épocas como soberanos ha habido. En la que corresponde á cada uno se ponen los romances que tratan de los hechos, generales y particulares, acaecidos durante su dominacion. Despues de las épocas de los godos se siguen las de los reyes de la raza asturiana directa, y allí se colocan los romances de Bernardo del Carpio, de los condes de Castilla, de los Infantes de Lara, del Cid, de Garci-Perez de Vargas, de D. Alvaro de Luna, etc., y mas adelante los de las guerras de Granada con los de los hechos de Pulgar, de Garcilaso de la Vega, de Abindarraez y Narvaez, de los maestros de Santiago y de Calatrava, y de muchos valientes moros que, aun despues de vencidos en la guerra, todavía combatian, en batallas singulares con los caballeros cristianos. En esta seccion se comprenden ademas los romances que versan sobre los hechos contemporáneos á ellos : tales son los de las guerras contra los moriscos de las Alpujarras, y las de Carlos V y Felipe II, contra los turcos. Entre estos se hallan los de la conquista de Tunez, los de la Santa Liga y de la batalla de Lepanto, etc. Los mas interesantes que hay en esta seccion son sin duda los viejos, que narran las incursiones que mutuamente hacian los alcaides y soldados en los territorios fronterizos que guardaban. Su mayor parte puede considerarse compuesta por los que intervenian en las acciones de guerra, y en los tratos mutuos que se hacian, y que comunicados directamente por ellos á los juglares, despues de metrificarlos los propagaban en toda la nacion.

La sexta se compone de romances que se refieren á diversas épocas de las crónicas de los reyes de Castilla y de Leon, y que por no haber llegado á nuestra noticia las tradiciones que refieren, no hemos podido colocarlos convenientemente en ninguna de las conocidas. Todos ellos corresponden á los que calificamos como primitivos, ó á la clase de los viejos en que aparecen reformados.

La sétima, octava y novena corresponden á las dinastías de Navarra, de Aragon y de Cataluña, que abundan en romances viejos. Se han colocado estas últimas aisladas de la sexta, y entre sí, porque no interrumpen unas á otras la marcha de los hechos particulares á cada una, causando mas confusion de la que resulta ahora por el orden seguido.

La décima contiene los romances que tratan de asuntos de paises extraños : v. gr. de la historia de Portugal, de Italia, etc.; entre los cuales hay algunos viejos y muy interesantes.

A diferencia de los caballerescos españolizados, considero los viejos romances sobre la historia española de la edad media

como los solos originales y libres de toda imitacion extraña, inclusa la que pudiera venirnos de los moros. A esta solo pertenece un corto número, ya de los novelescos, á ya de los semi-históricos, que tratan de las guerras contra los moros de Granada. Aun los que desde principios á fines del segundo tercio del siglo XVI remedaron á los antiguos, participan de la ventaja de ser puramente nacionales, pues su imitacion recayó sobre lo que nos era propio, y excluía todo lo que era extraño. Los romances posteriores á este tiempo, producidos por poetas de profesion, cuyos asuntos pertenecen á épocas mas remotas, no son el espejo que las refleja, no son los que las caracterizan. Desviados en sus formas, en sus ideas y en su expresion; cargados de adornos poéticos y declamaciones oratorias, ni aun puede decirse que se propagaron en general entre el vulgo, sino en corto número. Sin embargo son interesantes como expresion moral de su tiempo, como tristísima prueba de la decadencia y marasmo á que caminaba rápidamente la nacion mas grande, mas extensa y mas poderosa del globo. No se crea por eso que todos los romances de la citada época participan de los mismos sintomas que los dedicados á enmascarar con nuevo colorido los asuntos y hechos de nuestra antigua historia. Aun en los tiempos de Carlos V y de Felipe II, obteniamos glorias que impresionaban á los pueblos, y cantos que sin mengua aceptaban. Los que celebraban las victorias obtenidas en Nápoles, las de Pavia, las de Tunez, las de Alemania, las de San Quintin, las de las Alpujarras, las de Lepanto, encontraban aun simpatías entre el vulgo, aunque obscurecido y despreciado. Todavía guardaba íntimos recuerdos de su antiguo poder: todavía se gozaba en oír ensalzado y proclamado el valor español. Del seno de su patria salieron los grandes hombres y los valientes soldados que conquistaron un nuevo mundo, los vencedores de la Europa y de los enemigos de la religion. Aunque apartados de sus familias los que peleaban en remotos paises, hijos eran de españoles, y españoles tambien. Hé aquí porqué los romances populares sobre las épocas de Carlos V y Felipe II son para ellas lo que fueron para la suya los viejos y primitivos; hé aquí porqué no los he desechado en un plan mas extenso y trascendente que el que se ciñe á los orígenes de la historia y de la poesia. Día vendrá en que los siglos XVI y XVII lleguen á ser tan antiguos para los venideros, como ahora lo son para nosotros los anteriores, y en que las sucesivas generaciones procuren indagar el estado social que los constituía. Entonces los trabajos que les trasmitamos facilitarán los que se propongan hacer. Las antiguas colecciones, aunque publicadas sin orden, sin método, sin critica y sin pretensiones filosóficas, nos han servido á nosotros, y las que hagamos serán tambien útiles á los que nos sucedan.

Bien sea el espíritu de reaccion, ó bien la esterilidad actual del ingenio, los que hayan producido la mirada retrospectiva hácia los siglos medios, al cabo de algunos mas, volverá á reproducirse la misma necesidad que ahora existe. Prevenir para entónces los medios de satisfacerla, es una de las causas, que mas influyeron para que se emprendiese un trabajo tan árido, tan sin gloria, y cuya utilidad no será conocida en nuestros dias. Si he sido largo y prolijo en la exposicion de mis ideas, si pródigo en los materiales que he reunido, cúlpese al pensamiento de que nada sobra cuando se trata de conservar lo pasado para ilustrar lo venidero.

(*Prólogo al Romancero general, ó colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII.*)

**DON JOSÉ MORALES SANTISTEBAN.**

## HERNAN CORTES.

Dirigiendo nuestra voz á los españoles de ambos hemisferios, y mirando á nuestros hermanos de América como individuos de una misma familia, descendientes de nuestros mismos progenitores y partícipes de sus glorias, nos proponemos recordar uno de los acontecimientos, mas grandes que presenta la historia; la conquista de Méjico. Este asunto ha ejercitado las plumas de escritores distinguidos, tanto nacionales como extranjeros, y en verdad que pocos son tan dignos de ocupar la atencion de los hombres.

Una accion grande, casi fabulosa, capaz de encender la fantasia de un escritor, ofrece campo para que el talento ostente todo su poder. Un caudillo cuyo ánimo superior á todos los peligros parecia complacerse en provocar la suerte y en superarla á fuerza de perseverancia y de arrojo, en quien la prudencia igualaba al valor, cuyo carácter dominaba á sus soldados y avasallaba á los pueblos que su espada habia antes sometido : hombre de Estado, administrador, clemente, inexorable, blando, severo, en una palabra, uno de aquellos personajes nacidos para acometer y llevar á cabo sublimes empresas, puedo dar á la historia el brillo y el interés de un poema. Pocos, pero invencibles soldados, imitaban el desnudo de su capitan, y participaban de sus riesgos, de sus afanes, y con indomable constancia ponian cima á los novelescos

proyectos de aquella romántica imaginación. Atravesando regiones desconocidas, ocupando pueblos de costumbres é idiomas ignorados, peleando con innumerables enemigos, y viéndose á menudo en el último trance pudieron enriquecer con aquellos vastos dominios el patrimonio de nuestra España.

Uno de los compañeros de Hernan Cortés despues de haber contribuido poderosamente con su espada y con su consejo á la conquista, quiso dejar á la posteridad la memoria de tantas hazañas. Hombre iliterato, escritor desigual, difuso é incorrecto, supo, sin embargo, cautivar el ánimo de los lectores, interesar en su narracion, y dar animacion y vida á las escenas que describia. Su extraordinaria memoria le permitió referir mil menudencias de los conquistadores, que comunican interés á los hechos y nos dan á conocer mejor que ningun otro escrito la índole, las costumbres y la fisonomía moral de aquellos hombres extraordinarios. Su narracion animada y ardiente nos coloca en medio de las escenas que describe, nos hace contemporáneos de Hernan Cortés, de Alvarado, de Sandoval, de doña Marina, á quienes vemos moverse, agitarse y repetir á nuestra presencia las gloriosas proezas que han inmortalizado sus nombres. La pluma de Bernal Diaz, sin aspirar á los honores académicos, ha alcanzado á interesar á los lectores y á dejar el mas precioso documento de cuantos ilustran la conquista del Nuevo Mundo.

Con gran talento de escritor, con todos los estudios de su tiempo, y con las ventajas de un hombre acostumbrado á meditar, á corregir y á pulir incesantemente sus escritos, supera Solís á Bernal Diaz en el orden y distribucion del asunto, en la profundidad de las miras, y sobre todo en la cultura y perfeccion del estilo. Poco dejaria que desear su historia sin el empeño de convertir á Hernan Cortés en un héroe de un libro de caballeria, sin el tono de exageracion que da un aire de inverosimilitud á los hechos, y sin el propósito empalagoso de sembrar su narracion de conceptillos en que casi siempre personifica las cualidades morales. La mayor parte de los defectos de Solís son de su tiempo; el mal gusto de sus contemporáneos contribuyó á que hiciera prosáicos sus versos, y poética fuera de sazón su prosa. El que quiera por lo tanto, estudiar aquella época singular, y conocer aquellos hombres osados, supersticiosos, caballerescos, ambiciosos, debe preferir las desaliñadas páginas de Bernal Diaz á los compasados periodos de Solís.

No han sido los españoles los que se han dedicado solos á transmitir á la posteridad las heroicas hazañas de los conquistadores de Méjico. Un distinguido escritor anglo-americano, W. Prescott, probado ya en el período mas notable de nuestros anales, ha querido tambien aplicar la critica y la filosofía modernas á las glorias

de los españoles en el Nuevo Mundo, y me atrevo á asegurar que su pluma se muestra mas lozana, mas pintoresca, mas brillante que en la narracion del reinado de los Reyes Católicos. Despues de haber estudiado y discutido su asunto con el detenimiento y profundo juicio que le caracterizan, se puso á referir los acontecimientos con la mas severa imparcialidad, encomiando las proezas, haciendo justicia á las elevadas miras de Hernan Cortés, y reprimiendo las demasías de los conquistadores sin el adusto ceño de una exagerada é hipócrita filantropía.

Mucha gratitud debemos los españoles al ilustrado celo de Mr. Prescott por las simpatías que manifiesta hácia nuestra nacion, y por el esmero con que ha procurado enterarse de nuestra historia y de nuestra civilizacion. Si los escritores estrangeros mas de una vez cometen groseros errores por la precipitacion con que juzgan de las escasas nociones que tienen de nuestras cosas, el autor de la historia del reinado de los Reyes Católicos se encuentra libre de esa tacha y no cede á ningun español en el conocimiento de los hechos que describe.

Pero volvamos á Hernan Cortés y á su conquista, y demos antes de todo una idea del estado social de los habitantes de aquellas apartadas regiones.

No vayamos á creer que la raza indigena se componia en Méjico y en los estados comarcanos de hordas mas ó menos feroces, cuyo alimento fuera la caza, y cuya vida errante no les permitiera subir del primer escalon de los adelantamientos sociales. Nada de esto existia en la region que sirvió de teatro á las hazañas de Hernan Cortés. Habia pueblos agricultores, ciudades opulentas, una religion bárbara, pero que habia alcanzado un grado bastante alto de refinamiento teológico, gobiernos establecidos y variados en sus formas, desde la república federativa de Tlascala, hasta la monarquía casi absoluta de Méjico, y todo el aparato y la pompa necesarios para que el poder subyugase la imaginacion de los hombres. Tenian sus leyes, sus ejércitos, y vivian la vida agitada de los estados europeos. Las artes habian tambien conseguido cierta perfeccion, y en algunos trabajos menudos que empleaban en el oro, la plata y las plumas, los mismos artifices españoles confesaban su propia inferioridad. En una palabra, habian alcanzado toda la civilizacion á que puede llegarse sin el uso del hierro ni del alfabeto.

En medio de varias naciones distinguidas por sus hábitos marciales y por su estado mas ó menos floreciente, descollaba el rico y populoso imperio de Motezuma. Asentada su capital en medio de una gran laguna, y comunicándose solo con el continente por medio de calzadas cortadas con varios puentes, su situacion la hacia inespugnable, y le permitia dar una base sólida



y segura á las operaciones militares, y á cuantas medidas pudiesen contribuir para perpetuar su supremacia. Así era Méjico el alma de la confederacion de que formaba parte, y el terror de sus enemigos. Una política sagaz y previsora ayudaba los medios naturales y convertia aquella ciudad en la metrópoli de la América del Norte.

En guerra perpetua con los vecinos, unas veces dictaba las hostilidades la ambicion, otras la propia defensa, y á menudo, y esto es digno de tomarse en cuenta, la necesidad de hacer prisioneros á quienes sacrificar ante las aras de sus idolos. Sus feroces deidades no se aplacaban sino con el vapor de la sangre humana recién vertida, y los corazones de las victimas eran el incienso que quemaban en sus adoratorios. Segun todas las relaciones, el número de hombres sacrificados en el imperio cada año ascendia á veinte mil; y en varias fiestas solemnes ofrecian muchos centenares. Cuando se consagró el templo del Dios de la guerra, inmolaron setenta mil victimas en diversos dias consecutivos. Consideraban tan necesario aplacar la cólera celeste con semejantes horrendas espiaciones, quo llegó el caso de darse batalla entre dos ejércitos de naciones amigas sin quo el éxito del combate tuviera el menor influjo sobre la suerte de las dos potencias beligerantes, limitándose solo á recoger prisioneros que ofrecer ante las aras. Habiéndole tambien preguntado á Motezuma cómo consentia que existiera la república de Tlascala molestando sin cesar sus fronteras, contestó que por la necesidad de hacer prisioneros para los sacrificios. ¡Hasta tal punto ciega la supersticion favorecida por el hábito, los ojos del entendimiento, y solo asi pueden perpetuarse prácticas tan repugnantes y tan contrarias á los sentimientos del corazon humano! La civilizacion de Méjico seria digna de citarse con elogio y de ponerse en parangon con la de los imperios mas florecientes del Asia, si una mancha indeleble de sangre no empañara su esplendor.

No sospechaban estos habitantes quo mientras ellos obedecian á sus reyes, adoraban á sus idolos, y con armas iguales, y contra enemigos iguales decidian sus guerras; no sospechaban, repetimos, quo otros hombres mas fuertes, mas audaces, mas inteligentes, y sobre todo, mejor armados, habian de cruzar los mares y devastar aquellas remotas regiones. Existia, sin embargo, alguna oscura tradicion de unos hombres venidos del Oriente, quienes habian de conquistarlos. Esta tradicion, sin duda alguna de la clase de aquellas predicciones hechas despues de los acontecimientos, y quo consisten en alterar el sentido de palabras pronunciadas anteriormente, acomodándolas á los sucesos posteriores, conmovió el ánimo de Motezuma, debilitó su valor, y lo hizo dócil instrumento de los españoles. Pero el pueblo la igno-

raha, y vendió bien cara su independencia al odiado extranjero.

Mientras Motezuma se entregaba en su palacio á todo género de deleites, y mientras hacia ostentacion ante sus súbditos y ante las naciones estrañas, de un lujo y de una pompa dignos de un grande y opulento soherano, un jóven oscuro, pero dotado de un alma enérgica y fogosa, atravesaba el Atlántico y so dirigia á la isla de Santo Domingo en busca de riquezas y de aventuras. Para comprender las pasiones que agitaban su pecho, y los móviles de su conducta, se hace indispensable anticipar algunas reflexiones sobre el estado de los ánimos á la sazón en España, y sobre la opinion dominante en aquella época.

Invasada la Península por los árabes, se trabó una lucha entre las dos razas que no podia terminar sino por el total estermínio de una de ellas. Ambas fanáticas, ambas dominadas por odios y por pasiones irreconciliables, era imposible quo el templo del Crucificado estuviese junto á la mezquita, que el estandarto de la cruz ondease al lado del de Mahoma. De aqui esa guerra á muerte que el cristianismo juró á los sectarios del Profeta; guerra suspendida á veces, para renovarse luego con mas furor. Estas lides de ochocientos años, crearon en los castellanos un espíritu aventurero que distingue á los caballeros españoles de la ndad media. El valor debia ser en circunstancias semejantes la primera virtud de un hombre, porque á él debian su existencia y su futuro engrandecimiento las nuevas sociedades. El valor, pues, proporcionaba bienes, distinciones y consideracion social.

Acostumbrados desde su niñez á dovastar el territorio de los infieles, á saquear sus ciudades, y á enriquecerse con sus despojos, la juventud fogosa no conocia otro medio de satisfacer su ambicion que empeñarse en expediciones peligrosas, y darles cima á fuerza de arrojo y de perseverancia. Los riesgos habian perdido todo su horror, las fatigas no molestaban aquellos miembros endurecidos, y el esponer la vida, el buscar las profundas emociones de la victoria, y el propagar y hacer triunfar la fé, so habian ya convertido en una necesidad para los pechos nobles y generosos. Todos los mas fuertes estímulos quo pueden agitar el corazon humano, la emulacion, la ambicion, el amor, la gloria, todos se reunian para sostener aquel ardor febril que bullia en las venas de los españoles.

Mientras los mahometanos ocupaban nuestro territorio, este desco de gloria, este anhelo por adquirir prez y riquezas, hallaba satisfaccion dentro de la Península. Pero una vez lanzado el musulman, la ambicion de los castellanos no hubiera encontrado alimento, á no haber coincidido el descubrimiento de un nuevo mundo. Las pasiones de la juventud cambiaron entonces de teatro, y á las correrías en que antes se ejercitaban sucediera

los viages á América, á donde con el mismo teson y con el mismo arrojo iban en busca de tierras ignoradas, de minas inagotables, y hasta de manantiales de perenne juventud. Este plantel de pechos indómitos y esforzados dotó á España con las ricas é inmensas posesiones que hasta nuestros días ha conservado.

Entre los jóvenes á quienes atrajo la fama de aquellas novelescas regiones, se contó Hernan Cortés, mozo de diez y nueve años, el cual habia empezado en Salamanca sus estudios, y no consta, aunque algunos lo aseguran, que llegara á graduarse de licenciado. Llegó á Santo Domingo, y despues de algunas correrías, que no son de nuestro propósito, se puso al frente de una expedicion, que debia hacer descubrimientos en el continente, dándose por último á la vela con su pequeño ejército. No presenta la historia ningun otro ejemplo de una conquista emprendida con tan escasas fuerzas. En el alarde que hizo en el cabo de San Antonio enconró que tonia á sus órdenes ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados europeos, doscientos indios, con catorce piezas de artillería y diez y seis caballos. Con menos recursos aun, hubo españoles que se aventuraron á examinar costas desconocidas y á penetrar por medio de naciones medio salvajes y de dudosa fé. Para acometer empresas semejantes bastaba la audacia, y la audacia era una cualidad casi general en nuestros compatriotas de entonces; pero intentar con tan escasa fuerza la conquista de pueblos bolicosos, bien organizados, vencer en batallas campales numerosos y aguerridos ejércitos, espugnar sus ciudades, y añadir vastos imperios á una metrópoli situada á tan inmensa distancia, para esto no bastan la energía ni el valor, es necesario el genio, y en genio superó Hernan Cortés á todos sus contemporáneos. Fernando el Católico, Gonzalo de Córdoba y Colon (1) pueden solos comparárseles, y aun estos pertenecen á una época algo anterior, de modo que Hernan Cortés en los tiempos en que ejecutó sus proezas no tenia rival en España.

Con tan reducido ejército desembarcó Hernan Cortés en el continente, y se apoderó á viva fuerza de Tabasco, y derrotó en seguida en batalla campal un ejército de cuarenta mil hombres que de toda la comarca se habia runido. Aqui empozó á manifestar el anhelo por la propagacion de la fé, característico de todos los corazones esforzados de aquella época. Desde la cuna encendia el celo religioso su inestinguible llama en el pecho de los niños, la cual brillaba siempre al través de todas las pasiones mundanas. En medio del estruendo de los combates, en medio de las instiga-

(1) Colon murió en 1506, Gonzalo de Córdoba en 1515, Fernando el Católico en 1516, y Cortés se dió á la vela con su expedicion en 1519.

ciones de la ambicion y de la codicia, la voz de la religion se hacia escuchar de continuo de Hernan Cortés, y era el mas poderoso móvil de su conducta. Su ánimo se hallaba tan preocupado por esta idea, que el prudente y tolerante padre Fr. Bartolomé de Olmedo tuvo que moderar repetidas veces el excesivo ardor de Cortés, y hacerle conocer que no podia ser justo ni conveniente precipitar las conversiones ni empeñarse en hacer malos y poco firmes cristianos de unos hombres, á quienes ni la persuasion ni el conocimiento de las verdades religiosas habian suficientemente preparado.

Dominado por sentimientos semejantes, apenas hubo derrotado el primer ejército, pensó en reducir á la religion cristiana á los de Tabasco. Los indios, espantados por los prodigios que vieron ejecutar á los españoles, por su arrojo temerario, por la esplosion de sus armas de fuego, y mas aun por la ferocidad de los caballos, los miraban como seres sobrehumanos, y á su Dios como superior á todas sus divinidades. Renunciaron, pues, sin repugnancia al culto de sus dioses, y sin comprender nuestra religion, la adoptaron.

Pasó en seguida á San Juan de Ulúa, y fundó la Villa Rica de Vera Cruz. Cortés no era solo un guerrero cuyo oficio fuera destruir, sino que se consideraba obligado á conservar y á construir. Mas adelante le veremos derramar lágrimas sobre las ruinas de Méjico, sobre las ruinas que la obstinacion de sus enemigos le precisaba á causar, y tan luego como quedó vencedor, no permitir que el estandarte de Castilla ondease sobre escombros, sino sobre edificios suntuosos y superiores á los antiguos. No quiso que el estrangero lamentase la devastacion de un bárbaro, sino que reconociese la mano del hombre culto, mejorando cuanto toca, y reparando con ventajas los destrozos que el abuso de la superioridad suya ocasiona.

Fundada ya esta colonia, se dirigió á Cempoala, en donde, no pudiendo reprimir su fanatismo religioso, menospreciando el furor del pueblo y las amenazas de las armas, derrocó los ídolos, los quemó, convirtió la ira en admiracion, y obligó á los indios, pasmados de tanta audacia, á reconocer la superioridad del Dios de los cristianos, y á abjurar el culto de sus mentidas deidades. Pero la imaginacion de Cortés no era de aquellas que se agotan, ni su ánimo de los que decaen con los esfuerzos. Habia concebido la idea de sustituir en aquellas apartadas regiones la cruz á la piedra en que se derramaba la sangre humana, y la civilizacion europea á la rudeza de unas sociedades quo aun no habian salido de la infancia.

Alarmado con una conspiracion, cuyo objeto era abandonar la comenzada empresa, quiso aislar á sus soldados y quitarles hasta

la esperanza de volver á su patria antes de terminar la conquista. Concibió entonces el proyecto de destruir las naves, proyecto que aun cuando no tenga el mérito de la novedad, no por eso deja de ser tan glorioso para Cortés como si él fuera el primero que le hubiese adoptado. Las acciones heroicas, los grandes sacrificios no derivan su lustre de la invencion, sino del esfuerzo de alma necesario para darles cima. La abnegacion del sentimiento paternal de Guzman el Bueno, y la alternativa de vencer ó morir, impuesta á su ejército por Hernan Cortés, no desmerecen porque hayan tenido antes cabida en otros pechos. Si Tarik quemó sus naves al pisar las costas españolas, si Asclepiodato las destruyó tambien al desembarcar en Britania, uno y otro se encontraban á pocas leguas de sus playas, y podian con facilidad volver á ellas: pero los conquistadores de Méjico sabian muy bien la imposibilidad de recibir socorros si padecian una derrota, y que los que no perecieran en este caso en el campo de batalla, habian de ofrecer sus corazones en holocausto ante unos idolos sedientos de sangre humana.

Terminada esta hazaña, se dirigió á la belicosa é indómita república de Tlascala, cuyos ejércitos venció en tres batallas campales, y trocándose en amistad el odio, fueron recibidos en triunfo los españoles en la capital, celebrándose una alianza nunca desmentida entre ambas naciones. Aun aqui intentó Hernan Cortés emplear la fuerza para reducir á los indios á la religion cristiana; pero moderó su fanatismo la prudente tolerancia del padro Olmedo, y se limitó á usar los medios de la persuasion. Sin el buen juicio de este religioso, el celo violento de Hernan Cortés hubiera malogrado en mas de una ocasion el éxito de la empresa. Despues de su llegada á Méjico tambien formó el empeño de convertir á Motezuma, y por su influjo á todos sus vasallos, y el buen padre tuvo que reprimir los impetus de la cólera del capitan, que estallaba con mas fuerza al ver la racional resistencia del emperador.

En Tlascala recibió una embajada de Méjico, invitándole á trasladarse á aquella capital, y rogándole que pasase por la rica y pacífica ciudad de Cholula, y sin vacilar emprendió la marcha á la cabeza de su pequeño ejército y de unos seis mil tlascaltecas. Pero el ánimo de Motezuma estaba distante de ser pacifico. Desesperando de poder vencer á los españoles á la fuerza, quiso emplear contra ellos la perfidia y bacerles caer en una celada habilmente dispuesta. Por su orden las calles de Cholula fueron interceptadas con zanjas y con estacas, para que, mientras la poblacion acometia y desbarataba á los huéspedes, embarazados en medio de tantos obstáculos, un ejército de veinte mil mejicanos, emboscado en las inmediaciones pasara á cuchillo á los que se resis-

tiesen y cogiese vivos á los demas para inmolarlos á sus dioses .

Afortunadamente se descubrió con tiempo la conspiracion, Cortés trató de hacer espíar á los de Cholula su atentado. Llamó á los principales caciques, y les pidió dos mil *tamenes* ó indios de carga para su marcha. Reunidos unos y otros en el gran patio del templo donde se hallaban alojados los españoles, á una señal convenida empezó la matanza. Al estruendo de las armas, acudió el pueblo enfurecido, é intentó penetrar á viva fuerza ; pero rechazado por las tropas que defendian la entrada, y embestido por la espalda por los tlascaltecas, avisados de antemano, cesó la batalla y sucedió en su lugar una horrible carnicería. Estimulados por la venganza los españoles, y sus aliados por su natural ferocidad, saciaron unos y otros su sed de sangre, perdonando solo á las mugeres y á los niños, é incendiando las casas y los templos de la ciudad, que miraban los americanos como el principal asiento de su religion.

No es mi intento disculpar este acto de crueldad, hasta cierto punto innecesaria. Descubierta la traicion, debieron ser castigados sus principales promovedores, y debió perdonarse á aquella muchedumbre, instrumento ciego de sus caciques. Pero es forzoso confesar que si la indulgente filosofía puede tachar la conducta de Cortés, la justifican plenamente el derecho de la guerra, practicado hasta nuestros dias por los generales de las naciones mas cultas, y aun pasaria por compasiva, habiéndola de juzgar por las costumbres admitidas entre sus enemigos. Lo único que encuentro indefendible es la perfidia de convocar los dos mil indios de carga y asesinarles, encerrados por las paredes del patio, como si fueran unas fieras.

Libres los españoles de aquel lazo tan inicuaemente tendido, recibió Hernan Cortés nuevos enviados de Méjico, escusando al emperador y disculpando con pretestos especiosos la proximidad del ejército. Cortés fingió quedar satisfecho con sus razones, y sin dilacion se dirigió á Méjico, donde fué acogido con los mayores agasajos por el emperador y por lo mas florido de la nobleza.

La determinacion de entrar con tan escasas fuerzas en la capital de Motezuma me parece temeraria. Si su intento era conquistar á Méjico debió declarar abiertamente la guerra, aprovecharse de las alianzas con que casi todos los estados le brindaban, reunir un ejército poderoso y embestir aquella capital, cuya tiránica dominacion escitaba el odio de las naciones subyugadas.

Este plan lo realizó despues de arrojado de Méjico, despues de batidas y cruelmente aniquiladas sus tropas, y le hubiera sido mas fácil ponerlo en ejecucion cuando acababa de aterrar los ánimos con el escarmiento de Cholula, cuando sus enemigos no estaban familiarizados con la vista de los españoles, y cuando

los miraban aun como invencibles. Las tremendas batallas sostenidas contra los tlascaltecas lo debieron dar á conocer la pujanza y valor de los americanos, y el inminente riesgo de perecer en que se vió en una de ellas, del cual le libertó milagrosamente la rivalidad de los gefes enemigos, que estalló en lo mas fuerte del conflicto, debieran haberle hecho mas cauto en aventurarse en manos de sus contrarios.

Mas sensatos los tlascaltecas, intentaron en vano disuadirle, ponderándole los inmensos recursos y el carácter belicoso de Motezuma, y haciéndole notar la situacion peligrosa de Méjico, rodeado por todas partes de agua, y solo comunicándose con el continente por medio de calzadas interrumpidas á trechos por puentes, y donde se veria encerrado como en una ratonera.

No tardó mucho en conocer lo critico de su posicion, cuando ya no podia cejar sin mengua de su reputacion de invencible. Entonces se vió aislado por las aguas, sin recursos y en el seno de una poblacion belicosa y en cuyo auxilio vendrian todas las fuerzas del imperio, y entonces conoció que no debía descansar sobre la palabra ni sobre la aparente benevolencia de Motezuma, de cuya doblez le habia ya dado una prueba inequívoca en Cholula.

Realizáronse en parte estos temores cuando fueron asesinados por mandato de Cualpopoca, general mejicano, dos españoles de la guarnicion de Vera Cruz, y cuando para tomar satisfaccion de esta injuria sostuvo el gobernador Escalante una batalla campal, en la cual fueron gravemente heridos y murieron despues el Escalante y otros seis soldados. Aumentábase la criminalidad con la circunstancia agravante de haber hecho prisionero á un tal Argüello, cuya cabeza fué enviada á Motezuma.

Súpolo apenas Hernan Cortés, cuando se apresuró á poner en ejecucion el proyecto que habia concebido, y que estaba ya aprobado por sus capitanes, de llevarse al emperador de grado ó por fuerza al palacio donde los españoles se alojaban. A la luz del dia, de en medio de su corte y de sus guardias, fué arrebatado Motezuma y conducido prisionero al cuartel en quo se encontraban sus mortales enemigos los tlascaltecas. Alli de su orden llevaron preso á Cualpopoca, alli fué juzgado y condenado, y mientras él y sus principales subalternos ardian en la hoguera, el monarca, con grillos en las piernas, presenciaba la ejecucion.

Entretanto Diego Velazquez, gobernador de Santiago de Cuba, que habia costado la expedicion, viéndose defraudado de sus esperanzas, hizo otro armamento, superior en fuerzas, para someter á los conquistadores, y para devolver su primitivo carácter de comercial á la empresa que el genio de Hernan Cortés habia convertido en provecho de su religion y de su rey. A la cabeza de

estas tropas venia Pámfilo de Narvaez, hombre muy desigual á su contrario en osadía y en talentos militares.

Noticioso apenas Cortés del desembarco de Narvaez, salió precipitadamente de Méjico, dejando en su cuartel unos ciento cuarenta españoles con la artillería, y con doscientos sesenta y seis hombres marchó al frente de Narvaez, quien tenia á sus órdenes novecientos españoles y mil indios.

Primero entró en negociaciones, y logró desmoralizar las tropas enemigas, y despues las sorprendió á media noche y las desbarató, prendiendo á Narvaez, y poniéndose á la cabeza de ambos ejércitos.

Pero la fortuna, que se complace en acibarar los dones que dispensa á sus favoritos, le tenia preparada para los momentos en que saboreaba su triunfo la noticia de la sublevacion de Méjico, y de hallarse Alvarado y sus soldados en el mayor apuro. Inmediatamente partió á socorrerlos, y penetró por las silenciosas calles de la capital al frente de su hueste. Supo alli el alzamiento motivado por la atroz imprudencia de Alvarado de haber querido destruir las conspiraciones verdaderas ó falsas que se le anunciaban, asesinando la flor de la nobleza, que con su beneplácito se entregaba al solaz de sus fiestas religiosas. Tan brutal conducta despertó el orgullo de aquellos naturales, y les hizo pensar en el corto número de sus tiranos, y en la inmensidad de sus propios recursos. Empuñaron, pues, las armas, y sitiaron á los españoles en sus cuarteles.

En semejante aprieto no desmayó el ánimo de Cortés, antes por el contrario, tentó antes de emprender la retirada todos los medios que su ardimiento y su sagacidad le sugieran. Rechazó los repetidos asaltos, hizo salidas, se apoderó, despues de un sangriento combate, del templo principal, entabló negociaciones, y probó á que Motezuma aplacase á sus súbditos con su presencia y con sus palabras. Todo fué en vano: el afan continuo de combatir y de vencer, agotaba las fuerzas y disminuía el número de los españoles, mientras que los americanos, reemplazados siempre por tropas de refresco, renovaban con nuevo vigor los ataques. Las negociaciones nada aprovechaban con unos hombres despechados que contaban con la seguridad de aniquilar á sus enemigos, y las palabras de Motezuma fueron contestadas por los silbidos del desprecio y hasta arrojaron toda clase de armas contra su persona, le hirieron malamente, y ocasionaron su muerte.

Viéndose acometido por una muchedumbre siempre renaciente, y sabiendo que habian cortado los puentes de las calzadas, venció Cortés su natural propension á superar de frente todos los obstáculos, y se resolvió á abandonar á Méjico. A media noche, sin oposicion, casi sin ser sentido, atravesó el ejército la ciudad y



llegó á la calzada. En aquel momento resonó el grito de alarma entre los indios, y todos volaron al combate. De repente se cambió el silencio de la noche por el estrépito con que multitud de guerreros se empujaban para alcanzar al odiado europeo. El terror del cielo, reflejado por las tranquilas aguas de la laguna, se miró turbado por el continuo azote de los remos, y un número inmenso de canoas se divisaba al través de las sombras de la noche como una bandada de huitres impacientes al ver que se les escapaba la presa.

Atracan, por último, las canoas á la calzada, desembarcan los guerreros que iban en su bordo, y empiezan á llover sobre los castellanos toda clase de armas arrojadas. Trepan unos por la calzada y se oponen á la salida, mientras los principales batallones embisten de frente. Llegan en esto los españoles al primer puente cortado y echan otro de tablas que al efecto habian construido, y consiguen atravesarlo con su artillería y equipages.

Entretanto la cabeza de la columna alcanzó despues de un porfiado combate la segunda cortadura, y esperó inmóvil á que llegase el puente de madera; pero este se habia enclavado tanto con el peso de la artillería, que no bastaron fuerzas humanas para levantarlo. En el ínterin, el enemigo, seguro de su presa, acometia rabioso sobre los que ya contaba como víctimas de sus dioses. Entonces se encendió la pelea con mas furor que antes. Los mejicanos acribillaban á los españoles y á sus aliados desde las canoas con sus saetas, y otros al mismo tiempo saltaron sobre la calzada y embestian por los flancos, por el frente y por la retaguardia á la imprudente hueste que se atreviera á penetrar en la capital del imperio. La desesperacion encendia el valor de los unos, mientras los otros se enfurecian con la resistencia.

En tanta confusion no era posible ni mandar ni obedecer; cada cual proveia á su propia defensa. El instinto de la conservacion, sin embargo, obligó á los españoles á reunirse en grupos de cuarenta y cincuenta para abrirse paso y continuar su camino. Las espadas castellanas herian sin piedad y mataban á centenares á los mal armados mejicanos; pero no por eso se menguaba aquella multitud siempre renaciente. Ya el brazo desfallecia para la ofensa, y aun las piernas vacilaban para la fuga, cuando el tropel de los que caian en la cortadura, y los cadáveres que arrojaron juntamente con la artillería y equipages, formaron un puente que sino cómodo ni seguro, facilitó á muchos el paso, mientras los caballos sujetos por las riendas atravesaban á nado.

En el segundo tramo de la calzada tuvieron una persecucion menos activa. El deseo de la presa, el no haber contado los gefes mejicanos con que cruzaran los españoles el segundo foso, y la matanza que se embravecia en la retaguardia, dieron tiempo á

Cortés y á varios soldados para llegar al tercer canal. Atravesáronlo con poca oposicion, los unos á nado, y los otros asidos de los caballos. Ya se miraban seguros cerca del continente, cuando se esparció la voz de que Alvarado con las tropas que cubrian la retaguardia estaban envueltos. No le permitió á Hernán Cortés su corazon ardiente permanecer ocioso espectador de aquella catástrofe. Arrojóse sin titubear al agua, exhortando á los demas ginetes á que le siguieran. Atraviesa de nuevo el foso y recorren la calzada, atropellando cuanto encuentran, hasta desembarazar á sus amigos, quienes con gran dificultad se reunen á sus compañeros.

Ya fuera de la laguna, reúne Cortés los restos de la derrota, y entonces conoció lo amargo de su situacion. Entonces vió su pequeño ejército destruido, y la mayor parte de sus soldados muertos en el campo, ó reservados para aplacar con sus corazonas la cólera de los dioses ofendidos. Consideróse á la cabeza de un puñado de fugitivos, mal armados y llenos de terror. Habia perdido su bagaje, su artillería, y todas las demas armas de fuego, y solo contaba para escapar de enmedio del territorio enemigo y de los inmensos ejércitos que le dircundaban, con la fuerza de unos brazos estenuados y con el auxilio del cielo. Abundantes lágrimas bañaban sus mejillas, su cabeza descansaba sobre sus membrudas manos, y su fisonomía espresaba, no el desaliento, sino la mas profunda afliccion.

Careciendo de víveres, peleando de continuo, y estenuados por la fatiga siguieron la retirada por espacio de siete dias. Ya miraban próxima la tierra hospitalaria de Tlascala, y ase consideraban seguros, ya veian renacer sus fuerzas, y ya contaban acaso con vengarse de sus crueles enemigos, cuando al prepararse para bajar al valle de Otumba (1), lo encuentran ocupado por un ejército de innumerables mejicanos que les cerraba el paso.

Vencer con tan reducidas tropas á mas de cien mil combatientes que los tenian cortados, rayaba en lo imposible. Pero de no acometer con denuedo era seguro el esterminio de los españoles, y el ánimo de Cortés no conocia el desmayo. Sin titubear abrazó el único medio de salvarse, el de embestir en aquella muchedumbre y abrirse paso á viva fuerza.

Arenga á sus soldados, se pone á su cabeza, y cae sobre el enemigo, que tambien le salió al encuentro. Chócanse las dos huestes, y ceden los indios, abriendo ancha entrada á los euro-

(1) Antes de llegar á este valle se hallan las pirámides de Teotihuacan, y como observa Prescott, pudo Cortés decirles á los suyos como Napoleon en Egipto: « Soldados; desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan; » pero, añade el mismo escritor, « la situacion de los españoles era demasiado crítica para declamaciones teatrales. »

peos, quienes se engolfan mas y mas dentro de aquel mar sin orillas. Abarca, en fin, el ejército americano al español, rodeándole por todas partes. La espada del infante se teña á cada momento en sangre pagana, mientras que la caballería hacia cejar á cuantos se le oponian. Pero todo era infructuoso; los españoles cansaban su brazo sin poder aniquilar á sus contrarios, y los caballos se fatigaban en cargas estériles que en nada disminuian el número de los enemigos.

Rodeados de cadáveres, pero acometidos á cada momento por tropas de refresco, sentíanse ya ostenuados por la fatiga los españoles. El caballo con dificultad obedecía á la espuela, y los hombres casi carecian de vigor para sostenerse en pie, cuando Cortés que habia librado su victoria desde el principio en privar de gefes á sus contrarios, encargando á los suyos que hiriesen con preferencia á los oficiales enemigos, divisa al general mejicano conducido en andas y rodeado por su guardia. Al punto conoció que el éxito de la batalla dependia de la muerte de aquel cacique, y sin tardanza reúne sus mas esforzados caballeros, cólcase á su frente, y al grito de ; Santiago! se lanza en medio de los batallones opuestos, los abre, los dispersa, y no para hasta verse á la inmediacion de su destinada victima. La guardia aterrada se dispersa, y Cortés derriba de un boto de lanza al cacique Cihuaca, quien viene al suelo con el pendon del imperio. Apéase entonces Juan de Salamanca, corta la cabeza al general enemigo, recoge el pendon del suelo, y se lo presenta á su gefe.

Esta hazaña decidió de la suerte de la jornada. Espántanse los mejicanos de tamaña osadía, y los que antes ofrecian sin pavor su pecho al acero castellano, huyen dispersos de quien acababa de ejecutar un hecho superior al esfuerzo humano. Atónita la muchedumbre se precipita sobre los inmediatos, y pronto se convierte aquel formidable ejército en una confusa masa en quo los unos se atropellaban á los otros y aumentaban reciprocamente su terror.

El español y el tlascalteca se reanimaron al ver la fuga de sus contrarios, y empezaron á herir y á seguir el alcance sin acordarse del cansancio ni del hambre que poco antes les aquejaban. Cargados de botin y llenos de orgullo con la victoria debida al esfuerzo y al genio de Cortés, penetran en el territorio de Tlascala, donde encontraron el mismo entusiasmo y el mismo cordial hospedage quo la vez pasada.

Este es en mi entender el mas glorioso hecho de armas de cuantos los europeos han acometido en el descubrimiento y conquista de las Américas. Aquí en el pelcar no hubo eleccion; el ejército conquistador no tenia otra alternativa que la de perecer ó pasar por encima de los cadáveres de los mejicanos. Pero lo que

levanta á la mayor altura el valor español, es el no haber desmayado en tan desigual pelea, el no haberse desordenado en un combate de tanta duracion, y contra tropas que á menudo se remudaban. No conservaban armas de fuego, y solos veinte caballos acreditaban la superioridad europea. Rodeados por una muchedumbre inagotable, no en el esfuerzo de sus brazos ya desfallecidos, sino en el favor del cielo, libraban su salvacion.

¿Y qué diremos del capitan? Como soldado, no le hubo mas valiente: el primero en acometer, su caballo se lanzaba en medio de aquella selva de picas, abriendo paso á los que le seguian. Como general, elogiaremos aqui, como siempre, su imperturbable serenidad, su confianza en el éxito, su irresistible impetuosidad en acometer; pero en esta batalla admiraremos ademas su prevision en aconsejar á los soldados que hiriesen con preferencia á los caudillos enemigos, y mas que todo, la incomparable hazaña que salvó su ejército y puso término á la pelea. En otras ocasiones, la victoria se debe en gran parte al valor de las tropas; pero la batalla de Otumba la ganó solo Hernan Cortés.

Triunfantes y cargados de botin llegaron los españoles á Tlascalala, donde recibieron las mismas pruebas de amistad que anteriormente. Rehiciéronse entre sus aliados, curaron sus heridas, y Cortés, que se hallaba muy lastimado de un golpe en la cabeza, estuvo á pique de perecer.

Aun no bien restablecido, empezaron á hervir en su imaginacion las mismas ideas de conquista y de engrandecimiento de la religion y de los dominios de su rey. Amaestrado, sin embargo, por sus desgracias, conoció que era preciso restablecer la reputacion del nombre español, y reunir un poderoso ejército antes de emprender ninguna operacion decisiva.

Salió, pues, de aquellas montañas, y castigó primero la traicion de algunos caciques que habian asesinado á pequeñas partidas de españoles cuando los anteriores desastres. En seguida, se dirigió á Méjico, rodeó la laguna, tomó varias ciudades, protegió á sus aliados, y por último, bloqueó la capital.

La suerte le proporcionó varios refuerzos, ya de gente que enviaba Velazquez, creyendo que Narvaez habia triunfado, ya de aventureros que iban á probar fortuna. Recogió tambien armas, caballos, hasta juntar una fuerza de ochocientos diez y ocho infantes, entre ellos, ciento diez y ocho arcabuceros, y ochenta y siete caballos, con diez y ocho piezas de artilleria y mas de setenta mil indios.

Repetidas veces entabló negociaciones, antes de embestir á Méjico, y tentó mil medios de conciliacion para evitar la ruina de una ciudad que era la maravilla del Nuevo Mundo; pero todo fué infructuoso. La fatalidad pesaba sobre el imperio, y cerraba los

oidos de sus gobernantes. Para reemplazar á Motezuma habia sido nombrado su hermano Cuiclahua, hombre de un carácter belicoso, y enemigo implacable de los españoles. Murió á los cuatro meses, y le sucedió Guatimozin, príncipe emprendedor, intrépido, infatigable, y que se propuso sepultarse entre las ruinas de su patria.

Para conquistar á Méjico era indispensable enseñorearse de la laguna, y para dominar la laguna, era necesario tener marina. Así lo conoció el genio previsor de Cortés, y mandó, antes de salir de Tlaseala, á Martin Lopez que construyese trece bergantines. Ayudado por los carpinteros que habia en el ejército y por los naturales, pronto estuvieron concluidos, y el Nuevo Mundo presenció el magnífico espectáculo de una armada, atravesando montañas, cruzando campos cultivados, conducida en hombros por espacio de quince leguas.

Con su auxilio se consiguió limpiar de canoas la laguna y cortar toda comunicacion con el continente, quedando formalizado un estrecho bloqueo.

La defensa de Méjico puede compararse, por la obstinacion de sus habitantes, á la de Zaragoza en la guerra de la Independencia, y aun en el sistema de ataque empleado contra ambas ciudades hay cierta analogía. Primero intentó Hernan Cortés, como los franceses en el primer sitio de Zaragoza, apoderarse á viva fuerza de la capital, y viendo ineficaces sus repetidos asaltos, emprendió situarse en el centro de la poblacion, ocupando la gran plaza de Tlateloleo, pero los mejicanos fingieron ceder al ataque, dejaron penetrar las tropas invasoras, y cuando se habian internado en la ciudad, cayeron sobre ellas batallones apostados en las encrucijadas, mientras que de las azoteas les lanzaban toda clase de proyectiles.

Un terror pánico se apoderó del ejército aliado con esta inesperada acometida. Los indios, los españoles, mezclados, atropellándose mutuamente, fiaron su defensa en la celeridad de la fuga, y entregaron inermes sus espaldas á las armas enemigas. Gran destrozo esperimentó el ejército sitiador en esta derrota; muchos soldados perdieron la vida, y muchos fueron reservados para derramar su sangre ante los ídolos. Por la primera vez en esta guerra cundió el desórden en las filas de los españoles, y sin el auxilio de Cortés, que corrió impávido con inminente peligro de su vida á socorrer á los fugitivos, pocos de los que capitaneaba Alderete hubieran escapado de los enfurecidos mejicanos. Rechazados los invasores y llenos de ira, tuvieron que sufrir el sonrojo de ver desde su campamento á los infelices prisioneros subir por las gradas del templo del dios de la guerra donde les aguardaba la losa del sacrificio.

Esta revés hubo de contrariar los planes de Cortés, y tal vez de hacerle levantar el sitio; porque los sacerdotes enemigos, henchidos de orgullo con la victoria, anunciaron en nombre de sus divinidades que en el término de ocho días perecería el ejército sitiador como enemigo de los dioses. Aterrados los americanos, empezaron á abandonar á Cortés, y sin su influjo, sin el ascendiente de su alma, la expedicion se hubiera malogrado. En vano intentó disuadirles, en vano les exhortó á mirar á los sacerdotes como unos pérfidos impostores, lo único que pudo conseguir fué que aguardasen á la vista de Méjico los ocho dias señalados para que fuesen testigos de la falsedad de la predicción y del triunfo que con solo el esfuerzo español, y sin que de su gloria participasen los indios, se prometia obtener de los mejicanos.

Durante el plazo señalado guardaron neutralidad los auxiliares, y los españoles solos sostuvieron el bloqueo. Pero pasados los ocho dias, avergonzados los indios de su tímida credulidad, volvieron á buscar á Hernán Cortés.

Entonces el general ideó otro sistema de ataque parecido al de los franceses en el segundo sitio de Zaragoza. Proyectó el irse apoderando de los edificios é irlos sucesivamente arruinando. Así fué destruyendo la inmensa ciudad de Méjico, y la poblacion y los defensores ya estenuados por el hambre y por los continuos trabajos del sitio, se encontraron sin mas abrigo que la octava ó décima parte del caserío, donde apiñados servian de blanco inerme al fuego castellano. Aun en semejante desesperada situacion no se doblegó el ánimo inflexible de Guatimozin, ni escuchó proposiciones de ninguna clase. Rodeado, por último, de espectros sin vigor para manejar las armas, y aumentándose la epidemia que el hedor de los cadáveres y los padecimientos y privaciones habian originado, determinó escaparse por agua abandonando á sus vasallos á su suerte. Prevenido Cortés para este lance, habia encargado á Sandoval que estuviese á la mira, y si observase que algunas piraguas mejicanas intentaban fugarse, las atacase y se apoderase de ellas á toda costa. Así lo verificó, y prisionero el emperador, los súbditos se entregaron sin condiciones.

Una vez dueño de Méjico, el primer cuidado del general fué el de sanear los restos de la poblacion, haciendo salir previamente á todos sus habitantes. Despues pensó en reedificarla con mas magnificencia que anteriormente, como lo hizo, construyendo templos suntuosos á los santos del cristianismo, en vez de los abominables Teocalis en quo antes corria la sangre de víctimas humanas.

La fama de Cortés se extendió hasta los ángulos mas remotos de aquella parte del continente. Los reyes, los caciques, enviaban embajadores al hombre sobrehumano que habia podido reducir á

polvo la antigua dominadora y tirana de las naciones. El rey de Mechoacan vino en persona á examinar las ruinas de la metrópoli, y llenos sus ojos de lágrimas de admiracion, pidió ser vasallo del monarca de unos seres tan estraordinarios. Asi se engrandecieron los dominios de la corona de España, mas por el asombro que causó en los ánimos de los americanos la conquista de Méjico que por la fuerza de las armas.

No bastaba haber construido una gran capital para el nuevo imperio mejicano; era tambien necesario poblarla. Al efecto invitó á españoles y á indios, y en pocos años logró albergar en los recién construidos edificios mas de dos mil familias europeas y mas de treinta mil indias.

Tampoco se satisfizo el ánimo grande y fecundo de Cortés con haber sometido inmensas tierras al cetro de sus reyes, quiso ademas embellecer la rica joya con que habia dotado á la madre patria. Fundó nuevas colonias, conminó con la pena de privacion de todas las adquisiciones en el Nuevo Mundo al colono que en el término de dos años no condujese su muger al establecimiento, ó no se casase siendo soltero, obligó á todos los buques que se dirigiesen á aquellas regiones á conducir semillas de frutos propios del antiguo continente, adoptó medidas eficaces para fomentar la agricultura, y si la Nueva España no llegó á ser acaso el primer imperio del mundo, no consistió en Hernan Cortés, sino en el detestable sistema de gobierno continuado por la casa de Austria que paralizó el impulso dado por el gran conquistador. Cortés echó hondos y robustísimos cimientos, sobre los cuales la impericia de sus sucesores no supo construir sino un mezquino y frágil edificio.

El resto de la vida de Hernan Cortés lo dividieron los disgustos que la envidia de sus émulos le atrajeron, y otras muchas expediciones de tanto arrojé como la primera, pero de poca brillantez en sus resultados. Su genio insaciable de aventuras y de grandes acciones no le permitia un momento de reposo. Pero la suerte que se habia complacido en conducirle á gigantescas empresas y en allanarle todos los pasos cuando no poseia riquezas ni influjo, so complació tambien en ejercitar sus grandes cualidades en inútiles intentos, cuando tuvo á su disposicion mayores medios.

Sabedor que Cristóbal de Olid se habia sublevado en Honduras, envió por mar á Francisco de las Casas á sujetarlo. Este último naufragó, y temeroso Cortés de que hubiese caído en manos de su rival, se dirigió él mismo por tierra á castigar al rebelde á la cabeza de una division de indios y españoles. Cuando llegó encontró restablecida la autoridad legal, y fueron estériles los grandes padecimientos, la gran firmeza de alma desplegada por el caudillo, y los inagotables recursos que su imaginacion le sugi-

rió para vencer las insuperables dificultades que á cada paso detenían su marcha.

Propúsose conquistar primero á Nicaragua, y despues cuantas tierras pudiera recorrer, abrigando en su cabeza planes poéticos é inacabables. Esta fiebre de aventuras la vino á apagar la noticia de los desmanes cometidos por las autoridades de Méjico durante su ausencia, para donde partió inmediatamente.

Empeñado en hacer nuevos descubrimientos, envió varias expediciones y aun él se embarcó en persona recorriendo la costa de las Californias, pero sus primitivos hechos gloriosos eclipsan todas sus posteriores acciones.

Si recapitulamos brevemente los principales rasgos que caracterizan á Cortés, descubriremos en él uno de aquellos hombres nacidos para acometer y acabar grandes hazañas y para dejar detrás de sí hondísimas huellas. Su alma grande no se pagaba sino de lo maravilloso, y jamás concebía ningun proyecto cuya ejecucion no rayára en lo imposible. Con una fé vivísima en el éxito de sus empresas, no habia obstáculo capaz de hacerlo desmayar; antes por el contrario, las dificultades, los reveses, lo servian de aliciente y aumentaban su imperturbable perseverancia. Sentíase nacido para estender la religion cristiana y los dominios de su rey, y hasta su último aliento no perdió de vista esta irresistible vocacion. No contento con las vastas conquistas de Nueva España, empenó sus inmensos estados y hasta las joyas de su muger para descubrir otras tierras donde plantear la cruz de Cristo y el pendon de Castilla. Aun el nuevo continente le pareció estrecho á sus miras, y quiso conquistar las Molucas, y hacer quo sus reyes no recibiesen la especería en cambio de otras mercancías, sino como un tributo de sus vasallos.

Su ardor por la religion tocaba al fanatismo, y mil veces hubiera malogrado el éxito de su expedicion sin la prudencia del padre Olmedo, que refrenaba sus impetus intempestivos. Concluida la conquista, llamó de España á unos celosos misioneros á quienes salió él mismo á recibir, y cuyas manos besó humildemente postrado en tierra en las mismas puertas de la ciudad.

Al feliz resultado de la campaña, contribuyeron eficazmente, fuerza es confesarlo, además de la intervencion del padre Olmedo mil circunstancias favorables que inesperadamente le ayudaron. En la segunda batalla contra los tlascaltecas, sin la division de los gofes enemigos, era segura su pérdida. La suerte lo sacó tambien de los peligros de la *noche triste* y de la batalla de Otumba.

¿Y pasaremos en silencio los servicios que lo prestó la interesante india dóña Marina? Regalada á Cortés por el cacique de Tabasco, aprendió presto el español y sirvió de intérprete con los mejicanos. Joven, hermosa, tierna, enamorada, adoptó la patria



y la religion de los españoles; pero en la realidad el ídolo á quien adoraba era su señor y su amante. Partícipe de todos los peligros, aparecía siempre como un ángel de paz y de conciliación entre europeos y americanos. Explicaba el Evangelio á sus compatriotas, é intervenía en todas las negociaciones. En la guerra de Tlascala advirtió que unos guerreros onemigos se habian introducido en los reales con el disfraz de mercaderes, y en Cholula descubrió la terrible conspiracion que hubiera acabado con Cortés y con su ejército. Tantas dotes, tantos servicios, ponen á doña Marina á una distancia inmensa de las Brisoidas y de las Tecmesas tan celebradas on la antigüedad. Doña Marina, en fin, ha merecido elogios de todos los historiadores : dió entre los indios su nombre de *Malinche* á Cortés, y vive aun en las tradiciones de los mejicanos.

Pero aun cuando favorecieron á Hernan Cortés algunas circunstancias fortuitas, todavía se necesitaban un carácter y un genio colosales para aprovecharse de los dones de la fortuna, para no sucumbir cuando la suerte le negaba su amparo, y para superar tantos obstáculos y tantas dificultades siempre renacientes.

Mucho se ha hablado de su crueldad, poquísimo de su clemencia, y casi nada de la sensibilidad de su corazon. El ascenato de los indios inermes en Tacuba, el tormento dado á Guatimozin, y finalmente su muerte, son tachas que no acaban de borrar las circunstancias atenuantes que acompañaron á estos atentados. Mas cuando le vemos descubrir una conspiracion en el sitio de Méjico contra su vida, apoderarse de la lista de los conjurados, rasgarla y contentarse con el castigo del promovedor Villafañá, no podemos menos de ensalzar su clemencia y la magnanimidad de su alma. En las inmediaciones de Cochimilco fueron hechos prisioneros á su lado dos de su servidumbre, y aquel rostro inexorable se vió cubierto de lágrimas regando con ellas los laureles que acababa de conseguir. En el mismo dia, sentado en lo alto de un adoratorio, se enterneció por la triste suerte que amenazaba á la capital. Aun cuando la necesidad de su conservacion le llevaba á derramar sangre, lo hizo siempre con violencia y desgarrando su pecho. Vehementes sospechas recayeron contra Guatimozin on el viage á Honduras de haber tomado parto en una conjuracion para asesinar á los españoles. Creyóse precisado Cortés á disponer de su vida; pero el sueño no prestó descanso á su ánimo en muchas noches, y en una de ellas vagando sin sosiego por lo alto de un templo, se cayó al suelo y se lastimó fuertemente la cabeza.

Su carácter lo componian una mezcla de opuestas cualidades que oportunamente sabia emplear, y con las que ganaba la amistad de sus iguales, se hacia respetar de sus súbditos, y temer de

sus enemigos. Afable, generoso, escitaba simpatías; noble, imperioso y firme, inspiraba admiración, y colérico, inexorable, lanzaba en derredor el espanto. Así supo enfrenar las pasiones de un conjunto de aventureros discolos y orgullosos, y así supo formar alianzas con naciones que estaban antes en perpetua guerra, y hacerlas caminar juntas al logro de sus intentos.

Su valor tocaba en los límites de la temeridad. Pródigo de su sangre, se le encontraba siempre en el parage de mayor peligro, siempre dispuesto á socorrer á los suyos participando de sus riesgos, y aventurando su vida por salvarlos. Si hay algo que tacha en él, es la temeridad. Temeraria fué, como ya hemos dicho, su primera entrada en Méjico, y ninguno de sus actos merece mayor censura.

Autorizado por la traición de Cholula, podía haber declarado abiertamente la guerra á los mejicanos. Entonces que los españoles gozaban de la reputación de invencibles, todas las naciones indias hubieran volado á sus banderas, y el enemigo no habría osado resistirse. Si contra todas las probabilidades se hubiese prolongado el sitio, hallándose á la cabeza de un ejército numeroso, sin dificultad y sin riesgo habría podido marchar contra Narvaez y se hubiera también ahorrado la derrota de la noche triste. En breve tiempo y con poca pérdida se habría enseñoreado de Méjico.

Tampoco aprobamos la facilidad con que aventuraba su persona, comprometiendo así el éxito de la empresa, y tal vez la existencia de sus compañeros, porque uno y otra dependieron á veces del genio de Cortés. En varias ocasiones se salvó milagrosamente. Cuando asaltó el gran adoratorio de Méjico, estuvo peleando largo rato en la azotea que formaba su parte superior, y en medio del combate asieron de él dos indios vigorosos, y se precipitaron de lo alto con intención de despeñarle. En la toma de Cochimilco fué hecho prisionero, y debió su salvación al empeño de conservarlo vivo para sacrificarlo, teniendo así tiempo los suyos para rescatarle. También cuando intentó situarse en el centro de Méjico y fué rechazado, estuvo á pique de perecer en un canal, donde sirvió de blanco por largo espacio de tiempo á los golpes enemigos. Puede, sin embargo, decirse en abono de Cortés que la empresa llevaba en sí el sello de la temeridad y que sin temeridad ni siquiera se habría meditado.

Aun los mismos que le den importancia á este cargo, en el cual nos hemos detenido de propósito, no podrán menos de admirar aquel valor sobrehumano que se encendía á la vista de los peligros, aquella alma grande, superior á todos los obstáculos, aquella perseverancia que triunfaba al fin de cuantas dificultades le salían al encuentro. Mas de una vez se miró en trances en

donde ni el esfuerzo ni la prudencia humana pudieran prestarle auxilio; pero entonces el héroe, recibiendo inspiraciones de su misma apurada situación, encontraba recursos en su ingenio y en su ardimiento, y triunfaba y obligaba á la adversidad á mostrarse vencida.

Las grandes cualidades que en Hernan Cortés concurrían lo presentan como uno de los hombres mas extraordinarios que han existido, y los eminentes servicios prestados á su patria y á la humanidad entera, lo hacen digno de la gratitud de las generaciones futuras. Cortés dotó á su patria con opulentas é inmensas regiones, de donde debió sacar riquezas que ayudaran á su prosperidad y engrandecimiento. Entregó también á la civilización pueblos incultos, que ignoraban muchas de nuestras artes y de nuestros conocimientos científicos, y cuya feroz religion ordenaba sacrificios humanos. Si España convirtió los tesoros de Méjico en cadenas que comprimieran mas y mas sus propias fecundas facultades hasta llegar á esterilizarlas; si el Nuevo Mundo, lejos de entrar en el camino de una perfectibilidad ilimitada, recibió una civilización estacionaria, y sirvió de asiento al fanatismo, cúlpese al detestable gobierno de España; de ningun modo á Hernan Cortés.

No se crea por esto que yo apruebo enteramente la conducta de los conquistadores. No considero legítimo el empeño de predicar el Evangelio con la elocuencia de la espada. Tampoco creo que estaban autorizados los españoles para penetrar en el territorio de Tabasco y de Tlascala contra la voluntad de sus moradores. El propósito de Hernan Cortés de llevar á Motezuma una embajada que él no queria oír, no puede admitirse; pero la perfidia del emperador en Cholula, autorizaba al general español á declarar la guerra á los mejicanos y á conquistar su capital.

De cualquier manera que se considere este acontecimiento, aun los mas rígidos censores de Hernan Cortés, se verán precisados á prestar su admiración al valor irresistible, á la perseverancia incansable, y á los grandes talentos administrativos y militares desplegados por aquel caudillo.

## DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.

## I.

## La comedia casera.

« On sera ridicule et je n'oserai rire ? »

BOILEAU.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño juguetón se hurta del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo mas próximo ya al estado infantil, sonríe desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que á él le ocupáran en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de quo la *mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad*.

— ¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba usted á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?

Tal le decia yo á mi vecino, don Plácido Cascabelillo, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente roblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

— Digolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aqui se precipitó á alcanzar con los lahios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad, queria volver á la jicara), digolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.

— ¿Y se puede saber cuál es la escena? — Oigala V.

— Este jóven á quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; asi que siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion,

de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase V. un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

— Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

— Ya V. conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertós de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision de *buscar casa*, comision de *decoraciones*, comision de *candilejas*, comision de *copiar papeles*, comision de *trajes* y comision de *permiso para la representacion*.

De esta quedé yo encargado y presidente *nato* de las demás.

El contarle á V. amigo mio las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas seria nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de..... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto mas decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y se colocaron dondo convino). Así que resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demás fueron ya de mas fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Óigalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). *El Oteló, las Minas de Polonia, Pelayo, la Pata de Cabra, la Cabeza de Bronce, el Viejo y la Niña, el Rico-hombre de Alcalá, el Español y la Francesa, el Jugador de los treinta años, el Médico á palos, el Tasso, el Delincuente honrado, A Madrid me vuelvo, Garcia del Castañar, la Misanthropia, Sancho Ortiz de las Roelas y el Café*. Ya ve V. que en nuestra junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa au:

las de cincuenta y ocho años, se creían adecuadas para semejantes papeles; cual llamaba á una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salía un rey y el designado para esto papel era bajo; en otra tenía el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querían ser primeros galanes; los que se avenían á los segundos apenas sabían hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galán enamorado; los amantes no consentían que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas que no hablan, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, ví varias veces desconocida mi autoridad. Por último y después de largo rato pudo restablecerse el orden, y á instancia de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un joven andaluz, á quien para desagraciarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demás del caso; y no tengo necesidad de decir á V. que en estos veinticinco días se han renovado veinticinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripción se realizó, el arreglo del teatro también; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fué, amigo mío, donde yo saqué el escote de mi diversion. Porque había de ver V. allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedían. Quien formaba coalición con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quien reñía con su querida porque en cierta escena había permanecido dos minutos mas con sus manos entre las del primer galán; cual tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

*Despacio, Señores. — Mas alto. — Conde, que le está á V. manchando esa vela. — Doña Antonia, que la llama á V. el rey Don Pedro. — Esos brazos, que se mueren. — V. sale por aquí y se vuelve por allá. — Doña Leonor, Don Enrique, Doña Maria, aquí mucho fuego. — Eso no vale nada.*

Por este estilo puede V. figurarse lo demás; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algarazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos tenido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia

se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á V. un billete.

Acepté gustoso el convite, y llegada la noche, y habiéndome incorporado con D. Plácido, nos metimos en un simon que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol mas en el portal, nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podíamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle Real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia y fuimos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las estrechidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los socios corrian aquí y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurientes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos; alargar el pescuazo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el antejo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordonos, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon que se levantó en aquel instante.

— « ¿No me escuchas ?  
— ;Qué molesta  
y qué cansada muger !  
— siempre que te viene á ver  
debe subir por cuesa. »

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetia yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Así fué repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galan de una dama altísima que me hacia temblar por las

hambalinas cada vez que parecia en la escena; cual entraba resbalándose de lado por los bastidores, cual salia atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecian todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes y las damas en el inevitable pañuelo de la mano.

En fin así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacia de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacia de rey; así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reído á mi sabor si hubiera estado solo; y fué que un oficial que sentaba detras de mí, dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

— Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

— Entonces siento infinito haber creído que su hija de V. lo echa á perder.

— Diga V. que el galan no ayuda.

— ¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha).

— Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan reciprocamente, y la comedia la *sacan* que no hay mas que ver.

Por fin volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros piés, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de D. Tello á la presencia del rey menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al *Rico-hombre* con altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

« A cuenta de este castigo  
Tomad estas cabezadas, »

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo el aire triunfal de don Pedro enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de



ficción escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; este viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Trova, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenia por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado en tanto sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedían y daban las satisfacciones consiguientes se inclinó por la izquierda, y desplomándose con estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que todo se *había acabado ya*; y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

## II.

### La empleo-manía.

. . . . . Hic vivimus ambitiosa paupertate  
omnes. *Horat.*

Pues como digo á V., el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso, pero tiene una debilidad, cual es, el afán de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demás cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara: despues aspiró al honor de sindico y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones: luego fué alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se lizo comisionar por el Ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su mujer y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y

derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo : ahora ya lo necesitaba porque aquel cada día era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oyo razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daría su mayorazgo, sus demás bienes y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último se ha dejado de rodeos, y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de éstos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha protección, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él, haciendo antesalas y cortesías consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á V. un ente original?

— Eso sin duda (replicó don Fidel de la Veracruz, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí hicimos alto como unos dos minutos, sacó don Fidel su caja, ofreciéndome un polvo, tiré yo el que tenia entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

— La mania del don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes, se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas del *empleito*. Este falso raciocinio, esta terrible mania, es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin, á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.

Volvimos á callar y paseando un rato en silencio; pero animado con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me explicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera :

— « Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio á una altura mas

que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitacion y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

» Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer, que él celebró como el de su triunfo; fué el primero de sus infortunios.

» Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y trasferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Alicante, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veia llamado le hizo variar de plan. Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor, y nuestra casa fué muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendia á bailar, tiraba el florite, montaba á caballo, leia en francés y escribia á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veia halagado con la idea de una brillante suerte futura.

» Llegué á tener diez y siete años, y mis padres que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que queria seguir. Entonces eché mis cuentas. — ¿Comercio? — Yo carecia de los conocimientos necesarios, y aunque veia prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á pouer bajo sus órdenes, y reducir otra vez á Alicante. — ¿Letras? — Yo no las entendia; por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universalidad. — ¿Milicia? — La verdad, no tenia grandes ánimos, y eso de esponerse uno á que una bala..... — ¿Iglesia? — ¿Cómo, si me sentia inclinado á la *propaganda*? — ¿Medicina? — ¿Artes? — ¡Para todo eso hay tanto que estudiar!!! — Pues señor, le dije

á mi padre, como V. no me coloque en alguna oficina aunque sea de meritorio... — Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel día empezó á trabajar para ello.

» No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes; así que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

» El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad: mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas fijó su atencion en la hija única de mi jefe y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haria obtenor. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á esta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

» Mi esposa era una mñor altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí voia un marido á quien ella habia elevado á su altura; cuya consideracion la hacia insufrible, dándola un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejando por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviarsu vida, y quedando yo en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habian educado á ella y á mí. Mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interés!

» Mi mujer era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacia pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un día que se me concedió un sobresueldo de cuatro mil reales, y me hizo gastar doce mil en trajes y funciones.

» Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera no lo permitia lo que ella

llamaba su *ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones les conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba decretado del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma mania que su abuelo y su padre.

• Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco; así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

• Entre tanto los muchachos cada dia crecian en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa, y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa de comercio.....

• Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia, de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo transmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á V. que de los dos hijos que quedaron de mi primo el uno sigue el comercio, y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro despues de haber recorrido toda la Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos y establecido varias fábricas de tejidos, en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño. »

Al llegar aqui tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la *de la Empleo-mania*.

## III.

Mi calle.

• Yo, Talía en despedirte, y tú en que me has de querer, tijeretas han de ser. » *Iglesias.*

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primera circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impasible del original, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento; y ora ríe y charla, y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento comprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado, y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos suceder entre nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier*: — « Pasajero en un navio, no pretendo gobernar al piloto. » — Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion de *Curioso* el considerarlo, no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas llegan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos; ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados; ni el cartero sabe las señas de mi habitacion; ni en los cafés hago otra cosa que beber; ni pueden

quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera, ni las casas de la Puerta del Sol. Pero en medio de estos aislamientos, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correteón y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso y desde el ventanillo de una diligencia veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginación un resultado tal de movimiento que apenas acierto á bosquejar en ellas ni aun los objetos mas notables.

Así que procediendo por impresiones del momento, y sin ningún conocimiento de causa, no es extraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto venga á deducir consecuencias que por lo naturalmento simples y materiales pudieran figurar ariosamente en el diccionario de Pero-Grullo. Por ejemplo :

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derribar edificios, supongo de buena fe que habia sobra de ellos; cuando veo construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trajes, me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentación de los esquinzos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles, me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapiés, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio; entonces como que prescindo de todo lo demás que ví, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el extranjero; este refina-

miento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer, y deshacer lo hecho solo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo, y llevar el género clásico-retrógado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse, y silbar á los unos y á los otros, y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los Toros á la Opera italiana, desde la tribuna al sermon, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado desde el año ocho al catorce y del catorce al ocho, del veintitres al catorce y del treinta y tres al veinte, del treinta y seis al doce y del treinta y siete al... sábelo Dios! todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias, toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de *Madrid*, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguaje de las piedras al idioma vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofia; mezcla, en fin, de lo delicado y grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna exageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapiés, de la Montera y del Barquillo, de San Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastara á probar *ex ungue leonem*; y por cierto ya que he nombrado *mi calle*, no quiero renunciar á trazar este ligero *verbigratia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente, y como traído á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicación. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero, no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras, camino *Real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto ni lo permite su estrechez ni torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo, vacilante y desigual forma la base de su sistema; algunas de sus casas aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida



frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras empero, por sus formas respectivas, favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aquí el que los efectos del ya citado contraste se extiendan no tan solo al aspecto físico de las casas sino tambien á las inclinaciones, usos y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el órden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de dicha calle, deteniéndonos segun conviniese en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas por dos ó tres de ellas que están algunos piés mas retiradas que las demás, lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desabogo y de mejora de esta calle que existiria en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fué abandonado despues. Este ligero desuivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con rótulo y todo se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la Villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo compulsase el dicho rótulo aunque no fuese mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen ustedes que esto seria demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á san Anton y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: « Este es San Anton, y este otro es el cochino? » — Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones que aquel que la conozca no pueda menos de exclamar: — « Esta es. »

Volviondo á la plazuela de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero y á una cabreria, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber, el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores *Darrás y Manche*; el herrador en lo restante del dia usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero al anochecer como es uso y costumbre en toda égloga, echando á pacer las mansas cabrillas, no ya la yerba *aljojarada* sino los pedazos de tachuela y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos aficionado, si no fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con

ella el surtido de la calle; pero cuenta que la de que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra, una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal... ¡qué portal!... portal-*pasage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situación de establecimiento!

« ¡Si es ó no invención moderna  
vive Dios que no lo sé:  
pero delicada fué  
la invención de esta taberna. »

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan los accesorios de dos establecimientos públicos, el uno *financiero*, el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animación la tendencia y objeto de este siglo del oro. Uno y otro, á decir verdad, podrían haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagación de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del frente, máxime después que la revolución ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones. Esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á la mano la sección central del diabólico invento de Sebattini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales abajo; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oído sus mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle: lujo ó indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierros, oro y estiércol; y todo en cuatro pasos como quien dice, y en estos cuatro pasos, que dan ustedes todos los días, señores lectores, distraídos ó indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano ó la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada á una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Londres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad

media, ni en la compaseada Manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del día, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada, en fin, de todo lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... — ¿Su calle de V? — Sí, señores lectores, la de ustedes, la mía, cualquiera de las calles de Madrid : se entiende del Madrid de 1837.

## IV.

## Las Traducciones.

La manía de la traducción ha llegado á su colmo. Nuestro país, en otro tiempo tan *original*, no es en el día otra cosa que una nación *traducida*. Los usos antiguos se olvidan, y son reemplazados por los de otras naciones; nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes y hasta nuestras opiniones, todo es ahora *traducido*. Los literatos en vez de escribir de su propio caudal se contentan con traducir novelas y dramas extranjeros; los sastres nos visten á la francesa; los cocineros nos dan de comer á la parisense; pensamos en inglés; cantamos en italiano, y nos enamoramos en griego; los médicos nos matan por el sistema de *Broussais* ó de *Hannheman*; los legisladores nos hacen felices con *bills de indemnité* : y hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los mas cantábiles de *Arturos y Carolinas*.

Todo ciudadano español traducido del francés que esté al corriente de este modo de ser, de estas maneras sociales, debe sentir allá en sus adentros ciertos impulsos traducidos que han de darle en qué pensar. Y yo para servir á ustedes, pienso ahorcar mi originalidad en las aras de la moda *vigente*; púseme á discurrir días atrás en uno de estos *aportes* que suele tener todo escritor, sobre qué lengua escogería como blanco de mis iras, diciendo poco mas ó menos : — « Señor, el traducir del francés, es bastante socorrido; pero son tantos ya los que lo hacen que apenas salen á lector por barba; el italiano tan solo sirve, segun parece, para la música, y entonces la gracia consiste en entenderlo mal y pronunciarlo peor : el inglés... ¡es tan peliagudo esto del inglés! Además que los ingleses apenas escriben comedias, que es lo que importa : el alemán, el ruso... ¡vaya usted á entender estas lenguas de perros! el portugués... pero ¿qué se ha de traducir del portugués? Pues luego, ¿que traduciré yo?... ¿Traduciré del tonto algunas traducciones de Barcelona y no pocas de Madrid que han quedado mas gabachas que antes de pasar los Pirineos? — No; porque para traducir del tonto es preciso entenderlo.

- ¿Traduciré al sentido comun las crispaciones políticas ó los en-

sueños fatídicos de los vates no comprendidos? — Tampoco; porque entonces nadie los querría comprender.

¿Traduciré de la germania política los discursos de fondo de los periódicos? — Menos; porque entonces acaso vendrían á decir lo contrario que sus autores quisieron.

Pues entonces, ¿qué traduciré? ¿El galimatías de aquel abogado, la jerga de este médico, ó las hipérboles del otro orador?

Pero en fin, en medio de este soliloquio ocurrióme una idea, y fué que la mas útil traduccion y la menos usada, es la del lenguaje figurado al sentido genuino, porque si, como decia álguien: — « el don de la palabra ha sido dado al hombre para disfrazar la verdad, » — era hacerle un no pequeño servicio ocuparse en un cómodo diccionario fraseológico para el uso de la sociedad. — Ejemplos:

Cuando oigo á don Pánfilo hablar mal de gobierno y sistemas, fruncir el labio al oír nombres y discursos, y lastimarse del estado misero del país, *traduzco* que don Pánfilo es cesante, ó pretendiente á empleos.

Cuando veo á don Próspero echarla de rancio españolismo, y ostentar los adelantamientos, y el magnífico porvenir de nuestra patria, pienso *traducir* que don Próspero está traduciéndola en provecho suyo.

Muchas veces *traduzco* la opinion de los hombres por su traje y porte, porque es imposible no pertenecer á la oposicion el que no tiene coche, y aun escasamente para zapatos.

Si un amigo de estos que uno tiene, y que no sabe cómo se llama, viene un dia haciéndome cortesias, alabando mis escritos, sonriendo á mis palabras y dándome á todas la razon: — « Este hombre (*traduzco*) va á pedirme dinero. »

« Usted me confunde con elogios que no merezco » (me dice don Hermógenes cuando me estoy riendo de él). — *Quiere decir*, « Usted me tributa los elogios que yo le exijo. »

Un sugeto me hablaba el otro dia de que habia visto tantas tierras y cuantas ciudades; que habia andado cincuenta y mas leguas diarias, en Francia, Inglaterra y Alemania, de noche, do dia, y sin descansar. Le pregunté de costumbres, me habló de postillones; le hablé de ciencias, me contestó de posadas; le pregunté la historia del país, y me describió sus trajes... « Este hombre (*traduje*) ha viajado como un baul. »

¿Cuántas varas necesito para una levita? — Hay opiniones: tantas segun el señor tal; cuantas segun el señor cual. — *Traduccion libre*. — El señor tal es menos traducido que el señor cual. — ¿Qué tonta estuvo anoche la Paquita! (dice doña Mencía con intencion). Y yo *traduzco*: — La Paquita estuvo ayer mas hermosa y obsequiada que otras noches.

— « Desengáñese V., se ha perdido el gusto ; el público es ignorante, » dice don Eleuterio. — *Traduccion literal.* El público cree que el ignorante es el autor.

« Disimúleme V., no tengo suelto » *quiere decir* : — No quiero soltarlo. — « ¿ Porqué se marcha V. tan temprano? *puede traducirse* : Váyase V. cuanto antes. » El hablar del tiempo frio, suele ser temporal frialdad de la conversacion. — A veces las convulsiones de Narcisa pueden *traducirse* por antojos ; — las cortesías de don Silfido, por *memoriales* ; las ocupaciones de don Cornelio, por *condescendencias para con su esposa* ; — la amistad de don Cenon, por *impulsos de su estómago* ; — y á veces escribir un artículo como el presente, lo traduzco, *emborronar papel.*

(*Escenas matritenses, por el Curioso parlante.*)

#### DE JUAN DE VALDES, Y DE SI ES EL AUTOR DEL DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.

Hace mucho tiempo que sospecho que el interesante y curioso opúsculo que publicó en 1737 D. Gregorio Mayans, en sus *Orígenes de la lengua castellana*, con el título de *Diálogo de las lenguas*, es obra del célebre heresiarca Juan de Valdes, á quien tantos elogios tributan los escritores protestantes. A decir verdad, hasta ahora no he podido llegar á una demostracion directa de esta sospecha, convertida ya en una creencia mia ; mas con todo voy á exponer lijeramente los fundamentos de esta opinion. Con este motivo recordaré primero algunos antecedentes sobre la vida y escritos de Juan de Valdes, y aun me extenderé en esto mas de lo que á mi propósito actual correspondia.

Juan de Valdes fué de familia noble y distinguida (1), y á lo que parece natural de Cuenca (2). Se dedicó á las letras, en las

(1) *El autor que compuso este libro era caballero noble y rico : alcanzó sir y nombre de sabio.* — Juan Perez, en la advertencia al *Cristiano lector*, que puso al frente del Comentario de Valdes, á la epíst. de S. Pablo á los romanos.

(2) No tengo otra razon para hacer á Juan de Valdes natural de Cuenca, que el suponerlo hermano de Alonso de Valdes, é hijo por lo mismo de Fernando de Valdes, corregidor de aquella ciudad.

De Alonso de Valdes tengo las noticias siguientes : Entre las cartas de Pedro Mártir de Angleria, hay varias escritas por él á aquel célebre literato ; una desde Bruselas en 1520, refiriéndole el principio de la herejia de Lutero ; otra del mismo año desde Aix-la-Chapelle, dándole cuenta de la coronacion de Carlos V como Rey de romanos, y la otra desde Worms, de 1521. (Epíst. 689, pág. 380. — 699, pág. 380. — 721, pág. 411 de la edicion Elzeviriana de 1670.) De ellas se infiere que seguia la corte del Emperador. — Al insertar Angleria la primera

que hizo grandes progresos. D. Nicolás Antonio le llama *jurisconsulto*; pero consta además que sobresalía en la filosofía, teología, lenguas sabias y letras humanas. Siguió bastantes años la corte del emperador Carlos V, señaladamente en Italia, donde pasó la mayor parte de su vida, y desempeñó varias comisiones que le confió aquel monarca en las cortes de este país y en las de Alemania. Ultimamente se fijó en Nápoles, con el importante cargo de secretario del virey, y allí murió en el año de 1540.

Pero su fama y nombradía no han provenido de sus cargos y empleos, sino de sus errores en la religion, y de sus escritos. Supónese por algunos que se contagió en Alemania en los primeros años de la reforma protestante, y que de allí trajo á Nápoles sus doctrinas; otros aseguran que sus errores fueron fruto espontáneo de su modo libre de pensar. Belio y Bayle (1) le llaman uno de los primeros fundadores del luteranismo en Nápoles; pero otros le atribuyen doctrinas mas avanzadas, socinianas y antitrinitarias; lo que no seria de extrañar, pues los herejes españoles, una vez roto el freno de la autoridad, solian ir muy lejos, como sucedió á Miguel Serveto, quemado por hereje en Ginebra, y por el mismo Calvino.

De todos modos, lo que parece cierto es, que en la grande y trascendental disidencia dogmática sobre la *justificación*, que tan profundamente dividia á los teólogos protestantes de los que segnian la verdadera doctrina católica, Valdes profesaba opiniones muy análogas á las de los sectarios que agitaban á la sazón la Alemania, é introducian la perturbacion y el desorden en el seno de la Iglesia. El libro titulado *El Beneficio de Jesucristo*, que si no es obra suya, salió de su escuela, lo comprueba de una manera evi-

cata de las citadas en una suya dirigida á sus discípulos los marqueses de Mondéjar y los Velez, les dice lo siguiente: *Legite prodigium horrendum mihi ab Alfonso Valdesio magnæ spei juvene, cujus patrem Ferdinandum de Valdes, rectorem conchensem nostis, non minus fideliter quam ornatè descriptum, cujus epistola sic se habet.* — Este mismo Alonso Valdes le hallamos mas adelante, en 1525, secretario del gran chanciller del Emperador, y como tal dando á luz, con *privilegio imperial*, la relacion de la batalla de Pavia, en que quedó preso el rey de Francia Francisco I, con este título: *Relacion de las nuevas de Italia, sacadas de las cartas que los capitanes y comisarios del Emperador y Rey nuestro señor han escripto á su Majestad: así de la victoria contra el Rey de Francia, como de otras cosas allá acaecidas: vista y corregida por el señor gran Chanciller é consejo de su Majestad.* — Opúsculo de 8 fol., en 4.º, letra de tortis, sin año ni lugar de impresion, pero que sin duda es del año 1525, el mismo de la batalla de Pavia: acaba así: *Los señores del consejo de su Majestad, mandaron á mí, Alonso de Valdes, secretario del illustre señor gran Chanciller, que ficiese imprimir la presente relacion.*

ALFONSO DE VALDES.

Otras noticias de Alonso de Valdes pueden verse en la *History of the Reformation in Spain* by M'Crie, impresa en Edimburgo en 1829, pág. 124 y 132.

(1) Belio citado por Schelhorn *Amanitates Hist. Ecclæ.*, tom. II, pág. 47. — Bayle *Dictionn.* art. Jean Valdes.

dente. Ranke trae sobre esto un testimonio de mucha autoridad, que desconocieron Schelhorn y los demás que atribuyeron aquel libro á Aonio Paleario: este testimonio, tomado del *Compendium* de inquisidores, obra MS., dice literalmente: *Quel libro del BENEFICIO DI CRISTO, fu il suo autore un monaco di Sanseverinó in Neapoli, discepolo del VALDES.... inganno molti, perche trattava della giustificazione con dolce modo ma ereticamente etc.* (1); y en efecto, en casi todos nuestros indices expurgatorios le hallamos despues como prohibido y condenado, juntamente con otras obras del mismo Valdes, de que hablaré mas adelante.

Una vez impregnado Valdes de estos errores, su crédito y su autoridad contribuyeron mucho á difundirlos. En los años que precedieron á la predicacion de la reforma protestante, habia una general propension á ocuparse de asuntos religiosos, y un vivo deseo de enmendar los abusos que se habian introducido, y de fijar ciertos puntos dogmáticos. Del seno del mas puro y acendrado catolicismo se levantaban estos conatos, se lloraban los males, se buscaba con ardor el remedio, y por todas partes, en fin, se manifestaba una reaccion saludable, que hubiera conseguido por sí sola sin trastornos ni disturbios el remedio de los verdaderos abusos, sin tocar á lo sagrado del dogma, ni romper la magnífica unidad de la Iglesia cristiana. Así fué que cuando los movimientos desordenados y revolucionarios de los sectarios de Alemania lo pusieron todo en cuestion ó hicieron necesaria una resistencia vigorosa, existian pacíficamente en muchas partes asociaciones religiosas que se reunian á conferenciar sobre puntos piadosos y dogmáticos. Muchas de estas asociaciones estaban enteramente conformes con el dogma católico, otras tenian mas ó menos analogía con las nuevas doctrinas, sin pensar por eso en rebelarse contra la autoridad de la Iglesia cuando esta decidiese sobre los puntos controvertidos; otras finalmente favorecian del modo que les era posible el movimiento insurreccional de la Alemania. En la gran agitacion religiosa que caracteriza al siglo XVI, nada era ni debia ser mas comun que estas reuniones: los hombres doctos se juntaban á conferenciar sobre el gran asunto de la época, y á fijar sus ideas y opinion sobre las cuestiones que entonces agitaban el mundo.

En la culta y voluptuosa Nápoles habia una de estas reuniones, y Valdes era el alma y el centro de ella. Su saber, su posicion y su carácter dulce y apacible, le daban en aquella ciudad un grande ascendiente. Muchos sabios y caballeros de la primera nobleza y muchas damas de distincion asistian á aquellas conferencias, celebradas unas veces en la ciudad, otras en sus

(1) Ranke, *Hist. de la Papauté*, tom. 1, pag. 494.

pintorescas cercanías de Chiaia y Pusilipo, donde « la naturaleza ostenta todo su imperio, y parece sonreír placidamente al complacerse en la pompa que despliega, » según la expresión de uno de sus discípulos (1).

A estas reuniones y conferencias asistían, entre otros, Marco Antonio Flaminio, célebre poeta latino del siglo XVI, de religión dudosa; Pedro Mártir Vermigli y Bernardino Ochino, jefes después y capitanes afamados de herejías; Jacobo Bonfadio, el historiador de Génova, y Pedro Carnesecchi, que acabaron años adelante de un modo tan infeliz; Galeazo Caracciolo, marqués del Vico, é Isabel Manrique, que abandonaron su patria para poder continuar en sus errores, y la célebre por su belleza y aventuras Julia Gonzaga, duquesa de Palliano. El entusiasmo por Valdes de sus numerosos sectarios, de los cuales muchos se obstinaron después en la herejía de un modo deplorable, era extremado, y en sus posteriores persecuciones y desgracias recordaban siempre con dolor los felices días de sus conferencias y reuniones.

*Vostra signoria (escribía Bonfadio á Carnesecchi) attenda a ristorarsi e vivere co' quella allegria, con che solea quando eravamo in Napoli: così ci fussimo hora, con la felice compagnia. E mi par hor di viderla con un intimo affetto sospirar quel paese e spesso volte ricordar Chiaia co' l bel Pusilipo... Mi ricordo che innanzi la partita sua vostra signoria più volte disse di volerci tornar e mi ci invitò più volte. Piacesse a Iddio che ci tornassimo, benche pensando dall' altra parte, dove andremo noi poi che' l signor VALDES e morto? e stata questa certo gran perdita ed a noi ed al mondo: perche il signor VALDES era un de rari huomini d' Europa, e quei scritti ch' egli ha lasciato sopra le EPISTOLE DI SAN PAULO ed i SALMI DI DAVID ne faranno pienissima fede. Era senza dubio nei fatti, nelle parole ed in tutti i suoi consigli un compiuto homo. Reggeva con una particella dell' anima il corpo suo debole e magro: con la maggior parte poi e col puro intelletto, quasi come fuor del corpo, stava sempre sollevato alla contemplatione della verità e delle cose divine. Mi condoglio con Messer Marco Antonio (Flaminio) perh' egli più che ogni altro l' amava e ammirava (2).*

JEAN DE VALDES, dice otro escritor contemporáneo y protestante, *fut espagnol de nation, yssu de noble et ancienne race, et eslevé en estat honorable, estant au commencement gentilhomme et chevalier de l'Empereur Charles cinquiesme: mais depuis plus honorable et magnifique chevalier de Jésus Christ. Neanmoins il ne suivit pas long temps la court après que Christ luy fut revelé; mais*

(1) Bonfadio lett. á Monsignor Carnesecchi: *Lettere Volgari di diversi nobilissimi nomini*: in Vinegia, 1554, fol. 32.

(2) *Lettere Volgari*, fol. 32.



*hivita en Italie et fit la plus part de sa residence a Naples. Auquel lieu, avec l'altrait et doceur de sa doctrine, et la sainteté de vie qu'il menoit il gaigna beaucoup de disciples a' Christ, et principalement un bon nombre de gentils-hommes et chevaliers et quelques grandes dames, recommandables en toute sorte de louenge. Combien qu'il estoit si bening et avoit une telle charité, qu'il se rendoit debiteur du talent qu'il avoit receu, envers toute personne, tant fut elle abjetle et de petite et basse condition, et se faisoit toute chose a tous pour les gaigner tous a Christ. Et non seulement cela, mais il a servi, d'organe pour illuminer quelques-uns des plus fameux prescheurs d'Italie. Ce que je sçait pour avoir conversé avec eux (1).*

« Las cuestiones sobre la justificacion, dice Ranke (2), se esparcieron tambien en la voluptuosa Nápoles por un español, Juan Valdes, secretario del virey... La tendencia de Valdes no era exclusivamente teológica; ocupando un cargo temporal importante no fundó secta; su libro (habla de *El Beneficio de Jesucristo*) era el fruto de un estudio libre é independiente del Cristianismo. Sus amigos recordaban con entusiasmo los hermosos dias que habian pasado en su compañía en la Chiaia y Posilipo, cerca de Nápoles. Valdes era dulce, agradable, y no carecia de genio. Tenia una influencia extraordinaria sobre la nobleza y los sabios de Nápoles; las mujeres tomaban tambien una parte muy activa en este movimiento religioso, etc. »

Excuso decir que todos estos elogios son tomados de escritores protestantes, y que solo los cito para probar la perniciosa influencia que en materias de religion ejerció Juan de Valdes en Nápoles, que es lo que en este momento hace á mi propósito.

Pero estas reuniones, ó porque no se divulgase antes el secreto de sus errores, ó porque inofensivas contra la autoridad eclesiástica se limitasen á discusiones académicas, salvo el someterse á las legítimas decisiones de la Iglesia, no fueron inquietadas ni perseguidas hasta algunos años despues de la muerte de Juan de Valdes. Entonces se patentizaron los errores que allí se difundian, y fueron condenados por la autoridad competente: la mayor parte de los discipulos de Valdes se sometieron á la decision de la Iglesia (3), pero otros persistieron en sus errores, y

(1) *Celius S. Curion*. — Prefacio que precede á la traduccion francesa de la obra de Valdes titulada: *Ciento y diez consideraciones divinas, etc.*, se imprimió en italiano en Basilea el año 1550, y en frances en Paris 1566.

(2) *Hist. de la Papauté*, t. I, p. 190.

(3) *Le nombre des disciples de Valdes ayant extrêmement grossi dans Naples, les bons desseins de ces messieurs avortèrent dans la suite qu'on vint á les persécuter, qu'on les emprisonna et que les ayant contraint d'abjurer, on en fit mourir quelques-uns comme relaps.* — Balbani. *Vie de Galeuco Caracciolo, Marquis de Vico*, pág. 47, citado por Bayle.

huyeron á sustentarlos á los países extranjeros. La memoria de Valdes y sus escritos fueron entonces igualmente condenados.

Pero la actividad de Juan de Valdes no so limitaba á promover y dirigir esta reunion, esta nueva *Iglesia*, como la llamaban sus adeptos (1): escribió tambien varias obras sobre diversos asuntos, pero todas (á lo que debe inferirse del cuidado y esmero con quo fueron al momento prohibidas) mas ó menos contagiadas de sus errores. — Hé aquí un lijero resumen de las quo so lo atribuyen.

1<sup>a</sup>. *El Beneficio de Jesucristo*. Ya ho dicho que Ranke, fundado en un testimonio contemporáneo, la atribuye á un monje de S. Severino de Nápoles, discípulo de Valdes. Schelhorn (2) juzga que su autor fué Aonio Paleario, fundado en un pasaje de su defensa ante los magistrados de Sena, que ciertamente no lo comprueba; y Laderchio, el continuador de los anales de Baronio, le menciona como obra del mismo Valdes (3). Todo bien pensado, parece lo mas cierto que esto libro, si no fué en efecto escrito por Valdes, se escribió bajo su inspeccion, y expresó sus opiniones y las de sus discípulos sobre la gran cuestion de la *justificacion*. Fué libro de mucha hoga en su tiempo, reimpresso muchas veces y traducido á casi todas las lenguas: muchos teólogos católicos de grande autoridad lo aprobaron al principio; pero reconocidos despues sus errores, fué severamente prohibido. En el *Indice* del cardenal Quiroga impreso en Madrid en 1583, se inserta con el titulo siguiente: *Tratado utilísimo del beneficio de Jesucristo*. Este tratado, á pesar de sus muchas impresiones, parece haberse completamente perdido. Schelhorn, sin embargo, lo llama solamente *libellus longe rarissimus*.

2<sup>a</sup>. *Comentario ó declaracion breve y compendiosa sobre la epistola de S. Paulo Apóstol á los romanos, muy saludable para todo Christiano*. — *Compuesto por Juan Valdesio, pio y sincero teólogo*. — (*El Evangelio es potencia de Dios para dar salud á todo creyente*. Rom. 1). En Venecia, en casa de Juan Philadelpho, MDLVI. (3<sup>o</sup>. pequeño de 340 pp.) — Está dedicado á la *illustissima señora la Señora Doña Julia Gonzaga*. En esta dedicatoria la dice Valdes: *El año pasado os envié los Psalmos de David traducidos del hebreo en romance castellano.... os envío agora estas epistolas de San Paulo traducidas del griego en romance castellano*. A la dedicatoria sigue una advertencia, *al christiano lector*, en que el editor

(1) *Fuit eo tempore non spernenda Ecclesia in urbe Neapolitana... hujus Ecclesie prima laus debetur Valdesio*: Melch. Adam. *Vita Theol. exter.*, pág. 31.

(2) *Amanit. Hist. Eccles.* tom. 1, pág. 157.

(3) *Pro postulenti libro Valdesii cui titulus erat Christi Beneficium, etc.* — *Annal. ecclesiast.* ad annum 1537, tom. 22.

(que créo es el doctor Juan Perez (1), refugiado protestante) de noticias de cómo llegó á sus manos el *original escrito de la mano del mismo autor*, y de las circunstancias y méritos de Juan de Valdes. — Esta obra fué al momento prohibida, y ya la hallamos como tal en el *Indice* del inquisidor general D. Fernando Valdes, impreso en Valladolid en 1559. Bayle en su *Diccionario* supone que el Juan Valdes autor de esta obra es muy diferente del Valdes de que hablamos. Si Bayle hubiera leído ó visto el comentario, fácilmente se hubiera convencido de su error.

3ª. *Comentario ó declaracion familiar y compendiosa sobre la primera epistola de S. Paulo Apóstol á los corinthios, muy útil para todos los amadores de la piedad cristiana.* — Compuesto por Juan VV, pio y sincero teólogo. — (*La declaracion de tus palabras alumbrá y da entendimiento á los pequeñitos*, Salmo 119.) — En Venecia, en casa de Juan Philadelpho, MDLVII, (8º. igual al anterior de 450 pp.) La dedicatoria dice: — *A la S. Maiestad del serenissimo y christianissimo Maximiliano, rey de Bohemia, archiduque de Austria, etc. Juan P. S. y paz en Jesu Christo.* — En la página 14 el autor se refiere á lo dicho en la Epistola á los romanos, y en la 15 añade: *Quanto á la invocacion del nombre de Christo, me remito á lo que está dicho sobre la Epistola á los romanos, capítulo x*, lo que prueba ser las dos obras de un mismo autor, y lo infundado de la opinion de Bayle. — Esta obra está igualmente comprendida en los *Indices* expurgatorios de la Inquisicion.

4ª. *Los Psalmos de David, traducidos del hebreo en romance castellano.* Valdes habla de esta obra suya en la dedicatoria de las epistolas de S. Pablo, á Julia Gonzaga, en el pasage copiado arriba: y Bonfadio, en su carta á Carnesecchi, la menciona igualmente. No tengo noticia de que se haya impreso.

5ª. *Ciento y diez consideraciones divinas*: Esta obra se tradujo al frances con este titulo. *Cent et dix considérations divines de Jean de Valdesso. Traduites premièrement d'espagnol en langue italienne et de nouveau mises en françois, par C. K. P.* (Claude de Kequifinen, parisien): Lyon, par Charles Pesnot, Paris par Mathurin Prevost, 1565. La traduccion italiana se imprimió en Basilea en 1550. También fué traducida al inglés, y publicada en 1646 con notas de Jorge Herbert.

6ª. *Diálogo de Mercurio y Caron, en que allende de muchas cosas graciosas y de buena doctrina, se cuenta lo que ha acaescido en la guerra desde el año mill y quinientos y veinte y uno hasta los desafios de los reyes de Francia et Inglaterra hechos al Emperador en*

(1) Sobre Juan Perez y sus escritos véase á Pellicer. *Ensayo de una Bibl. de traductores*, pág. 420.

el año de MDXXIII. — *Diálogo en que particularmente se tratan las cosas acaecidas en Roma el año de MDXXVII á gloria de Dios y bien universal de la república cristiana*, vol. en 8º. sin año ni lugar de impresion.

Con este título se anuncia esta obra en el Catálogo de Salvá, página 66, part. 2ª. En el *Índice* del inquisidor Valdes se cita así : *Diálogo de Mercurio y Charon*. — En el del cardenal Quiroga : *Diálogo de Mercurio y Caronte*. — *Diálogo de Lactancio y un arcediano, sobre lo que aconteció en Roma en el año de 1527*.

Estos dos diálogos fueron traducidos al italiano con los títulos que expresan Bayle, Schelhorn y Salvá, é impresos en Venecia.

7ª. *Aviso sobre los intérpretes de la Sagrada Escritura*. Llorente (1) atribuyo á Juan de Valdes este opúsculo, que se halló entre los papeles ocupados al arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza, cuando fué preso por la Inquisicion; igualmente supone que escribió otra obra titulada *Acharo*. Pero Llorente confunde de tal manera á Juan de Valdes con Alfonso de Valdes, é ignoraba hasta tal punto las circunstancias de la vida del primero, que supone que fué procesado por la Inquisicion de España, y calificado de hereje; que no tuvo efecto su prision porque huyó del Reino y finalmente que vivia en Nápoles en 1559, es decir 19 años después que habia muerto. Por esta razon no es fácil saber á cuál de los dos Valdeses pertenece este escrito.

8ª. *Modo di tener nell'insegnare e nel predicare al principio della religione christiana*. En el *Índice* del cardenal Quiroga de 1585 ya citado, se inserta con el título que procede, esta obra, sin expresar el nombre de su autor; pero Schelhorn, citado por Mr. Crie' en su *Historia de la Reforma en España* (2), la atribuyo á Juan de Valdes: ignoro los fundamentos que para ello haya.

Tales son las obras atribuidas á Juan de Valdes (3). Ranke, supone que *les écrits de Valdes sont malheureusement tout-à-fait détruits*; pero no es exacto: son ciertamente muy raros; pero yo he consultado algunos de ellos para escribir este artículo, y señaladamente sus Comentarios sobre las epístolas de S. Pablo. De ellos en efecto resulta que su autor, en la gravo materia de la justificacion, profesaba opiniones enteramente luteranas y heréticas. Su estilo es en gran manera místico y ascético, y su lenguaje muy puro y correcto, pudiendo bajo este punto de vista ser considerado como uno de nuestros buenos escritores. Pero de los escritos, errores y doctrinas de Juan Valdes tal vez nos ocuparemos en otro artículo.

(1) *Historia de la Inquisicion de España*, tom. IV, pag. 310, t. VI, pág. 409 y 435, edic. de Barcelona 1836.

(2) Pág. 446.

(3) *Hist. de la Papauté*, t. 1, pág. 490.

Con todo, para dar desde luego una muestra del estilo y lenguaje de Juan de Valdes, y al mismo tiempo una idea de sus opiniones sobre el importante punto de la justificacion, copiaré aquí un trozo de su carta á Julia Gonzaga, remitiéndole sus comentarios sobre las Epistolas de S. Pablo. Expone Valdes en este pasaje á su manera el dogma fundamental de la teologia protestante, de que para la justificacion ó reconciliacion con Dios del pecador, y para su salvacion basta solamente la fe en los méritos y promesas de Jesucristo, sin necesidad ninguna de las buenas obras. Este dogma, teológicamente erróneo y condenado por la Iglesia, y filosóficamente absurdo y de una tendencia funesta é inmoral, como han demostrado ya, no solo los escritores católicos, sino los heterodoxos y anti-cristianos, le explica Valdes en este pasaje, como ya le exponia, segun hemos visto en el *Beneficio de Jesucristo*: *con dulce modo, ma ereticamente*. No dice como Lutero: « Peca cuanto quieras, con tal que tengas mucha fe; pues si eres buen creyente, nada te pueden dañar mil delitos diarios (1). Esta exposicion brutal no podia avenirse con la educacion y carácter de Valdes, ni con el de la ilustre dama á quien se dirigia; así toma otro giro, y sostiene que para la justificacion ó reconciliacion con Dios, solo es necesario dar crédito á las promesas de Jesucristo, y desistirse de procurar otros modios de reconciliacion (v. gr. las buenas obras), pues los que buscan otras reconciliaciones contrarian el intento de Dios, no dando crédito á las promesas de su Hijo; cuando por el contrario le favorecen y llenan completamente sus designios aquellos que teniendo fe y confianza en las promesas de Cristo, se tienen por esta sola fe y confianza, y sin necesidad de otra ninguna cosa, por justificados, pios y santos. La doctrina en el fondo es la misma; pero con el *dulce modo* de Valdes, se hace á no dudarlo mas insinuante y peligrosa. » Hé aquí el pasaje á que aludo:

« Y porque dado caso de que querais leer la letra de S. Paulo sin ocupar en leer mis declaraciones, lo podais hacer con mayor facilidad, os quiero advertir de algunas cosas que abrirán el camino, y os facilitarán la inteligencia de la mente de S. Paulo. Y así os digo que por *Evangelio* entiende S. Paulo, el pregon de las buenas nuevas del perdon general que se publica por el mundo, afirmando que Dios ha perdonado todos los pecados de todos los hombres del mundo, ejecutando por todos ellos el rigor de su justicia en Cristo, el cual notificó en el mundo este perdon general, y en nombre del cual lo

(1) *Esto peccator et pecca fortiter; sed fortius fide et gaude in Christo, qui Victor est peccati... Sufficit quod agnovimus per divitias glorie Dei agnum, qui tollit peccata mundi: ab hoc non evellit nos peccatum, etiam si milites milites uno die fornicemur aut occidamus. Luth. De Captivitat. Babylon.* t. 2, p. 284.

notifican todos los que lo notifican, á fin que los hombres movidos por el autoridad de Cristo, que es Hijo de Dios, dén crédito al perdón general, y confiados en la palabra de Dios se tengan por reconciliados con Dios, y se desistan de procurar otras reconciliaciones. Adonde habeis de entender que ha hecho y hace en este caso Dios con los hombres como un príncipe, el cual habiéndosele rebelado sus vasallos, y siendo por la rebelion buidos del reino, les hace un perdón general, y se lo envía á notificar con un hijo suyo, á fin que ellos dén crédito al perdón por el autoridad del hijo, y así confiados en la palabra del príncipe se vengán al reino, desistiéndose de procurar el perdón del príncipe por otra via ni por otros medios ningunos. Por donde se entiende que los que creen que Cristo es Hijo de Dios, y no dando crédito al perdón general que él publicó y publica, no se tienen por reconciliados con Dios y van buscando otras reconciliaciones, no confiándose en la que Cristo publicó y de parte de Cristo es publicada, hacen lo mesmo que harían los vasallos de aquel príncipe, que creyendo que el que les publica el perdón general es hijo del príncipe, no se tuviesen por perdonados, y así no se tornasen al reino: y entiendo tambien que ni el príncipe al cual aconteciese esto saldria con su intento, en cuanto él no envió á su hijo sino á efecto que, siendo conocido por hijo, fuese creído en lo que manifestaba; ni Dios parece que sale con su intento en los que conociendo á Cristo por Hijo de Dios, pero no fiándose en lo que les notifica de parte de Dios, no se tienen por reconciliados con Dios; saliendo solamente con su intento en los que conociendo á Cristo por Hijo de Dios, y confiándose en lo que les notifica de parte de Dios, se tienen por reconciliados con Dios, y por tanto por pios, por justos y por santos. Es bien verdad que el conocimiento que tienen de que Cristo es Hijo de Dios los que no se sienten reconciliados con Dios, no se puede llamar propiamente conocimiento, siendo mas propiamente opinion que conocimiento: porque si fuese conocimiento, haria en ellos el efecto que hace en los otros, certificándoles de su reconciliacion con Dios, y dándoles paz en sus conciencias. »

Fáltame ahora ocuparme de si, como yo sospecho y creo, Juan de Valdes es en efecto tambien autor del *Diálogo de las lenguas*. Diré los motivos de mi opinion, y luego el lector decidirá.

La primera idea de que Juan de Valdes pudiese ser autor de este opúsculo, me vino del apellido del principal de los interlocutores del *Diálogo*, que tiene el mismo de Valdes. En efecto, los italianos *Marcio* y *Coriolano*, y el español *Torres*, se conciertan para comprometer á Valdes en un convite y reunion que celebran en las cercanias de Nápoles, á que les explique la razon de ciertos primores y modismos de la lengua castellana, que usaba en las cartas que les dirigia cuando se ausentaba; y Valdes es efectivamente el que expone cuanta doctrina se encierra en aquel *Diálogo*, no haciendo otra cosa los demas interlocutores que dirigirle preguntas y dar ocasion á sus explicaciones.

El lugar de la reunion es en una casa de campo de las cercanías de Nápoles, donde ya hemos visto que acostumbraba Valdes tener esta especie de conferencias con sus amigos y discípulos. Esta circunstancia se comprueba por muchos pasajes del Diálogo. Marcio, pág. 103, dice : « *Y aun aquí en Nápoles hallaréis muchos epitafios españoles que comienzan : AQUI YACE.* — En la pág. 139, dice Valdes : *Lorga me la levontois*, y Torres replica : *No es tan larga, que no sea mas largo el dia de aquí á que sea hora de irnos á Nápoles.* — Y finalmente Valdes en la pág. 174 dice : *Pues yo os dejo pensar hasta de hoy en ocho dias, que placiendo á Dios nuestro Señor, nos tornaremos á juntar aquí, y concluirémos esta contienda. Ahora ya es hora de ir á Nápoles; haced que nos den nuestras cabalgaduras y vámonos con Dios.* »

Respecto del tiempo en que se verificó el Diálogo, tenemos las siguientes indicaciones. En la pág. 26 dice Valdes, hablando de los moros españoles, que « *pocos años há el Emperador les mandó se tornasen cristianos ó se saliesen de España.* » Do lo que se infiere que el Diálogo debió verificarse pocos años despues de el de 1523, en que consta se dictó aquel decreto (1). En la pág. 96 dice el mismo Valdes : « *Huélgame que os satisfaga, pero mas quisiera satisfacer á Garci-Lasso de la Vega, con otros dos caballeros de la corte del Emperador, que yo conozco.* » Y como Garci-Lasso murió el año de 1536, deduzco yo que el Diálogo tuvo lugar ántes de dicho año, y que de consiguiente su verdadera fecha está entre algunos años despues de 1523, y algunos ántes de 1536, que es precisamente la época en que Valdes vivia en Nápoles, donde murió en 1540, como ya hemos visto, y en que tenia con sus amigos y discípulos reuniones análogas y semejantes á la que en el *Diálogo de las lenguas* se describo.

Si de estas significativas indicaciones pasamos á otras relativas á las circunstancias del interlocutor Valdes, hallamos que era castellano (pág. 8), criado en el reino de Toledo y en la corte de España (p. 51), y finalmente paisano, como ahora decimos, de *Mosen Diego Valera*, segun lo que dice Torres, en la pág. 164, al mismo Valdes, *Maravillome de vos, que trateis tan mal á Mosen Diego Valera siendo de una tierra.* — Todo lo que conviene admirablemente á Juan de Valdes, que en efecto era castellano, criado en el reino de Toledo y en la corte, y paisano de Diego Valera, que era, como es sabido, natural de Cuenca, do donde hemos dicho ya que tambien parece haberlo sido Valdes.

El Valdes del Diálogo decia de sí que « *aunque no hacia profesion de soldado, tampoco era hombre de haldas* » (pág. 14); y en efecto, Juan de Valdes ni hacia profesion de soldado, pues obtenia

(1) Sandoval, *Hist. de Carlos V*, lib. XIII.

empleos civiles, ni era tampoco eclesiástico ú hombre de haldas; conviniendo tambien en esto los dos Valdeses, así como convienen en haber viajado á Roma y á otros puntos de Italia (pág. 12), en ser muy aficionados á escribir (pág. 13), en inspirar á los que asistian á sus reuniones cierto respeto y deferencia, que sin embargo no se oponia á la intimidad casi familiar con quo le trataban; y finalmente en la afición á escribir diálogos, pues ya hemos visto quo Juan de Valdes dispuso en esta forma algunas de sus obras.

Resulta pues, que el principal interlocutor del *Diálogo de las lenguas* tiene el mismo nombre que Juan de Valdes; vivo en la misma ciudad de Nápoles, y en el mismo tiempo que este; que es como él castellano y natural de Cuenca; que tiene conferencias y reuniones con sus amigos y discipulos en las cercanías de Nápoles, en los mismos sitios en que las tenia por aquellos tiempos Valdes; y finalmente que no solo convienen en todas estas cosas, sino en todas las demas, do que por incidencia se hace mérito en el *Diálogo* de que hablamos. No se puede por lo mismo dudar, á ménos de no suponer enteramente casual todo esto cúmulo de significativas coincidencias, que el Valdes del *Diálogo* es el mismo Juan de Valdes de que nos ocupamos en este escrito. Respecto de esto, la demostracion á mis ojos es completa.

Pero se dirá, y con razon, que aun suponiendo esta identidad entre Juan de Valdes y el Valdes del *Diálogo*, todavia este opúsculo pudo muy bien ser obra de un tercero que introdujese en él la persona de Juan de Valdes, con todas las indicaciones expresadas relativas á sus circunstancias y carácter conocidos, pues nada hay mas comun que esto en los escritores de diálogos, así antiguos como modernos. Así es, en efecto; pero con todo yo me inclino á creer, en el caso presente, lo contrario. Ni la materia del *Diálogo*, limitada sustancialmente á explicar la índole de la lengua castellana, me parece de aquellas que requieren la autoridad de un interlocutor conocido, ni se hubiera buscado á Juan de Valdes en todo caso para autorizar explicaciones gramaticales sobre una lengua vulgar; otra cosa seria si se le hubiese traído para alguna exposicion teológica de las que tanto interés excitaban en aquellos tiempos, y en las quo Valdes era tan entendido y afamado. Su nombre en el *Diálogo* hubiera efectivamente sido entónces tan oportuno, como innecesario y extraño me parece ahora en la hipótesis que combato.

Por otra parte, leyendo con alguna atencion el *Diálogo*, se ve la parsimonia con quo hablan del mérito de Valdes los demas interlocutores, á pesar de quo aspiran á ser enseñados por él: si fuera obra de un tercero, indudablemente se hubiera alabado y ensalzado el mérito y saber del principal interlocutor Valdes,



máxime cuando tan alabado y ensalzado era en aquella sazón; pero escribiendo él mismo la obra, la prudencia y la modestia exigian la parsimonia en los elogios que hemos dicho se nota en el Diálogo.

No es esto decir que en la materia de que se trata no reconozcan la superioridad de Valdes los demas interlocutores, ni le rindan con este motivo algun tributo de córtesia y respeto; pero los italianos Marcio y Coriolano fácilmente debian reconocer su superioridad en el conocimiento de la lengua castellana, y lo mismo el español Torres soldado de profesion, y que afectaba no estimar gran cosa las sutilezas gramaticales.

Respecto de algunos aunque bien escasos elogios, que todavía se podrian acotar en el Diálogo, se nota fácilmente el cuidado con que siempre se reproducen y escriben; y sobre todo, que aunque fuesen mas expresivos, nunca darian lugar á una acusacion de inmodestia contra Valdes, por el modo con que parece haberse escrito, ó mas bien redactado la conversacion y plática de los interlocutores. En efecto, el autor del Diálogo, ó porque así fuese realmente, ó porque le haya parecido conveniente usar de esta invencion, supone que sin la anuencia de Valdes, los demas interlocutores pusieron escondido en un lugar secreto un *escribano* entendido en las lenguas castellana é italiana, en que respectivamente hablaban, para que anotase los puntos principales que so dijesen, *porque podria ser* (decia Marcio, pág. 17) *que con ese principio engolosinásemos á Valdes de tal manera, que le hiciésemos componer qualque diálogo de lo que aqui platicáremos*. Y en efecto, al finalizar la conferencia y en medio de protestas y disculpas, descubren á Valdes su amistoso fraude, le manifiestan la obra del amanuense ó escribano, y le piden que la corrija y ponga en buen orden. *Lo que todos os pedimos por merced* (le dijo Torres, pág. 176), *es que tomando esto que está anotado de lo que aqui habemos hablado, lo pongais todo por buen orden y buen estilo castellano, que estos señores os dan licencia que les hagais hablar castellano, aunque ellos hayan hablado en italiano*. Y Valdes despues de varias excusas, les contesta: *Esta cosa, como veis, es de mucha consideracion: dejadme pensar bien en ella; y si me pareciere cosa hacendera y viere que puedo salir con ella razonablemente, yo os prometo de hacerla*. Y en efecto, cumplió su promesa escribiendo el *Diálogo de las lenguas*.

Yo confieso, como he dicho ya al principio, que todas estas razones no constituyen una demostracion directa de mi opinion sobre este particular; pero creo que nadie me negará tampoco que por lo ménos, la sospecha está fundada en harto razonables motivos. De todos modos, repito, el lector decidirá.

## LA MADRE DE DON JUAN DE AUSTRIA.

## I.

Hace poco mas de un año se suscitó y trató en dos diarios españoles, universal el uno y político el otro, la cuestion de quién habia sido la verdadera madre de don Juan de Austria, hijo natural del emperador Carlos V. El primero, dando noticia de algunos hijos ilegítimos de los reyes españoles de la casa de Austria, habia designado como madre de don Juan á Bárbara Blombergh, natural de Ratisbona, que era la opinion mas admitida por la historia y por la tradicion. El segundo, al parecer menos dispuesto á conformarse con la maternidad histórica y tradicional del hijo del emperador, resucitó una sospecha (demasiado trascendental para dejarla pasar desapercibida y sin correctivo) que dice tuvieron ya algunos en otro tiempo, de que la verdadera madre del ilustre vencedor de Lepanto no fuese la jóven de Ratisbona, sino otra señora mucho mas principal y de muy mas elevada esfera, y muy allegada al emperador, y de su misma sangre; en una palabra, su misma hermana carnal doña Maria, la reina viuda de Hungría. Y allá va, como si se tratase de *culpa levi*, ó como quien dice *peccata minuta*, la negra y abominable mancha de incesto arrojada á las frentes de dos de los mas grandes personajes de nuestra historia. Veamos si podemos dejarlos limpios de esta mancha.

Dicese en aquel artículo, que *la malicia humana acoge fácilmente todo lo que puede servir de mengua á los que representan papeles notables en el teatro del mundo*. Es una triste verdad; y por eso mismo es de estrañar que quien tal conoce tomára sin intencion un camino que no podia ir mas derecho á avivar esa misma malicia humana. Pero la historia, que no debe llevarse de malicias cuando abonan datos, está en el deber de apelar á los datos para disipar malicias. Y en verdad que no se nos podrá tachar de parciales del emperador, á nosotros que en nuestra *Historia general de España* hemos tenido que pasar por la pena de descubrir flaquezas donde otros no habian hallado sino virtudes; mas al modo que hicimos aquello arrastrados por la fuerza de documentos fehacientes (aun omitiendo otros muchos con que los hubiéramos

podido robustecer), la misma fuerza nos impulsa aquí á volver por la honra lastimada de un monarca grande y de una reina esclarecida. La justicia en su lugar. Reconozcamos el desliz, ya que de él no podamos eximir al hijo primogénito de doña Juana de Castilla, pero no hagamos caida moral lo que solo fué un tropiezo como hay tantos por el mundo.

## II.

Uno de los primeros que al decir del articulista hablaron del supuesto abominable comercio de Carlos V. con su hermana como de voz quo habia corrido por Europa, fué un curioso de principios del siglo XVII, comentador de unas *Coplas del provincial* quo se escribieron en tiempo del emperador. Perdonémos el curioso coplero si teniendo por liviano y fútil fundamento para especio tan gravé una voz vaga y el comento de unas coplas, nos creemos dispensados de hacerle los honores de una sería refutacion, y pasamos á otro argumento.

Que Pedro Bourdeilles, conocido por Brantôme, difundió las sospechas del incestuoso crimen en unas Memorias que dejó manuscritas; y que en el Diccionario de Moreri se presenta la noticia como cosa digna de crédito. — Moreri (á quien sea dicho entro paréntesis, no reconocemos por grande autoridad en estas materias), solo dice quo « algunos han pretendido » quo la madre de don Juan de Austria fueso su misma tia, la reina doña Maria, hermana de su padre. Y en cuanto á Brantôme, que tan dado fuó á escudriñar la vida privada de los reyes y á presentarlos en escena menos como monarcas que como hombres, todo el mundo sabo que no pecó de escrupuloso en la relacion de sus anécdotas, y cuánto desfiguró los hechos públicos con cuentos y consejas populares. Despues de todo, ni Brantôme ni Moreri dan razones á que haya necesidad de contestar.

Con su ribete de énfasis y su tantico de retintin añade el articulista, quo siempre la reina doña Maria fué muy amada de su hermano Carlos V., y que cuando este vino á España para acabar sus dias en el retiro de Yuste, le acompañó en el viage la susodicha hermana. — Es cierto quo siempre la amó mucho el emperador; pero tambien lo es que hubiera sido muy injusto en no amarla, porque la reina doña Maria era señora de muy gran entendimiento, y adornábanla prendas de gran valia, y hábalo hecho muy importantes servicios como gobernadora de los Países Bajos, y su consejo en las situaciones mas delicadas y en los negocios mas graves le habia sido casi siempre muy provechoso; y asi en no quererla y amarla hubiera faltado á la gratitud y á la

justicia. También es cierto que acompañó á su hermano en su último viage á España; pero lo es igualmente que no fué esa sola hermana la que acompañó á Carlos V. en su venida, sino también su otra hermana doña Leonor, la reina viuda de Francia. Y por cierto y verdad que ni siquiera hicieron las jornadas juntos.<sup>1</sup> Y lo que el articulista omite, y nosotros añadiremos es, que á poco de estar doña Maria en España la reclamó con vivas instancias su sobrino Felipe II. desde Flandes, como la única cuya presencia podría conservar en buen orden y mantener en respeto aquellos estados que por tantos años y con tanta sabiduría y prudencia ella habia gobernado y dirigido; y que Carlos V. desde Yuste la apretaba á que fuese, y que ella suplicaba encarecidamente al rey y al emperador, como la mayor gracia y merced que podrían hacerle, que la dispensasen de aquella jornada, y la dejasen en paz, «para que yo pueda salir ya, decía, de esta vida de peregrino, y entrar en cualquier reposo, despues de tantos trabajos como he pasado (1).» De manera que en vez de mostrar interés el cenobita de Yuste en retener cerca de sí aquella hermana sobre cuyo amor so intenta hacer recaer sospechas de tan mala calidad, se empeñaba en alejarla allá donde creía que su asistencia continuaria siendo tan útil como habia sido al bien y conservacion de los dominios españoles.

Mas el gran fundamento de los que se inclinan á dar á don Juan de Austria un origen incestuoso, es el testimonio de un manuserito anónimo, titulado : *Vida secreta de Felipe II. con notas del tiempo de Felipe IV.*, que parece posee en esta corte el marqués de Pidal. En esta obra se lee lo siguiente : «No ha muchos dias que se me refirió por cierto cortesano, bien adornado de noticias, que el haber tenido el César, como hombre, cierto desliz, le hizo apeteecer la soledad desde que le cometi6, para poder llorarle y hacer penitencia de él. Espresárale aqui si no me lo embazararan ciertas razones, así de honestidad como de respeto y vasallago.» Y despues de esta picante y maliciosa reticencia pasa á asegurar que el bueno de don Juan de Austria, con ser tan perspicaz, se fué de este mundo sin haber podido sabor nunca quién fuese su verdadera madre : que hasta la edad de 14 años le tuvieron engañado como á un inocente haciéndole creer que era hijo de doña Magdalena de Ulloa, muger de Luis Quijada, señor de Villagarcía, y que de los 14 á los 53 en que murió le engañaron como á un simple, persuadiéndole que su madre habia sido una señora alemana de gran linage, llamada Bárbara Blombergh; «con que hasta los 14 años (dice) respet6 por madre á una, y desde

(1) Cartas de Carlos V. á su hermana doña Maria, y de esta al emperador en 1537. Biblioteca de la Academia de la Historia, C. 107. Est. 35. y 5. Libro de cosas curiosas etc., por Antonio Gerezeda.

*esa edad hasta la de 33 en que murió, veneró por madre á otra, sin que ninguna le hubiese parido.* » Esta farsa dice que se arregló buscando una que se prestara á pasar por madre, como quien dice, una madre alquilada ó de comedia, cuyo papel desempeñó gustosa la dicha Bárbara Blomborgh. Y añadido que este secreto « *le confió despues de algunos años el rey don Felipe II. á su querida hija la señora infanta Isabel Clara Eugenia. Esta señora se lo confió á su marido el archiduque Alberto, estando ya en Flandes, y este señor lo reveló á cierto confidente suyo, y por estos conductos se ha ido denunciando y conservando la tradicion en muy pocos.* » Y por último, que esto nadie lo ha impreso hasta ahora, sino el jesuita fray Famiano Estrada, que viene á decir lo mismo, segun se lo descubrió cierto cortesano muy principal.

Vamos á demostrar que esto, sobro no ser *vero*, ni siquiera es *bene trobatto*.

En primer lugar, hemos demostrado ya en nuestra Historia de España, *con documentos*, no anónimos, sino autógrafos y auténticos, que lo que movió á Carlos V. á buscar la soledad de un claustro para acabar en él sus días no fué hacer penitencia por cierto desliz (aunque suponemos que tambien la haria), sino otras causas y razones que allí se pueden ver.

En segundo lugar, debería saber el anónimo autor de la *Vida secreta de Felipe II.* que Carlos V. en cuanto hombre, no tuvo un desliz solo, sino que se deslizó varias veces que sepamos, sin las que acaso él sabria y nosotros no; poro si *de occultis non judicat ecclesia*, mucho menos *de occultis judicat historia*.

En tercer lugar, lo de haber trasmitido el secreto Carlos V. á su hijo Felipe, éste á su hija Isabel Clara, ésta á su marido Alberto, éste á un confidente suyo, éste á otro amigo de su confianza, etc., etc., sin presentar una sola prueba de ello, seméjase mucho á aquel vulgarísimo juego de palabras: *Hanme dicho que tú has dicho que yo he dicho que el otro dijo*, etc. Y todo osto lo supieron el Anónimo y el Padre Estrada, el uno, « *porque se le refirió cierto cortesano bien adornado de noticias*; » el otro, « *porque se lo descubrió cierto cortesano muy principal*: » á semejanza de lo que en nuestra época hacen siempre los noticieros, que nunca dejan de referirse á *persona bien informada y de muy buenas relaciones*.

En cuarto lugar, parécenos que no conocian demasiado á don Felipe el Taciturno los que lo atribuyen la revelacion de tan delicado arcano á su hija (que no por ser hija de Felipe II. dejaba de ser muger), y el descubrimiento, no ya de una flagraza, sino de un feísimo pecado de su padre y de su tia; y esto sin objeto, porque ni do objeto ni de resultados y consecuencias nos dicen una palabra ni el Anónimo ni el Jesuita. No; Felipe II. no obraba así; y

si así hubiera obrado, le diríamos como el otro : « No eres Dios ; te desconozco. »

En quinto lugar, la farsa de buscar una madre alquilada, y encontrar una señora de gran linage que se prestara gustosa á tomar en alquiler una maternidad (contra cuya idea deberia sublevarse, no una madre sola, como en el juicio de Salomon, sino toda madre que en algo se estimara), y eso de autorizar una dama de alto linage para que anduviera rodando su honra por los suelos de Europa y del mundo, por mas que como muger la sedujera la vanidad de pasar por madre de un hijo del gran emperador Carlos V., necesitaba para obtener nuestro pase venir envuelto en testimonio de mas sustancia que el dicho de un *quidam* autor de una Vida secreta de Felipe II. con notas del tiempo de Felipe IV. Y si la dicha madre adoptiva logró representar el papel de madre de don Juan con tal perfeccion que engañara á todo el género humano por tantísimo tiempo, por Dios que aquella muger merecia bien ser la madre verdadera de don Juan de Austria.

En sexto lugar, antójasenos que el Anónimo y el Padre Estrada, en último resultado, vienen á ser una misma cosa, puesto que se nos pone en las mientes (que tampoco á nosotros nos falta nuestra racioncita de malicia) que aquel no hizo, *mutatis mutandis*, sino copiar á éste, ó éste copiar á aquel, segun quien fuese el primogénito. La misma relacion, la misma idea, y casi las mismas palabras. Y lo mas chistoso es que el buen padre de la Compañía de Jesus anduvo en esto tan flaco de memoria, que se olvidó completamente de lo que nueve páginas mas atrás habia dicho él mismo en el tono mas aseverativo : « Fué su madre (de don Juan de Austria) Bárbara Blombergh, de grande linage y no menor hermosura. Introducida esta dama para que con su canto aliviase las tristezas de Carlos, le dió un hijo, siendo él siete años habia viudo de su muger Isabela (1). »

Hasta aquí no hemos empleado sino argumentos negativos para purificar del crimen de incesto á una reina tan digna como doña Maria de Austria : ahora vamos á demostrar con datos históricos quién fué la verdadera madre del príncipe don Juan.

### III.

La madre de don Juan de Austria fué en efecto una jóven de Ratisbona llamada Bárbara Blombergh, no de alto linage, como dice

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Década I, lib. X, tom. I, pág. 393, edicion de Amberes de 1749.

el Anónimo á quien combatimos, ni tampoco una principal señora alemana, como afirma Lorenzo Vander Hammén, autor de la Historia de don Juan de Austria, á quien en general han seguido los demás historiadores; sino hija de un ciudadano particular (*bürger*), que se sostenia de su hacienda: ella era jóven, soltera y vivia en compañía de sus padres (1). Una muger anciana le sirvió de confidante y como de secretaria en sus relaciones con el emperador, y no se apartó de su lado hasta que dió á luz al que con el tiempo habia de ser honra y prez de las armas españolas: lo cual aconteció, no el año 1543, en que fijan los historiadores el nacimiento de don Juan de Austria, sino algun tiempo mas tarde, segun por irrecusables documentos tenemos averiguado (2).

Casó algun tiempo despues la jóven Bárbara con un comisario, que tenia escudo y medio diario de sueldo, el cual estuvo muchos años al servicio de S. M. y era hombre de mucha fidelidad y confianza, muy á propósito para tratar con los alemanes los negocios de la real hacienda. Llamábase Gerónimo Piramo Kegell; grande amigo de Melchor de Camargo, preboste general que fué de los estados de Flandes, y capitán de justicia de todo el ejército, á cuyos informes, que obran en nuestros archivos, debemos algunas de estas noticias. Tuvo de su marido la Bárbara Blombergh dos hijos, el menor de los cuales se ahogó en su misma casa en junio de 1569; el mayor, llamado Conrado Piramo, de edad de 14 años

(1) Archivo general de Simancas, Papeles de Estado, legajo núm. 549.

(2) En las Cortes de Toledo de 1560, en que se juró por príncipe de Asturias á don Carlos, primogénito de Felipe II. y que originales hemos visto, se halla la cláusula siguiente: « el dicho Francisco de Eraso dijo á la Católica Real Magestad del rey don Felipe nuestro soberano señor, que sabia como el ilustrísimo don Juan de Austria no tenía la edad cumplida de los *catorce años*, y como quiera que se conocia que tenia discrecion, avilidad y entendimiento, que todavia á mayor abundamiento S. M. supliese el dicho defecto para que pudiese jurar á hacer el pleito-homenaje en caso que fuese necesario, y aviéndole S. M. particularmente oido, en voz inteligible respondió y dixo, que así era su voluntad, no embargante las leyes destos reynos: lo qual por el dicho ilustrísimo don Juan de Austria oido, se levantó de la dicha silla en que estaba, y finé antel dicho Reverendísimo Cardenal, é hizo otro tal juramento como el que la serenísima princesa avia hecho, y fecho se levantó, y fué antel dicho marqués de Mondejar que estaba en pie enfrente de S. M., etc. » Existe el testimonio original de estas Cortes en el archivo municipal de Leon, en cinco hojas útiles de pergamino, marca folio, refrendado por el secretario Eraso y por los escribanos mayores de córtes.

En la medalla que se acuñó para inmortalizar el glorioso triunfo de don Juan de Austria en Lepanto el año 1571, y que se conserva en el Museo Numismático de la Biblioteca Nacional de esta corte (Est. 36, caja núm. 4), se lee que tenia entonces don Juan veinte y cuatro años: JOANNES AUSTRIAE CAROLI V. FIL. ET. SU. ANN. XXIV.

Consta, pues, por el testimonio de las Cortes de Toledo y por la medalla de Lepanto que don Juan de Austria no nació en febrero de 1543, como hasta ahora han dicho todos los historiadores, sino mas de un año despues.

entonces, era hermoso y de grande entendimiento : á aquella temprana edad hablaba ya latin, francés, alemán y flamenco, esgrimia con destreza y danzaba con gracia (1). Ocho dias antes de la desgracia de su hijo menor habia perdido la Blombergh á su esposo, quedando pobre y con muchas deudas; con cuyo motivo escribia el duque de Alba al rey do Felipe lo siguiente :

« S. C. R. M. Havrá quinze dias que murió aquí Hierónimo Piramo Quegel, que servia el oficio de comisario ordinario en estos estados, y estaba casado con su madre del señor don Juan de Austria, y desde á ocho dias se le aogó uno de dos hijos que tenia, el menor, en una fuente de su casa : quoda muy pobre, con muchas deudas, aunque podrá pagar parte de algunas con la merced que V. M. le ha hecho en mandalle librar cinco mil y tantos florines; yo la he embiado á visitar, y aconsejar no disponga de sí sin avisarmo primero; y cierto, siendo madre del señor don Juan y negocio ya tan público, no conviene dejalla desta manera, sin hacer alguna demostracion con ella, la qual era imposible poderse hacer en vida de su marido, y no sé si convendria mandalla ir en España, y tenerla en algun lugar como conviene questé madre de tal persona. V. M. mandará sobre esto lo que fuese servido, cuya S. C. R. persona N. S. guardo por tantos años como la christianidad lo a menester. De Brusselas á 29 de junio de MDLXIX. — S. C. R. M. — Las manos de V. M. besa su hechura y criado. M. el duque de Alba. » — Al márgen de esta carta puso el rey de su letra : « A esto tiempo ay para responder, y-quando se haga á las otras cosas me lo acordad; si entretanto fuere alguno escribid al duquo que no consienta que venga acá, que no convendria sino que esté alli; despues se verá si convendrá otra cosa (2). »

Poco satisfecho el duque de Alba con las instrucciones que luego recibió del rey, volvió á escribirle en 17 de noviembre : « S. C. R. M. Ilo visto lo que V. M. me manda en su carta de 26 de setiembre, entre los otros particulares que en ella venian, de la madre del señor don Juan de Austria, y por ahora no podría resolverme á decir á V. M. lo que me parece, pero miraré mas en ello y embiaré á V. M. el parecer que me manda. No faltan hombres que querrian casarse con ella, y aun no sé si á ella le falta voluntad para hacerlo, porque le parece que aun está

(1) Sea esto dicho con permiso del reverendo Padre Estrada, que le pinta rudo, desaplicado, inhábil para las letras, y de no buenas costumbres. Dispénsenos que en este punto creamos mas al preboste Camargo, que le conoció mucho y le trató muy de cerca, y vino á España, y nos dejó esa informacion, que se halla en el Archivo de Simancas, Estado, legajo 549.

Este Comrado Piramo fué el que sin duda dió equivocadamente por hijo del emperador, Silva, en su Catálogo Real de España.

(2) Archivo de Simancas, Papeles de Estado, legajo núm. 544.



moza : yo le he embiado á decir que no trato de casarse en ninguna manera del mundo. N. S. la S. C. R. persona de V. M. guarde, etc. (1). »

En 50 de junio de 1570 escribía Felipe II. al duque de Alba desde el Escorial, encargándole viese de hacer que la madre de don Juan de Austria se estableciera en algun lugar de los Países Bajos, sin pasar á segundas nupcias, y que le proporcionara medios de vivir correspondientes á la calidad de su persona, lo cual, añadía, tiene, y con razon, en mucho cuidado á mi hermano, y os recomiendo me deis pronto aviso de ello (2). En su virtud accedió la Blombergli, no sin alguna repugnancia, estrañando y llevando á mal que se le impusiera tal condicion, á establecerse en la ciudad de Gante, no pudiendo ir á Mons, donde el duque queria enviarla, por no saber hablar francés ni otro idioma que el suyo. Diéronsele para su servicio tres criadas, dos doncellas, dos criados y un carruaje. Mas ella parece que ni arreglaba sus gastos á la subvencion que se lo daba, ni guardaba todo el recogimiento y decoro que convenia á la madre de tan gran príncipe, en términos que el duque de Alba tuvo impulsos de hacerla entrar en un monasterio, y solo desistió por temor de no ser obedecido (3).

Noticioso don Juan de Austria, vencedor ya de los moriscos en aquel tiempo, de que su madre vivia con alguna mas soltura de la que su dignidad podia consentir, determinó, con aprobacion del rey su hermano, traerla á España, enviando un caballero noble para que la acompañase, pero manteniendo secreta esta resolucion hasta que allá alguna persona discreta y de confianza insinuára á su madre la conveniencia de residir cerca de donde tenia un hijo como el suyo (4). El duque de Alba, que fué á quien se encomendó esta mision, obtuvo de Bárbara Blombergli por toda respuesta, que se alegraria mucho de ver á su hijo, pero que no se sentia con vocacion de venir á España. « Este negocio, añadía el gobernador de Flandes, será difícil de arreglar, y V. M. se convenceria de ello si supiese qué cabeza tiene esta señora (5). » Así que, empenándose el duque de Alba en persuadirla, llegó á decirlo « que no se lisongeára de que la habria de engañar; que sabia muy bien cómo se oncerraba en España á las mugeres, y

(1) Archivo de Simancas, legajo citado.

(2) Archivo de Simancas, Estado, legajo 544.

(3) Carta del duque al rey desde Anveres, á 9 de octubre de 1570. — Archivo de Simancas, Estado, legajo 543.

(4) Carta del Rey Felipe II. al duque de Alba, de Madrid, 2 de febrero, 1571. — Archivo de Simancas, Estado, legajo 547.

(5) Carta del duque de Alba al rey, de Bruselas, 24 de marzo, 1571. — Archivo de Simancas, Estado, legajo, 546.

que no vendria aunque la hicieran pedazos. » V. M. me ordenará sobre esto, añadía el duque de Alba, lo que estime convenir : temo que se vuelva á casar, y darle dinero es arrojarlo al rio, porque en dos dias : « *lo tiene banqueteadó*, » esto es, gastado en banquetes y festines (1).

En efecto, en 24 de setiembre de 1571 el secretario Albornoz remitía desde Bruselas al secretario Gabriel de Zayas, para qúo le pusiera en manos del rey, un estado de los gastos de la madre de don Juan de Austria, con quien decia que pasaba mil trabajos, porque era la persona mas terea que habia conocido en su vida, y que no veia mas medio para trasportarla á España que llevarla engañada hasta Amberes y embarcarla allí para Zelanda. Segun aquel estado, la madre de don Juan tenia á su servicio una dueña y seis mugeres mas, un mayordomo, un capellan, un despensero y otros cuatro sirvientos. Los salarios de toda esta servidumbre ascendian á 1226 libras anuales, y el gasto de mesa y el de la educacion de su hijo Conrado consumian 4,100 libras. Seguia el menage de la casa, los caballos para el coche, etc. (2). Creemos supérfluo aglomerar mas correspondencia en este mismo sentido.

Ultimamente, traída á España y establecida en San Cebrian do Mazote, siete leguas de Valladolid, el rey Felipe II, hizo merced á Madama Bárbara Blombergh, como entonces se la nombraba, de 5,000 ducados anuales por real cédula del tenor siguiente : « El REY. — Nuestros contadores mayores, sabed, que yo he hecho merced á Madama Bárbara Blombergh, madre del Illmo. don Juan de Austria, nuestro muy caro y muy amado hermano, que haya gloria (3), para su gasto y entretenimiento, de 5,000 ducados en cada un año, de que ha de comenzar á gozar desde el dia de la fecha de esta nuestra cédula, los quales se le han de librar por una libranza de tres en tres años en el crecimiento de nuestras alcabalas de la villa de San Cebrian de Mazote, y en los lugares mas cercanos á la dicha villa que hobiere, donde los cobre á sus tiempos. Por ende yo vos mando que libreis desde luego á la dicha Madama Bárbara Blombergh los dichos 5,000 ducados en cada un año, librándoselos de tres en tres años en el crecimiento de nuestras alcabalas de San Cebrian de Mazote y lugares mas cercanos á ella donde cupieren, para que se le paguen en cada un año para los tercios del año de cuatro en cuatro meses para el dicho su entretenimiento, do que ha de comenzar á gozar desde el dia de la fecha desta nuestra cédula en adelante en cada un año durante su vida, para lo qual le dareis las cartas do libra-

(1) El duque de Alba al rey, desde Bruselas, 7 de mayo, 1571, *ibid.*

(2) Archivo de Simancas, Estado, legajo 546.

(3) Habia muerto en octubre de 1578.

miento y otras provisiones que fueren necesarias, solamente en virtud de esta mi cédula, sin le llevar por ello derechos algunos, ni le descontar el diezmo que pertenece á la chancillería quo yo he de haber segun la ordenanza, quo yo lo tengo así por bien, y os relevo de qualquier cargo ó culpa que por ello os pueda ser imputada. Fecha en San Lorenzo á 9 de agosto de 1579 años.

YO EL REY. — Por mandado de S. M. Pedro de Escobedo (1).

O este asignado no se pagaba con regularidad, ó la madre del esclarecido príncipo seguía siendo tan manirota en España como en Flandes, ó acaso sucedía lo uno y lo otro, puesto que nos hallamos con un memorial suyo, original, que á los tres años dirigió al rey, en que le decía : « S. C. R. M. Vuestra Magestad me fizo merced por su cédula real para mi entretenimiento de por vida en cada un año 3,000 ducados librados en las rontas de V. M. en la villa de Valladolid pagados de cuatro en cuatro meses por los tercios del año. Acabóse el libramiento el año pasado de ochenta y uno. Suplico humildemente á V. M., pues yo no tengo otra cosa para mi entretenimiento en estos reinos de V. M., y en los do Flandes haber perdido mi bien y hacienda, mande se me dé el dicho libramiento y se me pague día adiado. B. L. R. P. y M. do V. M. — Bárbara Blombergh. — En el respaldo hay el decreto siguiente : « Que so le libren por otros tres años con la cortapisa y fee de vida. »

En otra cédula quo se espidió para que le pagasen 1,155,000 maravedís que había de haber en los años 82 al 84, hay una nota marginal que dice : « En Madrid á 21 dias del mes de hebrero del año de 583 so dió otra libranza por partida con la cortapisa ordinaria, y en ella so descontaron 50,820 que monta la rata de los diez dias de la baja del mes de octubre del año de 582, para quo del cargo dél se paguen otros tantos menos en virtud della (2). »

Continuaron las libranzas sin interrupcion hasta el triennio de 1594 al 96, de cuyo tiempo se halla otro memorial de la Blombergh concebido en los términos siguientes : « Señor : Madama de Blombergh, madre del serenísimo don Juan d'Austria, quo sancta gloria aya, dice : que por saber el celo christiano quo V. M. tiene en procurar quo con brevedad se paguen las deudas del dicho don Juan y se cumplan sus legados y mandas, no a ymportunado á V. M. tan á menudo como su necesidad lo pide, y porque si alguna persona á quien V. M. a encargado esto tieno algun descuido, suplica umildemente á V. M. le haga merced de mandar questo se haga luego, y la hacienda que sobrare, cum-

(1) Archivo de Simancas, Contaduría de Mercedes, legajo núm. 97.

(2) Este mismo descuento se hizo aquel año á todos los que percibían sueldo, mercedes ó pensiones de mrs. de la corona. Son los diez dias que hubo menos aquel año á consecuencia de la reforma,

plido lo susodicho, *se le mande dar como á madre y heredera de sus bienes*, que en ello hará V. M. gran servicio á Dios, y á la alma del difunto mucha limosna y á la dicha Madama gran merced, en que dende luego, cumplido lo arriba dicho, se servirá mandarlo proveer así. — *Bárbara Blombergh.* » Al respaldo del memorial se lee : « A 26 de junio de 1593. Al secretario Francisco Gonzalez. — Que se dé noticia á S. M. de lo que pide (1). »

Dejamos á la consideracion del lector discreto el juzgar si una muger estrangera, que no hubiese sido la verdadera y reconocida madre del hermano del rey, se atreveria á reclamar, y si un monarca del temple de Felipe II. consentiria que le reclamase, en calidad de madre y heredera, los bienes de un principe como don Juan de Austria. Y de intento tambien hemos copiado este segundo memorial (que original hemos tenido en nuestras manos) de Bárbara Blombergh en 1593, para que se vea cuán lejos estaba esta señora de haber muerto el año 1562, como se lee en uno de los artículos que nos han dado ocasion á ilustrar este punto.

Ella murió sin duda en el mismo año que el rey don Felipe II. (1598), en la villa de Colindres, jurisdiccion de Laredo en la provincia de Saptander, donde se trasladó desde San Cobrian de Mazote, segun se deduce del siguiente documento (á que se respondia ya en 1599), que es un memorial de su testamentario, el cual nos informa al propio tiempo del lugar en que fué enterrada. « SEÑOR. Agustin de Alvarado, testamentario que quedó de Madama madre del señor don Juan, dice : que la dicha Madama murió el año pasado, y por el testamento que hizo deja ordenado que su cuerpo sea sepultado en el convento de la villa Descalante de frailes franciscos, donde manda que esté hasta que V. M. le haga merced de mandar honrar sus huesos con mandar hacer un entierro en el dicho convento, donde dexa ordenado por su testamento; y así mismo suplica á V. M. le haga merced en mandar fundar una memoria de una misa rezada cada dia por su alma, que por morir tan pobre como murió, por haber acudido al remedio de su hijo, no dexa con que hacer memoria alguna por su alma, ni á sus criados, por deber algunas doudas. — Y pues con su muerte vacaron los tres mil ducados que S. M. le hacia merced de juro de por vida que se le daban cada año, suplica á S. M. mande se vea el testamento de la dicha Madama, y que se dé la cantidad del dinero que fuere necesario para fundar la misa perpétua, y hacerlo su entierro segun la calidad de su persona, y por madre de tan gran principe, que en ello recibirá merced. — Y estas cosas que son del servicio de Dios, V. M. le haga

(1) Archivo de Simancas, Descargos de personas reales, núm. 442 antiguo.

esta merced, que para ello será menester cuatro [mil ducados, ó lo que V. M. mandare (1). »

Debajo de esto memorial, y de diferente letra y tinta, se lee : « Está depositado en el convento de Anó (2), y manda por su testamento se aga el entierro en el convento de la villa de Laredo.

#### IV.

Creemos haber hecho bastante con seguir hasta el sepulcro á esta afortunada y desgraciada señora : afortunada en haber llevado en su seno y dado al mundo uno de los mas escelentes y preclaros principes que el mundo ha tenido; y desgraciada en no haber podido tener el santo orgullo de decorar el tierno título de madre con el timbre mas puro y mas glorioso, el de la virtud y de la legitimidad.

Creemos tambien haber llenado nuestro fin, que mas que el de esclarecer un punto histórico, ha sido el de purificar con la ablucion de documentos autógrafos á una reina tan digna como doña Maria de Austria y á un monarca tan grande como Carlos V, de la abominable mancha de incesto con que la malicia humana habia querido mancillarlos. Un solo sacramento histórico nos ha faltado, á saber, la partida de bautismo de don Juan de Austria, que confesamos no haber hallado hasta la presente. Mas si este instrumento pareciese (dado que hubiera existido), y viniera á nuestras manos, y copiado lo diéramos á la estampa, la malicia humana que inventó haberse comprado ó alquilado por dinero un título de madre, papel difícil de representar por muy largos años, mejor diria, puesta á decir, haberse comprado una fé de bautismo, papel menos difícil de falsificar.

Creemos, pues, últimamente, que bastará lo espuesto para quo el lector, al menos el que no esté dotado de escosiva dosis de malicia humana, pueda juzgar *quién fué la verdadera madre de don Juan de Austria.*

(1) Archivo de Simancas, Descargos, legajo citado.

(2) San Sebastian de Anó, convento de franciscanos recoletos en el término jurisdiccional de la villa de Escalante.

El quo se fie del padre Estrada, difícilmente podrá saber donde residió esta señora, pues en lugar de la villa de San Cebrían de Mazote, dice que vivió en el Real convento de San Cypriano en Mazota, y que despues se trasladó á Caredo, por Laredo; y tampoco fué á Laredo, sino á Colindres.

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

## CRÍTICA LITERARIA.

Romancero general ó coleccion de romances anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán.

No sabemos si se nos tachará de llegar un poco tarde al exámen y juicio de esta obra. Han pasado, en verdad, algunos meses desde que vió la luz pública, y ha sido ya analizada y oncomiada en diferentes periódicos. Si en efecto se nos hiciese aquel cargo, confesamos que nada tendríamos que responder. Sirvanos de pbro y menguada excusa la preocupacion política de nuestro tiempo, que apenas nos da lugar para fijarnos alguna voz en los asuntos literarios; sirvanos el hacer observar que la critica, rebajada á la parte inferior de los periódicos, aun se ve disputar continuamente eso modesto asilo, ora por el artículo editorial que desborda hasta llenarlo todo, ora por la novela de Dumas, arte bastardo, literatura al vapor de nuestro siglo XIX.

Y por cierto que es una mala vergüenza el que suceda así, especialmente cuando se trata de verdaderos tesoros de nuestra literatura nacional, como lo son en genoral los *romances*, y en particular las colecciones de estos mismos, ordenadas por el tan laborioso como modesto escritor cuyo libro tonemos á la vista.

El *romance* es la genuina poesia, la poesia nacional de los españoles. Ella sola no nació entre nosotros de la imitacion de las escuelas, sino de la espontaneidad del pueblo; ella sola es primitiva, es universal, es gérmen de una literatura variada y completa. Unicamente con el *romance*, con *nuestro romance*, ha podido suceder en la moderna Europa lo que sucedió en la Grecia antigua con los originales cantos de los *rapsodas* atribuidos al mítico Homero, de los cuales el estudio literario resumió despues la *Iliada* y la *Odisea*, y mas adelante dedujeron Esquilo y Sófocles sus inmortales dramas.

No pensamos sostener una paradoja considerando de esta suerte al *romance*. La verdadera critica, que despuntó á fines del siglo último, y que se elevó tanto en los primeros años del presente, ha hecho comunes estas ideas, arrancando aquellas producciones de nuestro ingenio á la desdenada oscuridad en que se encontra-

ban, y haciendo ver todo lo que habia do poético y ann do histórico en esos millares de leyendas, tratadas libre y espontáneamente do la oriental fecundidad de nuestro espíritu.

Desde entouces se estimaron otra vez los antiguos *romanceros*, olvidados por las clases eruditas durante todo el tiempo do nuestra decadencia; y se formaron otros, con mas ó menos amplitud, con mas ó menos gusto, pero que indicaban siempre el nuevo giro do los estudios y de la critica, el aprecio debido y racional on que so volvía á tener esa rama de litoratura española.

No es del caso examinar comparativamente tales libros, todos los cuales han tenido en la ocasion su respectivo mérito, todos los cuales han servido y sirven para el monumento nacional que levanta el siglo presente en honra do los siglos anteriores. Obras do la laboriosidad y del estudio, sin pretensiones de invencion ni de produccion propia, estaria muy mal á los que no tenemos erudicion ni paciencia para hacerlas el considerarlas con un prisma hostil, y ol afanarnos por encontrar en ellas este descuido ó la otra falta. Las colecciones de ese género, al menos cuando solo son tales colecciones, no se pueden criticar como obras do invencion ó de doctrina; la única critica aceptable, siempre que de ellas se trata, es publicar otras quo las eclipsen y las hagan caor justamente en el olvido.

No creemos, sin embargo, incurrir en ningun desacierto señalando á las colecciones del señor Duran el puesto mas elevado entre las de la presente época, y proclamándolas como la única obra de este género que satisface sus necesidades y llena la idea de lo que debe ser en el dia un *romancero español*. No creemos ser mas que justos, repitiendo la voz universal quo les atribuye este mérito, y que las ha señalado, en España y fuera de España, como libros de los mas estimables é interesantes en el tesoro y en la historia de nuestra literatura.

Saben sin duda nuestros lectores que no es esta la primera vez en que publica su romancero el señor Duran, y conocen precisamente quo su primera edicion, impresa hace veinte años, mereció de los hombres entendidos el juicio que acaba de expresarse. Pues bien, esta segunda cuenta para el propio éxito con todos los elementos do la primera, mas el estudio de esos veinte años, continuo, incesante, como de un hombre que ha encontrado su vocacion, y encariñado con ella, está resuelto á no abandonarla; como de un hombre que se propuso acabar una tarea sola, y ha permanecido inmóvil en medio de todos los vaivenes de nuestra edad, llevando á cabo aquolla primitiva intencion do quo ha hecho su ley y su destino.

El espectáculo que nos presentan semejante resolucion y semejante constancia, es tanto mas apreciable y seductor para noso-

tros, cuanto es mas raro y poco comun en los momentos actuales. Encontrábasele con frecuencia en los pasados siglos, épocas de recogimiento y de quietud; y eran sus naturales consecuencias esos gigantescos trabajos que llenan las bibliotecas, y que aturden al contemplarlos las mas osadas imaginaciones. Pero nada está al mismo tiempo en menos armonía con el rápido movimiento de nuestro siglo, con la enciclopédica y superficial educacion en que se nos amamanta, con las ambiciosas pasiones de todo género que forma nuestra vida presente. Cuando no hay cosa que no creamos saber, cuando no hay algo en este mundo que no nos creamos capaces de ser y de intentar, es punto menos que inconcebible esa aplicacion constante á un objeto solo, y esa tenacidad heróica para llevarlo á término, ligando con él la propia existencia, y haciéndole el solo espíritu de una vida de muchos años.

Respetemos pues y admiremos, ya que nos sentimos incapaces de seguirlos, á los pocos varones eminentes que comprenden de ese modo su mision en este mundo; y que, preciso es confesarlo, dejarán en él alguna mas perdurable memoria que los que escribimos artículos de periódico, aunque sean de estos que se llaman de crítica, y en los cuales juzgamos á esos propios escritores que no sabemos igualar.

A la clase de estos, segun decíamos, ha correspondido y corresponde el señor Duran, el colector de este *romancero*. Seducido desde su juventud por el amor á la literatura verdaderamente española, concentró en ella y en su estudio todo el saber de una educacion esmerada y toda la viveza de un entendimiento activo, ingenioso, casi diríamos sutil. Con sacrificios y con paciencia inagotables llegó á ser su biblioteca quizá la primera que hay entre nosotros, respectivamente á los géneros que componen esta; y, consagrándose á su exámen con una asiduidad que no han podido hacer ni las cuestiones políticas, ni las necesidades de otra especie, lo ha proseguido por dilatados años, añadiendo cada dia conocimientos á sus conocimientos, y poniéndose en disposicion, no de darnos una coleccion mas sencilla ó descarnada como tantas de las antiguas, sino una obra en la que el buen gusto, la sana critica, las indicaciones históricas y estéticas, perfeccionasen de todo punto el material trabajo de una abundantísima compilacion. Hé aquí lo que desde luego fué la primitiva edicion del *romancero* de que hablamos; hé aquí lo que es esta segunda, mucho mas abundante, mucho mas completa que aquella.

El tomo primero, único que hasta ahora se ha publicado (grueso libro de setecientas páginas, á dos columnas), comprende en primer lugar varios prólogos y observaciones del autor, en los que se resume y encierra el espíritu, la educacion, la verdadera esencia de sus estudios en este género de literatura. Solo despues



de tal introduccion, que llena bien casi un conotar de grandes y compactas páginas, de las que muchas son completamente nuevas, se pasa á insertar una curiosísima noticia de impresos antiguos que se han tenido presentes para la obra, verdadero tesoro bibliográfico, quo bastaria solo para asentar la reputacion de cualquier erudito, y á dar, on fin, la coleccion de los mismos *romances*, ordenados y clasificados segun la teoria de aquella introduccion propia, y con una abundancia, y una perfeccion, y una especial y acertada critica, que revela á cada paso el firme juicio y el gusto verdaderamente intachable del colector.

Pero dotengámonos un instante á hablar de esos prólogos, pues aqui es donde encontramos á esto con mas facilidad, en su individualidad propia.

Crítico, historiador, filósofo, hombre de vastos y seguros conocimientos, investigador paciente, atrevido sustentador, muchas veces de nuevas, pero siempre de ingeniosas opiniones, muéstrase en ellos el señor Duran con tanta originalidad y valentia, como lo conocimos todos desde su aparicion en la esfera literaria, cuando contribuyó uno de los primeros á conmover las ideas facticias del siglo XVIII, y á señalarnos, á los que entonces éramos niños, los buenos modelos de carácter puramente nacional, quo nos debian servir en el estudio de las bellas letras. El señor Duran ha permanecido, y se ostenta hoy, cual entonces se presentó, español antes que todo, promovedor de tendencias españolas, apóstol de la Escuela nacional, malamente perdida hace 150 años, y que, no enteramente falta de brillo y de robustez, vemos, á lo que parece, renacer en estos instantes. Si de tal literatura como la que el señor Duran predicaba, y que muchos jóvenes do esclarecido ingenio profesan, no se han escrito aun ningunos elementos doctrinales, no diremos nosotros que estos prólogos puedan completamente suplirlos; pero decimos si, quo será necesario tenerlos presentes cuando se escriban, y que el fondo de la teoria alli bosquejada habia de constituir una gran parto de esa nueva y filosófica obra, que tanto reclama la sociedad quo ya formamos en estos momentos.

Despues de mediar el siglo XVIII (dice en uno de sus prólogos el señor Duran) fué moda en Europa, y mas en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Hacíase en vano glorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenia por ignorante y bárbaro al quo dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era mas fácil ser eco de los pretendidos criticos, que estudiar bien lo antiguo para crear sobre ellos, porque era mas cómodo traducir que inventar; porque costaba menos imitar lo hecho que reformar lo pasado, y conformarlo á las va-

riaciones que debía tener. En tal situación, apenas hubo quien saliese al encuentro de tan estraviadas ideas, siquiera para discutir las. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los países donde nació, mas que entre nosotros no podía producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribo en papel rayado, cuya letra aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamás tiene el carácter de originalidad.

• También participé (continúa) del mismo error general; también sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me hubiese por necio y ridículo; también tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba; pero llegó el tiempo de madurez y reflexión, y conocí que la red que circula al ingenio nacional, era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipación literaria, el de atreverme á romper la primera malla de la red, que la impedía, y en fin, el de arrojar en el suelo, ya preparado, la semilla que debía brotar. Apenas entonces teníamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura, considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad ó independencia que debiera nacer de la unión de lo pasado con lo presente; apenas uno que pensase en deducir de ella una teoría racional que la diese unidad filosófica; apenas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El mas arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto; y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas, la quería ajustar á un cuadro mezquino ó incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad; deseoso de escluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndoles los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los grandes yerros que cometi por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo, varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos* ó históricos; los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo XVIII.

• El resultado que mis tareas por su oportunidad alcanzaron me animó á combinarlas. A ello he sacrificado una carrera pú-

blica, con que me brindaba mi posicion social. Reducido á voluntaria oscuridad, sin ambicion de ninguna clase, el poco renombre adquirido y la posicion que ocupo, debidos son á estas tareas, que aunque constantes y continuadas, no me han impedido cultivar otros estudios mas serios, ni contribuir á la propagacion de aquellas doctrinas generosas que emancipan el pensamiento, ordenan las ideas, ensalzan la humanidad y levantan el corazon y el ingenio á grandes cosas. »

Ni podemos ni tenemos necesidad de copiar mas. Por lo dicho puede juzgarse al hombre y al libro; por lo dicho se ve que es necesario guardar al uno un lugar preferente en nuestra estimacion, y al otro un no menos preferente lugar en nuestra biblioteca.

En cuanto á la segunda y principal parte del propio libro, á la coleccion de los romances en si misma, solo diremos quo comprende novecientos diez y siete, de las clases ó categorias de *moriscos, caballerescos ó históricos*. Los primeros están divididos por el colector en *romances sueltos, romances que forman novelas, romances moriscos satiricos y romances imitando á moriscos*, como los del forzado de Dragut y otros.

Los segundos, *caballerescos*, están de la misma suerte compar-tidos en seis secciones. Corresponden á la primera los *sueños*, como en el orden anterior; á la segunda, los de las *Crónicas galesas*, como son los del caballero del Febo y Amadis de Gaula; á la tercera, los de las *Crónicas bretonas*; á la cuarta, los de las *Crónicas carlovingias*; á la quinta, los tomados de poemas italianos; y á la sexta, en fin, los *doctrinales, satiricos y burlescos*. Los terceros, por último, es á saber los *históricos* se dividen tambien en grupos semejantes para ordenarlos con la posible claridad. Allí se encuentran los tocantes á la *Historia sagrada*, desde la creacion del mundo hasta la toma de Jerusalem por Tito; los de los *tiempos mitológicos y heróicos de Grecia y Roma*; los de la *historia verdadera de Grecia y Asia*; los de la *historia romana*, desde sus primeros reyes hasta el Bajo Imperio; los de nuestros *Reyes godos*, de don Rodrigo, de don Pelayo y sus sucesores del cerco de Zamora, de Alfonso VI, de doña Urraca, y sobre todo de los famosísimos del *Cid*, epopeya capital, por no decir única, de la literatura española, y quo se puede colocar sin desventaja al lado de cualquiera otra, ora de las épocas primitivas, ora de las épocas de estudio, de critica y de imitacion.

Con lo quo acabamos de apuntar tan brevemente como nos es forzoso en un artículo de esta clase, puede al menos haberse formado una idea del libro á que en él nos vamos refiriendo. Apreciarle estensa y completamente, fuera un empeño superior á lo que se puede hacer en este diario. Basta á nuestro objeto el ci-

tarle con el elogio que merece, calificándole con exactitud si- quiera sea en las cortas columnas que teníamos para tal propósito. Basta con que la critica que á él se consagra, tardía y ligera, como tiene que ser, sea imparcial, sea razonada, sea justa, como nos lisonjemos de que hallarán la nuestra los que echen una ojeada sobre la obra á que la aplicamos. Seguro es para nosotros que la idea, que el sentimiento universal que ha de inspirar su lectura, es un deseo vivísimo de que se complete cuanto antes esta Colección, poniéndose así al alcance de todo el mundo lo que tanto valor y tanto mérito posee entre los tesoros de nuestra literatura nacional.

DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA.

## LOS AFICIONADOS.

(Boceto de un cuadro de costumbres.)

Todo el día de hoy ando en busca del *Curioso parlante* (1), y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó mas bien hacerle un encargo; ustedes (2) que deben de conocerle, pues yo sé que los conoce á ustedes perfectamente, me harían la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadísimos oyentes, que ayer, día de miércoles para toda la cristiandad, fué martes para mí solo: quiero decir que fué día aciago, infausto y de mala ventura, porque salí de casa por la mañana, y así como suele acontecer topa uno tras cada esquina un jorobado, ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el valle de Josafat), ó una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó en fin cualquiera otra alimaña molesta y enfadosa, yo fui tropezando en toda mi triste carrera con una cáfila de *aficionados*, linaje de gente mucho mas perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta, mas digna del último suplicio que los malos traductores y los saltadores de camino;

(1) El Sor. Mesonero *Romanos*.

(2) Este artículo fué leído en el Liceo por su autor.

hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás para echarlo á perder todo en este mundo miserable. Estos son, si señores, estos son los *aficionados*, que nada hacen por principios ni rectamente y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan : estos son los que yo quiero recomendar á la pluma satirica del señor *Curioso*, para que así á su modo y con aquella agri-dulco gracia que Dios le dió, me los saque en su panorama matritense á la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean ustedes y vea todo el mundo que no sin razon me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Salí, como digo, de mi casa para la de un don Trifon Acebo de la Sierra, á quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo, y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio; vestia sobre una camisa no muy blanca una levitilla de cúbica no muy negra, pantalon naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artisticos pliegues el lugar quo debieran ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos quo empezaron á despellejarse el mismo dia en quo murió por *primera vez* el señor don Fernando VII. — Anunció mi embajada y do parte de quién venia, lo cual oido por don Trifon, con entrambas manos agarró la derecha mia, y sobandómela, y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas porque las tales manos mas parecian forradas de lija, quo de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de adentro, diciendo quo queria tratarme con franqueza : yo me dejé guiar; y fuimos por una escalera camino de una buhardilla. Subíamos un escalon y subió un grado de Reaumur la temperatura; así llegamos á los veinte y dos escalones, entre tanto que él me iba preparando para entrar en su *taller*, « porque ha de saber usted (añadió), que el haberme hallado así en este traje, y todo lleno de virutas, serrin y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanista. » ;Afinado! dije para mí : ;Dios nos asista! Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca abajo un cajon viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad, é hiciese cuenta que estaba en mi propia casa : ilusion imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calurosas. Quise entonces hablar de mi asunto y despachar, pero don Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. « Vea usted, mi amigo (me decia), aqui estoy empleado ahora en hacer estas frioleras, » y me enseñó un gran cajon do pino blanco sin tapa, destinado á poner la provision de salvado para las gallinas, una percha y un mango de martillo. « No es esto solo, añadió; aqui

tiene usted una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fui á la oficina, y es para el canario de mi mujer. ¿Qué le parece á usted? » — Perfectamente (dijo yo); y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como también el sutil ingenio con que ha ocultado usted la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la señora. — ¡Qué dice usted! (esclamó), y acompañando este grito con una interjeccion muy de ebanista: « Soy un borrico (añadió), que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula. » Con todo eso (le dije yo) el mérito de la obra queda en su punto, sin quó baste á menoscabarle un olvido tan natural como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de correos.

Dióle consuelo la comparacion, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual habia puesto un pié de nogal pintado, un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté dónde ó cómo habia aprendido el oficio. — « No le he aprendido (constó); si es todo de pura aficion. » — ¿Y cuáles maderas prefiere usted entre las que produce España por sus calidades? « De eso no estoy enterado (dijo) porque no me he dedicado á la farmacia. » — Y de los tornos modernos ¿cuál es el que usted usa? — « El del tornero de la esquina (replicó), que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece. » — ¿Y no lo fatiga á usted tanto trabajo corporal? « Yo le diré á usted (repuso), lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo y escoplo se lo dejó á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y del que tuvieron que hacerme la amputacion; pero, lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos, etc., todo eso lo hago yo solo y de aficion. » — Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empeñando á mi don Trifon en que hablásemos del objeto de la visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los pies en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal *aficionado* no reparé en un conocido que se me puso delante, hasta que enlazándome el brazo con aire satisfecho: « Ven, Estudiante (me dijo), ven á mi casa, y verás qué ganga he logrado anoche; ya sabes que soy aficionado á la pintura. — ¡Cero y van dos! (murmuré entro dientes) y no dejé arrastrar por el nuevo tonti-loco.

— « ¡Ochocientos reales en una prenderia del Rasiro! exclamaba quitando el polvo á un lienzo todo roído de ratones; ¡mira, mira qué alhaja! un retrato de Carlos IV original de don Juan de Juanes. » — ¿Qué estás diciendo, hombre? interrumpí; ¿no ves que

es un horroroso anacronismo? Si Juan de Juanes murió muchos años antes que naciese S. M. Ahora me haces caer en ello, contestó él imperturbable, pero será de algun discípulo suyo, porque á tiro de cañon se echa de ver que es de Escuela flamenca. — Ya escampa, dije para mi capote, este menguado no tiene cura. — En seguida descubrió su caballete, preguntando si para ser de mano de aficionado habia visto cosa mejor que aquella vista de la Suiza. — Del arte no entiendo, pero sí creo que no hace muy buen papel el mar en un pais de Suiza. — Es para mayor adorno, contestó. — Y aquellas cabras, añadí, ¿no son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos? — « No son cabras, dijo, es una vacada. » — En oyendo esto saqué el reloj, y sin mirar siquiera la hora que apuntaba dije que era tardísimo para mis quehaceres. Despedime; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la Marquesita de...., en fin, de una Marquesita.

¡Y luego estrañarán ustedes mis lamentos! — ¿Quién me querrá creer que allí tambien me esperaban, no uno sino ocho ó diez (¡Dios los confunda!) *aficionados*? Estos lo eran á la música y tenían cercado el piano y todo inundado de papeles, libroles, cuadernos, cajas, cuerdas é instrumentos. La Marquesita me instó á que me sentase, y no bien lo habia hecho cuando el que estaba al piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desafinó mas de treinta; despues de lo cual dieron principio á cantar un duo de bajos de Marino Jaliero. Las voces eran broncas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalizacion oscura y pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba á tiempo, y los dos salian por donde podian, los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compás sobre los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el duo y con nuestra paciencia, y yo me dí á desearles el trágico fin del veneciano Jaliero. Pucs no quedó aquí, sino que todavía me espetaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso en vergonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violin que me hicieron recordar los retortijones y calambres con que cntra el cólera-morbo.

Harto de *aficionados*, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café por anegar mi mal humor en una buena limonada; y allí, señores, allí... junto á la mesa coja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limon amargo y la-cerveza de Santa Bárbara... allí estaba esperándome como en acecho el peor, el mas cruel, el mas fiero de todos los aficionados.... Un aficionado á la poesia. — « Amigo mio, me dijo ciñéndome con sus brazos como un fantasma de Walter Scott, quiero consultar con usted una composicion que pienso leer en el Liceo, si me admiten. » —

Pues entonces, repliqué, si se ha de leer en el Liceo y yo he de oírle, no me prive usted, amigo, del placer de la sorpresa. — « Es que quiero oír su voto de usted. » — Es que usted no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de cuando me piden tales votos abstenerme siempre de votar. — « Pero en fin, repuso él, es cosa corta. » — Y no hubo arbitrio : desarrolló su cartapacio y comenzó de esta suerte con tono sepulcral.

« EL INFIERNO. »

— ¡ Jesus, grité : ¡ qué asunto tan horroroso ! ¿ No podríamos dejar ahora... Mas él no oía ya, ni veía ni entendía, y siguió gritando y diciendo así :

¡ Mansion horrorosa, de eterna fatiga,  
De eterno martirio, de eterno tormento,  
De pena terrible, de atroz sentimiento!...  
¡ Yo invoco tu nombre ! ¡ Oh horrible mansion !  
Envidio tu fuego, tus ascuas ardientes,  
Tu pez, tu alcrebite, tus duras cadenas,  
Tus ayes, tus llantos, tus horridas penas,  
Y de hondos aullidos el áspero son.

« ¿ Qué tal ? » me dijo. — ¡ Bravo ! respondí ; y él prosiguió :

En esa caldera de Pedro Botero,  
Donde en plomo hirviendo cien mil seres bañas  
Y ves abrasarse sus tripas y entrañas,  
De muy buena gana me bañara yo.  
Que menos tormento sería á mi alma  
Que no el ver ajena la mujer maldita,  
La infiel, la traidora, la puerca de Rita  
Que antiyer me amaba, y ayer se casó.

« Esto hará efecto, » decía él. — Y mucho, respondía yo. Y él siguió de esta suerte, variando de metro :

Esa Rita  
Que yo viera  
Cuando era  
Colegial,  
Y me hablaba  
( ¡ Cosa cierta ! )  
Fuer la puerta  
Del corral ;

Esa Rita  
Que me amaba  
Y juraba  
Eterna fe,  
Se ha casado  
Sin rebozo  
Con un mozo  
De café.

— El razo en esto hubo de crecer que le llamaban, y se acercó ; yo le pagué y me escurrí chiticallando, dejando absorto en su lectura á mi poeta, quien al salir yo comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres :

Que es infierno el padecer,  
Y el padecer es amar ;  
Y entre amar y aborrecer



Mil veces se suele ver  
 Alborrecer y olvidar.  
 Por eso en el sentimiento  
 De mi amor horrible y tierno,  
 Prefiero al padecimiento  
 De un instante de tormento  
 Todo un siglo del infierno.  
 Por eso el infierno á mí  
 No me causa asombro, no,  
 Que el que mas padece allí  
 No sufriera estar aquí  
 Amando como amo yo.

Ahora, bien, señores: ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres, que nada estudian, que nada saben, que nada profesan, y que no pueden por lo tanto hacer cosa alguna á derechas? ¿Qué pena merecen estos picaros de *aficionados*, como ellos se llaman á sí mismos, confundiendo la sencilla ó loable *afición* á las artes, á las letras, á las ciencias, con la necia presunción de cultivarlas y poseerlas? Diganme ustedes qué pena merecen y que me la impongan á mí luego, luego, por *aficionado*.... á escribir artículos de costumbres.

#### DON JAINE BALMES.

##### Naturaleza y nombre del Protestantismo:

Existe en medio de las naciones civilizadas un hecho muy grave, por la naturaleza de las materias sobre que versa, muy trascendental, por la muchedumbre, variedad é importancia de las relaciones que abarca; interesante en extremo, por estar enlazado con los principales acontecimientos de la historia moderna: este hecho es el Protestantismo.

Ruidoso en su origen, llamó desde luego la atención de la Europa entera, sembrando en unas partes la alarma, y excitando en otras las mas vivas simpatías; rápido en su desarrollo, no dió lugar siquiera á que sus adversarios pudiesen ahogarle en su cuna; y al contar muy poco tiempo desde su aparición, ya dejaba apenas esperanza de que pudiera ser atajado en su incremento, ni detenido en su marcha. Engreído con las consideraciones y miramientos, tomaba brios su osadía y se acrecentaba su pujanza; exasperado con las medidas coercitivas, ó las resistía abiertamente, ó se replegaba y concentraba para empezar de nuevo sus ataques con mas furiosa violencia; y de la misma discusión, de las mismas investigaciones críticas, de todo aquel aparato

erudito y científico que se desplegó para defenderle ó combatirle, de todo se servía como de vehículo para propagar su espíritu y difundir sus máximas. Creando nuevos y pingües intereses, se halló escudado por protectores poderosos; mientras convidando con los mas vivos alicientes todo linaje de pasiones, las levantaba en su favor poniéndolas en la combustion mas espantosa. Echaba mano alternativamente de la astucia ó de la fuerza, de la seducción ó de la violencia, segun á ello se brindaban las varias ocasiones y circunstancias; y empeñado en abrirse paso en todas direcciones, ó rompiendo las barreras ó salvándolas, no paraba hasta alcanzar en los países que iba ocupando, el arraigo que necesitaba para asegurarse estabilidad y duracion. Logrólo así en efecto; y á mas de los vastos establecimientos que adquirió y conserva todavía en Europa, fué llevado en seguida á otras partes del mundo é inoculado en las venas de pueblos sencillos é incautos.

Para apreciar en su justo valor un hecho, para abarcar cumplidamente sus relaciones, deslindándolas como sea menester, señalando á cada una su lugar é indicando su mayor ó menor importancia, es necesario examinar si seria dable descubrir el principio constitutivo del hecho; ó al menos si se puede notar algun rasgo característico, que pintado por decirlo así en su fisonomía, nos revele su íntima naturaleza. Difícil tarea por cierto al tratar de hechos de tal género y tamaño como es el que nos ocupa, ya por la variedad de los aspectos que se ofrecen, ya por la muchedumbre de relaciones que se cruzan y enmarañan. En tales materias, amontónanse con el tiempo un gran número de opiniones, que como es natural han buscado todos sus argumentos para apoyarse; y así se encuentra el observador con tantos y tan varios objetos, que se ofusca, se abruma y se confunde: y si se empeña en mudar de lugar por colocarse en un punto de vista mas á propósito, halla esparcidos por el suelo tanta abundancia de materiales, que le obstruyen el paso; ó cubriendo el verdadero camino, le extravían en su marcha.

Con solo dar una mirada al Protestantismo, ora se le considere en su estado actual, ora en las varias facies de su historia, siéntese desde luego la suma dificultad de encontrar en él nada de constante, nada que pueda señalarse como su principio constitutivo; porque incierto en sus creencias, las modifica de continuo, y las varía de mil maneras; vago en sus miras, fluctuante en sus deseos, ensaya todas las formas, tantea todos los caminos; y sin quo alcance jamás una existencia bien determinada, sigue siempre con paso mal seguro nuevos rumbos, no logrando otro resultado que enredarse en mas intrincados laberintos.

Los controversistas católicos le han perseguido y acosado en

todas direcciones; pero si les preguntais con qué resultado, os dirán que han tenido que habérselas con un nuevo Proteo, que próximo á recibir un golpe le eludía, cambiando de forma. Y en efecto, si se quiere atacar al Protestantismo en sus doctrinas, no se sabe á dónde dirigirse; porque no se sabe nunca cuáles son estas, y aun él propio lo ignora; pudiendo decirse que bajo este aspecto el Protestantismo es invulnerable, porque invulnerable es lo que carece de cuerpo. Esta es la razon de no haberse encontrado arma mas á propósito para combatirle que la empleada por el ilustre obispo de Meaux : *tú varias, y lo que varia no es la verdad*. Arma muy temida por el Protestantismo, y por cierto digna de serlo; pues que todas las transformaciones que se empleen para eludir su golpe, solo sirven para hacerle mas certero y mas recio. ¡Qué pensamiento tan cabal el de ese grande hombre! el solo título de la obra debió hacer temblar á los protestantes : *es la historia de las variaciones*; y una historia de variaciones es la historia del error.

Esta variedad que no debe mirarse como estraña en el Protestantismo, antes si como natural y muy propia, al paso que nos indica que él no está en posesion de la verdad, nos revela tambien que el principio que le mueve y le agita, no es un principio de vida, sino un elemento disolvente. Hasta ahora siempre se le ha pedido en vano que asentase en alguna parte el pié, y presentase un cuerpo uniforme y compacto; y en vano será tambien pedirselo en adelante: porque vano es pedir asiento fijo á lo que está fluctuando en la vaguedad de los aires; y mal puede formarse un cuerpo compacto por medio de un elemento, que tiende de continuo á separar las partes, disminuyendo siempre su afinidad, y comunicándoles vivas fuerzas para repelerse y rechazarse. Bien se deja entender que estoy hablando del *exámen privado en materias de fe*; ya sea que para el fallo se cuente con la sola luz de la razon, ó con particulares inspiraciones del cielo. Si algo puede encontrarse de constante en el Protestantismo, es este espíritu de oxámen; es el sustituir á la autoridad pública y legitima el dictámen privado: esto se encuentra siempre junto al Protestantismo, mejor diremos en lo mas íntimo de su seno; este es el único punto de contacto de todos los protestantes, el fundamento de su semejanza; y es bien notable que se verifica todo esto á veces sin su designio, á veces contra su espresa voluntad. Pésimo y funesto como es semejante principio, si al menos los corifeos del Protestantismo le hubieran proclamado como seña de combate, apoyándole empero siempre con su doctrina y sosteniéndole con su conducta, hubieran sido consecuentes en el error; y al verlos caer de precipicio en precipicio, se habria conocido que era efecto de un mal sistema, pero

que bueno ó malo, era al menos un sistema. Pero ni esto siquiera : y examinando las palabras y hechos de los primeros novadores, se nota que si bien echaron mano de ese funesto principio, fué para resistir á la autoridad que los estrechaba ; pero por lo demás nunca pensaron en establecerle completamente. Trataron si do derribar la autoridad legítima, pero con el fin de usurpar ellos el mando : es decir que siguieron la conducta de los revolucionarios de todas clases, tiempos y países : quieren echar al suelo el poder existente para colocarse ellos en su lugar. Nadie ignora hasta qué punto llevaba Lutero su frenética intolerancia ; no pudiendo sufrir ni en sus discípulos, ni en los demás, la menor contradicción á cuanto le pluguiese establecer, sin entregarse á los mas locos arrebatos, sin permitirse los mas soeces dictérios. Enrique VIII, el fundador en Inglaterra de lo que se llama *independencia del pensamiento*, enviaba al cadalso á cuantos no pensaban como él ; y á instancias de Calvino fué quemado vivo en Ginebra Miguel Servet.

Llamo tan particularmente la atención sobre este punto, porque me pareco muy importante el hacerlo ; el hombre es muy orgulloso, y al oír que se deja como sentado que los novadores del siglo xvi proclamaron la *independencia del pensamiento*, seria posible que algunos incautos tomaran por aquellos corifeos un secreto interés, mirando sus violentas peroratas como la espresion de un arranque generoso, y contemplando sus esfuerzos como dirigidos á la vindicacion de los derechos del entendimiento. Sépase pues para no olvidarse jamás, que aquellos hombres proclamaban el principio del *libre exámen*, solo para escudarse contra la legítima autoridad ; pero que en seguida trataban de imponer á los demás el yugo de las doctrinas que ellos se habian forjado. Se proponian destruir la autoridad emanada de Dios, y sobre las ruinas de ella establecer la suya propia. Doloroso es el verse precisado á presentar las pruebas de esta asercion ; no porque si se quiere echar mano de las mas seguras é incontestables, hay que recordar palabras y hechos, que si bien cubren de oprobio á los fundadores del Protestantismo, tampoco es grato el traerlos á la memoria ; porque al pronunciar tales cargos la frente se ruboriza, y al consignarlos en un escrito parece que el papel se mancha.

Mirado en globo el Protestantismo solo se descubre en él un informe conjunto de innumerables sectas, todas discordes entre sí, y acordes solo en un punto : *en protestar contra la autoridad de la Iglesia*. Esta es la causa de que solo se oigan entre ellas nombres particulares y exclusivos, por lo comun solo derivados del fundador de la secta ; y que por mas esfuerzos que hayan hecho, no han alcanzado jamás á darse un nombre general, es-

presivo al mismo tiempo de una idea positiva; de suerte que hasta ahora solo se denominan á la manera de las sectas filosóficas. Luteranos, calvanistas, zuinglianos, anglicanos, socinianos, arminianos, anabaptistas y la interminable cadena que podría recordar, son nombres que muestran plenamente la estrechez y mezquindad del círculo en que se encierran sus sectas; y basta pronunciarlos para notar que no hay en ellos nada de general, nada de grande. A quien conozca medianamente la religion cristiana, parece que esto debería bastarle para convencerse que estas sectas no son verdaderamente cristianas; pero lo singular, lo mas notable, es lo que ha sucedido con respecto á encontrar un nombre general. Recorred su historia, y veréis que tantea varios, pero ninguno le cuadra, encerrándose en ellos algo de positivo, algo de cristiano; pero al ensayar uno como recogido al acaso en la Dieta de Spira, uno que en sí propio lleva su condenacion, porque repugna al origen, al espíritu, á las máximas, á la historia entera de la religion cristiana; un nombre que nada espresa de unidad, ni de union, es decir, nada de aquello que es inseparable del nombre cristiano, un nombre que no envuelve ninguna idea positiva, que nada esplica, nada determina: al ensayar este, so le ha ajustado perfectamente, todo el mundo se lo ha adjudicado por unanimidad, por aclamacion; y es porque era el suyo. *Protestantismo.*

En el vago espacio señalado por este nombre todas las sectas se acomodan, todos los errores tienen cabida: negad con los luteranos el libre albedrío, renovad con los arminianos los errores de Pelagio, admitid la presencia real con unos, desechalda luego con los zuinglianos y calvinistas; si quereis negad con los socinianos la divinidad de Jesucristo, adheríos á los episcopales ó á los puritanos, dáos si os viniere en gana á las estravagancias de los cuákeros, todo esto nada importa: no dejais por ello de ser protestante, porque todavía *protestais* contra la autoridad de la Iglesia. Es ese un espacio tan anchuroso del que apenas podréis salir por grandes que sean vuestros estravíos: es todo el vasto terreno que descubris en saliendo fuera de las puertas de la Ciudad Santa.

## DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

## I.

Nadie pase sin hablar al portero, ó los viajeros en Vitoria.

¿Porqué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision; en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de parar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino. ¿El hecho es, que desde Paris á Madrid no habia antes mas inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero héte aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de Paris á Madrid, como si dijéramos estorbando, y héte que exclaman: — Pues qué, ¿no hay mas que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucarcho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte do acá está el fondo del cucarcho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Álava uno de los primeros dias del corriente, y amanecia poco mas ó menos como en los demás paises del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla do ligero polvo anunció en la carrera de Francia la precipitada carrera de algun carruaje procedente de la vecina nacion. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto esto en su capa, y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, el segundo los hacia en el aire, porque venian echando cuentas acerca del dia y hora en que llegar debian á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vacas). Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la órden de detener á los ilusos viajeros — ¡Hola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase. — ¡Nadie pase! repitió el español. — ¿Son ladrones? dijo el francés. — No Señor, repuso el español asomándose, *son de la aduana.* Pero ¿cual fué su admiracion cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista

sobre un corpulento religioso, que era el quo toda aquella bulla metía? Dudoso todavía el viajero estendía la vista por el horizonte por ver si descubría alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro mas allá, y ciento mas, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo. — ¡Santo Dios! exclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traído usted al yermo ó á España? — Señor, dijo el cochero, si Álava está en España, en España debemos estar. — Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero. — ¡Con usted, padre! ¿Y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si tuvimos ocasion de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras. — Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo.... — ¡Ay Dios mio! exclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creído en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran. — Y del Espiritu Santo, prosiguió el padre, apéense y hablaremos. — Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Carlos V cada uno en el sombrero por éscarapela.

Nada entendía á todo esto el francés del diálogo; pero bien presumía que podia ser nogocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores: — ¡Caspita! dijo en su lengua, que no sé cómo lo dijo, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés. — ¡Contrabando! clamó el uno; contrabando, clamó el otro; y contrabando fué repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el liquido hervidor, y bulle y salta, y levanta llama, y chilla y chisporrotea y cae en el hogar y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormía, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.

— Mejor es ahorcarte, decia uno, y servia el español al francés de truchiman. — ¡Cómo ha de ser mejor! exclamaba el infeliz. — Conforme, reponia uno, veremos. — ¿Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse en fin la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creía quo soñaba y que luchaba con

una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caído en poder de osos, ó en el país de los caballos ó Honinhoin, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche, y botellas repartidas aquí y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacían en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristán, que debía de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecía sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacían cruces como si vieran al diablo. Allí, en bufete un padre mas reverendo que los demás, comenzó á interrogar á los recién llegados.

— ¿Quién es usted? le dijo al francés. El francés callado, que no entendía. Pidiósele entonces el pasaporte.

— ¿Pues francés! dijo el padre, ¿quién ha dado este pasaporte?

— S. M. Luis Felipe, rey de los franceses.

— ¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese D. Luís. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted, añadió entre dientes, si no habrá algún sacerdote en todo París que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

— ¿A qué viene usted?

— A estudiar este hermoso país, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

— ¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal do Logroño...

— ¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues..... *Recherches sur...* al sur ¿eh? este *Recherches* será algún autor de marina: algún herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué mas? ¡Ah! una partida de relojes; á ver... London... ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

— Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

— *De comiso*, dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstancia cogió un reloj, y metiósele en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase mas pronto la del refectorio.

— Pero Señor, dijo el francés, yo no los traía para usted...

— Pues nosotros los tomamos para nosotros.



— ¿Está prohibido en España el saber la hora que es? preguntó el francés al español.

— Calle, dijo el padre, si no quiere que se le exorcice, y aquí le echó la bendición por si acaso. Aturdido estaba el francés, y mas aturdido el español.

Habíale entretanto desvalijado á este dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con mas de tres mil reales que en él traía.

— ¿Y usted, señor de acá? le preguntaron de allí á poco ¿qué es? ¿quién es?

— Soy español y me llamo don Juan Fernandez.

— Para servir á Dios, dijo el padre.

— Y á S. M. la reina nuestra señora, añadió muy complacido y satisfecho el español.

— A la cárcel, gritó una voz; á la cárcel, gritaron mil.

— Pero señor, ¿porqué?

— ¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay mas reina que el señor don Carlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?

— ¡Ah! yo no sabia...

— Pues sépalo, y confíeselo, y...

— Sé y confieso, y... dijo el amedrentado dando diente con diente...

— ¿Y qué pasaporte trae? También francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¿Qué de prisa han vivido estas gentes!

— ¿Pues no es el año en que estamos? ¡Pese á mí! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

— En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1º. de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

— ¡Santo Dios! ¿en el año 1º. de la cristiandad? ¿con que todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? exclamó para sí el español. ¡Pues vive Dios que esto va largo!

— Aquí se acabó de convencer, así como el francés, de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraíso.

— Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidieron por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia porqué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luis Felipe, ni le reconocerian jamás, podria ocurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Dijoles, pues, el quo hacia cabeza sin tenerla : Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia. El gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie, pero les daremos pasaportes válidos; estendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente :



AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

*Nos Fr. Pedro Gimenez Vaca.* — Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernandez, de profesion, católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias : deja asegurada su conducta de catolicismo.

— Yo además que soy padre Intendente, habilitado por la junta suprema de Vitoria, en nombre de S. M. el emperador Carlos V, y el padre Admintstrador de Correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre capitan del resguardo, y el padre gobierno que está allí durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernandez, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal, y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas, y no estrañó que en un pais donde cada 1835 años no hacon mas que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre Prior, y del desgobernador gobierno que dormía, llegó la mala de Francia, y en espurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hácia Madrid se venian, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al portero.*

## II.

## La vida de Madrid.

Muchas cosas me admiran en este mundo; esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; solo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para estas no hay cosa que valga nada. Colocada la mia á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiracion, y estoy tanto mas distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un dia de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la vispera preparan al hombre á la meditacion, me paro á considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué ni á dónde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin á este cuadrado halagüeño, que segun todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda mas que una sola cosa á la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro mas que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida mala. Esto último bastaria á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento, porque solo un Dios y un Dios todopoderoso podia hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los paises incultos, en todas partes, en fin. Porque on este punto me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala mas alta ó mas baja; pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conservacion. Lord Wel-

lington hablará de los wighs, el indio nómada hablará de las panteras; pero iguales penas le acarrearán á aquel el concluir con los primeros, que á esto el dar caza á las segundas. La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado artesón, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, es preciso cerrar el entendimiento á toda reflexión para desealarla.

El jóven que voy á tomar por tipo (general) general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo mas doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Pascárame dias pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay mas que dos modos de pasear, ó solo ó acompañado. La conversacion de los jóvenes mas suele pecar de indiscreta que de reservada; así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que so llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacia yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado; á lo primero le contesté: « Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demás lo que no creo. ¡Como solo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oír. » A lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el quo se muere. ¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid? Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir..... escribo... ayer escribí una esquela á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalon de patincour que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugada; dias hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el pais. Si á esas horas ha parecido ya algun periódico, me lo entra mi criado, despues de haberle ojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leído ya; todos me suenan á lo mismo; entra otro, lo cojo, y es la segunda edicion del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de lo que me digan todas las mañanas en articulos muy graves todo lo felices

que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdria decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos; me rodeo al cuello un echarque, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la carrera de San Gerónimo, á la calle de Carretas, del Principe, y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el día? el capote de barragan : á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres, á tal otra casa hasta las cuatro : en todas partes voy dejando la misma conversacion; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra á donde voy : esta es toda la conversacion de Madrid.

¿Está el día regular ? A la calle de la Montera. A ver á La Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, segun. Mina, los facciosos, lo que pasan, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el día? A caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pié. A comer á Genieys, ó al Comercio : alguna vez en mi casa ; las mas fuera de ella.

¿Acabé de comer? A solito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edicion de la conversacion de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un pais donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

— ¿Qué se da en el teatro? dice uno.

— Aquí, 1º. sinfonía : 2º. pieza del célebre Scribe : 3º. sinfonía : 4º. pieza nueva del fecundo Scribe : 5º. sinfonía : 6º. bailo nacional : 7º. la comedia nueva en dos actos, traducida tambien del ingenioso Scribe : 8º. sinfonía : 9º....

— Basta, basta ; santo Dios !

— Pero, chico, ¿qué lees ahí! si ese es el Diario de ayer.

— Hombre, parece el de todos los dias.

— Si, aquí es Guillermo hoy.

— ¿Guillermo? ¡oh si fuera ayer! ¿Y allá?

— Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

— A mi me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

— Si, sé, respondo á mi compañero de paseo ; á mi tambien me suele tocar el turno.

— Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo

al dueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme; gran tulaeta. A casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lunes, y de.... y las mismas de las visitas de la mañana, del Prado, y del toatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

¿Y qué hace usted en la sociedad?

— Nada : entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entró al ecarté; vuelvo á entrar en el ecarté...

— ¿Y luego?

— Luego á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de si me contó mi amigo. Despues de leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie y que á nadie retrato en olla, á inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningun desafio, aunque necios conozco yo para todo, trasladola á la consideracion de los que tienen apego á la vida.

### III.

#### La polémica literaria.

..... à Madrid la république des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feullistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache à la peau des malheureux gens de lettres, achevait de déchiqueter et de sucer le peu de substance qui leur restait. (Beaumarchais. *Le Barbier de Séville*. Act. premier.)

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observacion de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados : si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si lo hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios do su lector tal cual picante sonrisa, « es un payaso, » esclaman, como si el toquo del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, « es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus! qué entrañas! » ; Habrá pícaro que no quiera que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¿Qué picarillo ; gritan, cómo ha

puesto á don fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. — Y no se desgañite para decirle al público : — « Señores : que no haya retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme. » — ;Tiempo perdido! — Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer. — Nada. — Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta. — ;Ni por esas! — Púsole peluca, dicen para desorientar; pero es él. — Que no se parece á don Cosme en nada. — No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero en decir : « ese soy yo. » Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ;Quién sabe! Confesemos de todos modos que es ¡pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le oyesen, y encomendábame á toda prisa, con mas fe que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparrara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las mas, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debía de hacer mas caso de mis oraciones la Santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venia musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y rene-gaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro pi-

ropo, que yo eché en saco roto, como tenía que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invítelo á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

— ¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

— ¡Qué ha de ser! señor Figaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando zás, ya me han contestado.

— ¡Oh! son muy bien criados los periodistas, le dije: no saben lo que es dejar á un hombre sin contestacion.

— Si señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo tambien quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre toda la Europa, si yo no contesto?

— Cierto: no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

— Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me indique usted, sobre poco mas ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide, se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

— ¿Y de qué habla el artículo?

— Le diré á usted; de nada: el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrian decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

— Si... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de...?

De tabacos, si señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con trabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...

— ¡Ay, amigo, le interrumpí, y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted! así corren los tiempos. En segundo lugar ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

¿Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

— ¡Hombre usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? usted no lee. En vez de buscar



libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

— Bueno : pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

— Calle usted. Somos felices.

— Yo pensaba dar razones y probar...

— No señor, no prueba usted nada.

¿Usted se quiere perder? Diga usted ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

— Mucho; se pierde de vista.

¿Tendrá seis pies?

— Mas, mas... hágale usted mas favor..... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos?

— ¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno : primero porque él es alto.

— ¡ Hombre !

— Calle usted ! ¿Ha escrito algunas obras?

— Sí señor : en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

— Bravo : añada usted, que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

— Pero, señor, haremos reir al público.

— No tenga usted cuidado : el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué mas tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula?

— Algo, algo hay de eso.

— Pues bien, á él : la opinion, la verruga, duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

— ¿Pero á dónde vamos á parar?...

— A la tetilla izquierda; señor : usted no se desanime : ¿le coge usted en un plagio? El testo en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? A contársele.

— ¿Y si no vienen á pelo los que yo sé?

— No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Digale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal, y usted es mas : este es el modo.

— Pero, señor Figaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

— ¿Y á usted qué le importa y á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin luego que usted haya agotado todos los re-

cursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderación de usted en la cuestión presente : que se retira usted de la polémica ; en primer lugar , porque ha probado suficientemente su opinión acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura , de la verruga , de la comedia del año 97 , de las deudas y de la opinión del adversario : y en segundo lugar porque habiendo usado el contrario de mala fe , y de indecorosas personalidades ( y eso dígalos usted aunque sea mentira ) , de que usted no se siente capaz en atención á que usted respeta al público respetable , la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede , acerca del mayor número de suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe , que es razón concluyente , y que le piquen á usted moscas.

— Señor Figaro , su plan será bueno ; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tiene la literatura y los literatos , en vez de darnos honor unos á otros nos damos mutuamente en espectáculo , derribamos nosotros mismos nuestros altares , y nos hacemos el hazmercir del público... y á mí me da vergüenza.....

— ¡ Ay ! ¡ ay ! ¡ ay ! ¡ Ahora salimos con que usted tiene vergüenza?... y... ¡ bota va ! Díjalo usted al principio. Usted es incorregible. Pues , amigo , voy á concluir : hace muchos años que ando por este mundo , y las mas de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera , pues , razones , señor mío ; látego y mas látego : no sé qué sabio ha dicho que las mas de las cuestiones son cuestiones de nombre : aquí , amigo mío , las mas son cuestiones de personas.

— Y con esto despedí á mi cliente , quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sola le supliqué al salir por el umbral de mi puerta. — Si acaso , le dije , oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo : « ahí va el cliente de Figaro : ese es el del artículo , » — no lo creo , responda usted : el cliente de Figaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad , pero que no tiene original en ninguna.

#### IV.

##### EL TROVADOR ,

Drama caballeresco , en cinco jornadas , en prosa y verso. Su autor don Antonio García Gutiérrez.

Con placer cogemos la pluma para analizar esta producción dramática , que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella

empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Sigánle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasión dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos ajenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del *Trovador* se ha presentado en la arena nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos; solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores. — *Soy hijo del genio y pertenezco á la aristocracia del talento.*; Origen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demás!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invencion el siglo xv; halo colocado en Aragón, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan, no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido y atinadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interés, y este crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo no es la pasión dominante del drama el amor; otra pasión, si menos tierna, no menos terrible y poderosa, oscurece aquella. La venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasión de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tantos medios de mover; en el *Trovador* constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos esposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la Gitana, que constituyo ella por si sola una accion dramática, y otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrareestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la Gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no menos interesantes, no menos terribles una que otra, se hallan á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre si, que fuera difícil separarlas sin reciproco perjuicio; y en el teatro solo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caracteres igualmente principales, y en resumen ningun verdadero protagonista, por

mas que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda este arrogarse el titulo de la obra exclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caracteres elegimos como mas importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasion mas frenética puede inspirar á una mujer; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte mismo. Hasta aqui parece difícil que otro carácter pueda ser el principal: sin embargo la Gitana movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el mas espantosa desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interés de su causa política, no puede ser mas colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la critica puede hacer cargo al Trovador nacen de la poca experiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle en la primera obra lo que solo el tiempo y el uso puede dar, seria una injusticia. Ha imaginado un plan mas bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela, pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepcion demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequenez del molde.

De aqui el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en Palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda; su introduccion en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una explicacion. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y mas cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesion lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creído necesarias hasta el dia son ridiculas en el teatro, donde ningun efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razon de los sucesos el tiempo que deberia atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda,

La esposicion es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama, es mas bien un prólogo; citaremos por último en apoyo de la opinion que hemos emitido acerca de la inesperienza dramática los diálogos mismos; por mas bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela que hubieran necesitado mas campo, y los en verso tienen un sabor en general mas lirico que dramático: el diálogo es poco cortado ó interrumpido, como convendria á la rapidez, al delirio de la pasion, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra el Trovador? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisiéramos ver el don prodigado en el siglo xv. Los caractéres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inesperienza que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tambien remata la primera jornada, la cual reúne al mérito que le acabamos de atribuir una valentia y una concision, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho mas efecto aun es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparicion del Trovador á la vuelta de las religiosas: su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado mas arriba; y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternuras y de dulcísima y fácil versificacion, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta además pinta con maestria la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer, y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta, de la cuarta, si bien tiene mas de lirico que de dramático.

Diremos en conclusion que el autor al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es mas difícil á un poeta escribir bien en prosa que en

verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonía peculiar; las escenas en prosa tenían el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar algun tino en la determinacion de las que habia de escribir en prosa y las que habia de versificar, pues que se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean como en el *Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaria.

En cuanto á la reparticion, hala trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se cree que el primer galan debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galan, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel *del Trovador* al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su fisico y la indole de su talento se prestan mejor á los caractéres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido mas bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el *Trovador*.

Por la misma razon el papel de la Gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion mas original, mas nueva del drama, el carácter mas difícil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay mas que decirlo: una actriz como la señora Rodriguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mencion de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantóse el telon, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un pais donde la literatura apenas tiene mas premio que la gloria, sea ese siquiera lo mas lato posible, acostumbémonos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera proteccion que puede dispensarle un pueblo, y esa la única tambien que no pueden los gabiernos arrebatarlo.

## V.

## LOS AMANTES DE TERUEL,

Drama en cinco actos, en prosa y verso, por don Juan Eugenio Hartzenbusch.

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres, oír decir de sí: es un *tal fulano*, es ser un árbol mas en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado, *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo y decirle: *me has creído tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones; domino tu aplauso y tu admiración, de hoy mas no estará en tu mano despreciarme, medianía; calumniamme, oborréceme, si quieres, pero alaba*. Y conseguir esto en veinte y cuatro horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenía ayer donde reclinarse su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *Los amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posición que le abone, no lo conocemos; pero nosotros, *mordaces y satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los amantes de Teruel*. Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel mas feliz y mas ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto, y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿que interés puedo ofrecer nuestro artículo?

La Historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla legada por la tradicion á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro pais; á mas de una persona hemos oido deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinion, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oidas, sino en eternizar, en formular las verdades mas sabias; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anecdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageracion ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalban que trata la misma tradicion hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasion y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y despues de *El convidado de Piedra*? Sin embargo, ¿porqué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *El convidado de Piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un celoso, sino un ser comun de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y quien cien poetas han pintado? ¿Porqué Otelo solo, porque solo el celoso de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una mania para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Porqué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Moliere cuando el Bourgeois *gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, mas que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porcion de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con la *Peau de Chagrin*?

El huevo de Colón es la parábola mas significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca



de la humanidad; la posteridad sola decide, y la sucesion de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer sintoma de verdadero talento.

*Los amantes de Teruel* están escritos en general con pasion, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecia el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginacion y la tradicion abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la *Amante de Teruel* podia dar su mano á quien no fuese dueño de su corazon? Era preciso sin embargo, y no habia mas medio para eso que poner á Isabel en posicion tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasion, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente; puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfeccion misma de su protagonista inventando un episodio bellissimo en la pasion criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discrecion que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace mas sublimar á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfeccion sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deudora en ella conservar ilesos deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seducccion ó á la inconstancia, sino al deber; pero el marido que así abusa de la posicion de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede abusando de Isabel á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creible para el espectador, que ya ha hecho la concesion del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la escelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasion violenta y desinteresada, que se contenta con el titulo de esposa. De esta suerte preside al dráma no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fria y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pude decir con mas razon :  
 ¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

; Maldito el hombre que virtudes siembra  
para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento mas crítico de su vida por unos bandidos quo no pueden comprender, cuando lo roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él mas que la vida; la venganza misma de esa mujer lo salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de la campana quo se lo anuncia; el crimen es el único recurso, y le cometerá, los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrilego*, responde, *es injusto*.

En presencia de Dios formado ha sido.  
— Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourût* de Corneillo, porque para la pasion no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay mas Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el *Ajax* en Homero.

El autor ha sabido bacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija á su despecho, víctima del honor bien diferente en aquel siglo del quo en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga espiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud: Azagra mismo y la Mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y amor es el sentimiento mas egoista. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el-objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tiene Azagra y la Mora, porque tambien aman: su pasion disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un rosorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor quo pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Si, Azagra y la Mora parecen odiosos porque no han espresado su pasion; solo esta puede

disculpar los excesos ; un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la Mora sienten no es mas que un nuevo capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que sabon amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego, y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creído acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario : en Azagra se ofrecia la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasión ; nos parece mas fácil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante desechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una mujer.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion ; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baux ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion : tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de visperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en el bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible además que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos : si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos el autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido excelentes ; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lánguidas varias escenas, confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto ; ¿so nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer mas largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interés ; y tanto vale que no le haya, como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien asi como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre,

á quien se le hace corto un día entero trascurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiesco creído necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio* mal sonanto, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazón del culpable que lo hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de mas efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace mas efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algun otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulo de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oídos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo, si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Tuerl, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambición y la envidia; que mas de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se esplican; los sentimientos se sienten.

(*Obras completas de Figaro.*)

#### DON JUAN DONOSO CORTÉS.

Carta á los redactores de « *El Heraldo.* »

París, 24 de julio de 1842.

La muerte del duque de Orleans, cuyos pormenores habrán Vds. leído estensamente en todos los periódicos, ha sido la mayor de todas las desventuras para la augusta familia que ocupa el trono de julio, una catástrofe para la Francia, y un suceso de la

mas grave trascendencia para la mayor parte de las potencias de la Europa.

La mas respetada de todas las señoras, la mas popular entre todas las reinas, la mas amorosa entre todas las madres, ha perdido al hijo de su amor y de sus entrañas; el mas previsor entre todos los reyes, el mas prudente entre todos los hombres, el príncipe que siendo el mas afortunado de todos se habia precavido mas contra los golpes de la fortuna, ha visto desaparecer en un solo dia, en una sola hora, en un solo instante, y pisando ya el borde de su sepulcro, todas sus ilusiones y todas sus esperanzas; y aun así y todo, la Francia y la Europa no podrán menos de rendir un homenaje de admiracion y de respeto á la entereza de corazon, á la fortaleza de ánimo con que este desventurado príncipe mira en la tarde de su vida el eclipse de su estrella.

Si mi ánimo al dirigir á Vds. esta carta fuera describir lo que tiene de patético este grande infortunio, bosquejaria aquí el doloroso cuadro de una familia de príncipes y reyes rodeando un pobre lecho, aposentada en un pobre hogar y siguiendo paso á paso un carro fúnebre con las frentes inclinadas por el dolor, con los ojos llenos de lágrimas, con los corazones henchidos de tristeza y envueltos los piés, que no habian pisado sino alfombras, en el polvo del camino. ¡Terribles vicisitudes de las cosas humanas! ; Ásperas mudanzas de la suerte! Ayer todo contribuía á enaltecer á los príncipes; los enaltecian con sus mercedes la fortuna, con sus adoraciones los pueblos: hoy todo contribuye á humillarlos: y no parece sino que la fortuna está vendida á las revoluciones. Pero repito que no ha sido mi ánimo, al dirigir á Vds. esta carta, entrar en consideraciones de esta especie. Otras llaman mas poderosamente mi atencion, y á ellas debo consagrar estas líneas.

La revolucion de julio estaba representada por la dinastía de ORLEANS, que era su hechura á un tiempo mismo y su apoyo. En vano la revolucion, frenéticamente orgullosa aquí como en todas partes, quiere hacer creer á la Europa que subsistia y subsiste por su propia virtud, y que su salvacion está confiada á sus fuerzas; la verdad es que la revolucion de julio no ha encontrado gracia á los ojos de la Europa sino á favor de su dinastía. La Europa hubiera preferido el trono legítimo: tuvo la prudencia de contentarse con un trono; pero no hubiera sido bastante resignada para ver con ojos serenos la abolicion de la monarquía, y hubiera privado á la Francia del agua y del fuego, si la Francia hubiera llevado su delirio hasta el punto de proscribir toda la raza de sus reyes. La revolucion triunfante conoció instintivamente esta verdad en el momento de su triunfo: por esta razon levantó un trono en nombre de la *necesidad* y no en nombre de sus *princi-*

*píos* : la idea de la monarquía no pertenece á la familia de las ideas revolucionarias ; un trono es su *contradiccion* y no puede ser su *consecuencia*.

En todos tiempos, pero señaladamente desde la revolucion de julio, puede afirmarse con razon que la monarquía es la fortuna de la Francia. ¡ Cosa singular ! la monarquía es una necesidad tan absoluta, tan imperiosa, que hasta sus enemigos necesitan para vivir de su amparo. Las revoluciones cuando se vuelven locas la destruyen, pero se suicidan : cuando obedecen al instinto de su conservacion la aborrecen, pero la confiesan. Esa institucion sublime, sin la cual no hay libertad ni reposo en las sociedades humanas, es á un mismo tiempo la espresion mas pura del derecho y la fuente de la vida.

La muerte del duque de ORLEANS espone al trono de Francia á ser ocupado en breve por un niño que tiene ahora cuatro años. Las épocas de las tutorías, siempre aciagas y borrascosas aun en tiempos tranquilos y cuando la dinastía reinante ha echado hondas raices en el suelo, son doblemente aciagas y borrascosas en tiempos de turbulencias y trastornos y cuando el cetro es disputado por un pretendiente que cuenta con partidarios dentro y con simpatías en la Europa. Los trastornos y los desastres se aumentan cuando la potestad suprema está disputada por muchos pretendientes ; porque entonces llama á las puertas de la sociedad con golpes redoblados, no solo la guerra, sino tambien la anarquía. Este cabalmente puede ser el resultado de la catástrofe que llora la Francia y que lamenta la Europa, y que puede desencadenar los huracanes por el mundo.

La potestad suprema en Francia está disputada por los partidarios de la legitimidad y por los de la soberanía activa del pueblo, por la revolucion y por ENRIQUE V. Uno de aquellos príncipes que Dios da á los pueblos en el día de su misericordia ha podido defender á la Francia por espacio de 12 años contra las pretensiones de los que quieren restaurar lo que no seria restaurado sin lágrimas, y los que quieren introducir innovaciones que no podrian introducirse sin sangre. El rey de los franceses, sabio aun entre los sabios, y previsor aun entre los mas previsores, ha llevado á cabo la empresa mas ardua entre cuantas pueden acometerse, la de gobernar á una nacion de donde han desaparecido casi de todo punto las ideas de gobierno : la de gobernarla al día siguiente de una revolucion que dió al traste con la cosa mas santa y con el principio mas augusto, con el principio de la legitimidad y con la dinastía de sus reyes : la de gobernarla viendo al otro lado de sus fronteras alzarse en armas la Europa, y oyendo al rededor de si el ruido de las facciones : la de gobernarla, en fin, cuando en cada casa de París habia una fábrica de una nueva

religion, de una nueva sociedad, de un nuevo gobierno. En estas circunstancias ha gobernado **LUIS FELIPE**.

Vencida la Europa con tan noble espectáculo, depuso las armas, poniendo su esperanza en su alta sabiduría y en su consumada prudencia : y en cuanto á las facciones que bramaban al rededor de la nueva dinastía, solo fueron poderosas para lanzar bramidos impotentes : un solo error grave ha cometido este príncipe; ese error ha consistido en su política respecto á nosotros. Pero la nacion española llevará hoy su parte en el duelo universal, y dará testimonio de su noble, de su sincero dolor, al ver agobiado á tan poderoso príncipe bajo el peso del mas grande infortunio.

Cuando este príncipe ya anciano descienda al sepulcro; cuando suba al trono el augusto niño á quien por herencia corresponde, y cuando la autoridad real esté ejercida por quien no la ha de ejercer ni por tiempo limitado ni en nombre propio, ¿dónde estará la mano poderosa para resistir á la revolucion en las calles y al pretendiente en las fronteras? ¿Dónde estará la mano respetada que al levantarse infunda respeto á la Europa y ponga silencio á las pasiones? Esta es la cuestion para la Francia.

Cuando llegue á faltar **LUIS FELIPE** y el Estado caiga en tutorías, ¿dónde está la prenda de estabilidad y de reposo para la Europa? ¿Quién puede decir hasta qué punto ia Francia abandonada á sí misma puede alterar el equilibrio europeo? ¿Hasta qué punto puede respetar los tratados existentes? ¿Hasta qué punto puede respetar los derechos de las naciones? ¿Hasta qué punto puede aceptar los principios que hoy constituyen el derecho público de todos los pueblos? ¿Hasta qué punto puede alterar las alianzas que hoy existen? ¿Servirá de prenda de estabilidad á la Europa la inestabilidad de las mayorías parlamentarias, ó acaso el resultado ciego de las urnas electorales, ó el inconstante flujo y reflujó de la opinion pública en la espantosa inestabilidad de sus mudanzas y sus giros? Esta es la cuestion para el mundo.

No hay, pues, nada que estrañar en la profunda sensacion que esta catástrofe ha causado dentro y fuera de Francia; mientras que la nacion francesa arrastra lutos, al otro lado del canal y al otro lado del Rhin se descubren síntomas de dolor y sobresalto. Lo mismo, y con mas razon, sucederá á la hora en que yo escribo al otro lado del Pirineo. La Francia, en los tiempos de su declinacion como en los tiempos de su mayor pujanza y poderio, pesa mucho en la balanza y en el destino de las naciones. Justo es, pues, y natural que las naciones estén silenciosas y atentas, asi cuando la Francia celebra sus alegrías, como cuando llora catástrofes y desventuras.

**Mas interesada España que ninguna otra nacion en cuantas**

mutanzas y trastornos pueden ocurrir en Francia, procuraré tener á Vds. al corriente, no solo de los sucesos, sino tambien del estado de los espiritus en esta nueva época que comienza con la muerte de un príncipe, y presenta todos los síntomas de los períodos críticos en la vida de las naciones. Por hoy he debido contentarme con fijar las grandes cuestiones que este acontecimiento promueve : en mi carta próxima le consideraré bajo otros y no menos interesantes aspectos.

**DON PASCUAL DE GAYANGOS.**

## MOSSEN DIEGO DE VALERA.

Entre los escritores del siglo **xv** pocos habrá tan notables y tan poco conocidos como Mossen Diego de Valera. Sus obras, en su mayor parte inéditas, yacen hoy día ignoradas, y si alguna hay impresa, no ha merecido en estos últimos tiempos los honores de la reimpresion. Y sin embargo, Valera fué uno de los que mas contribuyeron con sus escritos á ilustrar la historia de aquel siglo, ya suministrando materiales para la crónica de don Juan II, ya escribiendo la de Enrique IV cuyo doncel fuera; ya en fin compilando para la Reina Católica una *Crónica general de España* y continuándola hasta su tiempo ; á parte de otros varios escritos salidos de su pluma y que le dan un puesto eminente entre los literatos de su siglo. Las noticias que de él tenemos se hallan esparcidas en sus propias obras, y aunque no tan abundantes y detalladas como seria de desear, ofrecen con todo datos suficientes para apreciar el carácter y circunstancias de un hombre que, cronista y guerrero á un tiempo, realizó en su propia persona aquel célebre dicho de su contemporáneo el marqués de Santillana, de que « la sciencia no embota el fierro de la lanza, nin face floxa el espada en la mano del caballero. »

Nació Valera en Cuenca, el año de 1412, segun él mismo lo anuncia al fin de su crónica impresa. Se ignora quiénes fueron sus padres, pero por escrituras del archivo de aquella ciudad, se sabe que descendia del regidor Juan Fernandez de Valera, uno de los caballeros á quienes el infante don Fernando de Antequera confió la guarda del bagaje y demás pertrechos que en 1407 dis-



ponia para el cerco de Setenil. A la edad de quince años, en 1427, entró á servir al rey don Juan II, quien le nombró luego doncel de su hijo y sucesor, el principe don Enrique. En 1431 acompañó al Rey á la vega de Granada, tomando parte en la expedicion y distinguiéndose en la batalla de la Higuera. También se halló, segun parece, en la entrada que el adelantado Diego de Ribera hizo algun tiempo despues en tierra de moros en favor del infante Benalmao contra Mohammad, el Izquierdo, rey de Granada. Vencido este y puesto en el trono su competidor, firmáronse treguas por cinco años y la guerra cesó; pero Valera, que como la mayor parte de los hidalgos y caballeros de aquel tiempo, ansiaba cobrar fama y fortuna, determinó salir de España en busca de nuevas lides y aventuras.

Ofrecíasele entonces al jóven doncel ocasion oportuna de mostrar su valor y gentileza. Alberto, rey de Romanos é hijo de Sigismundo emperador de Alemania, se hallaba en lucha abierta con los partidarios de Juan Huss, cuya herejia habia de tal manera cundido por sus estados, que fué necesario todo el talento y energía de aquel principe para reprimir la rebelion de sus súbditos fanatizados. Algunos años antes, en 1430, habia venido á Castilla el conde Roberto de Sicily, sobrino carnal del emperador Sigismundo, siendo muy obsequiado del rey don Juan, quien le habia hecho caballero de la Escama. Mas tarde, en 1433, venia Roberto de Balsé, caballero tudesco, quien haciendo armas en Segovia con don Rodrigo Alonso Pimentel, fué vencido por este en presencia del mismo monarca; y fué tal la afluencia de nobles extranjeros que de todas partes de Europa acudieron por aquel tiempo á la célebre romeria de Santiago, que no es de estrañar se divulgase en Castilla, así la lucha empeñada por Alberto contra los herejes de Alemania, como las gracias y honores por él concedidas á los caballeros que se alistaban en sus banderas. Juan de Merlo, célebre justador y uno de los que figuraron en 1434 en el *paso honroso* de Suero de Quiñones, Fernando de Guevara, Pedro de Cartagena, hermano del obispo don Alonso, el conde don Martín Enriquez de Gijon y otros ilustres caballeros, tomaban servicio con el de Bohemia y se disponian, allí como aquí, á combatir contra los enemigos de la fe católica.

En 17 de Abril de 1436, hallándose el rey don Juan en Roa, Valera le pidió su licencia para pasar á Alemania, y servir á las órdenes de Alberto, y el Rey no solo se la concedió graciosamente, sino que le dió además cartas muy expresivas para aquel soberano, y para el Rey de Francia y Emperador de Alemania. En Francia Valera no se detuvo mas que el tiempo necesario para presentar sus cartas de recomendacion y creencia al rey Carlos VI á la sazón ocupado en el sitio de Montreaux, que al fin tomó á los  
20.

ingleses. De allí pasó á Praga en Bohemia, donde fué muy bien recibido del rey Alberto, el cual habiéndole dicho que se preparaba á atacar á los rebeldes de Tabor, le preguntó, si queria acompañarle á aquella expedición y recibir su sueldo: á lo que el doncel con noble orgullo contestó que « él no era allí venido á ganar sueldo, mas á le servir en aquella guerra como cada uno de los continos de su casa, » respuesta que el Rey agradeció sobre manera, mandando al huésped, en cuya casa Valera se habia alojado, que le subministrase todo cuanto hubiese menester, prometiendo satisfacer el gasto de su real tesoro. Dice la crónica de don Juan II que dos dias antes que el rey marchase á la expedición de Tabor, mandó llevar á la posada del doncel « una tienda y un charioté (ó carromato) toldado, y un caballo que lo tirase, é dos hombres que lo gouernasen y armassen la tienda, » disponiendo que se aposentase en casa de aquel Roberto de Balsé que viniera á Castilla en 1453, y que por haber recibido singulares mercedes así del rey don Juan como de los principales señores de su corte, habia quedado en extremo aficionado y agradecido á los castellanos.

Sucedió un dia que cenando Valera con el rey Alberto y varios caballeros de su corte, entre los cuales estaba el conde de Cili-que (Scilly), recayó la conversacion sobre España, y el conde dijo haber visto en Portugal en el monasterio de Batalha el pendon de Castilla colgado de una de las naves de la iglesia, el cual pendon los portugueses decian haber ganado en la batalla de Aljubarrota, y que por lo tanto era de opinion que el Rey de Castilla no podia ni debia llevar la bandera de sus armas. Valera que no entendia el aleman hubo de preguntar de qué se trataba, y habiéndole el mismo Rey explicado en latin lo que el conde decia, puso la rodilla en tierra y pidió licencia para contestarle, lo que hizo luego declarando como las armas eran de dos clases, « de linage y de dignidad, » y que estas últimas de ninguna manera podian perderse sino con el trono; ofreciendo además combatir en presencia del Rey contra cualquiera que se atreviese á afirmar lo contrario. El conde se disculpó y el lance no pasó adelante: quedando Alberto muy prendado de la discrecion y lozania de Valera, á quien entre otras muchas mercedes concedió las órdenes del Dragon, la del Tusinique ó Tusino de Bohemia y la del Aguila blanca, nombrándole además miembro de su consejo privado.

Vencidos los rebeldes en Tabor y pacificado el reino de Bohemia, Valera pidió licencia al Rey para volverse á Castilla, como lo verificó, saliendo de Praga en noviembre de 1457, y siendo portador de una carta de Alberto para don Juan II en que se mostraba muy satisfecho y agradecido á los caballeros cas-

tellanos y en especial á Valera, cuyo ardimiento en los combates y prudencia en los consejos tuvo ocasion de conocer y apreciar. La Crónica cuenta que el rey don Juan quedó tan satisfecho al oír que un doncel de su casa habia ganado prez y fama en reinos extranjeros, que le dió su divisa del collar de la Escama, quo daba á muy pocos, así como el yelmo del torneo, y cien doblas para que se lo hiciese; y que mandó además que de allí adelante so llamase *Mossen* Diego.

Este dictado de *Mossen* con que nuestro cronista es generalmente conocido, equivale al *Don* castellano y parece haberso usado solamente por súbditos de las coronas de Aragon y Navarra, lo cual ha hecho presumir á algunos que Valera fué natural ú oriundo de uno de dichos reinos, ó que cuando menos tuvo algun feudo ó señorío dependiente de aquellas coronas. Ya hemos visto que Valera nació en Cuenca, y aunque nada cierto sabemos de sus padres y familia, ningun antecedente hay para suponerlos oriundos de Aragon, siendo al contrario muy probable que tuviesen su solar y origen en Valera de Suso, antigua villa episcopal de la provincia de Cuenca. Por otra parte vemos que el dictado de *Mossen*, aunque propio de Aragon, lo usaban tambien en Navarra y aun en Castilla algunos caballeros, y sobre todo los oficiales de la casa real, como *Mossen* Cicera, maestresala del Rey Católico, *Mossen* Miguel Juan Gralla que tuvo el mismo oficio, *Mossen* Ferriol y *Mossen* Juan Sessé, sus trinchantes, *Mossen* Jaime Ferrer y *Mossen* Sorell que lo fueron del principe don Juan II y otros muchos que pudiéramos citar (1). La costumbre se extendió tambien segun parece á Vizcaya, pues en la misma crónica de don Juan II, se le da el dictado de *Mossen* á Juan de Amezqueta, caballero guipuzcoano, domiciliado en Londres y que en 1450 vino á Castilla con una embajada del rey Duarte (Eduardo III) de Inglaterra. En Aragon fué costumbre muy antigua llamar *Mifer* á los juristas y letrados, para distinguirlos de los nobles á quienes se aplicaba el dictado de *Mossen* (2), que mas tarde se dió á los eclesiásticos seglares. Dióse tambien en Castilla á los nobles extranjeros (3), y así es de creer que la

(1) Se nos dirá que el dictado de *Mossen* que á estos individuos dan las crónicas y relaciones del tiempo es debido á ser ellos naturales de Valencia, Aragon, Cataluña ó Navarra, como lo indican sus patronímicos ó apellidos; á esta objecion contestaremos que tambien se dió el dictado de *Mossen* á otros sujetos que conocidamente eran oriundos ó naturales de Castilla, como Pero y Diego Vaca, maestresalas del rey Católico, Juan de Angulo, Alonso de Alarcon y otros.

(2) *Mossen* es palabra compuesta de *Mos* abreviatura de *Monsieur* y la particula lemosina en, así como *Mifer* no es mas que una corrupcion del francés *Messire*.

(3) Citaremos entre otros á Juan de Fox y al conde de Armignac á quienes nuestros cronistas dan comunmente el dictado de *Mossen*.

circunstancia de haber Valera visitado varios reinos de Europa y obtenido mercedes y distinciones de sus reyes, contribuyese mas que el motivo señalado por la crónica de don Juan II á que dicho dictado se perpetuase, por decirlo así, unido á su nombre.

Como quiera que esto sea, vuelto Valera á Castilla creció mucho en el favor del Rey, á quien desde Segovia, donde á la sazón se hallaba con el príncipe don Enrique, dirigió aquella célebre carta que él mismo inserta en su *Crónica de España* y trasladó tambien á la suya Fernan Perez de Guzman : documento á todas luces notable y que revela la lealtad, discrecion, y prudencia de nuestro cronista (1). En él le exhorta á que ponga fin y remedio á los males del reino, y le aconseja que deponiendo toda parcialidad y aficion, aleje de su privanza al condestable don Alvaro de Luna, de quien ya entonces se mostraba Valera enemigo y contrario. Era esto en 1441. Dos años despues el rey don Juan le enviaba en embajada al ducado de Borgoña, á Dacia é Inglaterra, con cuyas reinas tenia próximo parentesco por medio de su madre doña Catalina de Alencastre, esposa de Enrique III. Llevó Valera en su compañía á un rey de armas llamado Castilla y á otros pajes y criados de la real casa (2), siendo muy bien recibido de aquellas princesas, de quienes obtuvo grandes mercedes, y recogiendo al paso muchas noticias que despues ingirió en sus obras. En la corte del duque de Borgoña hizo armas con Tibault de Ragémont, señor de Ruffy y Molinot, y con Jacques de Chaux, señor de Amabila, saliendo vencedor en uno y otro encuentro, con tanta satisfaccion y contento del Duque, que le mandó dar doce tazas y dos xervillas de plata, del peso de cincuenta marcos.

Volvió Valera á Castilla en 1444 y halló al rey don Juan en Tordesillas en ocasion que los enemigos del condestable, capitaneados por el rey de Navarra y el infante don Enrique, trataban de apoderarse de su persona. Alegróse mucho el Rey con su venida, y conociendo su lealtad y amor á su servicio, determinó mandarle con una mision secreta para don Alvaro que estaba en Escalona. Algun tiempo despues (1443) y habiendo enviado de doña María de Aragon, su primera mujer, el rey don Juan, mandó llamar á Valera que retirado del servicio residia á la sa-

(1) Segun la crónica de don Juan II (año 41 cap. IV) el Rey mandó á su relator que la leyese á los señores de su consejo, á los cuales todos pareció muy bien lo que en sustancia decia. Solo don Gutierre de Toledo, arcediano que había sido de Guadalajara y á la sazón arzobispo de Sevilla, con palabras de soldado mas que de pastor, contestó muy enojado : « digan á Mossen Diego que nos embie gente ó dineros, que consejo no nos fallece. »

(2) Habla de este viaje en su *Tratado de las armas*, y dice que el Rey le mandó librar la paga de un año y le dió además un caballo y una ropa de veludo azul.

zon en Cuenca, y le encargó pasase secretamente á Francia, é hiciese de manera que de allá se moviese trato para su casamiento con Madama Radegonda hija de Carlos VII; pero el Condestable que sin auencia del Rey, tenia ya concertado su casamiento con doña Isabel de Portugal, hija del infante don Juan, tuvo aviso cierto de lo que se tramaba y logró suspender la negociacion. Valera dice que con este motivo pasaron tales cosas entre el Rey y el Condestable, que quedaron ambos muy resentidos y enojados, y que desde aquel dia el rey don Juan « desamó mucho á su privado, aunque lo disimulaba é encubria con mucha sagacidad. » Tambien añade que con haber traído á estos reinos á la princesa doña Isabel no hizo mas que labrar su propia perdicion, pues « en ella trajo el cuchillo con que se cortó la cabeza. »

Sobrevino en seguida la batalla de Olmedo (mayo de 1445) en que Valera se halló, como era consiguiente, al lado del Rey, á pesar de su notoria enemistad al Condestable. Poco antes habia servido de testigo á la entrega de cierto requerimiento (1), que los de la faccion contraria con el fin de impedir el derramamiento de sangre, mandaron al rey don Juan. En 1448 se celebraron cortes en Valladolid asistiendo á ellas Valera como procurador por Cuenca juntamente con Gomez Carrillo de Albornoz, señor de Torralba y Beteta. El objeto de la convocacion parece no fué otro, que desear el Rey saber su parecer acerca del plan de conducta que él mismo se habia trazado, para poner fin á las revueltas y disturbios de sus reinos: que era ir en persona á Tordesillas, concordarse con el principe su hijo, castigar á los nobles que seguian el partido contrario al Condestable y premiar á los que se habian mantenido fieles y leales. La mayoría de los procuradores presentes aplaudió la determinacion del Rey, y Pero Diaz de Arceo que lo era de Burgos, hizo una larga peroracion con el fin de probar que el propósito del Rey era santo y bueno. Solo Valera, lleno de patriótico fervor, mantuvo la opinion contraria, aconsejando al Rey, que antes de proceder al castigo de los caballeros rebeldes, los mandase comparecer y les oyese sus descargos: que así lo exigian las leyes del reino, mandando que ningun noble fuese condenado sin ser antes oido. « No se pueda decir de vos (añadió) lo que Séneca dice, que muchas veces acaece ser la sentencia justa y el juez injusto, y esto es cuando se da sin ser la parte oida. » El Rey escuchó con rostro alegre el con-

(1) « Los cuales hecho el requerimiento, le dieron al Rey en la mano é su alteza lo tomó, é ellos lo tomaron por testimonio por dos escribanos é siete ú ocho escuderos que consigo traian, estando presentes Pedro de Tapia, é Pedro Solis maestresalas é yo que servia entonces el plato, é otros algunos oficiales cuyo nombre no me acuerdo. » *Crónica de España*, cap. CXXV.

sejo de su camarero (que ya entonces lo era Valera) y le agradeció mucho su sinceridad y buen deseo; pero Fernando de Ribadeneyra, que después fué mariscal, hubo tan grande enojo de sus palabras, que dirigiéndose á él, le dijo : « Voto á Dios, Diego de Valera, que vos arrepintais de lo que habeis dicho. » En esta ocasion escribió Valera al Rey la carta que empieza : *Da pacem, Domine, in diebus nostris*, modelo de cordura y buenos sentimientos, que él mismo insertó en su *Crónica de España* (1) y que también copió Fernán Pérez de Guzmán en la de don Juan II.

Pero como no siempre sea conveniente decir la verdad á los reyes, parece ser que don Juan, á instancias del Condestable, le suspendió en su empleo de camarero y le privó de todos los gajes y salarios anejos á aquel oficio. En tal situacion Valera pobre hidalgo, y que según él mismo dice en una de sus cartas, no poseía mas bienes que « un arnés y un pobre caballo, » hubo de buscar el arrimo de alguna poderosa familia. Su carta, de la que se hicieron muchos traslados, había llamado mucho la atención de los que seguían la facción contraria al Condestable, y uno de ellos don Pedro de Zúñiga, justicia y alguacil mayor de Castilla, conde de Ledesma y Plasencia y alcaide del castillo de Burgos, le tomó á su servicio y le encomendó la crianza de su nieto don Pedro de Zúñiga. Desde este tiempo, Valera, que parece haber dejado el servicio del Rey, figura en la historia como uno de los que mas contribuyeron á derribar de su encumbrado puesto al valido de don Juan II. Había este procurado por todos los medios que estaban á su alcance destruir al conde don Pedro, y á dicho fin había dispuesto que el Rey pasase á Piedrahita para desde allí echarse de improviso sobre Bejar y prender al de Zúñiga; mas no pudo lograr su intento, porque advertido el Conde, se fortificó de tal manera en aquella villa, que el Condestable hubo de remitir á mejor ocasion sus planes de venganza. Don Pedro, sin embargo, trató de prevenir el golpe confederándose con el príncipe don Enrique y con los condes de Haro y Benavente, pero el Condestable lo supo, y la liga no tuvo efecto. Valera fué el encargado en esta ocasion de promover los intereses de su nuevo amo, desplegando grande actividad y mucho celo por su servicio (2). El Rey, en tanto, procuraba secretamente la prision de don Alvaro, pero no hallando medio seguro de lograr su intento (3), hubo de confiarse á la Reina su esposa, y pedirla su dic-

(1) Parte IV, cap. CXXV.

(2) Valera inserta en su crónica las instrucciones y despachos que le dió el conde don Pedro, y las respuestas de los grandes cuya amistad y alianza fué á solicitar.

(3) Nada prueba mejor el carácter pusilánimo de este príncipe, y el oslado de

támen. Esta princesa, que desde su primera llegada á Castilla habia concebido un odio mortal al Condestable, con mucha sagacidad y tino dió luego arbitrio para efectuar su prision, disponiendo que el Rey pasase á Valladolid, mientras que la condesa de Rivadeo trataba con el conde de Plasencia su tío el modo y manera de asegurar la persona de don Alvaro. No nos detendremos en señalar aquí las muchas peripecias del terrible drama que terminó con la muerte del valido, contentándonos con decir que Valera desempeñó en él un papel muy principal como mayor-domo y consejero que era de don Alvaro de Zúñiga, á quien el conde don Pedro, su abuelo, encomendó la arriesgada empresa de sorprender al Condestable en Burgos. El mismo refiere con curiosos pormenores, cómo se efectuó la prision, suministrando acerca de la misma los datos que se encuentran en la *Crónica de don Juan II*, ordenada por Fernan Perez de Guzman (1)

La muerte del Condestable no parece haber influido favorablemente en la suerte de Valera, quien no volvió, como era de esperar, al servicio del Rey : al contrario, siguió desempeñando varios oficios en la casa de Zúñiga, siendo enviado en 1454 á Bejar, « á poner recaudo en la hacienda del conde don Pedro, que estaba en punto de muerte. » Desde allí pasó á Sevilla por mandado de don Alvaro, acompañando á su hijo don Pedro, que iba á casar con doña Teresa de Guzman, hija del duque de Medinasionia. En 1467 era corregidor de Palencia, segun él mismo refiere en el cap. XXXVI de su *Memorial de diversas hazañas*, y en 1479 lo fué de la ciudad de Segovia, segun Colmenares en su *Historia de dicha ciudad*, fol. 428, habiendo reparado desde los cimientos la cárcel de villa que estaba muy arruinada. Hallábase en Sevilla cuando por los años de 1472 surgieron los terribles feudos entre los Guzmanes y los Ponces de Leon, y en esta última ciudad y en la del Puerto de Santa Maria, parece haber pasado los últimos años de su vida, enteramente entregado al cultivo de las letras y á la composicion de las varias obras histó-

aquella sociedad, como el medio que escogió para deshacerse del Condestable. Mandó llamar á Castilla, su rey de armas, el mismo que acompañó á Valera á la embajada de Inglaterra, y le encargó que de su parte fuese á ver á Diego de Estúñiga, hijo del mariscal don Inigo, conde de Nieva, y le dijese el firme propósito en que estaba de prender al Maestre; y que no conociendo á ninguno en sus reinos capaz de llevar á cabo tamaña empresa, sino á su pariente el conde de Plasencia, le rogaba lo tratase con él, prometiéndole grandes mercedes si conseguia asegurar la persona del Condestable. El Conde, sin embargo, conociendo la debilidad del Rey y su carácter variable, temiéndose además alguna traicion, no hizo por entonces caso del mensaje.

(1) En los apuntes que Valera le dió, omitió, sin duda por modestia, algunos detalles relativos á su propia persona, que mas tarde creyó deber insertar en su crónica, como es la circunstancia de haber sido herido en un brazo por un pasador que le tiraron los del Condestable.

ricas, heráldicas, éticas y morales que le dieron distinguido nombre entre los escritores de su época.

El año de su muerte se ignora de todo punto : sabemos que en 1481, siendo de edad de sesenta y nueve años, vivía aun en el Puerto de Santa Maria, y que desde aquella fecha compuso á lo menos otra de sus obras. En 1483 escribía una carta al rey don Fernando felicitándole por la toma de Zahara, que el marqués de Cádiz quitó á los moros en dicho año. Una hija suya, llamada doña Beatriz de Portocarrero, casó en Sevilla con don Pedro Ortiz Manuel de Zúñiga (1), sobrino del conde don Pedro Manuel, y los nobiliarios de Sevilla hacen mencion de un José Valera, vecino y jurado de dicha ciudad, habitante en la colacion de Santa Cruz, hijo de Jorge de Valera, vecino de Safin en la costa de Africa, y establecido allí desde la conquista de dicha plaza por el rey don Manuel de Portugal en 1506 : el cual Jorge Valera pudo muy bien ser hijo de Mossen Diego, aunque hemos buscado en vano hechos y autoridades que lo confirmen (2). Los Valeras traían por armas un escudo en cuarteles, en el primero y último un leon en campo azul, y en los otros dos un lunel azul en oro, y por orla aspas de oro en rojo.

Hemos dicho cuanto sabíamos de este notable caballero : réstanos ahora tratar de sus obras literarias, que en calidad y número le dan un puesto muy distinguido entre los escritores de su tiempo.

Son las siguientes :

*Tratado de las armas* llamado por otro nombre *de las rieptos y desafios*. Desde muy jóven Valera mostró, segun ya vimos, grande aficion á los ejercicios caballorescos, distinguiéndose en varias ocasiones por su valor y gentileza. Estaba á la sazón admitido el duelo en todos los reinos de Europa, y sujeto á leyes especiales que le daban cierta sancion y regularidad ; pero aunque las obras de Bartolo, Baldo y otros jurisconsultos eran conocidas en España, no habia, á lo que parece, un libro que sirviese de norte y guia á los caballeros deseosos de emprender hechos de armas. Eran sobre todo desconocidas las prácticas que en materia de torneos y desafios se seguian en Francia, Borgoña y Alemania, y Valera se encargó de suplir á dicha falta, con la composicion de un tratado breve, aunque claro y metódico, en que so expusiese

(1) Argote de Molina, *Sucession de los Manueles*, fól. 36 vuelto. Otra hija debió tener casada con Basurto el alcalde de Medinasidonia, ó con un hijo de este, segun veremos mas adelante.

(2) Gerónimo de Quintana en su *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de Madrid* (1629), lib. II, cap. CXXXVI, habla de un descendiente de Mossen Diego, llamado Juan Valera, el cual fué contador de Carlos V, y en 1552 fundó en compañía de su esposa doña Catalina Vallejo, un mayorazgo en cabeza de un hijo, tambien llamado Juan, que murió sin tomar estado.



y explicase la legislación vigente, así como las prácticas y ceremonias usadas en tales lances. De las tres partes en que está dividido el tratado, la primera habla del derecho de las armas necesarias según costumbre de Francia y de España; la segunda de la forma más aprobada que en las armas voluntarias (1) se debe tener; y la tercera y última del principio y fundamento de las armas ó señales, y de las diferencias de cotas de armas y señas. Dedicó Valera su obra á don Alfonso V de Portugal, llamado el «Lidiador», cuyas conquistas sobre los moros africanos resonaban á la sazón en todo el ámbito de la Península. Murió este monarca emprendedor y guerrero en 1481, pero habiendo tomado diez años antes á Tanger y no hallándose esta ciudad mencionada entre las de su señorío (2), de presumir es que Valera lo dedicase este su tratado antes del año 1471.

*El Cirimóniel de Principes.* Va comunmente unido al anterior, y trata de las preeminencias ó prerogativas que á las varias dignidades se deben; comenzando por la del Rey, y pasando despues los duques, marqueses, condes y otros títulos de nobleza. Dedicólo á don Juan Pacheco, marqués de Villena, valido de Enrique IV, quien murió en 1474; y así es de presumir lo escribiese poco despues de su Tratado de los *Rieptos y desafios*. Uno y otro se imprimieron dos veces, juntos en un tomo en 4º. de treinta y una hojas, sin foliatura alguna, y sin expresarse el año y lugar de la impresion, circunstancia que ignorarou Nicolás Antonio y el erudito Bayer. Las dos ediciones se diferencian tan solo por el frontis ó portada, y parecen hechas á fines del siglo xv ó muy á principios del xvi.

*Providencia contra fortuna;* es un tratado dirigido tambien á

(1) Por *armas voluntarias* se entiende las que se emprendian por solo ejercicio y gentileza, como torneos, pasos de armas y demás, á diferencia de las *necesarias* que implicaban siempre el repto ó desafio hecho y recibido por cualquier injuria ó agravio. Debía el caballero que tatea armas emprendia haber primero licencia de su soberano, y si pasaba á reinos extranjeros del Rey ó señor del territorio. Debía llevar la empresa al lado derecho «y si descubierta y tocada en combate, no podía más usarla á no ser su divisa y tomada de nuevo por empresa, en cuyo caso debía trasladarla al lado izquierdo. Debía llevarla cubierta de una tela de seda llamada *impte*, y no descubrirla hasta que le fuese de nuevo tocada en combate. » Cerca de lo qual (dice Valera) «fué assaz debate comigo en la corte del señor duque Felipe de Borgoña que oy ea, porque truxe ende mi empresa cubierta; è despues de tocada la truxe descubierta fasta el fin de mis armas. El qual debate fué determinado por el dicho señor duque con consejo de los varones è caballeros de su corte en esta guisa: que yo podía traer mi empresa fasta las armas ser llegadas á fin, por la diferencia que avia fecho trayéndola ante que fuesse tocada, abierta è despues descubierta. »

(2) «Señor de Cepta e Alcaçar çuquer,» le llama el autor en su dedicatoria; á cuyos títulos hubiera á no dudarlo añadido el de «Señor de Tanger y Arrila,» como se ve en libros de aquella época, á no ser por la circunstancia de no haberse aun tomado á los moros dichas plazas.

don Johan Pacheco, marqués de Villena, en ocasion que este magnato se hallaba retraido en sus estados, de resultas de haber perdido temporalmente la privanza del Rey. En él le exhorta con citas de Séneca y San Bernardo á que se arme de constancia para resistir los embates de la contraria fortuna, poniéndole ante los ojos el ejemplo de los que despues de haber subido á los mas encumbrados puestos, cayeron de improviso en la desgracia. Imprimiõse varias veces en el siglo xv, y principalmente al fin de los *Proverbios* de don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana.

*Defension de nobles mugeres.* Este es un libro escrito á imitacion del célebre tratado de Juan Bocaccio de Certaldo, intitulado *De claris mulieribus*. Dedicólo Valera á la reina doña Maria, esposa de don Juan II que murió en 1443. Por el mismo tiempo componia para este monarca su *Espejo de la verdadera nobleza*, y mas tarde, cuando ya habia sido privado de su oficio (1) una *Exhortacion á la paz*, dirigida tambien al rey don Juan.

*Arbol de batallas*, traducido del francés de Honoré Bonet. Es esta una obra que trata de caballeria y de heráldica. Su autor Honoré de Bonnor ó Bonhor, prior de Salòn, floreció á principios del siglo xv. Su *Arbre des Batailles* se imprimió varias veces en París, 1477, 1481, 1493, y despues en Leon y en otras partes en el siglo xvi. Hay otra traduccion castellana posterior á la de Valera por Antonio de Çurita. Segun don Nicolás Antonio, el ejemplar que de esta obra alcanzó á ver en la célebre biblioteca Vallehumbrosana, estaba dedicado por Valera al condestable don Alvaro de Luna; si así es, preciso es convenir que fué una de las primeras obras de nuestro cronista, puesto que el Condestable fué ajusticiado en 1453 y algunos años antes Valera se mostraba ya su enemigo encarnizado, sobre todo desde que entró á servir á los Zúñigas. Es probable, pues, que hiciere su version cuando por los años de 1457 salió la primera vez de España.

Es de creer que por este mismo tiempo escribiese Valera su *Genealogia de los reyes de Francia* dirigida á Johan Terrin: opúsculo de pocas hojas, aunque de mucha sustancia, tomado en su mayor parte de la crónica del cardenal Martin, llamada por dicha razon la *Martiniana*, y en el que Valera trazó un breve sumario de los reyes de aquella nacion desde Faramundo hasta Felipe, llamado *el Largo*, en 1320.

*Historia de la casa de Zúñiga.* Con este titulo cita don Nicolás Antonio otra obra de Valera, en que sin duda se propuso ilustrar la ascendencia y recordar las hazañas de don Alvaro de Zú-

(1) « Hallandome (dice en el prólogo) retraido y poco meena que arreñdrado de la vida civil e activa. »

niga, conde do Plasencia, hijo del conde don Pedro, á cuyo servicio entró, segun hemos visto, por los años de 1448. Dedicóla á su hijo don Juan de Zúñiga, maestro do Alcántara, y la acabó en Sevilla en 1473. De ella se aprovechó el célebre escritor do linages don José Pellizer, para su *Justificacion de la grandeza y cobertura de primera clase en la casa y persona de don Fernando de Zúñiga, noveno conde de Miranda* (Madrid, 1668), añadiendo que se guardaba en su tiempo en el archivo do los duques de Béjar.

*Crónica de España*, llamada por otro nombre *Valeriana*, sin duda para distinguirla de otras compilaciones del mismo género. Divídese en cuatro partes, de las cuales la primera es puramente cosmográfica y contiene una descripcion del mundo conocido á la sazón. En ella consigna Valera cuantas fábulas y patrañas corrian entro los eruditos de su tiempo, principiando con una noticia del paraíso terrenal, quo dice ser « un lugar en comionzo de Oriente » describiendo naciones enteras de hombres acéfalos, con ojos en los hombros y narices en los pechos, y tratando largamento de los tros royes magos de las Indias, quienes consagrados arzobispos por el apóstol Santo Tomás, concurrieron mas tarde á la oleccion del Preste Juan, personage misterioso y casi mitológico do la edad media, dojándole despues por administrador temporal y espiritual de aquel grande imperio. El libro *De Civitate Dei* de San Agustín, los escritos de Beda, los viages de Nicolás Veneto, Marco Polo y Micer Poggio florentin, sirvieron, pues, á Valera de texto y autoridad en la descripcion semi-fabulosa que hace asi del Asia y de sus diferentes reinos, como del Africa, en cuyos limites coloca la Bactriana, Media y Fenicia !! Ni está su descripcion de Europa (pais quo debia conocer mejor, puesto que la recorrió en gran parte), exenta de aquellos rasgos do credulidad casi pueril, y amor á lo maravilloso, que distingue á los escritores de su época; pues dice que en Inglaterra, á la parte de Levante, se crien ciertos árboles cuyas hojas al caer en la mar « se convierten en pescados, » mientras que las quo caen en tierra « se cambian en unas aves del tamaño y grandeza de las gaviotas. » Añade Valera que por saber la verdad de esto hecho que muchos le habian referido, preguntó al cardenal de Inglaterra (Enrique Winton), hermano de doña Catalina, muger de don Enrique III de Castilla, y que lo contestó que en efecto era así (1).

En la segunda parte de su *Crónica*, Valera refiere la poblacion de España por Tubal, el nieto de Noé, casi en los mismos términos que lo hace la general del rey don Alonso el Sabio; pasa en seguida á hablar de Hércules, y cita á menudo el libro de sus

(1) Cap. XXVI.

*Trabajos*, que compuso el célebre don Enrique de Villena. Al tratar de los romanos, dice que Julio César fué el primero de dichas gentes que vino á España, suponiendo que su venida fué anterior á la guerra púnica (1). Concluye con la guerra de Viriato, á quien llama capitán de Zamora, segun la opinion entonces admitida de que Numancia estuvo donde hoy aquella ciudad.

No es menos disparatada y fabulosa la tercera parte de la *Crónica*, que comienza con Athanarico, á quien llama primer rey de los godos, en 543, y concluye con la invasion de los árabes y rota del Guadalete, siendo digno de observarse que al obispo don Oppas le llama *Egica* y le hace hermano del rey Witiza. En la cuarta habla largamente de Carlo-Magno y de sus doce pares, del traidor Galalon; de un Zulema, *rey de Córdoba* en 721, quien no contento con la guerra á muerte que hacia á los cristianos de Asturias, llevó sus armas al Asia, conquistó á Pérgamo en Bithynia, y puso sitio á Constantinopla; de Bernardo del Carpio á quien contra el torrente de la vulgar tradicion, hace por último obtener la libertad de don Sandias su padre, y continuar en compañía suya sus inauditas proezas; de Fernan Gonzalez, á quien la reina esposa de don Sancho « mucho desamaba, y cuyo caballo, ganado en batalla al moro Almanzor, compró el Rey por mil marcos de plata, otorgándole al efecto una escritura partida por el a. b. c.

Si toda la obra de Valera fuese del tenor que dejamos indicado, desde luego la colocaríamos entre los muchos libros de caballerías que constituian el divertimento y solaz de nuestros mayores, sin tener de historia mas que el título; pero á medida que el cronista avanza en su narracion, le vemos seguir con bastante exactitud al arzobispo don Rodrigo, á don Lucas de Tuy, al rey sabio y las crónicas de Castilla. Al llegar á sus propios tiempos, la obra se convierte, de compendio ó suma que antes era, en una interesante y verídica narracion de muchos sucesos en que él mismo tomó parte. Bajo este punto de vista el trabajo de Valera es muy importante, pues está desempeñado con esmero, y puedo servir de apéndice ó suplemento á la crónica de don Juan II. En efecto, si hemos de dar fé á lo que dice Galindez de Carvajal en el prólogo á su compilacion de las crónicas de aquel rey (2), gran parte de lo relativo al Condestable don Alvaro de Luna, su prision en Burgos y muerte en Valladolid; habria sido tomado de los apuntes de Valera, quien, segun arriba dijimos, representó un

(1) Cap. VII.

(2) « El dicho Fernan Perez añadió y enxirió en ella aquella scriptura grande que está quasi al fin : la qual dize que ordenó Mossen Diego de Valera, que copiosamente habla de las causas de la condenacion del Condestable. »

papel importante en aquel terrible drama, y sin duda alguna comunicó sus noticias á Fernán Pérez de Guzmán.

La *Crónica* se escribió por mandado de la reina doña Isabel, quien mandó expresamente á su maestra sala recopilar en un breve sumario todas las cosas de España, « así las hazañas ó virtuosas obras de sus reyes, como las contrarias á virtud, para que siguiendo las primeras, las segundas supiese mejor evitar y fuir. » Concluida la obra en 1481, la misma reina mandó á Alonso del Puerto, impresor de Sevilla, que la diese á la estampa, y este la imprimió en 1482, en folio menor, con los epígrafes é iniciales de letra rubra ó encarnada, y con tal primor y esmero, que el libro pasa, y con razón, por una de las mejores ediciones del siglo xv. Tuvo tal éxito la obra, que en el corto período de diez y ocho años y dentro del mismo siglo que vio nacer « la sutil y provechosa invención de la estampa, » se hicieron de ella nada menos que siete ediciones (1), tres de ellas en Salamanca, y que en el siguiente se imprimió también cinco veces (2).

Hay al fin de la primera edición de la *Crónica* una nota de Valera que señala el año en que la concluyó, y la edad que entonces tenía. Merece tomarse en cuenta, no solo por ser el único dato que acerca de su nacimiento nos queda, sino porque habiendo sido alterada la tal nota en ediciones posteriores, ha dado margen á bastante confusión en las relaciones de aquellos que de Valera se han ocupado. Dice así: *Fué acabada esta copilacion en la villa del Puerto de Santa Maria, vespéra de San Juan de junio del año del Señor de mil é quatrocientos é ochenta é un años, seyendo el abreviador della en hedad de sesenta y nueve años.* En otras ediciones esta última partida está escrita en números romanos (LXIX), y aun añade don Nicolás Antonio que en otras que él vio se lee LXXIX (3); pero hay que tener en cuenta que si las varias ediciones hechas en el siglo xv no conforman con la primera en este punto, es solamente debido á la ignorancia ó descuido de los impresores, quienes á medida que pasaban los años, creían deber aumentar la edad del autor; como si la fecha de 1481 que él da, hubiese de aplicarse á la impresión de su obra, siendo así que tan solo hace referencia á la conclusión de sus

(1) Burgos (Friderico de Basilea), 1487; Tolosa (de Francia) por Henrique Meyer, 1489; Zaragoza (Paulo Hurus de Constancia), 1493; Salamanca en el mismo año de 1493; *ibidem*, 1495 á 8 de mayo; *ibidem* á 20 de enero de 1499; *ibidem*, 1500, todas en folio. Denis (Part. I, pág. 278) cita otra de 1498.

(2) Hemos visto las siguientes, y es de presumir haya aun mas: Sevilla (Juan Varela de Salamanca) 1527; *ibidem* (Juan Cromberger) 1534 y 1543; *ibidem*, por el mismo impresor, 1553, edición adornada de figuras; *ibidem* (Sebastián Trugillo), 1562, todas en folio.

(3) Así sucede en la del año 1562.

trabajos como abreviador de las crónicas de España (1). Esta trabacuenta dió origen á los errores y contradicciones en que incurrieron Nicolás Antonio (2) y el padre Mendez (3) al tratar de Valera.

*Memorial de diversas hazañas.* Es sin disputa la mas importante de todas las obras de Mossen Diego. En su *crónica abreviada de España* habia narrado los sucesos de su tiempo hasta la muerte de don Juan II, en esta comienza con el año de 1434, y prosiguiendo hasta el de 1474 en que murió Enrique IV, refiero los acontecimientos mas notables de la época, entrando á veces en curiosos pormenores que al par que nos declaran los usos y costumbres de aquel siglo caballeresco y guerrero, prestan animacion é interés á la historia algun tanto monótona de tanta rebelion, y tanto disturbio como hubo en aquel infeliz reinado. Se ignora el año en que Valera dió de mano á este trabajo, pues aun cuando en algun lugar que otro alude á su propia persona, no son tales las citas que permitan fijar con exactitud el tiempo en que escribia, á lo que se añade que el ejemplar de ella que tenemos á la vista no tiene dedicatoria alguna. Valera dice en el prólogo que la escribió con el fin de que las notables hazañas, hechas así dentro de España como fuera de ella, no quedasen sepultadas en el olvido. « Determiné (dice) escribir en suma las cosas mas dignas de memoria acaecidas desde el año de 1434 en que comenzó á reinar el rey don Enrique IV hasta el tiempo presente, » y como el último suceso de que se ocupa el cronista es la muerte de dicho monarca acaecida en 1474, pudiera razonablemente inferirse que en este año la acabó de escribir; pero no es así, pues mas adelante habla de su crónica llamada ya *Valeriana*, compuesta segun queda referido en 1481, lo cual nos da margen á suponer que fué esta la última de sus obras. En ella trata el autor con mucha prolijidad la toma de Gibraltar por don Enrique de Guzman, hijo del duque de Medinasidonia (1462) y los grandes feudos y escándalos que entre aquel magnate y don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, sobrevinieron luego en Sevilla y otras ciudades de Andalucía: lo cual nos induce á creer ó que el autor residia aun en aquel punto, ó que tuvo medios por su alianza con la casa de los Zúñigas, parientes y deudos de los Guzmanes para referir con mayores datos que nadie los peligrosos trances de aquella civil contienda. Como quiera que esto sea, el *Memorial* es un documento apreciableísimo para la historia de un

(1) La edicion hecha en Salamanca en 1500, conforme en todo con la primera de Sevilla, señala la verdadera edad del autor en 1481, es decir, *sesenta y nueve años*.

(2) Bibliot. Vetus, lib. X, cap. XIII.

(3) Typographia Española, pág. 471.

reinado, que como el de don Enrique IV, no tiene mas crónica impresa que la de Diego Enriquez del Castillo, quien de tal manera desfiguró los hechos y calló la verdad, que comparada su historia con la latina de Alonso de Palencia, aun no publicada, se ve claramente que el docto capellan mas que historiador se propuso ser apologista.

Aunque partidario resuelto de la princesa, despues reina doña Isabel, hermana de Enrique IV, y sin perder ninguna ocasion de reprender los vicios, debilidad y mal gobierno de aquel monarca, Valera lo hace sin pasion, en términos moderados, y con cierto candor que encanta y persuade. No sucede así con el docto humanista, á quien nuestra España debe en gran parte la introduccion de los estudios clásicos. De carácter áspero y condicion severa, Palencia que desde muy jóven habia abrazado el partido del príncipe don Alonso, vió cortadas por una muerte temprana las esperanzas que él y otros concibieran de ver pasar á las sienes de aquel la corona de Castilla. Cuantos medios y recursos suministra un estilo nervioso y una retórica deslumbradora, otros tantos empleó aquel cronista para encarecer los vicios, y afeor aun mas el carácter personal de aquel rey descreido y pusilánime; pero en medio de sus brillantes peroraciones se descubre á veces un fondo de pasion y de encono, y sus sentenciosas y bien cortadas frases dejan por lo tanto de producir en nosotros el mismo efecto que las sencillas y ajustadas razones de Valera. Por eso la crónica que este escribió debe tener gran mérito á los ojos del erudito, puesto que guardando un término medio entre la del apologista de Enrique IV, y la del retórico Palencia, nos pone en el camino de la verdad. Para que nuestros lectores formen idea exacta del estilo de Valera, trasladaremos á este lugar lo que dice acerca de la muerte de aquel rey.

- Todo este pensamiento turbó la muerte arrebatada del Rey
- don Enrique, el qual ante de entonces tenia muchas passiones.
- E como fuesse muy mal regido, ni en ninguna cosa siguiesse
- razon, ni queria obedecer en sus enfermedades á los phisicos
- que dél curauan, é al fin un súpito flujo de sangre le vino, que
- ninguna cosa le pudo aprovechar, como en dos dias la fuerza
- perdiessse, de manera que se tornó tan desforme, que era cosa
- maravillosa de lo ver. E con todo esto quiso esforçarse contra la
- enfermedad, si viesse los fieros animales que en el Bosque del
- Pardo tenia, é con este deseo cabalgó un caballo, pensando
- poder llegar allí, é mui cerca de la villa enflaqueció de tal ma-
- nora que obo de volber. Lo qual á mui gran pena pudo fazer, e
- assi vuelto en su palacio con pocos de los á él mas allegados,
- estuvo echado en su cama fallestçido de todas sus fuerças. E como
- quiera que conociesse ser cercano á su fin, ninguna mencion

» fizo do confessar, ni recibir los cathólicos sacramentos; ni tam-  
 » poco hacer testamento ó codicilo: quo es general costumbre  
 » de todos los hombres en tal tiempo hazer. E los que onde es-  
 » taban apartabanse diciendo unos á otros, qué remedio se po-  
 » dria dar á tan gran presura. E como el phísico fuesse pregun-  
 » tado con grande instancia de Sessé, qué le parecia de aquella  
 » enfermedad, respondió que muy pocas horas quedaban al Rey  
 » de vida. E luego los unos fueron llamar al Cardenal, otros al  
 » Marqués, otros al conde de Benavento, otros á un dovoto reli-  
 » gioso llamado fray Juan de Mazuela, que habia seido prior del  
 » monesterio de Santa Maria del Passo, el qual á muy grant  
 » priesa vino, è como conociesse estar el Rey en fin de sus dias,  
 » dulce è sabiamente le suplicó recorriesse á curar de su alma,  
 » como oste fuesse el mayor remedio quo tenia, è lo que mas lo  
 » complia. Lo qual oido por el Rey, enmudeció estando en la cama  
 » mal vestido, no á la forma que los enfermos suelen estar; mas  
 » teniendo calzados borceguies. Ya mostraba el resuello apresu-  
 » rado, comenzandosele á turbar la lengua; e como algunos de  
 » los que allí estaban le preguntassen á quien dejaba por here-  
 » dera de estos reynos, á su hermana ó á su hija sospechosa,  
 » respondió que Alonso Gonzalez de Turuegano, su capellan, sabia  
 » en esto su intencion; e como aquel religioso le requiriesse quo  
 » abiertamente dijesso á qual do las dos princessas dejaba por  
 » heredera de estos reynos, ninguna cossa respondió. Entonces  
 » el devoto religioso lo dijo: Señor, gravemente errais á Dios, è  
 » mucho ofendedes á vuestros subditos en no declarar la ver-  
 » dad, que ya, señor, vos sabeis, e á todos es notorio quo cerca  
 » de los Toros de Guisando, en presencia de muchos de los  
 » grandes destos reinos, en publico declarasteis el adulterio de  
 » la reina doña Juana, e confesasteis doña Juana su hija quo  
 » antes de entónçes mandasteis Princessa llamar, no ser hija  
 » vuestra, mas engendrada de otro varon, lo qual bien se veri-  
 » fica por dos razones, allende de vuestra confesion: primera  
 » por vuestra notoria impotencia en el ayuntamiento de las mu-  
 » geres, segunda por la disolucion e conocida infamia de la reina  
 » doña Juana, vuestra muger, si tal se pudiesse dezir. E allí en  
 » aquel general ayuntamiento jurasteis, e mandasteis á todos  
 » jurar por legitima sucesora heredera destos reinos è señorios  
 » á la señora princesa doña Isabel vuestra hermana; e por esto,  
 » Señor, con Dios vos requiero, no querais callar la verdad,  
 » como entre todos vuestros pecados este será el mas detestable  
 » e mas enorme, como de todos los otros podriades ser absuelto.  
 » Por Dios todo poderoso si fielmente los confesais, habiõdo  
 » dollos verdadero arrepentimiento, deste nunca, pues por vuestro  
 » callar dejais llama encendida con que vuestros reinos se que-



men, e dareis lugar á los malos para perseverar en su acos-  
 • lumbrada tiranía. « Cosa respondió, mas comenzó á revol-  
 • verse en la cama, torciendo la boca e los ojos, moviendo los  
 • brazos á una parte y á otra, y se comenzó do temer como ya  
 • su muerte fuese cercana. E luego fué mandado poner el altar,  
 • pensando provocarlo á devocion, e ni por eso mostró señal de  
 • catholico, ni menos arrepentimiento de sus culpas e pecados, e  
 • assi á poco espacio espiró poco antes que amaneciese.

• Vivió este Rey poco mas de cinquenta años, tuvo el cetro  
 • real veinte años y cinco meses, sin cosa ejercer al oficio  
 • real conveniente. Fué verdaderamente pródigo, en ninguna  
 • cosa liberal, salvo en algunos nobles edificios que fizo. Tenia  
 • los cabellos rubios, era romo de una caída que dió seyendo  
 • niño. Fué grande cavallero de la gineta, buen bracero; dióse  
 • demasiadamente á la música, cantaba e tañia muy bien, era  
 • grande escribano de toda letra, leia maravillosamente; fué  
 • docto en la lengua latina. Oía de mala voluntad á quien quiera  
 • que á él venia, era mucho apartado, vestiaso mal; tuvo muchos  
 • privados á quien con larga mano dió muy grandes dadivas, fué  
 • siempre regido por su voluntad, fuyendo de todo sano con-  
 • sejo. »

Dado caso que el *Memorial* se escribiese, segun hemos dicho, despues de la *Crónica Valeriana*, que es del año 1481, todavia debió Valera en los últimos años de su vida ejercitar su pluma en varias obras de ingenio, como son el *Breviloquio de virtudes*, dedicado por él á don Rodrigo Pimentel, conde de Benavente, Villalba y Mayorga, de cuyo padre don Juan habia, segun con- fiesa, recibido grandes mercedes, y el *Doctrinal de principes*, dirigido al rey don Fernando. Hállanse estas dos obras con otras de Mossen Diego, en un tomo en fólío ms. de la Biblioteca Na- cional, señalado T. 88, y que segun una nota allí puesta perte- neció á don Bartolomé Basurto (1), su viznieto. En el mismo có-

(1) En 1474 era alcaide de Medinasidonia un caballero llamado Basurto, de quien las crónicas refieren la muerte trágica. Durante las guerras y grandes feudos que agitaron á Sevilla y toda el Andalucía entre el marqués de Cádiz y don Enrique de Guzman, conde de Niebla, Pedro de Vera alcaide de Arcos que seguia las banderas del marqués, noicioso por un criado de Basurto, que este enamorado de una hermana suya, salia cada noche á verse con ella y desamparaba la fortaleza, acudió con doscientas lanzas, escaló los muros y se apoderó de toda la ciudad, salvo la torre del homenaje, donde la madre de Basurto, mujer de varonil esfuerzo, se recogió con parte de la guarnicion. Al ser de dia, se presentó Basurto que venia de casa de su amiga, y vió la ciudad ocupada de los enemigos, y á su madre asomada á una de las ventanas de la torre, la cual como le hubiese muchas veces afeado y reprendido el que dejase así abandonada la fuerza cometida á su custodia, le dijo: « Mira, hijo; ni tú has dado buena cuenta de tu honra á las gentes, ni la darás al Duque de su fortaleza; ó pues que así es, que no te vea yo mas; cobra la fortaleza ó

dice se encuentra un tratado « de la nobleza y lealtad, » que Perez Bayer atribuye equivocadamente á Valera por la sola circunstancia de hallarse incluido en el dicho tomo de sus obras. Conviene, pues, rectificar un error reproducido mas tarde por varios escritores. El *Tractado de la nobleza e lealtad*, es obra del siglo XIII, compuesta por doce sabios por mandado del rey don Fernando III, el que ganó á Sevilla. Con dicho título se imprimió en Valladolid por Diego Gumiel, año de (mil) quinientos y dos, en un tomo en 4º. de veinte y tres hojas. Incluyóla el padre Burriel en sus *Memorias para la vida del Santo Rey*, obra póstuma que despues de su muerte dió á luz don Miguel de Manuel Rodriguez, bibliotecario de San Isidro (1).

Tambien se hallan en el tomo de la Nacional algunas cartas escritas por Valera en varias ocasiones y tiempos y á diferentes personas, como son la ya antes citada al rey don Fernando despues de la toma de Zahara en 1483, y otra al marqués de Cádiz despues de la gloriosa expugnacion de Alhama en 1482. Todas ellas revelan los sentimientos de lealtad, religion y caballerosidad de que tantas pruebas dió su autor durante su larga carrera, asi como un juicio recto y un patriotismo acendrado.

muere en la demanda, que sin esto poco necesaria es tu vida. » Picado hasta lo vivo de las palabras de la madre, Basurto se puso en medio de la puente levadiza, y comenzó á dar gritos diciendo : « pues que me quitasteis la fortaleza, matadme; que yo no tengo de ir donde gentes me vean; » y conociéndole Pedro de Vera, le mandó tirar desde una torre, y le mataron. Poniendo luego su cuerpo en un pavés lo llevaron donde la madre lo viese, la cual desmayó y los que con ella estaban entregaron la torre del homenaje.

Otro Basurto, llamado Fernando, que quizá fué hijo de este alcaide, floreció en tiempo de los reyes católicos y se halló en la guerra de Granada; escribiendo un libro de caballerías muy nombrado con el título de *Don Florindo, el de la extraña aventura*.

A esto podremos añadir que el apellido *Basurto* se encuentra en el siglo XVII entre familias judaizantes. Un hijo del célebre Antonio Henriquez Gomez se llamaba *Diego Henriquez Basurto*, y publicó bajo dicho nombre un poema dividido en visiones, y titulado *El Triunpho de la virtud y paciencia de Job* que se imprimió en Roan, por L. Maurry, 1649, en folio menor. Tambien hubo un don Fernando *Basurto*, escritor de comedias hacia mediados del siglo.

(1) Madrid, 1800, fol. en la imprenta de Ibarra. El tratado ocupa desde la página 183 hasta la 206. Burriel cita una edicion de él hecha en Valladolid en 1502, pero como no nos dice el tamaño, ni da señas individuales de ella, ni declara quien la imprimió, sospechamos es la misma del año 1502, y que hay equivocacion en la fecha.

DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

## EL CARDENAL DON JUDAS JOSÉ ROMO.

Su vida y sus escritos.

La Iglesia católica acaba de perder uno de sus mas insignes prelados con la muerte del Emmo. señor don Judas José Romo, acaecida el 11 de enero de 1853, á los cuatro dias de cumplir setenta y seis años. Mientras vivia este varon preclaro, quise escribir su biografía, y nunca me lo permitió su modestia; ahora que por desgracia ha bajado al sepulcro, me apresuro á tributar este homenaje humilde á su digna memoria, si no con los datos que me tenia prometidos, quizá por acallar mis reiteradísimas instancias, con los que me ha proporcionado su correspondencia epistolar durante tres años, su afectuoso trato en una visita que le hice ahora pocos meses, y la lectura de sus libros. No la pasión, sino el amor á la verdad, guiará la pluma de quien tiene por ocupacion preferente estudiar y escribir historia.

Nacido el Emmo. don Judas José Romo de padres ilustres en el pueblo de Cañizar el 7 de enero de 1779, estudió leyes y cánones en la universidad de Alcalá de Henares, graduóse de licenciado en la de Huesca, y luego fué canónigo de Sigüenza desde 1804, obispo de Canarias desde 1833, arzobispo de Sevilla desde 1847, cardenal de la Santa Iglesia romana desde 1850; y siempre ejemplarísimo en las costumbres, celoso pastor de sus ovejas, docto en letras divinas y humanas, padre de los pobres, afable en el trato, digno de cariño y respeto y de que su fama nunca espire.

No mas de siete años tenia y era ya notoria la vivacidad del ingenio, que ni aun la senectud pudo extinguir en aquella mente privilegiada. Su padre, el brigadier don Francisco Romo y Gamboa, le habia enseñado primeras letras, impacientándose no poco de que trocara los acentos en ciertas palabras, y despues le envió á aprender gramática latina fuera de su casa. Todo el anhelo puso el escolar en ganarse la estimacion de su padre para cuando volviera á su presencia, y sucedió lo que mucho despues dijo con estas interesantes palabras: « Yo sabia que por estudiar gramática no me habia de libertar de leer luego que me viera, y esta consideracion me hizo aplicarme á la lectura. A los pocos

- » meses de gramática fui de vacaciones á mi casa, y mi padre,
- » que anhelaba hasta el esceso mi aprovechamiento, ¿Qué has
- » aprendido? me preguntó. — He aprendido (respondí) que
- » muchas veces me reñia vd. sin motivo cuando leia los acentos.
- » Es claro que mi padre me preguntaria la razon; yo la di de esta
- » manera : — ¿Por qué se enfadaba vd. (dije á mi padre) si el
- » ia final de *paciencia* le pronunciaba como el de *filosofia*? ¿En
- » qué habia yo de conocer la diferencia? En que la i última de
- » *filosofia* lleva acento, y la de *paciencia* no, respondió mi padre.
- » — Eso queria yo (répliqué entonces); ¿y cuando son preté-
- » ritos, como *leia*, ¿en qué lo habia de distinguir? Mi padre
- » principió con esta reflexion mia á meditar, y despues de algu-
- » nos momentos — Tienes razon (me contestó), pero estudia, y
- » con el tiempo propondrás esa dificultad á la Academia. He cum-
- » plido el encargo de mi padre. »

Hizolo así en las *Observaciones sobre la dificultad de la ortografía castellana, y método de simplificarla*, que imprimió en 1814. Elogiando cumplidamente los desvelos de la Academia española para fijar la ortografía, se propuso en este opúsculo el señor Romo facilitar mucho su enseñanza por medio de la eliminacion absoluta de las ideas gramaticales y eruditas, que infundadamente se presuponen ya adquiridas por el que la aprende. Como consecuencia natural de sus meditaciones sobre ortografía, compuso é imprimió el mismo año el *Arte de leer el castellano y latin*, preciosa obrita donde, once años antes que don José Mariano Vallejo, dió la preferencia al silabeo sobre el deletreo desde que se empieza la lectura, y donde hizo un perfecto análisis de las letras, y redujo el de las sílabas á seis solas reglas, que abrazan la lectura universal del castellano. Ciertamente el señor Vallejo no conocia el método del señor Romo cuando publicó el suyo, y lo comprueba su inferioridad notoria; sin embargo como fué director de estudios, hallóse en proporcion de difundirlo; hasta 1852 no se ha declarado el del señor Romo obra de texto, y sigue siéndolo con imponderables ventajas, que esperimentó primero que nadie don José Caballero, maestro de la acreditada Escuela Pia de San Luis en Sevilla.

- » Aquellas amorosísimas palabras de Jesucristo, *Dejad que se me acerquem los pequeñuelos*, estaban indeleblemente grabadas en el corazon del señor Romo. Lo acreditó mas todavía en una exposicion elevada á Fernando VII el año de 1816, clamando para que se propagara á todo el reino la instruccion primaria; exposicion bastante por sí sola á conquistarle el título de sabio y la veneracion de los buenos patricios. A su ver las leyes puramente preceptivas eran infructuosas para el establecimiento de escuelas, cuya importancia esplicó de esta suerte. « La fundacion de un

- » monasterio ha sido el timbre de muchos reyes citados en la
- » historia; la de un colegio, la de una universidad lo ha sido de
- » otros; pero son de poco momento tales glorias en competencia
- » de las que prometen los institutos de primeras letras: son
- » como los muros que circunvalan á algunos de los antiguos lugares de Castilla, comparándolos con el famoso antemural que
- » separa á la China de la Gran Tartaria. No es exagerar, señor;
- » la esfera de los conventos, colegios y universidades, está cruzada de radios, cuyo esplendor, por mas que sea luminoso,
- » brilla en un ámbito muy reducido, en vez de que la esfera de
- » las primeras letras toca á todos los puntos de su circunferencia
- » y solidez con el corazon y los limites de la monarquia. »

Apoyado en baso tan consistente, empezó por inclinar el ánimo del monarca á esclarecer los fastos de este siglo, no multiplicando góticos y añejos institutos que plagaran las ciudades populosas de charlatanes y sofistas, sino creando magisterios de primeras letras que imbuyeran en los ciudadanos los dogmas santos de la fé, y apresuraran la civilizacion en las ciudades, aldeas y cabañas. Tuvo á dicha que sobre esto punto no se hallara atronado el legislador de aquella displicente germania con que el Peripato estorbaba la propagacion de las luces, defendiendo, poco menos que la fé, sus confusos y áridos estudios, pues la ensenanza era sin duda el voto mas unánime de los españoles; bien que lo embarazaba una liga de contradicciones poderosas, por no haberse nunca organizado un sistema general de educacion que protegiera tan justos y útiles deseos y atajara la guerra que el interés individual sostiene siempre contra el público, segun lo habian procurado los fundadores de otros institutos.

Considerando que la historia antigua y moderna atestiguan en todos los paises que los hombres son religiosos antes que ilustrados, y que las naciones producen varones eminentes en las ciencias antes que el arte de leer y oscribir se generalice, dedujo la necesidad de que los gobiernos se declararan protectores especiales de la instruccion primaria. Y la consecuencia era sumamente lógica despues de haber patentizado que, erigidas con antelacion las corporaciones poderosas y posesionadas de los mas ricos fondos del Estado, nacen los magisterios de primeras letras, á semejanza de los hijos segundos de las casas vinculadas, cuando mas felices otros que los precedieron gozaban exclusivamente del poder y de la abundancia. « Solo un gran rey, padre imparcial de todos sus pueblos (decia el señor Romo), podrá llamar » la atencion de los politicos á favor del vulgo iliterato. Los » alumnos que desdo las aulas pasaron á figurar papel en la » Iglesia, en la judicatura ó la milicia, arrastraron tras de sí, » digase lo que se quiera, tanta dosis de espiritu de partido, que

- » si su ascendiente llega á prevalecer en el sistema de gobierno,
- » solo se hará memorable protegiendo las corporaciones poderosas de que se constituya negociante. »

Es notabilísimo lo que añadió al asegurar que, si no se fundaban escuelas, perdería el reinado de Fernando VII su mayor gloria, porque la de un monarca no consiste en los pomposos encomios preparados por los sofistas de todas las naciones á cuantos reyes van sucediéndose en el trono; y la pueril filosofía de levantar hasta las nubes algunos rasgos dignos de loa, omitiendo los muchos que exigen censura, no encontraba ya admiradores. La causa estribaba en no ignorar nadio que de la excelsa magestad del trono habian de emanar forzosamente algunas providencias sabias, muchos monumentos admirables y repetidos sucesos de insigne memoria, y en saber igualmente que de un rio caudaloso, que deja sin fertilizar cien leguas de terrenos áridos, no se dice que esté bien aprovechado, aun cuando riegue dos ó tres veces mas afortunadas. Seguidamente habló de este modo. « La opinion, señor, este tribunal antiquísimo que avasalla á los potentes y á los reyes; este tribunal inapelable, cuyo imperio abarca en su estension el uno y el otro continente, y cuya duracion tiene el mismo límite que el de las estrellas; la opinion, señor, es mas justa y severa en esta parte. Atenta en los reinados que examina al carácter que despliegan los monarcas, no refiere como alabanzas privativas suyas las que pertenecen á la dignidad omnimoda del trono, y solo cuando observa esclarecidas las virtudes de los reyes á proporcion de su poder, es cuando los propone por inclitos modelos. ¿Por qué, si no, después de habérseles prodigado con tanta profusion el título de grandes, son tan pocos los que en la posteridad han conservado tal renombre? » Luego pasó á probar que Fernando VII lo conquistaria imperecedero divulgando la instruccion primaria hasta en las chozas, y ahuyentando la ociosidad y la ignorancia, de las cuales provenia que el vulgo prestara á la fuerza material el homenaje que los ciudadanos cultos rendian al honor y á las leyes.

Nada mas elocuente que lo que en estilo fácil y galano expuso el señor Romo sobre la hostilidad exterminadora de la barbarie contra la agricultura; es menester copiarlo á la letra. « Hay un monstruo, señor, que devora mas que la langosta, y este es el perjuicio incalculable que no es dado llorar bastantemente; monstruo horroroso que tiene ocho millones de cabezas, atalayas insomnes contra el laborioso y pacífico colono; monstruo atroz que no se sacia de hacer daño, y fecundo al mismo tiempo, porque se perpetúa contra todas las reglas de la honestidad. Dirélo de una vez, señor; hablo del hombre falto

• de primeras letras, del hombre indisciplinado, monstruo ver-  
 • daderamente de la especie racional, y que, siempre en guerra  
 • abierta con las producciones de los campos, arruina la agricul-  
 • tura, y yo le delato por lo mismo á V. M. Enemigo irreconci-  
 • liable de las propiedades, es un bandido que las sisa en las  
 • afueras de los pueblos, las hostiliza en las llanuras alejadas, las  
 • arrasa en los valles retirados, las desarraiga en los recodos  
 • escondidos. Glorioso de su *fuerza material*, es un tirano que  
 • se agavilla con sus bárbaros satélites, y en nocturnas espedi-  
 • ciones ó á la luz del día, arrastra por todas partes la desola-  
 • cion. Ensoberbecido con el terror que infunde su osadia, es un  
 • demonio que se vale de su ingenio aborrecible para flanquear  
 • los estorbos físicos que detienen sus esfuerzos, para limar los  
 • cerrojos que resisten á su rapacidad, desgoznar las puertas,  
 • asaltar las cercas, espantar á los que transitan casualmente  
 • por sus acechos, para asesinar al guarda malhadado que  
 • ocurre á sus alarmas. Con semejante raza de enemigos, ¿ cómo  
 • es posible que llegue á florecer la agricultura? ¿ De qué servi-  
 • ria promover su estudio delicioso en la capital y en las pro-  
 • vincias? ¿ De qué aprovecharia que naciese un Columela en  
 • cada pueblo? ¿ Que los ilustrase un Cavanilles? Mientras que  
 • roíne, señor, propension tan perniciosa entre los españoles  
 • (que reinará hasta que sepan leer), no se trate de preparar con  
 • maestría los abonos á las tierras; no se trate de alternar con  
 • inteligencia las semillas, ni de analizar las capas que clasifican  
 • los terrenos, antes de arriesgar una plantacion; no se trate de  
 • mejorar las castas de los frutales con ingertos escogidos, ni de  
 • que, acechando el curso nutricao de la sávia por los órganos  
 • vitales de la vegetacion, sepan los labradores discernir cuáles  
 • son las ramas infructíferas, cuya pomposa ostentacion deben  
 • abatir con la segur para vigorizar la fecunda lozanía de los  
 • renuevos y los tallos. Con los hombres iliteratos no se piense,  
 • señor, en tales adelantamientos. Piénsese solo en que no mur-  
 • cion aquellos las caballerías que huelgan en las rastrojeras y  
 • los prados, ó no las estaquen estos en los tallares y plantíos;  
 • piénsese solo en que no trasminen unos los ganados de nacidas  
 • en nacidas, ó quo no vayan otros á hacer daño á los olivares,  
 • los descortecen y arranquen los ceporros; tráteso, en fin, de  
 • que aquellos y estos, los unos y los otros, no asalten las huertas,  
 • espanten las palomas, despueblen los colmenares, y de que no  
 • talen los campos. »

Para remediar tantos estragos de la agricultura parecieron al  
 señor Romo insuficientes el cerramiento de las heredades y la  
 agravacion de las penas contra los dañadores, sosteniendo quo la  
 cultura de los individuos debia proceder á la de los campos.

Además encomió los provechos que de la instruccion primaria reportarian la industria, la poblacion y las rentas de la corona. Su plan consistia en crear un tribunal ejecutivo compuesto de un presidente, el ministro de la Gobernacion del Reino, y siete directores, representante cada uno de ellos de un arzobispado, con la circunstancia de ser presbiteros y doctores en cánones ó leyes, para promover los establecimientos de primeras letras en toda la monarquía, de modo, que nadie dejara de aprenderlas; arreglar la dotacion de los magisterios y asignar á este fin las obras pias suficientes; uniformar la enseñanza de lectura, escritura, ortografía y doctrina cristiana, señalando los mejores autores: publicar anualmente una memoria comprensiva de los adelantos obtenidos. Una inspeccion de primeras letras debía auxiliar sus trabajos y de ponerla en comunicacion no interrumpida con los maestrescuelas de las catedrales, y por escala con los vicarios de los partidos y los curas de las parroquias. Todo esto se apoyaba en la base de que los poseedores de capellanías, aislados entre el clero parroquial y los seglares y sin ejercer ocupacion politica propia de su sacerdocio, se dedicaran, segun repitidissimas prescripciones canónicas, á la enseñanza, disponiéndose que, si resistian ordenarse con este cargo obligatorio, disfrutaran las capellanías los maestros seglares. Por este método se extendia á todas partes la instruccion primaria sin gravámen de la real hacienda. Para que tampoco se lo causaran las dotaciones del tribunal ejecutivo y de la inspeccion ya citada, propuso la supresion de las « prebendas llamadas *ventosas* por los canonistas, » aborrecidas de sacerdotes y de legos, las cuales no llevaban » consigo residencia ó la pedian algun otro dia solamente, sin » dejar de ser por eso las mas ricas y honoríficas de los cabildos, » y la aplicacion de sus pingües rentas á los tribunales de enseñanza.

Mucha parte de lo sustancial de este proyecto, se halla en las providencias adoptadas muy posteriormente para multiplicar las escuelas de primeras letras; pero las ideas ilustradas del señor Romo, no podian hallar eco en los dias en que las elevó al rey de España, dias en que, lejos de pensarse en innovaciones, se pugnaba terquísicamente por el restablecimiento de lo antiguo, y porque la nacion retrocediera años y años hasta los dol fanático letargo en que la sumió la Inquisicion desapiadada.

Tan provechosamente, y enseñando matemáticas á los alumnos de la universidad de San Antonio Portaceli, empleaba sus ocios el jóven canónigo de Sigüenza. Lo era desde los veinte y tres años sin haber sentido grande inclinacion á la carrera de la Iglesia, sino á la de la diplomacia, bien que le hizo desistir de seguirla el haber quedado de resultados del sarampion algo torpe



de oído, y despues bastante sordo. De su padre nació el pensamiento de que entrara en la senda, donde tanto ha resplandecido. Postergado en la carrera de la milicia, en que á sus tiempos naturales le nacieron el bgo y las canas, trató de que valieran sus méritos á su hijo don Judas, y sabiendo cierto dia, que vino desde Cañizar á la corte, la vacante de una canonigia de Sigüenza, pidióla para aquel aunque sin esperanza de obtenerla. Así lo hizo tan sin empeño, que escribió el memorial en una librería de las fronteras á San Felipe, y enviándolo con sobre al ministro de Gracia y Justicia sin recomendacion alguna, se volvió á su lugar por la tarde: y quizá ni esperaba respuesta, cuando á poco la recibió tal como lo habia deseado. Su hijo no manifestó la mas ligera repugnancia, porque habia cursado los estudios y sacado su piedad ilesa en tiempos en que la de muchos vacilaba y aun se extinguia con la lectura de los escritores franceses del siglo XVIII, que á hurtadillas y embelesados se adquirian y devoraban los cursantes de las universidades españolas. No es esto decir que fueran desconocidas aquellas obras al señor Romo; antes bien leyó las que entonces gozaban mas fama; pero con la correspondiente cautela para discernir lo que corrompia los corazones y lo que ilustraba los entendimientos.

Además de que su piedad y limpieza de costumbres le excitaban á no desairar á su padre, le propuso este que se ordenara en coyuntura que le martirizaba un desengaño de los que turban las ilusiones juveniles. Desde la mocedad habia inflamado el número poético su mente, y á los diez y ocho años compuso una tragedia titulada: *Livia ó la conjuracion contra Viriato*. Un hermano suyo (don Francisco, que ha desempeñado en la administracion pública altos destinos, y cuyo extraordinario talento recordaba siempre con veneracion entusiasta don Judas) se la enseñó al famoso Melendez Valdés y á otros literatos, quienes juzgaron que, con todos sus defectos, no perjudicaria á la reputacion de un jóven poeta: con lo cual se animó á solicitar licencia para imprimirla. Y encontró poco propicios á los censores, como que le negaron la instancia, no por motivos politicos ó morales, sino puramente literarios. « No me pude conformar con volver á tomar la pluma, pareciéndome que era gastar el tiempo en vano, y que jamás conseguiria ver impresas mis producciones... Esta es la verdadera causa de haber mudado de carrera, » me dijo el señor Romo en una de sus apreciables cartas; y líneas mas abajo, tras de entusiasmarse haciendo memoria de su antigua aficion á las Musas: — « Déjemoslo; el Señor me enseñó con este desengaño, que la verdadera gloria solo se encuentra en su seno; y que todo lo demás pasa como una sombra. »

Mas no era posible que se desprendiera instantáneamente do

sus poéticas ilusiones. Cuando las cortes de Cádiz decretaron la libertad de imprenta, apresuróse á dar á luz *La conjuracion contra Viriato*, y á impulsos de una vivacidad que él mismo ha calificado de *exagerada*, vertió en el prólogo contra los señores Cienfuegos y Quintana cierta dosis de venganza muy *agena de la generosidad de mi carácter y de la justicia*, segun sus propias expresiones. « Así como el Señor se ha valido de su coronada pluma » (mo dijo con su bondad característica) para hacer resonar mi nombre en la Academia Española, baluarte de la elocuencia castellana y asilo del buen gusto, del mismo modo le designa para que sea el órgano de una justa satisfaccion que debo al señor Quintana y al difunto Cienfuegos, españoles gloriosos, que siempre siguieron la bandera del patriotismo y la ilustracion. » Queda cumplido el honroso encargo.

Cuando se imprimió esta produccion del señor Romo, hubo quienes se admiraran con fundamento de que hubiera escrito tal prólogo un autor capaz de componer tal tragedia; y en efecto, su plan está bastante bien ideado, hay caracteres delineados con tino, trozos de versificación excelente, preludios todos que prometian laureles en la carrera dramática al señor Romo. Verdad es que la superioridad de su mente, la viveza de su ingenio, su naturalísima inventiva y su aplicacion al estudio lo hubieran hecho sobresalir en cualquier camino que hubiera tomado.

Deplorando la postracion intelectual que afligia á España con el régimen inaugurado á la vuelta de Fernando VII de su cautiverio, alborozóse el canónigo de Sigüenza ante el renacimiento de las luces el año de 1820. Solo entonces se determinó á imprimir la representacion elevada al monarca sobre la fundacion de escuelas de primeras letras en todo el reino. Las ideas allí emitidas y las que profesaba contrarias al absolutismo, que generalmente aplaudian los de su clase, originaron que el año 1823 fuera recluido en el convento de franciscanos de la Salceda. Ni habia dado causa para el castigo, ni su decoro le permitió suplicar que se lo relevára de padecerlo: con ara y vestiduras para celebrar misa, y libros con que apacentar el entendimiento y robustecer el buen juicio, hubiera gozado años y años las delicias de aquella soledad de donde el gran cardenal Mendoza sacó á fray Francisco Jimenez de Cisneros para ser honra y prez de España y admiracion de todo el orbe. Ocupóse allí predilectamente en estudiar los Santos Padres con tan buen fruto, que, luego que le dejaron libre, adquirió grande fama de orador cristiano desde el púlpito de Sigüenza.

Cuatro son los sermones que imprimió á la sazón el señor Romo sobre la *Resurreccion de Jesucristo*, la *venida del Espiritu Santo*, la *festividad de San Pedro y San Pablo* y la *de Todos los*

*Santos*, y contienen un admirable cuerpo de doctrina. Conocedor experimentado de la enfermedad harto comun en los espíritus de su tiempo, mas que á la fé habló á la razon y mas que afirmaciones absolutas hacinó pruebas luminosas, sustentando la evidencia del milagro de la resurreccion de Jesucristo, la adorable sabiduría que resplandece en su manifestacion, la dicha del reino de los cielos en cuya fé nos asegura este prodigio; reflexionando que aun parece que resuena cerca de nosotros el estruendo de Pentecostés, por cuanto el establecimiento de la religion nos lo patentiza donde quiera que volvamos los ojos, y probando la venida del Espiritu Santo con la predicacion de los Apóstoles, que necesitaron para que fuera fructuosa muchos dones infusos, y singularmente el de lenguas, el de sabiduría y el de milagros; haciendo ver que solo la iglesia fundada sobre San Pedro se anuncia con el distintivo de infalibilidad y eterna duracion, digno del acatamiento y fé exclusiva del entendimiento humano; demostrando en fin que la esperanza de la gloria y el santo temor de Dios son los fundamentos sólidos que tiene la moral para poder inspirarnos amor á la virtud y preservarnos del furor de las pasiones, así como que la posesion beatifica de Dios es el sumo y tambien único bien capaz de satisfacer los deseos infinitos de nuestras almas inmortales. Muy posteriormente han tratado de estos asuntos, entre otros varones preclaros, el cardenal Wisman en sus *Conferencias* y el abate Barthe en *La verdad católica ante el tribunal de la razon*, y no se aventajaron ni en la solidez y claridad del discurso, ni en la multiplicidad y seleccion de los testimonios, ni en la energía y brillantez de la elocuencia al insigne canónigo, que en una de las mas arrinconadas catedrales de España enfervorizaba á los fieles, dando realce á sus palabras la noble gravedad de su continente, la afable animacion de su fisonomía, la magestad naturalísima de sus ademanes y la mágica sonoridad de su acento, que ciertamente le hacian norma de oradores cristianos.

Cerca de seis lustros llevaba de servir placentero su canongía, como que le dejaba holgura para satisfacer su pasion constante por el estudio, cuando á ruegos de una persona de su familia determinóse á pretender el deanato de Valencia. No alcanzó lo que solicitaba, ni se dió por quejoso, aun sin sospechar remotamente que la Providencia le estaba empujando á mayor altura. Era entonces ministro de Gracia y Justicia don Juan Gualberto Gonzalez, que, á semejanza de todos los que son dignos de que se les encomie por la ilustracion de sus miras y la equidad de sus acciones, buscaba el mérito donde quiera que se encontrara y aun cuando se escondiera bajo el púdico manto de la modestia. Ninguna relacion tenia con el canónigo don Judas José Romo; pero si

muchas auténticas noticias de su virtud y literatura, y complacióse en galardonarlas proponiéndole para la mitra de Canarias; y muy satisfecho de que le presentara la Corona y le expidiera las bulas la Santa Sede, pudo decir con aguda ufania en el seno de la confianza : *Acabo de hacer obispo á un Judas.*

Inmediatamente despues de consagrarse el 1.º de mayo de 1834 en el templo de San Felipe de Nori, siendo su padrino el espléndido comisario general de cruzada don Manuel Fernandez Varola, partió el nuevo prelado para su silla, donde sobre las tareas del apostolado se le preparaban las tribulaciones del martirio. Don Judas José Romo fué uno de los no muchos prelados españoles que se declararon sinceramente por la reina doña Isabel II, sin que por esto pudiera permanecer silencioso ante las providencias revolucionarias contrarias á la Iglesia católica, apostólica, romana, de la cual son miembros todos los españoles. Sobre el derecho de peticion y el de imprimir libremente sus ideas, comun el uno y el otro por el nuevo régimen á cuantos gozaban el de ciudadanía, le autorizaba su calidad de obispo, segun el texto de una ley recopilada, para manifestar *con celo, cristiana libertad, suma pureza y sin respeto humano* lo que le pareciere mas justo y conveniente en dictámen de su conciencia.

Usando, pues, de la doble prerogativa de ciudadano y de obispo, anuncióse como adalid de los derechos de la Iglesia y venerador de los del Estado en una representacion elevada el 1.º de mayo de 1836 á la reina Gobernadora contra los decretos que suprimian las órdenes religiosas, sacaban á venta sus bienes y declaraban el propósito de llevar adelante la reforma eclesiástica sin intervencion de la Santa Sede. Pocas líneas que se transcriban de este importante documento darán idea muy cabal del espíritu de muchos escritos del preclaro obispo de Canarias, de sus ideas políticas y religiosas y de su conducta laudable, por mas quo no lo eximiera de persecuciones.

Apenas expone la imperiosa necesidad que lo obliga á elevar al trono su voz á fin de que, sin faltar al acatamiento quo le es debido, tribute á la libertad é independencia de la Iglesia, el homenaje que siempre le han rendido los obispos españoles, se expresa en esta forma : « Sin embargo, antes de todo me pareco oportuno manifestar á V. M. que en cuantas ocasiones se han ofrecido hasta el presente he acreditado con pruebas auténticas y positivas mi constante adhesion al legítimo trono de Isabel II y libertades de la madre patria. No hago alarde inútilmente de mi exacto cumplimiento en la conducta política, pues antes por el contrario me valgo de este testimonio con el objeto de que no me equivoque V. M. con los rebeldes execrables que están in-

» fluyendo en la desolacion del reino, y se imponga tambien de  
 » esta exposicion con la calma y sabiduria propia de su real  
 » persona. Y como, aunque sincerado respecto á mis nobles  
 » sentimientos de adhesion, pudieran tildarme de preocupado en  
 » mis estudios los consejeros de V. M., adelantaré los principios  
 » que profeso para quedar absuelto de este cargo. El primero  
 » sienta que la potestad divina de la Iglesia es puramente espi-  
 » ritual con extension á su disciplina : el segundo, que la potes-  
 » tad de los gobiernos es exclusivamente temporal. Toda la base  
 » de la religion y estado civil gira sobre ambos fundamentos.....  
 » En este supuesto, todos los obispos juntos, presidiidos por el  
 » Sumo Pontífice, no gozan la mas minima autoridad para inter-  
 » ponerse en actos del gobierno, ni dictar ni interpretar las  
 » leyes..... pero recíprocamente los obispos disfrutan de una au-  
 » toridad tan exclusivamente propia que todos los reyes de la  
 » tierra juntos, ó para explicarme de un modo mas explicito,  
 » todas las córtés, parlamentos, dietas ó asambleas reunidas,  
 » son incapaces, no digamos de mudar ó reformar la Iglesia, sino  
 » ni de quitar ó aumentar un Kirie en su liturgia..... Si los reyes  
 » de la tierra pueden encontrarse en la situacion critica de ceder  
 » al torrente de las revoluciones, la Iglesia, apoyada en su Divino  
 » fundador, está exenta de tal peligro, y así nunca transige con  
 » el mundo. Demándeme V. M. todos mis bienes y derechos,  
 » exija su real servicio hasta la última gota de mi sangre, todo  
 » está pronto; pero un obispo español, sufragáneo de la silla que  
 » ocuparon los Leandros y los Isidoros, so dejará tostar antes  
 » como San Lorenzo que ceder un quilate de la autoridad divina  
 » con que se halla revestido por la mision de Jesucristo. » Luego  
 de examinar conforme á estas sanas doctrinas los citados de-  
 cretos, la necesidad de la reforma eclesiástica, la ineptitud de los  
 gobiernos para plantearla sin autoridad del papa, y la inexactitud  
 de que el clero católico se opusiera á su realizacion por las vias  
 canónicas, fijó terminantemente la línea de conducta á que se  
 ajustaba, concluyendo de esta manera : « Cumpliré y acataré  
 » vuestros reales decretos como humilde súbdito; pero como  
 » obispo ni los apruebo, ni los consiento; y si conforme me con-  
 » templo el mas infimo de los prelados tuviera el mérito de Gre-  
 » gorio Magno, suplicaria á V. M. que los suspendiese para  
 » gloria de V. M., de la nacion y de la Iglesia, sin perjuicio de  
 » ofrecer toda la sangre de mis venas en defensa del trono de  
 » Isabel II, de V. M. y las libertades de mi amada patria. »

Suma instruccion en los derechos civil y canónico, fuerza de  
 doctrina y comedimiento de lenguaje, son las dotes principales  
 que caracterizan esta representacion enérgica al par que respec-  
 tuosa; iguales cualidades campean en el folleto que comenzó á

imprimir en 1841 sobre la *Incompetencia de las Cortes para el arreglo del clero, y necesidad de un nuevo concordato*; en las exposiciones dirigidas al regente del reino duque de la Victoria en 16 de julio y 20 de agosto del mismo año sobre que el *regium exequatur* no es estensivo á los breves conformes á los cánones y á la disciplina recibida de la Iglesia, y sobre ser obligatoria á los prelados la decision del papa relativa á la imposibilidad de ser nombrados los obispos electos gobernadores de las diócesis por los cabildos. Años despues con profundidad y circunspeccion no menores compuso una obra, la *Independencia constante de la Iglesia hispana*, y dejó comenzada otra, el *Ensayo sobre la influencia del luteranismo y galicanismo en la política de la corte de España*.

Al comenzarse la publicacion del folleto sobre la *Incompetencia de las Cortes para el arreglo del clero*, estuvo á pique de ser conducido violentamente ante un jurado ilegal y hasta tumultuario de la isla de Tenerife. Súpolo el dia de San Pedro de 1841, y lejos de alarmarse con la noticia, fió piadosamente en que la intercesion de los santos apóstoles le salvaria de aquel peligro inminente y nuevo, y humanamente hablando, sin salida; pues hasta las autoridades de las Palmas, conocedoras de su justicia, y sus amigos y allegados, le aconsejaban la comparecencia para evitar mayores males, y aun le estrechaban con el ejemplo de Jesucristo. — « A cuyo recuerdo respondí (palabras textuales » del prelado), que le tenia bien presente, y además que los defensores de la fé serian llevados ante los reyes y presidentes ó gobernadores, pero que esto era muy diferente á comparecer » delante de una junta de motin, sin letras ni autoridad permanente, y de inferior categoría. Los apóstoles, añadí, fueron » muchas veces insultados por el pueblo, pero siempre juzgados » por los reyes, los prefectos y gobernadores; y así me entregarán á la fuerza cargado de cadenas, pero mis labios no se des- » plegarán delante del jurado. » Una real orden, declarando la nulidad de este el 12 de junio, le sacó del conflicto, cuyos mas peligrosos incidentes no hubieran alcanzado de cierto á domar su noble entereza.

La necesitó meses mas tarde por mandársele comparecer ante el Tribunal supremo de Justicia, de resultas de la publicacion del folleto, aunque despues no se tomara en cuenta, y de las citadas esposiciones al regente duque de la Victoria. Como piezas del proceso figuraron tambien una manifestacion al cardenal arzobispo de Sevilla, señor Cienfuegos y Jovellanos, y un oficio al párroco y mayordomo de fábrica de Teror, documentos ambos escritos por el obispo de Canarias. En el primero, á consecuencia de haber leído en la Gaceta que los fiscales del Tribunal supremo

de Justicia daban por sentada la conformidad de la Iglesia hispana en que los electos para las sillas vacantes sean nombrados vicarios capitulares y gobernadores por los cabildos catedrales, remitía á su prelado una *fórmula* adecuada á la disciplina de la Iglesia, para desengañar públicamente á cuantos hubieran incurrido en equivocacion semejante. En el segundo, habiéndole pedido instrucciones el párroco de Teror acerca de lo que debía hacer relativamente á la entrega de los bienes del cerco para su venta, le respondía lo siguiente : « Sobre la consulta delicada, » que vd. me hace insertándome el escrito que le ha pasado el » señor alcalde constitucional, relativo á la real instruccion sobre la toma de posesion de las escrituras y bienes del clero, » lo único que puedo decir es, que he representado al gobierno, » oponiéndome á la medida general, y denegando mi consentimiento, para no ser responsable á Dios ni á los hombres de su » ejecucion ; y así lo tendrá vd. entendido y se lo hará saber á la » autoridad que le ha oficiado, sin dispensarse de ningun modo de » esta manifestacion en descargo de nuestra mútua conciencia ; » y si no obstante la declaracion insistiese en llevar adelante la » entrega, la verificará vd. sin oponer obstáculo, quedándose con » las contestaciones para lo que hubiere lugar en derecho. »

Cuando se notificó al obispo de Canarias la real provision que le mandaba comparecer ante el Tribunal supremo de Justicia, solo se detuvo lo indispensable para nombrar gobernador de la mitra, y adquirir dinero con que emprender el viage. La formacion de su proceso fué en mayo de 1842; don Antonio Fernandez del Castillo, quien le tomó la declaracion indagatoria y la confesion con cargos, como juez instructor de su causa. Ante todo, el prelado puso en manos del juez una protesta manifestándose dispuesto á contestar á la demanda por palabras ó acciones sometidas á la jurisdiccion civil, aunque fueran de las comprendidas en las inmunidades de su categoria ; pero pronto á sufrir todo género de penalidades, privaciones, cárceles y tormentos, antes que degradar su dignidad episcopal entrando en controversias sobre sus representaciones pertenecientes á la doctrina, inteligencia é interpretacion de los concilios, de las decretales ó la disciplina del gobierno de la Iglesia. Sin dificultad admitió el juez instructor la protesta, pero reconvenido por el Tribunal supremo, devolviósela al prelado, quien la recogió para que no le parara perjuicio, á condicion de que se le permitiera verter su contenido en las respuestas al interrogatorio ; y así lo hizo efectivamente.

Fuera prolijo seguir paso á paso las declaraciones indagatorias que el reverendo obispo de Canarias prestaba en casa del juez instructor del proceso, bien que no se puede omitir un incidente

muy notable. Tomándole el juez la confesion con cargos, y aludiendo á las variaciones introducidas por las vicisitudes de los tiempos acerca de la adquisicion, distribucion y enagenacion de bienes de la Iglesia, dijo : — « En cuya ampliacion no debo » ocuparme, porque la notoria ilustracion y vastos conocimientos » de V. S. I. esceden á los mios. » — « Protesto (repuso inter- » rumpiéndole el digno prelado) contra ese elogio perjudicial á » mi defensa, por cuanto el timbre glorioso de la religion con- » siste en que los talentos mas humildes y medianos, conducidos » por el espiritu de la verdad, son capaces de sostenerse contra » los mas elevados que apoyan sus discursos en el error y falsas » teorías. » — Oyéndoselo referir con mucha posterioridad, pude vislumbrar el tono inspirado con que manifestó su confianza en la promesa del Evangelio.

Nada habla mas alto en favor del insigne obispo de Canarias que la acusacion fiscal primera, reducida en sustancia á demostrar que no habia opuesto resistencia á las disposiciones gubernativas limitándose á usar del derecho que le asistia para representar contra ellas como ciudadano y prelado, por lo cual pidió que se sobreesyera en la causa, y que su formacion no perjudicara á la buena opinion y acreditado concepto á que por tantos títulos se habia hecho acreedor este digno obispo. Mas ya fuese por hacer un alarde de inútil fuerza, ó por no confesar la impremeditacion con que se habia obrado en este negocio, la sala segunda del Tribunal supremo falló que no habia lugar á sobreseer en la causa, que se hacia cargo al obispo de lo que resultaba de ella y que se le entregara por el término ordinario para su legitima defensa. Pronuncióla muy bsillante don Fermin Gonzalo Moron, discípulo que habia sido del prelado en la universidad de Sigüenza; y todo paró en que, atribuyéndole culpas que no resultan de la causa, se le condenara á dos años de confinamiento, que fué á pasar por eleccion suya á Sevilla.

De alguna manera habian de salir los jueces del tolladero en que estaban metidos, y sin ejemplar que se le parezca en nuestra historia. Lo escribe así quien está muy bien enterado del famoso expediente contra don Isidro Carvajal y Lancaster en tiempo de Carlos III; prelado muy respetable, pero que, cediendo á estrañas influencias, denunció hechos que eran inexactos, con destemplanza y hasta acrimonia; y que, así y todo, no pasó por las vejaciones que el gran prelado de Canarias.

A pocos meses de estar en la residencia que habia elegido, acaeció el levantamiento de 1843 contra el regente duque de la Victoria, y el bombardeo de Sevilla, durante el cual don Judas José Romo tuvo á su cargo los hospitales. Despues continuó sus tareas á favor de la independendencia de la Iglesia española y de la



celebracion de un concordato, cabiéndole el timbre de proclamar esta necesidad antes que otro alguno; y pudo esponer libremente sus opiniones.

Por cierto no las suscribiria todas el que hace su elogio. Dolorables son los estravios revolucionarios, y en materias eclesiásticas sobre todo; pero justo es tener presente que las revoluciones solo se evitan no resistiendo con teson injustificable las reformas precisas y reclamadas por varones de suma piedad y doctrina. Dos siglos y medio, y á presencia del Santo Oficio, habian estado clamando españoles de mucha nota contra la acumulacion de bienes raices en manos muertas, contra el excesivo número de eclesiásticos seculares y regulares, contra las providencias que permitian á los jóvenes, segun la ley eclesiástica, renunciar su libertad pronunciando los votos religiosos en edad muy anticipada á la en que la ley civil les autorizaba para disponer del don menos apreciable de su fortuna, y nada se habia logrado. Todo se habia dicho y repetido y dilucidado antes de que las memorables córtes de Cádiz renovaran el sistema que en tiempos antiguos rigió á España; y la resistencia proseguia sin aflojar poco ni mucho. De aquí provinieron los sucesos que contristarón al venerable obispo de Canarias, quien sin duda usó de sus legítimas prerogativas elevando instancias al trono, y por tanto distó mucho de merecer enconadas persecuciones, que solo han servido para acrisolar mas y mas su glorioso blason de prelado.

Lo extraño es que despues de haber padecido y mientras aun se desvelaba por sostener la independencia de la Iglesia y por anudar las relaciones con Roma, salió á impugnarle un religioso mercenario. Fray Magin Ferrer se llamaba, y ha muerto de secretario del señor arzobispo de Burgos. El espíritu de la impugnacion y su tono revelan en el padre Magin un fraile del corte de los que en 1823 profanaron la cátedra del Espíritu Santo con sanguinarias predicaciones, y fomentaron la *Sociedad del Angel exterminador*; y de los que en 1835 se declararon por don Carlos; y de los que, cegados siempre con las cataratas del fanatismo, están condenados á no olvidar lo que aprendieron sin exámen largo ni corto, y á no aprender lo que ya enseña hasta la atmósfera que se respira. Yo á la verdad no conozco ningun escrito polémico ultramontano que no se resienta en el lenguaje de torquedad y mala crianza, fuera de la inconsistencia del raciocinio, que podrá parecer solidez á otros. En la impugnacion de fray Magin Ferrer á la *Independencia de la Iglesia hispana, y necesidad de un nuevo concordato*, se ven todos estos defectos de relieve. Una sátira que ridiculizara al autor y á la obra era sin duda la contestacion que merecia, y acaso en la impresion primera so

le pasó así por la mente al señor obispo de Canarias; pero como se dominaba de tal modo que la reflexion templaba su vivacidad en el instante, se resolvió á tomar la pluma y á desvanecer sus errores con ardor, pero sin encono. Varias cartas, que forman un tomito en octavo, escribió por el año 1846, y fechadas diversamente en Madrid, Cañizar y Guadalajara, con argumentacion tan vigorosa y contundente, que el padre Magin no halló mejor arbitrio que el del silencio. Este libro fué el primero del señor Romo que llegó á mis manos; lo empecé á hojear por curiosidad, y seducido al pronto por la claridad, pureza y fluidez del estilo, y cautivado despues por la bondad intrínseca y la trabazon lógica de las ideas, rematé rápidamente la lectura, quedándome con anhelo de conocer todas las producciones de un autor que tan correcta y sóbriamente escribía dictando; y debo declarar que ollas me enseñaron la manera de abandonar los arcaismos, por cuyo uso me habia apasionado sobromanera, para huir de los neologismos, que detesto con toda mi alma.

Vacante en 1847 la sede arzobispal de Sevilla por fallocimiento del señor cardenal Cienfuegos y Jovellanos, tan achacoso de años atrás que no pudo volver á ocuparla, aun cuando se le alzó el destierro que padecia en Alicante, fué presentado para sucederle don Judas José Romo. De esta eleccion acertadísima cabe la mayor parte de gloria á don Florencio García Goyena, ministro á la sazón de Gracia y Justicia, y que si en tiempos no muy remotos hubiera llegado á tal puesto, lo conservara hasta la muerte por su honradez acrisolada y la superioridad de sus luces, que le equiparan con los esclarecidos varones cuya imperecedera nombradía data de la época de Carlos III. Y sea dicho para mayor honra suya, que hizo la eleccion á que se alude sin haber tratado nunca al elegido.

Luego de recibir las bulas y el palio, fué el señor Romo á su nueva silla, de la cual tomó posesion el año de 1848, y á 4 de abril, día en que conmemora la Iglesia á San Isidoro, que la ocupó con tanto lustre. Entonces tenia ya el nuevo arzobispo muy cerca de setenta años; pero gracias á la salud privilegiada, á la buena fibra, á la alta capacidad y al gran celo que Dios le habia concedido y se dignaba conservar, podia consagrarse do lleno al cumplimiento de obligaciones muy acrocentadas tras de una época turbulenta y debiendo regir un rebaño quo tuvo largos dias al pastor ausente.

Muy poco despues de llegar á Sevilla pudo abrir el Seminario Conciliar de San Isidoro, leyendo un excelente discurso en que probó la necesidad do establecimientos do aquella clase y que la Iglesia ha sido siempre la antorcha de las letras. No creo que este seminario tenga semeiante en España; do seguro gabinete

de física igual al suyo no lo hay en otro; y si no me es infiel la memoria, es debido á la donacion hecha por cierta persona acomodada, que así quiso rendir un homenaje de respeto á esto insigne arzobispo. Sabiendo que la predicacion es uno de los mayores deberes de la prelacia, y que para esto habia autorizado la costumbre en la catedral de Sevilla bastante aparato, por lo cual sin duda no recordaban los mas ancianos de la ciudad haber oido la palabra divina en boca de ninguno de los prelados á quienes habian conocido, el señor Romo anuló virtualmente ceremonias extraordinarias, subiendo al púlpito una fiesta (creo que la de la Conversion de San Pablo), con grande júbilo de los fieles, que desde entonces lo experimentaron á menudo.

Tres visitas pastorales hizo por los años 1849, 1851 y 1853, durante su breve pontificado; en las dos primeras á mas de doscientas poblaciones, y en la última á todas las de la provincia de Huelva, embarcándose hasta siete veces y yendo á puntos por donde no habia memoria de que hubiera pasado ninguno de sus antecesores. Acabada de empezar la visita postrera, cuando lo afligió la infausta nueva de la miseria de Galicia, é inspirándolo su ardiente caridad lo que luego dispuso la junta creada en la córte para aliviar á los infelices gallegos; dirigió una breve y sentida circular á todo el cléro de su arzobispado. Lo sustancial de ella se halla en esta frase de entrañable ternura. *Jesucristo llega á nuestras puertas pidiendo un bocado de pan. ¿Quién cerrará los oídos al Hijo de Dios?* Y tras de pronunciarla añadió el ejemplo á la doctrina, desprendiéndose de cuanto pudo.

De Sevilla salió varias veces, ya á consagrar al obispo de Guadix, señor Arbolí, ya á inaugurar en Sanlúcar el santuario de Nuestra Señora de Regla, restaurado á costa de la señora infanta y de su esposo, ya á depositar piadosamente en el sepulcro al obispo de Cádiz don Domingo de Silos Moreno, de muy digna memoria, ya á bendecir el ferrocarril de Jerez de la Frontera al Puerto de Santa María. Como laborioso y robusto y ágil á pesar de sus años, atendia puntualmente á todas las obligaciones de la mitra; faltóle solo tiempo en que dar vado á su inextinguible aficion literaria. De ella dió inequívoco testimonio no haciendo caso de etiquetas y apresurándose á visitar á don Alberto Lista, ya muy enfermo cuando el señor Romo tomó posesion del arzobispado, y sin vida á los pocos meses.

Un *Dictámen práctico sobre las monjas*, y un *Discurso sobre la Inmaculada Concepcion de Maria*, dió á luz en 1850 el cardenal don Judas José Romo, admirando en el primero á las religiosas capuchinas y á las de Santa Teresa, cuya vida comun hubiera deseado para todas; y mostrándose en el segundo teólogo muy consumado y favorable á la declaracion dogmática de este vo-

nerando misterio. Ya postrado en el lecho de muerte, supo lleno de alborozo que sus deseos estaban cumplidos. *Solo siento* (dijo) *que mi enfermedad no me permita predicar en la funcion que con este motivo ha de celebrarse en mi Santa Iglesia.*

La salud de esto gran prelado español comenzó á sufrir deterioro de resultados de sus trabajos y desvelos en la última pastoral visita. A fines de otoño de 1853 cayó enfermo, y muy grave, aunque nunca se creyó de peligro; pero se repuso completamente y en términos de asistir todos los domingos y días solemnes al coro de su catedral, y de haber celebrado los oficios de la última Semana Santa. Al terminar los muy largos del jueves, le pregunté cómo se sentía, y me respondió jovialmente que *en disposicion de celebrar otros iguales.* Y en seguida sirvió la comida á doce pobres, y despues de hacer muy de prisa la suya, fué á lavarles los pies á la catedral, y acabado el sermón del Mandato, visitó las estaciones con los seminaristas; y por último se estuvo toda la tarde á un balcon de su palacio adorando las imágenes que sacaron aquella tarde varias cofradías en tres diversas procesiones; y todo sin experimentar síntomas de desazon ó cansancio.

Tan fuerte se sentía, que inmediatamente despues de Pascua le ocurrió predicar el día de la Ascension en su Santa Iglesia, y se puso á estudiar el asunto y á escribir el sermón recatándose de sus buenos familiares por temor de que, á impulsos del gran cariño, le estorbaran realizar el santo proyecto. Lo llevó finalmente á cabo, y de suerte que en 29 de mayo tuvo la bondad de escribirme: — « Prediqué, en efecto, el día de la Ascension con: »  
 • feliz éxito por mi parte, pues, habiéndome cansado un poco en »  
 • el final del último sermón, temia que me sucediese lo mismo; »  
 • pero gracias á Dios, conservé la voz entonada é igual hasta la »  
 • última palabra, de lo que infiero que tendria ahora mejor pe- »  
 • cho..... Se me olvidaba decir á vd. que el sermón duró, por el »  
 • reloj puntual de Floren, puesto al Bendito y alabado, cuarenta »  
 • y seis minutos. »

Si la duracion y la no fatiga deponen de la escelente fibra del Eminentísimo señor Romo, no obstante *los setenta y cinco enemigos fulminantes*, como solia llamar á sus años, de su lozanía mental da pruebas la profundidad de este su último producto. Su plan consistió en probar hasta la evidencia que la Ascension de Jesucristo nos revela su divinidad, deconsiguiente el triunfo de la Iglesia hasta el fin del mundo, en que ha de descender con la misma magestad á juzgar vivos y muertos. Desenvolviólo con suma copia de doctrina, comtemplando en lo acaecido sobre el Tabor, dos prodigios principales y muy diversos entre sí; el uno perteneciente á la parte material y visible del maravilloso suceso

sujeta á los sentidos, y el otro á la invisible moral correspondiente al entendimiento. De tan brillante modo coronó su carrera apostólica el cardenal arzobispo de Sevilla, cuyo acento no habia de resonar mas bajo aquellas bóvedas sagradas.

Antes de llegar á mis manos su sermon excelente, y contento al saber que habia podido predicarlo, dirígile el siguiente soneto :

¿ Con que otra vez cristiana muchedumbre,  
La hispalense basilica llenando,  
Mostró de su pastor al venerandc  
Acento edificante mansedumbre i  
¿ Cuál brotaria la celeste lumbre.  
De su mente inspirada, y de su blando  
Pecho qué suave tono contemplando  
Del excelso Tabor la santa cumbre !  
La frente cana, el plácido semblante,  
Cuya viva expresion la edad no altera,  
Animándose al brillo rutilante  
De la divina gracia, lisongera  
Y solemne, y magnífica y triunfante  
Vision le fingirian de otra esfera.

No lo dije así arrebatado de entusiasmo, sino haciendo memoria de la impresion que me causó verle practicar el Viernes Santo una patética cerimonia, segun costumbre de la catedral de Sevilla. Contemplándole bajar desde el altar mayor al coro con los pies desnudos y una cruz del tamaño natural á cuestras, y agobiado naturalmente por su peso, y tenderla en medio del coro, y adorarla con fervoroso recogimiento, me pareció como que orlaba sus canas sienes la auréola de los bienaventurados.

Unos dias se fué á pasar el purpurado venerable á su palacio de Umbrete en los primeros dias del último verano, pensando girar una pastoral visita hácia la comarca de Arcos y Bornos; pero sintióse indispuerto, y le obligó á hacer cama la enfermedad que, despues de varias alternativas de esperanza y de abatimiento para cuantos le respetaban y querian, ha puesto fin á su fructuosa y admirable existencia. Lo que no tuvo alteraciones fué la tranquilidad de espíritu del paciente aun en su muy larga agonía, y conservando la razon entera hasta el último instante.

Muchas lágrimas arranca su muerte; que tal es el bendito privilegio de los varones virtuosos y sabios como el cárdenal don Judas José Romo; y que por la dulzura de su índole generosa y pulida á beneficio de una educacion esmerada saben ganarse amigos, y que por lo compasivos y limosneros miran á los pobres como hijos suyos. Las pingües rentas que el arzobispado de Sevilla tuvo en lo antiguo no hubieran bastado al cardenal insigne para aliviar necesidades y promover toda clase de beneficios, y sobre todos el de la cultura de las ínfimas clases; la dota-

cion muy escasa de ahora y su patrimonio particular tuvieron siempre tan digno empleo. Para sí necesitaba de muy poco, habituado á la decorosa modestia característica de los prelados españoles hasta cuando valian considerablemente las mitras en bien de los menesterosos y los aplicados. Madrugaba mucho, oraba á solas, oía misa á uno de sus capellanes, la decia en seguida, se desayunaba y se dedicaba al trabajo y á recibir á los que le visitaban hasta las dos y media en que comia; luego de reposar en el solá de su gabinete unos breves minutos, iba á pasear á algun punto solitario los dias en que no asistia al jubileo ó á los hospitales; y antes de anochecer volvía á su palacio, donde no tenia mas tertulia que la de sus familiares, y despues de leer algo y de orar de nuovo, se recogia cerca de las once. Su libro predilecto para elevar la mente á Dios, y nunca faltaba sobre su mesa al pie de un crucifijo, era el *De la oracion y meditacion* de Fray Luis de Granada.

Las ideas políticas del cardenal don Judas José Romo se habian modificado naturalmente á vista de los desengaños funestos que lloran todos los buenos patricios. Ocioso es decir que hombres de la elevacion de miras de este gran prelado, no se deleitan soñando la restauracion de lo antiguo que, sobre ser imposible, no traeria á este siglo venturas que no produjo en los anteriores correspondientes á la edad moderna y con aplicacion á España. Lo que el último arzobispo de Sevilla anhelaba, consta por estas palabras de su pluma. — « En el supuesto de liabernos demostrado una triste experiencia que la variacion de forma de gobierno aumenta los males en vez de minorarlos, puede presagiarse con bastante fundamento que, si una juventud ilustrada preparase la reaccion universal de las ideas, si llegase á enseñarse de la opinion pública, y á presidir para dicha de la humanidad al gobierno de las naciones, relegará imperiosamente al lado de los libros de nigromancia las teorías de los antiguos publicistas; y abriéndose un camino nuevo á la ciencia política, cifrará todo su intento, no en mudar arbitrariamente á cada instante la forma de gobierno, sino mas bien en perfeccionarla con inteligencia, adoptando para el efecto las bases convenientes y fundamentales que aliancen, juntamente con la dignidad augusta de los reyes, la noble libertad de las naciones y la independencia de la Iglesia. »

Casi queda ya dicho lo que va á finalizar este pobre homenaje á la memoria de un varon tan esclarecido como el cardenal Romo. Ni perteneció al número de los que aplaudieron con el abate Gaume la condenacion de los clásicos griegos y latinos para la enseñanza; ni al de los que ayudaron al señor Gonzalez Romero á arrancar la facultad de teología de las universidades españolas;

ni al de los que ven cifrada la ventura de Europa en el triunfo de Rusia; ni se avino jamás con el orden de ideas que significan todas estas cosas. Contra lo primero discurrió admirablemente al abrir el curso de 1852 en el seminario conciliar de Sevilla; contra lo segundo en sus representaciones al gobierno; contra lo tercero en sus conversaciones cotidianas.

Modelo de ciudadanos y de obispos el cardenal don Judas José Romo, expansivo en los afectos, noble en las ideas, recto en las obras, era imposible verle y no venerarle, tratarle y no quererle, conocerle á fondo y no celebrarle. Tampoco hoy puede el que esto escribo traer su nombre á la memoria sino con el llanto en los ojos.

**DON EUGENIO DE OCHOA.**

## **DON ALBERTO LISTA.**

España acaba de perder una de sus mas puras y brillantes glorias modernas. Segun leemos en los periódicos de Sevilla, el dia 5 del actual, á las nueve de su mañana, falleció en aquella ciudad el sabio humanista, profundo matemático y gran poeta D. Alberto Lista.

Esta nueva dolorosa, por mas que la hiciesen ya muy temible su avanzada edad y las noticias que de algun tiempo á esta parte se tenian en Madrid de las graves dolencias que le aquejaban en estos últimos meses, ha llamado de luto el corazon de los hombres ilustrados de todos los partidos, y muy señaladamente el de los muchos que en él veian, no solo una inteligencia de primer orden, mas tambien un maestro querido, un amigo á toda prueba y casi un segundo padre. Eralo en efecto para sus numerosos discipulos el Sr. Lista; y es seguro que no hay uno solo entre los muchos á quienes ha cabido la suerte de recibir sus lecciones, que no conserve en el fondo de su alma un sentimiento dulcísimo de veneracion y de cariño filial á la memoria de aquel sabio tan indulgente, de aquel hombre superior tan sencillo y tan bondadoso, que no sabemos si debia mas aun al tierno afecto que inspiraba á sus alumnos, que á la luminosa claridad de sus explicaciones, los sorprendentes resultados que constantemente obtuvo en el ejercicio de la enseñanza.

Trece años de edad contaba D. Alberto Lista cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio, fenómeno de aplicacion y precocidad único en los anales del entendimiento humano. El don de la enseñanza era, puede decirse, ingénito en Lista: como habia nacido poeta, habia nacido maestro; naturaleza eminentemente expansiva y amorosa, nunca era mas feliz que cuando, en medio de su cátedra, veia en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversacion, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofia, ó de historia, ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que habia algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres, de la inteligente y fiel falange de sus discípulos mas queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducia entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Atenas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando; sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creacion: otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginacion de veinte años, y á la par que nos instruia en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadirémos que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones, desaparecia el maestro y quedaba solo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos: no parecia sino que, en su mente, el ejercicio de la enseñanza debia establecer por necesidad entre el maestro y sus alumnos una especie de parentesco intelectual, al que él por su parte nunca fué infiel: y en este sentido solia decir donosamente á uno de sus mejores discípulos de matemáticas, Don Alejandro Bengoechea, hoy catedrático de esta asignatura en la universidad de Madrid: Tus discípulos son *mis nietos*. Su memoria era prodigiosa: muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversacion algun pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto. Era particularmente apasionado de Virgilio entre los latinos, de Rioja y



Calderon entre los españoles. « *Pensar como Rioja y decir como Calderon* » era su divisa poética, la fórmula en que cifraba la perfección del arte. ¡Cuántos sin duda, al leer estas líneas, recordarán con tristeza aquellos días de su juventud estudiosa, en que, como á nosotros, les era dado disfrutar del trato íntimo y familiar de su inolvidable maestro, y darian testimonio, si preciso fuera, de la verdad de estos pormenores!

Lista es el hombre que ha ejercido mayor y mas saludable influjo sobre nuestra época en España: este es acaso su título mas glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma: como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, como autoridad, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creemos que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde á Lista en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto. Opuesto por temperamento y por convicción á todo linaje de violencia y de intolerancia, lo mismo en literatura que en filosofía y en política, siempre enseñó á sus alumnos doctrinas ajustadas á una libertad racional, las mismas que brillan en todos sus escritos. En literatura, era tan contrario al rigorismo exclusivo de los preceptistas del siglo XVIII, como á la desenfrenada licencia de los modernos románticos franceses. Tolerante con todas las opiniones sensatas, liberal en política, solo era inexorable con la irreligión y la anarquía. En toda clase de materias, el orden era su ídolo. De aquí su pasión por las matemáticas, que él llamaba la *ciencia del orden*, y que en este concepto, valiéndose de un paralogismo ingenioso, asimilaba casi con la poesía, que es la ciencia de la belleza, la cual en último análisis no es mas que la armonía suprema, el orden por excelencia. No es dudoso que estas opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos; á nuestro juicio, no tienen otro origen esas ideas de orden que por lo general hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes que ya son hombres, y de los cuales hay muchos que han ocupado y ocupan en el día los primeros puestos del Estado. Por eso creemos que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido D. Alberto Lista: un historiador sagaz verá en él, mas que un poeta excelente, un director de ideas. Por lo tocante á nuestra historia literaria, Lista será en ella lo que seria en la historia de las artes un hombre que uniese á los timbres del Peruggino los laureles de Rafael.

Arrastrado por la corriente de nuestras revueltas públicas;

precisado como todos los hombres notables de su tiempo, á tomar una parte activa en nuestras tristes luchas de partido; alistado por fin algunas voces, aunque siempre á su pesar, bajo las banderas de la política militante, Lista ha descendido al sepulcro, á la edad de 73 años, sin contar un solo enemigo; ¡privilegio inaudito en este siglo de volubles pasiones y de largos cuanto injustos rencores! Esos rencores que no han respetado á otros nombres igualmente insignes en virtud y en letras, y que todavía velan sobre las recientes sepulturas de algunos célebres varones, lumbreras de nuestra época, so ven desarmados ante el nombre tan puro y ante la sepultura veneranda de D. Alberto Lista, protegidos uno y otra por el amor de toda una generacion agradecida. Lista no tenia ni podia tener enemigos, porque no sabia hacer daño, ni era capaz de aborrecer: alma sin hiel, ni aun en el duro ejercicio de la polémica poriodística olvidaba un solo instante su mansedumbre nativa. Gustábanle empero las luchas de la dialéctica en todos los terrenos, pero solo como un noble ejercicio de la inteligencia: era fogoso y diestro en el ataque, pero nunca so valia mas que de armas corteses; nunca en las justas políticas á que mas de una vez le llevaron la conviccion y la necesidad, hizo uso de aquellas flechas mortales que llevan empapada en veneno la acerada punta. Lo mismo en las lides literarias que en las políticas, jamas mojó su pluma en el fango de las pasiones ruines. Digno y benévolo juntamente, sabia juzgar con severa rectitud, censurar sin acrimonia, aconsejar sin pedantismo dogmático, y sobre todo, elogiar con efusion. Sus alabanzas eran poderosos estímulos; estímulos eran tambien sus críticas, porque no humillaban, no desalentaban al que era objeto de ellas. A este arte tan difícil y por desgracia tan raro, pero que en él no era un estudio sino un efecto natural de su apacible condicion, debió el verse constantemente fuera de esas rencillas y de esos bandos en que con harta frecuencia suelo estar dividido el que ya en los tiempos de Augusto denominaba Horacio con razon *genus irritabile vatum*, raza por cierto no menos quisquillosa é iracunda en nuestros dias quo en los pasados. Todos los literatos célebres de su tiempo fueron sus amigos. Él lloró con sinceras lágrimas la muerte de Melendez, de Cienfuegos, de Moratin, de Hermosilla, de Clemencin, de Reinoso, de Miñano, de Búrgos, como hoy le llorarian ellos á él si vivieran, como le lloran los pocos émulos y compañeros de sus glorias que todavía le sobreviven.

Objeto preferente de entrañable cariño y de una especie de culto, fué para él toda su vida el sabio autor del *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria*, el dulcísimo cantor de la *Inocencia perdida*, D. Felix José Reinoso, ese hombre eminente para quien no ha empezado todavía (¡tal es nuestra injusticia!) el

juicio imparcial de la posteridad. Fué Reinoso su compañero de estudios : las mismas vicisitudes corrieron en sus mocedades y en sus viriles años; la misma holgada suerte les cupo en su ancianidad; solo que Lista, mas feliz todavía que Reinoso, ha cerrado sus ojos á la luz, como los patriarcas de la Biblia, *lleno de dias*, honrado y querido en su modesta medianía, dorada por la mano de un Gobierno, justo apreciador del mérito. Sus despojos mortales descansan junto á las mismas hermosas márgenes del Guadalquivir que le vieron nacer. ¡Cuántas veces, al verse por fin de nuevo en aquellos sitios amados, despues de tantas borrascas, contemplaria con delicia el venerable anciano, en sus últimos años, realizado en parte para él aquel poético deseo que expresa en uno de sus mas bellos romances (1)!

Unióle tambien desde la juventud una estrechísima amistad, nunca alterada, con el Dr. Sebastian de Miñano, cuya celebridad como escritor satírico y consumado hablista, adivinó años antes de que hubiese publicado escrito alguno, y aun la anunció positivamente en una carta dirigida al mismo desde Pamplona, en junio de 1817 (2), que original guardamos como un objeto precioso. Asociado con él y con el sabio helenista y seguro crítico D. José Gomez Hermosilla, publicó desde agosto de 1820 hasta julio de 1822 los 17 tomos del *Censor*, el periódico mas importante y mejor redactado que ha existido en España. Entre los literatos de su tiempo, estos fueron, con los señores D. Juan Nicasio Gallego, D. Juan Gualherto Gonzalez y D. José Blanco, hoy pastor protestante en Inglaterra, y olvidado del pais y hasta de la lengua de Cervantes, sus mas íntimos amigos. Si se nos preguntase ahora quiénes eran sus discípulos predilectos, no sabriamos en verdad qué responder; solo diríamos que muchas veces le hemos oído recordar con entusiasmo y con cierta especie de legítimo orgullo al malogrado Espronceda, á D. Felipe Pardo, ya hace años establecido en el Perú, su patria, y á D. Ventura de la Vega, á quien, en punto á gala y pureza en la dicción, ponía encima de todos sus jóvenes compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos.

Vamos ahora á dar algunos lijeros apuntes biográficos del hombre insigne á quien consagramos estas páginas.

Don Alberto Lista nació en Sevilla el dia 15 de octubre de 1773,

(1) ¡ Feliz el que nunca ha visto  
Mas rio que el de su patria,  
Y duerme anciano á la sombra  
Do pequetuelo jugaba!

(2) En esta carta, interesante por muchos conceptos, leemos que por entónces se ocupaba en escribir una tragedia con el título de *Galileo*. Es la única noticia que tenemos de ella.

de padres pobres (D. Francisco Lista y D<sup>a</sup>. Paula de Aragon), que so sostenian con una fábrica de telares de seda. Al mismo tiempo que aprendia aquella profesion, hizo sus estudios en la universidad de su ciudad natal, donde cursó filosofia y teologia, y se dedicó á las matemáticas, en cuya facultad sirvió de sustituto en la cátedra que está á cargo de la sociedad económica de la misma capital, á la *edad de 15 años*, segun antes dijimos; todo esto sin perjuicio de trabajar en la fábrica de telares, para sostener á sus ancianos padres y á su numerosa familia.

En 1796 fué nombrado profesor de matemáticas en el real colegio de San Telmo de Sevilla, y desde esta época se dedicó exclusivamente á la enseñanza. Fué on aquella época individuo de una academia particular de humanidades, donde se reunieron los hombres que se dedicaban en Sevilla á la amena literatura, y cuyo objeto era restablecer las ideas de buen gusto y el lenguaje de nuestros escritores del siglo xvi, restaurados en las poesias de Melendez, Moratin, Jovellanos, Quintana, Gallego y otros literatos célebres de fines del siglo xviii. A los 28 años recibió las sagradas órdenes.

Arrojado á Francia por las tempestados politicas y restituido á su patria en 1817, obtuvo al año siguiente, por oposicion, la cátedra de matemáticas, erigida por el consulado de Bilbao; allí empezó el curso de esta ciencia que despues completó en Madrid, adonde so trasladó en 1820. Del año 20 al 25 profesó matemáticas, historia y humanidades en el colegio de *San Mateo*, del que salieron tantos jóvenes que despues han figurado en primera linea on todas las carreras. Uno de ellos ocupa hoy un puesto en el consejo de la corona. Para uso de sus discipulos de aquel colegio dió á luz su excelente *Coleccion de hablistas*, y varios tratados de matemáticas.

En 1822 publicó su coleccion de poesias, y en 1828 escribió el suplemento al Mariana y Miñana, que forma el tomo ix de la edicion de la *Historia de España* que comenzó á publicarse aquel año en Madrid. Convencido de la falta que hacia en nuestra literatura una *Historia universal*, empezó á publicar en 1829 la traduccion de las obras históricas del conde de Segur, hasta donde este autor la dejó, con numerosas adiciones, y la continuó hasta nuestros dias. Entre sus producciones mas notables, debemos mencionar su *Curso de literatura dramática*, explicado en el Ateneo de Madrid, del que por desgracia solo se han publicado algunas lecciones. En 1857 hizo una segunda edicion de sus poesias, en dos tomos, muy corregida y aumentada.

En 1858 pasó á Cádiz á dirigir un colegio; de allí se trasladó á Sevilla, de cuya santa iglesia catedral le nombró canónigo S. M. durante el breve ministerio del Sr. Egaña, y en cuya universidad

era ya decano de la facultad de filosofía desde que se hizo el último arreglo de las universidades, siendo ministro de la Gobernación el Sr. Pidal. Las reales academias de la Lengua y de la Historia le contaban en el número de sus individuos. Desde el año 1853 estaba condecorado con la cruz de caballero Comendador de Isabel la Católica.

Muy reducidas son en verdad estas líneas para tan alto asunto: otros escribirán de él con la extensión debida. Ya los periódicos han anunciado que la *Sociedad de autores dramáticos*, deseosa de honrar la memoria del Sr. Lista, piensa dedicarle, entre otros obsequios, una *Corona fúnebre*, que se publicará precedida de su *Vida*, cuya redacción se ha confiado, según hemos oído, á un joven escritor, justamente célebre, el Sr. Hartzenbusch: mucho nos congratulamos de ello. El *Boletín oficial* de este Ministerio, dedicando este sentido recuerdo á uno de los hombres mas sabios y mas respetables que ha producido nuestra época, cumple uno de los objetos á que le destina el Gobierno, que es honrar la virtud y el saber; pero otros muchos objetos de pública utilidad reclaman el corto espacio de que disponemos. Suspendamos pues aquí este breve homenaje rendido á las altas prendas morales del Sr. Lista: el tributo de afecto y de gratitud que le consagramos en el fondo de nuestro corazón, durará en él, con su memoria, lo que nos dure la vida.

19 de octubre de 1848.

FERNAN CABALLERO.

## LAS ANIMAS.

Cuento andaluz.

FERNAN. Tío Romance, aquí me entro aunque no llueva.

TIO ROMANCE. Bien venido, señor D. Fernan: Viene su mercé á su casa como el sol para alegrarla. — ¿Qué tiene su mercé que mandarme?

FERNAN. Necesito un cuento como el comer, tío Romance.

TIO ROMANCE. ¡Otra te pego! — Señor, ¿se ha figurado su mercé que son mis cuentos como los dictados de D. Crispin que no tenían fin? — Su mercé me ha de perdonar; pero hoy estoy

de mala vuelta; tengo la memoria aliquebrada y los sentidos mas tupidos que caldo de habas. Pero voy á llamar á mi Chana para que complazca á su mercé. ¡Chana! ; Sebastiana!... Caramba con la mujer! que le va sucediendo lo que al marqués de Montegordo, que se quedó mudo, ciego y sordo. ¡Chana!

LA TIA CHANA. ¿Qué quieres, hombre, con esas voces tan desamoretadas que parecen de zagal? ¡Ay! que está aquí el señor D. Fernan! Dios guarde á V. señor, ¿cómo lo pasa su mercé?

FERNAN. Bien, tia Sebastiana. ¿Vd. tan buena?

TIA CHANA. ¡Ay, no señor! que me he caído como horno de cal.

FERNAN. ¿Pues qué ha tenido Vd?

TIO ROMANCE. Lo que la otra que estaba al sol.

Una vieja estaba al sol,  
y mirando al almanaque,  
de cuando en cuando decía:  
ya va la luna menguante.

LA TIA SEBASTIANA. No señor, D. Fernan, no es eso; que Dios y su madre no quitan carnes, sino el hijo al nacer y la madre al morir! y mi hijo, el alma mia....

TIO ROMANCE. Calla, Chana, y no hables de Juan, que es un atallancon con mas costilla que una fragata.

TIA SEBASTIANA. No lo crea Vd. señor; no sabe lo que se dice, y va despeñado: es mas manso y loge el hijo mio, que no es capaz de decirle rape al gato. Ha servido seis años y tiene las luces espabiladas.

TIO ROMANCE. No tiene mas luces que las del dia; es un boga; ha servido, pero es como aquel que: bárbaro fué á Madrid y bárbaro volvió á venir.

FERNAN. ¿Pero qué le apura á Vd. tia Sebastiana?

TIA SEBASTIANA. ¡Señor, que no encuentra trabajo!!

FERNAN. Vamos, yo se lo proporcionaré si me cuenta Vd. un cuento.

TIA SEBASTIANA. Señor, para eso era mejor mi Juan: ya sabe Vd. las voces que tiene de buen contador, saca las cosas de su metro.

FERNAN. Sí; pero hoy no está de humor de hablar.

TIA SEBASTIANA. Es que yo...

TIO ROMANCE. Vamos, mujer, no tengas al señor aguardando como perro de cortijo; cuenta, y liberal, que tú eres capaz de hablar hasta debajo del agua.

TIA SEBASTIANA. ¿Quiere su mercé que lo cuente el cuento de las Ánimas?

FERNAN. Desde luego : vamos pues con el cuento de las Ánimas.

TIA SEBASTIANA. Había una vez una pobre vieja que tenía una sobrina que había criado sujeta como cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentía la pobre vieja, era pensar lo que iba á ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacía otra cosa que pedirle á Dios quo la deparase un buen novio.

Hacia los mandados en casa de una comadre suya pupilera, y entre los huéspedes que tenía, había un indiano podoroso que se dejó decir que se casaría si hallase á una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa. La vieja abrió tanto oído, y á los pocos días le dijo que hallaría lo que buscaba en su sobrina, quo era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa que juntaba los pájaros en el aire. El caballero contestó que quería conocerla y quo al día siguiente iría á verla. La vieja corrió á su casa, que no veía la vereda, y le dijo á la sobrina que asiase la casa, y que para el día siguiente se vistiese y peinase con primor porque iban á tener una visita. Cuando á la otra mañana vino el caballero, le preguntó á la muchacha si sabía hilar.

— ¿Pues no ha de saber? dijo la tia : las madejas se las bebe como vasos de agua.

— ¿Qué ha hecho Vd. señora, dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido despues de dejarle tres madejas de lino para que se las hilase ; qué ha hecho Vd. señora, si yo no sé hilar !

— Anda, dijo la tia, anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir y sea lo que Dios quiera.

— ¿En qué berengenal me ha motido Vd., señora ! decia llorando la sobrina.

— Pues tú ves cómo te compones, respetó la tia ; pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello te va tu suerte.

La muchacha se fué á la noche á su cuarto en un vivo penar, y so puso á encomendarse á las Ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando se le aparecieron tres ánimas muy hermosas vestidas de blanco ; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararian en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones, y cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres las remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al día siguiente cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad junto con aquella diligencia.

— ¿No se lo decia yo á su mercé? decia la vieja, que no cabía en sí de alegría.

El caballero preguntó á la muchacha si sabía coser.

— ¿Pues no ha de saber? dijo con brio la tia ; lo mismo son

las piezas do costura en sus manos que cerezas en boca de tarasca.

Dejólo entonces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar á su mercé, sucedió lo mismo que el dia anterior, y lo propio al siguiente en que le llevó el indiano un chaleco de raso para que se le bordase. Solo que á la noche cuando estando encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor á las Ánimas, estas se le aparecieron: le dijo la una, no to apures, que te vamos á bordar este chaleco; pero ha do ser con una condicion.

— ¿Cuál, preguntó ansiosa la muchacha. — La de que nos convides á tu boda. — Pues qué ¿me voy á casar? preguntó la muchacha. — Si, respondieron las Ánimas, con ese indiano rico. Y así sucedió, pues cuando al otro dia vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado que parecia que manos no le habian tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo á la tia que se queria casar con su sobrina.

La tia se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que lo decia: pero señora, ¿que será de mí cuando mi marido se imponga en que yo nada sé hacer?

— Anda, déjate ir, respondió la tia; las benditas Ánimas que ya te han sacado do aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse pues la boda, y la vispera, teniendo la novia presente la recomendacion de sus favorecedores, fué á un retablo de Ánimas y las convidó á la boda.

Al dia de la boda, quando mas enfrascados estaban en la fiesta, entraron en la sala tres viejas tan rematadas de feas, quo el indiano so quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenia un brazo muy corto y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra jorobada, y tenia un cuerpo torcido; y la tercera tenia los ojos mas saltones quo un cangrejo, y mas colorados que un tomate.

— ¡Jesus María! dijo á su novia perturbado el caballero; ¿quién son esos tres espantajos?

— Son, respondió la novia, unas tias de mi padre que he convidado á mi boda.

El señor, que tenia crianza, fué á hablarles y á ofrecerles asiento.

— Digamo, le dijo á la primera que habia entrado, ¿porqué tieno un brazo tan corto y otro tan largo?

— Hijo mio, respondió la vieja, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó á la novia y la dijo: vé sobre la marcha, quema tu ruoca y tu huso, ¡y cuidado como te vea jamás hilar!



En seguida preguntó á la otra vieja porqué estaba tan jorobada y tan torcida.

— Hijo mio, contestó esta, estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano en tres zancajadas se puso al lado de su novia, á quien dijo : ahora mismo, quema tu bastidor, y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar.

Fuése despues á la tercera vieja, á la que preguntó porqué tenia los ojos tan reventones y encarnados.

— Hijo mio, contestó esta retorciéndolos, es de tanto coser y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien habia dicho estas palabras cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decia : agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo, y ten entendido que el dia en que te vea coser una puntada me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmienta.

Y señor D. Fernan, ya está mi cuento rematado : ojalá os haya gustado.

FERNAN. Mucho, tia Sebastiana, mucho; pero lo que veo es que las Ánimas á pesar de ser benditas, son en esta ocasion unas picarillas.

TIA SEBASTIANA. Señor, ¿y va su mercé á buscar doctrina en un cuento como si fuera un ejemplo? Señor, los cuentos no son mas que reideros, sin preceptos y sin enseñanza. De todo quiere Dios un poquito.

FERNAN. Verdad es, tia Sebastiana; mejor dice Vd. con su sencillo buen sentido, que pueden pensar otros con su culto criterio; pero, tio Romance, no me voy sin mi correspondiente chascarrillo, y este á Vd. toca contarmelo. ¿No me ha dicho Vd. otras veces que todos somos devotos de santo Tomás? Pues si lo es Vd. allá van estos habanos como ofrenda al Santo.

TIO ROMANCE. Por no desairar á su mercé....

FERNAN. Pero quiero el chascarrillo, me hace falta para mi intento.

TIO ROMANCE. Ya! su mercé lo quiere por aquello de que sin un ochavo no se hace un real; pues vamos allá. Ya que do ánimas se platica, vaya de ánimas. Habia un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado como á la oveja; de manera que no tenia capa y andaba siempre dando diente con diente y aterido de frio. ¿Qué hace? sin decir chuz, ni muz, ni caqueberaque, cogió dinero del fondo de las Ánimas y se mandó hacer una capa, con la que paseaba por las calles tan en sí y tan pechisacado, como los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedia que no daba un paso que no le tirasen un tiron de la capa, y por mas que miraba

no veía quién; no bien se la subía sobre el hombro izquierdo cuando la tenía caída del hombro derecho; de conformidad que sin estarlo llevaba planta de borracho; por lo que se lo llevaba pata de puya.

Iba mohino, con esta golora, y haciendo sumarios de lo que aquello podría ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la hermandad do Santismo que venía tan recompuesto, llenando la calle y diciendo *yo soy, yo soy*. ¿Qué tiene Vd., compadre, le dijo cuando emparejaron, que hay días que lo veo tan pardilloso? ¿Qué he de tener? contestó este subiéndose la capa por el hombro derecho mientras se le escorria por el izquierdo; ha de saber Vd. que á entradas do invierno me hallé apuradillo; habia sembrado un pegujar y no le ví el color, mi mujer parió dos niños cuando uno que hubiese parido estaba de mas donde hay otros nueve; la costó el parto una enfermedad y á mi los ojos do la cara; en fin, me vi como las buenas mozas en cuaresma, sin un cuarto y con mas hambre que un ministro, de manera que no tuve mas remedio que emprestarle á las Ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene que siempre que la tengo puesta parece que me están tirando de ella; tiron por aquí, jalon por allá; ni con dos clavos timoneros me se quedaria sujeta en los hombros.

Su culpa de Vd. es, compadre, respondió el otro. Si Vd. *emprestase* á un señor poderoso, grand y dadivoso como yo, no habia de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si *empresta* Vd. de unas pobrecillas miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo que les hace falta?

**DON JOSÉ MARÍA QUADRADO.**

## **BALMES Y PIFERRER.**

El 9 de julio espiraba en Vich D. Jaime Balmes; el 25 del propio mes fallecia en Barcelona D. Pablo Piferrer. Una muerte, simultánea casi, ha acercado dos nombres igualmente puros, igualmente preciosos, si no igualmente brillantes: el uno todo inteligencia, el otro todo imaginacion; filósofo y estadista el uno, artista y poeta el otro, uníalos una misma provincia por patria,

una misma idea capital, un mismo espíritu creyente, una reciproca estima; uníanse en el corazón del que esto escribe, débil auxiliar de la noble lucha política del primero, socio y continuador de las bellas y laboriosas excursiones del segundo.

Ambos han fenecido en la flor de sus días, Balmes de 38 años, Piñer de 50 apenas, acercándose rápidamente el mas joven á la madurez y virilidad de talento que el otro casi desde el principio habia ya alcanzado. Ambos veían en perspectiva un porvenir de gloria entre los mortales, de fecundidad y vida en las regiones de su espíritu: la necesidad de crear hostigábalos sin reposo; cien y cien proyectos bullían en su mente acariciados con amor, impacientes por verse realizados. Todo se desvaneció como un sueño... y ahora, ó amigos míos, descansáis plenamente en brazos de la Verdad suprema, de la Belleza suma, que buscabais acá bajo con tan vivos transportes, que entreveíais con tanta lucidez, y reflejabais en vuestras producciones.

El 11 de mayo vi á Balmes en Barcelona por la vez postrera: la traduccion latina de su *Filosofía elemental* para uso de los seminarios le abrumaba, sin quitarle nada de la serenidad de su espíritu ni de la apacibilidad de su trato. Las palabras por una y otra parte salían á borbotones como comprimidas por una ausencia de dos años, la conversacion fué animada, expansiva, alegre hasta cierto punto; las materias políticas y sociales ocuparon en ella la menor parte, y la mayor el corazón. Al cabo de una hora entró á terciar en la plática el joven literato, y entablóse una jovial y afectuosa discusion sobre las diferencias de nuestras facultades y caracteres, y sobre la vida moral que respectivamente encerrábamos, porfiando cada cual en ceder á los otros la ventaja. *Hasta la tarde, hasta la vuelta*, fueron las expresiones de una despedida que debia ser eterna. El primer anuncio que recibí de la dolencia de Balmes, no alarmante todavía, salió de la pluma de nuestro comun amigo, bien ajeno de que tan pronto hubiera de seguirle.

A tales recuerdos tiembla el pulso, anúblanse los ojos... mas ¿qué le importa al público un dolor individual? Nada mas penoso que entretenerlo con las propias lágrimas; otras todavía mas acerbas en ocasion reciente he retirado hácia dentro, que onceradas en el fondo del alma la amargarán y esterilizarán mientras viva. Sin embargo, puesto que una pena sombría y muda pudiera hoy equivocarse con el olvido; puesto que la costumbre prescribo estos homenajes hácia la memoria de los genios privilegiados, ¿cómo admirar al escritor sin recordar al amigo? ¿cómo no mezclar el llanto á la admiracion? En estos momentos de congoja no es dado á la diestra manejar con seguridad el pincel del biógrafo, el escalpolo del crítico, ni el incensario del panegirista; confún-

dense las ideas con los sentimientos, los recuerdos con los juicios, y abandónase el espíritu á la corriente de su amargura. Mi buen amigo García de los Santos con mayor sosiego ha emprendido respecto de Balmes una tarea, que la confianza mas íntima, el trato mas asiduo, y hasta la permission del difunto le ponen en estado de desempeñar mejor que nadie; hásteme para cumplir con mis deseos y con la petición de varios amigos el desahogar el corazón lacerado, el reanimar por un instante la abatida inteligencia para sentir mejor la pérdida que la abruma.

Para comprender toda la altura á que de súbito se elevó Balmes, preciso es echar una mirada al terreno en que descollaba. Antes de su aparición, la España yacía despreciada por la Europa intelectual, y el clero vilipendiado en España como la clase mas ignorante y rutinaria. ¿Qué sudaban nuestras prensas? Diarios, folletos, contellas de talento desparramadas infelizmente en servicio de pasiones, de intereses del momento y tal vez del error, apologías de la verdad en que, con cortas y honrosas excepciones, corría parejas la exageracion de las ideas con el mal gusto de las formas; por todas partes apasionamiento, frivolidad, olvido de los buenos y sólidos estudios. De pronto aparece un presbítero catalán con su *Protestantismo* en la mano, y saca al público de su desconfianza é indiferencia; todo el mundo lee y admira: los extranjeros no se desdennan esta vez de hacerse traductores; y en un momento el nombre de Balmes, que no era español siquiera, hácese europeo y universal. Apénas ha habido ejemplo de celebridad tan rápida al par que tan legítima y duradera.

Con esta inmortal produccion, en que no hay cuestion histórica, moral, filosófica, eclesiástica, que no se halle tratada y resuelta con superioridad, queda el clero rehabilitado á los ojos de la España, y la España á los ojos de la Europa. El *Protestantismo* no ha tenido emuladores ni descendientes; pero tampoco los han tenido Maistre ni Bonald. Erigido aquel monumento á su fe y al mismo tiempo á la gloria nacional, Balmes miró en derredor de sí, y vió á su patria debatiéndose miserablemente entre mezquinas oscilaciones revolucionarias, perdida toda idea de lo grande, de lo justo y de lo bueno. Ya de antes habia probado trasladar desde las regiones científicas á aquel confuso campo la resplandeciente antorcha de su entendimiento; y sus dos preciosos opúsculos sobre los *Bienes del Clero* y *Consideraciones políticas sobre la España*, y los brillantes artículos de la *Civilizacion* y la *Sociedad*, habian preludiado dignamente al *Pensamiento de la Nación*. Consumó por fin el sacrificio, bajó al palenque, enarboló su bandera, y muchos se asombraron de ver escrito en ella lo que tenian grabado en el fondo de su corazón. Entónces se agruparon en derredor todos

los elementos dispersos, se despertaron los nobles y generosos sentimientos, y ya no admiraban las verdades proclamadas, sino que tanto hubieran tardado en proclamarse. Balmes no creó la opinion nacional, pero la organizó y le dió vida. El hecho en que cifró la realizacion de su sistema, y cuyo exámen siquiera solo ha podido desdeñar la fatuidad doctrinaria, no se ha borrado de la memoria de los mismos que lo miraban con desvío, y en medio de los conflictos presentes y de los mayores que nos amenazan, vuelven los ojos á aquel conciliador proyecto para siempre frustrado, con duda ménos presuntuosa, y tal vez con tardío arrepentimiento.

Balmes ha obtenido dos triunfos que mejoran el concepto de la presente generacion. A pesar de la superficialidad de que adolece, ha leído con ansiedad sus obras sólidas y profundas: todavia el mérito puede abrir camino á la gloria, cualquiera que sea la oscuridad de donde brote; todavia puede labrarse aquella noble fortuna que sirve para apoyar su independencia. A pesar tambien del apasionamiento que domina en la esfera política, donde toda la nacion se revuelve por desgracia, los escritos políticos de Balmes son leídos sin distincion de clases ni opiniones; y al traves de las banderías mas ambiciosas ó violentas; al traves del exclusivismo, del compadrazgo, de las prevenciones de partido, se hace oír una discusion tranquila, imparcial y mesurada. En este triunfo no tenia ménos parte el escritor que el político; una lógica irresistible, una diccion limpia y clara, aquella difícil facilidad recomendada por Horacio, eran los dotes de su estilo. Amplificaba sin pecar en verboso, y no escaseaban en él las frases incisivas, los rasgos de genio, los grandes pensamientos que son por sí solos un discurso.

En medio de tan asiduas tareas escribía el *Criterio*, libro delicioso, profundo en sus principios, interesantísimo en sus aplicaciones, que recuerda á trechos á Montaigne y á La Bruyère. Pero ¿qué mucho, si entónces preparaba tambien su gran *Filosofía fundamental*, obra magnífica y completa, capaz de ocupar la vida de un hombre, y para cuyo análisis necesitaríamos mas tiempo del que él empleó en escribirla? Examinados detenidamente y juzgados los sistemas filosóficos extranjeros, de los cuales en España no se conoce por lo comun sino el nombre, asienta su propio sistema basado en la conciencia ó íntima conviccion, y sobre estos cimientos desplégase uno y vastísimo el edificio, tocando con su cúspide al cielo. En su *Filosofía*, Balmes se anticipó á su generacion; escribióla para otra capaz de comprenderla y admirarla. Pero atento siempre no tanto á su gloria como á la práctica utilidad comun, en su *Filosofía elemental* púsola al nivel de las mas débiles inteligencias, y el deseo de proveer á las ne-

cesidades del naciente clero le sugirió la improba tarea que tal vez ha abreviado sus días.

Acerca de la última producción de Balmes, acerca de su *Pío IX*, solo la pasión ha dado hasta aquí su fallo; y ciertas palabras, nunca mas inoportunas que en el día de su muerte, revelan que no ha llegado todavía la hora de la imparcialidad. Los partidos extremos reconocieron lo que desde tiempo atrás quedaba mil veces consignado; que Balmes no estaba afiliado á ningunas formas políticas inflexibles, y unos se aplaudieron tan ridiculamente cuanto otros se alarmaron. Como estadista comprendía el grande hombre la volcanizada situación de la Europa; como sacerdote, acudió á la defensa de su Pontífice ultrajado por imprudentes rumores. Tal vez su fantasía se exaltó en este mas que en otros de sus escritos; pasión tal vez hizo correr su pluma, pero pasión la mas cristiana, la mas pura, la mas generosa. Si unos sucesos han desmentido por de pronto alguna halagüeña esperanza que allí asoma, ¡cuán espléndidamente no han confirmado otros, mas allá de la prevision del mismo autor, las notables verdades de que abunda! ¿Dónde está esa Austria en quien tanto se confiaba? ¿Qué se hace ese viejo mundo á cuya ruñosa sombra habia de ampararse el santuario? Las predicciones de Balmes necesitan su tiempo para cumplirse; catorce meses trascurrieran desde el doble enlace, y sus siniestros agüeros empezaban á ser olvidados en el letargo de la paz, cuando sobrevino como un rayo la revolución de febrero. El tiempo volverá por *Pío IX*; él mismo lo aguardaba, y asistía con serenidad al gran cataclismo general, llorando los males públicos, pero sin desesperar de la sociedad ni de la religion. Balmes tenia la fe y heroica humildad de Fenelon; nada empero tenia que *retractar*. Pueden tranquilizarse los que creen su muerte efecto del desconsuelo de su espíritu á vista de tamañas caídas, y de cierta confusion por no haberlas previsto á tiempo. Nadie hay aquí á quien *vengar*, todos lloran al escritor siempre noble, siempre creyente; y si hasta la envidia calla á las puertas de la tumba, ¡cuánto mas esas leves divergencias sobre *política extrangera*!

La vida de los grandes pensadores es íntima casi siempre, y aunque Balmes reunia preciosas dotes para la acción, las circunstancias no le permitieron desarrollarlas. Escrupuloso observador de las mínimas obligaciones de sacerdote, bebía en las prácticas ascéticas el vigor que desplegaba en el mundo intelectual. La distribucion de sus horas era metódica en extremo: evitaba sin rayar en misántropo toda ocasion de ponerse en evidencia; recibía con modestia los obsequios que la curiosidad ó la admiracion le prodigaban, pero su placer estaba en el trato íntimo de cinco ó seis amigos. Su conversacion era lacónica sin

adolecer de dogmáticas pretensiones; sincero en sus juicios, atinadísimo en sus consejos, profundo conocedor del corazón humano desde sus arranques mas sublimes hasta los incidentes de la vida real. Oía con deferencia las opiniones ajenas, exponía con firmeza las propias; mas bien que de lisonjeros gustaba de espíritus independientes, y realzaba á sus amigos con pruebas de la mas absoluta confianza. Su sensibilidad era exquisita; pero habia conseguido subordinarla á la razon, y sobre todo disimularla: estaba deseoso de afecto, y sorprendimos en él el delicado sentimiento de que este acaso se encaminara al escritor mas bien que al hombre. Habia sido tambien poeta, y tenia proyectos y aun trabajos sobre la amena literatura, que en su pluma no hubieran sido de mero pasatiempo.

Ningun brillo rodeaba á Balmes sino el esplendor de su mismo nombre: mejor estaba así que en alguno de esos puestos tan envilecidos, que adornado con esas condecoraciones tan prodigadas. Algunos truecan su apellido por un título, y ganan en el cambio; pero Balmes hubiera perdido, porque hay apellidos que valen una corona. Uno de los daños mas funestos á la sociedad y á las letras es el haber confundido las distinciones sociales con la grandeza intelectual: la recompensa no es homogénea; el fin y la recompensa del genio solo está en el espontáneo avasallamiento y en la direccion de los espíritus. No, lo que debíais ofrecer á Balmes no era una cruz ni una mitra, sino aquel homenaje práctico que se presta á la superioridad y nace de la convicción. Balmes ha discutido en política, ha levantado grandes monumentos en el campo de las letras, y nada ha podido influir para mejora y para ilustracion de su país: este es el sentimiento de que no podría consolarse ni aun con la inmortalidad de su nombre.

La índole de las tareas y el carácter de Piferrer impidieron á su celebridad tomar el rápido y dilatado vuelo que logró la de su compatriota. Cuando la juventud literaria evaporaba su númen en folletines, revistas y semanarios á cual mas efimeros y pasajeros; cuando enmudecian nuestras academias y corporaciones sabias, un jóven apenas de veinte años, solo conocido en Barcelona por algunas páginas ménos faltas de genio que de corrección, se asocia con un hombre emprendedor que aprende el dibujo solo para perpetuar en láminas los amenazados monumentos de su patria, y consagra á la realizacion de este osado pensamiento todo su tiempo y escasa fortuna. De esta asociacion nacieron en 1859 los *Recuerdos y Bellezas de España*; ensanchóse el plan en la ardiente cabeza del jóven escritor; los monumentos le condujeron á la historia, la historia le despertó la ambicion de esclarecerla con no conocidos datos y documentos. Viajaron por el

Principado, ardiendo entónces en guerra civil, los dos intrépidos artistas, uno con el lápiz, otro con la pluma en la mano: arrancan sus secretos á los archivos, su explicacion á las ruinas; y ricos con su botin dan á luz el primer tomo de Cataluña con un lujo y esplendidez nada comun entónces, y con una copia de investigaciones y un calor y belleza de estilo ménos comun todavía. Terminado su primer ensayo, con el cual se mostraba años despues harto riguroso y descontentadizo, emprendió Pífferrer á los dos años el viaje y el tomo de Mallorca, desarrollándose y mejorando sus facultades con tal rapidez, que asombró á los mismos que cifraban en él las mas altas esperanzas. En 1843 emprendió el segundo tomo de Cataluña para llenar los huecos del primero; pero la extension colosal dada á su idea y otros obstáculos personales paralizaron tanto su publicacion, que la muerte le encontró aun trabajando en ella.

Hasta entónces los poetas no se habian identificado con los artistas: la descarnada descripcion de Ponz, los catálogos de Cean Bermudez y Llaguno, y las disertaciones del gran Jovellanos, en que admite ya con sobriedad algunos severos adornos, es lo único que tenemos en este género. La obra de Pífferrer es un poema, es un *Child Harold* artistico; y si de algo puede tildársele es de cierta exuberancia de imaginacion y de sentimiento. ¿En qué página no se ven brillar pensamientos grandes, enérgicos, delicados? ¿Con qué maestría no pasa de las regiones del idealismo á las de la historia, y de la metafísica del arte al exámen de una institucion social á la aclaracion de un punto controvertido! El monumento se anima bajo su pluma, lo acaricia, lo pono en movimiento; desentierra del olvido el nombre de sus artifices, modestos como él é ignorados. Una arquitectura conocida apenas en España, la bizantina, le debe, merced á largas observaciones, el descubrimiento de sus reglas, de su nomenclatura, de su distribucion y místico sentido. Si, las artes son muy deudoras á Pífferrer, y no temo decirlo aunque continuador de su obra; cuanto doy á su parte inventiva otro tanto quito de la mia, y en este justo cuanto dulce homenaje experimento una complacencia superior cien veces á la del amor propio.

En 1844 ni sus achaques ni sus ocupaciones le permitian ya dar cima por sí solo á su grandiosa empresa: su alma ardiente y sensible, aunque encerrada en robusto cuerpo, llegó por fin á minarlo y á gastarlo con sus arranques entusiastas y con el incesante estudio. Su actividad redoblaba sin embargo; repartia sus horas entre la biblioteca de San Juan y la cátedra de literatura, y en 1846 produjo á la vez su metódica coleccion de los *Clásicos Españoles*, acompañada de biografías, y su revista titulada la *Discusion*, basada sobre una idea altamente creyento y religiosa,



y de la cual no aparecieron sino muy pocas entregas. Piferrer obtenia un lugar entre nuestros poetas de primer orden; en su lira alternaban los sonidos mas dulces con los mas enérgicos, é imitaba como nadie la melancolía de las cántigas populares y los giros y arcaismos de nuestro Romancero. Revolvía desde largo tiempo el plan de algunos dramas, y sobre todo de un magnífico poema; esto era el objeto ideal, el amor constante de su fantasía; entreveíalo en el porvenir como un monumento de gloria, aplazábalo para una época de completa salud é independencia, y sin duda allá en sus últimos instantes le habrá dado un adios tristísimo como á una vision querida que se desvanece.

La imaginacion de Piferrer tenia el carácter melancólico y grave de las del Norte; pero la fe con su antorcha disipaba los nebulosos vapores que pudieran ofuscarla. Era su alma eminentemente cristiana, y no podia rendir culto á lo bello y á lo grande sin remontarse luego hasta Dios. Su mirada apacible, su frente despejada, su rostro pálido é interesante; en su vida interior energético y firme, en el trato social harto tímido y modesto, prenda que le ganó el aprecio de cuantos le trataron durante su único viaje á Madrid en el postrer otoño, descubriendo en él un tipo casi no conocido del hombre literato. Inspiraba y sentia afectos vivos y constantes, y aunque se quejaba de desengaños y sequedad de corazon, revelábase este naturalmente afectuoso: amante noblemente de la gloria, lo era todavía mas de sus amigos, y no perdía ocasion de sobreponerlos á la suya. Consagrado desde su edad primera al sosten de una anciana madre y de familia numerosa que cifraba en él su apoyo, y aguerrido en las tristes realidades de la vida, eximióse de los locos devaneos y de los dolores ficticios que agitan á tantas existencias juveniles, y conservaba un no sé qué de candoroso. Aunque retraído de la sociedad, su nombre era muy popular y querido en Barcelona, especialmente entre la juventud que le reconocia como á su jefe de escuela. Su entierro fué una ovacion; las autoridades y corporaciones principales, la flor de la poblacion, acompañaron el féretro, y eso que no encerraba los restos de alguna notabilidad política ni de algun opulento fabricante.

¡Oh bueno y entusiasta amigo! yo no podré respirar el aura pura de las montañas, ni la brisa de los mares, sin acordarme de tí que les pedias en vano la prolongacion de tu existencia. Ya no oí sin estremecerme esas baladas populares cuyas tristes y dilatadas cadencias te complacian tanto, ni esos acentos de Rossini y Bellini que trasportándote á un mundo mejor, te daban una intuicion en los arcanos mas sublimes del arte que sobre todos te vivificaba. Tu memoria me acompañará al través de las campiñas, al través de los monumentos, sin poder ¡ay! repartir con-

tigo mis impresiones; y me la recordará siempre esa obra sobre la cual mi pluma se ha suspendido un instante, como el artífice que suspende su fábrica para labrar un sepulcro al malogrado arquitecto que dió la traza, y luego se arroja con nuevo ardor á la conclusion del edificio que ha de servir de monumento inmortal á su autor primero.

Madrid, 31 de julio 1848.

**DON RAFAEL MARÍA BARALT.**

## CRÍTICA LITERARIA.

Obras de don Francisco de Quevedo Villegas, coleccion completa, corregida, ordenada é ilustrada por don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. Tomo I.

Comparar centenares de textos viciados por la incuria ó por ignorancia para restablecer la genuina leccion de un libro; desenterrar originales, ya casi ilegibles, para restituir su pristina pureza á la letra y al espíritu de un autor, tener á la vista todas ó la mayor parte de las ediciones de sus obras, clasificarlas con orden y método riguroso para formar de ellas un índice cronológico y una tabla completa de variantes; registrar con la pluma en la mano bibliotecas públicas y librerías particulares, ya dentro, ya fuera del reino; hacer inmenso acopio de materiales en archivos desconocidos; desentrañar el recóndito sentido de las palabras, de las ideas y hasta de las intenciones apenas asomadas en la frase á la luz de la historia del tiempo coetáneo, llevando por delante la antorcha de la etimología, y siguiendo paso á paso el hilo conducto de la vida, los hechos y el carácter del escritor, averiguar de este, día por día, hora por hora, les pasos, los dichos, las acciones, los escritos; y conseguir por este medio, con paciencia de santo, con laboriosidad de fraile sabio, con porfía y constancia que pasman, hacer un libro nuevo de muchos libros viejos, y un autor contemporáneo y flamante de un antiguo, ya muy olvidado, es de suyo un milagro; el milagro de resucitar los muertos y de dar luz al caos; milagro que en otro tiempo solo fué dado hacer á unos hombres que se llamaban los Benedictinos, y que hoy suelen reproducir otros que tienen nombres ingleses y alemanes.

Pero si llevar á cabo tamaña gallardía y soberano alarde de fuerza con un escritor cualquiera es, segun acabamos de decir, una maravilla de habilidad y de constancia, realizarla con Quevedo y sus obras raya en inaudito; porque para ello ha sido necesario, renunciando á la unidad de las ideas simples y de los asuntos concretos, abarcar en indagaciones de todo género un conjunto de ideas tan revesadas y complejas, como fué un complejo y revesado, al par que travieso y secundo, el ingenio de un escritor que nos ha dejado en sus obras muestra completa de la cultura y la sabiduría de su tiempo; un espejo fiel de todas sus impresiones morales y el diario, digamos, de su vida asendereada y fatigosa. Hombre de espada y de pluma; político; negociador; poeta satírico y jocoso al par que poeta grave y culto; historiador; moralista; ascético, el Sr. de Juan Abad, aun dado que hubiese sido un hombre comun y de poco elevado entendimientos pedia por comentador, escoliasta y biógrafo un perito en nuestra habla vulgar y en nuestro lenguaje literario; un erudito familiarizado con la historia del reinado de Felipe IV y el de sus antecesores; un profundo conocedor de la vida y los escritos de los ingenios coetáneos; si hábil lo bastante para interpretar texto y comentar pasajes, suficientemente imparcial y desapasionado para fallar en justicia el largo y complicado pleito que sostuvo Quevedo con cuanto vivía á su alrededor en las esferas de la política, de la gobernacion y de las letras. Era en efecto muy difícil arrostrar con una edicion completa por una parte, y por otra amena y popular de Quevedo; y mas difícil aun hacer al cabo de dos siglos un retrato espresivo y fiel de este secundísimo ingenio empleando por pincel su propia pluma, y por colores sus escritos; los cuales, ó por lo viciado de las ediciones, ó por los asuntos de que tratan los mas, ó por la diferencia que hay entre el espíritu de nuestra edad y el de aquella en que él floreció, ó estaban punto menos que olvidados, ó lo que todavía es peor, mal entendidos.

Y en hecho de verdad, mientras las cuatro quintas partes óo sus obras eran para los mas eruditos letra muerta, ó mera antigalla literaria, la generalidad de las gentes no recordaba á Quevedo sino como un decidor, agudo y maldiciente, menos digno de consideracion y aplauso por la delicadeza de los conceptos y el aticismo de las formas, que por la grosera, si bien incisiva y mordicante franqueza de la sátira: especie de Juvenal de la plebe, justiciero si, pero brutal y rudo como ella. Nadie pensaba en el político, ni en el historiador, ni en el moralista: sus obras polémicas tan ruidosas un tiempo; sus discursos tan encomiados, sus *Sueños* tan leídos que fueron por muchos años pasto y solaz intelectual del pueblo todo; nada, nada sobrevivía de Quevedo en

la ingrata memoria de las generaciones sino algunos dichos de travesura proverbial que debían su inmortalidad á su malicia.

¡Cosa rara! El escritor mas popular de su siglo, ha sido hasta ahora el menos conocido en el nuestro. Mientras Lope de Vega, Góngora, Calderon, Moreto y otros, nada mas que poetas, revindicaban lentamente, pero con paso seguro, sus derechos al precio y justa admiracion del público, Quevedo, poeta al par que filósofo, iba por grados cayendo en el olvido. Favorecia á los unos la necesidad de cada vez mas reconocida é imperiosa de estudiar nuestra antigua escuela dramática; el ejemplo que nos daban los extranjeros recogiendo, comprando á precio de oro, aplaudiendo é imitando sus escritos; y por fin, el instinto nacional que siempre ha visto en ellos la manifestacion mas original y espontánea del ingenio, del carácter y del espíritu español. Al paso que Quevedo calumniado en vida, y abandonado despues de muerto, sin escudo ni defensa á la accion inexorablemente progresiva de la opinion y de los tiempos, ha menguado en importancia á medida que la perdian las cuestiones á cuyo esclarecimiento dedicó una gran parte del inmenso caudal de su doctrina y su esperiencia.

Acaso el fondo de las cosas no haya variado mucho de como era en los tiempos del autor de la *Fortuna sin seso* y de los *Grandes anales de quince dias*; pero son diferentes las formas: y formas diferentes piden medios de controversia y de accion muy distintos de aquellos que dieron á Quevedo merecida reputacion de valeroso repúblico, y de censor implacable cuanto justo. Así que por mas que sus escritos sean, como son, una mina inagotable de preciosas noticias tocante á la gobernacion y á las costumbres; por mas que en ellos veamos, como vemos, retratada mejor que en ningun otro monumento de la historia, de la literatura ó de las artes, la sociedad á la vez hipócrita y galante de su tiempo; por mas, en fin, que sea su estudio una preparacion indispensable para el perfecto conocimiento de aquella época fatal de nuestro pueblo, es lo cierto que poco ó nada puede hoy imitarse del modo y términos que él empleaba para llevar al corazon de los magnates la hiel de sus censuras.

Por otra parte, la política ha dejado de ser una ciencia subordinada á la Teología; la Historia tiene otras condiciones, otro método, otros fines muy distintos de los que en tiempo de Quevedo constituian su estudio; la Moral misma ha perdido mucho del ascetismo que la daba aires monásticos; y libre al fin el pensamiento humano de las trabas que entonces le sujetaban y oprimian, no necesita del velo de los emblemas y las alegorias para llamar las cosas por su nombre. Con lo que y cambiadas á lo menos en la apariencia, costumbres, vicios, preocupaciones y aun lenguaje, habia llegado á ser el de nuestro autor ininteli-

gible para la mayor parte de las gentes. Del edificio colosal de su primera reputacion solo quedaban en pié los romances jocosos y picarescos, que jamás fueron para él mas que efimeros desahogos del corazon ó alegres esparcimientos del ánimo; y por uno de aquellos juegos caprichosos del acaso que confunden la humana inteligencia, el autor de *Marco Bruto* y de la *Politica de Dios* debia una equivocada inmortalidad, no á los frutos, sino á los desperdicios; no á las flores, sino á lo que muy bien hubiera podido llamar él mismo las heces de su ingenio.

Quevedo era, pues, á la aparicion del libro de que tratamos un autor poco conocido, una gloria poco envidiable, un hombre mal reputado en carácter y costumbres. Solo existian escasas y muy imperfectas noticias de los hechos de su vida pública y de su vida privada: nacionales y extranjeros todos habian errado groseramente al tratar de su persona y de sus obras; y oprimido bajo el peso de la tradicion de sus estravios de ingenio y de conducta, ocupaba en las gradas de nuestro parnaso un lugar muy parecido al que al lado de Dante y del Tasso, de Corneille y de Racine ocupan respectivamente en el parnaso de Italia y de Francia, Pedro Arretino y Rabelais.

Hoy ya es otra cosa: restablecida la pureza original del texto, que unos habian mutilado y otros añadido; desentrañadas las alusiones; descifradas las voces de invencion; aclaradas las dudas; rectificadas los errores, podemos leer á Quevedo en la edicion de seguro mas correcta, limpia y bella que ninguna de las que han sido hasta ahora publicadas, incluidas las contemporáneas del autor. El juicio de sus obras, hecho á la luz de lo que estas arrojan de sí por el movimiento propio de la invencion, y de lo que deben á circunstancias exteriores, nos revela el pensamiento dominante de la escritura y nos permite leerla con el espíritu del autor y con el espíritu de su siglo, único medio seguro de hacer justicia á todos. Y para que nada falte á esta obra singular de regeneracion, una historia lata de Quevedo hecha con esquisita diligencia, con justificada imparcialidad, sumo criterio, y un primor de frase raro ya en España, nos abre la puerta al indispensable conocimiento del hombre vivo, con todo el séquito de pasiones y de intereses, de virtudes y vicios, de miserias y grandezas que constituyeron su personalidad, y que se reflejan en sus obras dando á estas genial y propio colorido.

Nada falta pues: los escritos y el escritor; el hombre y su siglo, todo se halla aqui examinado, juzgado y sentenciado. Un hombre sencillo, de fe profunda, de noble entendimiento y recto corazon, acomete la empresa de restaurar en su antiguo brillo una gloria empañada menos por el tiempo que por la aviesa mano de la codicia librericil; y ese hombre, solo, con escasos recursos,

merced á esfuerzos improbables cuanto perseverantes de espíritu y de cuerpo, logra levantar de pié sobre ancho y fino pedestal la estatua que yacia por tierra mutilada.

Pero ahora, cerrando los oídos al suavísimo lenguaje y variado primor de estilo con que están escritos el *Discurso preliminar* y la *Vida de Don Francisco de Quevedo y Villegas*, ¿no será permitido preguntar si en esta parte original de su trabajo ha sido el editor tan feliz como en aquella otra que solo tenia por objeto devolver su perdida integridad y pureza á la obra ajena? Profundamente poseído de la generosa idea que le ha guiado en esta empresa, ¿ha acertado á juzgar con entera libertad de entendimiento al escritor á quien, por decirlo así, resucitaba? Esa estatua á tanta costa levantada, ¿no se ha convertido para él en un idolo; y á semejanza de todos los idólatras pasados, presentes y futuros, ¿no adora la obra que hasta cierto punto le es permitido llamar obra de sus manos?

Sobre esta duda nos limitaremos á decir que acaso pueden tenerse opiniones diferentes de las del editor; pero que es muy difícil rebatir los documentados argumentos en que tiene esto cuidado de apoyar las suyas. Don Francisco de Quevedo y Villegas nos merece mejor concepto como escritor que como hombre; como poeta que como prosador; como poeta jocoso y satírico que como poeta grave y elevado.

En cuanto historiador, no ha dejado huella ninguna en la ciencia entre él y Vico; por lo tocante al pensamiento, media un abismo: entre él y Mariana ó Zurita, por lo que respecta á la diccion y al estilo, no hay comparacion posible. No tiene, como ascético, ni el nervio y la incomparable majestad de Granada, ni la dulzura ó irresistible persuasiva de Leon: cualidades preciosas que son dádiva del cielo, porque manan como de fuente viva é inagotable de la nativa sensibilidad y de la fe; del corazón desprendido de la tierra y del alma embelesada en Dios. En fin, puede dudarse si siempre y en todos casos fué la política de Quevedo la del hombre justo y probo que detesta los abusos por amor desinteresado al buen orden y recta gobernacion de la república, ó si se la dió á las veces á la política del mal humor y rebeldia que distingue de un Ciceron á un Catilina.

Así y todo, Quevedo merece ser mas leído y estudiado que ningun otro autor del siglo xvii, tanto porque en todas sus obras hay un fin útil de advertimiento ó de enseñanza, como porque son para la lengua, la crónica general, la historia literaria y la de las costumbres de su tiempo, un riquísimo venero de noticias de gran curiosidad y fidedignas.

Y por lo tocante á sus servicios, grandes fueron los que al lado del ilustre Osuna prestó Quevedo á España con un desinterés

y una limpieza que no eran de aquel tiempo, y que son muy de desear en el que nosotros alcanzamos. A mas de que aun dado que en su vida pública y privada hubiese cometido errores graves; cuando no bastasen á disculparle el ejemplo de sus contemporáneos, y la probidad y el honor huidos de la sociedad y del gobierno, absolveríale por completo su muerte desdichada, que hicieron gloriosa la tiranía y la violencia, santa la resignacion y la piedad. Merced á su postrer martirio, purgó Quevedo en la última parte de su vida los estravios de la vida juvenil y las flaquezas de la edad madura. Y todo bien considerado; pesados en fiel balanza el mal y el bien; llamados á juicio comparativo el hombre y su época, las intenciones y las obras, bien podemos decir que fué D. Francisco de Quevedo y Villegas uno de los últimos varones que aparecieron en el imperio español cuando este tocaba ya al borde de la sima en que las liviandades y bellaquerías pueriles de una dinastía impotente y caduca hundieron para siempre, con lástima de propios y de estraños, su colosal grandeza y poderío.

#### **DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.**

##### **Una algarada.**

¡Qué hermosa perspectiva ofrece un campamento cuyas tiendas de brocado y seda se confunden entre espesos avellanos, entre bosques de palmeras y de cidros! ¡Cuán deliciosas tintas forma el último encendido rayo del sol al caer sobre las álbeas puntas de Sierra-nevada; y cuán vivamente destella en los elevados minaretes y en los chapiteles de bruñido metal que coronan la ciudad morisca! Granada, la joya mas rica de la diadema de Boabdil, el último baluarte de su poderío, la única prenda de su esperanza, se distingue al frente del campamento cristiano, envuelta en los mágicos vapores del crepúsculo de la tarde. Por entre las lejanas cumbres de la Alpujarra se alza la luna de agosto en todo su esplendor; las brisas, empapadas en el aroma de las flores y en los tesoros de las fuentes que se derraman por la inmensurable vega, refrescan el ambiente: en aquel país reflejan, en suma, los encantos de un paraíso. ¿Quién podrá creer que se hallan frente á frente dos pueblos enemigos, animados de una saña implacable: el uno denodadamente resuelto á vengar una afrenta sustentada por ocho siglos; y el otro defendiendo las mas caras prendas del corazon, sus padres, sus esposas, sus hijos, los

parajes en fin en que se deslizaron los floridos dias de su infancia? ¿Quién, que mire el puro trasparente cielo, tachonado de estrellas que como encendidos diamantes se desprenden sobre las montañas inmediatas, podrá figurarse que este mismo cielo ha de presenciar muy pronto la desolacion y la ruina de las infinitas blanquísimas almunias y alquerías; y que las llamas han de devorar aquellos campos risueños? La noche cierra apacible y doleitosa; y el confuso eco de las cántigas de aventureros de todos los paises de Europa, interrumpiendo el solemne misterio del recinto, se mezcla con el murmurio de las cascadas y con el armónico sonido de las trompas bélicas que festejan la llegada de la reina de Castilla. Parece que este acontecimiento infunde un valor sobrenatural en los pechos de los campeones de la Cruz, quienes imaginan ver caer ya despedazadas las ferradas puertas de la Alhambra, y resplandecer la luz de Isabela en sus espléndidos salones. La entusiasmada multitud rasga el viento en vitores y aclamaciones en derredor de la régia morada; la cual la forma un elevado alfaneco al estilo oriental, cuyas riquísimas colgaduras, sostenidas con oportunidad por lanzas vencedoras en cien combates, dan lugar á lujosos apartamientos donde deslumbra la vista cuanto pudo reunir la comodidad y el gusto mas esquisito. Es un palacio de campaña, pronto á deshacerse y á aparecer de nuevo, que se despliega entre perfumados jardines, animado por cuanto habia entonces en España de noble y generoso. El brillo de Isabel llena sus espacios, como el sol los ámbitos del mundo; y la reina es el alma de todos los proyectos, de las empresas mas difíciles. Allí se mira el rayo de la guerra, marques de Cádiz, que dió honroso principio á la de Granada clavando en los muros de Alhama el pendon de Isabel; allí el de la roja cruz, maestro de Santiago; allí el que ilustró la casa de Córdoba, vencedor de Boabdil en Martin-Gonzalez; allí aquellos á quienes estaba reservada la gloria de tremolar la enseña del Salvador y el estandarte de Castilla en la torre de la Vela, el gran cardenal de España y el conde de Tendilla; y allí en fin el triunfador en Cirinola y Garetano, terror de los turcos y de los franceses. La conquista de Granada habia sido el anhelo constante de Isabel, y el blanco de sus deseos. Arrancar de raiz la raza agarena, que por tan dilatados años se había enseñoreado de la peninsula española; formar de ella un solo pueblo grande y poderoso; y estender por todas partes la suave y pura religion del Crucificado, habia sido la ambicion constante de la reina desde que empuñó el cetro de Castilla. Para conseguir tan nobles objetos no solo se valia de su espíritu de fortaleza, de su ingenio claro y penetrante, sino que personalmente arrostraba los peligros, y desplegaba todo el vigor de su alma, toda la intrepidez de su carácter. Isabel lo mismo



dirigia los consejos de sus capitanes, que empuñaba la espada, trocando por el luciente arnes los damascos y las galas mujeriles. Aun estaban recientes los laureles que habia ceñido ante los muros de Baza; y los soldados castellanos no sabian si era un ser humano aquella mujer que los conducia á la victoria. Los gefes le prodigaban los nombres de cristiana Pallas y de invencible amazona; y todos la llamaban madre la mas cariñosa y tierna.

Isabela habia llegado al real con decidido propósito de no levantarlo hasta que, siendo Dios servido, la encantadora ciudad del Dauro y del Genil estuviese en poder de los cristianos: y como el nombre de Granada hacia vibrar siempre su corazon, le parecia mentira el vislumbrarla á dos leguas de distancia, y anhelaba vivamente poderla contemplar mas de cerca. — « Que mañana, al rayar el dia, el marques de Villena con tres mil caballos y diez mil peones tomo la vuelta del valle de Lecrin; que se apodero de todos los lugares levantados, y que impida que lleguen provisiones á la ciudad del enemigo: que el marques de Cádiz prevenga una escolta poderosa que me acompañe y á las damas de mi corte; y que, ántes de amanecer, el conde de Uroña y don Alonso de Aguilar con sus batallones se apresuren á ocupar el cerro de la Zubia. » Y, dirigiéndose á Fernando, en voz que tan solo de él pudo ser oida « me ofende » le dijo « la dilacion de entrar en Granada; y para entretener el deseo, mientras acerca el Todopoderoso tan feliz instante, quiero contemplarla como el águila contempla la estension de los mares. » — Y, volviéndose á los caballeros, añadió: « el rey, mi señor, quiere que así se haga; pero prohibe que las tropas que se acerquen á la Zubia ataquen al enemigo, y que admitan desafios ó escaramuzas; porque no sufriria que mi curiosidad costase la vida á ningun viviente. » Estos sentimientos que Isabel ponía en boca de su esposo, eran los que hermosos y dulces abrigaba su corazon magnánimo. Jamás sonó en sus labios el nombre de Fernando sin que se refiriese á una accion grande y noble, y sin ir acompañado de una esprocion de amor ó reverencia.

El mandato de la reina inflamó de todo punto el corazon de los guerreros, que ya se prometian llegada la ocasion de venir á las manos, y hacer mas ilustres los timbres de su casa, si bien no podia ménos de acibarar su entusiasmo verse en el caso de esquivar algun notable reto ó alguna empresa á que los incitase el arrojito y bravura de los moros granadíes. — Un hombre oscuro, de hábito humilde, pero de vivos y penetrantes ojos, parecia indiferente al comun alborozo; si ya en su semblante no dejaba de entrever señales ciertas de impaciencia y despecho. Seguía con ávida mirada los movimientos del gran cardenal arzobispo de Toledo, don Pedro Gonzalez de Mendoza. de quien pendia el úl-

timo rayo de su esperanza. Un pensamiento generoso, inmenso, atrevido habia labrado por espacio de diez y siete años en la imaginacion de aquel hombre; y en aquel pensamiento se abrasaba su corazon, y aquel pensamiento era la luz de su existencia. Para realizarlo no le arredraron nunca ni las inclemencias del cielo, ni el furor de los elementos, ni las amarguras y desengaños de los cortesanos, ni el ridiculo mortificador de los necios y de las medianias, ni el rigor de la miseria y del hambro. Colon habia recorrido las mas florecientes naciones de Europa; y donde quiera habia encontrado menosprecios, mofa, negligencia, felonía, ó por lo menos lástima.

Por fin late fuertemente el pecho de aquel hombre, y ya no ven sus ojos sino á la reina y al cardenal, ontre quienes media una conversacion muy animada. Retírase por fin aquel prelado, á quien el vulgo llama *tercer* rey de España, á causa de la influencia que por sus talentos y virtudes tenia en los mas graves negocios de gobierno; ofrécese Colon al paso, y logra que le prometa que, al día siguiente, despues de la expedicion real de la Zulia, seria recibido en particular audiencia ante S. A. la reina de Castilla.

Al dirigirse esta á su cámara, fija su atencion en el oscuro personaje, como queriendo reconocerle; la marquesa de Moya le saluda con afabilidad; y una de las damas de la régia comitiva deja caer un ramo de flores, que Colon, radiante de placer, recoge presuroso. Cuando la fortuna se decide á proteger á un mortal, los favores de esta deidad caprichosa se atropellan unos á otros: y entónces para apurar sus dulzuras es pequeño el corazon humano. Colon debia hablar aquella noche al objeto de sus amores y delirios, á la mas apuesta dama de la corte, á la hermosa cordobesa doña Beatriz Enriquez, y al día siguiente debia proponer á Isabel de Castilla el descubrimiento de un nuevo mundo.

Cuando á principios de 1486, sin otra recomendacion que la del caritativo y despejado guardian de la Rábida, so presentó Colon en la corte (que residia por aquel medio tiempo en Córdoba), mientras seguia sus pretensiones y á los áulicos y magnates para que patrocinasen su empresa, vió y trató á la hidalga doña Beatriz Enriquez, cuyo peregrino ingenio é imaginacion viva y penetrante pudieron apreciar muy pronto el valor del olvidado estranjero. La afabilidad con que aquella señora le escuchó; el interés que mostró en el proyecto que Colon concibiera; lo que influyó para que se realizase, inflamando constantemente el espíritu de aquel hombre extraordinario, le cautivaron y rindieron de tal modo, que desde entónces el marino labró en su corazon un trono á aquella mujer que tanto habia sabido comprenderle. Muy

luego hizo el amor su oficio; y seis años de entusiasmo, de leal correspondencia, de fina galantería brillaron para los dos amantes, trayéndoles todos los encantos de un cariño el mas estremado y verdadero. Sin embargo, un sentimiento de delicadeza, tan propio de aquellos tiempos heróicos, impidió á Colon solicitar la mano de su amada, esperando con confianza segura y resignacion religiosa que vendria un dia en que pudiera enlazarse á la bella y noble cordobesa igual en timbres é importancia al primer grande de la corte española. Y cuando, entre infructuosas pretensiones, la ansiedad, la duda, la desconfianza despedazaban el amor propio de Colon, los lazos de Beatriz ligaban fuertemente á España, y en ella vinculaban para siempre un genio sin igual. — Dulce y deliciosa fue para el mortificado pretendiente la noche del 24 de agosto de 1491, en que despues de una larga y penosa separacion lograba contemplar al resplandor de la apacible luna el rostro de la mujer á quien amaba tan entrañablemente: fáciles y ligeras se deslizaron unas horas que de otro modo hubieran sido de insomnio y de tormento; y risueña y propicia parecia que la suerte auguraba todas las felicidades que sueña el corazon en los momentos de delirio.

Los primeros rayos de la aurora, penetrando por las sutiles brumas que se alzan de las acequias y de los rios, refléjanse en las tersas armaduras de los soberbios escuadrones á cuyos pies se mira desaparecer la vega de Granada. Ya se perciben desde los oscpos olivares de la Zubia los agudos acentos de las trompetas y el relinchar de los caballos. Desplegadas enseñas y divisas de las casas mas ilustres de España ondean, á merced de los suaves vientecillos, sobre un mar de pomposos penachos, de variados plumeros: y gallarda comitiva de ricos-hombres, de grandes dignatarios, de pajes costosamente vestidos, sigue y rodea á los monarcas de Castilla. Las batallas de aquel ejército que lentamente se adelanta á ocupar las alturas de la Zubia, parecen vistosas cuadrillas de un torneo que ha de verificarse dentro de un palenque de treinta y siete leguas de ruedo (tanta es la estension de aquella vega), y donde cada caballero piensa que es el solo en apostura y gentileza. La pequeña poblacion de la Zubia está sentada en las verdes faldas de Sierra-nevada, guarnecidas con pajamanos de plata (que así se creyeran los infinitos arroyos que la cruzan); y de los laureles que dan sombra á la cascada de un pequeño cármén, se ha labrado el pabellon desde donde los reyes han de contemplar la ciudad famosa de los moros. El duque de Escalona, el conde de Ureña, y don Alonso de Aguilar defienden con sus escuadrones la parte de la sierra; y la que mira á la ciudad se ha confiado á los condes de Tendilla, de Montemayor y de Alcaudete, dando frente al enemigo. ¡Cuán hechicera es la

cercana perspectiva de la Damasco de occidente, la ciudad de las mil torres, la de los cármenes y jardines encantados, la de las labradas mezquitas, la de los alminares de plata! Aquellas azoteas coronadas por las damas moras que observan el alarde cristiano, son las del Albaycin, barrio que dió hospitalidad á un pueblo errante y desgraciado: aquellos palacios elevados que relucen como las estrellas del cielo, son la Alhambra, morada régia que labró el que encontró el secreto de la alquimia: aquel es Ginalarife con sus luertos sin rival en el mundo; el alminar de Darlaroca es el que se dibuja en el brillante azul de la atmósfera, y los Alizares son esos pensiles que á la falda del rio se retratan en las aguas del Genil. Un éstasis se ha apoderado de Isabela, cuyos ojos se apacientan en tantos objetos: piensa que se ha acercado al trono del sol, y que solo allí está la luz y la belleza, y que todo lo demas es triste y sombrío.

De repente el grito de guerra resuena por las guájaras y fragosidades de la sierra vecina. Al propio tiempo las puertas de la ciudad se han abierto, y millares de ginetes vuelan en busca de los cristianos. Muza, el valiente Muza, el mas leal caballero de la corte de Boabdil, en cuyo pecho arde puro, inestinguible el fuego de la patria, marcha al frente de los muzlimicos escuadrones. Los atabales y lelilies enardecen el brio de los caballos, cuyos dueños los revuelven gallarda y primorosamente; y en tanto no cesan de salir al campo vistosos batallones de infantes moriscos vestidos de diversos y peregrinos colores, y armados de arcabuces, ballesas, lanzas y cimitarras. Los campeones de la Zubia esquivan el combate; y el enemigo no sabe á qué atribuir la inaccion de los cristianos. En vano aquel los incita, los reta y los denuesta; y en vano arroja sus propias lanzas dentro de las batallas españolas. El ardor de los granadies, exasperado por aquellas señales al parecer de desprecio, se exalta y se embravece; y ya la lucha es inevitable. Naim Reduan, desprendiéndose de las guájaras y fragosidades, ataca y desordena la retaguardia confiada al duque de Escalona: las buestes de Muza dirigen tiros muy certeros á los héroes de la algarada; y los soldados de la Cruz se miran en un punto acometidos por todas partes. El humo de las lombardas oscurece el día; y solo relumbra el esplendor de mil hechos ilustres. Las atakebiras y grita de los árabes atruenan el recinto: los yelmos saltan en pedazos; y la sangre, rebentando á borbollones, matiza los flores y enrojece los arroyos. Muza con la flor de la juventud granadina trata de acometer una aventura que le haga inmortal, que lave la mancha afrentosa caída sobre el trono de la Alhambra, y que decida de un golpe la suerte de la guerra. Nueve años ántes cautivaron á Boabdil los paladines cristianos: ahora parece que la fortuna pone en manos de los moros á la reina do

Castilla. Un ciego frenesí se apodera de los granadines : nada hay que se oponga á su furor, que, llevado al colmo, arrolla y desordena la mesnada del conde de Alcaudete. Este acontecimiento esperaba Muza; y ya su triunfo era indudable. Con la celeridad del rayo métese rompiendo por los castellanos escuadrones, y todo lo invade, lo tala, lo hiende y atropella hasta penetrar junto al regio pabollon. La temeridad y arrojo de aquel puñado de valientes los hace invulnerables, y deja á su enemigo atónito y desconcertado. Muza busca su presa como la tigre á la que acaban de robar sus hijos. El último esfuerzo, y es suya la reina de Castilla. Los bizarros guerreros que defienden la régia morada, caen revolviéndose en su sangre. Muza ha llegado á columbrar á Isabel brillando entre sus damas aterradas como brilla la azucena entre los rojos alielies; y Muza y los suyos entran por fin en la tienda. Ya no hay respetos que contengan los sollozos y alaridos de las damas, cautivas las mas hermosas del afortunado musulman. Ya Muza se complace en su triunfo. Cayeron por tierra la constancia del indomable español, sus proezas de siete siglos, los esfuerzos y santa confianza de una generosa matrona, y los sacrificios sin cuento de una porfiada guerra de diez años de esterminio y de muerte. El rescate de Isabela bien debía de valer todo un reino; y muy pronto quizas la media luna volveria á enseñorearse de las cumbres de Guadarrama; y muy pronto quizas volveria Algecira á dar entrada á las tribus berberies y á los alárabes del Ilegiaz, del Yémen y del Indo. Mas, ah! el peligro de Isabel ha herido vivamente el español orgullo; y un solo pensamiento anima á los cruzados : la salvacion de quien es su joya mas preciosa, su vida, su esperanza. Ya no hay estímulo mayor que pueda superar á este sentimiento : ya es invencible el ejército cristiano. Es un torrente que se desborda sobre la tierra y arrebata cuanto se opono al impetu de su curso. En vano Muza emprende hazañas dignas de inmortal renombre; en vano alienta con su ejemplo á aquella juventud fogosa; ya no pelea por la gloria y por la patria, sino por la vida : dos mil de sus valientes yacen tendidos sobre el campo de la escaramuza; y la media luna sucumbe confundida y humillada. Isabel se salvó. El cómo, tan solo Dios lo sabe.

Cuando por la noche tornó el real á su antiguo sitio junto á las fuentes de Húercal, al recordar los campeones de la algarada las hazañas de aquel día, contaban unos que el extranjero que soñaba un nuevo mundo habia peleado como bueno y como honrado y valiente, al lado de la reina; y otros que San Luis se habia aparecido y habia libertado á esta señora, ocultándola entre los laureles.

Las diligencias que hicieron los reyes para rescatar los cautivos

de aquella algarada fueron inútiles; y desde aquel momento empezó entre castellanos y granadinos una guerra á muerte. Aquellos apretaron el cerco con el mayor denuedo; privaron á Granada de recibir víveres ni otra ninguna clase de socorros; é hicieron nacer en su seno la division, el hambre y la miseria. Granada al fin sucumbió: Granada vió caer las lunas de sus mezcuitas; salir de su suelo para siempre sus reyes y sus héroes; desaparecer á Muza; ocupadas las fortalezas de Habuz y de Alhamar por yelmos y lanzas de los cristianos; y dueños á estos de sus jardines, de su Aleayceria, de sus riquezas innumerables. Granada atónita, aterrada, escuchó las salvas de artilleria que pregonaban la subyugacion de una ciudad potente y la consumacion de una grandiosa conquista.

Cuando Isabel veia postrarse á sus pies un nuevo pueblo; cuando millones de almas obedecian su voluntad sumisas y rendidas; cuando abria las mazmorras de Abul, y rompia las cadenas de infinitos cautivos, prodigándoles por su propia mano socorros, y llamándolos vasallos fieles y mártires de la mas santa causa; cuando abrazaba como madre cariñosa á varias de las damas cautivadas en la Zubia, enturbiaba su corazon el no encontrar una de las mas hermosas de su corte. Semejante pérdida empañó á los ojos de aquella señora el brillo de su conquista.

No muchos meses despues, y al propio tiempo que los aldoanos de la Zubia voian levantarse un templo dedicado á San Luis rey de Francia en el mismo sitio donde habia sido la refriega, estendianse en la ciudad de Santafé las capitulaciones concertadas entre los reyes don Fernando y doña Isabel y Cristóbal Colon, concediéndolo, y á sus descendientes por juro de heredad, las dignidades y prerogativas de virey, gobernador y almirante de los paises que descubriera, y reservándole la décima parte de las drogas, perlas, piedras preciosas, oro y plata del comercio y de las conquistas. La empresa de descubrir un nuevo mundo, combatida por el terror, por las tradiciones populares, por las creencias, fué al fin verdaderamente obra de una mujer dotada de sobre natural espiritu. En la audiencia que la reina otorgó á Colon, abrumado este por el peso de una desgracia insoportable, trastornadas todas sus ideas, no supo, no pudo desplegar aquella fuerza de razon, aquel ingenio que habia cautivado al guardiano de la Rábida, hecho vacilar á la universidad de Salamanca, y confundido á los preocupados y sofistas. Solo al talento de Isabel fué dado penetrar, á traves de las confusas razones del marino, el gran pensamiento que habia concebido este; y solo á aquel ánimo superior vencer las dificultades sin número que se oponian al logro de tamaña empresa. Luego quo por la marquesa de Moya supo la reina la pasion del extranjero y su desgracia, le alentó

con afectuosos consuelos, adoptando á Diego y Fernando, hijo legítimo el uno y natural el otro de Colon, y disponiendo que fuesen sus maestros los mismos del príncipe don Juan. Y viendo que se encontraba agotado el erario á causa de una asoladora guerra de diez años, y que el rey miraba con frialdad un proyecto que aun parecia absurdo y arriesgado, la católica Isabel dijo que entraba en la empresa por su corona de Castilla, y que empeñaria sus joyas para levantar los fondos necesarios.

Al regresar Colon á España, dando con una carabela cargada de gentes y producciones del nuevo mundo descubierto por él, magnífico testimonio de estar consumado el grande objeto de su viaje, y al columbrar las playas de la hermosa Andalucía, un amargo pensamiento vino á acibarar el placer de su alma. Y cuando las ciudades se despoblaban llenando los caminos por donde transitaba el almirante, para contemplarle y victorearle con entusiasmo frenético, no halló Colon en la gloria, sino en la munificencia y grandeza de una reina inmortal, bálsamos que dulcificasen el recuerdo de la algarada de la Zubia.

**DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.**

## CRÍTICA LITERARIA.

**LA LEYENDA ROMANA DE VIRGINIA EN LA LITERATURA DRAMATICA MODERNA.**

**VIRGINIA**, tragedia en cinco actos, por don Manuel Tamayo y Baus.

Entre los rasgos de bárbaro estoicismo de que están sembrados los anales de los primeros siglos de Roma, ninguno puede tal vez compararse al de la muerte de Virginia. Las preocupaciones republicanas; el acre antagonismo de los patricios y de los plebeyos; la perniciosa influencia moral de aquel politeísmo tan grosero, que así divinizaba los vicios como las virtudes, y tan complicado que hizo decir á Petronio que en Roma *era mas fácil hallar á un Dios que á un hombre*; y por último, las condiciones de un pueblo que asentaba los fundamentos de su existencia, de su vitalidad y de su gloria, mas que en impulsos naturales y humanos, en impulsos artificiales y políticos, dieron por mucho tiempo en aquella sociedad pagana torcido rumbo á las ideas del deber y á las voces

de la conciencia. El centurion Virginio, asesinando á su hija en el Foro, y en medio de una turba facciosa, estremecida de indignacion contra la opresion de los decemvros, no es solo el padre heróico que salva á toda costa el honor de su sangro; es ademas, y acaso principalmente, el romano impetuoso, arrebatado por las pasiones políticas que ardian en torno suyo.

Bajo el punto de vista histórico, y trasladando el pensamiento á aquella sociedad singular en quo las pasiones públicas se sobreponian tan imperiosamente á los afectos naturales del alma, la terrible accion de Virginio puede despertar, y aun merecer admiracion; á la luz de la moral cristiana no debo ser considerada, cuando mas, sino como una ferocidad sublime.

Como quiera que sea, ese frenesi de libertad, esa abnegacion inconsiderada, esa rigidez de temple de las almas romanas, llevan consigo carácter tal de elevacion y de grandeza, quo no pueden dejar de hablar activamente á la imaginacion, y de constituir un poderoso resorte para las composiciones trágicas. Por eso la muerte de Virginia ha sido escogida tantas veces como argumento en el mundo dramático.

Como, en nuestro sentir, la basa de la estética literaria estriba en hermanar las leyes genorales y eternas de la naturaleza, de la verdad y de la razon, con las condiciones peculiares de cada asunto, creemos indispensable, para juzgar con acierto y facilidad la bella tragedia del señor Tamayo, recordar las circunstancias mas importantes del hecho que le sirvo de fundamento. En el exámen de una tragedia histórica, este recuerdo debe de ser la luz principal que guie las observaciones de la crítica.

Cabalmente Tito-Livio refiere de un modo admirable el señalado acontecimiento de la muerte de Virginia, que acabó con la dominacion de los decemvros, así como la muerte de Lucrecia habia acabado con la dominacion de los reyes. Es una de las leyendas mas sencillas, mas vigorosas y mas patéticas que nos ha legado la antigüedad. Procuremos dar de ella alguna idea transcribiendo traducidos varios párrafos de Tito-Livio que contengan la esencia del hecho (1).

« Síguese ahora otra maldad, que en la ciudad acaeciò, cuyo principio fué la liviandad; la cual no menos se terminó en deshonrado fin, que la fuerza que fué hecha á Lucrecia, é así ésta fué causa de que los decemvros perdiesen el poderio, como la de Lucrecia de que los Tarquinos perdiesen el reino.

« Pues como Apio Claudio quedaso en Roma para guarda de ella, fué encendido en amor de una vírgen desposada hija de

(1) Preferimos valernos de una traduccion del siglo XVI, porque el sabor rancio del lenguaje contribuye á dar á la leyenda cierto prestigio de sencillez, de que careceria en un estilo propio del dia.



Lucio Virginio, el cual en Algido estaba de capitán de cierta orden de soldados. Era este varón de buen ejemplo, así en la guerra como en la ciudad, y de sus buenas costumbres tenían parte su mujer é hijos. Tenía desposada á su hija con Lucio Icilio, varón tribunicio, muy esforzado defensor de las causas del pueblo. E como esta virgen fuese de aventajadísima hermosura, Apio se enloqueció en su amor, y pensó de la haber con prometimientos é dones. Mas viendo que todas estas cosas no podían vencer la virtud y castidad de la virgen, inclinó su corazón á pensar una manera muy cruel de fuerza. Para poner su pensamiento en obra habló con un su criado llamado Marco-Claudio, é díjole que demandase delante de él en juicio á aquella virgen, alegando que era su esclava, y que no se dejase vencer de los que defendiesen la parte de la doncella; que pues su padre estaba ausente, bien tendrían lugar para salir con su empresa... Pues como esta virgen viniese un día á la plaza donde estaban las aulas literarias, llegóse allí el criado de Apio, echóle mano, diciendo que era su sierva, nacida en su casa... Espantada la doncella de aquel acontecimiento, comenzaron ella y los que la acompañaban á dar voces, demandando el favor y fé de los caballeros. Hizose gran concurso de gentes, celebrando y alabando el nombre del padre y esposo de la virgen, para la defender que no le fuese hecha fuerza. Viendo esto el criado de Apio, dijo: que no había necesidad de gente para la defender, pues que él no la quería tomar por fuerza sino por justicia, y que para esto él la quería llevar delante del juez... Vino, pues, con la doncella delante de Apio, acompañándola mucha gente...

« Apio prunció que le placía que el padre fuese llamado, mas que entre tanto que él venía, no quería perjudicar al demandador, que él no pudiese llevar á la doncella, prometiendo y dando fiadores de la traer allí cuando fuese venido Virginio, y de la entregar á quien la justicia determinase... E como muchos de los que estaban presentes á esta sentencia, tuviesen mayor ánimo para blasfemar de ella entre sí mismos que no para la contradecir públicamente, Publio Numitor, abuelo de la doncella, é Icilio, su prometido esposo, vinieron á prisa haciéndoles lugar los que presentes estaban... E Apio mandó á los porteros que no dejasen entrar al prometido esposo. Mas Icilio, encendido con la injuria, dijo á voces: « Con hierro me has de quitar de aquí ¡oh Apio! porque así puedas encubrir la maldad que tienes pensada. Yo soy esposo de esta doncella y la tengo de recibir virgen y casta; llama á los verdugos, haz aparejar las segures, que por mas que amenazas, la esposa de Icilio no quedará fuera de la casa de su padre... » Toda la multitud que estaba presente se alteró viendo estas cosas, y los maceros tenían cercado á Icilio. Entonces Apio

dijo, que Icilio no defendía á la prometida esposa, mas que alborotaba la república y sembraba discordias, por codicia que tenía del tribunalado, y que él no quería aquel dia darle mas materia de errar, no porque tuviese temor de su osadía, mas por consideracion de Virginio que estaba ausente; y que para esto él quería dilatar el juicio, y dejar á la doncella en su libertad, hasta otro dia. Luego los parientes enviaron á gran prisa á llamar al padre que estaba en el real, diciendo que en él solo estaba la salud de su hija, y que por eso viniese muy presto, para estar presente al juicio, que se habia de tener otro dia. Despues Apio escribió al real á sus compañeros mandándoles que detuviesen preso á Virginio. Este perverso consejo no aprovechó cosa, porque cuando las cartas llegaron, ya Virginio era partido, y aquella noche llegó á Roma, antes del dia. Toda la ciudad esperaba ansiosa en el Foro desde el amanecer, y á la hora del juicio, Virginio, vestido de luto, vino con su hija vestida de una vestidura no acostumbrada, acompañada de algunas matronas; y venian con él gran multitud de abogados, y otros muchos por ver el fin de este nuevo caso. Virginio hablaba públicamente, y decia á cuantos encontraba, « que si estando en la huesto por la salud de la república, tales cosas se habian de hacer en Roma contra sus hijos, que ellos lo mirasen, que tan bien tocaba á ollos como á él. » E diciendo estas cosas, indignaba á todos cuantos hablaba. E semejantes palabras decia Icilio. E Apio teniendo el entendimiento turbado con la fuerza del amor, ó por mejor decir del desatino y locura, asentóse en su tribunal é silla, é antes que el demandador ninguna cosa dijese, ni á Virginio fuese dado lugar para responder, dió sentencia contra la doncella juzgándola sierva de su criado. Todos se espantaron de ver cosa tan abominable, y con tanta admiracion fueron ocupados los corazones de los que estaban presentes, que estuvieron algun espacio atónitos y en silencio. E como despues Marco Claudio fuese á tomar la virgen de entre las matronas, las lamentaciones y llores de las mugeres que estaban presentes le detuvieron. E Virginio su padre, estendiendo las manos amenazadoras contra Apio, dijo: « ¿ Han de sufrir esto los romanos? no espero yo por cierto que tal cosa sufran los que tienen armas... » Como el demandador de la virgen, fuese embargado de la tomar, defendiéndola la multitud de las mugeres é abogados, que estaban presentes, mandó Apio pregonar que callasen todos, é dijo á uno de sus lictores: « Aparta la gente y haz camino para que el señor tome á su esclava; » y como oyeron este mandamiento, todos se apartaron llenos de ira, y quedó la doncella sola, desamparada en las manos del que la demandaba.

Entonces Virginio, su padre, viendo que todos le dejaban solo, y ninguno le daba favor, volvióse contra Apio y díjole: « Per-

dona al dolor paternal, si alguna cosa he dicho contra tí sin reverencia, suplicote que me des lugar, que aquí delante de la virgen pueda saber de su nodriza cómo es esto; porque sabiendo que falsamente hasta aquí he sido llamado su padre, me aparte con alegre corazon de esta demanda. » E dándole Apio para esto lugar, apartó á la hija y á la nodriza junto al templo de Cloacina, hácia el sitio que hoy llaman *Tiendas nuevas*, y tomando un cuchillo de un carnicero en la mano, dijo : « No me queda ya otro remedio, hija mia, para te poner en tu libertad, sino este. » E diciendo esto, le atravesó el pecho. E mirando á la silla donde Apio estaba sentado, dijole : « A ti y á tu cabeza consagro esta sangre. » E levantándose gran clamor en el pueblo por este tan terrible caso, mandó Apio prender á Virginio, mas él salióse de entre toda la gente, haciendo lugar con sus armas por do quiera que pasaba, y acompañándole muchos de los mancebos, hasta que salió de la ciudad. El prometido esposo de la virgen, é Numitor, su abuelo, tomaron el cuerpo muerto, é mostrábanlo al pueblo, maldiciendo todos la maldad de Apio, é llorando la hermosura no lograda, é la necesidad del padre. E las matronas cercaron el cuerpo, é decian con voces lamentables : « ¿ Es esta la condicon de criar á los hijos, ó son estos los galardones de la castidad ? » El pueblo todo se alteró, parte por el pecado tan abominable, y parte con esperanza que esta maldad cometida por Apio, seria causa de recobrar la libertad. »

Esta narracion, tan llena de vida y de color, ha dado origen á una dilatada serie de *Virginias* teatrales, cuya filiacion histórica seria en extremo curiosa, si la conociésemos enteramente. Vamos á citar, sin embargo, aquellas que han llegado á nuestra noticia, las cuales, de seguro, no formarán la lista completa.

No debemos incluir en el número á la *Virginia* de Mayret. Esta Virginia no es romana : no nació en las márgenes del Tiber, sino en las de Araxes. La historia literaria no ha conservado de esta accion dramática, que pasa en Bizancio, mas recuerdo que el de su desenlace, cuya estravagancia no tiene ejemplo. Virginia colocada ontre dos asesinos, desfallece y cae de rodillas en el momento mismo en que van á herirla. Este repentino movimiento la salva, y los asesinos, cuando creen inmolar á su victima, so hieren recíprocamente.

La primera *Virginia* romana de que tenemos noticia es la que escribió en cuatro jornadas Juan de la Cueva, con el título de *La Muerte de Virginia y Apio-Claudio*. Fué representada en 1580, y aunque se advierte en ella desde luego que el arte de la tragedia moderna se halla en la infancia, no deja de ser notable así por la disposicion del plan en las tres primeras jornadas, como por la pintura y espresion de los afectos, singularmente del borrascoso

amor de Apio-Claudio. Era Juan de la Cueva hombre de claro ingenio : habíase ensayado en la imitación del teatro griego, como lo prueba su tragedia *La muerte de Ayax Telamon*, y así en el sueño de Virgilio, como en otros pasajes, demostró las disposiciones aventajadas que tenía para el cultivo de tan difícil género.

A esta tragedia siguieron :

*La Virginie Romaine*; de Le Clerc. La escribió su autor á los veinte y tres años de edad, y fué representada con muy escaso éxito en 1643.

*Virginie*; de Campistron. A la amistad que Racine dispensaba á Campistron, debió este que se representase su tragedia (12 de febrero de 1685), la cual, si bien no carece de fluidez y cultura de lenguaje, no tiene ni verdad, ni color, ni naturalidad, ni interés. Su éxito fué mediano, segun el autor mismo confiesa en el prólogo de la tragedia.

*Virginia*; tragedia en cinco actos de don Agustin de Montiano y Luyando. Se imprimió por primera vez antes de mediado el siglo XVIII. El autor conocia las obras de Juan de la Cueva y de Campistron, y cifró su esmero en apartarse de ellas. Hay cierta cordura en el desarrollo del plan, pero no se vislumbra en toda la tragedia un asomo de movimiento ni de emoción. Los personajes todos discurren con una sensatez glacial, y hablan en un lenguaje, á par que afectado, rastrero y prosáico hasta lo sumo. Véase la siguiente muestra, no escogida, sino tomada al azar en su obra. — Icilio, que advierte la tristeza de Virginia, procura despertar en estos términos su confianza.

Pero ¿podrá negarme tu hermosura  
Que no está sin motivo su tristeza  
Dilatando el dolor que la maltrata?

VIRGINIA.

Es verdad que le tiene : el mismo llanto,  
Que en balde reprimi, lo califica.

ICILIO.

Pues no me lo recates, que no es justo  
Que yo esté sin sentir lo que sintieres.

VIRGINIA.

Es tal, señor, que el labio que hasta ahora  
Solo aprendió en la escuela del recato  
Cláusulas encogidas, que no salen  
De caseros asuntos, no halla voces  
Que al grave que le ocurre correspondan.....

Este es el estilo trivial, helado y ceremonioso, en que vivia el secretario de la cámara de Gracia y Justicia del rey Fernando VI, don Agustín Montiano y Luyando. No cabe estar mas lejos de Roma y de la entonación trágica. .

*Virginie*; de La-Harpe. Se representó el 11 de julio de 1786. La-Harpe, sin echar de ver que el carácter del padre de Virginia debía ser uno de los principales fundamentos del interés y del enlace propio y natural del plan, se esfuerza en balde por concentrar exclusivamente toda la atención en Virginia. Las situaciones no ofrecen, por consiguiente, la necesaria variedad, y la acción se arrastra lenta y entorpecida. Baste decir que Virginio no se presenta hasta el cuarto acto. En cambio, ha ocurrido á La-Harpe devolver su madre á la huérfana Virginia, y este pensamiento, contrario á la verdad histórica, y que en realidad complica inútilmente la acción, le inspira admirables y apasionados versos, dignos del mas grande y completo de los sentimientos humanos, el amor maternal. Así contesta á los testigos falsos que afirman que Virginia no es hija suya :

A l'audace du crime et de la calomnie  
Ce que j'oppose? oh ciel!.... mon cœur et Virginie!  
Les cris du désespoir en mon âme élevés,  
Et d'indignation tous mes sens soulevés,  
Ses larmes, mes transports, et ce grand caractère  
Que la nature imprime aux douleurs d'une mère,  
Ce sentiment sublime, invincible, éternel,  
Qui n'a jamais menti dans un cœur maternel.

.....  
Dans un complot infâme ils peuvent tous tromper;  
Tous on peut les séduire, ils peuvent tous tromper;  
Mais moi! mais moi! jamais..... je le sens, je suis mère.  
C'est ma fille, c'est elle..... Ah! d'une enfant si chère  
Dans mon sein déchiré je ressens les douleurs;  
Oui, c'est mon sang qui crie et répond á ses pleurs.

*Virginie*; de d'Oigny du Ponceau. Se representó, muy pocas veces, en 1791.

*Virginie*; de Lemierre. La-Harpe dice, en el *Curso de literatura*, que esta tragedia no llegó á ser representada.

*Virginie*; de Alfieri. Es acaso la mas célebre y al propio tiempo una de las mejores tragedias que sobre este tan cultivado asunto han aparecido en el mundo literario. Pero en esta obra, como en todas las demas de Alfieri, domina casi exclusivamente la inspiración política. El autor no halla, al parecer, en la leyenda romana mas que un magnífico pretexto para dar libre rienda al fervor de sus pasiones republicanas. ¿Quién no ve en el bronco y acerado lenguaje del tribuno Icilio el reflejo del alma altiva ó

indomable de Alfieri? Virginia, mas que de una virgen enamorada y pudorosa, tiene trazas de una conspiradora sublime que se sacrifica entusiasmada en aras de la libertad popular. El desarrollo de las emociones patéticas, la lucha de afectos de diferente índole, alma de la tragedia, apenas caben en tan austero y exclusivo sistema. Aprisionado, por otra parte, el genio de Alfieri en la estrecha red de los preceptos de la escuela francesa, á pesar de haber suprimido las relaciones y los confidentes, cosa que pasó en su tiempo por singular audacia, no le es posible dar á la acción la variedad, el ensanche y el movimiento, que son las condiciones naturales de la verdad humana, de la verdad histórica y de la verdad literaria. El pueblo en la *Virginia* de Alfieri, no es el pueblo, es decir, esa turba animada del mismo sentimiento, pero tan agitada, tan inestable, tan varia en sus formas de expresión; es un personaje solemne y acompasado que siente, piensa y habla con uniformidad imposible. Pero en cambio, ¡qué destellos de elocuencia tan vigorosos y tan nuevos! ¡Cuán felizmente concuerdan los arranques tumultuosos de ánimo que agitaban el autor del *Tratado de la tiranía*, con aquel estilo brusco, tan distante de la melodiosa cadencia que distingue á la poesía italiana, con aquellas rápidas inversiones, con aquella concisión elíptica, tan censurada por los puristas de Italia, pero tan propia para hacer vibrar en las almas modernas el recuerdo un tanto prestigioso del heroísmo latino! Desde el primer momento en que Virginia aparece en la escena, se advierte ya que la ternura no reina sola en su corazón. « Nunca paso por esta plaza (dice á su madre) sin que un alto pensamiento detenga mi planta. Este es el sitio donde en otro tiempo se oían tronar los libres acentos de mi Icilio. Ahora lo hace enmudecer el poder absoluto. ¡Oh! ¡cuán justo es su dolor! » Se ve que con el amor ha pasado al alma de Virginia la ira republicana, y hasta es fácil adivinar que esta ocupa en ella el lugar preferente. — Cuando Marco llega á reclamarla como esclava suya, Virginia contesta con la soberbia de la libertad :

Svenarmi qui, pria che menarmi schiava,  
Carnefici, v'è forza. D'alto padre  
Figlia, certo, son io : mi sento in petto  
Libera palpitare romana l'anima.....

*Virginie*; de Leblanc du Guillet (1786). Inspirada por las tendencias republicanas de la época, esta tragedia, cuyo estilo es desigual é incorrecto, aunque á veces enérgico, alcanzó un éxito superior á su escaso mérito.

*Virginia*; tragedia suocra, citada en la colección titulada :

*Obras maestras de los teatros extranjeros*, publicada en París. No tenemos ninguna otra noticia de esta obra.

*Virginia*; escrita en versos suecos por el caballero Cárlos Gustavo Leopold. No conocemos esta tragedia mas que por una traduccion francesa, y no nos es dado, por consiguiente, juzgar del prestigio de la versificación y de las seducciones del lenguaje original. Pero ateniéndose á las únicas prendas que suelen conservarse en las traducciones, el mérito del plan y el alcance de los sentimientos y de las ideas, se echa de ver desde luego que el caballero Leopold es un escritor de primer orden. Seria traspasar los limites que nos hemos impuesto en esta ligera reseña, hacer aquí el análisis de la notable y singular produccion del autor sueco.

Pero no podemos dejar de decir, para que se forme alguna idea de ella, que con una independencia que no aprobamos en quien busca en la historia asuntos trágicos, se aparta deliberadamente el señor Leopold, en el carácter de sus personajes, de las tradiciones romanas. La supresion del personaje de Icilio, la invencible pasion de Virginia por Apio-Claudio, las vacilaciones del decemviro, cuya alma está constantemente sacudida por contrarios impulsos de amor, de arrepentimiento y de ambicion, son condiciones que, al paso que desnaturalizan completamente la verdad histórica, abren ancho campo á los combates de pasion, que son el mas fecundo manantial de las emociones trágicas. Apio-Claudio, alternativamente sumiso y amenazador, generoso y criminal, tierno y empedernido, no es en verdad aquel decemviro pertinaz é irrevocablemente pervertido de Tito-Livio y Dionisio de Halicarnaso; pero en cambio despierta á un tiempo, con las borrascas de su alma, horror y compasion. Virginia, ni es la inocente niña que asistia á las aulas del Foro, ni la muger de incontrastable temple que han creado los escritores trágicos; pero al ver su razon y su virtud en lucha abierta con un amor tan inestinguible como vituperable, al ver el martirio de su corazon que pugna en vano por despreciar y aborrecer al hombre á quien adora, no es posible dejar de sentir profunda emocion. ¡Cuán desgarradora es, en el cuadro final, la imagen de aquella jóven desventurada que en medio de su agonía consagra el último suspiro al hombre; mismo que ocasiona su muerte! Virginia dice á Apio-Claudio mostrándole á su hija bañada en su sangre :

« Conoce á Roma..... Tiembla, y aprende como se rompen sus cadenas..... ¿ Crees ahora que es mia esa sangre que estás viendo correr? »

APIO-CLAUDIO (*de rodillas junto á Virginia*).

..... « Aun respira!... Virginia!... Mirame!... dí que me perdonas y que no me aborreces... »

VIRGINIA (*al espirar*).

« Aun hago mas ;... te amo. »

Hasta en el enérgico carácter de Virgino ha sido el caballero Leopold fiel á su sistema de mezclar la sensibilidad del corazon al ímpetu de las pasiones ó á la rigidez de los principios. Véase, en prueba, el bello rasgo con que concluye la tragedia. Conio consecuencia natural del carácter que el autor le ha dado, Apio-Claudio, vencido del amor y de los remordimientos, se mata al lado de Virginia. Entonces esclama Virgino dirigiéndose á Sincinio :

« Ya está vengada!... La libertad de Roma renace de sus cenizas... Gracias, oh dioses! »

## LICINIO.

« Les das gracias... pero lloras! »

*Virginia*; de don F. R. de Ledesma. Esta tragedia, impresa en 1803, se halla por la perversidad de su concepcion y de su desempeño, fuera de la accion de la crítica. El autor se inspiraba de un modo infeliz del teatro de Alfieri, pues escribió tambien con el titulo de *Lucrecia Pazzi*, una tragedia, reflejo pálido y estravagante de *La Congiura dei Pazzi* del célebre poeta italiano. No podemos resistir á la tentacion de transcribir algunos versos de la Virginia del señor Rodriguez de Ledesma, para que pueda formarse idea de un estilo que acaso no tenga igual en la literatura trágica española :

PUBLICIA (*nodriza de Virginia*).

Aparta, seductor, y sus oídos  
No manchen espresiones tan indignas.  
Para mugeres frágiles las guarda ;  
Esas que el pundonor en nada estiman,  
Que libres vagan por los lupanares,  
Por las públicas plazas, y convidan  
A lascivos antojos.

## APIO-CLAUDIO.

No te empeñes,  
Muger, en apartarme de su vista.  
Yo creyera que fuese tu consejo,  
Menos capaz de malograr las dichas  
Que puede el que absoluto manda en Roma,  
Ofrecer á las plantas de Virginia  
Y á las de su nutriz.....



VIRGINIA.

Infame, ¡calla.

Ya no sufro....

PUBLICIA.

Señora.....

VIRGINIA.

Aparta, quita;

Que oir tan delincuentes sugeriones  
 No es permitido.... ¿Ignoras, alma impla,  
 Los ilustres blasones de mi sangre?  
 El pundonor y orgullo que me inspira  
 Mi prosapia, que á un torpe, é infame lazo  
 Tu antojo me sugiere y me convida?  
 La honestidad del tálamo, y las leyes,  
 Que velan por tu esposa, que castigan  
 Aun los imaginados adulterios,  
 No te contienen; y aun aquella misma  
 Que vano y orgulloso promulgastes,  
 Para impedir la union de las familias  
 Patricias y plebeyas, no te sirve  
 De freno, aunque intentase tu malicia  
 Dirimir de tu esposa el nudo sacro?  
 Reprime esa tu bárbara lascivia, etc. »

Como se ve, la doncella Virginia no deja de estar iniciada en asuntos mundanos, y ni ella ni su nodriza titubean para esforzar sus argumentos con las imágenes mas alrevidas.

*Virginus*; de Scheridan Knowles. Como puede inferirse por el título de esta obra, la intencion principal del autor inglés consiste en presentar un cuadro político colocando en primer término al padre de Virginia. Mr. Knowles ha seguido el sistema libre y natural de las tragedias romanas de Shakspeare, y este rumbo feliz, por la variedad de tonos y de situaciones que permite, da ocasion á los contrastes mas interesantes. El espectáculo de un hogar doméstico, apacible y puro, en medio de la turbulenta y belicosa Roma, despierta desde luego poderosamente la simpatia del espectador en favor de aquella virgen modesta é ignorada, que en breve va á ser objeto de la persecucion de un tirano y de las borrascas sediciosas del Foro. Esta antitesis de situacion y la vehemencia (no bien sostenida) del personage de Virginio, constituyen el mérito principal de esta tragedia, que, representada en Lóndres y en París por admirables actores ingleses, proporcionó á su autor un triunfo completo.

*Virginie*; de Mr. Alexandre Guiraud. Representóse con aplauso

en el *Teatro Francés* de París en 1827. El plan está concebido sin originalidad, pero con buen gusto y cordura. El lenguaje carece casi siempre de elevación y de poesía, pero los pensamientos son nobles y oportunos. En el acto de clavar el puñal en el corazón de su hija, y como para contestar á las dudas suscitadas acerca de su paternidad, exclama Virginio :

Ma fille, mon amour te doit un dernier gage;...  
Oui, qu'on n'en doute plus... je suis ton père! »

*Virginie*; de Mr. Latour (de Saint-Ibars). Esta tragedia, cuyo principal personaje fué representado en el *Teatro Francés* por la célebre Madlle. Rachel, alcanzó un éxito brillantísimo (1843). Este éxito fué debido no solo al realce fascinador que prestan los grandes actores á las obras dramáticas, sino al mérito real y verdadero de la tragedia. Hay en ella situaciones de grande efecto, versos sonoros, pensamientos incisivos ó elevados, diálogos llenos de energía y de animación. Pero la acción se arrastra á menudo lentamente; los resortes dramáticos, si bien manejados con cierto tino, no son ni tan eficaces ni tan abundantes como requiere la progresión del interés trágico; la exposición de los hechos en las relaciones es poco concentrada: á veces el movimiento político de la acción entibia y distrae del interés principal, en lugar de ayudarle; y por último, hay caracteres como el de Fabius y el de Fausta, descoloridos y en rigor inútiles. El estilo es desigual; y aunque el autor se esfuerza por darle cierto color constante de aticismo y de grandeza tradicional en el teatro trágico de Francia, no acierta ni con la robustez sublime de Corneille, ni con la magestad de Racine, ni con el artificio sentencioso de Voltaire, ni aun siquiera con la sencilla gravedad de Delavigne ó de Ponsard. La tragedia de Mr. Latour encierra, no obstante, bellezas de primer orden. Está sembrado de magníficos rasgos el diálogo de Apio-Claudio y Virginia en el segundo acto. La relación que hace Virginia en el cuarto acto de su pavorosa entrevista nocturna con el decemviro, está superiormente concebida y escrita, y reemplaza con gran ventaja, por el carácter de realidad que en sí lleva, al obligado sueño de la antigua tragedia; artificio mezquino y ya derrocado, de la estrecha poética del clasicismo francés del siglo XVII. El hacer desaparecer á Icilio desde el segundo acto, es también una prueba del instinto escénico del autor. Entre las bellezas de expresión, las hay á veces de eminente valor. Conténtemonos con citar aquel rasgo de sagacidad teatral que tanta emoción produce en los labios de Madlle. Rachel.

« Pourquoi pâlissez-vous, si je vous calomnie? »

ó bien aquel verso verdaderamente sublime que dice Claudio, subyugado involuntariamente por la virtud inflexible de Virginia :

« Ton cœur, par ses dédains, ajoute à son empire :  
*Je t'aime pour l'horreur que mon crime t'inspire ! »*

Ademas de estos autores, han escrito sobre el asunto de Virginia con diferentes títulos :

Gualterotti en 1384.  
 Gravina (J. Vicente).  
 Anutisi.  
 Accolti Aretino.  
 La-Baumelle (1769).  
 Chabanon (1769).  
 Pansuti.  
 Lessing.  
 Weichselbaum.

Este aluvion de *Virginias* no bastó á arredrar al señor Tamayo y Baus para componer la suya, que es indudablemente muy superior á todas las demas. Con el criterio elevado del verdadero ingenio, con esa perspicacia instintiva y segura que escoge, depura y completa en el mundo de las ideas, el señor Tamayo comprendió fácilmente que ni Alfieri, á pesar del vigor de sus caracteres, ni el sueco Leopöld, á pesar de su delicada sensibilidad, ni Mr. Latour, á pesar de su inteligencia de la escena, ni ninguno de los demas escritores citados, á pesar de las felices inspiraciones de detalle diseminadas en sus obras, han acertado á dar á la vez, al dramático asunto de *Virginia*, la propiedad, la armonía y la animacion de que es susceptible. Unos, como Alfieri, han otorgado sobrada parte á la emocion politica, descuidando el patético interés que debe concentrarse en la figura de Virginia : otros han alterado aventuradamente la historia sin provecho del interés, que tan poderoso hemos visto en la leyenda de Tito-Livio; ninguno ha sabido vencer tan afortunadamente como el señor Tamayo la verdadera dificultad que, en nuestro sentir, ofrecia el asunto, la de hacer caminar de consuno, y sin estorbarse ni perjudicarse uno á otro, el interés de Roma oprimida y el interés de la familia desventurada. La accion de una tragedia ha de ser como un lente concentrador, donde de muchos rayos se forme una luz sola. Esa es la gran dificultad del arte, y esa la dificultad de que, como ningun otro, ha triunfado el señor Tamayo, amalgamando admirablemente los dos grandes objetos dramáticos del

asunto, al parecer unidos, pero en realidad separados, y en la esfera del arte muy distintos.

El señor Tamayo, al escribir su hermosa tragedia, no se ha dejado llevar de ninguna preocupacion de *dogmatismo* literario. No ha temido emplear el caduco recurso del *sueño*, porque halló en su imaginacion poética recursos para conmover con esta ficcion, absurda cuando es preceptiva y forzosa, pero que alguna, aunque rara vez, ha sido y puede ser pretexto admisible para desplegar grandes bellezas de declamacion y de poesia. Mas al propio tiempo ha tenido buen cuidado de no sujetarse, por docilidad sistemática, á ninguna de las tiranías tradicionales de la tragedia. Apostariamos á que al concebir su plan, no ha pensado en aquel método de composicion uniforme y casi *plástica*, que daba tan enfadoso aire de familia á todas las tragedias, y que se reducía á esta curiosa y ridícula fórmula: el primer acto espone; el segundo promete; el tercero amenaza; el cuarto inquieta; el quinto resuelve. Es bien seguro que el señor Tamayo, siguiendo la regla de las reglas, solo ha pensado en encadenar lógica y naturalmente las condiciones del asunto, y en combinar artísticamente la esencia y las formas, para que resulten no las unidades arbitrarias de las poéticas, sino la unidad invariable y filosófica que se ha designado sucesivamente con los nombres de *unidad de accion*, *unidad de interés*, *unidad de conjunto*, y que es lisa y llanamente la condicion fundamental y eterna de la belleza en todas las artes: *la armonia*.

El señor Tamayo ha venido á demostrar una vez mas con el triunfo que ha alcanzado su notable obra, que el gusto moderno, tan tolerante, tan independiente, tan vario é inagotable en sus tendencias, no rechaza, como han pretendido Victor Hugo y otros innovadores, el género noble y severo de la tragedia. Lo que, sí, exige imperiosamente es que la tragedia modifique sus formas segun la índole del gusto y de la vida social de los tiempos actuales. La escena griega, impulsada por un fin nacional y religioso; abierta á treinta mil espectadores; movida por las influencias morales del paganismo; que no observaba las *tres unidades*; que empleaba un horror y una desnudez de imágenes que repugnan á la cultura moderna; que mezclaba á menudo lo grotesco con lo sublime, y lo cómico con lo terrible; y cuya libertad de formas é independiente vuelo ha dado lugar á quo eminentes críticos hallen analogías entre el sistema teatral de los griegos y las audaces y originales formas de los teatros español ó inglés (1), no fué ni pudo ser, por mas que se haya sostenido,

(1) Hasta se ha hallado, con razon, singular semejanza entre la *Alceste* de Eurípides y la *Julietta* de Shakspeare.

el verdadero modelo de la tragedia clásica francesa. Racine no habria empleado ciertamente en sus tragedias ni los cambios de escena ni los frecuentes viages del teatro griego : él no habria hecho volar el *Océano* como en el *Prometeo*, ni lavar la ropa en el rio á la princesa *Nausicaa*, ni estremecer á los espectadores como en el *Filoctetes*, con las angustias del dolor físico. Racine blasonaba de admirador é imitador del teatro griego ; pero en realidad no imitaba sino sujetándose á las inmensas transformaciones que le prescribian el gusto y las exigencias de la sociedad en que vivia.

Cada época imprime necesariamente á las artes una forma peculiar que representa su índole y sus tendencias. Cuando Voltaire, refiriéndose á la *Alceste* de Eurípides, decia : *de telles scènes ne seraient pas souffertes chez nous á la foire*, espresaba perfectamente la imposibilidad de inocular en el arte de una corte tranquila, coremoniosa y refinada, el sello de rudeza y de sencillez, de audacia y de candor, que caracteriza la tragedia griega. Por razones análogas seria insensato imponer ahora á la tragedia el molde tímido y amanerado del siglo de Luis XIV, que si pudo ser fecundo y hasta original en un tiempo de autoridad, de prestigio y de pompa, no cabe en una sociedad como la nuestra esencialmente crítica, indisciplinada y descreída.

El señor Tamayo ha comprendido todo esto, y conservando las buenas tradiciones clásicas, esto es, la nobleza, la unidad, la sobriedad, la concentracion, ha formado al mismo tiempo su obra con los elementos constitutivos del teatro moderno, á saber : el movimiento, la naturalidad, y la separacion distintiva de los caracteres. En su *Virginia* la verdad local está esmoradamente observada : en lugar de relaciones, hay escenas, y cuadros en vez de descripciones. Allí todo es accion ; no hay episodio alguno ocioso ; y por eso el interés se enlaza y crece progresivamente ; por eso tambien la emocion reemplaza á la curiosidad, que es el resorte comun de las obras vulgares. Todos los espectadores saben de antemano la suerte que está deparada á Virginia, y sin embargo, ¡ con cuánto afán se escuchan sus palabras ! ¡ con cuánta ansiedad va siguiendo el espectador las diferentes peripecias de la tragedia ! La comparacion entre la accion de la *Virginia* del señor Tamayo y la narracion de Tito-Livio da á conocer desde luego hasta qué punto ha sido el autor fiel á las condiciones históricas en el limite en que el teatro debe respetarlas. La tragedia nos traslada desde las primeras escenas á aquel mundo de preocupaciones y de heroísmo. Allí todo es romano : la vida íntima, las ideas, los caracteres, el pueblo sobre todo. Este no es aquel personaje colectivo que con una oportunidad convencional pronuncia frases de efecto en la *Virginia* de Alfieri : es la verdadera

masa popular, con sus arranques irreflexivos, sus vacilaciones y su irregularidad de lenguaje (1).

El carácter tierno y elevado de Virginia está trazado y sostenido con un vigor y una consecuencia admirables. El de Virginio, si bien un tanto declamador en el tercer acto, está lleno, en todo lo demas, de propiedad y de entereza; en el quinto acto sube, con la lucha interna que manifiesta, á extraordinaria altura. Hasta Apio-Claudio está presentado con suma cordura: es delincuente, supersticioso y cruel, pero no carece de aquella especie de dignidad que debe ir unida al engreimiento del decemviro. Alfieri, en el juicio de su propia tragedia, define perfectamente el carácter que conviene á Apio-Claudio con estas breves palabras: *Appio è vizioso, ma romano*.

La conmiseracion del taimado augur en favor de Virginia, expresada tan sóbria y naturalmente con aquella sencilla exclamacion: *¡tan jóven, tan hermosa!* es uno de los mas felices pensamientos de la accion, y da lugar á la dramática escena en que juzgando Claudio su existencia misteriosamente ligada á la de Virginia, se humilla en su propio palacio ante la jóven sola y desvalida, que creia tener ya sujeta á los antojos de su voluntad.

Solo alabanzas, harto merecidas por cierto, hemos tributado al sobresaliente mérito de la Virginia del señor Tamayo. Vamos á señalar ahora el único reparo grave que en nuestro juicio se ha hecho á la tragedia, y que fué desde luego advertido por muchas de las personas competentes que asistieron á la primera representacion. Este reparo consiste en el inconveniente gratuito que el autor ha creado, casando á Icilio y colocándole despues en toda la accion al lado de Virginio. O ha debido quedar soltero Icilio conforme á la historia, ó casándolo para conservar el cuadro seductor de costumbres romanas que constituye la esposicion, ha debido desaparecer en seguida, como acontece oportunamente en el segundo acto de la Virginia de Mr. Latour. Fácil seria demostrar que en el estado de las costumbres romanas en la época de los decemviros, no era natural que el padre defendiese legalmente á su hija casada, en presencia de su marido, para lo cual ni aun derecho tenia. El esposo, y señaladamente el casado por *confarreacion*, como el señor Tamayo supone á Icilio, adquiria plenamente sobre su muger la potestad llamada *manus*, que convertia á esta en esclava. Además, en Roma, como en todas partes, siempre que se trata de la honra conyugal, la intervencion del marido parece la única conveniente y legitima. En la leyenda histórica, el decemviro se ve en la necesidad de esperar

(1) La direccion acertadísima del ilustrado señor Arjona nos ha hecho gozar, por primera vez, en el *teatro del Principe*, de todo el efecto de verdad local que cabe en los medios materiales y artísticos de la escena moderna.

al regreso del padre para pronunciar la sentencia; pero allí Virginia es soltera y está esclusivamente bajo la potestad paternal. Mas prescindiendo de la impropiedad moral y legal que resulta en la obra del señor Tamayo, de que el padre eclipse completamente al marido; prescindiendo, por otra parte, de lo mucho que con esto se desvirtua el fogoso carácter de Icilio, el *acer vir et pro causa plebis experte virtutis* de Tito-Livio; ¿cómo no ha echado de ver el autor que forzosamente han de estorbarse y dañarse en el mismo cuadro dos figuras que á la par sobresalen por su importancia, por la analogía de sus medios de accion, y por la identidad del fin quo las mueve?

No hemos atenuado en lo mas mínimo el rigor de nuestra censura, con respecto á la única sombra reparable en el luminoso cuadro dramático que con tan superiores prendas ha trazado nuestro amigo el señor Tamayo. Nosotros, y seguramente con nosotros el autor mismo, preferimos siempre juicios francos é imparciales á panegíricos apasionados; y ademas, la eminente obra del señor Tamayo, tan justamente celebrada, no necesita por cierto de las contemplaciones de la critica.

Nada hemos dicho todavia del estilo y de la versificación de la tragedia. Aun dura en los oídos del público la grata impresion de aquellos fáciles endecasílabos, cuya entonacion, á un tiempo sencilla y noble, está llena de armoniosa cadencia. Aun no se han borrado ni se borrarán de la memoria aquellas felices y vigorosas espresiones, aquellos destellos de dignidad ó de pasion, tan adecuados por su concision y sencillez á la magestad trágica. Copiemos como muestra, los dos magníficos diálogos en que Virginia rechaza con heroica entereza el amor de Apio-Claudio.

En el segundo acto, en casa de Virginia :

VIRGINIA.

Déjame.

CLAUDIO.

No lo esperes.

VIRGINIA.

Me horroriza

Tu amor.

CLAUDIO.

¡El de otro te seduce!

VIRGINIA.

Eterno

Será el que á Icilio consagré.

CLAUDIO.

Desiste.

VIRGINIA.

Nunca.

CLAUDIO.

Olvidale.

VIRGINIA.

¿Ignoras que un afecto  
Que en la virtud se funda, acaba solo  
Con la vida? ¡Le adoro! ¡Te aborrezco!

CLAUDIO.

Pues bien, mía serás.

VIRGINIA.

¿Virginia tuya?  
Sella el impuro labio...

CLAUDIO.

Estoy resuelto :  
Tú misma, el precio del favor señala.

VIRGINIA.

¿Yo vender mi virtud? ¡No tiene precio!

CLAUDIO.

Pues tiembla.

VIRGINIA.

En vano intimidarme quieres.

CLAUDIO.

¿Ignoras, desdichada, cuánto puedo?

VIRGINIA.

A reprimir y castigar delitos  
Alcanza tu poder, no á cometerlos.

CLAUDIO.

El corazón de la muger es cera,  
El tuyo al fin se ablandará, lo espero.

VIRGINIA.

El corazón de la muger romana  
Es cera á la virtud, al vicio hierro.



CLAUDIO.

Lástima solo tu desden me inspira :  
Yo postraré tu efímero ardimiento.

VIRGINIA.

¡Auxilio á Roma pediré!

CLAUDIO.

¿Y en Roma  
Quién puede mas que el decemviro!

VIRGINIA.

El pueblo.

CLAUDIO.

Basta. Adios, pues. Para luchar contigo  
Tengo astucia y poder,... y tengo celos.

VIRGINIA.

Para vencer en la contienda impía,  
Yo mi virtud y mi constancia tengo.

En el cuarto acto, cuando Virginia se halla en el palacio del decemviro :

VIRGINIA.

Pero en la cumbre del poder te miras  
A desventura eterna condenado,  
Porque á sí propia la maldad se hiere,  
Porque al hacer temblar, tiembla el tirano.

CLAUDIO.

En breve los escesos que me imputas,  
Verás, en justa pena, realizados.  
Esto exige mi amor.

VIRGINIA.

Maldito sea  
Amor que al odio se parece tanto!

CLAUDIO.

Ícilio morirá.

VIRGINIA.

Con honra espire.

CLAUDIO.

Será tu padre de mi furia blanco.

VIRGINIA.

Mátelo el golpe de enemiga saña,  
Y no el dolor de verse deshonrado.

CLAUDIO.

¿Por qué desdeñas la propicia suerte?  
Pronuncia un sí; pronúncialo, y ufano  
Rompo tus hierros y te doy riquezas,  
Poder! Un nó te abismará en el fango...  
Responde.....

VIRGINIA.

No.

CLAUDIO.

Tu desventura labras.

VIRGINIA.

Mil veces no.

CLAUDIO.

Si galardón mas alto  
Codicias, habla, pide y Roma es tuya.

VIRGINIA.

Fácilmente se otorga un bien robado.

CLAUDIO.

Pues de la tumba, ó mía.

VIRGINIA.

De la tumba.

CLAUDIO.

¡Al punto!  
(Dirigiéndose hacia la puerta del foro).

VIRGINIA.

Corre que impaciente aguardo.

CLAUDIO.

Piénsalo bien. ¡La muerte!  
(Deteniéndose).

VIRGINIA.

Soy romana.

CLAUDIO.

Pierdes la vida!

VIRGINIA.

La inocencia salvo!

Corneille no habria probablemente titubeado en prolijar este rápido y heróico lenguaje.

Se ha dicho, y es verdad, que el señor Tamayo se ha aprovechado de muchos pensamientos de los autores que le han precedido. Aquel admirable verso que arrebató al público, cuando al proponer el decemviro á la doncella que señale el precio de su amor, ella contesta indignada:

*« Yo vender mi virtud? No tiene precio. »*

está probablemente inspirado por el siguiente pensamiento de Mr. Latour:

CLAUDIUS.

*« Fortune, empire et rang, pour un jour de bonheur. »*  
*« Je mets tout à tes pieds. »*

VIRGINIE.

*« Rien ne vaut mon honneur. »*

Aquella seguridad sublime de la Virginia española cuando contesta á Claudio, que le advierte que está sola y desamparada: *« El pudor está conmigo »* ha parecido á algunos reflejo de este pensamiento de la última Virginia francesa.

CLAUDIUS.

*« L'amour peut tout ici. »*

VIRGINIE.

*La vertu davantage. »*

Sobre ser dudoso tal origen, ¡cuánto mas bello y delicado es el rasgo español! ¿Y á qué buscar estos reflejos que son la infiltracion reciproca, plausible é involuntaria que resulta del roco

natural de las ideas, y de la comunicacion de todas las literaturas? El señor Tamayo ha creado muchos rasgos envidiables; y tal es la uniformidad de inspiracion que en los pormenores produce el manejo del mismo asunto, que en algunos de ellos ha coincidido con escritores que no conocia. Y en último caso, ¿quién no imita? ¿Qué genio humano no ha recibido impulso ajeno? El hombre siempre imita, pero con esta diferencia: la medianía copia; el entendimiento superior trasforma.

En suma, el triunfo teatral de la *Virginia* es uno de los mas grandes y legitimos que hemos visto en la escena española. Glorioso y lisongero es para el señor Tamayo haber logrado avasallar la atencion y los sentimientos de un público exigente y gastado; pero no debe glorificarse menos de haber dotado á la literatura elevada de su patria, de una obra de arte, de conciencia, de inspiracion, y sobre todo de *buen gusto*, que es, segun la expresion afortunada de un gran escritor, *la razon del genio*.

#### DON CAYETANO ROSELL.

Prólogo á la Coleccion escogida de obras no dramáticas de Frey Lope Felix de Vega Carpio.

Dia de tristeza y luto fué para los habitantes de Madrid el 22 de Agosto de 1655. La vispera habia dejado de existir, de resultas de breve, pero angustiosa enfermedad, el gran *Lope de Vega*, el *Fenix de los ingenios*. Celbróse su entierro con pompa verdaderamente régia; las corporaciones religiosas, civiles y militares, los próceres y caballeros, los escritores y artistas de la capital, toda la poblacion, en suma, concurrieron espontáneamente, no bien cundió por la corte la infausta nueva, á confirmar con aquella demostracion de dolor y de respeto la gloria del hombre, que en vida se habia captado la amistad y admiracion de monarcas y pontífices, de su patria y de Europa toda. Y como en cualquier acaecimiento memorable, sea alucinacion de la fantasia, sea fortuita coincidencia, suelen ocurrir fenómenos y prodigios que en las demás ocasiones se tienen por previstos y naturales, refiere uno de sus panegiristas que la noche en que Lope yacia cadáver se eclipsó la luna; como si el cielo y los astros, que anuncian la gloria de su Hacedor, estuviesen sometidos á las vicisitudes y antojos de los mortales.

Diez y nueve años antes salió de la misma calle y de algunas casas mas arriba, pobre, sin acompañamiento, y en hombros de

cuatro hermanos de la venerable Orden Tercera de San Francisco, el féretro humilde que encerraba el cuerpo de Cervantes; pero de esta injusticia de la fortuna, la muerte primero, y después el tiempo desagraviaron por completo al desvalido autor del *Pérsiles y Sigismunda*; la muerte conservando tranquila su alma y alegre su imaginación hasta el postrer aliento, incomparable dicha de la pobreza; y el tiempo, acrisolando de día en día, y coronando por último, con la auréola de la inmortalidad el libro mas perfecto, mas ingenioso y profundo que ha nacido de entendimiento humano.

Tan poco justos, tan desmedidos, suelen parecer á los venideros el fallo y los encomios de los contemporáneos. Y no porque preténdamos rebajar el mérito de Lope hasta el ínfimo grado en que le han puesto algunos críticos y preceptistas intolerantes, ni porque culpemos á su época de un fanatismo parecido á tantas otras supersticiones de la nuestra; sino porque, en efecto, las obras de *Lope de Vega* duran y durarán entre nosotros como grandiosos monumentos de época ya lejana, al paso que el *Quijote* vivirá perpetuamente, como ejemplar propio y único de todas las generaciones.

No pretendo escribir la vida del poeta mas fecundo y aplaudido del siglo xvii: cuanto pudiera decir en el particular seria mera repeticion de lo que refieren los escritores que le trataron en sus dias, ó de los datos que él mismo consignó en sus obras; de entonces acá, presumo que pocos descubrimientos se habrán hecho relativos al carácter peculiar del hombre privado, y á lo que sus cualidades personales pudieron influir en la reputación y estima de que gozó generalmente; pues no siendo con este objeto, ignoro á qué conduzca una ociosa curiosidad que se ocupa en desentrañar las acciones mas recónditas de los que han pasado, penetrando hasta en lo mas inescrutable y vedado de su conciencia. Sabemos cuál fué su origen, cuáles los devaneos de su mocedad, y con cuánta edificacion y cultivo de todas las virtudes se dedicó á fortalecer en su alma los sabios propósitos de arrepentimiento que formó ya en edad madura; cómo á fuerza de modestia se hizo invulnerable á los dardos de la envidia y de la calumnia; á fuerza de humildad, respetado de las agresiones de la soberbia, y cómo su liberalidad y compasión hacia los menesterosos le granjearon fama, no solo de caritativo, sino hasta de pródigo. ¿Qué mas necesitamos para bosquejar su panegirico y proponérselo como por ejemplo?

No falta sin embargo, quien por cumplir con los deberes de la imparcialidad y recordando los lamentos en que mas de una vez prorumpió nuestro Lope por su pobreza y la escasa protección que se le dispensaba, vitupere la insaciable codicia del autor, que

avasalló nuestros teatros, y la sinrazon con que se quejaba de sus constantes favorecedores. Este cargo se funda precisamente en el elogio que Montalban hace de sus nobles prendas; y á ser cierto, como lo será sin duda, cuanto este añade respecto á las utilidades, emolumentos y obsequios que le valieron á Lope sus innumerables obras, la queja no puede en verdad parecer mas ilegítima y presuntuosa. Siempre se ha dicho que la demasiada estimacion propia amengua el merecimiento; pero, sobre que Lope no puede ser tildado de avaro, sino mas bien de pródigo, cuando hasta sus prendas mas necesarias repartia á los pobres, juntos los productos quo, segun Montalban, le devengaron sus obras, asi las dramáticas como las impresiones, y aun los dotes de sus matrimonios, desde los primeros años de su juventud, hasta los postreros dias de su existencia, no salen á veinte mil reales anuales. Y ¿cuántos, no ya tan célebres como Lope, sino de los mas oscuros negociantes ó aventureros de nuestra época, se contentarian hoy con tan vulgar y mezquina medra?

Pero limitándome al principal objeto que me he propuesto en estas indicaciones, al juicio que como escritor se merece Lope, habré de descartar asimismo la parte de alabanzas que como dramático le son debidas, y que ya le han prodigado criticos mas competentes, para referirme solo á sus obras sueltas, que en voluminosa coleccion se reimprimieron en el siglo último, y que reducidas á las que pueden tenerse por mas selectas, se incluyen hoy en el presente tomo.

Atrevimiento parecerá compendiar en tan pocas páginas la multitud de poemas, composiciones líricas y escritos en prosa con que fatigó las prensas de aquella era la incansable y maravillosa pluma del *Fénix de los ingenios*; tan incansable y maravillosa, que aun para seguirla de corrido, apenas bastaria una vida de muchos años al amanuense mas diestro y de mas constancia. Pero segregadas de la coleccion que hemos mencionado varias comedias en ella comprendidas, el poema de *La Jerusalem* que por sí solo ocupa dos tomos de buen volumen, la *Dorotea*, ya impresa en la Biblioteca, algunas composiciones cortas que forman parte del *Romancero* del señor Durán ó del *Cancionero sagrado* del señor Sancha, ambos incluidos tambien en esta publicacion, y otras muchas obras que, á juicio de personas entendidas, no caben, por su escaso mérito, en un repertorio escogido como el que desde luego prometió el editor de la Biblioteca, queda suficiente espacio para que aun el mas aficionado á nuestro autor satisfaga su gusto por completo, y para cumplir el empeño de dar á conocer sus facultades en todos géneros y el desarrollo sucesivo de su nimen poético.

Para proceder en esta última parte con acierto, seria indispen-

sable saber á punto fijo el órden cronológico que debieran seguir las composiciones; mas no he hallado medio de averiguarlo. El de las impresiones es muy falible, dado que el mismo Lope asegura en una de sus obras que *salia á luz tarde y esperada*, pues por causa de algunos libros sin doctrina, sustancia é ingenio, escritos para el vulgo, *se prohibió la impresion de todos generalmente*. En la Egloga á Claudio se hace un resúmen de casi todas las obras sueltas, y este dato, que al pronto parece seguro, deja de serlo observando que en la Filomena constan tambien las principales de dichas obras, y sin embargo se citan por otro órden. No siendo pues posible reimprimirlas correlativamente, segun la época en que se escribieron, las he agrupado por órden de materias procediendo de menos á mas, comenzando por la prosa, y en la parte de verso, insertando primero las composiciones cortas y de arte menor, y concluyendo con las que, al menos segun la forma, pueden denominarse poemas épicos. Si la coleccion se compusiese exclusivamente de cuanto escribió Lope en este género, dificilmente hubiera podido prescindir de su *Jerusalén conquistada*. Ya en otra ocasion quedó tambien postergada; obra que en el comercio literario no tiene valor alguno, que únicamente es apreciable por tal cual trozo de diction propiamente épica, y por la facilidad y gallardía habitual de la versificación servirá para hacer bulto en los estantes de los bibliógrafos, mas que para formar parto de una coleccion de modelos de nuestra literatura. Si Lope se propuso rivalizar en ella con el Tasso, acometió una empresa superior á los alcances de su talento. Entre una serie interminable de octavas reales hilvanadas con mal plan y peor concierto, y un poema regular magníficamente trazado, admirable por sus caractéres, riquísimo de invencion y de grandes cuadros, no cabe especio alguna de competencia.

Da principio la coleccion con las cuatro novelas dirigidas á la señora Marcia Leonarda, que no dejan duda sobre su verdadero autor, pues otras cuatro que han solido imprimirse con ellas, evidentemente son de pluma distinta aunque desconocida. Parece que animado Lope con el buen éxito que tuvieron las de Cervántes, quiso probar tambien sus fuerzas en este género, y solo probó su debilidad. Ni en invencion, ni en fin moral, ni en frescura de colorido, ni en nitidez de estilo y de lenguaje, pueden confundirse unas con otras. La menos perfecta de Cervántes aventaja con mucho en cuantas condiciones prescribe el género á la mas ingeniosa de su imitador.

Lope nació elegido del cielo para poeta, y no podia acomodarse á la severa y académica estructura de la prosa. Si queria ser natural, degeneraba en vulgar y lánguido; si pretendia levantar el vuelo, daba en el extremo de conceptuoso y amanerado.

La falta de propiedad y filosofía trataba de suplirla con sobra de erudicion episódica y pedantesca; duro, monótono, acompasado, discurría casi siempre por medio de antítesis y metáforas, no dejando traslucir siquiera ninguno de los caracteres que aun en medio de los mayores descuidos señalan al escritor profundo, y lo que es mas, no dando ni aun muestras de su innegable superioridad de ingenio. Pero ¿qué tiene de extraño, si, escribiendo en prosa, carecía de estilo propio?

De todos estos defectos, innatos á su condicion, y de algunos mas, peculiares á circunstancias determinadas, adolece la *Arcadia*, poema pastoril en prosa, con versos intercalados mas ó menos oportunamente. Ceguedad era en Lope convertirse en imitador cuando tan feliz y majestuosa se dilataba su mente siempre que se proponía ser espontáneo y original. Ofuscábale el resplandor de la gloria con que brillaban los autores italianos. Esta vez tomó á Sannazaro por modelo, y trocó sus pastores en cortesanos, y las escenas campestres en teatros de la mas pulcra y discreta civilizacion. Grima da verlos tan remilgados y oírlos discurrir con tanta copia de textos, sentencias y aforismos como pudiera un santo padre ó un retórico de la antigüedad. En el tono se asemeja poco á la *Dorotea*, que por lo dramático de algunas situaciones, la viveza de las pinturas, y la correccion de la frase, junta con la propiedad de los afectos ha hecho presumir que fuese una narracion, no solo verosímil, sino verdadera. Pero á vueltas de semejantes imperfecciones, la *Arcadia* contiene de vez en cuando bellezas de primer orden. En las composiciones poéticas que comprende, fuera de algunas de muy mal gusto campea la admirable facilidad y musical cadencia que Lope sabía dar sobre todo á sus romances y versos cortos; así que me ha parecido preferible á los *Pastores de Belén* y al *Peregrino en su patria*, que, á mi modo de ver, ofrecen mayores inconvenientes.

En el *Discurso sobre la nueva poesia* y en la *Introduccion* á la *Justa poética de san Isidro*, en la *Relacion de las Fiestas de la Canonizacion* del mismo santo y el *Triunfo de la Fé* y por último en las *Cien Jaculatorias á Cristo nuestro Señor*, he procurado dar á conocer á Lope como critico, como historiador y como escritor ascético, dejando al buen criterio de los lectores el juicio que merezca cada una de las citadas obras.

Por via de intermedio, y como transicion de la primera parte del tomo, que contiene la prosa, á la segunda, que se compone toda de poesías, he insertado el *Laurel de Apolo*, especie de catálogo rimado, cuyo único mérito consiste en conservar la memoria de mas de trescientos escritores, casi todos poetas de aquellos tiempos, en cuya alabanza no escaseó el buen Lope ni los perfumes de la lisonja ni la hojarasca de las hipóboles; bien que en



la propia debilidad incurrió Cervantes, derramando incienso á manos llenas en su *Viage del Parnaso* y en el *Canto de Caliope*, y otros poetas de la misma época, que satisfacian por este medio la vanidad de los contemporáneos y la irritable condicion de los envidiosos y murmuradores.

Entramos en seguida en los dominios propios de *Lope*, en los vastos y feracisimos campos que brindaban á su musa con todos los encantos y tesoros que da de sí la naturaleza; de las aves tomaba sus melodias, del sol sus inspiraciones, y de las flores mas modestas tejia coronas de triunfo para sus sienes. El alma del poeta, medrosa y como apocada cuando tenia que espresarse en el idioma de las ciudades, se remontaba audaz y placentera cuando pulsaba la citara de los dioses; y el mismo que en el lenguaje de la vida comun no acertaba á descifrar el enigma de sus sentimientos, recurriendo á la magia de la poesia hallaba desahogo para todos sus afectos, consuelo para todas las aflicciones y compensacion para todos sus desengaños.

Véase en las letrillas, glosas y romances, con cuánta gracia maneja á veces la sátira, con qué valentía las descripciones, qué tono tan melancólico lo inspira el amor, qué dudas y contradicciones su pensamiento. Para cantar el nacimiento del Hijo de Dios, unas veces entona alegres villancicos. otras apostrofa á las palmas de Belen para que no turben el sueño del Niño, movidas por los furiosos vientos. Al celebrar la santidad del labrador Isidro, se vale de las formas populares de la versificacion y exorna su asunto con bellisimas tradiciones de la historia patria. Por no reproducir, como he indicado, muchas de las composiciones ya impresas en los tomos de la *Biblioteca*, he omitido algunas que por otra parte son muy conocidas de todo el mundo; mas en cambio incluyo otras que si no son del todo inéditas han llegado á hacerse bastante raras, para tener por lo menos el mérito de la novedad. La mayor parte están sacadas de dos códices preciosísimos y autógrafos que poseen los señores Marques de Pidal y D. Agustin Durán; reliquias que he tenido algun tiempo á mi disposicion, gracias á la amabilidad de ambos caballeros que me han favorecido con tan distinguida prueba de confianza, poniendo en mis manos un tesoro, que solo su elevado talento y superior ilustracion son capaces de estimar en lo que merece y valo. Y con esto motivo permitaseme una digresion, que no se teudrá por inoportuna. Es creencia general, y el número de volúmenes que escribió *Lope* asi lo indica, que poco embarazado este maravilloso ingenio con las trabas del verso y la locucion poética, y no menos audaz que afortunado en vencer cuantos obstáculos son para otros insuperables, ni se detenía á limar lo escrito, ni lo que una vez encomendaba al papel tornaba á ser objeto de sus cavi-

losidades y lecturas. Algunas de sus comedias autógrafas que he visto, aparecen con efecto bastante limpias de enmiendas, tanto que tienen mas trazas de copias que de originales; pero en los códices á que me refiero son innumerables las tachas y correcciones: soneto hay que ocupa cinco planas de papel en 4º. y verso que va precedido de seis, ocho ó mas inutilizados. Dato curioso que acrecienta la suma de tiempo invertido por tan fecundo autor en sus tareas, y el asombro á que da lugar este, que á primera vista parece imposible humano.

La segunda seccion comprende églogas, canciones, odas, elegias etc., y la siguiente un repertorio escogido de algunas dos centurias de sonetos, todos recomendables por su esmerada diction, por su variedad de asuntos y tonos, y muchos por su locucion magnífica y robusta y por la feliz gradacion y profundidad de los pensamientos.

Las epístolas ocupan buen trecho de nuestro tomo; de cuantas *Lope* dió á la estampa, muy pocas pueden desecharse por débiles y destituidas de interés. En ellas reunió los principales datos para su vida, las pruebas en que deben apoyarse cuantos juicios se formen sobre opiniones y sentimientos; en ellas, prescindiendo de toda ficcion, pone de manifiesto hasta lo mas íntimo de su alma, y el mismo descuido con que deja correr la pluma presta elegancia á sus frases, propiedad de estilo á sus períodos, admirable rotundidad á sus tercetos, y fluidez y nervio á su versificación. Aun cuando *Lope* no hubiese dejado otras muestras de su ingenio que las epístolas, seria reputado, y con justa causa, por uno de nuestros primeros hablistas y de nuestros mas bizarros poetas. Asuntos adecuados á su propósito, acertadísimo empleo de epítetos, poética acepcion de los verbos, plan casi siempre juicioso, variedad en los tonos y transiciones..... no temo pecar de exageracion encareciendo lo que sin duda complacerá tambien en sumo grado á los lectores. Este género de composicion, como el romance, en que tanto se aventajaba el croador de nuestro teatro, evidentemente demuestra que era poeta mas natural que erudito, poeta verdaderamente español, cuya lozana imaginativa se acomodaba mal á las exigencias del arte extraño y á las formas inflexibles de la imitacion.

Y si queremos convencernos mas de la exactitud de esta conjetura, observemos en la última seccion, destinada á los poemas, la diferencia que existe entre las silvas de la *Gatomauia*, escritas con tan gran donaire y desenfado, y las octavas de *La Andrómeda*, *La Circe* ó *La Filomena*, que, por otra parte, atendiendo á su menor estension y á que se sostienen con alguna mas regularidad, no he vacilado en preferir á la *Hermosura de Angélica*, á la *Corona trágica* y á la *Dragontea*.

Comprender la *Gatomaquia* y algunas otras de las *Rimas de Burquillos* entre las obras de *Lope de Vega*, estableciendo por lo mismo como un hecho la completa identidad de ambos autores, quizá parecerá á muchos exceso de ligereza; mas para mí es verdad plenamente averiguada, punto en que ya no cabe género alguno de controversia. Como si no bastasen testimonios de tanta autoridad como el de Montalban en su *Fama póstuma*, y el de D. García de Salcedo, Coronel, amigo de *Lope*, en las décimas que escribió para la primera edicion de libro de *Burquillos*, ni las indicaciones de D. Francisco de Quevedo, ni en fin, la tradicion constante y general de ser el misterioso licenciado y su compilador una persona misma, los códices mencionados de los señores Pidal y Durán contienen la demostracion mas palpable que pudiera apetecerse. En ellos se encuentran escritas en borrador, por mano y puño de *Lope*, varias de las poesias impresas en la coleccion de *Rimas de Burquillos*. No me detendré aquí á indagar la existencia mas ó menos probable de otro poeta del mismo nombre, basta la seguridad con que se procederá de hoy en adelante al atribuir á *Lope* obras que escribió bajo el velo de un pseudónimo, sin duda por no creerlas propias de su reputacion ó de su estado sacerdotal.

Concluye el presente tomo con el índice general alfabético de la coleccion de Sancha, que puede servir de adición á la nuestra en caso necesario, con el de los códices de que va hecho mérito, que son el complemento de ambas; un catálogo de todos los panegiristas de *Lope* y de sus obras y otro de los autores citados en el *Laurel de Apolo*. A muchos de estos he añadido la indicacion mas ó menos circunstanciada de las obras que respectivamente escribieron. El corto tiempo de que he podido disponer no me ha permitido llenar todos los huecos como deseaba, sin embargo de haber recurrido mas de una vez al auxilio de personas tan entendidas y expertas en todo género de investigaciones literarias como mis complacientes amigos los señores D. Pascual de Gayangos y D. Aureliano Fernandez Guerra, á quienes doy con tal motivo este público testimonio de mi reconocimiento. Algunos de los autores mencionados serian conocidos de su tiempo por haber figurado en las academias, justas y certámenes que tan á menudo se celebran, y hoy no se tienen presentes por no existir libro alguno impreso bajo su nombre; pero de esta falta, y de cualquiera inexactitud que se advierta en un trabajo arduo de suyo, y que solo puede considerarse como principio de otros mas formales y detenidos, tomaré ocasion para solicitar la indulgencia de mis lectores.

Las obras comprendidas en el presente volumen dan sobrada materia para juzgar á *Lope de Vega* como lirico y como prosista.

Su siglo le admiró principalmente como escritor dramático, refluendo, por decirlo así, el brillo de sus composiciones escénicas en todas las demas que brotaban de su inagotable númen. Era poeta mas popular que culto; la índole de su portentoso ingenio le hacia mas á propósito para concebir y trazar una accion dramática que para sostener la entonacion grave y en cierto modo artificiosa de la poesia erudita. Su claro instinto le infundia aversion á los estravíos con que Góngora y sus imitadores alteraban la pureza de formas de la escuela clásica, y sin embargo, la viciada atmósfera que le circua contagiaba tambien su gusto, obligándole á incurrir á veces en los propios yerros que vituperaba. No se hubiera creído á *Lope* tan grande, no hubiera llegado á alzarse como un ídolo á la veneracion y asombro de los sabios, de los eruditos y de la muchedumbre, si no hubiese sido la personificacion mas verdadera y exacta del espíritu, de la filosofía, de las ideas y hasta de los vicios del siglo en quo dominaba. Como escritor, adolecia de falta de instruccion y de rectitud de juicio; como poeta, fué verdaderamente un portento de la naturaleza; y de aquí por una parte sus inimitables perfecciones, y por otra su audacia y sus desaciertos. Otros analizarán con mas detencion y profundidad el carácter y mérito de sus composiciones; yo solamente me he propuesto reunir en breve epitome aquellas que basten á facilitar propósito tan envidiable.

#### DON PEDRO DE MADRAZO.

### ROMA.

Con el reinado de Augusto empezó el nombre de Italia á tener el sentido lato que hoy le damos, porque entónces comenzaron á reconocerse sujetos á un solo dominio todos los diversos pueblos que la formaban, aunque siguieron conservando sus instituciones locales y su mutua independencía. Era la Italia como el haz de los lictores, compuesto de varas de diferentes arbustos, siendo la ley comun el lazo que las sujetaba, y Roma la segur amenazadora quo en medio de ellas relucia.

De modo quo ni aun entónces existia la nacionalidad italiana propiamente dicha. Pero Roma era ya mas quo el centro de una nacion, porque era el alma de un colosal imperio.

Dentro de sus fuertes muros se reunía una asociación de todas las familias humanas esparcidas desde las columnas de Hércules al Quersoneso táurico.....; Cuán liberal y generosa se mostró con todas aquellas gentes, admitiendo en la curia á los hijos de los vencidos, y dando el lauro imperial á los naturales de la Tracia y de la Arabia! Dió además á todos sus vasallos el título de ciudadanos, y se honró con el nombre de PATRIA COMUN. Inició á los pueblos nacientes en los deberes de la vida social, al paso que les enseñaba á cultivar las artes, que son su mas bello ornamento. Y sus gigantescos proyectos, abriéndose paso por entre primitivos y silenciosos bosques, y salvando caudalosos rios, acabaron por establecer en Europa el libre comercio del pensamiento.

Aquella rigurosa y bien dirigida tutela ejercida sobre el mundo pagano, era una lejana preparacion para el advenimiento del grande orden de ideas que con inspiracion casi profética presintió Virgilio, exclamando: *Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo*. ¡Qué importaba que la victoria ensangrentada y clamorosa huyese del Capitolio cuando ya el Santo PESCADOR lo habia sellado con su sangre y el consorcio sublime del AMOR y la FE habia tomado posesion del Vaticano, quedando el imperio moral de Roma asegurado para siempre! La Ciudad Eterna dejaba de ser centro politico para ser centro intelectual y religioso: el romano vencido habia de ser el maestro del vencedor. No lo desconoció el dulce Horacio cuando se predijo inmarcesible fama para dentro del imperio moral de Roma (1).

Sus altos destinos se manifestaron en sus mismos infortunios. La madre de la universal civilizacion, politica, económica, militar, literaria y religiosa, comienza á desfallecer, como herida de muerte, al tomar cuerpo de espléndido sol los primeros albores del cristianismo; pero no morirá, porque la promesa hecha á su fundador tiene que cumplirse. La antigua sociedad corrompida y enervada por los vicios, debia regenerarse, para que á la altiva señora del mundo sucediese la maestra de la humanidad, sustituyendo á la fuerza de las armas el poder irresistible de la inteligencia.

En vano el emperador Constancio unirá al carro de su fortuna los impetuosos vélites del arrianismo; en balde Juliano el Apóstata intentará reconstruir el paganismo declarándose adorador de Júpiter y de Minerva; para sostener la mole de las antiguas idas que se desmorona, ni siquiera le presta el arte la belleza de sus formas, porque ya el artista y el poeta, ó creen en el Dios de

(1) ..... Usque ego posterâ  
Crescum laude recens, dum Capitolium  
Scandet cum tacitâ virgine Pontifex.

(Oda XXX, lib. III.)

Nazareth, ó han perdido en los cenagales del materialismo el tipo estético con que un tiempo encadenó la Grecia los corazones á la idolatría.

Una formidable voz que llega de los desiertos de la Palestina, hace estremecer las doradas techumbres que se reflejan en el Tiber, y sobrecogerse de espanto á las indolentes vírgenes romanas; no es el « cimbalo sonoro » del Apóstol, ni la « voz en el desierto » del Profeta; ¡es la elocuente voz de S. Jerónimo que anuncia como Jonás la destruccion de la nueva Ninive! Un resplandor fatídico tiñe las altas cúpulas palatinas hácia el lado del viento siniestro (1); no son las exequias de un emperador que yace en su pira, ¡son las Galias incendiadas por los Bárbaros! ¡Son las llamas que hacen hervir ensangrentadas las olas del Rin y del Garona, como aquellos mares donde derramó un ángel el cáliz de la ira de Dios (2)! ¡Son las hogueras en que han convertido los soldados de Alarico las opulentas ciudades de Maguncia, Worms, Spira y Tolosa, y que amagan devorar la grandeza de Roma!... ¡Oh inescrutable Providencia! ¡quién habria podido comprender con el alma anonadada por el tremendo escarmiento del asalto y saqueo de la Ciudad Eterna, que las devastadoras hordas del Báltico y del Euxino iban allí conducidas por el dedo de Dios para inocular en el cuerpo cadavérico de la corrompida matrona la sangre virgen y poderosa que habia de darle nueva vida! ¡Quién habria podido bendecir entónces la impotencia del despotismo imperial, que luchó tanto tiempo en vano con la descentralizacion republicana imbuida en las costumbres de los hijos de Rómulo! ¡Quién hubiera podido exhalar cánticos de alabanza por la próxima trasformacion que iba á verificarse, cuando el santo doctor de la Panonia, repitiendo los lúgubres acentos de Miquéas, decia á Roma: « méstate los cabellos, y ráete la cabeza hasta pelártela toda, como águila que está de muda, porque tus habitantes son llevados en cautiverio (3). »

No es de admirar que los testigos de aquellos espantosos desastres dudasen de que pudieran quedar alientos de vida en la inerte crisálida del imperio, despues que Arcadio y Honorio hicieron girones el manto del gran Teodosio; cuando los mismos poetas y filósofos nacidos en el cristianismo no han sabido desentrañar el espíritu de esa nueva Iliada de diez siglos que reprodujeron todas las naciones grandes del mundo moderno al disputarse la manzana de oro de la Italia. Sin embargo tambien hablaba con Roma el profeta cuando exclamaba: « Méstate los cabellos y pélate la cabeza como águila que está de muda, »

(1) El Septentrion.

(2) *Apocat.*, cap. XVI.

(3) *Prof. de Miquéas*, cap. I.

porque realmente el águila romana iba á mudar todo su pomposo plumaje. Roma política sucumbia ante la doble fatalidad de las disensiones civiles y de las invasiones extranjeras; pero esto se verificaba para que en ella tuviese cumplimiento el mas alto destino que es dado alcanzar á un pueblo en su vida terrestre.

Escuchemos la voz de la tradicion y penetremos de su espíritu. Es fama que á la vida de Rómulo acompañaron los mas grandes prodigios, así en su nacimiento como en su muerte. Abandonado en su infancia por orden de Amulio á la corriente del Tiber, como Moises á la del Nilo por orden de Faraon, el débil esquivo en que se hallaba con su hermano Remo fué depositado por una inundacion en un punto elevado de la orilla, y milagrosamente libertado, al paso que todas las otras naves que surcaban aquel rio perecieron de diversos modos (1).

El primer acto de justicia del futuro legislador del pueblo romano fué semejante á la primera vindicacion del legislador del pueblo hebreo; como este mató por su mano al egipcio que maltrataba á sus hermanos, dió muerte aquel al tirano que le entregó con Remo al Tiber.

Conoció que la justicia de aquella venganza seria desconocida por los hombres de malos intentos, y procuró dar al derecho el apoyo de la fuerza, eligiendo un asilo contra injustas persecuciones: se retiró al monte Palatino, como Moises se retiró al desierto de Madian temiendo la persecucion de los egipcios. Allí comenzó verdaderamente la grande obra para que fué predeterminado.

¿Quereis ver palpablemente bajo una forma alegórica el futuro destino de Roma? Oid tambien la tradicion. Abrió Rómulo primeramente una zanja al rededor del punto designado para asamblea legislativa del pueblo (*Comitia*) (2), y mandó que cada cual arrojase en ella las primicias de todos los alimentos no vedados y un puñado de tierra del pais á que perteneciese. Tal vez aquel inspirado fundador se propuso significar con esto, que el mejor derecho público es el que tiene por cimiento la generosa prestacion de los sacrificios individuales de los ciudadanos: y que en Roma habian de confundirse un dia todas las nacionalidades parciales del orbe.

Si fué prodigiosa la aparicion de Rómulo, no lo fué ménos su desaparicion de la tierra. El senador Julio Próculo, en una vision maravillosa que tuvo, reconoció al fundador de Roma arrebatado al cielo por los dioses, durante una tempestad que se armó acompañada de impetuosos torbellinos, y recogió religiosamente de

(1) Esta es la tradicion mas comun de los que consideran á Rómulo como fundador de Roma. V. *Les antiquités de Rome*, del baron du Mont de Florgy.

(2) El pueblo en los *Comicios* deliberaba sobre los negocios de la nacion.

sus labios estas palabras de eterno consuelo : « Vé y anuncia á los Romanos la voluntad de los dioses : NI ROMA SERÁ LA CAPITAL DEL UNIVERSO-MUNDO. Cultiven con constancia el arte militar, y no habrá poder humano que contra sus armas prevalezca (1).

Mudó toda su pluma, si, el águila soberbia de Roma : Constantino se llevó á Bizancio la sombra de la verdadera, que quedaba amparando bajo sus alas la sagrada cruz que admitió el Capitolio. El ave altanera se trasformó, y cuando de la crisálida de la Roma antigua salió desplegando leves y radiantes alas la fo alimentada en sus catacumbas, entónces la verdadera águila romana, ántes indómita y recelosa, tomó la pluma del manso y generoso pelicano, todo amor para sus hijos.

La religion de Cristo, toda de amor y ternura, es incompatible en Roma con el receloso espíritu de nacionalismo. El patriotismo que se albergó en sus muros es aquella caridad grande y sublime que abarca todo el universo, y cuyo ardiente anhelo es el progreso del perfeccionamiento evangélico en la familia humana.

Si en Roma se hubiera arraigado el nacionalismo, si la ciudad predestinada hubiese llegado á ser la capital de una monarquía ó de una república, como las otras que han cruzado por la escena del mundo, el patriotismo, pasión que se alimenta con harta frecuencia de rivalidades y de orgullo, se hubiera constituido en cauteloso espía de la gran ciudad, y hubiera cerrado sus puertas á la generosa hospitalidad que debia ejercer teniendo á todas las cortes europeas por dóciles alumnas.

Hé aquí la gran diferencia entre Roma y las demas naciones. Estas, cuyo curso deb ser pasajero como la vida del hombre, solo pueden aspirar á que su existencia se dilate lo mas que les permita el cielo, dejando en su carrera algun rastro de gloria. Todas sus obligaciones acaban dentro del estrecho círculo de su propia conservacion ó incremento, y esta especie de egoismo colectivo no es en manera alguna vituperable en los pueblos que al venir al mundo no descubren promesas de inmortalidad en su horizonte. Estos pueblos son los que se levantan contra la opresion extranjera, y tienen por deber el repelerla, aun cuando para asegurar su independendencia se vean precisados á derramar la sangre de sus adversarios. Forzados á sostener guerras de propia de-

(1) La fabulosa vision de Próculo se atribuye á Rómulo por Tito Livio, Ovidio, Plutarco, S. Agustin y Arnobio : *abi, nuntia Romanis caelestes ita velle : ut mea Roma caput orbis terrarum sit*, etc. Causa verdaderamente maravilla el estudiar cuánto contribuyó la fe en la inmortalidad y en la promesa de Rómulo á las grandes empresas que el pueblo romano llevó á cabo, de manera que, aun reconocida la vision de Próculo como fabulosa, siempre subsiste como portento humanamente inexplicable la circunstancia de ajustarse tan escrupulosamente á la historia de Roma aquella enpueta promesa segun fué formulada hace tantos siglos.



fensa, no les es dado perdonar enteramente, porque el perdon se funda en el olvido, y las nacionalidades solo viven de recuerdos.

No así Roma, que es la CIUDAD ETERNA : no hay violencia que en ella no se haya consumado. Sentada en su silla curul, á la manera de los antiguos senadores, esperó á sus enemigos impávida y majestuosa, y su sola mirada mas de una vez heló el corazon haciendo caer el hierro de sus manos. Perdonó casi siempre á los que talaron sus campos é incendiaron sus palacios y sus mieses, y en trueque de rencores dió á la Europa enemiga las ciencias, las artes, la literatura, y una religion de paz y amor.

Nada hizo para sí : todo para el mundo. Defendió á la cristianidad del islamismo embrutecedor y mandó las galeras venecianas á ahogarlo en las aguas de Lepanto. Libróle despues en Trento del vandalismo protestante, como desarmó en nuestro siglo al vandalismo revolucionario, oponiendo al orgullo de Napoleon la evangélica mansedumbre de Pio VII. Difundió por todas partes la luz de lo bello, de lo útil y de lo justo, con las obras inmortales de sus sabios, de sus poetas y de sus artistas; y ahora que las naciones europeas, como las olas de un revuelto mar, se alzan unas contra otras dispuestas á renovar las sangrientas luchas pasadas, Roma es la única que sacrifica sus fieles diáconos (1) para recordar á los hombres la olvidada moral de la Iglesia de Jesucristo, con palabras de consuelo para la desesperacion de los vencidos, con ejemplos de caridad para el furor de los vencedores.

**DON MANUEL CAÑETE.**

## CRÍTICA LITERARIA.

**LA RICAHEMERA**, drama histórico en cuatro actos y en verso, de don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, y don Manuel Tamayo y Baus, representado por primera vez en el teatro del Príncipe el 20 de abril de 1854.

La aparicion de este drama, confirmacion elocuente de la doctrina literaria que he tenido la gloria de proclamar por espacio

(1) Alude á la dolorosa reciente muerte del arzobispo de Paris, Mgr. d'Affre.

de algunos años como única digna de la civilización de nuestros tiempos, bien que nada tenga de extraño, atendidas las altas prendas intelectuales de sus autores, patentiza á los ojos de todo el mundo cuánto importa á la inspiración poética levantarse á la esfera de los nobles pensamientos, y utilizar la belleza de la forma en la expresión de lo *verdadero* y de lo *bueno*. Fruto de un sistema literario que con saludable eclecticismo acepta lo que cada cual tiene de aceptable, y desdeña todo imperio que no sea el de la recta razón, ayudada del buen gusto, — *La Ricahembra* reúne y amalgama en peregrino concierto las mas raras dotes tradicionales de nuestro popular y caracterizado teatro antiguo, y los mas fecundos elementos de vitalidad puestos en acción á influjo del aliento revolucionario que en nuestros dias ha regenerado el arte. En ella se ve ademas confirmada una creencia que siempre tuve, y que ha sido combatida repetidas veces, con mas acrimonia que razón, por escritores de merecido concepto: la de que los casamientos literarios, digámoslo así, no pueden ser fructuosos; la de que dos ingenios capaces de escribir separados cosas muy bellas, no pueden tener reunidos la misma espontaneidad de facultades, merced á la presión, en cierto modo involuntaria, que naturalmente ha de ejercer en uno de ellos la inteligencia del que esté dotado de mas vigorosa iniciativa.

De que los matrimonios de ingenio prometen sucesión hidalga cuando dos espíritus de generoso temple se confunden, tenemos en *La Ricahembra* galano ejemplo. Y aunque varios lejanos y propincuos responden de lo mucho que son capaces de hacer, cada uno de por sí, los señores Fernandez-Guerra y Tamayo, todavia la ternura pintoresca del primero y la gallarda impetuosidad del segundo, enlazadas y confundidas en esta notable creación, parece como que se completan y mejoran, prestando mayor variedad y lozanía á la admirable unidad que resplandece en el conjunto de este drama.

Casi todos los poetas dramáticos de mas cuenta, no ya españoles, sino europeos, y muy principalmente los de este siglo, se han apacentado en pintar el triunfo del fatalismo de la pasión sobre el libre albedrío, dando á la organización material mayor importancia de la que tiene con relación á los fenómenos afectivos del ser humano. Diganlo *Sardanápalo* y *Marino Faliero* on Byron; *Teresa* y *Catalina Howard* en Dumas; *Angelo* y *Marion Desorme* en Victor Hugo.

Fernandez-Guerra y Tamayo han seguido rumbo distinto.

Como pensamiento coadyuvante de la obra, emplean el amor de una mujer á su raza, y el afán de fortalecerla con su ejemplo en lo futuro, á fin de que llegue á ser siempre grande, pura y legítima. Digno empeño ciertamente: realzar la mujer que es la

base y fundamento de la sociedad; confiar á su dignidad y grandeza el mayor vencimiento del corazon humano. Este pensamiento es tanto mas útil, cuanto que ingenios de los que mas honran el presente siglo, de los que han dado el tono, por decirlo así, á la revolucion literaria de nuestra época, se han complacido en presentar á la muger como un mónstruo abominable. Harto acreditan mi opinion *Lucrecia Borgia* y *Margarita de Borgoña*; harto la reina Isabel, madre de Carlos VII, retratada con tan negros colores en *La Doncella de Orleans* de Schiller. Por el contrario, *La Ricahembra* es el complemento de varios esfuerzos aislados hechos por vigorosos escritores para rehabilitar á la muger, puesta en descrédito en estos últimos tiempos; corona de tentativas tan felices como *La ley de raza* de Hartzenbusch, y *El valor de la muger* de Breton de los Herreros, en cuyas obras puede admirar el menos docto, demas del noble propósito de ambos poetas, detalles y primores de grande estima.

Voy, pues, á hacerme cargo de las condiciones que mas resaltan en el drama profundamente bello de Tamayo y Fernandez-Guerra, considerándolo bajo diverso punto de vista del en que so han colocado los ilustrados criticos que me han precedido en la grata empresa de aplaudir el mérito relouvante de esta obra, destinada á vivir en nuestra escena mientras haya en España la nocion mas minima de buen gusto.

Procuraré exponer con claridad y como punto de partida los hechos en que estriba el argumento de *La Ricahembra*.

Doña Juana do Mondoza, hija del señor do Uita y Buitrago y viuda del adelantado mayor de Leon, Diego Manrique de Lara, vive en su casa fuerte de Villaharta-Quintana, solicitada de muchos y grandes señores, siendo amparo y consuelo de sus vasallos. Uno de sus pretendientes, el conde don Tello, burlado en el deseo de alcanzar la mano de la Ricahembra, entra á saco sus heredades; pero no bien doña Juana, despreciando *las mocedades de un fatuo*, se propone dejar sin castigo tales demasias, cuando llegan huestes de los pueblos comarcanos que siguen las banderas de los Mendozas, ansiando vengar el agravio que les han inferido los do don Tello, y poniendo á doña Juana en el caso de elegir un campeón que las conduzca á la pelea. Vivaldo solicita y obtiene esta gracia; Vivaldo, secretario de la Ricahembra, á la que no desagradan ni su gallardo continente ni las altas dotes de su espíritu, jóven, nacido en humilde cuna, pero rico en levantados pensamientos y ardientemente enamorado de su señora. Interin corre á lidiar, dejando en el mayor consuelo á Marina, que lo adora con toda el alma, se presenta oleastillo un page del rey, portador de esto billete:

« Si en valle desierto sus galas humilla  
 á todos oculta la rosa fragante,  
 quien es en virtudes blason de Castilla  
 mi corte ennoblezca, sus glorias levante.  
 Y á mas, recordando que al sumo imperante  
 los fuertes Mendozas sirvieron á ley,  
 esposa vos fago del noble Almirante,  
 del gran don Alfonso, mi primo. — Yo el Rey. »

Doña Juana estima ofensivo á su dignidad este propósito del monarca, y manifiesta el suyo decidido de no cumplirlo. Aprémiala el page (que es el mismo don Alfonso Enriquez, disfrazado) á esponer las causas de tal repulsa : rehúsalo discretamente la Ricahembra ; pero tanto se obstina aquel , prendado mas y mas de los atractivos de la dama, en que esta ha de justificar su negativa, que exacerbada doña Juana por la que juzga ofensa dirigida á empañar el lustre de sus blasones, é ignorante de quién fuese el atrevido servidor que de tal modo la compelia á decir lo que ella *estimaba para callado*, exclama, aludiendo al Almirante :

¡ Unir su sangre á la mia ,  
 y un bastardo le engendró (1)!...  
 ¡ Y él mismo tambien nació  
 con sello de bastardía !

El diálogo prosigue de este modo :

PAGE.                    ¡ Basta ya !  
 DOÑA JUANA.        Con torpe mengua,  
                               su padre, á Dios consagrado,  
                               los votos rompió malvado :  
                               ¿ y por quién?.....  
 PAGE.                    ¡ Tened la lengua !  
 DOÑA JUANA.        Y de aquella union impia  
                               brotando el retoño odioso,  
                               el padre fué un religioso,  
                               fué la madre una judía.  
 PAGE.                    Mentira.                (Dile un bofetón.)

Esta enérgica escena, donde la verdad histórica se halla realzada con los brillantes colores de la poesia, con el vigor del interés dramático mas activo, concluye de esta manera :

DOÑA JUANA.                    ¡ Oh ! ¿ Será verdad ?  
   ¿ Tu mano en mi rostro?..... Sí,

(1) Don Alfonso Enriquez era hijo del maestro de Santiago Don Fadrique, hermano bastardo del rey don Pedro I de Castilla.

que aun la siento impresa aquí.

Hola, mis guardias, llegad.

*(Asomándose á la puerta del foro y gritando. Aparecen en ella guardias y pages.)*

PAGE.

Sobrado tiempo me humilla

este disfraz en que estoy :

Don Alfonso Enriquez soy,

almirante de Castilla.

DOÑA JUANA.

Temed todos mi furor

si del muro alguien saliere:

*(A los guardias.)*

Que en mi cámara me espero

decid á mi confesor.

*(A los pages.)*

Ved que nunca fuerza ha sido

tan exacto cumplimiento.

*(A los guardias y pages que se retiran.)*

DON ALFONSO.

¿Qué es lo que intentais?

*(Despues de batallar con mil dudas en la mayor agitacion.)*

DOÑA JUANA.

¿Qué intento?

Que vais á ser mi marido.

DON ALFONSO.

¡Cielos!

DOÑA JUANA.

Sin ningun retardo;

antes de que á nadie hableis.

DON ALFONSO.

Señora, ved lo que haceis;

recordad que soy bastardo.

DOÑA JUANA.

¿Tu maldad que mi honra empaña

límites no reconoce?

¡Justo es que así te alboroce

tan digna, tan noble hazafia!

Pero si á mis pies te postro

y hago que tu sangre corra,

con tu sangre no se borra

esta mancha de mi rostro.

A ser tu esposa me allano;

mas nadie dirá atrevido,

que quien no fué mi marido

puso en mi rostro la mano. »

A esta sazón llega Vivaldo, triunfante del conde don Tello, y feliz con la remota esperanza de ver recompensado el oculto amor que le ha dado esfuerzo en los combates; pero doña Juana, que con tan singular delicadeza descubre la inclinacion de su pecho, diciéndose al ver partir á Vivaldo,

« ¡Porqué no es igual á mí! »

le manifiesta, luchando con mil encontrados afectos, que va á dar su mano á don Alfonso, porque

« Es mas fuerte que la muerte  
el imperio del honor. »

Magnífico cimiento de un edificio dramático levantado á la altura de lo mejor que en esta clase de obras ha producido el presente siglo ! ¡Sublime revolacion de un carácter cuyo desarrollo ha de ser fecundo en bellezas de primer órden !

La muger que se habia mostrado tan celosa de conservar sin género alguno de mancilla el nombre esclarecido de sus mayores; que habia luchado con denodada altanería con la voluntad del soberano, porque segun su modo de pensar debian hacerse los casamientos

« por propio convencimiento,  
no por ageno capricho, »

es consecuente consigo propia, poniendo la misma fuerza de voluntad que hubo menester para enlazarse con el bastardo primo del rey, en dominar la inclinacion amorosa que Vivaldo habia despertado en su alma, y vencer á fuerza de prudencia y mansedumbre ya la preocupacion celosa de don Alfonso, ya los arrebatos coléricos á que este se deja arrastrar fácilmente, oscureciendo y amenguando la nativa generosidad y franqueza de su carácter, ya el desbordado fuego de Vivaldo. Así luchando sin cesar con los naturales impulsos de su contrariado corazon, y con las mal regidas pasiones de cuantos la rodean; esclava del deber hasta el punto de decretar la muerte de Vivaldo, en castigo al atrevimiento de haberla declarado su amor; fuerte para no abatir su dignidad empleando humillante súplica con el fin de templar la injusta saña del esposo, consigue triunfar de los demas y de ella misma, y ofrece á todos alto ejemplo del uso que deben hacer de su albedrio, si aspiran á cumplir con lo que exige la razon de la dignidad del ser humano.

*La Ricahembra* no es solo un drama donde á par del interés que nace del choque de los afectos campea un ingenioso artificio y se ostentan situaciones dramáticas muy verosímiles, combinadas con arte poco vulgar; no es solo una fábula donde la belleza resulta del colorido de las pasiones, de la lucha y contraste de caracteres que, sin perder el sclo de la universalidad que han menester en la escena para hablar al alma del auditorio, retratan con admirable exactitud y energia las condiciones accidentales que debian determinarlos, y los modificaban de hecho, dadas las supersticiones y creencias del siglo en que vivieron los personajes; — esta obra singular, por el mérito nada comun de las dotes que la distinguen, es un simbolo moral y poético de la

mayor importancia : símbolo en el cual se resuelve hasta cierto punto el problema de la vida, no á efectos de la espiacion que borra la culpa, sino merced al sacrificio voluntario, que conquista el mas noble premio del espíritu. Pensamiento de tanta magnitud y trascendencia debia naturalmente germinar en ingenios tan elevados como los autores de *La Ricahembra*.

No hay, pues, duda en que el carácter simbólico que resplandece en la obra de Fernandez-Guerra y Tamayo, es el que mas la sublima, ya porque corresponde á lo que debe ser la dramática de nuestros tiempos, ya porque se manifiesta á cada paso de un modo complejo y multiforme, así en el conjunto como en los detalles y accesorios, sin que por ello pierda en sencillez y frescura el desarrollo de la accion, ni sea necesario engolfarse en lucubraciones metafísicas para percibirlo y demostrarlo. Y que ha sido el principal intento de los autores hacer tal símbolo perceptible; que en la vida íntima de su creacion han cifrado la mayor gloria; que en esta fecunda idea, como en piedra angular, han buscado apoyo para levantarse á penetrar, sin pedantesco dogmatismo, en las altas regiones de la filosofia, no abandonando un solo instante el florido sendero del corazon, — cosa es que desde luego se descubre y que el público ha tenido el buen acuerdo de aplaudir, gracias al prestigio inesplicable de la verdad que intuitivamente se apodera hasta del mas rudo entendimiento.

Fernandez-Guerra y Tamayo han comprendido, y este es en mi concepto su mayor timbre, que, en el estado actual del arte, lo bello debe servir de guía para conducirnos á lo verdadero; que es necesario conocer bien lo pasado para hacer salir del gremio de los siglos la verdad y la luz; que los trabajos de la inteligencia deben dirigirse al fin de patentizar al hombre su verdadero destino, enseñándole de cuanto esfuerzo es capaz, y como logra el espíritu abatir la rebeldia de la materia. De aquí el triple símbolo poético, histórico y filosófico que se desenvuelve en *La Ricahembra*. De aquí la gran importancia de este drama, tan aplaudido y celebrado en la escena y en los periódicos.

Pero dejamos para mas adelante apuntar algunas observaciones acerca de este género dramático, difícil como todo lo que en realidad es bello y grande, y vengamos á esponer en qué y cómo se determina en *La Ricahembra* el complejo símbolo de que se trata. Esta esposicion será tanto mas útil, cuanto que hasta ahora ningun critico ha parado mientes en lo que, bien mirado, constituye el mayor mérito de la obra.

*La Ricahembra* es el símbolo de la muger fuerte; símbolo que descansa en las cuatro virtudes cardinales : fortaleza, prudencia, justicia y templanza. Por eso tiene el drama cuatro actos, para

desarrollar una en cada uno de ellos. Pero en todos cunden, como el fuego de Prometeo, como las mas vivas lumbreras del alma: las tres grandes virtudes, fé, esperanza y caridad, prestando extraordinario ser á la composicion, y ofreciendo cuadros de la mas seductora poesia.

Doña Juana de Mendoza, personificacion admirable de los sentimientos cristianos, pundonorosos y guerreros de la edad media; símbolo histórico de las perfecciones y virtudes que mas tarde resplandecieron en Isabel la Católica, presenta la lucha entre el espíritu y la materia; entre la razon y el instinto; entre el deber y las pasiones; para vencer siempre, y labrar su felicidad en su mismo vencimiento. — Si ama á Vivaldo, jóven de origen plebeyo, no hay consideracion que lo impida sacrificar su inclinacion á lo que debe á su clase como hidalga y señora de vidas y haciendas. No necesita que la recuerde nadie, ni una sola vez, sus deberes: jamás olvida que le altura en quo se encuentra la obliga á ser dechado de sus vasallos. — Puesta en el trance duro de enlazarse á un desconocido, cuando su corazon *esperaba* quo el amor y las victorias harian digno de su mano á otro hombre amado, no exhala una queja; antes busca en el cariño de su esposo su mayor dicha y la mas alta corona. Cuando los celos cavilosos ciegan al marido; cuando la despechada obstinacion enloquece al desahuciado amante, empeñándole en triunfar á toda costa de la muger á quien habia hecho su idolo: cuando la imprudencia, contagiosa de suyo, sienta sus reales en el hogar doméstico, la Ricahembra, alumbrada por la fé y por la esperanza, desarma los alborotados espíritus, y hace entrar á todos en el camino de sus deberes.

Algunos ejemplos acreditarán la exactitud de lo que digo.

Celoso don Alfonso, niégase á acatar el llamamiento de su rey; empenase en la boda repentina de su rival, y se arriesga á que el vasallo le ofenda, faltándole al respeto. Pero alli está la muger prudente para refrenarlos, sin mas armas que la razon y su conciencia. De este modo esprosan los autores su pensamiento en las escenas finales del acto segundo.

**DON ALFONSO.** (*Deteniéndose al reparar en Vivaldo.*)

(¿ Por qué al verle se renueva  
la lucha en el alma mia?

De él sospecho todavía.

Hagamos la última prueba.)

Vivaldo, tu corazon

(*acercándose á él, y en tono afectuoso.*)

h. y á conocer me has dado.

Ven á la guerra: á mi lado

podrás saciar tu ambicion.



- VIVALDO. ¡Partir!  
(*Sin poderse dominar.*)
- DON ALFONSO. Si; conmigo ven.  
(*Observándole.*)  
¿No eres valiente?
- VIVALDO. Lo soy.
- DON ALFONSO. Entonces...
- VIVALDO. (Pausa.) Señor... estoy  
(*Luchando consigo mismo.*)  
enamorado.
- DON ALFONSO. ¿De quién?
- VIVALDO. Habla; di. ¿Quién es la bella?...
- DON ALFONSO. De Marina soy galán.
- DON ALFONSO. Lo sabía, y á Beltran casarte ofrecí con ella.  
No insisto.
- VIVALDO. ¡Cuán indulgente!...
- DON ALFONSO. Tanto servirte me place,  
que se ha de hacer este enlace  
antes de que yo me ausente.
- VIVALDO. ¡Señor!...
- DON ALFONSO. Está decidido,  
y al punto...  
(*Alejándose.*)
- VIVALDO. Advertid primero...  
(*Procurando detenerle.*)
- DON ALFONSO. Cumplir mi promesa quiero.  
(*Manifestando su enojo.*)
- VIVALDO. Mas yo nada he prometido.
- DON ALFONSO. No es mucho que yo reclame,  
que mano de esposo des  
á quien amas.
- VIVALDO. Bien... despues...
- DON ALFONSO. (¡Oh! sí: me engaña el infame).  
No me obligues á que ejerza  
mi autoridad contra tí.  
Lo mando.
- VIVALDO. Yo mando en mí.
- DON ALFONSO. Por fuerza.
- VIVALDO. Nunca por fuerza.
- DON ALFONSO. Pues ha de ser.
- VIVALDO. ¡Raro afán!
- DON ALFONSO. Será, cueste lo que cueste.

## ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA JUANA, BELTRAN Y MARINA, PAGES Y ESCUDERO S

- DOÑA JUANA. Todo esta á punto : la hueste  
espera á su capitán.
- BELTRAN. Y con aire guerreador  
aun al mas cobarde inflama.
- DOÑA JUANA. Alfonso el honor te llama.  
(*Viendo que permanece inmóvil.*)
- DON ALFONSO. Sé que me llama el honor.
- DOÑA JUANA. A partir.
- DON ALFONSO. (¡Fiero destino!)  
Tardaré algunos instantes.
- DOÑA JUANA. ¿Qué aguardas?
- DON ALFONSO. Cúmpleme antes  
ser de una boda padrino.  
Caso á Vivaldo.
- BELTRAN. ¡Oh placer!
- MARINA. ¿Hoy?
- DON ALFONSO. Circunstancia precisa.
- BELTRAN. Tiene el señor mucha prisa.
- VIVALDO. Tan pronto.... no puede ser.  
Aun cuando en ello se aferra  
don Alfonso, es vano empeño.
- DOÑA JUANA. ¿Cómo? Lo manda tu dueño.
- VIVALDO. En volviendo de la guerra.
- DOÑA JUANA. Tu palabra acepto.
- DON ALFONSO. No,  
hoy será.
- DOÑA JUANA. Necio capricho  
(*Llevando aparte á su marido.*)
- DON ALFONSO. Pues, Juana, lo tengo dicho.
- DOÑA JUANA. Y el viento se lo llevó.
- DON ALFONSO. ¿Ante un loco ho de cejar?  
¿Conmigo ha de competir?  
Fortaleza es resistir.
- DOÑA JUANA. Y prudencia no quebrar.

En el tercer acto, doña Juana, como señora de horca y cuchillo, tiene que aplicar la última pena á un vasallo criminal. Hay ofendido un tercero, y el juez no puede atenuar ni en un ápice el rigor de la ley; pero la mujer caritativa y prudente, despues de haber implorado en sus oraciones el favor del cielo, llama á solas en el silencio de la noche al ofendido, y apura todos los recursos humanos para ablandar el corazón del viejo Lorente, á fin de que perdone al seductor de su hija. Este viejo es el símbolo de la ley :

severo, recto, consecuente, inflexible, no vacila nunca, no duda, no se conmueve. Episodio tan interesante contribuye eficazmente á poner en relieve el carácter de la heroína, y prepara la resolución que esta toma contra Vivaldo al final del drama. En mi opinion es de lo mas bello que se ha escrito en castellano. ¡Qué lógica gradacion de afectos, qué profundidad de sentencias, qué brillante naturalidad de elocucion! Esta sola escena bastaria para acreditar á cualquiera de gran poeta. En la imposibilidad de trasladarla íntegra, porque alargaria demasiado el presente escrito, reproduciré á continuacion alguna de sus bellezas. — Doña Juana, dirigiéndose al viejo Lorente, quo se asombra de que su señora haya descendido á suplicarle, dice :

A tu hija Constanza miro  
víctima de una vileza,  
que la flor de su pureza  
torpe mancilló Ramiro.  
Ella en crudo padecer  
siente el pecho desgarrado ;  
y ese hombre, ese malvado,  
está unido á otra muger.  
Pero lo que el alma llena  
de viva saña y horror,  
lo que hace el crimen mayor  
debe minorar la pena.  
Su muerte, en crudos desvelos  
á una esposa abismaria,  
y en negra horfandad impla  
á dos tristes pequeñuelos.  
El juez á la ley ceñido  
justo ha de ser, no clemente;  
y está el perdon solamente  
en manos del ofendido.  
Salva, pues, de angustia fiera  
á los que inocentes son :  
ten de un padre compasion.....  
Habla, decide.

VIEJO. Que muera.

DOÑA JUANA. Próvida clemencia rija  
tu pecho que el odio encona.

VIEJO. ¿Y cuándo un padre perdona  
al seductor de su hija?  
¿Sabeis cuánto es adorado  
por mísero anciano el hijo  
en quien ve con regocijo  
su propio ser dilatado;  
joya que le da altivez  
cuando ya todo le humilla;  
sol de juventud. que brilla

sobre su helada vejez ;  
 ángel que, de aciaga suerte  
 aplacando los rigores,  
 le va sembrando de flores  
 el camino de la muerte ?  
 Y cuando en horrible duelo,  
 pierdo en ella apoyo y guía,  
 mi único bien, mi alegría,  
 mi luz, mi gloria, mi cielo, —  
 ¿ queréis que perdone al hombre  
 que inficuo me la arrebató,  
 á quien la mata, y me mata,  
 á quien deshonor mi nombre ?....  
 Señora, mi justo encono  
 me acompañará á la tumba.  
 ¿ Yo perdonarle !..... Sucumba  
 mi enemigo. No perdono.

Obiad, pues, con rectitud,  
 aunque os duela el sacrificio,  
 que dejar impune el vicio  
 es corromper la virtud.  
 No aguardéis, pues, de mi boca  
 el perdon de ese tirano.

DOÑA JUANA. Advierte.....

VIEJO.

Todo es en vano :

pensad que habláis á una roca.

DOÑA JUANA.

Sé cuál es mi obligacion,

y ya lo probé mil veces ;

pero ¡ ay anciano ! los jueces

tienen tambien corazon.

La ley premia al virtuoso

hiriendo al que la atropella ;

pero ¡ es la piedad tan bella !...

¡ Es el perdon tan hermoso !

Acércate mas, anciano :

mira en mí tan solo ahora

una muger que te implora,

y que te tiende la mano.

Ramiro su grave yerro

en tierra lejana espie ;

por su patria en vano ansie :

tambien es muerte el éstierro.

Tú no pierdas la esperanza

de gozar horas serenas.

Cuando lágrimas y penas

purifiquen á Constanza,

ya cederán los enojos ;

y anudados tiernos lazos,

te morirás en sus brazos,

ella cerrará tus ojos. —  
 No repliques : bien sé yo  
 que al fin la perdonarás;  
 y en breve tal vez.....

VIEJO. Jamás.....  
 DOÑA JUANA. Si eres padre, ¿cómo no?

Un rasgo, verdaderamente sublime y de imponderable elocuencia, completa luego el carácter de la muger fuerte. Esta muger, que ha pugnado por derrocar la ley, á los acentos dulcísimos de la caridad, exclama cuando le ha arrancado el viejo la sentencia de muerte, y ha partido con ella ufano,

Razon tiene el noble viejo,  
 y por quien soy que hace bien.

Ínútíl fuera comentar la belleza de este rasgo, que da cuenta por sí solo de un gran carácter. Si no abonasen al insigne ilustrador de *Quevedo* y al brioso autor de *Virginia* notorias pruebas de talento, al par que brillante y lozano, profundo y reflexivo, — el monólogo de ocho versos, al que pertenecen los dos citados, bastaria para acreditarlos de entendidos en los mas hondos misterios del corazon : verdad es que no hay misterio que lo sea para las inteligencias superiores.

El último acto desarrolla todo el fruto de la templanza; y los poetas, que han cuidado bien de no exagerar las perfecciones de la heroína para que resulte el simbolo con atributos verdaderamente humanos, procurando, á fuer de diestros pintores, dar sombras y luz á la figura, con el objeto de que resalte en el cuadro, han tenido la feliz inspiracion de hacer que la templanza venga del hombre, poniendo en él esta cualidad que suelo ser mas frecuente en el sexo contrario. Véase por qué el carácter de doña Juana, aunque complejo y simbólico, no deja un instante de ser verdadero; por qué interesa, por qué conmueve, y por qué es prenda segura de aliento y esperanza para aquellas que derriban en los hijos las primeras é indelebles semillas de la virtud. Véase tambien si anduve desacordado al encarecer la importancia moral de esta obra, y si no procedo en justicia al considerarla de suma utilidad y trascendencia.

Las demas figuras del drama participan de la misma índole que la Ricahembra, y son otros tantos simbolos que coadyuvan al propósito de los autores.

Don Alfonso, conservando el carácter que le atribuyen historiadores verídicos, personifica el corazon del hombre regido por el capricho, arrebatado y dispuesto á seguir los primeros impulsos de las pasiones. Por eso lleva un desengaño á cada paso,

y padece las consecuencias de sus arrebatos imprudentes. — Si empeñado en casarse con una muger desconocida, llevado de la fama de sus riquezas, virtud y hermosura, logra su objeto, es para sufrir luego los efectos de unirse á una muger sin que el trato y el amor fortalecido por el tiempo hayan antes unido sus corazones. Si, no conociendo los quilates de la virtud de su esposa ni el temple de su alma, abre puerta á los celos, es para caer en una y otra imprudencia; para hacer pública una deshonra que no existe; para rebajarse á los ojos de todos. Por último, si en momentos de mal humor despierte á las criados inútiles, es para recibir una lección de generosidad que ha de mortificar su amor propio. Sin embargo, este hombre, cuyos celos son el castigo de su primera imprudencia, y que cada día siente crecer en su corazón el amor y respeto á su esposa, es, por las grandes dotes y prendas que lo ilustran, digno de llamarse marido de la Ricahembra.

Vivaldo es otro símbolo. Mientras sigue la senda de la virtud se asemeja á un ángel. De su entendimiento brota la sabiduría y de su corazón luz y dulces palabras; ninguna venda ofusca su mente; discute con la Ricahembra, y la hace callar; pide mandar sus tropas, y vence: en sus labios siempre la verdad, en su corazón el fuego de las virtudes. Ama, siendo pobre y de humilde estirpe, á una gran señora, y el espectador anhela que conquiste su mano. Pero desde el punto en que, despechado por ver en brazos de otro á la muger que adora, cierra los ojos á la razón; desde que el ver agena aquella muger le hace desearla, y,

en tan bárbaro tormento,

no se le ocurre nada mas digno que preguntarse á sí propio,

si para rendirla no,  
¿para qué el cielo me dió  
la luz del entendimiento?

aquella figura tan agradable se transforma completamente. La ficción, el disimulo, la mentira y la cabala se apodoran de su corazón: ya no sueña en los laureles bélicos y rehusa ir á la guerra: se ciega, se obstina, y se atreve á declarar una pasión criminal á la muger que veneraba y acataba como á cosa santa. Sin embargo, esta alma descaminada es redimida por la grandeza de su mismo rival; y entonces, al sentir en su corazón el valor del arrepentimiento, merece Vivaldo que la Ricahembra dentro de su pecho, en el silencio de su alma, ante Dios únicamente, confiese por vez primera el amor que habia profesado á aquel jóven, y

pidan perdón al Omnipotente de las lágrimas con que riega *el cadáver de su amor*. Estas son las primeras y únicas lágrimas que derrama la mujer fuerte.

En el drama hay otra mujer : Marina, corazón virgen, cuyo primer latido ha sido por Vivaldo; plobeya como él, pero educada por la Ricahembra y reflejo de sus virtudes. Marina simboliza la dicha, que está al lado del hombre, y á quien el hombre no ve, y á quien busca por el mas largo camino : es el bálsamo de los dolores de Vivaldo, y la auréola de su arrepentimiento : figura bosquejada á lo Shakespeare, y en boca de la cual han puesto los autores acentos de tal delicadeza, y ternura que los aceptarían por suyos Ofelia, Julieta, y la desventurada Cordelia. Acaso no haya en nuestro teatro figura de mujer delineada con mas sencillez y pureza. Acaso no se haya expresado jamás con mayor naturalidad y emoción mas viva la pasión amorosa de una niña que abre su pecho á las dulces mentiras que su corazón le presenta como verdades. Ella es la que exclama, abogando por el infiel que ha burlado la sinceridad de su cariño,

¡Qué importa que él no me quiera  
para que le adore yo!

Ella la que contesta á Vivaldo, que no sabe cómo pagar sus beneficios,

Págame siendo dichoso.

Por último, á la acción del drama se enlaza otra figura, dando variedad al colorido, dulcificando lo severo, é impulsando á todos los personajes. Beltrán no es el gracioso del siglo xviii, lacayo obligado, catremetido, insolente y chistoso de oficio : tampoco es el criado de la comedia clásica moratinesca. Participa de todo esto, y se acerca á la índole del nunca bien ponderado escudero de Argamasilla de Alba. Beltrán tiene la rudeza al par que la malicia y natural claridad de ingenio de los rústicos. Su ciencia estriba en retener en la memoria la filosofía de los refranes, por cuya aplicación dirige siempre sus acciones. Es chancero, malicioso, interesado, curioso, cuentero y hablador. No ve mas que su negocio, y no piensa ni se ocupa sino en él. — ¡Qué soberbia pintura de la anarquía feudal del siglo xiv la que hace en la escena IX del primer acto! De este modo se expresa, aludiendo á su señora :

No habrá así quien la defienda  
ni quien respete su hacienda ;  
y vendrán con fiero estrago,  
ya el insulto, ya el amago,

ya la ruinosa contienda.  
 Verás que vuelven á ser  
 nuestras fiestas batallar,  
 nuestro amor aborrecer,  
 nuestro descanso velar,  
 maldecir nuestro placer.  
 ¡ Arma, arma! — Quién los vió? —  
 Pocos vienen. — Muchos ví. —  
 Por aquí. — No, por allí. —  
 Que llegan. — Que sí. — Que no, —  
 Que embisten. — Que no. — Que sí.  
 En cuanto la vista abarca  
 el campo se encuentra rojo.  
 Por cama seco rastrojo;  
 el agua de inmunda charca;  
 siempre el enemigo al ojo.  
 El grande zurra al pequeño;  
 tú corres, yo me despeño,  
 mueren mil y uno se salva;  
 tambores durante el sueño,  
 trompetas antes del alba.  
 Y sigue la atroz pelea,  
 de nuevo la sangre humea,  
 y cien mas pierden la vida:  
 si esto es cosa divertida,  
 que baje Dios y lo vea.

Vemos pues, que el arte, lejos de estar divorciado de la moral, como han supuesto algunos, pensando equivocadamente enaltecerlo; lejos de excluir la filosofía, — cuando se aprovecha de estos vigorosos elementos de vida y los utiliza con discrecion, se remonta á las regiones en que reside la mayor belleza que puede el hombre concebir, y realiza portentosa. Bueno que no se convierta el teatro en una cátedra, donde la aridez y sequedad de las lecciones ahuyente á los que deben agradarse en recibirlas; pero siempre que sea posible encerrar en el fondo de una obra dramática un símbolo moral ó filosófico, de enseñanza provechosa; siempre que el arte mire al cielo, pensando en que de allí viene la luz y en que allí está la fuente inagotable de toda verdad y belleza, no solo realizará dignamente sus destinos, sino adquirirá lauros que no marchitan los caprichos de la moda, ni la veleidad ó tiranía de los sistemas. Por eso es para mí de tanta importancia el drama simbólico; por eso encuentro digna de los mayores aplausos la notable produccion de Tamayo y Fernandez-Guerra.

Si no hubiese crecido este escrito bajo mi pluma, en términos que no me consienten espaciarme, aprovecharia la ocasion presente para exponer con algun detenimiento lo que es el drama simbólico, en qué consiste su dificultad y cuáles son sus bellezas;



pero reservando para mas adelante penetrar en el fondo de esta cuestion y ventilarla segun mi modo particular de ver las cosas; remitiendo á sazón mas oportuna manifestar lo que pienso acerca de la índole y circunstancias actuales del drama histórico, á cuyo género pertenece tambien *La Ricahembra*, me contentaré con indicar que sin hacer traicion al espíritu moderno, que mas ó menos sutilmente se infiltra en todo lo que lo es, se encuentra en esta produccion retratada la época con tal verdad, con tan prolija exactitud y vastos conocimientos, que no pareco sino que estamos *asomados á una ventana del siglo xiv*, como ha dicho con ingeniosa oportunidad el ilustrado crítico don Eugenio de Ochoa.

Pasando, pues, de lo esencial á lo accidental, del fondo á la forma, encontraremos que en *La Ricahembra* la frase es castiza sin ser anticuada, el diálogo natural sin caer en la llaneza de la trivialidad ni remontarse á la sublimidad de la pedantería; que toda la obra está empedrada de máximas útiles y grandes, de pensamientos profundos y galanamente formulados, bien que se hallen colocados en su sitio y naciendo naturalmente de las situaciones y afectos que en ellas juegan, sin que jamás resulten declamatorios, ni ampulosos los periodos; que la construccion de los versos es tersa, limpia y esmerada, viéndose en ellos la difícil facilidad que los avalora, ya que las quintillas no ostentan el obligado ripioso verso; ni las redondillas, para terminar epigramáticamente, tienen los dos versos primeros violentados y traídos por los cerros de Ubeda; en suma, que los chistes y epigramas son decentes y urbanos, así como los cuentos: mitad raros y nuevos, mitad vulgares, para que mas se saboreen viéndolos formulados con precision, gracia y sencillez.

Nutridos los autores de *La Ricahembra* en los grandes modelos de la antigüedad y en los mas bellos de nuestra popular y dramática poesia, reflejan en su obra las perfecciones de aquellos, y en tan poco terreno ostentan bizarramente su modo de apreciar la hermosura de las primeras obras del ingenio humano. Por eso, por estar retratada la verdad de la naturaleza en todo el drama, hallan en él sabroso pasto los espectadores de buena fe y los estudiosos. Por eso oyendo á Vivaldo se acuerdan de Mario los eruditos, y escuchando á Beltran se les viene á la memoria el buen gobernador de la insula Barataria; y en la lozanía de las descripciones saborean el Romancero; y en la enunciaci6n de los afectos encuentran la naturalidad de Lope unida á la picante lozanía de Tirso, á la concision austera de Alarcon, y á la grandeza y valentía de Calderon de la Barca.

Claro es que esta obra singular no estará limpia de defectos; pero los suyos desaparecen en presencia de tantos y tan peregrinos

dotes. Quede, pues, á los buitres literarios la gloria de cebarse en lo que les parezca malo; que yo, apacentándome en las bellezas, sobre todo cuando son de tal magnitud y tan universalmente reconocidas y ensalzadas, no solo aventuraré sin miedo alguno la opinion de que este drama es de los que no mueren para lo futuro, sino acabaré las presentes líneas con las palabras con que el distinguido escritor don Cándido Nocedal dió principio á su juicio crítico de la misma obra: « Están de enhorabuena las » letras; ha aparecido en los dominios de su pacífica república » una produccion verdaderamente notable. »

Y en verdad que nunca ha sido la prensa periódica entre nosotros tan imparcial y entusiasta como al valorar los quilates de *La Ricahembra*. Solo ha faltado á este drama la sancion de los ladridos de la envidia. Glorifiquémonos de que no la haya obtenido.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE.**

**COLECCION**  
**DE**  
**POESIAS ESCOGIDAS**

**DESDE EL SIGLO XV HASTA NUESTROS DIAS.**



# ANTOLOGÍA ESPAÑOLA.



## SIGLO XV.

### JUAN DE MENA.

Nació este esclarecido poeta en la ciudad de Córdoba, hácia el año de 1411, de padres honrados, pertenecientes al estado llano. Se dedicó voluntariamente y por su propia inclinacion al estudio de las letras, cursando primero en Salamanca y después en Roma, donde completó su educacion. De vuelta á su patria fué nombrado *caballero veinte y cuatro de Córdoba*, y poco tiempo después le vemos en la corte, viviendo en grande intimidad con los mas poderosos señores, en su cualidad de poeta y cronista del rey don Juan el segundo.

Juan de Mena parece haber vivido contento y satisfecho, en medio de los partidos que se disputaban el poder, hasta su muerte, acaecida súbitamente en 1456, de resultas de una caída que dió montando su mula.

Han llegado hasta nosotros las obras siguientes de este esclarecido poeta :

*El Laberinto, ó las trescientas coplas del poeta Juan de Mena.*

*Veinte y cuatro coplas mas, añadidas á las trescientas, segun dicen, por mandado del rey don Juan.*

*La Coronacion, en loor del ilustre caballero don Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana.*

*Lo claro oscuro; Otras suyas; Juan de Mena, sobre un macho que compró de un Arcipreste; Cancion del rey don Juan; Juan de Mena al rey don Juan, cuando salió de Madrigal contra el príncipe que venia de Arévalo, y quedaron acordes; y las Coplas que hizo Juan de Mena contra los siete pecados mortales.*

Estas últimas son todas composiciones cortas.

### MUERTE DE LORENZO DE AVALOS.

Aquel que allí ves al cerco trabado,  
Què quiere subir y se halla en el airo,  
Mostrando en su rostro doblado donairo,  
Por dos deshonestas feridas llagado,

Es el valiente, no bien fortunado,  
 Muy virtuoso mancebo Lorenzo,  
 Que hizo en un día su fin y comienzo :  
 Aquel es el que era de todos amado.

El mucho querido del señor infante  
 Que siempre le fuera señor como padre :  
 El mucho llorado de la triste madre,  
 Que muerto ver pudo tal hijo delante.  
 ¡O dura fortuna, cruel, tribulante!  
 Por tí se le pierden al mundo dos cosas,  
 Las vidas y lágrimas tan piadosas  
 Que ponen dolores de espada tajante.

Bien se mostraba ser madre en el duelo  
 Que hizo la triste despues que ya vido  
 El cuerpo en las andas sangriento y tendido  
 De aquel que criára con tanto desvelo :  
 Ofende con dichos crueles al cielo,  
 Con nuevos dolores su flaca salud,  
 Y tantas angustias roban su virtud  
 Que cae la triste muerta por el suelo.

Rasga con uñas crueles su cara,  
 Hiere sus pechos con medida poca;  
 Besando á su hijo la su fria boca  
 Maldice las manos de quien lo matára;  
 Maldice la guerra do se comenzára,  
 Busca con ira crueles querellas,  
 Niega á sí mesma reparo de aquellas,  
 Y tal como muerta viviendo se para.

Decia llorando con lengua rabiosa :  
 O matador de mi hijo cruel,  
 Matáras á mí, dejáras á él,  
 Que fuera enemiga no tan porfiosa :  
 Fuera á la madre muy mas digna cosa,  
 Para quien mata llevar menos cargo,  
 Y no te mostráras á él tan amargo,  
 Ni triste dejáras á mí querellosa.

Si antes la muerte me fuera ya dada,  
 Cerrára mi hijo con estas sus manos  
 Mis ojos delante de los sus hermanos,  
 É yo no muriera mas de una vegada;  
 Moriré así muchas desaventurada,  
 Que sola padezco lavar sus heridas  
 Con lágrimas tristes y no gradecidas,  
 Magüer que lloradas por madre cuitada.  
 Así lamentaba la triste matrona

Al hijo querido que muerto tú viste,  
 Haciendo encima semblante de triste  
 Como al que pare hace la leona :  
 Pues donde podría pensar la persona  
 Los daños, la causa, la triste demanda,  
 De la discordia, del reino que anda,  
 Donde no gana ninguno corona.

(EL LABERINTO, *copla CCI.*)

### EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Don Íñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, primer marqués de Santillana, y conde del Real de Manzanares, nació en Carrion de los Condes, villa del patrimonio de su madre, un lunes 19 de agosto de 1398, siendo sus padres el Almirante mayor de Castilla, don Diego Hurtado de Mendoza, y doña Leonor de la Vega. A los siete años de edad, estando en Guadalajara, quedó huérfano de padre y bajo la tutela de su madre doña Leonor, siendo de presumir que desde esta edad hasta la de diez y seis años, en que ya le hallamos en la *Crónica de don Juan II* entre los grandes y señores de Castilla, se ocupase en el estudio de las letras y de las armas, en que tanto brilló luego toda su vida. En el año 1429 le mandó el rey que pasase á Ágreda con 300 lanzas contra los Aragoneses y Navarros, y fué tan bizarro su comportamiento, que se le hizo merced de la villa de Junquera con 500 vasallos. Un año después se la hizo también el rey de doce villas al rededor de Guadalajara, las cuales repartió después entre sus hijos.

En 1418 casó con doña Catalina de Figueroa, hija de don Lorenzo Suarez de Figueroa, gran maestre de Santiago. — Hernando del Pulgar, en sus *Claros Varones*, dice lo siguiente de don Íñigo Lopez de Mendoza : Fué el marqués de mediana estatura, hermoso de rostro y bien proporcionado de miembros. Fué hombre agudo, discreto y de gran corazon. No le alteraban las cosas grandes ni queria entender en las pequeñas : en todo mostraba que era generoso y magnánimo. Fué gran favorecedor de las letras, y así alcanzó de los escritores de su tiempo grandes elogios, rara fortuna en quien era también escritor. El rey don Juan II, conociendo sus altas prendas, y después de la célebre batalla de Olmedo, en 1445, le elevó á la dignidad de marqués, título que nadie en Castilla habia usado antes que él, exceptuando solo el de Villena, que murió sin sucesion.

Entre las muchas obras que debemos al marqués, las principales son : *La comedieta de Ponça, Cuarenta y dos sonetos, fechos al itálico modo, Obras de amores y diez Serranillas.*

Murió este hombre insigne en Guadalajara, un domingo 26 de marzo de 1458, y fué enterrado en la iglesia de San Francisco de aquella ciudad.

## CANCION.

## QUERRELLA DE AMOR.

Ya la gran noche pasaba  
 É la luna s'escondia :  
 La clara lumbre del dia  
 Radiante se monstraba :  
 Al tiempo que reposaba  
 De mis trabajos é pena,  
 Oí triste cantilena  
 Que tal cancion pronunciaba :

Amor cruel é brioso,  
 Mal haya la tu alteza,  
 Pues no faces igualeza  
 Seyendo tan poderoso.

Desperté como espantado,  
 É miré donde sonaba  
 El que d'amor se quejaba  
 Bien como damnificado :  
 Ví un hombre ser llagado  
 De gran golpe de una flecha,  
 É cantaba tal endecha  
 Con semblante atribulado :

De ledo que era, triste,  
 ; Ay Amor! tú me tornaste,  
 La hora que me tiraste  
 La señora que me diste.

Pregunté : ¿porqué facedes,  
 Señor, tan esquivo duelo,  
 O si puede haber consuelo  
 La cuita que padescedes?  
 Respondiome : non curedes,  
 Señor, de me consolar;  
 Ca mi vida es querellar  
 Cantando asi como vedes.

Pues me fallestió ventura  
 En el tiempo del placer,  
 Non espero haber folgura,  
 Mas por siempre entristecer.

Dijele : segunt paresce  
 El dolor que vos aqueja  
 Es alguna que vos deja  
 É de vos no se adolesce.  
 Respondiome : quien padesco  
 Cruel plaga por amar,



Tal cancion debe cantar  
Jamás pues le pertenesce.

Cativo de miña tristura  
Ya todos prenden espanto,  
É preguntan ¿qué ventura  
Es que m'atormenta tanto?

Dijele : non vos quejedes,  
Que non sois vos el primero,  
Nin seréis el postrimero  
Que saben del mal que avedes.  
Respondióme : fallaredes  
Que mi cuita es tan esquivá,  
Que jamás en cuanto viva  
Cantaré, segunt veredes.

Pero te sirvo sin arte :  
¡Ay amor, amor, amor!  
Gran cuita de mí nunca se parte

¿Non puede ser al sabido,  
Repliqué, de vuestro mal,  
Nin de la causa especial  
Por qué así fuistes ferido?

Respondió : trueque y olvido  
Me fueron así ferir,  
Por do me convien decir  
Este cantar dolorido :

Crüeldad, é trocamento  
Con tristeza me conquiso;  
Pues me leja quien me priso,  
Ya non sey amparamento.

Su cantar ya non sonaba  
Segunt antes, nin se oía,  
Mas manifesto se vía  
Que la muerte lo aquejaba :  
Pero jamás non cesaba,  
Nin cesó con grant quebranto  
Este dolorido canto

A la sazon que espiraba :  
Pois placer non poso haber  
A meu querer degradado ;  
Seray morrir, mas non ver  
Meu bien perder coitado.  
Por ende quien me creyero  
Castigue en cabeza ajena,  
É no entre tal cadena  
Do no salga si quisiere.

## SONETO 4.

Lejos de vos, é cerca de cuidado,  
 Pobre de gozo, é rico de\*tristeza,  
 Fallido de reposo, é abastado  
 De mortal pena, congoja é graveza;  
 Desnudo de esperanza, é abrigado  
 De inmensa cuita, é visto d'aspereza  
 La mi vida me huye mal mi grado,  
 La muerte me persigue sin pereza.

Ni son bastantes á satisfacer  
 La sed ardiente de mi gran deseo  
 Tajo al presente, ni á me á socorrer

La enferma Guadiana, ni lo creo :  
 Solo Guadalquivir tiene poder  
 De me sanar, é solo aquel deseo.

## SERRANILLA.

Moza tan fermosa  
 Non ví en la frontera  
 Como una vaquera  
 De la Finojosa.  
 Faciendo la via  
 De Calataveño  
 A Santa Maria,  
 Vencido del sueño  
 Por tierra fragosa  
 Perdí la carrera,  
 Do ví la vaquera  
 De la Finojosa.

En un verde prado  
 De rosas é flores  
 Guardando ganado  
 Con otros pastores,  
 La ví tan fermosa,  
 Que apenas creyera  
 Que fuese vaquera  
 De la Finojosa.

Non creo las rosas  
 De la primavera

\* Esta composicion vale muy poco; pero es la prueba mas incontestable de que entre nosotros se conocian los metros italianos antes de que los introdujese Boscan, y por eso se le ha dado lugar en esta coleccion.

Sean tan hermosas  
 Nin de tal manera,  
 Fablando sin glosa  
 Si antes supiera  
 Daquella vaquera  
 De la Finojosa.

Non tanto mirára  
 Su mucha beldad  
 Porque me dejára  
 En mi libertad.  
 Mas dije, donosa,  
 (Por saber quién era)  
 ¿Dónde es la vaquera?  
 — De la Finojosa.  
 Bien como riendo,  
 Dijo: « Bien vengades;  
 Que ya bien entiendo  
 Lo que demandades:  
 Nun es deseosa  
 De amar, nin lo espera,  
 Aquesa vaquera  
 De la Finojosa.

#### JORGE MANRIQUE.

De este excelente poeta, contemporáneo de don Ihigo Lopez de Mendoza, solo se conservan las siguientes noticias:

« Hijo del conde de Paredes. » (*Gil de Zárate.*)

« Murió en 1479. » (*Quintana.*)

« En la insurreccion del marqués de Villena, Manrique, que mandaba una division de las tropas del Rey, se dejó llevar de su arrojo, y cayó herido de las lanzas contrarias. » (*Ticknor.*)

La composicion mas notable de Jorge Manrique es la que insertamos en este volúmen.

#### COPLAS

##### A LA MUERTE DE SU PADRE EL MAESTRE DON RODRIGO.

Recuerde el alma dormida,  
 Avive el seso y despierto  
 Contemplando  
 Como se pasa la vida,

Como se viene la muerte,  
 Tan callando.  
 Cuan presto se va el placer,  
 Como despues do acordado,  
 Da dolor;  
 Como, á nuestro parecer,  
 Cualquiera tiempo pasado  
 Fué mejor.

Y pues vemos lo presente  
 Como en un punto se es ido  
 Y acabado;  
 Si juzgamos sabiamente,  
 Daremos lo no venido  
 Por pasado.  
 No se engañe nadie, no,  
 Pensando que ha de durar  
 Lo que espera  
 Mas que duró lo que vió;  
 Porque todo ha de pasar  
 Por tal manera.

Nuestras vidas son los rios  
 Que van á dar en la mar,  
 Que es el morir :  
 Alli van los señorios  
 Derechos á se acabar  
 Y consumir :  
 Allí los rios caudales,  
 Allí los otros medianos  
 Y mas chicos :  
 Allegados son iguales,  
 Los que viven por sus manos,  
 Y los ricos.

Dejo las invocaciones  
 De los famosos poetas  
 Y oradores :  
 No curo de sus ficciones,  
 Que traen yerbas secretas  
 Sus sabores :  
 A aquel solo me encomiendo,  
 Aquel solo invoco yo,  
 De verdad,  
 Que en este mundo viviendo,  
 El mundo no conoció  
 Su deidad.

Este mundo es el camino

Para el otro, que es morada  
 Sin pesar;  
 Mas cumple tener buen tino,  
 Para andar esta jornada  
 Sin errar.  
 Partimos cuando nascemos,  
 Andamos mientras vivimos,  
 Y allegamos  
 Al tiempo que fenescemos;  
 Así que cuando morimos  
 Descansamos.

Este mundo bueno fué,  
 Si bien usásemos dél  
 Como debemos;  
 Porque, segun nuestra fe,  
 Es para ganar aquel  
 Que atendemos.  
 Y aun el Hijo de Dios  
 Para subirnos al cielo  
 Descendió  
 A nacer acá entre nos,  
 Y vivir en este suelo,  
 Do murió.

Ved de cuán poco valor  
 Son las cosas tras que andamos  
 Y corremos  
 En este mundo traidor;  
 Que aun primero que muramos  
 Las perdemos.  
 Dellas deshace la edad,  
 Dellas casos desastrados  
 Que acaescen,  
 Dellas por su calidad  
 En los mas altos estados  
 Desfallecen.

Decidme, la hermosura,  
 La gentil frescura y tez  
 De la cara,  
 La color y la blancura,  
 Cuando viene la vejez,  
 ¿Qué se pára?  
 Las mañas y ligereza,  
 Y la fuerza corporal  
 De juventud,  
 Todo se torna graveza

Cuando llega al arrabal  
De senetud.]

Pues la sangre de los Godos,  
El linaje y la nobleza  
Tan crecida,  
¿Por cuántas vías y modos  
Se pierde de su alteza  
En esta vida?  
Unos por poco valer,  
¿Por cuán bajos y abatidos  
Que los tienen!  
Otros que, por no tener,  
Con oficios no debidos  
Se mantienen.

Los estados y riqueza,  
Que nos dejan á deshora,  
¿Quién lo duda?  
No les pidamos firmeza,  
Porque son de una señora  
Que se muda.  
Que bienes son de Fortuna,  
Que revuelve con su rueda  
Presurosa,  
La cual no puede ser una,  
Ni ser estable ni queda  
En una cosa.

Pero digo que acompañen,  
Y lleguen hasta la huesa  
Con su dueño;  
Por eso no nos engañen,  
Que se va la vida apriesa  
Como sueño.  
Y los deleites de acá  
Son en que nos deleitamos  
Temporales;  
Y los tormentos de allá,  
Que por ellos esperamos,  
Eternales.

Los placeres y dulzores  
De esta vida trabajada  
Que tenemos,  
¿Qué son sino corredores,  
Y la muerte es la celada  
En que caemos?  
No mirando á nuestro daño

Corremos á rienda suelta  
Sin parar :  
Desque vemos el eugaño ,  
Y queremos dar la vuelta ,  
No hay lugar.

Si fuese en nuestro poder  
Tornar la cara hermosa  
Corporal  
Como podemos hacer  
El alma tan gloriosa  
Angelical,  
¿Qué diligencia tan viva  
Tuviéramos toda hora,  
Y tan presta,  
En componer la captiva,  
Dejándonos la señora  
Descompuesta?

Estos reyes poderosos  
Que vemos por escrituras  
Ya pasadas ,  
Con casos tristes llorosos  
Fueron sus buenas venturas  
Trastornadas.  
Así no hay cosa tan fuerte ;  
Que á papas y emperadores  
Y prelados  
Así los trata la Muerto  
Como á los pobres pastores  
De ganados.

Dejemos á los Troyanos ,  
Que sus males no los vimos ,  
Ni sus glorias :  
Dejemos á los Romanos ,  
Aunque oímos y leímos  
Sus historias.  
No curemos de saber  
Lo de aquel siglo pasado  
Qué fué de ello :  
Vengamos á lo de ayer ,  
Que también es olvidado  
Como aquello.

¿Qué se hizo el rey Don Juan?  
Los infantes de Aragon  
¿Qué se hicieron?  
¿Qué fué de tanto galan ,

Qué fué de tanta invencion

Como trajeron?

Las justas y los torneos ,

Paramentos , bordaduras

Y cimeras ,

¿ Fueron sino devaneos ?

¿ Qué fueron sino verduras

De las eras ?

Qué se hicieron las damas ,

Sus tocados , sus vestidos ,

Sus olores ?

¿ Qué se hicieron las llamas

De los fuegos encendidos

De amadores ?

¿ Qué se hizo aquel trovar ,

Las músicas acordadas

Que tañian ?

¿ Qué se hizo aquel danzar ,

Aquellas ropas chapadas

Que traian ?

Pues el otro su heredero

Don Enrique , ¿ qué poderes

Alcanzaba ?

¿ Cuán blando , cuán halagüero

El mundo con sus placeres

Se le daba !

Mas verás cuán ~~amigo~~ <sup>nieto</sup> ,

Cuán contrario ~~era con él~~ <sup>era con él</sup> ,

Se monstró ;

Habiéndole sido amigo ,

¿ Cuán poco duró con él

Lo que dió !

Las dádivas desmedidas ,

Los edificios reales

Llenos de oro ,

Las vajillas tan febridas ,

Los enriques y reales ,

Del tesoro ,

Los jaeces y caballos

De su gente y atavíos ,

Tan sobrados ,

¿ Dónde iremos á buscarlos ?

Qué fueron sino rocios

De los prados ?

Pues su hermano el inocente ,



Que en su vida sucesor  
Se llamó,  
¿Qué corte tan excelente  
Tuvo, y cuánto gran señor  
Que lo siguió?  
Mas como fuese mortal,  
Metiólo la Muerte luego  
En su fragua.  
¡Oh juicio divinal!  
Cuando mas ardia el fuego  
Echaste el agua.

Pues aquel gran condestable,  
Maestre que conocimos  
Tan privado,  
No cumple que dél se hable,  
Sino solo que lo vimos  
Degollado.  
Sus infinitos tesoros,  
Sus villas y sus lugares,  
Y su mandar  
¿Qué le fueron sino lloros,  
Qué fueron sino pesares  
Al dejar?

Pues los otros dos hermanos  
Maestres tan prosperados  
Como reyes,  
A los grandes y medianos  
Trajeron muy sojuzgados  
A sus leyes.  
Aquella prosperidad,  
Que tan alta fué subida  
Y ensalzada,  
¿Qué fué sino claridad,  
Que cuando mas encendida  
Fué amatada?

Tantos duques excelentes,  
Tantos marqueses y condes  
Y barones  
Como vimos tan potentes,  
Di, Muerte, ¿dó los escondes  
Y traspones?  
Y sus muy claras hazñas,  
Que hicieron en las guerras  
Y en las paces,  
Cuando tú, cruel, te ensañas,

## SIGLO XVI.

## GARCILASO DE LA VEGA.

Nació en Toledo el año 1503, de una familia muy ilustre, y fué caballero de la órden de Alcántara. Desde sus primeros años siguió las banderas de Carlos V, y se halló en todas las mas célebres acciones militares de su tiempo, alcanzando en ellas el renombre de esforzadísimo soldado, especialmente en la defensa de Viena, y en el sitio de Túnez, de donde salió herido. Vuelto á Nápoles despues de estos servicios, incurrió en la desgracia del emperador, por haber protegido los amores de un sobrino suyo que aspiraba á un enlace superior á su jerarquía; y fué desterrado á una isla del Danubio. Mas luego, vuelto á la gracia del príncipe, le acompañó al Piamonte mandando once banderas de infantería. Seguía el emperador el alcance del ejército francés que se retiraba, y mandó que se escalase una torre de un lugar cerca de Frejus donde se defendían desesperadamente cincuenta paisanos franceses. Garcilaso subió de los primeros: pero herido de una piedra en la cabeza, cayó, y llevado á Niza, sobrevivió veintiun dias al golpe, del cual murió á los treinta y tres años de su edad en 1536. Carlos V, indignado de la pérdida de un jóven que prometía tan grandes esperanzas, hizo pasar á cuchillo todos aquellos franceses.

Pero aunque su vida fué tan corta, su nombre durará cuanto dure la lengua castellana. El entusiasmo de su tiempo le dió el título de príncipe de los poetas españoles; la posteridad se le ha confirmado; y sus obras, aunque pocas, conocidas y leídas de todos los que aman nuestra lengua y poesía, son de cuantas han producido nuestros antiguos poetas, las que gozan de una reputacion menos controvertida.

ÉGLOGA PRIMERA <sup>1</sup>.

SALICIO; NEMOROSO, POETA.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
He de cantar, sus quejas imitando;

<sup>1</sup> La mejor composicion de este escritor, y acaso de la poesía castellana en el género bucólico. Todo está dicho ya sobre esta égloga. Los comentadores han

Cuyas ovejas al cantar sabroso  
 Estaban muy atentas, los amores,  
 De pacer olvidadas, escuchando.  
 Tú, que ganaste obrando  
 Un nombre en todo el mundo,  
 Y un grado sin segundo,  
 Agora estés atento, solo y dado  
 Al inclito gobierno del estado,  
 Albano, agora vuelto á la otra parto  
 Resplandeciente, armado,  
 Representando en tierra al fiero Marte;

Agora de cuidados enojosos  
 Y de negocios libre, por ventura  
 Andes á caza, el monte fatigando  
 En ardiente jinete que apresura  
 El curso tras los ciervos temerosos,  
 Que en vano su morir van dilatando;  
 Espera, que en moriendo  
 A ser restituido  
 Al ocio ya perdido,  
 Luego verás ejecutar mi pluma  
 Por la infinita innumerable suma  
 De tus virtudes y famosas obras,  
 Antes que me consuma  
 Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino  
 Viene á sacarme de la deuda un día  
 Que se debe á tu fama y á tu gloria;  
 Que es deuda general, no solo mía,

apuntado una por una las frecuentes imitaciones que hay en ella de los poetas antiguos, especialmente de Virgilio; y los hombres de gusto delicado han señalado la naturalidad y verdad que hay en las imágenes, la dulzura en los afectos, la belleza y armonía de los versos, la propiedad, elegancia y corrección del estilo. Ningun artificio, ninguna afectación, ningún exceso; todo tan conveniente y apropiado al género, todo tan natural y verdadero, que el que lee estos versos parece que se los encuentra por sí mismo. Algunos, quizá mas escrupulosos que sensibles, han notado la falta de unidad que hay en el objeto de la composición, y los versos, aunque pocos, que duros ó prosáicos desdican de los demás. Hombrés sobrado austeros por cierto, si no se dejan ganar por la ternura, por la armonía y por la bella sencillez é ingenuidad del poeta. Cuando se comparan los sonidos inciertos y balbucientes de los autores que preceden con los cantos de Salicio y Nemoroso, el paso dado por Garcilaso parece de un gigante, y no se extraña la admiración y el entusiasmo que causaron en sus contemporáneos. Le que tal vez fuera de desear es que este paso se hubiese dado en algún género mas importante; en la lírica elevada por ejemplo, en la tragedia ó la epopeya. La poesía castellana hubiera tomado entonces otro tono y otro carácter: pero esta reflexión, aun caso de ser fundada, nada tiene que ver con el verdadero mérito del escritor.

Mas de cualquier ingenio peregrino,  
 Que celebra lo digno de memoria,  
 El árbol de victoria,  
 Que ciñe estrechamente  
 Tu gloriosa frente,  
 Dé lugar á la hiedra, que se planta  
 Debajo de tu sombra y se levanta  
 Poco á poco arrimada á tus loores;  
 Y en cuanto esto se canta,  
 Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido  
 Rayaba de los montes el altura  
 El sol, cuando Salicio recostado  
 Al pié de un alta haya en la verdura,  
 Por donde un agua clara con sonido  
 Atravesaba el verde y fresco prado;  
 El con canto acordado  
 Al rumor que sonaba  
 Del agua que pasaba  
 Se quejaba tan dulce y blandamente  
 Como si no estuviera de allí ausente  
 La que de su dolor culpa tenia;  
 Y así como presente  
 Razonando con ella le decia:

## SALICIO.

¡ Oh mas dura que mármol á mis quejas,  
 Y al encendido fuego en que me quemo,  
 Mas helada que nieve, Galatea!  
 Estoy muriendo, y aun la vida tomo;  
 Témolala con razon, pues tú me dejas,  
 Que no hay sin ti el vivir para qué sea.  
 Vergüenza he que me vea  
 Ninguno en tal estado  
 De tí desamparado;  
 Y aun de mí mismo yo me corro agora.  
 ¿ De un alma te desdenas ser señora  
 Donde siempre moraste, no pudiendo  
 Della salir un hora?  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
 El sol tiende los rayos de su lumbre  
 Por montes y por valles, despertando  
 Las aves, animales y la gente:  
 Cual por el aire claro va volando,

Sin saber de cuál arte,  
 Por desusada parte  
 Y por nuevo camino el agua se iba ;  
 Ardiendo yo con la calor estiva ,  
 El curso enajenado iba siguiendo  
 Del agua fugitiva :  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
     Tu dulce habla ¿ en cuya oreja suena ?  
 Tus claros ojos ¿ á quién los volviste ?  
 ¿ Por quién tan sin respeto me trocaste ?  
 Tu quebrantada fe ¿ dó la pusiste ?  
 ¿ Cuál es el cuello que como en cadena  
 De tus hermosos brazos añudaste ?  
 No hay corazon que baste,  
     Aunque fuese de piedra,  
 Viendo mi amada hiedra ,  
 De mí arrancada, en otro muro asida ,  
 Y mi parra en otro olmo entretejida ,  
 Que no se esté con llanto deshaciendo  
 Hasta acabar la vida :  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
     ¿ Qué no se esperará de aquí adelante ,  
 Por difícil que sea y por incierto ,  
 O qué discordia no será juntada ?  
 Y juntamente ¿ qué terná por cierto ,  
 O qué de hoy mas no temerá el amanto  
 Siendo á todo materia por ti dada ?  
 Cuando tú enajenada  
 De mí , cuitado, fuiste ,  
 Notable causa disto  
 Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo ,  
 Que el mas seguro tema con recelo  
 Perder lo que estuviere poseyendo.  
 Salid fuera sin duelo,  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
     Materia disto al mundo de esperanza  
 De alcanzar lo imposible y no pensado ,  
 Y de hacer juntar lo diferente ;  
 Dando á quien diste el corazon malvado ,  
 Quitándolo de mí con tal mudanza ,  
 Que siempre sonará de gente en gente.  
 La cordera paciente  
 Con el lobo hambriento  
 Hará su ayuntamiento,  
 Y con las simples aves sin ruido

Harán las bravas sierpes ya su nido :  
 Que mayor diferencia comprendo  
 De tí al que has escogido :  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano  
 Y en el invierno abundo: en mi majada  
 La manteca y el queso está sobrado;  
 De mi cantar, pues, yo te ví agradada  
 Tanto, que no pudiera el mantuano  
 Titiro ser de tí mas alabado :  
 No soy, pues, bien mirado,  
 Tan disforme ni feo,  
 Que aún ahora me veo  
 En esta agua que corre clara y pura;  
 Y cierto no trocará mi figura  
 Con ese que de mí se está riendo;  
 Trocará mi ventura.  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?  
 ¿Cómo te fui tan presto aborrecible?  
 ¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?  
 Si no tuvieras condicion terrible,  
 Siempre fuera tenido de tí en precio,  
 Y no viera este triste apartamiento.  
 ¿No sabes que sin cuento  
 Buscan en el estío  
 Mis ovejas el frío  
 De la sierra de Cuenca, y el gobierno  
 Del abrigado Estremo en el invierno?  
 ¿Mas qué vale el tener, si derritiendo  
 Me estoy en llanto eterno?  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen  
 Su natural dureza, y la quebrantan;  
 Los árboles parece que se inclinan;  
 Las aves que me escuchan, cuando cantan,  
 Con diferente voz se condolecen  
 Y mi morir cantando me adivinan :  
 Las fieras que reclinan  
 Su cuerpo fatigado  
 Dejan el sosegado  
 Sueño por escuchar mi llanto triste :  
 Tú sola contra mí te endureciste,  
 Los ojos aun siquiera no volviendo

A lo que tú hiciste.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,

No dejes el lugar que tanto amaste,

Que bien podrás venir de mi segura :

Yo dejaré el lugar do me dejaste ;

Ven, si por solo esto te detienes :

Ves aquí un prado lleno de verdura,

Ves aquí una espesura,

Ves aquí una agua clara,

En otro tiempo cara,

A quien de tí con lágrimas me quejo :

Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,

Al que todo mi bien quitarme puede ;

Que pues el bien le dejo,

No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,  
Y, suspirando en el postrero acento,  
Soltó de llanto una profunda vena :  
Queriendo el monte al grave sentimiento  
De aquel dolor en algo ser propicio,  
Con la pasada voz retumba y suena.

La blanda Filomena,

Casi como dolida

Y á compasion movida,

Dulcemente responde al son lloroso.

Lo que cantó tras esto Nemoroso,

Decidlo vos, Piérides, que tanto

No puedo yo; ni oso ;

Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas ;  
Árboles que os estais mirando en ellas ;  
Verde prado de fresca sombra lleno ;  
Aves que aquí sembrais vuestras querellas ;  
Hiedra, que por los árboles caminas  
Torciendo el paso por su verde seno ;  
Yo me ví tan ajeno  
Del grave mal que siento,  
Que de puro contento

Con vuestra soledad me recreaba,  
 Donde con dulce sueño reposaba,  
 O con el pensamiento discurría  
 Por donde no hallaba  
 Sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora  
 Me entristezco y me canso, en el reposo  
 Estuve yo contento y descansado,  
 ¡O bien caduco, vano y presuroso!  
 Acuérdomé, durmiendo aquí algun hora,  
 Que despertando, á Elisa ví á mi lado.

¡O miserable hado!  
 ¡O tela delicada,  
 Antes de tiempo dada  
 A los agudos filos de la muerte!  
 Mas conveniente fuera aquesta suerte  
 A los cansados años de mi vida,  
 Que es mas que el hierro fuerte,  
 Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos,  
 Que llevaban tras sí como colgada  
 Mi ánima do quier que se volvan?  
 ¿Dó está la blanca mano delicada  
 Llena de vencimientos y despojos,  
 Que de mí mis sentidos le ofrecían?  
 Los cabellos, ¿que vian  
 Con gran desprecio al oro  
 Como á menor tesoro,  
 ¿A dónde están? ¿A dónde el blanco pecho?  
 ¿Dó la columna que el dorado techo  
 Con presuncion graciosa sostenía?  
 Aquesto todo agora ya se encierra,  
 Por desventura mía,  
 En la fria, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,  
 Cuando en aqueste valle al fresco viento  
 Andábamos cogiendo tiernas flores,  
 Que habia de ver con largo apartamiento  
 Venir el triste y solitario día,  
 Que diese amargo fin á mis amores?  
 El cielo en mis dolores  
 Cargó la mano tanto,  
 Que á sempiterno llanto  
 Y á triste soledad me ha condenado;  
 Y lo que siento mas es verme atado



A la pesada vida y enojosa,  
Solo, desamparado,  
Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paces  
En hartura el ganado ya, ni acude  
El campo al labrador con mano llena.  
No hay bien que en mal no se convierta y mude;  
La mala yerba al trigo ahoga, y nace  
En lugar suyo la infelice avena :

La tierra que de buena  
Gana nos producía  
Flores con que solía  
Quitar en solo vellas mil enojos,  
Produce agora en cambio estos abrojos,  
Ya de rigor de espinas intratable :

Y yo hago con mis ojos  
Crecer llorando el fruto miserable.

Como al partir el sol la sombra crece,  
Y en cayendo su rayo se levanta  
La negra escuridad que el mundo cubre,  
De do viene el temor que nos espanta,  
Y la medrosa forma en que se ofrece  
Aquello que la noche nos encubre,  
Hasta que el sol descubre  
Su luz pura y hermosa;  
Tal es la tenebrosa  
Noche de tu partir, en que he quedado  
De sombra y de temor atormentado,  
Hasta que muerte el tiempo determine,  
Que á ver el deseado  
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto  
Quejarse entre las hojas escondido  
Del duro labrador, que cautamente  
Le despojó su dulce y caro nido  
De los tiernos hijuelos, entre tanto  
Que del amado ramo estaba ausente;  
Y aquel dolor que siente  
Con diferencia tanta  
Por la dulce garganta  
Despide, y á su canto el aire suena;  
Y la callada noche no refrena  
Su lamentable oficio y sus querellas,  
Trayendo de su pena  
Al cielo por testigo y las estrellas :

Do esta manera suelto yo la rienda  
 A mi dolor, y así me quejo en vano  
 Do la dureza de la muerte airada.  
 Ella en mi corazon metió la mano,  
 Y do allí me llevó mi dulce prenda,  
 Que aquel era su nido y su morada.  
 ¡Ay muerte arrebatada!  
 Por ti me esloy quejando  
 Al cielo, y enojando  
 Con importuno llanto al mundo todo.  
 Tan desigual dolor no sufre modo:  
 No me podrán quitar el dolorido  
 Sentir, si ya del todo  
 Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,  
 Elisa, envueltos en un blanco paño,  
 Que nunca de mi seno se me apartan:  
 Descójolos, y de un dolor tamaño  
 Enternecerme siento, que sobre ellos  
 Nunca mis ojos de llorar se hartan.  
 Sin quo de allí se partan,  
 Con suspiros calientes,  
 Mas que la llama ardientes,  
 Los enjugo del llanto, y de consuno  
 Casi los paso y cuento uno á uno;  
 Juntándolos, con un cordon los ato:  
 Tras esto el importuno  
 Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrecio  
 Aquella noche tenebrosa, oscura,  
 Quo siempre aflige esta ánima mezuquina  
 Con la memoria de mi desventura.  
 Verte presente agora me parece  
 En aquel duro trance de Lucina;  
 Y aquella voz divina,  
 Con cuyo son y acentos  
 A los airados vientos  
 Pudieras amansar, que agora es muda,  
 Me parece que oigo quo á la cruda  
 Inexorable diosa demandabas  
 En aquel paso ayuda;  
 ¿Y tú, rústica diosa, dónde estabas?  
 ¿Íbato tanto en perseguir las fieras?  
 ¿Íbato tanto en un pastor dormido?  
 ¿Cosa pudo bastar á tal cruzza,

Que comovida á compasion, oido  
 A los votos y lágrimas no dieras,  
 Por no ver hecha tierra tal belleza?  
 O no ver la tristeza,  
 En que tu Nemoroso  
 Queda, que su reposo  
 Era seguir tu oficio, persiguiendo  
 Las fieras por los montes, y ofreciendo  
 A tus sagradas aras los despojos?  
 ¡Y tú, ingrata, riendo  
 Dejas morir mi bien ante mis ojos!

Divina Elisa, pues agora el cielo  
 Con inmortales piés pisas y mides,  
 Y su mudanza ves estando queda;  
 ¿Porqué de mí te olvidas, y no pides,  
 Que se apresure el tiempo en que este velo  
 Rompa del cuerpo y verme libre pueda?  
 Y en la tercera rueda,  
 Contigo mano á mano,  
 Busquemos otro llano,  
 Busquemos otros montes y otros rios,  
 Otros valles floridos y sombríos,  
 Do descansar, y siempre pueda verte  
 Ante los ojos míos,  
 Sin miedo y sobresalto de perderte.

## POETA.

Nunca pusieran fin al triste lloro  
 Los pastores, ni fueran acabadas  
 Las canciones que solo el monte oía,  
 Si mirando las nubes coloradas  
 Al tramontar del sol bordadas de oro,  
 No vieran que era ya pasado el día.  
 La sombra se veía  
 Venir corriendo apriesa  
 Ya por la falda espesa  
 Del altísimo monte; y recordando  
 Ambos como de sueño, y acabando  
 El fugitivo sol de luz escaso,  
 Su ganado llevando,  
 Se fueron recogiendo paso á paso.

## DE LA ÉGLOGA TERCERA 4.

*Tirreno, Alcino.*

TIRRENO.

Flérída para mí dulce y sabrosa  
 Mas que la fruta del cercado ajeno,  
 Mas blanca que la leche, y mas hermosa  
 Que el prado por abril de flores lleno;  
 Si tú respondes pura y amorosa  
 Al verdadero amor de tu Tirreno,  
 A mi majada arribarás primero  
 Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea  
 Amargo al gusto mas que la retama,  
 Y de tí despojado yo me vea  
 Cual queda el tronco de su verde rama;  
 Si mas que yo el murciélago desea  
 La escuridad, ni mas la luz desama,  
 Por ver el fin de un término tamaño  
 Deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando  
 Aparecer la dulce primavera,  
 Cuando Favonio y Céfiro soplando  
 Al campo tornan su beldad primera,  
 Y van artificiosas esmaltando  
 De rojo, azul y blanco la ribera,  
 En tal manera á mí, Flérída mia  
 Viniedo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento  
 Embravecido en la fragosa sierra,

\* Este bello diálogo pastoral es una graciosa y bien entendida imitación de la égloga séptima de Virgilio. Las octavas de que se compone son las primeras bien hechas en castellano, así como los tercetos de la égloga anterior son los que tienen el mismo mérito. Aquí la versificación y el estilo se mueven con mas firmeza que en las otras obras de Garcilaso, y se conocen las fuerzas que su talento iba adquiriendo con el ejercicio.

Que los antiguos robles ciento á ciento,  
Y los pinos altísimos atierra;  
Y de tanto destrozo aun no contento  
Al espantoso mar mueve la guerra?  
Pequeña es esta furia, comparada  
A la de Filis con Alcino airada.

## TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece :  
Produce el campo en abundancia tierno  
Pasto al ganado : el verde monte ofrece  
A las fieras salvajes su gobierno :  
A do quiera que miro me parece  
Que derrama la copia todo el cuerno;  
Mas todo se convertirá en abrojos  
Si dello aparta Flérída sus ojos.

## ALCINO.

De la esterilidad es oprimido  
El monte, el campo, el soto y el ganado;  
La malicia del aire corrompido  
Hace morir la yerba mal su grado :  
Las aves ven su descubierto nido  
Que ya de verdes hojas fué cercado :  
Pero si Filis por aquí tornare,  
Hará reverdecer cuanto mirare.

## TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido  
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;  
De la hermosa Venus fué tenido  
En precio y en estima el mirto solo;  
El verde sauz de Flérída es querido,  
Y por suyo entre todos escogiolo;  
Do quiera que de hoy mas saucés se hallon,  
El álamo, el laurel y el mirto callen.

## ALCINO.

El fresno por la selva en hermosa  
Sabemos ya que sobre todos vaya,  
Y en aspereza y monte de espesura  
So aventaja la verde y alta haya;

Mas el que la beldad de tu figura  
 Donde quiera mirado, Filis, haya,  
 Al fresno y á la haya en su asperceza  
 Confesará que vence tu belleza.

## ODA.

## A LA FLOR DE GNIDO.

Si de mi baja lira  
 Tanto pudiese el son, que en un momento  
 Aplacase la ira  
 Del animoso viento,  
 Y la furia del mar y el movimiento;  
 Y en ásperas montañas  
 Con el suave canto enterneciese  
 Las fieras alimañas,  
 Los árboles moviese,  
 Y al son confusamente los trujese;  
 No pienses que cantado  
 Seria de mí, hermosa flor de Gnido,  
 El fiero Marte airado,  
 A muerte convertido,  
 De polvo y sangre y de sudor teñido :  
 Ni aquellos capitanes,  
 En la sublime rueda colocados,  
 Por quien los Alemanes  
 El fiero cuello atados,  
 Y los Franceses van domesticados;  
 Mas solamente aquella  
 Fuerza de tu beldad seria cantada,  
 Y alguna vez con ella  
 Tambien seria notada  
 El asperceza de que estás armada :  
 Y como por ti sola,  
 Y por tu gran valor y hermosura,  
 Convertida en viola,  
 Lloras su desventura  
 El miserable amante en tu figura.  
 Hablo de aquel cautivo  
 De quien tener se debe mas cuidado,  
 Que está muriendo .

Al remo condenado,  
En la concha de Venus amarrado.

Por tí, como solía,  
Del áspero caballo no corrige  
La furia y gallardía,  
Ni con freno le rige,  
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí, con diestra mano  
No revuelve la espada presurosa,  
Y en el dudoso llano  
Huye la polvorosa  
Palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por tí, su blanda Musa,  
En lugar de la citara sonante,  
Tristes querellas usa,  
Que con llanto abundante  
Hacen bañar el rostro del amante.

Por tí, el mayor amigo  
Le es importuno, grave y enojoso :  
Yo puedo ser testigo,  
Que ya del peligroso  
Naufragio fui su puerto y su reposo;

Y agora en tal manera  
Vence el dolor á la razon perdida,  
Que ponzoñosa fiera  
Nunca fué aborrecida  
Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada,  
Ni producida de la dura tierra;  
No debe ser notada,  
Que ingratamente yerra  
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa  
El caso de Anaxarete y cobarde,  
Que de ser desdeñosa  
Se arrepintió muy tarde,  
Y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando  
Del mal ajeno el pecho empedernido,  
Cuando abajo mirando,  
El cuerpo muerto vido  
Del miserable amante allí tendido :

Y al cuello el lazo atado,  
Con que desenlazó de la cadena  
El corazon cuitado,

Que con su breve pena  
 Compró la eterna punición ajena.  
 Sintió allí convertirse  
 En piedad amorosa el aspereza.  
 ¡O tarde arrepentirse!  
 ¡O última terneza!  
 ¿Cómo te sucedió mayor dureza?  
 Los ojos se enclavaron  
 En el tendido cuerpo que allí vieron;  
 Los huesos se tornaron  
 Mas duros, y crecieron,  
 Y en sí toda la carne convirtieron.  
 Las entrañas heladas  
 Tornaron poco á poco en piedra dura .  
 Por las venas cuitadas  
 La sangre su figura  
 Iba desconociendo y su natura :  
 Hasta que finalmente  
 En duro mármol vuelta y trasformada,  
 Hizo de sí la gente  
 No tan maravillada,  
 Cuanto de aquella ingratitud vongada.  
 No quieras tú, señora,  
 Dè Némesis airada las saetas  
 Probar, por Dios, agora ;  
 Baste quo tus perfetas  
 Obras y hermosura á los poetas  
 Den inmortal materia,  
 Sin que tambion on verso lamentablo  
 Celebren la miseria  
 De algun caso notable,  
 Que por tí pase triste y miserable.

#### SONETO.

¡O dulces prendas por mí mal halladas,  
 Dulces y alegres cuando Dios quería!  
 Juntas estais en la memoria mía,  
 Y con ella en mi muerte conjuradas.  
 ¿Quién me dijera, cuando las pasadas  
 Horas en tanto bien por vos me vía,  
 Que me habíais de ser en algun día  
 Con tan gravo dolor representadas?  
 Pues en un hora junto me llevastes  
 Todo el bien que por tantos años me distes,



Llebadme junto el mal que me dejastes;  
 Sino sospecharé que me pusistes  
 En tantos bienes porque deseastes  
 Verme morir entre memorias tristes.

#### DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Nació en Granada, por los años de 1503 : fueron sus padres don Inigo Lopez de Mendoza y doña Francisca Pacheco, hija del marqués de Villena. Estudió en Salamanca las lenguas latina y griega, la filosofía y ambos derechos, habiendo ya adquirido en su ciudad natal algunas nociones de la lengua árabe. Militó por espacio de bastantes años en Italia, en los ejércitos del emperador, sin descuidar nunca el cultivo de las letras, que fué la delicia de toda su vida : asistió en calidad de embajador de Carlos V al concilio de Trento, donde mostró suma habilidad y una rara entereza de carácter : desempeñó varias embajadas en Venecia y en Roma, y se restituyó á España en 1554, donde se mantuvo en el consejo de Estado, hasta que en 1567, á los sesenta y cuatro años de edad, fué desterrado de la corte por el suspicaz Felipe II, cuyo favor nunca obtuvo á pesar de los servicios que habia hecho al emperador su padre y de su gran reputacion de hábil político, valiente capitán é ilustre escritor. Retiróse entonces á Granada donde residió hasta el año 1574, y habiendo obtenido licencia para volver á Madrid, falleció á los pocos dias de su llegada á la corte.

Sus principales obras son : un tomo de *Poetas*, una novela titulada *El Lazarillo de Tormes*, y la *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada*.

#### CANCION.

Ya el sol revuelve con dorado freno  
 Los ligeros caballos nuestra via,  
 Acabando la mas corta carrera :  
 Ya caliente, ya da nueva alegría  
 De la estrella mas fria el tibio seno :  
 Ya las nubes esparce por defuera :  
 Ya parte mas afuera  
 Del cielo, y apartada  
 Ve la luz demasiada :  
 Yo cautivo que muero, quiere amor  
 Que de mí huya el claro resplandor ;

Y que siempre le siga como loco,  
 Teniendo al sol en poco,  
 Y que muriendo busquo mi dolor.

La ira del cruel y duro invierno  
 Huye so tierra, y los rabiosos vientos  
 No suenan ya por bosque ni montaña :  
 El cielo da los dias ya contentos,  
 Ya muestra la montaña el rostro tierno,  
 Ya sale á retozar por la campaña  
 La sabrosa compañía  
 Del viento delicado.

Yo ausente y olvidado  
 No mengua mi tristeza y desconsuelo;  
 Antes rompo las peñas con mi duelo,  
 Y los montes de duelo suspirando;  
 Mas poco cura el cielo  
 Que viva el triste desamado amando.

La verde yerba coronando viene  
 De varias flores la pintada tierra,  
 Que al estrellado cielo se parece :  
 Los tiernos ramos no tienen mas guerra  
 Con el soberbio viento, ni conviene  
 Temor del duro hielo que entorpece.

Ya ninguna pereco  
 De las espesas hojas :  
 Y tú, fortuna, arrojas  
 Tanto dolor en mí, tanta agonía  
 Cuanto ellos hora tienen de alegría.  
 Cada cosa en su tiempo fin alcanza :  
 Y en la tristeza mia  
 No hay tiempo que remedie mi esperanza.

En el mar sosegado al manso viento  
 Tiende la vela alogro el marinero,  
 Seguro ya de la cruel tormenta;  
 En alta popa con navío ligero  
 Corta agua espumosa, y va contento,  
 Sin tener con las ciegas nubes cuenta,  
 Ni espera mas afrenta :  
 Y en mi vida importuna  
 Cualquier tiempo es fortuna;  
 Siempre me veo cubierto de cuidados  
 Que en lágrimas quebrantan sus nublados.  
 ¡O enemiga fortuna! ¡ó cruda suerte!  
 No son unos pasados  
 Cuando me llogan otros á la muerte.

El pastor amoroso embebecido  
 En la cumbre del monte está cantando,  
 O en la fresca arboleda y verde prado;  
 Y con sabrosa flauta remedando  
 La viva voz, ó ya el dulce sonido  
 Del agua clara y viento delicado,  
 Presente su ganado  
 Que escucha sus querellas :  
 Yo triste que con ellas  
 Vivo solo en lugar adonde oidas  
 No pueden ser de nadie ni sentidas,  
 Paso mi vida en doloroso llanto;  
 Y si hubiese mil vidas,  
 Todas las pasaria en otro tanto.  
 Bien sabes tú, cancion, qué primavera,  
 Qué sol es el que espera  
 Mi alma en esta ausencia :  
 Qué males en presencia  
 Me pueden dar mas conocido daño,  
 Y en tanta soledad aborrecer,  
 Huyendo como extraño,  
 Todo aquello que á todos da placer.

## LETRILLA.

Esta es la justicia  
 Que mandan hacer  
 Al que por amores  
 Se quiso prender.  
 Engañó al mezquino  
 Mucha hermosura,  
 Faltó la ventura,  
 Sobró el desatino.  
 Errado el camino,  
 No pudo volver  
 El que por amores  
 Se quiso prender.  
 Mándenle escribir  
 Aunque no contente,  
 Y si se arrepiente  
 Que no ha de huir.  
 Que quiera morir,  
 Y no pueda ser :  
 Que esta es la justicia  
 Que mandan hacer

Al que por amores  
Se dejó prender.

Entró simple y ciego,  
Mas no sin razon;  
Hízose aficion  
De lo que era juego.  
Él encendió el fuego  
En que habia de arder,  
Cuando por amores  
Se quiso prender.

Sufra disfavores  
Hechos por antojo,  
Háganse del ojo  
Sus competidores;  
Y los miradores  
Échenlo de ver;  
Que esta es la justicia  
Que mandan hacer  
Al que por amores  
Se quiso prender.

Si acaso algun dia  
Habla con su dama,  
Mire ella al que ama,  
Y con él se ria.  
De envidia y porfia  
Se ha de mantener  
El que por amores  
Se quiso prender.

Diga su cuidado,  
No sea creido;  
Antes que sea oido  
Sea condenado.  
Quiera ser mirado,  
No le quieran ver  
Al que por amores  
Se dejó prender.

#### SANTA TERESA DE JESUS.

Nació en la ciudad de Ávila el día 12 de mayo de 1515: fueron sus padres don Alonso Sanchez de Cepeda y doña Teresa de Ahumada. A los veinte años tomó el hábito en el convento de Carmelitas de la misma ciudad, donde dió tales muestras de virtud, que padeció mu-

chas persecuciones, hasta la de ser denunciada al Santo Oficio por hipócrita é ilusa; pero no solo venció á sus enemigos, sino que emprendió la reforma de su Orden, en la que se habían introducido lastimosos abusos; y fué tal su energía, que la llevó á cabo, fundando en solo doce años diez y siete conventos, en lo cual fué ayudada por san Juan de la Cruz. Murió el 4 de octubre de 1582, á los sesenta y siete años de su edad. En 1614 fué beatificada por el papa Paulo V, y solemnemente canonizada en 1622 por Gregorio XV.

Sus principales escritos, que solo publicó por obediencia á sus superiores, son : *El Discurso de la vida; El Camino de perfeccion; El Libro de las fundaciones; El Castillo interior, ó las Moradas.*

### A CRISTO CRUCIFICADO.

#### SONETO.

No me mueve, mi Dios, para quererte,  
El cielo que me tienes prometido,  
Ni me mueve el infierno tan temido  
Para dejar por eso de ofenderte.

Tu me mueves, mi Dios; muéveme el verte  
Clavado en esa cruz y escarnecido;  
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;  
Muévenme las angustias de tu muerto;

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera  
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amára,  
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,  
Porque, si cuanto espero no esperára,  
Lo mismo que te quiero te quisiera.

### GUTIERRE DE CETINA.

Nació en la ciudad de Sevilla á principios del siglo -XVI. Las armas y las letras movieron su afición, ya para buscar por las unas los laureles de Marte, ya para conseguir por las otras los laureles de Apolo. Estuvo en las guerras de Italia, ignórase si como capitán ó como soldado, y si con próspera ó adversa fortuna. Hallóse con Carlos V en la jornada sobre Túnez contra Barbaroja, y con Fernando de Austria en las campañas de Flandes contra los Franceses.

Distingúense las obras de este esclarecido ingenio por la agradable sencillez de sus formas.

## MADRIGALES.

## I.

Ojos claros, serenos,  
 Si de dulce mirar sois alabados  
 ¿Por qué si me mirais, mirais airados?  
 Si cuanto mas piadosos  
 Mas bellos pareceis á quien os mira,  
 ¿Por qué á mi solo me mirais con ira?  
 Ojos claros, serenos,  
 Ya que así me mirais, miradme al menos.

## II.

Cubrir los bellos ojos  
 Con la mano, que ya me tiene muerto,  
 Cautela fué por cierto  
 Con que doblar pensásteis mis enojos;  
 Pero de tal cautela  
 Harto mayor ha sido el bien que el daño :  
 Que el resplandor extraño  
 Del sol se puede ver mientras se cela;  
 Así, pues, sucedió, cuando intentásteis  
 De tus ojos cubrir la luz inmensa :  
 Yo os perdono la ofensa,  
 Pues cubiertos, mejor verlos dejásteis.

## FRAY LUIS DE LEON.

Nació en Granada el año de 1527. Tomó el hábito de San Agustín en el convento de Salamanca, donde profesó en 29 de enero de 1544. Signió allí sus estudios con sumo aplauso, recibiendo el grado de doctor en teología por aquella universidad, y ganando por oposicion al año siguiente de su grado, que fué en 1561, la cátedra que llamaban de Durando, y algun tiempo despues la de Escritura. Su gran conocimiento en lenguas orientales, y la copiosa erudicion de que estaba dotado, le hacian mirar como á uno de los mas sabios expositores de su tiempo. Pero esta misma reputacion le atrajo una grave persecucion de parte de sus émulos. Bajo el pretexto de que habia traducido el Libro de los Cantares al castellano, contra la prohibicion que habia entonces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, lograron sus inicuos enemigos que se le formase causa por la Inquisicion de Valladolid como

sospechoso en la fe. Cinco años estuvo preso en las cárceles de aquel tribunal, al cabo de los cuales logró sincerarse de todos los cargos que se le hicieron, y salió libre y triunfante de la calumnia. Volvió á la universidad con júbilo de todos, y fué restituido á su cátedra y á sus honores. Su religion le condecoró con varios empleos; y últimamente con el de provincial. Pero antes de ejercerle, falleció en Madrigal de una enfermedad aguda que le arrebató á los 64 años de su edad, en 23 de agosto de 1591. Don Francisco de Quevedo fué el primer editor de sus poesías, que se publicaron por él, dedicadas al conde duque, cuarenta años despues de la muerte de su autor.

ODA I<sup>a</sup>.

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal rüido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sabios que en el mundo han sido!  
Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira, fabricado  
Del sabio moro, en jaspes sustentado.  
No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera :  
Ni cura si encarama  
La lengua lisonjera  
Lo que condena la verdad sincera.

\* Bellísima composicion, llena de agrado, de seso y de dulzura; que deja muy atrás á todas las que se han hecho en alabanza de la vida rústica, sin exceptuar la de Horacio *Beatus ille*, que ha sido el modelo de todas. El poeta latino, que sin duda tiene mas poesia de estilo que su imitador, no ofrece la misma variedad ni el mismo interés, y destruye al fin el efecto de su descripcion con el rasgo satírico que la termina, tomando su poema en aquel punto el carácter de una declamacion artificiosa. Con otra ingenuidad, otra efusion y otro efecto habla Horacio del campo cuando exclama en la sátira de los votos: *O rus, quando ego te adspiciam?* La oda castellana no se recomienda ni por lo sonoro de la versificación, ni por la elevacion y pompa del lenguaje. Todo en ella es sencillo, sin ambicion ni aparato. ¡Pero qué raudal tan puro, tan copioso y tan fácil!; Cómo se conoce que el poeta tiene todo su placer en la medianía, en el estudio y en el retiro!; Cómo los hace amar sin otro secreto que el de amarlos él, y concertar sus pensamientos, sus imágenes y su expresion con el sentimiento que le inspira, y con los objetos que canta! Nada de mas, nada de menos, y todo en el modo propio y conveniente. Es una música suave y deliciosa que sale del corazon, y va derecha al corazon sin esfuerzo y sin estudio. La imitacion de esta poesia requiere un talento y un gusto el mas exquisito: á nada que suba ya no es ella; á nada que baje ya no es poesia.

¿Qué presta á mi contento  
 Si soy del vano dedo señalado,  
 Si en busca de este viento  
 Ando desalentado,  
 Con ansias vivas, con mortal cuidado?  
 ¡O monte! ¡ó fuente! ¡ó río!  
 ¡O secreto seguro deleitoso!  
 Roto casi el navío,  
 A vuestro almo reposo  
 Huyo de aqueste mar tempestuoso.  
 Un no rompido sueño,  
 Un día puro, alegre, libre, quiero;  
 No quiero ver el ceño  
 Vanamente severo  
 De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.  
 Despiértente las aves  
 Con su cantar sabroso no aprendido;  
 No los cuidados graves  
 De que es siempre seguido  
 El que al ajeno arbitrio está atenido.  
 Vivir quiero conmigo,  
 Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
 A solas sin testigo,  
 Libre de amor, de celo,  
 De odio, de esperanza, de recelo.  
 Del monte en la ladera  
 Por mi mano plantado tengo un huerto,  
 Que con la primavera  
 De bella flor cubierto  
 Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.  
 Y como codiciosa  
 Por ver acrecentar su hermosura,  
 Desde la cumbre airosa  
 Una fontana pura  
 Hasta llegar corriendo se apresura.  
 Y luego sosegada  
 El paso entre los árboles torciendo,  
 El suelo de pasada  
 De verdura vistiendo  
 Y con diversas flores va esparciendo.  
 El aire el huerto orea,  
 Y ofrece mil olores al sentido;  
 Los árboles menean  
 Con un manso rüido,  
 Que del oro y del cetro pone olvido.



Ténganse su tesoro  
 Los que de un falso leño se confían :  
 No es mio ver el lloro  
 De los que desconfían  
 Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena  
 Cruje, y en ciega noche el claro día  
 Se torna : al cielo suena  
 Confusa vocería,  
 Y la mar enriquecen á porfía.

A mi una pobrecilla  
 Mesa de amable paz bien abastada  
 Me basta, y la vajilla  
 De fino oro labrada  
 Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-  
 mente se están los otros abrasando  
 Con sed insaciable  
 Del peligroso mando,  
 Tendido yo á la sombra esté cantando :

A la sombra tendido  
 De hiedra y lauro eterno coronado,  
 Puesto el atento oído  
 Al son dulce acordado  
 Del plectro sabiamente menecado.

#### ODA II <sup>1</sup>.

##### PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo  
 Con la hermosa Cava en la ribera  
 De Tajo sin testigo;  
 El pecho sacó fuera  
 El río, y le habló de esta manera :

<sup>1</sup> Otra imitación de Horacio mas rigurosa y ajustada á su original que la anterior, pero aplicada á objetos y tiempos diferentes. La justa celebridad que disfruta es consiguiente á la maestría con que está ojeutada. No se puede negar, sin embargo, que considerada por algunos aspectos queda inferior á la oda latina. El ritmo escogido por Luis de León es mas gracioso que robusto, y el argumento pedia que fuese mas robusto que gracioso. Los objetos que pinta el español son mas generales, y por consiguiente mas vagos : en él se ve el movimiento y aparato en grande de la invasion proyectada : en el latino los campeones que han de buscar y castigar á París. Esto es mas determinado, y la fantasía lo concibe y se lo imagina mejor. En toda composicion en que se trata de hombres es preciso ver hombres, y en la oda española no se ven. El conde don Julian atento á la ven-

En mal punto te goces,  
 Injusto forzador, que ya el sonido  
 Oyo ya, y las voces,  
 Las armas y el bramido  
 De Marte, de furor y ardor ceñido.  
 ¡Ay! esa tu alegría  
 ¡Qué llantos acarrea! y esa hermosa  
 Que vió el sol en mal día  
 A España, ¡ay! ¡cuán llorosa,  
 Y al cetro de los Godos cuán costosa!  
 Llamas, dolores, guerras,  
 Muertes, asolamientos, fieros males  
 Entre tus brazos cierras;  
 Trabajos inmortales  
 A tí y á tus vasallos naturales :

*ganza y no á la fama*, único personaje que señala el Tajo en contraposición con Rodrigo, no es figura que pueda sufrir comparación con los dioses y con los héroes señalados por Nereo, y contrastados en su vaticinio con el afeminado troyano.

Jam galeam Pallas et ægida  
 Currusque et rabiem parat....  
 Urgent impavidi te Salaminibus  
 Teucerusque, et Sthenelus sciens  
 Pugnæ.

Eccæ forit te reperire atrox  
 Tydides, melior patre.

Esta desventaja está compensada en Luis de Leon con haber dado al vaticinio y al vaticinador un interés que no tiene el de Horacio. El río que habla ha de padecer en la invasión, y su lenguaje, su acento, sus afectos son consiguientes á esta posición bien entendida, de que resulta en la oda española un tono mas vivo y mas apasionado.

Marmontel en el artículo *Lírica* de la Enciclopedia ha hecho mención de ella con elogio; y aun da á entender, para encarecerla mas, que sirvió de modelo á Camoens para su célebre prosopopeya del gigante Acamasto. Es de presumir que el literato francés no hablase aquí sino de oídas, y sin haber leído por sí mismo la composición de que trata, pues á haber sido así, la hubiera dado por lo que era, por una bella imitación de la oda de Horacio, y no otra cosa. El supone á Camoens posterior á Fr. Luis de Leon, y en eso tambien se engaña, porque fueron exactamente contemporáneos, y el español murió catorce años despues que el portugués. Ignoraba igualmente que las poesías de aquel fueron impresas por primera vez cerca de medio siglo despues del fallecimiento de Camoens, y por consiguiente que, aun dado caso que el episodio de la *Lusiada* se hubiese escrito despues de la oda, no es por ningún aspecto probable que el poeta épico, ni en Europa, donde se cree que compuso los primeros cantos de su inmortal poema, ni en las extremidades del Asia donde le acabó, tuviese noticia de la composición castellana. A tales equivocaciones se expone un escritor, aunque sea del mérito de Marmontel, cuando trata de una literatura que no conoce. Estos de aciertos eran entonces muy comunes en los extranjeros que hablaban de nuestras cosas: hoy día las estudian y las conocen mejor.

A los que en Constantina  
 Rompen el fértil suelo, á los que baña  
 El Ebro, á la vecina  
 Sansueña, á Lusitania,  
 A toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cádiz llama  
 El injuriado conde á la venganza  
 Atento, y no á la fama,  
 La bárbara pujanza  
 En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca  
 Con temeroso son la trompa fiera,  
 Que en África convoca  
 El moro á la bandera,  
 Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande  
 El árabe cruel, y hiere el viento  
 Llamando á la pelea :  
 Innumerable cuento  
 De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,  
 Debajo de las velas desaparece  
 La mar, la voz al cielo  
 Confusa y varia crece,  
 El polvo roba el día, y le oscurece.

¡Ay! que ya presurosos  
 Suben las largas naves : ¡ay! que tienden  
 Los brazos vigorosos  
 A los remos, y encienden  
 Las mares espumosas por do hienden.

El Éolo derecho  
 Hinche la vela en popa, y larga entrada  
 Por el hercúleo estrecho  
 Con la punta acorada  
 El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ay triste! ¿y aun te tieno  
 El mal dulce regazo? ¿ni llamado  
 Al mal quo sobreviene  
 No acorres? ¿ocupado  
 No ves ya el puerto á Hércules sagrado?

Acude, corre, vuela,  
 Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,  
 No perdones la espuela,  
 No des paz á la mano,  
 Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuánto de fatiga,  
 Ay cuánto de dolor está presente  
 Al que viste loriga,  
 Al infante valiente,  
 A hombres y caballos juntamente!  
 Y tú, Bétis divino,  
 De sangre ajena y tuya amancillado,  
 Darás al mar vecino,  
 ¡Cuánto yelmo quebrado!  
 ¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!  
 El furibundo Marte  
 Cinco luces las haces desordena  
 Igual á cada parte;  
 La sesta ¡ay! te condena,  
 O cara patria, á bárbara cadena.

ODA III <sup>1</sup>.

## NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo  
 De innumerables luces adornado,  
 Y miro hácia el suelo  
 De noche rodeado,  
 En sueño y en olvido sepultado;  
 El amor y la pena  
 Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,  
 Despiden larga vena  
 Los ojos hechos fuente,  
 Oloarte, y digo al fin con voz doliente :  
 Morada de grandeza,  
 Templo de claridad y hermosura,  
 El alma que á tu alteza  
 Nació, ¿qué desventura,  
 La tiene en esta cárcel baja, oscura?

<sup>1</sup> Nada casi hay que decir sobre estas dos hermosas composiciones (Odas III y IV) sino que son una muestra de la dignidad y elevación que adquiere la poesía, cuando se ocupa de los astros y de otros grandes objetos naturales. El escritor aquí no aspira á mostrarse astrónomo ni físico, quizá aunque quisiese no pudiera, pero es enteramente poeta. La una es inspirada por la admiración, la otra por el deseo impaciente de saber y de inquirir. La primera es mas fluida y mas dulce; la segunda mas cortada y mas impetuosa; y esta diferencia de estilo y de movimiento es una prueba feliz del instinto y gusto del escritor. Es bien lírica al modo antiguo aquella especie de episodio, en que, con ocasión de mentar el trueno, pasa á describir rápidamente una tempestad de verano, y entra despues en la marcha que tenía tomada desde el principio.

El verso último de la primera desdice de los demás por su aspereza y falta de acentuación.

¿Qué mortal desatino  
 De la verdad aleja así el sentido,  
 Que de tu bien divino  
 Olvidado, perdido,  
 Sigue la vana sombra, el bien fingido?  
 El hombre está entregado  
 Al sueño de su suerte no cuidando,  
 Y con paso callado  
 El cielo vueltas dando  
 Las horas del vivir le va hurtando.  
 ¡Oh! despertad mortales,  
 ¡Mirad con atencion en vuestro daño!  
 Las almas inmortales,  
 Hechas á bien tamaño,  
 ¿Podrán vivir de sombras y de engaño?  
 ¡Ay! levantad los ojos  
 A aquella celestial eterna esfera;  
 Burlaréis los antojos  
 De aquesta lisonjera  
 Vida, con cuanto teme y cuanto espera.  
 ¿Es mas que un breve punto  
 El bajo y torpe suelo, comparado  
 Con este gran trasunto  
 Do vive mejorado  
 Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?  
 Quien mira el gran concierto  
 De aquestos resplandores eternos,  
 Su movimiento cierto,  
 Sus pasos desiguales,  
 Y en proporcion concorde tan iguales:  
 La luna como mueve  
 La plateada rueda, y va en pos de ella  
 La luz do el saber llueve,  
 Y la graciosa estrella  
 De amor la sigue reluciente y bella:  
 Y como otro camino  
 Prosigue el sanguinoso Marte airado,  
 Y el Júpiter benigno  
 De bienes mil cercado  
 Serena el cielo con su rayo amado.  
 Rodéase en la cumbre  
 Saturno, padre de los siglos de oro,  
 Tras él la muchedumbre  
 Del reluciente coro  
 Su luz va repartiendo y su tesoro:

¿Quién es el que esto mira,  
Y precia la bajeza de la tierra,  
Y no gime y suspira,  
Y rompe lo que encierra  
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,  
Aquí reina la paz, aquí asentado  
En rico y alto asiento  
Está el amor sagrado,  
De glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura  
Aquí se muestra toda, y resplandece  
Clarísima luz pura  
Que jamás anochece:  
Eterna primavera aquí florece.

¡O campos verdaderos!  
¡O prados con verdad frescos y amenos!  
¡Riquisimos mineros!  
¡O deleitosos senos!  
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

#### ODA IV <sup>1</sup>.

##### A LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,  
Tu grey en este valle hondo, oscuro,  
Con soledad y llanto,  
Y tú, rompiendo el puro  
Aire, te vas al inmortal seguro?

<sup>1</sup> Aunque tan corta, sería la mejor de todas si tuviese un poco más de esmero en la versificación, que es lánguida y falta de cadencia. Aquí el poeta desaparece enteramente: oyense las quejas lastimeras de los discípulos que lloran su desamparo, se ve al maestro divino subir por los aires, desaparecer entre las nubes, y ellos quedar como en tinieblas sin la luz que los guiaba. El cuadro es grande y completo, y solo consiste en unas pocas pinceladas dadas con gusto y maestría. El sabor que de estos cortos lamentos queda en la fantasía y en el oído es verdaderamente exquisito.

Una de las dotes más apreciables de todos estos poemas líricos es el tino y economía con que los pensamientos y las imágenes se producen y se distribuyen; sin que, una vez dado el fin á que aspira el poeta, haya nada que falte al desempeño, ni nada que descomponga el efecto por exceso ó redundancia, ó por mala colocación. Este arte le aprendió Luis de León con el estudio profundo que había hecho de los antiguos, y los escritores que le siguieron le descuidaron demasiado: á pocos de ellos y en pocas composiciones habrá que dar la misma alabanza.

Los antes bien hadados,  
 Y los agora tristes y afligidos,  
 A tus pechos criados,  
 De tí desposeidos  
 ¿A dó convertirán ya sus sentidos?  
 ¿Qué mirarán los ojos  
 Que vieron de tu rostro la hermosura,  
 Que no les sea enojos?  
 Quien oyó tu dulzura,  
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?  
 ¿Aqueste mar turbado  
 Quién lo pondrá ya freno? ¿quién concierto  
 Al viento fiero airado?  
 ¿Estando tú cubierto  
 Qué norte guiará la nave al puerto?  
 ¡Ay! nube envidiosa  
 Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?  
 ¿Dó vuelas presurosa?  
 ¡Cuán rica tú te alejas!  
 ¡Cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas!

#### EPITAFIO

AL TÓMULO DEL PRÍNCIPE DON CARLOS.

Aquí yacen de Carlos los despojos;  
 La parte principal volvióse al cielo,  
 Con ella fué el valor; quedóle al suelo  
 Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

#### BALTASAR DEL ALCÁZAR.

Nació en Sevilla por los años de 1530, siendo sus padres don Luis y doña Leonor Leon. Dedicóse desde muy jóven á la carrera de las armas, militando en las naves del famoso marqués de Santa Cruz. Mas tarde, residiendo en Rónda y Jaen, fué alcalde de la hermandad de los hijosdalgo y tesorero de la casa de moneda.

Murió Alcázar en 1606, el día 16 de enero, á los setenta y seis años de edad.

Estudió con gran aprovechamiento los epigramas de Marcial y la lengua española. Sus versos son puros, dulces y elegantes.

## REDONDILLAS.

En Jaen, donde resido,  
Vive don Lope de Sosa,  
Y diréte, Inés, la cosa  
Mas brava de él que has oido.

Tenia este caballero  
Un criado portugués...  
Pero cenemos, Inés,  
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,  
Lo que se ha de cenar junto,  
Las jajas del vino á punto;  
Falta comenzar la fiesta.  
Comience el vinillo nuevo,  
Y échale la bendicion;  
Yo tengo por devocion  
De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;  
Pero arrójame la bota :  
Vale un florin cada gota  
De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?  
Mas ya... de la del Castillo :  
Diez y seis vale el cuartillo,  
No tiene vino mas bajo.

Por nuestro Señor que es mina  
La taberna de Alcocer :  
Grande consuelo es tener  
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,  
Vive Dios que no lo sé;  
Pero delicada fué  
La invencion de la taberna.

Porque allí llego sediento,  
Pido vino de lo nuevo,  
Mídenlo, dánmelo, bebo,  
Págolo, y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,  
No es menester alaballo :  
Sola una falta le hallo,  
Que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicon  
Hizo fin, ¿qué viene ahora?



La morcilla : gran señora,  
Digna de veneracion.

¡Qué oronda viene y qué bella!  
¡Qué traves y enjundia tiene!  
Páreceme, Inés, que viene  
Para que demos en ella.

Pues sus; encójase y entre,  
Que es algo estrecho el camino...  
No echas agua, Inés, al vino,  
No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,  
Porque con mas gusto comas :  
Dios te guarde, que así tomas,  
Como sabia, el buen consejo.

Mas di, ¿no adoras y precias  
La morcilla ilustre y rica?  
¿Cómo la traidora pica!  
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
Y asada por esas manos  
Hechas á cebar lechones.

El corazon me revienta  
De placer : no sé de ti.  
¿Cómo te va? yo por mí  
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy vive Dios :  
Mas oye un punto sutil ;  
¿No pusiste allí un candil?  
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,  
Ya sé lo que puede ser :  
Con ese negro beber  
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,  
Alto licor celestial :  
No es el aloquillo tal,  
Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad ! ¡qué clareza!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar ! ¡qué color!  
Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,  
La moradilla va entrando,  
Y ambos vienen preguntando  
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,  
El de Pinto no le iguala :  
Pues la aceituna no es mala,  
Bien puede bogar su remo.

Haz pues, Inés, lo que sueles,  
Daca de la bola llena  
Seis tragos : hecha es la cena,  
Levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos conado  
Tan bien, y con tanto gusto,  
Parece que será justo  
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,  
Que el portugués cayó enfermo...  
Las once dan, yo me duermo,  
Quédese para mañana.

#### OTRAS REDONDILLAS.

Deseais, señor Sarmiento,  
Saber en estos mis años,  
Sujetos á tantos daños,  
Cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,  
Porque la historia es bien breve,  
Y el daros gusto se os debe  
Con toda puntualidad.

Salido el sol por oriente  
De rayos acompañado,  
Me dan un huevo pasado  
Por agua, blando y caliente,

Con dos tragos del que suelo  
Llamar yo néctar divino,  
Y á quien otros llaman vino,  
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso  
Toca en la meridional,  
Distando por un igual  
Del oriente y del ocaso;

Me dan asada y cocida  
De una gruesa y gentil ave,

Con tres veces del süave  
Licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene  
A dar en el mar Esperio,  
Desamparando el imperio  
Que en este horizonte tiene ;

Me suelen dar á comer  
Tostadas en vino mulso,  
Que el enflaquecido pulso  
Restituyen á su ser.

Luego me cierran la puerta,  
Yo me entrego al dulce sueño :  
Dormido, soy de otro dueño,  
No sé de mi nueva ciorta ;

Hasta que habiendo sol nuevo,  
Me cuentan como he dormido,  
Y así de nuevo les pido,  
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,  
Veo que se va cayendo :  
Voyle puntales poniendo  
Porque no caiga tan-presto.

Mas todo es vano artificio :  
Presto me dicen mis males,  
Que ban de faltar los puntales,  
Y allanarse el edificio.

#### DON ALONSO DE ERCILLA.

Este esclarecido ingenio vió la luz del día en Madrid el año de 1533 segun unos, y de 1540 segun otros, siendo la primera opinion la mas autorizada. Crióse don Alonso en el real palacio en calidad de paje ó menino; y muy jóven todavia acompañó al príncipe don Felipe en sus viajes á Italia, los Países Bajos é Inglaterra, adonde habia pasado aquel con ánimo de verificar su enlace con Maria, heredera del Reino- Unido. La insurreccion general de los Estados de Arauco en Chile fué para don Alonso fuerte incentivo de gloria, resolviéndole á dejar el servicio personal del príncipe para defender su futuro dominio en el Nuevo Mundo. Veinte y un años contaba Ercilla, quando se embarcó para el Perú con don Jerónimo de Alderete, capitan de gran corazon y renombre, á quien se habia encargado la pacificacion del vallé rebelde. — Aquella lucha sangrienta y tenaz en que Ercilla habia creído ver la realizacion de sus sueños caballerescos, fué en efecto el asunto del poema que ha inmortalizado su nombre. Sin embargo, ni su valor, ni

su lealtad, ni su caballerismo pudieron sacarle del estado de pobreza á que se vió reducido en los últimos días de su vida. Murió en 1592, despues de haber dado á luz y dedicado á Felipe II su poema *La Araucano*, de la cual insertamos el siguiente trozo.

#### DESCRIPCION DEL EJÉRCITO ARAUCANO.

Era el primero que pasó la muestra  
El cacique Pillolco, el cual armado  
Iba de fuertes armas, en la diestra  
Un gran baston de acero barreado,  
Delante de su escuadra gran maestra  
De arrojar el certero dardo usado,  
Procediendo en buen orden y manera  
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros  
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo  
Iba una espesa banda de flecheros  
Gran número de tiros esparciendo :  
Venia Rengo tras él con sus maceros  
En paso igual y grave, procediendo  
Arrogante, fantástico, lozano  
Con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguia  
El áspero y robusto Tulcomara,  
Que vestido en lugar de arnés traia  
La piel de un fiero tigre, que matara :  
Cuya espantosa boca le ceñia  
Por la frente y quijadas la ancha cara,  
Con dos espesas órdenes de dientes  
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban  
Su gente agreste y ásperos soldados,  
Que en apiñada muela le cercaban,  
De pieles de animales rodeados :  
Luego los Talcamávidas pasaban,  
Que son mas aparentes que esforzados,  
Debajo del gobierno y del amparo  
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera  
Millalermo, mancebo floreciente,  
Con sus pintadas armas, el cual era  
Del famoso Picol<sup>d</sup>

Rigiendo los que habitan las riberas  
 Del gran Nibequetén, que su corriente  
 No deja á la pasada fuente y río,  
 Que todos no los traiga al Biobío.

Pasó luego la muestra Mareande  
 Con una cimitarra y ancho escudo,  
 Mozo de presuncion y orgullo grande,  
 Alto de cuerpo, en proporcion membrudo :  
 Iba con él su primo Lepomande  
 Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,  
 Ambos de una divisa rodeados  
 De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo  
 Arrastrando una pica poderosa  
 Delante de su escuadra, por extremo  
 Lucida entre las otras y vistosa :  
 Un poco atrás del cual iba Gualemo  
 Cubierto de una piel dura y pelosa  
 De un caballo marino, que su padre  
 Había muerto en defensa de su madre.

.....

Pasó tras este luego Talcaguano,  
 Que ciñe el mar su tierra y la rodea,  
 Un mástil grueso en la derecha mano,  
 Que como un tierno junco le blanda  
 Cubierto de altas plumas muy lozano,  
 Siguiéndole su gente de pelea  
 Por los pechos al sesgo atravesadas  
 Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas  
 Seguian los Puelches, gentes banderizas,  
 Cuyas armas son puntas enastadas  
 De una gran braza, largas y rollizas :  
 Y los Trulos tambien que usan espadas,  
 De fe mudable y casas movedizas,  
 Hombres de poco efeto, alharaquientos,  
 De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida  
 Y ejercitada gente en ordenanza,  
 Una cota finisima vestida  
 Vibrando la fornida y gruesa lanza :  
 Y Orompello de edad aun no cumplida,  
 Pero de grande muestra y esperanza,  
 Otra escuadra de pláticos regia,  
 Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos  
 Armado ricamente, el cual traía  
 Una banda de jóvenes dispuestos  
 De grande presuncion y gallardía :  
 Seguian los Llaucos de almagrados gestos,  
 Robusta y esforzada compañía,  
 Llevando en medio dellos por caudillo  
 Al sucesor del inclito Aynavillo.

Seguia después Cayocupil, mostrando  
 La dispuesta persona y buen deseo,  
 Su veterana gente gobernando  
 Con paso grave y con vistoso arreo :  
 Tras él venia Puren, tambien guiando  
 Con no menor donaire y contoneo,  
 Una bizarra escuadra de soldados  
 En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él casi gigante  
 La cresta sobre todos levantada,  
 Armado un fuerte peto rutilante,  
 De penachos cubierta la celada :  
 Con desdénoso término, delante  
 De su lustrosa escuadra bien cerrada,  
 El mozo Peycavi luego guiaba  
 Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto  
 El grave Caniomangue entristecido  
 Por el insigne viejo padre muerto,  
 A quien habia en el cargo sucedido;  
 Todo de negro el blanco arnés cubierto,  
 Y su escuadron de aquel color vestido,  
 Al tardo son y paso los soldados  
 De roncós atambores destemplados.

Fuó allí el postrero que pasó la lista  
 (Primero en todo) Tucapel gallardo,  
 Cubierta una lucida sobrevista  
 De unos anchos escaques de oro y pardo :  
 Grande en el cuerpo y áspero en la vista,  
 Con un huello lozano y paso tardo,  
 Detrás del cual iba un tropel de gente  
 Arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolicán con la otra parte  
 Y resto del ejército araucano,  
 Mas encendido que el airado Marto  
 Iba con un baston corto en la mano;  
 Bajo de cuya sombra y estandarte

Venia el valiente Curgo, y Mareguano,  
Y el grave y elocuente Colocolo,  
Millo, Teguan, Lambecho, y Guampicolo.

Seguian luego detrás sus Plimayquenes,  
Tuncos, Renoguelones, y Pencones,  
Los Itatas, Mauleses, y Cauquenes  
De pintadas divisas y pendones;  
Nibequetenes, Puelches, y Cautenes  
Con una espesa escuadra de peones,  
Y multitud confusa de guerreros,  
Amigos, comarcanos y extranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,  
Asi crece la fiera gente armada,  
Tiembla en torno la tierra y se estremece  
De tantos piés batida y golpeada :  
Lleno el aire de estruendo se escurece  
Con la gran polvoreda levantada,  
Que en ancho remolino al cielo sube,  
Cual ciega niebla espesa, ó parda nube.

#### FRANCISCO DE LA TORRE.

Nació en Torrelaguna (Castilla la Nueva), el año de 1534. Se ignora por completo la vida de este esclarecido poeta, á quien algunos criticos habian confundido con el *Bachiller Alfonso de la Torre*, coplero en los tiempos del rey don Juan el Segundo. Merced á las investigaciones del sabio escritor y académico don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, se ha desvanecido por completo aquel error.

#### CANCION PRIMERA <sup>1</sup>.

##### LA TÓRTOLA.

Tórtola solitaria, que llorando  
Tu bien pasado y tu dolor presente,  
Ensordoces la selva con gemidos :

<sup>1</sup> La mas dulce melancolía parece que ha dictado este poema, cuyo tono carecia entonces de ejemplo entre nosotros. El autor, sin duda, le aprendió en su propio carácter y en los sentimientos tiernos de su corazón; y los que como él se hallan dotados de esta sensibilidad profunda y exquisita que se agrada en la soledad y en

Cuyo ánimo doliente  
 Se mitiga penando  
 Bienes asegurados y perdidos :  
 Si inclinas los oídos  
 A las piadosas y dolientes quejas  
 De un espíritu amargo,  
 (Breve consuelo de un dolor tan largo  
 Con quien, amarga soledad, me aquejas)  
 Yo con tu compañía,  
 Y acaso á tí te aliviará la mía.  
 La rigurosa mano que me aparta  
 Como á tí de tu bien, á mí del mío,  
 Cargada va de triunfos y victorias :  
 Sábelo el monte y río,  
 Que está cansada y harta  
 De marchitar en flor mis dulces glorias :  
 Y si eran transitorias,  
 Acabáralas golpe de fortuna :

el retiro, se ceba dulcemente de sus penas, se imagina hallar donde quiera compañeros y partícipes de sus males, y habla con ellos como si le pudieran entender, estos darán á tan bellos versos el valor y el mérito que en sí encierran, y que es mas fácil de sentirse que de explicarse. No insistamos por tanto en ello. Solo en desengaño de los que todavía atribuyan estas poesías á Quevedo, pondremos aquí algunos versos de la *Silva funeral á la tórtola* (\*) compuesta por él, á fin de que cotejados con los de la canción, se palpe la inmensa diferencia que hay entre unos y otros, el gusto distinto, la fantasía diversa.

Al tronco y á la fuente  
 Mas que su arena y que sus verdes hojas.  
 Honraron tus congojas,  
 O tórtola doliente.  
 Tu voz acompañaba al monte seco,  
 Dabas que hacer al eco;  
 Usurpaban los prados  
 El nombre de leales  
 De tu fe y tu firmeza.  
 Nunca se vieron, nunca los cuidados,  
 Las penas y los males,  
 Sino es en tu tristeza  
 Hartos de sentimiento :  
 Pues fué tanta tu pena  
 Que le daba á esta arena  
 Honra sino ornamento, etc.

Preciso es dejarlo aquí, porque sería imposible leer mas; y basta este trozo para demostrar la imposibilidad de que un mismo objeto produzca en una misma fantasía tan distinta inspiración. La exageración, los conceptos, la ingeniosidad, la afectación, forman el carácter de la silva; ¿y la canción? La canción es la misma sencillez, la ternura misma: en ella cada estancia es un lamento, y cada verso un gemido.

(\*) Quevedo: Musa tercera.



No viera yo cubierto,  
 De turbias nubes cielo que ví abierto  
 En la fuerza mayor de mi fortuna;  
 Que acabado con ellas  
 Acabáran mis llantos y querellas.  
 Parece que me escuchas, y parece  
 Que te cuento tu mal, que roncamente  
 Lloras tu compañía desdichada :  
 El ánimo doliente  
 Que el dolor apetece  
 Por un alivio de su suerte airada,  
 La mas apasionada  
 Mas agradable le parece, en tanto  
 Que el alma dolorosa  
 Llorando su desdicha rigurosa  
 Baña los ojos con eterno llanto;  
 Cuya pasion afloja  
 La vida al cuerpo, al alma la congoja.  
 ¿No regalasto con tus quejas tiernas  
 Por solitarios y desiertos prados,  
 Hombres y fieras, cielos y elementos?  
 ¿Lloraste tus cuidados  
 Con lágrimas eternas,  
 Duras y encomendadas á los vientos?  
 ¿No son tus sentimientos  
 De tanta compasion y tan dolientes,  
 Que enternecen los pechos,  
 A rigurosas sinrazones hechos,  
 Que los haces crueles de clementes?  
 ¿En qué ofendiste tanto,  
 Cuitada, que te sigue miedo y llanto?  
 Quien te ve por los montes solitarios  
 Mustia y enmudecida y elevada  
 De los casados árboles huyendo,  
 Sola y desamparada  
 A los fieros contrarios  
 Que te tienen en vida padeciendo :  
 Señal de agüero horrendo  
 Mostrarían tus ojos añublados,  
 Con las cerradas nieblas  
 Que levantó la muerte, y las tinieblas  
 De tus bienes supremos y pasados :  
 Lloras, cuitada, lloras  
 Al venir de la noche y de la aurora;  
 Lloras, desventurada, lloras cuando

Vieres resplandecer la soberana  
 Lámpara del Oriente luminoso :  
 Cuando su blanca hermana  
 Muestra su rostro blando  
 Al pastorcillo de su sol quejoso :  
 Y con llanto piadoso  
 Quéjate á las estrellas relucientes :  
 Regálale con ellas,  
 Que ellas tambien amaron bien, y dellas  
 Padecieron mortales accidentes :  
 No temas que tu llanto  
 Esconda el cielo en el nocturno espanto.  
 ¿Dónde vas, avecilla desdichada?  
 ¿Dónde puedes estar mas afligida?  
 ¿Hágote compañía con mi llanto?  
 ¿Busco yo nueva vida  
 Que la desventurada  
 Que me persigue, y que te aflige tanto?  
 Mira que mi quebranto,  
 Por ser como tu pena rigurosa,  
 Busca tu compañía :  
 No menosprecies la doliente mia,  
 Por menos fatigada y dolorosa ;  
 Que si te persuadieras,  
 Con la dureza de mi mal vivieras.  
 ¿Vuelas al fin, y al fin to vas llorando?  
 El cielo te defienda, y acreciente  
 Tu soledad, y tu dolor eterno,  
 AVECILLA DOLIENTE  
 Andes la selva errando  
 Con el sonido de tu arrullo eterno :  
 Y cuando el sempiterno  
 Cielo cerrare tus cansados ojos,  
 Llórete Filomena  
 Ya regalada un tiempo con tu pena,  
 Sus hijos hechos miseros despojos  
 Del azor atrevido  
 Que adulteró su regalado nido.  
 Cancion, en la corteza de este roble  
 Solo y desamparado  
 De verdes hojas, verde vid y verde  
 Hiedra quedad ; que el hado,  
 Que mi ventura pierde,  
 Mas estéril y solo se me ha dado.

## CANCION SEGUNDA \*.

## LA CIERVA.

Doliente cierva, que el borido lado  
 De ponzoñosa y cruda yerba lleno  
 Buscas el agua de la fuente pura,  
 Con el cansado aliento y con el seno  
 Bello de la corriente sangre hinchado,  
 Débil y decaída tu hermosura :  
 ¡Ay! que la mano dura  
 Que tu nevado pecho  
 Ha puesto en tal estrecho,  
 Gozosa va con tu desdicha, cuando  
 Cierva mortal, viviendo, estás penando  
 Tu desangrado y dulce compañero,  
 El regalado y blando  
 Pecho pasado del veloz montero :  
 Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde  
 Queda muerto tu amor, en vano dando  
 Términos desdichados á tu suerte.  
 Morirás en su seno, reclinando  
 La boldad, que la cruda mano esconde  
 Delante de la nube de la muerte.  
 Quo el paso duro, y fuerte,  
 Ya forzoso y terrible,  
 No puede ser posible  
 Que le escusen los cielos ; permitiendo  
 Crudos astros que muera padeciendo  
 Las asechanzas de un montero crudo,

\* Inferior á la anterior en dulzura y en afecto, le es muy superior por la composicion, cuyo objeto está mejor determinado, pintado mas al vivo, y muestra mejor progreso en su movimiento y en su fin. No se puede solemnizar con mas poesia la muerte de un animal silvestre, ni darle mayor interés. Aquí la versificación tiene alguna mas variedad que en la anterior, donde como todo es constantemente elegíaco, es toda quebrada é incierta: en esta se percibe generalmente mas número y resonancia; sin que por eso deje el poeta de dar á su estilo el movimiento conveniente segun el sentimiento que le anima: obsérvense bien las dos últimas estancias; la una llena, asiática, ondeante; la otra cortada, y por un feliz instinto como penosa.

Que del siempre rabioso  
 Trance mortal, salieron muy triunfantes.

Es lástima que este muy haga prosáico y trivial un verso, que debería ser el mejor por ser el último.

Que te vino siguiendo  
Por los desiertos de este campo mudo.

Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente  
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,  
Del crudo amor vencido y maltratado :  
Tú con el fatigado aliento pruebas  
A rendir el espíritu doliente  
En la corriente de este valle amado  
Que el ciervo desangrado,  
Que contigo la vida  
Tuvo por bien perdida,  
No fué tan poco de tu amor querido,  
Que habiendo tan cruelmente padecido  
Quieras vivir sin él, cuando pudieras  
Librar el pecho herido  
De crudas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura deste prado  
Como tórtolas solas y queridas,  
Solos y acompañados anduvistes :  
Cuando de verde mirto y de floridas  
Violetas, tierno acanto y lauro amado,  
Vuestras frentes bellísimas ceñistes :  
Cuando las horas tristes,  
Ausentes y queridos,  
Con mil mustios bramidos  
Ensordecistes la ribera umbrosa  
Del claro Tajo, rica y venturosa  
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;  
Cuya muerte penosa  
No deja rastro de contenta vida.

Ahora el uno, cuerpo muerto lleno  
De desden y de espanto, quien solia  
Ser ornamento de la selva umbrosa :  
Tú, quebrantada y mustia, al agonía  
De la muerte rendida, el bello seno  
Agonizando, el alma congojosa :  
Cuya muerte gloriosa,  
En los ojos de aquellos,  
Cuyos despojos bellos  
Son victorias del crudo amor furioso,  
Martirio fué de amor, triunfo glorioso  
Con que corona y premia dos amantes  
Que del siempre rabioso

Trance mortal salieron muy triunfantes.

Cancion, fábula un tiempo, y caso agora

De una cierva doliente, que la dura  
 Flecha del cazador dejó sin vida,  
 Errad por la espesura  
 Del monte, que de gloria tan perdida  
 No hay sino lamentar su desventura.

ODA I<sup>4</sup>.

Mira, Filis, furiosa  
 Onda, que sigue y huye la ribera  
 Y torna presurosa  
 Echando al punto fuera  
 Del agua el peso de la nao ligera.  
 Aquellas despojadas  
 Plantas, que son estériles abrojos,  
 Solian adornadas  
 De cárdenos y rojos  
 Ramos lucir antes tus bellos ojos.  
 Vino del Austro frío  
 Invierno yerto, y abrasó la hermosa  
 Gloria del valle umbrío,

<sup>1</sup> Gracia, sencillez, facilidad en la primera y en las dos últimas: un pensamiento único y fácil de comprenderse, desenvuelto y fecundado con algunas pocas imágenes naturales y apacibles: la versificación florida y agradable. En este autor se hace mas sensible la diferencia que nuestros antiguos ponian entre la oda y la canción, á la cual daban siempre mas solemnidad, mas gravedad é importancia. La misma diferencia de tono y de intencion se notan en las canciones y odas del portugués Camoens: diríase que en las unas se seguian las huellas de Petrarca, y en las otras se tomaba á Horacio por modelo.

La segunda oda dirigida á Tirsis es de un tono muy diverso. El asunto probablemente es alegórico; pero no se resiente en manera alguna de la frialdad que deslucе ordinariamente á la alegoría. Si el poeta no intentó otra cosa que imitar la oda de Horacio *O navis*, nos dió por cierto un modelo muy feliz de como deben hacerse estas imitaciones. Todo es aquí interesante, todo parece nuevo; y la imaginación con ser tan viva, se ve subordinada á la fuerza y al calor de la expresión que todo lo anima y vigoriza.

Esto es uno de los diferentes ensayos en que el autor se probó á escribir composiciones líricas sin la sujeción de la rima. No en todos es tan feliz como en este, y así es poco de extrañar que ni entonces ni ahora haya tenido muchos que le sigan. Algun otro coro hay por este estilo en las *Nises* de Bermudez, y uno en esdrújulos en la *Dorotea* de Lope. Melendez en nuestros días, que ha ensayado en sus odas tantos ritmos diferentes, ha dado alguna muestra por este gusto. Mas yo no le conozco aficionado, ni es muy fácil que los tenga. Desnudas como ya se hallan del prestigio de la música, las composiciones líricas son cabalmente las que mas necesitan del halago de la rima, y solo puede suplirse esto vacío á fuerza de tino y acierto en el asunto, en los pensamientos, imágenes y expresión, y sobre todo de instinto y tacto exquisito en la combinación de las palabras y de sus sonidos. Sin esta combinación es imposible producir aquella música grata al oído, que no le deja echar menos el efecto mas determinado y positivo de la consonancia. Aun así, es preciso para percibirlo un gusto no menos fino en los lectores que talento en el escritor.

Y derribó la hojosa  
 Corona de los árboles umbrosa.  
 Ahora que el Oriente  
 De tu belleza roverbhera, agora  
 Que el rayo trasparente  
 De la rosada Aurora  
 Abre tus ojos y tu frente dora :  
 Antes que la dorada  
 Cumbre de relucientes llamas de oro,  
 Ilúmeda y argentada,  
 Quede inútil tesoro  
 Consagrado al errante y fijo Coro;  
 Goza Filis del aura  
 Que la concha de Venus hiero; dado  
 Que apenas se restaura  
 El contento pasado,  
 Como el día de ayer, y el no gozado.  
 Vendrá la temerosa  
 Noche, de nieblas y de vientos llena :  
 Marchitará la rosa  
 Purpúrea; y la azucena  
 Nevada, mustia tornará de amena.

## ODA II.

¿Tirsis? ¿ah Tirsis? Vuelvo y endereza  
 Tu navecilla contrastada y frágil  
 A la seguridad del puerto; mira  
 Que se te cierra el cielo.  
 El frío Bóreas y el ardiente Noto  
 Apoderados de la mar insana,  
 Anegaron agora en este piélago  
 Una dichosa nave.  
 Clamó la gente misera, y el cielo  
 Escondió los clamores y gemidos  
 Entre los rayos y espantosos truenos  
 De su turbada cara.  
 ¡Ay quo me dice tu animoso pecho;  
 Que tus atrevimientos mal regidos  
 Te ordenan algun caso desastrado  
 Al romper de tu oriente!  
 ¿No ves cuitado, que el hinchado Noto  
 Trae en sus remolinos polvorosos  
 Las imitadas mal seguras alas  
 De un atrevido mozo?

¿No ves, que la tormenta rigurosa  
 Viene del abrasado monte donde  
 Yace muriendo vivo el temerario  
     Encelado, y Tifeo?  
 Conoce, desdichado, tu fortuna,  
 Y preven á tu mal : que la desdicha  
 Prevenida con tiempo no penetra  
     Tanto como la súbita.  
 ¡Ay que te pierdes ! Vuelvo, Tirsis, vuelvo :  
 Tierra, tierra, que brama tu navío,  
 Hecho prision y cueva sonora  
     De los hinchados vientos.  
 Allá se avenga el mar, allá se avengan  
 Los mal regidos súbditos del fiero  
 Éolo, con soberbios navegantes,  
     Que su furor desprecian.  
 Miremos la tormenta rigurosa  
 Dende la playa : que el airado cielo  
 Menos se encrúelece de continuo  
     Con quien se anima menos.

## ODA III.

¿Viste, Filis, herida  
 Cierva de la saeta, que temiendo  
 Nuevo daño, la vida  
 Cara pierde, vertiendo  
 La roja sangre que dilata huyendo?  
 ¿Viste resplandeciente  
 Cielo, del cuerpo de las nubes suelto  
 Turbarse, y el ardiente  
 Soplo de Bóreas vuelto,  
 Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?  
 ¿Viste de la empinada  
 Cumbre sacar á Febo la cabeza  
 Roja, y acelerada  
 Noche con gran tristeza  
 Salir escureciendo su belleza?  
 ¿Viste volando hermosa  
 Garza señorearse deste cielo,  
 Y salir de la odiosa  
 Mano, torciendo el vuelo,  
 Sacre qué la derriba por el suelo?  
 ¿Lúcidas flores viste,  
 A quien, ó Aurora, fuiste su Lucina,

Y viene el Euro triste,  
 Y á la tierra reclina  
 La corona de hojas mortecina?  
 Así fué mi ventura,  
 Y así, Filis, podría ser tu suerte:  
 No vivas tan segura  
 Del mal; que hasta la muerte  
 No hay estado tan firme, que sea fuerte.  
 Cuando Júpiter tira  
 A las alturas de la humilde tierra,  
 Jámas alcanza su ira  
 Al valle; que en la sierra  
 Yace penando quien lo armó la guerra.  
 El aire se embravece,  
 Y entre los verdes árboles bramando  
 Cobra fuerzas y crece,  
 Sopla, y está silbando,  
 Y en el suelo las flores regalando.

## ODA IV.

Sale de la sagrada  
 Cipro la soberana ninfa Flora,  
 Vestida y adornada  
 Del color de la Aurora,  
 Con que pinta la tierra, el cielo dora.  
 De la nevada y llana  
 Frente del levantado monte arroja  
 La cabellera cana  
 Del viejo invierno, y moja  
 El nuevo fruto en esperanza y hoja.  
 Deslizase corriendo  
 Por los hermosos mármoles do Paro  
 Las alturas huyendo  
 Un arroyuelo claro,  
 De la cuesta beldad, del valle amparo.  
 Corre bramando y salta;  
 Y codiciosamente procurando  
 Adelantarse, esmalta  
 De plata el cristal blando  
 Con la espuma que cuaja golpeando.  
 Viste y ensoberbece  
 Con diferentes hojas la corona  
 De plantas, y florece



Las que apenas perdona  
Furioso rayo de la ardiente zona.

El regalado aliento  
Del bullicioso Zéfiro encerrado  
En las hojas, el viento  
Enriquece y el prado,  
Este de flor, y aquel de olor sagrado.

Y reducido cuanto  
Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,  
A mas bien con el llanto,  
Que al asomar del dia  
Viene haciendo la Aurora húmida y fria :

Todo brota y extiende  
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;  
La vid enlaza y prende  
El olmo, y la hermosa  
Hiedra sube tras ella presurosa.

Yo triste, el cielo quiere  
Que yerto invierno ocupe el alma mia;  
Y que si rayo viero  
De aquella luz del dia,  
Furioso sea, y no como solia.

Renueva, Filis, esta  
Esperanza marchita, que la helada  
Aura de tu respuesta  
Tiene desalentada.  
Ven, primavera, ven, mi flor amada :  
Ven, Filis, y del grato  
Invidiado contento del aldea  
Goza : que el pecho ingrato,  
Que tu beldad afea,  
Aqui tendrá el descanso que desea.

#### SONETO I <sup>1</sup>.

Salve, sagrado y cristalino rio,  
De sauces y de cañas coronado,  
De arenas de oro y de cristal ornado,  
Y de crecientes con el llanto mio.

<sup>1</sup> Modelos excelentes de estilo pastoril, en que campean alternativamente la sencillez, la gracia, la melancolía y la ternura. Estas dotes les bastan sin que sea necesario buscar en ellas la composición artificiosa, la graduación perfecta y la conclusión fuerte é interesante, que el legislador del Parnaso francés ha señalado como requisitos precisos de esta composición. El soneto para nuestros poetas ha sido una clase de metro, y no un género de poesía.

Salve, y dilata tu ancho poderío  
 Por la orla sabea, y el dorado  
 Cerco de perlas, que el licor sagrado  
 Enriquece tu eterno señorío.

Y así tus ninfas te detengan, cuando  
 Pases por el estrecho deleitoso  
 De la concha de Venus amorosa;

Que saques la cabeza serenando  
 Este cerco de nubes espantoso,  
 En compañía de mi ninfa hermosa.

#### SONETO II.

¡Cuántas veces te me has engalanado,  
 Clara y amiga Noche! ¡Cuántas llena  
 De oscuridad y espanto, la serena  
 Mansedumbre del cielo me has turbado!

Estrellas hay que saben mi cuidado,  
 Y que se han regalado con mi pena :  
 Que entre tanta beldad, la mas ajena  
 De amor tiene su pecho enamorado.

Ellas saben amar, y saben ellas  
 Que he contado su mal llorando el mío,  
 Envuelto en los dobleces de tu manto.

Tú, con mil ojos, Noche, mis querellas  
 Oye y esconde; pues mi amargo llanto  
 Es fruto inútil, que al amor envío.

#### SONETO III.

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro  
 Al apacible viento desordena :

Bella, si de sus ojos enajena  
 El altivo desden que siempre lloro :

Bella, si con la luz que sola adoro  
 La tempestad del viento y mar serena :

Bella, si á la dureza de mi pena  
 Vuelve las gracias del celeste coro :

Bella, si mansa : bella, si terrible :  
 Bella, si cruda : bella esquivia : y bella,  
 Si vuelve grave aquella luz del cielo :

Cuya beldad humana y apacible,  
 Ni se puede saber lo que es sin volla,  
 Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

## SONETO IV.

Si lo que el alma me revela, cuando,  
 Filis, contemplo la divina y rara  
 Beldad al mundo, mas que el cielo clara,  
 Que adoro ardiendo y reverencio amando,

Con el acento doloroso y blando,  
 Que me quejo do tí, significára;  
 Parára al sol, las fieras humillára,  
 Arrebatára el cielo contemplando.

Mas como el rayo de tus bellos ojos  
 Otras tinieblas amanece agora  
 En el que fué mi ocaso escurecido;

Silencio eterno esconde el que te adora.  
 A quien los rayos de tu oriente rojos  
 Encubren nubes de perpetuo olvido.

## SONETO V.

Viva yo siempre así con tan ceñido  
 Lazo, Filis, contigo, como aquesta  
 Hiedra inmortal, en esta encina puesta,  
 Que le enreda su tronco envejecido.

Mira allí un olmo seco, y un florido  
 Junto á la fuente, que una vid le presta  
 Hermosura y valor; y tu dispuesta  
 A perseguirme, pónesme en olvido.

Por tí, cruel, olvido mi ganado,  
 Y le dejo sin guarda del ardiente  
 Lobo cruel (ganado que tú amaste):

Un cabritillo deste coronado  
 Monte ví yo llevar; lloré, y presente  
 A mi dolor soberbia te gozaste.

## SONETO VI.

Filis, mas bella y mas resplandeciente  
 Que el claro cielo y que el ameno prado,  
 Este gamo, de flores coronado,  
 Que á su madre quité, te ofrezco ausente.

Riyéndoseme agora dulcemente  
 Me le pidió Testilis: mas cansado  
 Me tienen ya sus risas; que tu helado  
 Ceño me ha de perder eternamente.

A ti lo doy, y á ti tambien te guardo  
 Dos tórtolas hermosas, y una bella  
 Garza, que ayer cogí del monte al rio.  
 Y si el amor de Tirsis por el mio  
 Quieres dejar, escogo tú do aquella  
 Manada mia un toro blanco y pardo.

## SONETO VII.

Pastor que lees en esta y en aquella  
 Planta, *Fili y Damon que á Fili adora*,  
 Sabo quo tanto fué piadosa agora  
 Fili á Damon, cuanto es terrible y bella.  
 ¡Ay! yo la llamo, yo la ruego, y ella,  
 Misero, no me escucha, y huye á la hora,  
 Y cuanto me huye mas, mas me enamora,  
 Que on ella puso su cruoldad mi estrella.  
 Ayer llevando mi ganado al rio,  
 Al pié do un verde mirto entretejiendo  
 Violetas y amaranto la ví sola :  
 Ladró Melampo, y ella cruel huyendo,  
 Desamparando monte y valle umbrío,  
 Huyó de mi, y el viento socorrióla.

SONETO VIII <sup>1</sup>.

Mi propio amor entiendo, que es la cierta  
 Causa que mi ganado sin contento  
 Se rige apena en pié; no lluvia ó viento,  
 Ni pasto amargo do moutaña yerta.  
 Mas ¿qué cuidado es este, si la incierta  
 Muerte luchando con el alma siento,  
 Y, Filis cruda, nunca me arrepiento  
 De verte siempre de piedad desierta?  
 ¡Oh si al menos sobre este monte yerto,  
 Adondo lloro de continuo tanto,  
 Aquel pino cubriese el cuerpo mio :  
 Y pasando por este valle umbrío,  
 Dijeses, Filis, con amargo llanto,  
 Allí yace mi triste amante muerto!

<sup>1</sup> ¡Oh si al menos en este monte yerto! etc. — El autor emplea algunas veces este mismo pensamiento propio de su carácter melancólico y sensible; pero nunca tan felizmente como en este lugar. El desalino mismo y abandono que tienen los versos, contribuyen admirablemente á producir el efecto que se busca; mas esmerados y sonoros no estarían tan bien.

SONETO IX <sup>1</sup>.

Esta es, Tirsis, la fuente do solia  
Contemplar su beldad mi Filis bella :  
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella  
Su hermosa frente de su flor ceña.

Aquí, Tirsis, la vi cuando salia  
Dando la luz de una y otra estrella :  
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella  
Haya se me escondió, y así la via.

En esta cueva de este monte amado  
Me dió la mano, y me ciñó la frente  
De verde hiedra y de violetas tiernas.

Al prado y haya y cueva y monte y fuente  
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,  
Rindo por tanto bien gracias eternas.

## ENDECHAS.

## I.

El pastor mas triste  
Que ha seguido el cielo,  
Dos fuentes sus ojos,  
Y un fuego su pecho;  
Llorando caidas  
De altos pensamientos,  
Solo se querella  
Riberas del Duero.

<sup>1</sup> Es traduccion libre de esto otro italiano, escrito por Benito Varchi

## LE DOLCI RIMENBRANZE.

Questo è, Tirsi, quel fonte in cui solean  
Specchiarsi la mia dolce pastorella;  
Questi quel prati son, Tirsi, dov' ella  
Verdi ghirlande a suoi bei crin tessea.

Qui, Tirsi, la vid'io mentre sedea,  
Qui i balli menar leggiadra e snella;  
Quinci, Tirsi, mi rise, e dietro a quella  
Elce s'ascose sì, ch'io la vedea.

Sotto quest'antro al fin cinto d'allori  
La mano, ond' ho nel cor mille ferite,  
Mi porse lieta e mi baciò la fronte.  
All'antro dunque, all'elce, al prati, al fonte,  
Mille spargiendo al ciel diversi fiori,  
Rend'io di tanto don grazie infinite.

El silencio amigo,  
 Compañero eterno  
 De la noche sola  
 Oye su tormento.  
 Sus endechas llevan  
 Rigurosos vientos,  
 Como su firmeza  
 Mal tenidos celos.  
 Solo y pensativo  
 Le halla el claro Febo,  
 Sale su Diana,  
 Y hállale gimiendo.  
 Cielo que le aparta  
 De su bien inmenso,  
 Le ha puesto en estado  
 De ningún consuelo.  
 Tórtola cuitada,  
 Que el montero fiero  
 Le quitó la gloria  
 De su compañero,  
 Elevada y mustia  
 Del piadoso acento,  
 Que oye suspirando  
 Entregar al viento:  
 Porque no se pierdan  
 Suspiros tan tiernos,  
 Ella los recoge,  
 Que se duele dellos;  
 Y por ser mas dulces  
 Que su arrullo tierno,  
 De su soledad  
 Se queja con ellos.  
 ¿Qué ha de hacer el triste?  
 Pierda el sufrimiento,  
 Que tras lo perdido  
 No caerá contento.

## II.

Corona del cielo,  
 Ariadna bella,  
 Conocida estrella  
 Del nocturno velo,  
 Tú sola del coro  
 De las lumbres bellas

Oye mis querellas,  
 Pues tus males lloro.  
 Tú fuiste querida,  
 Y olvidada fuiste;  
 Yo querido y triste,  
 Quien me amó, me olvida.  
 El dolor estrecho  
 De mi suerte airada  
 Trae mi alma forzada  
 Dentro de mi pecho.  
 ¿Qué pretende el cielo  
 Tras agravio tanto,  
 Si al verter mi llanto  
 Le transforma en hielo?  
 ¿Por ventura fui  
 Tan terrible y duro,  
 Que miré seguro  
 El bien que perdí?  
 Mas mi dolor fiero,  
 Como ha de acabarme,  
 No viene á matarme  
 Sin mortal agüero.  
 ¡Ay del sin ventura,  
 Que ha de amar forzado!  
 Siempre al desdichado  
 Sigue suerte dura.

## III.

Viuda sin ventura,  
 Tórtola cuitada,  
 Mustia y asombrada  
 De una muerte dura:  
 Tú, que el valle ameno  
 Con tu arrullo blando  
 Serenaste, cuando  
 Vió tu bien sereno;  
 Quejas inmortales  
 Hieren tus sentidos,  
 Que á bienes perdidos  
 No hay medianos males.  
 Vuelve donde muevas  
 Las fieras que dejas,  
 Que no son tus quejas  
 Para monte y cuevas.

En el valle, donde  
 Tu dolor te cela,  
 Nadie te consuela,  
 Nadie te responde.  
 Lloro Filomena,  
 Cierva herida brama,  
 Y Eco que te llama  
 Te cuenta tu pena.  
 Tu gloria fué tal,  
 Que hizo ser temida;  
 Pero tu caída  
 Fué temido mal.  
 Si mi compañía  
 Triste y desdichada  
 Por sola te agrada,  
 Oye mi agonía.  
 Cielos y hados canso,  
 Monte y valle ofendo,  
 Los aires enciendo,  
 Las aguas amanso...

## IV.

Filis rigurosa  
 Sobre cuantas cria  
 La ribera fria  
 De Jarama hermosa :  
 Y á mi fiel lamento  
 Mas endurecida,  
 Que montaña herida  
 De alterado viento;  
 ¡Ay que la razon  
 Que á llorar me fuerza,  
 Tu rigor la esfuerza,  
 Como á mi pasión!  
 Si cielo piadoso  
 Por mi permitiera,  
 Que no me doliera  
 Tu desden rabioso;  
 Quejas inhumanas  
 No te endurecieran,  
 Porque á humana fueran  
 Canciones humanas.  
 Mas pues duro cielo  
 Con mi fe y mi llanto



Te endurece tanto,  
 No me sufra el suelo.  
 Mi dolor te canse,  
 Mi razon te indine,  
 Y el cielo se incline  
 Contra quien te amanse.  
 Triste y apartado  
 En esta ribera,  
 Piedra, planta ó fiera  
 Quede transformado,  
 Mis penas y enojos  
 Rompan con mi amor,  
 Y no haya pastor  
 Que cierre mis ojos;  
 Que tú, que mi vida  
 Tienes ya de suerte,  
 Que desea la muerte  
 Por arborrecida,  
 Tu dirás, en vano :  
 ¡Ay pecho nevado,  
 Que mal que has tratado  
 Su amor soberano !  
 Tú, que con tu amor  
 Sueles piadosa  
 Por la selva umbrosa  
 Templar su dolor :  
 Y en sus ojos frios,  
 Ya para tí hermosos,  
 Volverlos furiosos,  
 Que lloran los mios;  
 Tú los fijarás  
 En la piedra oscura  
 De mi sepultura,  
 Cuando no querrás.  
 Cuando la razon,  
 Que á llorar te obligue,  
 Aun no te mitigue  
 Con igual pasion;  
 Cuando fuentes frias  
 Laven el error,  
 Que causó el rigor  
 De mis agonías :  
 Cuando coronando  
 Mi sepulcro triste  
 Con la flor que visto

Flora el campo blando,  
 Suspiros despidas,  
 Quejas te oiga el cielo,  
 Que este es el consuelo  
 De glorias perdidas.  
 Mas, ¡ay Filis! temo  
 Tu visto rigor,  
 Que de mi dolor  
 No es el bien supremo.  
 Cualquiera contento  
 Fuera bien crecido,  
 Pero lo sufrido  
 No tiene descuento.  
 Ni tú tratarás  
 De aliviar mi llanto,  
 Tú, á quien mi quebranto  
 No movió jamás :  
 Que pues tanta muerte  
 Nunca te ha movido,  
 La que tú has querido  
 No podrá moverte.

#### FERNANDO DE HERRERA.

Nació en Sevilla el año de 1534. Escasas son las demás noticias que tenemos de la vida de este insigne poeta, cabeza de la escuela Sevillana, y que mereció, por las grandes obras que produjo, ser llamado *El Divino*. — Su amigo y admirador Francisco Pacheco dice, hablando de Herrera : «..... fué de honrados padres, dotado de grande virtud, de hábito eclesiástico, y beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés, no tuvo orden sacro, pero con los frutos del beneficio se sustentó toda su vida, sin apetecer mayor renta; y aunque el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, deseó tenerlo en su casa y acrecentalle en dignidad y hacienda, no pudieron el licenciado Francisco Pacheco ni el racionero Pablo de Céspedes (íntimos amigos suyos) persuadirle que le viese.»

Murió Herrera á los sesenta y tres años de edad, en 1597.

CANCION I <sup>4</sup>.

A DON JUAN DE AUSTRIA.

Cuando con resonante  
 Rayo y furor del brazo impetuoso  
 A Encélado arrogante  
 Júpiter poderoso  
 Despeñó airado en Etua cavernoso;  
 Y la vencida tierra,  
 A su imperio rebelde, quebrantada  
 Desamparó la guerra,  
 Por la sangrienta espada  
 De Marte, aun con mil muertes no domada;

<sup>1</sup> Ha sido considerada siempre como una de las mejores imitaciones de poesía antigua que hay en castellano. Los críticos la señalan como un modelo; los jóvenes la estudian con admiración, y la aprenden de memoria. Sin duda hay en ella bellezas superiores, acreedoras á todo aplauso: movimiento rápido y verdaderamente lírico, imágenes grandes y oportunas, dicción alta, poética y sostenida, versificación sonora y majestuosa. A estas prendas admirables de ejecución, se añade la de una invención feliz y oportuna en la contraposición de las dos rebeliones mitológica é histórica, y en la sencillez y desahogo del plan que deja impresa en el ánimo la serie de pensamientos é imágenes del poeta, sin confusión ni fatiga. Fuera quizá de desear alguna mayor oportunidad y conveniencia en el modo de enlazar las dos masas que forman la comparación. Anunciar Apolo al campeón del Olimpo en el mismo acto de solemnizar sus triunfos, que ha de venir con el tiempo un valor terrestre y mortal que oscurezca y desluzca el suyo, no parece propio ni de la ocasión ni del lugar. También pudiera pedirse alguna mas vivacidad de colores y de fantasía en la parte respectiva á la insurrección morisca. Los dioses y los gigantes están retratados de un modo que, contra la intención del poeta, eclipsan á los bárbaros de las Alpujarras, y á su vencedor don Juan de Austria. En suma, el episodio fabuloso está mejor tratado que el histórico, sin duda por mas poético. Este es un escollo frecuente en semejantes aplicaciones: así sucedió á Rioja en la canción á las ruinas de Itálica, así al inglés Dryden en su oda á Santa Cecilia; siendo de los tres Herrera quien ha vencido mejor la dificultad, y dado un remate menos violento á su composición. Pero estas observaciones, lejos de darse aquí como una decisión, solo se presentan como dudas que se proponen á los inteligentes y se dejan sometidas á su juicio.

Del rey de la onda egea  
 La indómita pujanza.

Y mas adelante

Tu solo á Oromedonte  
 Trajiste al hierro agudo de la muerte  
 Junto al doblado monte.

Se ve en estos ejemplos, y otros que pudieran citarse, el cuidado de Herrera en dar á los versos cortos el realce y gravedad conveniente componiéndolos de palabras de gran sonido. Sin es a atención, las estancias, por su cortadad y por ser compuestas de mas versos breves que largos, decayeran necesariamente y no responderian á la majestad del asunto.

En el sereno polo  
 Con la suave citara presente  
 Cantó el crinado Apolo  
 Entonces dulcemente,  
 Y en oro y lauro coronó su frente.

La canora armonía  
 Suspendía de dioses el senado;  
 Y el cielo que movía  
 Su curso arrebatado,  
 El vuelo reprimía enajenado.

Halagaba el sonido  
 Al piélago sañudo, al raudo viento  
 Su fragor encogido,  
 Y con divino aliento  
 Las musas consonaban á su intento.

Cantaba la victoria  
 Del ejército etéreo y fortaleza,  
 Que engrandeció su gloria;  
 El horror y aspereza  
 De la titania stirpe y su fiera.

De Palas Atena  
 El gorgóneo terror, la ardiente lanza;  
 Del rey de la onda egea  
 La indómita pujanza;  
 Y del hercúleo brazo la venganza.

Mas del Bistonio Marte  
 Hizo en grande alabanza luenga muestra,  
 Cantando fuerza y arte  
 De aquella armada diestra,  
 Que á la flegrea hueste fué siniestra.

A ti, decía, escudo,  
 A ti del cielo esfuerzo generoso,  
 Poner temor no pudo  
 El escuadron sañoso  
 Con sierpes enroscadas espantoso.

Tú solo á Oromedonte  
 Trajiste al hierro agudo de la muerte  
 Junto al doblado monte;  
 Y abrió con diestra suerte  
 El pecho de Peloro tu asta fuerte.

¡O bijo esclarecido  
 De Juno! ¡ó duro y no cansado pecho!  
 Por quien cayó vencido,  
 Y en peligroso estrecho  
 Mimante pavoroso fué deshecho.

Tú, cubierto de acero ,  
 Tú, estrago de los hombres indinado ,  
 Con sangre hórrido y fiero ,  
 Rompiste acelerado  
 Del ancho muro el torreón alzado .

A tí libre ya debe  
 Del recelo saturnio , que el profano  
 Linaje , que se atrevo  
 A alzar la osada mano ,  
 Sienta su brave orgullo salir vano .

Mas aunque resplandezca  
 Esta victoria tuya conocida  
 Con gloria , que merezca  
 Gozar eterna vida ,  
 Sin que yaga en tinieblas ofendida :

Vendrá tiempo en que tenga  
 Tu memoria el olvido , y la termine ;  
 Y la tierra sostenga  
 Un valor tan insino  
 Que ante él desmaye el tuyo , y se le incline .

Y el fértil occidente ,  
 Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña ,  
 Descubrirá presento  
 Con prez y honor de España  
 La lumbré singular de esta hazaña .

Que el cielo le concedo  
 A aquel ramo de César invencible ,  
 Que su valor herede ,  
 Para que al Turco horrible  
 Derribe el corazón y ardor terrible .

Vese el pérfido bando  
 En la fragosa , yerta , aérea cumbre ,  
 Que sube amenazando  
 La soberana lumbré ,  
 Fiado en su animosa muchedumbre .

Y allí , de miedo ajeno ,  
 Corre cual suelta cabra , y se abalanza  
 Con el fogoso trueno  
 De su cubierta estancia ,  
 Y sigue de sus odios la vonganza .

Mas despues que aparece  
 El jóven de Austria en la enriscada sierra ,  
 Frio miedo entorpeco  
 Al rebelde , y atierra  
 Con espanto y con muerte la impia guerra .

Cual tempestad oncosa  
 Con horrísono estruendo se levanta,  
 Y la nave medrosa  
 De rabia y furia tanta  
 Entre peñascos ásperos quebranta;  
 O cual de cerco estrecho  
 El flamígero rayo se desata  
 Con luengo sulco hecho,  
 Y rompe y desbarata  
 Cuanto al encuentro su impetu arrebatá.

La fama alzará luego  
 Y con las alas de oro la victoria  
 Sobre el giro del fuego,  
 Resonando su gloria,  
 Con puro lampo de inmortal memoria.

Y extenderá su nombre  
 Por do céfiro espira en blando vuelo,  
 Con ínclito renombre  
 Al remoto indio suelo,  
 Y á do esparce el rigor helado el cielo.

Si Peloro tuviera  
 Parte de su destreza y valentía,  
 Él solo to venciera,  
 Gradivo, aunque á porfia  
 Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.

Si este al cielo amparára  
 Contra las duras fuerzas de Mimante,  
 Ni el trance recelára  
 El vencedor Tonante,  
 Ni sacudiera el brazo fulminante.

Traed, cielos, huyendo  
 Este cansado tiempo espacioso,  
 Que oprime deteniendo  
 El curso glorioso:  
 Haced que se adelante presuroso.

Así la lira suena,  
 Y Jove el canto afirma, y se estremece  
 El Olimpo, y resuena  
 En torno, y resplandeco,  
 Y Mavorte dudoso so oscureco.

CANCION II<sup>a</sup>.

## A LA BATALLA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura  
 Venció del ancho mar al Trace fiero :  
 Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
 Salud y gloria nuestra.  
 Tú rompiste las fuerzas y la dura  
 Frente de Faraon, feroz guerrero :  
 Sus escogidos principes cubrieron  
 Los abismos del mar, y descendieron,  
 Cual piedra, en el profundo; y tu ira luego  
 Los tragó como arista seca el fuego.  
 El soberbio tirano, confiado  
 En el grande aparato de sus naves,

\* Esta es ya la verdadera oda; no un remedo de la poesía griega ó latina, fundado en su mitología, y por lo mismo atenido á recursos ficticios ó alegóricos, y á medios indirectos y de convencion. Aquí el poeta, lleno de un entusiasmo ferviente y religioso, se considera el órgano de todo el pueblo cristiano, y eleva á la divinidad los sentimientos de alegría, de gratitud y maravilla que le exaltan por victoria conseguida sobre los Turcos en las aguas de Lepanto. El carácter, en gran parte, y las expresiones están tomados de la poesía bebrítica, y apropiados al argumento y á la situacion del modo mas feliz. Herrera fué el primero que ensayó este gusto en nuestra poesía, y le ensayó con una composicion magistral. Es de ver en el mismo poema, y estudiarse con cuidado el artificio oculto con que el escritor desde la proposicion clara y sencilla de su argumento pasa con un desórden aparente de un afecto á otro, del odio á la indignacion, del recelo á la confianza, de la execracion á las bendiciones, de la arrogancia del bárbaro y sus campeones, que está pintada á maravilla, al valor de España y de su héroe, mas grande aquí en solos dos versos que en todos los encarecimientos y ficciones de la oda anterior. Pero desde el principio basta el fin predomina en la obra el sentimiento religioso que la inspira, y Dios es siempre á quien el poeta viene á parar como el asilo, el escudo, el vengador de su pueblo. Las formas que la poesía toma son líricas, descriptivas ó dramáticas, segun conviene á los objetos que alternativamente conmueven la fantasia del poeta, y dan á su obra una admirable variedad. ¡Qué tesoro de expresiones nuevas y enérgicas! — *Prevaleciendo en vanidad y en ira.* — *Que sus aras afea en su victoria.* — *En el mar ondoso hagamos de su sangre un grande lago.* — *Y de sus pinos ir el mar desnudo;* y otras ciento de igual ó mayor atrevimiento y viveza.

Despues de considerar tantos y tan admirables aciertos, ¿podríamos llevar la atencion á esta ú otra locucion penosa, ó á algun otro verso algo desmayado por falta de fuerza en la rima, ó de número y cadencia en el sonido? Semejante exámen en una obra de este mérito y carácter tocara por ventura en irreverencia y sacrilegio.

*Y el árbol que mas yerto se sublima.* — Aquí la palabra *yerto* se toma por *erguido*, del latino *erectus*, de donde los Italianos tomaron su *erto* y nosotros *yerto*, usado frecuentemente en este sentido por Herrera, por Francisco de la Torre, y otros poetas del siglo XVI. Tambien ha de hallarse en la misma acepcion en alguna de las crónicas del siglo XV, quizá en la de don Alvaro de Luna.

Que de los nuestros la cerviz cautiva,  
 Y las manos aviva  
 Al ministerio injusto de su estado,  
 Derribó con los brazos suyos graves  
 Los cedros mas excelsos de la cima;  
 Y el árbol, que mas yerto se sublima,  
 Bebiendo ajenas aguas, y atrevido  
 Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos  
 Del impio furor suyo; alzó la Trento  
 Contra tí, Señor Dios, y con semblante  
 Y con pecho arrogante,  
 Y los armados brazos extendidos,  
 Movió el airado cuello aquel potente:  
 Cercó su corazon de ardiente saña  
 Contra las dos Hesperias que el mar baña;  
 Porque en tí confiadas le resisten,  
 Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:  
 ¿No conocen mis iras estas tierras,  
 Y de mis padres los ilustres hechos?  
 ¿O valieron sus pechos  
 Contra ellos con el Ungaro medroso,  
 Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?  
 ¿Quién los pudo librar? ¿Quién de sus manos  
 Pudo salvar los de Austria y los Germanos?  
 ¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
 Guardarlos de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada,  
 Los cánticos en lágrimas convierte;  
 Ella y sus hijos tristes mi ira esperan  
 Cuando vencidos mueran.  
 Francia está con discordias quebrantada,  
 Y en España amenaza horrible muerte  
 Quien honra de la luna las banderas;  
 Y aquellas en la guerra gentes fieras  
 Ocupadas están en su defensa:  
 Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,  
 Y el cuello con su daño al yugo inclinan,  
 Y me dan, por salvarse, ya la mano,  
 Y su valor es vano,  
 Que sus luces cayendo se oscurecen;  
 Sus fuertes á la muerte ya caminan;  
 Sus vírgenes están en cautiverio;



Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio;  
 Del Nilo á Eufrates fértil é Istro frío,  
 Cuanto el sol alto mira, todo es mio.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria  
 Usurpe quien su fuerza osado estima  
 Prevalciendo en vanidad y en ira;  
 Este soberbio mira  
 Que tus aras afea en su victòria;  
 No dejes que los tuyos así oprima,  
 Y en sus cuerpos cruél las fieras cebe  
 Y en su esparcida sangre el odio pruebe:  
 Que hechos ya su oprobio, dice: ¿dónde  
 El Dios de estos está? ¿de quién se esconde?

Por la debida gloria de tu nombre;  
 Por la justa venganza de tu gente;  
 Por aquel de los míseros gemido  
 Vuelve el brazo tendido  
 Contra este, que aborrece ya ser hombro,  
 Y las honras, que celas tú, consiente;  
 Y tres y cuatro veces el castigo  
 Esfuerza con rigor á tu enemigo,  
 Y la injuria á tu nombre cometida  
 Sea el yerro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso,  
 Que tanto odio te tiene, en nuestro estrago,  
 Juntó el consejo; y contra nos pensaron  
 Los que en él se hallaron.

Venid, dijeron, y en el mar ondoso  
 Hagamos de su sangre un grande lago;  
 Destruyamos á estos de la gente,  
 Y el nombre de su Cristo juntamente;  
 Y dividiendo de ellos los despojos,  
 Hártense en muerte suya nuestros ojos.

Vinieron de Asia y portentosa Egipto  
 Los Árabes y leves Africanos,  
 Y los que Grecia junta mal con ellos,  
 Con los erguidos cuellos,  
 Con gran poder, y número infinito;  
 Y prometer osaron con sus inanos  
 Encender nuestros fines, y dar muerte  
 A nuestra juventud con hierro fuerte,  
 Nuestros niños prender y las doncellas,  
 Y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,  
 Puesta en silencio y en temor la tierra,

Y cesaron los nuestros valerosos,  
 Y callaron dudosos,  
 Hasta que al fiero ardor de sarracenos,  
 El Señor eligiendo nueva guerra,  
 Se opuso el jóven de Austria generoso  
 Con el claro español y belicoso;  
 Que Dios no sufre ya en Babel cautiva  
 Quo su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercebido,  
 Sin recelo los ímpios esperaban  
 A los que tú, Señor, eras escudo:  
 Que el corazón desnudo  
 De pavor, y de fe y amor vestido,  
 Con celestial aliento confiaban:  
 Sus manos á la guerra compusiste  
 Y sus brazos fortísimos pusiste  
 Como el arco acerado, y con la espada  
 Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos  
 Rindiéronse temblando, y desmayaron;  
 Y tú entregaste, Dios, como la rueda,  
 Como la arista queda  
 Al impetu del viento, á estos injustos;  
 Que mil huyendo de uno se pasmaron:  
 Cual fuego abrasa selvas cuya llama  
 En las espesas cumbres se derrama,  
 Tal en tu ira y tempestad seguiste,  
 Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando  
 Las alas de su cuerpo temerosas,  
 Y sus brazos terribles no vencidos:  
 Quo con hondos gemidos  
 Se retira á su cueva, do silbando  
 Tiembla con sus culebras venenosas,  
 Lleno de miedo torpo en sus entrañas,  
 De tu leon temiendo las hazañas,  
 Que, saliendo de España, dió un rugido,  
 Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados  
 Del sublime varon y su grandeza.  
 Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;  
 Que tu día es llegado,  
 Señor de los ejércitos armados,  
 Sobre la alta cerviz y su dureza,  
 Sobre derechos codros y extendidos,

Sobre empinados montes y crecidos,  
Sobre torres y muros, y las naves  
De Tiro que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada  
Temerá el fuego y la asta violenta,  
Y el humo subirá á la luz del cielo,  
Y faltos de consuelo,  
Con rostro oscuro y soledad turbada  
Tus enemigos llorarán su afrenta.  
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza  
Egicia, y gloria de su confianza;  
Triste, que á ella pareces, no temiendo  
A Dios, y á tu remedio no atendiendo:

Porque ingrata tus hijas adornaste,  
En adulterio infame á una ímpia gente,  
Que deseaba profanar tus frutos;  
Y con ojos enjutos,  
Sus odiosos pasos imitaste,  
Su aborrecida vida y mal presente,  
Dios vengará sus iras en tu muerte;  
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte  
La aguda espada suya: ¿quién, cuitada,  
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro;  
Que en tus naves estabas gloriosa  
Y el término espantabas de la tierra,  
Y si hacías guerra,  
De temor la cubrias con suspiro;  
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?  
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto,  
Y derribar tus ínclitos y fuertes,  
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida  
Vuestra vana soberbia y pensamiento:  
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,  
Tú, que sigues la luna,  
Asia adúltera en vicios sumergida?  
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?  
¿Quién rogará por ti? Que á Dios enciende  
Tu ira y la arrogancia, que te ofende;  
Y tus viejos delitos y mudanza  
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados  
Y de tus pinos ir el mar desnudo,

Que sus ondas turbaron y llanura;  
 Viendo tu muerte oscura,  
 Dirán de tus estragos quebrantados:  
 ¿Quién contra la espantosa tanto pudo?  
 El Señor, que mostró su fuerte mano  
 Por la fe de su principe cristiano,  
 Y por el nombre santo de su gloria  
 A su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,  
 Que despues de los daños padecidos,  
 Despues de nuestras culpas y castigo,  
 Rompiste al enemigo  
 De la antigua soberbia la dureza.  
 Adórente, Señor, tus escogidos;  
 Confiese cuanto cerca el ancho cielo  
 Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo;  
 Y la cerviz rebelde condenada,  
 Perezca en bravas llamas abrasada.

### CANCION III <sup>1</sup>.

A LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido  
 Y espíritu de miedo, envuelto en ira,  
 Ilagan principio acerbo á la memoria  
 De aquel dia fatal aborrecido,

<sup>1</sup> El mismo carácter de poesía que la anterior; pero expresando un sentimiento contrario: allí la exaltacion, la alegría, aquí la desolacion y el abatimiento; por lo mismo en esta habrá menos movimiento y variedad, pero mas unidad y sencillez: la marcha del poeta es mas clara y se percibe mejor. Los Portugueses habian ofendido á Dios con su codicia y su soberbia, y el que da y quita á su arbitrio la fuerza y la gloria, ha levantado el ánimo de los Africanos para que con pecho constante y atrevido

No busquen oro, mas con hierro airado  
 La ofensa venguen y el error culpado.

Los bárbaros rompen el ejército portugués; y son muy de notar la rapidez y energia con que están expresados los efectos del combate.

La arena se tornó sangriento lago,  
 La llanura con muertos aspezeza:  
 Cayó en unos vigor, cayó denuedo,  
 Mas en otros desmayo y torpe miedo.  
 ¿Son estos por ventura los famosos,  
 Los fuertes, los beligeros varones, etc.

Este movimiento, supuesta ya la derrota y el estrago, es por cierto bien poético y oportuno; y el recuerdo de las virtudes y gloria de los vencidos comparándolos

Que Lusitania mísera suspira  
 Desnuda de valor, falta de gloria :  
 Y la llorosa historia  
 Asombre con horror funesto y triste,  
 Dende el áfrico Atlante y seno ardiente,  
 Hasta do el mar de otro color se viste:  
 Y do el límite rojo de Oriente  
 Y todas sus vencidas gentes fieras  
 Ven tremolar de Cristo las banderas.  
 ¡Ay de los que pasaron confiados  
 En sus caballos y en la muchedumbre  
 De sus carros, en tí, Libia desierta!  
 Y en su vigor y fuerzas engañados  
 No alzaron su esperanza á aquella cumbre  
 De eterna luz; mas con soberbia cierta  
 Se ofrecieron la incierta  
 Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,  
 Con yerto cuello y corazon ufano  
 Solo atendieron siempre á los despojos;  
 Y el santo de Israel abrió su mano,  
 Y los dejó, y cayó en despeñadero  
 El carro y el caballo y caballero!  
 Vino el día cruel, el día lleno  
 De indignacion, de ira y furor, que puso  
 En soledad y en un profundo llanto  
 De gente y de placer el reino ajeno.  
 El cielo no alumbró, quedó confuso  
 El nuevo sol, presago de mal tanto;  
 Y con terrible espanto  
 El Señor visitó sobre sus males,  
 Para humillar los fuertes arrogantes;

con su ignominia y abatimiento presente, demás de ser tan grato á la imaginacion que se complace en estos contrastes, sirve en gran manera para confirmar la idea principal del escritor, que es la de engrandecer el poder de Dios sobre todo poder. Viene en fin á dar realce á este pensamiento, y como á poner de manifiesto toda la intencion del poeta, la comparacion verdaderamente oriental del cedro, á la que no hay otra alguna que iguale ó exceda en castellano. Una semejante tiene Jáuregui en su cancion á la muerte de la reina doña Margarita, y Melendez en su oda primera á las artes la del Águila nneva que ensaya su vuelo en los aires; una y otra son largas y bellas, y acaso superiores á la de Herrera en limpieza de ejecucion, mas no tan ricas en pompa y en fantasía.

El tono de la última estancia es mas firme y resuelto que en las demás, y como que toca en duro: así convenia sin duda á la idea de venganza que viene á templar la afliccion, y á la fiera amenaza con que la composicion se termina.

No se ponen aquí por evitar prolijidad los pasajes de la Escritura que Herrera ha imitado en estas dos canciones. Los estudiosos que quieran conocerlos pueden acudir al segundo tomo de la coleccion de Centi, que se tomó el trabajo de buscarlos y de ponerles todos en sus observacionea.

Y levantó los bárbaros no iguales,  
Que con osados pechos y constantes  
No busquen oro; mas con hierro airado  
La ofensa venguen y el error culpado.

Los ímpios y robustos indinados  
Las ardientes espadas desnudaron  
Sobre la claridad y hermosura  
De tu gloria y valor; y no cansados  
En tu muerte, tu honor todo asearon,  
Mezquina Lusitania sin ventura.

Y con frente segura  
Rompieron sin temor con fiero estrago  
Tus armadas escuadras y braveza.  
La arena se tornó sangriento lago,  
La llanura con muertos aspereza :  
Cayó en unos vigor, cayó denuedo ;  
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son estos por ventura los famosos,  
Los fuertes, los beligeros varones  
Que conturbaron con furor la tierra?  
Que sacudieron reinos poderosos?  
Que domaron las hórridas naciones?  
Que pusieron desierto en cruda guerra  
Cuanto el mar Indo encierra ,  
Y soberbias ciudades destruyeron?  
¿Dó el corazon seguro y la osadía?  
¿Cómo así se acabaron y perdieron  
Tanto heróico valor en solo un día;  
Y lejos de su patria derribados ,  
No fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron estos, cual hermoso  
Cedro del alto Libano, vestido  
De ramos, hojas, con excelsa alteza;  
Las aguas lo criaron poderoso,  
Sobre empinados árboles crecido,  
Y se multiplicaron en grandeza  
Sus ramos con belleza;  
Y extendiendo sus hojas, se anidaron  
Las aves que sustenta el grande cielo;  
Y en su tronco las fieras engendraron,  
Y hizo á mucha gente umbroso velo :  
No igualó en celsitud y en hermosura  
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,  
Y sublimó la presuncion su pecho,

Desvanecido todo y confiado,  
 Haciendo de su alteza solo estima:  
 Por eso Dios lo derribó deshecho,  
 A los ímpios y ajenos entregado,  
 Por la raíz cortado:  
 Que opreso de los montes arrojados,  
 Sin ramos y sin hojas y desnudo,  
 Huyeron de él los hombres espantados,  
 Que su sombra tuvieron por escudo:  
 En su ruina y ramos, cuantas fueron,  
 Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
 Murió el vencido reino lusitano,  
 Y se acabó su generosa gloria;  
 No estés alegre y de ufanía llena,  
 Porque tu temerosa y flaca mano  
 Hubo sin esperanza tal victoria,  
 Indina de memoria:  
 Que si el justo dolor mueve á venganza  
 Alguna vez el español coraje,  
 Despedazada con aguda lanza  
 Compensarás muriendo el hecho ultraje;  
 Y Luco amedrentado al mar inmenso  
 Pagará de africana sangre el censo.

#### SAN JUAN DE LA CRUZ.

Nació en la villa de Hontiveros el año de 1542. Tomó á los veinte y un años el hábito del Cármén, y después de haber estudiado en Salamanca la teología, fué asociado á santa Teresa para la reforma de los Carmelitas. El día 14 de diciembre falleció en Úbeda, en olor de santidad, que se vió preconizada en la Iglesia en 1674 con el público decreto de su beatificación.

Los escritos espirituales que dejó este santo contemplativo, son los siguientes: 1º. Los tres libros de la *subida al Monte Carmelo*, que es una alegoría mística bajo el símbolo de *Noche oscura*. — 2º. Los dos libros de la *Noche oscura del alma*. — 3º. *El Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo, con sus declaraciones en prosa*. — 4º. Las canciones amorosas del alma, bajo el título de *llama de amor viva*. — 5º. *Las Instrucciones y cautelas para ser perfecto religioso*. — 6º. *Los Avisos y Sentencias espirituales*. — 7º. *Algunas poesías devotas*. — 8º. *Varias Cartas espirituales*, escritas á diferentes personas.

## CANCIONES MÍSTICAS.

## LA NOCHE OSCURA.

En una noche oscura  
 Con ansias en amores inflamada ,  
 ¡O dichosa ventura !  
 Sali sin ser notada  
 Estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura ,  
 Por la secreta escala disfrazada ,  
 ¡O dichosa ventura !  
 A oscuras y en celada ,  
 Estando ya mi casa sosegada ,

En la noche dichosa ,  
 En secreto que nadie me veía ,  
 Ni yo miraba cosa ,  
 Sin otra luz ni guía  
 Sino la que en el corazón ardía ,

Aquesta me guiaba  
 Mas cierta que la luz del medio día ,  
 Adonde me esperaba  
 Quien yo bien me sabía  
 En parte donde nadie parecía .

¡O noche que guiaste !  
 ¡O noche amable mas que el alborada !  
 ¡O noche que juntaste  
 Amado con amada ,  
 Amada en el amado trasformada !

En mi pecho florido ,  
 Que entero para él solo se guardaba ,  
 Allí quedó dormido ,  
 Y yo le regalaba ,  
 Y el ventall de cedros aire daba .

El aire de la almena ,  
 Cuando ya sus cabellos esparcía ,  
 Con su mano serena  
 En mi cuello hería ,  
 Y todos mis sentidos suspendía

Quedéme y olvidéme :  
 El rostro recliné sobre el amado ;  
 Cesó todo y dejéme ,  
 Dejando mi cuidado ,  
 Entre las azucenas olvidado .



**Diálogo entre el Alma y Cristo su esposo.**

ESPOSA.

¿A dónde te escondiste,  
 Amado, y me dejaste con gemido?  
 Como ciervo huiste  
 Habiéndome herido;  
 Salí tras ti clamando y eras ido.  
 Pastores los que fuerdes  
 Allá por las majadas al otero,  
 Si por ventura vierdes  
 Aquel que yo mas quiero,  
 Decíde que adolezco, peno y muero.  
 Buscando mis amores  
 Iré por esos montes y riberas;  
 Ni cogeré las flores,  
 Ni temeré las fieras  
 Y pasaré los fuertes y fronteras.  
 ¡Oh bosques y espesuras  
 Plantadas por la mano de mi amado!  
 ¡Oh prado de verdura  
 De flores esmaltado!  
 Decid si por vosotras ha pasado.

LAS CRIATURAS.

Mil gracias derramando  
 Pasó por estos sotos con presura;  
 Y yéndolos mirando,  
 Con sola su figura  
 Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

¡Ay, quién podrá sanarme!  
 Acaba de entregarte ya de vero:  
 No quieras enviarme  
 De hoy mas ya mensajero;  
 Que no saben decirme lo que quiero.  
 Y todos cuantos vagan  
 De tí me van mil gracias refiriendo,  
 Y todos mas me llagan,  
 Y déjame muriendo  
 Un no sé qué, que queda balbuciendo.  
 Mas ¿cómo perseveras  
 ¡O alma! no viviendo donde vives,

Y haciendo porque mueras  
 Las flechas que recibes  
 De lo que del amado en ti concibes?  
 ¿Porqué, pues has llagado  
 Aqueste corazon, no le sanaste?  
 Y pues me le has robado  
 ¿Porqué así le dejaste  
 Y no tomas el robo que robaste?  
 Apaga mis enojos  
 Pues que ninguno basta á desliacellos,  
 Y véante mis ojos  
 Pues eres lumbre dellos,  
 Y solo para ti quiero tenellos.  
 Descubre tu presencia  
 Y máteme tu vista y hermosura :  
 Mira que la dolencia  
 De amor no bien se cura  
 Sino con la presencia y la figura.  
 ¡O cristalina fuente,  
 Si en esos tus semblantes plateados  
 Formases de repente  
 Los ojos deseados  
 Que tengo en mis entrañas dibujados!  
 Apártalos amado  
 Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,  
 Que el ciervo vulnerado  
 Por el otero asoma  
 Y al aire de tu vuelo fresco toma.

ESPOSA.

Mi amado las montañas,  
 Los valles solicita nemorosos,  
 Las insulas extrañas,  
 Los rios sonoros  
 El silbo de los aires amorosos;  
 La noche sosegada  
 Procura, y los levantes de la Aurora;  
 La música callada,  
 La soledad sonora,  
 La cena que recrea y enamora.

Es su lecho florido  
De cuevas de leones rodado  
En púrpura teñido,  
De paz edificado,  
Con mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella  
Las jóvenes discurren al camino,  
Al toque de centella  
Al adobado vino;  
Emisiones del bálsamo divino.

En la interior bodega,  
De mi amado bebí, y cuando salía  
Por toda aquesta vega  
Ya cosa no sabía  
Y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,  
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.  
Y yo le di de hecho  
A mí sin dejar cosa:  
Allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado  
Y todo mi caudal en su servicio:  
Ya no guardo ganado,  
Ni ya tengo otro oficio,  
Que ya solo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido  
De hoy mas no fuere vista ni hallada,  
Diréis que me he perdido;  
Que andando enamorada  
Me hico perdidiza y fui ganada.

De flores y esmeraldas  
En las frescas mañanas escogidas,  
Haremos las guirnaldas  
En tu amor florecidas  
Y en un cabello mio entretejidas.  
En solo aquel cabello  
Que en mi cuello volar consideraste,  
Mirástele en mi cuello  
Y en él preso quedaste  
Y en mis dos blandos ojos te llagaste.  
Cuando tú me mirabas  
Tu gracia en mí tus ojos imprimían:  
Por oso me adorabas,  
Y en eso merecían  
Los míos adorar lo que en ti vian.

No quieras despreciarme  
 Que si color moreno en mí hallaste,  
 Ya bien puedes mirarmo  
 Despues que me miraste,  
 Que gracia y hermosura en mí dejaste.  
 Cogednos las raposas,  
 Que está ya florida nuestra viña :  
 En tanto que de rosas  
 Hacemos una piña,  
 Y no parezca nadie en la montaña.  
 Detente, ciervo muerto,  
 Ven, austro, que recuerdas los amores;  
 Aspira por mi huerto  
 Y corran sus olores,  
 Y pacerá el amante entre las flores.

## ESPOSO.

Entrádose ha la esposa  
 En el ameno huerto deseado,  
 Y á su sabor reposa,  
 El cuello reclinado  
 Sobre los dulces brazos del anado.  
 Debajo del manzano,  
 Alli conmigo fuiste desposada  
 Alli te di la mano  
 Y fuiste reparada  
 Donde tu madre fuera violada.  
 ¡O vos, aves ligeras,  
 Leones, ciervos, gamos saltadores,  
 Montos, valles, riberas,  
 Aguas, aires, ardores,  
 Y miedos do la noche veladores!  
 Por las amenas lirás,  
 Y canto de sirenas os conjuro,  
 Quo cesen vuestras iras  
 Y no toqueis al muro  
 Porque la esposa duerma mas seguro.

## ESPOSA.

¡Doncellas de Judea!  
 En tanto que en las flores y rosales  
 El ámbar perfumea,  
 Morad en los arrabales,  
 Y no queráis tocar nuestros umbrales.

¡ Escóndete, carillo!  
 Y mira con tu faz á las montañas,  
 Y no quieras decillo;  
 Mas mira las campañas  
 De la que va por insulas extrañas.

## ESPOSO.

La blanca palomica  
 Al arca con el ramo se ha tornado;  
 Y ya la tortolica  
 Al socio deseado  
 En las riberas verdes ha hallado.  
 En soledad vivia  
 Y en soledad ha puesto ya su nido;  
 Y en soledad la guia  
 A solas su querido,  
 Tambien en soledad de amor herido.

## ESPOSA.

Gocémonos, amado,  
 Y vámonos á ver en tu hermosura.  
 Al monte ó al collado,  
 Do mana el agua pura,  
 Entremos mas adentro en la espesura.  
 Y luego á las subidas  
 Cavernas de las piedras nos iremos  
 Quo están bien escondidas,  
 Y alli nos entraremos,  
 Y el mosto de granadas gustaremos.  
 Alli me mostrarias  
 Aquello que mi alma pretendia,  
 Y luego me darias  
 Alli ; tú, vida mia!  
 Aquello que me disto el otro dia.  
 El aspirar del airo,  
 El canto de la dulce filomena,  
 El soto, y su donaire  
 En la noche serena  
 Son llama que consumo y no da pena.  
 Que nadie lo miraba,  
 Aminadab tampoco parecia,  
 Y el cerco sosegaba  
 Y la caballería  
 A vista de las aguas descondia.

## VICENTE ESPINEL.

Nació en Ronda el año de 1544, y murió en Madrid en 1634. Introdujo en la vihuela la cuerda quinta, y fué inventor de las décimas que se llamaron de su nombre *Espinelas*.

## FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA.

## INCENDIO Y REBATO EN GRANADA.

¿A quién no hizo remover la planta  
El gran terror de la ciudad famosa,  
Que de Juan honra la reliquia santa?

¿Quién no tembló de ver una rabiosa  
Ira del suelo; y aun quizá de arriba  
Amenaza á los hombres espantosa?

Rompe y asuela, y al romper derriba  
De la pólvora el ronco trueno el muro  
En que la miserable casa estriba.

Vuelan maderos por el aire oscuro  
Sobre el humoso remolino; y vueltos  
Del grave golpe, arrebatado y duro,

A cuales dejan en su sangre envueltos  
Entre los brazos de la esposa amada,  
A cuales del trancon los miembros sueltos.

Húndense casas al temblar Granada;  
Vela, sonaba, en el Alhambra, vela,  
Traicion, toca á rebáto, hay ordenada.

Disparan todos: huye el mozo y vuela,  
El viejo corre, la parida enfalda  
Al niño, y lleva en brazos la hijuela:

Huye, esparcido el oro por la espalda,  
La doncelluela, en lo demás desnuda;  
Que á nadie mueve el nácar ni esmeralda.

Un confuso alarido, ayuda, ayuda,  
Suenan de gritos: nadie á nadie llama,  
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.

Crece la sorda y tragadora llama:  
Traspasa á Darro, y de un horrible estruendo  
Pasó al molino, y dió la nueva á Alhama,

Piedras de nuevo, y leños esparciendo,  
Que amenazaban la soberbia cumbre,  
Y á trechos van las torres combatiendo.

Bajan vigas de inmensa pesadumbre,  
Ladrillo y planchas por el aire vago,  
Y espesos globos de violenta lumbre;  
Y en el Alhambra hacen tal estrago,  
Que las reales casas, cual Numancia,  
De fuego y humo parecieron lago.

Del rey Chiquito la encantada estancia,  
De alabastro, azul, y oro inestimable,  
Cayó, como del dueño la arrogancia.

¡Mas qué mucho, si el trueno incompromisable  
Parte asoló de la del gran monarca,  
Del gran Machuca fábrica admirable!

Vense rayos de toda la comarca:  
Que el Etna ardiente con la noche oscura  
Manifiesta y descubre cuanto abarca.

Dura el hambriento fuego, el daño dura,  
Tiembra el consejo, que al mayor le falta,  
Que la Audiencia Real no está segura.

Cada cual de la dulce cama salta  
A reparar los daños generales,  
Aunque á hijos y esposa baga falta.

Mas ¿quién repara repentinos males,  
Que los famosos y altos edificios  
De Troya parecían ser señales?

Las puertas rotas, la clausura y quicios  
De las vírgenes sacras, que al esposo  
Cristo hacen perpetuos sacrificios.

Que de una laja el golpe ponderoso  
De Catalina, en el convento santo,  
El cuarto abrió del virginal reposo.

No atemoriza á las ovejas tanto  
En el aprisco del cuidadoso dueño,  
Nocturno rayo del mortal espanto,

Como la arrojadiza piedra y leño  
De Dios á las ovejas encerradas  
Puso terror en lo mejor del sueño.

Cruzan las calles gentes á manadas,  
Pasan y encuentran, sin saber por dónde,  
Del sin vida enemigo mal guardadas,

Que al uno en las entrañas se le esconde:  
Tropella al uno, al otro desbarata,  
Da en el primero, y al de atrás responde:

Derriba, rompe, hiende, parte y mata:  
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,  
Envuelve, desaparece y arrebatá,

Consume, despedaza, esparce y vuela,  
Traga, deshace, y sin piedad sepulta  
A quien del daño menos se recela.

¿Qué te movió, que no dejaste oculta,  
Homicida sangriento, la endiablada  
Invencion de que tanto mal resulta?

Que esa ánima cruel descomulgada  
(En descubrir la pólvora) no pudo  
Con aparente bien ser engañada.

Que un ánimo feroz, áspero y crudo,  
Y un odio de Timon á los humanos  
Movió el bestial entendimiento rudo:

Que sin ella vencieron los Romanos  
Y engrandecieron sus excelsos nombres,  
Con esfuerzo, valor, industria y manos.

Cuando del infernal hedor te asombres  
Del azufre y la pólvora, el infierno  
Verás que disfrazaste entre los hombres;

Que por tu daño en el tormento eterno  
Quizá (ó me engaño) llevará la nueva  
De tanto lloro y sentimiento tierno.

Si Falaris hiciera en tí la prueba  
De tu invencion, ganára mayor gloria  
Que por el toro maldiciones lleva.

#### DON JUAN DE ARGUIJO.

Nació en Sevilla á mediados del siglo xvi. Fué gran protector de los  
poetas que florecieron en su tiempo, y caballero veinticuatro de Sevilla.

#### SONETOS.

##### I.

A BACO.

A ti de alegres vides coronado,  
Baco, gran padre domador de Oriente,  
He de cantar, á ti que blandaemente  
Templas la fuerza del mayor cuidado:



Hora castigues á Licurgo airado ,  
 O á Penteo en tus aras insolente ;  
 Hora te mire la festiva gente  
 En sus convites dulce y regalado.

O ya de tu Ariadna al alto asiento  
 Subas ufano la mortal corona ;  
 Ven fácil , ven humano al canto mio :  
 Que si no desmerezco el sacro aliento ,  
 Mi voz quebrantará la opuesta zona ,  
 Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

## II.

## JÚPITER A GANIMEDES.

No temas ; ó bellissimo troyano !  
 Viendo que arrebatado en nuevo vuelo  
 Con corvas uñas te levanta al cielo  
 La feroz ave por el aire vano.

¿ Nunca has oido el nombre soberano  
 Del alto Olimpo ? ¿ la piedad y el celo  
 De Júpiter , que da la pluvia al suelo  
 Y arma con rayos la tonante mano ,

A cuyas sacras aras humillado  
 Gruesos toros ofrece al Teucro en Ida ,  
 Implorando remedio á sus querellas ?

El mismo soy ; no al águila eres dado  
 En despojo ; mi amor te trae ; olvida  
 Tu amada Troya , y sube á las estrellas.

## III.

## EL TIEMPO.

Mira con cuánta priesa se desvía  
 De nosotros el sol al mar vecino ,  
 Y aprovecha , Fernando , en tu camino  
 La luz pequeña de este breve dia ,

Antes que en tenebrosa noche fria  
 Pierdas la senda , y de buscarla el tino ,  
 Y aventurado en manos del Destino  
 Vagues errando por incierta via.

Hágante ajenos casos enseñado ,  
 Y el miserable fin de tantos pueda  
 Con fuerte ejemplo apercibir tu olvido.

Larga carrera , plazo limitado  
 Tienes , veloz el Tiempo corre , y queda  
 Solo el dolor de haberlo mal perdido.

## IV.

## LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora  
Bienes la primavera : da colores  
Al campo, y esperanza á los pastores  
Del premio de su fe la bella Flora.

Pasa ligero el sol adonde mora  
El cancro abrasador, que en sus ardores  
Destruye campos y marchita flores  
Y el orbe de su lustre descolora.

Sigue el húmedo otoño, cuya puerta  
Adornar Baco de sus dones quiere :  
Luego el invierno en su rigor se extrema.

¡ O variedad comun ! ¡ mudanza cierta !  
¿ Quién habrá que en sus males no te espere ?  
¿ Quién habrá que en sus bienes no te tema ?

## V.

## APOLO A DAFNE.

Victorioso laurel, Dafnes esquiva,  
En cuyas verdes hojas la memoria  
De tu rigor y de mi triste historia  
Quiere el amor que eternamente viva ;  
La antigua palma y abundante oliva  
A ti de hoy mas inclinarán su gloria ;  
Tú ceñirás en premio de victoria  
Del fuerte vencedor la frente altiva.

Dijo el burlado Cintio, y á la dura  
Corteza asido la contempla, y luego  
Repite : ¡ Dafne fiera ! ¡ mármol frio !

Del rayo ardiente vivirás segura,  
Que no es bien que consienta ajeno fuego,  
Quien pudo resistir el fuego mio.

## VI.

## SISIFO.

Sube gemiendo con mortal fatiga  
El grave peso que en sus hombros lleva  
Sisifo al alto monte, y cuando prueba  
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.

Cae el fiero peñasco, y la enemiga  
 Suerte cruel su nuevo afán renueva;  
 Vuelve otra vez á la difícil prueba,  
 Sin que de su trabajo el fin consiga.

No iguala aquella á la desdichada;  
 Pues algún tiempo alivia en su tormento  
 Los hombros á tal carga desiguales.

Sufro peso mayor á tal porfía:  
 Que un punto no perdona al pensamiento  
 La importuna memoria de mis males.

## VII.

## LUCRECIA.

Baña llorando el ofendido lecho  
 De Colatino la consorte amada,  
 Y en la tirana fuerza disculpada,  
 Si no la voluntad, castiga el hecho.

Rompe con hierro agudo el casto pecho,  
 Y abre camino al alma, que indignada  
 Baja á la oscura sombra; do vengada  
 Aun duda si su agravio ha satisfecho.

Venció al paterno llanto endurecida,  
 Y de su esposo el ruego, que no basta,  
 Menospreció con un fatal desvío.

Ceda al debido honor la dulce vida,  
 Que no es bien, dijo, que otra menos casta  
 Ose vivir con el ejemplo mío.

## VIII.

## LA AVARICIA.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano  
 Que en ímpia mesa su rigor provoca,  
 Medir queriendo en competencia loca  
 Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano  
 El árbol fugitivo casi toca;  
 Iluye el copioso Eridano á su boca,  
 Y en vez de fruta aprieta el aire vano.

Tú que espantado de su pena admiras  
 Que el cercaño manjar en largo ayuno  
 Al gusto falte, y á la vista sobre:

¿Cómo de muchos Tántalos no miras  
Ejemplo igual? y si codicias uno,  
Mira al avaro en sus riquezas oobre.

## IX.

## ARTEMISA.

Labra Artemisa el grande mausoleo,  
Que los altos pirámides afrenta  
Del Egipto soberbio, y no contenta  
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.

Del tierno y casto pecho en nuevo empleo  
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,  
Cuyas cenizas de su amor sedienta  
Bebe con ansias de inmortal deseo.

En vano, dice, pretendió la muerte  
De tí, dulce Mausolo, dividirme,  
Y en largo olvido sepultar tu gloria.

Que de su injuria puede defenderte  
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,  
Y eternizar mi amor y tu memoria.

## X.

## ARIADNA.

¿A quién me quejaré del cruel engaño,  
Árboles mudos, en mi triste duelo?  
¡Sordo mar! ¡tierra extraña! ¡nuevo cielo!  
¡Fingido amor! ¡costoso desengaño!

Huye el pérfido autor de tanto daño,  
Y quedo sola en peregrino suelo,  
Do no espero á mis lágrimas consuelo,  
Pues no permite alivio mal tamaño.

Dioses, si entre vosotros hizo alguno  
De un desamor ingrato amarga prueba,  
Vengadme os ruego del traidor Teseo.

Tal se quejaba Ariadna en importuno  
Lamento al cielo, y entre tanto lleva  
El mar su llanto, el viento su deseo.

## XI.

## ORFEO.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,  
Ródope que en el cielo tocar osas,

Vosotras de Estrimon ondas hermosas,  
 A quien vencer presume el llanto mio :  
 Seréis testigos largo tiempo, fio,  
 De mi dolor y quejas lastimosas  
 Que en vano esparzo al aire, y con piadosas  
 Voces al rey del lago oscuro envío.  
 Así cantando llora el tracio amante,  
 Y á sus blandos acentos enmudece  
 El viento, y la agua su corriente enfrena :  
 Y enternecidas truecan el semblante  
 Las fieras ; corto alivio ! mientras crece  
 Del ya perdido bien la justa pena.

## XII.

## LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena  
 Turbarse, y que en un punto desfallece  
 Su alegre faz, y en torno se oscurece  
 El aire con tiniebla de horror llena :  
 El austro proceloso airado suena,  
 Crece su furia, y la tormenta crece,  
 Y en los hombros de Atlante se estremece  
 El alto Olimpo, y con espanto truena.  
 Mas luego ví romperse el negro yelo  
 Deshecho en agua, y á su luz primera  
 Restituirse alegre el claro día ;  
 Y de nuevo esplendor ornado el cielo  
 Miré, y dije : ¿ quién sabe si la espera  
 Igual mudanza á la fortuna mia ?

## XIII.

## HORACIO COCLES.

Con prodigioso ejemplo de osadía  
 Un hombre miro en el romano puente,  
 Resistir solo de la etrusca gente  
 El grueso campo que pasar porfia.  
 Ni la enemiga fuerza le desvía,  
 Ni de su vida el cierto fin presente  
 Que su valor dejar no le consiente  
 La difícil empresa en que insistia.  
 Oigo del roto puente el son fragoso,  
 Cuando al Tíbre el varon se precipita

Armado, y sale de él con nueva gloria;  
 Y al mismo tiempo escucho del gozoso  
 Pueblo las voces, que aclamando grita :  
 Viva Horacio, de Horacio es la victoria.

#### GASPAR GIL POLO. \*

Este esclarecido poeta nació en Valencia á mediados del siglo xvi. Adoctrinado ya en las lenguas sabias y la filosofía, pasó á Salamanca á proseguir sus estudios de jurisprudencia, en los cuales dió tan señaladas muestras de su no comun talento, como se comprueba en su obra titulada *Schola juris*, y en sus *Recitationes scholasticae*. Restituido á su patria, emprendió la prosecucion de la *Diana*, que habia dejado por terminar Jorge de Montemayor, añadiéndole el título de *Enamorada*. Compónese esta novela pastoral de cinco libros, en los cuales teje Gil Polo sonetos, églogas, romances y canciones, que bastarian sin duda para conquistarle el título de excelente poeta y que son el mejor ornamento de su *Diana*. Entre todas estas composiciones sobresalen por su dulzura, fluidez y delicadeza las escritas en quintillas : en este género de metrificación no tiene Gil Polo muchos rivales en el Parnaso castellano.

#### QUINTILLAS.

##### CANCION DE NEREA.

En el campo venturoso,  
 Donde con clara corriente  
 Guadalaviar hermoso,  
 Dejando el suelo abundoso,  
 Da tributo al mar potente,  
 Galatea desdeñosa,  
 Del dolor que á Licio daña,  
 Iba alegre y bulliciosa  
 Por la ribera arenosa,  
 Que el mar con sus ondas baña.  
 Entre la arena cogiendo  
 Conchas y piedras pintadas,  
 Muchos cantares diciendo  
 Con el son de ronco estruendo  
 De las ondas alteradas \*

Junto al agua se ponía  
Y las ondas aguardaba,  
Y en verlas llegar huía;  
Pero á veces no podía  
Y el blanco pié se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento  
Amador ninguno iguala,  
Suspendió allí su tormento,  
Mientras miraba el contento  
De su polida zagala.

Mas cotejando su mal  
Con el gozo que ella habia,  
El fatigado zagal  
Con voz amarga y mortal  
Desta manera decia :

Ninfa hermosa, no te vea  
Jugar con el mar horrendo;  
Y aunque mas placer te sea,  
Huye del mar, Galatea,  
Como estás de Licio huyendo.

Deja agora de jugar;  
Que me es dolor importuno:  
No me hagas mas penar;  
Que en verte cerca del mar,  
Tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado,  
Que á mi pensamiento crea;  
Porque ya está averiguado,  
Que si no es tu enamorado,  
Lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque Amor  
Sabe desde que me hirió,  
Que para pena mayor  
Me falta un competidor  
Mas poderoso que yo.

Deja la seca ribera,  
Do está el agua infructuosa:  
Guarda que no salga afuera  
Alguna marina fiera  
Enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que siento  
Por tí dolores sobrados;  
Porque con doble tormento  
Celos me da tu contento  
Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada  
 Celos me hacen acordar  
 De Europa, Ninfa preciada,  
 Del Toro blanco engañada  
 En la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado  
 Hace que piense continuo  
 De aquel desdeñoso alnado,  
 Orilla el mar arrastrado,  
 Visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en tí temor  
 De congoja y pena tanta :  
 Que bien sé por mi dolor  
 Que á quien no teme el Amor  
 Ningun peligro le espanta.

Guarte, pues, de un gran cuidado :  
 Que el vengativo Cupido  
 Viéndose menospreciado ,  
 Lo que no se hace de grado  
 Sueie hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno  
 Y al apacible sombrío  
 De olorosas flores lleno ,  
 Do en el día mas sereno  
 No es enojoso el estío.

Si el agua te es placentera ,  
 Hay allí fuente tan bella ,  
 Que para ser la primera  
 Entre todas , solo espera  
 Que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo  
 A guardar tu hermosa cara  
 No basta sombrero ó velo ;  
 Que estando al abierto cielo ,  
 El sol morena te para.

No escuchas dulces concentos ,  
 Sino el espantoso estruendo  
 Con que los bravosos vientos  
 Con soberbios movimientos  
 Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera  
 Son las vistas mas suaves ,  
 Ver llegar á la ribera  
 La destrozada madera  
 De las anegadas naves.



Ven á la dulce floresta  
 Do natura no fué escasa,  
 Donde haciendo alegre fiesta  
 La mas calurosa siesta  
 Con mas deleite se pasa.

Huye los soberbios mares :

Ven, verás como cantamos  
 Tan deleitosos cantares,  
 Quo los mas duros pesares  
 Suspendemos y engañamos.

Aunque quien pasa dolores  
 Amor le fuerza á cantarlos,  
 Yo haré que los pastores  
 Nos digan cantos de amores,  
 Porque huelgues de escucharlos.

Allí por bosques y prados  
 Podrás leer todas horas  
 En mil robles señalados  
 Los nombres mas celebrados  
 De las ninfas y pastoras.

Mas seráte cosa triste  
 Ver tu nombre allí pintado,  
 En saber que escrita fuiste  
 Por el que siempre tuviste  
 De tu memoria borrado.

Y aunque mucho estás airada,  
 No creo yo que te asombre  
 Tanto el verte allí pintada,  
 Como el ver que eres amada  
 Del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar  
 Fuera triste desplacer,  
 Mas ¿qué tormento ó pesar  
 Te puedo, Ninfa, causar  
 Ser querida y no querer?

Mas desprecia cuanto quieras  
 A tu pastor, Galatea :  
 Solo que en esas riberas  
 Cerca de las ondas fieras  
 Con mis ojos no te vea !

¿Qué pasatiempo mejor  
 Orilla el mar puede hallarse  
 Que escuchar el ruiseñor,  
 Coger la olorosa flor,  
 Y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozaras  
De nuestro campo y ribera :  
Y porque mas lo preciaras ,  
Ojalá tú le probaras ,  
Antes que yo lo dijera .

Porque cuanto alabo aquí  
De su crédito le quito ;  
Pues el contentarme á mi ,  
Bastará para que á tí  
No te venga en apetito .

Licio mucho mas le hablara ,  
Y tenia mas que hablalle ,  
Si ella no se lo estorbara ,  
Que con desdeñosa cara  
Al triste dice que calle .

Volvió á sus juegos la fiera  
Y á sus llantos el pastor ,  
Y de la misma manera  
Ella queda en la ribera  
Y él en su mismo dolor .

#### DON LUIS DE GÓNGORA.

Nació en Córdoba á 11 de junio de 1561. Pasó á la universidad de Salamanca á estudiar derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distrajo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los cuarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y obtuvo una racion en la catedral de Córdoba; y por el favor del duque de Lerma y del marqués de Siete Iglesias fué nombrado capellan de honor del rey Felipe III. Vino con este motivo á la corte; pero su edad ya avanzada no le dejó adelantar en el favor que habia sabido granjearse. Una enfermedad, que le atacó á la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde, agravándose el mal, falleció á poco tiempo después de su llegada en 24 de mayo de 1627.

#### CANCION PRIMERA.

AL ARMAMENTO DE FELIPE II CONTRA INGLATERRA.

Levanta, España, tu famosa diestra  
Desde el francés Pirene al moro Atlante,

Y al ronco son de trompas belicosas  
 Haz envuelta en durísimo diamante  
 De tus valientes hijos feroz muestra  
 Debajo de tus señas victoriosas;  
 Tal que las flacamente poderosas  
 Tierras, naciones contra tu fe armadas,  
 Al claro resplandor de sus espadas  
 Y á la de sus arneses fiera lumbre,  
 Con mortal pesadumbre  
 Ojos y espaldas vuelvan;  
 Y como al sol las nieblas se resuelvan:  
 O cual la cera blanda desatadas  
 A los dorados luminosos fuegos  
 De los yelmos grabados,  
 Queden como de fe de vista ciegos.

Tú, que con celo pio y noble saña  
 El seno undoso al húmedo Neptuno  
 De selvas inquietas has poblado,  
 Y cuantos en tus reinos uno á uno  
 Empuñan lanza, contra la Bretaña  
 Sin perdonar al tiempo has enviado:  
 En número de todo tan sobrado  
 Que á tanto leño el húmedo elemento  
 Y á tanta vela es poco todo el viento,  
 Fia que en sangre del inglés pirata  
 Teñirá de escarlata  
 Su color verde y caño  
 El rico de ruinas Océano:  
 Y aunque de lejos con rigor traídas,  
 Ilustrará tus playas y tus puertos  
 De banderas rompidas,  
 De naves destrozadas, de hombres muertos.

¡O ya isla católica y potente  
 Templo de fe, ya templo de herojía,  
 Campo de Marte, escuela de Minerva,  
 Digna de que las sienes que algun día  
 Ornó corona real de oro luciente  
 Cíña guirnalda vil de estéril yerba;  
 Madre dichosa y obediente sierva  
 De Arturos, de Eduardos y de Enricos,  
 Ricos de fortaleza y de fe ricos;  
 Ahora condenada á infamia eterna  
 Por la que te gobierna  
 Con la mano ocupada,  
 Del huso en vez, del cetro y de la espada;

Mujer de muchos y de muchos nuera!  
 ¡O reina torpe, reina no, mas loba  
 Libidinosa y fiera,

*Fiamma dal ciel su le tue treccie piova!*

Tú en tanto mira allá los Otomanos  
 Las jónicas aguas, que el Sicano bebe,  
 Sembrar de armados árboles y entenas,  
 Y con tirano orgullo en tiempo breve  
 Domando cuellos y ligando manos,  
 Y sus manos hiriendo las arenas,  
 Despoblar islas y poblar cadenas.  
 Mas, cuando su arrogancia y nuestro ultraje  
 No enciende en tí un católico coraje,  
 Mira, si con la vista tanto vuelas,  
 Entre hinchadas velas  
 El soberbio estandarte,  
 Que á los cristianos ojos, no sin arte,  
 Como en desprecio de la cruz sagrada,  
 Mas desenvuelve mientras mas tremola,  
 Entre lunas bordadas  
 Del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas lunas  
 Y advierte bien (en tanto que tú esperas  
 Gloria naval de las británicas lides)  
 No se calen rayendo tus riberas,  
 Y pierdan el respeto á las columnas,  
 Llaves tuyas y término de Alcides:  
 Mas si con la importancia el tiempo mides,  
 Arma tus hijos, vara tus galeras,  
 Y sobre los castillos y leones  
 Que ilustran tus pendones,  
 Levanta aquel león fiero  
 Del tribu de Judá, que honró el madero;  
 Que él hará que tus brazos esforzados  
 Llenen el mar de bárbaros nadantes,  
 Que entreguen anegados  
 Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

Cancion, pues, que ya aspira  
 A trompa militar mi tosca lira,  
 Despues me oirán, si Febo no me engaña,  
 El carro helado y la abrasada zona,  
 Cantar de nuestra España  
 Las armas, los triunfos, la corona.

## CANCION II.

De la florida falda  
 Que hoy de perlas bordó la alba luciente,  
 Tejidos en guirnalda,  
 Traslado estos jazmines á tu frente,  
 Que piden, con ser flores,  
 Blanco á tu seno y á tu boca olores.  
 Guarda de estos jazmines  
 De abejas era un escuadron volante,  
 Ronco sí de clarines,  
 Mas de puntas armado de diamante;  
 Púselas en huida,  
 Y cada flor me cuesta una herida.  
 Mas, Clori, que he tejido  
 Jazmines al cabello desatado,  
 Y mas besos te pido  
 Que abejas tuvo el escuadron armado:  
 Lisonjas son iguales  
 Servir yo en flores, pagar tú en panales.

## CANCION III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,  
 De nieves impedidos,  
 Me contienen tus dulces ojos bellos!  
 ¡Qué de rios del hielo tan atados,  
 Del agua tan crecidos  
 Me defienden el ya volver á vellos!  
 ¡Y cuán burlando dellos  
 El noble pensamiento  
 Por verte pisa plumas, pisa el viento!  
 Ni las tinieblas de la noche oscura,  
 Ni los hielos perdona,  
 Y á la mayor dificultad engaña;  
 No hay guardas hoy de llave tan segura  
 Que nieguen tu persona,  
 Que no desmienta con discreta maña,  
 Ni emprenderá hazaña  
 Tu esposo cuando lidie,  
 Quo no la registre él, y yo no envidie.  
 - Allá vuelas, lisonja de mis penas;  
 Que con igual licencia  
 Penetras el abismo, el cielo escalas:

Y mientras yo to aguardo en las cadenas  
 Desta rabiosa ausencia,  
 Al viento agravian tus ligeras alas;  
 Ya veo que te calas  
 Donde bordada tela  
 Un lecho abriga, y mil dulzores ceta.

Tarde batiste la envidiosa pluma,  
 Que en sabrosa fatiga  
 Vieras muerta la voz, suelto el cabello,  
 La blanca hija de la blanca espuma,  
 No sé si en brazos diga  
 De un fiero Marte, ó de un Adónis bello.  
 Y anudada á su cuello  
 Podrás verla dormida,  
 Y él casi trasladado á nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierta,  
 Entre templada nieve  
 Evaporar contempla un fuego helado,  
 Y al esposo en figura casi muerta  
 Que el silencio le bebe  
 Del sueño, con sudor solicitado.....  
 Dormid, que el dios alado,  
 De vuestras almas dueño,  
 Con el dedo en la boca os guarda el sueño.  
 Dormid, copia gentil de amantes nobles,  
 En los dichosos nudos  
 Que á los lazos de amor os dió himeneo;  
 Mientras yo desterrado, de estos robles  
 Y peñascos desnudos  
 La piedad con mis lágrimas granjeo:  
 Coronad el deseo  
 De gloria, en recordando  
 Sea el lecho de batallas campo blando.

Cancion, dí al pensamiento,  
 Que corra la cortina,  
 Y vuelva al desdichado que camina.

#### CANCION IV.

Vuelas ; ó tortolilla !  
 Y al tierno esposo dejas  
 En soledad y quejas :  
 Vuelves despues gimiendo,  
 Recíbete arrullando,  
 Lasciva tú, si él blando;

Dichosa tú mil veces,  
Que con el pico haces  
Dulces guerras de amor y dulces paces.

Testigo fué á tu amante  
Aquel vestido tronco  
De algun arrullo ronco :  
Testigo tambien tuyo  
Fué aquel tronco vestido  
De algun dulce gemido,  
Campo fué de batalla,  
Y tálamo fué luego :  
Árbol que tanto fué, perdone el fuego.

Mi piedad una á una  
Contó, aves dichosas,  
Vuestras quejas sabrosas :  
Mi envidia ciento á ciento  
Contó, dichosas aves,  
Vuestros besos suaves .  
Quien besos contó y quejas,  
Las flores cuente á mayo,  
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.

Injuria es de las gentes  
Que de una tortolilla  
Amor tenga mancilla,  
Y que de un tierno amante  
Escuche sordo el ruego,  
Y mire el daño ciego :  
Al fin es dios alado,  
Y plumas no son malas  
Para lisonjear á un dios con alas.

#### CANCION V.

Corcilla temerosa,  
Cuando sacudir siente  
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera  
La verde selva umbrosa,  
O murmurar corriente,  
Entre la yerba corre tan ligera,  
Que al viento desafia  
Su voladora planta :  
Con ligereza tanta  
Huyendo va de mí la ninfa mia,  
Encomendando al viento  
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado  
 Hace de sus cabellos  
 Mil crespos nudos por la blanca espalda;  
 Y habiéndose abrigado  
 Lascivamente en ellos,  
 A luchar baja un poco con la falda,  
 Donde no sin decoro,  
 Por brújula, aunque breve,  
 Muestra la blanca nieve  
 Entre los lazos del coturno de oro :  
 Y así en tantos enojos,  
 Si trabajan los piés, gozan los ojos.

Yo, pues, ciego y turbado,  
 Viéndola como mide  
 Con mas ligeros piés el verde llano,  
 Que del arco encorvado  
 La saeta despide  
 Del Parto fiero la robusta mano;  
 Y viendo que en mí mengua  
 Lo que á ella le sobra,  
 Pues nuevas fuerzas cobra,  
 Apelo de los piés para la lengua,  
 Y en alta voz le digo :  
 No huyas, ninfa, pues que no te sigo.

Enfrena, ó Clori, el vuelo,  
 Pues ves que el rubio Apolo  
 Pone ya fin á su carrera ardiente :  
 Ten de tí mesma duelo :  
 Deponga un rato sola  
 El honesto sudor tu blanca frente :  
 Bastante muestra has dado  
 De cruel y ligera,  
 Pues en tan gran carrera  
 Tu bellissimo pié nunca ha dejado  
 Estampa en el arena,  
 Ni en tu pecho cruel mi grave pena.

Ejemplos mil al vivo  
 De ninfas te pondria,  
 Si ya la antigüedad no nos engaña,  
 Por cuyo trato esquivo,  
 Nuevos conoce hoy dia  
 Troncos el bosque, y piedras la montaña.  
 Mas sirvate de aviso  
 En tu curso, el de aquella,  
 No tan cruda ni bella,



A quien ya sabes que el pastor de Anfriso,  
 Con pié menos ligero,  
 La siguió ninfa, y la alcanzó madero.  
 Quédate aquí, cancion, y pon silencio  
 Al fugitivo canto,  
 Que razon es parar quien corrió tanto.

## SONETO.

La dulce boca que á gustar convida  
 Un humor entre perlas destilado,  
 Y á no envidiar aquel licor sagrado,  
 Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;  
 Amantes, no toqueis, si quereis vida,  
 Porque entre un labio y otro colorado  
 Amor está de su veneno armado,  
 Cual entre flor y flor sierpe escondida.  
 No os engañen las rosas que á la Aurora  
 Diréis que aljofaradas y olorosas  
 Se le cayeron del purpúreo seno :  
 Manzanas son de Tántalo y no rosas,  
 Que después huyen del que incitan hora  
 Y solo del Amor queda el veneno.

## ROMANCE.

Guarda corderos, zagala,  
 Zagala, no guardes fe,  
 Que quien te hizo pastora  
 No te excusó de mujer.  
 La pureza del armiño  
 Que tan celebrada es,  
 Vístela con el pellico,  
 Y desnúdala con él.  
 Deja á las piedras lo firme,  
 Advirtiéndole que tal vez  
 A pesar de su dureza  
 Obedecen al cincel.  
 Resiste al viento la encina  
 Mas con el villano pié,  
 Que con las hojas corteses  
 A cualquier cófiro cree.  
 Aquella hermosa vid,  
 Que abrazada al olmo ves,

Parte pámpanos discreta  
 Con el vecino laurel.  
 Tortolilla gemidora,  
 Depuesto el casto desden,  
 Tálamo hizo segundo  
 Los ramos de aquel ciprés.  
 No para un abeja sola  
 Sus hojas guarda el clavel :  
 Beben otras el aljófár  
 Que guarda su rosicler.  
 El cristal de aquel arroyo,  
 Undosamente fiél,  
 Niega al ausente su imágen  
 Hasta que la vuelve á ver.  
 La inconstancia al fin da plumas  
 Al hijo de Venus que,  
 Poblando de ellas sus alas,  
 Viste sus flechas también  
 No pues tu libre albedrío  
 Lo tiranice interés,  
 Ni amor que de singular  
 Tiene mas que de fiél.  
 Sacude preciosos yugos,  
 Coyundas de oro no den,  
 Sino cordones de lana  
 Al suelto cabello ley.  
 ¡Mal hayas tú, si constante  
 Mirares al sol, y quien  
 Tan águila fuere en esto,  
 Dos veces mal haya y tres!  
 ¡Mal hayas tú, si mirares  
 En lasciva candidez  
 Las aves de la deidad,  
 Que primero espuma fué!  
 Solicitando prolija  
 La ingratitud de un doncel,  
 Ninfa de las selvas ya  
 Vocal sombra vino á ser.  
 Si quieres, pues, zagaleja,  
 De tu hermosura cruel  
 Dar entera voz al valle,  
 Desprecia mi parecer.

## ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

## I.

Frescos airecillos,  
 Quo á la primavera  
 Destejeis guirnaldas,  
 Y esparcis violetas;  
 Ya que os han tenido  
 Del Tajo en la vega  
 Amorosos hurtos,  
 Y agradables penas;  
 Cuando del estio  
 En la ardiente fuerza  
 Álamos os daban  
 Frondosas defensas;  
 Álamos crecidos  
 De hojas inciertas,  
 Medias de esmeralda,  
 Y de plata medias  
 De donde las ninfas  
 Y las zagalejas  
 Del sagrado Tajo  
 Y de sus riberas  
 Mil veces llamaste,  
 Y vinieron ellas  
 A ocupar del rio  
 Las verdes cenefas;  
 Y vosotros luego  
 Calándoos apriesa  
 Con lascivos soplos  
 Y alas lisonjeras;  
 Sueño les trujistes,  
 Y descuido á vueltas,  
 Que en pago os valieron  
 Mil vistas secretas,  
 Sin tener desvelo,  
 Envidia ni queja,  
 Ni andar con la falda  
 Luchando por fuerza:  
 Ahora, pues, aires,  
 Antes que las sierras  
 Coronen sus cumbres  
 De confusas nieblas;

Y que el aquilon  
 Con dura inclemencia  
 Desnude las plantas,  
 Y vista la tierra  
 De las secas hojas,  
 Que ya fueron tregua  
 Entre el sol ardiente  
 Y la verde yerba;  
 Y antes que las nubes  
 Y el hielo conviertan  
 En cristal las rosas  
 Y en vidrio las selvas,  
 Batid vuestras alas,  
 Y dad ya la vuelta  
 Al seno templado  
 Que alegre os espera.  
 Veréis de camino  
 Una ninfa bella,  
 Que pisa orgullosa  
 Del Bétis la arena.  
 Montaraz gallarda,  
 Temida en la sierra,  
 Mas por su mirar  
 Que por sus saetas,  
 Ahora la halleis  
 Entre la maleza  
 Del fragoso monte  
 Siguiendo las fieras;  
 Ahora en el llano  
 Con planta ligera,  
 Fatigando el corzo  
 Que herido vuela;  
 Ahora clavando  
 La armada cabeza  
 Del antiguo ciervo  
 En la encina vieja;  
 Cuando ya cansada  
 De la caza vuelva,  
 A dejar al río  
 El sudor en perlas;  
 Si está calurosa,  
 Soplad desde afuera;  
 Y cuando la ingrata  
 Mejor os entienda,  
 Decidle, airecillos:

Bellísima Leda,  
 Gloria de los bosques,  
 Honor del aldea,  
 Enfermo Daliso  
 Junto al Tajo queda  
 Con la muerte al lado,  
 Y en manos de ausencia.  
 Suplicate humilde,  
 Antes que le vuelvan  
 Su fuego en ceniza,  
 Su destierro en tierra,  
 Que en premio glorioso  
 De su amor merezca  
 Ya que no suspiros,  
 A lo menos letra,  
 Con la punta escrita  
 De tu aguda flecha  
 En el campo duro  
 De una dura peña,  
 (Porque no es razon  
 Que razon se lea  
 De mano tan dura  
 En cosa mas tierna)  
 A donde le digas:  
 Muere allá, y no vuelvas  
 A adorar mi sombra,  
 Y arrastrar cadenas.

## II.

La mas bella niña  
 De nuestro lugar,  
 Hoy viuda y sola,  
 Y ayer por casar,  
 Viendo que sus ojos  
 A la guerra van,  
 A su madre dice  
 Que escucha su mal:  
*Dejadme llorar*  
*Orillas del mar.*

Pues me distes, madre,  
 En tan tierna edad,  
 Tan corto el placer,  
 Tan largo el pesar;

Y me cautivastes  
De quien hoy se va,  
Y lleva las llaves  
De mi libertad;  
*Dejadme llorar, etc.*

En llorar conviertan  
Mis ojos de hoy mas  
El sabroso oficio  
Del dulce mirar;  
Pues que no se pueden  
Mejor ocupar,  
Yéndose á la guerra  
Quien era mi paz.  
*Dejadme llorar, etc.*

No me pongais freno,  
Ni querais culpar;  
Que lo uno es justo,  
Lo otro por demás:  
Si me quereis bien,  
No me hagais mal;  
Harto peor fué  
Morir y callar.  
*Dejadme llorar, etc.*

Dulce madre mia,  
¿Quién no llorará,  
Aunque tenga el pecho  
Como un pedernal,  
Y no dará voces  
Viendo marchitar  
Los mas verdes años  
De mi mocedad?  
*Dejadme llorar, etc.*

Váyanse las noches,  
Pues ido se han  
Los ojos que hacian  
Los mios velar.  
Váyanse, y no vean  
Tanta soledad,  
Despues que en mi lecho  
Sobra la mitad.  
*Dejadme llorar*  
*Orillas del mar.*

## III.

Lloraba la niña,  
 Y tenia razon,  
 La prolija ausencia  
 De su ingrato amor.  
 Dejóla tan niña,  
 Que apenas creyó  
 Que tenia los años  
 Que ha que la dejó.  
 Llorando la ausencia  
 Del galan traidor,  
 La halla la luna,  
 Y la deja el sol:  
 Añadiendo siempre  
 Pasion á passion,  
 Memoria á memoria,  
 Dolor á dolor,  
*Llorad, corazon,*  
*Que teneis razon.*  
 Dícele su madre:  
 Hija, por mi amor  
 Que se acabe el llanto,  
 O me acabe yo.  
 Ella le responde:  
 No podrá ser, ño,  
 Las causas son muchas,  
 Los ojos son dos;  
 Satisfagan, madre,  
 Tanta sinrazon,  
 Y lágrimas lloren  
 En esta ocasion,  
 Tantas como dellas  
 Un tiempo tiró  
 Flechas amorosas  
 El arquero dios.  
 Ya no canto, madre,  
 Y si canto yo,  
 Muy tristes endechas  
 Mis canciones son:  
 Porquo el que so fué  
 Con lo que llovó,  
 Se dejó el silencio,

Se llevó la voz.  
*Llorad, corazon,*  
*Que teneis razon.*

## IV.

Las flores del romero,  
 Niña Isabel,  
*Hoy son flores azules,*  
*Mañana serán miel.*

Zelosa estás, la niña,  
 Zelosa estás de aquel  
 Dichoso, pues lo buscas,  
 Ciego, pues no te ve;  
 Ingrato, pues te enoja,  
 Y confiado, pues  
 No se disculpa hoy  
 De lo que hizo ayer.  
 Enjuguen esperanzas  
 Lo que lloras por él,  
 Que zelos entre amantes  
 Que se han querido bien,  
*Hoy son flores azules,*  
*Mañana serán miel.*

Aurora de ti misma,  
 Que cuando á amanecer  
 A tu placer empiezas,  
 Se eclipsa tu placer:  
 Serénense tus ojos,  
 Y mas perlas no des,  
 Porque al sol le está mal  
 Lo que á la aurora bien.  
 Desata como nieblas  
 Todo lo que no ves;  
 Que sospechas de amantes,  
 Y querellas despues,  
*Hoy son flores azules,*  
*Mañana serán miel.*

## V.

## VIDA DEL MUCHACHO.

Hermana Marica,  
 Mañana, que es fiestâ,  
 No irás tú á la miga,  
 Ni yo iré á la escuela.



Pondráste el corpiño  
 Y la saya buena,  
 Cabezón labrado,  
 Toca y albanega.  
 Y á mí me pondrán  
 Mi camisa nueva,  
 Sayo de palmilla,  
 Media de estameña.  
 Y si hace bueno,  
 Traeré la montera  
 Que me dió la Pascua  
 Mi señora abuela,  
 Y el estadal rojo,  
 Con lo que le cuelga,  
 Que trujo el vecino,  
 Cuando fué á la feria.  
 Irémos á misa,  
 Verémos la iglesia,  
 Darános un cuarto  
 Mi tía la ollera.  
 Compraremos dél,  
 Que nadie lo sepa,  
 Chochos y garbanzos  
 Para la merienda.  
 Y en la tardecita  
 En nuestra plazuela  
 Jugaré yo al toro,  
 Y tú á las muñecas  
 Con las dos hermanas  
 Juana y Madalena,  
 Y las dos primillas  
 Marica y la Tuerta.  
 Y si quiere madre  
 Dar las castañetas,  
 Podrás tanto de ello  
 Bailar en la puerta,  
 Y al son del adufe  
 Cantará Andregüela:  
*No me aprovecharon,*  
*Mi madre, las yerbas.*  
 Y yo de papel  
 Haré una librea  
 Teñida con moras,  
 Porque bien parezca,  
 Y una caperuza

Con muchas almendras.  
 Pondré por penacho  
 Las dos plumas negras  
 Del rabo del gallo,  
 Que acullá en la guerra  
 Anaranjeamos  
 Las carnestolendas :  
 Y en la caña larga  
 Pondré una bandera  
 Con dos borlas blancas  
 En sus transaderas.  
 Y en mi caballito  
 Pondré una cabeza  
 De guadamecí,  
 Dos hilos por riendas.  
 Y entraré en la calle  
 Haciendo corbetas,  
 Yo, y otros del barrio,  
 Que son mas de treinta.  
 Jugarémos cañas  
 Junto á la plazuela,  
 Porque Bartolilla  
 Salga acá y nos vea :  
 Bartola la hija  
 De la panadera,  
 La que suelo darme  
 Tortas con manteca;  
 Porque algunas veces  
 Hacemos yo y ella  
 Las bellaquerías  
 Detrás de la puerta.

## IV.

Arroyo, ¿en qué ha de parar  
 Tanto anhelar y subir,  
 Tú por ser Guadalquivir,  
 Guadalquivir por ser mar?  
 Compañero, en acabar  
 Sin caudales y sin nombres,  
 Para ejemplo de los hombres.  
 Hijo de una pobro fuente,  
 Nieto de una dura peña,  
 A dos pasos los desdeña  
 Tu mal nacida corriente :

Si tu ambicion lo consiente,  
 ¿En qué imaginas me di?  
 Mormura, y sea de ti,  
 Pues que sabes mormurar :  
*Arroyo, en qué ha de parar, etc.*  
 ¿Qué dias tienes reposo,  
 A qué noches debes sueño?  
 Si corres tal vez risueño,  
 Siempre caminas quejoso.  
 Mucho tienes de furioso,  
 Aunque no en el tirar cantos,  
 Y así tropiezas en tantos  
 Cuando te quíes levantar :  
*Arroyo, en qué ha de parar, etc.*  
 Si tu corriente confiesa,  
 Sin intermision alguna,  
 Que la cabeza en la cuna  
 Y el pié tienes en la huesa;  
 ¿Qué fatal desdicha es esa  
 En solicitar tu daño?  
 Pésame que el desengaño  
 La vida te ha de costar :  
*Arroyo, en qué ha de parar, etc.*

## VII.

Dineros son calidad,  
 Verdad :  
 Mas ama quien mas suspira,  
 Mentira.  
 Cruzados hacen cruzados,  
 Escudos pintan escudos,  
 Y tabures muy desnudos  
 Con dados ganan condados.  
 Ducados dejan ducados,  
 Y coronas majestad,  
 Verdad.  
 Pensar que uno solo es dueño  
 De puerta de muchas llaves,  
 Y afirmar que penas graves  
 Las pague un mirar risueño,  
 Y entender que no son sueño  
 Las promesas de Marfira,  
 Mentira.

Todo se vende este día,  
 Todo el dinero lo iguala,  
 La corte vende su gala,  
 La guerra su valentía;  
 Hasta la sabiduría  
 Vende la universidad,  
 Verdad.  
 Siendo como un algodón,  
 Nos jura que es como un hueso,  
 Y quiere probarnos eso  
 Con que es su cuello almidon,  
 Goma su copete, y son  
 Sus bigotes alquilira,  
 Mentira.

Cualquiera que pleitos trata,  
 Aunque sean sin razon,  
 Deje el río Marañon,  
 Y éntrese en el de la Plata,  
 Que hallará corriente grata,  
 Y puerto de claridad,  
 Verdad.  
 Siembra en una artesa berros  
 La madre, y sus hijas todas  
 Son perros de muchas bodas,  
 Y bodas de muchos perros,  
 Y sus yernos rompen hierros  
 En la toma de Algecira,  
 Mentira.

## VIII.

*Manda amor en su fatiga*  
*Que se sienta y no se diga :*  
*Pero á mi mas me contenta*  
*Que se diga y no se sienta.*  
 En la ley vieja de amor,  
 A tantas hojas se halla  
 Que el que mas sufre y mas calla,  
 Ese librárá mejor.  
 Mas ¡triste del amador,  
 Que muerto á enemigas manos  
 Le hallaron los gusanos  
 Secretos en la barriga!  
*Manda amor en su fatiga, etc.*

Muy bien se puede culpáre  
 Por necio cualquier que fuere,  
 Que como leño sufriere,  
 Y como piedra calláre,  
 Mande amor lo que mandáre,  
 Que yo pienso muy sin mengua  
 Dar libertad á mi lengua,  
 Y á sus leyes una higa :  
*Manda amor en su fatiga, etc.*

Bien sé que me han de sacar  
 En el auto con mordaza,  
 Cuando amor sacáre á plaza  
 Delincuentes por hablar.  
 Mas yo me pienso quejar  
 En sintiéndome agraviado,  
 Porque el mar viene alterado,  
 Cuando el viento lo fatiga :  
*Manda amor en su fatiga, etc.*

Yo sé de algun joveneto  
 Que tiene muy entendido,  
 Que aguarda mas bien Cupido  
 Al que guardó su secreto :  
 Mas, si murió el imperfecto  
 De amoroso corazon,  
 Morirá sin confesion  
 Por no culpar su enemiga :  
*Manda amor en su fatiga, etc.*

## IX.

*Ande yo caliente,  
 Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno,  
 Del mundo y sus monarquías,  
 Mientras gobiernan mis dias  
 Mantequillas y pan tierno,  
 Y las mañanas de invierno,  
 Naranjada y aguardiente,  
*Y riase la gente.*

Coma en dorada vajilla  
 El príncipe mil cuidados  
 Como píldoras dorados,  
 Que yo en mi pobre mesilla  
 Quiero mas una morcilla  
 Que en el asador reviente,  
*Y riase la gente.*

Cuando cubra las montañas  
De plata y nieve el enero,  
Tenga yo lleno el brasero  
De bellotas y castañas,  
Y quien las dulces patrañas  
Del rey que rabió me cuente,  
*Y riase la gente.*

Busque muy en hora buena  
El mercader nuevos soles,  
Yo conchas y caracoles  
Entre la menuda arena,  
Escuchando á Filomena  
Sobre el chopo de la fuente,  
*Y riase la gente.*

Pase á media noche el mar,  
Y arda en amorosa llama  
Leandro por ver su dama;  
Que yo mas quiero pasar  
De Yepes y Madrigal  
La regalada corriente,  
*Y riase la gente.*

Pues amor es tan cruel,  
Que de Piramo y su amada  
Hace tálamo una espada,  
Do se junten ella y él:  
Sea mi Tisbe un pastel,  
Y la espada sea mi diente,  
*Y riase la gente.*

## X.

Da bienes fortuna,  
Que no están escritos,  
*Cuando pitos flautas,*  
*Cuando flautas pitos.*

¡Cuán diversas sendas  
Se suelen seguir  
En el repartir  
Las honras y haciendas!  
A unos da encomiendas,  
A otros san Benitos;  
*Cuando pitos, etc.*

A veces despoja  
De choza y apero  
Al mayor cabrero;

Y á quien se le antoja,  
 La cabra mas coja  
 Parió dos cabritos :  
*Cuando pitos, etc.*  
 Porque en una aldea  
 Un pobre mancebo  
 Hurtó un solo huevo,  
 Al son bambonea,  
 Y otro se pasea  
 Con cien mil delitos :  
*Cuando pitos, etc.*

## XI.

*No me llame fea, calle,  
 Que la llamaré vieja, madre.*  
 Abra los ojos y vea  
 Lo que la verdad señala,  
 Que no hay moza que sea mala,  
 Ni vieja que no lo sea;  
 La mejor moza es librea,  
 Y la vieja despreciada  
 Es como fiesta quitada,  
 Que mandan que no se guarde :  
*No me llame, etc.*

La mujer mas celebrada,  
 Si tiene el rostro arrugado,  
 Es cual vid que se ha secado,  
 Muy buena para quemada :  
 No viva tan confiada,  
 Sino tenga por muy cierto  
 Que es carne de cuervo muerto  
 La vieja de mejor carne :  
*No me llame, etc.*  
 En palacio la princesa,  
 En la ciudad la señora,  
 En la aldea la pastora,  
 Y en la corte la duquesa,  
 Madre, á ninguna le pesa  
 Que le digan que es perfeta :  
 Que la mas noble y discreta  
 Se pierde porque la alaben;  
*No me llame fea, calle,  
 Que la llamaré vieja, madre,*

## XII.

*Ya no mas, ceguezuelo hermano,  
Ya no mas.*

Baste lo flechado, amor,  
Mas municion no se pierda,  
Afloja al arco la cuerda  
Y la causa á mi dolor;  
Que en mi pecho tu rigor  
Lo muestran las flechas juntas,  
Y en las espaldas las puntas  
Dicen que muerto me has :  
*Ya no mas, etc.*

Para el que á sombras de un robre  
Sus rústicos años gasta,  
El segundo tiro basta,  
Cuando el primero no sobre :  
Basta para un zagal pobre  
La punta de un alfiler,  
Para Bras no es menester  
Lo que para Fierabrás;  
*Ya no mas, etc.*

Tan asaeteado estoy,  
Que me pueden defender  
Las que me tiraste ayer  
De las que me tiras hoy :  
Si ya tu aljaba no soy,  
Bien á mal tus armas echas,  
Pues á tí te faltan flechas;  
Y á mí donde quepan mas :  
*Ya no mas, etc.*

## LUPERCIO LEONARDO DE ARCEXSOLA.

Nació en Barbastro en 1563. Estudió filosofía y jurisprudencia en la universidad de Huesca, dando allí claras pruebas de su talento poético. Pasando después á Zaragoza para proseguir sus estudios, dedicóse en esta capital al de la elocuencia, historia romana y lengua griega bajo la direccion del erudito Andrés Scoto; y nombrado secretario del duque de Villahermosa, se trasladó con este á Madrid, donde ingresó en la Academia de poetas, tan celebrada por Lope y tan satirizada por Góngora. Por los años de 1587 contrajo matrimonio con Doña Mariana Bárbara de Albion, y por este mismo tiempo compuso las tres tragedias *Fúlis, Isabela y Alejandra* representadas con sumo aplauso, si creemos á Cervantes. La viuda del emperador Maximiliano II le hizo su secre-



tario, y su hijo el archiduque Alberto, gentilhombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fijarse en Madrid, cuando á poco después entrando á reinar Felipe III, se le nombró cronista del reino de Aragon. En cumplimiento de este encargo emprendió escribir los Anales de aquel país, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó y qué paradero tuvo. Entonces vivia en Zaragoza entregado al estudio, y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el conde de Lemus partia de virey á Nápoles, se le llevó de secretario del virreinato; en cuyo empleo vivió Lupercio hasta el año de 1613, que fué el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfrutó como hombre público, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por qué capricho quemó en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos después con las poesías de su hermano.

#### DESCRIPCION DE ARANJUEZ.

Hay un lugar en la mitad de España,  
Donde Tajo á Jarama el nombre quita,  
Y con sus ondas de cristal lo baña :

Que nunca en él la yerba vió marchita  
El sol, por mas que al etiope encienda,  
O con su ausencia hiele al duro scita.

O que naturaleza condescienda,  
O que vencida deje obrar al arte;  
Y serle en vano superior pretenda :

Al fin jamás se ha visto en esta parte  
Objeto triste, ni desnudo el suelo,  
O cosa que de límite se aparte.

Contrarias aves en conforme vuelo  
Los aires cortan, y en iguales puntas  
Las plantas suben, alabando al cielo.

Las fieras enemigas aquí juntas  
Forman una república quieta,  
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;

Sin temer que el lobrel las acometa,  
O hiera el plomo con terrible estruendo,  
O con mortal silencio la saeta.

Las fuentes cristalinas, que subiendo  
Contra su curso y natural costumbre,  
Están los claros aires dividiendo,

Rocian de lós árboles la cumbre,  
Y bajan á las nubes imitando,

Forzadas de su misma pesadumbre,  
 Sobre las bellas flores, que adornando  
 El suelo como alfombras africanas,  
 Las están con mil lazos esperando.

Las calles largas de álamos y llanas  
 Envidia pueden dar á las ciudades,  
 Que están hoy de las suyas mas ufanas.

Pues ¿quién podrá contar las amistades,  
 Con que las plantas fértiles se prestan,  
 Y templan sus contrarias calidades?

Y como no se impiden ni molestan  
 Por ver su fruta en extranjeras hojas,  
 Ni del agravio apelan y protestan;

Como tú, frágil hombre, que te enojas  
 Si tener ves al otro lo que es tuyo,  
 Y con rabia lo usurpas y despojas.

Comunica el gran Tajo el humor suyo  
 A cualquier de los árboles do llega,  
 Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:

Al huésped no sus alimentos niega,  
 Ni al natural desecha; y así haco  
 Corona rica de su hermosa vega.

Si la region remota ve que aplace  
 Alguna planta suya en esta, luego  
 La envia y á su dueño satisface:

Y así la que se jacta de que al fuego  
 De los templos da olores, no es mas rica,  
 Ni la fingió ningun latino ó griego.

Cualquiera aquí su condicion aplica,  
 Aunque su origen traiga de otra parte,  
 Do el sol menos ó mas se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,  
 Y del calor con límite, y del hielo  
 Aquello que conviene les reparte.

Hay planta que miró en su patrio suelo  
 El sol al mismo tiempo que la luna  
 En este mira en la mitad del cielo:

Y no por esto siente falta alguna  
 De la virtud que tuvo allá en su tierra,  
 Como si aquella y esta fuesen una:

La cual en senos cóncavos encierra  
 Las aguas usurpadas al gran rio,  
 Donde los peces viven sin ver guerra.

Pudiera en cada cual un gran navio  
 De aquellos que á Neptuno son mas graves

Navegar sin temor hallar de bajo :

Mas solamente aquí navegan aves  
De aquellas, que á la muerte se aperciben  
Con cantos apacibles y suaves.

Aquí redes y engaños se prohíben,  
Y así discurren sin temor las fieras,  
Y á los hombres pacíficas reciben.

La hermosura y la paz de estas riberas  
Las hace parecer á las que han sido  
En ver pecar al hombre las primeras.

Álzase al lado del jardin florido  
Con cuatro hermosas frentes una casa,  
Que nunca el sol su semejante ha herido.

Del alto chapitel hasta la basa  
Ninguna imperfeccion hallarse puede,  
Si el gran Vitruvio vuelve y la compasa.

Pues lo interior, que á lo exterior excede  
En materia y en arte, qué tal sea  
Con esto solo declarado quede :

Que nuestro gran Filipo dió la idea,  
Y en ella sus cuidados deposita,  
Cuando su corte deja y se recrea.

Que puesto que los hombros jamás quita  
Del peso con que Atlante desmayara,  
Con esto lo aligera y facilita.

Los árboles, las aves, la agua clara,  
En este verde sitio son testigos  
De las heróicas obras que prepara :

Del modo con que traza los castigos  
A la cerviz que huyó del yugo santo,  
El premio regalando á los amigos.

Las aves mezclan su acordado canto  
Entre los dulces y ásperos decretos,  
Que han de poner después al mundo espanto.

Y aquellos profundísimos secretos,  
Que á los ausentes Príncipes desvelan,  
Y les tienen los ánimos inquietos ;

Aquí con los ministros se revelan,  
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,  
Los pueblos se castigan ó consuelan :

Y la espantable y polvorosa guerra  
Aguarda que de aquí le den materia  
Para cubrir de sangre el mar y tierra :

Mas no dentro los límites de Iberia,  
Donde la paz y la justicia santa

Previenen con cuidado á tal miseria.

Aquí se engendra el rayo , mas no espanta  
Sino al loco Nembrot , que contra el cielo  
Muros de barro frágiles levanta.

Filipo , tú tambien , que del abuelo  
Y padre emulacion gloriosa al mundo  
Prometes , y en su pérdida consuelo ;

Mientras tu padre con saber profundo ,  
Y tu niñez te excusan del trabajo ,  
Entre esas flores andas vagabundo.

Tiempo vendrá en que no te ofrezca Tajo  
En su ribera conchas , mas caballos ,  
De aquellos que lo beben mas abajo :

Y que tú y esos niños tus vasallos  
Armados convirtais en gruesas lanzas  
Las que agora juzgais de tiernos tallos.

Entonces cumplirás las esperanzas  
Que das de tu valor , dejando libres  
A los que dan agora dél fianzas.

Ya , ya la Grecia espera que la libres ,  
Que abras el paso del sepulcro santo ,  
Y que la espada en su defensa vibres.

¡ Oh temeraria lira ! ¿ porqué tanto  
El punto subes , que entre el son horrendo  
De las trompetas suena ya mi canto ?

Vuélveme á la ribera , donde viendo  
Estaba con el Príncipe á su hermana ,  
Rayos de luz y flechas despidiendo :

Tal en el monto Cintio á su Diana  
Rodeada de vírgenes hermosas  
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen , no , las fieras temerosas ;  
Mas antes , como victimas sagradas ,  
So ofrecen á sus flechas poderosas.

Las flores del divino pié pisadas  
Ya miran con desprecio á las estrellas ,  
Y son de las estrellas envidiadas :

Y puesto que la esperan gozar ellas ,  
Y saben que en el mundo su presencia  
Las hace con los hombres menos bellas ,

La detienen acá con su influencia ,  
Y posponen su daño y su desco .  
Forzadas de la eterna Providencia.

Pero ¿ qué mar inmenso es el que veo ,  
¡ Oh divina Isabel ! de tus virtudes ,

Donde pierde las fuerzas Himeneo ?

Que tanto á todos sobras, que sacudes  
El yugo dulce y fuerte, que procura  
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes :

Y libre, como fénix, tu hermosura

Al dichoso Aranjuez se comunica

Entre sus claras aguas y verdura.

Pues no sin ocasion el nombre aplica

Del apacible sitio el gran Tolosa

Al libro sin igual que te dedica :

Porque si en este suelo alguna cosa

Con las que trata, semejanza tiene,

Es sola su ribera deleitosa :

Así porque te alegra y éntretiene,

(Que es lo que aquí del alma se pretende)

Como por la hermosura que contiene.

Las alas el ingenio humano tiende,

Las nubes penetrando con su vuelo,

Y en el divino amor de Dios se enciende :

Y de las obras hechas en el suelo

(Cedros del monte Libano olorosos)

Suben las puntas á tocar al cielo.

Aquí los animales mas furiosos

En humildes ovejas convertidos,

Van juntos por los prados deleitosos :

Y así suenan en vano los bramidos

Del leon quo anda en torno rodeando,

Por cazar las potencias y sentidos.

Y las hermosas fuentes derivando

Mil surtidores de elocuencia pura,

Están enriqueciendo y deleitando :

Y con órden divino y compostura

Forman largas virtudes calles largas,

Por donde el alma puede andar segura.

Y por aligerar las graves cargas,

Se muestran como árboles engertas,

Las cosas dulces dentro las amargas.

Y como viene Dios por siete puertas,

(Que es Nilo sin principio) y así riega

Las tierras-mas remotas y desiertas :

Que la bastante gracia á nadie niega,

Para que pueda el fruto dar debido,

Que á la suprema mesa despues llega.

No hay autor tan remoto ó peregrino,

Que en el nuovo Aranjuez no tenga parto,

Y en el propio lugar que le convino :  
 Porque acomoda de manera el arte  
 Cada cosa en su punto , que parece  
 Que ninguna se ha visto en otra parte.  
 También estanques mansos nos ofrece  
 De la perfecta vida , donde canta  
 El bueno , cuando el malo se entristece.  
 Pues de la casa inmensa , que levanta  
 Sus cuatro hermosos ángulos al cielo ,  
 ¿Quién podrá declarar la traza santa?  
 Remata cada esquina en paralelo  
 Con un Evangelista y Doctor santo ,  
 Que solos ellos dan tan alto vuelo.  
 Este lugar y casa quiere tanto  
 La hija de aquel rey tan poderoso ,  
 Que á la tierra y al cielo pone espanto :  
 Que la llama la casa del reposo ,  
 Adonde con su padre se retira :  
 Hasta que venga el celestial Esposo  
 A darle el premio eterno , al cual aspira.

#### LA ESPERANZA.

Alivia sus fatigas  
 El labrador cansado ,  
 Cuando su yerta barba escarcha cubre ,  
 Pensando en las espigas  
 Del agosto abrasado ,  
 O en los lagares ricos del octubre :  
 La hoz se le descubre  
 Cuando el arado apaña ,  
 Y con dulces memorias le acompaña.  
 Carga de hierro duro  
 Sus miembros , y se obliga  
 El jóven al trabajo de la guerra :  
 Huye el ocio seguro :  
 Trueca por la enemiga  
 Su dulce , natural y amiga tierra :  
 Mas cuando se destierra ,  
 O al asalto acomete ,  
 Mil triunfos y mil glorias se prometo.  
 La vida al mar confia ,  
 Y á dos tablas delgadas  
 El otro , que del oro está sediento ;  
 Escóndesele el día -

Y las olas binchadas  
 Suben á combatir el firmamento :  
 Él quita el pensamiento  
 De la muerte vecina,  
 Y en el oro le pone y en la mina.  
 Deja el lecho caliente  
 Con la esposa dormida  
 El cazador solícito y robusto :  
 Sufre el cierzo inclemente,  
 La nieve endurecida;  
 Y tiene de su afán por premio justo  
 Interrumpir el gusto  
 Y la paz de las fieras,  
 En vano cautas, fuertes y ligeras.  
 Premio y cierto fin tiene  
 Cualquier trabajo humano,  
 Y el uno llama al otro sin mudanza :  
 El invierno entretiene  
 La opinion del verano  
 Y un tiempo sirve al otro de templanza  
 El bien de la esperanza  
 Solo quedó en el suelo,  
 Cuando todos huyeron para el cielo.  
 Si la esperanza quitas,  
 ¿Qué le dejas al mundo?  
 Su máquina disuelves y destruyes :  
 Todo lo precipitas  
 En olvido profundo,  
 Y del fin natural, Flérída, huyes :  
 Si la cerviz rehuyes  
 De los brazos armados,  
 ¿Qué premio piensas dar á los cuidados?  
 Amor en diferentes  
 Géneros dividido,  
 Él publica su fin, y quien le admite,  
 Todos los accidentes  
 De un amante atrevido  
 (Niéguelo ó disimúlelo) permite :  
 Limite, pues, limite  
 La avara resistencia,  
 Que dada la ocasion, todo es licencia.

## A LA MUERTE.

SONETO.

Imágen espantosa de la muerte,  
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,  
Mostrándome cortado el nudo estrecho,  
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,  
De jaspe las paredes, de oro el techo:  
O el rico avaro en el angosto lecho  
Haz que temblando con sudor despierto.

El uno vea el popular tumulto  
Romper con furia las herradas puertas,  
O al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas  
Con llave falsa, ó con violento insulto;  
*Y déjale al amor sus glorias ciertas.*

**BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.**

Nació este ilustre ingenio, hermano de Lupercio, en Barbastro, el año de 1564. En 1588 se hallaba ya ordenado de sacerdote y con el cargo de rector (cura párroco de Villahermosa), y por el año de 1598 residía en Salamanca, sin que se sepa el motivo de su traslación á esta ciudad. En 1616 se hallaba en Zaragoza, de cuya iglesia metropolitana obtuvo una canonjía. En 1618 fué nombrado cronista mayor de los reinos de Aragon. Falleció el 26 de febrero de 1631.

Sus principales obras literarias son: la *Historia de la conquista de las Molucas*, y la *Primera parte de los Anales de Aragon*. Las composiciones poéticas que insertamos á continuación están sacadas de las *Rimas de Lupercio y del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola*.

## EPÍSTOLA

A DON FERNANDO DE ÁVILA Y SOTOMAYOR.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,  
Y en cosas leves discurrir contigo  
Como quien de las graves se divierte.



Por lo cual será bien que las que digo  
No salgan fuera del distrito nuestro,  
Que al fin van de un amigo al otro amigo.

Y no soy tan soberbio ni tan diestro  
En dar preceptos, ni advertir enmiendas,  
Que aspire á proceder como maestro.

Digo, pues, que me place el ver que atienda  
Tanto á las filosóficas verdades,  
Que siempre de sus órdenes dependas.

Pero que alguna vez te desenfades  
De aquel rigor, y el gusto no apremiado  
Se cebe en mas benignas facultades.

Que si ellas guardan su nativo agrado,  
No será menester que lo compelas  
Al seguir lo que yo le persuado.

Que allí no hay que ocurrir á las cautelas  
Que por ventura un tiempo ejercitabas,  
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas :

Cuando para probar tu intento andabas  
Afilando entimemas, que volantes  
Salen de las dialécticas aljabas :

Porque á lo ya pacifico levantes  
Por diversion el gusto con las nueve  
Piérides ingenuas y elegantes.

Y la cansada historia que nos debe,  
A pesar de la muerte, ejemplos vivos  
Por los vestigios de la edad te lleve.

Y saliendo después de sus archivos,  
Al poético ardor se ofrezca el pecho  
Dispuesto á pensamientos mas altivos.

Esta excelente inclinacion sospecho,  
Sin que preceda riguroso exámen,  
Que es la que mas te deja satisfecho.

Síguela pues : por mas que la desamen  
La inconsideracion y la fortuna,  
No alijas con violencia tu dictámen.

Y cuando en la sazón mas importuna  
Sigue aquel en la selva unos ladridos  
Al resplandor escaso de la luna ;

Y el otro rinde al juego los sentidos,  
O en indignos sugetos que no ignoras  
Andan nuestros patricios divertidos ;

Tú, retirado las nocturnas horas,  
Escribe á vigilante lamparilla,  
O en la estudiosa luz de las auroras,

Contra el rapaz que la razon humilla  
Remedios nuevos, con primor juntando  
En los versos deleite y maravilla.

Y si te instiga mas, dulce Fernando,  
La fama de magnánimas acciones,  
Costumbres y provincias explorando;

O si á canto mas digno te dispones,  
Inquiriendo el concurso de los siete  
Planetas y sus varias impresiones;

Resuélvete al designio y acomete,  
Que á seguir sus estímulos resueltos  
El orbe encerrarás en tu retrete.

Pero si no te hallares desenvuelto  
En consonar nuestro lenguaje, fia  
La empresa al generoso verso suelto:

Porque la libertad de la armonía,  
Como solo sus números respeta  
De emparentar las voces se desvia.

Y el que atiende á la parte mas perfeta,  
Ponderando y midiendo consonantes  
A ridiculo estorbo se sujeta.

El ser forzoso que apercibas antes  
Lo menos sustancial verbos y nombres  
Que suenen con acentos semejantes;

Y que si ha de acabar la estanza en hombres,  
Como si te mostrase alguna fiera,  
Diga el verso anterior que no te asombres.

Por esto apenas oyes rima entera  
Con ambas partes fáciles y llanas,  
Y excluyes por ociosa la primera:

Como para guisar palustres ranas,  
Que sospechoso el cuerpecillo todo,  
Las piernas solo nos ofrecen sanas.

Y cuando aplaya el Nilo, de este modo  
Causa el fecundo sol generaciones  
En las grasezas del informe lodo:

Que organiza los húmedos terrones,  
Escarban ya los piés, gruñen las testas,  
Sin darles forma entera de ratones.

Desde que llevan consonante á cuestas  
Miran su trabazon los versos ruda,  
Con voces no importantes ni dispuestas.

Concedo que á las veces nos ayuda  
Y apoya la sentencia si lo ablanda  
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero ó sirve ó manda,  
Y la del consonante, que igualmente  
Por uno de estos dos extremos anda.

Mas quien por una cláusula elocuente,  
Para un final escrita de antemano,  
Pasa inculta la parte precedente;  
¿En qué se diferencia de un tirano,  
Que por medios injustos encamina  
Alguna utilidad del trato humano?

Perezca la política doctrina  
Que por sacar de la maldad ganancia  
La ley de las virtudes arruina.

Pero si acomodar la consonancia  
Con liberalidad ó con miseria,  
Es en las rimas caso de importancia;

El escritor abunde en la materia,  
Para quo se lo vongan á la pluma  
Cuantas palabras vuelan en Iberia.

Mas el furor nativo no presuma  
Reducirlas á número y concierto  
Sin sumo estudio y sin industria suma.

Homero en estas ondas tan experto,  
Que sobre trozos de animosas naves  
Responde como oráculo en el puerto,

Para ser mas acepto á las suaves  
Musas, surcó primero luengos dias  
Profundos golfos de otras ciencias grave

Si tú para las dos filosofías  
Ya por Platon, de Sócrates conoces  
Las siempre misteriosas ironías;

Y prender te dejaste de las voces  
Con que suele el sutil estagirita  
Dar caza á los espíritus veloces;

Por esta docta antigüedad escrita  
Deja correr tu ingenio, y sin recelo  
Conforme á su eleccion roba ó imita.

Suelta después al voluntario vuelo  
Pomposa vela en golfo mas remoto  
Que no descubra sino mar y cielo:

No navegante ya, sino piloto  
Intrépido á las olas insolentes,  
Tanto como á los ímpetus del Noto.

Quiero decir que cuando en los corrientes  
Métodos varios te hayas dado filos,  
Con destreza ya propia los frecuentes.

Porque los dos genéricos estilos  
Mas de un naufragio nuevo nos avisa  
Que no por frecuentados son tranquilos.

Obliga el uno á brevedad concisa,  
Que aunque la demasiada luz desama  
Precia la elocucion peinada y lisa;

Y no solo el honor del epigrama  
Recibe calidad de este preceto,  
Sino la lira con que amor nos llama:

El trágico favor puesto en prieto,  
Y la sátira en este caso amiga  
Siempre del panegirico perfeto,

El émulo de Píndaro lo diga,  
Por quien Venosa el título recibe,  
Que á venerar á Tebas nos obliga.

Y en el romano autor, que en prosa escribe,  
Desde quo falleció su Augusto, anales,  
El compendioso laconismo vivo.

A Trajano sus dotes inmortales  
Refiere Plinio en este acento puro;  
Sin voces tenebrosas ni triviales.

De las primeras ¿quién corrió seguro,  
Si el presbítero docto de Cartago  
Aspirando á ser breve quedó oscuro?

Mas quien el genio floreciente y vago  
De Séneca llamó cal sin arena  
No probó los efectos de su halago.

No niego yo que de sentencias llena  
La agudeza sin limites congoja,  
Y al rigor con que hiere nos condena,

Como la nieve que granizo arroja  
Sobre esperanzas rústicas floridas  
Quo aqui destronca, y acullá deshoja.

Y al golpe de las recias averidas  
Mira el cultor su industria defraudada  
Que yace entre las ramas esparcidas.

La fuerza que nos venga arrebatada  
En esta brevedad yaculatoria  
Si quieres que deleite y persuada;

Aunque por ambicion de mayor gloria,  
Fleche cada palabra una sentencia,  
Y obre cada sentencia una victoria.

Que en el segundo estilo hay elocuencia,  
Que entro la igual corriente del progreso  
Anima su fervor con la frecuencia:

Y en su mediocridad lleva gran peso,  
Pues sin que lo enyilezca ni lo encumbre,  
Le suele dar mas próspero suceso.

Pruébese por razon y por costumbre,  
Que aunque no influye en término tan breve,  
Insta con mas vigor la mansedumbre:

Como en invierno descender la nieve  
Tan sosegada vemos, que al sentido  
Parece que ni baja ni se mueve;

Pero en valles y montes recibido  
De la cándida lluvia el humor lento,  
Los cubre y fertiliza sin ruido.

Con la perseverancia de este aliento  
Canta Homero las iras juveniles,  
Y el orbe escucha atónito ó atento.

Y Marón los afetos pastoriles,  
El culto agreste, y el varon troyano  
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.

Este que llama el vulgo estilo llano  
Encubro tantas fuerzas, que quien osa  
Tal vez acometerle suda en vano.

Y su facilidad dificultosa  
Tambien convida, y desanima luego  
En los dos corifeos de la prosa.

Fulmina la retórica del griego;  
Pero desata aquel vigor divino  
En la igualdad frecuente con sosiego.

No menos el Demóstenes latino  
Para cuya riqueza usurpa el ro  
Que nació en minas áticas, Arpino.

Yo ha mucho que lo hurté para el decoro  
De algun poema, y hecho el aparato  
Me asenté sobre el arca del tesoro.

Porque me profanó el cuidado ingrato  
Do gran causa civil, á pesar mio,  
Y es menester purgarme de su trato.

Que al fin no sufro la altivez de Clio,  
Que canto venerable se medite,  
Sino en la soledad de su desvío.

Demás de esto, no falta quien me incito  
A que, si ornarme de laurel desco,  
Los números latinos ejercite;

Porque gusta de ver aquel musco  
La ostentacion del dácilo gallarda,  
Tropellar la quietud del espondeo.

Y cuando aquel prosigue y este tarda,  
Mas gracia de esta priesa y deste espacio  
Que de los piés de nuestro verso aguarda.

Mas yo sé bien el sueño con que Horacio,  
Antes el mismo Rómulo me enseña,  
Que llevar versos al antiguo Lacio,

Fuera lo mismo que á los bosques leña,  
Y trastornar en Betis ó en Ibero  
Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere, ni yo quiero  
Abortar un poema colecticio  
De lenguaje y espíritu extranjero :

Pues cuando me quisiera dar propicio  
Maron para su fábrica centones,  
¿ Quién sabe cuál surgiera el edificio?

Con mármoles de nobles inscripciones,  
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,  
Fabrican hoy tabernas y mesones.

Ya me parece, pues, que al mismo punto  
Que me retiro á vida libre y sola,  
Imitaciones y advertencias junto.

Y que mi musa fiel, como española,  
A venerar nuestras banderas viene,  
Donde la religion las enarbola.

Que en los silvosos montes de Pirene,  
En ningun tiempo infieles ni profanos,  
Las espadas católicas previene :

Para que las reciban de sus manos  
Los héroes, que escogió por lidiadores  
Contra los escuadrones africanos :

Cuando por dar señal de sus favores  
Sobre uno de los árboles, fué vista  
Cándida cruz vibrando resplandores.

Con lo cual dió principio á la conquista  
El rey, en los fervores de la guerra,  
Por su velocidad llamado *Arista*;

Porque al ímpetu horrible con que cierra  
Como de flor de sacudidas ramas,  
Se cubre de arcos púnicos la tierra.

Acero en limpias órdenes de escama  
Teje á nuestros campeones las lorigas,  
Que ilustradas del sol arrojan llamas.

Y en ambas huestes fieles y enemigas  
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones  
Ejercitan las bélicas fatigas :

Ni con esfuerzo de inclitos varones  
 Faltáran otras vírgenes guerreras  
 Como en frigios y en tuscos escuadrones.  
 Aquí verás Pentosileas fieras,  
 Camilas fuertes, que dejada el arte  
 De Aracne, siguen trompas y banderas.  
 Ni caerá ocioso el arco en esta parte,  
 De cuyos tiros nacen los deseos  
 Con que amor solicita el mismo Marte.  
 Los ramos de los robles pirincos  
 Desgajará el honor de las hazañas;  
 Y en tanto que lo viste de trofeos,  
 Sonará el abolorio en sus montañas  
 Progenitor de tantos graves nietos,  
 Que hoy veneramos en las tres Españas.  
 No guardaré el rigor de los precetos  
 En muchas partes, sin buscar excusa  
 Ni perdon por justísimos respetos.  
 Y si algun Aristarco nos acusa,  
 Sepa que los precetos no guardados  
 Cantarán alabanzas á mi musa :  
 Que si sube mas quo ellos ciertos grados  
 Por obra de una fuga generosa,  
 Contentos quedarán y no agraviados.-  
 Así habrás visto alguna ninfa hermosa  
 Que desprecia el ornato ó le modera  
 Quizá con negligencia artificiosa :  
 Que es mucho de hermosura verdadera  
 A veces consultar con el espejo,  
 Mas por la adulacion que de él espera,  
 Que por necesidad de su consejo.

## EPIGRAMAS.

## I.

Viéndose en un fiel cristal  
 Ya antigua Lico, y quo el arte  
 No hallaba en su rostro parte  
 Sin estrago natural;  
 Dijo : hermosura mortal,  
 Pues que su origen lo fué,  
 Aunque el mismo amor le dé  
 Sus flechas para rendir,  
 Viva obligada á morir :  
 Pero á envejecer ¿porqué?

## II.

Cuatro dientes te quedaron,  
 (Si bien me acuerdo) mas dos,  
 Elia, de una tos volaron,  
 Los otros dos de otra tos.  
 Seguramente toser  
 Puedes ya todos los dias,  
 Pues no tiene en tus encías  
 La tercera tos qué hacer.

## BERNARDO DE VALBUENA.

Fué patria de este celebrado poeta la villa de Valdepeñas, donde vió la luz primera en 22 de noviembre de 1568. Habiendo pasado á Méjico en los primeros años de su infancia, se dedicó al estudio de las humanidades, logrando alcanzar á la edad de 17 años un triple premio, en que compitió con mas de trescientos jóvenes de grande aplicacion y talento. No se olvidó por esto de las ciencias sagradas: después de tomar en aquella capital el grado de bachiller en teologia, se restituyó á España, recibiendo el de doctor en la universidad de Sigüenza. Abrazó entre tanto la carrera eclesiástica, y obtuvo á los 39 años la abadía de Jamaica, en cuya iglesia residió hasta 1620, en que fué electo obispo de Puerto-Rico, cuando contaba ya 51 años. Permaneció allí hasta su muerte acaecida en 1627. Las obras que han llegado á nuestras manos de este distinguido ingenio son: *La grandeza mejicana*, *El siglo de oro* y *El Bernardo*. Escribió tambien un *Arte nuevo de poesia*, un poemá titulado *La alteza de Laura*, y una obra que apellidó *Cosmografia universal*, cuyos manuscritos perecieron tal vez en el saqueo de Puerto-Rico por los Holandeses.

## MUERTE DE DULCIA.

No escondieron los montes su delito  
 Por mas que acrecentó á la caza el uso,  
 Siendo el crecido talle el sobrescrito  
 De lo que allí encubierto el tiempo puso:  
 El mustio rostro en su color marchito  
 El de su incauta madre trae confuso,  
 Siente arrogante con dolor la afrenta,  
 Y mas del vulgo siente que la sienta.



Y como la honra en nobles corazones  
 A toda otra importancia es preferida,  
 Y el sentir que anda puesta en opiniones  
 Peor es quo muerte en una honrada vida;  
 Calipso abreviar quiso sus pasiones,  
 Beber la muerte en sola una bebida,  
 Y « muera, dijo, quien su honor deshonra,  
 » Pues es muerte civil vida sin honra. »  
 Saca el ramo fatal de oro vestido,  
 Que era de su valor la mayor seña,  
 Y del engaste ya desguarnecido,  
 Entre frágil le pone y seca leña :  
 Y al enemigo fuego le ha ofrecido,  
 Que otra venganza tiene por pequeña,  
 Tres veces encenderlo intenta, y luego  
 Otras tantas lo hurta al mortal fuego.  
 Ya lo saca una vez, y otra lo arroja;  
 Ya el fuego apaga, ya lo resucita,  
 Con lágrimas el seco tizon moja;  
 Ya en la brasa lo pone, y ya lo quita :  
 La honra y el amor en una hoja  
 La muerte tienen y la vida escrita;  
 Si lo que el uno quiere el otro niega,  
 ¿Quién podrá componer lucha tan ciega?  
 Ya el miedo del delito que intentaba  
 El rostro mancha de color de cera;  
 Ya el encendido enojo le alteraba,  
 Y le robaba la color primera :  
 Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,  
 Ya se mostraba madre verdadera,  
 Cual inconstante nao en mar airada  
 De un viento y otro aquí y allí llevada.  
 En la mano el fatal tronco tenia,  
 En su cruel intento ya quemado :  
 — Si de este el fuego ha de nacer, decia,  
 Que el triste reino dejará abrasado,  
 Perezca aquí tu vida con la mía  
 Antes que el daño llegue á ser doblado,  
 Que los raros principios portentosos  
 No prometieron fines mas dichosos. —  
 Dijo, y temblando el brazo desmayado,  
 El rostro vuelto, que su error no vieso  
 El funesto tizon al fuego ha dado,  
 Que un gemido mortal se oyó que dieso :  
 De la invencible llama rodeado,

Como por todas partes se encendiese,  
Dulcia ignorante, y de su mal ausente,  
Con un nuevo calor arder se siente.

Las entrañas el fuego lo consume  
Sin causa, y de repente procedido,  
Y aunque con su valor y brio presume  
Vencerlo, queda su valor vencido:

Ya la enemiga parca se resume  
En dejar el estambre dividido,  
Cae en el triste lecho desmayada,  
Cual tierna fruta sin sazón cortada.

Crisalva entre sus brazos soberanos  
El desmayado cuerpo sostenia,  
Apriétale las suyas con sus manos,  
Como quien darle su salud queria:  
No juzga sus dolores por livianos,  
Mas tampoco creyó que se moria:  
Dulcia, perdida la color de rosa,  
Así le habla, y tiembla temerosa:

— Llamarme con delgadas voces siento  
Del seno oscuro de la tierra helada,  
Tristes sombras cruzar veo por el viento,  
Y que me llaman todas de pasada:  
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento;  
Cielos, ¿á cuál deidad tengo agraviada,  
Que en medio de mi dulce primavera  
Con tan nuevo rigor quiere que muera?  
Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte:  
¿Qué mayor muerte quieres que dejarte?  
Si me era paraíso y gloria el verte,  
¿Qué gozaré dejando de gozarte?  
Si el morir siento menos que perderte,  
No es porque quedas, mas por no llevarte  
Donde me llaman: ¡Ay, Crisalva mía,  
Que es temeroso trance esta agonía!

Solo á ti he dado cuenta de mi vida,  
Solo á ti he descubierto mis amores,  
Como á la secretaria mas querida  
Que el cielo pudo darme en sus favores:  
Si eres desta alma la mitad partida,  
Si te obliga el amor á mis dolores,  
Esto ¡oh mi amada prenda! solo pido  
Por alivio del paso á que he venido;

Que si acaso aquel Dios, cuya memoria  
Siempre en mi alma vivirá guardada,

Llegare aquí, despues que la vitoria  
 Mia esté por la muerte declarada,  
 Le cuentas con dolor mi amarga historia,  
 Y por fin do la muerte desdichada  
 Dirásle, hermana, que á este paso fuerte  
 Mas me mató su ausencia que mi muerte

Que si con estos ojos ver pudiera  
 Su heldad cual está en mi fantasia,  
 Pequeño brazo el de la muerte fuera  
 Para dejarme sin la vida mia:  
 Y si por ser mortal al fin muriera,  
 Muriera no tan falta de alegría,  
 Sirviéndome su boca de aposento  
 A este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido  
 El encendido amor que me ha mostrado,  
 Illiciera al fin con su valor cumplido  
 Este paso y dolor menos pesado:  
 Siento la muerte, porque no ho vivido,  
 Y en edad peligrosa me ha hallado,  
 Cuando al mundo mi vida parecia  
 Alegre flor al despertar del dia.

Siento que esta semilla soberana,  
 Que ahora viva en mis entrañas siento,  
 Antes de ver la luz muerto temprana  
 Compre á cuenta de darle yo el sustento;  
 Y quo la parca cruel en la hebra vana  
 Antes de urdirla dé el golpe violento,  
 Y en el breve morir solo le cuadro  
 Ser hija y heredera de tal madro.

Siento que ya la vida se me acaba  
 Y que el alma comienza á desasirse,  
 Y el fresco aliento quo vigor me daba  
 Dentro del pecho en fuego convertirse. —  
 Asi la bella Dulcia se acababa,  
 Cual se ve tierna antorcha consumirse;  
 Y Crisalva, mas muerta que su hermana,  
 Asi le aplica una esperanza vana:

— Vive, mi Dulcia, de temor segura,  
 Que no será tu mal tan poderoso,  
 Aunquo se junte á él mi desventura,  
 Que de tal vida salga vitorioso:  
 No se desdore así tu hermosura;  
 Que el carmesí do ese clavel-hermoso  
 No le verá la muerte, aunque atrevida;

Por no cobrar en verlo nueva vida.

Si el cielo me da un nudo, como puede,  
Yo ligaré tu alma con la mia,  
Y haré que entro los dos así se enredo,  
Que sigan ambas una misma via :  
Ni la mia vaya ni la tuya quede  
Ausente de su dulce compañía,  
Antes iguales en ventura y suerto  
Pasen por una vida y una muerte.

Gozarnos hemos tiempo sin medida :  
No estés de lo contrario recelosa,  
Y allá la muerte tras la edad cumplida,  
En su lugar será pieza forzosa :  
Vendrá menos aceda y desabrida ;  
Que al fin es la vejez carga penosa,  
Y en un mismo sepulcro venturoso  
Un lecho gozaremos y un reposo. —

Así Crisalva á Dulcia consolaba,  
Y así Dulcia se estaba consumiendo,  
Y aquella poca vida que faltaba  
Por el aire sutil se fué huyendo :  
Huyó el aliento que el vivir le daba  
Como marchita y débil flor cayendo,  
La abrasa consumida y acabada  
Entre blanca ceniza amortiguada.

Si cien lenguas distintas y acordadas  
El cielo á esta sazón me concediera,  
Y en ellas las palabras mas limadas  
Que hay en la clara discrecion pusiera,  
Fueran de aliento corto y limitadas,  
Si encarecer con ellas pretendiera  
El dolor, sentimiento, angustia y llanto  
Que en Crisalva causó el mortal espanto.

¡ Oh humana suerte de inconstancias llena,  
Con quien ni vale gracia ni hermosura,  
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena  
En su misma grandeza se asegura !  
¡ No hay tiempo claro ni alma tan serena  
A quien no siga invierno y noche oscura,  
Ni alegre sangre en juveniles años  
Libre de riesgo y máquinas de engaños !

¡ Ahora el cabello enlace y la garganta  
Con las perlas del mar que Arabia cria,  
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta  
Riqueza el monte Imabo á Persia envia !

¡Ahora de la beldad que al mundo espanta  
Las flores goco, y donde muere el día  
Sueno su voz, y corra desde Oriente  
Libre de lengua en lengua y gente en gente!

¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,  
Despiertos sueños de la humana vida,  
Que corro y vuela de uno en otro daño  
Hasta donde la muerte está escondida,  
Cortando á todos de vestir un paño,  
Sin hacer diferencia on la medida,  
Que son el pobre, el rico, el flaco y fuerte  
Iguales á las puertas de la muerte!

No del Tigris las ondas espumosas,  
Quo en furiosos raudales van pasando,  
Ni de Venus las aves amorosas  
En sesgo vuelo por el aire blando,  
En curso igualan las humanas cosas  
Quo los tiempos tras sí llevan volando;  
La pena sola y el dolor mas breve  
Parece adonde está que no se mueve.

(EL BERNARDO. — *Canto X.*)

#### DON JUAN DE JÁUREGUI.

Nació en Sevilla por los años de 1570. Fué caballero del hábito de Calatrava, y caballerizo de la reina doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV. Después de haber residido en Roma, en donde parece que se hallaba en el año 1607, pasó en Madrid la mayor parte de su vida, falleciendo por enero de 1641, según aparece de los avisos históricos de Pellicer. Sus *Rimas* se publicaron en Sevilla; la excelente traduccion que hizo del *Aminta*, *fábula pastoral de Torcuato Taſso*, vió por primera vez la luz pública en Roma; y la *Farsalia*, en Madrid en 1684, juntamente con el *Orfeo*, ya publicado en 1624.

#### LA MONARQUÍA DE ESPAÑA, EN LA MUERTE DE SU REINA DOÑA MARGARITA.

##### CANCION.

Ya que en silencio mi dolor no iguale  
Ni mis ocultas lágrimas y llanto  
Al superior afecto que las vierto;

Justo será que mi funesto canto  
 Las acompañe, y que del alma exhale  
 Nuevos clamores de tristeza y muerte.  
 Y pues me ofrece la contraria suerte  
 Presente, el caso mas infausto y grave,  
 Que caber pudo en su vigor violento :  
 Que así mi sentimiento  
 Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.  
 Mas vence su rigor las fuerzas mías,  
 Ni admite el grave daño recompensa  
 Faltando á España su mayor tesoro.  
 Y yo aunque ciega de perpetuo lloro  
 Quiera sentir su rigurosa ofensa,  
 Veré primero en las cenizas frías,  
 Por quien suspiro, fenecer mis días,  
 Que de llorarlas quede satisfecho  
 Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.

¿Quién vió tal vez en áspera campaña  
 Árbol hermoso cuya rama y hoja  
 Cubre la tierra de verdor sombrío?  
 Donde el ganado cándido recoja  
 Alejado el pastor de su cabaña  
 Y allí resista el caloroso estío.  
 La planta con ilustre señorío  
 Ofrece de su tronco y de sus flores  
 Y de su hojoso toldo y fruto opimo  
 Olor y dulce arrimo,  
 Sustento y sombra á ovejas y pastores;  
 Hasta que la segur de avara mano  
 Sus fértiles raíces desenvuelve,  
 Atormentando en torno su terreno  
 Por dar materia al edificio ajeno.  
 Siente la noche el ganadillo, y vuelvo  
 Al caro albergue, procurado en vano;  
 Y viendo de su abrigo yermo el llano,  
 Forma balido ronco, y su lamento  
 Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.

No de otra suerte, ¡ó planta generosa,  
 Que adornas los alcázares del cielo!  
 Prestaste arrimo, sombra y acogida  
 Al pueblo grato del Iberio suelo :  
 Dió tu heroica virtud, cual flor hermosa,  
 Olor que ha penetrado la extendida  
 Region etérea : así desposcida  
 Viéndose España de la prenda suya,

Tembló al severo golpe de a parca,  
 Y en torno su comarca  
 Fué quebrantada con la ausencia tuya.  
 Hoy los que en tí gozaron tan colmada  
 Copia de frutos, sus ofensas miden  
 Con largas quejas, y á llorar forzados  
 Con espantables rostros, erizados,  
 Suspiros tantos de dolor despiden,  
 Que para su querella congojada  
 Ya faltan fuerzas á la voz cansada,  
 Y si reducen á llorar los brios,  
 Tambien para los ojos faltan rios.

Ni ya reprime su lamento vano,  
 Verte en el cielo mejorar de imperios  
 De excelsos tronos y coronas santas;  
 Y que en vez de los principes iberios  
 Que se postraban á besár tu mano,  
 Hoy las estrellas besarán tus plantas,  
 Ni el ver que á España dejas prendas tantas,  
 (Nobles centellas de tu sacro fuego)  
 A cuyo cetro y próspero gobierno  
 Darás favor eterno,  
 Si á Dios presentas de su parte el ruego.  
 Ni nos basta mirar tu viva lumbre  
 Al sol, de quien fué rayo, siempre unida  
 Y prestando esplendor al alto cielo.  
 Ni el ver, por muestras de tu santo celo,  
 Modernos templos, que en edad florida  
 Han de lograr su excelsa pesadumbre,  
 Y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbra,  
 Honrar, solemnizando tu corona,  
 Su viva siempre, liberal patrona.

Por mas que el tiempo y la razon porfio  
 A divertir el ánimo afligido  
 Del entrañable y vivo sentimiento,  
 No habrá razon ó tiempo ó largo olvido  
 Que nuestro luto funeral desvie  
 Del siempre fatigado pensamiento:  
 Siempre al disgusto cederá el contento  
 En misera contienda; y por despojos  
 Verás, sin tí, nuestros humildes pechos  
 Que en llanto ya deshechos  
 El corazon destilen por los ojos.  
 Tu muerte llorarán los pardos Chinos,  
 Los Indios negros y Alemanes rubios,

Que en tí perdieron su imperial grandeza;  
 Daráte el mundo con igual tristeza  
 Flébil tributo en lluvias y diluvios :  
 Porque, si á los distantes y vecinos  
 Reinos tus ojos vuelves ya divinos,  
 Veas que te llora con amor profundo,  
 Sino cual debe, como puede el mundo.

#### AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto,  
 Que el Bétis baña, y de su fértil curso  
 Cobran verdor los sauces ocupados;  
 Dondo el ocioso juvenil concurso,  
 La soledad siguiendo y lo remoto,  
 Logra de amor los hurtos recatados :  
 Aquí prestar alivio á mis cuidados  
 Pensé yo triste un día,  
 Porque la ninfa mia  
 Ví que emboscada y de recelo ajena,  
 Ya el cinto desceñido,  
 Sus miembros despojaba del vestido.  
 Dejóle al fin compuesto en el arena,  
 Manifestando al cielo  
 De su desnuda forma la belleza.  
 Luego á las puras ondas con presteza  
 La ví correr, do el cuerpo delicado  
 Sintió del agua de repente el hielo,  
 Y suspendió su brio  
 Viéndose en la carrera salteado  
 Con líquidos aljófares del rio.  
 Mas reclinóse al fin sabrosamente,  
 Cubriendo de los húmedos cristales  
 Toda su forma de la planta al cuello.  
 Tal vez la hermosa frente  
 Sola mostraba de su rostro bello :  
 Tal con ligeros saltos paseaba  
 La orilla, y en sus frescos arenales  
 Sus tiernos miembros liberal mostraba.  
 Yo, en tan alegre vista embebecido,  
 Y en los tejidos ramos escondido,  
 Al cielo con el alma agradecía  
 Mi desigual ventura,  
 Y el recatado labio no movia :



¡Ay si mis ojos con igual cordura  
 Celar pudieran sus ocultas llamas!  
 Y no que ansiosos de mirar cercano  
 Aquel hermoso vulto soberano,  
 Se divertieron á mover las ramas;  
 Y apenas el rüido  
 Hirió á la bella ninfa el pronto oído,  
 Cuando su aguda vista y rostro honesto  
 Le descubrió mi hurto manifesto:  
 Y como la corcilla descuidada,  
 Mientras las hojas tiernas y menudas  
 Despunta de la yerba rociada,  
 Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,  
 Y vuelve las agudas  
 Orejas y la frente pavorosa  
 A la vecina selva, ó la floresta,  
 Do con alada planta voladora  
 Se embosca, y deja el cazador burlado;  
 Tal su ligero curso amedrentado  
 Siguió mi amada ninfa al mismo instante  
 Que me miró delante.

¡O bella ingrata á quien el alma adora!  
 Entonces dije; y me arrojé tras ella,  
 Detente, aguarda agora;  
 Del enemigo es justo que se huya,  
 No del amante que la gloria suya  
 Ha puesto en adorar tu imágen bella:  
 Tras ti me llevas del amor vencido  
 Y no de tus agravios persuadido:  
 Ya que matarme tu soberbia quiera,  
 Permite solo que á tus ojos muera.  
 Mas ¡ay! que en vano pido  
 Te duelas de mi daño, pues tampoco  
 Sientes el tuyo, ninfa, en la carrera:  
 Mira que ofende el áspero camino  
 Tus blandos piés, reporta la huida,  
 Que yo te seguiré mas poco á poco.

En cuanto así la voz enternece  
 Convierto á moderar su desatino;  
 Ella, esforzando el corazón medroso,  
 Penetra el bosque, y á lo mas fragoso  
 Y oculto el curso aplica:  
 Los árboles al verla enamorados,  
 O ya de mi dolor compadecidos,  
 Parecen que se oponen á encontrarla,

O bien á contemplarla.

Eco mis voces con afán replica,  
 Las broncas peñas mi dolor sentían.  
 Lleva mi ninfa al viento derramados  
 De modo sus cabellos y tendidos,  
 Que en torno al bello rostro parecían  
 Los rayos puros de Titan dorados.  
 Hé aquí, mientras sin orden se esparcían  
 Las hebras de oro por el aura helada,  
 De un sauce humilde en los hojosos brazos  
 Se marañaron los hermosos lazos,  
 Y de mi ninfa amada  
 Embarazaron algo la carrera.  
 Ella, al sentir su estorbo, de manera  
 Alzó la voz con alarido al cielo,  
 Que, porque menos el dolor sintiera,  
 Sin la seguir me derribé en el suelo,  
 Diciéndole: ya, ninfa, no te sigo  
 Sino con sola el alma cnamorada;  
 El alma llevas, y no mas contigo,  
 Modera tu violencia acelerada;  
 O ya si el peso rehusar pretendes,  
 Déjame el alma, y huye descansada.  
 Mas, no porque mi voz la asegurase,  
 Y lejos bien distante me quedase,  
 Un punto quiso dotener sus plantas,  
 Ni perdonar la ofensa á su cabello;  
 Antes cargando la cabeza y cuello  
 Hácia adelante con ahinco y fuerza,  
 Deja perdidas de sus hebras cuantás  
 Le pudo arrebatár la rica rama,  
 Y mas furiosa su carrera esfuerza  
 Abriendo el paso entre la yerba y grama.  
 De mi burlada vista al fin se aleja,  
 Los árboles la esconden, y me deja,  
 Cual queda el can liviano, que seguía  
 A la veloce liebre en la fragosa  
 Sierra, donde ella pudo cautelosa  
 Torcerse entre las matas y quebrarse:  
 Él, ya quo de cobrarla desconfía,  
 Descuida el pió ligero, y sin cansarso  
 Contempla solo la difícil via,  
 Y el rastro que dejó por los breñales  
 De su velluda piel, cuando huía  
 La astuta liebre á saltos desiguales;

Así cuando perdi la ninfa mia  
 Me fui yo triste al ramo venturoso,  
 Do estaban sus cabellos enlazados,  
 Y dije lamentándome quejoso :  
 ¡O lazos ! dulce anuncio á mi severa  
 Muerte , y á ejecutalla conjurados ,  
 Despojos de la prenda á quien adoro !  
 Bien pudo suspenderse mi carrera  
 Por vuestro honor, cual su volátil planta  
 Detuvo , atenta al oro ,  
 La codiciosa virgen Atalanta :  
 No es oro el vuestro de menor tesoro :  
 ¡O dulces lazos, muestra conocida  
 De la aspereza de mi bella ingrata !  
 ¡O falso bien, que regalando mata ,  
 Y aparente lisonja de la vida !  
 Do contra mí dejó el rigor ajeno  
 En vaso de oro su mortal veneno :  
 Prenda seréis para mi mal guardada  
 En el estrecho seno ;  
 Pues aunque en vos me quede la memoria  
 Desta crueldad de mi enemiga airada  
 Y en vos mi ofensa arguya ,  
 Al fin sois prenda suya ,  
 Y en eso fundaré mi débil gloria.  
 Y tú, frondosa rama ,  
 Que te compadeciste  
 Do verme ardiendo en amorosa llama ,  
 Y el fugitivo curso entretuviste  
 De aquella mi bellissima contrária ;  
 Perdona , si en tan breve te despojas  
 Del oro puro que to adorna y viste :  
 Baste á calificar tus ricas hojas  
 Solo haber sido dél depositaria ;  
 Y en cambio al recibido  
 Beneficio presente , al cielo pido  
 Que iguale con su altura  
 La fértil copa quo tus hojas brota ,  
 Y extienda tus raíces  
 En el terreno centro á la remota  
 Y la mayor hondura ;  
 Y quo las arboledas autorices  
 Por luengos siglos con igual verdura.  
 Dije , y las hebras rubias marañadas  
 Desenlacé cobarde y temeroso ,

Y al pecho venturoso  
 Las ofreci por prendas regaladas :  
 Y viendo oscurecerse el occidente  
 Ya cuando el mar de Iberia presuroso  
 Trastorna el sol la fatigada frente,  
 Desamparé yo triste el bosque umbroso.

## SIGLO XVII.

### DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Nació en Madrid, y fué bautizado en la parroquia de San Ginés á 26 de setiembre del año 1580. Fueron sus padres don Pedro Gomez de Quevedo, y doña Maria de Santibañez. Estudió en Alcalá y se graduó de teología á los quince años ; pero no por eso dejó de aplicarse á las demás facultades, saliendo muy aventajado en ellas, especialmente en toda clase de erudicion sagrada y profana, y en las lenguas griega y hebrea. Era diestro en el manejo de las armas, y alcanzaba grandes fuerzas ; lo cual le ocasionó varios lances en el discurso de su vida. Uno de ellos le obligó á huir á Sicilia, donde á la sazón se hallaba de virey el célebre duque de Osuna don Pedro Giron. La proteccion que logró en este señor, y los servicios distinguidos que le hizo así en Sicilia como en Nápoles, le valieron el favor de la corte, la gracia del hábito de Santiago, y ser recomendado al duque para que le emplease en nuevas comisiones. Pero la caída del virey en 1620 arrastró consigo á Quevedo, que, fiel á su protector, siguió la misma suerte, y padeció las mismas desgracias. Tres años y medio estuvo preso en la Torre de Juan Abad, sin que se le hiciese cargo ninguno, y al cabo de ellos dado por libre, pudo, á pesar de sus émulos, venir á la corte, donde fué en gran manera estimado por Felipe IV, que le destinaba á empleos de la mayor consideracion. Pero Quevedo ya entonces deseaba retirarse del bullicio del mundo á la tranquilidad doméstica ; y ansioso de lograrla, se casó por los años de 1634 con doña Esperanza de Aragon, señora de Cetina. La muerte de esta señora burló todos los proyectos de Quevedo, y fué la señal de nuevos infortunios. Sus enemigos le hicieron sospechoso al gobierno, el cual dió orden para que se le embargase su hacienda, y se llevase preso á la casa de San Marcos de Leon. Su encierro fué tan estrecho y miserable, que se le tenia que vestir y alimentar de limosna, y a falta de facultativo tuvo el mismo que canterizarse tres llagas que, por la humedad del sitio, se le habían cancerado. Escribió al conde duque sincerándose, y esto le produjo algun alivio ; hasta que, averiguado el

autor de un libelo, con cuyo pretexto se lo habia preso, fué puesto en libertad, y pudo venir á la corte. Mas la pobreza á que estaba reducido no le dejó permanecer aquí mucho tiempo; y vuelto á su villa de la Torre, murió de un achaque de pecho contraído en su prision, en 8 de setiembre de 1645, á los 65 años de su edad.

## SILVA I.

### A LA CODICIA.

Diste crédito á un pino,  
 A quien del ocio rudo avara mano  
 Trujo del monte al agua peregrino,  
 ¡O Loiba ciego, de tu paz tirano!  
 Viste, amigo, tu vida  
 Por la codicia á tanto mar vendida:  
 Arrojárte violento  
 A donde quiso el albedrio del viento.  
 ¿Qué condicion del Euro y Noto ignoras?  
 ¿Qué mudanzas no sabes de las horas?  
 Vives, y no sé bien si despreciado  
 Del agua, ó perdonado.  
 ¿Cuántas veces los monstruos, que el mar cierra,  
 Y tuviste en la tierra  
 Por sustento, en la nave mal segura  
 Los llegaste á temer por sepultura?  
 ¿Qué tierra tan extraña  
 No te forzó á besar del mar la saña?  
 ¿Cuál alarbe, cuál scita, turco ó moro,  
 Cuando al agua y al viento obedecias,  
 Por señor no tenias?  
 Mucho te debe el oro,  
 Si despues que saliste  
 Pobre reliquia de naufragio triste,  
 En vez de descansar del mar seguro,  
 A tu codicia hidrópica obediente  
 Con villano azadon en cerro duro  
 Sangras las venas al metal luciente.  
 ¿Porqué permites que trabajo infame  
 Sudor tuyo derrame?  
 Deja oficio bestial, quo inclina al suelo  
 Ojos nacidos para ver el cielo.

¿Qué fatigas la tierra?

Deja en paz los secretos de esta sierra ;  
 ¿Qué te han hecho , mortal , de estas montañas  
 Las escondidas y ásperas entrañas ,  
 A quien defiende apenas negra hondura ?  
 Mira que á un tiempo mismo estás abriendo  
 Al metal puerta , á ti la sepultura ,  
 Piensas , y es un engaño vergonzoso ,  
 Que le hurtas riqueza al duro suelo ;  
 Oro le llamas , y es dulce desvelo ;  
 Es peligro precioso ,  
 Rubia tierra , pobreza acreditada ,  
 Y ponzoña dorada .

¡ Ay ! no lleves contigo  
 Metal de la quietud siempre enemigo ;  
 Pues la naturaleza , viendo que era  
 Tan contrario á la santa paz primera ,  
 Por dañoso y contrario á quien le estima ,  
 Y por mas escondernos sus lugares ,  
 Los montes le echó encima ,  
 Y sus sendas borró con altos mares .

Doy que á tu patria vuelvas al instante ,  
 Que el occidente dejes saqueado ,  
 Y que al mar sosegado  
 Con amigo semblanto

Debajo del precioso peso gima ,  
 Cuando sus fuerzas líquidas oprima  
 La soberbia y el peso del dinero :  
 Doy que te sirva el viento lisonjero ;  
 Si su furor recelas ,

Doy que respeta el cáñamo á tus velas ,  
 Y si temes del mar el desconcierto ,  
 Bien que imposible sea ,

Doy que te sale á recibir el puerto .

Si pobre casa tienes , que te vea  
 Rico ; ¿ dime si acaso

En tus montones de oro

Tropezará la muerte , ó tendrá el paso ,  
 O añadirá á tu vida tu tesoro

Un año , un mes , un día , una hora , ó un punto ?

No lo podrás hacer , ni el mundo junto ;  
 Esto , pues , si no puede , ¿ á qué esperanza

Truecas segura paz en tal tardanza ?

Deja , no caves mas el metal fiero ,  
 Ve que sacas consuelo á tu heredero ,

Y que juntas tesoro, si so advierte,  
 Para comprar deseos de tu muerte.  
 Sacas ¡ay! un tirano de tu sueño,  
 Y un polvo quo después será tu dueño:  
 Déjale, ¡ó Loiba! si es quo te aconsejas  
 Con la santa verdad sincera y pura;  
 Pues él te ha de dejar, si no le dejas,  
 O te le ha de quitar la muerte dura.

## SILVA II.

## ROMA ANTIGUA Y MODERNA.

Esta que miras grande Roma ahora,  
 Huésped, fué yerba un tiempo, fué collado;  
 Primero apacentó pobre ganado,  
 Ya del mundo la ves reina y señora.  
 Fueron en estos atrios Lamia y Flora  
 De unos admiracion, de otros cuidado;  
 Y la que pobre Dios tuvo en el prado,  
 Deidad preciosa en alto templo adora.  
 Jove tronó sobre desnuda peña  
 Donde se ven subir los chapiteles  
 A sacarle los rayos de la mano;  
 Lo que primero fué, rica desdeña;  
 Senado rudo, que vistieron pieles,  
 Da ley al mundo y peso al Océano.  
 Cuando nació la dieron  
 Muro un arado, reyes una loba,  
 Y no desconocieron  
 La leche, si este mató, y aquel roba.  
 Dioses que trujo hurtados  
 Del Dánao fuego la piedad Troyana,  
 Fueron aquí hospedados  
 Con fácil pompa, en devocion villana;  
 Fué templo el bosque, los peñascos aras,  
 Victima el corazon, los dioses varas;  
 Y pobre y común fuego en estos llanos  
 Los grandes reinos de los dos hermanos.  
 A la sed de los bueyes  
 De Evandro fugitivo Tibre santo  
 Sirvió: después los cónsules, los reyes  
 Con sangré le mancharon,  
 Le crecieron con llanto  
 De los reinos que un tiempo aprisionaron:

Fué triunfo suyo, y viólos en cadena  
 El Danubio y el Rheno,  
 Los dos Ebro, y el padre Tajo ameno,  
 Cano en la espuma y rojo con la arena;  
 Y el Nilo, á quien han dado,  
 Teniendo hechos de mar, nombre de rio,  
 No sin envidia, viendo que ha guardado  
 Su cabeza de yugo y señorío,  
 Defendiendo ignorada  
 La libertad que no pudiera armada :  
 El que, por siete bocas derramadò,  
 Y de plata y cristal hidra espumante,  
 Con siete cuellos hiere el mar sonante,  
 Sirviendo en el invierno y el estío  
 A Egipto ya de nube ya de rio.  
 Anudaron al Tibre cuello y frente  
 Puentes en lazos de alabastros puros  
 Sobre peñascos duros,  
 Llorando tantos ojos su corriente,  
 Que aun parecen en campos de esmeralda  
 Los puentes Argos y pavon la espalda.  
 Donde muestran las fábricas que lloras  
 La fuerza que en los piés llevan las horas :  
 Pues vencidos del tiempo y mal seguros,  
 Peligros son los que antes fueron muros,  
 Que en siete montes circulo formaron,  
 Donde á la libertad de las naciones  
 Cárcel dura cerraron.

Trofeos y blasones

Que en arcos diste á leer á las estrellas,  
 Y no sé si á envidiar á las mas de ellas,  
 ¡O Roma generosa!  
 Sepultados se ven, donde se vieron  
 Los orgullosos arcos,  
 Como en espejo, en la corriente undosa :  
 Tan envidiosos hados te siguieron,  
 Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,  
 Les da en sus ondas llanto y sepultura.  
 Y las puertas triunfales,  
 Que tanta vanidad alimentaron,  
 Hoy ruinas desiguales,  
 Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron.  
 Las guerras ya caducan, y mortales  
 Amenazan donde antes admiraron  
 Los dos rostros de Jano



Burlaste, y en su templo y ara apenas  
 Hay yerba que dé sombra á las arenas,  
 Que primero adoró tanto Sicano.  
 Donde antes hubo oráculos, hay fieras;  
 Y descansadas de los altos templos,  
 Vuelven á ser riberas las riberas :  
 Los que fueron palacios son ejemplos :  
 Las peñas que vivieron  
 Dura vida con almas imitadas,  
 Que parece que fueron  
 Por Deucalion tiradas,  
 No de ingenios á mano adelgazadas,  
 Son troncos lastimosos,  
 Robados sin piedad de los curiosos.

Solo en el Capitolio perdonaste  
 Las estatuas y bultos que hallaste :  
 Y fué en tu condicion gran cortesía,  
 Bien que á tal majestad se lo debia.  
 Allí del arte ví el atrevimiento,  
 Pues Marco Aurelio en un caballo armado,  
 El laurel en las sienas anudado,  
 Osa pisar el viento,  
 Y en delgado camino y sendas puras  
 Halla donde afirmar sus herraduras.  
 De Mario ví y lloré desconocida  
 La estatua, á su fortuna merecida :  
 Vi en las piedras guardados  
 Los reyes y los cónsules pasados :  
 Ví los emperadores  
 Dueños del poco espacio que ocupaban,  
 Donde solo por sueños recordaban  
 Quo donde sirven hoy fueron señores.

¡O coronas, ó cetros imperiales,  
 Que fuisteis en monarcas diferentes  
 Breve lisonja de soberbias frentes,  
 Y rica adulacion en los metales!  
 ¿Dónde dejasteis ir los que os creyeron?  
 ¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?  
 Do sus cuerpos sabrá decir la fama,  
 Dónde se fué lo que sobró á la llama.  
 El fuego examinó sus monarquias,  
 Y yacen poco peso en urnas frias,  
 Y visten, vod la edad cuánto ha podido,  
 Sus huesos polvo, y su memoria olvido.

Tú, no de aquella suerte,

Te dejas poseer, Roma gloriosa,  
 De la envidiosa mano de la muerte :  
 Escalóte feroz gente animosa,  
 Cuando del ánsar de oro las parleras  
 Alas y los proféticos graznidos,  
 Siendo mas admirados que creídos,  
 Advirtieron de Francia las banderas :  
 Y en la guerra civil, en donde fuiste  
 De ti misma teatro lastimoso,  
 Siendo de sangre ardiente, que perdiste,  
 Pródiga tú y el Tibre candaloso.  
 Entonces, disfamando tus hazañas,  
 A tns propias entrañas  
 Volviste el hierro, que vengar pudiera  
 La grande alma de Craso, que indignada  
 Fué en tu desprecio triunfo á gente fiera,  
 Y ni está satisfecha, ni llorada.  
 Despues, cnando envidiando tu sosiego,  
 Duro Neron dió música á tu fuego,  
 Y tu dolor fué tanto,  
 Que pudo junto ser remedio el llanto,  
 Ahrasadas del fuego sobre el rio,  
 Torres llovió en ceniza viento frio;  
 Pero de las cenizas que derramas  
 Fénix renaces, parto de las llamas,  
 Haciendo tu fortuna  
 Tu muerte vida, tu sepulcro cna.

Mientras con negras manos atrevidas  
 Osó desanudar de sacras frentes  
 Desdeñoso laurel, palmas torcidas,  
 Que fueron miedo sobre tantas gentes,  
 Hurtó el imperio, que nació contigo,  
 Y dióle al enemigo :  
 Pero tú, ó fuese estrella enamorada,  
 O deidad celestial apasionada,  
 O en tu principio fuerza de la hora,  
 Naciste para ser reina y señora  
 De todas las ciudades.  
 En tu niñez te vieron las edades  
 Con rústico senado ;  
 Luego, con justos y piadosos reyes,  
 Dueños del mundo, dar á todos leyes.  
 Y cuando pareció que habia acabado  
 Tan grande monarquía,  
 Con los sumos pontífices, gobierno

De la Iglesia, te viste en solo un día  
 Reina del mundo y cielo y del infierno.  
 Las águilas trocaste por la llave,  
 Y el nombre de ciudad por el de nave,  
 Los que fueron Nerones insolentes,  
 Son Pios y Clementes.  
 Tú dispensas la gloria, tú la pena,  
 Y á esotra parte de la muerte alcanza  
 Lo que el gran sucesor de Pedro ordena.  
 Tú das aliento y premio á la esperanza,  
 Siendo en tan dura guerra  
 Gloriosa corte de la fe en la tierra.

### AL DUQUE DE OSUNA.

#### SONETO.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,  
 Pero no á su defensa sus hazañas;  
 Diéronle muerte y cárcel las Españas  
 De quien él hizo esclava la fortuna.  
 Lloraron sus envidias una á una  
 Con las propias naciones las extrañas:  
 Su tumba son de Flandes las campañas,  
 Y su epitafio la sangrienta luna.  
 En sus exequias encendió el Vesubio  
 Parténope, y Trinacria al Mongivelo,  
 El llanto militar creció en diluvio.  
 Dióle el mejor lugar Marte en su cielo,  
 La Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio  
 Murmuran con dolor su desconsuelo.

### LETRILLAS SATÍRICAS.

#### I.

Santo silencio profeso:  
 No quiero, amigos, hablar;  
 Pues vemos que por callar  
 A nadie se hizo proceso:  
 Ya es tiempo de tener seso,  
 Bailen los otros al son,  
 Chiton.  
 Que piquen con buen concierto  
 Al caballo mas altivo  
 Picadores, si está vivo,  
 Pasteleros, si está muerto:

Que con ojaldre cubierto  
Nos den un pastel frison,  
Chiton.

Que por buscar pareceres  
Revuelvan muy desvelados  
Los Bártulos los letrados,  
Los abades sus mujeres;  
Si en los estrados las vieres  
Que ganan mas que el varon,  
Chiton.

Que trague el otro jumento  
Por doncella una sirena,  
Mas catada que colmena,  
Mas probada que argumento;  
Que llame estrecho aposento  
Donde se entró de rondon,  
Chiton.

Que pretenda el maridillo  
De puro valiente y bravo  
Ser en una escuadra cabo  
Siendo cabo de un cuchillo;  
Que le vendan el menabrillo  
Que tiralle era razon,  
Chiton.

Que duelos nunca le falten  
Al sastre que chupan brujas;  
Que le falten las agujas  
Y á su mujer se las salten;  
Que sus dedales esmalten  
Un doblon y otro doblon,  
Chiton.

Que tonos á sus galanes  
Cante Juanilla estafando,  
Porque ya piden cantando  
Las niñas como alemanes;  
Que en tono, haciendo ademanes,  
Pidan sin ton y sin son,  
Chiton.

Mujer hay en el lugar  
Que á mil coches por gozillos  
Echará cuatro caballos,  
Que los sabe bien echar :-  
Yo sé quien manda salar  
Su coche como jamon,  
Chiton.

## II.

Pues amarga la verdad  
 Quiero echarla de la boca,  
 Y si al alma su hiel toca,  
 Esconderla es necesidad;  
 Sépase, pues libertad  
 Ha engendrado en mi pereza  
 La pobreza.

¿Quién hace al tuerto galán,  
 Y prudente al sin consejo;  
 Quién al avariento viejo  
 Le sirve de río Jordan?  
 ¿Quién hace de piedras pan  
 Sin ser el Dios verdadero?  
 El dinero.

¿Quién con su fiereza espanta  
 El cetro y corona al rey?  
 ¿Quién careciendo de ley  
 Merece el nombre de santa?  
 ¿Quién con la humildad levanta  
 A los cielos la cabeza?  
 La pobreza.

¿Quién los jueces con pasión,  
 Sin ser ungüento, hace humanos,  
 Pues untándoles las manos  
 Los ablanda el corazón?  
 ¿Quién gasta su opilación  
 Con oro, y no con acero?  
 El dinero.

¿Quién procura que se aleje  
 Del suelo la gloria vana?  
 ¿Quién siendo toda cristiana  
 Tiene la cara de hereje?  
 ¿Quién hace que al hombre aqueje  
 El desprecio y la tristeza?  
 La pobreza.

¿Quién la montaña derriba  
 Al valle, la hermosa al feo?  
 ¿Quién podrá cuanto el deseo,  
 Aunque imposibles conciba;  
 Y quién lo de abajo arriba  
 Vuelve en el mundo ligero  
 El dinero.

## III.

Poderoso caballero  
Es don dinero.  
Madre, yo al oro me humillo  
Él es mi amante y mi amado;  
Pues de puro enamorado  
De continuo anda amarillo :  
Que pues doblon ó sencillo,  
Hace todo cuanto quiero;  
Poderoso caballero  
Es don dinero.

Nace en las Indias honrado  
Donde el mundo le acompaña :  
Viene á morir en España ,  
Y es en Génova enterrado :  
Y pues quien le trae al lado  
Es hermoso aunque sea fiero ;  
Poderoso caballero  
Es don dinero.

Es galán y es como un oro ,  
Tiene quebrado el color  
Persona de gran valor,  
Tan cristiano como moro :  
Pues que da y quita el decoro  
Y quebranta cualquier fuero ,  
Poderoso caballero  
Es don dinero.

Son sus padres principales ,  
Y es de noblo descendiente ,  
Porque en las venas de Oriente  
Todas las sangres son reales :  
Y pues es quien hace iguales  
Al duque y al ganadero ,  
Poderoso caballero  
Es don dinero.

Mas ¿ á quién no maravilla  
Ver en su gloria sin tasa  
Que es lo menos de su casa  
Doña Blanca de Castilla?  
Pero pues da al bajo silla,  
Y al cobarde hace guerrero ,  
Poderoso caballero  
Es don dinero.

Sus escudos de armas nobles  
 Son siempre tan principales,  
 Que sin sus escudos reales  
 No hay escudos de armas dobles :  
 Y pues á los mismos robles  
 Da codicia su minero,  
 Poderoso caballero  
 Es don dinero.

Por importar en los tratos  
 Y dar tan buenos consejos,  
 En las casas de los viejos  
 Gatos le guardan de gatos :  
 Y pues él rompe recatos  
 Y ablanda al jüez severo,  
 Poderoso caballero  
 Es don dinero.

Y es tanta su majestad ;  
 Aunque son sus duelos hartos,  
 Que con haberle hecho cuartos  
 No pierde su autoridad :  
 Pero , pues da calidad  
 Al noble y al pordiosero ,  
 Poderoso caballero  
 Es don dinero.

Nunca ví damas ingratas  
 A su gusto y aficion ,  
 Que á las caras de un doblon  
 Hacen sus caras baratas ;  
 Y pues las hago bravatas  
 Desde una bolsa de cuoro ,  
 Poderoso caballero  
 Es don dinero.

Mas valen en cualquier tierra ,  
 Mirad si es harto sagaz ,  
 Sus escudos en la paz ,  
 Quo rodela en la guerra :  
 Y pues al pobre le entierra  
 Y hace propio al forastero ,  
 Poderoso caballero  
 Es don dinero.

## FRANCISCO DE RIOJA.

Nació en Sevilla por los años de 1595. En los primeros años de su juventud cursó la jurisprudencia, tomando el grado de licenciado en dicha facultad. Fué abogado consultor de Felipe IV, bibliotecario del Rey y su cronista. Obtuvo después la plaza de inquisidor de Sevilla, y mas tarde la de la suprema y general Inquisicion. El día 10 de noviembre de 1636 tomó posesion de la silla de racionero en la catedral de Sevilla, sin que conste el año en que recibió las órdenes sacerdotales. Murió en Madrid el viene 28 de agosto de 1659, siendo enterrado en la parroquia de San Luis.

## SILVA.

## I.

## A LA ROSA.

Pura, encendida rosa,  
 Émula de la llama,  
 Que sale con el día,  
 ¿Cómo naces tan llena de alegría,  
 Si sabes que la edad que te da el cielo,  
 Es apenas un breve y veloz vuelo?  
 Y no valdrán las puntas de tu rama,  
 Ni tu púrpura hermosa,  
 A detener un punto  
 La ejecucion del hado presurosa.  
 El mismo cerco alado,  
 Que estoy viendo riente,  
 Ya temo amortiguado,  
 Presto despojo de la llama ardiente.  
 Para las hojas de tu crespó seno  
 Te dió amor de sus alas blandas plumas,  
 Y oro de su cabello dió á tu frente.  
 ¡O fiel imágen suya peregrina!  
 Bañóte en su color, sangre divina,  
 De la deidad que dieron las espumas.  
 ¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo  
 Hacer menos violento el rayo agudo?  
 Róbate en una hora,  
 Róbate licencioso su ardimiento  
 El color y el aliento:



Tiendes aun no las alas abrasadas,  
 Y ya vuelan al suelo desmayadas :  
 Tan cerca, tan unida  
 Está al morir tu vida,  
 Que dudo si en sus lágrimas la aurora  
 Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

## II.

## AL CLAVEL.

A tí, clavel ardiente,  
 Envidia de la llama y de la aurora  
 Miró al nacer mas blandamente Flora :  
 Color te dió excelente,  
 Y del año las horas mas suaves.  
 Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo  
 Rompe luciente sol las canas nieves  
 Con mas caliente rayo,  
 Tiendes igual las hojas abrasadas;  
 Mas ¿quién sabe, si á Flora el color debes,  
 Cuando debas las horas mas templadas?  
 Amor, amor sin duda dulcemente  
 Te bañó de su llama refulgente,  
 Y te dió el puro aliento soberano  
 Que eres, flor encendida,  
 Pública admiracion de la belleza,  
 Lustre y ornato á pura y blanca mano,  
 Y ornato, lustre y vida  
 Al mas hermoso pelo  
 Que corona nevada y tersa frente;  
 Sola merced de amor, no de suprema  
 Otra deidad alguna.  
 ¡O flor de alta fortuna!  
 Cuantas veces le miro  
 Entre los admirables lazos de oro,  
 Por quien lloro y suspiro,  
 Por quien suspiro y lloro,  
 En envidia y amor junto me enciendo.  
 Si forman por la pura nieve y rosa,  
 Diré mejor por el luciente cielo,  
 Las dulces hebras amoroso velo,  
 Quedas, clavel, en cárcel amorosa  
 Con gloria peregrina aprisionado  
 Si al dulce labio llegas que provoca

A suave deleite al mas helado,  
 Luego que tu encendido seno toca,  
 A tu color sangriento  
 Vuelves ¡ay! ¡ó dolor! mas abrasado.  
 ¿Dióte naturaleza sentimiento?  
 ¡O yo dichoso á habérseme negado!  
 Hable mas de tu olor y de tu fuego  
 Aquel á quien envidias de favores  
 No alteran el sosiego.

## III.

## AL JAZMIN.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,  
 Jazmin, gloria y honor del seco estio!  
 ¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,  
 Hermosa flor que competir presume  
 Con tu fragante espíritu y colores?  
 Tuyo es el principado  
 Entre el copioso número que pinta  
 Con su pincel y con su varia tinta  
 El florido verano.  
 Naciste entre la espuma  
 De las ondas sonantes  
 Que blandas rompe y tiende el Ponte en Chio;  
 Y quizá te formó suprema mano,  
 Como á Venus tambien de su rocío  
 Y si no es rumor vano,  
 La misma blanca diosa de Citera,  
 Cuando del mar salió la vez primera,  
 Por do en la espuma el blando pié estampaba  
 De la playa arenosa  
 Albos jazmines daba;  
 Y de la tersa nieve y de la rosa  
 Que el tierno pié ocupaba  
 Fiel copia apareció en tan breves hojas.  
 La dulce flor de su divino aliento  
 Liberal escondió en tu cerco alado:  
 Hizo inmortal en el verdor tu planta,  
 El soplo la respeta mas violento,  
 Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,  
 Y la luz mas flamante  
 Que Apolo asparce altivo y arrogante.

Si de suave olor despoja ardiente  
 La blanca flor divina  
 Y amenaza á su cuello y á su frente  
 Cierta y veloz ruina,  
 Nunca tan licenciosa se adelanta  
 Que al incansable suceder se opono  
 De la nevada copia,  
 Que siempre al mayor sol igual florece,  
 É igual al mayor hielo resplandece.  
 ¡O jazmin glorioso!  
 Tú solo eres cuidado deleitoso  
 De la sin par hermosa Citerea,  
 Y tú tambien su imágen peregrina.  
 Tú cándida pureza  
 Es mas de mí estimada,  
 Por nueva emulacion de la belleza  
 De la altiva luz mia,  
 Que por obra sagrada  
 De la rosada planta de Dione :  
 A tu excelsa blancura  
 Admiracion se debe,  
 Por imitar de su color la nieve,  
 Y á tus perfiles rojos,  
 Por emular los cercos de sus ojos  
 Cuando renace el día  
 Fogoso en Oriente,  
 Y los montes mas altos y robustos.  
 Mas, apenas tonante  
 De los cóncavos senos de la mina  
 El aire se arrebató  
 Y en círculos de humo se dilata ;  
 Cuando no se ve mas que la ruina,  
 Rotas columnas, y deshechas basas,  
 Ceniza y polvo oscuro  
 De la alta mole y del trabajo muro  
 ¡Impia hazaña y fiera,  
 Por conseguir el natural intento,  
 Resolver la firmeza al grave asiento  
 De inmutable montaña!  
 ¡Impia y atroz hazaña,  
 Y cruda condicion, dar al deseo  
 Imperio de tirano,  
 Y al vano afeto poderosa mano!  
 No así vagante llama  
 Tiende el cabello sobre antigua selva,

Y rompe y se derrama  
 Por los hojosos senos, ambiciosa  
 De conservar su luz maravillosa,  
 Y esforzada del viento  
 Discurre por el bosque á paso lento.  
 Esplende y arde en el silencio oscuro,  
 Émula de los astros:  
 Arde y esplende al rutilante y puro  
 Cándido aparecer de la mañana,  
 Y sobra y vence al sol siempre segura.  
 Abrasadora del verdor del pino  
 Levanta entre sus ramas  
 Globos de fuego y máquinas de llamas:  
 Y en el sólido tronco y mas secreto  
 Del laurel y el aheto  
 Estalla y gime y luce,  
 Nunca del Euro ó Noto escurecida,  
 Ni de la inmensa pluvia destruida.  
 Tal en mi pecho inapagable incendio  
 Eterno se sustenta,  
 Y tal como violenta,  
 Y vana y leve exhalacion huyeron  
 Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

# CANCION.

## A LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
 Campos de soledad, mustio collado,  
 Fueron un tiempo Itálica famosa:  
 Aquí de Cipion la vencedora  
 Colonia fué: por tierra derribado  
 Yace el temido honor de la espantosa  
 Muralla, y lastimosa  
 Reliquia es solamente  
 De su invencible gente.  
 Solo quedan memorias funerales  
 Donde erraron ya sombras do alto ejemplo:  
 Este llano fué plaza, allí fué templo;  
 De todo apenas quedan las señales:  
 Del gimnasio y las termas regaladas.  
 Leves vuelan cenizas desdichadas;  
 Las torres que desprecio al aire fueron  
 A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,  
 Impio honor de los dioses cuya afrenta  
 Publica el amarillo jaramago,  
 Ya reducido á trágico teatro  
 ¡O fábula del tiempo! representa  
 Cuánta fué su grandeza, y es su estrago.  
 ¿Cómo en el cerco vago  
 De su desierta arena  
 El gran pueblo no suena?  
 ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo  
 Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerté?  
 Todo desapareció, cambió la suerte  
 Voces alegres en silencio mudo:  
 Mas aun el tiempo da en estos despojos  
 Espectáculos fieros á los ojos,  
 Y miran tan confuso lo presente,  
 Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
 Gran padre de la patria, honor de España,  
 Pio, felice, triunfador Trajano;  
 Ante quien muda se postró la tierra,  
 Que ve del sol la cuna, y la que baña  
 El mar tambien vencido gaditano.  
 Aquí de Elio Adriano,  
 De Teodosio divino,  
 De Silio peregrino,  
 Rodaron de marfil y oro las cunas.  
 Aquí ya de laurel, ya de jazmines  
 Coronados los vieron los jardines  
 Que ahora son zarzales y lagunas.  
 La casa para el César fabricada,  
 ¡Ay! yace de lagartos yil morada:  
 Casas, jardines, Césares murieron,  
 Y aun las piedras que de ellos escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
 La vista en luengas calles destruidas,  
 Mira mármoles y arcos destrozados,  
 Mira estatuas soberbias, que violenta  
 Némesis derribó, yacer tendidas,  
 Y ya en alto silencio sepultados-  
 Sus dueños celebrados.  
 Así á Troya figuro,  
 Así á su antiguo muro,  
 Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,  
 ¡O patria de los dioses y los reyes!

Y á tí, á quien no valieron justas leyes,  
 Fábrica de Minerva, sabia Atenas :  
 Emulacion ayer de las edades,  
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades :  
 Que no os respetó el hado, no la muerte,  
 ¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.  
 ¿Mas para qué la mente se derrama  
 En buscar al dolor nuevo argumento?  
 Basta ejemplo menor, basta el presente;  
 Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,  
 Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.  
 Tal genio, ó religion fuerza la mente  
 De la vecina gente,  
 Que refiere admirada,  
 Que en la noche callada  
 Una voz triste se oye, que llorando  
 Cayó *Itálica*, dice; y lastimosa  
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa  
 Selva que se le opone resonando,  
*Itálica*, y el claro nombre oido  
 De *Itálica*, renuevan el gemido  
 Mil sombras nobles de su gran ruina :  
 Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.  
 Esta corta piedad que agradecido  
 Huésped á tus sagrados manes debo,  
 Te doy y consagro, ó *Itálica* famosa :  
 Tú, si el lloroso don han admitido  
 Las ingratas cenizas de que llevo  
 Dulce noticia asaz, si lastimosa,  
 Permíteme piadosa  
 Usura á tierno llanto,  
 Que vea el cuerpo santo  
 De Geroncio tu mártir y prelado :  
 Muestra de su sepulcro algunas señas,  
 Y cavaré con lágrimas las peñas  
 Que ocultan su sarcófago sagrado.  
 Pero mal pido el único consuelo  
 De todo el bien que airado quitó el cielo :  
 Goza en las tuyas sus reliquias bellas  
 Para envidia del mundo y las estrellas.

#### EPÍSTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas  
 Prisiones son do el ambicioso muere  
 Y donde al mas astuto nacen canas;

Y el que no las limare ó las rompiere,  
Ni el nombre de varon ha merecido,  
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido  
Elija en sus intentos temeroso,  
Primero estar suspenso que caído :

Que el corazon entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente,  
Antes que la rodilla al poderoso.

Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,  
Que supo retirarse, la fortuna,  
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion terrible é importuna  
De contrarios sucesos nos espera,  
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera  
Corriente del gran Betis, cuando airado  
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado  
Que el premio mereció, no quien le alcanza  
Por vanas consecuencias del Estado.

Peculio propio es ya de la privanza  
Cuanto de Austria fué, cuanto regia  
Con su temida espada y fuerte lanza.

El oro, la maldad, la tiranía  
Del inicuo procede y pasa al bueno;  
¿Qué espera la virtud, ó en qué confía?

Ven y reposa en el materno seno  
De la antigua Romúlea, cuyo clima  
Te será mas humano y mas sereno;

A donde por lo menos, cuando oprima  
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:  
Blanda le sea, al derramarla encima;

Donde no dejarás la mesa ayuno,  
Cuando te fante en ella el pece raro,  
O cuando su pavon nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,  
Como en la oscura noche, del Egeo  
Busca el piloto el eminente faro.

Que si acortas y ciñes tu deseo,  
Dirás: lo que desprecio he conseguido;  
Que la opinion vulgar es devaneo.

Mas precia el ruiseñor su pobre nido  
De pluma y leves pajas, mas sus quejas  
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas  
De algun principe insine, aprisionado  
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado  
A esa antigua colonia de los vicios,  
Augur de los semblantes del privado!

Cese el ansia, y la sed de los oficios;  
Que acepta el don, y burla del intento  
El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,  
Y no te pasarás de hoy á mañana,  
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana  
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?  
¡O error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas  
Del senado y romana monarquía  
Murieron y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia  
Do apenas sale el sol cuando se pierde  
En las tinieblas de la noche fria?

¿Qué es mas que el heno, á la mañana verde,  
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvario!

¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvio  
De la vida viviendo, y que está unida  
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios en veloz corrida  
Se llevan á la mar, tal soy llevado  
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?  
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero  
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo como muero,  
De aprender á morir, antes que llegue  
Aquel forzoso término postrero!

Antes que aquesta miés inútil siegue  
De la severa muerte dura mano,  
Y á la comun materia se la entregue.

Pasáronse las flores del verano,  
El otoño pasó con sus racimos,  
Pasó el invierno con sus nieves cano.

Las hojas que en las altas selvas vimos,  
Cayeron, y nosotros á porfia  
En nuestro engaño inmóviles vivimos.



Temamos al Señor que nos envía  
 Las espigas del año y la hartura,  
 Y la temprana pluvia y la tardía.  
 No imitemos la tierra siempre dura  
 A las aguas del cielo y al arado,  
 Ni á la vid cuyo fruto no madura.  
 ¿Piensas acaso tú que fué criado  
 El varon para el rayo de la guerra,  
 Para sulcar el piélago salado,  
 Para medir el orbe de la tierra,  
 Y el cerco donde el sol siempre camina?  
 ¡Oh quien así lo entiende, cuánto yerra!  
 Esta nuestra porcion alta y divina  
 A mayores acciones es llamada,  
 Y en mas nobles objetos se termina.  
 Así aquella que solo al hombre es dada,  
 Sacra razon y pura me despierta,  
 De esplendor y de rayos coronada;  
 Y en la fria region dura y desierta  
 De aqueste pecho enciende nueva llama,  
 Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.  
 Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,  
 Y callado pasar entre la gente;  
 Que no afecto los nombres ni la fama.  
 El soberbio tirano del Oriente  
 Que maciza las torres de cien codos  
 Del cándido metal, puro y luciente,  
 Apenas puede ya comprar los modos  
 Del pecar; la virtud es mas barata,  
 Ella consigo mesma ruega á todos.  
 ¡Pobre de aquel que corre y se dilata  
 Por cuantos son los climas y los mares,  
 Perseguidor del oro y de la plata!  
 Un ángulo me basta entre mis lares,  
 Un libro y un amigo, un sueño breve  
 Que no perturben deudas ni pesares.  
 Esto tan solamente es cuanto debe  
 Naturaleza al parco y al discreto,  
 Y algun manjar comun, honesto y leve.  
 No porque así te escribo hagas conceto  
 Que pongo la virtud en ejercicio,  
 Que aun esto fué difícil á Epiteto.  
 Basta al que empieza aborrecer el vicio  
 Y el ánimo enseñar á ser modesto,  
 Después le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto  
De sólida virtud, que aun el vicioso  
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso  
Este camino sea al alto asiento,  
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento  
Aquella inteligencia que mensura  
La duracion de todo á su talento :

Flor la vimos primero, hermosa y pura,  
Luego materia acerba y desabrida,  
Y perfecta después, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida  
Y dispense y comparta las acciones  
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,  
Que moran nuestras plazas macilentos,  
De la virtud infames bistriones :

Esos inmundos, trágicos, atentos  
Al aplauso comun, cuyas entrañas  
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas  
El aura respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Qué redundante y llena de ruido

Por el vano ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
En las costumbres solo á los mejores,  
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores  
En nuestro traje, ni tampoco sea  
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,  
Un estilo comun y moderado,  
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado  
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,  
Como en el vaso múrinopreciado :

Y alguno tan ilustre y generoso  
Que usó, como si fuera plata neta,  
Del cristal trasparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfecta  
Alguna cosa? ¡O muerte! ven callada  
Como sueles venir en la saeta;

No en la tonante máquina preñada  
De fuego y de rumor, que no es mi puerta  
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta  
Su esencia la verdad, y mi albedrío  
Con ella se compone y se concierta.

No te burles dé ver cuánto confío;  
Ni al arte de decir vana y pomposa  
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa  
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
Se arroja al mar; la ira á las espadas,  
Y la ambicion se rie de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas  
Las opuestas acciones, si las miro  
De mas ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
De cuanto simple amé: rompí los lazos:  
Ven y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

#### DON ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Nació en Nájera (la Rioja), por los años de 1595. Cursó leyes en Salamanca. Murió el 3 de setiembre de 1669.

#### AL CÉFIRO.

##### SÁFICOS.

Dulce vecino de la verde selva,  
Huésped eterno del abril florido,  
Vital aliento de la madre Venus,  
Céfiro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,  
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,  
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,  
Díle que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabia,  
 Filis un tiempo mi dolor lloraba,  
 Quisome un tiempo; mas agora temo,  
 Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,  
 Así los cielos con amor benigno  
 Nieguen al tiempo, que feliz volares,  
 Nieve á la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,  
 Cuando amanece en la elevada cumbre,  
 Toque tus hombros, ni su mal granizo  
 Hierá tus alas.

#### CANTILENA.

Yo ví sobre un tomillo  
 Quejarse un pajarillo,  
 Viendo su nido amado,  
 De quien era caudillo,  
 De un labrador robado:  
 Vile tan congojado,  
 Por tal atrevimiento,  
 Dar mil quejas al viento,  
 Para que al cielo santo  
 Lleve su tierno llanto,  
 Lleve su triste acento.  
 Ya con triste armonia,  
 Esforzando el intento,  
 Mil quejas repetia,  
 Ya cansado callaba,  
 Y al nuevo sentimiento  
 Ya sonoro volvia:  
 Ya circular volaba,  
 Ya rastrero corria,  
 Ya pues de rama en rama  
 Al rústico seguia,  
 Y saltando en la grama,  
 Parece que decia:  
 Dame, rústico fiero,  
 Mi dulce compañía:  
 Y que le respondia  
 El rústico: no quiero.

## ROMANCERO.

No es esta la ocasion de combatir los extravíos en que han caído, al hablar del romance castellano, no pocos ni despreciables preceptistas del pasado y del presente siglo. Conviene sin embargo advertir que, al designar con los títulos de *poetas canijos* y *copteros* á los que han cultivado este género de poesia, sobre no haberse comprendido absolutamente las grandes bellezas de que el romance es susceptible, se ha perdido de vista su índole y carácter genuino, ignorándose al par su representacion en nuestra literatura.

Los romances castellanos son la mas fragante, la mas lozana y brillante flor de la poesia española. Nacidos al grito de libertad y de guerra lanzado en el suelo de Asturias, ya celebran las portentosas hazañas de los héroes del cristianismo, que son al propio tiempo los campeones de la patria, ya cantan los milagros y apariciones de los santos invocados en mitad de los combates contra el poder de la morisma; ya solemnizan los triunfos alcanzados sobre los sarracenos por el pueblo; ya lloran sus calamidades y desgracias, revelando siempre los sentimientos, las creencias y las costumbres de aquel mismo pueblo cuyo entusiasmo exaltan y subliman. Cuando ensanchadas ya las fronteras de la patria y aseguradas la religion y la monarquía, y con ellas la libertad y la independencia, se derrama por toda Europa y penetra en España el espíritu caballeresco del Norte; cuando vencido el último baluarte de la morisma, recibe Granada dentro de sus muros los victoriosos pendones de Isabel y de Fernando, los romances castellanos, esas canciones populares que se oyen en el hogar doméstico, en medio de las campañas, en las explanadas de los castillos y en mitad de los reales; esa poesia tan espontánea como característica del genio y de la lengua de nuestros mayores, reflejan también aquel caballerismo y entonan el canto de victoria sobre la vencida civilización musulmana.

Así, los romances pasan por todas las fases, por todas las vicisitudes, por todos los triunfos del pueblo castellano. Desde la cuna de la nacionalidad española arrullan á aquel pueblo de severas costumbres y de profundas creencias y lo excitan al combate: entonces son esencialmente *caballerescos*. Mas adelante reflejan la civilización musulmana: entonces son *moriscos*. Finalmente se afilian bajo las banderas del arte erudito que henchía la Europa de cantos bucólicos: entonces son *pastoriles*. Al cabo de todas estas trasformaciones cae el romance en manos del populacho que ha perdido ya su antigua fiereza, y con ella la noble aspiración que en medio de los combates le alentaba: entonces son *jocosos*.

Hé aquí sumariamente la historia de la poesia popular de España. Véase cómo los cargos y acusaciones de los que no han comprendido la índole y carácter del romance castellano, sobre ser de todo punto infundados, solo sirven para acusar su indolencia, ya que no su ignorancia. El romance castellano se presta, pues, á todos los tonos, á todos los sentimientos y á todas las situaciones de la vida: ya se levanta á la verdadera entonación épica, ya parece calzar el coturno trágico; ora exhala los tristes y desgarradores acentos de un alma

transida de dolor, ora revela el apacible y tierno gozo de un amante feliz; ya formula las sencillas quejas de una inocente pastora; y ya finalmente se duele de las flaquezas humanas, tronando con Juvenal sobre los vicios, ó burlándose con Marcial de los viciosos.

! Siguiendo la clasificación que acabamos de hacer, hemos juzgado conveniente presentar á nuestros lectores modelos de cada una de las especies de romance mencionadas.

## ROMANCE CABALLERESCO.

### VIII. — DESAFÍO DEL CID.

Non es de sesudos homes  
Ni de infanzones de pro  
Facer denuesto á un fidalgo,  
Que es tenuto mas que vos.  
Non los fuertes barraganes  
Del vueso ardid tan feroz  
Prueban en homes ancianos  
El su juvenil furor.  
Non son buenas fechorías  
Que los homes de Leon  
Fieran en el rostro á un viejo,  
Y no el pecho á un infanzon.  
Cuidáras que era mi padre  
Del Lain Calvo sucesor,  
Y que no sufren los tuertos  
Los que han de buenos blason.  
¿Mas cómo vos atrevisteis  
A un home, que solo Dios,  
Siendo yo su fijo, puede  
Facer aquesto, otro non?  
La su noble faz ñublasteis  
Con nube de deshonor,  
Mas yo desfaré la niebla;  
Que es mi fuerza la del sol;  
Que la sangre despercude  
Mancha que finca en la honor,  
Y ha de ser, si bien me lembro,  
Con sangre del mallhechor.  
La vuestra, conde tirano  
Lo será, pues su furor  
Os movió á desaguisado  
Privándovos de razon.

Mano en mi padre pusisteis  
 Delante el rey con furor,  
 Cuidá que lo denodasteis,  
 Y que soy su fijo yo.  
 Mal fecho ficisteis, conde,  
 Yo vos reto de traidor,  
 Y catad si vos atiendo,  
 Si me causarás pavor.  
 Diego Lainez me fizo  
 Bien cendrado en su crisol;  
 Yo probaré en vos mis fuerzas,  
 Y en vuesa mala intencion.  
 No vos valdrá el ardimiento  
 De mañero lidiador;  
 Pues para me combatir  
 Traigo mi espada y troton.  
 Aquesto al conde Lozano  
 Dijo el buen Cid campeador,  
 Que después por sus fazañas  
 Este nombre mereció.  
 Dióle la muerte y vengóse,  
 La cabeza le cortó,  
 Y con ella ante su padre  
 Contento se afinojó.

#### ROMANCE MORISCO.

Si tienes el corazon,  
 Zaide, como la arrogancia  
 Y á medida de las manos  
 Dejas volar las palabras;  
 Si en la vega escaramuzas,  
 Como entre las damas hablas,  
 Y en el caballo revuelves  
 El cuerpo como en las zambras;  
 Si el aire de los bohordos  
 Tienes en jugar la lanza,  
 Y como danzas la toca,  
 Con la cimitarra danzas;  
 Si eres tan diestro en la guerra  
 Como en pasear la plaza,  
 Y como á fiestas te aplicas,  
 Te aplicas á la batalla:  
 Si como el galan ornato,  
 Usas la lucida malla,

Y oyes el son de la trompa,  
 Como el son de la dulzaina:  
 Si como en el regocijo  
 Tiras gallardo las cañas,  
 En el campo al enemigo  
 Le atropellas y maltratas;  
 Si respondes en presencia,  
 Como en ausencia te alabas;  
 Sal á ver si te defiendes,  
 Como en el Alhambra agravias.  
 Y si no osas salir solo,  
 Como lo está el que te aguarda,  
 Alguno de tus amigos  
 Para que te ayuden saca.  
 Que los buenos caballeros  
 No en palacio ni entre damas  
 Se aprovechan de la lengua,  
 Que es donde las manos callan;  
 Pero aquí que hablan las manos  
 Ven, y verás como habla  
 El que delante del rey  
 Por su respeto callaba.  
 Esto el moro Tarfe escribe  
 Con tanta cólera y rabia,  
 Que donde pono la pluma,  
 El delgado papel rasga.  
 Y llamando á un pajo suyo,  
 Le dijo: véte al Alhambra,  
 Y en secreto al moro Zaide  
 Da de mi parte esta carta.  
 Y dirásle que le espero  
 Donde las corrientes aguas  
 Del cristalino Genil  
 Al Generalife bañan.

#### ROMANCE PASTORIL.

Peñas del Tajo deshechas  
 Del curso eterno del agua,  
 ¿Cómo el de los ojos míos  
 Un pecho tierno no ablanda?  
 Bien parece que se ríe  
 Entre vosotras la ingrata,  
 Que me ha desterrado el cuerpo,  
 Y me ha perseguido el alma.



Gozosa Filis se goza  
 De quien me destruye y mata,  
 Como si el vencer un muerto  
 Diese victoria tan alta.  
 Humilde sufriendo estoy  
 El cuchillo á la garganta,  
 Y con ser sentencia injusta  
 No le replico palabra.  
 Mis agravios me dan voces,  
 Para que tome venganza;  
 Yo acállolos con decirles  
 Que poca vida me falta.  
 Aconséjoles que sufran,  
 Y respóndenme que osáran,  
 Si como ella tiene el pecho,  
 Tuviera yo las entrañas.  
 ¿A quién se humilla el león?  
 ¿Quién con ser fiera le agravia?  
 Y á mí me mata de celos  
 Una mujer enojada.

#### ROMANCE JOCOSO.

Topáronse en una venta  
 La muerte y amor un día,  
 Ya despues de puesto el sol  
 Al tiempo que anochecía.  
 A Madrid iba la muerte  
 Y el ciego amor á Sevilla,  
 A pié llevando en los hombros  
 Sus caras mercaderías.  
 Yo pensé que iban huyendo  
 Acaso de la justicia;  
 Porque ganan á dar muerte  
 Entrambos á dos la vida.  
 Y estando los dos sentados,  
 Amor á la muerte mira;  
 Y como la vió tan fea,  
 No pudiendo: tejo fin  
 Y la rial poner la risa,  
 Señora, no sé qué os diga,  
 Porque tan hermosa fea  
 Yo no la he visto en mi vida.  
 Corrida la muerte de esto,  
 Puso en el arco una vira,

Y otra en el suyo Cupido,  
 Y hacía fuera se retiran.  
 Con un lanzon el ventero  
 De por medio se metia,  
 Y haciendo las amistades  
 Cenaron en compañía.  
 Fuéles forzoso quedarse  
 A dormir en la cocina,  
 Que en la venta no había cama  
 Ni el ventero la tenía.  
 Los arcos, flechas y aljabas  
 Dan á guardar á Marina,  
 Una moza que en la venta  
 A los huéspedes servia.  
 Aun no ha bien amanecido,  
 Cuando amor se despedia:  
 Sus armas al huésped pide  
 Pagando lo que debia,  
 El huésped le da por ellas  
 Las que la muerte traia;  
 Amor se las echó al hombro,  
 Y sin mas mirar camina.  
 Despertó después la muerte  
 Triste, flaca, desabrida;  
 Tomó las armas de amor  
 Y tambien hizo su guia.  
 Y desde entonces acá  
 Mata el amor con su vira  
 Mozos, que ninguno pasa  
 De los veinte y cinco arriba:  
 A los ancianos á quien  
 Matar la muerte solia,  
 Ahora los emamora  
 Con las saetas que tira.  
 Mirad cuál está ya el mundo  
 Vuelto lo de abajo arriba,  
 Amor por dar vida, mata,  
 Muerte por matar, da vida.

## SIGLO XVIII.

## DON IGNACIO DE LUZAN.

Nació en Zaragoza á 28 de marzo de 1702, de una familia muy distinguida en aquel reino. La muerte de sus padres acaecida en su primera edad, y los disturbios que habia en España en aquel tiempo con motivo de la guerra de sucesion, le llevaron á Italia, donde, bajo el amparo y al cuidado de un tio suyo hizo sus primeros estudios, y tomó una instruccion muy amplia en humanidades, filosofia y derecho civil. Pero la literatura y la poesia fueron sus ocupaciones favoritas; y en su primera juventud se ejercitaba en componer versos en italiano y en latin, idiomas que poseia como si fueran propios suyos. Tambien llegó á poseer con mucha perfeccion el francés, el alemán y el griego, á que se dedicó después con grande ahinco.

Vuelto á España publicó su *Poética* en Zaragoza en 1737, y habiendo venido á la corte supo no solo con sus talentos y su literatura, sino con el conocimiento y tino que hablaba de los negocios públicos, y con su agradable y urbano trato, granjearse tal concepto de capacidad y despejo, que fué sucesivamente nombrado en 1747 secretario de la embajada de París; encargado de negocios en aquella corte al año siguiente, y vuelto á España en el de 50, consejero de hacienda; superintendente de la real Casa de Moneda de Madrid; y poco después tesorero de la Biblioteca real. Al tiempo que el gobierno le destinaba á empleos superiores por la confianza que en él tenia, falleció en Madrid de una enfermedad aguda en 19 de marzo de 1754.

Además de su *Poética* compuso diferentes poesías, algunas de ellas publicadas en el Parnaso español: tradujo del francés la comedia intitulada *La razon contra la moda* que corre impresa, y del italiano algunas óperas de Metastasio. Publicó tambien en prosa las *Memorias literarias de París*, y algun otro opúsculo sobre materias de critica historia y literatura; y dejó otros diferentes escritos de que se hace mencion en la juiciosa vida que se lee al frente de la última edicion de su *Poética*. Fué de la academia Española, de la de la Historia, y de la de San Fernando: los mas señalados hombres de letras que habia en España en su tiempo fueron sus amigos, y en gran parte sus discípulos: y atendidos su carácter y prendas virtuosas, sus talentos y sus estudios, el noble uso que hizo de ellos, y sus servicios al Estado, es sin duda uno de los hombres que mas bien hicieron en aquella época á su patria y á las letras, y nadie mienta su nombre sino con aprecio y veneracion.

## CANCION I.

## A LA CONQUISTA DE ORAN.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos  
 El arco y cuerdas, y de nuestro canto  
 Se oiga la voz por todo el hemisfero ;  
 Las vencedoras sienas coronemos  
 Del sagrado laurel, al que es espanto  
 Del infiel mauritano, al Marte ibero.  
 Ya ¿para cuándo quiero  
 Los himnos de alegría y las canciones,  
 Premio no vil que el coro de las nueve  
 A las fatigas debe,  
 Y al valor de esforzados corazones?  
 ¿Para cuándo estará, Musas, guardado  
 Aquel furor que bebe  
 Con las ondas suavisimas mezclado  
 De la Castalia fuente el labio solo  
 De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?

Una selva de pinos y de abetes  
 Cubrió la mar, angosta á tanta quilla :  
 Para henchir tanta vela faltó viento :  
 De flámulas el aire y gallardetes  
 Poblado divisó desde la orilla  
 Pálido el africano y sin aliento :  
 Del húmedo elemento  
 Dividiendo los líquidos cristales,  
 Y blandiendo Neptuno el gran tridente,  
 Alzó airado la frente  
 De ovas coronada y de corales :  
 ¿Quién me agobia con tanta pesadumbre  
 La espalda? ¿Hay quien intento  
 Poner tal vez en nueva servidumbre  
 Mi libre imperio? O ¿por ventura alguno  
 Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?

Así decia el dios : las españolas  
 Proras en tanto del undoso seno  
 Iban cortando la salada espuma :  
 Humildes retirábanse las olas,  
 Céfire por el cielo ya sereno  
 Batia en torno su ligera pluma.  
 ¿A dónde irá la suma  
 De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo

Que el español intrépido someta?  
 Hay otros que acometa  
 Riesgos por el océano profundo?  
 Si es que al soberbio inglés moverá guerra,  
 O si verá otra vez la Etnisia tierra?  
 ¿A dónde ha de ir, sino es donde le llama  
 La santa fe, la verdadera fama?

Estremecióse el africano suelo,  
 Y temblaron de Oran torres y almenas,  
 Del formidable vencedor á vista:  
 En vano á la mezquita erróneo celo  
 Trae madres y esposas de horror llenas  
 A rogar que Mahoma las asista.  
 No hay poder que resista  
 Al ímpetu y ardor del león de España,  
 Que vino, vió y venció; y el agareno  
 Probó de susto lleno  
 A un tiempo amago y golpe de su saña:  
 Cual suele ver, no sin mortal desmayo,  
 Rasgarse en ronco trueno  
 Las pardas nubes, y abortar el rayo,  
 El pasmado pastor, y todo junto  
 Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarves  
 El ya noto pendon que se enarbola  
 Con armas de Castilla y celtiberas:  
 Gimen de pena y rabia los alarbes  
 Al ver que el viento plácido tremola  
 Con respeto la cruz de las banderas.  
 De escuadras lisonjeras  
 De alados paraninfos cortejada  
 Entra la Fe triunfanto por las puertas,  
 Ahora de nuevo abiertas  
 Por el celo de España y por su espada.  
 Huye del Alcoran el falso rito,  
 Y abandona desiertas  
 Las mezquitas infames; y bendito  
 El lugar profanado y templo inculto,  
 Vuélvese á consagrar en mejor culto.

Estas, ó noble España, son tus artes,  
 Al cielo dirigir guerras y paces,  
 Pelear y vencer solo por Cristo:  
 Del orbe entero ya las cuatro partes  
 Siempre invencibles discurrir tus haces  
 Por la sagrada religion han visto.

Por tí desde Calisto  
 Hasta el opuesto polo en trecho inmenso  
 Al verdadero Dios el indio adora,  
 Y el que en la tierra mora  
 Donde al cruel Pluton se daba incienso.  
 Por tí del Evangelio arrebolada  
 Con mejor luz la aurora  
 Del Ganges sale, y por tí da la entrada  
 A nuestra fe la mas remota playa  
 Del Japon, de la China y de Cambaya.  
 Por tí de hoy mas el bárbaro numida,  
 El de Getulia, y el feroz Masilo  
 Dejarán la impia secta y ritos vanos :  
 Renacerán á mas felice vida  
 Cuantos habitan entre Lixo y Nilo  
 Abrazando la ley de los cristianos.  
 Con tratos mas humanos  
 El togado español pondrá sus leyes  
 Entonces al morisco vasallaje;  
 Y parias y homenaje  
 Recibirá de los vencidos reyes.  
 La piedad, el valor, la verdadera  
 Virtud y el nuevo traje  
 Aprenderá la Libia prisionera;  
 Y sabiendo imitar, sin otra cosa,  
 Su misma esclavitud la hará dichosa.  
 Sulcará el industrioso comerciante  
 El libre mar Tirreno y el Egéo,  
 Sin temor de mazmorra ó de grillete :  
 ¿ Si diré lo que mandas que ahora cante,  
 O Febo, ó dejaré que lo que veo  
 Claro en la edad futura otro intérprete?  
 El andaluz jinete  
 Beberá del Cedron, el santo muro  
 Libertado será; y el fiel devoto  
 Podrá cumplir su voto,  
 De tiranos insultos ya seguro.  
 Tendrá la España, mas que un tiempo Roma,  
 De su imperio en el coto,  
 El marfil indio y el sabéo aroma  
 Para las aras y el sagrado fuego;  
 Ven, ó dichosa edad, pero ven luego.  
 Do tu antiguo valor así no olvides  
 Los ilustres ejemplos, patriamia,  
 Lejos del ocio y de extranjera pompa :

Ame el fuerte mancebo armas y lides,  
 Y en vez de afeminada melodía  
 Guste solo del parche y de la trompa.  
 Ambos ijares rompa  
 Con la espuela el bridon : con pecho fuerte  
 Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,  
 Y por la brecha ascienda  
 A buscar y vencer la misma muerte :  
 O aprenda á domeñar del mar la furia,  
 O á moderar la rienda  
 Del gobierno político en la curia,  
 Dejando en guerra y paz clara memoria :  
 Así se sube al templo de la gloria.  
 Pues ya tanto tu vuelo se remonta,  
 Cancion ligera y pronta,  
 Ve de Oran á la playa,  
 Y allá tambien contigo al campo vaya  
 Este aplauso primero :  
 Y dí en mi nombre al vencedor ibero,  
 Que si por dicha tanto  
 Como ya su valor puede mi canto,  
 Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,  
 Será eterna su fama en todo el orbe.

## CANCION II.

### A LA DEFENSA DE ORAN.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,  
 Bien templada la lira y nuevo aliento,  
 Que alcance á referir nuevas hazañas :  
 Ya de Oran y de Ceuta las campañas  
 Ofrecen otra vez alto argumento  
 Que á renovar aplausos nos obliga.  
 El África enemiga  
 Ya produce otras palmas y laureles  
 Para adornar del español la frente.  
 Tú, divina Píeride, consiente  
 Que del furor sagrado con que sueles  
 Grandes héroes cantar, y sus renombres  
 A pesar del olvido, entre los hombres  
 Inmortales hacer, pida hoy no poco :  
 Es justa la razon por que te invoco.  
 Como la generosa águila altiva  
 Sobre las vagas aves hecha reina,

Y que sirve al Tonante el pronto rayo,  
 Si de su arrojo en el primer ensayo  
 Culebra arrebató que escamas peina,  
 Y erguida la cerviz su furia aviva;  
 En vano ya cautiva  
 De la garra feroz silba y forceja,  
 Que el ave, uñas y pico ensangrentada  
 No suelta mas la presa, y remontada  
 Por la region suprema el vuelo aleja,  
 Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;  
 Y destrozado en desigual combate,  
 Palpitando algun miembro en tierra yace;  
 Lo demás en el aire su hambre paze:

Así la osada juventud de España  
 Contra el moro obstinado ahora defiende  
 Las conquistas debidas á su brio.  
 En vano el ya perdido señorío  
 La descendencia de Ismael pretende  
 Recobrar con la fuerza ó con la maña.  
 Veráse la campaña

De Marruecos, de Argel y Terudante  
 De púrpura teñida y rios rojos:  
 Revolará los bárbaros despojos  
 Al mar del mediodía y al de Atlante,  
 Destinados juguete al Euro y Noto:  
 Cuando después sulcare algun piloto  
 Las playas hasta donde fué Cartago,  
 Conocerá en los huesos el estrago.

Es difícil empresa al enemigo  
 La firmeza vencer de tales pechos,  
 Que honra solo, valor y fe respiran:  
 Ya vulgares ejemplos no se admiran;  
 Ya del brazo español no salen hechos  
 Sin conducir la heroicidad consigo.  
 Del infeliz Rodrigo  
 No dura mas el ocio y muelle trato:  
 Entre noble vergüenza y rabia lucha  
 Cualquiera de nosotros cuando escucha  
 El nombre pronunciar de Mauregato.  
 Ya en defender circunvalado muro,  
 Con varia muerte es del ibero duro  
 Propio, innato el teson, del cual arguyo  
 Que seria obstinado, á no ser suyo.

¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto  
 Inflexible valor! ¡O gran Numancia



Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!  
 Siempre que se renueva la victoria  
 De nuestra heroica, indómita constancia,  
 Falta voz á la fama en tal asunto.  
 Cuando el extremo punto  
 Llegó del hado, el fiero numantino  
 Al fuego so arrojó de rogos varios,  
 Dejando admiracion á los contrarios;  
 Trofeos no; que el vencedor latino,  
 Cuyo valor no en vano se eterniza,  
 Solo pudo triunfar de la ceniza :  
 No haga otra gente de constancia alarde;  
 Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.  
 Nace del fuerte el fuerte, y de la interna  
 Virtud del padre toma el becerrillo  
 Que en las dehesas de Jarama paco.  
 ¿Acaso alguno vió jamás que nace  
 Del águila feroz triste cuclillo,  
 Nocturno buho ó palomita tierna?  
 Como en cadena eterna  
 Se eslabona el valor, y la prudencia  
 Se infunde al español de sus pasados :  
 De aquellos ascendientes celebrados  
 Esta nació valiente descendencia,  
 De quien ahora tiembla el mauritano :  
 Despues vendrán, y no lo espero en vano,  
 Emulándose en glorias y en efetos  
 Los hijos de los hijos y los nietos.  
 Cancion, si yo pudiese, bien querría  
 Hacer de modo que tu voz oyese  
 La zona ardiente, la templada y fria;  
 Y que en tus alas fuese  
 La fama de mi patria y sus trofeos  
 A los pueblos del Indo, á los Sabeos,  
 A los de Arauco, Taura, Ida, Erimanto :  
 Pero no son tus alas para tanto.

**DON NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN.**

Nació en Madrid el año 1737. Siguió la carrera de las letras, y estudió filosofía en el colegio de los jesuitas de Calatayud, y el derecho civil en Valladolid. Fué ayuda de guardajoyas de la reina doña Isabel Farnesio, á la que acompañó en su retiro de San Ildefonso, y después

vino con ella á Madrid cuando la muerte de Fernando VI. Aquí se distinguió al instante por sus conexiones con los primeros literatos de aquel tiempo, por su talento para la poesía, por su gusto y conocimientos en humanidades, y por su celo ardiente en combatir todos los errores y abusos que afeaban entonces esta amena parte del saber humano. Su primera obra fué la comedia de la *Pefimetra*: después en diferentes tiempos dió las tragedias de *Jucrecia*, de *Hormesinda* y de *Guzman el Bueno*, el poema didáctico de *la Caza*, el periódico intitulado *el Poeta*, y otros diferentes opúsculos en verso y prosa. Su último escrito fué el canto épico *las naves de Cortés*, que presentó á la Academia Española para el primer concurso poético que se celebró en ella; y aunque no obtuvo el premio, ha quedado, sin embargo, en la opinion general como un escrito superior, y la mejor obra de Moratin. Falleció en Madrid á 11 de mayo de 1780 á los cuarenta y dos años de su edad, dejando un hijo que ha dado con sus talentos y con sus escritos un lustre todavía mas grande á su nombre. Fué de la sociedad económica de Madrid, y de los Arcades de Roma con el nombre de *Flumisto Thermodonciaco*.

#### QUINTILLAS.

##### FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID.

Madrid, castillo famoso  
Que al rey moro alivia el miedo,  
Arde en fiestas en su coso  
Por ser el natal dichoso  
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,  
De la hermosa Zaida amante,  
Las ordena celebrar  
Por si la puedo ablandar  
El corazon de diamante.

Pasó vencida á sus ruegos  
Desde Aravaca á Madrid;  
Hubo pandorgas y fuegos,  
Con otros nocturnos juegos  
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,  
En las cifras y libreas  
Mostraron los amadores  
Y en pendones y en presecas  
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas  
De toda la cercanía,

Y de lejos muchas de ellas,  
Las mas apuestas doncellas  
Que España entonces tenia.

El ancho circo se llena  
De multitud clamorosa  
Que atiende á ver en su arena  
La sangrienta lid dudosa,  
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó  
Sus dorados miradores  
Que el arte afligranó,  
Y con espejos y flores  
Y damascos adornó.

Añafles y atabales  
Con militar armonía  
Hicieron salva y señales  
De mostrar su valentía  
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama  
Pacieron la verde grama  
Nunca animales tan fieros  
Junto al puente que se llama  
Por sus peces de Viveros,

Como los que el vulgo vió  
Ser lidiados aquel día;  
Y en la fiesta que gozó  
La popular alegría  
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril  
Y á Tarfe tiró por tierra  
Y luego á Benalguacil;  
Despues con Hamete cierra  
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston  
Con uno y otro matiz,  
Hecho un lazo por airon  
Sobre la enhiesta cerviz  
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia  
Ofrecerle vencedor  
A la dama que servia:  
Por eso perdió Almanzor  
El potro que mas queria.

El alcaide, muy zambrero,  
De Guadalajara, huyó

Mal herido al golpe fiero :  
Y desde un caballo overo  
El moro de Horsche cayó.

Todos miran á Aliatar,  
Que aunque tres toros ha muerto  
No se quiere aventurar,  
Porque en lance tan incierto  
El caudillo no ha de entrar.

Mas, viendo se culparia,  
Va á ponérsele delante :  
La fiera le acometia ;  
Y sin que el rejon le plante  
Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado :  
La embiste el toro de un vuelo  
Cogiéndole entablezado ;  
Rodó el bonete encarnado  
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando  
A los de á pié que encontrára,  
El circo desocupando,  
Y emplazándose se para  
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir,  
La plebe grita indignada :  
Las damas se quieren ir  
Porque la fiesta empezada  
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,  
Y está en medio el toro fijo,  
Cuando un portero que llega  
De la puerta de la Vega  
Hincó la rodilla y dijo :

Sobre un caballo alazano  
Cubierto de galas y oro,  
Demanda licencia urbano  
Para alancear un toro  
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar,  
Pero Zaida dió respuesta  
Diciendo que puede entrar,  
Porque en tan solemne fiesta  
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero  
Entre dudas se embaraza,

Cuando en un potro ligero  
Vieron entrar por la plaza  
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,  
Belfo labio, juveniles  
Alientos, inquieto ardor,  
En el florido verdor  
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja  
Por donde el almete sube :  
Cual mirarse tal vez deja  
Del sol la ardiente madeja  
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes.  
De una cristiana primores,  
Por los visos y celajes  
En el yelmo los plumajes  
Verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza  
Con recamado pendon  
Y una cifra á ver se alcanza  
Que es de desesperacion,  
O á lo menos de venganza.

En el arzon de la silla  
Ancho escudo reverbera  
Con blasones de Castilla,  
Y el mote dice á la orilla,  
*Nunca mi espada venciera.*

Era el caballo galan  
El bruto mas generoso,  
De mas gallardo ademan,  
Cabos negros y brioso,  
Muy tostado y alazan :

Larga cola recogida  
En las piernas descarnadas,  
Cabeza pequena, erguida,  
Las narices dilatadas,  
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo  
Que da Bétis con tal fruto,  
Pudo fingir el deseo  
Mas bella estampa de bruto  
Ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor :  
Los ojos que le veian

Lleva prendados de amor :  
 Alá te salve , decian ,  
 Déto el Profeta favor .

Causaba lástima y grima  
 Su tierna edad floreciente :  
 Todós quieren que se exima  
 Del riesgo , y él solamente  
 Ni se precia , ni se estima .

Las doncellas al pasar  
 Hacen do ámbar y alcanfor  
 Pebeteros exhalar ,  
 Vertiendo pomos do olor  
 De jazmines y azahar .

Mas cuando en medio se para  
 Y de mas cerca lo mira  
 La cristiana esclava Aldara ,  
 Con su señora se encara  
 Y así la dice y suspira :

Señora , sueños no son :  
 Así los cielos vencidos  
 De mi ruego y afliccion ,  
 Acerquen á mis oidos  
 Las campanas de Leon ,

Como ese doncel que ufano  
 Tanto asombro viene á dar  
 A todo el pueblo africano ,  
 Es Rodrigo do Vivar  
 El soberbio castellano .

Sin descubrirle quién es  
 La Zaida desde una almena  
 Le habló una noche cortés ;  
 Por dondo se abrió después  
 El cubo de la Almudena .

Y supo que fugitivo  
 De la corte de Fernando  
 El cristiano , apenas vivo ,  
 Está á Jimena adorando  
 Y en su memoria cautivo .

Tal voz á Madrid se acerca  
 Con frecuentes correrías  
 Y todo en torno la cerca :  
 Observa sus saetias ,  
 Arroyadas y ancha alhèrea .

Por eso le ha conocido :  
 Que en medio de aclamaciones

El caballo ha detenido  
Delante de sus balcones  
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pié  
Y sus doncellas detrás :  
El alcaide que lo ve,  
Enfurecido además,  
Muestra cuán zeloso esté.

Suena un rumor placentero  
Entre el vulgo de Madrid :  
No habrá mejor caballero,  
Dicen , en el mundo entero ,  
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara , y él  
Torciendo las riendas de oro  
Marcha al combate cruel ,  
Alza el galope , y al toro  
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado  
Desde que le vió llegar,  
De tanta gala asombrado,  
Y al rededor le ha observado  
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó  
Despedida de la cuerda ,  
De tal suerte le embistió :  
Detrás de la oreja izquierda  
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada :  
Segunda vez acomete  
De espuma y sudor bañada,  
Y segunda vez la mete  
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera  
Con heróico atrevimiento,  
El pueblo mudo y atento;  
Se engalla el toro y altera,  
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,  
Sobre la espalda la arroja  
Con el hueso retorcido :  
El suelo huele y le moja  
Con ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,  
La oreja diestra mosquea ,

Por consorvar el favor  
De tan gentil caballero.

Y besando el rico don  
Para agradar al doncel,  
Le prende con aficion  
Al lado del corazon

Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo  
De envidia ardiendo se ve,  
Y trémulo y amarillo  
Sobre un tremecen rosillo  
Lozaneando se fué.

Y en ronca voz, castellano,  
Le dico, con mas decoros  
Suelo yo dar de mi mano,  
Si no penachos de toros,  
Las cabrzas del cristiano.

Y si vinieras de guorra  
Cual vienes de fiesta y gala,  
Vieras que en toda la tierra  
Al valor que dentro encierra  
Madrid, ninguno se iguala.

Así, dijo el de Vivar,  
Respondo; y la lanza al ristre  
Pone y espera á Aliatar:  
Mas sin que nadie administre  
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos  
Su muerto ó prision pedia,  
Cuando se oyó en los distritos  
Del monto de Leganitos  
Del Cid la trompeteria.

Entre la Monclova y Soto  
Tercio escogido emboscó,  
Que viendo como tardó  
Se acerca, oyó el alboroto  
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir  
Por la puerta á su señor,  
Y Zaida á le despedir,  
Iban la fuerza á embestir,  
Tal era ya su furor.

El alcaide recelando  
Que en Madrid tenga partido,  
Se templó disimulando;



Y por el parque florido  
Salió con él razonando.

Y es fama que á la bajada  
Juró por la cruz el Cid  
De su vencedora espada,  
De no quitar la celada  
Hasta que gane á Madrid.

#### DON JOSÉ CADALSO.

Nació en Cádiz á 8 de octubre de 1741. Sus padres le enviaron desde muy joven á recorrer los países extranjeros, y á los veinte años ya habia visitado la Francia, la Inglaterra y la Alemania. Volvió á España, y sus primeros ensayos en la literatura no fueron muy felices, á juzgar por la *Óptica del cortejo* que se le atribuye. Después reformó sus estudios, y empezó á aprovecharse de lo que habia aprendido fuera de España, y de las observaciones que hacia en la literatura nacional. La primera obra que dió al público como fruto de estas tareas fué el *Sancho García*, tragedia en el gusto clásico, que se representó en los teatros de la corte, y logró poca aceptacion como todas las de este género entonces. Salió á luz la primera vez con el nombre de Juan del Valle en 1771, y después en 1781 con el del autor. En seguida de la tragedia publicó los *Eruditos á la violeta*, que lograron un aplauso extraordinario, impresos en 1772. En el año siguiente dió á luz los *Ocios de su juventud*, ó sus Poesías líricas que acrecentaron su reputacion; una y otra obra salieron con el nombre de don Josef Vazquez. Escribió tambien á imitacion de las Cartas persianas las *Cartas marruecas*, publicadas después de su muerte, y algun otro opúsculo que tambien se ha dado á luz, aunque imperfecto.

Siguió la profesion de las armas, y fué comandante de escuadron en el regimiento de caballería de Santiago, y después graduado de coronel. Hallándose con su cuerpo en Salamanca, conoció y trató mucho á Melendez, Iglesias, Gonzalez y otros humanistas cuyos estudios dirigió, principalmente los de Melendez. Murió herido de una granada en el sitio de Gibraltar en 27 de febrero de 1782.

#### ANACREONTICA.

¿Quién es aquel quo baja  
Por aquella colina,  
La botella en la mano,  
En el rostro la risa;

De pámpanos y hiedra  
 La cabeza ceñida;  
 Cercado de zagales,  
 Rodeado de niñas,  
 Que al son de los panderos  
 Dan voces de alegría,  
 Celebran sus hazañas,  
 Aplauden su venida?  
 Sin duda será Baco  
 El padre de las viñas.  
 Pues no, que es el poeta,  
 Autor de esta letrilla.

## LETRILLA.

De amores me muero,  
 Mi madre, acudid;  
 Si no llegais pronto  
 Veréisme morir.

Catorce años tengo,  
 Ayer los cumplí,  
 Que fué el primer día  
 Del florido abril,  
 Y chicos y chicas  
 Me suelen decir:  
 ¿Porqué no te casan,  
 Mariquilla? dí.

De amores me muero, etc.

Y á fe, madre mia,  
 Que allá en el jardín  
 Estando á mis solas  
 Despacio me vi  
 En el espejito  
 Que me dió en Madrid  
 Las ferias pasadas  
 Mi prímto Luis.  
 De amores me muero, etc.

Miréme y miréme  
 Cien veces y mil,  
 Y dije llorando,  
 ¡Ay pobre de mí!  
 ¿Porqué se malogra  
 Mi dulce reir  
 Y tierno mirar?

¡Ay niña infeliz!  
De amores me muero, etc.

Y luego en mi pecho  
Una voz oí  
Cual cosa de encanto  
Que empezó á decir :  
¿La niña soltera  
De qué ha de servir?  
La vieja casada  
Aun es mas feliz.  
De amores me muero, etc.

Si por ese mundo  
No quisiéreis ir  
Buscándome un novio,  
Dejádmelo á mí :  
Que yo hallaré tantos  
Que pueda elegir,  
Y de nuestra calle  
Yo no he de salir :  
De amores me muero, etc.

Al lado vive uno  
Como un serafín,  
Que la misma misa  
Que yo suele oír :  
Si voy sola, llega  
Muy cerca de mí,  
Y se pone lejos  
Si también venís :  
De amores me muero, etc.

Me mira, le miro,  
Si me vió le ví,  
Se pone mas rojo  
Que el mismo carmin.  
Y si esto le pasa  
Al pobre, decid,  
¿Qué quereis, mi madre,  
Que me pase á mí?  
De amores me muero, etc.

Enfrente vive otro  
Taimado y sutil,  
Que sucle de paso  
Mirarme y reír,  
Y disimulado  
Se viene tras mí,  
Y á ver dónde voy

Me suele seguir :  
 De amores me muero , etc.  
 Otro hay que pasea  
 Con aire gentil  
 La calle cien veces ,  
 Y aunque diga mil ;  
 Y á nuestra criada  
 Le suele decir :  
 Bonita es tu ama :  
 ¿Te habla de mi?  
 De amores me muero , etc.

#### DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Nació en Gijón (Asturias), el día 5 de enero de 1744. Recibió la primera educación en su patria, estudiando luego la filosofía en Oviedo, y mas tarde el derecho canónico y civil en la universidad de Ávila.

Al principio fué destinado á la Iglesia y ordenado de menores, mas luego renunció á la carrera eclesiástica, habiendo obtenido una plaza de alcalde de la cuadra en la Audiencia de Sevilla. Por entonces fué cuando escribió el *Delincuente honrado* y el *Pelayo*, tradujo el libro primero del *Paraiso perdido* de Milton, y compuso las diferentes poesías que él llamaba sus *Ocios juveniles*. Fué promovido á oidor del mismo tribunal en 1774; cuatro años después pasó á Madrid de alcalde de casa y corte, y en 1780 fué nombrado consejero de órdenes. En los diez años comprendidos desde 1780 hasta su destierro á Asturias en 1790, originado de la prision y desgracia de su amigo el conde de Cabarrús, escribió su *Discurso sobre la necesidad del estudio de la Historia para el de la jurisprudencia*, la *Memoria sobre las divisiones públicas*, el *Elogio histórico de las nobles Artes españolas*, los dos *Elogios de Don Ventura Rodriguez*, y *Carlos III*, y su célebre *Informe sobre la Ley agraria*. En 1797 fué llamado á la corte para desempeñar el ministerio de gracia y justicia, del que salió muy en breve, desterrado á su país; — luego fué preso como reo de Estado y conducido primero á la Cartuja de Mallorca, y después al castillo de Bellver.

Los sucesos de Aranjuez en 1808 le abrieron las puertas de su prision, desde la cual pasó á hacer parte de la junta central, donde tanto se distinguió Jovellanos por sus grandes virtudes públicas y privadas.

Disuelta la junta en la Isla de León en el año de 1810, volvió Jovellanos á su patria, á donde no pudo llegar hasta 5 de agosto de 1811, habiendo tenido que detenerse en Galicia hasta entonces, por estar ocupada por los Franceses la provincia de Asturias. Entonces se dedicó á restablecer el Instituto científico que habia fundado durante la época de su primer destierro, hasta que invadida de nuevo la provincia por los enemigos, tuvo que salvarse por mar, y después de haber sufrido dos bor-

rascas peligrosas, falleció de una aguda pulmonía en el puerto de Vega el 27 de noviembre de 1811.

Jovellanos es uno de los españoles que han dejado una reputación mas pura y un nombre mas respetable en estos últimos tiempos.

## AL SOL.

### IDILIO.

Padre del universo,  
 Autor del claro día,  
 Brillante sol, á cuyos  
 Influidos la infinita  
 Turba de los vivientes  
 El ser debe y la vida:  
 Tú, que rompiendo el seno  
 De la alba cristalina,  
 Sales sobre el oriente  
 A derramar el día  
 Por los profundos valles  
 Y por las altas cimas;  
 De cuyo reluciente  
 Curso las diamantinas  
 Y voladoras ruedas  
 Con rapidez no vista  
 Hienden el aire vago  
 De la region vacia,  
 En hora buena vengas,  
 De luces matutinas  
 De rayos coronado  
 Y llamas nunca extintas,  
 A henchir las almas nuestras  
 De paz y de alegría.  
 La tenebrosa noche,  
 De fraudes, de perfidias  
 Y dolos medianera,  
 Se ausenta de tu vista,  
 Y busca en los profundos  
 Abismos su guarida.  
 El sueño perezoso,  
 Las sombras, las mentidas  
 Fantasmas, y los sustos,

Su horrenda comitiva,  
 Se alejan de nosotros,  
 Y en pos del claro día  
 El júbilo, el sosiego  
 Y el gozo nos visitan.  
 Las horas transparentes  
 De clara luz vestidas  
 Señalan nuestros gustos  
 Y miden nuestras dichas.  
 O bien brillante salgas  
 Por las cóas cimas  
 Rigiendo tus caballos  
 Con las doradas bridas;  
 O ya el luciente carro  
 Con nuevo ardor dirijas  
 Al reino austral, de donde  
 Mas luz y fuego vibras;  
 O, en fin, precipitado  
 Sobre las cristalinas  
 Occiduas aguas caigas  
 Con luz mas blanda y tibia;  
 Tu rostro refulgente,  
 Tu ardor, tu luz divina  
 Del hombre serán siempre  
 Consuelo y alegría.

## SÁTIRA.

*Quis tam patiens ut teneat se?*

JUVENAL.

Déjame, Arnesto, déjame que lloro  
 Los fieros males de mi patria, deja  
 Que su ruína y perdición lamento;  
 Y si no quieres que en el centro oscuro  
 De esta prision la pena me consuma,  
 Déjame al menos quo levante el grito  
 Contra el desórden: deja que á la tinta  
 Mezclando hiel y acibar, siga indócil  
 Mi pluma al vuelo del bufon de Aquino.  
 ¡O cuánto rostro veo á mi censura  
 De palidez y de rubor cubierto!  
 ¡Animo! amigos; nadie tema, nadio  
 Su punzante aguijon, que yo persigo

En mi sátira al vicio, no al vicioso.  
 ¿Y' qué querrá decir, que en algun verso  
 Encrespada la bilis, tire un rasgo,  
 Que el vulgo crea que señala á Alcinda?  
 La que, olvidando su orgullosa estirpe,  
 Baja vestida al Prado, cual pudiera  
 Una maja con trueno y rascamoño :  
 Alta la ropa, erguida la caramba,  
 Cubierta de un cendal mas trasparente  
 Que su intencion, á ojeadas y meneos  
 La turba de los tontos concitando.  
 ¿Podrá sentir quo un dedo malicioso,  
 Apuntando este verso, la señale?  
 Ya la notoriedad es el mas noble  
 Atributo del vicio, y nuestras Julias  
 Mas que ser malas quieren parecerlo.  
 Hubo un tiempo en que andaba la modestia  
 Dorando los delitos : hubo un tiempo  
 En que el recato tímido cubria  
 La fealdad del vicio, pero huyóse  
 El pudor á vivir en las cabañas.  
 Con él huyeron los dichosos dias  
 Que ya no volverán : huyó aquel siglo  
 En que aun las necias burlas de un marido  
 Las bascuñanas crédulas tragaban.  
 Mas hoy Alcinda desayuna al suyo  
 Con ruedas de molino : triunfa, gasta,  
 Pasa saltando las eternas noches  
 Del crudo enero, y quando el sol tardío  
 Rompe el oriente, admírala golpeando,  
 Cual si fuese una extraña, al propio quicio  
 Entra barriendo con la undosa falda  
 La alfombra, aquí y allí cintas y plumas  
 Del enorme tocado siembra; y sigue  
 Con débil paso soñolienta y mustia,  
 Yendo aun Fabio de su mano asido,  
 Hasta la alcoba, donde á pierna suelta  
 Ronca el cornudo, y sueña que es dichoso.  
 Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio  
 Eructo le perturban. A su hora  
 Despierta el necio : silencioso deja  
 La profanada holanda, y guarda atento  
 A su asesina el sueño mal seguro.  
 ¡Cuántas, ó Alcinda, á la coyunda uncidas  
 Tu suerte envidian! ¡Cuántas de Himeneo

Buscan el yugo por lograr tu suerte!  
 Y sin que invoquen la razon, ni pese  
 Su corazon los méritos del novio,  
 El *si* pronuncian, y la mano alargan  
 Al primero que llega! ¡Qué de males  
 Esta maldita ceguedad no aborta!  
 Veo apagadas las nupciales teas  
 Por la discordia con infame soplo  
 Al pié del mismo altar; y en el tumulto  
 Brindis y vivas de la tornaboda  
 Una indiscreta lágrima predice  
 Guerras y oprobios á los mal unidos.  
 Veo por mano temeraria roto  
 El velo conyugal, y que corriendo  
 Con la imprudente frente levantada,  
 Va el adulterio de una casa en otra:  
 Zumba, festeja, rie, y descarado  
 Canta sus triunfos, que tal vez celebra  
 Un necio esposo, y tal del hombre honrado  
 Hieren con dardo penetrante el pecho,  
 Su vida abrevian, y en la negra tumba  
 Su error, su afrenta y su despecho esconden.  
 ¡O viles almas! ¡O virtud! ¡O leyes!  
 ¡O pundonor mortifero! ¡Qué causa  
 Te hizo fiar á guardas tan infieles  
 Tan preciado tesoro? ¡Quién, ¡ó Témis.  
 Tu brazo sobornó? Le mueves cruda  
 Contra las tristes víctimas que arrastra  
 La desnudez ó el desamparo al vicio:  
 Contra la débil huérfana, del hambre  
 Y del oro acosada, ó al halago,  
 La seduccion y el tierno amor rendida;  
 La expilas, la deshonoras, la condenas  
 A incierta y dura reclusion; ¡y en tanto  
 Ves indolente en los dorados techos  
 Cobijado el desórden, ó le sufres  
 Salir en triunfo por las anchas plazas,  
 La virtud y el honor escarneciendo?  
 ¡O infamia! ¡O siglo! ¡O corrupcion! Matronas  
 Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro  
 Pundonor eclipsar? ¡Quién de Lucrecias  
 En Lais os volvió? ¡Ni el proceloso  
 Océano, ni lleno de peligros  
 El Lilibeo, ni las arduas cumbres  
 De Pirene pudieron guareceros



Del contagio fatal? Zarpa preñada  
 De oro la nao gaditana, aporta  
 A las orillas gálicas, y vuelve  
 Llena de objetos fútiles y vanos;  
 Y entre los signos de extranjera pompa  
 Ponzoña esconde y corrupcion, compradas  
 Con el sudor de las iberas frentes;  
 Y tú, misera España, tú la esperas  
 Sobre la playa, y con afán recoges  
 La pestilente carga, y la repartes  
 Alegre entre tus hijos. Viles plumas  
 Gasas y cintas, flores y penachos  
 Te trae en cambio de la sangre tuya:  
 De tu sangre, ¡ó baldon! y acaso, acaso  
 De tu virtud y honestidad. Repara  
 Cuál la liviana juventud los busca.  
 Mira cuál va con ellos engreida  
 La impudente doncella: su cabeza  
 Cual nave real en triunfo empavesada  
 Vana presenta del favonio al soplo  
 La miés de plumas y de airones, y anda  
 Loca buscando en la lisonja el premio  
 De su indiscreto afán. ¡Ay triste! Guarte,  
 Guarte, que está cercano el precipicio.  
 El astuto amador ya en asechanza  
 Te atisba y sigue con lascivos ojos.  
 La adulacion y la caricia el lazo  
 Te van á armar do caerás incauta,  
 En él tu oprobio y perdicion hallando.  
 ¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro  
 Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío  
 Será y estéril tu arrepentimiento!  
 Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas  
 Del nunca exhausto Potosi nos bastan  
 A saciar el hidrópico deseo:  
 La ansiosa sed de vanidad y pompa.  
 Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo  
 Lo que antes un Estado, y se consume  
 En un festín la dote de una infanta.  
 Todo lo tragan: la riqueza unida  
 Va á la indigencia. Pide y pordiosea  
 El noble, engaña, empeña, malbarata,  
 Quiebra y perece; y el logrero goza  
 Los pingües patrimonios, premio un día  
 Del generoso afán de altos abuelos.

¡O ultraje! ¡O mengua! Todo se trafica :  
 Parentesco , amistad , favor , influjo ;  
 Y hasta el honor , depósito sagrado ,  
 O se vende , ó se compra . Y tú , belleza ,  
 Don el mas grato que dió al hombre el ciclo ,  
 No eres ya premio del valor , ni paga  
 Del peregrino ingenio . La florida  
 Juventud , la ternura , el rendimiento  
 Del constante amador ya no te alcanzan .  
 Ya ni te das al corazon , ni sabes  
 Dél recibir adoracion y ofrendas .  
 Rindeste al oro : la vejez hedionda ,  
 La sucia palidez , la faz adusta ,  
 Fiera y terrible , con igual derecho  
 Vienen sin susto á negociar contigo .  
 Daste al barato , y tu rosada frente ,  
 Tus suaves besos y tus dulces brazos ,  
 Corona un tiempo del amor mas puro ,  
 Son ya una vil y torpe mercancía .

#### DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

Nació en la Guardia (la Rioja), el 12 de octubre de 1754. Fueron sus padres don Félix Sanchez Samaniego y doña Juana Maria Zabala, natural de Tolosa de Guipúzcoa. Como hijo mayor heredó los mayorazgos de su casa, y fué señor de las cinco villas del valle de Araya. Recibió de sus padres la primera educacion : estudió dos años de leyes en Valladolid : viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó después á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del conde de Peñaflorida y del marqués de Narros sus parientes y fundadores de la sociedad Vascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fué Samaniego uno de los primeros socios de número desde el año de 1765 en que residía en la Guardia. Vivió después muchos años en Bilbao por haber contraído allí su matrimonio con doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesion. Como socio de número concurría á las juntas generales que todos los años celebraba la sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residió tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número; y entonces fué cuando comenzó á escribir sus *Fábulas* acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782 le comisionó su provincia de Álava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el ministerio; habiendo llegado

á captarse de tal modo la íntima confianza del conde de Floridablanca, que tuvo empeño en darle algun destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló á su regreso una vajilla de plata tasada en 400,000 reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo rehusar este regalo, tomando solo una pieza en señal de agradecimiento.

A instancia de su tío el conde de Peñaflores coordinó sus fábulas para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viaje que hizo á Valencia acompañando á la marquesa de San Miguel su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la sociedad el tomo segundo, que se imprimió en Madrid por Ibarra en 1784. Entre tanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias*: habíanse indispuerto los dos, y Samaniego imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las fábulas literarias*, y otros folletos contra Iriarte, la parodia de su *Guzman*, las *Memorias de Cosme Damian* contra el prólogo del Teatro de Huerta, etc. Poco cuidadoso de su fama literaria miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad. Extremamente aficionado á la música tocaba con mucho gusto el violin y la vihuela. Era graciosísimo en su conversacion: improvisaba con chiste y oportunidad; y falleció en la Guardia á 11 de agosto de 1801.

## FÁBULA I.

### EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO.

¡Que me matan! ¡favor! Así clamaba  
Una liebre infeliz, que se miraba  
En las garras de una águila sangrienta.  
A las voces, segun Esopo cuenta,  
Acudió un compasivo escarabajo;  
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,  
Por libertarla de tan cruda muerte,  
Lleno de horror exclama de esta suerte:  
¡O reina de las aves escogida!  
¡Porqué quitas la vida  
A este pobre animal manso y cobarde?  
¡No seria mejor hacer alarde  
De devorar á dañadoras fieras;  
O ya que resistencia hallar no quieras,  
Cebarte tus uñas y tu corvo pico  
En el frio cadáver de un borrico?  
Cuando el escarabajo así decia  
La águila con desprecio se reia;

Y sin usar de mas atenta frase,  
 Mata, trinchas, devora, pilla, y vase.  
 El pequeño animal así burlado,  
 Quiere verse vengado.  
 En la ocasion primera  
 Vuela al nido del águila altanera:  
 Halla solos los huevos, y arrastrando  
 Uno por uno fuélos despeñando.  
 Mas como nada alcanza  
 A dejar satisfecha una venganza,  
 Cuantos huevos ponía en adelante  
 Se los hizo tortilla en el instante.  
 La reina de las aves sin consuelo  
 Remontando su vuelo,  
 A Júpiter excelso humilde llega,  
 Expone su dolor, pidele, ruega  
 Remedio tanto mal. El dios propicio,  
 Por un incomparable beneficio,  
 En su regazo hizo que pusiese  
 El águila sus huevos, y se fuese,  
 Que á la vuelta, colmada de consuelos,  
 Encontraría hermosos sus polluelos.  
 Supo el escarabajo el caso todo:  
 Astuto é ingenioso hace de modo  
 Que una bola fábrica diestramente  
 De la materia en que continuamente  
 Trabajando se halla,  
 Cuyo nombre se sabe aunque se calla;  
 Y que, segun yo pienso,  
 Para los dioses no es muy buen incienso.  
 Carga con ella, vuela, y atrevido  
 Pone su bola en el sagrado nido.  
 Júpiter, que se vió con tal basura,  
 Al punto sacudió su vestidura,  
 Haciendo al arrojar la almondiguilla  
 Con la bola y los huevos su tortilla.  
 Del trágico suceso noticiosa,  
 Arrepentida el águila y llorosa  
 Aprendió esta leccion á mucho precio:  
*A nadie se le trate con desprecio*  
*Como al escarabajo;*  
*Porque al mas miserable, vil y bajo,*  
*Para tomar venganza si se irrita,*  
*Le faltará siquiera una bolita?*

## II.

## EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO.

Un raton cortesano  
 Convidó con un modo muy urbano  
 A un raton campesino.  
 Dióle gordo tocino,  
 Queso fresco de Holanda;  
 Y una despensa llena de vianda  
 Era su alojamiento;  
 Pues no pudiera haber un aposento  
 Tan magníficamente preparado,  
 Aunque fuese en *Ratópolis* buscado  
 Con el mayor esmero,  
 Para alojar á *Roepan primero*.  
 Sus sentidos allí se recreaban:  
 Las paredes y techos adornaban,  
 Entre mil ratonescas golosinas,  
 Salchichones, pernils y cecinas.  
 Saltaban de placer, ¡ó qué embeleso!  
 De pernil en pernil, de queso en queso.  
 En esta situacion tan lisonjera  
 Llega la despensera;  
 Oyen el ruido, corren, se agazapan,  
 Pierden el tino, mas al fin se escapan  
 Atropelladamente  
 Por cierto pasadizo abierto á diente.  
 ¡Esto tenemos! dijo el campesino,  
 Reniego yo del queso, del tocino,  
 Y de quien busca gustos  
 Entre los sobresaltos y los sustos.  
 Volvióse á su campaña en el instante,  
 Y estimó mucho mas de allí adelante,  
 Sin zozobra, temor ni pesadumbres,  
 Su casita de tierra y sus legumbres.

## III.

## LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza  
 Una lechera el cántaro al mercado  
 Con aquella presteza,

Aquel aire sencillo, aquel agrado,  
Que va diciendo á todo el que lo advierte:  
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía  
Mas compañía que su pensamiento,  
Que alegre la ofrecía  
Inocentes ideas de contento.  
Marchaba sola la feliz lechera,  
Y decia entre sí de esta manera:

Esta leche vendida  
En limpio me dará tanto dinero;  
Y con esta partida  
Un canasto de huevos comprar quiero  
Para sacar cien pollos que al estío  
Me rodeen cantando el *pío, pío*.

Del importe logrado  
De tanto pollo mercaré un cochino;  
Con bellota, salvado,  
Berza, castaña, engordará sin tino,  
Tanto que puede ser que yo consiga  
Ver como se le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,  
Sacaré de él sin duda buen dinero:  
Compraré de contado  
Una robusta vaca, y un ternero  
Que salte y corra toda la campaña  
Hasta el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento  
Enajenada, brinca de manera,  
Que á su salto violento  
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!  
¡Qué compasion! A Dios leche, dinero,  
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.

¡O loca fantasía,  
Qué palacios fabricas en el viento!  
Modera tu alegría;  
No sea que saltando de contento,  
Al contemplar dichosa tu mudanza,  
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa  
De mejor ó mas próspera fortuna,  
Qué vivirás ansiosa,  
Sin que pueda saciarte cosa alguna.  
*No anheles impaciente el bien futuro,  
Mira que ni el presente está seguro.*

## IV.

## LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados  
 De animales poblados,  
 Se introdujo la peste de tal modo,  
 Que en un momento lo inficiona todo.  
 Allí donde su corte el Leon tenia  
 Mirando cada día  
 Las cacerías, luchas, y carreras  
 De mansos brutos, y de bestias fieras.  
 Se veían los campos ya cubiertos  
 De enfermos miserables, y de muertos.  
 Mis amados hermanos,  
 Exclamó el triste rey, mis cortesanos,  
 Ya vois que el justo cielo nos obliga  
 A implorar su piedad, pues nos castiga  
 Con tan horrenda plaga;  
 Tal vez se aplacará con que se le haga  
 Sacrificio de aquel mas delincuente,  
 Y muera el pecador, no el inocente.  
 Confiese todo el mundo su pecado.  
 Yo, cruel, sanguinario, he devorado  
 Inocentes corderos,  
 Ya vacas, ya terneros;  
 Y he sido á fuerza de delito tanto  
 De la selva terror, del bosque espanto.  
 Señor, dijo la Zorra, en todo eso  
 No se halla mas exceso  
 Que el de vuestra bondad, pues quo se digna  
 De teñir en la sangre ruin, indigna  
 De los viles cornudos animales,  
 Los sacros dientes, y las uñas roales.  
 Trató la corto al rey de escrupuloso:  
 Allí del Tigro, de la onza y oso  
 So oyeron confesiones  
 De robos y de muertes á millones;  
 Mas entre la grandeza, sin lisonja,  
 Pasaron por oscrúpulos de monja.  
 El asno sin embargo muy confuso  
 Prorumpió: yo me acuso  
 Que al pasar por un trigo esto verano  
 Yo hambriento, y él lozano,  
 Sin guarda ni testigo,

Cai en la tentacion; comí del trigo.  
 ¡Del trigo! ¡y un jumento!  
 Gritó la zorra; ¡horrible atrevimiento!  
 Los cortesanos claman: este, este  
 Irrita al cielo que nos da la peste.  
 Pronuncia el rey de muerte la sentencia;  
 Y ejecutóla el lobo á su presencia.  
*Te juzgarán virtuoso,*  
*Si eres, aunque perverso, poderoso;*  
*Y aunque bueno, por malo detestable,*  
*Cuando te miran pobre, miserable.*  
*Esto hallará en la corte quien la vea;*  
*Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!*

## V.

## CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran Zapiron el blanco y rubio,  
 Que después de las aguas del diluvio  
 Fué padre universal de todo gato,  
 Ha sido Miauragato  
 Quien mas sangrientamente  
 Persiguió á la infeliz ratona gente.  
 Lo cierto es que obligada  
 De su persecucion la desdichada,  
 En Ratópolis tuvo su congreso.  
 Propuso el elocuente Roqueso  
 Echarle un cascabel, y de esa suerte  
 Al ruido escaparían de la muerte.  
 El proyecto aprobaron uno á uno.  
 ¿Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno.  
 Yo soy corto de vista: Yo muy viejo:  
 Yo gotoso, decían. El consejo  
 Se acabó como muchos en el mundo.  
 Proponen un proyecto sin segundo:  
 Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!  
 ¿Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

## VI.

## EL LOBO Y LA QVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,  
 Aquí mato, allí robo,  
 Andaba cierto lobo,  
 Hasta que dió en las manos de los perros.



Mordido y arrastrado  
 Fué de sus enemigos cruelmente :  
 Quedó con vida milagrosamente ;  
 Mas, inválido al fin y derrotado.

Iba el tiempo curando su dolencia :  
 El hambre al mismo paso le asilgia ;  
 Pero como cazar aun no podía ,  
 Con las yerbas hacia penitencia.

Una oveja pasaba , y él la dice :  
 Amiga , ven acá , llega al momento :  
 Enfermo estoy , muero de sediento :  
 Socorre con el agua á este infelice.

¿ Agua quieres que yo vaya á llevarte ?  
 Le respondo la oveja recelosa.

Dimo pues una cosa :

¿ Sin duda que será para enjuagarte ,  
 Limpiar bien el gargüero ,

Abrir el apetito ,  
 Y tragarme despues como á un pollito ?  
 Anda , que te conozco , marrullero.

Así dijo y se fué , si no la mata.  
*¡ Cuánto importa saber con quién se trata !*

## VII.

### EL ASNO Y LAS RANAS.

Muy cargado de leña un burro viejo ,  
 Triste amazon de huesos y pellejo ,  
 Pensativo , segun lo cabizbajo ,  
 Caminaba , llevando con trabajo  
 Su débil fuerza la pesada carga.  
 El paso tardo , la carrera larga ,  
 Todo al fin contra el misero so empoña ,  
 El camino , los años y la leña.  
 Entra en una laguna el desdichado ,  
 Queda profundamente empantanado..  
 Viéndose de aquel modo ,  
 Cubierto de agua y lodo ,  
 Trocando lo sufrido en impaciente ,  
 Contra el destino dijo neciamente  
 Expresiones ajenas de sus canas.  
 Mas las vecinas ranas  
 Al oir sus lamentos y quejidos ,  
 Las unas se tapaban los oidos ,

Las otras, que prudentes lo escuchaban,  
 Reprendíanle así, y aconsejaban :  
 Aprenda el mal jumento  
 A tener sufrimiento,  
 Que entre las que habitamos la laguna  
 Ha de encontrar lección muy oportuna:  
 Por Júpiter estamos condenadas  
 A vivir sin remedio encenagadas  
 En agua detenida, lodo espeso;  
 Y á mas de todo eso,  
 Aquí perpetuamente nos encierra,  
 Sin esperanza de correr la tierra,  
 Cruzar el anchuroso mar profundo,  
 Ni aun saber lo que pasa por el mundo.  
 Mas llevamos á bien nuestro destino;  
 Y así nos premia Júpiter divino,  
 Repartiendo entre todas cada día  
 La salud, el sustento y alegría.  
*Es de suma importancia*  
*Tener en los trabajos tolerancia;*  
*Pues la impaciencia en la contraria suerte*  
*Es un mal mas amargo que la muerte.*

## VIII.

## EL ASNO Y EL PERRO.

Un perro y un borrico caminaban  
 Sirviendo á un mismo dueño.  
 Rendido este del sueño,  
 Se tendió sobre el prado que pasaban.  
 El borrico entretanto, aprovechado  
 Descansa y paze; mas el perro hambriento  
 Bájate, le decia, buen jumento,  
 Pillaré de la alforja algun bocado.  
 El asno se le aparta como en chanza :  
 El perro sigue al lado del borrico  
 Levantando las manos y el hocico,  
 Como perro de ciego cuando danza.  
 No seas bobo, el asno le decia :  
 Espera á que nuestro amo se despierto,  
 Y será de esa suerte  
 El hambre mas, mejor la compañía.  
 Desde el bosque entre tanto sale un lobo :  
 Pide el asno favor al compañero;

En lugar de ladrar el marrullero  
 Con fisga respondió : no seas bobo :  
 Espera á que nuestro amo se despierto,  
 Que pues me aconsejaste la paciencia,  
 Yo la sabré tener en mi conciencia,  
 Al ver al lobo que te da la muerte.  
 El pollino murió : no hay que dudarlo;  
 Mas si resucitára,  
 Corriendo el mundo á todos predicára :  
*Prestad auxilio, si quereis hallarlo.*

## IX.

## EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su majestad leonesa en compañía  
 De un borrico se sale á montería.  
 En la parte al intento acomodada,  
 Formando el mismo leon una enramada,  
 Mandó al asno que en ella se ocultase,  
 Y que de tiempo en tiempo rebuznase  
 Cual trompeta de caza en el ojeo  
 Logró el rey su desseo;  
 Pues apenas se vió bien apostado,  
 Cuando al son del rebuzno destemplado,  
 Que los montes y valles repetían,  
 A su selvoso albergue se volvian  
 Precipitadamente  
 Las fieras enemigas juntamente;  
 Y en su cobarde huida  
 En las garras del leon pierden la vida.  
 Cuando el asno se halló con los despojos  
 Do devoradas fieras á sus ojos,  
 Dijo : par diez si llego mas temprano,  
 A ningún muerto dejo hueso sano.  
 A tal fanfarronada  
 Soltó el rey una grande carcajada :  
*Y es que jamás convino  
 Hacer del andaluz al vizcaíno.*

## X.

## EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes por áspero camino,  
 Tropezando con una y otra peña,  
 Iba un viejo cargado con su leña  
 Maldiciendo su misero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte  
Que apenas levantarse ya podía,  
Llamaba con colérica porfía  
Una, dos y tres veces á la muerte.

Armada de guadaña en esqueleto  
La parca se le ofrece en aquel punto;  
Pero el viejo temiendo ser difunto,  
Lleno mas do terror que de respeto,  
Trémulo la decia y balbuciente :  
Yo... señora... os llamé desesperado;  
Pero... Acaba : ¿qué quieres, desdichado?  
Que me cargues la leña solamente.

*Tenga paciencia quien se cree infelice,  
Que aun en la situacion mas lamentable  
Es la vida del hombre siempre amable :  
El viejo de la leña nos lo dice.*

## XI.

## LOS DOS MACHOS

Dos machos caminaban : el primero  
Cargado de dinero,  
Mostrando su penacho envanecido,  
Iba marchando erguido  
Al son de los redondos cascabeles.  
El segundo, desnudo de oropeles,  
Con un pobre aparejo solamente,  
Alargando el pescuezo eternamente,  
Seguia de reata su jornada  
Cargado de costales de cebada.  
Salen unos ladrones, y al instante  
Asieron de la rienda al arrogante :  
Él se defiende, y ellos le maltratan :  
Y después que el dinero le arrebatan,  
Huyen, y dice entonces el segundo :  
*Si á estos riesgos exponen en el mundo  
Las riquezas, no quiero, á fe de macho,  
Dinero, cascabeles, ni penacho.*

## XII.

## EL GALLO Y EL ZORRO.

Un gallo muy maduro,  
De edad provecta, duros espolones,  
Pacífico y seguro,

Sobre un árbol oía las razones  
De un zorro muy cortés y muy atento,  
Mas elocuente cuanto mas hambriento.

Hermano, le decia,  
Ya cesó entre nosotros una guerra  
Que cruel repartia  
Sangre y plumas al viento y á la tierra :  
Baja, daré para perpetuo sello  
Mis amorosos brazos á tu cuello.

Amigo de mi alma,  
Responde el gallo, ¡qué placer inmenso  
En deliciosa calma  
Deja está vez mi espíritu suspenso!  
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso  
A gozar en tu seno mi reposo :

Pero aguarda un instante,  
Porque vienen ligeros como el viento,  
Y ya están adelante,  
Dos correos que llegan al momento  
De esta noticia portadores fieles,  
Y son segun la traza dos lebreles.

A Dios, á Dios, amigo,  
Dijo el zorro, que estoy muy ocupado,  
Luego hablaré contigo  
Para finalizar este tratado.

El gallo se quedó lleno de gloria,  
Cantando en esta letra su victoria :

*Siempre trabaja en su daño  
El astuto engañador :  
A un engaño hay otro engaño  
A un picaro otro mayor.*

### XIII.

#### LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes pasajeros  
Viendo su pobre nave combatida  
De recias olas y de vientos fieros,  
Ya casi sumergida ;

Cuando súbitamente  
El viento calma, el cielo se serena,  
Y la afligida gente  
Convierte en risa la pasada pena.  
Mas el piloto estuvo muy sereno,

Tanto en la tempestad como en bonanza,  
*Que sabe que lo malo y que lo bueno*  
*Está sujeto á súbita mudanza.*

## XIV.

## EL ASNO Y EL LOBO.

Un burro cojo vió que le seguía  
 Un lobo cazador, y no pudiendo  
 Huir de su enemigo, le decía :  
 Amigo lobo, yo me estoy muriendo :  
 Me acaban por instantes los dolores  
 De este maldito pié de que cojeo :  
 Si yo no me valiese de herradores,  
 No me vería así como me veo ;  
 Y pues fallezco, sé caritativo :  
 Sácame con los dientes este clavo,  
 Muera yo sin dolor tan excesivo,  
 Y cómeme después de cabo á rabo.  
 ¡ Oh ! dijo el cazador con ironía,  
 Contando con la presa ya en la mano,  
 No solamente sé la anatomía,  
 Sino que soy perfecto cirujano.  
 El caso es para mí una patarata :  
 La operacion no mas que de un momento  
 Alargue bien la plata,  
 Y no se me acobarde, buen jumento.  
 Con su estuche molar desenvainado  
 El nuevo profesor llega al doliente,  
 Mas este le dispara de contado  
 Una coz que lo deja sin un diente.  
 Escapa el cojo : pero el triste herido  
 Llorando se quedó su desventura.  
 ¡ Ay infeliz de mí ! bien merecido  
 El pago tengo de mi gran locura.  
 Yo siempre me llevé el mejor bocado  
 En mi oficio de lobo carnícero :  
 Pues si puedo vivir tan regalado,  
 ¿ A qué meterme ahora á curandero ?  
*Hablemos en razon : no tiene juicio*  
*Quien deja el propio por ajeno oficio.*

## XV.

## EL ASNO Y EL CABALLO.

ban, mas no sé adónde ciertamente.

Un caballo y un asno juntamente :

Este cargado, pero aquel sin carga.

El grave peso, la carrera larga,

Causaron al borrico tal fatiga,

Que la necesidad misma le obliga

A dar en tierra. Amigo compañero,

No puedo mas, decia, yo me muero,

Repartamos la carga, y será poca;

Si no, se me va el alma por la boca.

Dice el otro : revienta en hora buena :

¿Por eso he de sufrir la carga ajena?

Gran bestia seré yo, si tal hiciere.

¿Miren, y qué borrico se me muere?

Tan justamente se quejó el jumento,

Que espiró el infeliz en el momento.

El caballo conoce su pecado,

Pues tuvo que llevar mal de su grado

Los fardos y aparejos todo junto ;

Item mas, el pellejo del difunto.

*Juan, alivia en sus penas al vecino,*

*Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda,*

*Si no lo haceis así, temed sin duda*

*Que seréis el caballo y el pollino.*

## XVI.

## EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un labrador cansado

En el ardiente estío,

Debajo de una encina

Reposaba pacífico y tranquilo.

Desde su dulce estancia

Miraba agradecido

El bien con que la tierra

Premiaba sus penosos ejercicios.

Entre mil producciones,

Hijas de su cultivo,

Veía calabazas,

Melones por los suelos esparcidos.

¿Porqué la Providencia,  
 Decía entre sí mismo,  
 Puso á la ruin bellota  
 En elevado preeminente sitio?  
 ¿Cuánto mejor sería,  
 Que, trocando el destino,  
 Pendiesen de las ramas  
 Calabazas, melones y pepinos?  
 Bien oportunamente,  
 Al tiempo que esto dijo,  
 Cayendo una bellota  
 Le pegó en las narices de improviso.  
 Par diez, prorumpió entonces  
 El labrador sencillo,  
 Si lo que fué bellota  
 Algun gordo melon hubiera sido,  
 Desde luego pudiera  
 Tomar á buen partido,  
 En caso semejante,  
 Quedar desnarigado, pero vivo.  
*Aquí la Providencia*  
*Manifestarle quiso*  
*Que supo á cada cosa*  
*Señalar sabiamente su destino.*  
*A mayor bien del hombre*  
*Todo está repartido,*  
*Preso el pez en su concha,*  
*Y libre por el aire el pajarillo.*

## XVII.

## UN COJO Y UN PICARON.

A un buen cojo un descortés  
 Insultó atrevidamente:  
 Oyólo pacientemente  
 Continuando su carrera,  
 Cuando al son de la cojera  
 Dijo el otro: una, dos, tres,  
 Cojo es.  
 Oyólo el cojo: aquí fué  
 Donde el buen hombre perdió  
 Los estribos; pues lo dió  
 Tanta cólera, y tal ira,  
 Que la muleta le tira,



Quedándose, ya se ve,  
Sobre un pié.

Solo el no poder correr  
Para darto el escarmiento,  
Dijo el cojo, es lo que siento,  
Que este mal no me atormenta :  
*Porque al hombre solo afrenta  
Lo que supo merecer,  
Padecer.*

## XVIII.

## LA ZORRA Y EL CHIVO.

Una zorra cazaba ;  
Y al seguir á un gazapo,  
Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,  
En un pozo cayó que al paso estaba.  
Cuando mas la afligia su tristeza  
Por no hallar la infeliz salida alguna,  
Vió asomarse al brocal por su fortuna  
Del chivo padre la gentil cabeza.  
¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?  
Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,  
Respondió la raposa,  
Que en el tal pozo estoy como encantada.  
Al agua el chivo se arrojó sediento :  
Monta sobre él la zorra, de manera  
Que haciendo de sus cuernos escalora,  
Pilla el brocal, y sale en el momento.  
Quedó el pobre atollado : cosa dura.  
*¿Mas quién podrá á la zorra dar castigo,  
Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,  
Del peligro mayor salir procura?*

## XIX.

## EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento  
Iba un lobo muy flaco y muy hambriento ;  
Encontró con un perro tan relleno,  
Tan lucio, sano y bueno,  
Que le dijo : yo extraño  
Que estés de tan bueno año  
Como se deja ver por tu semblante ;

Cuando á mi mas pujante,  
 Mas osado y sagaz, mi triste suerte  
 Me tiene hecho retrato de la muerte.  
 El perro respondió : sin duda alguna  
 Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.  
 Deja el bosquo y el prado;  
 Retírate á poblado,  
 Servirás de pórtero  
 A un rico caballero,  
 Sin otro afán, ni mas ocupaciones  
 Que defender la casa de ladrones.  
 Acepto desde luego tu partido,  
 Que para mucho mas estoy curtido,  
 Así me libraré de la fatiga  
 A que el hambre me obliga  
 De andar por montes sendereando peñas,  
 Trepando riscos y rompiendo breñas,  
 Sufriendo de los tiempos los rigores,  
 Lluvias, nieves, escarchas y calores.  
 A paso diligente  
 Marchaban juntos amigablemente,  
 Tratando varios puntos de confianza  
 Pertenecientes á llenar la panza.  
 En esto el lobo por algun recelo,  
 Que comenzó á turbarle su consuelo  
 Mirando al perro dijo : he reparado  
 Que tienes el pescuezo algo pelado.  
 Dime : ¿qué es eso? — Nada. —  
 Dimelo por tu vida, camarada. —  
 No es mas que la señal de la cadena :  
 Pero no me da pena;  
 Pues aunque por inquieto  
 A ella estoy sujeto,  
 Me sueltan cuando comen mis señores :  
 Recibenme á sus piés de mil amores :  
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,  
 Y todo aquello que les desagrada :  
 Este lo mal asado;  
 Aquel un hueso poco descarnado;  
 Y aun un gloton que todo se lo traga,  
 A lo menos me halaga  
 Pasándome la mano por el lomo :  
 Yo meneo la cola, callo y como. —  
 Todo eso es bueno, yo te lo confieso;  
 Pero por fin y postre tú estas preso :

Jamás sales de casa,  
 No puedes ver lo que en el pueblo pasa. —  
 Es así. — Pues amigo,  
 La amada libertad que yo consigo  
 No he de trocarla de manera alguna  
 Por tu abundante y próspera fortuna.  
 Marcha, marcha á vivir encarcelado:  
 No serás envidiado  
 De quien pasea el campo libremente,  
 Aunque tú comas tan glotonamente  
 Pan, tajadas y huesos; porque al cabo  
*No hay bocado en sazón para un esclavo.*

#### DON TOMÁS DE IRIARTE.

Nació en el puerto de Santa Cruz de la villa de Orotava en la isla de Tenerife, á 18 de setiembre de 1750. Sus padres fueron don Bernardo de Iriarte y doña Bárbara de las Nieves Hernandez de Oropesa.

A los diez años pasó á la villa de Orotava á estudiar la lengua latina bajo la enseñanza de su hermano Fr. Juan Tomás de Iriarte, de la órden de Predicadores, con quien adelantó tanto, que viniendo á España (á Madrid) á insinuacion de su tío don Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M. partió de Santa Cruz á principios de 1764 y se despidió de su patria con unos dísticos latinos, que no se creyó al pronto pudiesen ser de un jóven de tan corta edad.

Continuó en Madrid su educacion su tío don Juan de Iriarte, especialmente en la latinidad y humanidades; aunque tambien estudió las matemáticas, geografía, historia, física, y las lenguas cultas, especialmente la inglesa, francesa é italiana. Así permaneció siete años en la enseñanza con su tío: y después de la muerte de este cuidó de la correccion é impresion de la Gramática latina en 1774, y de las obras sueltas que se publicaron en 1776.

Tuvo siempre mucha aficion á la música, y ya en Canarias tocaba varios instrumentos; pero en Madrid se perfeccionó con las lecciones de su amigo y maestro don Antonio Rodriguez de Hita.

Su aficion á la poesía le dictó á los diez y ocho años de edad la comedia *Hacer que hacemos*, que imprimió en 1770 con el anagrama de don Tirso Imareta. Entonces tradujo del francés para el teatro de los Sitios Reales la comedia *el Filósofo Casado*; la *Escocesa*, la tragedia *el Huérfano de la China*, y compuso además algunos dramas originales hasta 1775.

Por fallecimiento de su tío don Juan de Iriarte le sucedió en 1771 en el empleo de oficial traductor de la primera secretaría de Estado, que habia suplido en las enfermedades del tío: y asistió con el marqués de los Llanos en las secretarías del Perú y de la Cámara de Aragon. Por

este tiempo tuvo la comision de componer el *Mercurio político*, que mejoró mucho. Tradujo de orden superior varios apéndices para una obra en defensa de Palafox. Escribió los versos latinos y castellanos al nacimiento del infante, é institucion de la órden de Carlos III en 1771. Entonces escribió los *Literatos en cuaresma*, y varias poesias sueltas y epístolas á su amigo don Josef Cadalso.

En 1776 se le nombró archivero del supremo consejo de la guerra; y al año siguiente publicó la traduccion del Arte poética de Horacio: pero habiéndola criticado Sedano, el colector del Parnaso español, contestó Iriarte con el diálogo *Donde las dan los toman* en 1778. A principios de 1780 dió á luz el poema de *La música*. En 1782 publicó las *Fábulas literarias*, que fueron criticadas en el *Año erudito* de Forner, al que contestó con un papel: *Para casos tales suelen tener los maestros oficiales*. Amante de Virgilio quiso ensayarse en un poema épico, y eligió la conquista de Méjico por Cortés: pero conociendo la dificultad sustituyó la *traduccion de la Eneida*, de que publicó los cuatro primeros libros. Por orden del conde de Floridablanca escribió las *Lecciones instructivas sobre la moral, la historia y la geografia*, para instruccion de los niños de las escuelas. En 1787 publicó la coleccion de sus obras en seis tomos, que después de su muerte se ha reimpresso en ocho, añadiendo en los dos últimos muchas obras inéditas: publicó allí la *Señorita mal criada*; el *Señorito mimado*, el *Don de gentes*, comedias que compuso en diversos tiempos. La vida sedentaria le agravó su mal de gota, y murió de sus resultas el 17 de setiembre de 1791, y al dia siguiente se le enterró en la parroquia de San Juan.

Estando en Andalucía en 1790 á restablecerse de sus males, escribió el monólogo *Guzmán el Bueno*: y en el corresponsal del Censor se publicó su sátira en latin macarrónico contra el mal gusto de nuestras escuelas.

### FABULAS LITERARIAS.

#### EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un oso, con que la vida  
Ganaba un piamontés,  
La no muy bien aprendida  
Danza ensayaba en dos piés.  
Queriendo hacer de persona  
Dijo á una mona: ¿qué tal?  
Era perita la mona,  
Y respondióle, muy mal.  
Yo creo, replicó el oso  
Que me haces poco favor.  
¿Pues qué? ¿mi aire no es garboso?  
¿No hago el paso con primor?  
Estaba el cerdo presente,

Y dijo : ¡ bravo ! ¡ bien va !  
 Bailarin mas excelente  
 No se ha visto ni verá.

Echó el oso , al oir esto ,  
 Sus cuentas allá entre sí ,  
 Y con ademan modesto  
 Hubo de exclamar asi :

Cuando me desaprobaba  
 La mona , llegué á dudar ;  
 Mas ya que el cerdo me alaba  
 Muy mal debo de bailar.

Guarde para su regalo  
 Esta sentencia un autor :  
 Si el sabio no aprueba , malo ,  
 Si el necio aplaude , peor.

## II.

### EL BURRO FLAUTISTA.

Esta fabulilla ,  
 Salga bien ó mal ,  
 Me ha ocurrido ahora  
 Por casualidad.

Cerca de unos prados  
 Que hay en mi lugar  
 Pasaba un borrico  
 Por casualidad.

Una flauta en ellos  
 Halló que un zagal  
 Se dejó olvidada  
 Por casualidad.

Acercóse á olerla  
 El dicho animal ;  
 Y dió un resoplido  
 Por casualidad.

En la flauta el airo  
 Se hubo de colar ,  
 Y sonó la flauta  
 Por casualidad.

¡ Oh ! dijo el borrico ;  
 ¡ Qué bien sé tocar !  
 ¿ Y dirán que es mala  
 La música asnal ?

Sin reglas del arte  
 Borriquitos hay  
 Que una vez aciertan  
 Por casualidad.

## III.

## EL PATO Y LA SERPIENTE.

A orillas de un estanque  
 Diciendo estaba un pato :  
 ¿A qué animal dió el cielo  
 Los dones que me ha dado?  
 Soy de agua , tierra y aire :  
 Cuando de andar me canso ,  
 Si se me antoja , vuelo :  
 Si se me antoja , nado.  
 Una serpiente astuta  
 Que le estaba escuchando ,  
 Le llamó con un silbo  
 Y le dijo : seo guapo ,  
 No hay que echar tantas plantas ,  
 Pues ni anda como el gamo ,  
 Ni vuela como el sacre ,  
 Ni nada como el barbo.  
 Y así tenga sabido ,  
 Que lo importante y raro  
 No es entender de todo ,  
 Sino ser diestro en algo .

## IV.

## EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

Trabajando un gusano su capullo ,  
 La araña , que tejía á toda prisa ,  
 De esta suerte le habló con falsa risa  
 Muy propia de su orgullo :  
 ¿Qué dico de mi tela el seor gusano?  
 Esta mañana la empecé temprano ,  
 Y ya estará acabada á mediodía ,  
 Mire qué sutil es , mire qué bella...  
 El gusano con sorna respondía :  
 Usted tiene razon : así sale ella .

## V.

## LOS HUEVOS.

Mas allá de las islas Filipinas  
 Hay una que ni sé cómo se llama,  
 Ni me importa saberlo, donde es fama  
 Que jamás hubo casta de gallinas,  
 Hasta que allá un viajero  
 Llevó por accidente un gallinero.  
 Al fin tal fué la cria, que ya el plato  
 Mas comun y barato  
 Era de huevos frescos; pero todos  
 Los pasaban por agua (que el viajante  
 No enseñó á componerlos de otros modos).

Luego de aquella tierra un habitante  
 Introdujo comerlos estrellados.  
 ¡O qué elogios se oyeron á porfia  
 De su rara y fecunda fantasía!  
 Otro discurro hacerlos escalfados..  
 ¡Pensamiento feliz!... otro rellenos...  
 ¡Ahora si que están los huevos buenos!  
 Uno después inventa la tortilla,  
 Y todos claman ya ¡qué maravilla!

No bien se pasó un año  
 Cuando otro dijo: sois unos petates,  
 Yo los haré revueltos con tomates:  
 Y aquel guiso de huevos tan extraño,  
 Con que toda la isla se alborota,  
 Hubiera estado largo tiempo en uso  
 A no ser porque luego los compuso  
 Un famoso extranjero á la *hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros;  
 Pero ¡qué condimentos delicados  
 No añadieron despues los reposteros!  
 Moles, dobles, hilados,  
 En caramelo, en leche,  
 En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,  
 Y los últimos huevos los mejores.  
 Mas un prudente anciano  
 Les dijo un día: presumís en vano  
 De estas composiciones peregrinas.  
 ¡Gracias al quo nos trajo las gallinas!

¡Tantos autores nuevos  
No se pudieran ir á guisar huevos  
Mas allá de las islas Filipinas?

## VI.

## EL JILGUERO Y EL CISNE.

Calla tú, pajarillo vocinglero,  
(Dijo el cisne al jilguero)  
¡A cantar me provocas, cuando sabes  
Que de mi voz la dulce melodía  
Nunca ha tenido igual entre las aves?  
El jilguero sus trinos repetía;  
Y el cisne continuaba ¡qué insolencia!  
Miren cómo me insulta el musiquillo;  
Si con soltar mi canto no le humillo  
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.  
¡Ojalá que cantáras!  
(Le respondió por fin el pajarillo).  
¡Cuánto no admirarías  
Con las cadencias raras  
Que ninguno asegura haberte oído,  
Aunque logran mas fama que las mías!  
Quiso el cisne cantar, y dió un graznido.  
¡Gran cosa! ganar crédito sin ciencia,  
Y perderle en llegando á la experiencia.

## VII.

## LA ABEJA Y EL CUCLILLO.

Saliendo del colmenar  
Dijo al cuclillo la abeja:  
Calla, porque no me deja  
Tu ingrata voz trabajar.  
No hay ave tan fastidiosa  
En el cantar como tú:  
Cucú, cucú, y mas cucú,  
Y siempre una misma cosa.  
¡Te cansa mi canto igual?  
(El cuclillo respondió):  
Pues á fe que no hallo yo  
Variedad en tu panal:  
Y pues que del propio modo



Fabricas uno que ciento,  
Si yo nada nuevo invento  
En ti viejísimo es todo.

A esto la abeja replica :  
En obra de utilidad  
La falta de variedad  
No es lo que mas perjudica ;  
Pero en obra destinada  
Solo al gusto y diversion ,  
Si no es varia la invencion  
Todo lo demás es nada.

## VIII.

## EL RATON Y EL GATO.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.  
¿Qué invencion tan sencilla ! ¿qué sentencias !  
He de poner, pues que la tengo á mano,  
Una fábula suya en castellano.

Cierto (dijo un raton en su agujero)  
No hay prenda mas amable y estupenda  
Que la fidelidad ; por eso quiero  
Tan de veras al perro perdiguero.  
Un gato replicó : pues esa prenda  
Yo la tengo tambien... Aquí se asusta  
Mi buen raton, se esconde,  
Y torciendo el hocico, le responde :  
¿Cómo? ¿la tienes tú?... ya no me gusta.

La alabanza que muchos creen justa,  
Injusta les parece  
Si ven que su contrario la merece.  
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla  
Puede ser que le agrade y que le instruya. —  
Es una maravilla :

Dijo Esopo una cosa como suya. —  
Pues mire usted, Esopo no la ha escrito ;  
Salió de mi cabeza. — ¿Con que es tuya? —  
Sí, señor erudito :  
Ya que antes tan feliz le parecia,  
Critiquemeia ahora porque es mia.

## IX.

## EL LOBO Y EL PASTOR.

Cierto lobo hablando con cierto pastor,  
Amigo (le dijo), yo no sé porqué  
Me has mirado siempre con odio y horror.  
¿Tienesme por malo? no lo soy á fe.

¡Mi piel en invierno qué abrigo no da!  
Achaques humanos curá mas de mil.  
Y otra cosa tiene, que seguro está  
Que la piquen pulgas ni otro insecto vil.

Mis uñas no trueco por las del Tejon,  
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.  
Mis dientes ya sabes cuán útiles son  
Y á cuántos con mi unto he dado salud.

El pastor responde: perverso animal,  
¡Maldigate el cielo, maldigate amen!  
Después que estás harto de hacer tanto mal,  
¿Qué importa que puedas hacer algun bien?

Al diablo los doy,  
Tantos libros lobos como corren hoy.

## X.

## EL ASNO Y SU AMO.

Siempre acostumbra hacer el vulgo necio  
De lo bueno y lo malo igual aprecio.  
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.

Deste modo sus yerros disculpaba  
Un escritor de farsas indecentes.  
Y un taimado poeta que lo oía,  
Le respondió en los términos siguientes:

Al humilde jumento  
Su dueño daba paja, y le decía:  
Toma, pues que con eso estás contento.  
Dijolo tantas veces, que ya un día  
Se enfadó el asno, y replicó: yo tomo  
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto.  
¿Piensas que solo de la paja gusto?  
Dame grano y verás si me le como.

Sepa quien para el público trabaja,  
Que tal vez á la plebe culpa en vano,  
Pues si en dándole paja, come paja,  
Siempre que le dan grano, come grano.

## XI.

## LA ORUGA A LA ZORRA.

Si se acuerda el lector de la tertulia  
 En que á presencia de animales varios  
 La zorra adivinó porqué se daban  
 Elogios Avestruz y Dromedario;  
 Sepa que en la mismísima tertulia  
 Un día se trataba del gusano,  
 Artífice ingenioso de la seda,  
 Y todos ponderaban su trabajo.

Para muestra presentan un capullo,  
 Examínanlo, crecen los aplausos,  
 Y aun el topo, con todo que es un ciego,  
 Confesó que el capullo era un milagro.

Desde un rincon la oruga murmuraba  
 En ofensivos términos, llamando  
 La labor admirable, friolera,  
 Y á sus ologiadores, mentecatos.

Preguntábanse pues unos á otros:  
 ¿Porqué este miserable gusapo  
 El único ha de ser que vitupere  
 Lo que todos acordes alabamos?

Saltó la zorra y dijo; pese á mi alma,  
 El motivo no puede estar mas claro,  
 ¿No sabeis, compañeros, que la oruga  
 Tambien labra capullos, aunque malos?

Laboriosos ingenios perseguidos,  
 ¿Quereis un buen consejo? Pues cuidado:  
 Cuando os provoquen ciertos envidiosos,  
 No hagais mas que contarles este caso.

## XII.

## EL RETRATO DE GOLILLA.

De fraso extranjera el mal pegadizo  
 Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;  
 Pero habrá quien piense que no habla castizo  
 Si por lo anticuado lo usado no deja.  
 Voy á entretenelle con una conseja;  
 Y porque le trai mas contentamiento,  
 En su mesmo estilo referilla intento,  
 Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de ogaño  
 Viá como agora gran loa y valía  
 Alcanzan algunos retratos de antaño,  
 Y el no remedallos á mengua tenia;  
 Por endo, queriendo retratar un día  
 A cierto Rico-home, señor de gran cuenta,  
 Juzgó que lo antiguo do la vestimenta  
 Estima de rancio al cuadro daria.

Segundo Velazquez croyó ser con esto,  
 Y así que del rostro toda la semblanza  
 Hubo trasladado, golilla le ha puesto,  
 Y otros atavios á la antigua usanza.  
 La tabla á su dueño lleva sin tardanza:  
 El cual espantado fincó desde que vido  
 Con añejas galas su cuerpo vestido  
 Magüer que le plugo la faz á bastanza.

Empero una traza lo vino á las mientes  
 Con quo al retratante dar su galardón.  
 Guardaba heredadas do sus ascendientes  
 Antiguas monedas en un viejo arcon,  
 Del Quinto Fernando muchas dellas son  
 Allende de algunas de Carlos Primero,  
 De entrambos Filipos Segundo y Tercero;  
 Y henchido de todas le endonó un bolson.

Con estas monedas, ó si quier medallas  
 (El pintor le dice) si voy al mercado,  
 Cuando me cumpliero mercar vituallas  
 Tornaré á mi casa con muy buen recado.  
 Pardiez (dijo el otro) ¿no mo habeis pintado  
 En trajo quo un tiempo fué muy señoril,  
 Y agora lo viste solo un alguacil?  
 Cual me retratasteis, tal os he pagado.

Llevaos la tabla, y el mi corbatin,  
 Pintadme al proviso en vez do golilla,  
 Cambiadme esa espada en el mi espadin,  
 Y en la mi casaca trocad la ropilla,  
 Ca no habrá naide en toda la villa  
 Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.  
 Vuestra paga entonce contaros he presto  
 En buena moneda corriento en Castilla.

Ora pues, si á risa provoca la idea  
 Que tuvo aquel sandio moderno pintor,  
 ¿No hemos de reirnos siempre quo chochea  
 Con ancianas frases un novel autor?  
 Lo que es afectado juzga que es primor,

Habla puro á costa de la claridad;  
Y no halla voz baja para nuestra edad,  
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

## XIII.

## EL TÉ Y LA SALVIA.

El té, viniendo del imperio chino,  
Se encontró con la salvia en el camino.  
Ella le dijo: ¿á dónde vas, compadre?  
A Europa voy, comadre,  
Donde sé que me compran á buen precio.  
Yo (respondió la salvia) voy á China,  
Que allá con sumo aprecio  
Me reciben por gusto y medicina.  
En Europa me tratan de salvaje,  
Y jamás he podido hacer fortuna.  
Anda con Dios, no perderás el viaje;  
Pues no hay nacion alguna  
Que á todo lo extranjero  
No dé con gusto aplausos y dinero.

La salvia me perdone  
Que al comercio su máxima se opone.  
Si hablase del comercio literario  
Yo no defenderia lo contrario;  
Porque en él para algunos es un vicio  
Lo que es en general un beneficio.  
Y español que tal vez recitaria  
Quinientos versos de Boileau y el Taso,  
Puede ser que no sepa todavía  
En qué lengua los hizo Garcilaso.

## XIV.

## EL CAZADOR Y EL HURON.

Cargado de conejos,  
Y muerto de calor,  
Una tarde de lejos  
A su casa volvía un cazador.  
Encontró en el camino  
Muy cerca del lugar  
A un amigo y vecino,  
Y su fortuna le empezó á contar.

Me afané todo el día  
 (Le dijo) ¿pero qué?  
 Si mejor cacería  
 No la he logrado, ni la lograré.  
 Desde por la mañana  
 Es cierto que sufrí  
 Una buena solana,  
 Mas mira qué gazapos traigo aquí.  
 To digo y te repito,  
 Fuera de vanidad,  
 Que en todo ese distrito  
 No hay cazador de mas habilidad.  
 Con el oído atento  
 Escuchaba un burón  
 Este razonamiento,  
 Desde el corcho en que tiene su mansion;  
 Y el puntiagudo hocico  
 Sacando por la red  
 Dijo á su amo: suplico,  
 Dos palabritas con perdon de usted.  
 Vaya, ¿cuál de nosotros  
 Fué el que mas trabajó?  
 Esos gazapos y otros  
 ¿Quién se los ha cazado sino yo?  
 Patron, ¿tan poco valgo  
 Que me tratan así?  
 Me parece que en algo  
 Bien se pudiera hacer mencion de mí.  
 Cualquiera pensaria,  
 Que este aviso moral  
 Seguramente haria  
 Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.  
 Se quedó tan sereno,  
 Como ingrato escritor,  
 Que del auxilio ajeno  
 Se aprovecha y no cita al bienhechor.

## XV.

## EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

Habia en un corral un gallinero:  
 En esto gallinero un gallo habia,  
 Y detrás del corral en un chiquero  
 Un marrano gordísimo yacia.

Item mas, se`criaba alli un cordero,  
 Todos ellos en buena compañía :  
 ¿Y quién ignora que estos animales  
 Juntos suelen vivir en los corrales?

Pues (con perdon de ustedes) el cochino  
 Dijo un dia al cordero : ¡qué agradable,  
 Qué feliz, qué pacífico destino !  
 Es el poder dormir ! ¡qué saludable!  
 Yo te aseguro, como soy gorrino,  
 Que no hay en esta vida miserable  
 Gusto como tenderse á la bartola,  
 Roncar bien, y dejar correr la bola.

El gallo por su parte al tal cordero  
 Dijo en una ocasion : mira, inocente,  
 Para estar sano, para andar ligero  
 Es menester dormir muy parcamente.  
 El madruguar en julio ó en febrero  
 Con estrellas, es método prudente ;  
 Porque el sueño entorpece los sentidos,  
 Deja los cuerpos flojos y abatidos.

Confuso, ambos dictámenes coteja  
 El simple corderillo, y no adivina  
 Que lo que cada uno le aconseja  
 No es mas que aquello mismo á que se inclina.  
 Acá entre los autores es muy vieja  
 La trampa de sentar como doctrina  
 Y gran regla, á la cual nos sujetamos,  
 Lo que en nuestros escritos practicamos.

## XVI.

### EL PEDERNAL Y EL ESLABON.

Al eslabon de cruël  
 Trató el pedernal un dia,  
 Porque á menudo le heria  
 Para sacar chispas dél.  
 Riñendo este con aquel,  
 Al separarse los dos  
 Quedaos, dijo, con Dios,  
 ¿Valeis vos algo sin mí?  
 Y el otro responde: Sí,  
 Lo que sin mí valeis vos.  
 Este ejemplo material  
 Todo escritor considere

Que largo estudio no uniere  
 Al talento natural.  
 Ni da lumbre el pedernal  
 Sin auxilio de eslabon,  
 Ni hay buena disposicion  
 Que luzca faltando el arte,  
 Si obra cada cual á parte  
 Ambos inútiles son.

## XVII.

## EL VOLATIN Y SU MAESTRO.

Mientras de un volatin bastante diestro  
 Un principiante mozalbillo toma  
 Lecciones de bailar en la maroma,  
 Le dice : vea usted , señor maestro ,  
 Cuánto me estorba y cansa este gran palo  
 Que llamamos chorizo ó contrapeso :  
 Cargar con un garrote largo y grueso  
 Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.

¿ A qué fin quiere usted que me sujetó  
 Si no me faltan fuerzas ni soltura ?  
 Por ejemplo : ¿ este paso , esta postura ,  
 No la haré yo mejor sin el zoquete ?

Tenga usted cuenta... No es difícil... nada...  
 Así decia , y suelta el contrapeso.

El equilibrio pierde... A Dios ! ¿ qué es eso ?  
 ¿ Qué ha de ser ? Una buena costalada.

¿ Lo que es auxilio juzgas embarazo ,  
 Incauto jóven ! ( el maestro dijo ) :  
 ¿ Huyes del arte y método ? Pues hijo ,  
 No ha de ser este el último porrazo .

## XVIII.

## LA ARDILLA Y EL CABALLO.

Mirando estaba una ardilla  
 A un generoso alazan ,  
 Que dócil á espuela y rienda  
 Se adestraba en galopar .

Viéndole hacer movimientos  
 Tan veloces y á compás ,  
 De aquesta suerte le dice



Con muy poca cortedad :  
 Señor mio ,  
 De ese brio ,  
 Ligereza  
 Y destreza  
 No me espanto ,  
 Que otro tanto  
 Suelo hacer, y acaso mas.  
 Yo soy viva ,  
 Soy activa :  
 Me meneo ,  
 Me paseo ;  
 Yo trabajo ,  
 Subo y bajo ;  
 No me estoy quieta jamás.

El paso detiene entonces  
 El buen potro , y muy formal  
 En los términos siguientes  
 Respuesta á la ardilla da :  
 Tantas idas  
 Y venidas ,  
 Tantas vueltas  
 Y revueltas  
 ( Qujero , amiga ,  
 Que me diga )  
 ¿ Son de alguna utilidad ?  
 Yo me afano ,  
 Mas no en vano .  
 Sé mi oficio ,  
 Y en servicio  
 De mi dueño  
 Tengo empeño  
 De lucir mi habilidad.

Con que algunos escritores  
 Ardillas tambien serán ,  
 Si en obras frivolas gastan  
 Todo el calor natural.

## DON JOSÉ DE IGLESIAS.

Nació en Salamanca por los años de 1753, y falleció en dicha ciudad en 1791. Fué cura párroco en aquella diócesis. Un año antes de morir publicó un poema didáctico sobre la teología, recomendable por la poesía de estilo y por la pureza de lenguaje.

## IDILIOS.

## EL CLAVEL.

## I.

La madre universal de lo criado,  
Que con diversas y pintadas flores  
De la alma primavera en mil colores  
Adorna el verde manto, que ha bañado  
Céfiro en mil olores;

Ya alzando al cielo frescas azucenas  
Nacidas al albor de la mañana,  
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana  
De frescas hojas, y de frutas llenas  
De rosicler y grana;

En mi huerto produjo el mas hermoso  
Pundonor del jardin, el presumido  
Galan de toda flor, astro florido,  
En quien se excede el año presuntuoso,  
El clavel encendido.

Sus edades se pasan de hora en hora;  
Corto vivir le destinó la suerte,  
Y solo un sol solemnizarle advierto  
En risa el alba, en lágrimas la aurora  
Su nacimiento y muerte.

Señuelo sea de tu amante lado,  
O bello airon de tu galan sombrero,  
Por primicia del año placentero,  
Y de un alma, que á ti te ha consagrado  
Su efecto lisonjero.

Lógrese en tu beldad esclarecida:  
Y pues del año fué pimpollo tierno,  
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,  
Y á tu lado consiga eterna vida  
En un abril eterno.

## II.

## LA AUSENCIA.

Mirote en noche del helado invierno,  
 Botos tus cuernos, luna amortiguada;  
 Y entre negros celajes ofuscada,  
 Muestras falto de luz el rostro tierno,  
 De Febo desdeñada.

Tal yo, mezquina, entre una niebla oscura  
 Quedo al desden que el ánimo me hiela  
 Sin luz ni gala: mi cariño vuela,  
 Misero, solo, y pobre de ventura,  
 Y sin tu centinela.

Solo á ti he descubierto mis amores,  
 Solo á ti he dado cuenta de mi vida,  
 Como á la secretaria mas querida  
 Que el cielo pudo darme en sus favores,  
 De que ando despedida.

Que si acaso el cruel cuya memoria  
 Siempre en mi alma vivirá guardada,  
 Llegare aquí á sazón que declarada  
 Está ya por la muerte la victoria  
 De mi vida cansada;

Cuéntale con dolor mi amarga nueva:  
 Y por corona de mi triste suerte  
 Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte  
 Muy mas su ausencia el ánimo me lleva,  
 Que el brazo de la muerte.

## III.

## LOS ZELOS.

Tu, ruiñeñor dulcísimo, cantando  
 Entre las ramas de esmeraldas bellas,  
 Ensordeces la selva con querellas,  
 Tu gravísimo daño lamentando  
 Al cielo y las estrellas.

Pesados vientos lleven tu gemido  
 En las cuevas de amor bien aceptado,  
 Y con pecho en tus penas lastimado  
 Bien es responda al canto dolorido  
 De tu picuelo arpado.

¿Quién te persigue? ¿Quién te aflige tanto?  
 Si acaso es del amor la tiranía,  
 Consuélate con la desdicha mía,  
 Que, advirtiéndote tu misero quebranto,  
 Busco tu compañía.

No me desprecies cuando te acompaño  
 Pensando que en dolor me aventajaras;  
 Pues si mis desventuras vieras claras,  
 Y al fin te persuadieras de mi daño,  
 Quizá el tuyo aliviáras.

¡Triste de mí! que en páramo apartado  
 Siendo alimento á pena tan esquiva,  
 Hallé muerte de celos, que derriba  
 El edificio amante que habe alzado  
 Sobre agua fugitiva.

## IV.

## DURACION DE SU AMOR.

Plátanos frescos de esta verde falda,  
 Sombrios sauces, cedros de olor llenos,  
 Que os holgais con los céfiros serenos,  
 Y enguirnaldais con cercos de esmeralda  
 Los prados siempre amenos;

Vos, en quien floreció la primavera,  
 Y alzais al cielo vuestra frente grata,  
 Dando ornamento á la luciente plata  
 De los raudales de esta fiel ribera,  
 Y veis como os retrata;

Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo,  
 Crezca, pues lo grabé en vuestra corteza,  
 Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,  
 Mientras os diere su favor el cielo,  
 Ornándoos de belleza.

Siete años hace ya que en mi alma exenta  
 Con imperio unos ojos han reinado;  
 Y otros siete en mis venas he guardado  
 El fuego, el dulce fuego que alimenta  
 Mi pecho enamorado.

Miro mil veces su beldad sin tasa:  
 No porque aumente, no, mi pasión pura;  
 Que una vez y otra vista su hermosura,  
 Eternamente el corazón abrasa,  
 Y el fuego mortal dura.

Llama que eterna duracion alcanza,  
 Y al vivir del espiritu se extiende,  
 Ni el horror del sepulcro la comprende,  
 Ni del tiempo la rígida mudanza  
 La marchita ni ofende.

## V.

## DELIRIOS DE LA DESCONFIANZA.

Osé y temí; y en este desvarío  
 Por la alta frente de un escollo pardo  
 Del precipicio, donde no me guardo,  
 Sigo la senda, preso el albedrío,  
 Con pié dudoso y tardo.  
 Nuevo ardor me arrebató el pensamiento;  
 Discurro por el yermo con pié errante,  
 La actividad de un fuego penetrante,  
 Ni la inquietud que en mí interior yo siento  
 Huyen de mí un instante.

Por el hondo distrito y dilatado  
 Del corazón en fuego enardecido  
 Se esplayó el gran raudal de mi gemido,  
 Y la dulce memoria de mi amado  
 Hundió en eterno olvido.

Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,  
 Escándalo funesto y escarmiento  
 A los tristes amantes, que sin tiento  
 Levantaron de lágrimas sus gozos,  
 Gozos de inútil viento.

Los que en la primavera do sus días  
 Temieron el desden de sus amores,  
 Envidien el tesón de mis dolores,  
 Y fuego aprendan de las ansias mías  
 Los finos amadores.

## VI.

## LA AGITACION.

¡Ay! cómo ya la alegre primavera,  
 A su felice estado reducida,  
 Torna á las plantas nuevo aliento y vida,  
 Esmaltando de flores su ribera,  
 Que antes se vió aterida.

Suelta el raudal su risa armoniosa;  
 Y canta el ruiseñor con trino doble:  
 De púrpura se viste el clavel noble;  
 Y enlaza al olmo con la vid hermosa  
 Y con la hiedra al roble.

¡Qué de veces me vió rosada aurora,  
 Mustia y débil la flor de mi hermosura,  
 Reclinada del monte en la espesura,  
 Y en vela inquieta me encontró á deshora  
 Llorando mi ventura!

Cae del cielo la noche tenebrosa;  
 Cubren sus alas negras todo el suelo:  
 Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,  
 Y paz el blando sueño da engañosa

A mi triste recelo:  
 Que despierto asustada; y mi cuidado  
 Me lleva á yerma orilla de ancho río:  
 Vuelvo en vano á dormir, y desconfío  
 De poder encontrar puente ni vado  
 Al triste curso mío.

¡Triste de mí, que sigo temerosa  
 La luz escasa de funesto fuego,  
 Que el poder de mis ojos deja ciego;  
 Y émula de la incauta mariposa  
 A su volcán me entrego!

#### CANTINELA.

Muchacho inadvertido  
 Toqué un dulce instrumento  
 Cuyo agradable acento  
 Me cautivó el oído:  
 Y apenas le hube herido,  
 Me atrajo su armonía  
 La gran heldad que adoro,  
 Por quien suspiro y lloro  
 Cuando con melodía  
 Dando á las cuerdas de oro  
 Mis voces compañía,  
 De la que anuncia el día,  
 Canté las frescas rosas  
 Que esparce de su falda,  
 Las ráfagas hermosas  
 Que arceja su cuernalda.

De rojo, azul y gualda,  
 Los riscos esmaltando,  
 Y á cada flor prestando  
 Los vivos de su tinta.  
 Tras esto mi voz pinta  
 Del sol el señorío  
 Y majestad augusta,  
 Que no hay fanal que iguale  
 Y como huyendo sale  
 Ante él la sombra adusta  
 Medrosa de su brio:  
 Sobre el cristal sombrío  
 Su luz temblar parece,  
 Y á su fogoso aliento,  
 Cuando mas lo desea,  
 El bajo suelo humea,  
 Y arder se mira el viento.  
 Mas toda esta hermosura  
 Y rasgos de grandeza,  
 Con no sé qué dulzura  
 Mi voz aduladora  
 A acomodarla empieza  
 A mi amante Eliodora,  
 Cuando ella así me dijo:  
 Muchachuelo prolijo,  
 Tu gracia lisonjera  
 Un poco mejor fuera  
 Que en tí la acomodáras,  
 Y no me avergonzáras.  
 No soy alba, ó lucero,  
 Mas te adoro y te quiero:  
 No soy autor del oro,  
 Mas te quiero y te adoro.  
 Y este querer sincero  
 Tan solo es bien que cantes;  
 Pues quizá en mil amantes  
 No lo hay tan verdadero.

**DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.**

Nació en la villa de Ribera del Fresno, provincia de Extremadura, á  
 11 de marzo de 1754; estudió en Salamanca, y se dedicó á la carrera  
 de jurisprudencia, en cuya facultad se graduó de doctor cuando acabó

sus estudios. Allí fué conocido de Cadalso, que fijó y dirigió la afición y el talento que tenía para la poesía. La Academia Española premió en 1780 su égloga de *Batilo* en elogio de la vida campestre, y la villa de Madrid su comedia pastoral de *las Bodas de Camacho* en 1794. Al año siguiente dió á luz el tomo primero de sus *Poesías líricas*, recibido con un aplauso extraordinario, y con el cual se puso al frente de los poetas que entonces había en España. Era á la sazón catedrático de humanidades en Salamanca: el gobierno le promovió en 1789 á una plaza en la audiencia de Zaragoza, de donde después fué trasladado á la chancillería de Valladolid. Allí publicó en 1797 la segunda edición de sus poesías en tres tomos en octavo que dedicó al príncipe de la Paz. Al aprecio que merecía entonces del privado debió ser traído á Madrid á la fiscalía de la sala de alcaldes de corte, que desempeñó hasta el año siguiente, en que le alcanzó la desgracia de su amigo Jovellanos, y fué mandado salir de Madrid y enviado á Medina del Campo con una comisión insignificante. Priváronle después de su empleo y le confinaron á Zamora: allí vivió algun tiempo, hasta que, mitigada algun tanto la animosidad que había contra él, le fueron devueltos sus honores y sus sueldos, y se le permitió residir en Salamanca. Los acontecimientos políticos y militares de la invasión francesa en 1808 le sacaron de aquel retiro para tomar en ellos una parte que, después de hacerle correr el peligro inminente de morir á manos del populacho de Oviedo, le obligó en último resultado á salir de su patria y pasar en Francia los años que le restaban de vida. Su muerte fué en Montpellier en 24 de mayo de 1817; dejando preparadas sus poesías para la tercera edición que se ha hecho de todas ellas en cuatro tomos en octavo en la imprenta real, año de 1820.

## ÉGLOGA.

BATILO, ARCADIO, POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,  
 La yerba aljofarada,  
 Que el nuevo día con su lumbre dora,  
 Mientras en blandas quejas  
 Le cantan la alborada  
 Las dulces avecillas á la aurora.  
 La cabra trepadora,  
 Ya suelta se encarama  
 Por el monte enramado:  
 Vosotras de este prado  
 Paced felices la menuda grama;



Paced, ovejas mías,  
Pues de abril tornan los alegres días.

Mejórase la tierra  
De verdor coronada,  
Y aparecen de nuevo ya las flores:  
Desciende de la sierra  
La nieve desatada,  
Y ejercen sus contiendas los pastores.  
Todo el prado es amores;  
Retoñan los tomillos;  
Las bien mullidas camas  
Componen en las ramas  
A sus hembras los dulces pajarillos,  
Y con susurro blando  
Por la vega el arroyo huye saltando.

Así cual es sabroso,  
Después de noche fría,  
El rocío del alba al mustio prado,  
O cual tras enojoso  
Invierno el alegría  
Plácido sol de abril vuelve al ganado;  
Así, cual al cansado  
Pastor que tras hambriento  
Lobo corrió, es la fuente;  
Tras el marzo inclemente  
Tal es á mí del céfiro el aliento,  
Y cual á abeja rosa,  
Del campo así la vida deliciosa.

Apenas ha nacido  
El día en los oteros,  
De arreboles el cielo matizando,  
Por el alegre ejido  
Saco ya mis corderos,  
Y alegres los cabritos van brincando.  
Mientras el sol se va alzando,  
Mil celosas porfías  
A la sombra en reposo  
Separo, si celoso  
Mi manso está por las corderas mías,  
Y si la noche viene,  
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma  
Tras sus vacas manchadas,  
El pastoril acento al viento dando  
El dulce Arcadio asoma:

Sus voces regaladas  
 Mas y mas cada vez so van notando.  
 Tambien viene cantando  
 Cual yo de la florida  
 Estacion : salir quiero  
 A encontrarle primero;  
 Algo acaso dirá de mi querida,  
 O la nueva tonada  
 Que Tirsi canta á su Licori amada.

## ARCADIO.

¿Quién viendo el alegría  
 De este florido prado,  
 Y el brillo y resplandores del rocío,  
 O la hambrienta porfía  
 Con que paze el ganado,  
 Y el soto lejos, plácido y sombrío,  
 Y el noble señorío  
 Con que el claro sol nace,  
 O las ondas sin cuento  
 Que hace en la yerba el viento,  
 Y los hilos de luz que el airo haco;  
 No sentirá movido  
 El corazon y el ánimo embebido?  
 Do quiera es primavera,  
 Y por do quiera el prado  
 Da nueva flor y espíritu oloroso;  
 Las vacas por do quiera  
 Hallan pasto sobrado  
 Y tierna yerba de pacer sabroso;  
 El pastor en reposo  
 Ya libre sus tonadas  
 Puede cantar tendido,  
 Viendo su hato querido  
 Lento buscar las sombras regaladas;  
 Y pueden las pastoras  
 Bailar alegres las ociosas horas.  
 No á mi gusto sea dado  
 Riquezas enojosas,  
 Ni el oro que cuidados da sin cuento;  
 No el ir embarazado  
 Entre galas pomposas,  
 Ni corriendo vencer el raudo viento;

Mas si cantar contento  
 Sentado á par mi Elisa,  
 Viendo desde esta altura  
 Del valle la verdura,  
 Y de mi dulce bien la dulce risa,  
 Y pacer mi ganado,  
 Y al Tormes deslizarse sosegado.

Pero aquel que allí veo  
 Que por el prado viene,  
 ¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana  
 ¡Cuán bien á mi deseo  
 La suerte lo previene!  
 Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

## BATILO.

La gracia sobrehumana  
 De tu rabel y canto  
 Guarde del lobo odioso,  
 Y sigue en tan sabroso  
 Tono que de los valles es encanto,  
 Y el ganado alborozado,  
 Y el choto jugueteo por él retoza.

## ARCADIO.

Tú mas antes al viento  
 Suelta esa voz suave  
 Que á todas las zagalas enamora,  
 Tañendo el instrumento  
 Que el desden vencer sabe,  
 Y ablandar como cera á tu pastora;  
 Y la letra sonora  
 Cántame que le hiciste,  
 Cuando te dió el cayado  
 Por el manso peinado,  
 Que con lazos y esquila le ofreciste;  
 Ó bien la otra tonada  
 De la vida del campo descansada.  
 Premio será á tu canto  
 Este rabel, que un día  
 Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,  
 Y en él con primor tanto  
 Pintó la selva umbria,  
 Que muestra bien su ingenio peregrino.

Del Tormes cristalino  
 Formó en él la corriente,  
 Que parece ir riendo;  
 A lo largo paciende  
 Los manchados rebaños mansamente;  
 Y la ciudad de lejos  
 Del sol como dorada á los reflejos.

A un álamo arrimado  
 Alegre un zagal canta,  
 Mientras su amada flores va cogiendo:  
 Por el opuesto lado  
 Un mastin se adelanta,  
 Y á otra zagala fiestas viene haciendo:  
 Todo lo que está viendo  
 Lejos un ciudadano,  
 El semblante afligido  
 Y en cuidados sumido,  
 Haciéndole á otro señas con la mano,  
 Que al umbral de una choza  
 Rie entre los pastores y se goza.

## BATOLO.

Y yo de Delio hube  
 Una flauta preciada,  
 Labrada de su mano diestramente.  
 Tan guardada la tuve,  
 Que jamás fué tocada;  
 Pero mi amor en dártela consiente.  
 Los valles y la fuente  
 Puso en ella de Otea;  
 Cual por abril el llano  
 Con rosas mil galano;  
 Un muchacho en el cerro pastorea,  
 Y el rabel otro toca,  
 Y á contender cantando le provoca.

De flores coronadas,  
 Mas lindas que las flores  
 Y el cabello en la espalda al viento dado  
 Van bailando enlazadas,  
 Causando mil ardores,  
 Las zagalejas en el verde prado.  
 Un anciano está á un lado  
 Que la flauta les toca,

Y algunas ciudadanas  
 Mirándolas ufanas,  
 Y como que la envidia las provoca  
 Con regocijo tanto.  
 Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

## ARCADIO.

Dulce es el amoroso  
 Balido de la oveja  
 Y la teta al hambriento corderuelo;  
 Dulce, si el caluroso  
 Verano nos aqueja,  
 La fresca sombra y el florido suelo;  
 El rocío del cielo  
 Es grato al mustio prado,  
 Y á pastor peregrino  
 Descanso en su camino;  
 Dulce el ameno valle es al ganado,  
 Y á mi dulce la vida  
 Del campo, y grata la estacion florida.

Mire yo de una fuente  
 Las menudas arenas  
 Entre el puro cristal andar bullendo;  
 O en la mansa corriente  
 De las aguas serenas  
 Los sauces retratarse, entro ellos viendo  
 Mi ganado ir paciando:  
 Mire en el verde soto  
 Las tiernas avecillas  
 Volar en mil cuadrillas;  
 Y gocen del tropel y el alboroto  
 Otros de las ciudades,  
 Cercados de sus daños y maldades.

Las inocentes horas,  
 De júbilo y paz llenas,  
 ¿Dónde mejor se gozan que en el prado?  
 ¿Quién mejor las auroras  
 Ve alborear serenas,  
 Que el zagal al salir tras su ganado?  
 ¿Venturoso cuidado!  
 ¿Mil veces descansada,  
 Pajiza choza mia!  
 Ni yo te dejaría

Si toda una ciudad me fuera dada,  
 Pues solo en tí poseo  
 Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.  
 ¿Para qué el vano anhelo,  
 Ni los tristes cuidados  
 Que engendra la ciudad y sus temores?  
 Mejor es ver el cielo  
 Que no techos pintados,  
 Mejor son que las galas nuestras flores.  
 Los árboles mayores  
 Nos dan fácil cabaña,  
 Una rama sombrío,  
 Otra reparo al frío;  
 Y cuando silba el ábrego con saña  
 En las noches de enero,  
 Lumbre para bailar un roble entero.  
 Aquí en la verde grama  
 Oiga yo reclinado  
 El lento susurrar de este arroyuelo;  
 Aquí evite la llama  
 Con mi pastora al lado  
 Del sol subido á la mitad del cielo;  
 Y su dorado pelo  
 Orne de florecillas,  
 O teja en su regazo  
 De ellas guirnalda ó lazo,  
 Y arrúllenme las blandas tortolillas,  
 Cuando yo la corone,  
 Y la firmeza de mi amor le abone.

RATILLO.

Y á mi leche sobrada  
 Me da, y natas y queso,  
 Y su lana y corderos mi ganado:  
 Mis colmenas labrada  
 Miel de tierno cantueso,  
 Y pomas olorosas el cercado.  
 Gobierna mi cayado  
 Dos hatos numerosos,  
 Que llenan los oteros  
 De cabras y corderos,  
 Y deja á los zagales envidiosos  
 Mi dulce cantilena,  
 Que á las mismas serranas enajena.

Mas bienes no deseo,  
 Ni quiero mas fortuna,  
 Contento con mi suerte venturosa.  
 En este simple arreo  
 No hay pastorcilla alguna  
 Que huya de mis cariños desdeñosa.  
 Su guirnalda de rosa  
 Me dió ayer Galatea;  
 Filis este cayado,  
 Y este zurrón leonado  
 La niña Silvia que mi amor desea;  
 Mas yo á Filena quiero,  
 Ella me paga, y por sus ojos muero.

## ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino  
 Se huyó de la alqueria  
 A la ciudad por sus hechizos vanos,  
 ¡Con su ingenio divino  
 Qué cosas no decia  
 Después de los falaces ciudadanos!  
 Aun á los mas ancianos  
 Si te acuerdas pasmaba,  
 Contándonos los hechos  
 De sus dañados pechos.  
 Yo, zagalejo entonces, le escuchaba,  
 Y aun guarda la memoria  
 La mayor parte de su triste historia.

El semblante sereno  
 Y el corazón dañado,  
 Cual es el fruto de silvestre higuera,  
 Miel envuelta en veneno,  
 El decir concertado,  
 Pechos lisiados de la envidia fiera,  
 Hijos que desespera  
 La vida de sus padres,  
 Muertes, alevosías,  
 Entre esposos falsías,  
 Y doncellas vendidas por sus madres:  
 Esto contaba Elpino  
 Do la ciudad, después que al campo vino.

Y Dalmiro cantaba,  
 Aquel que fué á la guerra,  
 Y vió las tierras donde muere el día,  
 Que en nada semejaba  
 El río de esta sierra  
 Al mar soberbio quo pavor ponía.  
 Me acuerdo que decía,  
 Que del viento irritado  
 Espantable bramaba,  
 Y las olas alzaba  
 Hasta tocar el cielo encapotado,  
 Tragándose navíos,  
 Como las enramadas nuestros ríos.  
 Que entonces el alarido  
 Y acabar de los tristes  
 Quebraba el corazón en tal cuña;  
 Cual si débil balido  
 De herida oveja oistes,  
 O choto quo su madre solicita.  
 ¡Oh! ceguedad maldita,  
 Poner vida y ventura  
 Sobre un pino delgado!  
 Mejor es de este prado  
 Hollar con firme planta la verdura  
 Tras los corderos míos,  
 Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

#### ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero  
 Ver mas que nuestros prados,  
 Ni beban mis ganados de otro río.  
 Aquí no lobo fiero  
 Nos trae alborotados,  
 Ni nos daña el calor, ó hiela el frío.  
 No ajeno poderío  
 Nuestro querer sujeta,  
 Ni mayoral injusto  
 Nos avasalla el gusto.  
 Todos vivimos en union perfeta,  
 Y el sol y helado cierzo  
 Nos dan salud y varonil esfuerzo.  
 Todo es amor sabroso,  
 Alegría y hartura,



Y descanso seguro y regalado.  
 Ni el pastor envidioso  
 Murmura la ventura  
 Del otro á quien da el cielo mas ganado;  
 Ni el mayoral honrado  
 Burla al zagal sencillo,  
 Ni con doblez le trata;  
 Ni su seno recata  
 La amada de su tierno pastorcillo;  
 Que el amante y la fuente  
 Gozan de su belleza libremente.  
 Como las ciudadanas  
 A engañar no se enseñan  
 Nuestras bellas y cándidas pastoras,  
 Ni en su beldad livianas,  
 Nuestro querer desdeñan,  
 O mudan de amador á todas horas.  
 Mejor que las sonoras  
 Canciones de la villa  
 Su voz suena á mi oído,  
 Y que el ronco alarido  
 De sus plazas la voz de mi novilla.  
 Mas canta tu tonada  
 De la vida del campo descansada.

## BATELO.

¡Oh soledad gloriosa!  
 ¡Oh valle! ¡Oh bosque umbrio!  
 ¡Oh selva entrelazada! ¡Oh limpia fuente!  
 ¡Oh vida venturosa!  
 ¡Seren y claro río,  
 Que por los sauces corres mansamente!  
 Aquí entre llana gente  
 Todo es paz y dulzura,  
 Y feliz armonía  
 Del uno al otro día.  
 La inocencia do engaño está segura,  
 Y todos son iguales  
 Pastores, ganaderos y zagales.  
 El cielo despejado  
 Y el canto repetido  
 De las pintadas aves por el viento,  
 El balar del ganado,

Y plácido sonido  
 Que del céfiro forma el blando aliento;  
 Tal vez el tierno acento  
 De alguna zagaleja  
 Que canta dulcemente,  
 Y este oloroso ambiente  
 En grata suspension á el alma deja;  
 Y á sueño descansado  
 Brinda la yerba del mullido prado.

No aquí esperanza ó miedo,  
 Las tramas y falsías  
 Que saben los soberbios ciudadanos.  
 El pastorcillo ledo  
 En paz goza sus días  
 Sin entregarse á pensamientos vanos.  
 Los cielos soberanos  
 Bendicen su majada,  
 Y él con sencillo celo  
 Da bendicion al cielo,  
 Tal vez acompañando la alborada  
 Con que en el campo adora  
 El coro de las aves á la aurora.

Sin recelo ni susto  
 Los términos pasea  
 De las cabañas que nacer le vieron;  
 Y ora aparta con gusto  
 La cabra en su pelea,  
 O ve do los jilgueros nido hicieron;  
 Si al lagarto sintieron  
 Sus tiernos corderillos,  
 Rie cuál se espantaron,  
 Corrieron ó balaron:  
 Ora al yugo acostumbra los novillos;  
 Ora fruta ó flor nueva  
 En don alegre á su zagala lleva.

Con las serranas viene  
 A triscar por el prado,  
 Y enguirnalda la sien de frescas flores:  
 Ni entonces libre tiene  
 Su pecho otro cuidado,  
 Quo cantarles ufano mil amores.  
 Mejor son sus favores  
 Quo la villa y sus tristes  
 Cuidados y ruidos,  
 Pues no en tales gemidos

Dos tortolillas querellarse vistes,  
 Cual canta en voz sonora  
 De amor un zagalejo á su pastora.

La fruta sazónada  
 ¡Con cuál dulce fatiga  
 De la rama se corta! ¡Cuán gustoso  
 Es ver la acongojada  
 Lucha en la blanda liga  
 Del verdecillo ó colorín vistoso!  
 ¡Cuán grato el armonioso  
 Susurrar, y el desvelo  
 De abeja entre las rosas!  
 ¡O ver las mariposas  
 De flor en flor pasar con presto vuelo!  
 ¡O mirar la paloma  
 Bañarse alegre, cuando el alba asoma!

Así Tirsí decía,  
 Que la primera gente,  
 Como agora vivimos los pastores,  
 Por los campos vivía  
 En la edad inocente,  
 Antes que del verano los ardores  
 Marchitaran las flores;  
 Cuando la encina daba  
 Miel, y lecho el río;  
 Cuando del señorío  
 Los términos la linde aun no cortaba,  
 Ni se usaba el dinero,  
 Ni se labraba en dardos el acero.

Y cierto, ¿cuántas veces  
 Los mas altos señores  
 Vienen á nuestras pobres caserías,  
 Sin pompa ni altiveces,  
 A gozar los favores  
 Del campo y sus sencillas alegrías?  
 Las rústicas porfías  
 Que los zagaes tienen,  
 Miran embelesados,  
 Y en seguir los ganados  
 Por los tendidos valles se entretienen,  
 O de bailar se gozan,  
 Y al son de nuestras flautas se alborozan.

Aquí Delio y Elpino  
 Moraron, y el famoso  
 Quo dijo de las Magas el encanto

Con su verso divino  
 Junto al Bétis undoso;  
 Y aquí Albano entonó su dulce canto.  
 ¡Oh grata vida! ¡Oh cuánto  
 Me gozo en tí seguro!  
 De flores coronado  
 Y al cielo el rostro alzado,  
 Este vaso de leche alegre apuro.  
 Bebe Arcadio, y gocemos  
 Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

## ARCADIO.

Cual la dulce llamada  
 De paloma rendida  
 Es al tierno pichon que la enamora,  
 Cual hiedra enmarañada  
 Que á reposar convida,  
 Y cual agrada el baile á la pastora;  
 Tal tu canción sonora  
 Es, zagal, á mi oído:  
 Ni así es el prado ameno  
 De grata yerba lleno,  
 De las ovejas con hervor pacido  
 En fresca madrugada,  
 Cual me encanta tu música extremada.

## BATOLO.

No el lirio comparado  
 Con zarza montuosa  
 Ser debe, ó con el cardo la azucena;  
 Ni así aquel desagrado  
 Y altivez enojosa  
 De las de la ciudad con la serena  
 Gracia de mi Filena.  
 Ellas me desdijeron  
 Allá en su plaza un día;  
 Yo sus burlas reía,  
 Y ellas do mis desprecios se enojaron.  
 Volvíme á mis corderos,  
 Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

## ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada  
 Fui compañero acaso  
 La tarde en la ciudad que fiesta habia :  
 Cual luna plateada  
 Reluce en cielo raso,  
 Así Elisa entre todas relucia.  
 ¡Cuán bella parecia,  
 Zagal! Sus lindos ojos  
 Mil pechos abasaron,  
 Envidias mil causaron,  
 Y so hicieron á un tiempo mil despojos.  
 ¡Ay, Elisa, bien mio,  
 De tu firmeza mi ventura fio!

## BATOLO.

Los surcos las labradas  
 Laderas hermocean,  
 Y del olmo la vid es ornamento ;  
 Las pomas sazonadas  
 El paladar recrean,  
 Y al ánimo la flauta da contento ;  
 Al bosque el manso viento ;  
 Tú á todo nuestro prado  
 Le das, Filena mia,  
 La risa y alegría.  
 Al sentirte venir hala el ganado,  
 Y Melampo colea,  
 Y haciéndote mil fiestas te recrea.

## ARCADIO.

No así de la pastora  
 La gala es deseada,  
 Ni del zagal el dulce caramillo,  
 Ni vaca mugidora  
 Tanto en la cela agrada  
 A enamorado cándido novillo,  
 O á la liebre el tomillo,  
 Cuál á Elisa es sabrosa  
 Pradera y selva umbría.  
 Con menos agonía  
 Huye del gavilan la garza añosa,  
 Que Elisa desalada  
 Corre de la ciudad á su majada.

## BATILO.

Darmo quiere Lisardo  
 Por el mi manso un choto,  
 Para llevarlo en don á sus amores;  
 Yo para tí lo guardo,  
 Y el nido que en el soto  
 Ayor cogí con ambos ruiñeños.  
 ¡Ay, si yo en mis ardores  
 Fuese abeja y volara,  
 Mi bien, siempre á tu lado  
 O en colorin mudado,  
 Continuo mis amores te cantara,  
 O hecho flor me cortases,  
 Y á tu labio de rosa me allegases!

## ARCADIO.

No á la cigarra es dado  
 De voz haber porfia  
 Con jilguero que canta en la enramada,  
 Ni con cisne extremado  
 En dulce melodía  
 Puede ser abubilla comparada,  
 Ni á tu voz regalada  
 Mi tono desabrido.  
 ¡Oh fuente! ¡Oh valle! ¡Oh prado!  
 ¡Oh apacible ganado!  
 Si el canto de Batilo es mas subido  
 Que el de los ruiñeños,  
 Grata escucho Filena sus amores.

## BATILO.

La alondra en compañía  
 De la alondra so goza,  
 Y en su arrullo la tórtola lloroso  
 El ciervo en selva umbría  
 Con su par se alborozó,  
 Y con el agua el ánado pomposo:  
 Yo con el amoroso  
 Rostro de mi pastora,  
 Ella con sus corderas,  
 Y estas en las ladoras,

Cuando de nueva luz el sol las dora:  
Y á Arcadio mi tonada,  
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Asi loando fueron  
La su vida inocente  
Los dos enamorados pastorcillos,  
Y los premios se dieron  
Del álamo en la fuente,  
Llevando allí á pastar sus ganadillos:  
Y yo que logré oílos  
Detrás de una haya umbrosa,  
Con ellos comparado  
Maldije de mi estado.  
De entonces la ciudad me fué enojosa,  
Y mil alegres dias  
Gozo en sus venturosas caserías.

**DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.**

Nació en Madrid el 10 de marzo de 1760. Fueron sus padres don Nicolás Fernandez de Moratin, el insigne poeta de quien ya se ha tratado arriba, y doña Isidora Cabo Conde. Formóse por sí mismo, y como á escondidas, en el gusto de la poesia, y en sus primeros estudios; y su padre que le destinaba primero á la profesion de la pintura, y después al ejercicio de la joyería, fué bien agradablemente sorprendido al ver á su hijo ganar en la Academia Española el segundo premio de poesia en 1779, cuando apenas contaba 19 años de edad. Este lauro le hizo redoblar en aplicacion y en esfuerzos, y tres años después ganó igualmente el premio segundo de poesia con la *Lección poética*, donde ya se veia al poeta manifestar el gusto clásico y puro, y la facilidad y belleza de ejecucion con que se distinguen sus obras. Por los años de 1787 hizo un viaje á París en compañía del conde de Cabarrus, donde conoció y trató al célebre Goldoni, y donde acabaria de formar su gusto en el arte de la comedia, á que le inclinaba poderosamente su genio y en que tanto se habia de aventajar después. Vuelto á España, la oda que escribió en el siguiente á la proclamacion del señor rey don Carlos IV le hizo mas conocido del gobierno, que le agració entonces con un pequeño beneficio. En el año de 1790 dió *El viejo y la niña*, comedia que se representó con muchísimo aplauso, y que puso al autor en el lugar eminente de donde no se le ha visto descender después: amenazado de ser envuelto en la desgracia que por

el mismo tiempo cayó sobre su protector el conde de Cabarrus, fué libertado del peligro por el favor de don Luis y don Manuel Godoy, entonces ya en la cumbre del favor, y que le consiguieron un beneficio considerable en Andalucía y una pensión sobre la mitra de Oviedo, con cuyas gracias pudo considerarse en aquel estado de desahogo y facultades, propio para cultivar las musas á su gusto y con independencia. *El Café* fué dado en 1792 con igual aplauso que *El viejo y la niña*. El autor después salió de España á viajar de nuevo; y recorrió la Francia, la Inglaterra, la Holanda y la Italia, donde permaneció hasta el año de 96 en que regresó á España, ya hecho secretario de la interpretación de lenguas por su favorecedor el príncipe de la Paz. *El Baron*, *La Mogigata*, *El Sí de las Niñas*, fueron sucesivamente el fruto del estudio y agradable situacion de que el poeta gozaba desde aquella época, representadas todas con igual aceptacion que sus primeras comedias. Las turbulencias que amenazaron en 1808 con la invasion de Bonaparte, acabaron con su fortuna y con su sosiego, como con los de tantos otros hombres de letras. Él siguió la opinion de aquellos que no creyeron posible la resistencia á las armas francesas: de aquí todas las vicisitudes de su fortuna, y de su residencia desde entonces ya en España, ya en Francia, ya en Italia. Vuelto á Francia, al fin se fijó en Burdeos, y últimamente pasó á París, donde murió en 21 de junio de 1828; y está enterrado no lejos de Moliere, cuyo imitador feliz habia sido.

Fué amigo de Jovellanos, de Forner, de Estala, de Goya, y de casi todos los hombres mas señalados de su tiempo: entre los Arcades de Roma se llamó *Inacco Celenio*.

## LECCION POÉTICA,

Ó SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA POESÍA CASTELLANA.

Apenas, Fabio, lo que dices creo,  
Y leyendo tu carta cada día  
Mas me confunde cuanto mas la leo.  
¿Piensas que esto que llaman poesia,  
Cuyos primores se encarecen tanto,  
Es cosa de juguete ó fruslería;  
O que puede adquirirse el númen santo  
Del dios de Delo, á modo de escalada,  
O por combinacion, ó por encanto?  
Si en las escuelas no aprendiste nada,  
Si en poder de aquel dómine pedante  
Tu banda siempre fué la desgraciada;  
¿Porqué seguir procuras adelante?  
Un arado, una azada, un escardillo,



Para quien eres tú, fuera bastante.

De cólera te pones amarillo :

Las verdades te amargan : ya lo advierto,  
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz : que es desacierto  
Desengañar al que el error desea,  
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Dígote, en fin, quo es admirable idea  
En tu edad cana acariciar las musas,  
Y trepar á la fuente pegasea.

Pues si el aceite y la labor no excusas,  
Y prosigues intrépido y constante,  
En tí sus glorias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,  
Versos arrojarás á borbotones,  
Tendrás en el tintero el consonante.

¡ Qué romances harás y qué canciones!  
¡ Y qué asuntos tan lindos me prometo  
Que para tus opúsculos dispones!

¡ Qué gracioso ha de estar y qué discreto  
Un soneto al bostezo de Belisa,  
Al resbalon de Inés otro soneto!

Una dama tendrás, cosa es precisa :  
Bellísima ha de ser, no tiene quite,  
Y llamarásla Filis ó Marfisa.

Díla que es nieve, cuando mas te irrite:  
Nieve que todo el corazon te abrasa,  
Y el fuego de tu amor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa  
*Pronuncia con desden sonoro hielo* <sup>4</sup>,  
Breve disgusto, que incomoda y pasa;

Dirás, que el encendido Mongibelo  
De tu pecho, entre llamas y cenizas,  
Corusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasión amante solemnizas,  
No olvides redes, lazos y prisiones,  
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te ponos  
Mas que los rayos de Titan hermoso,  
¡ Qué mérito ballarás, qué perfecciones!

Díla, que el alma ajena de reposo,  
*Nada golfos de luz ardiente y pura,*

*En cressa tempestad del oro undoso* <sup>1</sup>.

Llama á su frente espléndida llanura,  
Corvo luto sus cejas, ó suaves  
Arcos, que flecha te claváran dura.

Cuando las luces de su olimpo alabes.  
Apura, por tu vida, en el asunto  
Las travesuras métricas que sabes.

Dí, que su cielo, del cenit trasunto,  
Dos soles ostentó, por darte enojos,  
Que si se ponen quedarás difunto;

Y al aumentar tu vida sus despojos  
*Se lava el corazon, y el agua arroja*  
*Por los tersos balcones de los ojos* <sup>2</sup>.

Y tu amor, que en el llanto se remoja,  
En él se anega, y sufre inusitados  
Males muriendo, y líquida congoja.

Dí, que es pensil su bulto de mezclador  
Clavel y azahar, y abeja revolante  
Tú, que libas sus cálices pintados.

La boca cóelestial, que enciende amanto  
*Relámpagos de risa carmesíes* <sup>3</sup>  
Alto asunto al poeta que la cante,

Hará que en su alabanza las varíes  
Llamándola de amor ponzoña breve,  
O madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, inquieta desazon de nieve,  
Blanco, porque Cupido el blanco puso  
En él, y en blanco te dejó el aleve.

Y dí que venga un literato al uso,  
Con su Luzán y el viejo Estagirita,  
Llamándote ridículo y confuso;

Que yo sabré con férula erudita  
Hacerle que enmudezca arrepentido,  
Por sectario de escuela tan maldita.

Así tambien hubiéramos vencido  
El venusto rigor de esa tirana,  
Tigre, de rosa y alhelí vestido.

Mas, quiero suponer que la inhumana  
Rasgó tus ovillejos y canciones,  
Y todas las tiró por la ventana;

No importa, así va bien. Luego compones

<sup>1</sup> Quevedo.

<sup>2</sup> Gerardo Lobo.

<sup>3</sup> Quevedo.

Diez ó doce lloronas elegias,  
Llenándola de oprobios y baldones.

No te puedo prestar ningunas mias;  
Pero tres me dará cierto poeta,  
Largas, eternas, y sin arte, y frias.

Dirás que tanto la pasión te aprieta,  
Que mueres infeliz y desdenado.  
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!

El cuerpo dejarás al verde prado,  
El alma al cielo de tu dama hermosa,  
Y serás en su olvido sepultado.

Y en lugar de escribir: « Aquí reposa  
» Fabio, que se murió de mal de amores;  
» Culpa de una muchacha melindrosa; »

Detendrás á las ninfas y pastores,  
Para que una razón prolija lean  
De todas tus angustias y dolores.

Bien que los sabios, si adquirir descan  
Fama y nombre inmortal, no solamente  
En un sujeto su labor emplean.

Olvida, amigo, esa pasión doliente:  
Hartas quejas oyó que murmuraba  
Con lengua de cristal pícaro fuente.

No siempre el alma ha de gemir esclava:  
Déjate ya de celos y rigores,  
Y el grave empeño que elegiste acaba.

Que ya te ofrecen mil aparadores,  
Transformadas las salas en bodegas  
Espíritus, aceites y licores.

Suena algazara: cada cual despega  
Un frasco y otro, la embriagada gente  
Empieza á improvisar... Y ¿quién se niega?  
¿Qué vale componer divinamente  
Con largo estudio, en retirada estancia,  
Si delirar no sabes de repente?

Cruzan las copas, y entre la abundancia  
De los brindis alegres de Lico,  
Se espera de tu musa la elegancia.

Mira á Camilo, desgredado y feo,  
Ronca la voz, la ropa desceñida,  
Lleno de vino y de furor pimpleo;

Como anima el festín, y la avenida  
De coplas suyas con estruendo suena,  
De todos los oyentes aplaudida;

La quintilla acabó: los vasos llena

Fiel asistente de licor precioso.

Vuelve á beber, y á desatar la vena.

Bomba, bomba, repite el bullicioso

Concurso, y cuatro décimas vomita

Con pié forzado el bacanal furioso.

¿Y qué, ¿tú callarás? ¿nada te excita

A mostrar de tu númen la afluencia

Cuando la turba improvisante grita?

¿Temes? Vano temor. La competencia

No te desmaye, y las profundas tazas

Desocupa y escurre con frecuencia.

Ya te miro suspenso, ya adelgazas

El ingenio, y buscando consonante,

En hallarle adecuado te embarazas.

¿A qué fin? Con medir en un instante,

Aunque no digan nada, cuatro versos

Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos

De los que dieron á Camilo fama,

O mas duros tal vez, ó mas perversos?

No porque alguno Pindaro le llama,

Oyendo su incesante taravilla,

Pienses que númen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en cuadrilla,

Pues su musa pedestre y juguetera

Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona

Y hacer que calle, escucha mis ideas,

Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufon quiero que seas,

Cantor de cascabel y de botarga :

Verás qué aplauso en Avapiés granjeas.

Con tal autoridad, luego descarga

Retruécanos, equivocados, bajezas,

Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas

En tus versillos, bufonadas frias,

Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilacion de boberias

Al público darás de tomo en tomo,

Que ansioso comprará lo que le envias.

Porque el ingenio mas agreste y romo

Con obras de esta especie se recrea,

Como tú con las gracias de Geromo.

Mas si tu orgullo obscurecer desea

Al lírico famoso venusino  
 Con quien tu preceptista me marea,  
 Aparta de sus huellas el camino,  
 Huye su estilo atado de pedante,  
 Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante  
 De las deidades chismes celebrados,  
 Sin perdonar la barba del tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,  
 La niña de Agenor y sus doncellas,  
 Los nítidos cabellos destrenzados,  
 Quo, dando flores al abril sus huellas,  
 La orilla que de líquido circunda  
 Argento Dóris, van pisando bellas.

Al motor, de la máquina rotunda,  
 Que enamorado pace entre el armento  
 La yerba, de que opaca selva abunda.

La ninfa al verle, ajena de espavento,  
 Orna los cuernos y la espalda preme,  
 Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar : la virgen treme,  
 Y al juvenco los álgidos undosos  
 Piélagos, hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,  
*Reciprocando aspectos cintilantes*<sup>1</sup>  
 Prorumpen en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas en torno redundantes,  
*De débiles ancilas repetidas*<sup>2</sup>,  
 Los antros duplicaron circunstantes.

Mas Creta ofrece playas extendidas;  
 Prónuba al dulce amplexo apetecido,  
 Pudicicias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor, y agradecido  
 Jove, fecunda sóbole promete  
 Que imperio ha de regir muy extendido.

Apolo, antojadizo mozalbete,  
 Asunto digno de tu canto sea  
 Cuando tras Dafne intrépido arremete.

La locura también faetontea  
 Celebrarás, y el piélagos combusto.  
 Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zollo adusto,

<sup>1</sup> Silveira

<sup>2</sup> Villamediana.

Al notar de estas obras los primores,  
La diccion bella, el delicado gusto :

Al ver llamar estrellas á las flores,  
Liquido plectro á la risueña fuente,  
Y á los jilgueros prados voladores;

Vegetal esineralda floreciente  
Al fresco valle, y al undoso rio  
Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mio,  
Despreciando de Laso la cultura,  
Con ceño magistral y agrio desvío,

Habla erizada jerigonza oscura,  
Y en gálica sintaxis mezcla voces  
De añeja y desusada catadura,

Copiando de las obras que conoces,  
Aquella molestísima reata  
De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata  
La hispana lengua, rica y elegante,  
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante  
Licencia tiene, sin saber el nuestro,  
De inventar un idioma á su talante,  
Que él solo entiende; y ensartando diestro  
Silabas, ya es autor y gran poeta,  
Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,  
De nuestros Cides los heróicos hechos,  
Tanta nacion á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,  
Las duras reglas atropella osado,  
Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el númen lleno de furor sagrado :

- Canto, dirés, el héroe furibundo,
- A dominar imperios enseñado;
- Que dando ley al bátrato profundo
- Su fuerte brazo sujetó invencible
- La dilatada redondez del mundo. •

Principio tan altisono y horrible,  
Proposicion tan hueca y espantosa,  
Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo : *canta, diosa,*  
*La cólera de Aquiles de Peleo,*  
*A infinitos argivos dolorosa;*

Porque el estilo inflado y giganteo,

Dejando á los lectores atronados,  
Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados  
Ya por algunos admirablemente:  
Escoge, que los dos son extremados;

Sigue la historia religiosamente,  
Y conociendo á la verdad por guía,  
Cosa no has de decir que ella no cuento.

No finjas, no, que es grande picardía:  
Refiere sin doblez lo que ha pasado,  
Con nimiedad escrupulosa y pia;

Y en todo cuanto escribas ten cuidado  
De no olvidar las fechas y las datas,  
Que así lo debo hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,  
Despedirás-te del lector prudente  
Que te sufrió, con expresiones gratas:

Para que de tu libro se contente,  
Y aguarde el fin del lánguido suceso,  
De canto en canto el misero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso  
Te aplaudirán tus versos desechados;  
Crítica sufrirán, zorra y proceso.

Dirán que los asuntos, adornados  
Con episodios y ficción divina,  
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,  
Sin interés, sin fábula, sin arte;  
Que el menos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,  
Dejándolos á todos aturridos:  
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Después que entre centellas y estampidos  
Feroz descargues tempestad sonora,  
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos;

Exagera el volcán que te devora,  
*Que ceñirse del alma no consiente*<sup>1</sup>,  
É invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente  
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,  
En concebir delirios eminente.

Botánica, blason, cosmogonía,  
Náutica, bellas artes, oratoria,  
Y toda la gentil mitología,

<sup>1</sup> Cándamo.

Sacra, profana, universal historia;  
Y en esto, amigo, no andarás escaso,  
Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso,  
Entre despetadísimos guerreros  
Que jamás de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,  
Tripas colgando, sesos palpitantes,  
Y muchos derrengados caballeros.

Desaforadas mazas de gigantes,  
Deshechas puentes, armas encantadas,  
Amazonas bellísimas errantes.

A espuestas verterás, á carretadas,  
Descripciones de todo lo criado,  
Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh! cómo espero que mi alumno amado  
Ha de lucir el singular talento,  
Febo, que á tu pesar ha cultivado!

¡Cuánta aventura, y cuánto encantamiento!  
¡Cuántos enamorados campeones!  
¡Cuánto jardín y alcázar opulento!

Pondrás los episodios á millones;  
Y el héroe miserable no pareco,  
Que no le encontrarán ni con hurones.

Pero ¿cómo ha de ser? si le aconteco  
Quo un mago en una nube lo arrebató,  
Y con él por los aires desapareco,

En un valle oscurísimo remata  
El viejo endemoniado su carrera,  
Y al huésped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,  
*Sepulcro de los tiempos que han pasado* <sup>4</sup>,  
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.

¡Cuánta vasija y unto preparado  
Tiene! ¡cuánto ingrediente venenoso!  
Que al triste quo lo ve deja admirado.

Allí le enseña en un artificioso  
Cristal la descendencia dilatada,  
Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso,

Y mira una ficción muy adecuada;  
Pues aunque algún censor la culparia  
Do impertinente, absurda y dislocada,  
Siempre logras con esta fechoria



El linaje ensalzar de tu Mecenas :  
Que no te faltará por vida mía.

Y si tales patrañas son ajenas  
De su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene,  
Con Iléctor el troyano la encadenas :

Porque un poeta facultades tiene  
Sin limite ni cotos, escribiendo  
Todo cuanto á la pluma se le viene.

Pero ya me parece que estoy viendo  
Sobre un carro de fuego remontados  
Los dos amigos que la van corriendo,  
¡Válame Dios! y que regocijados,  
Gentes, ciudades, reinos populosos  
Examinan, y climas ignorados,

De Libia los desiertos arenosos,  
El hondo mar que hinchado se alborota,  
Montes nevados, prados olorosos.

De la septentrional playa remota,  
Al cabo que dobló Vasco de Gama,  
El sabio Tragasmon registra y nota.

Vuelve después dondo la ardiente llama  
Del sol se oculta al espirar el día,  
Dándole Tétis hospedaje y cama.

Y en su precipitada correría,  
Al huésped volador haco patente  
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.

Muda el auriga hácia el rosado oriente  
El rumbo, y á los reinos do la aurora  
Los lleva el carro de piropo ardiente....

Pero de un criticon me acuerdo ahora  
Grave, tenaz, ridículo, pedante,  
Que vierte hiel su lengua detractora.

¡Cómo salta de cólera al instante  
Con estas invenciones! ¡cuál blasfema!  
Si se llega á irritar no hay quien le aguante.

No quiere quo haya encantos ¡linda tema!  
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,  
Y el libro en quo lo halló desgarrar y quema.

Si al héroe por acaso lo enamoras  
Do una beldad que yace encastillada,  
Guardándola un dragon á todas horas;

Y el caballero de una enebillada  
Al escamoso culebron degüella,  
Mi crítico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle, quo la tal doncella

Es hermana del sabio Malambruno,  
El cual su doncellez así atropella,

Que á dura cárcel, soledad y ayuno  
Por un chisme no mas la ha reducido,  
Sin que sepa sus lástimas ninguno.

No señor, nada basta, enfurecido  
Contra el misero autor se desepita,  
Y en nada el inocente le ha ofendido.

¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!  
Dice en horrenda voz, que impetüosa  
Como turbio raudal se precipita.

El gusto y la razon, en verso, en prosa,  
La invencion rectifiquen; que sin esto,  
Jamás se acertará ninguna cosa.

Mi patria llora el ejemplar funesto:  
Su teatro en horrores sepultado,  
A la verdad y á la belleza opuesto,

Muestra lo que produce el estragado  
Talento, que sin luz se descamina,  
De la docta eleccion abandonado.

Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina  
La hispana musa, y desdeñó arrogante  
La humilde sencillez griega y latina.

Dió á la comedia estilo retumbante,  
Figurado, sutil ó tenebroso;  
De la debida propiedad distante.

Halló en la escena el vulgo clamoroso  
Pintadas y aplaudidas las acciones  
A que le inclina su vivir vicioso.

Y en vez de dar un freno á sus pasiones  
En la enseñanza de verdades puras,  
Mezcladas entre honestas invenciones,

Oye solo mentiras y locuras,  
Celebra y paga enormes désaciertos,  
Y de juicio y moral se queda á oscuras.

¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,  
Hecha la escena campo de batalla,  
A un paladin enderezando tuertos!

¡Qué es ver cubierta de loriga y malla  
Blandir el asta á una mujer guerrera,  
Y hacer estragos en la infiel canalla!

A cada instante hay duelos y quimeras,  
Sueños terribles que se ven cumplidos,  
Fatídico puñal, fantasma fiera;

Desfloradas princezas, aturdidos

Enamorados, ronda, galanteo,  
Jardín, escala, y celos repetidos.

Esclava fiel, astuta en el empleo  
De enredar una trama delincuente,  
Y conducir amantes el careo.

Allí se ven salir confusamente  
Damas, emperadores, cardenales,  
Y algún bufón pesado é insolente.

Y aunque son á su estado desiguales,  
Con todos trata, le celebran todos,  
Y se mezcla en asuntos principales.

Allí se ven nuestros abuelos godos:  
Sus costumbres, su heroica bizarria,  
Desfiguradas de diversos modos.

Todo arrogancia y falsa valentia:  
Todos jaques, ninguno caballero,  
Como mi patria los miró algún día.

No es mas que un mentecato pendenciero  
El gran Cortés, y el hijo de Jimena  
Un baladron de charpas y jifero.

Cinco siglos y mas, y una docena  
De acciones junta el númen ignorante,  
Que á tanto delirar se desenfrena.

Ya veis los muros de Florencia ó Gante:  
Ya el son del pito los trasforma al punto  
En los desiertos que corona Atlante.

Luego aparece amontonado y junto  
(Así lo quiere mágico embolismo)  
Dublín y Atenas, Menfis y Sagunto.

Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo  
Se ven patentes las eternas penas,  
Y el ignorado centro del abismo?

Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,  
Repetiéndose misero lamento  
Por las estancias de dolores llenas.

¡Oh, qué abominación! dice el sangriento  
Censor injusto; y dando manotadas,  
Se levanta furioso del asiento.

Estas críticas, Fabio, son dictadas  
Por envidia y no mas, si bien lo miras,  
Y no deben de tí ser escuchadas.

Las que repasas sin cesar y admiras  
Insignes obras, á pesar de ingratos,  
Te llevarán al término á que aspiras.

Mas te prometo. Los alegres ratos

Que te visite el apolíneo coro,  
No los has de vendér nada baratos.

Pues aunque el tema popular no ignoro  
De que Cintio corona los poetas  
De verde lauro, y no de perlas y oro :

Las mas descabelladas é indiscretas  
Farsas te llenarán de palacones  
Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio, las obrillas que dispones  
Las hemos de vender todas al peso,  
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena, redundante hasta el exceso,  
Que no conoce reglas ni camino,  
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino :  
Haz comedias sin número, te ruego,  
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego  
Imprime quince, y trama diez y nueve,  
Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve  
Cada comedia y casos prodigiosos;  
Que así el humano corazon se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos  
Flegon y Etonte, salga Citerea  
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea,  
Con su galan, su dama, y un criado  
Que en dislates insipidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado :  
Llena de anacronismos y mentiras  
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,  
Y que sonando alegres risotadas,  
Él te celebre, cuando tú deliras.

Del muro arrojen á las estacadas  
Moros de paja, si el asalto ordenas,  
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,  
Date á la magia, forja encantamientos  
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuela por los vientos,  
Allí un vejete se transforme en rana :  
Todo asombro ha de ser, todo portentos.

Do la historia oriental griega y romana

Copiarás los varones celebrados,  
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Héctor, Ciro, Caton, y los soldados  
Fuertes de Anibal, con su jefe adusto,  
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversion, verás qué gusto,  
Cuando lloren de Fátima el desvío  
Tarif, ó Muza, ó Alcaman robusto :

Que ciegos de amoroso desvario,  
La llaman en octavas y tercetos :  
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.

Tus galanes serán todos discretos;  
Y la dama, no menos bachillera,  
Metáforas derrame y epitetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera  
Un doctor *in utroque*! Ciertamente  
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques la moral y lo decente  
Para tus dramas, ni tras ello sudes;  
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura, no lo dudes :  
Allí es heroicidad la altanería,  
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decía,  
De que el pudor se ofendo y el recato...  
Pero ¡qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,  
Una banda, una joya, un ramillete;  
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete  
A dos ó tres galanes rondadores :  
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores  
El uno de ellos al jardín vecino;  
Y encuentra allí peligros no menores.

El padre oyendo cuchilladas vino,  
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,  
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo fronético y zeloso  
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,  
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera :  
La dama escoge el suyo, y la segunda  
Se casa de rondon con un cualquiera.

¡Oh, vena sin igual, rara y fecunda,

La que tales primores recopila,  
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto so estila;  
Y váyase Terencio á los Orates,  
Con Báquis, Menedemo y Antifila:  
Que por él, y otros pocos botarates  
Cobra la osada juventud espanto,  
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto  
Para ser celeberrimo poeta,  
El númen y las sílabas al canto.

La citara sonante, la trompeta,  
Y la cómica máscara bufona,  
Llena de variedad y chanzoneta,  
Te alzarán á la cumbre de Helicon,  
Donde cercado de las nueve hermanas  
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas  
De laurel te corone, ten sabido,  
Fabio, á quién debes el honor que ganas,  
Y agradécelo á mí, que te he instruido.

#### DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

Nació en Madrid el 14 de diciembre de 1764. Fueron sus padres don Nicolás Alvarez de Cienfuegos, y doña Manuela Antonia de Acero: estudió en Salamanca; y al lado de Melendez, de quien fué grande amigo, se aplicó á la poesia y formó su gusto en ella. Vivió después en Madrid retirado y viviendo solo con sus li bros y con sus amigos. Algunas composiciones suyas que empezaron á correr de mano en mano, y las tragedias de *Zoraida* y *Condesa de Castilla*, que se presentaron particularmente, le empezaron á dar un nombre literario en el público, que se acrecentó con la impresion que hizo en 1798 de todas sus obras poéticas. A poco tiempo le confió el gobierno la redaccion de la Gaceta y del Mercurio; y pocos años después fué hecho oficial de la primera secretaria de Estado. Así se hallaba cuando estalló la guerra de la Independencia. Cienfuegos, después de haber corrido un peligro inminente de ser arcabuceado por los Franceses después del dos de mayo, fué en el año siguiente de 1809 llevado á Francia en calidad de rehén, y falleció al llegar á Ortez, en principios de julio, de la enfermedad grave que ya gran tiempo le aquejaba. Su tragedia de *Pitaco* le abrió las puertas de la Academia Española, sin embargo de que presentada al concurso de poesia no obtuviese premio por razones particulares. Además de las poesias que se conocen suyas, dejó diferentes trabajos sobre etimologías y sinónimos castellanos, género de investigaciones para que tenia tanta aficion como talento.

## A LA PAZ

ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

¿Qué fogoso volcan amenazando  
 Hierve en mi corazon, que en paz dormia  
 Bien como en el abismo hondi-tronante  
 Del Etna cuando brama, y humeando  
 Va á romper? Tente, tente, fantasía:  
 ¿Dó me arrastras? Perdona; mi sonante  
 Citara suspendi; mi labio mudo  
 Para siempre olvidó la voz del canto.  
 Y ¿cómo he de cantar entre el espanto  
 Con que Marte sañudo  
 En rencorosa guerra  
 Muda en sepulcro la anchurosa tierra?  
 ¡O Pirineo! ¡ó campos de Gerona!  
 ¡Espectáculo atroz! ¡oh! ¿Quién me aleja  
 De esta escena cruél de sangre y lloro  
 Do el fratricidio la discordia abona;  
 Donde es muerte el honor? ¡Ay! cuál refleja  
 El acero infeliz los rayos de oro  
 Del sol vivificante! ¡Cuál rechina  
 El carro horrible do el cañon sentado  
 Va de viudez y de orfandad preñado!  
 ¡Cuánto llanto y ruína  
 Y sepulcro está abriendo  
 Del trémulo tambor el ronco estruendo!  
 Tened, cruëles. ¿Contra quién esgrime  
 El duro hierro la insensata mano?  
 ¿Dó esta la humanidad, el don divino  
 Que en nuestras almas al nacer imprime  
 La natura? ¡Perezca el inhumano  
 Que el feroz ministerio de asesino  
 El primero ejerció! Que el hondo averno  
 Trague hasta el nombre del quo alzó malvado  
 Altares al valor ensangrentado,  
 Y de laurel eterno  
 Ciñendo su cabeza,  
 Dijo: sea virtud la impía dureza.  
 Ilirio su voz de Jerjes el oido,  
 Que el escudo batiendo con la lanza,  
 La guerra ordena al hijo del oriente.  
 En la ilusion de su altivez dormido,

Sueña que el universo á su pujanza  
 Ya inclina con temer la esclava frente.  
 Marcha, triunfa; de Esparta en los leones  
 Da, cia, los rodea, caen rugiendo:  
 Y su rugir Temistocles oyendo,  
 Mueve al mar sus pendones,  
 Y allí, la diestra alzada,  
 Tumba de toda el Asia fué su espada.  
 ¿Huyes, ó Jerjes? ¿Tan opimo fruto  
 Te valió tu venganza lisonjera?  
 ¿Huyes? ¿A dónde huirás? Ya se adelanta  
 A recibirte en doloroso luto  
 Asia; y ¿qué fué mi juventud guerrera?  
 To pregunta. *Mis campos, do levanta*  
*El abrojo su frente ignominiosa,*  
*Piden los brazos donde en paz amiga*  
*Su sien posaba la materna espiga.*  
*La amante lagrimosa*  
*Busca á su amor, no le halla,*  
*Que, polvo yerto, para siempre calla.*  
 ¡ Hijo adorado, en mi vejez odiosa  
 Unico puerto de mi ingrata suerte!  
 Desamor, soledad, ¿esta es la herencia  
 Que me vuelven de ti? Noche afrentosa  
 De mi himeneo, en que el amor fué muerte,  
 Jamás seas!... exclama en la vehemencia  
 De su hondo pesar la anciana madre:  
 Mientras la viuda en lágrimas deshecha,  
 Los huerfanitos en su seno estrecha;  
 Y, la mente en su padre,  
 Mil futuros temores  
 Flechan su corazon con mil dolores.  
 Tú me arrancaste con tu infanda guerra  
 Mi laboriosa paz y mis amores  
 Entregándome al hambre y las maldades.  
 Y ¡ó cuánta sangre en mi domada tierra  
 Por ti veo correr! Por tus furores  
 Vuela entre victoriosas mortandades  
 Contra mi el macedon, y me saquea,  
 Y á su muerte, ¡qué horror! ¡ay! vuelve, impio,  
 Vuelve mis hijos al regazo mio;  
 Mis hijos de Platea:  
 Cruel, torna al momento,  
 Tórname mi virtud y mi contento.  
 El Asia dijo; y aun su voz ahora



Desde el horror de sus desiertos clama  
 Por su sangre inocente. Oid, hispanos :  
 La madre España á sus lamentos llora,  
 Y con su ejemplo á la concordia os llama.  
 ¿Será que vuestros pechos inhumanos  
 Resistan á su voz, que religiosa  
 Repite sin cesar que no hay ventura  
 Sin virtud, ni virtud sin la tornura  
 Y la union amistosa,  
 Adonde en ara santa  
 Feliz beneficencia se levanta?

¡Falte la tierra al que á su mismo hermano  
 Persiga en su enemigo! Uncid los bueyes,  
 ¡O vírgenes del campo lágrimas!  
 Que vuelve su señor. Con diestra mano,  
 Pues amor dictará sus dulces leyes,  
 Tejed guirnalda de azucena y rosas.  
 Madres sensibles, vuestro amargo llanto  
 Truéquese ya en placer y regocijos,  
 Que ya á sus lares vuestros tiernos hijos  
 Tornan : sí, que el espanto  
 Va á cesar de la guerra,  
 Y en mieses de oro se ornerà la tierra.

¡Júbilo, salvacion! ¡ó cuál se inunda  
 Mi espíritu en placer! ¡Ois quo clama  
 Paz, paz el Pirineo ensangrentado?  
 Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda  
 Con sus hojas? La trompa do la fama  
 Toda es paz, y á su son llora abrazado  
 Del galo el español, y maldiciendo  
 Do la guerra y sus bárbaros horrores,  
 En amistad convierten sus rencores.  
 Los oyo, y brama huyendo  
 La discordia sangrienta,  
 Y en la oscura Albión su trono asienta.  
 ¡Dó estais, pastores, que el silencio amado  
 De los montes dejasteis al ardiente  
 Estruendo del cañon? Volved tranquilos  
 A sus antiguos reinos el ganado;  
 Señoread las selvas do inocente  
 A las plácidas sombras do los tilos  
 El amor sus misterios os confía.  
 Desechad el temor : del alto cielo  
 Yo lo vi, yo lo ví, que en raudo vuelo  
 Alma paz descendía

De espigas coronada  
 De genios y de musas rodeada.  
 Saludadla, cantad, hijos de Apolo.  
 ¡Salve, decidla, madre bienbechora  
 Del linaje mortal, cándida hermana  
 De la santa virtud! ¡De polo á polo  
 Rija un día tu mano vencedora!  
 ¡Salve mil veces, y á la gente humana  
 No abandones jamás! ¡Pueda contigo  
 Comenzar el imperio afortunado  
 De la fraternidad, en que el malvado  
 Es el solo enemigo,  
 Y la tierra piadosa  
 Una sola familia virtuosa!

#### DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

Nació en Madrid el año 1770. Recibió la primera educación en el *Seminario de Nobles*, pasando mas tarde á Segovia, en cuyo colegio militar estuvo algun tiempo, hasta que posteriormente dejó la carrera militar para seguir la de la marina. Abandonó luego esta última por la diplomacia.

#### AL COMBATE DE TRAFALGAR.

ODA.

Cantar victorias mi ambición seria;  
 Pero sabed que el dios de la armonía,  
     Dispensador de gloria,  
 El favor de fortuna en poco estima,  
 Y solo el valor inclito sublima  
     Con inmortal memoria.  
 Ved aun brillando aquellos en su templo,  
 Que vieron las Termópilas, ejemplo  
     De varonil constancia;  
 Y los que sucumbieron, no domados,  
 Bajo los tristes muros abrasados  
     De la infeliz Numancia.

Hay á quien de la cuna alza el destino  
Para llevarle siempre por camino  
De dóciles laureles :

Las dichas van volando ante sus pasos,  
Y en manos de ellas pierden los acasos  
Sus espinas crueles.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso  
Vulgo los clama; mas en tanto incienso  
Yo mi razon no ofusco;

Y de Belona en el dudoso empeño,  
Donde muestra Fortuna airado el ceño,  
Allí los héroes busco.

¡O constancia! ¡O del alma ardiente brio!  
Tiende la inmensa vista, excelsa Clio,  
Por esos mares vastos;

Tiéndela, que á pesar de hados malignos,  
Nunca la habrán parado hechos mas dignos  
De tus gloriosos fastos.

Mira en baldon de Gades opulenta  
Levantarse la furia mas sangrienta  
De los cerros oscuros;

Y de su ávida mano al mar lanzadas  
Las calidonias selvas, transformadas  
En fluctuantes muros.

Su envidia es la ciudad de Hércules bella,  
Que en las puertas atlánticas descuella,  
Teniendo al mar á raya,

En ondas que postrándose á su frente,  
Llegan cargadas de oro de Occidente  
A enriquecer su playa.

¡Qué de ministros vendes á su encono,  
Anglia infecunda, de las nieblas trono,  
Campos que el sol no mira,

Que, en sonrisa falaz, Flora reviste  
De estéril verde en que la flor es triste,  
Y amor sin gloria espira!

Hidrópicos de aurivoro veneno,  
Al monstruo de codicia abren el seno  
Contra la gloria hispana,

Cuando en horrendas máquinas de muerte  
Hasta el precioso fruto se convierte  
De la comarca indiana.

De su armada que en vano el mar rechaza  
Al cielo, ó con abismos amenaza,  
Hacen soberbia muestra;

No lo sufrís, alumnos esforzados  
De los Bazanes, y de ardor llevados

Lanzais al mar la vuestra.

Y cual de opuestos vientos acosados  
Cruzándose ennegrecen los nublados

Las eternas campañas,

Y conturbando al mundo en su bramido,  
Dispútanse el eléctrico fluido,

Ferviente en sus entrañas;

Tal de ambas partes la batalla llega,  
Y las alas flamígeras despliega,

Y nave á nave cierra,

Y libra, ¡ó día de infeliz renombre!

Cuatro elementos juntos contra el hombre,  
En brazos de la guerra.

¡Quién, entre torbellinos de humo denso,  
Que á las aras de Marte, en digno incienso,

Mandan cóncavos bronce,

De férreos rayos el silbar sin cuento,

Y el ruido que desquicia el firmamento

De sus eternos gonces;

Quién, de llama y sangre en tanto lago,  
Mástiles estallantes y alto estrago

De derrocadas moles;

Quién, al triste fulgor que el cuadro alumbra,  
Vuestros sangrientos rostros no columbra,

O jefes españoles!

Impávidos de rojo humor teñidos,  
O de sulfúreo polvo ennegrecidos,

Terribles, como en ciego

Combate de sacrílegos gigantes

De los dioses los fúlgidos semblantes,

Entre nubes de fuego.

Con ronca voz vuestro coraje entona  
El metálico grito de Belona,

Que al combatiente inflama:

No se teme mortal, cuando á sus ojos,

De hirviendo sangre ve raudales rojos

Que él mismo al mar derrama.

Cuájase en hierro el aire, y se convierte  
Cada átomo en un dardo de la muerte,

Cuyo enorme esqueleto,

Gozoso, en medio al golfo se levanta,

Viendo ejercerse allí, con furia tanta,

Su asolador decreto.

¡ Oh cuál de juventud las flores siega,  
 O á perpetuo dolor la vida entrega!  
     A un brazo mutilado  
 Sucede el otro á la venganza presto,  
 O dura aun á pié firme el cuerpo inhiesto,  
     De su cerviz privado.

Mas ¡ ay! que allí clara columna sube  
 De fuego al viento, y entre humosa nube  
     Desplómanse al abismo  
 Cuerpos, cabezas, armas y maderos,  
 Y brazos que aun no sueltan los aceros  
     Que empuñó el patriotismo  
 Gime al estruendo el Trafalgar convulso,  
 Tiembla el Olimpo, cual si á duro impulso  
     De bárbaros Titanes

Nadando ardiendo fueran por las aguas  
 De Etna y Vesubio las hirvientes fraguas,  
     Y á un tiempo mil volcanes.

De espanto estremecidos, los voraces  
 Monstruos del mar agólpanse fugaces  
     Hácia el hercúleo estrecho;  
 De horror el cielo en nubes se encapota,  
 Y de escándalo al mar bramando azota  
     El aquilon deshecho.

Y de su misma cólera espumosa  
 Nace la tempestad, de desastrosa  
     Noche fatal presagio;  
 Marte á su aspecto enfrena el alarido;  
 Scila y Caribdis alzan el ladrido,  
     Númenes do naufragio.

A devorar los desperdicios tristes  
 De hiorro y fuego, rápidos vinistes,  
     Cual rayo, olas y vientos;  
 ¡ O noche, quién podrá expresar tu espanto!  
 ¡ Quién tu afliccion conmemorar sin llanto!  
     ¡ Quién contar tus lamentos!

Ceden, en fin, al elemento amargo  
 Naves, que domeñaron tiempo largo  
     Sus furores altivos:  
 Los hombres se hunden, y por siempre ansioso  
 Se cierra el cauce del sepulcro undoso  
     Donde descienden vivos.

Minerva, ¡ oh! salva al que, en mejor fortuna,  
 Hasta el lecho del sol desde la cuna  
     Surcó el terráqueo giro!

¡Urania, aquel tu confidente auxilia!  
 Amor, ¡ay! vuelve á una infeliz familia  
 De ese el postrer suspiro!

¡Tristes! Nadando hácia la patria amada,  
 Y ella esquivarse en sus sirtes erizada,  
 Que las olas esconden,  
 Y la muerte descubre! Y á las voces  
 De los miseros náufragos, feroces  
 Ellas solas responden.

Jamás el tiempo eslabonar podria  
 Noche mas dura á mas horrible dia;  
 Pero en tanto conflicto,  
 Quien tales hados superó constante,  
 ¿Dónde hallará peligro que quebrante  
 Su corazon invicto?

¿Dónde? ¡O Clio!... Mas tú de horrores talos,  
 Con buril de oro, en tablas inmortales  
 Libras de olvido el daño;  
 Escribes, y la fama los publica,  
 Nombres que el oco olímpico replica:  
 Gravina, Alva, Escaño.

¡Y cuántos mas que de mi voz suprime  
 El mismo amor quo en mi memoria gime!

¡O Came!... ¡O dura suerte!  
 Dadle eterno laurel, hijas do Apolo,  
 Que á un amigo infeliz le cabe solo  
 Darlo llanto en su muerto!

Crisol de adversidad claro y seguro  
 Vuestro valor probó sublime y puro,  
 ¡O marinos hispanos!

Broquel fué de la patria vuestra vida,  
 Que, al fin, vengada y siempre defendida  
 Será por vuestras manós.

Rinda al Leon y al Aguila Neptuno  
 El brazo tutelar, con que importuno  
 Y esclavo al Anglia cierra;

Y ella os verá desde las altas popas,  
 Lanzar torrentes do invencibles tropas  
 Sobre su infausta tierra.

Básteos en tanto el lúgubre tributo  
 De su muerto adalid, doblando el luto  
 Del Támesis umbrío;

Que si, llenos de honrosas cicatrices,  
 Se os ve para ocasiones mas felices  
 Reservar vuestro brio,

Sois cual leon, que en líbico desierto,  
 Con garra atroz, del cazador esperto  
 Rompió asechanza astuta,  
 Que no ingorioso, aunque sangriento y laso,  
 Temido sí, se vuelve paso á paso  
 A su arenosa gruta.

#### DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Nació en Madrid el 11 de abril de 1772. Después de haber hecho sus primeros estudios en la corte, aprendió la latinidad en Córdoba, la retórica y filosofía en el seminario conciliar de Salamanca, y el derecho civil y canónico en la universidad de la misma.

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia, en que tuvo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1793 con algunas composiciones líricas; en 1801 dió al teatro la tragedia *El Duque de Visco*, imitación de un drama inglés. En 1802 publicó un tomo de poesías, reimpresas después diferentes veces, y por el mismo tiempo escribió como principal redactor en el periódico titulado *Variedades de ciencias, literatura y artes*. Después dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los *Caños del Peral* en enero de 1805. Esta obra, eminentemente popular en España, es, juntamente con sus poesías líricas patrióticas, lo que mas ha contribuido á cimentar la justa celebridad de que goza Quintana.

En 1807 publicó el tomo primero de las *Vidas de Españoles célebres*, y en 1808 la coleccion en tres tomos de poesías selectas castellanas, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días. En el mismo año dió á luz sus *Odas á España libre*, y mas tarde publicó otra coleccion de *Poesías selectas castellanas*, aumentada con diferentes ilustraciones críticas y con dos tomos de poesía épica antigua: el tomo segundo de las *Vidas de Españoles célebres* en 1836 y el tomo tercero en 1833.

Falleció este eminente literato en Madrid el día 11 de marzo de 1857.

#### ODA.

##### ▲ LA INVENCIÓN DE LA IMPRENTA.

¿Con qué fin el destino  
 La trompa de la fama, hijos de Apolo,  
 A vuestro aliento armónico y divino  
 Quiso entregar? El don de la alabanza,

La hermosa luz de la brillante gloria  
 ¿Serán tal vez del hombro á quien daría  
 Eterno oprobio ó maldicion la historia?  
 ¡Oh! despertad : el humillado acento  
 Con majestad no usada  
 Suba á las nubes penetrando el viento;  
 Y si quereis que el universo os crea  
 Dignos del lauro en que ceñís la frente,  
 Quo vuestro verso enérgico y valiente  
 Digno tambien del universo sea.  
 No los aromas del loor so vieron  
 Vilmente degradados  
 Así en la antigüedad : las sacras aras  
 Do la invencion sublime,  
 Del genio bienhechor los recibieron.  
 Nace Saturno, y de la madre tierra  
 El seno abriendo con su fuerte arado,  
 El precioso tesoro  
 De vivifica miés descubre el suelo;  
 Y grato el canto lo remonta al cielo,  
 Y Dios le nombrá de los siglos de oro.  
 ¿Dios no fuiste tambien tú, que allá un dia  
 Cuerpo á la voz y al pensamiento disto,  
 Y trazándola en letras detuviste  
 La palabra veloz que antes huía?  
 Sin tí se devoraban  
 Los siglos á los siglos, y á la tumba  
 De un olvido eternal yertos bajaban.  
 Tú fuiste : el pensamiento  
 Miró ensanchar la limitada esfera  
 Quo en su infancia fatal le contenía.  
 Tendió las alas, y arribó á la altura,  
 De do escuchar la edad que antes era,  
 Y hablar ya pudo con la edad futura.  
 ¡Oh gloriosa ventura!  
 Goza, genio inmortal, goza tú solo  
 Del himno de alabanza y los honores  
 Que á tu invencion magnífica so deben;  
 Contéplala brillar, y cual si sola  
 A ostentar su poder ella bastara,  
 Por tanto tiempo reposar natura  
 De igual prodigio al universo avara.  
 Pero al fin sacudiéndose; otra prueba  
 La plugo hacer de sí, y el Rhin helado  
 Nacer vió á Guttemberg. « ¿Con quo es en vano



Que el hombre el pensamiento  
 Alcanzase escribiéndole á dar vida,  
 Si desnudo de curso y movimiento  
 En letargosa oscuridad se olvida?  
 No basta un vaso á contener las olas  
 Del férvido Océano,  
 Ni en solo un libro dilatarse pueden  
 Los grandes dones del ingenio humano.  
 ¿Qué les falta? ¿volar? Pues si á natura  
 Un tipo basta á producir sin cuento  
 Seres iguales, mi invencion la siga;  
 Que en ecos mil y mil sienta doblarse  
 Una misma verdad, y que consiga  
 Las alas de la luz al desplegarse. »  
 Dijo, y la imprenta fué; y en un momento  
 Vieras la Europa atónita agitarse  
 En aquel espantoso movimiento,  
 Con que estruendoso el viento  
 Estremece la tierra  
 Al agitar en sus profundos senos  
 El fuego asolador que allí se encierra.  
 ¿Qué es del alcázar espantoso y fiero  
 Donde el genio del mal entronizado,  
 Al universo entero  
 Con su cetro durísimo oprimia?  
 De siglos mil en el fatal olvido  
 El error, la ignorancia le fundaron;  
 Y la ignorancia y el error temblaron.  
 Cuando rompió el volcan, á su estallido  
 Los soberbios cimientos vacilaron.  
 Dura, sí; mas su inmenso poderio  
 Desplomándose va; pero su ruina  
 Mostrará largamente sus estragos.  
 Así torre fortísima domina  
 La altiva cima de fragosa sierra:  
 Su albergue en ella y su defensa hicieron  
 Los hijos de la guerra,  
 Y en ella su pujanza arrebatada  
 Rugiendo los ejércitos rompieron.  
 Después abandonada,  
 Y del silencio y soledad sitiada,  
 Conserva aunque ruinosa, todavía,  
 La aterradora faz que antes tenia.  
 Mas llega el tiempo, y la estremece y cao:  
 Al campo en torno oprime

Su rota mole, en tanto  
 Que es escarnio y baldon de la comarca  
 La que antes fué su escándalo y espanto.  
 ¿Qué entonces ambiciosa  
 La inteligencia humana  
 Creyó negado á su feliz anhelo?  
 Levántase Copérnico hasta el cielo,  
 Que un velo impenetrable antes cubría,  
 Y allí contempla el eterno reposo  
 Del astro luminoso  
 Que da á torrentes su esplendor al día.  
 Siento bajo su planta Galileo  
 Nuestro globo rodar: la Italia ciega  
 Le da por premio un calabozo impío;  
 Y el globo en tanto sin cesar navega  
 Por el piélago inmenso del vacío.  
 Y navegan con él impetuosos  
 A modo de rolámpagos huyendo  
 Los astros rutilantes: mas lanzado  
 Veloz el genio de Newton tras ellos,  
 Los sigue, los alcanza,  
 Y á regular se atreve  
 El grande impulso que sus orbes mueve.  
 ¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los ciclos,  
 Hallar la ley en que sin fin se agitan  
 La atmósfera y el mar, partir los rayos  
 Do la impalpable luz, y hasta en la tierra  
 Cavar, y hundirte y sorprender la cuna  
 Del oro y el cristal? Mente ambiciosa,  
 Vuélvete en fin á mejorar al hombre;  
 Entra en esa magnífica carrera;  
 Y atrévete á pisarla toda entera,  
 Sin que la fuerza ni el poder te asombre.  
 ¿Serán ellos bastantes  
 A arredrarte? ¡Oh, jamás! Nunca las ondas  
 Tornan del Tajo á su primera fuente,  
 Si una vez hácia el mar se arrebataron:  
 Las sierras, los peñascos su camino  
 Se cruzan á atajar; pero es en vano  
 Que el vencedor destino  
 Las impelo bramando al Océano.....  
 Triunfa así Europa, y de esplendor ceñida  
 En trono incontrastado  
 Los ámbitos del orbe señorca.  
 No será ya que el Septentrion helado,

Que los senos del Asia hirviendo en gente,  
 Vomitando su inculca muchedumbre  
 Sobre el triste Occidente,  
 La luz eclipsen, la razon profanen,  
 Ejerciendo su bárbara costumbre :  
 Como cuando feroces, sacudidos,  
 Un pueblo de otro pueblo , en fiero estruendo,  
 Los tigres de la Scitia se arrojaron ,  
 Y en sed de guerra y de furor ardiendo ,  
 De Rómulo el imperio devoraron.  
 ¿ Y qué? ¿ se mezclarán en mis loores  
 El crudo Marte y la feroz Belona?  
 ¡ Oh Guttemberg! perdona ,  
 Perdona ; otra victoria , otros mayores  
 Dones viniste á derramar contigo.  
 ¡ Ah! ; qué alcanzarlos yo dado me sea!  
 ¡ Paz , bien universal , dulce armonía ,  
 Mi espíritu os saluda , y se recrea  
 De tan bella esperanza en la alegría!  
 Mientras el alto númen que me enciende  
 De vuestra dulce inspiracion henchido  
 A la region olímpica se eleva ,  
 Y en sus alas flamígeras me lleva ;  
 Abre el destino las ferradas puertas  
 De su inviolable templo ; el velo espeso  
 Que á los mortales débiles encubre  
 Lo porvenir , se rompe ,  
 Y á mis ojos atónitos descubre  
 Cuanto será... ¡ Oh placer! No es ya la tierra  
 Ese planeta misero en que ardieron  
 La insaciable ambicion , la horrible guerra.  
 Ambas rugiendo para siempre huyeron :  
 Y amor y paz el universo llenan ;  
 Amor y paz por donde quier respiran ,  
 Amor y paz sus ámbitos resuenan ;  
 Y el Dios del bien sobre su trono de oro  
 El cetro eterno por los aires tiende ,  
 Y la serenidad y la alegría  
 Al orbe que defiende  
 En raudales benéficos envía.  
 ¿ No la veis? ¿ no la veis? ¿ la gran columna ,  
 El hermoso y eterno monumento  
 Que á mi admirada vista centellea?  
 No son , no , las pirámides que al viento  
 Levanta la miseria en la fortuna

Del que renombre entre opresion granjea.  
 Antes por él siempre humea  
 El perdurable incienso  
 Que grato el orbe á Guttemberg tributa;  
 ¡Brevo homenaje á su favor inmenso!  
 ¿Pues qué honor, qué loores  
 Bastar podrán al inventor divino  
 Del arte celestial, que ante los hombres  
 A la áurea perfeccion abrió el camino?  
 ¡Gloria á aquel que la estúpida violencia  
 De la fuerza aterró sobre ella alzando  
 A la alma inteligencia!  
 ¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando,  
 Su influjo eternizó libre y fecundo!  
 ¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

#### DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

Nació en Sevilla el año 1774. Estudió las ciencias eclesiásticas en la universidad de Sevilla. En 1801 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Cruz, de Sevilla, que sirvió con singular celo hasta 1811. A principios del año 1827 fué nombrado primer redactor de la *Gaceta del Gobierno*. En 1834 le nombró S. M. individuo de la Inspeccion general de imprentas y librerías del reino, de que fué decano por mas de dos años, hasta su supresion en 1838.— Fué nombrado por el señor don Fernando VII dean de la iglesia metropolitana de Valencia, y presentado á Su Santidad para juez auditor del tribunal de la Rota en 1833.

En 1816 publicó el *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los Españoles bajo la dominacion francesa*; obra muy conocida y apreciada, que se reimprimió poco después.— Ha dado á luz otros opúsculos sobre materias de legislacion y literatura, y varias poesías diseminadas, de que se desea una coleccion completa.

#### A LICIO.

Goza, mi Licio, de las blandas flores;  
 Goza el aliento que del áureo Toro,  
 Vida inspiando y amorosos fuegos,  
 Febo derrama.  
 Goza las pomar, y el sabroso néctar,

Que en rubios granos, de la fiel Balanza,  
 Luego sazona, coronando á Otoño,

Prez de Lieo.

Y el lauro eterno que á tu sien Apolo,  
 Y alas ardientes que ciñera Urania,  
 Orno de rosas y de hiedra cerque

Ciprida y Baco.

Tú, do lazado el Adur y el Nive,  
 Mezclan sus ondas y en geniales coros  
 Náyades bellas de los dos raudales

Danzan unidas.

Libre y gozoso por la amena márgen,  
 Pulsas la lira que te diera Betis,  
 Y á la union grata que fecunda el prado

Cantás amores.

Yo solitario la sedienta orilla,  
 Que Manzanares humedece apenas,  
 Y el campo yermo que avidece á Mantua

Piso y detesto.

¡Ay! no su risa para mí la Aurora,  
 Ni sus guirnaldas primavera envía;  
 Rayos la esfera y el airado suelo

Brota zarzales.

Dura cadena la dolida planta  
 Traba y oprime: ponderoso yugo,  
 Que un poder necio sobre mí desploma,

Dobla mi cuello.

¿Que á mí placeres? Al cordero y tigre  
 Antes aduna, que al dolor y dicha;  
 No de Procusto sobre el fiero lecho

Venus reposa.

¡Cuánto en el gòzo desconoce el hombre  
 Del hado adverso la indomable fuerza!

*Bebe, ¡cuitado! del placer la copa,*

Dice al doliente.

Di al Lapon rudo que del Tanna helado  
 Coja las rosas: de la ardiente Libia  
 Di al fiero Ascanta, que respire el fresco

Dulce Favonio.

*Sufre tu suerte; la imperiosa ley*  
 Tal es del triste. La paciencia sola  
 Fué al infortunio por consuelo dada;

No los placeres.

## SIGLO XIX.

DON ALBERTO LISTA.

Creemos inútil escribir una biografía de este ilustre literato. Cuanto pudiéramos comunicar á nuestros lectores, lo encontrarán en la página 391 del presente volumen.

## LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

¿Y eres tú el que velando  
 La excelsa majestad en nube ardiente  
 Fulminaste en Sina? y el impío bando  
 Que eleva contra ti la osada frente  
 ¿Es el que oyó medroso  
 De tu rayo el estruendo fragoroso?  
 Mas ora abandonado  
 ¡Ay! pendes sobre el Gólgatha y al cielo  
 Alzas gimiendo el rostro lastimado,  
 Cubre tus bellos ojos mortal velo,  
 Y, su luz extinguida,  
 En amargo suspiro das la vida.  
 Así el amor lo ordena,  
 Amor mas poderoso que la muerte:  
 Por él de la maldad sufre la pena  
 El Dios de las virtudes, y Leon fuerte  
 Se ofrece al golpe fiero  
 Bajo el vellon del cándido cordero.  
 ¡O víctima preciosa  
 Ante siglos de siglos degollada!  
 Aun no ahuyentó la noche pavorosa  
 Por vez primera el alba nacarada,  
 Y hostia del amor tierno

Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte

O paz, ó gloria del culpado mundo!

¿Qué pecho empedernido no se parte

Al golpe acerbo del dolor profundo,

Viendo que en la delicia

Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales

De esas sangrientas llagas, amor mio?

¿Quién cubrió tus mejillas celestiales

De horror y palidez? ¿cuál trazo impío

A tu frente divina

Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:

Al santo perdonad, muera el malvado.

Si sois de un justo Dios ministros fieles

Caiga la dura pena en el culpado:

Si la impiedad os guía

Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo

La víctima de paz que el hombre espera.

Si del Oriente al escondido polo

Un mar de sangre criminal corriera

Ante Dios irritado

No expiacion, fuera pena, del pecado.

Que no cuando del cielo

Su cólera en diluvios descendia

Y á la maldad que dominaba el suelo

Y á las malvadas gentes envolvía,

De la diestra potente

Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre

De los montes el agua vengadora,

El sol amortecida la alba lumbre

Que el firmamento rápido colora

Por la esfera sombría

Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado

De su semblante descogió el Eterno;

Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado

Domador de la muerte y del averno

Tu cólera infinita

Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama:

« Padre de amor, porqué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama  
 Que en tu furor al mundo derramaste :  
 De la acerba venganza  
 Que sufre el justo, nazca la esperanza. »  
 ¿No veis cómo se apaga  
 El rayo entre las manos del potente ?  
 Ya de la muerte la tiniebla vaga  
 Por el semblante de Jesús doliente,  
 Y su triste gemido  
 Oye el Dios de las iras complacido.  
 Ven, ángel de la muerte,  
 Esgrime, esgrime la fulmínea espada  
 Y el último suspiro del Dios fuerte  
 Quo la humana maldad deja expiada  
 Suba al solio sagrado,  
 Do vuelva en padre tierno al indignado.  
 Rasga tu seno, ó tierra :  
 Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo  
 Yace el Criador ; mas la maldad aterra  
 Y un grito de furor lanza el profundo.  
 Muere..... gemid humanos :  
 Todos en él pusisteis vuestras manos.

### LA PROVIDENCIA.

ODA.

De la miseria en el profundo seno  
 El infeliz decia :  
 « No hay Dios : en vano su esplendor sereno  
 El padro do la luz al orbe envia.  
 » En vano sometida á ley constante  
 Gira la inmensa esfera,  
 Y en curso igual el Orion radiante  
 Sobre el mar del ocaso reverbera.  
 » ¿Qué es el lazo eternal, con que natura  
 Los seres encadena,  
 Si un Dios injusto su mejor hechura  
 A delinquir y á padecer condena?  
 » Yo ví, yo ví á las nubes sublimado  
 Y triunfante al impio :  
 Y de placer y gloria circundado  
 Por la tierra extender su señorío.  
 » Y mientras goza, el inoconto gimo



En prision oscura;  
 Y al son de la cadena que le oprime  
 Lloro infeliz su indigna desventura.  
 » El pan de la afliccion es su alimento  
 Y el lloro su bebida,  
 Y ansiando por el último momento  
 Arrastra el peso de su amarga vida.  
 » No hay Dios donde hay maldad : la espada impía  
 Es el Dios del humano :  
 Su trono, la sañuda tiranía  
 Y la triste virtud un nombre vano. »  
 Dijo : y del cielo al muro diamantino  
 Lanza gemido ardiente;  
 Y el poder blasfemando del destino,  
 Cubre entre el polvo vil la faz doliente.  
 Mas la verdad sus rayos brilladores,  
 Desde el empyreo envia;  
 Y el velo disipó de los errores,  
 Que la ofuscada mente oscurecia.  
 Vió entonces derrocar en el averno  
 El solio del malvado :  
 Y eterna maldicion y llanto eterno  
 Exhalar de su pecho atormentado.  
 Y al justo en las mansiones de la vida  
 Unido al Dios, que implora,  
 Bendice la inocencia perseguida  
 De las pruebas del hado triunfadora.  
 Mortal, necio mortal, que un solo instante  
 Para morir animas,  
 ¿ Presumes tú dar leyes al tonante  
 Que hace temblar las celestiales cimas?  
 Deja que á la virtud hermosa y pura  
 La adversidad persiga,  
 Y que al malvado la fortuna impura  
 De rosa y de laurel corone amiga.  
 Deja al desórden que domine el mundo  
 Y que grite el cielo « la venganza es mia »  
 El alma es inmortal : puede una hora  
 Labrar tu eterna suerte :  
 Ejerce la virtud.... á Dios adora....  
 Y lo demás te enseñará la muerte

## DON JUAN NICASIO GALLEGO.

Nació en Zamora el 14 de diciembre de 1777, y en la misma ciudad hizo sus primeros estudios. A la edad de trece años fué á Salamanca á estudiar filosofía y derecho civil y canónico, que concluyó en 1800. En mayo de 1805 hizo oposicion á una capellanía de honor de S. M., y mas tarde fué diputado á Cortes y senador del reino. Falleció el día 9 de enero de 1853, siendo secretario perpetuo é individuo de número de la Real Academia española, la cual ha publicado posteriormente, en un elegante volúmen, las *Obras completas* del inspirado autor de las elegías al *Dos de mayo* y *A la muerte de la Duquesa de Frias*, que insertamos á continuacion.

## A LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRIAS.

## ELEGÍA.

Al sonante bramido  
 Del piélago feroz quo el viento ensaña  
 Lanzando atrás del Turia la corriente;  
 En medio al denegrido  
 Cerco de nubes que de Sirio empaña  
 Cual velo funeral la roja frente;  
 Cuando el cárabo oscuro  
 Ayes despide entre la breña inculta,  
 Y á tardo paso soñoliento Arturo  
 En el mar do Occidente se sepulta;  
 A los mustios reflejos  
 Con que en las ondas alteradas tiembla  
 De moribunda luna el rayo frio,  
 Daré del mundo y de los hombres lejos  
 Libre rienda al dolor del pecho mio.  
 Si, que al mortal á quien del hado el ceño  
 A infortunios sin término condena,  
 Sobre su cuello mísero cargando  
 De uno ca otro eslabon larga cadena,  
 No en jardín halagüeño,  
 Ni al puro ambiente de apacible aurora  
 Soltar conviene el lastimero canto  
 Con que al cielo importuna.  
 Solitario arenal, sangrienta luna

Y embravecidas olas acompañen  
 Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira  
 Que escenas solo de aflicción recuerdas;  
 Lira que ven mis ojos con espanto,  
 Y á recorrer tus cuerdas  
 Mi ya trémula mano so resisto!  
 Ven, lira del dolor: ¡Piedad no existe!  
 ¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella  
 Gentil, discreta, incomparable amiga,  
 Cuya presencia sola  
 El tropel de mis penas disipaba!  
 ¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella  
 De la corte española  
 Mas digno fué y espléndido ornamento?  
 ¡Y aquí mágico acento  
 Enmudeció por siempre, que llenaba  
 De inefable dulzura el alma mía!  
 Y ¡qué! fortuna impía,  
 ¿Ni su postrer adiós oír me dejas?  
 ¿Ni de su esposo amado  
 Templar el llanto y las amargas quejas?  
 ¿Ni el estéril consuelo  
 De acompañar hasta el sepulcro helado  
 Sus pálidos despojos?  
 ¡Ay! Derramen sin duelo  
 Sangre mi corazón, llanto mis ojos.  
 ¿Porqué, porqué á la tumba,  
 Insaciable de víctimas, tu amigo  
 Antes que tú no descendió, Señora?  
 ¿Porqué, al menos contigo  
 La memoria fatal no te llevaste  
 Que es un tormento irresistible ahora?  
 ¿Qué mármol hay que pueda  
 En tan acerba angustia los aciagos  
 Recuerdos resistir del bien perdido?  
 Aun resuena en mi oído  
 El espantoso obús lanzando estragos,  
 Cuando mis ojos ávidos te vieron  
 Por la primera vez. Cien bombas fueron  
 A tu arribo marcial salva triunfante.  
 Con inmóvil semblante  
 Escucho amedrentado el son horrendo  
 De los globos mortíferos, en torno  
 Del leño frágil á tus piés cayendo,  
 Y el agua que á su empuje se encumbraba

Y hasta las altas grimpolas saltaba.

El dulce soplo de Favonio en tanto  
 Las velas hinche del bajel ligero,  
 Sin que salude con festivo canto  
 La suspirada costa el marinero.  
 Ardiendo de la patria en fuego santo,  
 Insensible al horror del bronce fiero,  
 Fijar te miro impávida y serena  
 La planta breve en la menuda arena.  
 ¡Salve, ó Deidad! de gozo enajenada  
 La ruidosa marina  
 Que á ti se agolpa y el b. tel rodea;  
 Y al cielo sube el aclamar sonoro  
 Como el aplauso del celeste coro  
 Salió del mar la hermosa Citerca.

Absortas contemplaron  
 El fuego de tus ojos  
 Las bellas ninfas de la bella Gades;  
 Absortas te envidiaron  
 El pié donoso y la mejilla pura,  
 El vivo esmalte de tus labios rojos,  
 El albo seno y la gentil cintura.  
 Yo te miraba atónito: no empero  
 Sentí en el alma el pasador agudo  
 De bastarda pasión, que á dicha pudo  
 Del honor y el deber la ley severa  
 Ser á mi pecho impenetrable escudo.  
 Mas ¿quién el homenaje  
 De afecto noble, de amistad sincera  
 Cual yo te tributó, cuando el tesoro  
 De tu divino ingenio descubria,  
 Que en cuerpo tan gallardo relucia  
 Como rico brillante en joya de oro?  
 ¡Cuántas, ¡ay! qué apacibles  
 Horas en dulces pláticas pasadas  
 Betis me viera de tu voz pendiente!  
 ¡Cuántas en las calladas  
 Florestas de Aranjuez el eco blando  
 Detuvo el paso á la tranquila fuente;  
 Ya el primor ensalzando  
 Que el fragante clavel las hojas riza  
 Y la ancha cola del pavon maliza;  
 Ya la varia fortuna  
 Del cetro godo y del laurel romano;  
 O el poder sobrehumano

Que de un soplo derroca  
 Del alto solio al triunfador de Jena,  
 Y con duras amarras le encadena,  
 Como al antiguo Encélado, á una roca!  
 Pero otro don magnífico, sublime,  
 Mas alto que el ingenio y la hermosura,  
 Debistes al Criador, vivaz destello  
 De su lumbre inmortal, alma ternura.  
 ¿Cuándo, cuándo al gemido  
 Negó del infeliz oro tu mano,  
 Ayes tu corazón? El escondido  
 Volcan que decoroso  
 Tu noble aspecto revelaba apenas,  
 Un infortunio, un rasgo generoso  
 Un sacrificio heroico hervir hacia.  
 Entonces agitado  
 Tu rostro angelical resplandecia  
 De mas purpúreo rosicler cubierto:  
 Del seno relevado  
 La extraña conmocion, el entreabierto  
 Labio, las refulgentes  
 Ráfagas de tus ojos  
 Que entre los anchos párpados brillaban,  
 Las lágrimas ardientes  
 Que á tus negras pestañas asomaban,  
 El gesto, el ademan, los mal seguros  
 Acentos, la expresion.... ¡Ah! Nunca, nunca  
 Tan insigne modelo  
 De esto feliz, de inspiracion divina  
 Mostró Casandra en los dardanos muros  
 Ni en las lides olimpicas Corina.  
 Y solo al santo fuego  
 De un pecho tan magnánimo pudiera  
 Deber tu amigo el aire que respira.  
 Solo á tu blando ruego  
 La Amistad se vistiera  
 Máscara y formas del Amor su hermano.  
 ¿Quién sino tú, Señora,  
 Dejando inquieta la mullida pluma  
 Antes que el frio tálamo la Aurora,  
 Entrar osara en la mansion del crimen?  
 ¿Quién sino tú del duro carcelero,  
 Menos al son del oro empedernido  
 Que al eco de los míseros que gimen  
 Quisiera el ceño soportar? Perdona,

Cara Piejad, que mi indiscreta musa  
 Publique al mundo tan heróico ejemplo  
 Y que mi gratitud cuelgue en el templo  
 De la santa Amistad digna corona.

En el mezquino lecho  
 De cárcel solitaria  
 Fiebre lenta y voraz me consumia;  
 Cuando sordo á mis quejas  
 Rayaba apenas en las altas rejas  
 El perezoso albor del nuevo dia,  
 De planta cautelosa  
 Insólito rumor hiere mi oido:  
 Los vacilantes ojos  
 Clavó en la ruda puerta estremecido  
 Del súbito crujir de sus cerrojos,  
 Y el repugnante gesto  
 Del fiero alcaide mi atencion excita,  
 Que hácia mí sin cesar su mano agita  
 Con labio mudo y sonreir funesto.  
 Salto del lecho, y sigole azorado,  
 Cruzando los revueltos corredores  
 De aquella triste y lóbrega caverna  
 Hasta un breve recinto iluminado  
 De moribunda y fúnebre linterna:  
 Y á par que por oculto  
 Tránsito desaparece  
 Como vision fantástica el Cerbero,  
 De nuevo extraño bulto  
 Sombra confusa, que se acerca y crece,  
 La angustia dobla de mi horror primero.  
 Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa  
 A la pálida luz mi vista errante  
 Los bellos rasgos de Piedad divisa  
 Entre los pliegues del cendal flotante!  
 ¿Por qué, por qué benigna,  
 Clamé bañado en llanto de alborozo,  
 Osas pisar, Señora,  
 Esta morada indigna  
 Que tu respeto y tu virtud desdora?  
 ¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,  
 Del placer celestial que el alma oprime  
 Hoy á tus plantas espirar consigo,  
 Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.

A este oscuro aposento  
 No á que de pena ó de placer espire

La voz de la amistad mis pasos guía,  
 Sino á esforzar tu desmayado aliento  
 Contra los golpes de la suerte impía.  
 Su cuello al susto y la congoja doble  
 El que del crimen en su pecho sienta  
 El punzante aguijón; que al alma noble  
 Do la inocencia plácida se anida,  
 Ni el peso de los grillos la atormenta,  
 Ni el son de los cerrojos la intimada.  
 Recobra, amigo caro,  
 La esperanza marchita  
 Y el digno esfuerzo del varon constante.  
 Pronto será que el astro rutilante,  
 Que jamás estas bóvedas visita,  
 De la calumnia vil triunfar te vea:  
 Mi fausto anuncio tu consuelo sea.  
     Serálo, si: lo juro;  
 Y aunque eso llanto que tu rostro inunda  
 Vaticinio tan próspero desmiente,  
 No me hará de fortuna el torvo ceño  
 Fruncir las cejas ni arrugar la frente;  
 Que el dichoso mortal á quien risueño  
 Mira el destino... No acabé. A deshora  
 La aciaga voz del carcelero escucho,  
 Diciendo: es tarde; baste ya, Señora.  
     ¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso  
 Que al despuntar del sol sacude el sueño  
 Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!  
 Aguarda... ¡Adios!... Y en soledad sumido  
 Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido  
 Barrer las gradas la crujiente seda.  
 Oh digno, oh generoso  
 Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!  
 ¡Y en dónde estás, en dónde,  
 Ángel consolador, Duquesa amada,  
 Que no te mueve ya la angustia mía?  
 ¡Gran Dios, y ni responde  
 De su esposo infeliz al caro acento,  
 Aunque en la tumba helada  
 Lágrimas de dolor vierte á raudales!  
 ¡Ni de su triste huérfana el lamento,  
 Con ambos brazos al sepulcro asida,  
 Ablanda sus entrañas maternas!  
 ¡Oh dulces prendas de su amor! al mármol  
 En balde importunais. Hará el rocío

Del venidero abril que al campo vuelva  
 La verde pompa que abrasó el estío;  
 Mas no esperéis que el túmulo sombrío  
 La devorada víctima devuelva,  
 Ni á sus profundos huecos  
 Otra respuesta oir que sordos ecos.

En el de bronce y oro,  
 Inclito vate<sup>1</sup>, entallarán cinceles  
 Vuestro heróico blason, entretejiendo  
 Con sus antiguas palmas tus laureles....  
 ¡Inútil afanar! La sien ceñida  
 De adelfa y mirto, pulsará tu mano  
 La dolorosa citara, moviendo  
 Con sus blandas querellas  
 El orbe todo á compasion... ¡En vano!  
 Resonarán con ellas  
 Mis gemidos simpáticos, y el coro  
 De cuantos cisnes tu infortunio inspira  
 Alzar podrá á su gloria  
 Noble trofeo en canto peregrino<sup>2</sup>.  
 Mas ¡ay! ¿podrá su lira  
 Forzar las puertas del Eden divino,  
 Y el diente ensangrentado  
 Del áspid arrancar en ti clavado?

A mas alto poder, misero amigo,  
 Los ojos torna y el clamor dirige  
 Que entre sollozos lúgubres exhalas.  
 Al Ser inmenso que los orbes rige,  
 En las rápidas alas  
 De ferviente oracion remonta el vuelo.  
 Yo elevaré contigo  
 Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,  
 Que en mis brazos creció, cándida niña  
 Trasunto vivo de tu esposa bella,  
 Dará benigno el cielo  
 Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.  
 Sí; que hasta el solio del Eterno llega  
 El ardiente suspiro  
 De quien con puro corazon le ruega,  
 Como en su templo santo el humo sube  
 Del balsámico incienso en vaga nube.

<sup>1</sup> El duque de Frias.

<sup>2</sup> Alude á la corona fúnebre escrita en loor de la difunta Duquesa por varios poetas contemporáneos, y de la cual formó parte esta elegía.



## DON JUAN MARÍA MAURY.

Nació en Málaga; fueron sus padres don Juan Bautista Maury, del comercio marítimo de aquella ciudad, que adquirió celebridad en su carrera, y doña María Benitez de Castañeda, señora granadina. Estudió en Francia y completó su educación en Inglaterra.

No ha publicado este poeta, salvo alguna rara excepcion, los versos de su juventud.

Imprimió en Madrid, el año 1806, un canto épico intitulado la *Agresion Británica*; en que señaló la crítica de aquella época, mucha gala de ingenio, acaso excesiva, y brillante versificación.

En los años de 1826 y 1827, dió á luz en París su obra francesa, la *Espagne Poétique*: coleccion de poesías escogidas castellanas, traducidas en verso francés; acompañadas con disertaciones analíticas, y artículos biográficos, históricos y literarios. Fué acreditada esta produccion de un extranjero por la aceptacion general de la prensa periódica parisiense; alabándose en ella, ya la disposicion, ya el desempeño, en sus diferentes partes. Acogióla tambien con aplauso, y aun agradecimiento, nuestro público ilustrado.

Se publicó mas tarde, tambien en París, con el título de *Esvero y Almedora*, el poema español en doce cantos que anunciaba la dedicacion de la *Espagne Poétique*.

No deja de parecer particularidad notable, ser calificado el mismo sugeto como escritor francés en verso y prosa; y lucirse en la poesia castellana, con la maestría que denotan las muestras que vamos á insertar.

## LA TIMIDEZ.

## ROMANCE.

A las márgenes alegres  
Que el Guadalquivir fecunda,  
Y á donde ostenta pomposo  
El orgullo de su cuna,  
Vino Rosalva, sirena  
De los mares que tributan  
A España, entre perlas y oro,  
Peregrinas hermosuras.

Mas festiva que las auras,  
Mas ligera que la espuma,  
Hermosa como los cielos,  
Gallarda como ninguna,  
Con el hechicero adorno  
De tantas bellezas juntas,  
No hay corazon que no robe,

Ni quietud que no destruya.

Así Rosalva se goza ;

Mas la quo tanto procura

Avasallar libertades ,

Al cabo empaña la suya.

Lisardo, jóven amable,

Sobresale entro la turba

Do esclavos, que por Rosalva

Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años

No bien de la edad adulta

Acaban do ver cumplida

La primavera segunda.

Aventajado en ingenio ,

Rico en bienes do fortuna ,

Dichoso, en fin , si supiera

Quo audacias Amor indulta.

Idólatra mas que amante,

Con adoracion profunda,

A Rosalva reverencia,

Y deidad se la figura.

Un dia alcanza otro dia

Sin que su amor lo descubra :

El respeto lo encadena ,

Y ella su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos

Dijeran quo mas presuma,

Pero él, comedido amante,

O los huye, ó no los busca.

Pérdido y desconsolado,

Una noche en que Natura

A meditacion convida,

Con su pompa taciturna ;

Mientras el disco mudable,

En que coñirse acostumbra,

Entre celajes de nácar

Esconde tímida Luna ;

Al márgen del sacro rio,

La inocente suerte acusa ;

Y así fatiga los aires

Con endechas importunas :

» Baja tu vuelo,

» Amor altivo

» Mira que al cielo

» Osado va ;

- » Buscas en vano
- » Correspondencia,
- » Amor insano,
- » Déjame ya.
- » Déjame el alma
- » Que otra vez libre
- » Plácida calma
- » Vuelva á tener :
- » ¡Qué digo ! ¡ necio !
- » El cielo sabe
- » Si mas aprecio
- » Mi padecer.
- » Gima y padezca,
- » Una esperanza
- » Sin que merezca
- » A mi deidad ;
- » Sin que la pida
- » Jamás el premio
- » De mi perdida
- » Felicidad.
- » Tímida boca,
- » Nunca le digas
- » La pasión loca
- » Del corazón,
- » Adonde oculto
- » Está su templo
- » Y ofrenda y culto
- » Lágrimas son. »

Mas dijera , pero el llanto  
 En que sus ojos abundan  
 Le interrumpe, y las palabras  
 En la garganta se anudan.

Cuando junto á la ribera,  
 En un valle adonde muchos  
 Del árbol grato á Minerva  
 Opimas ramas se cruzan ;

Suave cuanto sonoro  
 Lisardo otra vez escucha,  
 Que enamorando los ecos  
 Tales acentos modula :

- « Prepara el ensayo
- » De mas atractivos
- » La rosa en los vivos
- » Albores de mayo :
- » Si al férvido rayo

- » Su cáliz expone,
- » Que el sol la corone
- » En premio ha logrado,
- » Y es reina del prado,
- » Y amor de Dione.
- » ¡O fuente! en eterno
- » Olvido quedáras
- » Si no te lanzáras
- » Del seno materno:
- » Tal vez el invierno
- » Tu curso demora,
- » Mas tú vencedora
- » Burlando las nieves,
- » A tu impetu debes
- » Los besos de Flora.
- » Y tú que en dolores
- » Consumes los años,
- » Autor de tus daños,
- » Por vanos temores;
- » En pago de amores
- » No temas enojos,
- » Enjuga los ojos,
- » Que el Dios que te hiero
- » Mas culto no quiere
- » Que audacias y arrojos. »

Rayos son estas palabras,  
Que al ciego joven alumbran,  
Quien su engaño reconoce,  
Y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adonde  
Testigos de su ventura  
Fueron las amigas sombras  
De la noche y selva muda;  
Mas muda la selva en vano,  
Y en vano la selva oscura,  
No sufre orgullosa Venus  
Que sus victorias se encubran.

Lo que celaron los ramos  
Las cortezas lo divulgan,  
Que en ellas dulces memorias  
Con emblemas perpetúan.

Las Náyades en los troncos  
La fe y amor que se juran  
Leyeron, y ruborosas  
Se volvieron á sus urnas.

## ESVERO Y ALMEDORA.

(EXTRACTO DEL CANTO DUODÉCIMO.)

Del año apenas en la quinta casa  
 Entrando el sol ¿cómo es que tal sublima  
 Fogoso el paso, y penetrante abrasa  
 Del frío Sena el nebuloso clima?  
 Su luz, que darnos suele tan escasa,  
 Y á la imaginacion la desanima,  
 Ya inspiradora en rayos me rodea,  
 Iluminando mi anhelante idea.

Y agrandándose el cuadro que dilata  
 La amenidad en torno peregrina,  
 Debajo de la bóveda de plata,  
 Por donde el astro fúlgido camina,  
 Desde un punto á mi vista se retrata  
 De este globo que fácil examina  
 Toda la creacion : y allí suspenso  
 Me gozo en ella y en su autor inmenso.  
 Y, á dicha, ostenta el Todopoderoso,  
 Y en mi embeleso admiracion merece,  
 Cuanto el vasto caudal del mar undoso,  
 La gota de agua que en la flor se mece;  
 Cual del Asia el terrífero coloso,  
 Preso en un vidrio purpurino pece;  
 La nube hollando desdeñosa garza,  
 O el insectillo de la humilde zarza.

« Artífice de tanta maravilla  
 Que delante de mí se manifiesta,  
 A Ti me postro, hincada la rodilla,  
 Por Ti, para doblarse á Ti dispuesta :  
 Alábetelo la voz, si bien sencilla,  
 A quien el habla tu bondad le presta;  
 Enteramente á Ti que me la diste  
 Adore el alma, que inmortal existe. »

Dije, y el genio ansioso aun mas procura :  
 Aquel árbitro mismo, aquella viva,  
 Sagrada fuente que jamás se apura  
 Me arrojo á investigar... ¿A dónde iba?  
 ¿Cómo esperar que, entre materia oscura  
 Átomo envuelto, á la deidad conciba?  
 ¿Quién, si al nacer un sótano le encierra,  
 Entenderá los cielos ni la tierra?

Mas, ¡ó felice inspiracion! sentido,  
 Alcanzarás á dar conocimiento  
 Tú del mismo Hacedor: ya firme pido  
 Por tí su explicacion al firmamento.  
 Púsola en ese sol, centro encendido,  
 Si portento menor, tambien portento:  
 Dios material, de un móvil inefable  
 Vivaz ejemplo que á los ojos hable.

Que sin fin, sin cesar, sin decadencia,  
 Sin noche ni diciembre; sin medida,  
 Vierte, sacados de su sola esencia,  
 En perenne raudal mares de vida:  
 En él, á no mirarlo, humana ciencia,  
 No creyeras; y dudas atrevida,  
 Porque no ves! Pues vi: nuestra la palma,  
 O genio y religion, soles del alma!

#### DON JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

Nació en Cádiz el año 1783. Estudió en el colegio de San Miguel de Granada, donde regentó la cátedra de lógica. Tomó la beca en el colegio mayor de Santa Cruz de la Fe y Santa Catalina Mártir, de la misma. Sobrevino la guerra de los Franceses; se alistó como voluntario en el regimiento de dragones de Pavía, y fué ascendido á oficial. Cayó prisionero en marzo de 1809, y pasó á Francia, donde permaneció seis años, dedicado á sus estudios. Con la paz volvió á España; se recibió de abogado en Madrid, donde publicó al mismo tiempo por espacio de dos años la *Crónica científica y literaria*. En 1823 emigró á Inglaterra, donde publicó los cuatro primeros tomos del *No me olvides*, el *Correo de Londres*, el *Museo científico y literario*, *Cuadros de la Historia de los Árabes*, *Cartas sobre la Educacion del bello sexo* por una señora americana, *Meditaciones Poéticas*, las traducciones del *Ivanhoe* y el *Talisman*, y otras producciones menos importantes.

Residió mas tarde en Buenos Aires, en Chile, en Lima y en Bolivia. Últimamente ha desempeñado el cargo de *Cónsul general de España* en Londres, donde reside actualmente, ocupado en sus tareas literarias.

Don José Joaquin de Mora es individuo de número de la real academia española, y uno de nuestros mas distinguidos literatos y poetas.

A LA FLOR LLAMADA EN INGLÉS *FORGET ME NOT*

(NO ME OLVIDES).

Flor modesta y delicada,  
 Que ocultas tus hojas leves  
     Y sencillas,  
 Cual huyendo las miradas  
 De peligrosas y alevés  
     Avecillas;  
 Flor consuelo del ausente,  
 Que nunca adornas la frente  
     De los Cides,  
 Sino el seno de las damas;  
 Dime, flor, ¿cómo te llamas?  
     *No me olvides.*  
 Flor, que al cariñoso seno  
 Recuerdas el dulce amigo  
     Desgraciado,  
 Mientras gime en suelo ajeno  
 Viéndose del patrio abrigo  
     Desterrado;  
 Flor, que tímida consumes  
 Los delicados perfumes  
     Que despides,  
 Entre las selvosas ramas,  
 Dime, flor, ¿cómo te llamas?  
     *No me olvides.*  
 Flor, recuerdo misterioso  
 Do esperanza lisonjera  
     Malograda;  
 Con cuyo aspecto gracioso  
 Torna la dicha que fuera  
     Ya pasada;  
 Y tornan llorados bienes,  
 Risas, amores, desdenes,  
     Blandas lides,  
 Cenizas de antiguas llamas,  
 Dime, flor, ¿cómo te llamas?  
     *No me olvides.*

## UN GRAN HOMBRE.

Para que el mundo se asombre

Hoy de presentarle trato

El retrato

De un gran hombre.

Mas que espantosos vestiglos

Será el tal, que ahora no nombro,

El asombro

De los siglos.

No adquirió su ánimo regío

De la ilustracion las bases

En las clases

De un colegio.

Y así la gente confusa

Dice, al ver tanta excelencia.

Que es su ciencia

Ciencia infusa.

Es su vital elemento

De una oficina la silla,

En que brilla

Su talento.

Y en la política masa

Se mete, firme cual cedro,

Como Pedro

Por su casa.

Son trabajos muy ligeros,

Y no dignos de sus ocios,

Los negocios

Extranjeros.

Sus miras trascendentales

No abrazan puntos mezquinos,

Ni caminos,

Ni canales.

Si la gente mira absorta

De la antes feliz Iberia

La miseria,

¿Qué le importa?

Si eleva su voz doliente

Cansado el pueblo infelice,

Solo dice

Que lo siente.

No hay cosa que mas entienda,

Ni en que mas dé su consejo,



Que el manejo  
 De la hacienda.  
 Solo piensa en plata y oro,  
 Y en las altas y en las bajas  
 De las cajas  
 Del tesoro.  
 Da gusto oírlo á sus anchas  
 Proyectar negociaciones  
 De cupones  
 Y de planchas.  
 Siempre están sus manos listas  
 Para planes lisonjeros  
 De extranjeros  
 Contratistas.  
 Darán las combinaciones  
 De sus miras singulares  
 Centenares  
 De millones.  
 Y así de oficio en oficio  
 Cumple, usando mil amaños,  
 Muchos años  
 De servicio.  
 Pero si su estrella pasa,  
 Y el que en el mando reside  
 Lo despide  
 De la casa,  
 Se queda con un usía,  
 La bolsa de plata llena  
 Y una buena  
 Cesantía.

#### EL DUQUE DE FRIAS.

El Excmo. Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco, duque de Frias y de Uceda, marqués de Villena, nació en Madrid el 20 de julio de 1783. Fueron sus padres don Diego Pacheco y doña Maria Francisca de Benavides, hija de los duques de Santistéban. — Se dedicó á la carrera militar desde su mas temprana edad, tomando los cordones de cadete de Guardias Walonas el día 1.º de diciembre de 1796.

No siendo nuestro propósito escribir una extensa biografía del señor duque de Frias, diremos únicamente que después de haber desempeñado los destinos mas importantes, tomando una parte muy activa en nues-

tras contiendas políticas, falleció este distinguido poeta el día 28 de mayo de 1851, siendo individuo de número de la Real Academia española, la cual ha publicado posteriormente una elegantísima edición de las *Obras poéticas del señor duque de Frias*, precedidas de un bien escrito prólogo, debido á la pluma del señor duque de Rivas, y de una interesante *noticia sobre la vida y obras poéticas del autor*, escrita por el señor marqués de Molins.

AL PRIMER BUQUE DE VAPOR QUE HIZO EL VIAJE DE CÁDIZ Á BARCELONA,  
EN NOVIEMBRE DE 1824.

### ROMANCE.

Llega en buen hora, arrogante,

Volcanizado bajel,

Desde la ciudad de Alcides

Al trono de Berenguer.

Abandonaste las costas

Que te miraron nacer,

Y los cantos de los bardos

Y los hijos de Morven.

Los vientos de Caledonia

De Fingal en el broquel

Sonaron enfurecidos

Al verte desaparecer.

Saludaste de Pelayo

El enriscado dosel,

Del Santo Patron la tumba,

Y el dominio portugués.

Visto la ciudad hermosa,

Donde el que supó vencer

Los leones de Numidia,

Las sierpes, en su niñez,

Puso limites, que hollaron

Colon, Pizarro y Cortés,

Pero que términos fueron

Para el imperio francés.

La antigua ciudad miraste,

De Flora grato verjel,

Y de Ceres y Pomona

El afortunado Eden;

La que en sus templos ostenta

El hispalense pincel,  
 Los sarracenso pendones  
 Las águilas de Bailen,  
 Dónde el esforzado aliento  
 Del inclito leonés,  
 Terror de la gente alarbe,  
 De la cristiana sosten,  
 Reverenciando la sangre  
 Que un padre osara verter,  
 En nombre de Recaredo  
 Alzó el pendon de la fe.

Hoy de la gran Barcelona  
 Los muros llegas á ver,  
 Gloria de Aragon un día  
 Y de un venturoso rey.

Mas ya de Jaime la sombra  
 Viene, orlada de laurel,  
 Y en letras de oro Valencia  
 Y Mallorca en su pavés,  
 « Tú, dice, surcando mares,  
 A Sevilla has de volver,  
 Y de la torre del Oro  
 Lanzarás el ancla al pié.

» Recuerda al tercer Fernando  
 Que horror nuestro brazo fué  
 De la gente descreída  
 Que tiene el Coran por ley;

» Que si cumplió de Pelayo  
 El pensamiento fiel,  
 Yo tambien del noble Arista  
 El heredado deber;

» Que si en Úbeda y Baeza  
 Rindió á la morisma infiel,  
 Y si coronó en Sevilla  
 La victoria de Jaen,

» Yo, congregando las huestes  
 En los campos de Teruel,  
 Del Cid la ciudad perdida  
 Al enemigo arranqué.

» Transmitimos nuestras glorias  
 A Fernando é Isabel;  
 Guardó el leon sus castillos  
 Y mis barras á la vez.

» Di que conmigo sus votos  
 Eleve al Eterno Ser,

Porque gocen nuestros pueblos  
 De nuestras glorias la prez;  
 » Porque el Rey que en ambos tronos  
 Señor de España se ve,  
 De inmarcesible corona  
 Se adorne la excelsa sien;  
 » Donde á la frondosa rama,  
 Que emblema de triunfos es,  
 Se enlace la santa oliva  
 De la concordia y el bien. "  
 » Acátenla nuestros hijos,  
 Y desde el Betis al Ter  
 Haya tan solo españoles  
 Así como solo un rey. "  
 Esto dijo el rey Don Jaime;  
 Y al levar ancla el bajel,  
 Volvióse la augusta sombra  
 Al santuario de Poblet.

### A CARLOS TERCERO,

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

#### SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona  
 Afirma su poder y resplandece,  
 Ni respetada nuestra armada ofrece  
 Al libre viento su volante lona,  
 Ni la fama marcial nos galardona,  
 Ni el bélico laurel nos engrandece,  
 Cuando el bronce español solo estremece  
 La tumba comital de Barcelona <sup>1</sup>.  
 Y ¿esta es, oh Dios! aquella monarquía  
 Que su estandarte tremoló en Otumba,  
 En San Quintín, Parténope y Pavia?  
 Vélate, oh sombra! en tu gloriosa tumba,  
 Hoy que al rudo huracán de la anarquía  
 El trono de cien reyes se derrumba.

<sup>1</sup> Este soneto fué compuesto el 13 de diciembre de 1842 cuando las tropas del gobierno bombardeaban á Barcelona insurreccionada.

## DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Nació en Granada el año 1789. Después de haberse dedicado al estudio de las humanidades y de algunas lenguas vivas, cursó en la universidad de su país natal las aulas de filosofía, matemáticas, derecho civil y canónico. En la misma universidad fué catedrático de filosofía y profesor en el colegio de San Miguel.

En esta situación se hallaba cuando estalló la revolución de 1808; emigró de su patria antes de la entrada de los Franceses, refugiándose primero en Cádiz, y pasando de allí á Inglaterra. Vuelto á España en 1811, publicó algunos opúsculos históricos y varias obras dramáticas, entre las cuales merecen particular mención la comedia titulada *Lo que puede un empleo!* y las tragedias *Morauna* y la *Viuda de Padilla*. A fines de 1813 fué nombrado por su provincia diputado á Cortes. Envuelto en las persecuciones de aquella época, juntamente con otros diputados, empleó los seis años de su deportación al Peñon en el cultivo de las letras, y algunas de sus obras aparecen compuestas desde 1814 hasta 1820.

Restablecido entonces el régimen constitucional, volvió á ser elegido diputado á Cortes en la legislatura de 1820 á 1821, y posteriormente primer secretario de Estado. Ausentóse de su patria de resultas de la invasión francesa en 1823, y desde aquella época hasta que de vuelta á España fué nombrado, en 1834, primer secretario de Estado y presidente del Consejo de ministros; retraído enteramente de los asuntos políticos, dedicó todo el tiempo que duraron sus viajes por Europa y su larga permanencia en París, al cultivo de la literatura, habiendo publicado en esta capital cinco tomos de obras literarias, y dado al teatro de la *Porte Saint-Martin* un drama histórico titulado *Aben-Humeya*, cuyo éxito fué muy brillante. Después de su regreso á España dió al teatro el *Edipo*, *La Conjuracion de Venecia* y *Los zelos infundados*.

Por entonces publicó también la vida de *Hernan Perez del Pulgar*, el de las hazañas, y poco después los tres primeros tomos del *Espíritu del Siglo*. El señor Martínez de la Rosa es además uno de nuestros mas distinguidos oradores parlamentarios. Es actualmente presidente de la Real Academia española y del Congreso de los Diputados.

## LA VUELTA A LA PATRIA.

¡ Amada patria mia,  
Al fin te vuelvo á ver!... Tu hermoso suelo,  
Tus campos de abundancia y de alegría,  
Tu claro sol y tu apacible cielo!...  
Sí... ya miro magnífica extenderse  
De una y otra colina á la llanura  
La famosa ciudad, descollar torres,

Entre jardines de eternal verdura  
 Besar sus muros cristalinos rios,  
 Su vega circundar erguidos montes,  
 Y la Nevada Sierra  
 Coronar los lejanos horizontes.

No en vano tu memoria

Do quiera me seguía,  
 Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria,  
 El corazón y el alma me oprimía.  
 Del Támesis y el Sena  
 En la aterida margen recordaba  
 Del Dauro y del Genil la orilla amena,  
 Y triste suspiraba;  
 Y al ensayar tal vez alegre canto,  
 Doblábase mi pena,  
 Mi voz ahogaba el reprimido llanto.

El Arno delicioso

Me ofreció en balde su feraz recinto,  
 Esmaltado de flores,  
 Asilo de la paz y los amores :

« Mas florida es la vega  
 Que el manso Genil riega,  
 Mas grata la morada  
 De la hermosa Granada..... »

Y tan sentidas voces

Murmuraba con triste desconsuelo;  
 Y el hogar de mis padres recordando,  
 Los mustios ojos levantaba al cielo.

Tal vez en mi dolor mas me aplacia

De agreste sitio el solitario aspecto;  
 De las ciudades azorado huía,  
 Y ansioso, palpitante,  
 Las escabrosas Alpes recorria;  
 Mas su nevada cumbre  
 No tan viva y tan pura reflejaba  
 Del sol la clara lumbre,  
 Cual la Nevada Sierra,  
 Cuando el astro del día  
 Un torrente de luz vierte en la tierra.

De Pompeya las ruinas pavorosas

Sus calles silenciosas,  
 Sus pórticos desiertos,  
 De yerba ya cubiertos,  
 Mi profundo pesar lisonjeaban,  
 Y graves reflexiones

En mi agitadamente despertaban :  
 ¿Qué vale el poder vano  
 Del miserable humano?  
 En abatir su orgullo y su renombre  
 La suerte se complace;  
 Y las obras que eternas juzga el hombre  
 Con un soplo deshace....  
 Por el rastro de escombros junto al Tiber  
 Hoy busca el caminante  
 Del sumo Jove la ciudad triunfante:  
 Rompe el arado la fecunda tierra,  
 Que cual lóbrega tumba  
 Los sacros restos de Herculano encierra,  
 Y si Pompeya en pie mira sus muros,  
 Los siglos carcomieron su cimiento;  
 Y al respirar el viento,  
 Tiemblan sobre su planta mal seguros.  
 Así en mi juventud yo ví las torres  
 De la soberbia Alhambra quebrantadas  
 Amenazar del Dauro la corriente  
 Con su ruina inminente;  
 Cada rápido instante de mi vida  
 El plazo apresuró de su caída.  
 Y del antiguo alcázar soberano  
 En que el moro poder vinculó ufano  
 Su gloria á las edades,  
 Tal vez un día ni hallarán mis ojos  
 Los míseros despojos.....  
 A tan funesta imágen, en el pecho  
 Mi corazón se ahogaba;  
 Y en lágrimas deshecho,  
 Al pie de los sepulcros me postraba.....  
 ¿Cuál es tu magia, tu inefable encanto,  
 ;Oh patria, oh dulce nombre!  
 Tan grato siempre al hombre?  
 El tostado africano,  
 Lejos tal vez de su nativa arena,  
 Con pesar y desden los prados mira,  
 Y por ella suspira;  
 Hasta el rudo lapón, si en hora infausta  
 Se vió arrancado del materno suelo,  
 Envidia y ansia las eternas noches,  
 Los yertos campos y el perpetuo hielo;  
 ¡Y yo, á quién diera la benigna suerte  
 Nacer, Granada, en tu feliz regazo

Y crecer en tu seno,  
De tantos bienes lleno,  
Yo triste, ausente de la patria mia,  
De tí me olvidaría?

En las ásperas costas africanas,  
Al náufrago inhumanas,  
Yo tu sagrado nombre repetía;  
Y las inquietas olas  
Llevábanlo á las costas españolas:  
En el polo apartado  
Oyólo de mi labio el mar furioso,  
Por el teson del bátavo enfrenado;  
Oyólo el Rin, el Ródano espumoso,  
El alto Pirineo, el Apenino;  
Y del Vesubio ardiente  
En el cóncavo hueco  
Por vez primera repitiólo el eco.

#### LAS GUERRAS DE AMOR.

Alumnos de Marte,  
Dejad su furor;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

El ocio desdeña,  
La paz aborrece,  
Tan solo apetece  
La lucha y la lid:  
Barreras y muros  
Encienden su enojo;  
Ya ostenta su arrojo,  
Ya luce su ardid.

Alumnos de Marte,  
Dejad su furor; etc.

Los fáciles triunfos  
Empañan su gloria;  
Difícil victoria  
Redobla su ardor:  
Su yugo suave  
No humilla al rendido,  
Al pié del vencido  
Se ve el vencedor.

Alumnos de Marte, etc.

Anhela en su fuga  
La astuta enemiga



Que osado la siga  
 Su tierno amador :  
 Si finge rigores ,  
 Son iras fugaces ,  
 Suspira por paces ,  
 Se finge rencor.

Alumnos de Marte , etc.

Tormenta de Mayo  
 Parecen sus celos ,  
 Que anuncia en los cielos  
 El iris de paz ;  
 Si triste y llorosa  
 De amor se querella ,  
 Mas dulce y mas bella  
 Se os brinda su faz.

Alumnos de Marte , etc.

Con treguas violadas ,  
 Con pactos fingidos ,  
 Lograd fementidos  
 La palma y laurel :  
 La misma enemiga ,  
 Que finge despecho  
 Celebra en su pecho  
 Vuestro ánimo infiel.

Alumnos de Marte , etc.

La diosa de Chipre ,  
 Si oyó el juramento ,  
 Lo escribe en el viento ,  
 Lo graba en el mar :  
 Que allí están los nombres  
 De tiernas amantes ,  
 Que á un dueño constantes  
 Supieron amar.

Alumnos de Marte , etc.

Mas ¡ay! que el Dios fiero  
 Ya blande su lanza ,  
 Y excita á venganza  
 Con hórrida voz :  
 Estragos y ruinas  
 El campo presenta ;  
 La tierra ensangrienta  
 La lucha feroz.

Alumnos de Marte , etc.

En tanto , luchando  
 Con blando desvío ,

El ídolo mio  
 Me muestra esquivéz.  
 Y en dulce desmayo  
 Suspensa su alma,  
 Del triunfo la palma  
 Me ofrece otra vez....  
 Alumnos de Marte,  
 Seguid su furor;  
 Con guerras mas dulces  
 Me brinda el Amor.

## EL CEMENTERIO DE MOMO.

### EPITAFIOS.

#### I.

Yace aquí un mal matrimonio,  
 Dos cuñadas, suegra y yerno....  
 No falta sino el demonio  
 Para estar junto el infierno.

#### II.

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro,  
 Y aun no está el hombre enterrado?  
 Este sí que era letrado.

#### III.

Yace aquí Blas.... y se alegra  
 Por no vivir con su suegra.

#### IV.

Agua destila la piedra,  
 Agua está brotando el suelo....  
 ¿Yace aquí algun aguador? —  
 No, señor, un tabernero.

#### V.

Un delator aquí yace....  
 ¡Chito! que él muerto se hace.

#### VI.

¡Cuñados en paz y juntos!....  
 No hay duda que están difuntos.

## VII.

Aquí yace una beata  
Que no habló mal de ninguna....  
Perdió la lengua en la cuna.

## VIII.

Aquí un médico reposa,  
Y al lado han puesto la muerte....  
Iban siempre de esta suerte.

## IX.

Aquí yace una soltera,  
Rica, hermosa, forastera,  
Que sordomuda nació....  
¡Si la hubiera hallado yo!

## X.

Eche una limosna, hermano,  
Y que no suene el dinero;  
No reviva este usurero.

## XI.

Aquí enterraron de balde,  
Por no hallarle una peseta....  
No sigas, era poeta.

## XII.

Aquí yace un cortesano,  
Que se quebró la cintura  
Un día de besamano.

## XIII.

Aquí yace un contador  
Que jamás erró una cuenta. ..  
A no ser á su favor.

## XIV.

Aquí yace un alquimista  
Que en oro trocaba el cobre...  
Y murió de puro pobre.

## XV.

Aquí yacen dos mæstrantes  
Ocupados como antes.

## EL DUQUE DE RIVAS.

Don Angel de Saavedra, duque de Rivas, nació en Córdoba el año 1791. Hizo sus primeros estudios en el *Seminario de Nobles* de Madrid, de donde salió, siendo aun muy jóven, para entrar á servir en el cuerpo de guardias del rey. En este distinguido cuerpo hizo su primera campaña en la guerra de la Independencia, habiendo recibido en la accion de Antígola once heridas y quedado moribundo sobre el campo de batalla, atravesado el cuerpo de una lanzada: luego sirvió en el estado mayor, donde redactó el periódico militar de este nombre. Concluida la guerra se retiró con el grado de coronel á Sevilla, donde se dedicó al cultivo de la literatura, recreando tambien su ánimo con el delicioso estudio de la pintura.

Las vicisitudes políticas por que ha pasado nuestro país, han sido la causa de que el señor duque de Rivas haya hecho frecuentes viajes á Francia, Inglaterra, Portugal é Italia. Su nombre ha sonado en la política palpitante, habiendo desempeñado en varias ocasiones puestos importantísimos, tales como los de ministro de la gobernacion y de marina, y embajador en Nápoles y en París. El señor duque de Rivas es actualmente senador del reino, presidente de la real academia de San Fernando é individuo de número de la real academia española.

En el año 1854 ha publicado una edicion completa de sus *Obras literarias*, entre las cuales merecen particular mencion sus poemas el *Moro Expósito*, *La azucena milagrosa* y *Maldonado*, y su bellissimo drama *Don Alvaro, ó la fuerza del sino*. — El señor duque de Rivas es indudablemente uno de nuestros mas distinguidos poetas.

## ROMANCE CORTO.

Luz de esta ribera,  
 Graciosa zagala,  
 Mas linda que el dia,  
 Mas bella que el alba:  
 Tu rostro divino,  
 Tu risa, tu gala,  
 Mil pechos cautivan,  
 Mil cuellos enlazan.  
 Si asoma en Oriente  
 Las sienas orladas  
 De cándidas rosas,  
 La fresca mañana;  
 De tu rostro copia

Las tintas de grana  
 Con que el cielo pinta,  
 Con que el prado esmalta.  
 Si el carro de Febo  
 Las cimas nevadas  
 Con su lumbre dora,  
 Con sus rayos baña;  
 De tu faz hermosa  
 Las luces no iguala.  
 Si Flora risueña  
 La veste gallarda  
 Desprende olorosa,  
 Descoge lozana;  
 Imita tu, talle,  
 Remeda tu gracia  
 Favonio amoroso,  
 Que bate las alas,  
 Robando á las flores  
 Y dando á las auras  
 Balsámico aroma,  
 Tu risa retrata.  
 Mas ¡ah! tus ojuelos,  
 Tormento del alma,  
 ¿Quién puede copiarlos,  
 Quién puede, zagala?

## CANTILENA.

Febo se retiraba,  
 Casi espiraba el día,  
 Y la noche llegaba,  
 Su fresca lozania  
 Marchitaba á la rosa,  
 Mustio quedaba el prado,  
 Y el ave sonora  
 Dormida y silenciosa  
 En el olmo acopado;  
 Cuando mi ninfa hermosa  
 Salió á la fresca vega.  
 Y de sus ojos bellos  
 A la lumbre radiante,  
 Y al esplendor brillante  
 De sus lindos cabellos,  
 De nuevo se despliega  
 La rosa ya adormida

Cobrando olor y vida :  
 Torna el florido prado ,  
 Que ya estaba enlutado ,  
 A matizar sus flores ,  
 Y á esparcir mil olores :  
 Y las ya unidas aves  
 Dulces trinos suaves  
 Cantando dulcemente ,  
 Y vuelve de repente  
 A comenzarse el día :  
 Que al ver á mi señora  
 Juzgaron que venia  
 Nuevamente la Aurora.

#### SONETO.

Misero leño, destrozado y roto ,  
 Que en la arenosa playa escarmentado  
 Yaces, del marinero abandonado ,  
 Despojo vil del ábrego y del noto.  
 ¡ Cuánto mejor estabas en el soto ,  
 De aves y ramas y verdor poblado ,  
 Antes que envanecido y deslumbrado ,  
 Fueras del mundo al término remoto !  
 Perdiste la pomposa lozanía ,  
 La dulce paz de la floresta umbrosa ,  
 Donde burlabas los sonoros vientos :  
 ¿ Qué tu orgulloso afán se prometia ?  
 ¿ También burlarlos en la mar furiosa ?  
 Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

#### ROMANCE CORTO.

Hermosa zagala  
 De Venus envidia ,  
 Que abrasas las almas ,  
 Los pechos cautivas ,  
 Y allá en Manzanares ,  
 Graciosa y esquiva ,  
 Encantas y alumbras  
 Sus frescas orillas :  
 Escucha mi acento ,  
 Permite á mi lira  
 Que cante tus gracias ,  
 Que el alma me hechizan.

Ya Febo esplendente  
 Anuncia tu día,  
 Y al orbe marchito  
 Su lumbre ilumina.  
 Y Flora gallarda,  
 Del mundo alegría,  
 Risueña en tu obsequio  
 Los prados matiza.  
 Y el céfiro blando  
 Las flores agita,  
 Y aromas esparce  
 Y aromas respira.  
 ¡Oh! Goza felice,  
 Bellísima ninfa,  
 Beldad y placeres,  
 Amor y alegrías.  
 Y mil y mil veces  
 Al mundo tu día  
 Renueven los cielos,  
 Con mil y mil dichas.  
 En tanto que insana  
 La suerte enemiga  
 Sañuda conmigo  
 Su furia ejercita.  
 Conmigo infelice,  
 Que ausencia prolija  
 De tí me separa,  
 Mi bien, mi delicia.  
 De tí por quien ardo  
 Con llamas activas  
 Mi pecho, que adora  
 Tu imagen divina.

#### ROMANCE.

Hermosísima zagala,  
 Cuyos ojuelos divinos  
 Abrasan con dulce fuego  
 El alma y el pecho mío:  
 Tus gracias son el encanto  
 De un corazón que te rindo;  
 Por tí vivo solamente,  
 Para tí sola respiro.  
 Lejos de tí no reposo,  
 Que es ¡ay! mi mayor martirio,

No escuchar tu blando acento,  
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,  
Cuyo refulgente brillo  
Da matices á las flores,  
Verdor al bosque sombrío,  
Vida al delicioso prado,  
Esplendor al cristalino  
Arroyuelo, gozo al mundo,  
Y á las aves regocijo;

Para mí es tiniebla oscura,  
Si esos tus ojuelos lindos  
No me iluminan graciosos,  
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche  
Envuelve al orbe marchito,  
Son para mí claro día,  
Si ante tus plantas me miro.

Y si, ó zagala, no fuere  
Verdadero mi cariño,  
Maldiga Pan mis ovejas,  
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,  
Maldiga los altos riscos,  
Maldiga los frescos sotos,  
Do pasta el ganado mío.

#### SONETO.

Gallardo alzaba la pomposa frente  
Yedras y antiguas parras tremolando,  
El álamo de Alcides, despreciando  
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;  
Cuando de la alta sierra de repente  
Desprendido huracán bajó silbando,  
Que el ancho tronco por el pié tronchando,  
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano  
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,  
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté mas soberbio y mas ufano  
Vendrá un contrario soplo de fortuna,  
Y adios oro, poder, favor, grandeza.



## SONETO.

Ojos divinos, luz del alma mia,  
 Por la primera vez os ví enojados;  
 ¡Y antes viera los cielos desplomados,  
 O abierta ante mis piés la tierra fria!  
 Tened ¡ay! compasion de laagonia  
 En que están mis sentidos sepultados  
 Al veros centellantes é indignados  
 Mirarme, ardiendo con fiereza impia.  
 ¡Ay! perdonad si os agravié, perderos  
 Temí tal vez, y con mi ruego y llanto  
 Mas que obligaros conseguí ofenderos:  
 Tened, tened piedad de mi quebranto,  
 Que si tornais á fulminarme fieros  
 Me hundiréis en los reinos del espanto.

## DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Nació en la villa de Quel, provincia de Logroño, el día 19 de diciembre de 1796. Hizo sus primeros estudios en Madrid, bajo la direccion de los PP. Escolapios de San Antonio Abad, y sirvió después en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, vivió el señor Breton consagrado al culto de la literatura dramática. En 1824 se estrenó su primera comedia, titulada *A la vejez, viruelas*. Desde aquella época no ha cesado de dar á la escena dramas, comedias, zarzuelas, piezas en un acto, y el público tampoco ha cesado de aplaudir una y otra noche casi todas sus producciones. Las que mas crédito gozan son las tituladas: *A Madrid me vuelvo*, *Marcela*, ó *¿d cuál de los tres?* *Un tercero en discordia*, *¡Muérete, y verás!* *Una de tantas*, *Ella es él*, *Mi secretario* y yo, *La Escuela del Matrimonio* y *¿Quién es ella?*

El señor Breton de los Herreros ha publicado posteriormente una edicion de todas sus obras que forman cinco volúmenes, de los cuales, cuatro comprenden sus obras dramáticas, y el último sus poesias y demás composiciones en prosa. La última obra que recordamos haya publicado es su *poema joco-serio*, titulado *La Desvergüenza*, del cual copiamos algunas octavas, quo recomendamos á nuestros lectores.

El señor Breton de los Herreros ha desempeñado últimamente los importantes destinos de *Administrador de la Imprenta nacional* y *Director de la Gaceta*, y *Director de la Biblioteca Nacional*. Es actualmente secretario perpetuo de la Real Academia española.

## EL COMERCIO.

## I.

Aun fuera el hombre indómita alimaña  
 Y el orbe entero enmarañada selva;  
 Aun no sabría el morador de España  
 Si hay en Europa un Támesis y un Elba;  
 ¿Qué digo? aun al gallego fuera extraña  
 La playa de Alicante y la de Huelva,  
 Sin el arte benéfico (no es broma)  
 Que estriba en dos vocablos; *daca y toma*.

## II.

Gloria al diestro varon que allá en lo antiguo  
 Tronco ruído ahuecó con mano industrie,  
 Y en batel convertido informe, exiguo,  
 Primero lo ensayó sobre palustre  
 Dormida linfa, y luego (me santiguo  
 Al recordar hazaña tan ilustre)  
 Desafiando al Euro, aunque zozobre,  
 Surcar con él osó la mar salobre.

## III.

¿Quién el primero navegante fué,  
 Excluyendo al decrépito Caron?  
 Por vida de quien soy, que no lo sé;  
 Pero yo, que recuso á Deucalion  
 Y creo á pié juntillas en Noé,  
 Antes que este santísimo varon  
 Labrase aquel arcon descomunal  
 Presumo que hubo tráfago naval.

## IV.

A dos robustos móviles cediendo;  
 A la curiosidad y á la codicia,  
 Lanzóse el hombré al piélago tremendo  
 Con fortuna ora adversa, ora propicia,  
 Y remando ó con vela (así lo entiendo,  
 Aunque ningun autor me lo noticia),  
 No bien creció la raza en varias tribus  
 Buscó en tan ardua via su *cum quibus*.

## V.

Y aunque otra cosa diga á las incautas  
 Gentes aquella peregrina historia  
 De Jason y sus bravos argonautas,  
 No su famosa nave sed de gloria  
 Movi6, ni asunto á mármoles y flautas  
 Hubieran pretextado en la victoria  
 Que á Colcos despoj6 de su tesoro,  
 A ser de lana el vellocino de oro.

## VI.

Y desde entonces simbolo 6 desde antes  
 Fu6 el predicho vellon á la sidonia  
 Tropa de marineros mercadantes  
 Que de Gades fundaron la colonia,  
 Y en medio de los n6midas errantes  
 Alzaron la enemiga de la ausonia  
 Region, aquella célebre Cartago,  
 Polvo ya que dispersa el aire vago.

## VII.

Y ya en aquella era, aunque el piloto  
 Temblaba de engolfarse en el Tirreno,  
 De la perdida Atlántida al ignoto  
 Clima os6 navegar Hannon el peno;  
 Y Marco Polo, vencedor del Noto,  
 A playas cien y cien bog6 sereno,  
 Dejando con su nombre asaz oscuro  
 El de aquel decantado Palinuro.

## VIII.

Pero de todos eclips6 la fama  
 Aquel héroe que á España di6 Liguria;  
 El gran Colon, que á valerosa dama  
 Debí6 amparo y aliento en su penuria;  
 A la augusta Isabel, que arder la llama  
 Vi6 de su genio y despreci6 la injuria  
 Con que os6 apellidarle mentecato  
 La arrogante sandez del Peripato.

## IX.

A despecho de Albion y de Lisboa,  
 Quo con desden oyeron sus demandas,

Un mundo descubrió con frágil proa  
 Desmintiendo á ignorantes hopalandas;  
 Y por él de Cortés y de Balboa  
 Clio recuerda empresas memorandas;  
 Y de oro y plata nos ahitó su nao,  
 Y de azúcar (qué gusto!) y de cacao.

## X.

Mas su siglo, que no era el de Confucio,  
 Fué con él tan ingrato y tan hebreo,  
 Que calabozo entenebrido y sucio  
 Fué indigno galardón de su trofeo,  
 Y á oscuro aventurero, á un tal Vespucio,  
 Que al lado de Colón era un pigmeo,  
 El timbre cupo (oh mundo chabacano!)  
 De dar nombre al imperio americano.

## XI.

Si prez de Iberia fué la grande hazaña  
 Que aun es de un mundo y otro maravilla,  
 Pronto el íncola osado de Bretaña  
 Al nuevo rumbo enderezó la quilla,  
 Y ansiosos de mermar en tierra extraña  
 El oro, no los lauros, de Castilla,  
 Allá volaron en tropel confuso  
 El bátavo, el ligur, el franco, el luso.

## XII.

Así al auge mayor llegó el comercio,  
 Señor do quiera de las ondas bravas;  
 Así, aunque pese al númen de Propercio,  
 Cantas tu triunfo y su derrota alabas,  
 Dios del alado pié, que ni un sextercio  
 Dieras, y harías bien, por mis octavas;  
 Mas yo, bien que de Apolo hijo no espurio,  
 Acato el caduceo de Mercurio.

## XIII.

No porque el arte suya á mi me ataña;  
 Que soy en la aritmética muy porro,  
 Y el creso mas foliz quiebra ó me engaña  
 Si le confío el óbolo que ahorro,  
 Y para mí no se hizo la cucaña

Con que aqui cada dia tanto zorro  
Sin caudal y sin mérito y sin cuna  
Se encarama á los cuernos de la luna.

## XIV.

Pero ¿qué lengua habrá que no bendiga,  
Si no es de algun idiota animalazo,  
La del comercio institucion amiga,  
Que al hombre con el hombre en dulce lazo  
Junta desde los páramos de Riga  
Hasta la falda austral del Chimborazo,  
Y los instintos bárbaros ahuyenta,  
Y las artes inspira y alimenta ?

## XV.

Diráme algun misántropo cejudo :  
• De ese invento que pródigo reputas  
Lloro la gloria y la ventaja dudo.  
¿Qué bien de la quincalla que permutas  
Por sus perlas, reporta el indio rudo ?  
¿Y acaso sin Ceilanes ni Calcutas  
Careció *in illo tempore* la Europa  
De blando lecho y succulenta sopa ?

## XVI.

• ¿Tanta falta, gloton intemperante,  
Hacian á tu especie las especias ?  
¿No tenias ya el ajo estimulante  
Y el rábano y el sérpil qué desprecias ?  
El café de Occidente ó de Levante  
¿Mereció tan horribles peripecias ?  
Y el té de China ¡oh nietos de Pelayo !  
¿Vale mas que la salvia de Moncayo ?

## XVII.

• Ya de las flores que ávida consume,  
Cabe los montes donde nace Júcar,  
Miel nos daba la abeja de perfume  
Grato, y dulce no menos que el azúcar,  
Sin que rauda bajel, pájaro implume,  
La barra atravesando de Sanlúcar,  
El jugo nos trajese de la caña  
Que Libia estruja y saborea España.

## XVIII.

• ¿Mereció por ventura los afanes  
De Colon, de Cortés, y de Pizarro  
Y de tantos valientes capitanes,  
El sucio chupeteo del cigarro,  
Desconocido á Jerjes y Tigránes,  
Y su humo denso que de hediondo sarro  
Cubre, moviendo náuseas á las gentes,  
De una y otra mandíbula los dientes?

## XIX.

• La guayaba, el añil, la chirimoya  
Ni el cazabe, ni el plátano, ni el coco  
¿Merecian la bélica tramoya  
Con que de sangre humana ¡ay hombre loco!  
Teñiste, como al Janto un día en Troya,  
Al Niágara, al Rimac y al Orinoco?  
Gran cosa fué ganar tan vasto imperio;  
Pero ¿qué hiciste de él? Un cementerio.

## XX.

• Y cualquier fruta exótica ó semilla,  
Vano y costoso apéndice á la gula,  
Ni el loro que á mil necios de esta villa  
Imita en no saber lo que articula,  
Ni el oro inmenso que explotó Castilla  
En Potosí, en los Andes ó en Cholula,  
Hicieron á sus tristes moradores  
Mas venturosos que antes y mejores.

## XXI.

• ¡Ay! no, que el oro corruptor nos trujo  
De los vicios la innúmera secuela,  
Y el nuevo Creso á la molicie, al lujo  
Se dió; y el pobre á aborrecer la escuela,  
Y preferir el flujo y el reflujo  
Del ponto airado al pico y á la azuela;  
Ceres yació en narcótico marasmo  
Y la industria fué inútil pleonasma.

## XXII.

• Ni de Acapulco la famosa nao  
Portaba á todos ¡ay! oro por lastre;

¡Y cuántos en Barcino y en Bilbao,  
 Con ínfulas de duque de Alencastre,  
 Ya á Veracruz bogaban, ya al Callao,  
 Y proceloso el Ábrego (ohi desastret)  
 Misera tumba en las horrendas bocas  
 Les dió de tiburones y de focas!

## XXIII.

» ¡Y de cuántos la sórdida codicia  
 Ahogó en el seno enherbolada punta,  
 Y en torno suyo bárbara milicia  
 De inmundos antropófagos se junta,  
 Que á devorar se aprestan con delicia  
 La carne aun palpitante y mal difunta....  
 ¡Horror! Otro, no yo, pintar emprenda  
 Tan execrable, tan atroz merienda.

## XXIV.

» ¡Y la atmósfera á cuántos de aquel sendo  
 Paraíso anhelado fué funesta!  
 ¡A cuántos hizo de la Parca feudo  
 Miasma desolador que el aire infesta!  
 ¡Cuántos al padre, á la consorte, al deudo  
 Nunca tornaron, y en alegre fiesta  
 Ya se aprestaban sobre la alta popa  
 A saludar las playas de la Europa!

## XXV.

» Feraz Naturaleza, pero ambigua,  
 Si allá del colibrí donoso y gayo  
 Procrea en el verjel la raza exigua  
 Y el lascivo titi y el guacamayo,  
 Cria también el cinife y la nigua,  
 Y el hórrido chacal, que como rayo  
 Se abalanza al incauto pasajero,  
 Y el ingente reptil de ancho garguero.

## XXVI.

» ¡Y qué salud de roble ó de piruétano,  
 Si al tifus hictéródes no sucumbe,  
 Con el vómito negro no echa el tuétano  
 O agarra un escorbuto que le tumba?  
 ¡A quién no amaga el alevoso tétano?

¿Y á quién ataca que por él no zumbe,  
Sin valerle cordial ni ipecacuana,  
En son de *requiem* lúgubre campana?

## XXVII.

» Qué mas? De allí algun genio impío y torvo,  
A los deliquios del amor intruso,  
Nos trajo ¡ay cielos! el horrible morbo  
Que á diez generaciones cunde infuso.  
Por él hoy gime enclenque, lacio y corvo  
El que iba ayer derecho como un huso.  
El diczma la mitad de nuestra raza,  
Y el resto lo encanija y ataraza. »

(LA DESVERGÜENZA. *Canto sexto.*)

## DON JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

Sevillano, y uno de los mas felices ingenios de la primera mitad de nuestro siglo. Siendo todavía muy joven emigró á Portugal, de resultas de los sucesos de 1823, y de allí pasó á Londres, donde escribió en inglés la novela titulada *The Dons of the last century*, que después publicó en Madrid bajo el título de *El golpe en vago* (1835). La amnistía dada en 1833 por la reina gobernadora le restituyó á su patria, en la que por entonces, y hasta su muerte, figuró mucho en la política y en la literatura. En 1837 dirigió *El Español*: luego fundó y redactó él solo el acreditado periódico político *El Labriego*. Dió al teatro una traduccion en verso del *Macbeth* y publicó una multitud de composiciones literarias en prosa y verso, de mucho mérito, que desgraciadamente no se conservan reunidas en coleccion. El Soneto que publicamos aquí está tomado del manuscrito original que posee el señor don Eugenio de Ochoa. Nombrado en 1840 ministro de S. M. en Grecia, falleció en Atenas pocos meses después.

## A DON EUGENIO DE OCHOA,

POR SU COMEDIA DON CARLOS MURIÓ EN LA HABANA (1834).

## SONETO.

Desplomados apenas los potentes  
Templos de Libertad que hubo en Castilla,



Se alzó la insana funeral cuchilla  
 Contra ingenios ó libres ó eminentes.  
 No mas en nobles hechos afluentes  
 Se elevaron los mineros de Ercilla;  
 Ni el canto sonoro y maravilla  
 De Garcilaso, entre espumosas fuentes.  
 ¿De dó aprendiste, Vate soberano,  
 A verter en tus versos la ternura  
 Y el hechizo y el pasmo sobrehumano,  
 Y tantas gracias, tantas y hermosura?  
 ¿Dónde en el reino adusto del tirano  
 Pudiste iluminar tu antorcha pura?

#### DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Nació en Madrid el día 6 de setiembre de 1806. Estudió en San Isidro el Real de esta corte el latin y los dos primeros años de filosofía. En 1835 entró en la redaccion de la Gaceta como taquígrafo temporero. Mas tarde fué nombrado bibliotecario de la Nacional, plaza que actualmente desempeña. El señor Hartzenbusch es individuo de número de la Real Academia española, y uno de los literatos mas ilustres de nuestros dias.

Sus principales obras dramáticas son: *Los Amantes de Teruel*, *Doña Mencía*, *La Jura en Santa Gadea*, *La Madre de Pelayo*, *Don Alfonso el Casto*, *La Redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina*, *La Ley de Raza*, *Un sí y un no*, *La Archiduquesita* y *Vida por honra*.

El señor Hartzenbusch es, además de uno de nuestros mas distinguidos ingenios dramáticos, un eminente crítico y un inspradísimo poeta lirico.

#### A CALDERON.

##### SONETO.

Tú que en acento de desden profundo  
 Dijiste al ver la pequeñez humana.  
 « Sombra es la vida como el sueño vano,  
 Fantástica existencia la del mundo; »  
 Cuando brillabas luminar fecundo,  
 Sol refulgente de la escena hispana,  
 ¿Pudo tener tu mente soberana  
 Por ilusion tu ingenio sin segundo?

Desde el Tíber al patrio Manzanares  
 Desde el Rin á los Andes mereciste  
 Universal admiracion y altares :  
 Y eterna de tu nombre la memoria,  
 Ella te enseña que decir debiste :  
 « Sueño todo será, menos mi gloria. »

## LA VENTANA Y LA ALACENA.

### FÁBULA.

Caminando un relator  
 Del consejo de ultramar,  
 Hizo noche en un lugar  
 En casa de un labrador.  
 En servicio del viajero  
 Iba un pajo maragato,  
 Mozo de excelente olfato,  
 Y excelente majadero.  
 Cenaron en paz de Dios,  
 Trataron de madrugar,  
 Y hubiéronse de acostar  
 En una alcoba los dos.  
 Veíanse en los costados  
 De la estancia, frente á frente,  
 Iguales perfectamente,  
 Cuatro postigos cerrados.  
 El un par era un balcon,  
 El otro correspondia  
 A una alacena en que habia  
 Seis quesos de Villalon.  
 Cogió el sueño tarde y mal  
 El relator ; y durmiendo  
 Creyó sentir el estruendo  
 De un turbion descomunal.  
 Despertó, y al camarada  
 Le dijo : « ved si el oriente  
 Clarea, y si da el ambiente  
 Olor de tierra mojada. »  
 Saltó el paje de su lecho,  
 Y á tientas de mano y pié,  
 Por ir al balcon, se fué  
 A la alacena derecho.  
 Abrió, zampó la cabeza ;  
 Y aunque miró y remiró,

Tan negro el boquete halló  
Como el resto de la pieza.

Pero un olor en seguida  
Percibió en aquel recinto,  
Que le pareció distinto  
Del de tierra humedecida.

Y levantando ex profeso  
La voz el muy avestruz,  
Dijo: « Ni lluvia ni luz,  
Está oscuro y huele á queso.

Así ciega y tontamente  
Críticas hacen famosas  
Los que no miran las cosas  
Desde el punto conveniente.

Halla oscura tal escena  
Don Gil Blas, no Santillana;  
Y es que huye de la ventana,  
Y se asoma á la alacena.

#### LA DISTANCIA.

##### FÁBULA.

Cerca de Toledo el Tajo  
Cruza un valle que guarnecen

Dos montañas:  
Desde ellas, mirando abajo,  
Los transitantes parecen  
Musarañas.

Cabalgaba monte arriba  
Don Domingo Coronado,  
Gran señor:

Con diez escopetas iba,  
Por diez hombres escoltado  
De valor.

Algunos desde la altura  
Vieron ó creyeron ver

Dos peones  
Que atravesaban la hondura,  
Seguidos, al parecer,  
De ladrones.

« Defendamos á los dos, »  
Dijeron con ira y brio  
Los armados;

« Pues sin auxilio de Dios,  
En cuanto lleguen al río,  
Son robados. »

« Señor, nuestra escolta frustra  
Su intento á la iniquidad,  
Que anda lista. »

Era el caminante ilustre  
No corto de voluntad,  
Si de vista.

Miró al valle Don Domingo,  
Teniendo á todos perplejos

Un instante;

Y dijo al fin : « No distingo  
Lo que sucede tan lejos.

Adelante! »

No hago el bien, ni pone al mal  
Un rey á veces reparo :

Y por qué?

La causa es muy natural :  
Porque de lejos, es claro,  
No se ve.

#### DON VENTURA DE LA VEGA.

Nació en Buenos Aires el 14 de julio de 1807. Fueron sus padres don Diego de la Vega y doña Dolores Cárdenas. Hizo sus primeros estudios en San Isidro de Madrid, pasando luego al colegio de San Mateo, dirigido por tan sabios maestros como don Alberto Lista y don José Gomez de Hermosilla.

Don Ventura de la Vega es uno de nuestros mas distinguidos poetas líricos, y aplaudidos ingenios dramáticos. Su comedia *El Hombre de Mundo* es indudablemente la primera producción en su género que se ha escrito en España en el presente siglo.

El señor Vega es individuo de la Real Academia española.

#### ORILLAS DEL PUSA.

¡Qué calor!... sudando llego,  
Por la empinada montaña  
Resbalando,

A este valle que en sosiego  
 Tu corriente, ¡ó Pusa! baña  
 Susurriendo.

Déjame un rato olvidar  
 En tus orillas mis penas,  
 Y el sediento

Labio en tus ondas mojar,  
 Y en tus húmedas arenas  
 Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado  
 Monte al Tajo, en raudo giro  
 Se derrumba,

Tan humilde que sentado  
 Desde aquí su cuna miro  
 Y su tumba.

No importa que el Tajo ufano  
 Tu breve curso no iguale;  
 Corre ledo;

Y que nunca el cortesano  
 En la carta te señale  
 Con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano  
 Donde los cerros evite  
 De la vida;

Y allí del mundo lejano  
 Tu breve carrera imite  
 Y escondida.

Ese Tajo caudaloso  
 En cuyo profundo seno  
 Vas á morir,

Ya con puente poderoso  
 Su terso raudal sereno  
 Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa  
 Su rápido curso estorba,  
 Ya descende

Ruin batel que se empavesa,  
 Y en sus cristales la corva  
 Quilla hiende.

Su destino es envidiar  
 O de tu curso sùave

La paz suma,  
 O el alto poder del mar  
 Que puede tragar la nave  
 Que le abruma.

¡Pobre Pusa!... si insolente  
Por esos tendidos llanos

Te lanzaras,  
En tu cristal inocente  
¡Cuántos siervos y tiranos  
Retrataras!

De aquel trance malhadado  
De las armas españolas  
Fué testigo

Guadalete ensangrentado,  
Y abrió tumba entro sus olas  
A Rodrigo.

Berecina el lauro honroso  
Quo cuatro lustros tejieron  
Hondo tragó,  
Y el poder de aquel coloso  
Quo los hombres no vencieron  
Allí se hundió.

Pusa humilde, manso rio,  
Tu dichoso apartamiento  
Le procura  
Contra el ardor del estío  
Al peregrino sediento  
Agua pura.

Y al pastor quo á tu campiña  
Desde ese monte descende,  
Y al rebaño  
Que á tus márgenes so apiña,  
Y al can que el rodil defiende,  
Fresco baño.

Y hoy á mi cuerpo cansado  
Contra el sol que ardiente pica  
Blando solaz.

¡Pusa! ¡A Dios!... corre ignorado,  
Y las quintas de Malpica  
Fecunda en paz.

#### LA PAZ.

AL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

#### ODA.

Iris de paz, iluminando el cielo,  
La tempestad serena;

El águila imperial recoge el vuelo  
 Y torna al patrio Sena.  
 No en vapores de sangre se embriaga,  
 Ni llama á la pelea;  
 Ya en su garra potente el rayo apaga  
 Que fulminó en Crimea.  
 Sus alas tiende, cual dosel brillante,  
 Sobre la régia cuna,  
 Donde reposa del francés triunfante  
 La gloria y la fortuna.  
 Y allí tambien descende apresurado  
 De la eternal montaña,  
 Y á custodiar el vástago anhelado  
 Llega el leon de España.  
 Que sangre de GUZMAN tambien le alienta;  
 Y España el timbre puro  
 De su materna raza escrito ostenta  
 De Tarifa en el muro.  
 Siempre un NAPOLEON Dios nos envia  
 Con misterio profundo,  
 Cuando place á su gran sabiduria  
 Recomponer el mundo.  
 Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo  
 A batallar incita,  
 De allá le envia su cortés saludo  
 El bronce moscovita.  
 Del Cáucaso á la cumbre pirinea,  
 Y por los anchos mares,  
 Unida al lienzo tricolor, ondea  
 El aspa de los Czares.  
 Y cubriendo de rosas sus espadas,  
 De oliva sus pendones,  
 Al festin de la Paz alborozadas  
 Acuden las naciones.  
 Paz ese Niño, y dicha y abundancia  
 En sus brazos encierra.  
 Pueblos, volad por él: — ¡La Paz de Francia  
 Es la Paz de la tierra!

## DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Nació en Almendralejo, provincia de Estremadura, en la primavera del año 1810. Hizo sus estudios en Madrid, en el colegio de San Mateo. Emigró en 1824 á Portugal y luego á Inglaterra y Francia, donde residió hasta 1833, consagrado exclusivamente al estudio de las bellas letras.

Después de haber tomado Espronceda alguna parte en los movimientos políticos de los años 1835 y 1836, fué nombrado en 1841 secretario de la legacion española en el Haya. Poco después fué elegido diputado á Cortes por la provincia de Almería. Atacado de una inflamacion en la garganta espiró á los cuatro días de enfermedad, el 23 de mayo de 1842.

Ha dejado escrito Espronceda un tomo de *Poesías*, siete cantos de su poema *El Diablo mundo*, y fragmentos de otro titulado *Pelayo*.

## EL DIABLO MUNDO.

## (EXTRACTOS DEL CANTO PRIMERO.)

Sobre una mesa de pintado pino  
Melancólica luz lanza un quinqué,  
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino  
A su reflejo pálido se vé:  
Suenan las doce en el reló vecino  
Y el libro cierra que anhelante lee  
Un hombre ya caduco, y cuenta atento  
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga después sobre la diestra mano  
La ya rugosa y abrumada frente,  
Y un pensamiento fúnebre, tirano,  
Fija y domina, al parecer, su mente:  
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;  
Vuelve á leer, y en tanto que obediente  
Se somete su vista á su porfía,  
Lánzase á otra region su fantasía.

« Todo es mentira y vanidad, locura! »  
Con sonrisa sarcástica exclamó.  
Y en la silla tomando otra postura,  
De golpe el libro y con desden cerró:  
Lóbrega tempestad su frente oscura  
En remolinos densos anubló,  
Y los áridos ojos quemó luego  
Una sangrienta lágrima de fuego.



« ¡Ay! para siempre, dijo, la ufanía  
 Pasó ya do la hermosa juventud,  
 La música del alma y melodía,  
 Los sueños de entusiasmo y de virtud!...  
 Pasaron ¡ay! las horas de alegría,  
 Y abre su seno hambriento el ataúd.  
 Y único porvenir, sola esperanza,  
 La muerte á pasos de gigante avanza. »

« ¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?  
 Un misterio también!... Corren los años  
 Su rápida carrera, y escondida  
 La vejez llega envuelta en sus engaños:  
 Vano es llorar la juventud perdida,  
 Vano buscar remedio á nuestros daños;  
 Un sueño es lo presente de un momento,  
 Muerte es el porvenir, lo que fué, un cuento.... »

« Los siglos á los siglos se atropellan,  
 Los hombres á los hombres se suceden,  
 En la vejez sus cálculos se estrellan,  
 Su pompa y glorias á la muerte ceden:  
 La luz que sus espíritus destellan  
 Muere en la niebla que vencer no pueden,  
 Y es la historia del hombre y su locura  
 Una estrecha y hedionda sepultura! »

« ¡Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera  
 Ser para siempre jóven é inmortal,  
 Y de la vida el sol lo sonriera  
 Eterno de la vida el manantial!  
 ¡Oh! cómo entonces venturoso fuera,  
 Roto un cristal alzarse otro cristal  
 De ilusiones sin fin; contemplaría  
 Claro y eterno sol de un bello día!.... »

« Necio, dirán, tu espíritu altanero  
 ¿Dónde te arrastra, qué insensato quiere  
 En un mundo infeliz, perecedero,  
 Vivir eterno mientras todo muere?  
 ¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?  
 ¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?  
 ¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?  
 Loco es tu afán, inútil tu lamento!.... »

Todos mas de una vez hemos pensado  
 Como el honrado viejo en este punto;  
 Y mucho nuestros frailes han hablado,  
 Y Séneca y Platon sobre el asunto:  
 Yo, por no ser prolijo ni cansado,

(Que ya impaciente á mi lector barrunto)  
 Diré que al cabo, de pensar rendido,  
 Tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana  
 Irse á dormir á lo mejor del cuento,  
 Y cortado dejar para mañana  
 El hilo que anudaba el pensamiento.  
 Dicen que el sueño del olvido mana  
 Blando licor que calma el sentimiento;  
 Mas ¡ay! que á veces fijo en una idea,  
 Bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño; y luego  
 Una vision... — Vision!... Frunciendo el labio,  
 Oigo que clama, de despecho ciego,  
 Un crítico feroz: — Perdona, ¡oh sabio!  
 Sabio sublime, espérate, te ruego,  
 Y yo te juro por mi honor, oh Fabio!...  
 Si no es Fabio tu nombre, en este instante  
 A dártelo me obliga el consonante;

Juro que escribo para darte gusto  
 A ti solo, y al mundo entero enojo;  
 Un libro en que á Aristóteles me ajusto,  
 Como se ajusta la pupila al ojo:  
 Mis reflexiones sobre el hombre justo  
 Que sirve á su razon, nunca á su antojo,  
 Publicaré después, para que el mundo  
 Mejor se vuelva, ¡oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta  
 Un paso mas en su inmortal carrera,  
 Cuando algun escritor, como yo, canta  
 Lo primero que salta en su mollera;  
 Pero no es eso lo que mas me espanta,  
 Ni lo que acaso espantará á cualquiera:  
 Terco escribo en mi loco desvario  
 Sin ton ni son, y para gusto mio.

La zozobra del alma enamorada,  
 La dulce vaguedad del sentimiento,  
 La esperanza de nubes rodeada,  
 De la memoria el dolorido acento,  
 Los sueños de la mente arrebatada,  
 La fábrica del mundo y su portento,  
 Sin regla ni compás canta mi lira:  
 Solo mi ardiente corazon me inspira!

Y á la extraña vision volviendo ahora  
 Que al triste viejo apareció en su sueño

(Que algunas veces cuando el alma llora  
 La muerte en consolarnos pono empeño,  
 Y bienes y delirios atesora  
 Que hacen mas duro, al despertar, el ceño  
 De la suerte fatal, que en esta vida  
 Nos persiguo con alma empedernida),

Es fama que soñó... y hé aqui una prueba  
 De que nunca el espíritu reposa,  
 Y esto otra vez á digresar mo lleva  
 De la historia del viejo milagrosa;  
 Y á nadie asombre que á afirmar mo atreva  
 Quo siendo al alma la materia odiosa,  
 Aqui para vivir en santa calma;  
 O sobra la materia, ó sobra el alma.

Quiere aquella el descanso, y en el lodo  
 Nos hunde perezosa y oncenaga;  
 Esta presume adivinarlo todo,  
 Y en la region del infinito vaga:  
 Flojo, torpo, á traspies, como un beodo  
 Que con sueños su mente el vino estraga,  
 La materia al espíritu obedece,  
 Hasta que yerta al fin cede y fallece.

Llaman pensar así, filosofia,  
 Y al que piensa, filósofo; y ya siento  
 Haberme dedicado á la poesia  
 Con tan raro y profundo entendimiento.  
 Yo con erudicion, ¡cuánto sabria....!  
 Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,  
 Aunque ahora que es un sastre es *esprit-fort*,  
 No hay ya vision que nos inspire horror.

Mas mo valiera el campo lisonjero  
 Correr de la politica, y revista  
 Pasar con tanto sabio y financiero,  
 Bibliógrafo, letrado y alquimista,  
 Diplomático, filósofo, guerrero,  
 Orador, erudito y periodista  
 Que honran el siglo: espléndidos varones,  
 Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho mas sin duda mo valiera,  
 Que no andar por el mundo componiendo,  
 De niño, haber seguido una carrera  
 De mas provecho y de menor estruendo;  
 Que si no sabio, periodista fuera,  
 Quo es punto menos: mas, dolor tremendo!  
 Mis estudios dejé á los quince años,

Y me entregué del mundo á los engaños!

¡Oh padres! Oh tutores! Oh maestros,

Los que educais la juventud sencilla!

Sigan senda mejor los hijos vuestros

Donde la antorcha de las ciencias brilla:

Tenderos ricos, abogados diestros,

Del foro y de la bolsa maravilla

Pueden ser, y si no, sean diputados

Graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,

Llanto do gozo ¡oh padres! derramad,

Al contemplarle demandar triunfante

*A las Cortes un bill de indemnidad.* —

Perdon, lector, mi pensamiento errante

Flota en medio á la turbia tempestad

De locas reprensibles digresiones. —

Siempre juguete fui de mis pasiones!!!

Por la incerte materia vaga incierta

El alma en nuestra fábrica escondida,

A otra vida durmiendo nos despierta,

Vida inmortal, á un punto reducida.

Do la esperanza la sabrosa puerta

El espíritu abre, y la perdida

Memoria renovando, allí en un punto

Cuanto fué, es y será, presenta junto.

Será que el alma su inmortal esencia

Entre sueños revela, y desatada

Del tiempo y la medida su existencia,

La eternidad formula á la espantada

Mente oscura del hombre? ¡Oh ciencia! Oh ciencia,

Tan grave, tan profunda y estirada!

Vergüenza ten y permanece muda:

¿Puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entretanto el venerable anciano,

Mientras que yo discurro sin provecho:

Figuras mil en su delirio insano

Fingiendo en torno á su encantado lecho.

El sueño su invisible y grave mano

Posando silencioso sobre el pecho,

Formas de luz y de color sombrío

Arroja al huracán del dosvario.

Y como el polvo on nubes que levanta

En remolinos rápidos el viento,

Formas sin forma, en confusion que espanta,

Alza el sucio en su vértigo violento:

Del vano reino el límite quebranta,  
Vago escuadron de límites sin cuento,  
Y otros mundos al viejo aparecian,  
Y esto los ojos de su mente vian.

En lóbrego abismo que sombras eternas  
Envuelven en densa tiniebla y horror,  
Do reina un silencio que nunca se altera,  
Y abuyenta el olvido del mundo el rumor.

Con lástima y pena, mirando al anciano,  
Vaporosa sombra de un lejano bien,  
De vagos contornos confusa figura,  
Cual bello cadáver, se alzó una mujer:

Y oyóse en seguida lánguida armonía.  
Música suave, y luego una voz  
Cantó, que el oído no la percibía,  
Sino que tan solo la oyó el corazón.

Débil mortal, no te asuste  
Mi oscuridad ni mi nombre;  
En mi seno encuentra el hombre  
Un término á su pesar.  
Yo compasiva le ofrezco  
Lejos del mundo un asilo,  
Donde á mi sombra tranquilo  
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo  
En medio el mar de la vida,  
Y el marinero allí olvida  
La tormenta que pasó:  
Allí convidan al sueño  
Aguas puras sin murmullo;  
Allí se duerme al arrullo  
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauco  
Que su ramaje doliente  
Inclina sobre la frente  
Que arrugará el padecer,  
Y aduerme al hombre, y sus sienes  
Con fresco jugo rocía,  
Mientras al ala sombría  
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa  
De los últimos amores,

Y ofrezco un lecho de flores  
 Sin espinas ni color;  
 Y amante doy mi cariño  
 Sin vanidad ni falsía;  
 No doy placer ni alegría,  
 Mas es eterno mi amor.

En mi la ciencia enmudece,  
 En mi concluye la duda,  
 Y árida, clara, desnuda  
 Enseño yo la verdad;  
 Y de la vida y la muerte  
 Al sabio muestro el arcano,  
 Cuando al fin abre mi mano  
 La puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza  
 Entre mis manos reposa;  
 Tu sueño, madre amorosa,  
 Eterno regalaré:  
 Ven, y yace para siempre  
 En blanda cama mullida,  
 Donde el silencio convida  
 Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,  
 Que loco al mundo se lanza,  
 Mentiras de la esperanza,  
 Recuerdos del bien que huyó:  
 Mentira son sus amores,  
 Mentira son sus victorias,  
 Y son mentira sus glorias,  
 Y mentira su ilusion.

Cierre mi mano piadosa  
 Tus ojos al blando sueño,  
 Y empape suave beleño  
 Tus lágrimas de dolor:  
 Yo calmaré tu quebranto  
 Y tus dolientes gemidos,  
 Apagando los latidos  
 De tu herido corazón.

#### EL MARQUÉS DE LA PEZUELA.

El Excmo. Sr. don Juan de la Pezuela y Ceballos, marqués de la Pezuela, nació en Lima, el día 16 de mayo de 1810. Fué su padre el

Hermosa mas que la brisa  
De la andaluza ribera,  
Cuando blandamente pisa  
Las rosas de la pradera,  
Es Adira.

Y de Galera preciada  
En la ciudad rica y bella  
Es sembra tan alamada,  
Que dicen muere por ella  
Quien la mira.

Un doncel y un sarraceno  
Pretendieron tal tesoro,  
García, audaz nazareno,  
Tunaci, gallardo moro:

Mas Adira

Del descreído impaciente  
Oye las palabras vanas,  
Y es tanto su amor, que siento  
El sol que en sus africanas  
Venas gira.

Nació Tunaci en Turquía,  
Mas del Ochali argelino  
En las banderas servia,  
Y á España en la tropa vino  
Que envió Bustan de Almería.

Mahometana noble cuna,  
Que dice su manto verde,  
No le dió riqueza alguna:  
Que quien de amores se pierde  
No se gana de fortuna.

Jefe un tiempo de la tropa  
De los piratas de Argel,  
No era en Africa ni Europa  
Quien paséase la popa  
De mas ligero bajel.

Mas para siempre dejó  
Después la piratería  
Desde que una vez entró  
La tierra de Andalucía  
Y á su Adira conoció.

De ella ha sido amor primero  
El Garcia; mas al fin  
Desdeñado el escudero,  
Trocóso, de caballero  
En traicionero y malsin.

marqués de Viluma, virey del Perú. Se educó en Madrid, en el colegio de San Mateo, teniendo por maestros de humanidades á Don Alberto Lista y á Don José Gomez Hermosilla. Era capitán de caballería desde que nació, y aunque tuvo deseos de seguir la carrera diplomática, al fin siguió la militar, habiéndose distinguido sobremanera, siendo actualmente teniente general de los ejércitos nacionales, y caballero gran cruz de diferentes órdenes. Entre los diferentes mandos que ha obtenido, el mas importante fué el de *Gobernador y Capitan General de la isla de Cuba*, siendo el primero á quien se le confirió las facultades de los antiguos vireyes.

El señor marqués de la Pezuela ha publicado hace poco una excelente traduccion en verso de la *Gerusalemme* del Tasso, trabajo que por sí solo bastaria para hacer la reputacion de un poeta. Debemos además á la pluma del señor marqués una infinidad de composiciones líricas, de singular mérito.

Es actualmente senador del reino é individuo de la Real Academia española.

#### DON JUAN DE AUSTRIA EN CADIAR

Gallardo de España el árabe amigo  
Un tiempo en la fiesta brillaba y la lid,  
Y fué Vivarrambla mil veces testigo  
Del brio y destreza de mucho adalid.  
Mas ¡ay! desde el día, que aun África llora,  
Tan triste á los hijos del fuerte Ismael,  
Que el alta Alazaba vió á nueva Señora,  
Y Alhambra en sus torres la cruz de Isabel,  
De entonces dejando sus usos, su lengua,  
Vendida á Felipe la vida y salud...  
De entonces, ansiando vengar tanta mengua,  
Vivió de recuerdos el moro andaluz.  
Y alzó Aben Humeya la luna abatida,  
Gritó independencia, y el moro le oyó!...  
Las zambras, los juegos, ya es nueva su vida,  
Su sueño es Granada, Granada su Dios!!

Por eso encubierto en moruno arreo  
Señor y escudero á Cadiar trotean,  
Que allí gran torneo dará Aben Abó;  
Y porque del muro cristianos no vean,  
La tropa que lleva García ocultó.



Y así una misma ocasion  
Llevó un hombre á la salud,  
Y otro hombre á la perdicion,  
Porque tal es la virtud  
De una amorosa pasion.

Si vino el moro al torneo  
Tambien, no fué de la fama  
Ni de la joya el deseo  
Quien le trujo — su recreo  
Son los ojos de su dama.

El circo atónito estaba  
De sus fuerzas en la lid,  
Y al Tunací victoreaba,  
Mientras mucho le pesaba  
Su victoria á otro adalid,  
Que trémulo al balcon mira  
Donde en placeres rebosa  
Por las hazañas que inspira,  
Donde esconde ruborosa  
Su divino rostro Adira.

Al premio los anafles  
Llamaban, cuando á la plaza  
Jóven de pocos abriles  
Cubierto de galas y oro,  
En un cordobés de raza  
Sale un moro.

Con su escudero allí estaba  
Ya desde el último lance,  
Y con desden aguardaba  
Hasta ver el que venia,  
Por probar de solo un trance  
Su valia.

Al Tunací, pues, fogoso  
Se dirige y le acomete,  
Y aunque el otro presuroso  
Salió á recibirle al trote,  
Al suelo el turco jineto  
Va de un bote.

Porque pasma tanto brio,  
Álzase gran vocerío  
En el circo y confusion!  
Gime el Tunací, y Adira  
Vergonzosa se retira  
Del balcon.

Y García que lo observa

Veloz detrás se desliza  
Mientras rinde una caterva  
Do moriscos adalides  
Su señor, y está en la liza  
Nuevo Alcides.

De muchos pretende la vana arrogancia,  
Rendir la pujanza del fuerte campeón :  
Que prueban su lanza, que aumentan su gloria,  
Y él junta á victoria, victoria mayor.  
Y alzó *el reyecillo* la blanca bandera :  
La fiesta acabada, sonó la señal...  
Cuando oyense voces que el pueblo se altera ;  
Que en tumulto corren allá en la ciudad.  
Y fué que un cristiano matar pretendia  
Al sol de Galera que á Cédiz bajó :  
Mas junta á los gritos la plebe, García  
Recuerda el peligro y á Adira dejó.  
También arde el circo : el noble guerrero  
No ve su escudero, recélase el mal,...  
Salvarle y salvarse decide al momento  
Y atrás deja al viento su ardiente alazan.

Entretanto la escondida  
Gente armada oyó el rumor,  
Y al portal de la Zaida  
Se encamina decidida  
A salvar á su señor.

Contra la morisca saña  
Aquel sus fuerzas emplea  
Y García lo acompaña...  
Fuerza sostienen y maña  
Tan inaudita pelea.

Mas tierra pierde el guerrero  
Y Aben Abó mas le estrecha,  
Ansiando tal prisionero ;  
Quo quién sea el caballero  
Ya de un principio sospecha.

Vende, en esto, mas segura  
Mano el secreto, rompiendo

La morisca vestidura,  
 Por debajo descubriendo  
 La mas luciente armadura,  
 Do en campo rojo y blason  
 Le dice al moro sañudo  
 Quién sea el alto campeon,  
 El águila, que un escudo  
 Tiene en vez de corazon.

Y grita el rey anhelante :  
 ¿Dónde mis fuertes están?...  
 Ese que mirais delante,  
 Es del Austria el sol brillante  
 Es el famoso don Juan.

Aquí el Principe cercado  
 De todas partes se mira,  
 Y en vano es que ardiendo en ira,  
 Sobre su arnés tachonado  
 La espada indómita gira.

Ya el acero en sangre tinto  
 Roto arroja al Africano  
 El hijo de Carlos Quinto...  
 Fué en esto, cuando el cristiano  
 Tercio llegaba al recinto :

Que si llegado no hubiera  
 El refuerzo en riesgo tanto,  
 Quizá la hispana bandera  
 Nunca venciera en Lepanto  
 Ni tremolara en Galera.

#### AL DUQUE DE RIVAS,

QUE ME HABIA MANDADO UN EJEMPLAR DE SUS OBRAS Á SEGOVIA, DONDE  
 SE HALLABA DESTERRADO.

#### ROMANCE.

Ya el amable don poseo,  
 Noble duque, de tus obras  
 Que á darme consuelo vienen  
 De angustia en mis largas horas.

Proezas de antiguos tiempos  
 Yo repasando en sus hojas,  
 Me olvido de las miserias  
 Que los nuestros amontonan.

Y mejor doy al olvido  
De república las cosas,  
Y á la vaina para siempre  
La espada triunfante en Horta.

Pues tan penosos y tantos  
Los desengaños me agobian,  
Que la esperanza he perdido  
Y la quietud busco sola,

Entre mis libros, mis versos,  
Mis dulces hijos, mi esposa,  
Y el campo y bosque sombrío  
Y mi conciencia sin sombras.

Aquí la encuentro y me entrego,  
Lejos de la Corte odiosa,  
A los placeres que ofrece  
Simples tan solo Segovia.

Donde verdad es que faltan  
Deleites que en Madrid sobran,  
Y de las damas se atedian  
Que en ella fugaces moran ;

Pero donde puede el hombre  
Reflexivo hallar memorias  
Entre las ruinas del tiempo  
Que veloz la desmorona :

Donde yo, cuando al Oriente  
Va derramando la aurora  
La luz que esmalta los campos  
Y las nubes arrebola ,

Ya sigo del lento Heresma  
El curso entre peñas broncas,  
Ya miro el alto Castillo  
Que es del Alcázar garzota ,

Donde el sopor sacudiendo,  
La torpe cabeza asoma  
Del murallon en las quiebras  
La abutarda perezosa.

Ya en su santuario á la Virgen  
De Fuencisla milagrosa  
Voy á llevar pensativo  
Mi arrepentida congoja.

Y observo la que parada  
A su voz ingente roca ,  
Hoy todavía conturba ,  
Y avisa á la ciudad toda.

Y subo á la agreste cima

Donde en pié dura la choza  
Que de Teresa divina  
Respirando está el aroma.

Un jazmin vive á su puerta  
Que eterna semilla brota,  
Y allí suspiros de fuego  
Aun vagan entra sus hojas.

Del inseparable amigo  
Cerca la estancia devota,  
Parece que mansamente  
Cancion inspirada entona.

Tambien un árbol el huerto  
Do Juan de la Cruz adorna;  
Pero es laurel, que eso al sacro  
Virgilio español le toca.

Sin duda quedó en la tierra  
Para servir de corona

Al que inmortal en el cielo  
De estrellas puras la goza.

Así mi vida entre alivios  
Pasando voy silenciosa,  
Y en pintártela me gozo  
Aunque temo que te enoja.

Porque tal vez en tu pecho  
De patria el amor rebosa,  
Aquel que un día en sus campos  
Antigola vido absorta:

Pero entonces aun hablaba

La azulada sangre goda:

Pero entonces patria habia,

Y pechos, y brazos, y honra.

Y entonces aun era el mote

De la lealtad española:

*Haz, corazon, lo que debes,*

*Y lo que ocurra no importa.*

Mientras hoy plebeyo alzado,

De ajenas manos peonza

Los castillos y leones

Ante las estrellas postra;

Y á dama y reina en el lodo

Arrodillando, convoca

A discutir los derechos

Del trono de Covadonga;

Y de los presidios traó

Culpados pechos que adorna

Con la insignia que por lema  
*Virtuti et merito* porta;  
 O ya al enfermo y al pobre  
 De cama y techo despoja,  
 Y al judío empeña y vendo,  
 Y el altar lleva á la bolsa:  
 Si, Saavedra, hoy no le queda  
 Al que de bueno blasona,  
 Ni consejo que remedie,  
 Ni resistencia que oponga;  
 Que cuando hizo del Estado  
 Presa el inicuo, la honra  
 Del privado hogar tan solo  
 Entre las paredes mora.

#### EL MARQUÉS DE MOLINS.

El Excmo. señor Don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, nació en Alicante el año de 1812. Estudió humanidades en el colegio de San Mateo. Ha figurado mucho en la política, habiendo sido varias veces ministro de Marina y de Comercio, Instrucción y Obras Públicas. Es actualmente senador del reino é individuo de la Real Academia española.

El señor marqués de Molins ha publicado recientemente sus *Obras poéticas*, que comprenden una infinidad de *Poesías líricas*, de indisputable mérito, y sus dos dramas *Doña Marta de Molina* y *La Espada de un Caballero*.

#### MADRIGAL.

EL 31 DE DICIEMBRE. A MI AMIGO D. HIRIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

Se deshace nuestra vida  
 Como esa blanca nevada,  
 A la mañana formada,  
 Y á la tarde derretida.  
 Hoy la que en el monte cuaja  
 Sirve á dos años rivales;  
 Al que viene, de pañales,  
 Al que se va, de mortaja.

Los dos con la misma priesa  
Van tras la propia fortuna;  
El viejo hacía nuestra cuna,  
Y el niño hacía nuestra huesa.

¡Ay, alma, y os dan á vos  
Como presente importuno  
Memoria el cincuenta y uno,  
Anhelo el cincuenta y dos!

Decidme qué os satisface,  
Si no hay presente, y se infiere  
Que es nada el año que muere,  
Y nada el año que nace!

#### A LAURA.

##### LETRILLA.

No apagues arrepentida  
El fuego, apenas naciente,  
Que prendieron en tu mente  
Las pimpleas y el amor;  
Que será, Laura querida,  
Como tu semblante bello  
El prodigioso destello  
De tu genio creador.

Así cuando nacarada  
Nace la risueña aurora  
Y las montañas colora  
De topacio y rosicler,  
No le niega avergonzada  
Un rayo de luz al mundo,  
Ni se torna al mar profundo  
En pos del amanecer.

Vendrá el día venturoso  
En que tu lira templada,  
Que ora pulsas sonrojada,  
Los vates celebrarán:

Los escucharé gozoso,  
Y por dulce simpatía,  
En las cuerdas de la mía  
Sus cantares sonarán.

¡Ay! desgraciado el amante  
Que no cede á blanda lira,  
Ni enajenado suspira  
Al eco de una canción;

Que no gozará un instante  
De balsámica tristeza,  
Ni amansará la fiereza  
De su indómita pasión.

Y cuando en aleve olvido  
El amor de hora trocares,  
Solo mis crudos pesares  
Tus versos endulzarán.

En ellos verá esculpido  
Tu olvidado juramento,  
Y tiernas aquel momento  
Mis lágrimas correrán.

#### DON EUGENIO DE OCHOA.

Nació en el pueblecito de Lezo (Guipuzcoa), el 19 de abril de 1815, siendo sus padres Don Cristóbal de Ochoa y Doña Agustina Montes. Hizo sus primeros estudios en Madrid, bajo la dirección del sabio Don Alberto Lista, y los continuó en París desde el 1829 al 1833 en la *Escuela central de artes y oficios*, pensionado con otros jóvenes por el gobierno español. En 1834 regresó á España por haber sido nombrado oficial de la redacción de la *Gaceta de Madrid*, y luego uno de sus redactores, cargo que desempeñó hasta agosto de 1836, en que lo renunció para dedicarse con mas holgura é independencia á sus tareas literarias. En octubre de 1837 se trasladó á París, donde residió hasta principios del 1844 con su familia.

Del 34 al 37 dió al teatro sus dos dramas originales *Incertidumbre y Amor* y *Un Día* del año 1823, una traduccion en verso del *Hernani* de Victor Hugo y las de varias piezas en prosa: dirigió los periódicos la *Abeja* y el *Artista*, el cual fundó en union con Don Federico de Madrazo y el conde de Campo Alange; publicó la novela original en 3 tomos *El Auto de Fe* y un gran número de traducciones del francés, y escribió en varios periódicos.

En París dió á luz una coleccion de sus poesías bajo el título *Ecos del Alma*; el *Catálogo razonado de los manuscritos españoles existentes en aquellas bibliotecas públicas*, que le fué encargado por el gobierno francés; las *Rimas inéditas del marqués de Santillana y de Fernán Pérez de Guzmán*; la voluminosa *Colección de autores españoles* de que fué editor Mr. Baudry; el periódico *El Católico* y un gran número de traducciones, sin contar varios escritos en francés que se publicaron en la *Revista de París* y en el *Monitor*.

Apenas restituido á Madrid en 1844 fué nombrado bibliotecario de la nacional y un año después jefe político de Huesca. En 1847 pasó á la Dirección de la *Gaceta de Madrid*, y cuatro meses después á una plaza de oficial del ministerio de la Gobernacion, de la cual fué trasladado



poco después al de Comercio, Instrucción y Obras públicas. En 1852 fué nombrado jefe de sección del de Gracia y Justicia, cargo que desempeñó hasta la revolución del 1853; habiendo además durante este tiempo redactado el folletín dramático en el periódico *La España* y publicado un gran número de escritos originales y traducidos, cuya enumeración sería enojosa. Solamente citaremos, por su mayor importancia literaria, el célebre *Cancionero de Borna* que dió á luz en unión con los señores marqués de Pidal y Don Pascual de Gayangos.

En agosto de 1854, los sucesos políticos le obligaron á pasar á Portugal y á Inglaterra durante algunos meses. Por igual motivo hubo de trasladarse en mayo de 1855 á París, de donde regresó en diciembre del siguiente año para hacerse cargo de la Dirección general de Instrucción pública, que ha desempeñado hasta julio último.

El señor Ochoa ha sido dos veces diputado á Cortes; es individuo de la Real Academia española, gentil-hombre de S. M., comendador de número de la orden de Carlos III, y oficial de la Legión de honor.

## EN LA ORILLA DEL MAR.

Magno miseri murmure pontum.

VIRGILIO.

### I.

En los paseos que á solas  
Doy del mar por la ribera,  
Entre el rumor de las olas  
Oigo una voz lastimera.  
¿Qué dice ese sordo acento  
Que de la mar se levanta?  
¿Es un himno ó un lamento?  
¿Es voz que llora ó que canta?  
Acaso la mar se alegra  
Cuando al llegar á la orilla,  
Cada ola verdinegra  
Se lleva alguna arenilla,  
Y la arénilla arrastrada  
Que de la costa se aleja,  
Al canto de la oleada,  
Mezcla su doliente queja,  
Cual forma triste concierto  
Del tigre con los rugidos,  
Apresada en el desierto  
La gacela con gemidos.

Acaso tambien la mar  
 Con rabia impotente grita  
 Cuando algun rayo solar  
 Alguna gota le quita,  
 Cual montesino zagal  
 Que una res de su manada  
 Ve del águila caudal  
 En las garras remontada,  
 O cual caudillo indignado.  
 Que de su hueste las alas  
 Ve de enemigo emboscado  
 Ir cayendo entre las balas.  
 ¡Ah! ¡quién pudiera entender  
 De las cosas el lenguaje  
 Con que al Infinito Ser  
 Tributan pleito-homenaje!...  
 ¡Oh mar! oh mar! cuando gimes  
 So el peso de algun dolor,  
 ¡Qué lamentos tan sublimes  
 Le alzará tu gran clamor!...  
 ¡En cuán delicioso idioma  
 Deben decirte tus penas,  
 Señor, la blanca paloma  
 Y las blancas azucenas!  
 Mas brillanté á tu presencia  
 Que su luz, llega sin duda  
 Del sol la inmensa elocuencia  
 ¡Ay! para nosotros muda.  
 ¡Quién sabe cuánta enseñanza  
 De ciencia y de poesía,  
 Cuánta fe, cuánta esperanza  
 Y dulce filosofía,  
 Los humanos encontraran  
 Si las lenguas misteriosas  
 Á descifrar alcanzaran  
 De todas, todas las cosas?  
 Lo que acarreado el grano  
 Van diciendo las hormigas  
 Lo que el aura en el verano  
 Dice á las rubias espigas,  
 Del trueno el hórrido estruendo,  
 La voz de los vendabales,  
 La de la lluvia cayendo  
 En las losas sepulcrales,  
 De la tórtola el arrullo,

De la serpiente el silbido,  
Del arroyuelo el murmullo  
Y de la mar el bramido,

Triste, alegre, ronco ó suave,  
Del cielo, el agua ó la tierra  
Cualquiera rumor ¿quién sabe  
Cuántos misterios encierra?... .

## II.

Tú acaso sabes, ¡oh mar!  
Ese misterio profundo,  
Tú quo á Dios viste formar  
Las maravillas del mundo.

Ya la luz recién creada  
Solo existiais los dos:  
Aun iba sobre la nada  
El espíritu de Dios.

¡Oh mar! del orbe en la infancia  
Sin duda que en todo habia  
Como una dulce fragancia  
Y una inefable armonia,

Que de la divinidad  
En cada espléndido acto,  
Cual flor de virginidad  
Dejó el reciente contacto.

Tu infancia, ¡oh mar! alcanzó  
Aquella edad inocente  
En que Dios se complació  
En las obras de su mente.

Los campos, las flores bellas,  
¡Oh mar! tú viste nacer,  
Y la Luna y las estrellas  
Y al hombre y á la mujer.

Acaso un recuerdo aun tienes  
De aquellos tiempos felices  
Y su hermosura y sus bienes  
En tu murmullo nos dices!

Ese recuerdo que aun dura  
En tu hondo pensamiento  
Es el que da esa dulzura  
Tan misteriosa á tu acento,

Y por eso algunas veces  
Con tu lánguida armonia,  
Nuestras penas adormeceas  
Y exaltas la fantasia.

¿Dónde hay placer como estar,

En una noche serena,

A tus orillas, ¡oh mar!

Tendido sobre la arena,

Tu inmensidad contemplando

O con religioso anhelo

Las pláticas escuchando

Del aire, el agua y el ciclo?

Todo á tu lado es delicia

Para quien tu encanto siente;

Como materna caricia

Pasa el aura por su frente.

Los destellos de la Luna

Que en tu espejo se retrata

Van tus olas una á una

Trocando en líquida plata.

Del éter vago, insondable,

Las esplendorosas luces

En tu superficie instable

Sin término reproduces.

Dulce, involuntario llanto

Humedece la mejilla,

Y exclama el ánima en tanto

*Maravilla! Maravilla!.....*

Yo á lo menos que he sabido

Siempre tu encanto sentir;

Yo que en tu márgen nacido

Quisiera en ella morir,

Cuando en la noche contemplo

La inmensa escena marina,

Santo y magnífico templo

De la majestad divina,

Extático alzarme creo

De los climas terrenales,

Y de luz radiantes veo

De otro mundo los umbrales.....

Hasta que de la resaca

El rumor junto al del viento,

Quebrantado al fin me saca

De mi dulce arrobamiento,

Y entonces á una senda nueva

Otra ilusion mas sombría

Esclavizada se lleva

Mi movible fantasía.

## III

Tal vez el ronco fragor  
 Que de tus olas sonoras,  
 ¡Oh mar! con frío terror  
 Oigo en las nocturnas horas,  
 Es el quejido que apagan  
 Los clamores con que atruenas,  
 De los náufragos que vagan  
 En tus profundas arenas.  
 Lívidos, desencajados,  
 En mi ilusión me imagino  
 Verlos huir acosados  
 Por algun monstruo marino,  
 Y oigo sus largos lamentos,  
 Y los contemplo otras veces  
 Siendo sus miembros sangrientos  
 Parto de voraces peces.  
 ¡Miseros! ¿porqué clamaís  
 La voz dirigiendo á mí:  
*Los que en los muertos pensais  
 Volved los ojos aquí!?*...  
 ¡Miseros! mas ah! ¿qué digo?  
 Insensato devaneo!....  
 Con tristes ojos les sigo  
 Y socorrerlos deseo.....  
 Así cerrando el oído  
 A la severa razon,  
 Va mi espíritu perdido  
 De ilusión en ilusión.

## IV.

¡Oh creación soberana,  
 Mar, de la mente suprema!  
 De la condicion humana  
 Grande y misterioso emblema!  
 Esa eterna agitacion  
 A quo vives condenado  
 Es de nuestro corazon  
 Tambien el continuo estado.  
 Tambien los hombres tenemos  
 Bonanzas y tempestades  
 Y mal grado obedecemos  
 Superiores voluntades.

Tambien queremos romper  
 Alguna vez la barrera  
 Que puso el Supremo Ser  
 A nuestra mente altanera.

Como tú quieres, ¡oh mar!  
 Cuando tu cárcel to irrita,  
 El arona traspasar  
 Que tus términos limita;  
 Igual es nuestra locura,  
 Igual nuestro atrevimiento:  
 La pena en ambos segura  
 Nunca engendra el escarmiento.

¡Delirio y vana osadía!  
 Tú al firmamento te lanzas,  
 Y á ti el hombre te confia  
 Su vida y sus esperanzas.

Sus veleras naves hienden,  
 ¡Oh mar! tus brillantes olas  
 Y al aura vaga se tienden  
 Sus gallardas banderolas.

Ufanas y alegres van  
 Soñando prosperidades.....  
 Mas ¡ay! que ya el huracan  
 Amenaza tempestades!

Ya á bordo de los navíos  
 Se oyen plegarias dolientes,  
 Se ven los rostros sombríos,  
 Se oyen rechinar los dientes.....

Ya ¡oh mar! por tus aguas flota  
 ¡Cuánto tesoro arrojado!  
 Luego ¡cuánta nave rota!  
 Cuánto marinero ahogado!....

¡Horror! ¿quién podrá contar  
 La infinita multitud  
 De los que han ido á encontrar  
 En tí un inmenso ataud?....

No fuera mas vano anhelo  
 El que contarás quisiera,  
 Fúlgidos astros del cielo,  
 Flores de la primavera!....

¡Oh mar! con ese vaiven  
 Que hace un tan triste concierto,  
 ¡Cuántas ciudades tambien  
 So tus aguas has cubierto!

¿Qué se ha hecho, dó se esconde

Tiro la soberbia? Ya  
 ¿Qué es la gran Cartago? En dónde  
 La antigua Atlántide está?

Tú lo sabes, mar profundo,  
 En cuyo centro se encierra  
 Un desconocido mundo

Que fué algun día *la tierra!*...

¡Ah! cuál un tiempo halagabas

A esas ciudades que fueron!...

Cuán falaz les ocultabas

El destino que tuvieron!...

Arrullaban sus grandezas

Tus puras ondas canoras;

Las colmabas de riquezas,

Las llamaste tus señoras.

Y luego con furia impía

Te las tragastes!... ¿Y quién,

Quién sabe ¡oh mar! si algun día

Te nos tragarás tambien?....

# V.

Como el tiempo irresistible,

Y como Dios insondable,

A veces tan bonancible,

A veces tan implacable

¡Oh mar, que unidas presentas

Belleza ó inmensidad,

Y tu poderio ostentas

Como una divinidad!....

Yo inclino ante tí la frente

Y acaso te adoraria,

Si ya al Ser Omnipotente

No adorase el alma mía.

Solo él, mas que tú, se lleva

Tras sí mi imaginación:

Solo la suya me eleva

Mas que tu contemplacion.

Mas ¡oh Señor! nunca admiro

Tanto tu inmenso poder

Como cuando absorto miro

El mar á que diste ser.....

El mar aquí, y en los cielos

El sol, porque entrambos son,

Cual dos gigantes gemelos

Los reyes de la creacion!

## EN LOS BAÑOS DE PANTIGOSA.

Con pavoroso estruendo  
 Descienden por las breñas,  
 Rompiéndose entre peñas  
 Y el valle ensordeciendo,  
 Cien hermosas cascadas  
 De las aéreas cumbres desatadas.  
 No es mas blanca la nieve  
 Que esos largos raudales :  
 Por estrechas canales,  
 Ya anchurosa, ya breve,  
 Cada corriente baja  
 Y con su empuje los peñascos raja.  
 ¿Adónde corre, adónde  
 En su furia insensata  
 La corriente de plata?  
 — A descansar, responde  
 Su voz, cual la del trueno,  
 A descansar en el ibón <sup>4</sup> sereno!  
 A esta solemne voz de las montañas  
 Que percibir mi mente se figura,  
 Mi pensamiento lleno de amargura  
 Conmueve mis entrañas!  
 Y al ver cuán impacientes y afanosas  
 Por llegar pronto al anchuroso lago,  
 Lánzanse las cascadas espumosas  
 Entre fragor y estrago  
 Por las ásperas faldas de la sierra,  
 Exclamo : Así en la tierra  
 Nos trabaja el destino á los mortales!  
 Y ¡ah! ninguno tal vez de esos raudales,  
 Ni aun el que de mas alto se derrumba,  
 Al ibón deseado  
 Llega tan quebrantado  
 Cual nosotros los hombres á la tumba!

Llámense así en el Alto Aragón los grandes lagos que se forman al pié de las  
 sierras con el caudal de las nieves derretidas y de los innumerables manantiales  
 que nacen en sus vertientes.



## DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

Nació en Cartagena el 16 de julio de 1816. Estudió filosofía en Murcia, y luego la jurisprudencia en Sevilla, donde recibió la investidura de doctor. Dedicado á la carrera diplomática; el señor Cueto ha ocupado siempre un lugar distinguido en ella, siendo últimamente ministro plenipotenciario.

Ha publicado varias composiciones, en prosa y verso, en diferentes periódicos; algunas críticas literarias muy notables; una extensa *Vida del conde de Toreno*; y dió al teatro un drama titulado *Doña Marta Coronel*, que obtuvo un brillante éxito.

El señor Cueto es individuo de la Real Academia española.

## LA ESPERANZA.

## BALADA.

Es nuestra vida borrascosa lucha  
De bien y mal, de gozo y de dolor :  
El mas feliz en su interior escucha  
El eco de un afán devorador.

Sueña el hombre poder, fama, opulencia,  
Sueña galas y triunfos la mujer :  
Todos llenan y amargan su existencia  
Con quimeras de orgullo ó de placer.

Piensen que el falso bien por que hoy suspiran,  
Mañana arrancarán del porvenir ;  
Mas vuela el tiempo y pasa, y nunca miran  
De ese ansiado mañana el sol lucir.

Y si tal vez la copa de ventura  
Prueban, que el blanco fué de su ambicion,  
Remordimiento ó saciedad impura  
Halla solo en el fondo el corazon.

La realidad nuestro delirio calma ;  
Sucede luego al júbilo el pesar :  
La ilusion que se sueña encanta el alma,  
La ilusion que se toca hace llorar.

Y si en la humana esfera nadie alcanza  
Las dichas mil tras que perdido va,  
¿Cómo no comprender que es la esperanza  
El reflejo de un bien que aquí no está ?  
¡Ay ! esa luz que nos alienta y guía  
La senda de la vida al recorrer,

De un venturoso, eterno y claro día  
No es mas que el indeciso amanecer.

¿Y en dónde existe, me diréis ahora,  
De la ventura el insondable mar?

¿En dónde hallar la antorcha de esa aurora?

¿Nuestra insaciable sed dónde apagar?....

¿No os sucedió jamás en la mañana

Mirar de un lago en el cristal azul

Pasar risueña nube de oro y grana

Vaga y flotante como leve tul,

Y al ver sus formas y sus perfiles rojos

Retratarse del lago en el cristal,

Involuntariamente alzar los ojos

Para admirar el bello original?

Pues bien, haced lo mismo en vuestra mente

Que en ese lago que os recuerdo aquí :

¿Quereis de la esperanza hallar la fuente?

Mirad al cielo y la vereis allí.

#### LA MUJER.

##### RALADA.

¿Porqué en su pecho, como en móvil liza

De las obras de Dios vibra el acento?

¿Porqué feliz su corazón suspira,

Al ver el campo, el mar, el firmamento?

¿Porqué el ¡ay! del dolor, la voz de un niño,

De la indigencia el anhelante ruego,

La voz del infortunio ó del cariño

Hacen latir su corazón de fuego.

.....  
Porque sabe sentir en su alta esfera

De lo tierno y lo grande el noble encanto :

Porque es de la mujer la vida entera

Admiración y amor, martirio y llanto.....

Vive cual flor que amaga el torbellino ;

Ser hermosa y ser pura : esa es su gloria ;

Ser tierna y consolar es su destino ;

*Amar, sufrir, llorar : esa es su historia.*

## DON PEDRO DE MADRAZO.

Nació en Roma, el 11 de octubre de 1816, de Don José de Madrazo y Doña Isabel Kuntz. Se educó en el *Seminario de Nobles* de Madrid. Siguió la carrera de la jurisprudencia civil y canónica en las universidades de Toledo y Valladolid, y después de una ausencia de tres años, durante los cuales se dedicó en París al estudio del derecho penal y de las ciencias filosóficas, y viajó por algunos países de Europa para completar prácticamente las ideas adquiridas sobre los establecimientos penales, se recibió de abogado en 1840.

En 1843 fué nombrado oficial del ministerio de la Gobernación del Reino, con destino al negociado de presidios, y desde entonces continuó en la carrera administrativa con pequeñas interrupciones, desempeñando en la actualidad el cargo de primer abogado fiscal del consejo de Estado.

Sus obras principales como escritor, no contando numerosas traducciones del francés, del inglés y del italiano, anotadas ó comentadas, ni sus trabajos inéditos sobre historia, derecho penal, arquitectura legal, etc., próximos á ver la luz pública, son: multitud de poesías sueltas insertas en diferentes épocas, desde 1834 acá, en los periódicos el *Artista*, el *No me olvides*, el *Iris*, el *Pasatiempo*, el *Heraldo*, la *Cruz*, el *Laberinto*, y otros; el tomo de CÓRDOBA, de la obra *Recuerdos y Bellezas de España*; y un tratado de *Moral cristiana*, que forma parte de la *Enciclopedia hispano-americana*, impresa en París en casa de Rosa y Bouret.

Ha escrito numerosos artículos de crítica artística y de estética, y bajo el título de *Joyas de la pintura en España*, bosqueja en la actualidad la historia del arte comprobada con las obras de los principales maestros antiguos.

En sus investigaciones como arqueólogo ha tenido la suerte de descubrir las preciosas minas de los palacios árabes de Medina Azzahra, que muchos historiadores tenían por fabulosos, enriqueciendo de este modo con una nueva y preciosa página la historia de la arquitectura musulmana en Andalucía.

El señor Madrazo es académico y bibliotecario de la Real de San Fernando, y uno de los individuos de la comisión creada por el Gobierno para publicar los monumentos arquitectónicos de España.

## MEDITACION.

Desde el tope de los montes encumbrados,  
Desde lo alto de la cúpula eminente,  
Cuando observo llanos, bosques y collados,  
Con girar una mirada solamente;

Desde el trono donde el águila, señora  
 De las nubes y las ráfagas se mece,  
 Desde el pico elovadisimo que aun dora  
 Sol poniente cuando el llano se oscurece;  
 Colocado en grande altura, torre ó monte,  
 Ya del hombre ó del Eterno triunfe hechura,  
 Viendo el círculo total del horizonte,  
 ¡Cuán hermosa es á mis ojos la Natura!  
 ¡Ah! que entonces doble anhelo el alma siente,  
 Y á los astros llegar quiero con mi mano;  
 Doble audacia cobra el ánimo valiente,  
 Y no temo al huracan estar cercano.  
 Con su peso los dolores no me oprimen,  
 Y domina la razon sobre el sentido;  
 Y si llega á mí la voz de los que gimen,  
 Con mas fe y amor su alivio al cielo pido.  
 Altos montes, hondos valles, ancho suelo,  
 Clara luna, melancólica explanada,  
 Gran misterio de natura, limpio cielo,  
 ¡Cómo puedes tú ser parto de la nada?  
 No; que hechura de una sabia Providencia  
 Te proclama el universo por instinto,  
 Y tan solo la *ignorancia de la ciencia*  
 Pudo origen á tus leyes dar distinto!  
 Sube al monte, oh habitante de la villa,  
 Tú que el cálculo en tortura siempre tiones,  
 Y ni un punto á contemplar la maravilla  
 Desta fábrica esplendente el pié detienes;  
 Tú que pasas con afan penoso el dia  
 En formarte de ambiciones un infierno,  
 Y consumes de la mente la energia  
 En la ciencia de ignorar al Ser Eterno!  
 Subo á ver en breve mancha de los llanos  
 De esmeralda la gran corte convertida,  
 Y bullir, como en la fosa los gusanos,  
 A los hombres del orgullo en la guarida!.....  
 La incesante agitacion de tu jornada  
 Solo amargo desconsuelo te produce:  
 Ven, verás aligerarse la pesada  
 Cargazon que á vil esclavo te reduce.  
 Ves la pena y la amargura al bien unidas,  
 Y en el mundo no hay fortuna que te cuadre:  
 ¡No te bastan los placeres de la vida!  
 ¿Qué mas quieres que la herencia de tu padre?  
 Ves el suelo hacerse polvo, y finy daño

Padecer lo que atesoras: ¿y qué mucho  
Si la nada vas buscando? ¡oh desengaño!  
¡Habla tú, Verbo divino, yo te escucho!

Como el náufrago que puso su esperanza  
En la llama engañadora del santelmo,  
Voy al monte yo; cual, rota espada y lanza,  
Va el soldado á deponer el grave yelmo.

Allí cesan mis dolores, y respiro  
Con entera libertad, y si mi canto  
Cesa allí con tanto horror, cada suspiro  
De mi pecho un himno es que á Dios levanto.

Para verle desde allí no hay hombre ciego,  
Y mas puro entre la gasa de la nube  
Con el intimo anhelar humilde el ruego  
Desde el firme corazon creyente sube.

Los espacios atraviesan rutilantes  
Mis altivos pensamientos en cadena,  
Como suelen ir las águilas volantes  
En hilera remontándose serena;

Y á la inmensa eternidad los lanzo osado  
Por regiones del hondo horror, al hombre extrañas,  
Cual se arroja un acueducto prolongado  
Para unir cruzando abismos dos montañas.

### LAS TRES HERMANAS DEL CIELO.

• Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo. •

Tres hermosas doncellas á mi vista  
Tranquilas parecieron:  
De rubí, de esmeralda, de amatista  
Coronadas vinieron.

De excelso origen somos, me decian,  
Vivimos como hermanas:  
Muy nobles vestiduras las cubrian,  
Púdicas y galanas.

Era en la una del rubí encendido  
Hermoso complemento  
Un largo y rojo manto, enriquecido  
De tornasoles ciento.

La de rica corona de esmeralda,  
Del campo en primavera

Llevaba los colores en la falda;  
 Verde, alegre, ligera.  
 De la amatista al resplandor divino,  
 En la tercer doncella,  
 Igualaba en lo etéreo y zafirino  
 Una túnica bella.  
 A la celeste esfera, yo la dije,  
 Tu aspecto me sublima:  
 Tu clara luz al centro me dirige  
 Do la creacion se anima.  
 ¿Serás tú por ventura de otro mundo  
 Que á mi vista se esconde?  
 ¿Será tu imperio el aire, el mar profundo?  
 Soy la FE, me responde.  
 Ven conmigo, me dice, con acento  
 Que el alma me conmueve  
 Y suena en mí como susurro lento  
 Cuando en el bosque llueve.  
 Al ir en pos de su fulgor celeste  
 La vista en otra clavo:  
 La esmeralda, la verde y rica veste  
 Me fascinan al cabo.  
 ¿Quién eres, virgen bella? la pregunto:  
 De dicha y de bonanza,  
 Tu semblante risueño es el trasunto.  
 Soy, dice, la ESPERANZA.  
 Sigue mis pasos, añadió, yo fácil  
 Hago del bien la via;  
 Y amé su airoso andar, su talle grácil,  
 De su voz la armonía.  
 Y de ella en pos corrí la áspera senda  
 Del yermo y pobre suelo,  
 Mientras á mi pasión sirvió de venda  
 De la ESPERANZA el velo.  
 Mas de esperar sin FE cansada presto  
 Sentí mi pobre alma!  
 Y en mi senda se alzó el ciprés funesto,  
 No la triunfante palma.  
 Sin FE, sin ESPERANZA, yo mezquino  
 Caminaba á la muerte;  
 Cuando á un acento mágico, divino,  
 Vibró mi ánima inerte.  
 De aquellas tres hermanas celestiales  
 La mas amante y tierna,  
 La que asocia á los miseros mortales

Con Dios en gloria eterna,  
 La CARIDAD hermosa, á su regazo  
 Me llamaba risueña :  
 ¡ Ay! el placer de su divino abrazo  
 El mundo... ni lo sueña !  
 Pero con tanto bien yo estaba triste ;  
 Ingrato me creía !  
 ¡ Ah ! ¿ qué os hicisteis ? exclamé : ¿ dó fuiste  
 Fe y ESPERANZA mía ?  
 ¡ Ah, misero de mí, que en vano elijo  
 El bien que mi alma llena  
 Si me faltais vosotras ! y me dijo  
 La CARIDAD serena :  
 ¿ Porqué ese olvido en rescatar te afanas ?  
 No somos envidiosas :  
 Si conmigo te vienes, mis hermanas  
 Te seguirán gozosas.

### CONFIANZA EN DIOS.

(ORACION MATINAL DEL POBRE.)

Omnipotente Dios, causa infinita  
 De la naturaleza,  
 De nuevo para mí luce hoy escrita  
 Con soles tu grandeza !  
 Bondad, Verdad, Principio no creado,  
 Bien á que el alma aspira,  
 Mirame ante tu Ser anonadado,  
 Mis pobres ansias mira.  
 Como en castillo armado, en mis sentidos  
 Gritos oigo violentos ;  
 Duermo cual caminante entre bandidos  
 Yo con mis pensamientos !  
 Como tenue vapor que de un abismo  
 Ignorado se eleva,  
 Sale mi alma del hondo parasismo  
 Del sueño á vida nueva.  
 Un nuevo sol preparas al durmiente  
 Que al despertar le alumbra,  
 Y al que en ti muere, un sol eterno, fuente  
 De toda dulcer !

El mundo que sacaste de la nada,  
 A la nada no vuelve;  
 La muerte, ya feliz, ya desgraciada,  
 En vida se resuelve.  
 Soy polvo, mas tus ojos soberanos  
 Nada ven despreciable:  
 Lo mismo que lo eterno, está en tus manos  
 Lo breve y deleznable.  
 Tú la pequeña gota de rocío  
 Haces del mundo espejo,  
 Y haces del hombre el alma, Criador mío,  
 De tus dotes reflejo.  
 Das al ave el peñón, allí la anidas,  
 Y al reptil el pantano;  
 Lo mismo que del águila, tú cuidas  
 Del rastrero gusano.  
 ¿Cómo no acallarás de nuestras almas  
 Las ansias y las cuitas,  
 Tú, cuando el hambre de la hormiga calmas,  
 Y al campo la sed quitas?  
 Aliento dáme, oh Dios; ya el torpe sueño  
 Huyó de mis sentidos:  
 Seguir quiero tu senda, Padre y Dueño,  
 Con gozo ó con gemidos.  
 Pues sé, Señor, que es justo tus divinas  
 Órdenes bendigamos,  
 Ya siembres ó de rosas ó de espinas  
 La tierra que pisamos.  
 Buscad mi reino, has dicho, y la justicia,  
 Y no perdais la calma  
 Por los bienes del mundo. — No codicia  
 Las riquezas mi alma.  
 Con las potencias y los ojos fijos  
 En Cristo, tras él voy;  
 Y aunque no tengo pan para mis hijos,  
 Aunque desnudo estoy;  
 Despreciando el vigor de la fortuna,  
 Y en el amor fiado  
 Que al pobre demostró desde la cuna  
 Tu Unigénito amado;  
 De ganar con sudores el sustento  
 El áspera tarea  
 Con gozo emprendo, y clamaré contento:  
 Que Dios bendito sea!  
 Y si á despecho de mi afán penoso



Es vana mi vigilia,  
 Y si á pesar de mi sudor copioso  
 Tiene hambre mi familia;  
 La CARIDAD, de mano siempre abierta,  
 Que santo amor abraza,  
 La hermosa CARIDAD vendrá á mi puerta,  
 Y alegrará mi casa!

DON JOSÉ ZORRILLA.

Nació en Valladolid el 21 de febrero de 1817. Fueron sus padres Don José Zorrilla y Doña Nicomedes Moral. Recibió su primera educación en el *Seminario de Nobles*, y siguió luego sus estudios para la carrera de leyes en las universidades de Toledo y de Valladolid.

Ha publicado una infinidad de *Poetas*, un poema titulado *Granada*, y dado al teatro varias producciones, entre las cuales merecen particular mencion *El Zapatero y el Rey*, *Sancho García*, *Don Juan Tenorio*, *El Puñal del Godo* y *el Eco del Torrente*.

CANCION.

A GALIANA.

Limpia es la noche y callada,  
 La luna en el cenit brilla  
 Como lámpara colgada  
 En recóndita capilla.  
 La brisa errante y serena  
 Mansa sueña  
 Meciendo árbol, yerba y flor,  
 Y el mundo en descuido inerte  
 Goza ó duerme  
 Sus pesares ó su amor.  
 Yo constante en mi porfía,  
 Paso la noche sombría  
 Suspirando á tu ventano,  
 Galiana mía!  
 Mas si han de espirar mis quejas  
 En tus rejas,

No me las abras, Galiana,

Noche ni día.

Porque me es tan delicioso

Saber cuando al fin te roba

Al necio mundo curioso

La oscuridad de tu alcoba....

Tan grato espiar atonto

El momento

En que tu luz espiró,

Por poder decir ufano :

¿Ora qué vano

Favorito es como yo?

Me es tan dulce en mi agonía

Saber que en la noche umbria

Suspiro yo á tu ventana,

¡Galiana mia !...

Mas si han de espirar mis quejas.

En tus rejas,

¡Oh! no las abras, Galiana,

Noche ni día.

Yo bien pudiera mentirte

Palacios, buques, caballos,

En luengas tierras decirte

Que me respetan vasallos,

Porque de tierras ignotas

Y remotas

Fuera muy fácil mentir;

Mas decirte no quisiera

Ni supiera,

Si me lo hubieras de oír,

Sino que en tenaz porfia

Paso la noche sombría

Suspirando á tu ventana,

¡Galiana mia !...

Mas si han de espirar mis quejas

En tus rejas,

No me las abras, Galiana,

Noche ni día.

Yo no soy mas que un poeta

Sin otro bien que mi lira,

Un alma al amor sujeta,

Y un corazon que suspira;

Y aunque es verdad que hay algunos

Importunos

Que me aplauden mi cáncion,

Yo nunca he de hacerles caso,

Porque acaso

Hablillas del vulgo son.

Yo paso cantando el día,

Pero la noche sombría

Paso al pié de tu ventana,

¡Galiana mía!...

Mas si han de espirar mis quejas

En tus rejas,

No me las abras, Galiana,

Noche ni día.

Cuando en tus cándidos sueños

Oir tal vez te pareco

Do compases halagüenos

El son quo se desvanece,

No son los tenues lamentos

De los vientos

Que murmuran al pasar,

No es el ruido de la fuente

Trasparente,

Sino el son de mi cantar.

Porque siempre en mi porfía,

Paso la noche sombría

Suspirando á tu ventana,

¡Galiana mía!...

Mas si han de espirar mis quejas

En tus rejas,

No me las abras, Galiana,

Noche ni día.

¡Oyes la lluvia que cae,

Y el aura en sus hilos rota,

Que una voz triste la trae

Mientras tus vidrios azota?

No es la voz de la tormenta

Turbulenta

Que muge con el turbión,

Es el harpa que yo toco

Cuando evoco

Tu sueño con mi canción.

Porque siempre en mi porfía

Yo velo en la noche umbría,

Suspirando á tu ventana,

¡Galiana mía!...

Mas si han de espirar mis quejas

En tus rejas,

No me las abras, Galiana,  
Noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,  
De tan amorosas cuitas  
Te cansa el son de mi canto,  
Y te cansan mis visitas;  
Si tu sueño ó tus placeres

Ya no quieres  
Que turbe importuno mas,  
Manda que rompan la lira

Que suspira  
Tan amoroso compás;  
Mas si has de salir, impia,  
A maldecir mi porfía,  
Cuando lloro á tu ventana,  
Galiana mía,

Deja que estrelle mis quejas  
En tus rejas,

Y no las abras, Galiana,  
Noche ni día.

#### A LA ESTATUA DE CERVANTES.

Esa es una sombra... el alma avergonzada  
Para mas no volver, huyóse al cielo,  
Solitaria, sombría, abandonada;  
Ese fantasma se incrustó en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;  
Mas sin duda temieron que indignado  
De la piedra en que está salte á deshora  
Segun se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero  
Y lidió por su patria el buen poeta;  
Acaso no encontrará un compañero  
Al pié del pedestal que lo sujeta.

Tal vez no hallará un digno castellano  
Libre y valiente á quien llamar amigo,  
A quien tender la cercenada mano,  
A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente  
Al firmamento azul noble y tranquila,  
Y no mira por eso transparente  
Apagada á la luz la ancha pupila.

Cervantes lo llamaron otros días,  
Yerta figura con ajeno nombre,

Como el original arrastra impías,  
Lloras de duelo en la mansion del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado  
La turba ociosa y soldadesca inquieta  
Dentro de su armadura de soldado  
O envuelto en sus harapos de poeta;  
Y hoy en la innoble colosal figura  
Derramada la lluvia se destrenza,  
Y está sombrío en pié sobre la altura  
Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus piés negro milano  
Que á la boca asomó de un hormiguero,  
Y quiere el ojo comprender en vano  
Cómo allí se cobija un mundo entero.

Y siente la carroza del magnate  
Rodar, y se estremece á su carrera,  
Y soldados que marchan al combate  
Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo entre los árboles perdidos  
Como sueños pasar contempla inquietas  
Las sombras de políticos caídos,  
Las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla  
Alumbra el sol bajando al Occidente  
Al contemplar su revocada villa  
Sin porvenir, alegre ó indolente.

Hubo un poeta cuando aquel vivía,  
Cuando en vez de esos hierros era un hombre;  
Llamáronle poeta, y poseía  
Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta,  
Y le escondió en su seno el torbellino,  
El sepulcro su mano abrió violenta,  
Y hoy resuena su cántico divino.

¿Porqué no le dejaron con su sueño  
En el sepulcro donde en paz dormía?

¿A qué traerle con tenaz empeño  
A sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzaron  
Estúpidos los hombres ó altaneros?  
Para ahuyentar los siglos que pasaron,  
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas  
 El sueño del mundo impío,  
 Que ves con gesto sombrío,  
 Crímenes que no revelas,  
 Cuya negra frente calva  
 Sufre en paz el sol que arde  
 La roja luz de la tarde,  
 La amarilla luz del alba,  
 ¿Qué piensas del mundo, di,  
 Tú que le dejastes ya?  
 Cuya voz no se alzaré  
 Cuya sombra quedó aquí.  
 ¿Qué piensas de ese magnate  
 Que ha perdido el sol de un día  
 Embriagado en una orgia,  
 Mientras su nación combate?  
 ¿Qué piensas tú de esos reyes  
 Que arrastra un frenado bruto  
 Entre vírgenes de luto,  
 Huérfanas hoy por sus leyes?  
 ¿Qué piensas, genio inmortal,  
 De ese pueblo soberano  
 Que abre paso á su tirano  
 Sin levantar un puñal?  
 Dime, coloso de hierro,  
 A quien condena la suerte  
 A sufrir desde la muerte  
 En tu patria tu destierro,  
 ¿No es cierto que allá en su afán  
 Espera tu desconsuelo  
 Que te arrastre por el suelo  
 Un revoltoso huracán?

Tu nombre tiene el pedestal escrito,  
 En extranjero idioma por fortuna;  
 Tal vez será tu nombre un *sanbenito*  
 Que vierta infamia en tu española cuna. —  
 Hora te trajo á luz, desventurada;  
 ¿Español eres?.... lo tendrán á mengua  
 Cuando á tu espalda yace arrinconada  
 Tu cifra en signos de tu propia lengua. —  
 ¿Serás acaso un busto aparecido  
 Entre las ruinas de la antigua Roma,

Recuerdo que los tiempos han roído,  
 Que algun rico libró de la carcoma?  
 Maldita es tu mision sobre la tierra,  
 Los que mueren sus males acabaron,  
 Todos sus restos su sepulcro encierra...  
 Los tuyos del sepulcro los robaron. —

Hélo allí que se levanta  
 Como fantasma furioso  
 Que magulla con su planta  
 Los que á su morada santa  
 Van á turbar su reposo. —  
 Porque su nombre y su gloria  
 Solo al tiempo las vendió  
 Para dejar su memoria  
 Grabada en oro en la historia,  
 Que escrita en el fango, no. —  
 Que por eso en su amargura  
 Abortó un libro coloso  
 Que á su renombre asegura  
 En las edades reposo.  
 Cuando los siglos le lean  
 Hará que los siglos vean  
 En una cubierta roída  
 En caractéres gigantes  
 Dos genios con una vida:  
 Un Quijote y un Cervantes.

Y si entre la espesa bruma  
 De esta edad que bulle inquieta,  
 De hediondo mar alba espuma,  
 El genio de otro poeta  
 Despliega su blanca pluma;  
 Si algun bardo colosal  
 Levanta entre la tormenta  
 Su cántico celestial,  
 De una centuria sangrienta —  
 Entonando el funeral;  
 Cuando el tiempo hombre sombrío  
 El orbe rompa á pedazos,  
 Que sostenido en tus brazos  
 Huya su cuchillo impio:  
 Y en el día de furor  
 Cuando al eco atronador,

De la funeral trompeta  
Se junte el mundo en un valle,  
Mándale al mundo que calle,  
Y dile que eres poeta. —

# LA TEMPESTAD.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan  
Del aire trasparente por la region azul?  
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan  
Del cenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?  
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?  
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene  
Sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?  
¿Cuál rápidas se agolpan! ¿Cuál ruedan y se ensanchan  
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,  
Y el puro azul alegre del firmamento manchan  
Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,  
Avanzan en silencio sobre el rugiente mar;  
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,  
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La Luna huyó al mirirlas; huyeron las estrellas:  
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;  
Ya reinan solamente por los espacios-ellas,  
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle  
Del tenebroso velo que le embozó detrás,  
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,  
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan  
Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do quier!  
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,  
Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos  
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,  
Ya do volcanes ciento los inflamados hornos,  
Ya de movibles monstruos aligero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos  
Las desiguales copas y el campo desigual,  
Ya informes pelotonces de objetos peregrinos  
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guia?  
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz



Cuando retumba el trueno y cuando va bravia  
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos  
El Hacedor supremo del universo va,  
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos  
Estudia, y sus cimientos por sí caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda  
Con impotente saña caminará Luzbel,  
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda  
Agolpará sus nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será lá formidable  
Que circundó la cumbre del alto Sinai,  
En tanto que el ardiente misterio impenetrable  
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma  
En inflamadas fuentes la cólera de Dios.

Acaso será alguna la que en los mares toma  
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena  
Me dico desde lejos: « Tu Dios se escondé allí. »  
Pero la noche oscura, la de nublados llena,  
Me dice mas pujante: « Tu Dios se acerca á ti. »

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto  
En esa ardiente nube con quo ceñido estás;  
El resplandor conozco de tu semblante santo  
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores  
Detrás de esos nublados que bogan en tropel;  
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores  
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas  
Del repentino trueno en el crujiente son,  
Las chispas de tu carro conozco en las centellas  
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia  
Mas que una arista seca que el aire va á romper?  
Tus ojos son el día; tu soplo es la existencia:  
Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:  
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;  
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora  
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;  
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;  
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,

Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al harpa del poeta,

Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,

Mi corazón henchido del fuego del profeta.

Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas

Mecidas por las auras del oloroso abril,

Mas grata que del fénix las últimas congojas,

Y mas que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Mas grave y majestuosa que el oco del torrente

Que cruza del desierto la inmensa soledad,

Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviendo

El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! qué solo puedo postrarme con mi lira

Delante de esas nubes con que ceñido estás,

Porque mi acento débil en mi garganta espira

Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,

Aunque mi vista impura tu aparicion no ve;

Mi alma se estremeco, y ante tu faz de hinojos

Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

#### DON RAMON DE CAMPOAMOR.

Nació el día 24 de setiembre de 1817. Ha publicado un tomo de *Poetas*, otro de *Doloras*, un poema titulado *Colón*, y un libro muy curioso *El Personalismo: apuntes para una filosofía*.

El señor Campoamor ha sido varias veces diputado á Cortes, y á su bien merecida reputación como poeta, reúne la de orador parlamentario.

#### DOLORA PRIMERA.

##### LA OPINION.

A MI QUERIDA PRIMA JACINTA WHITE DE LLANO, EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¡Pobre Carolina mía!

¡Nunca la podré olvidar! —

Ved lo que el mundo decia

Viendo el féretro pasar:

Un clérigo: — « empieza el canto. »

*El doctor* : — « ¡ cesó el sufrir ! »  
*El padre* : — « ¡ me ahoga el llanto ! »  
*La madre* : — « ¡ quiero morir ! »  
*Un muchacho* : — « ¡ qué adornada ! »  
*Un joven* : — « ¡ era muy bella ! »  
*Una moza* : — « ¡ desgraciada ! »  
*Una vieja* : — « ¡ feliz ella ! »  
 — « ¡ Duerme en paz ! » — dicen los buenos.  
 — « ¡ Adios ! » — dicen los demás  
*Un filósofo* : — « ¡ Uno menos ! »  
*Un poeta* : — « ¡ Un ángel mas ! »

## DOLORA II.

¡ QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR !

- Escribidme una carta, señor cura.  
 — Ya sé para quién es.  
 — ¿ Sabeis quién es, porque una noche oscura  
 Nos visteis juntos ? — Pues.  
 — Perdonad, mas... — No extraño ese tropiezo,  
 La noche... la ocasión...  
 Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo :  
*Mi querido Ramon :*  
 — ¿ Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto...  
 — Si no queréis... — Sí, sí !  
 — ¡ Qué triste estoy ! ¿ No es eso ? — Por supuesto.  
 — ¡ Qué triste estoy sin ti !  
*Una congoja al empezar me viene...*  
 — ¿ Cómo sabeis mi mal?..  
 — Para un viejo una niña siempre tiene  
 El pecho de cristal.  
*¿ Qué es sin ti el mundo ? Un valle de amargura.*  
*¿ Y contigo ? Un Eden.*  
 — Haced la letra clara, señor cura,  
 Que lo entienda eso bien.  
 — *El beso aquel que de marchar á punto*  
*Te di...* — ¿ Cómo sabeis?...  
 — Cuando se va y se viene y se está junto  
 Siempre... no os afrenteis.  
*Y si volver tu afecto no procura,*  
*Tanto me harás sufrir...*  
 — ¿ Sufrir y nada mas ? No, señor cura,  
 Que me voy á morir !  
 — ¿ Morir ? ¿ Sabeis que es ofender al cielo?...

— ¡Pues, si señor, morir!

— Yo no pongo morir: — ¡Qué hombre de hielo!

¡Quién supiera escribir!

¡Señor rector, señor rector! en vano

Me queréis complacer,

Si no encarnan los signos de la mano

Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mía

Ya en mí no quiere estar;

Que la pena no me ahoga cada día...

Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,

No se saben abrir;

Que olvidan de la risa el movimiento

A fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,

Cargados con mi afán,

Como no tienen quien se mire en ellos

Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,

La ausencia el mas atroz.

Que es un perpetuo sueño de mi oído

El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía

¡Goza tanto en sufrir!...

Dios mío, ¡cuántas cosas le diría

Si supiera escribir!...

— Pues señor, bravo amor. Copio y concluyo:

A don Ramon.... En fin,

Que es inútil saber para esto arguyo

Ni el griego ni el latín.

## DOLORA III.

## AMAR AL VUELO.

A LA NIÑA ASUNCION DE ZARAGOZA Y DEL PINO.

## I.

Así, niña encantadora,

Porque tus gracias no roben

Las huellas que el tiempo deja,

Juega como niña ahora,

Como niña cuando joven,

Como jóven cuando vieja.  
 Por mis muchos desengaños,  
 Te ruego, Asuncion querida,  
 Que ames mientras tengas vida  
 Como amas á los seis años :  
 Justamente, de ese modo,  
 Amando desamorada ;  
 Así, no queriendo nada,  
 Esto es, queriéndolo todo ;  
 Anhelante y sin anhelo,  
 Ya resuelta, ya indecisa,  
 Pasa de la risa al duelo,  
 Pasa del duelo á la risa,  
 Así, de prisa, de prisa ;  
 Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

## II.

Sé amorosa y nunca amante :  
 Lleva á la vejez tu infancia :  
 Sé constante en la inconstancia  
 O en la inconstancia constante :  
 Que en amor creen los mas duchos  
 Contra los que son mas locos,  
 Quo en vez de los pocos muchos  
 Valen mas los muchos pocos :  
 Y cuando tu labio bese,  
 Que formule un beso insápido,  
 Inerto, estentóreo y rápido.....  
 Pues, así ; lo mismo que ose.  
 Nunca beses como loca ;  
 Besa como una loquilla ;  
 Jamás... jamás en la boca,  
 Siempre, siempre en la mejilla :  
 Ten presente que la abeja  
 Queriendo entañar la herida,  
 La desventurada deja  
 Entre la muerte la vida.

## III.

¡ Si ! si lo mismo que hoy eres  
 La hermosa entro las hermosas,  
 Ser mientras vivas quisieres,  
 Dichosa entre las dichosas,

Tal ha de ser tu divisa :  
 Amar muy poco y de prisa  
 Como hacen las mariposas ;  
 Aunque no importa realmento  
 Que ames infinitamente  
 Si amas infinitas cosas.

## IV.

Son tan cuerdos mis consejos,  
 Que me atreveré á jurarte  
 Por mis ojos, que aunque viejos,  
 Aun, Asuncion, al mirarte  
 Aspiran á ser espejos,  
 Que, aplicando estos consejos  
 A mi vejez, todavia  
 Pienso curar, hija mia,  
 De mi corazon las llagas ;  
 Llagas ¡ay ! que no tendria  
 Si yo hubiera hecho algun dia  
 Lo que te aconsejo que hagas.

## V.

Para ver si es verdadero  
 Lo que un apóstol revela,  
 « Que lo fijo es pasajero,  
 « Que solo es real lo que vuela, »  
 Tiende el rostro, hermosa niña,  
 Como eso cielo sereno,  
 Ya al cielo, ya á la campiña,  
 Y verás de una mirada  
 Que es lo mas rico ó mas bueno,  
 Lo que vuela ó lo que uada,  
 Como la espuma en los mares,  
 En el cielo los fulgores,  
 El incienso en los altares,  
 En los árboles las flores,  
 Los celajes en el viento,  
 En el viento los sonidos,  
 La vida en nuestros sentidos,  
 Y en la vida el pensamiento.

## VI

Sigue el plan á que te exhorto  
 Amando *al vuelo* : hazlo cargo

Quo el viaje es largo, muy largo!...  
 Y el tiempo corto, muy corto!...  
 Sé ligera, no traidora;  
 Sopla el fuego que no abrasa;  
 Quiero, como el que no quiero;  
 Sea siempre como ahora  
 Tu llanto, nube que pasa;  
 Tu risa luz que no muero  
 Ama mucho, mas de modo  
 Que estés siempre enamorada  
 De un cierto todo que es nada,  
 De un cierto nada que es todo.  
 Si ries, olvida el duelo;  
 Si lloras, pasa á la risa  
 Así.... de prisa, de prisa;  
 Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

## DOLORA IV.

## EL BESO.

## I.

Me han contado que, al morir  
 Un hombre de corazon  
 Sintió, ó presumió sentir,  
 En Cádiz repercutir  
 Un beso dado en Canton.  
 ¿Qué es imposible, Asuncion?...  
 Veinte años hace que di  
 El primer beso; ¡ay de mí!  
 De mi primera pasion....  
 Y todavía, Asuncion,  
 Aquel frio quo sentí  
 Hace arder mi corazon!

## II.

Desde la ciega atraccion,  
 Beso que da el pordernal,  
 Subiendo hasta la oracion,  
 Último beso mental,  
 Es el beso la expansion  
 De esa chispa celestial  
 Que inflamó la creacion,  
 Y que en su curso inmortal,

Va de crisol en crisol  
 Su intensa llama á verter  
 En la atmósfera del sér  
 Que de un beso encendió el sol.

## III.

De la cuna al ataúd  
 Va siendo el beso á su vez,  
*Amor* en la juventud,  
*Esperanza* en la niñez,  
 En el adulto *virtud*,  
 Y recuerdo en la vejez.

## IV.

¿Vas comprendiendo, Asuncion,  
 Que es el beso la expresion  
 De un idioma universal,  
 Que, en inextinto raudal,  
 De una en otra encarnacion,  
 Y desde una en otra edad,  
 En la mejilla es *bondad*,  
 En los ojos *ilusion*,  
 En la frente *mojestad*,  
 Y entre los labios *pasion*?

## V.

¿Nunca se despierta en ti  
 Un recuerdo como en mí  
 De un amante que se fué?...  
 Si me contestas que sí,  
 Eso es un beso, Asuncion,  
 Que en alas de no sé qué  
 Trae la imaginacion.

## VI.

¡Gloria á esa oscura señal!  
 Del hado en incubacion,  
 Que es el gérmen inmortal  
 Del alma en fermentacion;  
 Y á veces trasunto fiel  
 De todo un mundo moral;  
 Y si no dígalo aquel  
 De entre el cual y bajo el cual  
 Nació el alma de Platon!



## VII.

¡ Gloria á esa condensacion  
 De toda la eternidad;  
 Con cuya tierna efusion  
 A toda la humanidad  
 Da la paz la religion;  
 Con la cual la caridad  
 Siembra en el mundo el pardon:  
 Himno á la perpetuidad;  
 Cuyo misterioso son,  
 Sin que lo oiga el corazon,  
 Suena en la posteridad!

## VIII.

¿ Vas comprendiendo, Asuncion?  
 Mas por si acaso no crees  
 Que el beso es el conductor  
 De ese fuego encantador  
 Con que este mundo que ves  
 Lo ha animado el Criador.....  
 Prueba á besarme, y después  
 Un beso verás como es  
 Esa copa del amor  
 Llena del vital licor  
 Que en el humano festin  
 De una en otra boca, al fin  
 Llega, de afan en afan,  
 A tu boca de carmin  
 Desde los labios de Adan.

## IX.

Prueba en mi, por compasion,  
 Esa clara iniciacion  
 De un oscuro porvenir;  
 Y entonces, bella Asuncion,  
 Comprenderás si, al morir  
 Un hombre de corazon,  
 Habrá podido sentir  
 En Cádiz repercutir  
 Un beso dado en Canton.

## DON ANTONIO DE TRUEBA.

Hijo de Don Manuel y Doña María de la Quintana, nació el 24 de diciembre de 1821 en Montellano, concejo de Galdames, en las Encarnaciones del Señorío de Vizcaya. Aprendió las primeras letras en el de Sopuesta, á donde se trasladó con sus padres al año de edad y donde inmediato concejo residió hasta los quince, en que pasó á Madrid para dedicarse al comercio. Durante diez años ejerció esta ocupacion, y, como él dice en el apéndice de su *Libro de los cantares*, no ha frecuentado mas universidades que la de su aldea, donde solo se aprende á leer y escribir y la doctrina cristiana. Sus obras en verso son: *El Libro de los cantares*, las *Fábulas de la educacion*, dos cantos épicos que llevan el título de *Covadonga* y *Tanfa*, los *Cantos infantiles* de que solo ha dado á luz cuatro ó seis y los *Tornillares*, coleccioncita de composiciones cortas que compuso hace poco tiempo en los Tornillares de la Alcaña, y conserva en su mayor parte inéditas. Las dos composiciones que van á continuacion están tomadas del *Libro de los cantares*, del que en cinco años se han hecho hasta siete ediciones.

## LA NIÑA DE OJOS AZULES.

## I.

Ved á la dulce niña  
De ojos azules  
Risueña como el cielo  
Cuando no hay nubes;  
Vedla qué hermosa,  
Vedla coloradita  
Como las rosas!  
Fué ayer á San Antonio  
De la Florida,  
Que da el Santo bendito  
Novio á las niñas,  
Y un bello novio  
Le salió al dar la vuelta  
De San Antonio.  
Por eso está contenta,  
Por eso canta  
Como los pajaritos  
Por la mañana,  
Que era muy triste

Sin tener un mal novio  
 Cumplir los quince.  
 El novio que á la niña  
 Salió ayer tarde  
 Jura que la idolatra  
 Porque es un ángel,  
 Y ella es tan niña  
 Que cree sus juramentos  
 A pié juntillas. —  
 Niña, palabras dulces  
 No te seduzcan  
 Pues en el Diccionario  
 Las hay de azúcar;  
 Préndate de hechos,  
 Pues en el Diccionario  
 No se hallan esos.  
 Si un galán te abandona,  
 No te dé pena:  
 Pronto encontrarás otro  
 Que mas te quiera,  
 Pues, niña hermosa,  
*Tienes ojos azules,*  
*Ojos de gloria.*

## II.

Niña de ojos azules,  
 Ojos de gloria,  
 Si estabas colorada  
 Como las rosas,  
 Hoy estás, niña,  
 Como las azuconas  
 Descolorida.  
 Un besito apostemos  
 A que adivino  
 Porqué tienes el rostro  
 Descolorido....  
 Por mas que calles,  
 En este mundo, niña,  
 Todo se sabe.  
 Sales todas las noches  
 A tu ventana  
 Y los hondos suspiros  
 Que en ella exhalas  
 Van á la mia

Y me lo cuentan todo,  
 Tedito, niña.  
 Tienes enferma el alma  
 De mal de amores;  
 Quieres y no te quieren....  
 ¡Pícaros hombres!  
 Así son todos:  
 A la que quiere mucho  
 La quieren poco.  
 No me admira el mal pago  
 De tus amores,  
 Que amores de este mundo  
 Buscan los hombres,  
 Y en mi concepto  
 Los tuyos se parecen  
 A los del cielo.  
 ¡Quién espere de amores  
 Hallar la dicha  
 Cuando llora por ellos  
 La pobre niña,  
 La niña hermosa,  
*La de ojitos azules,*  
*Ojos de gloria!*

## III.

Te he visto en la Almudena  
 Muchas mañanas  
 A los pies de la Virgen  
 Arrodillada.  
 ¿Porqué escondías  
 La cara con el velo  
 De tu mantilla?  
 Niña, so me figura....  
 ¡Dios me perdone!  
 Que mezclabas con llanto  
 Tus oraciones.  
 ¿Qué le pedías  
 A la santa patrona  
 De Madrid, niña?  
 ¿Lo pedías venganza  
 De aquel ingrato  
 Que su amor te rehusa,  
 Que un día acaso  
 Ante la santa

Patrona de la villa  
 ¿Te te juraba?  
 Pero tus dulces ojos  
 Bien claro dicen  
 Que es amor, no venganza,  
 Lo que tú pides.  
 Quien tu amor siente,  
 En lugar de vengarse  
 Perdona y muere.  
 ¡Ay Dios, quién fuera dueño  
 De tu amor, niña,  
 Como aquel que te puso  
 Descolorida,  
 Que te desdeña,  
 Que ha trocado las rosas  
 En azucenas!  
 Porque tienes el alma  
 Que yo ambiciono  
 Y el amor de los cielos  
 Miro en tus ojos,  
 Pues, niña hermosa,  
*Tienes ojos azules,*  
*Ojos de gloria.*

## IV.

Silencio!..... Las campanas  
 Tocan á muerto!  
 ¿Si habrá muerto la niña  
 De ojos de cielo?  
 Sin duda es ella,  
 Que no la he visto há dias  
 En la Almudena,  
 Que no se oyen suspiros  
 En su ventana,  
 Que están mustias las flores  
 Que ella regaba,  
 Que su cabello  
 Adornaba con tristes  
 Rosas de muerto!.....  
 Yo ¿la hubiera querido  
 Con alma pura,  
 Como quieren las almas  
 Como la suya;  
 Pero esa niña

Me dijo : « — Un amor basta  
 Para una vida. »  
 Vengan sus desamores  
 Otras mujeres ;  
 Pero... ; bendita aquella  
 Que amando muere,  
 Por mas que el mundo  
 Siembre ironía y burlas  
 En su sepulcro !  
 Mas allá del martirio  
 Se encuentra un cielo  
 Donde los nobles mártires  
 Tienen asiento ,  
 Donde halla siempre  
 Amor de los amores  
 Quien de amor muere.  
 Y en él está la niña  
 Desventurada  
 Que lloró en la Almudena  
 Muchas mañanas ,  
 La niña hermosa ,  
*La de ojitos azules ,*  
*Ojos de gloria.*

#### LA MANCHA DE LA MORA.

##### I.

— Señora Rita, ¿qué tiene  
 Su chico de usted? ; Ay, hija,  
 Parece que le han chupado  
 Las brujas!

— Señora Isidra,  
 No sé qué demontres tiene  
 Ese chico! Hace ocho días  
 Que apenas prueba el puchero  
 Por mas que una le predica.

— Pues, señora, el que no come  
 Tiene pena de la vida,  
 Como dijo el otro. Con que  
 No andarse con tonterías.

— Hija, yo no sé qué hacerlo;  
 Jesús! estoy aburrida!  
 Y luego dicen que hijos  
 Crea usted que mas valdria

Que el Señor se los llevara  
De cliquititos. ¡Ay, hija,  
Si la dan á una mas guerra  
Que Napoleon, si la quitan  
La vida!....

— Y los de usted, vamos,

Son unas malvas benditas....

— Calle usted por Dios, señora!

Se conoce que no lidia

Usted con ellos! Perico,

Sobre todo, es de la misma

Piel del diablo. ¡Qué tragon

Y qué guerrero! La niña....

— Para guerreros, los míos.

Mire usted, señora Rita,

Esta mañana el Antonio

Disparó una carretilla

Cuando íbamos á almorzar,

Y espantada la Minina,

Saltó por cima la mesa

Y me echó el almuerzo encima,

De manera que me puso,

Ya ve usted, toda perdida

De lamparones la falda...

— Eso sale en la lejía...

— ¡Ay, qué criaturas! Si estudian

Con el enemigo, hija!

Y la ropa que destrozan!

Mire usted, hace ocho días

Saqué de la tienda al Pepe

Pantalon y chaquetilla;

Pues anda, ya va enseñando

Los codos y las rodillas.

Ya se ve, ¿no han de romper

Si no paran, si se tiran

Por los suelos, si parece

Que tienen azogue? Frita

La tienen á una la sangre,

No hay un Dios que los resista.

Y luego aquel, como tiene

Tan malas pulgas, se irrita

Y dale que ha de pegarlos....

— Ave Maria purísima!

Pegarles! Pobres criaturas!

— Pues es claro, esa es la mía.

Todos hemos sido niños  
 Y hemos hecho niñerías;  
 Pero volviendo á mi Paco,  
 Lo que me da peor espina  
 Es que está tan tristejon....  
 — Mire usted, ¡quién lo diría  
 Cuando antes alborotaban  
 El barrio sus seguidillas,  
 Cuando se estaba cantando  
 Todo el santísimo día!  
 — El pobre pasa la noche  
 Delira que te delira.  
 Anoche, sin ir mas lejos,  
 Fui á su cuarto de puntillas  
 Para que no despertara;  
 Toqué su frente y tenía  
 Un calenturon lo mismo  
 Que un toro.

— Dios nos asista!

¿Y está usted con esa calma?

— ¿Qué ho de hacer?

— Jesús Maria!

Llamar al instante un médico,  
 Que no hay juegos con la vida.

— Si no quiere oír hablar  
 De médicos ni botica.

— Oiga usted!... Si estará malo  
 De... Dios me perdone, hija,  
 Pero son el enemigo  
 Estos muchachos del día.  
 Y luego esas mujeronas  
 Los llaman y los incitan  
 Y los engatusan y...

— Callo usted, señora Rita!  
 No diga usted disparates!

Mi chico en toda la vida  
 Ha pensádo en mas mujeres  
 Que su novia. Si dolira  
 Por ella! Bien es verdad  
 Que eso y aun mas todavia  
 Se mereco la muchacha,  
 Que es do lo quo no se estila,  
 Mejorando lo presente.

— ¿Y quién es?

— Toma, la chica



Del tío Lila.

— Señora,

La chica del tío Lila

Habla con el barberillo.

Lo menos hace ocho días

Que los veo yo á la reja

Muy metidos en harina,

— Hija, ¿qué me dice usted!

— Lo que usted oye.

— Pues hija,

Ya no hay que darle mas vueltas:

Lo que á mi chico aniquila

Es pasión de ánimo.

— Toma,

Como usted es cristiana.

— Mira

La holganza, la mocosa,

La puerca, la presumida

Que pasa emperejilándose

La mayor parte del día,

Y no sabe dónde tiene

La mano derecha!... Iba

Con ella aviado mi chico

Como hay Dios!

— Señora Rita,

¿Quiere usted que yo la dé

Una buena medicina

Para su chico?

— Señora,

¡No he de querer!

— Que se ria

De esa trasto, que busque otra

Y verá como la olvida,

*Pues la mancha de la mora*

*Con otra verde se quita.*

## II.

— Hijos, vamos á comer.

— Esa cuchara es la mía.

— No, que es la mía.

— Embustorot

Dámela...

— Pues que lo diga

Madro.

— ¿Qué es eso? Ya andamos  
De pelea?

— Es que me quita  
Periquito mi cuchara.

— Es que es mía y muy remía.

— Vamos, dejarse de historias:

En la mesa como en misa.

— Pues que me dé mi cuchara  
La Pepa.

— Dásela, hija,  
Que este es lo mas testarudo....

Estate quedo en la silla,

Condenado, que pareco

Que tiene azogue!

— A Pepita,  
Le ha echado usted mas garbanzos  
Que á mi.

— Pues toma! La envidia  
No te deja á ti engordar!

Así estás como la espina

De santa Lucía. Toma,

Que parece que en la vida

Te desayunas...! Paquito,

Come, hijo mío. Principia,

Pues el comer y el rascar

Eso es lo que necesitan.

— Madre, si no tengo ganas,

Si aborrezco la comida....

— Anda, aunquo no sea mas

Que un par de cucharaditas.

Si está tan rico el puchero....

Como que tiene morcilla.

— No tengo ganas.

— ¿Qué tienes?

— Nada.

— ¿Qué suerte la mía!

Válgame Dios, estos hijos

La quitan á una la vida!

Mira, Paco, vamos claros,

No andemos con tonterías:

Tú estás así porque habla

Con otro la Mariquita.

— Madre, diga usted que sí.

Anoche cuando venia

Do jugar de la plazuela,

Vi al barberillo de ahí riba  
 Hablando por la ventana  
 Con la hija del tío Lila,  
 Y porque lo digo: « Hablando  
 Con otro la Mariquita!  
 Yo se lo diré á mi hermano! »  
 Va el barberillo y me arrima  
 Una puntera....

— Los niños  
 Deben callar la boquita  
 Cuando hablan los grandes. Eh!  
 A jugar á la bohardilla.  
 — Déjeme usted robañar  
 El puchero! Yo quería  
 Lo pegado.

— Tómallo!  
 No sé dónde tienes tripa.....  
 ¡ Qué condenacion de chico!  
 Largo de aquí con la niña.  
 Con que, Paquito, ¿acertó  
 Por qué es tu melancolia?  
 — Si señora, por eso es.  
 — Pues la mejor medicina  
 Para tu mal, es que olvides  
 A esa veleta.

— En la vida  
 La podré olvidar! ¡ Ay, madre,  
 Estoy que me tiraría  
 Al canal si no mirara  
 Que ustedes lo pasarían  
 Muy mal faltándoles yo.  
 — El señor no lo permita!  
 ¡ Ay, hijo de mis entrañas!  
 Faltándoles tú, ¿qué harían  
 Tu madre y tus hermanitos  
 Que no tienen, desde el día  
 Que Dios se llevó á tu padre.  
 Otro ámparo en esta vida?  
 Por Dios, olvida á esa falsa,  
 Que te quitas y nos quitas  
 La vida pensando en ella!  
 — Tiene usted razon. ¿Qué haria  
 Yo para olvidarla?

— ¿Qué?  
 Querer á otra mas digna

De tu cariño, hijo mio;  
 Que un muchacho de tu estima  
 Las encontrará á millares  
 Mas honradas y mas lindas.  
 — Pues bien, madre, haré la prueba,  
 Y Dios quiera que consiga  
 Vencer esta pasión de ánimo  
 Que me consume hace dias.  
 Vencerás, que con el tiempo  
 Todo, hijo mio, se olvida,  
*Que la mancha de la mora*  
*Con otra verde se quita.*

## III.

« Vivo en el cuarto bajo  
 Tú en el tercero;  
 Que junte nuestros cuartos  
 Dile al casero,  
 Que estando juntos  
 Ya no tendremos miedo  
 De los difuntos. »  
 « Todos los que padezcan  
 De mal de amores  
 Busquen buenas muchachas  
 Y no doctores,  
 Que al fin y al cabo  
 Todó clavo se saca  
 Con otro clavo. »  
 « Muchos hay que defienden  
 La homeopatía  
 Y yo soy uno de ellos,  
 Morena mía,  
 Que estando malo  
 Me curaste con ella.....  
 ¡Ay qué regalo! »  
 « Cada vez que me acuerdo  
 De tu hermosura,  
 Vuelve, morena, á darme  
 La calentura.  
 Tómame el pulso,  
 Tómame, morena,  
 Que estoy convulso. »  
 — Señora Rita, ¿quién es  
 El que echa esas seguidillas?

¡Qué! si hace hablar la guitarra!  
 Si pareco un organista!  
 Lo que es yo, toda la noche  
 Oyéndole me estaria.  
 — ¿No le ha conocido usted?  
 Pues si es mi Paquito.

— ¡Ay, bija,

Ese chico es el demontre!  
 ¡Qué seguidillas endilga!  
 — Donde lo ve usted, las saca  
 De su cabeza toditas.  
 — Pues mire usted, no entendiendo  
 De componer, eso admira.  
 Hay muchos que sacan libros  
 Y no tienen tanta chispa.  
 Anda, ya vuelve á cantar.  
 ¿No le han de querer las chicas  
 Teniendo esa habilidad  
 Y ese aquel que dan envidia?  
 — Abi verá usted si era lástima  
 Que se empleara en la hija  
 Del tio Lila un muchacho  
 De tanta sabiduría!  
 — Ya se ve que hubiera sido  
 Un dolor, señora Rita.  
 ¿No se acordará ya de ella?  
 — ¡Qué se ha de acordar! Ni pizca.  
 A Dios gracias. Ya ve usted  
 Si estarán él y la chica  
 Del cuarto tercero ciegos  
 Cuando se están todo el día  
 Echando coplas y flores,  
 Él de abajo, ella de arriba.  
 Como que piensan casarse  
 Para la Pascua florida.  
 — Ella parece muy buena.  
 — Muy honrada, muy relimpia...  
 Y sobre todo unas manos...  
 Tiene unas manos divinas  
 Para todo: esta mañana  
 Nos mandó unas chucherías  
 De dulce hechas por su mano,  
 Y vaya, eran lo que habia  
 Que comer! Solo que apenas  
 Me descuidé en la cocina,

Me las birló casi todas  
 Perico... ¡Ay, señora Isidra!  
 No sabo usted lo que pasa  
 Con ese chico! Su tripa  
 No se encuentra lorta jamás  
 Y revienta el mejor día.  
 Pero volviendo á mi Paco,  
 Fué excelente medicina  
 La que usted le recetó,  
 Porque sino, se las lla  
 El hijo de mis entrañas.  
 No, pues lo que es él no olvida  
 La roceta: está cantando  
 Todo el santísimo día  
*Que la mancha de la mora*  
*Con otra verde se quita.*

#### DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

Nació en Salamanca, en cuya universidad estudió y concluyó la carrera de medicina, facultad que apenas ha ejercido por dedicarse completamente á las tareas literarias. Ha sido diez años periodista, escribiendo, entre otros diarios, y en diferentes secciones, en *El Nuevo Espectador*, *La Prensa*, *La Nación*, *El Sueco*, *La Europa* (1.<sup>a</sup> época), y *La Iberia*. — Posteriormente desempeñó en el Ministerio de la Gobernacion una de las plazas de auxiliares mayores.

Sus obras son: *Ecos nacionales*; *Sátiras*; *Bernardo de Saldrana* (drama, en colaboracion de Zea); *Camino de Portugal*; *La limosna y el perdon* y *Flor marchita* (dramas en un acto); *Europa marchita* (obra política, en colaboracion de don Agustin Mendia); y *el Conspirador de d folio*.

#### CUADRO DE FAMILIA.

Hasta mi puerta llega  
 Del loco mundo la ambicion impia;  
 Mas no vengo, ni ciega  
 Con su luz engañosa el alma mia,  
 Y pasa como nube de verano  
 Que se deshace en viento y ruido vano.

¡Atrás, soberbia ruda!

¡Atrás, envidia! y en tu flaco seno  
Ceba tu garra aguda  
Que en hiel teñida ensangrentó el ajeno:  
¡Huye, duda cobardo! ¡rencor... pasa!  
No quiere tales huéspedes mi casa.

Soy pobre como el avo  
Que en estéril peñon cuelga su nido;  
Mas nunca al peso grave  
Del hado adverso gemiré abatido,  
Pues sabio el cielo, al par de mi pobreza  
Dióme, para sufrirla, fortaleza.

¡Ay triste! Ay sin ventura  
Del que intenta domar la suerte esquivia!  
Que ni la sombra oscura,  
Ni la llama del sol fecunda y viva,  
Le traerán el contento rogalado  
Que al hombre ni envidioso, ni envidiado.

Del ocio el torpe sueño  
El extenuado sibarita duerma,  
O frunza el torvo ceño  
Y maldiga el trabajo su alma enferma;  
Ignora que no hay pan mas excelente  
Que el que riega el sudor de nuestra frente.

¡Gloria al trabajo! ¡hosana!  
Él es la cruz que al término distante  
Lleva la raza humana;  
De culpa antigua expiacion gigante;  
Óleo que, en sucesivas redenciones,  
La cabeza ungirá de las naciones.

Si alguna vez desmayo,  
Recobro nuevo aliento á tu sonrisa,  
De tus ojos al rayo,  
A tu vágido leve, ¡oh dulce Elisa!  
Como la mustia flor, con el rocío,  
En las noches serenas del estío.

O viéndote colgada  
Del casto pocho de la madre hermosa  
Como en nieve no hollada  
Clavel ardiente ó encendida rosa;  
Balbuceando palabras de consuelo  
Que á los niños no mas enseña el cielo.

A veces con voz lenta  
El abuelo tambien, que tanto amamos,  
Viejas historias cuenta

Que todos, como niños, escuchames;  
Y el bien, en ellas, la familia aprende,  
Y sus tareas cada cual suspende.

Patriarca venerable,  
La limpia mesa con amor bendice,  
Cuando del saludable  
Frugal sustento la excelencia dico;  
Y á Dios, con él que en la oracion nos guia,  
Lo pedimos el pan de cada dia.

Así nuestro camino  
Hacemos por el valle de dolores  
Al sepulcro vecino,  
Donde duermen en paz nuestros mayores:  
¡Gran Dios, misericordia en tus enojos!  
¡Señor..... no apartes de mi hogar tus ojos!

#### LA LIMOSNA.

A MI QUERIDO AMIGO DON JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Ayer cuando la nieve  
En copos muda y lenta descendia  
Flotante al aire leve,  
Dejando la guitarra que tañia  
Un pobre me tendió la seca mano.....  
Y era el pobre tambien ciego y anciano.  
Y un débil niño yerto  
Vi en su regazo; livido capulle  
Que nunca en el desierto  
De un aura dulce se meció al arrullo;  
Con lloro acerbo sin cesar regado,  
Y mustio al beso de la muerte helado.

— « Señor — con sordas quejas  
Clamó, la airada vista en las alturas: —  
¿Será verdad que dejas  
Sin tu amor á estas flacas criaturas,  
Tú, que su duelo y su miseria sabes,  
Que sustentas las flores y las aves? »

Y el anciano tañiendo  
Segunda vez, las desacordes notas  
Sobre mi corazón iban cayendo  
Como trémulas gotas;  
Y mas que vagos sonos eran ellas  
Suspiros, y sollozos, y querellas.  
No sé qué misterioso



Espíritu sublime arrancar pudo,  
 Qué genio milagroso  
 Tierno lenguaje al instrumento rudo,  
 Quo allá en su fondo un alma desterrada  
 Parecía gemir desamparada.  
 A su triste armonía,  
 A ese rocío de dolor, sediento  
 Mi corazón se abría,  
 Despertándose, al par, el sentimiento:  
 Así el agua do mayo el campo inunda  
 Y los dormidos gérmenes fecunda.  
 ¡Oh sabia Providencia!  
 Si á un misero mortal penas le diste,  
 Con pródiga clemencia  
 A santa compasión otros moviste;  
 Porquo el hombre dichoso ame al quo llora,  
 Y se cumpla tu ley consoladora.  
 ¡Señor, yo te bendigo!  
 En caridad, por tí, mi alma se obra;  
 Dejando yo al mendigo  
 De mi menguado bien limosna escasa,  
 De sus ojos inmóviles, sin vida,  
 La engrandeció una lágrima caída.  
 Y con gozoso pecho  
 Proseguí mi camino triunfante,  
 Altivo, satisfecho;  
 Y hubiérame envidiado en ese instante  
 La no sabida paz que en mí se encierra  
 El monarca mas grande de la tierra.

#### DON FRANCISCO ZEA.

El día 8 de agosto de 1857 falleció en Madrid este joven y distinguido poeta. Sus amigos han publicado recientemente sus *Obras completas*, entre las cuales debemos citar las dos bellísimas composiciones que insertamos á continuación, y su drama *Maese Juan el Espadero*.

#### INSPIRACION.

Dijo el incendio á la tormenta un día:  
 « Sígueme por do quiera;  
 Yo iré soltando en la extensión vacía  
 Mi roja cabellera.

Tiemble ese mundo; en mis robustos hombros  
 Se asentará el infierno;  
 Tiemble el Olimpo; ascenderé entre asombros  
 Al trono del Eterno!  
 Será mi manto su brillante alfombra;  
 Su asiento mi ancha llama,  
 Y su dosel mi pabellon do sombra  
 Que el viento desparrama.  
 Abarcaré el empireo, omniipotente,  
 Con mis tremendos brazos;  
 Escalaré el alcázar resplendente;  
 Su cumbre haré perlazos.  
 Llamaré al aquilon, sobre sus alas  
 Paseando el firmamento,  
 Del áureo campo las inmensas salas  
 Inundaré violento.  
 Y á la sangrienta luz de cien volcanes  
 Me agitaré bramando!...  
 El rayo irá ante mi; los huracanes  
 Retumbarán soplando.  
 ¿Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube  
 Que al septentrion ondea,  
 Vea al infierno que esplendente sube  
 Y sus falanges vea?  
 ¿Qué hará ese Dios cuando con planta osada,  
 Ante el férreo palacio,  
 Huelle yo el orbe y la mansion sagrada  
 Bullendo en el espacio?  
 ¿Qué hará ese Dios cuando de alta esfera  
 Se lance el sol hirviendo,  
 Y ardan con él en su valiente hoguera  
 Cielo y mundo cayendo?  
 ¿Qué otra creacion á mi ávidez serviento  
 Le ocultará escondido?  
 ¿No podré alzarme y quebrantar su frente  
 Con hórrido estampido?  
 Hijo del negro báratro, mi oncono  
 Lúgubre al mundo aterra.  
 Voy á triunfar! — En mi llameante trono  
 Vendré sobre la tierra.  
 Voy á surcar relampagueando el viento;  
 Voy á incendiar los mares;  
 Voy á sorber al grande firmamento  
 Sus pobres luminares!  
 ¿Dó tiende el mundo la cobarde pla...

En su mortal desmayo,  
 A la chispeante luz con que abrillanta  
 Mi torva frente el rayo?  
 ¿Va á buscar á su Dios? — El torbellino  
 Su vuelta espalda azota.  
 ¡Ay, que la hambrienta nube del destino  
 Ante sus ojos flota! »  
 Oyólo Dios, y sosegando el vuelo  
 Sobre el radiante coro  
 En voz solemne apostrofando al cielo,  
 Sonó la trompa de oro.  
 Juntó el celeste bando en las alturas,  
 Tronó el sagrado acento  
 Y, entre las ondas de Occidente impuras,  
 Rodando alzóse el viento.  
 « ¿Quién eres tú que en colosal zumbido  
 Rugiendo te levantas  
 Y, cual torrente inmenso embravecido,  
 Te estrellas á mis plantas?  
 ¿A dónde vas con tu murmullo eterno,  
 Con tu gigante espanto?  
 Tras tu sombra tenaz, cruzó el infierno  
 Y se arrojó en tu manto.  
 ¿Qué ignoto abismo te abortó en sus iras  
 Hoy que tremendo estallas?  
 ¿Quién eres tú que traspasando giras  
 Obstáculos y vallas?  
 Mares de luz circundan tu cabeza  
 Con fuego destellante,  
 Para apagar su indómita braveza  
 Un soplo me es bastante.  
 ¿Qué importa que en ardiente llamarada  
 La inmensidad ahondando,  
 Hasta el dintel de la inmortal morada  
 Te extiendas rebramando?  
 ¿Qué importa que, trepando al firmamento,  
 Blandas la roja tea?  
 ¿No soy yo tu Señor? — Tu amarillento  
 Rayo mi sien clarea.  
 Sube, incendio voraz! — Yo te contemplo.  
 Llega á mí en tu victoria!  
 Un paso mas! — Te colgaré en mi templo  
 Y alumbrarás mi gloria.  
 Amarrado á mi trono, eternamente  
 Serás de ella testigo;

Yo te unciré á mi carro prepotente,  
 Te arrastraré conmigo.  
 ¡Oh soberbio vasallo! ¿quién te irrita?  
 ¿Quién mueve así tu planta?  
 ¿Qué asolador espíritu te agita  
 Y hasta mi te levanta?  
 ¿Vas á abrasar un mundo en tu carrera?  
 Yo guardo al hombre inerme!  
 Un sol de paz inmenso reverbera  
 Y la tormenta duerme.  
 También el hombre es rey! — Yo le he sentado  
 Sobre un trono de flores.  
 Para él brilla esa luz! — Yo he coronado  
 Su sien con sus alberes.  
 Tú bajarás sobre su frente un día  
 De Dios con la venganza;  
 Irás hollando su cabeza impía  
 Del viento á la pujanza.  
 Te daré mi caballo de pelea,  
 Mi lanza y mis enojos!  
 ¡Oh, y cómo va á temblar cuando en ti vea  
 La lumbré de mis ojos!  
 Yo arrastraré á tu espalda resonando  
 Mi fúlgida carroza,  
 Entre la ardiente nube resbalando  
 Que alba mi rostro emboza.  
 Ambos asentaremos sobre escombros  
 La planta turbulenta!  
 Iremos por do quier sembrando asombros  
 Al son de la tormenta.  
 Mas yo llamaré al hombre en mi justicia  
 Desde mi asiento eterno;  
 Lanzaré al orco la mortal malicia,  
 Sujetaré al infierno.  
 Bajo mi rice pabellon glorioso  
 El justo habrá morada;  
 Arrullará su cándido reposo  
 La brisa perfumada.  
 Lleno de etérea pompa y hermosura  
 Bretará inmenso un día,  
 Y poblarán los vientos de dulzura  
 Torrentes de armonía. »

## ULTIMA INSPIRACION.

Luminosas falanges de querubes,  
 Que vagáis entro sombras y arboles;  
 Fantasma, que pisáis troncos de nubes  
 Rizando nieblas y eclipsando soles:  
 Tened un punto el remontado vuelo;  
 Oid el canto, que del alma brota,  
 Y derramad en mi dulce consuelo  
 Y mi llanto enjugad, gota tras gota.  
 Por esta senda universal, ansioso  
 De excelsa gloria y de esperanzas bellas,  
 Arrastro una existencia sin reposo  
 Lamentando el rigor de las estrellas.  
 ¿Negaréis á mi afán la dulce calma  
 Que há tiempo luyó del corazon herido?...  
 ¿No verteréis en mi llagada alma  
 El delicioso bálsamo querido?...  
 ¿Veréis sin lauro mi abatida frente,  
 Y no la ceñiréis de eternas flores?...  
 ¿Os burláis de mi ambicion ardiente?  
 ¿Límite no hallarán ¡ay! mis dolores?  
 ¡Oh!... que ya al himno que el poeta entona  
 Vuestro acento respondo, delicado...  
 ¿Qué quiero, me decís?... Una corona!  
 ¿Quién soy, me demandais?... Un desgraciado!

DON JOSÉ SELGAS.

Este jóven poeta nació en Murcia. Ha publicado dos tomos de *poetas*, bajo el título de *La Primavera* y *El Estío*.

## LA MODESTIA.

Por las flores proclamado  
 Rey de una hermosa pradera,  
 Un clavel afortunado  
 Dió principio á su reinado  
 Al nacer la primavera.

Con majestad soberana  
Llevaba y con noble brio  
El regio manto de grana,  
Y sobre la frente ufana  
La corona de rocío.

Su comitiva do honor  
Mandaba, por ser costumbre,  
El céfiro volador,  
Y habia en su servidumbre  
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,  
Porque tambien era uso;  
Quiso una flor por esposa;  
Y regiamente dispuso  
Elegir la mas hermosa.

Como era costumbre y ley,  
Y porque causa delicia  
En la numerosa grey,  
Pronto corrió la noticia  
Por los ostados del rey.

Y en revuelta actividad,  
Cada flor abre el arcano  
De su fecunda beldad,  
Por prender la voluntad  
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas  
Engalanarse se veian  
Con harta envidia, dispuestas  
A ver las solemnes fiestas  
Que celebrarse debian.

Lujosa la corte brilla,  
El rey admirado duda,  
Cuando ocultarse soncilla  
Vió una mansa florocilla  
Entre la yerba menuda.

Y por si el regio esplendor  
De su corona la inquieta,  
Pregúntale con amor :

— « ¿Cómo te llamas? » — « Violeta,  
Dijo temblando la flor.

— « ¿Y te ocultas cuidadosa,  
Y no luces tus colores,  
Violeta dulce y medrosa,  
Hoy que entre todas las flores  
Va el rey á elegir esposa? »

Siempre temblando la flor,  
Aunque llena de placer,  
Suspiró y dijo : — « Señor,  
Yo no puedo merecer  
Tan distinguido favor. »

El rey suspenso la mira,  
Y se inclina dulcemente ;  
Tanta modestia le admira ;  
Su blanda esencia respira,  
Y dice alzando la frente :

— « Me depara mi ventura

Esposa noble y apuesta ;  
Sepá, si alguno murmura,  
Que la mejor hermosura  
Es la hermosura modesta. »

Dijo, y el aura afanosa  
Publicó en forma de ley,  
Con voz dulce y melodiosa,  
Que la violeta es la esposa  
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas ;  
Ambos esposos se dieron  
Pruebas de amor manifestas ;  
Y en aquel reinado fueron  
Todas las flores modestas.

#### LA ALONDRA.

Cuentan, y es positivo,  
Que allá en tiempos mejores  
Y en su idioma nativo  
Solían hablar las aves con las flores :  
Do la misma manera,  
Con acentos suaves  
Y con voz hechicera,  
Hablarían las flores con las aves.

Ello es que una mañana,  
Mañana deliciosa  
Vestida de oro, de jazmin y grana,  
Al pié de cierta fuente cariñosa,  
Dando al sol sus colores  
Y á los vientos su esencia,  
Trataban varias flores

Un asunto muy grave;  
 Pues aunque les sobaba inteligencia,  
 Ninguna atina ni explicarlo sabo.

Confusas las traía  
 Ver á la alondra en afanoso vuelo,  
 Al empezar la luz de cada día,  
 Remontarse hasta el cielo,  
 Cantar con misteriosa melodía  
 Y pronta y breve descender al suelo.  
 Y mas las admiraba,  
 Quo haciendo altiva de su pluma alarde,  
 De nuevo se elevaba  
 Al espirar la luz de cada tarde.

Despues de muy diversos pareceres,  
 Estas flores hermosas,  
 Quo hermanas deben ser de las mujeres  
 Y como las mujeres ser curiosas;  
 En asunto tan serio,  
 Conformes decretaron  
 El modo de saber aquel misterio;  
 Y así determinaron  
 Que la ocasion primera y oportuna  
 Al fin se aprovechara;  
 Y señalaron una  
 Que á la inocente alondra preguntara.

Leves mecían sus capullos rojos,  
 Medio dormidos en sus hojas bellas,  
 Cuando vieron venir por los rastrojos  
 La dulce alondra encaminada á ellas.  
 Y en el momento una  
 Fresca y brillante rosa,  
 Blanca como los rayos de la luna,  
 Le dijo cariñosa:

— « Es inmensa fortuna  
 Tener en plumas las vistosas galas,  
 Y levantarse al cielo  
 Al manso impulso de las sueltas alas.  
 Tú en envidiable vuelo,  
 Del espacio señora,  
 Te levantas y subes  
 Al espirar la tarde, y con la aurora,  
 A las altas regiones de las nubes.  
 Dinos, alondra love,  
 ¿Qué misterioso encanto  
 Tus mansas alas mueve?



¿Qué nos revela allí tu dulce canto?

Sonrioso la alondra (y ya se sabe

Cómo se puede sonreír un ave);

Y saltando ligera,

Con ademán inquieto,

Corriendo la extensión de la pradera,

Depositó en las flores su secreto.

Y las flores temblaron,

Y frescas y lozanas

Jamás este secreto revelaron,

No igualándose en esto á sus hermanas.

Mas desde entonces al nacer el día,

Y de la tarde al esparcirse el velo,

Las flores con dulcísima alegría

Las frentes alzan contemplando el cielo.

#### DON ANTONIO ARNAO.

Nació en Murcia el 2 de febrero de 1828. Fueron sus padres don Antonio Arnao y doña Concepcion Espinosa de los Monteros. Hizo sus primeros estudios en el Seminario de San Fulgencio de Murcia, y luego cursó la carrera de leyes en Madrid, donde tomó el grado de Licenciado.

Es actualmente oficial de negociado en el ministerio de la Gobernación.

Ha publicado las obras siguientes: *Himnos y quejas*, colección de poesías (1851); *La Primavera de la vida*, novela (1854); *Melancolías*, rimas y cántigas (1857); *Ecos del Tâder*, cantos poéticos (1857); y *Rodrigo*, drama lírico en 3 actos y cinco cuadros, en verso, original, y premiado por la Real Academia española en su último concurso.

#### EL CANTO DE LA SULTANA.

(ALEGORÍA DE MURCIA.)

Montañesa que pasas la vida

En agreste montaña que erguida

Se ciñe de nieve su manto glacial,

Sin ver nunca los ricos primores

Quo derraman en valle de flores  
 El aura de mayo y el fuego estival;  
 Peregrino que el vasto desierto  
 Vas cruzando, de arena cubierto,  
 Cual piélago ardiente que abrasa tu pié,  
 Sin hallar en tan triste camino  
 Susurrante raudal cristalino  
 Que moje tus labios y alivio te dé;  
 Trovador que entre sueños deliras  
 Y en la lóbrega cárcel espiras  
 Que ofrece á tu pecho la negra ciudad,  
 Cuando ves que el afán te consume,  
 Sin gozar ni rumor ni perfume  
 Que robe á tu angustia su insana crueldad;  
 Marinero quo lejos del mundo  
 Vas bogando en el mar iracundo  
 Que mas de una ruda tormenta azotó,  
 Viendo acaso perdido ya el puerto,  
 Hondo abismo á tus plantas abierto,  
 De hundirte implacable tu sino intentó;  
 ¡No escuchais mi cantar misterioso  
 Que en sus alas un viento amoroso  
 Conduce al desierto, y al monte, y al mar?  
 ¡Oh! ¡Venid á mi imperio ignorado!  
 Yo sabré vuestro pecho abrasado  
 Henchir de ternura, de gozo embriagar!  
 Soy sultana que vive entre rosas  
 Y entre brisas de amor deleitosas,  
 Ceñida la frente de nardo y clavel;  
 Respirando el purísimo ambiente  
 Del amor, á mi ley obediente,  
 Que rinde á mi planta su rico dosel.  
 Soy la reina que vive entre amores,  
 En alcázar de luz y de flores,  
 Que besa el Segura con limpio raudal;  
 Donde suenan de noche y de día  
 Los conciertos que en vaga armonía  
 Me ofrecen los genios de un reino oriental.  
 Sobre alfombra de rojos claveles,  
 Sombreado de altivos laureles  
 Con ricos festones de rosa y jazmín,  
 Se levanta mi excelso palacio,  
 Que ilumina en el fúlgido espacio  
 Un sol que á mis ojos jamás tiene fin.  
 En mis huertos, que espiran aromas

Con su arrullo las tiernas palomas  
 Al alba saludan en mágico son ;  
 Y la luz que en el cielo camina  
 Salpicados en plata ilumina  
 Florido el naranjo , pomposo el limon.  
 El granado desplega sus hojas  
 Y sus flores de púrpura rojas ;  
 Sus áurcos racimos suspende la vid ,  
 Los morales extienden su manto ;  
 Y cual hadas de amor y de encanto  
 Cien palmas elevan su frente al cenit.  
 Como surcos de líquida plata  
 Que las tintas del cielo retrata ,  
 Sonoros raudales murmuran do quier ;  
 Y en su márgen que esmaltan las flores ,  
 Sueltas aves de gayos colores  
 Prorumpen en trinos de inmenso placer.  
 Con la lluvia nocturna en las alas  
 La oropéndola ostenta sus galas ,  
 Su manto el jilguero de vario color ;  
 Y ocultando su humilde plumaje  
 Cantan dentro del verde follaje  
 Alondra sentida , galan rui señor.  
 Aquí vienen , sin locos pesares ,  
 A entonar sus moriscos cantares  
 Garrida doncella , fornido zagal ,  
 Y á bailar en la tarde que vuela ,  
 Al compás de sonora vihuela  
 Con dulce abandono , con gozo inmortal.  
 Aquí llega la hermosa murciana ,  
 La de boca de perlas y grana ,  
 De seno turgente , de talle gentil ,  
 A inflamar con sus ojos de fuego  
 Al amante gallardo que ciego  
 Cual sol la contempla que raya en abril.  
 ¡ Oh ! ¡ Venid , corazones amantes !  
 Con ensueños de amor delirantes  
 Os brindo en mis brazos sublime pasión  
 Reposad en mi seno la frente :  
 Respirad mi balsámico ambiente :  
 Eden mis jardines al ánimo son.  
 Olvidad el estéril camino  
 Que en el mundo señala el destino :  
 Yo soy la sultana que os ama sin par.  
 ¿ No llegais ? En mi reino encantado

Gozaréis el aroma preciado  
De lirios, y rosas, clavel y azahar.  
Si, venid á beber mi ambrosia,  
A escuchar de mi voz la armonía  
Yo sola en el alma derramo placer.  
Venid, pues; que si quiere la suerte  
Que os sorprenda en mi seno la muerte,  
A un cielo de dichas iréi: á nacer.

**FIN.**



MAG 2004502



# ÍNDICE

DE LOS AUTORES DE DONDE SE HAN EXTRACTADO LOS TROZOS  
ESCOGIDOS QUE CONTIENE LA PRESENTE COLECCION.

## PRIMERA PARTE.

### PROSA.

	Pág.
Gutierre Diaz de Gamez . . . . .	3
Hernan Gomez de Ciudad Real . . . . .	8
El marqués de Santillana . . . . .	12
Mosen Diego de Valera . . . . .	20
Fernan Perez de Guzman . . . . .	24
El Bachiller Alfonso de la Torre . . . . .	28
Fernando del Pulgar . . . . .	34
Fr. don Antonio de Guevara . . . . .	38
El Maestro Fernan Perez de Oliva . . . . .	44
El doctor Francisco de Villalobos . . . . .	47
Pedro Mejía . . . . .	50
Luis Mejía . . . . .	59
Don Luis de Ávila y Zúñiga . . . . .	62
Francisco Cervantes de Salazar . . . . .	63
Florian de Ocampo . . . . .	67
El Maestro Alejo Venegas . . . . .	68
El V. Maestro Juan de Ávila . . . . .	70
Don Diego Hurtado de Mendoza . . . . .	78
Fr. Luis de Granada . . . . .	85
Santa Teresa de Jesús . . . . .	94
Fr. Diego de Estella . . . . .	101
Fr. Luis de Leon . . . . .	105
Fr. Diego de Yepes . . . . .	112
Fr. Pedro Malon de Chaido . . . . .	117
San Juan de la Cruz . . . . .	122
Fr. Fernando de Zárata . . . . .	125
Fr. José de Sigüenza . . . . .	127
El P. Juan de Mariana . . . . .	129
Antonio Perez . . . . .	134
Miguel de Cervantes Saavedra . . . . .	137

Mateo Aleman . . . . .	156
Bartolomé Leonardo de Argensola . . . . .	157
Don Carlos Coloma . . . . .	158
Don Francisco de Quevedo y Villegas . . . . .	159
Don Diego de Saavedra Fajardo . . . . .	163
Don Francisco de Moncada . . . . .	165
Don Luis Velez de Guevara . . . . .	167
El P. Juan Eusebio de Nieremberg . . . . .	168
Don Antonio de Solís . . . . .	170
Don Francisco Manuel de Melo . . . . .	173
El P. Fr. Benito Gerónimo Feijóo . . . . .	175
Don Gregorio Mayans y Siscar . . . . .	176
El P. José Francisco de Isla . . . . .	178
Don Antonio de Capmany . . . . .	179
Don Melchor Gaspar de Jovellanos . . . . .	182
Don Manuel José Quintana . . . . .	187
Don Félix José Reinoso . . . . .	190
Don Alberto Lista . . . . .	193
El Doctor don Sebastian de Miñano . . . . .	197
Don José Joaquín de Mora . . . . .	204
El conde de Toreno . . . . .	218
Don Francisco Martínez de la Rosa . . . . .	221
Don Antonio Alcalá Galiano . . . . .	227
Don Agustín Durán . . . . .	241
Don José Morales Santisteban . . . . .	246
Don Ramon de Mesonero Romanos . . . . .	268
Don Juan de Valdés . . . . .	285
Don Modesto Lafuente . . . . .	298
Don Joaquín Francisco Pacheco . . . . .	310
Don Antonio María Segovia . . . . .	316
Don Jaime Balmes . . . . .	321
Don Mariano José de Larra . . . . .	326
Don Juan Donoso Cortés . . . . .	348
Don Pascual de Gayangos . . . . .	352
Don Antonio Ferrer del Río . . . . .	371
Don Eugenio de Ochoa . . . . .	391
Fernán Caballero . . . . .	397
Don José María Quadrado . . . . .	402
Don Rafael María Baralt . . . . .	410
Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe . . . . .	415
Don Leopoldo Augusto de Cueto . . . . .	423
Don Cayetano Rosell . . . . .	444
Don Pedro de Madrazo . . . . .	452
Don Manuel Cañete . . . . .	457

## SEGUNDA PARTE.

## VERSO.

Juan de Mena . . . . .	477
El marqués de Santillana . . . . .	479
Jorge Manrique . . . . .	483
Garcilaso de la Vega. . . . .	491
Don Diego de Mendoza . . . . .	507
Santa Teresa de Jesús . . . . .	510
Santerre de Setina. . . . .	511
Dr. Luis de Leon. . . . .	513
Baltasar de Alcázar . . . . .	521
Don Alfonso Ercilla . . . . .	525
Francisco de la Torre . . . . .	529
Fernando de Herrera . . . . .	533
San Juan de la Cruz . . . . .	561
Vicente Espinel . . . . .	568
Don Juan de Arguijo . . . . .	570
Gaspar Gil Polo . . . . .	576
Don Luis de Góngora . . . . .	580
Lupercio Leonardo de Argensola . . . . .	602
Bartolomé Leonardo de Argensola . . . . .	610
Don Juan de Jáuregui . . . . .	623
Don Francisco de Quevedo . . . . .	630
Francisco de Rioja . . . . .	643
Don Estéban Manuel de Villegas . . . . .	653
Don Ignacio de Luzan . . . . .	661
Don Nicolás Fernández de Moratín . . . . .	667
Don José Cadalso. . . . .	676
Don Gaspar Melchor de Jovellanos . . . . .	679
Don Félix María Samaniego. . . . .	685
Don Tomás de Iriarte . . . . .	702
Don Juan Melendez Valdés . . . . .	722
Don Leandro Fernández de Moratín . . . . .	738
Don Nicasio Álvarez de Cienfuegos . . . . .	753
Don Juan Bautista Arriaza . . . . .	757
Don Manuel José Quintana . . . . .	762
Don Félix José Reinoso. . . . .	767
Don Alberto Lista . . . . .	769
Don Juan Nicasio Gallego . . . . .	773
Don Juan María Maury . . . . .	789
Don José Joaquín de Mora . . . . .	785
El duque de Frias . . . . .	788
Don Francisco Martínez de la Rosa . . . . .	792
El duque de Rivas . . . . .	799
Don Manuel Breton de los Herreros . . . . .	804
Don José García de Villalta . . . . .	811



Don Juan Eugenio Hartzenbusch . . . . .	819
Don Ventura de la Vega . . . . .	815
Don José de Espronceda . . . . .	819
El marqués de la Pezuela . . . . .	825
El marqués de Molins . . . . .	833
Don Eugenio de Ochoa . . . . .	835
Don Leopoldo Augusto de Cueto . . . . .	814
Don Pedro de Madrazo . . . . .	816
Don José Zorrilla . . . . .	853
Don Ramon de Campoamor . . . . .	861
Don Antonio de Trucha . . . . .	869
Don Ventura Ruiz Aguilera . . . . .	881
Don Francisco Zea . . . . .	854
Don José Selgas . . . . .	888
Don Antonio Arnau . . . . .	893

FIN DEL ÍNDICE.







